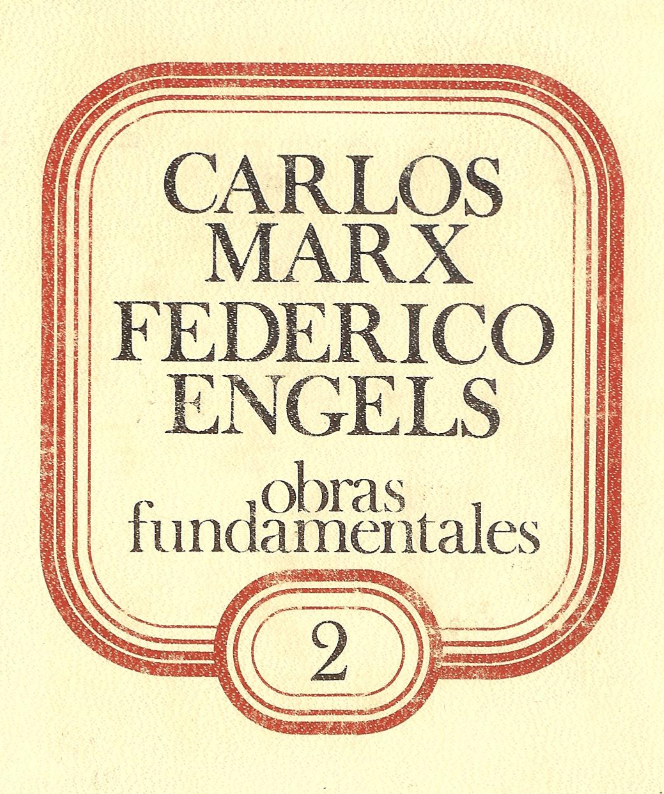
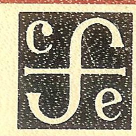



# ENGELS
# ESCRITOS DE JUVENTUD



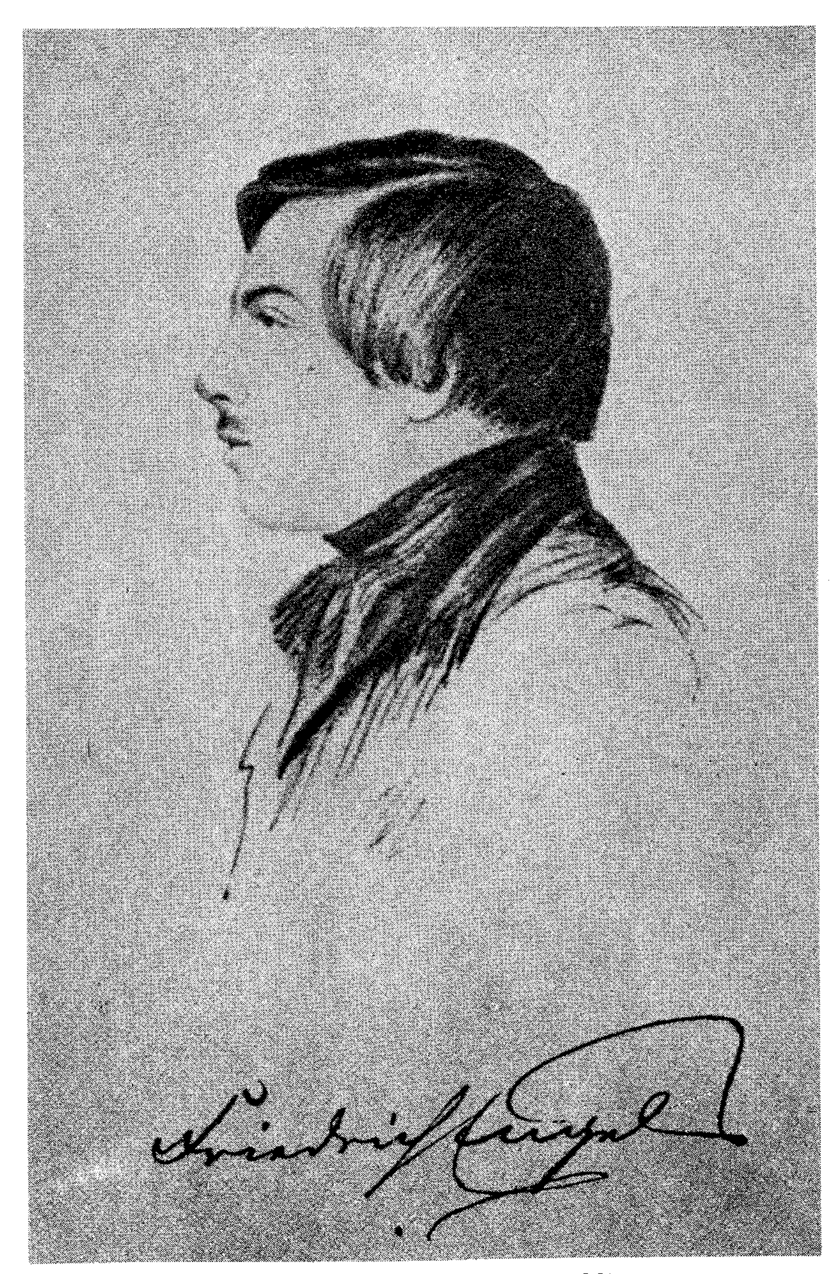
OBRAS FUNDAMENTALES DE MARX Y ENGELS
*Colección dirigida por Wenceslao Roces*

2

# ESCRITOS DE JUVENTUD DE FEDERICO ENGELS

*Traducción de*

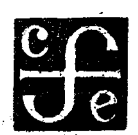
WENCESLAO ROCES



F. Engels a los 19 años (1839)

FEDERICO ENGELS

# ESCRITOS DE JUVENTUD



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición, 1981


Av. de la Universidad, 975; México 12, D. F.

ISBN 968-16-0883-6

Impreso en México

# PRÓLOGO

*por Wenceslao Roces.*

Federico Engels nació el 28 de noviembre de 1820 en Barmen, centro de la industria textil, en la Renania, que hoy forma parte, con Elberfeld, del gran centro industrial de Wuppertal. La familia Engels, prestigiosa familia del patriciado de la ciudad, era, como casi toda la población, fanáticamente pietista. El padre, fabricante acomodado dueño de una fábrica de encajes, lo mandó a estudiar al Instituto de Segunda enseñanza de Barmen y, más tarde, a otro establecimiento de enseñanza secundaria en Elberfeld. Engels era un estudiante excelente y desde muy pronto reveló sus capacidades literarias. A los 13 años escribía versos y narraciones. A los 17, en una fiesta escolar, leyó una poesía en griego, escrita por él. Cultivaba también la música y dibujaba muy buenas caricaturas.

Engels pensaba dedicarse a la ciencia o a la literatura, pero un año antes de que terminara sus estudios de bachillerato, su padre lo destinó a trabajar en su oficina y, un año más tarde, en 1838, lo envió como meritorio al negocio de exportaciones de un amigo suyo en Bremen.

Los trabajos de oficina no eran demasiado fatigosos para nuestro joven y no le impedían dedicarse a sus aficiones literarias y cultivar su inteligencia y su vocación política.

Al principio, hubo de librar una tenaz lucha religiosa contra los dogmas de la Iglesia en que había sido educado, pero no tardó en sobreponerse a estos prejuicios para distinguirse en las luchas literarias y filosóficas de su tiempo, sostenidas por los alemanes que militaban en la ascendiente oposición de la burguesía.

Fruto de sus nuevas concepciones, en el que despertaba ya el combatiente del mañana, fueron las "Cartas del Wuppertal", publidas a comienzos de 1839 con el seudónimo de "Friedrich Oswald", bajo el cual dio a conocer casi todos sus trabajos juveniles. En estas cartas pinta Engels la situación de los obreros textiles de Elberfeld y describe con patéticos rasgos la espantosa miseria en que vivían las clases bajas. Sin embargo, Engels aún no veía entonces en la degradación física e intelectual de los trabajadores la consecuencia ineluctable del modo de producción capitalista, sino el fruto de la difusión cada vez mayor del "misticismo" y del alcoholismo y del hecho de que las fábricas fuesen explotadas por sus dueños de un modo tan irracional.

Al mismo tiempo que se sobreponía a los prejuicios religiosos, fue operándose en él, gracias sobre todo a la influencia de la crítica de la religión por los jóvenes hegelianos y al movimiento literario que se conoce bajo el nombre de la "Joven Alemania", una trayectoria de radicalización política, de la que son testimonio las cartas a sus amigos, sobre todo las dirigidas a los hermanos Graeber y los muchos artículos

publicados por él en el mismo sentido en la revista dirigida por Gutzkow, "Telegraph für Deutchland".

En el momento de fortalecerse las corrientes de oposición de la burguesía alemana, coincidiendo con la muerte del viejo rey y la ascención al trono de Federico Guillermo IV, en 1840, Engels era ya un demócrata revolucionario convencido, uno de los más activos publicistas en la lucha contra las supervivencias del feudalismo, contra la monarquía, contra la nobleza, contra la religión y contra la filosofía reaccionaria, especialmente contra el pensamiento de Schelling.

En 1841 se traslada a Berlín para cumplir su año de voluntario en el arma de artillería. Allí, se une al círculo de escritores jóvenes que se llamaban a sí mismos "los libres", club de ateos neohegelianos y republicanos entre los que se destacaban los hermanos Bauer, Max Stirner y Eduard Meyen.

Por entonces, comenzó a colaborar también en la "Gaceta Renana" dirigida por Marx, y en los "Anales Renanos" de Arnold Ruge. Su panfleto sobre "Schelling y la Revelación" (1842) era la primera obra salida del grupo neohegeliano en la que se desplegaba la bandera del ateísmo. Sus artículos y estudios se distinguen entre los escritos de entonces por su recia intransigencia en las ideas. El joven escritor rebelábase decididamente contra toda componenda con la monarquía y veía en la representación popular, en la libertad de prensa y en las libertades democráticas, el preludio de una revolución que en su carrera arrollaría, como lo había hecho la Gran Revolución francesa, a la monarquía y a la república.

A fines de 1842, se instaló en Manchester, centro de la industria textil, pasando a ocupar un puesto en la oficina de una empresa de hilados y tejidos que aún existe y en que la mitad del negocio pertenecía a su padre. De aquí en adelante, y no precisamente por los intereses industriales de Engels, se separaron los caminos de éste y los seguidos por los elementos radicales de Berlín (los "Libres"). Los berlineses se entregaron a la negación anarquista del Estado. Una parte de ellos se desplazó del campo de la lucha política real hacia la órbita de una crítica abstracta y puramente ideológica. Por el contrario, Engels, que ya en Alemania se había visto impulsado hacia el comunismo por Moses Hess, abrazó esta ideología. No se encerraba en la oficina de la fábrica, sino que recorría los sucios barrios obreros de la ciudad, donde encontraba a los trabajadores y veía por sus propios ojos la miseria en que vivían. Estudió el movimiento cartista inglés y conoció a algunos de sus dirigentes (Harney, Leach, Wat y otros). Estudió el socialismo owenista y trató a los primeros revolucionarios proletarios alemanes que acudían a Londres, a los dirigentes de la "Liga de los Justos" y de la Asociación de obreros alemanes dirigidas por aquéllos (Shapper, Moll, etc.). Además de las obras de los grandes utopistas, de Weitling y los representantes de las distintas tendencias socialistas extendidas en Inglaterra, Francia y Alemania, Engels estudió las obras inglesas de economía política y leyó una enorme cantidad de

libros y documentos oficiales sobre la situación de la clase obrera inglesa. Sobre estos temas publicó artículos en diferentes periódicos y revistas de Alemania, en la "Gaceta Renana", el "Republicano Suizo", los "Anales Franco-Alemanes" y el "Vorwärts!".

A este periodo corresponde el estudio titulado "Esbozo de crítica de la economía política", en el que Engels examina los fundamentos del moderno orden económico desde el punto de vista del socialismo y bajo el imperio de la propiedad privada.

En Manchester nació también el libro redactado por él, a su regreso a Alemania, en Barmen, con el título de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, considerado en justicia como uno de los mejores libros de la literatura socialista internacional. Esta obra, que constituye una poderosa acta de acusación contra el capitalismo y la burguesía, provocó gran sensación en la opinión pública de aquellos años. En su crítica de las principales corrientes destacadas en el movimiento obrero inglés, condena a los owenistas, que sólo veían en el proletariado una clase sufrida, y no como lo era, una clase llamada a revoluciónar el mundo. Y, además, porque en sus doctrinas se rechazaba la lucha política.

Engels cifró la importancia que el poderoso movimiento que sacudió a casi toda la Inglaterra industrial durante el verano de 1842 en la conciencia de que, en su transcurso, el movimiento iba surgiendo en favor de la revolución, ya comprendiendo cada vez más que era imposible llevarla a cabo por la vía pacífica, en el hecho de que los cartistas se curaran de la ilusión de una "revolución legal" y de que el proletariado rompiera resueltamente con el radicalismo burgués. Criticaba resueltamente a los "simples" republicanos, porque la república sería, a su juicio, tan formal y tan teológica como la monarquía. Para Engels, no sería más que un "paso de transición hacia el futuro". Una vez conquistada la república, la clase obrera inglesa levantaría la nueva bandera del socialismo. Sólo reconocía como "verdadera revolución" a la "revolución socialista", que adoptara el carácter de una lucha violenta entre pobres y ricos.

Las ideas de Engels durante este periodo adolece todavía de cierta vaguedad. Al lado de los elementos esenciales del socialismo científico, sus trabajos de 1843 a 1845 presentan todavía las huellas de un comunismo "filosófico". Él mismo confiesa que contribuyó al "comunismo igualitario y limitado" de los dirigentes de la "Liga de los Justos" con una buena dosis de "soberbia filosófica y limitada". La teoría comunista no se hallaba todavía, en aquel tiempo, indisolublemente unida con el movimiento de clase del proletariado. No era, tal como él lo veía, una doctrina de clase, sino una teoría filosófica, encaminada a la emancipación del hombre. La teoría comunista se hallaba, para él, por encima de la revolución socialista.

El fundamento filosófico del "verdadero socialismo", que tantos estragos causaba, era el materialismo contemplativo de Feuerbach. El paso definitivo al comunismo revolucionario, proletario, sólo podía darse, para

Engels, después de haber superado totalmente la filosofía feuerbachiana. Pero este paso lo dio ya bajo la influencia de Marx.

Engels conoció por primera vez a Marx en noviembre de 1842, en la Redacción de la "Gaceta Renana", en Colonia, cuando regresaba de su país a Inglaterra. El primer encuentro fue "muy frío", pues Engels seguía figurando todavía entre los más activos partidarios de los "Libres" berlineses, contra cuya turbia actuación libraba entonces Marx una enconada lucha. El segundo encuentro con Marx se efectuó a fines de septiembre de 1844 en París, donde Engels se detuvo en su viaje de Inglaterra a la Renania. El "Esbozo de crítica de la economía política", publicado a comienzos del año, había producido en Marx una gran impresión. Entre él y Marx se habían cruzado cartas muy interesantes y en París pudieron comprobar que se hallaban plenamente identificados en todos los problemas teóricos. Así se selló aquella profunda amistad y alianza de trabajo y de lucha para toda una vida. Llegaron al acuerdo de luchar unidos contra los hermanos Bauer y sus partidarios y surgió la primera obra escrita en colaboración por ambos, *La sagrada familia*, publicada en marzo de 1845 y de cuyos veinte pliegos Engels sólo contribuyó con pliego y medio en total. Los capítulos más importantes, que atestiguan el paso de Marx a un nuevo círculo de ideas y, principalmente, al comunismo de las relaciones sociales de producción, el paso al socialismo proletario y al papel histórico del proletariado, fueron escritos por Marx cuando ya Engels había marchado de París.

Entre tanto, Marx, quien había sido expulsado de París y que en febrero de 1845 se trasladó a Bruselas, había podido sentar, superando definitivamente el materialismo de Feuerbach, los fundamentos del materialismo histórico. En abril de 1845, al trasladarse Engels a Bruselas para estar cerca de Marx, éste pudo mostrar ya a su amigo, "desarrollado y acabado en sus rasgos fundamentales", el sistema de concepciones que va unido en justicia al nombre de Marx y que abarca los principios del comunismo científico.

Engels, incorporándose sin reservas a las ideas de Marx, se situó definitivamente en el terreno del comunismo científico, en el punto de vista del proletariado. Y ambos convinieron en "elaborar en detalle" el modo de concebir recientemente fundamentado y exponerlo en forma polémica contra los representantes seudorradicales de la filosofía neohegeliana y contra los ideólogos pequeñoburgueses que predicaban el "verdadero socialismo". Surgió así, en el curso de más de un año de trabajo, la formidable obra titulada *La ideología alemana*. En esta obra, que quedó largo tiempo inédita por falta de editor, se establecen los fundamentos del materialismo dialéctico y se ofrece una minuciosa exposición de la concepción materialista de la historia. Los capítulos dirigidos contra el "verdadero socialismo" fueron casi en su totalidad escritos por Engels, quien critica implacablemente a los representantes de esta corriente, por entonces muy extendida en Alemania, burlándose de ellos, poniendo en solfa su espíritu pequeñoburgués y demostrando que estos ideólogos despojan a la idea socialista de todo su contenido revolucio-

nario concreto. Práctica y políticamente, estos autores sirven a la reacción e impiden o tratan de impedir el desarrollo de la lucha de clases del proletariado.

A mediados de agosto de 1846, traslada Engels el centro de gravedad de su trabajo de partido a París. Aquí se ve con Heine y con Cabet, organiza a base de los miembros de la "Liga de los Justos" un Comité de Correspondencia comunista y despliega una gran actividad de agitación y propaganda entre los trabajadores obreros residentes en París (artesanos). En los círculos secretos y en asambleas públicas desarrolla con energía una lucha en dos frentes: de una parte, contra los partidarios de Weitling, con quien Marx y sus seguidores habían roto ya en Bruselas y, de otro lado, contra los secuaces de Proudhon, cuyas teorías reaccionarias propagaban algunos, entre los obreros alemanes establecidos en París.

En la primavera de 1847 recibió Engels la visita de Moll, emisario de los "Justos" de Londres, quienes, influidos por la crítica de Marx y Engels y concientes de su falta de preparación ante la crisis revolucionaria que se acercaba, habían reconocido a comienzos de año la exactitud de las nuevas concepciones sostenidas por aquéllos. Moll invitó a Engels a colaborar en la proyectada transformación radical de la "Liga de los Justos" en calidad de delegado al Congreso de Londres, que para estos fines se convocaría en el mes de julio. En este Congreso, en que Engels representaba también a Marx, ausente, llevó a cabo la total reorganización de la Liga que ahora adoptaba el nombre de "Liga de los Comunistas", después de haber desterrado de su estructura orgánica todos los resabios sectarios y de haber expulsado de ella a los recalcitrantes weitlingianos.

Terminado el Congreso, Engels se trasladó nuevamente a Bruselas, donde tomó parte activa en el trabajo de la organización total clandestina de la "Liga" y apoyó a Marx en su actividad para fundar una federación legal de obreros alemanes.

En sus numerosas cartas, Engels traza un análisis profundo de la situación política en casi todos los países europeos, bajo las condiciones de la crisis revolucionaria que prevalecía en Europa, y formula la "política del partido" es decir, la táctica de los comunistas, invocando siempre la posibilidad y la necesidad de que la futura revolución democrático-burguesa, al desarrollarse, se trueque por sí misma en la revolución socialista-proletaria y poniendo de relieve, además, el papel decisivo que en ello correspondería al proletariado y a su vanguardia, el partido comunista.

Engels formula claramente la idea de la hegemonía del proletariado en la revolución popular y postula la necesidad de una alianza combativa de las clases revolucionarias, del proletariado, la pequeña burguesía y los pequeños campesinos, bajo la bandera indiscutible del proletariado industrial de las ciudades, que es —sostiene Engels— el núcleo de toda moderna democracia.

Estas perspectivas son también las que Engels desarrolla en otro do-

cumento importante; en el proyecto redactado por él para lo que más tarde será el *Manifiesto Comunista*, en los *Principios del comunismo* escritos en París a comienzos de octubre de 1847 como proyecto de programa para la nueva Liga de los Comunistas. El *Manifiesto del Partido Comunista* redactado enteramente por Marx y que quedará para siempre en la historia, fue la declaración programática que prevaleció, muy diferente del proyecto de Engels, aunque en algunos de sus puntos coincida sustancialmente con él.

Estamos en las cercanías de la revolución de 1848, mejor dicho del conjunto de revoluciones bautizadas con esta fecha y extendidas por toda Europa, con vistas a las cuales se escribió el *Manifiesto Comunista.*

A comienzos de abril, Marx y Engels se trasladan a Alemania, a Colonia, donde se establecen; Marx es desginado director de un gran periódico que ha de crearse, la "Nueva Gaceta Renana", en recuerdo de la "Gaceta Renana" de la que fuera redactor-jefe. La "Nueva Gaceta Renana", cuya redacción está integrada exclusivamente por dirigentes de la "Liga de los Comunistas". Engels se establece en Barmen, su ciudad natal, y en una serie de viajes reúne dinero y coloca acciones para el nuevo periódico.

El 1 de julio de 1848 aparece el primer número de la "Nueva Gaceta Renana". "La redacción —escribirá Engels en un artículo publicado en 1884— era pura y simplemente la dictadura de Marx, cosa perfectamente natural, indiscutible y aceptada de buen grado por todos nosotros". "A su certera mirada y a su segura actuación se debió, ante todo, el que aquel periódico se convirtiera en el más famoso del tiempo de la revolución", en el "órgano insuperable del proletariado revolucionario", como lo llamó Lenin.

Fuera de los tres meses y medio que Engels tuvo que refugiarse en el extranjero para esquivar una detención, fue él el encargado de redactar una parte considerable de los materiales del periódico. La única exposición viva y actual de la primera batalla del proletariado de París, de la insurrección de Junio, salió de su pluma, al igual que los importantes artículos e informes sobre las guerras de Schleswig-Holstein, Italia y Hungría. A él pertenecían también la mayoría de los artículos contra los nuevos fantoches elevados al poder por los sucesos de Marzo en Alemania, sobre la Asamblea Nacional de Francfort y la de Berlín, sobre las "derechas" y las "izquierdas" de aquel Parlamento.

En sus artículos, Engels, al igual que Marx, luchaba contra las ilusiones democráticas y sentimentales de una "reconciliación general de los pueblos", de una República federal europea, de la "paz eterna" predicada por los filósofos, y ambos preconizaban la unión de los pueblos revolucionarios y oprimidos contra el baluarte más poderoso de la reacción, contra la Rusia zarista, y contra las ciudadelas del movimiento reaccionario, los Habsburgos, los Hohenzolers y los Romanov, por la ayuda combatiente de toda la democracia occidental en apoyo de la lucha de Polonia por su independencia.

En dos artículos dirigidos contra la idea del "paneslavismo" demo-

crático propugnada por Bakunin, desenmascaró Engels —no sin incurrir, ciertamente, en algunas concepciones germano-nacionalistas— los designios contrarrevolucionarios envueltos en este plan, con el que, en rigor, se pretendía volver a los polacos, austríacos y sudeuropeos contra los pueblos contrarrevolucionarios, que eran, según Engels, los alemanes, los húngaros y los polacos.

La cobardía y la indecisión de la democracia pequeñoburguesa y de sus representantes parlamentarios permitieron que la pandilla militar pudiera ahogar la revolución, en los pocos lugares en que, como en Dresde, llegó a estallar.

El 25 de septiembre, el día en que debía reunirse allí el Segundo Congreso de los demócratas renanos, fue decretado en Colonia el estado de sitio. Engels tuvo que huir de la ciudad y refugiarse en Bruselas, donde fue detenido por la policía y expulsado a las pocas horas por la frontera francesa. Desde París se dirigió a pie directamente hacia Suiza, excursión que describe en uno de sus artículos más deliciosos.

El 15 de marzo de 1849 regresó a Colonia y reanudó su trabajo de redactor en la "Nueva Gaceta Renana".

El 7 de febrero, Marx y Engels hubieron que comparecer ante el tribunal del jurado de Colonia, acusados de injurias a funcionarios, gendarmes y otros agentes de la reacción. Fueron absueltos y sus discursos de defensa constituyen un documento extraordinario de análisis del proceso revolucionario y de valerosa condena de las fuerzas de la contrarrevolución. Su consigna era la República "roja", la República "social", la que los insurrectos de Junio proclamaran valientemente al proletariado de París.

La sublevación, que estalló sobre todo en Baden y el Palatinado, fue sangrientamente aplastada. La derrota de los obreros renanos sellaba la suerte de la "Nueva Gaceta Renana". Su último número, simbólicamente impreso en tinta roja, se publicó el 18 de mayo de 1849. Marx y Engels trataron en vano de mover a las "izquierdas" del Parlamento de Francfort a tomar una serie de medidas revolucionarias, entre ellas la abolición de todas las cargas feudales que pesaban sobre la tierra, para incorporar a los campesinos al movimiento.

Todo fue en vano. El 19 de junio, Engels se incorporó en Offenbach al cuerpo de voluntarios de Willich (*La campaña por la Constitución del Reich*, t. V de esta edición), pero estas tropas fueron vencidas después de afrontar algunas valientes batallas. Y el 12 de julio Engels cruzaba la frontera de Suiza, rumbo ya a la emigración.

El ejército revolucionario húngaro había capitulado ante los invasores rusos. La contrarrevolución triunfaba en todas partes. Pero la esperanza en el futuro no había muerto en la conciencia de los grandes revolucionarios. Engels consideraba como la más importante tarea del momento el abordar profundamente las más importantes enseñanzas de los años de la revolución y curar al proletariado de las ilusiones democráticas imbuidas en él por los demócratas pequeñoburgueses, para sentar las bases de un partido obrero independiente.

A ello se encaminaba la *Alocución del C. C. de la Liga de los Comunistas* de marzo de 1850, documento en el que se desarrolla la teoría de la táctica del proletariado en la revolución democrático-burguesa.

Las ideas fundamentales de la *Alocución* fueron desarrolladas por Engels en una serie de artículos publicados en la "Nueva Gaceta Renana (Revista político-económica)", redactada por Marx en Londres y en la que Engels publicó, entre otros, su gran estudio histórico sobre *La guerra de los campesinos en Alemania.*

En noviembre de 1850 se reintegró Engels a su puesto en la fábrica de tejidos "Ermen y Engels", de Manchester. En la ejecución de este plan incluía también considerablemente el deseo de prestar una ayuda material a Marx, quien vivía en Londres, privado de recursos económicos, consagrado a sus trabajos de investigación, sobre todo en torno a su obra maestra *El capital.* El día en que Marx terminaba de corregir las pruebas de imprenta del primer tomo, el 16 de agosto de 1867, escribió a su amigo Engels aquellas emotivas palabras, recogidas en su correspondencia: "Solamente *a tí* debo el haber podido dar cima a esta tarea. Sin los sacrificios que por mí has hecho, jamás habría sido capaz de realizar los inmensos trabajos de los tres volúmenes".

En 1851 y 1852 escribió Engels, supliendo a Marx, para la "New York Daily Tribune", una larga serie de artículos sobre el tema *Revolución y contrarrevolución en Alemania,* en la que se contiene un importante análisis sobre las causas de la "mediocridad" a que quedó reducida la revolución, poniendo de manifiesto la capitulación de la burguesía liberal y la cobardía de los demócratas pequeñoburgueses. En uno de estos artículos, desarrolla Engels la teoría de la insurrección como un arte sometido a las famosas reglas que Lenin habría de invocar en Octubre de 1917.

Una parte importante, hacia un tercio, de los centenares de artículos publicados por Marx en la "New York Daily Tribune", salieron de la pluma de Engels, aparte de los guiones y borradores que enviaba a su amigo para facilitarle el trabajo acerca de ciertos temas. Entre éstos hay que destacar los artículos sobre la guerra de Crimea en 1853-1856, sobre la guerra italiana de 1859, sobre la segunda guerra del opio en China y sobre la insurrección de 1857 en la India. Durante la crisis de 1857, Marx encargó a Engels de allegarle para sus artículos multitud de hechos, cifras, datos y observaciones sobre el mercado del algodón. Y en 1857-1861 Engels escribió para la "Enciclopedia Norteamericana" cerca de 100 artículos sobre temas relacionados con la técnica y la historia de la guerra y ayudó a Marx a redactar una serie de artículos sobre *La guerra civil de Norteamérica,* para la "Presse" de Viena.

Engels, que poseía un talento extraordinario para las lenguas, escribió algunos artículos muy valiosos sobre temas lingüísticos. En 1852-1853 estudió las lenguas eslavas, para investigar principalmente el papel contrarrevolucionario del zarismo ruso y de la propaganda paneslavista. Y la guerra de Crimea le animó a estudiar el persa.

Momento importante en la vida de Engels fue el año 1859, año de

la guerra de Italia, en que se destacó en primer plano no sólo el problema de la unificación de Italia, sino también el de Alemania, donde se abrían grandes perspectivas revolucionarias. En dicho año publicó Marx su libro *Contribución a la crítica de la economía política* y dirigió durante el verano el semanario londinense en alemán "Das Volk", para el que Engels escribió una serie de artículos sobre la guerra en Italia.

En dos folletos anónimos muy importantes (*El Po y el Rin*, de 1859, y *Saboya, Niza y el Rin*, de 1860) expuso Engels la posición del partido proletario hacia los problemas nacionales planteados por la guerra italiana.

En 1865 volvieron a preocupar a Engels los problemas del movimiento obrero alemán, en la lucha contra Lassalle, y su influencia en el partido socialista. El folleto sobre *El problema militar prusiano y el partido obrero alemán* (1865) es importantísimo.

Contra Lassalle y el lassalleanismo se dirigía el filo político de los diversos artículos escritos por Engels al publicarse *El capital*, para dar a conocer este libro. Y el mismo blanco de lucha tenían los estudios escritos por él a propósito de la unificación de Alemania, en la cual Engels postulaba el camino democrático por abajo, en contra de la forma bismarckiana-lassalleana de la hegemonía de Prusia.

Desde fines de 1864, a pesar de residir fuera de Londres, Engels prestó una valiosa ayuda a Marx en las ímprobas tareas de la Internacional. A ruego de Marx, escribió para el órgano londinense del Consejo General, el "Commonwealth", tres artículos sobre el problema polaco: *¿Qué tiene la clase obrera que ver con Polonia?*, en los que abogaba por la posición de Marx en contra de los prudonianos y otros miembros del Consejo General, violentamente contrarios a la consigna marxista de la lucha por la independencia de Polonia.

Hacia mediados de 1869, Engels se trasladó a Londres, después de liquidar sus derechos en la empresa de Manchester. En esta nueva etapa, se ocupó intensivamente de la cuestión irlandesa. Trataba de razonar la tesis sostenida por él y por Marx de que Irlanda era uno de los baluartes de la aristocracia terrateniente inglesa y de que, por tanto, la emancipación nacional de Irlanda constituía la condición previa para revolucionar al proletariado inglés.

Pero, en junio de 1870, el estallido de la guerra franco-alemana le obligó a concentrarse en este problema candente para el proletariado alemán y francés. En la "Pall Mall Gazette" de Londres, se publicaron sus brillantes reseñas sobre la marcha de la guerra. Y, a ruego de Marx, escribió para el segundo Manifiesto sobre la guerra, después de la batalla de Sedan, la parte en que se demuestra que tampoco desde el punto de vista estratégico se hallaba Alemania interesada en la anexión de Alsacia-Lorena.

Engels era ahora miembro de Consejo General de la Internacional. Durante algún tiempo, por su conocimiento del español y otras lenguas, fue Secretario corresponsal para España y Bélgica y mantuvo, desde este

puesto, estrechas relaciones con José Mesa, Pablo Iglesias y otras figuras destacadas del socialismo hispano, y poco después mantenía por carta las relaciones con Portugal, Italia y Dinamarca. Al igual que Marx, reivindicaba —desafiando las críticas más enconadas de la reacción— la solidaridad activa de la Internacional con la gran lucha de la Comuna, sobre la que escribió memorables artículos.

Como Secretario corresponsal de cinco Secciones, Engels desempeñó en la Conferencia de Londres de 1871 y en el Congreso de La Haya de 1872 una intensa actividad para evitar que los bakuninistas utilizasen la Internacional al servicio de sus designios y para fortalecer la autoridad y la organización de esta gran central del movimiento obrero. El folleto sobre *La Alianza de la Democracia Socialista* era, esencialmente obra de Engels.

Desde la guerra franco-alemana, el interés y la preocupación fundamentales de Marx y Engels era el movimiento obrero del país convertido ahora en centro del movimiento obrero internacional: Alemania. Engels se hallaba en estrechas relaciones con los dirigentes de este movimiento, Bebel, Liebknecht y otros, y su actividad publicística se consagraba primordialmente a la lucha y a los problemas del movimiento obrero alemán. El partido obrero socialdemócrata de Alemania era el llamado partido "de los de Eisenach", por la ciudad industrial en que había sido celebrado el Congreso de su fundación. Detrás de él estaban con sus directivas y sus consejos, Marx y Engels, quienes como siempre, luchaban en dos frentes: contra el reformismo nacionalista, oportunista, de los lassalleanos y contra el anarquismo de los bakuninistas y el extremismo de los blanquistas. Entre los escritos dedicados por Engels a estos problemas destaca el estudio sobre la actuación de los bakuninistas en la revolución española: *Los bakuninistas en acción* (1873).

En toda una serie de escritos polémicos, Engels divulgaba en torno a los porblemas actuales, los principios teóricos y tácticos del marxismo. Popularizaba las teorías económicas del *Capital* de Marx, pero insistía siempre, una y otra vez, en que el programa teórico y táctico fundamental del partido se encontraba en el *Manifiesto Comunista*.

En todos sus trabajos publicísticos de esta época, especialmente en el prólogo a la nueva edición de *La guerra de los campesinos en Alemania*, Engels subraya la importancia de la lucha teórica al lado de la lucha política y económica; para el marxismo, estos tres aspectos de la lucha de la clase obrera deben manifestarse como tres formas fundamentales.

En este periodo se puso a la orden del día el problema de la unificación entre el partido de Eisenach y el de los lassalleanos, a condición de que éstos renunciaran a sus resabios de sectarismo. La unificación se llevó a cabo en el Congreso de Gotha de 1875, cuyo programa calificaron Marx y Engels, en documentos de gran importancia, como teñidos de eclectisismo.

En 1877-1878, Engels salió enérgicamente al paso de la influencia

que en algunos sectores de la socialdemocracia desarrollaban las publicaciones del profesor Eugen Dühring, que amenazaba socavar las formas fundamentales y los principios del movimiento. Para combatir estas influencias perniciosas, escribió Engels su famoso libro conocido bajo el título de *Anti-Dühring*, que constituye una de las más importantes aportaciones teóricas del marxismo y en que se educaron ideológicamente muchas generaciones.

La ley bismarckiana de represión contra la socialdemocracia reveló que el partido no se hallaba en las mejores condiciones para hacer frente a estos embates, ni en el terreno ideológico ni en el de la organización. Pero la profunda crisis de los años 1878-1879 fue superada y el papel orientador de Engels brilló con mucha fuerza en los que él llamó "los años de extravío".

En 1877 escribió Engels para el "Labour Standard" de Nueva York, órgano del partido de los trabajadores norteamericanos, una serie de artículos sobre *El movimiento obrero en Europa*, en los que, basándose en un análisis concreto del movimiento obrero en los países europeos, explicaba a los trabajadores norteamericanos las ventajas de la táctica alemana establecida a base del marxismo.

Engels y Marx contribuyeron de un modo decisivo, con su ayuda, a la formación del partido obrero francés, por los años 1879 y 1880, y en los años siguientes este partido encontró el apoyo de Engels, en su lucha contra el reformismo de los llamados "posibilistas", aunque también criticaba constantemente en él la fraseología revolucionaria y el "vehemendismo" de los guesdistas. Tuvo especial importancia en la difusión del marxismo en los países de lengua latina, sobre todo en Francia, la publicación, sugerida por Lafargue, en folleto aparte, de tres capítulos científicos tomados del *Anti-Dühring*, traducidos por el propio Lafargue y publicados bajo el título *Del socialismo utópico al socialismo científico*.

Engels proseguía, al mismo tiempo, con gran interés y entusiasmo, sus estudios, comenzados en 1873, sobre las ciencias naturales, trabajo que se publicó fragmentariamente en su obra *Dialéctica de la naturaleza*.

Al morir Marx, el 14 de marzo de 1883, Engels se quedó como ejecutor testamentario de las obras de su gran amigo y se entregó con un ardor apasionado a la edición de los tomos II y III del *Capital*, que habían quedado en estado de borrador y que se publicaron en los años 1885 y 1894. Engels hubo de desatender para ello sus propios trabajos, entre otros una *Historia de Alemania*, que tenía entre manos, pero durante este periodo vieron la luz dos obras relevantes de su pluma: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), basada en el libro de Morgan y para el que Marx había dejado una serie de notas, y *El problema de la vivienda* (1887).

Una instructiva ilustración de la lucha de Engels por una táctica justa, después de morir Marx, son sus consejos a los socialistas italianos en 1894, año en que en Italia parecía madurar una situación revolucionaria.

Engels prevenía a los socialistas contra una colaboración con la oposición republicana, mientras ésta concentrara su lucha, como hasta entonces, dentro de los marcos parlamentarios; pero invitaba a los marxistas a incorporarse al movimiento de oposición, siempre y cuando que desarrollara un movimiento realmente popular.

En sus actividades políticas de los últimos años, consagradas fundamentalmente a la socialdemocracia alemana, Engels luchó principalmente contra las desviaciones derechistas, reformistas, que consideraba como el peligro mayor, contra el filisteísmo pequeñoburgués, contra las ilusiones democráticas que florecían sobre todo en la fracción socialdemócrata del Reichstag. Pero combate al mismo tiempo tendencias izquierdistas y sus actitudes seudorrevolucionarias. Pero, por encima de todo, prevalecía su ruptura con los oportunistas.

En el prólogo al *Problema de la vivienda*, escrito en 1887, Engels se manifiesta contra esa especie de socialismo "aguado" que, aun rindiendo culto abstracto a los postulados del socialismo moderno y respetando de palabra la transformación de los medios de producción en propiedad social, aplazan su realización *ad kalendas graecas*.

En la introducción a la nueva edición de la obra de Marx *Luchas de clases en Francia*, publicada el 6 de marzo de 1895, pocos meses antes de su muerte y que se considera como el "legado político" de Engels, éste se manifiesta en contra de las luchas de barricadas en los encuentros decisivos del futuro, que considera condenadas de antemano ante la potencia militar de los estados modernos.

Aun bajo la forma amputada en que autorizó entonces la publicación de su obra, aparece clara e indiscutible la línea revolucionaria de su táctica. Como en el artículo sobre *El socialismo en Alemania*, escrito tres años antes en torno al camino de la legalidad burguesa, Engels jamás dejó de reivindicar hasta el final de su vida las grandes luchas revolucionarias llamadas a acabar con el orden burgués y a crear la nueva legalidad revolucionaria del socialismo.

Engels murió el 5 de agosto de 1895. Sus restos, por mandato suyo, fueron cremados y las cenizas arrojadas al mar en un día otoñal gris y lluvioso, como a cinco millas de la costa.

En un artículo publicado en "La Gaceta obrera de Viena", Víctor Adler llamaba a Marx "el más grande teórico de la sociedad moderna" y a Engels "su más grande táctico".

Desde los años setenta hasta los noventa fue él, realmente, el que dirigió a los viejos partidos europeos así como a los de nueva creación. En las páginas finales de su biografía de Engels, G. Mayer nos dice:

"Bebel y Adler, Guesde y Lafargue, Plejanov y Axelrod, Turati y Anseele, cuando se aconsejaban de él, admiraban siempre la sagacidad con que su fecundo espíritu y su mente clara seguían en cada uno de sus países todos los cambios, todos los procesos, y cómo, hasta el final de su vida, se esforzó siempre y en todas partes por acomodarse tanto a los grandes lineamientos de la trayectoria común como a los factores históricos concretos."

# NOTA PRELIMINAR AL TOMO II

En este segundo volumen (*Escritos de Juventud*) se recoge lo fundamental de la producción literaria de Engels que va del año 1839 al de 1848.

Los primeros artículos fueron publicados bajo el seudónimo de *Friedrich Oswald* en el "Telegraph für Deutschland" y la "Reinische Zeitung". Se abre el volumen con las "Cartas del Wuppertal", en las que se trasluce una aguda apreciación de la situación social y cultural de las ciudades de este condado. El pulatino y tardío ingreso de éstas a los tiempos modernos posfeudales, es consignado en sus rasgos más característicos con una amenidad y facilidad envidiables. Igualmente, se destaca aquí en su autor, con acusados trazos, su consagración a los intereses populares auténticos. Otros trabajos, del mismo corte, dan cuenta de la actividad periodística y académica locales ("Requiem por la Gazeta Alemana de la Nobleza" y "Diario de un oyente") que en aquel tiempo eran la nota común, con su buena dosis de chovinismo y pacatería, y en cuyos resquicios el propio autor tenía que situarse, no sin ciertas dificultades tanto familiares como de tipo personal. Algunos artículos ("Ernest Moritz Arndt", "Alexander Jung, lecciones sobre la moderna literatura alemana") se constriñen a lo estrictamente literario, y en los cuales se aboga por una literatura joven acorde con la época, sin términos medios ni amaneramientos que degraden el auténtico carácter alemán de sus autores y en los que Engels manifiesta su especial predilección por los poetas Freiligrath, Heine y Börne.

De suma importancia son los trabajos que Engels escribiera a propósito de Shelling ("Shelling sobre Hegel" y "Shelling y la revelación") en los que muestra ya, en las postrimerías del año 1842, su profunda y decidida identificación con la filosofía de Hegel. Es sobre todo en el segundo ensayo donde Engels se extiende en forma brillante con una severa crítica al pensamiento místico-religioso de Schelling que pretende ser nada menos que superador del sistema filosófico hegeliano, condenando a éste sobre todo en su carácter de "filosofía negativa" o de "ciencia pura de la razón". La llegada a Berlín de Shelling, bajo el auspicio del monarca prusiano a más de diez años de la muerte de Hegel, es suficiente motivo para que Engels tome partido y arremeta contra las imposturas del "Mesías filosófico". "Shelling —escribe Engels— asume, en efecto, la tarea de reconciliar la fe con la ciencia y la filosofía con la revelación", por lo que Shelling "es consecuente al negar el carácter racional del mundo. Sin embargo, no se ha atrevido a proclamarlo sin rodeos, sino que ha pretendido negar el carácter racional de la filosofía". Con ello, abría Engels amplia brecha a sus colegas neohegelianos en sus polémicas contra cualquier intento de censura hacia todo aquello que oliera a "filosofía atea" o a "heterodoxia".

Comprensiblemente, Engels no se limitaba a los temas literarios o

estrictamente filosóficos. Habiendo iniciado en forma regular sus colaboraciones periodísticas, afronta no tardando espinosos asuntos políticos. En este respecto, destaca su artículo "Federico Guillermo IV, rey de Prusia", uno de los primeros en donde manifiesta abiertamente sus discrepancias con el régimen político-social imperante en Prusia y toda Alemania, y que publica valientemente bajo la cercana amenaza de la censura imperial. Luego de éste, prosiguen otros artículos más del mismo tenor: "Progresos de la reforma social en el continente", donde abogaba ya por el paso al "régimen de la propiedad común" por medio de una "revolución profunda de las relaciones sociales" en los principales países del continente europeo (Alemania, Francia, Suiza), "Rápidos avances del comunismo en Alemania", que daba cuenta del desarrollo del movimiento radical (Hess, Weitling, Marx) y su paulatina conformación como movimiento político. Se incluyen también otros artículos del propio Engels sobre los mismos temas, pero más tardíos: "Sobre Alemania", de 1845 y que se publicó en forma de cartas en "The Northern Star", "La Constitución prusiana", de 1847, publicado en el mismo periódico, un escrito, de 1847, "El *status quo* en Alemania", que no llegó a publicarse y "Los comunistas y Karl Heinzen", también de 1847, publicado en la "Deutsche Brüsseler Zeitung".

Otros artículos se ocupan del conjunto de las naciones europeas continentales, en los que Engels daba noticia de los principales acontecimientos de Europa: "Los movimientos de 1847", "La fiesta de las naciones, en Londres", "Gobierno y oposición en Francia", "El Congreso económico", "El Congreso del librecambio en Bruselas" y otros.

No menos importancia concedía en aquel tiempo Engels a la situación social y política de Inglaterra y la Gran Bretaña en su conjunto. En una serie de artículos para distintos periódicos examina los más importantes problemas de esta nación, entre otros, los estragos del industrialismo entre las clases trabajadoras de la población, la intensificación de la competencia en las relaciones sociales afines a él, la evolución de la legislación británica acorde con los intereses de las clases burguesa y terrateniente, la miseria moral y política de sus funcionarios así como la presencia de los movimientos organizados, en especial el *cartismo*, y su entrañable lección histórica para los posteriores movimientos en el continente de Europa. Sus tres trabajos titulados "La situación en Inglaterra" resumen muy bien esta panorámica, y el resto de los artículos dedicados a este país dan noticia de este o aquel aspecto (derogación sobre las leyes cerealistas, lucha por el acortamiento de la jornada laboral, reformas al sufragio, etc.).

Destaca asimismo el famoso "Esbozo de crítica de la economía política", publicado en 1844 en el único número de los *Anales Franco-Alemanes*, que tan profunda impresión causara en Marx. Este ensayo, de una pulcritud asombrosa, marca sin duda el punto inicial de la crítica de la economía política como ciencia de clase, de decidida orientación comunista, lo que permitirá a ambos, Engels y Marx, afianzar las pres-

cripciones teóricas más rigurosas con los imperativos prácticos que el movimiento proletario imponía con la marcha de la historia.

La obra, que por su extensión e importancia, domina este volumen y sigue siendo, a pesar de los años transcurridos, una aportación fundamental en torno a su tema es *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, publicada por vez primera en 1845 y que conserva todavía hoy, por su orientación y sus características, un valor sustancial. Aún no han perdido actualidad las palabras que figuran en el prólogo a la primera edición de esta obra: "La situación de la clase obrera en Inglaterra constituye el verdadero palenque y punto de partida de todos los movimientos sociales de hoy día, porque en él se halla la cúspide más escandalosa de nuestros males sociales del presente". Publicamos también, al final de la obra, los dos últimos prólogos, uno a la edición norteamericana y otro a la edición alemana, en los que Engels pone al día sus propias tesis de 1845.

Finalmente, es de señalarse un breve trabajo, un fragmento de diario de viaje, escrito en 1848 ("De París a Berna"), inédito hasta el año de 1898, en que se publicó póstumamente en la *Neue Zeit*.

En este primer volumen de Engels, en suma, se pone de manifiesto la perspicacia y el profundo sentido del movimiento obrero, tanto en su vertiente ideológica como en su rumbo histórico, y aparece ya, con gran relieve, la personalidad del historiador y el crítico que tan certeramente habría de estudiar a lo largo de toda su vida los problemas de la sociedad en Alemania.

W. R.

# CARTAS DEL WUPPERTAL[1]

## I

[*Telegraph für Deutschland*,
marzo de 1839]

Como es sabido, este nombre,[a] mal afamado entre los Amigos de la Luz,[2] abarca las dos ciudades de Elberfeld y Barmen, que ocupan el valle en una longitud de cerca de tres horas de marcha. El encajonado río hace fluir sus purpúreas aguas, ora raudas ora remansadas, entre humeantes edificios fabriles y talleres de blanqueado cubiertos de polvo de algodón; pero el color rojo intenso no proviene de ninguna sangrienta batalla, pues aquí sólo pelean las plumas teológicas y las locuaces viejas comadres que riñen generalmente por mor de la barba del emperador; ni obedecen tampoco a la vergüenza por los manejos de los hombres, aunque habría para ello sobrado fundamento; no, ese color de las aguas del río se debe exclusivamente a la abundancia de tintorerías: es el rojo de la alizarina.

Viniendo de Duseldorf, se entra al llegar a Sonnborn en la tierra sagrada; el Wupper discurre perezoso y cargado de lodo, y su lamentable aspecto deprime el ánimo, en contraste con las riberas del Rin, que acabamos de abandonar. La comarca, sin embargo, es bastante graciosa; las montañas, no muy altas, que unas veces ascienden suavemente y otras se yerguen de pronto, cubiertas en todas partes de boscaje, interrumpen sin recato en las verdes praderas y, si el tiempo es bueno, el cielo azul, al reflejarse en el río, borra por completo su color rojizo.

Tras una vuelta del camino, doblando una colina, aparecen delante de nuestros ojos las achaparradas torres de Elberfeld (las humildes casas se recatan detrás de los huertos), y en pocos minutos estamos en la Sión del oscurantismo. Casi todavía en las afueras de la ciudad, topamos con la iglesia católica, que se alza allí como desterrada tras los sagrados muros. Fue construida, muy mal construida, en estilo bizantino, con arreglo a un plan muy bueno, por un arquitecto muy malo; la vieja iglesia católica fue desmontada para dejar sitio al ala izquierda del ayuntamiento, que aún no se ha construido: sólo queda en pie la torre, que ahora contribuye a su modo al bien público, pues se usa como cárcel. Poco después, damos con un gran edificio —"sobre columnas descansa su techumbre", como dice el poeta[b]—, pero estas columnas presentan una estructura muy peregrina; por su espesor, son egipcias por abajo, dóricas en el centro y por arriba jónicas, despreciando además,

[a] Valle del Wupper. [b] Alusión al poema "Mignon" de Goethe.

por razones muy de peso, todo superfluo aditamento, tal como el pedestal y el capitel. Este edificio se llamaba antes el Museo; pero, como las musas quedaron lejos y sobre el edificio gravitaban voluminosas deudas, no hace mucho se le sacó a pública subasta y se le rebautizó con el nombre de "Casino", nombre que fue grabado en el desnudo frontispicio, sin duda para ahuyentar todo recuerdo del viejo y poético nombre. El edificio es tan pesadote en todas sus dimensiones, que al anochecer se confunde fácilmente con un camello.

A partir de aquí comienzan las aburridas calles, sin ningún carácter; el bello ayuntamiento nuevo, todavía a medio terminar, se halla tan mal emplazado, por falta de sitio, que su frente da a una callejuela estrecha y fea. Por último, salimos de nuevo al río, y un hermoso puente nos anuncia que entramos en Barmen, donde encontraremos, por lo menos, algo más aceptable en materia de belleza arquitectónica. Una vez cruzado el puente, todo cobra un carácter más agradable; grandes y macizas casas construidas en estilo moderno y lleno de buen gusto sustituyen a los mediocres edificios de Elberfeld, ni antiguos ni modernos, ni bellos ni horribles; por todas partes vemos alzarse casas nuevas, hechas de piedra; terminan los adoquines y pisamos sobre una calzada recta, construida a ambos lados, que continúa la calle.

Por entre las casas se ven los verdes talleres de blanqueado; se divisan el río, que aquí corre todavía claro, y las apretadas montañas, cuyos suaves contornos, salpicados de bosques, praderas y huertos y de rojos tejados, hacen más gustoso el paisaje, a medida que se avanza. Como a la mitad de la avenida, hacia el frente, vemos, un poco recatada, la iglesia de Barmen de abajo; es el edificio más hermoso de todo el valle, magníficamente ejecutado en el más noble estilo bizantino. Pronto volvemos a encontrarnos con el pavimento adoquinado, las grises casas inclinadas se aprietan unas contra otras; pero, a pesar de todo, la vista es aquí más variada que en Elberfeld, pues la eterna monotonía se ve interrumpida ya por un edificio nuevo de blanqueado, ya por una casa moderna, ya por un trocito de río, ya por una serie de huertos pegados a la calle. A la vista de esto, le cabe a uno la duda de si Barmen es una ciudad o más bien un conglomerado de toda suerte de edificios; es, en realidad, una reunión de muchos lugares aglutinados por el lazo de las instituciones urbanas. Los más importantes de estos lugares son: Gemarke, donde estuvo siempre el centro de la religión reformada, Barmen de abajo, hacia Elberfeld, no lejos de Wupperfeld, por encima de Gemarke, y más allá todavía Rittershausen; a su izquierda, Wichkinghausen y a su derecha, Hekinghausen, al lado de la cual se abre el maravilloso Rauhental; todos sus habitantes son luteranos pertenecientes a las dos iglesias;[3] los católicos, dos o tres mil a lo sumo, se hallan diseminados por todo el valle. Después de pasar Rittershausen, el caminante sale de la montaña y entra, cruzando el poste aduanero, en la vieja tierra prusiana de Westfalia.

Tal es la fisonomía externa del valle, que, en general y prescindiendo de las tristes calles de Elberfeld, produce una impresión bastante grata;

sin embargo, la experiencia demuestra que sus habitantes hace ya mucho tiempo que han perdido esta sensación placentera. Apenas se percibe aquí esa vida lozana y laboriosa del pueblo que encontramos en casi todas las partes de Alemania; cierto es que a primera vista parece otra cosa, pues todas las noches escuchamos a gentes alegres que recorren las calles cantando, pero sus canciones son los más obscenos cantares que jamás hayan salido de labios inflamados por el aguardiente; nunca escucharemos aquí una de esas canciones populares conocidas a lo largo de Alemania y de las que podemos realmente sentirnos orgullosos. Todas las tabernas se ven llenas de gente, principalmente los sábados y domingos, y por las noches, hacia las once, cuando cierran sus puertas, lanzan sobre la calle a los borrachos, que duermen la mona, las más de las veces, en los bordes de los caminos. Los de más baja estofa son los llamados "maleantes", gentes totalmente desmoralizadas, sin techo ni jornal seguro, que al despuntar el día salen reptando de sus rincones, de sus pajares, establos, etc., si es que no se han visto obligados a pernoctar sobre un estercolero o en las escaleras de las casas. Mediante la limitación de su número, antes indeterminado, la autoridad ha puesto ahora, en cierto modo, coto a estas tristes vidas.

Las razones de este fenómeno están al alcance de la mano. En primer lugar, contribuyen muchísimo a fomentarlo los trabajos fabriles. Las faenas en los locales bajos, donde los obreros respiran más humo de carbón y polvo que oxígeno, son, en su mayoría a partir de los seis años, adecuadísimas para matar en ellos toda energía y toda alegría de vivir. Las mujeres, que poseen por único mobiliario en sus casas una silla, se pasan el día, desde la mañana hasta la noche, sentadas, quemándose la espalda al calor de la estufa. Se explica que estas gentes, en la parte que no entregan al misticismo, caigan en las garras del aguardiente. El pietismo, bajo la insolente y repelente traza que allí presenta, tiene necesariamente que provocar el extremo contrario, y así se explica que el *pueblo* de esta comarca esté formado exclusivamente por gente "fina" (que es el nombre que se da a los místicos) y por la canalla viciosa.

Ya por sí sola, esta división en dos partidos hostiles bastaría, aún prescindiendo del carácter de los mismos, para acabar con el desarrollo de todo espíritu popular, y ¿qué puede esperarse allí donde la desaparición de uno de los dos partidos no ayudaría en lo más mínimo, ya que ambos padecen igualmente de tuberculosis? Las pocas caras saludables que allí se ven son las de los carpinteros y otros artesanos, todos ellos forasteros; también se ven tipos fuertes entre los curtidores del país, pero en tres años solamente su cuerpo y su espíritu quedan destrozados; tres hombres de cada cinco mueren tuberculosos, y todo ello se debe al abuso del aguardiente. Pero, no cabe duda de que este mal no habría hecho tan tremendos estragos si las fábricas no estuviesen explotadas de un modo tan feroz por sus propietarios y si el pietismo no imperara del modo que impera aquí, amenazando además con extenderse sin cortapisas.

Entre las clases bajas, especialmente entre los obreros fabriles del Wuppertal, reina una miseria espantosa; la sífilis y las enfermedades del pulmón se extienden en proporciones increíbles; solamente en Elberfeld hay 1 200 niños de los 2 500 sujetos a la enseñanza obligatoria, pero privados de escuelas y que crecen en las fábricas, simplemente para que el señor fabril no tenga que pagar al adulto, que de otro modo ocuparía su puesto, el doble del salario que hoy cobra el niño. Pero los ricos fabricantes tienen la conciencia ancha y una vida infantil más o menos no condena al infierno a un alma pietista, sobre todo si va todos los domingos dos veces a la iglesia. Pues es cosa demostrada que de todos los fabricantes son los pietistas los que peor tratan a sus obreros, los que les merman el salario por todos los procedimientos posibles, so pretexto de que no caigan en la tentación de emborracharse, y los que en las elecciones de predicadores van siempre a la cabeza, cuando se trata de sobornar a su personal.

En las capas bajas, el pietismo reina principalmente entre los artesanos (entre los que no incluyo a los fabricantes). ¡Qué triste espectáculo ver marchar por la calle a uno de estos individuos, mirando al suelo, embutido en un larguísimo capote y con el pelo peinado a la manera pietista! Pero quien verdaderamente desee conocer esta especie debe entrar en la fragua o el taller de zapatero de un pietista. Verá sentado al maestro, a su derecha la Biblia y a su izquierda, por lo menos con mucha frecuencia, la botella de aguardiente. El trabajo, desde luego, no agobia; el maestro se pasa las horas muertas leyendo los Evangelios, de cuando en cuando bebe una copa y a ratos entona su voz con la del coro en un canto religioso. Pero lo principal es siempre, desde luego, el maldecir del amado prójimo.

Como se ve, la tendencia es aquí la misma que donde quiera y la furia proselitista da sus frutos. Se ganan, sobre todo, las almas de muchos impíos borrachos, casi siempre de un modo casi milagroso. La cosa no es difícil; estos prosélitos son todos hombres degenerados, idiotizados, a los que no cuesta ningún esfuerzo convencer; una vez convertidos, lloran a raudales varias veces por semana, pero siguen llevando a escondidas su vida encanallada.

Hace varios años, salieron a la luz del día estos manejos, con gran espanto de todos los beatos. Se presentó allí un aventurero norteamericano que se hacía llamar el pastor Jürgens; predicó varias veces y acudía un tropel de gentes a oirlo, pues la mayoría de ellas creía que, como americano, tenía que ser de piel morena o incluso negro. No digamos el asombro de los fieles al ver que no sólo era blanco, sino que predicaba además, con tal elocuencia, que hacía llorar a la iglesia entera; el truco consistía en que, si le fallaban los otros recursos para enternecer hasta el llanto a quienes le escuchaban, él mismo rompía a gemir. Una oleada de asombro se levantaba de entre los creyentes; no faltaban quienes mostrasen dudas, recurriendo a su razón, pero eran repudiados como descreídos; el predicador no tardó en formar conventículos y en recibir de sus acomodados admiradores ricos obsequios que le permitían vivir

a cuerpo de rey. Sus sermones atraían más público que cualesquiera otros; sus cenáculos estaban abarrotados de gente y cada una de sus palabras hacía llorar como magdalenas a hombres y mujeres. Ya todos estaban convencidos de que era, por lo menos, medio profeta y de que se disponía a construir una nueva Jerusalén, cuando de pronto se vino a tierra todo el artilugio. Un buen día, se supo qué clase de cosas se urdían en aquellas reuniones recatadas; el señor Jürgens fue apresado y hubo de purgar dos años de prisión en la cárcel de Hamm, en castigo por su exceso de devoción. Más tarde, bajo promesa de enmienda, fue puesto en libertad y reexpedido a los Estados Unidos. Se supo también que, antes, había practicado ya sus malas artes en Norteamérica y que luego, expulsado de allí y para no perder el hábito, había vuelto a las andadas en Westfalia, de donde se le dejó marchar tranquilamente, por misericordia o más bien por debilidad de las autoridades, sin entrar en más indagaciones, hasta que, por último puso remate a su vida licenciosa en Elberfeld. Al saberse las cosas que sucedían en los sermones de este santo varón, todo el pueblo se levantó en contra suya y nadie quería saber ya nada de él; todos lo negaron, desde el Líbano hasta el mar Salado, es decir, desde Rittershausen hasta Sonnborn, donde termina el Wuppertal.

Pero el verdadero centro de todo el pietismo y el misticismo es la parroquia reformada de Elberfeld. Esta parroquia se ha caracterizado de siempre por su severo espíritu calvinista. En los últimos años, gracias al nombramiento de los predicadores más fanáticos del mundo —en la actualidad, actúan allí cuatro de éstos—, se ha convertido en la más brutal intolerancia, que tiene muy poco que envidiar al fanatismo papista. Las reuniones parroquiales de Elberfeld son verdaderos juicios inquisitoriales, donde se inquiere sobre la vida y las costumbres de cuantos no asisten a la iglesia. Se averigua si fulano o zutano lee novelas y aunque el título las acredite como novelas cristianas, el pastor Krummacher ha dicho que las novelas son siempre libros impíos; o se saca a relucir que mengano, aunque parezca ser fiel al Señor, asistió anteayer a un concierto y, al oír esto, los fieles llevan las manos a la cabeza, aterrados ante un pecado tan espantoso. Y si cae sobre un predicador la fama de ser un racionalista (nombre que se da a todo el que no coincide al pie de la letra con las opiniones establecidas), se le hace comparecer, para investigar si su levita es de un negro perfecto y sus pantalones tienen un color ortodoxo y ¡ay de él si se le pilla en renuncia, con una levita tirando a azul o con un chaleco de matiz racionalista! ¡Y no digamos si se presenta alguno que no crea en la predestinación! Es —se le dirá, enseguida— casi tan perverso como un luterano, un luterano no es mucho mejor que un católico, y ya se sabe que un católico y un idólatra están condenados por naturaleza. ¿Y quiénes son los que así se expresan? Gente ignorante que apenas sabe si la Biblia se halla escrita en chino, en hebreo o en griego y lo juzgan todo por las palabras de un predicador que un día fue reconocido ortodoxo, séalo o no.

Este espíritu reinaba desde que la Reforma se impuso aquí, pero pasó inadvertido hasta que el predicador G. D. Krummacher, muerto hace unos cuantos años en esta misma parroquia, comenzó a cultivarlo y alentarlo; pronto floreció en su plenitud el pietismo, pero Krummacher murió antes de poder recoger el fruto; esto ha sucedido ahora, desde que su sobrino, el Dr. Friedrich Wilhelm Krummacher, ha desarrollado y modelado la doctrina con tal nitidez, que ya no se sabe cómo se la debe considerar, si como un disparate o como una blasfemia. En fin; el fruto está maduro y, como nadie entiende el modo de cosecharlo, con el tiempo se caerá al suelo, podrido.

'Gottfried Daniel Krummacher, hermano del Dr. F. A. Krummacher de Bremen, famoso por sus parábolas, murió en Elberfeld hace unos tres años, después de una larguísima carrera de predicador. Cuando, hace más de veinte, un misionero de Barmen no predicó desde el púlpito la doctrina de la predestinación con la misma furia que él, la gente, alegando que aquel sermón falto de fe no era tal sermón, empezó a fumar en la iglesia, a armar ruido y a impedirle predicar, hasta que la autoridad se vio obligada a intervenir. En vista de esto, Krummacher escribió al ayuntamiento de Barmen una carta espantosamente grosera, por el estilo de las que Gregorio VII dirigía a Enrique IV,[4] y ordenó que se dejase en paz a los fanáticos, quienes se limitaban a defender su Evangelio; además, predicó desde el púlpito acerca de esto. Pero sólo consiguió quedar en ridículo. Esto indica cuál era el espíritu de este sacerdote, que mantuvo hasta sus últimos días. Por lo demás, era hombre de tan peregrinas costumbres, que circulan acerca de él mil anécdotas en que se le pinta como un curioso extravagante o como un individuo zafio y grosero.

El Dr. Friedrich Wilhelm Krummacher, hombre como de cuarenta años, alto, fornido y de imponente figura se ha hecho todavía, si cabe, más voluminoso desde que está en Elberfeld. Se peina del modo más extraño, imitado por todos sus secuaces, y quién sabe si llegará un día a ponerse de moda el pelo a la Krummacher; claro está que esta moda, si llegara a imponerse, eclipsaría por su mal gusto a todas las anteriores, incluyendo la de las pelucas empolvadas.

De estudiante, fue colaborador de la demagogia estudiantil,[5] escribió letras para canciones sobre la libertad, llevó una bandera en la fiesta del Wartburg [6] y pronunció un discurso que debió de causar gran sensación. Acordándose de aquellos años disipados, suele referirse algunas veces desde el púlpito a los tiempos en que andaba todavía entre los hetitas y los cananitas. Más tarde, fue elegido párroco de los reformados de Barmen, y de entonces data su verdadera reputación. Apenas llega allí, su doctrina estricta de la predestinación, produjo una escisión no sólo entre luteranos y reformados, sino también dentro de éstos, entre los predestinacionistas rigurosos y los moderados. Una vez, salió de una reunión, un poco bebido, un viejo y estirado luterano, que tenía que pasar por un puente ruinoso. Al buen hombre debió de parecerle un tanto aventurada la hazaña, en el estado en que se encontraba, y se

paró a reflexionar: si pasas y todo sale bien, magnífico; pero si das un mal paso y caes al río, los reformados dirán que así tenía que ser; pero no, no será así. Y, dando media vuelta, buscó un vado y cruzó el río con el agua hasta el cuello, animado por el devoto sentimiento de haber disputado un triunfo a los reformados.

Cuando vacó una plaza en Elberfeld se llevó a ella a Krummacher, con lo que se acabaron todas las rencillas en Barmen, encendiéndose todavía con mayor fuerza en Elberfeld. Ya el sermón de toma de posesión del nuevo predicador encolerizó a los unos y entusiasmó a los otros; la discordia fue creciendo cada vez más, sobre todo porque pronto cada predicador, aunque todos fueran de la misma opinión, tenía su propio partido, que formaba su único auditorio. Hasta que por último las gentes se cansaron de gritar y oír gritar a todas horas: ¡yo soy krummachista o antikrummachista!, pero no por amor a la paz, sino porque los partidos iban distanciándose cada vez más.

Krummacher es, innegablemente, hombre de gran talento retórico y también poético; sus sermones no son nunca aburridos, construye sus párrafos de un modo natural y seguro y es fuerte, sobre todo, en las pinturas a base de tintas negras —su descripción del infierno tiene siempre trazos nuevos y audaces, por muchas veces que la repita— y en las antítesis. En cambio, se atiene con demasiada frecuencia a la fraseología bíblica y a las imágenes sacadas de ella, que, aunque generalmente ingeniosas en su aplicación, por fuerza tienen que acabar siempre repitiéndose; de vez en cuando, nos encontramos con un símil enormemente prosaico sacado de la vida cotidiana o con un relato de sus propias vicisitudes personales o de sus más triviales experiencias. Todo lo expone desde el púlpito, venga o no a cuento; últimamente, ha ofrecido a la devoción de sus devotos oyentes la descripción de un viaje a Württemberg y a Suiza, hablando a este propósito de sus cuatro disputas victoriosas con Paulus en Heidelberg y con Strauss en Tubinga, aunque dando, claro está, una versión muy diferente de la que Strauss ofrece en su carta. Su modo de declamar es, a ratos, excelente y su poderosa y elocuente gesticulación resulta, en ocasiones, muy adecuada, aunque a veces se hace amanerada y de mal gusto sobre toda ponderación. En estos momentos, se mueve por el púlpito en todas direcciones, se inclina hacia todos lados, golpea los bordes de la tribuna, se revuelve como un caballo en la batalla, manotea y vocifera, haciendo vibrar los cristales de las vidrieras y asustando a las gentes en la calle. Quienes le escuchan comienzan entonces a sollozar; rompen a llorar primero las muchachas, seguidas por las mujeres viejas, que se unen a ellas con gemidos de falsete que desgarran el corazón; los desmedulados pietistas aguardentosos se suman al coro plañidero y aumentan la disonancia con sus tonos de angustia, hasta que por último la voz del predicador resuena como un trueno en medio de los plañidos, amenazando a los creyentes con la condenación eterna y los castigos del infierno.

¡Y no hablemos de su doctrina! No se comprende cómo un hombre puede creer en tales cosas que representan una flagrante contradicción

con la razón y con la Biblia. No obstante lo cual, Krummacher ha plasmado y perfilado la doctrina con tal nitidez y de modo tan consecuente, que no cabe reprocharle nada, una vez aceptada la base de que se parte, o sea la incapacidad del hombre para querer por sí mismo lo bueno y, más aún, para obrar el bien. De donde se sigue, lógicamente, la exigencia de que se le infunda esa capacidad desde fuera, y como el hombre no puede ni siquiera querer el bien, hace falta que Dios le imponga ese don. Del libre arbitrio de Dios se desprende la concesión voluntaria de este don, que se basa también, por lo menos aparentemente, en la Escritura.

Sobre esta trabazón lógica y consecuente descansa toda la doctrina; los pocos creyentes se salvan y santifican, quiéranlo o no, mientras que los demás se hallan condenados al fuego. "¿Eterno?" "¡Sí, por toda una eternidad!" (Krummacher). Está escrito, además: Nadie llegará al Padre más que a través de Mí; pero los paganos no pueden llegar al Padre por medio de Cristo, porque no son cristianos, razón por la cual sólo existen para poblar el infierno. Entre los cristianos, muchos son los llamados y pocos los elegidos; pero los muchos llamados lo son solamente en apariencia, y Dios se guarda mucho de llamarlos con la fuerza necesaria para hacerse oír, todo a la mayor gloria de Dios y para que no tengan disculpa posible. Y asimismo está escrito que la sabiduría de Dios es una necedad para los sabios de este mundo, lo que equivale a la orden dada a los místicos para que presenten su fe bajo la envoltura más disparatada posible, con objeto de que se cumpla dicha sentencia. Cómo esto puede compaginarse con la doctrina de los apóstoles, que nos hablan del culto razonable de Dios y de la leche racional del Evangelio, es un secreto demasiado alto para que sea alcanzado por la razón.

Son estas enseñanzas las que echan a perder todos los sermones de Krummacher; los únicos pasajes en los que no resaltan con tanta fuerza son aquellos en que habla del contraste entre la opulencia terrenal y la humildad de Cristo o del orgullo de los príncipes seculares y de Dios. Aquí se trasluce todavía, con frecuencia, un destello de su pasada demagogia, y si no se expresara en términos tan generales, podemos estar seguros de que el gobierno no se callaría.

Son muy pocos los que en Elberfeld aprecian el valor estético de sus sermones, pues, poniendo junto a él a sus tres colegas, que cuentan, los tres, con un auditorio casi igualmente nutrido, podríamos decir que Krummacher es la unidad seguida de tres ceros, los cuales sólo sirven para que resuene todavía más su voz. El más viejo de estos tres ceros se llama Kohl, cuyo nombre caracteriza también sus sermones;[c] el segundo se llama Hermann pero no es, a pesar del nombre, descendiente del personaje a quien ahora erigen un monumento[7] llamado a sobrevivir a la historia y a Tácito; el tercero se llama Ball[d] y es, en efecto, la pelota con que juega Krummacher. Los tres son sumamente ortodoxos y pisan, en sus sermones, sobre las huellas de los lados negativos de aquél. Los párrocos luteranos de Elberfeld son Sander y Hülsmann,

[c] Kohl, verdura. [d] Pelota.

que antes se habían ido furiosamente a las manos, cuando el primero se hallaba todavía en Wichlinghausen y se vio envuelto en la conocida disputa con el hermano del que ahora es colega suyo. En su actual puesto ambos se comportan dignamente el uno con respecto al otro, aunque los pietistas hacen todo lo posible por revivir la discordia entre ellos, acusando a Hülsmann de toda clase de atrocidades contra Sander. El tercero de la terna es Döring, hombre de una distracción muy original; es incapaz de ligar tres frases seguidas, pero en cambio se las arregla para convertir tres partes de un sermón en cuatro, repitiendo literalmente una de ellas, sin que se dé cuenta para nada. *Probatum est.*[e] De sus poesías hablaremos más adelante.

Entre los predicadores de Barmen no hay gran diferencia; todos ellos son severamente ortodoxos, con una dosis más o menos grande de pietismo. Solamente *Stier*, en Wichlinghausen, presenta algunos rasgos un poco notables. Dícese que Jean Paul[f] lo conoció de niño y descubrió en él dotes relevantes. Ocupó el puesto de párroco en Frankleben, cerca de Halle, y publicó en aquel tiempo varios escritos en verso y en prosa, una edición mejorada del Catecismo luterano, un sucedáneo de esta obra y un librito complementario de ella para maestros estúpidos, así como también una obrilla sobre la escasez de libros de canto en la provincia de Sajonia, extraordinariamente elogiada por la *Gaceta Eclesiástica Evangélica* y en la que se contienen, por lo menos, ideas más razonables acerca de las canciones religiosas de las que suelen escucharse en el bendito Wuppertal, aunque encontremos también en ella algún que otro fallo injusto. Sus poesías son aburridas hasta más no poder; hay que reconocerle, además, el mérito de haber hecho aptas para los ortodoxos, con su versión, algunas poesías paganas de Schiller. He aquí, por ejemplo, lo que dice de los dioses de Grecia:

Todavía gobernáis el vano mundo
Por el engañoso lazo del pecado,
Conduciendo aún a las generaciones,
¡Oh, entes vacíos del mundo de la fábula!
Todavía vuestros pecados siguen brillando,
Mas ¡cuán distinto el brillo al de otro tiempo,
Cuando tu templo se adornaba con coronas,
Oh, Venus Amathusia! [8]

¡Algo realmente ingenioso y verdaderamente místico! Desde hace medio año, Stier se halla en Wichlinghausen ocupando el puesto de Sander, pero todavía no ha enriquecido la literatura de Barmen con ninguna obra.

Un lugar situado cerca de Elberfeld, Langenberg, sigue perteneciendo, en realidad, al Wuppertal. Allí nos encontramos con Emil Krummacher, hermano de Friedrich Wilhelm; no es un predestinacionista tan riguroso como éste, pero le imita en muchas cosas, como demuestra el siguiente pasaje de su último sermón de Navidad:

[e] Está demostrado. [f] Escritor alemán (1763-1825).

"Con nuestros cuerpos terrenales seguimos sentados aquí, en estos bancos de madera, pero nuestros espíritus flotan con los de millones de creyentes en lo alto de la montaña sagrada y, después de haber escuchado allí los cantos de los ejércitos celestiales, descienden de nuevo sobre la pobre aldea de Belén. ¿Y qué contemplan allí? Ven, primero, un pobre establo y en ese pobre, pobrísimo establo, un pobre pesebre, en el pobre pesebre un pobre haz de heno y paja y sobre el pobre, pobrísimo haz de heno y paja, yace como el pobre niño de un mendigo, envuelto en pobres pañales, el rico Señor del Mundo."

Habría que hablar todavía de la Casa de las Misiones, pero los arpegios [9] de un ex misionero, ya mencionados en estas páginas, son testimonios suficientes del espíritu que allí reina. Por lo demás, hay que decir que el inspector de dicha Casa, el Dr. Richter, es un hombre erudito, importante orientalista y naturalista, que ha editado, además, una *Biblia casera ilustrada.*

Tales son las actividades de los pietistas en el Wuppertal; no alcanza uno a comprender que en nuestro tiempo puedan suceder todavía tales cosas; pero parece como si tampoco esta roca del viejo oscurantismo pudiera resistir a la poderosa corriente de los tiempos; socavada la arena, se precipitará la roca, con gran estrépito.

## II

[*Telegraph für Deutschland,*
abril de 1839]

No hace falta decir que, en una región invadida como ésta por el pietismo, esta doctrina se extiende por todos lados y penetra, corrompiéndolos, en todos y cada uno de los campos de la vida. Y ejerce su principal poder como es natural, sobre la enseñanza, especialmente en las escuelas primarias. Una parte de estas escuelas se halla en sus manos; nos referimos a las escuelas parroquiales, de las que existe una en cada parroquia. Con un poco más de libertad, aunque siempre sometidas a la vigilancia del consejo escolar eclesiástico, actúan las demás escuelas, sobre las que las autoridades civiles ejercen mayor influencia. El influjo entorpecedor del misticismo salta, aquí, a la vista. Mientras que las iglesias parroquiales siguen dedicadas, como antaño, bajo el difunto príncipe Carlos Teodoro, a enseñar a sus alumnos, además de la lectura, la escritura y las cuatro reglas de cálculo, la doctrina del Catecismo, en las otras escuelas se enseñan los rudimentos de algunas ciencias y un poco de francés, y muchos de los alumnos, estimulados por estas enseñanzas, tratan de seguir desarrollándose aún después de salir de la escuela. Estas escuelas acusan un importante progreso y, después de la entrada del gobierno prusiano, han aventajado considerablemente a las escuelas parroquiales otras de las que iban a la zaga. Pero a las escuelas parroquiales asiste un número mucho mayor de alumnos, porque cuestan mucho menos y muchos padres siguen mandando a

estas escuelas a sus hijos, en parte por rutina y en parte porque ven en los progresos un peligro para su formación religiosa.

Existen en el Wuppertal tres establecimientos superiores de enseñanza; la Escuela Municipal de la ciudad de Barmen, el Instituto técnico y el Instituto de Humanidades de Elberfeld.

La Escuela Municipal de Barmen, muy pobremente dotada y que no dispone, por esta razón del profesorado necesario, hace, sin embargo, todo lo que puede. Se halla en manos de un Consejo de Curadores muy limitado y avaro, que la mayor parte de las veces no admite como profesores de la escuela más que a pietistas. No obstante, el director, que no es tampoco ajeno a esta tendencia, desempeña su cargo con arreglo a principios fijos y sabe, con gran habilidad, situar a cada maestro en el puesto que le corresponde. Le sigue el señor Johan Jakob Ewich, que enseña bastante bien sobre un buen libro de texto, y es, en la enseñanza de la historia, un celoso seguidor del sistema anecdótico de Nösselt. Es autor de muchas obras de pedagogía, la mayor de las cuales, mayor, quiero decir, en extensión, se titula *Humano* (Wesel, en Bagel), 2 vols., 40 pliegos, precio 1 tálero. Todas ellas abundan en excelentes ideas, buenos deseos y propuestas irrealizables. Se dice que su práctica pedagógica queda bastante por debajo de la hermosa teoría.

El Dr. Phillipp Shifflin, segundo profesor, es el maestro más capaz de la escuela. Tal vez ningún otro alemán haya penetrado tan a fondo como él en la estructura gramatical del francés moderno. No parte del románico antiguo, sino que estudia la lengua clásica del siglo pasado, principalmente la de Voltaire, pasando luego de ésta al estilo de los autores contemporáneos. Los resultados de sus investigaciones figuran en su *Guía para el estudio de la lengua francesa, en tres cursos*, el primero y el segundo de los cuales conocen ya varias ediciones, mientras que el tercero verá la luz este año, ahora, para Pascua. Es, sin duda alguna, con la de Knebel, la mejor teoría de la lengua francesa que poseemos; ha encontrado una acogida muy favorable ya al aparecer el primer curso y ha logrado a la hora actual una difusión casi sin paralelo en toda Alemania y más allá de sus fronteras, hasta Hungría y las provincias rusas del Báltico.

Los demás profesores son jóvenes seminaristas, algunos de los cuales han logrado adquirir una buena cultura, mientras que otros llevan dentro un verdadero caos de toda clase de ciencias. Entre estos jóvenes maestros, el mejor era el señor Köster, amigo de Freiligrath, cuyo programa contiene un extracto de poética, del que aparece totalmente excluída la poesía didáctica y colocados en un lugar secundario los géneros de la épica y la lírica; este ensayo revela, sin embargo, penetración y claridad. Köster fue nombrado para Duseldorf, y los señores del Consejo de Curadores lo dejaron marchar de buena gana, por considerarlo enemigo del pietismo. El reverso de este profesor lo forma otro que, preguntado por un estudiante de la cuarta clase quién era Goethe, contestó: "Un impío".

El Instituto técnico de Elberfeld cuenta con buenos fondos, lo que

le permite seleccionar profesores más capaces y organizar cursos más completos. En cambio, reina allí esa espantosa furia de tomar y copiar apuntes capaz de embrutecer a cualquier estudiante en un semestre. Además, no se nota gran cosa la autoridad de la dirección; el director está de viaje la mitad del año y, cuando se halla en la escuela, su presencia sólo se nota por una severidad exagerada. Unida al Instituto se halla una Escuela industrial, en la que los alumnos tienen que cursar la mitad de la vida. Entre los profesores se destaca el Dr. Kruse, quien vivió seis semanas en Inglaterra y escribió una obrilla sobre la pronunciación inglesa, notable por su perfecta inutilidad; los alumnos de esta institución tienen muy mala fama y han dado pie a Diesterweg para sus quejas acerca de la juventud de Elberfeld.

El Instituto de Humanidades de Elberfeld vive en una situación muy precaria, pero se halla reconocido como uno de los mejores del Estado prusiano. Pertenece a la parroquia reformada, pero no padece gran cosa bajo su misticismo, porque los predicadores no se preocupan para nada de él y los miembros del Consejo escolar no saben nada de Humanidades; en cambio, sí padece bastante de su avaricia. Estos señores no tienen ni la más ligera idea de la excelencia de la educación humanística prusiana, tratan de favorecer por todos los medios, con dinero y con alumnos, al Instituto técnico y echan en cara al Instituto de Humanidades el que no sea capaz ni siquiera de cubrir sus gastos con el dinero de las matrículas. En la actualidad, se está negociando para que el gobierno se haga cargo de este centro de enseñanza; de otro modo, se vería obligado en los próximos años a suspender sus actividades por falta de recursos. La designación de los profesores se halla actualmente en manos del Consejo escolar, integrado por personas que saben estampar muy bien una partida en el libro de cuentas, pero que no tienen ni la menor idea del latín, el griego o las matemáticas. El principio fundamental sobre el que descansa su sistema de selección es: antes un chapucero reformado que un hombre competente si es luterano, y no digamos católico. Pero, como da la casualidad de que entre los filólogos prusianos abundan mucho más los luteranos que los reformados, casi nunca pueden ajustarse estrictamente a ese principio.

El Dr. Hantschke, profesor real y director interino, natural de Luckau, en la Lusacia, escribe un latín ciceroniano tanto en verso como en prosa y es, además, autor de varios sermones, obras de pedagogía y un libro de ejercicios en hebreo. Hace ya mucho tiempo que sería director en propiedad si no fuese luterano y el Consejo escolar no escatimara tan avaramente el dinero.

El Dr. Eichhoff, segundo profesor, escribió en colaboración con otro colega más joven, el Dr. Beltz, una gramática latina, libro sobre el que F. Hase ha emitido un juicio no muy laudatorio en la *Gaceta Literaria general*. Lo que mejor conoce es el griego.

El Dr. Clausen, tercer profesor, es sin duda alguna el hombre más competente de todo el Instituto, versado en todas las materias, pero excelente sobre todo en historia y literatura. Su exposición tiene una

gracia muy poco común; es el único que sabe despertar en sus alumnos el sentido de la poesía, sentido que casi siempre se veía miserablemente ahogado bajo la férula de los filisteos del Wuppertal. Que yo sepa, sólo se le conoce como escritor por una disertación sobre "Píndaro, el lírico", que le valió mucha fama entre el profesorado de humanidades, dentro y fuera de Prusia. Este ensayo ha llegado a figurar, naturalmente, en las librerías.

Estos tres centros de enseñanza existen solamente desde el año 1820; antes, sólo funcionaban dos escuelas rectorales,[10] una en Elberfeld y otra en Barmen, amén de una serie de institutos privados que no podían suministrar una cultura sólida. Sus huellas se perciben todavía entre los viejos comerciantes de Barmen. Ni la menor idea acerca de la cultura; en Barmen y Elberfeld se considera hombre culto a quien sabe jugar al *whist* y al billar, hacer algo de política y saludar con urbanidad. Estas gentes llevan una vida espantosa y, sin embargo, se sienten muy satisfechos con ella; se pasan el día barajando números en su oficina, entregados a esta ocupación con un interés y una furia verdaderamente increíbles; por las tardes, a una hora fija, todo el mundo se congrega en sus tertulias, a jugar cartas, hablar de política y fumar; al sonar las nueve, se van a sus casas, con una regularidad inalterable. Así, un día tras otro, sin la menor variación, y ¡ay de quien ose romper este engranaje! Puede estar seguro de conciliar contra él las iras de las primeras casas de la ciudad.

Los jóvenes se dejan conducir sumisamente por sus padres a la escuela, para que allí les enseñen a ser como sus progenitores. Sus temas de conversación no pueden ser más monótonos; los de Barmen hablan más bien de caballos y los de Elberfeld de perros; si la conversación sube de tono, se habla también de las bellezas femeninas o de cuestiones de negocios; eso es todo. Una vez cada seis meses, hablan algo de literatura, entendiendo por tal los nombres de Paul de Kock, Marryat, Tromlitz, Nestroy y consortes. En política, son todos buenos prusianos, por hallarse en territorio gobernado por Prusia, repugnan *a priori* todo lo que sea liberalismo, entre tanto que Su Majestad se digne respetarles el Código de Napoleón,[11] pues con él desaparecería todo patriotismo. Ninguno conoce lo que literalmente significa la Joven Alemania;[12] se la considera como una agrupación secreta, algo así como una sociedad demagógica presidida por los señores Heine, Gutzkow y Mundt. Algunos de estos jóvenes de la buena sociedad han leído acaso algo de Heine, tal vez los "Cuadros de viaje", saltándose las poesías intercaladas, o los "Denunciantes", pero acerca de las demás sólo tienen vagas ideas, recogidas de labios de los funcionarios o los predicadores. Freiligrath, personalmente, es conocido de la mayoría y pasa por ser un buen camarada. Cuando estuvo trabajando en Barmen era asaltado a visitas por esta verde nobleza (como llama él a los jóvenes comerciantes), pero pronto se dio cuenta del espíritu que entre ellos reinaba y se retiró; los jóvenes le seguían, elogiaban sus poesías y su vino y trataban por todos los medios de brindar como camaradas con cualquiera que hubiese pu-

blicado algo, pues para estas gentes un poeta no es nada y un escritor lo es todo. Poco a poco, Freiligrath fue rompiendo todo trato con estas gentes y, desde que Köster se ha ido de Barmen, sólo mantiene relaciones con unos cuantos. Su jefe [13] se ha mostrado siempre muy correcto y amable con él, en su precaria situación, pues, cosa curiosa, este poeta es un empleado de oficina sumamente laborioso y puntual. No creemos que sea necesario detenerse a hablar de su obra poética, después de haber sido juzgado con tanta exactitud por Dingelstedt en el *Anuario de Literatura* y por Carrière en los *Anales* de Berlín. Sin embargo, ninguno de los dos me parece que ha hecho notar suficientemente cómo Freiligrath se siente firmemente apegado a su tierra natal, a pesar de haber peregrinado tanto tiempo lejos de ella. Así lo revelan las frecuentes alusiones a los cuentos populares alemanes, por ejemplo en la página 54, la reina de las ranas, Blancanieves, etc., tema al que dedica un poema entero ("En el bosque"), la imitación de Uhland (el "Noble Halcón"), página 82, "los Oficiales Carpinteros", página 85, y también el primero de los poemas sobre las "Dos tumbas de generales" lo recuerda un poco para mérito suyo, enseguida "Los emigrantes" y, sobre todo, su insuperable "Príncipe Eugenio". En estos pocos aspectos debemos fijarnos con tanta mayor razón cuanto que Freiligrath tiende a perderse en la dirección contraria. También abren una profunda perspectiva en su estado de ánimo el poema titulado "El poeta peregrino" y especialmente los fragmentos publicados en la hoja *Diario de la Mañana*; [14] en ellos vemos cómo el poeta siente que no se halla a gusto fuera de su tierra, si no tiene sus raíces clavadas en la poesía auténticamente alemana.

En la que podemos llamar la literatura del Wuppertal ocupa el lugar más importante el periodismo. Se halla a la cabeza la *Gaceta de Elberfeld*, dirigida por el Dr. Martin Runkel y, bajo su sagaz dirección, ha adquirido una fama grande y merecida. El Dr. Runkel se hizo cargo de la dirección al refundirse en uno dos periódicos anteriores, la *General* y la *Gaceta Provincial*. El nuevo periódico nació bajo auspicios poco favorables; la *Gaceta de Barmen* le hacía la competencia, pero Runkel supo, creando un cuerpo de corresponsales propios y con sus artículos editoriales, hacer de su periódico uno de los primeros de Prusia. En Elberfeld, donde poca gente lee los editoriales de los periódicos, no encontró gran reconocimiento, pero lo encontró en cambio fuera de la región, a la que también debió de contribuir, indudablemente, la decadencia de la *Gaceta Prusiana del Estado*. El suplemento literario u "Hoja intelectual" no se eleva por encima del nivel corriente. La *Gaceta de Barmen*, cuyos editores, redactores y censores cambian a cada paso, se halla actualmente bajo la dirección de H. Püttmann, del que a veces se publican notas críticas de libros en la *Gaceta de la Tarde*. Le gustaría elevar el nivel del periódico, pero tiene las manos atadas por la comprensible parsimonia del editor. El folletón, con sus propias poesías, notas de libros y extractos de obras extensas, no vale gran cosa. El "Círculo de lectores de Wuppertal", que lo

acompaña, se nutre casi exclusivamente de la *Europa* de Lewald. Además de los citados periódicos, se publicaron también el "*Anunciador diario*", la "*Hoja para los forasteros*", filial de la "*Gaceta de la aldea*", insuperable en poesías que laceran el corazón y en chistes malos, y el "Semanario de Barmen", viejo gorro de dormir al que se le ven a cada paso las orejas de burro pietistas por debajo de la piel de león literaria.

Entre la otra literatura, la prosa no vale absolutamente nada; y si prescindimos de los escritos teológicos o, más exactamente, pietistas y de unas cuantas obrillas compuestas de un modo muy superficial, acerca de la historia local, no queda nada. La poesía, en cambio, es abundantemente cultivada en el "Valle bendito", en el que nos encontramos con un número bastante crecido de poetas.

Wilhelm Langewiese, librero en Barmen e Iserlohn, escribe bajo el nombre de W. Jemand; su obra principal es una tragedia didáctica, *El judío errante*, que no llega, desde luego, a la versión que Mosen nos ha dado de este mismo tema. Como editor, es el más importante de los competidores del Wuppertal, cosa por lo demás muy fácil, ya que los otros dos, Hassel, de Elberfeld, y Steinhaus, de Barmen, no publican más que obras de auténtico pietismo. En su casa se aloja Freiligrath.

Karl August Döring, predicador en Elberfeld, es autor de gran cantidad de escritos en prosa y en verso; de ellos podríamos decir lo que dijo Platen: son un río caudaloso que nadie puede recorrer hasta su fin.[15]

En sus poesías, este autor distingue entre canciones religiosas, odas y poemas líricos. A veces, a la mitad de la poesía se ha olvidado ya del comienzo y se remonta a extrañas regiones; desde las islas de los mares del Sur y sus misioneros va a parar al infierno y de los suspiros del alma atormentada pasa de pronto a los hielos del Polo Norte.

Lieth, director de una escuela de niñas en Elberfeld, es autor de poesías infantiles, escritas casi siempre en un estilo ya anticuado y que no admiten comparación con las de Rückert, Güll y Hey, sin embargo, encontramos entre ellas algunas muy hermosas.

Friedrich Ludwig Wülfing, indiscutiblemente el más grande poeta del Wuppertal, nacido en Barmen, es un hombre cuyo genio no es posible desconocer. Es un hombre muy alto, de unos cuarenta y cinco años, embutido en una larga levita de color pardo rojizo con la mitad de vida de su dueño, y sobre los hombros una cara indescriptible, cabalgando en la nariz unas gafas doradas en cuyos cristales se refracta la brillante mirada, la cabeza coronada por un gorro verde, en los labios una flor y en la mano un botón que acaba de arrancar nerviosamente de la levita: es el Horacio de Barmen. Pasea todos los días camino de Hardtberg, aguardando a captar una nueva rima o una nueva novia. Hasta los treinta años rindió culto a Palas Atenea como hombre industrioso; luego, cayó en manos de Afrodita, que se encargó de suministrarle, una tras otras, nuevas Dulcineas, y éstas son sus musas. No hablemos de Goethe, que sabía arrancar a todo su lado poético, ni de Petrarca, que convertía en un soneto cada una de las miradas y de las palabras de la amada; los dos quedaron muy por debajo de Wülfing. ¿Quién ha

contado los granos de polvo que la amada pisa con sus lindos pies? El gran Wülfing. ¿Quién ha cantado a las medias de Minita (la Clío de las nueve musas) llenas de barro en una pradera pantanosa?, Wülfing y solamente él. Sus epigramas son obras maestras de la tosquedad más original y apegada al pueblo. A la muerte de su primera mujer, escribió una esquela mortuoria que hizo llorar a todas las criadas de servicio y una elegía todavía mucho más hermosa, que comenzaba así: "¡Oh, Guillermina, el más bello de todos los nombres!" Seis semanas después volvía a casarse, y en la actualidad tiene la tercera mujer. Es un hombre ingenioso que todos los días cambia de planes. Cuando se hallaba en el apogeo de su fama poética, le dio por ser un día fabricante de botones, otro agricultor y al siguiente tratante en papel; por último, arribando a seguro puerto, se dedica a la venta de candeleros, seguramente para expander sus luces de algún modo. Sus escritos son tan numerosos como las arenas del mar.

También hay que citar aquí por razones de vecindad a Montanus Eremita,[16] un autor anónimo de Solingen. Es el más poético de los historiógrafos de la región de las montañas; sus versos tienen menos de absurdo que de aburrido y prosaico.

Y lo mismo podríamos decir de Johann Pol, pastor en Heedfeld, cerca de Iserlohn, quien ha escrito un tomito de poesías.

*Los reyes descienden de Dios, y también los misioneros,*
*Pero el poeta Goethe es solamente hijo de hombres.*

Como muestra, basta un botón. Pero no se crea que este poeta carece de ingenio, pues dice cosas como ésta: "Los poetas son las luces, los filósofos las coletas de la verdad." ¡Y qué fantasía la que se percibe en los dos primeros versos de su balada "Atila en el Marne"!

*Monstruoso cual alud, arrollándolo todo a su paso,*
*Godegisel marcha hacia las Galias, entre llamas y escombros.*

Este poeta ha compuesto también salmos o, mejor dicho, los ha formado a base de fragmentos de David. Su obra principal es aquella en que canta, y además del modo más original, en epigramas, la disputa entre Hülsmann y Sander. Todo gira aquí en torno a la idea de que los racionalistas osaron

*burlarse y blasfemar del Señor.*

Ni Voss ni Schlegel lograron jamás un espóndeo tan bello al final de un hexámetro. Johann Pol sabe clasificar sus poesías mejor todavía que Döring, pues las divide en "Cantos religiosos, canciones y poesías varias".

F. W. Krug, aspirante al grado de teología, autor de primicias poéticas o de reliquias prosaicas y traductor de varios sermones holandeses y franceses, ha escrito también una conmovedora novela según el gusto

de Stilling, en la que aporta, entre otras cosas, una nueva prueba de la verdad de la historia mosaica de la creación. Es un libro delicioso.

Para terminar, quiero citar todavía a un joven lleno de talento, quien ha tenido la idea de dedicarse al comercio, como oficinista, y a la poesía, siguiendo las huellas de Freiligrath. Confiamos en que pronto la literatura alemana se verá enriquecida por algunas de sus novelas, que en nada desmerecerán de las mejores; los únicos defectos que se le pueden reprochar son el retorcimiento de las situaciones, la precipitación y el estilo descuidado. De buena gana daría aquí el extracto de una de ellas, si no lo vedara la decencia; pero hay que esperar que pronto se presente un editor que se apiade del gran D.[17] (cuyo nombre no me atrevo a transcribir completo, para no exponerme a que su modestia herida me lleve a los tribunales en un proceso por injurias) y dé sus novelas a la imprenta. También él pretende ser amigo leal de Freiligrath.

Tales son, sobre poco más o menos, las figuras y manifestaciones literarias del mundialmente famoso valle, a los que tal vez habría que añadir algunos poderosos genios inflamados por el aguardiente, que de vez en cuando hacen sus ensayos poéticos; yo me atrevería a recomendar al Dr. Duller que los retratase en alguna de sus nuevas novelas. Toda esta región yace inundada por un verdadero mar de pietismo y filiteísmo, y lo que descuella sobre las aguas no son precisamente bellos islotes cubiertos de flores, sino secas y peladas rocas o largos bancos de arena, entre los que Freiligrath vaga como un navegante náufrago y solitario.

# SIGNOS RETRÓGRADOS DE LOS TIEMPOS

[*Telegraph für Deutschland*,
núm. 26, febrero de 1840]

Nada hay nuevo bajo el sol. He aquí una de esas afortunadas seudoverdades a las que está reservada la más brillante de las carreras, que de boca en boca dan la vuelta a la tierra en cruzada triunfal, y que al cabo de los siglos siguen siendo citadas con tanta frecuencia como si acabaran de acuñarse. Las auténticas verdades rara vez son tan afortunadas; nacen condenadas a luchar y a padecer, son torturadas y enterradas vivas y cada cual las compone y adereza como se le antoja.

¡Nada hay nuevo bajo el sol! Al contrario; hay mucho nuevo, pero ahogado, si no figura entre esas acomodaticias seudoverdades tras las cuales marcha siempre como séquito la consabida frase de "como es sabido", etc., y que, como los destellos de la luz nórdica, no tardan en ceder a las sombras de la noche. En cambio, cuando se alza en el horizonte, con los arreboles de la aurora, una auténtica verdad nueva, los hijos de la noche saben bien que se halla bajo la amenaza de su reino de las tinieblas y empuñan las armas. La luz del norte encuentra siempre un cielo sereno, mientras que la cárdena luz del amanecer alumbra un cielo encapotado cuyas nubes tiene que ahuyentar o iluminar con su resplandor. Algunas de aquellas nubes que se apelotonan sobre la rojiza aurora de los tiempos son las que rápidamente queremos examinar aquí.

Pero, abordemos el tema con otras palabras. Son conocidos los intentos que se han hecho de comparar con una línea el curso de la historia.

"La forma de la historia —dice un ingenioso libro [18] escrito contra la filosofía de la historia de Hegel— no es una línea ascendente y descendente, ni es un círculo concéntrico o una espiral, sino la línea del paralelismo épico, ora convergente" (como creemos que debe decirse, en vez de "congruente"), "ora divergente."

Yo prefiero atenerme, sin embargo, a una espiral trazada libremente, cuyas vueltas no sean muy precisas. La historia comienza su marcha lentamente, partiendo de un punto invisible, en torno al cual va dando vueltas, como adormilada; pero, con el tiempo, describe órbitas cada vez más rápidas y agitadas, hasta que por último se lanza disparada como un cohete flameante de una estrella en otra, tan pronto recorriendo su vieja trayectoria como cruzándola, para acercarse más y más, con cada nueva circunvolución, al infinito. ¿Quién podría atalayar

el final? Y, sin embargo, en los sitios en que parece recorrer de nuevo su vieja trayectoria, se yergue la miopía de quienes no ven más allá de sus narices y gritan, jubilosos, que han concebido un nuevo pensamiento. ¡Ahí lo tenemos: nada hay nuevo bajo el sol! Y nuestros héroes chinos de la quietud, nuestros mandarines del retroceso no caben en sí de gozo; se disponen a suprimir de los anales del mundo, de un plumazo, tres siglos, como si fuesen una precipitada peregrinación a regiones vedadas o un delirio febril, sin darse cuenta de que la historia brinda el camino más recto a un nuevo y resplandeciente astro hecho de ideas, que pronto, en su grandeza solar, cegará sus cansados ojos.

En uno de estos puntos de la historia nos hallamos ahora. Todas las ideas lanzadas a la palestra desde Carlomagno, todos los gustos que han ido desplazándose unos a otros desde hace cinco siglos, se empeñan en hacer valer todavía hoy, una vez más, sus derechos caducos. El feudalismo de la Edad Media y el absolutismo de Luis XIV, la jerarquía romana y el pietismo del siglo pasado se disputan el honor de arrojar por la borda al pensamiento libre. Se me dispensará de extenderme acerca de esto; no en vano relampaguean miles de espadas, todas más afiladas que la mía, contra cuantos lucen en el escudo una de estas divisas, y sabemos demasiado que todos ellos se estrellan unos contra otros y contra el diamantino pie del progreso de los tiempos. Pero a aquellas gigantescas reacciones en la vida de la Iglesia y del Estado corresponden *insensibles* aspiraciones en el arte y en la literatura, *inconcientes* retrocesos a siglos anteriores, que, si bien no amenazan a los tiempos, sí amenazan a los gustos de la época y que hasta ahora, aunque parezca raro, nunca se han enumerado todos juntos.

No hace falta ir muy lejos, para encontrarse con estos fenómenos a que nos referimos. Basta entrar en un salón amueblado a la moderna para darse cuenta de quién es el padre espiritual de las formas que nos rodean. Se han conjurado todos los abortos rococó de los tiempos del más burdo absolutismo con el fin de forzar al espíritu del movimiento dentro de la forma en que se sentía "l'état c'est moi" [a] a gusto. Nuestros salones aparecen decorados y amueblados con mesas, sillas, armarios y sofás, en el *style de la renaissance,*[b] y sólo falta que se le plante a Heine una peluca y se embuta a Bettina [c] en una casaca galoneada, para restaurar totalmente el *siècle.*[d]

[*Telegraph für Deutschland,*
núm. 27, febrero de 1840]

Estos salones parecen hechos expresamente para leer en ellos las novelas del señor de Sternberg, con su predilección maravillosa por la época de Maintenon. Al espíritu de Sternberg se le ha perdonado este capricho y se ha tratado también de indagar, aunque en vano, natural-

[a] El Estado soy yo: divisa del absolutismo. [b] Estilo del Renacimiento. [c] Bettina de Arnim, escritora romántica alemana. [d] Siglo.

mente, las razones profundas que lo expliquen; yo, por mi parte, me permitiré la afirmación de que es precisamente este rasgo de las novelas de Sternberg que contribuye por el momento a su difusión el que habrá de perjudicar bastante a la permanencia de su fama. Aun prescindiendo del hecho de que las eternas referencias a la más seca y prosaica de las épocas, junto a cuyas maneras retorcidas, que pataleaban entre el cielo y la tierra y junto a cuyas marionetas convencionales podrían pasar por naturales nuestro tiempo y sus hijos, no es precisamente lo que realza la belleza de la poesía, es lo cierto que estamos demasiado habituados a contemplar esa época bajo una luz irónica para que, a la larga, pueda placernos bajo otra iluminación, y el encontrar en cada novela de Sternberg uno de estos caprichos tiene por fuerza que acabar resultando tedioso.

No es posible, por lo menos así lo considero yo, ver en esta inclinación algo más que un capricho, y ya por esto solo, aunque no mediasen otros motivos, carece de toda razón profunda de ser; sin embargo, creo haber encontrado el punto de apoyo para esto en la vida de la "buena sociedad". No cabe duda de que el señor de Sternberg ha sido educado para ella, ha aprendido a moverse en ella con gran deleite y tal vez haya encontrado en esos círculos sociales su verdadera patria. En estas condiciones, nada tiene de extraño que coquetee con una época cuyas formas sociales eran mucho más suaves y redondeadas, aunque también más toscas y de peor gusto que las de hoy.

Mucho más intrépidamente que en el señor de Sternberg se ha manifestado el gusto del *siècle* en su ciudad natal, París, donde se dispone seriamente a arrebatar a los románticos una victoria apenas adquirida. Han llegado Victor Hugo y Alejandro Dumas, y con ellos el tropel de los imitadores; el artificio de las Ifigenias y las Natalias ha cedido el puesto al artificio de una Lucrecia Borgia, al espasmo ha seguido el delirio febril; se acusa a los clásicos franceses de plagiar a los antiguos. Pero apareció la señorita Raquel y todo fue olvidado, Hugo y Dumas, Lucrecia Borgia y los plagios; Fedra y el Cid recorren la escena con solemne paso y recitando esculpidos alejandrinos, Aquiles se complace en alusiones a Luis el Grande y Ruy Blas y Mademoiselle de Belle-Isle apenas se atreven a asomarse por entre bastidores, para correr enseguida a las fábricas de traducciones y a las escuelas nacionales de Alemania. Debe de ser un sentimiento de beatitud para un legitimista el poder olvidarse, contemplar las obras de Racine de la revolución, de Napoleón y de la Semana Grande, la gloria del *ancien régime* [e] resucita de su sepultura, el mundo se adorna con tapices flordelisados, Luis, el monarca absoluto, se pasea con su jubón de brocado y su peluca empolvada por las podadas avenidas de los jardines de Versalles y un omnipotente abanico de amante regia gobierna a la venturosa corte y a la desventurada Francia.

Ahora bien, mientras en Francia perdura la reproducción de lo que fue, parece como si en la literatura alemana de nuestros días quisiera

e Antiguo régimen.

repetirse una característica de la literatura francesa del siglo pasado. Me refiero al diletantismo filosófico que se manifiesta en algunos de los escritores modernos, como en su día se hizo valer entre los enciclopedistas. Lo que aquí era el materialismo comienza a ser allí Hegel. Mundt fue el primero que —para decirlo en su lenguaje— introdujo en la literatura las categorías hegelianas; y Kuhne, como siempre, se apresuró a imitarlo, escribiendo la *Cuarentena en el manicomio*, y aunque el segundo volumen de los *Caracteres* acredita ya cierta deserción de Hegel, en el primero se contienen bastantes pasajes en los que este autor trata de traducir a Hegel al lenguaje moderno. Desgraciadamente, estas traducciones figuran entre aquellas que no pueden entenderse sin leer el original.

La analogía es innegable; ¿se confirmará también en el siglo presente la conclusión que el autor, ya una vez tentado, saca de la suerte del diletantismo filosófico en la centuria pasada, a saber, la de que con el sistema pasa a la literatura el germen de la muerte? ¿Se aferrarán tercamente al suelo arado por el agente poético las raíces de un sistema que ha sobrepujado en consecuencia a todos los anteriores? ¿O será que estos fenómenos responden simplemente al amor con que la filosofía abre los brazos a la literatura y cuyos frutos se revelan de un modo tan brillante en Hotho, Rötscher, Strauss, Rosenkranz y los *Anales de Halle?* [19] Claro está que, de ser así, cambiaría el punto de vista y podríamos confiar en aquella conjunción de la ciencia y la vida, de la filosofía y las tendencias modernas, de Börne y Hegel, cuya preparación era ya anteriormente el designio de una parte de la llamada Joven Alemania. Fuera de estos caminos, sólo queda abierta otra salida, aunque resulta, ciertamente, un tanto cómica al lado de las otras dos: la de suponer que Hegel no ejerce ninguna influencia notable sobre la amena literatura. Creo, sin embargo, que serán pocos los que se decidan a abrazar este camino.

[*Telegraph für Deutschland*, núm. 28, febrero de 1840]

Pero debemos remontarnos todavía mucho más atrás de los enciclopedistas y de madame de Maintenon; Duller, Freiligrath y Beck se permiten representar en nuestra literatura a la segunda escuela silesiana del siglo XVII.[20] ¿A quién no le recuerdan las cadenas y coronas de Duller, su Anticristo, su Loyola, el Emperador y el Papa que él nos presenta al *pathos* capaz de asaltar cielos de los bans asiáticos del difunto Ziegler von Klipphausen o al "Gran Duque Arminio, en unión de Su Alteza Thusnelda", de Hohenstein?

Beck ha sobrepasado incluso en ampulosidad a aquellas buenas gentes; algunas páginas de sus poesías podrían muy bien pasar por productos del siglo XVII, teñidos de la moderna angustia universal. Y Freiligrath, que tampoco sabe, a veces, distinguir entre ampulosidad y lenguaje

poético, retrocede totalmente hasta Hofmanswaldau, al renovar el alejandrino [21] y volver a la coquetería de las palabras extranjeras. Pero es de esperar que abandone estas maneras con sus temas extranjeros.

*Se agosta la palmera, sopla la arena del desierto,*
*El poeta se arroja al regazo de la patria,*
*¡Es otro y, sin embargo, sigue siendo el mismo!* [22]

Y si no lo hiciera, podemos estar seguros de que a la vuelta de cien años sus poesías serían algo así como un herbario o una salvadera, semejantes a esas reglas métricas latinas que usan en las escuelas para enseñar la historia natural. Un Raupach no podría con otra inmortalidad que con esta inmortalidad práctica de sus crónicas en ambos, pero de Freiligrath hay que esperar otra cosa: que nos entregue poesías que sean perfectamente dignas del siglo XIX.

Pero, ¿acaso no es hermoso que nuestra literatura de reproducciones, desde la escuela romántica, haya avanzado ya desde el siglo XII hasta el XVII? Por este camino, ya no habrá mucho que esperar para que llegue Gottsched.

Confieso mi perplejidad cuando me empeño en agrupar bajo un solo punto de vista estos detalles; confieso haber perdido el hilo por el que se unen a la marcha incontenible de los tiempos. Tal vez sea todavía demasiado pronto para abarcarlos en una ojeada de conjunto y haya que aguardar a que aumenten en extensión y en número. Pero no deja de ser curioso que lo mismo en la vida que en el arte y en la literatura se manifieste esta *reacción,* que las quejas de los bandos ministeriales resuenen en paredes que parecen haber escuchado aquello de *l'état c'est moi* y que al grito de los modernos oscurantistas de este campo corresponde en aquel otro la sobrecargada oscuridad de una parte de la moderna poesía alemana.

# REQUIEM POR LA GACETA ALEMANA DE LA NOBLEZA

*Por Friedrich Oswald*

[*Telegraph für Deutschland*,
núm. 59, abril de 1840]

*Dies irae, dies illa*
*Saecla solvet in favilla* [23]

El día en que Lutero esgrimió el texto original del Nuevo Testamento y con este fuego griego convirtió en polvo y cenizas los siglos de la Edad Media, con su esplendor y su servidumbre, su poesía y su oscurantismo, aquel día y los tres siglos siguientes hicieron surgir, por último, una época

"que pertenece por entero al público y de la que Napoleón —a quien, a pesar de las muchas cualidades reprobables, sobre todo a los ojos de los alemanes, no se le puede negar cierta perspicacia— dijo: '*Le journalisme est une puissance*'." [24]

Si cito aquí estas palabras es simplemente para mostrar cuán poco medieval, es decir, cuán poco oscurantista es el prospecto de la *Gaceta de la Nobleza* del que las tomamos. Esta publicidad de la que se habla había de coronarse, de cobrar conciencia, con la *Gaceta Alemana de la Nobleza.* Pues no cabe duda alguna de que Gutenberg no inventó la imprenta para ayudar a difundir sus turbias ideas por el mundo a un Börne, que era un demagogo, o a un Hegel, por delante servil como Heine y por detrás revolucionario, según ha demostrado Schubarth,[25] o a cualquier otro burgués, sino única y exclusivamente para hacer posible la fundación de la *Gaceta de la Nobleza.*

*¡Pues bien, esta Gaceta ha pasado a mejor vida!* No hizo más que echar, tímida y furtivamente, un vistazo a este triste mundo no medieval y su corazón puro de virgen o, por mejor decir, de noble señorita, se puso a temblar ante los horrores de la depravación, ante la suciedad de la canalla democrática, ante la pavorosa arrogancia de los incapaces de toda etiqueta cortesana, ante todas las deplorables condiciones, relaciones y extravíos de nuestro tiempo, saludadas con el látigo junto a las puertas de los castillos señoriales, cuando se atreven a presentarse ante ellas.

¡Descanse en paz! Se ha ido de este mundo y ya no puede ver la vacuidad de la democracia, la conmoción del orden existente, las lágrimas de los nacidos en cuna de oro. Ha fallecido:

*Requiem aeternam dona ei, Domine!* [a]

Y, sin embargo, hay que reconocer que hemos perdido mucho, con ella. ¡Qué alegría llevaba a todos esos salones a los que sólo tienen acceso quienes pueden demostrar, por lo menos, dieciseis antepasados, qué júbilo difundía en todos los puestos avanzados y semiperdidos de la ortodoxa aristocracia! Allí estaba el viejo y distinguido papá, reclinado en su sillón de orejeras, rodeado de sus perros favoritos, en la derecha la pipa familiar y en la izquierda el látigo heredado de sus abuelos, estudiando devotamente su antediluviano árbol genealógico en el libro primero de Moisés, cuando se abrió la puerta y un criado le entregó el prospecto de la *Gaceta de la Nobleza*. Al ver relucir en letras grandes la palabra *nobleza*, el distinguido señor se coloca las gafas y se ensimisma beatamente en la lectura de la hoja; ve que el nuevo periódico publica también noticias familiares y ya se alegra creyendo encontrarse con su propia necrología —¡cuánto daría por poder leerla en vida!—, llegado el momento de ir a reunirse con los antepasados.

Se oyen galopar en el picadero los caballos de los jóvenes señores. El anciano manda llamar a éstos a toda prisa. El señor Teodorico "von der Neige", mete su cabalgadura en el establo con un latigazo; el señor Siegwart atropella a varios lacayos, pisa la cola del gato y da de lado con un caballeresco empujón a un viejo campesino suplicante y rechazado; el señor Giselher ordena a los criados, bajo pena de azotes, que procuren tomar impecablemente las medidas para la cacería, y de este modo corren hacia la sala los barones. Los perros saltan a su encuentro, meneando la cola, pero a latigazos se les obliga a meterse debajo de la mesa, y el señor Siegwart von der Neige, que con un noble puntapié ha ordenado a su perro favorito estarse quieto, ni siquiera recibe hoy de su entusiasmado papá la colérica mirada de costumbre. Al señor Teodorico, que aparte de la Biblia y del árbol genealógico ha leído también algunas páginas del diccionario de la buena sociedad y que es, por tanto, quien mejor pronuncia los términos extranjeros, se le pide que lea en voz alta el prospecto y, derramando lágrimas de gozo, el anciano se olvida del orden de prelación y de las tragedias de la nobleza.

[*Telegraph für Deutschland*,
núm. 60, abril de 1840]

¡De qué modo tan complaciente, modesto y condescendiente cabalgó la distinguida *Gaceta* cuando entró en el mundo moderno, desplegando su bandera de papel! ¡Con cuánta intrepidez tendían sus dos caballeros la mirada al mundo, descubriendo en cada pulgada un barón, en cada gota de sangre azul el fruto de sesenta y cuatro matrimonios como Dios manda y en cada mirada un desafío!

A la cabeza, el señor de Alvensleben, cuyo noble caballo de com-

[a] Dale, Dios, un eterno descanso.

bate había cabalgado por las secas praderas de las novelas y memorias francesas, para poder aventurarse luego en una carga al galope contra las filas de la burguesía. En su escudo campea esta divisa: "Un derecho bien adquirido jamás puede convertirse en desafuero", y grita al mundo con poderosa voz: "En tiempos inmemoriales, la nobleza se dignó contraer grandes méritos; ahora, duerme sobre sus laureles o, para decirlo llanamente, se ha tumbado a la bartola. La nobleza ha defendido vigorosamente a los príncipes y, *por tanto, también a los pueblos,* y yo me ocuparé de que aquellas hazañas no caigan en el olvido. Mi Señora y amada, la *Gaceta de la Nobleza —requiescat in pace—* es la más hermosa dama del mundo, y quien lo niegue..."

Al decir esto, el héroe cae del caballo y el barón de la Motte-Fouqué se lanza, galopando, a la liza para cubrir el puesto de su amigo. El viejo y "tostado" rocinante, que a fuerza de estarse quieto en el establo había perdido sus herraduras, aquel hipogrifo que no había conocido la gordura ni en sus mejores días, hacía mucho tiempo que se había olvidado del gallardo piafar bajo los emparrados del Norte y comenzó a patalear. El señor de Fouqué se olvidó del comentario poético anual al semanario político berlinés y partió, con solitaria grandeza de héroe, a la cruzada contra las ideas modernas; pero, para que el estamento de la nobleza orgulloso de su honor no fuese a pensar que la lanza inclinada de los viejos fueros se enderezaba contra él, el señor de la Motte-Fouqué le recitó un prólogo. Esta condescendiente bondad merece cierto comentario.

Este prólogo nos enseña que la Historia universal no se ha hecho, como muy erróneamente piensa Hegel, para realizar el concepto de la libertad, sino solamente para demostrar que tienen que existir tres clases: el noble para luchar, el burgués para pensar y el campesino para labrar. Pero no se trata de una diferencia de castas; nada de eso, esas tres clases deben ayudarse y realzarse mutuamente, no por medio de matrimonios desiguales, sino admitiendo a algunos individuos de las clases bajas en las altas. Realmente, cuesta trabajo comprender que "las aguas cristalinas" de la nobleza, alimentadas por las fuentes puras que brotan junto a riscos en que se alzan los castillos roqueros de los bandidos, necesiten depurarse con otras linfas. Pero el noble barón consiente en que vengan a reforzar la nobleza no sólo gentes salidas de la burguesía, sino también "escuderos" *y tal vez hasta los aprendices del ramo de sastrería.* Lo que no nos dice el señor de Fouqué es cómo va la nobleza, a su vez, a reforzar a las demás clases. Probablemente será mediante los sujetos degradados de la nobleza; o bien, en vista de que el señor Fouqué es lo bastante amable para confesar que la nobleza, interiormente, no es mejor que la canalla, puede ser que la exaltación de los nobles a la clase burguesa o incluso a la de los campesinos represente para ellos el mismo honor que la concesión de un título de nobleza a los burgueses.

En el Estado del señor de Fouqué se vela, además, por evitar que la filosofía cobre demasiada importancia; en este estado, Kant, con sus

ideas sobre las paz eterna, habría acabado en la hoguera, pues con la paz eterna los nobles no podrían guerrear y sólo lucharían, a lo sumo, los dependientes de comercio.

Como se ve, el señor de Fouqué merecería, por sus concienzudos estudios en materia de historia y de ciencia del Estado, ser elevado a la clase pensante, que es la burguesía: es un hombre muy versado en los hunos y los avaros, los baskires y los mohicanos y hasta se halla capacitado para descubrir entre los antediluvianos, no sólo un respetable público, sino también gentes de la alta nobleza. Y ha hecho también el flamante descubrimiento de que, en la Edad Media, cuando el campesino era siervo, la clase campesina hacía y recibía favores y cambiaba amores con las otras dos clases. Su lenguaje es incomparable, y sabe lanzar a diestro y siniestro sus frases de "dimensiones radicalmente profundas" y "sacar oro blanco de los fenómenos *en sí* (Hegel, columna entre los profetas) más oscuros".

*Et lux perpetua luceat eis*... [b]

pues, verdaderamente, lo necesitan.

La difunta *Gaceta de la Nobleza* tuvo, antes de morir, más de una hermosa idea, como por ejemplo aquella sobre la propiedad territorial de la nobleza y otras cien más que sería imposible ensalzar todas, pero la más hermosa fue la de haber anunciado ya en su primer número, entre las notas de sociedad, un *matrimonio desigual*. No llegó a decir si, con el mismo sentido humano, se proponía incluir al señor de Rothschild entre la nobleza alemana. ¡Que Dios consuele a los padres dignos de lástima y eleve a la difunta al condado celestial!

*¡Y que descansen en paz*
*Hasta el Juicio final!*

En cuanto a nosotros, entonémosle un *requiem* y un discurso fúnebre, como cumple a un buen burgués.

*Tuba mirum apargens sonum*
*Per sepulcra regionum*
*Coget omnes ante thronum.*[c]

¿No escucháis los trompetazos que resuenan sobre los sepulcros y que hacen trepidar alegremente a la tierra, al ver que las tumbas se abren? Ha amanecido el día del Juicio final, el día al que no seguirá ya la noche; el Espíritu, el Rey eterno, ha subido a su trono y a sus pies se congregan los pueblos de la tierra, para rendir cuentas de sus actos y sus pensamientos y cavilaciones; una nueva vida sacude el mundo; los viejos troncos de los pueblos sienten estremecerse gozosamente sus frondosas

[b] Y que la luz perpetua los ilumine. [c] Que el trombón haga sonar sus maravillosos acordes sobre las tumbas de las regiones, llamando a todos ante el trono.

ramas bajo el hálito de la mañana y el viento arrastra todas sus hojas viejas, reunidas en un gran montón, al que el propio Dios pone fuego con sus rayos. Ha recaído el fallo sobre los linajes de la tierra, fallo que los hijos del pasado querrían de buena gana acallar, como si se tratara de un proceso sobre litigios de herencia; pero el eterno Juez amenaza inexorable con sus penetrantes miradas; la libra de carne de su usura les es cortada ahora a ellos y se ven precipitados en las tinieblas, en medio de las que no les consolará ni un solo rayo del Espíritu.

# ERNST MORITZ ARNDT[26]

*Por F. Oswald*

[*Telegraph für Deutschland*,
núm. 2, enero de 1841]

Como el viejo Eckart de la leyenda, vemos al viejo Arndt plantarse junto al Rin, exhortando a la juventud alemana, que lleva ya tantos años mirando hacia la Montaña de Venus francesa y hacia las seductoras y ardientes muchachas, y trata de inculcarle las ideas que brillan desde lo alto de su almena. Pero estos salvajes jóvenes siguen su carrera sin hacer caso del viejo adalid, y no todos ellos se tienden, abatidos, como el Tannhäuser Heine.[27]

Tal es la posición que ante la juvenutd alemana ocupa hoy Arndt. Todos sienten por él un gran respeto, pero su ideal de la vida alemana ya no llena sus aspiraciones; quieren mayor decisión, una energía vital más poderosa y más resuelta; quieren que las venas de la historia universal por donde la sangre tiene que llegar al corazón de Alemania palpiten con mayor ardor y mayor fuerza. Y reclaman, además, que se simpatice con Francia, pero no con aquella simpatía de la sumisión con que sueñan los franceses, sino con una simpatía más alta y más libre, cuyo carácter ha pintado en tan hermosos trazos Börne, en su *Devorador de franceses*, saliendo al paso de los teutomaníacos.

Arndt se ha dado cuenta de que los tiempos presentes no le son propicios, de que su persona no es respetada por lo que piensa, sino que se respetan sus pensamientos como homenaje a su recia y viril personalidad. Por eso, su pueblo debiera levantar a la personalidad, a la trayectoria cultural, al modo de pensar y a la época de este hombre, sostenido durante una serie de años por su talento y sus intenciones, en el cumplimiento de un alto deber, monumento como el que él se ha levantado en sus discutidísimos *Recuerdos de la vida exterior*.

Dejando a un lado, por el momento, la tendencia, no cabe duda de que el libro de Arndt es, desde el punto de vista estético, una manifestación interesantísima. Hace mucho tiempo que nuestra literatura no registraba este lenguaje apretado y medular, que merecería dejar una huella profunda en ciertos escritores de la nueva generación. Vale más pecar de rigidez que de languidez. Hay autores para quienes la esencia del estilo moderno consiste en envolver lindamente en sonrosada carne todos los músculos que resaltan, todos los tendones que se tensan, aun a riesgo de parecer un poco femeninos. Yo, desde luego, prefiero el viril esqueleto del estilo de Arndt a la manera esponjosa de ciertos estilis-

tas que se llaman "modernos". Tanto más cuanto que Arndt ha sabido rehuir, en lo posible, las rarezas de sus coetáneos de 1813 y sólo cae en la afectación con su empleo absoluto del superlativo (como en las lenguas románico-meridionales). Y tampoco encontramos en él esa horrenda mescolanza lingüística que vuelve a estar hoy a la orden del día; por el contrario, nos demuestra cuán pocas ramas de fuera pueden injertarse en el tronco de nuestra lengua sin violentarla. No cabe duda de que el carro de nuestros pensamientos rueda mejor y sobre mejores caminos tirado por caballos alemanes que por corceles franceses o griegos, y las chacotas sobre los extremos del puritanismo no dan en el blanco.

Pero, entremos más a fondo en el libro. Ocupa la mayor parte de él el idilio de la vida juvenil, trazado con mano auténticamente poética. Quien ha tenido la suerte de vivir los primeros años de su vida como los vivió Arndt puede sentirse afortunado. No entre el polvo de una gran ciudad, donde los goces de lo individual se ven aplastados por los intereses de la totalidad, ni en los asilos para ahormar a niños pequeños o en las filantrópicas cárceles en que se trata de ahogar todas las fuerzas que brotan, sino bajo el cielo libre, en medio del campo y los bosques, donde la naturaleza se encargó de forjar a este hombre de acero, que mira con asombro a una generación afeminada como a los habitantes de un país inconcebible. La gran fuerza plástica con que Arndt pinta esta parte de su vida casi le hace a uno pensar que todas las *poesías* idílicas saldrían sobrando si nuestros autores pudieran vivir esos *idilios* como los ha vivido Arndt. Lo que mayor asombro causará a nuestro siglo será, sin duda, la autodisciplina con que el joven Arndt hermanaba la castidad germánica con el rigor espartano. Un rigor que, siempre y cuando que sea tan candoroso, tan libre como el de Arndt de las baladronadas de un Jahn y sepa musitar para sí el *hoc tibi proderit olim*[a] podría servir de ejemplo a nuestra juventud apegada a la chimenea. No creemos que pueda ser muy útil a su patria, en efecto, una juventud que huye del agua fría como los perros, que, al sentirse los primeros fríos, se arropa con abrigos y bufandas o considera como un honor el liberarse del servicio militar por cualquier debilidad física. ¡Y no digamos la castidad, considerada poco menos que como un crimen en estos tiempos en que lo primero que se hace al llegar a una ciudad es preguntar por "el barrio en que terminan las casas".[28] Aunque disto mucho de ser, en verdad, un moralista abstracto y odio toda monstruosidad ascética, nunca me avendré al amor caído; me produce pena que la seriedad moral amenace con derrumbarse y que la sensualidad trate de imponerse como el bien supremo. La verdad es que la emancipación práctica de la carne sentirá siempre sonrojo ante un hombre como Arndt.

En 1800 abraza Arndt la carrera que le estaba reservada. Los ejércitos de Napoleón invaden Europa, y con el poder del emperador de los franceses crece también el odio que Arndt siente contra él. El profesor de Greifswald protesta, en nombre de Alemania, contra la opresión, y

[a] Algún día te aprovechará a tí.

tiene que huir. Por último, la nación alemana se pone en pie y Arndt puede regresar a su patria. Habría sido de desear que esta parte del libro fuese más minuciosa; el autor se recata modestamente ante el armamento de Alemania y sus hazañas. En vez de darnos a entender que no permaneció inactivo ante el desarrollo de los acontecimientos, habría podido hablarnos de la historia de aquellos días desde su punto de vista subjetivo. Y aún trata con mayor concisión los sucesos posteriores. Merece hacerse notar, aquí, de una parte, la inclinación cada vez más definida hacia la ortodoxia, en lo religioso, y, de otra parte, el tono misterioso y casi servil con que Arndt nos habla de su suspensión, como besando la vara que lo azota. Pero aquel a quien esto asombre podrá convencerse, a la vista de las declaraciones recientemente publicadas en la prensa que Arndt considera su reposición como un acto de *justicia* y no como un don gracioso, de que su firmeza y su decisión tradicionales jamás flaquearon en él.

Pero lo que da especial importancia al libro de Arndt es la difusión de gran cantidad de cosas memorables sobre la guerra de liberación. En sus páginas vemos revivir con gran fuerza los tiempos gloriosos en que la nación alemana, después de muchos siglos, se levantó por vez primera contra la opresión extranjera, oponiendo a ésta toda su grandeza y su vigor. Y los alemanes nunca podremos recordar bastante aquellas luchas, para espolear con el recuerdo nuestra conciencia nacional adormecida: pero no, claro está, en el sentido de un partido que ahora parece creer haberlo hecho todo y que, dormido sobre los laureles de 1813, se recrea contemplándose en el espejo de la historia, sino más bien en sentido contrario. Pues el gran resultado de aquella lucha no fue el haber sacudido el yugo extranjero, cuya naturaleza monstruosa, que descansaba exclusivamente sobre los hombros de Atlante de Napoleón, se habría derrumbado por sí misma tarde o temprano, ni fue tampoco la "libertad" conquistada, sino que debe buscarse, realmente, en algo que muy pocos coetáneos llegaron a percibir claramente. La más alta conquista de aquellos años fue el que nos percatáramos de que habíamos perdido nuestros santuarios nacionales, de que, para empuñar las armas, no necesitábamos aguardar a que los príncipes se dignasen autorizarnos, más aún, de que éramos nosotros quienes *obligábamos* a los poderosos a encabezar nuestra lucha;[b] en una palabra, el hecho de que fuéramos por un momento la fuente del poder del Estado, el pueblo soberano, y ello explica el que los hombres que con mayor claridad se dieron cuenta de esto y obraron en consecuencia fuesen los que el gobierno consideró más peligrosos. Pero aquella fuerza estimulante y vivificadora no tardó en languidecer. La semilla maldita de la desunión mató el tan necesario impulso del todo sobre las partes, fragmentó el interés general de Alemania en una multitud de intereses provinciales e impidió que nuestro país encontrase un fundamento para la vida del Estado como el que España supo crear en la Constitución de 1812.[29] Por el contrario, la

[b] *Cf.* sobre este punto Karl Bade, *Napoleon in Jahre 1813* ["Napoleón en 1813"], Altona, 1840.

suave lluvia primaveral de las promesas generales que caía sobre nosotros desde las "altas regiones" era ya demasiado para nuestros corazones abrumados por la opresión, y fuimos lo bastante necios para no apercibirnos de que hay promesas cuyo quebrantamiento nunca se perdona desde el punto de vista de la nación, pero se perdona, en cambio, fácilmente, desde el punto de vista de la personalidad (?). Vinieron luego los Congresos,[30] dando a los alemanes el tiempo necesario para que en ellos se disiparan los sueños de la libertad y volvieran a encontrarse, al despertar, en el viejo terreno de las majestades y los súbditos. Y quien no se resignaba todavía a renunciar a sus aspiraciones y se empeñaba en seguir actuando con la vista puesta en la nación veíase acorralado por todas las potencias gobernantes en el callejón sin salida de la teutomanía. Pocos fueron los espíritus escogidos que supieron abrirse paso entre este laberinto y encontrar el camino que conduce a la verdadera libertad.

Los teutomaníacos pugnaban por complementar las hazañas de la liberación y liberar también de la hegemonía espiritual del extranjero a una Alemania que había conquistado la independencia material. Esta tendencia envolvía, precisamente por ello, una negación, y así en ella latía algo positivo, aparecía soterrado bajo una oscuridad de la que jamás llegó a emerger: lo que de ello salía a la luz meridiana de la razón era, casi siempre, irracional. Toda la concepción del mundo en que estas gentes se inspiraban era algo carente de fundamento filosófico, pues, según ellos, el mundo entero había sido creado en función de los alemanes y éstos, por su parte, habían alcanzado ya de largo tiempo atrás el *summum* de la perfección. La teutomanía era la negación abstracta, en sentido hegeliano. Creaba alemanes abstractos, despojados de cuanto no pudiera demostrar sesenta y cuatro generaciones de ascendencia germánica pura y una raíz auténticamente nacional. Y hasta lo que en ello había de aparentemente positivo era negativo, ya que el encaminamiento de Alemania hacia sus ideales sólo podía lograrse mediante la negación de todo un siglo y de su historia, lo que equivalía a empeñarse a retrotraer a la nación a la Edad Media germánica o incluso a la prístina pureza de los prototeutones del Bosque de Teutoburgo.[31] Marcaba el extremismo de esta tendencia la figura de Jahn. Y la unilateralidad de esta concepción convertía a los alemanes en el pueblo elegido de Israel, negando los innumerables brotes histórico-universales surgidos en tierras no germánicas. El iconoclasta Grimm arremetía, sobre todo, contra los franceses, cuya invasión acababa de ser rechazada y cuya hegemonía en lo externo tiene su razón de ser en el hecho de que los franceses han sido el pueblo que más fácilmente ha llegado a dominar la *forma* de la cultura, de la civilización europea. Los grandes y eternos resultados de la revolución eran vituperados como "baratijas galas" o incluso como un "engaño y una trampa" del extranjero; nadie paraba mientes en la afinidad entre aquellas gigantescas hazañas de un pueblo y el levantamiento popular de 1813. Lo que Napoleón había hecho por la humanidad, la emancipación de los israelitas, un sano derecho privado en sustitución de las Pandectas, veíase condenado solamente

por la persona de su autor. El odio a los franceses se erigió en un deber; la maldición del antigermanismo cayó sobre cualquier manera de pensar que tratara de elevarse a mayor altura. El patriotismo convertíase, así, en algo también esencialmente negativo y dejaba a la patria indefensa en la lucha de los tiempos, esforzándose solamente en alejar del lenguaje términos extranjeros desde hacía mucho tiempo germanizados, para sustituirlos por otros ampulsosos, pero de neta raíz germánica. Todos los errores de esta tendencia se habrían evitado si hubiese sido, realmente, una tendencia concretamente alemana, en la que se tomara a los alemanes como lo que eran, como el resultado de dos mil años de historia, aprovechando el momento propicio que se ofrecía para nuestro destino: el de ser el fiel de la balanza de la historia de Europa, en vez de perder de vista todo esto. Pero, por otra parte, tampoco podemos pasar por alto ni silenciar aquí el que esta teutomanía representaba una fase necesaria en la formación de nuestro espíritu del pueblo y constituía, con el otro término que vendría después, la antítesis sobre cuyos nombres se alza la moderna concepción del mundo.

[*Telegraph für Deutschland*,
núm. 3, enero de 1841]

Este término antagónico que se enfrenta a la teutomanía es el liberalismo cosmopolita del Sur de Alemania, encaminado hacia la negación de las diferencias nacionales y hacia la visión de una gran humanidad libre y homogénea. Era una concepción nacida del racionalismo religioso, con el que había manado de la misma fuente, de la filantropía del siglo XVIII, en tanto que la teutomanía se orientaba consecuentemente hacia la ortodoxia teológica, en la que, con el tiempo, acabaron todos sus adeptos (Arndt, Steffens, Menzel). El carácter unilateral del liberalismo cosmopolita ha sido ya frecuentemente puesto de relieve por sus adversarios —situados, cierto es, también ellos, en puntos de vista unilaterales—, y no hay para qué detenerse demasiado en esto. Al principio, la revolución de Julio pareció favorecer estas tendencias, pero todos los partidos trataron de explotarla a su favor. De la revolución de Julio data y en ella se contiene la destrucción efectiva de la teutomanía o, mejor dicho, de su capacidad creadora. Pero también data de ella el derrumbamiento del cosmopolitismo, ya que la importancia trascendente de la "Semana Grande"[32] reside precisamente en la restitución de la nacionalidad francesa a su posición de gran potencia, obligando con ello a las otras nacionalidades a buscar su propia cohesión interior.

Había ya, antes de esta reciente conmoción mundial, dos hombres que trabajaban calladamente por el desarrollo del espíritu alemán que solemos llamar moderno, dos hombres que en vida casi se ignoraron el uno al otro, pero que se complementan mutuamente, como después de su muerte se ha reconocido: *Börne* y *Hegel*. Es frecuente presentar

a Börne, sin razón alguna, como un cosmopolita, ya que era, en realidad, más alemán que sus enemigos. Es cierto que los *Anales de Halle* han enlazado recientemente su crítica de la "práctica política" al nombre del señor de Florencourt,[33] pero ello no quiere decir que éste sea, ni mucho menos, su representante. Este autor ocupa el lugar en que se encuentran los dos extremos del germanismo y el cosmopolitismo, como ocurrió también en el movimiento de las corporaciones estudiantiles; viéndose posteriormente afectado tan sólo de un modo superficial por el desarrollo del espíritu nacional. El hombre de la política práctica es Börne y su posición histórica se debe cabalmente al hecho de que era conciente de esta misión. Fue él quien arrancó del cuerpo del germanismo el vestido de un estado retórico y de oropel, dejando también al descubierto, implacablemente, las vergüenzas del cosmopolitismo, reducido a buenos, pero impotentes deseos. Börne habló a los alemanes con las palabras del Cid: *Lengua sin manos, ¿cuemo osas fablar?* [c] [34] Nadie ha pintado tan bien como él la magnificencia de la acción. Todo, en Börne, es vida y fuerza. Solamente de *sus* escritos puede afirmarse que son, en realidad, *actos* en pro de la libertad. ¡Que nadie hable, aquí, de "definiciones conceptuales" o de "categorías eternas"! El modo como Börne expone la posición de las nacionalidades europeas y del destino que les está reservado no tiene nada de especulativo. Y es él el primero que ha expuesto en toda su verdad el problema de las relaciones entre Alemania y Francia, prestando con ello a la idea un servicio mayor que los hegelianos, quienes, mientras tanto, se limitaban a aprenderse de memoria la *Enciclopedia* de Hegel, creyendo que con ello servían cumplidamente a su siglo. Y aquella exposición a que nos referimos demuestra precisamente cuán por encima del superficial cosmopolitismo se hallaba Börne. La unilateralidad intelectiva era, para él, algo tan necesario como para Hegel el exagerado esquematismo; pero, en vez de comprender esto, no vemos más allá de los toscos y, no pocas veces, torcidos axiomas de las *Cartas de París*.

Junto a Börne y frente a él, vemos a Hegel, el pensador, presentar a la nación su sistema ya acabado. La autoridad no se tomó el trabajo de penetrar a través de las abstrusas formas de Hegel y de su férreo estilo. ¿Y cómo podía saber que esta filosofía habría de lanzarse audazmente, desde su seguro puesto teórico, a los agitados mares de los acontecimientos y que estaba ya desenvainando la espada para descargarla directamente sobre la práctica de lo existente? ¿Acaso no era Hegel, personalmente, un hombre seguro y ortodoxo, cuya fuerza polémica iba dirigida precisamente contra las tendencias que el poder público rechazaba, contra el racionalismo y el liberalismo cosmopolita? Pero los señores que empuñaban el timón del Estado no supieron ver que Hegel sólo combatía estas tendencias para despejar el camino a otras más altas, que la nueva teoría sólo podía descansar sobre el reconocimiento de la nación y tenía que echar raíz en ella para poder desplegar libremente sus consecuencias vivas. Cuando Börne atacaba a Hegel, tenía

[c] En español, en el original.

plenamente razón desde su punto de vista, pero la autoridad, al proteger a Hegel y elevar casi su doctrina al plano de filosofía del Estado prusiano, se exponía a un peligro del que ahora, a todas luces, se arrepiente. ¿O había de dejarse a Altenstein, que, procedente de una época más liberal, adoptaba un punto de vista superior, las manos libres hasta el punto de hacerle a él responsable de todo? El caso es que cuando, después de morir Hegel, sopló sobre su doctrina el hálito fresco de la vida, brotaron de la "filosofía del Estado prusiano" vástagos con los que ningún partido habría podido ni soñar. Los nombres de Strauss en el campo teológico y los de Gans y Ruge en el campo político quedarán para siempre en la historia. Fue ahora cuando las espesas nieblas de la especulación se disiparon para hacer lucir los brillantes astros de las ideas que habían de iluminar el movimiento del siglo. Y, aunque se puede reprochar a la crítica estética de Ruge su ceguera y su esquematismo doctrinal, hay que reconocerle el mérito de haber puesto el lado político del sistema hegeliano en consonancia con el espíritu de los tiempos y de haberlo restituido al respeto de la nación. Gans, por su parte, sólo había hecho esto indirectamente, al continuar la filosofía de la historia hasta los tiempos presentes; Ruge ha proclamado abiertamente el sentido liberal del hegelianismo, secundado por Köppen; ninguno de los dos ha tenido miedo a crearse enemigos y ambos han seguido su camino aun a riesgo de dividir la escuela, y su valentía debe ser reconocida como se merece. La entusiasta e inconmovible seguridad en la idea, propia del neohegelianismo, es la única fortaleza sobre la que pueden replegarse, seguros de sí mismos, los espíritus liberales, cuando la reacción, apoyada desde arriba, los obligue a retroceder momentáneamente.

Tales son los factores más recientes que determinan el desarrollo del espíritu político alemán, y es misión de nuestro tiempo llevar a cabo la interpenetración de Hegel y Börne. El neohegelianismo lleva ya en sí una buena parte de Börne, y éste no tendría empacho en suscribir muchos de los artículos de los *Anales de Halle*. Pero, es lo cierto que, en parte, la conjunción del espíritu con la acción no se ha impuesto todavía a la conciencia y, en parte, no ha penetrado aún en la nación. Todavía hay quienes enfrentan estrictamente a Börne y a Hegel, pero del mismo modo que no sería posible juzgar de la importancia práctica de Hegel para el presente (no hablamos de su importancia filosófica para la eternidad) ateniéndose solamente a la teoría pura de su sistema, no podríamos atribuir a Börne una repulsa pura y simple de esa filosofía, basada en sus extravagancias y unilateralidades, jamás negadas.

[*Telegraph für Deutschland*,
núm. 4, enero de 1841]

Con lo dicho, creo haber caracterizado suficientemente la posición que la teutomanía ocupa ante nuestro tiempo para poder ahora entrar en un análisis detallado de alguna de sus facetas, tal como Arndt las expo-

ne en su libro. Nada expresa tan claramente el abismo que separa a Arndt de la actual generación como el hecho de que sea para él indiferente en la vida del Estado aquello en que nosotros ponemos la sangre y la vida. Arndt se declara resueltamente monárquico; bien. No nos dice si es partidario de la monarquía constitucional o de la monarquía absoluta. El punto angular de la diferencia está en que Arndt y quienes piensan como él cifran el bien del Estado en que príncipe y pueblo sientan un amor sincero el uno por el otro y coincidan en el sincero empeño por lograr el bienestar de todos. Para nosotros, en cambio, es evidente que las relaciones entre gobernantes y gobernados tienen que hallarse, ante todo, *jurídicamente* ordenadas, después de lo cual pueden y deben venir los factores afectivos. Primero el derecho y luego la equidad. ¿Qué príncipe sería tan malvado como para no querer a su pueblo y para no ser —y, al decir esto, hablo de Alemania—, querido por él, aunque sólo fuese por el hecho de ser su monarca? Pero, ¿acaso hay un solo príncipe que pueda gloriarse, de 1815 para acá, de haber hecho progresar esencialmente a su pueblo? ¿Acaso todo lo que poseemos no es obra propia nuestra, algo que nos pertenece, a pesar de todos los controles y fiscalizaciones? Es fácil y muy bonito hablar del amor entre el príncipe y el pueblo y, desde que el gran poeta del "¡Salve a tí, en la corona de la victoria!"[35] cantó aquello de que "el amor del hombre libre hace seguras las alturas escarpadas en que pisan los príncipes", ¡cuántas necedades se han escrito acerca de este tema! Bien podríamos calificar de reaccionario, considerar como una reacción propia de nuestro tiempo, el tipo de gobierno que nos amenaza ahora por uno de los lados. La jurisdicción patrimonial,[36] encaminada a la creación de una alta nobleza, los gremios con los que se trata de resucitar a una "honorable" burguesía, los privilegios que se conceden a todos los llamados gérmenes históricos, que son, en realidad, tocones ya secos. Pero no es solamente en este punto donde el germanismo se deja arrebatar por la resuelta reacción su libertad de pensamiento; también sus ideas constitucionales obedecen a la inspiración de los señores del *Semanario político berlinés*. Le da a uno pena ver cómo hasta el recio y sereno Arndt se ha dejado embaucar por el oropel sofístico del "Estado organizado". Frases como la del desarrollo histórico, la utilización de los momentos dados, la estructura orgánica, etc., debieron de tener, en su tiempo un encanto ignorado de nosotros, hoy, en que nos damos cuenta de que no pasan de ser hermosas frases que no toman en serio su propio significado. Se trata, sencillamente, de fantasmas. ¿Qué se entiende por Estado orgánico? Aquel Estado cuyas instituciones han ido brotando a lo largo de los siglos con la nación y del seno de ella, en vez de construirse a base de teorías. Está muy bien, en general, pero veamos ahora cómo se aplica esto a Alemania. Se trata de que este organismo consista en que los miembros del Estado se dividan en nobleza, burgueses y campesinos, con todo lo que ello lleva consigo. Y todo debe contenerse *in nuce*[d] en la palabra "organismo". ¿Acaso no se trata de un

[d] Implícitamente.

pobre y vil sofisma? El autodesarrollo de la nación ¿no significa, acaso, libertad? Os aferráis con ambas manos a lo que ansiáis: a toda la opresión de la Edad Media y del *ancien régime*. Por fortuna, este juego de manos no se le puede achacar a Arndt. No son los partidarios de la división de la sociedad en estamentos, somos nosotros, sus adversarios, quienes queremos una vida orgánica del Estado. Por el momento, no se trata para nada de una "construcción teórica", sino de algo con lo que se nos quiere embaucar, del desarrollo de la nación por sí misma. Con la diferencia de que nosotros tomamos eso en serio y sinceramente, mientras que aquellos señores ignoran, al parecer, que todo organismo deja de ser algo orgánico tan pronto como muere; hacen moverse, con sus alambres galvánicos, los cadáveres del pasado y tratan de hacernos creer que no se trata de un mecanismo, sino de un organismo vivo. Pretenden fomentar el autodesarrollo de la nación y le atan al pie el grillete del absolutismo, para que avance más de prisa. Pretextan ignorar que lo que ellos llaman teoría, ideología o Dios sabe cómo, hace ya mucho tiempo que se ha convertido en sangre y savia del pueblo y, en parte, integra ya la vida, y que no somos nosotros, sino *ellos* quienes vagan a ciegas por los caminos utópicos de la teoría. En efecto, lo que hace medio siglo era aún una teoría, se ha convertido desde la revolución en un factor integrante y sustantivo del organismo del Estado. Y, sobre todo, pues es lo más importante, ¿no está el desarrollo de la humanidad por encima del de la nación?

¿Y el régimen de estamentos? Entre burgueses y campesinos no existe ninguna muralla divisoria; ni la misma Escuela histórica toma esto en serio; es una muralla divisoria que sólo se levanta *pro forma*, para justificar con ella la existencia aparte de la nobleza. Todo gira en torno a ésta, y con la nobleza desaparecería el sistema estamental. Pues bien, el estamento de la nobleza es aún peor que la nobleza misma. Un estamento hereditario basado en el mayorazgo es, para la concepción moderna de la sociedad, lo más disparatado del mundo. Pudo tener razón de ser en la Edad Media, en que, en las ciudades imperiales (como todavía ocurre hoy, por ejemplo en Bremen) los gremios y sus privilegios eran hereditarios, en que podemos decir que había hombres con sangre de panadero o de plomero. Y, bien mirada la cosa, ¿qué significa el orgullo del noble ante la conciencia que tiene un cervecero de que todos sus antepasados hasta la vigésima generación nacieron y vivieron en el mismo oficio? Un carnicero o, como se dice en Bremen, con poético lenguaje, un cortador de huesos y de carne, puede ingresar a la nobleza, como es el caso del señor Fouqué, cuyo oficio guerrero consistió continuamente en tomar parte en batallas y cortar músculos y huesos. Constituye una ridícula arrogancia de la nobleza el preciarse de ser un estamento, ya que, según las leyes de todos los Estados, a los nobles no les compete exclusivamente ningún oficio, ni el de la guerra, ni el de la gran propiedad territorial. Todos los escritos sobre la nobleza podrían ostentar como divisa el verso del trovador Guillermo de Poitiers: "esta canción no habla de nada".[37] Por eso, porque los nobles

perciben su total nulidad, ninguno de ellos puede ocultar el dolor que eso le produce, desde el ingeniosísimo barón de Sternberg hasta el más necio de todos, que es C.L.F.W.G. de Alvensleben. Está muy mal empleada esa tolerancia que deja a los nobles la satisfacción de considerarse como algo aparte, siempre y cuando que no caigan en la arrogancia de reclamar ninguna clase de privilegios. Mientras consideremos a la nobleza como algo aparte, querrá disfrutar de privilegios y los reclamará. Nuestra reivindicación permanece inconmovible: ¡nada de estamentos, sino una nación grande, una y con derechos iguales para todos los ciudadanos del Estado!

[*Telegraph für Deutschland*, núm. 5, enero de 1841]

Otra cosa que Arndt pide para su Estado son los mayorazgos y, en general, una legislación agraria que reduzca la propiedad de la tierra a relaciones fijas. También este punto, aparte de la importancia general que reviste, merece ser tenido en cuenta, ya que, en lo que a él se refiere, amenaza también la reacción de nuestro tiempo con volver las cosas al estado en que se encontraban antes de 1789. Recientemente hemos podido ver cómo se concedía un título de nobleza a ciertas familias a condición de que garantizasen la fundación de un mayorazgo a tono con su prosperidad económica. Arndt se muestra resueltamente contrario a la libertad y división ilimitadas de la propiedad de la tierra, por considerar como una consecuencia inevitable de ello la parcelación del suelo hasta el punto en que éste no pueda alimentar a su poseedor. No se da cuenta de que la plena libertad de la propiedad de la tierra lleva en sí misma precisamente los medios para poder compensar en su conjunto lo que, en detalle, aquí y allá, pueda desequilibrarla. Por su parte, la embrollada legislación vigente en la mayoría de los Estados alemanes y las no menos embrolladas propuestas de Arndt no han cerrado nunca el paso a toda suerte de inconvenientes en las relaciones agrarias, sino que sólo han servido, a lo sumo, para entorpecerlos, entorpecen, al mismo tiempo, al producirse desproporciones, el retorno voluntario a una ordenación racional y obstaculizan los progresos de la legislación, mediante cien mezquinas consideraciones de orden privado, que no acaban nunca. En cambio, la libertad de la tierra impide caer en ninguno de los dos extremos, ni en el de la concentración de grandes propiedades en manos de la aristocracia ni en el de la división en parcelas excesivamente pequeñas y, por tanto, inútiles para quien las posee. Cuando uno de los dos platillos de la balanza se inclina demasiado, inmediatamente se equilibra con el peso del otro. Y aunque la propiedad de la tierra vuele de unas manos a otras, siempre será más hermoso el rugiente y agitado océano, con su grandiosa libertad, que el tranquilo lago con su inmóvil espejo, cuyas olas en miniatura chocan a cada paso con una lengua de tierra, con las raíces de un árbol o con

una piedra. La autorización de mayorazgos es la aquiescencia del Estado a que se cree una aristocracia, pero, en realidad, este encadenamiento de la propiedad territorial constituye precisamente, como todo lo que sean títulos hereditarios e inalienables, un incentivo para la revolución. ¿Acaso no es un reto directo que se lanza al pueblo al vincular la parte mejor del país a determinadas familias, haciéndola inasequible al resto de los miembros del Estado? ¿Acaso los mayorazgos no responden a una concepción de la propiedad que hace ya mucho tiempo que no corresponde a nuestro modo de pensar y de conocer? No puede admitirse que una generación tenga derecho a disponer arbitrariamente de la propiedad de todas las generaciones futuras, que se permita disfrutar, administrar y disponer a su antojo, sin limitación alguna ¡como si no atentase a la libertad de la propiedad y la destruyese, manejándola con un despotismo que priva de esta libertad a todos los descendientes!, ¡y como si este encadenamiento del hombre a la gleba pudiera regir eternamente! Por lo demás, la atención que Arndt presta a la propiedad de la tierra está muy justificada y la importancia del tema merecería sin duda un tratamiento más minucioso del problema, enfocado desde la altura de nuestro tiempo. Hasta ahora, todas las teorías que se han sostenido adolecen de esa enfermedad hereditaria de los eruditos alemanes, consistente en que se precian, todos ellos, de demostrar su independencia manteniendo un sistema aparte del de los otros.

Si los lados retrógrados del germanismo merecían ser examinados cuidadosamente, en parte por respeto al hombre que los mantenía por propia convicción y en parte por el favor que últimamente están encontrando en Prusia, debemos rechazar, en cambio, enérgicamente, otra tendencia que, momentáneamente, amenaza con imponerse entre nosotros: me refiero a la francofobia. No es mi propósito ponerme a discutir con Arndt ni con los hombres de 1813, pero sí tengo que decir que me asquean completamente esos serviles desatinos de que hoy se dejan llevar, en todos los periódicos, quienes son incapaces de pensar por cuenta propia. Sólo quien se deja arrastrar por el servilismo puede mostrarse convencido por el tratado de Julio [38] de que la cuestión oriental es una cuestión vital para Alemania y de que Mohamed Alí constituye un peligro para la cultura germánica. Desde este punto de vista, debemos reconocer que Francia, al tomar bajo su protección a Egipto, ha cometido contra la nacionalidad alemana el mismo crimen en que ella incurrió a comienzos de siglo. Es verdaderamente triste que, desde hace medio año, no podamos echarnos a la cara un periódico que no se deje arrastrar por esa furia antifrancesa, ahora recrudecida. ¿Y todo, para qué? Para otorgar a los rusos incrementos territoriales y a los ingleses el poder comercial de que necesitan con objeto de poder cercarnos y aplastarnos a los alemanes. El principio de estabilidad de Inglaterra y el sistema ruso: he ahí los dos enemigos jurados del progreso europeo, y no Francia y su movimiento. Y porque a dos príncipes alemanes se les haya ocurrido adherirse a este tratado, el problema se ha

convertido de pronto en una cuestión alemana y Francia, el viejo enemigo jurado, el impío "extranjero" y el armamento de Francia, perfectamente natural en un país agraviado, se hacen aparecer hoy como una infamia contra la nación alemana. El insensato griterío de algunos periodistas franceses clamando por la frontera del Rin se considera un tema digno de prolijas réplicas, que, desgraciadamente, los franceses no se paran a leer, y la canción de Beck: "¡No, no lo tendrán!", se convierte a la fuerza en canción popular. De buena gana concedo a Beck el éxito de sus estrofas, cuyo contenido poético no entraré a examinar; me alegro, incluso, de que en la orilla izquierda del Rin se alcen voces y sentimientos tan alemanes, pero me parece ridículo que en artículos ya aparecidos en los citados periódicos y que he tenido ocasión de leer se trate de elevar nada menos que a himno nacional tan modesta canción. "¡No, no lo tendrán!". Otra vez, como vemos, una actitud negativa. ¿Es que podemos darnos por contentos con una canción popular basada en una negación? ¿Acaso los sentimientos de la nacionalidad alemana sólo pueden encontrar un punto de apoyo en una polémica contra el extranjero? Pese al entusiasmo de que está inflamado, tampoco el texto de la "Marsellesa" es ninguna maravilla, pero ¡cuánto más noble resulta el sobreponerse a las fronteras nacionales para abrazar la causa de la humanidad! Cuando ya nos han sido arrebatadas la Borgoña y la Lorena, cuando ya Flandes es francés y Holanda y Bélgica son países independientes, cuando ya Francia, apropiada de la Alsacia, ha avanzado hasta el Rin y sólo conservamos una parte relativamente pequeña de la faja izquierda del río que en otro tiempo fue nuestra, ¡no nos avergonzamos de baladronear y gritar: no, no conseguiréis el último pedazo que aún nos queda! Y si los franceses consiguieran apoderarse del Rin, todavía gritaríamos, con el más ridículo de los orgullos: ¡No conseguirán arrebatarnos el libre Weser alemán! Y por ahí adelante, hasta llegar al Elba y el Oder, hasta que Alemania se viera repartida entre los franceses y los rusos y sólo pudiéramos ya entonar otra canción: ¡No, no la tendrán, el río libre y caudaloso de la teoría alemana, mientras siga fluyendo tranquilamente hacia el mar de lo infinito, mientras siga nadando en sus aguas un pez ideológico ajeno a la práctica! En vez de hacer penitencia, vestidos de estameña y con la ceniza en la frente por nuestros pecados, que nos han llevado a perder todas aquellas hermosas tierras, por nuestra desunión y la traición a la idea, por nuestro patriotismo provincial, que renuncia a lo grande por obtener mezquinos beneficios locales, y por nuestra falta de conciencia nacional, alardeamos de grandeza. Es, ciertamente, una idea fija de los franceses el afirmar su propiedad sobre el Rin, pero la única respuesta digna del pueblo alemán a esa arrogante pretensión sería gritar, con Arndt: "¡Vengan acá la Alsacia y la Lorena!"

Pues yo —tal vez en contraste con muchos cuyos puntos de vista, por lo demás, comparto— abrigo, desde luego, la opinión de que la reconquista de la orilla izquierda del Rin, territorio de habla alemana, es una cuestión de honor nacional y opino, asimismo, que la germanización

de Holanda y Bélgica, que se han desprendido de nosotros, constituye una necesidad política para Alemania. ¿O es que vamos a dejar que en aquellos países sea totalmente aplastada la nacionalidad alemana, mientras en el Este se levanta el eslavismo, con una fuerza cada vez mayor? ¿Es que vamos a pagar la amistad de Francia con el sacrificio de la cultura alemana de nuestras más bellas provincias? ¿Vamos a considerar como el fallo definitivo e inapelable del espíritu universal una posesión que apenas cuenta cien años y que ni siquiera ha sabido asimilarse lo conquistado, los tratados de 1815? [39]

Pero, de otra parte, no seremos dignos de recobrar la Alsacia mientras no seamos capaces de darle lo que ahora poseen: una vida libre y pública dentro de un gran Estado. No cabe duda de que, un día, se entablará de nuevo la lucha entre Alemania y Francia, y entonces se demostrará cuál de los dos países es digno de poseer la orilla izquierda del Rin. Entre tanto, podemos encomendar tranquilamente el problema al desarrollo de nuestra nacionalidad y del espíritu universal; entre tanto, laboremos por un claro y mutuo entendimiento entre las naciones europeas y por la unidad interior de nuestro país, que constituye nuestra necesidad más apremiante y la base de nuestra futura libertad. Mientras persista la fragmentación de nuestra patria, seremos, políticamente, un cero a la izquierda y nuestra vida pública, nuestro constitucionalismo, nuestra libertad de prensa y todos nuestros postulados no pasarán de ser buenos deseos cuya realización se quedará siempre a mitad de camino. ¡A eso es, pues, a lo que debemos aspirar, y no a la extirpación de los franceses!

Y, sin embargo, la negación teutomaníaca todavía no ha cumplido plenamente su misión, ni mucho menos; quedan todavía muchas cosas que mandar de regreso a sus casas a través de los Alpes, del Rin y del Vístula. A los rusos les dejaremos la Pentarquía; [40] a los italianos su papismo y todo lo relacionado con él, su Bellini, su Donizetti y hasta su Rossini, si quieren darse importancia con estos compositores, enfrentándolos a Mozart y Beethoven; a los franceses, sus arrogantes juicios acerca de nosotros, sus vaudevilles y sus óperas, su Scribe y su Adam. Que vuelvan al lugar de su procedencia todas esas costumbres y modas extranjeras, todos esos superfluos términos exóticos importados de fuera. Decidámonos de una vez a dejar de imitar a otros países, a unirnos fuertemente entre nosotros, para formar un pueblo alemán uno, indivisible, fuerte, y, Dios mediante, *libre*.

# SCHELLING SOBRE HEGEL[41]

[*Telegraph für Deutschland*,
núm. 207, diciembre de 1841]

Si hoy preguntáis en Berlín a cualquier persona que tenga aunque sólo sea una intuición del poder del espíritu sobre el universo cuál es la palestra en la que se pelea por la hegemonía sobre la opinión pública de Alemania en materia de política y de religión, lo que vale tanto como decir sobre Alemania misma, os contestará que esta palestra es la Universidad y, concretamente, el auditorio número 6, donde Schelling sustenta su curso sobre la Filosofía de la Revelación. Pues, por el momento, todas las corrientes contrarias que disputan a la filosofía de Hegel aquella hegemonía palidecen, se esfuman y pasan a segundo plano ante *una* oposición dominante, que es la de Schelling; todos los atacantes situados al margen de la filosofía, los Stahl, los Hengstenberg y los Neander, ceden el puesto a un púgil de quien se cree que es el único capaz de derrotar en su propio terreno al invicto.

Y el combate es realmente muy peculiar. Dos viejos amigos de los años mozos, compañeros de cuarto en la Fundación de Tubinga, vuelven a encontrarse al cabo de cuarenta años, pero como enemigos; uno de ellos muerto desde hace diez años, pero más vivo que nunca en sus discípulos; el otro, según dicen éstos, espiritualmente muerto desde hace tres decenios, pero que aparece de pronto reivindicando para sí solo la vida, una vida llena de vigor y de vigencia. Quien sea lo bastante "imparcial" para saberse igualmente extraño a ambos, es decir, para no ser un hegeliano —pues de Schelling, después de las pocas palabras que ha dicho, nadie puede, evidentemente, declararse partidario—, quien goce, por tanto, de la famosísima ventaja de la "imparcialidad", verá en la declaración de muerte de Hegel proclamada por la presentación de Schelling en Berlín, la venganza ejercida por los dioses en contra de la declaración de muerte de Schelling que en su día hubo de anunciar Hegel.

Un importante y abigarrado auditorio se ha reunido para ser testigo de este combate. A la cabeza, las notabilidades de la Universidad, los corifeos de la ciencia, hombres todos cada uno de los cuales ha dado vida a una tendencia propia y peculiar; se les han reservado los lugares más cercanos en torno a la cátedra; detrás de ellos, mezclados y revueltos, como el azar los ha juntado, representantes de todas las posiciones sociales, nacionales y confesiones religiosas. En medio de la entusiasta juventud, aquí y allá, vemos sentado a un oficial de Estado Mayor de barba gris y, junto a él, sin el menor embarazo, a un soldado voluntario que en otro sitio, por respeto a los elevados superiores jerár-

quicos, no se habría dejado fácilmente ver en semejante compañía. Viejos doctores y eclesiásticos cuyos títulos académicos pronto podrán celebrar su jubileo centenario, sienten revivir en sus cabezas el espíritu de la ya lejana y olvidada mocedad y acuden a sentarse en los bancos de los estudiantes. El judaísmo y el Islam quieren ver qué es eso de la Revelación cristiana; se oye hablar alemán, francés, inglés, húngaro, polaco, ruso, griego moderno y turco, todo revuelto, cuando de pronto se escucha la seña de guardar silencio y sube a la cátedra Schelling.

Un hombre de estatura media, pelo blanco y ojos alegres, de color azul claro, cuya expresión sugiere más bien la picardía que la imponente seriedad, todo ello unido a una cierta gordura que sentaría mejor al buen padre de familia que al pensador genial; una voz dura y potente, con marcado acento suabo-bávaro: tales son la figura y el aspecto externo del filósofo a quien venimos a escuchar.

Paso por alto el contenido de sus primeras lecciones [42] para entrar inmediatamente en sus manifestaciones sobre Hegel, reservándome el derecho a hacer luego los comentarios que considere oportunos, a modo de ilustración.

"La Filosofía de la Identidad expuesta por mí fue solamente uno de los lados de toda la filosofía, el lado negativo. Este algo negativo debía satisfacerse mediante la exposición de lo positivo, o bien, devorando el contenido positivo de las anteriores filosofías, postularse a sí mismo como lo positivo y presentarse, así, como la filosofía absoluta. También sobre el destino del hombre flota una razón que le hace persistir en lo unilateral, hasta haber agotado todas sus posibilidades. Fue Hegel, así, quien presentó la filosofía negativa como la filosofía absoluta. Es la primera vez que menciono aquí el nombre del señor Hegel. Acerca de Kant y de Fichte, que fueron mis maestros, me he expresado libremente, y así lo haré también con Hegel, a pesar de que éste no me resulta muy grato. Pero así lo haré, señores, en gracia a la franqueza que les he prometido. No quiero que parezca que tengo algo que rehuir, que hay cosas de las que no puedo hablar libremente. Recuerdo el tiempo en que Hegel era mi oyente y compañero mío en la vida, y debo decir que mientras la Filosofía de la Identidad se concebía, en general, de un modo superficial y achatado, fue él quien transmitió a la posteridad su idea fundamental y la reconoció persistentemente hasta última hora, como lo comprueban, sobre todo, sus lecciones sobre la Historia de la Filosofía. Habiéndose encontrado ya con el gran tema dominado, se atuvo principalmente al método, mientras nosotros afirmábamos preferentemente lo material. Yo mismo, que jamás admito como suficientes los resultados negativos obtenidos, habría recibido de buen grado cualquier conclusión satisfactoria, aunque viniese de mano ajena.

"Se trata, por lo demás, de ver si el puesto que a Hegel corresponde en la historia de la filosofía, el puesto que hay que asignarle entre los grandes pensadores, es cabalmente éste, el de haber intentado elevar la filosofía de la identidad a la filosofía absoluta y última, lo que, indudablemente, sólo podría lograrse mediante importantes cambios; y esto es precisamente lo que yo me propongo demostrar a la vista de sus propias obras, cuyas páginas están abiertas a todo el mundo. Si alguien quisiera decir que en ello se contiene precisamente una censura contra Hegel, yo contestaría que Hegel hizo lo que se hallaba más al alcance de su mano. La Filosofía de la Identidad tenía que lu-

char consigo misma, trascender de sí misma, mientras no existiera aquella ciencia de lo positivo que se extiende también a la existencia. Por eso Hegel, movido por aquella conspiración, se vio obligado a impulsar la Filosofía de la Identidad por encima de sus fronteras, más allá de la potencia del ser, del puro poder ser, y a someter a ella la existencia.

"Hegel, que se elevó con Schelling al reconocimiento de lo absoluto, se aparta de esto por cuanto que no lo presupone en la intuición intelectual, sino que cree y quiere descubrirlo por la vía científica.'

"Estas palabras forman el texto sobre el cual voy a hablar a ustedes. En el pasaje citado se expresa la opinión de que la Filosofía de la Identidad trae como resultado lo absoluto, no sólo en cuanto a la cosa, sino también en cuanto a la existencia; ahora bien, como el punto de partida de la Filosofía de la Identidad es la indiferencia de sujeto a objeto, se postula también su existencia en cuanto demostrada por la intuición intelectual. Y de este modo supone Hegel sin el menor recelo que yo he querido probar mediante la intuición intelectual la *existencia*, el *ser* de aquella indiferencia, y me censura por ser la demostración insuficiente. Pero que no me proponía tal cosa lo revela la aseveración tantas veces hecha por mí de que la Filosofía de la Identidad no es ningún sistema de existencia y, por lo que a la intuición intelectual se refiere, esta determinación no figura para nada en la única exposición de aquella filosofía que yo considero como la científica, dentro del periodo anterior. Esta exposición aparece allí donde nadie la buscaría, a saber, en la *Revista de Física especulativa*, volumen segundo, segundo fascículo. Fuera de aquí, aparece, es cierto, alguna que otra vez, y es parte de la herencia de Fichte. Fichte, con el que yo no quería romper abiertamente, llegaba por medio de ella a su certeza inmediata, al Yo; y por mi parte, me apoyé en ella para llegar por este camino a la indiferencia. Pero, en cuanto que el Yo, en la intuición intelectual, no es considerado ya como algo subjetivo, entra en la esfera del pensamiento y, de este modo, ya no existe como inmediatamente cierto. Según esto, la misma intuición intelectual no probaría siquiera la existencia del Yo; y cuando Fichte la emplea con este fin no puedo remitirme a él para demostrar a base de esto la existencia de lo absoluto. Así, pues, Hegel no podía censurarme por la insuficiencia de una demostración que jamás he pretendido desarrollar, sino solamente por no haber afirmado con bastante fuerza que no me preocupaba en absoluto la existencia. Pues Hegel, al exigir la prueba del ser de una potencia infinita, va más allá de la razón; si existiese la potencia infinita, la filosofía no se hallaría libre del ser, y cabe preguntarse aquí si es posible pensar el *prius* de la existencia. Hegel lo niega, pues comienza su Lógica con el ser y se lanza inmediatamente a un sistema existencial. Nosotros, en cambio, lo afirmamos, al comenzar con la potencia pura del ser como algo que sólo existe en el pensamiento. Hegel, que tanto habla de inmanencia, sólo es inmanente en lo *no* inmanente al pensamiento, pues éste algo no inmanente es el ser. Retrotraerse al pensamiento puro significa, especialmente, retrotraerse de todo ser, fuera de lo pensado. La afirmación de Hegel de que la existencia de lo absoluto se ha demostrado en la Lógica tiene, además, el inconveniente de que de este modo se nos da dos veces lo infinito, una al final de la Lógica y otra, una vez más, al final de todo el proceso. En general, no comprende uno por qué la Lógica figura a la cabeza de la Enciclopedia, en vez de penetrar y dar vida a todo el ciclo."

[*Telegraph für Deutschland*,
núm. 208, diciembre de 1841]

Hasta aquí, Schelling. En gran parte y siempre que ello me ha sido posible, he procurado citar sus propias palabras y me atrevería a sostener audazmente que su autor no podría negarse a suscribir estos resúmenes. A manera de complemento, añadiré, tomándolo de las anteriores conferencias, que Schelling considera las cosas en dos aspectos, separando el *quid* del *quod*,[a] la esencia y el concepto de la existencia y atribuyendo lo primero a la ciencia pura de la razón o filosofía negativa y lo segundo a una ciencia de nueva creación con elementos empíricos, que es la filosofía positiva. De la segunda, hasta ahora, no sabemos todavía nada; la primera se presentó hace unos cuarenta años bajo una versión defectuosa, abandonada luego por el propio Schelling y ahora desarrollada por él bajo su expresión verdadera y adecuada. Su base es la razón, la potencia pura del conocimiento, que tiene como contenido inmediato la potencia pura del ser, el poder ser infinito. El tercer elemento necesario junto a los dos anteriores es la potencia *sobre* el ser, la que ya no puede enajenarse, y esta potencia es lo absoluto, el espíritu, aquello a que se absuelve de la necesidad de trocarse en el ser y persevera frente a éste en perenne libertad. También la unidad "órfica" de aquellas potencias podría llamarse lo absoluto, como aquello fuera de lo cual no hay nada. Y si las potencias se contradicen irreductiblemente entre sí, lo finito es esta exclusión.

Creo que bastan estas pocas líneas para explicar lo que antecede y a manera de los lineamientos fundamentales del neoschellingismo, en la medida en que era posible formularlos aquí y hasta ahora. Sólo me resta sacar de esto las consecuencias que Schelling silencia, tal vez intencionadamente, y salir en defensa del gran muerto.

Si despojamos de su lenguaje curialiesco la sentencia de muerte que Schelling pronuncia sobre el sistema hegeliano, obtenemos el siguiente resultado: Hegel no llegó a crear, en rigor, un sistema propio, sino que vivió a duras penas toda su vida de los residuos de mis pensamientos, viene a decir Schelling; mientras que yo me ocupaba de la *partie brillante*, de la filosofía positiva, él se entregaba a la *partie honteuse*,[b] la negativa, y se encargaba, puesto que yo no disponía de tiempo para ello, de elaborarla y perfeccionarla, dándose por muy contento con que yo le encomendara esta tarea. No hay razón para censurarle. "Hacía lo que se hallaba más al alcance de su mano". Ocupa, sin embargo, "un puesto entre los grandes pensadores", pues "fue el único que reconoció la idea fundamental de la Filosofía de la Identidad, al paso que todos los demás la encontraban superficial y adocenada". No obstante, salía bien mal parado, pues se empeñaba en convertir la mitad de la filosofía en la filosofía entera.

Hay una frase muy conocida que se atribuye a Hegel, pero que, a juzgar por lo anterior, debió de ser pronunciada, evidentemente, por Schel-

a V. *infra*, p. 55. b Parte vergonzosa, oscura.

ling. Dice así: "Sólo uno de mis discípulos me ha entendido, pero también éste, por desgracia, me ha entendido mal".

Pero, en serio, ¿es posible que estas difamaciones se escriban sobre la losa sepulcral de Hegel sin que nosotros, que le debemos a él bastante más de lo que él debía a Schelling, nos atrevamos a lanzar en honor del muerto un desafío, por muy temible que sea el adversario? Y no cabe duda de que se trata de difamaciones, diga Schelling lo que quiera y por muy científica que aparentemente sea la forma en que se envuelvan. Yo podría tratar al señor Schelling o a cualquier otro, si se me pidiera, "de un modo puramente científico" tan rematadamente mal que tendría por fuerza que darse cuenta de las ventajas del "método científico". Pero ¿quién soy yo, para hacer eso? Resultaría, por lo demás, frívolo el que un joven como yo pretendiera dar lecciones a un anciano y nada menos que a un Schelling, quien, aunque haya desertado resueltamente de la libertad, sigue siendo el descubridor de lo absoluto y, en cuanto se presenta como el predecesor de Hegel, debe ser tratado por nosotros con el mayor de los respetos. Pero Schelling, el sucesor de Hegel, sólo tiene derecho a esperar de nosotros un poco de piedad y menos que de nadie puede exigir de mí frialdad y serenidad, pues yo he venido aquí a abogar por un muerto, y no cabe duda de que al combatiente le sienta bien algo de pasión, pues quien desenvaina su hoja a sangre fría rara vez pone entusiasmo en la causa que defiende.

Debo decir que la manera como aquí se ha comportado Schelling, especialmente en estas invectivas contra Hegel, deja lugar a pocas dudas acerca de lo que hasta ahora no quería creerse: que el retrato dibujado en el prólogo al conocido y más reciente folleto de Riedel [43] se parece mucho a la realidad. Si esta manera de presentar como tributaria suya a toda la trayectoria de la filosofía en el presente siglo, a Hegel, Gans, Feuerbach, Strauss, Ruge y los *Anales alemanes*, para luego, no ya negarla, no, sino zaherirla con unas cuantas frases que no hacen más que retratarle mejor, haciéndola pasar por un lujo que el espíritu se permite consigo mismo, por un curioso aborto de incomprensiones, por una galería de ociosos extravíos; si todo esto no deja corto a todo lo que se le reprocha a Schelling en aquel folleto, entonces no tengo ni la más remota idea de lo que es norma moral obligada en el trato mutuo.

Claro está que no sería fácil para Schelling encontrar un camino intermedio que no les comprometiese ni a él ni a Hegel, y el egoísmo que, para mantenerse él en pie, le llevase a sacrificar al amigo, podría ser perdonable. Pero es demasiado fuerte eso de que Schelling le pida al siglo que retire como tiempo perdido y dirección equivocada cuarenta años de pensamiento, de esfuerzos y trabajos, de sacrificios de los más caros intereses y las más sagradas tradiciones, simplemente para que él, Schelling, no haya vivido en balde estos cuarenta años. Y suena como algo más que una ironía el que, por ello mismo, se permita asignar a Hegel un puesto entre los grandes pensadores, aunque lo que hace, en realidad, es tacharlo de la lista de esas figuras, para considerarlo como

su criatura y su servidor. Finalmente, hay algo de cicatería filosófica; ¡y cuán mezquina! —¿cómo se llama esa pasión de la ictericia?—, en el hecho de que Schelling reclame como propiedad suya y hasta como carne de su carne todas y cada una de las cosas que se digna reconocer en Hegel. No dejaría de ser peregrino el que la vieja verdad schellingiana sólo hubiera podido perdurar bajo la mala forma hegeliana, pues ello no haría más que revertir necesariamente contra él mismo los ataques por la oscuridad de expresión que anteayer dirigía Schelling a su adversario, ataques que realmente podría aplicar a su propia prosa, a pesar de la claridad que nos prometía. No tiene en verdad derecho a burlarse del estilo de Hegel quien se vuelca constantemente en períodos como los schellingianos, quien emplea expresiones como "quidditativo" y "quodditativo",[c] "unidad órfica", etc., sin que éstas le basten y se vea obligado a recurrir a cada paso a términos latinos y griegos.

Pero lo más deplorable en Schelling es su infortunada incomprensión en lo que se refiere a la existencia. ¡El bueno y simplista de Hegel, con su fe en la existencia de los resultados filosóficos, en los derechos de la razón para plasmarse en la existencia y dominar el ser! Sería curioso que Hegel, quien con tanto cuidado estudió a Schelling y durante largos años mantuvo con él un trato personal, y con Hegel cuantos han tratado de penetrar en la filosofía de la identidad, no se hubiesen percatado de la gran broma; es decir, que todo esto no fuesen más que patrañas que sólo existen en la cabeza de Schelling, sin la más remota pretensión de llegar a influir sobre el mundo exterior. Si esto apareciese escrito en algún lado, habría podido uno encontrarlo. Pero la verdad es que se siente uno tentado a dudar si todo esto sería realmente la manera de ver de Schelling en un principio o una adición de fecha posterior.

¿Y la nueva versión de la filosofía de la identidad? Kant había liberado al pensamiento racional del tiempo y el espacio. Schelling nos arrebata, además, la existencia. ¿Qué nos queda, entonces? No es este el lugar oportuno para probar en contra suya que la existencia cae, ciertamente, dentro de la órbita del pensamiento, que el ser es inmanente al espíritu y constituye el principio de toda moderna filosofía, que el *cogito ergo sum*[d] no puede tomarse así, al asalto, echándolo por tierra. Pero eso me permitirá preguntar si una potencia carente de ser puede engendrarlo, si una potencia que ya no puede enajenarse sigue siendo potencia, y si la tricotomía de las potencias no corresponde por modo sorprendente a la trinidad de Idea, Naturaleza y Espíritu, desarrollada en la Enciclopedia de Hegel.

¿Y qué se desprenderá de todo esto para la filosofía de la revelación? Esta cae, naturalmente, en el campo de la filosofía positiva, del lado empírico. Schelling sólo podrá salir del paso admitiendo el hecho de una revelación que no sabemos cómo fundamentará, pero que, desde luego, no podrá fundamentar racionalmente, porque se ha cerrado las puertas para ello. Hegel sale del trance de un modo un poco menos

[c] V. p. 55. [d] Pienso, luego soy.

amargo, ¿o acaso Schelling tendrá en el bolsillo otros recursos? Podemos, pues, con entera razón, llamar a esta filosofía la filosofía empírica, su teología puede calificarse de positiva y su jurisprudencia será, evidentemente, la jurisprudencia histórica. Lo cual se parecería bastante a una derrota, pues todo esto ya lo sabíamos nosotros desde mucho antes de que Schelling llegara a Berlín.

Será incumbencia *nuestra* seguir la marcha de su razonamiento y defender de injurias la tumba del gran maestro. No rehuimos la lucha. Nada nos parecería más deseable que ser durante cierto tiempo una *ecclesia pressa*.[e] Es ahí donde se prueban los espíritus. Lo auténtico triunfa del fuego, lo falso desaparece y no le echaremos de menos en nuestras filas. Los adversarios deberán reconocer que jamás la juventud se ha enrolado tan numerosa como ahora bajo nuestras banderas, que nunca se ha desplegado con tanta riqueza como hoy el pensamiento que nos anima, que nunca ha estado con tanta fuerza a nuestro lado la valentía, la decisión y el talento. Podemos, pues, levantarnos tranquilamente frente al nuevo enemigo; a la postre, se encontrará entre nosotros alguien capaz de comprobar que la espada del entusiasmo es tan buena como la del genio.

*Schelling*, por su parte, verá si puede reunir una escuela. Hoy se le adhieren muchos pura y simplemente porque están, como él, en contra de Hegel y acogen con gratitud a todo el que le ataque, llámese Leo o Schubarth. Pero, para estas gentes pienso yo que Schelling es demasiado bueno. Si, además, se ve rodeado de partidarios lo dirá el tiempo. Yo aún no lo creo, a pesar de que algunos de sus oyentes hacen progresos y han avanzado ya hasta la *indiferencia*.

e Iglesia cautiva.

# SCHELLING Y LA REVELACIÓN

*Crítica del más reciente intento de la reacción contra la filosofía libre*

[Publicado en forma de folleto, en Leipzig, en mayo de 1842]

Desde hacía unos diez años, flotaba sobre las montañas del Sur de Alemania una nube de tormenta que iba volviéndose cada vez más sombría y amenazadora para la filosofía alemana del Norte. Schelling se presentó de nuevo en Munich; se supo que su nuevo sistema estaba próximo a terminarse y se enfrentaría al predominio de la escuela hegeliana. El propio Schelling se pronunció resueltamente en contra de ella, y a los demás adversarios de dicha escuela les quedaba siempre, cuando todas las razones del poder triunfante se volvieran de espaldas a aquella doctrina, el apoyo que representaba el poder remitirse a Schelling como al hombre llamado a exterminar en última instancia la filosofía hegeliana.

Por eso los discípulos de Hegel hubieron de saludar el que, hace medio año, Schelling fuese llamado a Berlín y prometiera entregar al juicio público su sistema, ya ahora, por fin, terminado. Había razones para esperar que, en lo sucesivo, cesaran las interminables y vacías pláticas acerca de él, de Schelling, como el gran desconocido y pudiera verse, al cabo, lo que había detrás de su nombre. Por otra parte, dado el sentido combativo que siempre ha caracterizado a la escuela hegeliana y a su confianza de sí misma, tenía que recibir con los brazos abiertos la ocasión que se le brindaba de medir sus armas con un adversario famoso; hacía ya mucho tiempo, en efecto, que Schelling había sido retado a controversia por Gans, Michelet y el *Athenäum* y sus jóvenes discípulos de los *Anales Alemanes*.

La nube de la tormenta, tantos años pendiente, descargó por último en los rayos y truenos que desde la cátedra de Schelling comenzaron a agitar a todo Berlín. Los ecos del trueno se han apagado ya y los rayos y relámpagos han dejado de lucir. ¿Han dado los rayos en el blanco; han hecho arder en llamas el andamiaje del sistema hegeliano, este airoso palacio del pensamiento; corren los hegelianos a salvar lo que todavía puede salvarse? Hasta ahora, nadie lo ha visto.

Y, sin embargo, todo se había esperado de Schelling. ¿Acaso no se postraban de hinojos los "Positivos",[44] gimiendo ante la gran sequía que asolaba las tierras del Señor y clamando por que descargasen las nubes henchidas de lluvia suspendidas en el horizonte? ¿No ocurría exactamente como en su tiempo en Israel, donde se conjuraba a Elías,

suplicándole que arrojase del templo a los sacerdotes de Baal? Y cuando salió a la palestra el gran exterminador de demonios, ¡cómo enmudecieron de pronto todas las estrepitosas y descaradas denuncias, todo el griterío y la algarabía, para no perder ni una sola palabra de la nueva Revelación! ¡Cómo se retiraron modestamente a segundo plano los valerosos héroes de la *Evangelica* y de la *Gaceta Eclesiástica General de Berlín*, del *Anunciador Literario* y de la Revista de Fichte[45] para hacer sitio al san Jorge que venía a abatir al dragón del hegelianismo, cuyo aliento vomitaba las llamas de la impiedad y el humo negro de la tenebrosidad!

Se hizo en todo el país un silencio como si fuese a descender el Espíritu Santo, como si Dios en persona fuese a hablar desde lo alto de las nubes. Y cuando el Mesías filosófico subió a su trono de madera muy mal tapizado, en el aula magna de la Universidad, y comenzó a prometer las hazañas de la fe y los milagros de la Revelación, ¡qué jubilosas aclamaciones resonaron, subiendo hacia él, entre las huestes allí acampadas de los "Positivos"! ¡Cómo estaba su nombre en todas las lenguas, proclamando las esperanzas de los "cristianos"! ¿No se afirmaba que el intrépido paladín marcharía solo, como Rolando, hasta el territorio enemigo, para plantar en el corazón de éste su bandera y hacer saltar en el aire el más recóndito fortín de todas las infamias, la fortaleza hasta ahora inexpugnable de la idea, dejando a los enemigos sin base, sin centro, privados de consejo y ayuda en su propia patria, obligados a errar sin morada ni refugio? ¿No se proclamaba acaso el suceso que se había esperado hasta la Pascua de 1842, el derrumbamiento del hegelianismo, la muerte de todos los ateos y anticristianos?

Eso se había anunciado, pero todo ha sucedido de otro modo. La filosofía hegeliana sigue viviendo lo mismo que antes, en la cátedra, en la literatura y entre la juventud; sabe que todos los ataques que hasta ahora se han desplegado en contra suya no pueden apartarla de su camino y sigue, tranquila, impertérrita, su propio desarrollo interior. Crece rápidamente, como lo demuestran por sí solas la ira y la actividad acrecentada de sus adversarios, su influencia sobre la nación, y Schelling ha dejado insatisfechos a casi todos sus oyentes.

Son hechos contra los cuales no podrían alegar nada sólido ni siquiera los contados partidarios de la sabiduría neoschellingiana. Al darse cuenta de que los prejuicios formados con respecto a Schelling no hacían más que confirmarse, sus partidarios se sintieron al principio un tanto perplejos, sin saber cómo conciliar la devoción hacia el viejo maestro de la ciencia con la repulsa abierta y resuelta de sus pretensiones, que se debía a Hegel. Pero él mismo, Schelling, nos hizo enseguida el favor de liberarnos de este dilema, al expresarse acerca de Hegel en unos términos que nos relevaban de toda consideración para con el supuesto continuador y superador de este filósofo. Por eso no se me tomará a mal que me atenga en mis juicios a un principio democrático y, sin guardar miramientos a la persona, me limite pura y simplemente a hablar de la cosa y de su historia.

Cuando, al morir Hegel, en 1831, dejó a sus discípulos el legado de su sistema, el número de los adeptos era todavía relativamente corto. En cuanto al sistema, revestía aquella forma severa y rígida, es verdad, pero tan bien lograda, que tan censurada ha sido de entonces acá, pero que respondía, evidentemente, a una necesidad. El propio Hegel, llevado de su orgullosa confianza en la fuerza de la idea, había hecho muy poco por la popularización de su teoría. Las obras publicadas por él aparecían todas escritas en un estilo rigurosamente científico y hasta casi diríamos que espinoso y, como los *Anales de Crítica científica*, redactados por sus discípulos en el mismo estilo, se dirigían solamente a un escaso público de eruditos, llenos de preocupaciones. El lenguaje no debía avergonzarse de las cicatrices adquiridas en la lucha con el pensamiento; se trataba, sobre todo, de rechazar resueltamente todo lo imaginativo, lo fantástico y lo sentimental, para captar al pensamiento puro en su obra de autocreación. Una vez establecida esta segura base de operaciones, podía aguardarse tranquilamente la reacción ulterior de los elementos excluidos y descender, incluso, al terreno de la conciencia afilosófica, teniendo como se tenía la espalda cubierta. La influencia de las lecciones de Hegel se circunscribió siempre a un pequeño círculo y, por muy importante que ella fuera, no podía comenzar a dar frutos hasta pasado algún tiempo.

Fue después de la muerte de Hegel cuando su filosofía comenzó verdaderamente a vivir. La edición de sus obras completas, especialmente de las lecciones, tuvo una inmensa repercusión. Nuevas puertas se abrían a los maravillosos tesoros ocultos, soterrados en el silencioso seno de la montaña y cuyo esplendor, hasta entonces, sólo había brillado para unos cuantos. Pocos habían tenido el valor de aventurarse por sus propios medios en aquel laberinto; pero ahora se había abierto una senda derecha y cómoda por la que era fácil llegar hasta el legendario tesoro. A la par con esto, la doctrina fue cobrando, en labios de los discípulos de Hegel, una forma más humana y más plástica, fue haciéndose cada vez más tenue y menos importante la oposición por parte de la filosofía y, poco a poco, ya sólo se oía a la rutina teológica y jurídica quejarse de la impertinencia con que osaba inmiscuirse en la erudición de su especialidad un hombre sin títulos para ello. Y la juventud se apoderó ávidamente de aquello nuevo que se le ofrecía, con tanta mayor avidez cuanto que, entre tanto, se había introducido en la escuela misma un progreso que servía de acicate para las más importantes discusiones, relacionadas con los problemas vitales de la ciencia y de la práctica.

Los límites dentro de los cuales había comprimido Hegel la poderosa y juvenilmente arrolladora corriente de las consecuencias de su teoría, se hallaban condicionados en parte por la época y en parte por su propia personalidad. El sistema se hallaba ya acabado, en sus lineamientos fundamentales, antes de 1810 y la concepción hegeliana del mundo había llegado a su remate en 1820. Su concepción política, su teoría del Estado, desarrollada mirando a Inglaterra, muestra los rasgos indelebles del período de la Restauración, y es evidente que el filósofo no

llegó a comprender claramente la revolución de Julio, en su necesidad histórico-universal. De este modo, el propio Hegel hace bueno su juicio de que toda filosofía no es otra cosa que el acervo de pensamientos propios de su época.

De otra parte, si es cierto que sus opiniones personales se esclarecen a través del sistema, no dejan de influir tampoco en las consecuencias de él. Así, no cabe duda de que su filosofía de la religión y del derecho sería muy distinta de lo que es si hubiera sabido abstraerse más de los elementos positivos que la cultura de su tiempo había hecho sedimentar en él, para entregarse más al desarrollo del pensamiento puro. A esto cabe reducir todas las inconsecuencias y las contradicciones que encontramos en Hegel, y bajo este mismo punto de vista debemos enfocar todo lo que en la filosofía de la religión nos parece demasiado ortodoxo y en el derecho estatal demasiado seudohistórico.

Los principios son siempre independientes y liberales; las consecuencias —nadie se atreve a negarlo—, de vez en cuando, moderadas y hasta liberales. Una parte de sus discípulos se atiene a los principios y rechaza las consecuencias, cuando cree que éstas no pueden justificarse. Se formó así la Izquierda hegeliana, a la que Ruge dio un órgano en los *Anales de Halle* y, de la noche a la mañana, se proclamó la repulsa al reino de lo positivo. Pero los sostenedores de esta repulsa aún no se atrevían a proclamar abiertamente todas las consecuencias de ello. Se creía, incluso después de Strauss, pisar todavía en el terreno del cristianismo y hasta se hacía hincapié, frente a los judíos, en la cristiandad. Aún no se veía con la claridad suficiente para poder emitir un juicio sin reservas ante problemas como el de la personalidad de Dios o el de la inmortalidad individual; más aún, viendo acercarse las insoslayables consecuencias, había dudas acerca de si no convendría guardar la nueva doctrina como patrimonio esotérico de la escuela y hacer de ella un secreto para la nación.

Fue entonces cuando Leo se batió con los hegelianos, prestando con ello el mejor de los servicios a sus adversarios; y hay que decir que, en general, todo lo enderezado a la destrucción de esta escuela ha redundado en beneficio de ella, viniendo a demostrar con la mayor claridad apetecible que marcha de la mano del Espíritu universal. Les ayudó a los hegelianos a ver claro acerca de sí mismos, volvió a despertar en ellos el orgulloso valor que acompaña siempre a la verdad hasta en sus últimas consecuencias y mueve a proclamarla abierta y claramente, sin preocuparse de los resultados a que ello conduzca. Hoy, resulta divertido leer las defensas escritas en aquellos días contra Leo y ver cómo los pobres hegelianos bracean y patalean y se defienden como gato panza arriba contra las conclusiones de aquél. A ninguno de ellos se le ocurriría hoy negar los puntos en los que Leo basa su acusación; tan grande se ha hecho su insolencia, de tres años a esta parte. La *Esencia del Cristianismo* de Feuerbach, la *Dogmática* de Strauss [46] y los *Anales Alemanes* muestran los frutos que dio la denuncia de Leo; más aún, la "Trompeta" [47] pone de manifiesto ya en Hegel las consecuencias de que se trata.

La gran importancia de este libro para la posición de Hegel está en que demuestra con cuánta frecuencia triunfaba en él el pensador independiente y audaz sobre el profesor sometido a mil influencias. Es una reivindicación del honor y de la personalidad de este hombre, a quien se consideraba por encima de su tiempo, no sólo cuando era genial, sino también cuando no lo era. Ahí está la prueba de que realmente era así.

Así, pues, la "banda hegeliana" ya no tiene por qué ocultar que no puede ni quiere considerar ya el cristianismo como su frontera. Todos los principios fundamentales del cristianismo e incluso de lo que hasta aquí venía llamándose en términos generales religión, se han venido a tierra ante la inexorable crítica de la razón; la idea absoluta pretende ser la fundadora de una nueva era. La gran transformación de la que los filósofos franceses del siglo pasado fueron solamente los precursores se ha llevado a cabo en el reino del pensamiento, coronando su autocreación. Ha cerrado su ciclo la filosofía del protestantismo, a partir de Descartes. Ha nacido una nueva época, y es deber sagrado de cuantos han seguido el proceso de autodesarrollo del espíritu llevar este inmenso resultado a la conciencia de la nación y erigirla en principio vital de Alemania.

Mientras discurría así el desarrollo interno de la filosofía hegeliana, no permanecía intacta tampoco su posición exterior. Murió el ministro Altenstein, por mediación del cual se había ofrecido una cuna en Prusia a la nueva doctrina; y, con los cambios subsiguientes, no sólo se dejó de favorecer a esta doctrina, sino que se tendió a irla desplazando paulatinamente del Estado. Esto era una consecuencia de la exaltación de los principios, tanto por parte del Estado como por parte de la filosofía; como ésta no se recataba para decir lo que creía necesario, era natural que aquél dedujese también de un modo más preciso sus consecuencias. Prusia es un Estado monárquico-cristiano, y su posición histórico-universal le da derecho a reconocer sus principios como efectivamente válidos. Se los puede compartir o no, pero ahí están y Prusia es lo bastante fuerte para hacerlos valer, en caso necesario. Además, la filosofía hegeliana no tiene razón alguna para quejarse de esto. Su posición anterior arrojaba sobre ella un falso resplandor y le atraía, aparentemente, una multitud de partidarios, con los que en tiempo de lucha no había para qué contar. Sus falsos amigos, los egoístas, los superficiales, los que se quedan a mitad de camino, los que no son libres, se han retirado, afortunadamente, y esta filosofía sabe ahora el terreno que pisa y con quién puede contar. Por otra parte, tiene que ver con buenos ojos el que se agudicen intensamente los antagonismos, ya que está segura de su triunfo final. En estas condiciones, nada más natural sino que se designase a personas de la tendencia opuesta, como contrapeso a las corrientes que habían venido predominando hasta ahora. Se reanudó la lucha contra aquélla y, al cobrar de nuevo cierto auge la fracción histórico-positiva, fue llamado Schelling a la Universidad de Berlín, queriendo con ello dirimir la disputa y prescribiendo la doctrina hegeliana a su campo específicamente filosófico.

La presentación de Schelling en Berlín necesariamente tenía que despertar una expectación general. Este hombre había desempeñado un papel importante en la historia de la moderna filosofía; sin embargo, y a pesar de todas las sugestiones procedentes de él, aún no había llegado a presentar un sistema acabado y había ido demorando constantemente su ajuste de cuentas con la ciencia, hasta que, por último, promete ahora este gran balance de toda la carrera de su vida. Schelling asume, en efecto, la tarea de reconciliar la fe con la ciencia y la filosofía con la revelación, y todo lo demás que ha sido proclamado por él en su primera conferencia.

Otro factor importante que venía a realzar el interés que se sentía por él era su posición ante aquel sobre quien venía a triunfar. Habiendo sido amigos y compañeros de cuarto ya en la Universidad, estos dos hombres habían vivido más tarde en Jena en tal intimidad, que aún no es posible, hoy por hoy, decidir qué influencia llegaron a ejercer el uno sobre el otro. Lo único que puede afirmarse como cierto es que fue Hegel quien infundió a Schelling la conciencia de lo mucho en que, sin saberlo, se había remontado ya sobre Fichte.[a]

Pero, después de separarse, pronto empezaron a desviarse sus trayectorias, que hasta entonces habían discurrido paralelamente. Hegel, cuya dialéctica profundamente recatada y sin descanso comenzó a desarrollarse en verdad a partir de ahora, después de relegarse a último plano la influencia schellingiana, dio en 1806, con la *Fenomenología del Espíritu,* un gigantesco paso de avance sobre el punto de vista de la filosofía de la naturaleza y se declaró independiente de ésta. Schelling, por su parte, desesperaba cada vez más de llegar por el camino anterior al gran resultado apetecido y ya en aquel entonces trataba de apoderarse de lo absoluto por la vía inmediata, a través de la premisa empírica de una revelación superior. Mientras que el vigor creador de pensamientos de Hegel se manifestaba de un modo cada vez más enérgico, más vivo y más activo, Schelling, como lo demuestra ya aquella hipótesis, iba hundiéndose en una depresión inerte, que tenía también su exponente en el hecho de que sus actividades literarias cayeran pronto en el sopor. Puede hablarnos ahora, contento consigo mismo, de su larga y callada labor filosófica, de los tesoros secretos de su pupitre, de su guerra de los Treinta años con el pensamiento; nadie le creerá.

¿Acaso quien concentra en un solo punto todos los esfuerzos de su espíritu, quien se considera todavía dotado del vigor de la juventud, que ha superado a un Fichte, quien pretende ser un héroe de la ciencia y un genio de primer rango —y sólo un genio así, todo el mundo lo reconocerá, podría derrocar a Hegel— iba a necesitar treinta años y aún

a Si Schelling procediera realmente con "la rectitud y la franqueza" de que se jacta y si de verdad sintiera sinceramente lo que dice acerca de Hegel y tuviera razones para decirlo, podría demostrarlo mediante la publicación de su correspondencia con Hegel, que se dice posee o cuya edición depende solamente de él. Ahí está la llaga en la que hay que poner el dedo. Así, pues, si quiere que creamos en su veracidad, ¡venga esa prueba, que daría al traste con todos los litigios provocados en torno a estas relaciones! (*Nota de Engels.*)

más para alumbrar algunos resultados insignificantes? Si Schelling no hubiese tomado tan cómodamente eso de filosofar, ¿no habría comunicado al mundo en forma de obras, todas y cada una de las fases de la trayectoria de su pensamiento? Y hay que decir que, en este respecto, no demostró nunca gran dominio de sí mismo, sino que hizo llegar enseguida al mundo, sin someterlo a la menor crítica, todo lo nuevo que creía haber descubierto.

Si realmente se sentía como el rey de la ciencia, ¿cómo podía vivir sin el acatamiento de su pueblo, cómo podía conformarse con la triste existencia de un príncipe destronado, de un Carlos X, por ejemplo, cómo podía darse por satisfecho con la púrpura ya de largo tiempo atrás descolorida y desgastada de la Filosofía de la Identidad? ¿No tenía que arriesgarlo todo para verse restituido en sus perdidos derechos, para reconquistar el trono que le había sido arrebatado por un "advenedizo"? Pero, en vez de eso, abandonó el camino del pensamiento puro, para hundirse en fantasías y cavilaciones mitológicas y teosóficas y, a lo que parece, puso su sistema a la disposición del rey de Prusia,[b] pues ante su llamada se terminó, por fin, lo que nunca hasta ahora había podido acabarse.

Se presentó, pues, aquí, trayendo en la maleta la reconciliación de la ciencia con la fe, hizo hablar de su persona y subió, por fin, a la cátedra. ¿Y qué era lo nuevo que traía, lo inaudito con lo que esperaba obrar milagros? La Filosofía de la Revelación, ya expuesta en Munich "desde 1831, absolutamente del mismo modo", y la filosofía de la mitología, que "data de una época todavía anterior". Cosas viejas todas, las proclamadas estérilmente en Munich desde hace diez años y que a nadie pueden interesar. ¡A eso es a lo que Schelling llama su "sistema"! ¡Ahí se encierran las fuerzas redentoras del mundo, los anatemas contra la impiedad, en la simiente que en Munich no quiso germinar! ¿Puede saberse por qué Schelling no dio a la imprenta estas lecciones, ya preparadas desde hace diez años? Dada la confianza en sí mismo y su seguridad de éxito, algo oculto tiene que haber aquí, alguna duda secreta que retenga a nuestro filósofo de dar este paso.

Es cierto que, al comparecer ante el público de Berlín, se puso un poco más cerca de la publicidad de lo que había estado antes, en Munich. Lo que allí podía fácilmente permanecer como una doctrina esotérica, porque nadie se interesaba por ella, sale aquí a la luz del día sin miramiento alguno. Nadie puede entrar en el cielo sin pasar antes por el purgatorio de la crítica. Las palabras llamativas que hoy se pronuncian aquí, en la Universidad, aparecerán mañana en las columnas de todos los periódicos de Alemania. Así, pues, las razones que movían a Schelling a abstenerse de publicar sus lecciones debieron haberle disuadido también de su traslado a Berlín. Y hasta diríamos que más todavía, pues la palabra impresa no da pie para los malos entendidos, mientras que las que se pronuncian fugazmente, se transcriben a toda prisa y se escuchan tal vez sólo a medias, se hallan necesariamente ex-

[b] Federico Guillermo IV.

puestas a malas interpretaciones. Claro está que, tal como estaban las cosas, no le quedaba otro camino: tenía que venir a Berlín, si no quería reconocer en el terreno de los hechos su incapacidad para derrotar al hegelianismo. Y era ya un poco tarde para dar trabajo a la imprenta; necesitaba presentarse en Berlín con algo nuevo e inédito, y su modo de comportarse aquí demuestra que no tiene ninguna otra cosa "en el telar".

Subió, como decimos, a la cátedra, lleno de confianza, y prometiendo a su auditorio, desde el primer momento, las cosas más increíbles, y comenzó a disertar ante cerca de cuatrocientas personas de todas las clases y nacionalidades. Tomando como base mis propias notas, cotejadas en lo posible con otros cuadernos de apuntes igualmente fidedignos, recogeré de las opiniones de estos oyentes lo que considere necesario para la comprobación de mis propios juicios.

Hasta ahora, toda filosofía se ha propuesto como tarea el comprender el mundo como algo racional. Y claro está que lo que es racional es también necesario, así como lo necesario tiene que ser real o, por lo menos, llegar a serlo. Tal es el puente por el que se llega a los grandes resultados prácticos de la moderna filosofía. Y, como Schelling no reconoce estos resultados, es consecuente, al negar también el carácter racional del mundo. Sin embargo, no se ha atrevido a proclamarlo sin rodeos, sino que ha preferido negar el carácter racional de la filosofía. De este modo, se desliza entre la razón y la sinrazón por el camino más sinuoso posible, llama a lo racional lo inteligible *a priori*, a lo irracional lo inteligible a *posteriori* y atribuye lo primero a la "ciencia pura de la razón o filosofía negativa" y lo segundo a la "filosofía positiva", que se trata de fundamentar como algo nuevo.

Aquí se abre el primer gran abismo entre Schelling y todos los demás filósofos; aquí nos encontramos con el primer intento dirigido a meter de contrabando en la ciencia libre del pensamiento la fe en la autoridad, la mística de los sentimientos y la fantasía gnóstica. La unidad de la filosofía, la integridad de toda concepción del mundo se desgarra en el más insatisfactorio dualismo, y la contradicción, que da su significado histórico-universal al cristianismo, se erige también en principio de la filosofía. De antemano debemos, por tanto, protestar contra esta escisión. Cuán inoperante es, además, se demostrará cuando sigamos la marcha del razonamiento con el que Schelling trata de justificar su incapacidad para entender el universo como racional y como un todo.

Schelling parte de la tesis escolástica de que en las cosas hay que investigar el *quid* y el *quod*, el *qué* y el *lo que*. Lo que las cosas son lo enseña la razón, el que ellas sean lo muestra la experiencia. Y quien intente suprimir esta distinción mediante la afirmación de la identidad entre el pensar y el ser, hace un empleo abusivo de este principio. El resultado del proceso lógico del pensar, se nos dice, es simplemente el pensamiento del mundo, no el mundo real. La razón es sencillamente impotente para demostrar la existencia de algo y, en este punto, tiene que aceptar como suficiente el testimonio de la experiencia.

Ahora bien, la filosofía se ocupa también de cosas que trascienden de toda experiencia, por ejemplo de Dios; cabe, por tanto, preguntarse si la razón está en condiciones de aportar la misma prueba con respecto a la existencia. Para poder contestar a esta pregunta, Schelling se enfrasca en una larga discusión, completamente superflua en este punto, ya que las anteriores premisas sólo admiten un resuelto *no*.

Y ese es también el resultado a que llega la disquisición schellingiana. De donde se desprende necesariamente, según Schelling, que en el pensamiento puro la razón debe ocuparse, no de las cosas realmente existentes, sino de las cosas posibles, es decir, de la esencia de las cosas, y no de su ser; el objeto sobre que versa es, pues, posiblemente, la esencia de Dios, pero no su existencia. Por tanto, para el Dios real debe buscarse otra esfera que no sea la puramente racional; tendrá que haber como premisa de la existencia cosas que sólo después, *a posteriori*, se demuestren como posibles o racionales y empíricas en cuanto a sus consecuencias, es decir, como reales.

El contraste con Hegel resalta ya aquí en toda su fuerza. Hegel, llevado de su fe ingenua en la idea, que tan por debajo queda de Schelling, sostiene que lo que es racional es también real; Schelling, por el contrario, afirma que lo racional es posible, afirmación con la que se cura en salud, pues dada la conocida amplitud de lo posible, esta tesis resulta inatacable. Pero, al mismo tiempo, demuestra ya con ello, como más adelante se verá, su falta de claridad en lo que se refiere a las categorías lógicas puras. Podría, ciertamente, poner de manifiesto ya desde ahora la laguna que se advierte en el orden de batalla de la argumentación anterior, pero, para no repetirme, prefiero reservarme esto para una oportunidad posterior y pasar inmediatamente al contenido de la ciencia pura de la razón, tal y como Schelling la ha preconstruido ante sus oyentes, para deleite de todos los hegelianos. Es como sigue:

La razón es la potencia infinita del conocimiento. Potencia es sinónimo de capacidad (la capacidad de conocer de Kant). Aparece en cuanto tal vacía de todo contenido, pero no cabe duda de que tiene uno, independiente, además de su actividad, sin acto alguno de su parte, pues de otro modo dejaría de ser potencia, ya que potencia y acto se contraponen y se excluyen. Este contenido, que necesariamente tiene que ser, por tanto, un contenido inmediato, innato, sólo podrá ser la potencia infinita del ser, correspondiente a la potencia infinita del conocimiento, puesto que a todo conocimiento corresponde un ser. Esta potencia del ser, este infinito poder ser, es la sustancia, de la que tenemos que derivar nuestros conceptos. La actividad que se ocupa de ella es el pensamiento puro, inmanente a sí mismo. Ahora bien, este puro poder ser no es simplemente el estar dispuesto a existir, sino el concepto del ser mismo, lo que conforme a su naturaleza se transfiere eternamente al concepto o lo que consiste en transferirse al concepto, al ser, lo que es, lo que no puede abstenerse del ser y, por tanto, pasa del pensamiento al ser. En eso consiste la naturaleza dinámica del pensamiento, que le impide permanecer continuamente en el mero pen-

samiento y la empuja a pasar eternamente al ser. Pero este no es un tránsito al ser real, sino simplemente un tránsito lógico. Aparece así, en vez de la potencia pura, un ser lógico. Ahora bien, en cuanto que la potencia infinita se comporta como el *prius* de aquello que nace en el pensamiento mismo mediante la transferencia al ser y a la potencia infinita sólo corresponde todo el ser real, tenemos que la razón posee, como contenido entrelazado con ella, la potencia de adoptar una posición apriorística ante el ser y, por tanto, de llegar al contenido de todo el ser real sin recurrir a la ayuda de la experiencia. Lo que se da en la realidad lo ha conocido ya la razón como posibilidad lógicamente necesaria. Ella no sabe si el mundo existe o no; sabe únicamente que, de existir, deberá estar formado de tal o cual modo.

Por tanto, el que la razón sea potencia nos obliga a considerar el contenido de ella como potencial. Esto quiere decir que Dios no puede ser contenido directo de la razón, ya que es algo real, y no simplemente potencial, posible. Ahora bien, en la potencia del ser descubrimos primeramente la posibilidad de trocarse en el ser. Este ser le quita a la potencia el dominio sobre sí misma. Antes, era capaz de pasar al ser, podía trocarse en éste, o no; ahora, ha caído en la órbita del ser, se halla bajo el poder de éste. Es un ser desespiritualizado, aconceptual, pues el espíritu es el poder sobre el ser. En la naturaleza ya no encontramos este ser aconceptual, aquí todo ha sido acaparado por la forma, pero es fácil ver que a ésta ha precedido un ser ciego e ilimitado, que le sirve de base en cuanto materia.

Pues bien; la potencia es este algo libre e infinito que puede o no trocarse en el ser, por donde no se excluyen en ella dos antítesis contradictorias, el ser y el no ser. Este poder puede también no trocarse, siempre y cuando que el primero perdure como potencia, sea igual a éste. Sólo cuando el que puede inmediatamente ser se trueca realmente queda el otro excluido por él. Cesa la indiferencia de ambos en la potencia, pues ahora la primera posibilidad coloca fuera de sí a la segunda. A esta segunda sólo le es dado el poder mediante la exclusión de la primera. Así como en la potencia infinita no se excluye el poder trocarse y el no poder trocarse, tampoco excluyen lo libre que flota entre el ser y el no ser. Tenemos, pues, tres potencias. En la primera, una relación inmediata con el ser, en la segunda un poder ser mediato que presupone la exclusión de la primera. Tenemos, por tanto, *1)* lo que tiende al ser, *2)* lo que tiende al no ser, y *3)* lo que flota libremente entre el ser y el no ser. Antes del trueque, el tercer caso no se distingue de la potencia inmediata y, así, sólo llega a convertirse en un ser cuando es excluido de los dos primeros, sólo puede llegar a darse, en general, cuando los dos primeros se hayan trocado en el ser.

Quedan agotadas con ello todas las posibilidades, y el organismo interior de la razón se agota en esta totalidad de las potencias. La primera posibilidad es solamente aquella ante la cual sólo puede darse la potencia infinita misma. Hay algo que, al abandonar el lugar de la posibilidad, es solamente uno, pero hasta que se decide a ello es *instar om-*

*nium*,[c] lo que por el momento está por delante y también lo que ofrece resistencia al otro que se halla destinado a seguirle. Al retirarse de su lugar, transfiere su poder a otro, elevándolo a potencia. Y tiene que supeditarse como un no ser relativo a este otro elevado a potencia. Primeramente, surge el poder ser en sentido transitivo, que es también, por tanto, lo más fortuito, lo más infundado, lo que sólo puede encontrar su fundamento en lo que sigue, pero no en lo que antecede. Y, al supeditarse a lo que sigue, con respecto a lo cual es un no ser relativo, encuentra en ello su fundamento, se convierte en algo, pues hasta ahora no era más que lo perdido. Este primero es la *materia prima* de todo ser y adquiere por sí mismo un ser determinado al colocar sobre sí un algo superior. El segundo poder ser sólo es sacado de su abandono y elevado a su potencia mediante aquella exclusión del primero que señalamos más arriba; lo que en sí es todavía no poder ser se convierte ahora en poder ser por la negación. Saliendo de su originario no poder ser inmediatamente, se le postula como un tranquilo y descansado querer y actuará así, necesariamente, en el sentido de negar a su vez aquello por lo que es negado y de retrotraerse a su descansado ser. Lo cual sólo puede lograrse haciendo que el primero revierta de su absoluta enajenación a su poder ser.

Obtenemos así un poder ser más alto, un ser restituido a su poder, que es, como algo superior, un ser que tiene poder sobre sí mismo. Y, como la potencia infinita no se agota después del poder ser inmediato, lo segundo implícito en ella tiene que ser el inmediato no poder ser. Pero el poder ser inmediato trasciende ya del poder; de ahí que la segunda potencia tenga necesariamente que ser el no-no poder ser, el ser totalmente puro, pues sólo lo que es no es lo que puede ser. No cabe duda de que el ser puro, por contradictorio que ello parezca, puede ser potencia, pues no es el ser real, no se ha trocado como éste a *potentia ad actum*,[d] sino que es *actus purus*. Potencia inmediata lo es, ciertamente, *pero de aquí no se colige que no pueda en general ser potencia*. Debe ser negado para ser realizado, de modo que no es siempre y absolutamente potencia, pero puede convertirse en potencia mediante la negación. Mientras el poder ser inmediato era simplemente potencia, lo era incluso en el ser puro; tan pronto como se eleva sobre la potencia, desplaza de su ser al ser puro, para convertirse a sí mismo en ser. El ser puro, negado como *actus purus*, se convierte así en potencia. No goza, así, de libertad de voluntad, sino que tiene que actuar y negar nuevamente su negación. De este modo podría, indudablemente, trocarse *ab actu ad potentiam* [e] y realizarse fuera de sí.

Lo primero, el ser ilimitado, era lo no querido, la *hylé* [f] con que tiene que luchar el demiurgo. Es puesta para ser inmediatamente negada por la segunda potencia. En lugar del ser ilimitado tiene que aparecer otro restringido, el cual es necesariamente retrotraido de un modo gradual

[c] En lugar de todos. [d] De potencia en acto. [e] De acto en potencia. [f] Materia, en griego.

al poder ser, que es entonces un poder que se posee y en el más alto grado conciente de sí mismo.

Así, pues, entre la primera posibilidad y la segunda se dan multitud de posibilidades derivadas y de potencias intermedias. Éstas representan ya el mundo concreto. Ahora bien, si la potencia concebida fuera de sí se retrotrae totalmente al poder, vuelve a ser la potencia que se posee a sí misma, y con ello desaparecerá de la escena también la segunda, que sólo existe para negar a la primera y en el acto de negación de la primera se disuelve a sí misma como potencia. A medida que supera lo que tiene en frente, se destruye a sí misma. *No puede en modo alguno detenerse aquí.* Si en el ser ha de verse lo acabado será necesario que el ser totalmente destruido por la segunda potencia se sustituya por un tercer ser al que la segunda potencia transfiera todo su poder. Y esto no puede hacerlo ni el puro poder ser ni el puro ser ser, sino solamente lo que en el ser es poder ser y en el poder ser ser, establecida la contradicción entre potencia y ser como identidad, lo que flota libremente entre ambos, *el espíritu,* una fuente inagotable de ser, que es completamente libre y no cesa de perdurar en el ser como potencia. Ésta no puede actuar directamente, sino realizarse solamente a través de la segunda. Y como lo segundo es el nexo mediador entre lo primero y lo tercero, tenemos que lo segundo se establece por lo primero superado por lo segundo. Este tercero, que permanece invicto en el ser, es, establecido como espíritu, el poder ser y lo acabado, de tal modo que al entrar en el ser está ahí el ser acabado. En el poder que se posee a sí mismo, en el espíritu, termina la naturaleza. Ahora bien, este final puede entregarse también a un nuevo movimiento, realizado con conciencia, formándose así por sobre la naturaleza un mundo nuevo, intelectual. Y también esta posibilidad tiene que ser agotada por la ciencia, la que se convierte así en filosofía de la naturaleza y del espíritu.

Mediante este proceso se elimina todo lo inmanente al pensamiento, lo que se ha trocado en ser, y permanece la potencia que no necesita ya trocarse en ser, que ya no tiene el ser fuera de sí, cuyo poder ser es su ser; la esencia ya no sometida al ser, sino que tiene su ser en su verdad, la llamada suprema esencia. De este modo, se ha cumplido la ley suprema del pensamiento, potencia y acto se han conjugado en una esencia, el pensamiento está ya en sí mismo y es, por tanto, *pensamiento libre* y no sometido ya a un movimiento necesario e incontenible. Se ha alcanzado aquí lo querido al principio; el concepto que se posee a sí mismo (pues concepto y potencia son idénticos), por ser el único de su clase tiene un nombre especial y por ser lo querido en un principio se llama idea. Pues quien en el pensamiento no quiere fijarse en el resultado, aquel cuya filosofía no es consciente de su fin *se asemeja al pintor que pintaba y pintaba al buen tuntún, sin preocuparse de lo que saliera.*

Hasta aquí, nos ha expuesto Schelling el contenido de su filosofía negativa, y estos trazos generales bastan para que podamos darnos cuenta del carácter fantástico e ilógico de su modo de pensar. Este filósofo es incapaz de moverse aunque sólo sea breves momentos en el campo

del pensamiento puro; a cada instante se le interponen en el camino los fantasmas más legendarios y más peregrinos; al verlos, los caballos que tiran del coche de su pensamiento se encabritan y él mismo se olvida de la meta para correr detrás de aquellas figuras fantasmagóricas.

A primera vista se da uno cuenta de que las tres potencias, reducidas a su contenido escueto de pensamiento, no son más que los tres momentos del desarrollo hegeliano a través de la negación, sólo que deformados, plasmados en su separación y aderezados con arreglo a ese fin por la "filosofía conciente del fin que persigue". Es un triste espectáculo ver cómo Schelling desplaza al pensamiento del éter sublime y puro para hacerlo descender al plano de la representación sensible, cómo arranca de su cabeza la auténtica corona de oro y se coloca una corona de papel dorado para que los chicos de la calle se burlen de él, haciéndolo tambalearse entre la niebla y los vapores de la atmósfera romántica poco habitual. Estas llamadas potencias no son ya, en modo alguno, pensamientos, sino formas nebulosas y fantásticas en las que se entrevén ya claramente por entre los cendales de las nubes que las envuelven los contornos de las tres hipóstasis divinas. Más aún, están dotados de cierta conciencia propia, pues una "tiende" al ser, otra al no ser y la tercera flota libremente entre ambas. "Se dejan sitio" unas a otras, ocupan diferentes "lugares", "se desplazan", se ofrecen "resistencia", luchan entre sí, "tratan de negarse", "actúan" y "aspiran", etcétera.

Esta extraña sensibilización del pensamiento responde también a una falsa interpretación de la *Lógica* de Hegel. Aquella imponente dialéctica, aquella fuerza propulsora interior que empuja a un desarrollo y un renacimiento continuamente nuevos a las determinaciones sueltas del pensamiento, como si fuesen la mala conciencia de su imperfección y unilateralidad, hasta que, finalmente, renacen por última vez de la tumba de la negación como idea absoluta, en imperecedero e inmaculado esplendor, no pudo captarla Schelling más que como autoconciencia de las distintas categorías, cuando es en realidad la autoconciencia de lo general, del pensamiento, de la idea.

Schelling pretende elevar el lenguaje del *pathos* a lenguaje absolutamente científico, sin habernos mostrado previamente el pensamiento puro en el único lenguaje a él adecuado. Y, de otra parte, es igualmente incapaz de captar el pensamiento del ser en su total abstracción, como lo demuestra por el hecho de emplear constantemente como sinónimas las categorías del ser y de lo que es. Para él, el ser sólo es concebible como materia, como *hylé,* como enmarañado caos. Además, ya ahora contamos con varias materias de éstas, con un "ser ilimitado", otro "restringido", otro "moderado", otro "puro", otro "lógico", otro "real", otro "sosegado", etc., y más adelante nos encontraremos todavía con un "ser inmemorial" y un "ser contrario". Y resulta divertido ver cómo estos diferentes seres chocan entre sí y se desplazan unos a otros y cómo la potencia sólo puede elegir entre perderse en esta embrollada turbamulta o seguir siendo un fantasma vacío. Y no se me diga que

todo gira en torno a la manera metafórica de expresarse; por el contrario, este pensamiento ensoñado gnóstico-oriental que capta toda determinación del pensamiento bien como personalidad o bien como materia, constituye el fundamento de todo el proceso. Si se hace desaparecer este modo de ver la cosas, todo se viene a tierra.

Las mismas categorías fundamentales, potencia y acto, proceden de una época confusa, y Hegel tiene toda la razón cuando arroja de su lógica a estas oscuras determinaciones. Pero viene Schelling y aumenta todavía más la confusión, empleando alternativamente esta antítesis, como se le antoja, para las siguientes determinaciones hegelianas: ser en sí y ser para sí, idealidad y realidad, fuerza y manifestación, posibilidad y realidad, y en todo ello es la potencia, además, una esencia aparte, sensible-suprasensible. El fundamental significado que Schelling le atribuye es, sin embargo, el de la posibilidad, por donde tenemos aquí una filosofía basada simplemente en lo posible. En este sentido, llama Schelling a su ciencia de la razón, y fundadamente, la "no excluyente", pues posible lo es, en fin de cuentas, todo. Pero lo que importa es que el pensamiento se acredite mediante la fuerza interior que le lleva a realizarse. Los alemanes se mostrarán agradecidos por una filosofía que, por un camino escabroso, los lleva a través del Sahara infinitamente tedioso de la posibilidad, sin darles a comer ni a beber nada real y sin conducirlos a otra meta sino al sitio en que, según su testimonio, el mundo se halla clavado con tablas para la razón.

Pero, impongámonos el esfuerzo de seguir, marchando detrás, el camino que lleva a través de la nada. Schelling dice: la esencia es para el concepto, el ser para el conocimiento. La razón es, como queda expuesto más arriba, la potencia infinita del conocimiento y su contenido la potencia infinita del ser. Pero, ahora, nuestro filósofo comienza de una vez a conocer realmente la potencia infinita del ser con la potencia del conocer. Pero, ¿puede hacerlo? No, pues el conocimiento es acto y "al conocimiento corresponde un ser", lo que quiere decir que al conocimiento actual de que se habla más arriba corresponde el ser real, actual. De este modo, la razón, procediendo, por tanto, en contra de la voluntad, tendría que conocer el ser real y, a pesar de todos los esfuerzos para navegar en la alta mar de la posibilidad, nos veríamos arrojados enseguida a la odiada playa de la realidad.

Pero si se objetara que la potencia del ser sólo es conocida después de su trueque, el cual es, naturalmente, un trueque lógico, el propio Schelling nos dice que ser lógico y potencia del ser, concepto y potencia son idénticos. Así, pues, si la potencia del *conocimiento* se trueca realmente en acto, la potencia del *ser* no puede contentarse con un trueque aparente e imaginario. Si la potencia del ser no se trueca realmente, permanece la potencia, aunque la razón no la conozca, y no será, por tanto, el "contenido necesario de la razón", sino precisamente lo irracional absoluto.

¿O acaso Schelling prefiere no llamar conocimiento, sino concepto, a la actividad que a su contenido dedica la razón? En este caso, la razón

debiera ser la potencia infinita de la captación conceptual, ya que en modo alguno podría llegar en su propia ciencia al conocimiento.

De una parte, Schelling excluye la existencia de la razón, pero de otra parte se la restituye con el conocimiento. Conocimiento es, para él, unidad de concepto y existencia, de lo lógico y lo empírico. Por consiguiente, a donde quiera que nos volvamos, por todas partes contradicciones. ¿Cómo explicarse esto?

¿Es la razón, entonces, la *potencia* infinita de conocer? ¿Es el ojo la potencia de la visión? El ojo, incluso el ojo cerrado, sigue viendo, ve aunque no crea ver nada; en la oscuridad ve las tinieblas. Sólo el ojo enfermo, el ojo ciego pero curable, es potencia de visión sin ser acto; solamente la razón no desarrollada o momentáneamente confusa es la simple *potencia* de conocimiento. Sin embargo, parece algo muy plausible eso de concebir la razón como potencia. Y lo es, en efecto, y no simplemente posibilidad, sino fuerza absoluta, necesidad de conocer. Pero es necesario que se manifieste, que conozca. La separación de potencia y acto, de fuerza y manifestación, pertenece solamente a lo finito; en lo infinito, la potencia misma es su acto, la fuerza su propia manifestación. Pues lo infinito no tolera dentro de sí ninguna contradicción. Y si la razón es potencia infinita, será también, por su infinitud, acto infinito. De otro modo, habríamos captado la misma potencia en el plano de lo finito. Y esto lo comprende bien cualquier conciencia imparcial. La razón que se mantiene en la potencia del conocer se llama sinrazón. Sólo es razón aquella que realmente se acredita por medio del conocimiento, como solamente es verdadero ojo el que ve. Por tanto, la contraposición de potencia y acto se revela aquí como soluble y se anula en última instancia, y esta solución es un triunfo de la dialéctica hegeliana sobre la limitación schellingiana, que no se remonta por sobre aquella contraposición, pues incluso allí donde potencia y acto coinciden en la idea no se hace más que afirmar esto, sin mostrar la confluencia de ambas determinaciones.

Pero si Schelling dice que la razón es captación por medio de conceptos y, por tanto, siendo el concepto potencia, potencia de conocer, que sólo se trueca en verdadero conocimiento cuando encuentra algo real que conocer, pero que, en cambio, en la ciencia pura de la razón, donde se ocupa de la potencia del ser, permanece en la potencia del conocer y se limita a captar por medio de conceptos, nadie negará —aun prescindiendo de la disquisición que más arriba se hacía acerca de la potencia y el acto— que la finalidad de la potencia del conocer es trocarse en un conocimiento real y que mientras no logre esto no es nada. Por donde se demuestra que el contenido de la ciencia pura de la razón es un contenido hueco, vacuo, inútil, y que la razón, cuando cumple su fin y realmente conoce, se torna en sinrazón. Si Schelling reconoce esto, si reconoce que la esencia de la razón es la sinrazón, ya no tengo más que decir.

De este modo, Schelling se enreda tanto desde el primer momento con sus potencias, trueques y correspondencias, que sólo puede sustraer-

se al embrollo del ser lógico y el ser real, que trata de quitarse de encima, mediante el reconocimiento de otra vía de pensamientos como la suya propia. Pero, continuemos.

La razón debe captar, así, el contenido de todo ser real y adoptar frente a ello una posición apriorística; no debe probar que algo existe, sino que, caso de existir, deberá tener tal o cual estructura, por oposición a la afirmación de Hegel de que con el pensamiento viene dada también la existencia real.

También estas tesis son totalmente confusas. Ni a Hegel ni a ningún otro se le ha ocurrido querer demostrar la existencia de una cosa cualquiera sin arrancar de premisas empíricas, sino que se limita simplemente a probar la necesidad de lo existente. Schelling concibe aquí la razón de un modo tan abstracto como antes la potencia y el acto, lo que le empuja a la consecuencia de asignarle una existencia anterior al mundo, divorciada de toda otra existencia.

La consecuencia de la moderna filosofía, que en su anterior etapa filosófica se daba ya en Schelling, por lo menos en cuanto a las premisas, pero que solamente Feuerbach llevó a la conciencia en toda su nitidez, es que la razón sólo puede existir sencillamente como espíritu y éste solamente en la naturaleza y con ella, pero no llevando una vida aparte, separado de ella, Dios sabe dónde. Y eso lo reconoce también Schelling cuando determina como meta de la inmortalidad individual, no el liberar al espíritu de la naturaleza, sino el establecer entre ambos el debido equilibrio; cuando, además, dice de Cristo que *no se disuelve en el todo*, sino que se eleva como hombre a los derechos de Dios. (Lo que quiere decir, por tanto, que las otras dos personalidades divinas tenían que haberse disuelto en el todo.)

Ahora bien, si la razón existe, su propia existencia prueba la existencia de la naturaleza. Y esto sienta la necesidad de que la potencia del ser se trueque inmediatamente en el acto del ser. O bien, para apoyarnos en una tesis de la vida diaria, que sería comprensible aun sin Feuerbach y sin Hegel: mientras nos abstraigamos de toda existencia, no podremos hablar para nada de ella. Pero si partimos de algo existente, no cabe duda de que podremos pasar de esto a otras cosas, que necesariamente tienen que existir también, si todas las deducciones son exactas. Concedida la existencia de las premisas, hay que conceder como evidente por sí misma la existencia de la conclusión.

Pues bien, la base de toda filosofía es la existencia de la razón; esta existencia viene probada por su actividad (*cógito, ergo sum* [g]); si, por tanto, partimos de ella como existente, de ahí se desprende por sí mismo la existencia de todas las consecuencias. Que la existencia de la razón constituye una premisa todavía no lo ha negado ningún filósofo, y si Schelling se empeña en no reconocer esta premisa, ello querrá decir que se colocará de ese modo al margen de toda filosofía. Hegel pudo, ciertamente, demostrar la existencia de la naturaleza, es decir, su consecuencia necesaria partiendo de la existencia de la razón. Pero

g *Pienso, luego soy.*

Schelling, queriendo adentrarse en una inmanencia abstracta y nula del pensamiento, olvida que todas sus operaciones se basan en la existencia misma de la razón y formula el ridículo postulado de que la razón real debe producir resultados irreales, puramente lógicos, algo así como si un manzano real sólo debiera producir manzanas lógicas, potenciales. Nosotros llamaríamos a un manzano así un árbol estéril; Schelling hablaría, en cambio, de la potencia infinita del manzano.

Por tanto, si las categorías hegelianas se llaman no solamente los prototipos conforme a los cuales se crean las cosas de este mundo sino además las fuerzas generadoras que los crean, esto quiere decir, sencillamente, que esas categorías expresan un contenido de pensamientos del mundo y su consecuencia necesaria, partiendo de la existencia de la razón. Schelling, por el contrario, considera realmente la razón como algo que puede también existir fuera del organismo universal, con lo que sitúa su verdadero reino en la hueca y vacía abstracción, en el "Eón antes de la creación del mundo", el cual, afortunadamente, no ha existido nunca, y en el que menos aún ha podido moverse la razón o incluso sentirse feliz. Pero aquí vemos cómo se tocan los extremos; Schelling no puede captar el pensamiento concreto y lo empuja hacia la más vertiginosa abstracción, que se le representa, al mismo tiempo, como una imagen sensible, y esta mescolanza de abstracción y representación constituye cabalmente lo característico de la manera escolástica de pensar de Schelling.

Nuevas pruebas de esto las encontramos si volvemos la vista al desarrollo del contenido de la "filosofía negativa". Le sirve de base la potencia del ser. Resalta con la mayor claridad la caricaturización de la dialéctica hegeliana. La potencia puede trocarse, pero puede también no hacerlo, como mejor le parezca. De la potencia neutral se desprenden así, en la retorta de la razón, los dos elementos químicos: el ser y el no ser. Si fuera posible, en general, retrotraer la acción de la potencia a la sana razón, el lugar sería éste, donde se manifiesta un momento dialéctico y Schelling parece intuir que la esencia de la potencia es la necesidad del tránsito y que la potencia es abstraída primeramente del acto de la realidad. Pero, no; lo vemos hundirse cada vez más en la unilateral abstracción. Deja que la potencia se trueque una vez a manera de prueba y descubre la gran idea de que después de este trueque ha echado por tierra la posibilidad de *no* trocarse. Y, al mismo tiempo, descubre en la potencia un tercer elemento, la posibilidad de no hacer ninguna de ambas cosas y de flotar libremente entre las dos. Estas tres posibilidades o potencias encierran, según él, todo el contenido racional, todo el ser posible.

La posibilidad de poder ser deviene ser real. Se niega con ello la segunda posibilidad, la de poder también no ser. ¿Tratará ésta de restablecerse? ¿Y cómo podría hacerlo, puesto que no se halla sometido simplemente a una negación en sentido hegeliano, sino totalmente destruida, reducida a una nada total, convertida en un no ser tan radical como sólo puede darse en una filosofía de la posibilidad? ¿De dónde

ha de sacar esta fuerza aplastada, devorada, aniquilada, la fuerza necesaria para restituirse? Pues no se niega solamente la segunda posibilidad, sino que se niega incluso la potencia primaria, el sujeto, cuyo mero predicado es aquella posibilidad, y así, tendría que tratar de restituirse, no ésta, sino aquélla, la potencia primaria. Pero no puede ser esa su intención —para mantenernos dentro del modo de ver de Schelling—, pues debe saber de antemano que, al convertirse en acto, se negaría a sí misma como potencia.

Semejante restitución sólo puede darse, en términos generales, cuando se niegan *personas*, no cuando se niegan categorías. Solamente una ilimitada incomprensión, solamente un increíble adocenamiento podía tergiversar de un modo tan vacuo el principio de la dialéctica hegeliana, que es, evidentemente, el que se toma como base aquí.

Cuán antidialéctico es todo este proceso se ve también en lo siguiente. Si los dos lados de la potencia tienen la misma fuerza, es claro que no podrá decidirse al trueque, sin un impulso de fuera, y se mantendrá invariable. Como es natural, en este caso no se operaría para nada el proceso y Schelling no sabría a dónde ir a buscar los prototipos del universo, del espíritu y de la trinidad cristiana. No se comprende, pues, la necesidad de todo esto y permanece oscuro por qué la potencia ha de perder su hermosa paz potencial, someterse al ser, etc., y todo el proceso descansa desde el primer momento sobre esta arbitrariedad. Y si esto ocurre en el proceso del pensamiento "necesario", ¡imaginémonos lo que ocurrirá en el del pensamiento "libre"! Pero ahí está el *quid* del asunto: este trueque debe seguir siendo arbitrario, pues de otro modo Schelling tendría que reconocer la necesidad del universo, lo que no encaja en su positivismo. Pero, volvemos a encontrarnos aquí con la prueba de que la potencia sólo puede ser potencia en cuanto acto y, en cambio, sin acto es un absurdo vacío y hueco, con el que ni el propio Schelling puede darse por satisfecho. En efecto, en la potencia vacía no encuentra contenido alguno; éste sólo aparece cuando la potencia se convierte en acto, por donde Schelling se ve obligado a reconocer involuntariamente la contraposición de potencia y acto.

Pero volvamos de nuevo sobre la segunda potencia, con la que Schelling obra lo más maravilloso. Hemos visto más arriba cómo se la negaba, se la reducía a la nada. Ahora, Schelling sigue diciendo: como la primera es lo que puede ser, ésta lo contrario a ella, todo menos el poder ser y, por tanto, el ser totalmente puro, el *actus purus*. Ahora bien, éste debe haber estado implícito ya en la potencia primaria, pero ¿cómo fue a parar allí? ¿Cómo se convierte de pronto en ser puro aquello que "repugnaba el ser, se inclinaba al no ser", etc., cómo se distingue el "ser puro" del "ser ilimitado", por qué no existe para el poder no ser otra posibilidad que la del ser? A esto no se da ninguna respuesta. En vez de ello, se nos asegura que esta segunda potencia, convertida en la primera e ilimitada, retrotrae al poder y, de ese modo, se restituye y, al mismo tiempo, se destruye. ¡Compréndalo quien pueda! Además, este proceso de reducción se fija en sus fases dentro de las fases de la

naturaleza. Que ello obliga a la naturaleza a desentrañarse nadie lo comprende. ¿Por qué, pues, por ejemplo, es el ser ilimitado la *hylé*? Porque Schelling ha pensado desde el primer momento en esta *hylé* y ha trabajado con vistas a ella; de otro modo, este ser podría tener cualquier otro contenido sensible o espiritual. Y tampoco se ve por qué las fases de la naturaleza han de concebirse como potencias. Así concebida la cosa, lo más muerto, lo inorgánico debería considerarse como el ser máximo y lo orgánico como el máximo poder ser; pero esto sólo puede concebirse como una imagen mística, de la que ha desaparecido todo contenido intelectivo.

En vez de concebir la tercera potencia, el espíritu —hacia la que desde lejos se ve marchar a Schelling, una y otra vez—, como la fase cualitativa superior de la primera superada por la segunda, en lo que se opera al mismo tiempo un cambio cualitativo, Schelling vuelve a mostrarse perplejo y no sabe de dónde sacarla. "La ciencia tiende la vista en busca de un tercero". "No es posible detenerse aquí". "En lugar del ser superado por la segunda potencia, debe establecerse un tercero". Tales son las frases encantadas por medio de las cuales conjura Schelling al *espíritu*. Ahora, se nos dice cómo nace este espíritu por *generatio primitiva*. Si pensamos en la naturaleza, no cabe duda alguna de que, partiendo de las premisas dadas, el espíritu debe concebirse como el poder ser (no el simple poder) que se posee a sí mismo, lo que es ya, claro está, suficientemente malo; pero si nos abstraemos de esta naturaleza futura y que tal vez no llegue a presentarse ni una sola vez, si permanecemos en las potencias puras, no hay manera de comprender, por más esfuerzos que se hagan, cómo la primera retrotraída por la segunda a poder ser puede ser algo más que la potencia primaria.

Schelling tal vez haya intuido en Hegel la profundidad de la mediación que ha pasado por la negación y la antítesis, pero no alcanza a imitarla. En él nos encontramos con dos cosas indiferentes entre sí, una de las cuales desplaza a la otra, después de lo cual la segunda recupera su lugar y la primera es empujada de nuevo a su lugar primitivo. Pero, por este camino es imposible que pueda surgir algo que no sea el estado de cosas inicial. Además, si lo primero es lo bastante fuerte para desplazar a lo segundo, ¿de dónde saca lo segundo la fuerza para tomar la ofensiva, después de una defensiva fracasada, y expulsar a lo primero? Y no hay ni para qué hablar de la desafortunada definición del espíritu, que se contradice a sí misma y contradice a todo el proceso de que es resultado.

Nos hemos ido deslizando, así, trabajosa pero felizmente, a lo largo de todo este llamado proceso de desarrollo, y podríamos pasar inmediatamente a otras cosas, si Schelling, después de decirnos que el espíritu era lo último, con lo que terminaba todo, no nos trazara la perspectiva de otro mundo, de un mundo intelectual, cuya clave de bóveda se llama, según nos dice, la idea. Es inexplicable ciertamente, cómo Schelling, *después* de la naturaleza concreta y del espíritu vivo, puede desentrañar todavía la idea abstracta (pues, en esta posición sólo puede

ser, naturalmente, abstracta), y Schelling habría debido justificarlo, ya que lanza en contra de ésta la posición de la idea hegeliana. Pero llega a este resultado mediante la búsqueda encaminada a conseguir sencillamente lo absoluto al final de la filosofía y por no comprender cómo Hegel había logrado realmente esto.

Ahora bien, lo absoluto es el espíritu que se sabe a sí mismo, lo que es también, probablemente, la idea schellingiana; pero este espíritu, según Schelling, debe ser postulado al final de la filosofía negativa. Volvemos a encontrarnos aquí con una contradicción. La historia no puede caer en esa idea, ya que nada tiene que ver con la realidad; de otra parte, es historia del espíritu, cuya cúspide es la filosofía de la historia universal; y la ciencia negativa "debe agotar aquella última posibilidad de un proceso que se opera con conciencia (el cual, por supuesto, sólo puede ser la historia)". ¿Cómo explicarse esto? Lo que podemos asegurar es que si Schelling tuviese una filosofía de la historia, el espíritu conciente de sí mismo no se presentaría ante él como postulado, sino como resultado. Ahora bien, el espíritu conciente de sí mismo no es todavía, ni con mucho, el concepto del Dios personal, como Schelling lo afirma de la idea.

Después de esto, Schelling afirma que el exponer en sus conexiones esta ciencia de que acaba de hablar fue su esfuerzo y su aspiración hace unos cuarenta años. La filosofía de la identidad no pretendía ser otra cosa que esta filosofía negativa. Su lenta y gradual elevación por sobre Fichte había sido, por lo menos, intencionada; "había evitado todos los virajes bruscos, procurando mantener la continuidad del desarrollo filosófico y haciéndose incluso la ilusión de que tal vez más tarde lograra atraer a su lado a Fichte". Para creer esto habría que desconocer el testimonio de Hegel a que más arriba nos referíamos y el escaso conocimiento de sí mismo de Schelling.

El sujeto, que en la filosofía de la identidad absorbía todo contenido positivo, se declara ahora como la potencia. Ya en ella deben darse las fases de la naturaleza con respecto a lo que cada vez es relativamente más alto, con respecto al más alto poder ser y su nuevamente ser relativo, de tal modo que lo que allí es sujeto y objeto aquí se llama poder ser y ser, hasta que por último se destaca el absoluto "sobreser", la identidad, y no ya la simple indiferencia de pensamiento y ser, de potencia y acto, de sujeto y objeto. Pero todo en ella ha sido dicho "como premisa de la ciencia pura de la razón", y el peor de los malentendidos era el que se había considerado todo como un proceso no meramente lógico, sino real, el que se reputaba que la potencia permitía deducir de un principio de por sí verdadero la verdad de todo lo siguiente. Sólo al llegar a su meta brillaba en todo su esplendor lo que ya no podía enajenarse, el ser, y veía bajo sí, como su trono, a la naturaleza y al espíritu; sin embargo, todo esto, pese a su grandeza, no pasaba de ser una simple imagen del pensamiento, que solamente invirtiéndola podía convertirse en un proceso real.

No entraremos a examinar, por el momento, si esta exposición que

aquí se hace de la filosofía de la identidad no se acomodará tal vez a las ideas actuales de Schelling, si hace cuarenta años éste haría tan poco caso como ahora de la realidad de sus pensamientos y si no habría sido mejor, en vez de guardar este altivo silencio, descartar con dos palabras "el peor de los malentendidos", como tan fácil habría sido hacerlo. Dejemos eso a un lado y pasemos directamente a enjuiciar al hombre a quien Schelling "desplaza de su lugar", sin que éste pueda, ahora, "negar a quién a él le niega".

Hegel, dice Schelling, mientras que casi todos interpretaban la filosofía de la identidad de un modo falso y adocenado, salvó y reconoció hasta el final su pensamiento fundamental, de lo que son testimonio sus lecciones sobre la historia de la filosofía. Hegel falló en considerar la filosofía de la identidad como la filosofía absoluta y en no reconocer que hay cosas que trascienden de ella. El límite de esta filosofía era el poder ser, pero Hegel traspasó este límite e incluyó dentro de su campo de acción el ser. Su fundamental error consistió en pretender hacer de ella un sistema existencial. Creía que la filosofía de la identidad versaba sobre lo absoluto, no sólo sobre lo absoluto de la cosa, sino también de la existencia. Al incluir la existencia, se sale del desarrollo de la razón pura. Es, pues, consecuente cuando comienza su ciencia con el ser puro, negando con ello el *prius* de la existencia. Pero, con ello, lo que era sólo inmanente cae en lo no inmanente, pues el ser es lo inmanente en el pensamiento.

Además, afirma haber demostrado en la *Lógica* lo absoluto. Con lo cual se encuentra con lo absoluto dos veces, una al final de la lógica, donde presenta exactamente la misma determinación que al final de la filosofía de la identidad, y otra al final de todo el proceso. Aquí se ve, por tanto, cómo la lógica no puede echarse por delante como la primera parte del proceso, sino que tiene que recorrer el proceso en su totalidad.

En Hegel, la lógica se determina como una ciencia subjetiva en la que el pensamiento se halla a solas en sí y consigo mismo, antes y fuera de toda realidad. Y, sin embargo, tiene como punto final la idea *real*. Mientras que la filosofía de la identidad pisa ya con su primer paso en la naturaleza, Hegel expulsa a la naturaleza de la lógica, con lo que la declara ilógica. Los conceptos abstractos de la lógica de Hegel no tienen, en efecto, su puesto en el comienzo de la filosofía, sino que sólo pueden entrar en juego cuando la conciencia haya absorbido toda la naturaleza, pues son abstracciones de ésta. Así, pues, no puede hablarse en Hegel de lógica objetiva, pues la lógica cesa en él allí donde comienza la naturaleza, el objeto. Así, vemos que en la lógica la idea se halla en proceso de devenir, pero solamente en el pensamiento del filósofo, pues su vida objetiva sólo comienza cuando entra en la conciencia. Y, como algo realmente existente, sólo se da al final de la lógica, sin que sea posible seguir adelante con ella. Pues la idea, como absoluto sujeto-objeto, como ideal-real, es algo perfecto y acabado de por sí, no susceptible ya de ningún progreso; no se ve, pues, cómo puede trocarse en lo otro, en la naturaleza. Ya por eso vemos que en la

ciencia pura de la razón no es posible hablar de una naturaleza realmente existente. Lo que se refiere a la existencia real debe quedar reservado, cabalmente, a la filosofía positiva.

Lo que hay de falso en esta exposición es la creencia simplista de que Hegel no ha ido más allá de las posiciones de Schelling y que, además, las ha interpretado mal. Ya hemos visto que Schelling, pese a todos sus esfuerzos, no puede remontarse por encima de la existencia, y no era necesario, por tanto, ninguna justificación en el sentido de que Hegel no presentaba esta pretensión de la idealidad abstracta. Si Schelling podía también permanecer en la potencia pura, su propia existencia debía demostrarle que la potencia se había trocado, que, por consiguiente, todas las consecuencias del ser puramente lógico caen ahora dentro de lo real y que, por tanto, lo "absoluto" existe. ¿Qué más persigue con la filosofía positiva? Si del mundo lógico se sigue lo absoluto lógico, también del mundo existente se sigue lo absoluto existente. Pero el hecho de que Schelling no puede contentarse con esto, sino que adopta, además, una filosofía positiva de la fe, demuestra cómo contradice a toda razón la existencia empírica, extraterrenal de lo absoluto, y hasta qué punto el propio Schelling se da cuenta de esto.

Ahora bien, como Schelling pretende degradar a su propio punto de vista la idea hegeliana, que se halla infinitamente por encima de lo absoluto de la filosofía de la identidad, pues es lo que ésta pretende ser sin conseguirlo, no puede captar las relaciones que existen entre la idea y la naturaleza y el espíritu. Schelling se representa una vez más la idea como algo exterior al mundo, como un Dios personal, cosa que para nada se le ocurre a Hegel. Para Hegel, la realidad de la idea no es sino naturaleza y espíritu. De aquí que Hegel no se representa tampoco dos veces lo absoluto, como se nos dice. Al final de la *Lógica* aparece la idea como ideal-real, pero cabalmente por ello es, al mismo tiempo, naturaleza. Si se la proclama como idea, es puramente ideal, sólo existe lógicamente. Lo ideal-real, lo absoluto acabado en sí mismo, no es, cabalmente, sino la unidad de naturaleza y espíritu en la idea. Pero Schelling sigue concibiendo lo absoluto como sujeto absoluto, pues aunque aparezca lleno del contenido de la objetividad, sigue siendo sujeto, sin llegar a convertirse en objeto; es decir, para él lo absoluto sólo es real en la representación del Dios personal. Pero debe dejar a éste a un lado y atenerse a la pura determinación del pensamiento, en la que no se trata para nada de la personalidad. De este modo, lo absoluto no es real fuera de la naturaleza y el espíritu. Si lo fuese, el espíritu y la naturaleza serían superfluos. Por tanto, si en la *Lógica* se trata de las determinaciones ideales de la idea como algo real en la naturaleza y el espíritu, se trata de esta realidad misma, de la prueba de estas determinaciones en la existencia, que es la prueba final y, al mismo tiempo, la fase más alta de la filosofía. Así, pues, no sólo es posible, sino que es además necesario un progreso partiendo de la lógica, y es precisamente este progreso el que retorna a la idea en el espíritu conciente de sí mismo e infinito.

Se demuestra así cuán carentes de base son las afirmaciones de Schelling cuando dice que Hegel declara ilógica la naturaleza (bien entendido que, por lo demás, Schelling declara ilógico al mundo entero) y que su lógica, el desarrollo necesario y autárquico del pensamiento, es "ciencia subjetiva y la lógica objetiva no aparece ni puede aparecer por parte alguna, puesto que es la filosofía de la naturaleza, y ésta ha sido expulsada de la lógica". ¡Como si la objetividad de la ciencia consistiese en considerar un objeto *externo* en cuanto tal! Si Schelling llama a la lógica subjetiva, no se ve ninguna razón para no declarar también subjetiva a la filosofía de la naturaleza, pues el mismo sujeto que aquí piensa es el que piensa allí, y el objeto considerado no es lo que importa. Pero la lógica objetiva de Hegel no desarrolla nada, sino que *deja* que los pensamientos se desarrollen *ellos mismos*, y el sujeto pensante, como mero espectador, es algo puramente fortuito.

Pasando a la filosofía del espíritu, Schelling entrelaza sus consideraciones con las manifestaciones en que la filosofía de Hegel pugna con sus inclinaciones y prejuicios personales. La parte del sistema hegeliano referente a la filosofía de la religión le da pie para poner de relieve las contradicciones entre las premisas y las conclusiones señaladas y reconocidas desde hace ya mucho tiempo por la escuela de los jóvenes hegelianos. Y así, dice, con toda justeza: esta filosofía pretende ser cristiana, sin que nada la obligue a ello; si hubiera permanecido en la primera fase de la ciencia de la razón, tendría la verdad dentro de sí misma.

Y pone fin a sus observaciones con el reconocimiento de la tesis hegeliana según la cual las formas últimas de conquista de lo absoluto son el arte, la religión y la filosofía. Sólo que, y esto es lo que él considera como el punto dialéctico de esta tesis, puesto que el arte y la religión trascienden de la ciencia de la razón pura, también deberá trascender esta filosofía, para lo cual necesitará ser otra, distinta de la de hasta aquí. Pero, ¿dónde dice Hegel esto? Al final de la *Fenomenología,* donde tiene ante sí toda la lógica, como una segunda filosofía. Pero la fenomenología no es —y aquí se destaca cabalmente lo contrario de la concepción hegeliana— la ciencia pura de la razón, sino solamente el camino que conduce a ella, la elevación de lo empírico, de la conciencia sensible, al punto de vista de la ciencia pura de la razón. No es la conciencia lógica, sino la conciencia fenomenológica la que encuentra ante sí estas tres como últimas "posibilidades de asegurarse de la existencia de lo que se halla absolutamente por encima del ser". La conciencia lógica libre ve cosas completamente distintas, de las que, por el momento, no tenemos por qué preocuparnos; *tiene* lo absoluto ya dentro de sí.

El grave paso ha sido dado; la deserción de la razón pura ha sido pronunciada abiertamente. Schelling es el primero desde los escolásticos que se atreven a dar este paso, pues Jacobi y sus iguales no cuentan, ya que sólo representaban algunos aspectos aislados de su época, nunca su totalidad. Por primera vez desde hace quinientos años aparece

un héroe de la ciencia que declara a ésta esclava de la fe. Lo ha hecho, y las consecuencias recaen sobre él. A nosotros sólo puede alegrarnos que este hombre, exponente de su época como ningún otro y en el que su siglo cobró conciencia de sí mismo, el que este hombre, digo, sea proclamado también por Schelling como la floración más alta de la ciencia de la razón. Quien crea en la omnipotencia de la razón, ponga junto a su corazón este testimonio de un enemigo.

Schelling pinta del siguiente modo la filosofía positiva: es en absoluto independiente de la negativa y no puede comenzar por el final de ésta como algo existente, sino que tiene que comenzar demostrando la existencia misma. El final de la filosofía negativa no es en la positiva principio, sino tarea; el comienzo de la filosofía positiva es por sí mismo absoluto. La unidad de ambas no ha existido nunca y no podía lograrse ni por la opresión de una de ellas ni por la mezcla de las dos. Puede demostrarse que siempre han estado en pugna la una con la otra. (Sigue el intento de esta demostración desde Sócrates hasta Kant, en la que volvemos a ver nítidamente separados el empirismo y el apriorismo. Pero debemos pasar por alto esto, ya que no se llega a resultado alguno.)

La filosofía positiva, sin embargo, no es un puro empirismo y, menos que nada, un empirismo basado en una experiencia interior místico-teosófica, sino que tiene su principio en algo que no se halla en el pensamiento puro, pero tampoco en la experiencia y, por tanto, en lo trascendente absoluto, en lo que trasciende de toda experiencia y de todo pensamiento y precede a una y a otro. De ahí que el comienzo no deba ser un *prius* relativo como en el pensamiento puro, en que la potencia tiene ante sí el tránsito, sino un *prius* absoluto, de tal modo que no se progrese del concepto al ser, sino del ser al concepto. Este tránsito no es necesario como el primero, sino resultado de un hecho libre, en el que se supera al ser y que es demostrado *a posteriori* por lo empírico. Pues si a la filosofía negativa, basada en la consecuencia lógica, puede serle indiferente el que exista o no un mundo y el que éste coincida o no con la construcción de esa filosofía, la filosofía positiva procede por medio del pensamiento *libre*, razón por la cual debe encontrar su confirmación en la experiencia, con la que tiene que avanzar al mismo paso.

Si la filosofía negativa es puro apriorismo, la positiva es empirismo a priori. La filosofía positiva presupone un pensamiento libre, es decir, dotado de voluntad, razón por la cual sus pruebas lo son solamente para los seres dotados de voluntad y "capaces"; hay que entenderlas, pero es necesario, además, *querer* sentir su fuerza. Y si entre los objetos de la experiencia se encuentra también la revelación, ello quiere decir que ésta, la revelación, formará parte de la experiencia, lo mismo que la naturaleza y la humanidad y que, por tanto, no tendrá dentro de este campo más autoridad que en cualquier otro; a la manera como, por ejemplo, los movimientos de los planetas son, para la astronomía, autoridades con las que deben coincidir los cálculos de los astrónomos. Si

se dice que la filosofía no habría llegado a estos resultados sin una previa revelación, no cabe duda de que esto es verdad hasta cierto punto, pero ahora la filosofía puede llegar a sus resultados ella sola; lo mismo que hay quienes, después de haber contemplado las pequeñas estrellas fijas a través del telescopio, son capaces de descubrirlas y localizarlas a simple vista, sin hallarse supeditados para ello, posteriormente, a la mediación del telescopio.

La filosofía debe asimilarse el cristianismo, que es una realidad ni más ni menos que la naturaleza y el espíritu, pero no solamente la revelación, sino también la necesidad interna de la filosofía puramente lógica obliga a ésta a trascender de ella misma. La filosofía negativa lo reduce todo a mera cognoscibilidad, pasándolo luego a las otras ciencias, con excepción del problema último, que es, sin embargo, el más cognoscible de todos; pero este problema debe incorporarse a una nueva filosofía, cuya misión consiste cabalmente en demostrar la existencia de este algo final. Por donde la filosofía negativa sólo es filosofía en relación con la positiva. Si sólo existiese la negativa, no conduciría a ningún resultado real y la razón no serviría de nada, pero ésta triunfa en la filosofía positiva, y en ésta se yergue de nuevo la razón, humillada en la negativa.

No creo necesario decir nada para ilustrar estas tesis de Schelling, que se explican por sí mismas. Pero si contrastamos las promesas que comenzaba formulando, veremos qué abismo se manifiesta entre unas y otras. Se trataba de revolucionar la filosofía, de desarrollar una doctrina que pusiera fin a la negación de los últimos años; se nos decía, asimismo, que estaba en marcha la reconciliación de la fe y la ciencia, ¿y a qué resultados llegamos, a la postre?

Nos encontramos con una doctrina que no tiene su fundamento ni en sí misma ni en ninguna otra cosa ya demostrada. Aquí se apoya en un pensamiento nulo, libre de toda necesidad lógica, es decir, arbitrario, y allí en aquello cuya realidad cabalmente se halla en tela de juicio y cuyas afirmaciones acaban de controvertirse, es decir, en la revelación. ¡Simplista postulado este de que para curarse de dudas deba uno echarse en brazos precisamente de la duda! "Quien no crea no podrá ser ayudado".

¿Qué era, pues, lo que Schelling buscaba aquí, en Berlín? Si en vez de su tesoro positivo hubiese aportado una refutación de la *Vida de Jesús* de Strauss, de la *Esencia del cristianismo* de Feuerbach, etc., todavía habría podido conseguir algo; pero, tal como están las cosas, los hegelianos preferirán seguir metidos en el consabido "atolladero" que entregarse a él "sin condiciones". Y, por su parte, los teólogos positivos preferirán seguir trabajando, como hasta aquí, a base de la revelación, en vez de ahondar en ella. Y con esto concuerda también la confesión constantemente repetida desde Año nuevo de que Schelling no se propone aportar ninguna prueba del cristianismo, ni tampoco una dogmática especulativa, sino simplemente contribuir a la explicación del cristianismo. Y, como ya hemos visto, tampoco nos lleva muy lejos la

necesidad de la filosofía negativa de trascender de ella misma. Si la premisa del tránsito *a potentia ad actum* [h] lleva necesariamente al Dios lógico que sólo depende de esta premisa, el tránsito real demostrado por la experiencia conduce también al Dios real, con lo cual la ciencia positiva resultará superflua.

El tránsito a la filosofía positiva lo toma Schelling de la prueba ontológica de la existencia de Dios. Dios no puede existir casualmente; por tanto, "*si existe*", existirá necesariamente. Este eslabón intermedio que viene a llenar una laguna de la argumentación es totalmente exacto. De este modo, Dios sólo puede ser lo que es en y *ante* sí mismo (pero no *para* sí; Schelling se indigna tanto contra Hegel, que se cree obligado, incluso, a censurar y corregir sus expresiones como incorrectas desde el punto de vista gramatical); es decir, existe antes que él mismo, antes que su propia divinidad. Es, pues, cabalmente lo que permanece ciego a todo pensamiento. Pero, como es dudoso si existe o no, debemos partir del ser ciego y ver si tal vez desde este punto de partida podemos llegar al concepto de Dios.

Por tanto, así como en la filosofía negativa el principio es el pensamiento correspondiente a todo ser, en la positiva el principio es el ser correspondiente a todo pensamiento. Este ser ciego es el ser necesario; pero Dios no es esto, sino el necesario "ser necesario"; el ser necesario es solamente el poder ser del ser supremo. Ahora bien, este ser ciego es lo que no necesita ninguna clase de fundamentación, porque corresponde a todo pensamiento. Por donde la filosofía positiva comienza por la ausencia de todo concepto, para luego, *a posteriori*, como Dios, tornarse en conceptual y convertirse en contenido inmanente de la razón. Sólo al llegar aquí es ésta libre y se sustrae al pensamiento necesario.

Este "ser ciego" es la *hylé*, la eterna materia de la filosofía anterior. Que esta materia se desarrolle hasta convertirse en Dios, sí es algo nuevo. Hasta ahora, había sido siempre lo opuesto a Dios, el principio dualista. Pero, sigamos viendo cuál es el contenido de la filosofía positiva.

Este ser ciego, o lo que podramos llamar también el ser "inmemorial", es el *purus actus* de la existencia y la identidad de esencia y ser (lo que podría decirse de Dios como aseidad [i]). Pero esto no parece que pueda servir de base de un proceso, puesto que carece de toda fuerza motriz y ésta reside solamente en la potencia. Pero ¿por qué ha de privarse al *actus purus* de la posibilidad de convertirse *a posteriori* en potencia? No se da la consecuencia de que lo que es ser no se pueda convertir también *post actum* [j] en el poder ser. Al ser inmemorial se le puede ofrecer posteriormente —nada se opone a ello— la posibilidad de hacer brotar de sí un segundo ser. Con ello, el ser ciego se convierte en potencia, ya que adquiere algo que puede querer y se hace así dueño de su propio ser ciego. Si dimite de este segundo ser, el primer ser ciego será solamente *potentia, actus purus* y, con ello, un ser que se po-

[h] De la potencia al acto. [i] El absoluto ser en sí. [j] Después del acto.

see a sí mismo (sin embargo, todo esto, de momento, no pasa de ser una hipótesis, sujeta a confirmación mediante el resultado); a diferencia de aquello otro, sólo adquirirá conciencia de sí mismo como de algo necesario con arreglo a su naturaleza; el ser ciego aparece como fortuito en cuanto no previsto y tiene, así, que demostrarse como necesario mediante la superación de lo contrario a él.

Tal es el fundamento último del ser opuesto a él y, por tanto, el fundamento último del mundo. La ley según la cual todo se aclara y nada puede permanecer oculto es la ley suprema de todo ser; no, ciertamente, una ley que esté por encima de Dios, sino una ley que pone a Dios en libertad y que constituye ya, por tanto, una ley divina. Esta gran ley universal, esta dialéctica universal es precisamente la que no quiere que nada quede sin solución. Solamente ella puede descifrar los grandes enigmas. Más aún, Dios es tan justo que reconoce aquel principio opuesto hasta el final y hasta que se haya agotado toda contradicción. Todo ser no voluntario, inmemorial, carece de libertad. El verdadero Dios es el Dios vivo, que puede ser algo más que inmemorial. De otro modo, habría que admitir, con Spinoza, que todo emana de la naturaleza divina sin participación alguna de él (lo que es el panteísmo malo), o bien que el concepto de la creación es inaprehensible para la razón (un vacuo teísmo, con el que no puede superarse el panteísmo).

De este modo, el ser inmemorial se convierte en potencia de lo contrapuesto y, como la potencialidad es para él algo intolerable, necesariamente tiene que querer actuar, restablecerse en el *actus purus*. Así, el segundo ser tiene necesariamente que ser negado por el primero y retrotraído a la potencia. De este modo, se convierte en señor no sólo de la primera potencia, sino también de la segunda, lo que permite su inmemorial en un ser, eliminarlo de sí y abandonar así toda su existencia.

Y en ésta reside también su esencia, hasta ahora oculta por el ser; el ser puro, que la resistencia ha convertido en una potencia en sí, cobra independencia, ahora, como esencia. Con ello se confiere también al señor de la primera posibilidad la de manifestarse como él mismo, como libre del ser necesario, estatuyéndose como *espíritu*; pues espíritu es lo que es libre de actuar o de no actuar, lo que cobra en el ser poder sobre sí mismo y permanece lo que es aunque no se manifieste. Ahora bien, esto no es el *poder ser* directo, ni tampoco el *deber ser* directo, sino el *poder ser-deber ser*. Estos tres momentos se presentan ante el ser inmemorial como un verdadero *deber ser* moral, de tal modo que fuera de los dichos tres momentos no existe nada más y queda excluido todo lo futuro.

La marcha del pensamiento en la filosofía positiva es, como hemos visto, muy "libre". Schelling no se recata para decir, en este punto, que formula meras hipótesis, cuya justeza se confirmará por el resultado, o sea por la coincidencia con la revelación. Una consecuencia de este pensamiento libre, volitivo, es que hace que el "ser inmemorial" se

comporte exactamente como si fuese ya aquello que se desarrollará a base de ello, o sea Dios. El ser inmemorial no puede todavía, en modo alguno, ver, querer, renunciar, retrotraer. No es sino una vacua abstracción de la materia, lo más alejado cabalmente de todo lo personal y autoconciente. Es absolutamente imposible infundir autoconciencia a esta rígida categoría por medio de una evolución, a menos que se la conciba como materia y se desarrolle a través de la naturaleza hacia el espíritu, como el "ser ilimitado" hacia lo negativo, que sólo se distingue de éste por la determinación nula de lo "inmemorial". Esta inmemorialidad sólo puede conducir al materialismo y, a lo sumo, al panteísmo, pero nunca al monoteísmo. También en este punto se comprueba la frase de Cuvier: "Schelling ofrece metáforas en vez de razonamientos y, en vez de desarrollar conceptos, desplaza como le conviene las imágenes y las alegorías".[48]

Además, hasta ahora, por lo menos, nunca se habían dado en filosofía razonamientos en los que se rechaza todo progreso mediante consideraciones como la de que no hay razón alguna para que tal o cual cosa no ocurra, no se ve la consecuencia lógica de que esto no sea posible, etc. Por este camino, podría desarrollarse a base del "ser inmemorial" hasta la religión china o la otahitiana,[k] y también estas religiones se comprueban por el hecho de existir de un modo efectivo, ni más ni menos que el cristianismo. Y por lo que se refiere a la ley valorativa de que todo debe aclararse, no cabe negar que *aquí*, por lo menos, es muy poco lo que se aclara y muchísimo lo que queda oscuro. Aquí, sólo vemos que la claridad del pensamiento se hunde en los abismos sombríos de la fantasía. Ahora bien, si la mencionada ley ha de significar que todo cuanto existe, por razón de su existencia, tiene que justificarse ante la razón, nos encontraremos de nuevo ante una de las ideas fundamentales de Hegel y, además, no aplicada por el propio Schelling. En vano nos esforzaremos durante mucho tiempo en apoyarnos en la conclusión del razonamiento anterior, con su poder, su deber ser necesario y su deber ser moral, para llegar a la conclusión de que todo debe aclararse. ¿Qué relación, nos preguntaremos ante todo, guardan estas tres potencias positivas con las tres negativas? Sólo vemos clara una cosa, y es que, en todo caso, son las tres posibilidades de un deber ser moral, pero no de un poder ser o de un deber ser necesario.

Esta dialéctica, "la más penetrante de todas", es —afirma Schelling— la única que puede pasar de lo necesariamente existente en acto de Spinoza a lo necesariamente existente según su naturaleza. Pues solamente esto es lo que él pudo querer, puesto que no trataba de demostrar la existencia de lo divino, sino solamente la divinidad de lo existente (precisamente lo mismo que hace también la filosofía de los jóvenes hegelianos) y, concretamente, la divinidad de lo que es *actu* eternamente y por sí mismo.

Ahora bien, ¿qué nos demuestra que algo exista desde toda una eternidad? Lo que es *actu* por sí mismo sólo puede conducir a la eternidad

[k] Tahitiana. Otaheti es el nombre primitivo de la isla de Tahití.

de la materia, razonando lógicamente. Y los razonamientos ilógicos no valen, aunque la revelación dé su asentimiento.

"Si nos empeñáramos en afirmar, siguiendo una dialéctica *débil*, que Dios sólo asume la potencia del ser antagónico para convertir la ciega afirmación de su existencia en una afirmación mediada por la negación, cabría preguntarse por qué hace eso. No será con vistas a sí mismo, puesto que conoce perfectamente su potencia; es decir, que sólo podrá hacer objeto de su voluntad el ser distinto de él con vistas a otros. Y en este apartarse de sí reside cabalmente la esencia de Dios, su beatitud; todos sus pensamientos se hallan solamente fuera de él, en la creación. Se trata, evidentemente, de un proceso de suspensión y restablecimiento, pero entre medias queda el mundo todo."

¡Cuán ridícula resulta aquí la infatuación con que esa caricatura de dialéctica considerada como "la más penetrante de todas" mira por encima del hombro a su "débil" imagen primera! Ni siquiera ha llegado a comprender una cosa, y es que puede representarla certeramente. Hasta el propio Hegel, según Schelling, piensa de este modo imaginativo; Schelling le hace razonar, sobre poco más o menos, así: Aquí está Dios. Dios crea el mundo. El mundo lo niega a él. ¿Por qué, por maldad? Nada de eso; simplemente porque existe. El mundo ocupa todo el espacio, y Dios, que no sabe dónde meterse, se ve obligado a negar nuevamente al mundo. Para ello tendría, naturalmente, que destruirlo. De lo que Schelling no puede tener ni la más remota noción, pues su Dios es libre, es decir, actúa con arreglo a su voluntad, es de la profundidad por virtud de la cual la negación brota necesariamente del primer ser en sí, como despliegue de la esencia más íntima, como la despertadora de la conciencia, hasta llegar a un momento en que, en su más alta actividad, tiene que negarse de nuevo a sí misma y hace brotar como producto lo desarrollado, lo que permanece en sí mismo, lo libre.

Ahora bien, Dios o el ser inmemorial, ha establecido el mundo o el ser contrario. El mundo consiste solamente en la voluntad divina y depende de ella. La justicia divina no consiste en destruirlo de golpe mediante su restauración, ya que lo contrario tiene en cierto modo un derecho, una voluntad independiente de Dios. De ahí que sea retrotraído a través de las dos últimas potencias, gradualmente y con arreglo a un principio que determina las fases del proceso. Por tanto, si la primera potencia era la causa determinante de todo el movimiento y del ser contrario, la segunda era la puesta *ex actu*, la que se realiza en la superación de la primera, la que, actuando sobre el ser contrario, somete a ésta a la tercera potencia, por donde el ser contrario interviene como algo concreto entre las tres potencias. Y así, éstas se revelan ahora como *causa materialis, ex qua, causa efficiens, per quam* y *causa finalis, in quam (secundum quam) omnia fiunt.*[1]

Si el ser inmemorial es condición de la divinidad, con la creación

1 Causa material, de lo que, causa eficiente, por la que, y causa final, para la que (según lo que) se hace todo.

tenemos ahí a Dios en cuanto tal, como señor del ser, dentro de cuyo poder se halla el establecer aquellas posibilidades como reales, o no. Dios queda al margen de todo el proceso y trasciende de aquella trilogía de las causas, como *causa causarum*.[m] Para no hacer aparecer el mundo como emanación de su esencia, podía Dios intentar unas en contra de otras todas las posibles posiciones de las potencias, es decir, *dejar pasar ante sí como en un rostro* el mundo futuro. Pues la simple omnipotencia y ominiscencia no consiguen esto por sí solas, sino que las obras existen como visiones del creador. Por eso se ha glorificado siempre a aquella potencia primigenia, el primer motivo del ser contrario; es la *maya* de los indios (nombre afín al de "*Macht*", que en alemán significa potencia), que tiende las redes de lo meramente aparente para mover al creador a la creación real, como la *Fortuna primigenia* de Preneste.[49]

No añadiré una sola palabra, para que no vuele el polvo mítico de mariposa de esta visión.

El hecho de que Dios cree realmente es algo que no cabe demostrar *a priori* y que se explica por la única necesidad que a Dios puede atribuírsele, por la necesidad de ser reconocido, necesidad precisamente propia sobre todo de las naturalezas más nobles. El Dios de la creación no es el Dios sencillamente simple, sino el Dios simple en una pluralidad, y como esta pluralidad (aquellas potencias) es una pluralidad cerrada dentro de sí, tenemos que el creador es el *Todo-Uno*, y esto es el monoteísmo. Como sale al paso de todo, no puede tener su igual, pues el ser sin potencia no *puede*, en general (!). El Dios del que sólo de pasada se dice que es el Único, es solamente el Dios de los teístas; el monoteísmo reclama la unicidad, sin la que Dios no es Dios, mientras que el teísmo se limita a la sustancia infinita. El progreso, partiendo de aquí, hasta llegar al que es Dios en relación con las cosas es el panteísmo; en él, las cosas son determinaciones de Dios. Solamente en el monoteísmo se contiene Dios como Dios real, como Dios vivo, en el que la unidad de la sustancia desaparece en la potencia, dejando el puesto a una unidad suprasustancial, en la que Dios es el Uno insuperable frente a Tres. Aun tratándose de varios, no se trata de varios dioses, sino solamente del Dios Uno, no de varios *en la divinidad*. Así, monoteísmo y panteísmo representan progresos con respecto al teísmo, que es la expresión final de lo absoluto en la filosofía negativa. El monoteísmo marca la transición al cristianismo, pues la Unicidad tiene su expresión determinada en la Trinidad.

Por mucho que hagamos para comprender esta Trinidad como queramos, tendremos siempre en ella a Tres contra Uno y a Uno contra Tres. Si Dios es la Unidad de Tres, sólo puede serlo como Cuarto, o de otro modo tendremos tres dioses. Si la divinidad es simplemente su Unidad, del mismo modo podremos decir que la humanidad es la unidad de todos los hombres, y tendremos como un Dios un hombre solamente. No es posible descartar a los muchos como no se puede

[m] Causa de las causas.

descartar a los tres, y de tres personas jamás saldrá una sola. Se manifiesta abiertamente aquí la vieja contradicción de la Trinidad y se queda uno asombrado ante la audacia de Schelling cuando afirma que esa contradicción ha quedado resuelta. Que la Trinidad es la verdadera expresión de la unidad es un pensamiento más tomado de Hegel, pero, como de costumbre, trivializado al matar en él todo contenido. En Hegel, la Trinidad sigue siendo una serie de gradaciones, de fases de desarrollo de Dios, si queremos estatuirlas en él. En cambio, aquí se pretende que los tres momentos aparezcan como tres *personalidades* coexistentes, y se afirma con bastante originalidad que la verdadera personalidad de *una* persona consiste en que sean *tres*.

Sin embargo, hasta ahora no tenemos más que una sola persona, la del Padre. En efecto, cuando uno que existe antes aparte de sí otro que pertenece a él, de tal modo que éste se realiza necesariamente, podemos hablar con razón de procreación. Ahora bien, si en este proceso de realización se supera realmente el ser contrario (B), tenemos que también la segunda potencia es señor de la misma como la primera, y así la divinidad del Hijo es igual a la del Padre. Y también, así, la tercera potencia, que, como esencia libre del ser, sólo puede cobrar su ser después de haber vencido a B, pero entonces aparece dotado del mismo esplendor y la misma personalidad y se manifiesta como Espíritu.

Por donde, a la postre, tenemos tres personalidades, pero no tres dioses, pues el ser es Uno y también el esplendor acerca de él es Uno (¡como si los dos reyes espartanos fuesen solamente uno, por ser una su dominación!). En las potencias, mientras se hallan en tensión, vemos simplemente el lado natural del proceso ("tensión" parece ser el proceso de la filosofía negativa) como el nacimiento del mundo; es con las personas con las que se abre el mundo de lo *divino* y la significación divina de aquel proceso según el cual el ser, originariamente como posibilidad en el Padre, le es dado al Hijo y es restituido de éste al Padre como algo superado. Además de al Hijo, le es dado también por el Padre y el Hijo al Espíritu, que tiene solamente el ser común a ambos. La tensión de las potencias pasa a través de toda la naturaleza y cada cosa tiene una cierta relación de ella. Todo lo que nace es un cuarto factor entre las potencias, pero el hombre, en el que se disuelve totalmente la tensión, guarda ya una relación con las *personalidades* en cuanto tales, pues en él se expresa aquel último momento de la realización en el que las potencias se convierten en personas reales. Así, pues, este proceso es para las cosas un proceso de creación y para las personalidades un proceso teogónico.

De este modo, Schelling conjura del abismo del ser inmemorial y lo saca por arte de encantamiento a la luz del día, sentando con ello la base del cristianismo, no sólo el Dios personal, sino también el Dios trino, el Padre, el Hijo y el Espíritu santo. No es ni puede ser mi propósito señalar aquí, una por una, las inconsecuencias, arbitrariedades, aventuradas afirmaciones, saltos, suposiciones y extravíos en que en este punto

incurre Schelling; si ya en el plano del pensamiento necesario estaba la cosa embrollada, en el del pensamiento libre tenemos que contar —en esto reside lo esencial del neoschellingismo— con una confusión todavía mayor de mística y escolasticismo. Ni el lector puede exigir de mí una paciencia tan sobrehumana ni yo suponer en él un interés tan grande por el asunto. Por otra parte, lo que se halla al alcance de la mano no necesita ser descubierto. Lo único que yo me propongo es seguir en líneas generales el orden de las ideas y poner de manifiesto cómo entre Hegel y Schelling ocurre cabalmente lo contrario de lo que el segundo dice. Ahora, sobre el terreno cristiano, podemos dejar que los hechos hablen más por sí mismos. En primer lugar, Schelling explica su incapacidad para comprender el mundo por cuanto que no alcanza a comprender el mal. El hombre —dice— habría podido permanecer en Dios, y tampoco el no haberlo hecho fue obra de su libre voluntad. Lo que hizo con ello fue suplantar a Dios y ponerlo todo nuevamente en juego donde parecía que todo se hallaba ordenado. Separado de Dios, el mundo se abandonó a lo externo y el momento perdió su posición en cuanto tal. "En cierto modo", el Padre fue desplazado de su sitio (más tarde, se prescinde del giro "en cierto modo").

Sin embargo, aún no tenemos ante nosotros la Trinidad cristiana, la voluntad propia del Hijo, independiente del Padre. Pero ahora aparece al final de la creación algo nuevo, el B que se posee en el hombre mismo. De su opción depende el ser o no uno con Dios. *No* lo quiere, y con ello retrotrae la potencia superior a la potencialidad, que ahora, separada del Padre por la voluntad del hombre, es tanto *Hijo del Hombre* como Hijo de Dios (tal es el significado de lo que se dice en el Nuevo Testamento) y se halla dotado de un ser divino-extradivino.

Ahora, puede seguir al ser en la extradivinidad y retrotraerlo a Dios. El Padre se vuelve ahora de espaldas al mundo y ya no actúa en él con su voluntad, sino con su ausencia de voluntad (tal es el verdadero significado de la cólera divina). El Padre no ha destruido así tampoco el mundo malo, sino que lo ha conservado en gracia al Hijo, como aparece escrito. En él, es decir, en gracia a él, se han hecho todas las cosas. Tenemos, pues, aquí dos tiempos, el eón del Padre, en que el ser (el mundo) yacía aún como potencia en el Padre y el Hijo no era aún independiente, y el eón del Hijo, el tiempo del mundo, cuya historia es la del Hijo. Y este tiempo tiene, a su vez, dos partes; en la primera, el hombre se halla totalmente bajo el poder del ser contrario, de B, de las potencias cósmicas. El Hijo se halla aquí en estado de negación, de la más profunda pasividad, del ser (es decir, del mundo), primeramente excluido, no libre, fuera de la conciencia humana. Sólo puede actuar de un modo natural con vistas a la conquista del ser. Es el tiempo de la federación antigua, en que el Hijo no aspira a la dominación del ser movido por su voluntad, sino impulsado por su naturaleza. Hasta ahora, faltaba en la ciencia, a nadie se le había ocurrido, este significado de aquel tiempo. Aparece señalado del modo más

preciso en el Antiguo Testamento y, concretamente, en el capítulo 53 de Isaías, donde se habla de un sufrimiento *actual* del Mesías.

Con el fortalecimiento de la segunda potencia, con la dominación conquistada sobre el ser comienza el segundo tiempo, en que actúa libremente y dotado de voluntad. Es este el tiempo de su aparición en Cristo, de la revelación. He aquí la clave del cristianismo; con este hilo de Ariadna es posible "encontrar el camino a través del laberinto de mis pensamientos".

Mediante la emancipación del hombre, las personalidades nacidas en la creación por la superación de *B* se retrotraen nuevamente a meras posibilidades, a la potencialidad, y quedan excluídas de la conciencia, colocadas fuera de Dios. Tenemos aquí la causa de un nuevo proceso que se desarrolla en la conciencia del hombre y del que queda excluída la divinidad, pues es su tensión, son las potencias extradivinas. Este proceso de la sumisión de la conciencia bajo la dominación de las potencias se llevó a cabo en el paganismo como desarrollo mitológico. La premisa histórica más profunda de la revelación es la mitología. En la filosofía de la mitología debemos poner de manifiesto las diversas potencias que se contienen en la conciencia mitológica, y la conciencia de ello en los misterios griegos.

Cabe preguntarse si la influencia del hombre sobre el autodesarrollo de Dios —pues sólo así se la puede llamar—, tal como Schelling la afirma aquí, es cristiana. El Dios cristiano es un Dios que existe y actúa desde toda una eternidad y cuya quietud no se interrumpe ni siquiera por la vida temporal transitoria del Hijo. En general, la creación acaba, según Schelling, de un modo bastante bochornoso. El castillo de naipes de las "potencias intermedias, las del ser y poder ser relativo" apenas se ha levantado y las tres potencias se hallan a punto de convertirse en personalidades, cuando el estúpido hombre incurre en una ligereza, toda la artificiosa arquitectónica se derrumba y las potencias siguen siendo potencias, como hasta aquí. Ocurre exactamente lo mismo que en los cuentos, cuando se desentierra un tesoro, custodiado por resplandecientes espíritus; al borde ya del abismo, en el momento mismo en que todo va a resolverse, alguien pronuncia una palabra imprudente, los espíritus se desvanecen y el tesoro vuelve a ocultarse para siempre en las entrañas de la tierra.

Si el Dios de Schelling hubiese procedido de manera un poco más juiciosa se habría ahorrado muchos esfuerzos y nos habría ahorrado a nosotros la filosofía de la revelación. Pero la flor del misticismo schellingiano se despliega aquí en el estado de padecimiento del Hijo. Claro está que esta oscura y misteriosa relación de extradivinidad divina, de conciente inconciencia, de activa pasividad y de voluntad abúlica, esta catarata de contradicciones que se arrollan las unas a las otras, representa para Schelling una mina incalculable de consecuencias, ya que, partiendo de aquí, se puede llegar a todas partes. Y más oscura es aún la relación entre esta potencia y la conciencia del hombre. Todas las potencias actúan aquí como potencias cósmicas y naturales, pero ¿cómo?

¿Qué son potencias cósmicas? Ni un solo discípulo de Schelling, ni siquiera él mismo, podría dar una respuesta racional a esta pregunta. Se trata precisamente de una de esas confusas y místicas determinaciones del pensamiento a las que este filósofo se ve obligado a recurrir para poder llegar por su parte a la revelación "con pensamiento libre y volitivo". "Las representaciones mitológicas no pueden explicarse más que como un producto necesario de la conciencia que ha caído bajo el poder de las potencias cósmicas". Y las potencias cósmicas con las potencias divinas que se hallan en tensión, es lo divino como lo no divino. De este modo se trata de explicar también la relación de la mitología con la naturaleza, toda una serie de hechos totalmente nuevos y el modo de llenar el tiempo prehistórico de la humanidad, a saber: por medio de "las inmensas conmociones del ánimo en la creación de las representaciones de los dioses".

Podemos prescindir de exponer la "filosofía de la mitología", puesto que no forma directamente parte de la filosofía de la revelación y, además, Schelling hablará detalladamente de ella en el próximo semestre. Hay que decir, por lo demás, que esta parte de su curso ha sido, con mucha diferencia, la mejor de todas y contiene muchos elementos que, despojados de la manera mística y deformadora de ver, no podrían ser rechazados por quien contemple estas fases de la conciencia desde un punto de vista libre y puramente humano. Lo único que cabe preguntarse es hasta qué punto estas ideas son patrimonio de Schelling y no proceden, en general, de Stuhr. Lo que hay de falso en la exposición de Schelling radica principalmente en que no concibe el proceso mitológico como un autodesarrollo libre de la conciencia dentro de la necesidad histórico-universal, sino que recurre siempre a principios y fuerzas sobrehumanos, y además de la manera más confusa, haciendo aparecer estas potencias, al mismo tiempo, como la "sustancia de la conciencia" y, a la par con ello, como algo diferente. Son estos, naturalmente, los medios a que hay que recurrir cuando se estatuyen influencias absolutamente sobrehumanas. Así, pues, yo concedo de buen grado a Schelling sus resultados mitológicos fundamentales en relación con el cristianismo, sólo que de otro modo; es decir, viendo en ambos fenómenos no algo que se le impone a la conciencia desde fuera, algo sobrenatural, sino los productos más íntimos de la conciencia misma, productos puramente humanos y naturales.

Llegamos, pues, por fin, a la revelación preparada por la mitología. Se trata del cristianismo en su totalidad. De ahí que su filosofía no tenga para qué preocuparse en lo más mínimo de la dogmática, etc.; no trata de sentar ninguna doctrina, sino simplemente de explicar el hecho histórico del cristianismo. Veremos, sin embargo, cómo va brotando poco a poco toda la dogmática. Veremos cómo Schelling considera "el cristianismo solamente como un hecho, lo mismo que el paganismo". Los hechos del paganismo no los acepta como verdaderos tal y cómo se presentan ante él; no considera, por ejemplo, a Dionysos como un verdadero dios; en cambio, los hechos del cristianismo sí son

para él absolutos; así, si Cristo se presenta como el Mesías y Pablo afirma esto o lo otro, Schelling lo cree incondicionalmente. Schelling *explica*, por lo menos a su manera, los hechos de la mitología, mientras que se limita a afirmar los del cristianismo. Y, al proceder así, se hace la ilusión de "congraciarse el amor de la juventud gracias a su rectitud y a su franqueza, y no solamente el amor, sino también el entusiasmo".

Para explicar la revelación, se apoya en el pasaje de la Epístola de Pablo a los Filipenses, cap. 2, 6-8, que a continuación transcribo:

"Cristo, aun siendo en forma divina (ἐν μορφῇ θεοῦ), no tuvo por usurpación (ἅρπαγμα) ser igual a Dios, sino que se manifestó (ἐκένωσε) a sí mismo, tomando forma de siervo y haciéndose igual a cualquier otro hombre y en la condición humana; se humilló a sí mismo y fue obediente hasta la muerte, y hasta la muerte en la cruz."

Sin entrar en las prolijas investigaciones exegéticas de que Schelling acompaña su explicación filosófica, me limitaré a narrar, como él lo hace, el hecho relatado por Pablo. Por medio del proceso mitológico, Cristo, en su estado de pasión, había ido haciéndose poco a poco dueño de la conciencia. Poseía un mundo propio, independientemente del Padre, y podía hacer de él lo que quisiera. Era el Dios del mundo, pero no el Dios absoluto. Podía permanecer en este estado divino-extradivino. Esto es lo que quiere decir Pablo al hablar de la forma divina, ἐν μορφῇ θεοῦ. Pero Cristo no quería eso. Se hizo hombre, se despojó de este esplendor, para traspasárselo al Padre, y armonizar así al mundo con Dios. Si no hubiese procedido así, el mundo se habría visto privado ya de toda posibilidad de unirse a Dios. Tal es la verdadera significación de la obediencia de Cristo. Y en este mismo sentido hay que explicarse la historia de la tentación. El adversario, el ciego principio cósmico, va tan allá que llega a ofrecer a Cristo su reino siempre y cuando que le adore, es decir, que se decida a permanecer él mismo como potencia cósmica, ἐν μορφῇ θεοῦ. Pero Cristo rechaza esta posibilidad y somete su ser al Padre, convirtiéndolo en el ser de una criatura y haciéndose Hombre.

"Dios me guarde de deducir como cristiano doctrinas filosóficas de las que nada sabe el cristianismo", concluye Schelling, al final de esta deducción. Sería superfluo tratar de discutir acerca del carácter cristiano de estas doctrinas, pues aunque se demostrase nada se conseguiría con ello, para Schelling. Mi punto de vista es, desde luego, que estas doctrinas se hallan en contradicción con toda la concepción fundamental del cristianismo. No hace falta mucho arte para demostrar lo más anómalo a la vista de tales o cuales pasajes sueltos de la Biblia, pero no se trata ni puede tratarse de eso. El cristianismo, que pronto contará dos mil años de vida, ha tenido ya bastante tiempo para ver claro acerca de sí mismo. Su contenido ha sido proclamado por la Iglesia, y es imposible pensar que, fuera de él, se recate en su fondo algún otro contenido recóndito importante, y mucho menos su verdadero sentido,

como si ahora lo captáramos por vez primera. Por otra parte, esto llegaría ya demasiado tarde. Pero, aun prescindiendo de esto, no cabe duda de que se contienen elementos harto edificantes en la explicación de más arriba. ¿Cristo obró libremente, al someterse al Padre? Imposible; obró movido por una necesidad natural. No podemos estatuir en Cristo la posibilidad del mal, sin destruir con ello su divinidad. La posibilidad de obrar el mal es incompatible con Dios. ¿Cómo es posible, en términos generales, *llegar a ser* Dios? ¿Y si se admite la hipótesis de que Cristo hubiese optado por retener el mundo? No es posible representarse como posible, como posibilidad real, un estado de cosas tan cómico y tan absurdo. Aquí Cristo, viviendo en el goce y el esplendor de su hermoso mundo, la plenitud del helenismo en el cielo y en la tierra, y allí el viejo Dios, solitario y sin hijos, indignándose contra el mundo por su fracaso. Tal es el principal defecto del Dios de Schelling, que tiene más dicha que inteligencia. Todo ha salido bien, pero habría podido ocurrir lo contrario. En general, la teología schellingiana es en todo y por todo antropopática. Si el demonio hubiese tentado con el reino del mundo a Cristo antes de llegar a ser Hombre, ya habría tenido, por lo menos, la posibilidad de atraérselo, ¡y quién sabe lo que entonces habría sucedido! Pero una vez que Cristo se había tornado Hombre, se había sometido ya a Dios, y el pobre diablo tenía que renunciar a todas sus esperanzas. Además, ¿acaso Cristo no había conquistado ya el reinado sobre el mundo a través del proceso mitológico? ¿Qué podía, entonces, ofrecerle el demonio?

Hemos resumido así lo fundamental de lo que Schelling ha expuesto como explicación del cristianismo. El resto son los textos y sus exégesis, de una parte, y de otra detalles relacionados con las consecuencias. Entre éstas, me limitaré a exponer las más importantes.

Partiendo de lo que ya hemos dicho acerca de la doctrina de la sucesión de las potencias en el reinado sobre el mundo, es explicable cómo cada una de las potencias que van reinando proclama la que habrá de seguirle. Así, en el Antiguo Testamento el Padre profetiza al Hijo y en el Nuevo Testamento el Hijo profetiza al Espíritu santo. En los libros proféticos se invierte el orden y la tercera potencia anuncia a la segunda. Aquí, vemos que las potencias se mueven en el mismo sentido que el tiempo, a saber, tras el "Malach Jehová" viene el "Ángel del Señor", que no es directamente la segunda persona, pero sí la segunda potencia, la causa de la manifestación de la segunda potencia en B. Cambia al cambiar los tiempos, lo que permite reconocer por su tipo de manifestación la edad de los diversos libros y, de este modo, por el avance de las potencias, se obtienen resultados "asombrosos", que superan a todo lo que la crítica había logrado hasta ahora. Esta determinación, se nos dice, es "la clave del Antiguo Testamento, a base de la cual podemos demostrar en su verdad relativa la realidad de las ideas del Testamento Antiguo".

El Antiguo Testamento comparte su fundamento y su premisa con el paganismo. De ahí el carácter pagano de tantas prácticas mosaicas.

Así, la circuncisión no es, evidentemente, más que una forma atenuada de la castración, que tan importante papel llegó a desempeñar en el primitivo paganismo y que representa mímica y simbólicamente la derrota del más antiguo de los dioses, de Urano, por la fase ulterior. Y así también el ayuno y la institución de la cabaña fundacional, que recuerda los santuarios egipcios, como la tienda de la federación recuerda a la caja sagrada de los fenicios y los egipcios.

La aparición del propio Cristo no es un hecho fortuito, sino predeterminado. El romanismo fue la disolución de la mitología, ya que, sin aportar nada nuevo, asimiló todas las representaciones religiosas del mundo, hasta las de las más antiguas religiones orientales, dando a entender con ello que era incapaz de crear nada nuevo. Pero, al mismo tiempo, de la veracidad de estas formas sobrevividas surgía el sentimiento de que tenía necesariamente que nacer algo nuevo. El mundo se paralizó, esperando las cosas que tenían que venir. De este Imperio romano exterior, de esta destrucción de las nacionalidades, brotó el reino interior de Dios. Y cuando se dieron las condiciones para ello, cumplida la misión de los tiempos, Dios envió a su Hijo.

Cristo, el μορφὴ θεοῦ,[n] que se despojaba como divino del ser extradivino, se hizo Hombre, conformando con ello del modo más luminoso y más brillante su divinidad, que perduraba en él. La pobreza de Cristo en gracia a nosotros no se refiere a la enajenación de su divinidad, al hecho de no hacer uso de ella, sino a la deposición de la μορφὴ θεοῦ, de la forma divina. La esencia divina permanece en él. Solamente él puede servir de mediador, por proceder de Dios y tener conciencia humana. En su actuación en el paganismo y el judaísmo no había sido superado el principio que entorpecía la humanidad y que podía llegar a destruirla; los reiterados sacrificios eliminaban solamente los síntomas de la dolencia, pero no el fundamento de ella. La falta de voluntad del Padre sólo podía contrarrestarse con otra voluntad más fuerte que él, que la muerte, que la voluntad de otro. No cabía una superación física, sino puramente moral de esta voluntad, mediante la más grande sumisión voluntaria del mediador en vez del Hombre. La más grande sumisión voluntaria del Hombre no había sido nunca totalmente voluntaria; en cambio, la del mediador sí era libre frente a Dios, sin voluntad ni culpa suya. De ahí el proceso a través del paganismo, para que el mediador pudiera actuar como representante de la conciencia. La decisión de hacerlo fue el mayor de los milagros de la intención divina.

Claro está que el lado físico de la conversión de Cristo en Hombre no puede aclararse hasta en sus últimos detalles. La posibilidad material de ello la lleva dentro de sí. Ser material significa servir de materia a una potencia superior, someterse a ella. Al someterse así a Dios, Cristo se torna en material con respecto a él. Pero, solamente al trocarse en criatura tiene derecho a existir fuera de Dios. Tiene, pues, necesariamente que convertirse en Hombre. Lo que en principio era en Dios y lo que en forma divina dominaba la conciencia en el paganismo nace

[n] Forma divina.

en Belén, como Hombre, de la mujer. La reconciliación había sido siempre algo puramente subjetivo; por esta razón, bastaban también los hechos subjetivos. Pero aquí se trataba de vencer la falta de voluntad del Padre, y esto sólo podía lograrse por medio de un hecho objetivo, mediante la conversión en Hombre.

Con ésta, interviene como personalidad mediadora la tercera potencia. Cristo es concebido por virtud del Espíritu santo, pero no es su Hijo. La función demiúrgica pasa a la tercera potencia; su primera manifestación es el Hombre material Jesús. La segunda potencia es la materia, la tercera la plasmadora de ésta. El proceso precedente es extraordinario, materialmente inconcebible, pero accesible sin embargo a una concepción superior. La materia para convertirse en Hombre la toma Cristo de sí mismo. La primera plasmación, cuya estructura no nos interesa ya para nada aquí, la recibió en el proceso orgánico de la Madre. Preguntar más que esto sería caer en la micrología y aún más allá.

Si Dios actúa en parte alguna con su voluntad es un milagro. En la naturaleza todo carece de voluntad. Y lo mismo ocurre con Cristo. La función demiúrgica le es inherente por su propia naturaleza, sin su voluntad, razón por la cual no puede despojarse de ella en cuanto Hombre; se convierte, aquí, en guía de su voluntad. El que el Hijo se halle con su voluntad en la naturaleza depende de la voluntad del Padre, y es por la voluntad del Padre por la que el Hijo obra milagros. Quien lea el Nuevo Testamento después de estas explicaciones, encontrará en él muchas cosas que hasta ahora no habría visto.

La muerte de Cristo estaba ya decretada antes de que se convirtiera en Hombre, aprobada por Cristo y por el Padre. No era, pues, un hecho casual, sino un sacrificio, reclamado por la intención divina. Se trata de privar de todo su poder al principio del mal, de vencerlo en su potencia. Y esto sólo podía hacerlo la potencia mediadora, pero no al contraponerse a aquél como una potencia meramente natural. Sin embargo, como Dios quería la superación de aquel principio mismo, la segunda potencia no tuvo más remedio que someterse a ello. Pues, a los ojos de Dios, la segunda potencia, en cuanto natural, no tiene más valor que el de lo que niega Dios, aunque no se ha convertido en natural por su propia culpa, sino por la culpa del hombre. Esta última circunstancia le da también cierto derecho a existir también fuera de Dios. Dios es tan justo, que no cancela unilateralmente el principio antagónico, y es tan humano, que ama más este factor en el fondo puramente fortuito que le da la posibilidad de existir en cuanto Dios que el momento necesario, la potencia por sí misma. Es tanto el Dios del principio contrario como el de la segunda potencia. Tal es su naturaleza, que se halla incluso por sobre su voluntad. Esta panunidad de todos los principios es su divina majestad, la cual no permite que aquel principio se rompa unilateralmente. Para que se cancele, es la segunda potencia la que tiene que adelantarse a él y someterse por entero a Dios en su ser extradivino.

En este punto, no podía bastar la conversión en Hombre. Inmediatamente después de la caída, Cristo siguió al hombre en la enajenación de Dios y se interpuso entre Dios y el mundo. Poniéndose al lado del principio contrario, se enfrentó al Padre, entró en tensión con él, se convirtió en cómplice de aquel ser y hubo de sufrir la pena, como el inocente-culpable que sale fiador del ser enajenado de Dios. Esta su equiparación al contrario es expiada por él en la muerte con los pecados del mundo que se echa sobre sí. Ésta es la razón de su muerte. Cierto que también mueren los demás hombres, pero él muere de una muerte muy distinta que éstos. Esta muerte es un milagro, que no nos atreveríamos a creer, si no fuese tan cierto. De su muerte fue testigo la humanidad entera a través de sus representantes; judíos y paganos asistieron a ella. El principio de los paganos debió sufrir la muerte pagana, la muerte en la cruz; en ella no hay que buscar, por otra parte, nada de particular. La *tensión* en la cruz fue la solución de la larga *tensión* en la que Cristo se había hallado en el paganismo, como está escrito, cuando se dice que Cristo fue liberado por la muerte del tribunal y de la angustia (es decir, de la tensión). Tal es el gran misterio, que todavía hoy sigue siendo una vergüenza para los judíos (para los moralistas) y una necedad para los paganos (para los simplemente racionales).

La resurrección de Cristo ha sido siempre considerada como una garantía de la inmortalidad personal. Acerca de esta doctrina, y prescindiendo de la resurrección de Cristo, hay que observar lo siguiente. En esta vida prevalece la naturaleza sobre el espíritu, y ello presupone un segundo, en cuanto que esto se ve compensado por la dominación del espíritu sobre la naturaleza, y un tercero y último, en lo que ambos momentos se equilibran y viven en armonía. Hasta ahora, la filosofía no había encontrado ninguna meta aquietadora para la inmortalidad, que viene dada aquí, en el cristianismo.

La resurrección de Cristo es la prueba de la irrevocabilidad de su conversión en Hombre. En ella se adopta de nuevo el ser humano de Dios. No era el hecho concreto del Hombre lo que desagradaba a Dios, sino todo el estado en que se hallaba, así como también el individuo ya antes de pecar. De ahí que ninguna voluntad humana, ningún acto humano pudieran ser realmente buenos, antes de que el Padre se reconciliara. Con la resurrección de Cristo este estado de cosas es reconocido por Dios y se devuelve al mundo la alegría. Es, pues, la resurrección lo que da cima a la justificación, en cuanto que Cristo *no se disuelve en el Todo*, sino que se sienta, como Hombre, a la diestra de Dios. La resurrección es un rayo que salta de la historia interna a la externa. Quien prescinda de él sólo retendrá lo externo sin el contenido divino, sin aquel algo trascendente que hace que la historia sea tal historia, se quedará solamente con los simples datos de la memoria y aparecerá como el gran tropel ante los sucesos del día cuyos resortes internos ignora. Y, además, irá a parar al infierno, es decir, que "el momento de la muerte se extenderá por toda una eternidad".

Por último, aparece el Espíritu santo y lo corona todo. El Espíritu santo sólo puede derramarse después de la plena reconciliación del Padre, y su llegada es el signo anunciador de que esa reconciliación se ha efectuado.

Schelling desliza aquí su juicio acerca de la más reciente crítica, desde Strauss. Jamás habría sido capaz de arrancarle una polémica, como lo demuestra el hecho de que desde 1831 haya mantenido estas lecciones en su estado original, sin la menor adición. Y la filosofía de la mitología data todavía de más atrás. En ella hablaba de la "inteligencia vulgar, eminentemente filistea" de aquellas gentes, de su "manera poco madura de tratar tesis no acabadas", de la "impotencia de su filosofía", etc. En cambio, nada tenía que decir contra el pietismo y el cristianismo puramente subjetivo; simplemente que esto no era lo único ni lo más alto.

¿Debo resumir, además, la satanología? El demonio no es ni personal ni impersonal, es una potencia; los ángeles malos son potencias, pero potencias que no deberían serlo y estatuidas, sin embargo, por la caída del Hombre; los ángeles buenos son también potencias, pero potencias que sí deben serlo y que no lo son por la caída del Hombre. Por el momento, basta con esto.

La Iglesia y su historia se desarrollan partiendo de los tres apóstoles Pedro, Santiago (con su sucesor, Pablo) y Juan. Neander es de la misma opinión. La Iglesia católica es la de Pedro, la conservadora, la judaico-formal, la protestante es la de Pablo y la tercera, la que aún estamos esperando y que, evidentemente, prepara Schelling, es la de Juan, en quien se aúnan la simpleza de Pedro y la agudeza dialéctica de Pablo. Pedro representa al Padre, Pablo al Hijo y Juan al Espíritu santo. "Aquellos a quienes el Señor ama los encarga de rematar las cosas. Si yo tuviese que consagrar una iglesia, la consagraría a san Juan. Pero un día se construirá una iglesia común consagrada a los tres apóstodes, y esta iglesia será el verdadero Panteón cristiano".

He ahí el contenido esencial de las lecciones de Schelling, tal como nos lo ofrece el cotejo de los tres cuadernos consultados. Tengo la conciencia de haber procedido, en esta tarea, con la mayor honestidad y sinceridad. Ahí tenemos, en efecto, toda la dogmática, la Trinidad, la creación a base de la nada, la caída en el pecado, el pecado original y la impotencia para el bien, la reconciliación mediante la muerte de Cristo, la resurrección, el derramamiento del Espíritu santo, la comunidad de lo sagrado, la resurrección de los muertos y la vida eterna. Como vemos, Schelling cancela de nuevo por sí mismo la separación entre el hecho y el dogma que había estatuido. Pero, mirando la cosa más de cerca, ¿podemos decir que este cristianismo siga siendo el de antes? Quien aborde el problema sin prejuicios, tendrá que contestar: sí y no. La incompatibilidad entre la filosofía y el cristianismo ha ido tan allá, que el propio Schelling cae en una contradicción todavía peor que la de Hegel. Éste tenía, por lo menos, una filosofía, aunque sólo mantuviera en ella un cristianismo puramente aparente; pero lo que

Schelling nos ofrece no es ni cristianismo ni filosofía, y en el hecho de que nos lo ofrezca como ambas cosas a la vez reside "la rectitud y la franqueza", reside el mérito "de haber dado verdaderamente pan a quienes exigían de él pan, y no una piedra, *haciéndola pasar por pan*". Que Schelling no se conoce a sí mismo lo revela, entre otras cosas, el discurso del que están tomadas estas palabras. Sobre qué fundamentos tan endebles descansa el cristianismo actual es cosa de la que uno se da cuenta cabal a la luz de semejante doctrina.

Si una vez más abarcamos con la mirada todo lo expuesto, obtenemos además de los ya señalados, en la determinación del modo de pensar de Schelling, los resultados siguientes. La confusión de libertad y arbitrariedad florece aquí en su máximo esplendor. A Dios se le concibe siempre obrando de un modo humano-arbitrario. Esto es, evidentemente, necesario mientras se conciba a Dios como individuo, pero filosóficamente no lo es. Sólo es verdadera *aquella* libertad que lleva en sí la necesidad; más aún, sólo lo es de verdad la que entraña la racionalidad de la necesidad. Por eso el Dios de Hegel no puede ser nunca una persona individual, porque excluye todo lo arbitrario. Y de ahí que Schelling no tenga más remedio que aplicar el pensamiento "libre" cuando habla de Dios, pues el pensamiento necesario de la conciencia lógica excluye toda persona divina. La dialéctica hegeliana, esta poderosa e incansable palanca del pensamiento no es otra cosa que la conciencia de la humanidad en el pensamiento puro, la conciencia de lo general, la conciencia de Dios en Hegel. Allí donde, como ocurre en Hegel, todo se hace por sí mismo, la personalidad de Dios resulta superflua.

Y nos encontramos, además, con una nueva contradicción en la escisión de la filosofía. Si la filosofía negativa no guarda ninguna relación con la existencia, "no se dará la consecüencia" por virtud de la cual debe contener también cosas que no se dan en el mundo real. Schelling reconoce esto cuando dice de ella que no se preocupa para nada del mundo y que si éste coincide con las construcciones filosóficas es pura casualidad. Pero, de este modo, resulta que la filosofía negativa es una filosofía completamente hueca y vacía, que da vueltas en medio de la más arbitraria posibilidad y abre de par en par sus puertas a la fantasía. Pero, por otra parte, si sólo contiene lo que es real en la naturaleza y en el espíritu, esa filosofía incluirá la realidad y resultará superflua la filosofía positiva. Lo cual se revela también vista la cosa por el otro lado. Naturaleza y espíritu son, en Schelling, lo único racional. Dios no es racional. Por donde se demuestra también aquí que lo infinito sólo puede existir racionalmente de un modo real si se manifiesta como finitud, como naturaleza y espíritu, y que debe rechazarse, empujándola al reino de las abstracciones, como una existencia extramundana y relegada al más allá de lo infinito. Como hemos visto, aquella filosofía positiva aparte depende exclusivamente de la fe y existe solamente para ella. Y si un judío o un mahometano reconociesen las premisas schellingianas en la filosofía negativa, se formaría también, necesariamente,

una filosofía positiva judía o mahometana. Y hasta tendría que ser distinta para el catolicismo y para la Iglesia anglicana. Todas ellas son igualmente legítimas, "pues aquí no se trata del dogma, sino del hecho". A base del pensamiento "libre" que se postula, puede construirse todo como absoluto. Y, concretamente, en el mahometismo aparecen los hechos mucho mejor construidos que en el cristianismo.

Con lo dicho hemos terminado, pues, con la filosofía de Schelling, y sólo debemos deplorar que un hombre como él caiga de este modo en los nudos de la fe y de la ausencia de libertad. De joven, pensaba de modo muy distinto. Emergían entonces de su agitada cabeza figuras de Palas, algunas de las cuales todavía corrían delante de todas en las luchas de tiempos posteriores; entonces, navegaba libre y audazmente por el mar abierto del pensamiento, poniendo proa al descubrimiento de la Atlántida, de lo absoluto, cuyos contornos veía con tanta frecuencia dibujarse allá en el lejano horizonte del mar, en el sueño resplandeciente de la Fata Morgana; todo el fuego de la juventud encendía entonces en él las llamas del entusiasmo, como un profeta embriagado de Dios, que profetizaba nuevos tiempos, aunque a veces, arrastrado por el espíritu que lo dominaba, no conociese el significado de sus palabras. Abría de par en par las puertas del filosofar, para que el hálito fresco de la naturaleza soplase en las moradas del pensamiento abstracto y los cálidos rayos primaverales cayeran sobre las simientes de las categorías y despertasen todas las fuerzas latentes en ellas. Pero el fuego se apagó, decayó el ánimo y el mosto en fermentación se convirtió en amargo vinagre antes de tener tiempo de clarificarse como vino. La intrépida nave que danzaba alegremente sobre las aguas viró en redondo y fue a encallar en el tranquilo puerto de la fe, y su quilla se clavó con tanta fuerza en la arena, que allí sigue todavía. Allí está el buque, desarbolado y maltrecho, sin que nadie sea capaz de reconocer en el casco náufrago la vieja nave que un día surcó los mares a velas desplegadas y ondeando al viento sus banderas. Hace tiempo que las velas han desaparecido, podridas, los mástiles se han venido a tierra, por entre las planchas abiertas del casco penetra el agua y nuevas arenas van cubriendo y enterrando deplorable despojo.

Volvamos la espalda a esta ruina de los tiempos. Hay espectáculos más bellos en que recrear la vista. Nadie se empeñará en mostrarnos estos restos de un naufragio y decirnos que se trata de un velero comercial, mientras en otro puerto toda una flota de orgullosas fragatas se dispone a hacerse a la mar. Nuestra salvación, nuestro porvenir están en otra parte. Hegel es el hombre que ha abierto una nueva era en la conciencia, poniendo fin a la anterior. Y es muy característico que este pensador se vea ahora atacado por dos flancos, en uno por su predecesor Schelling y en el otro por su más joven continuador, Feuerbach. Si éste reprocha a Hegel el que se halla todavía profundamente sumido en lo viejo, debiera pararse a pensar que la conciencia en torno a lo viejo es ya cabalmente lo nuevo, que lo viejo entra precisamente en la historia cuando se revela plenamente a la conciencia. Y así, Hegel, es, cier-

tamente, lo nuevo en cuanto viejo y lo viejo en cuanto nuevo. Del mismo modo que la crítica del cristianismo de Feuerbach constituye el complemento necesario de la teoría especulativa de la religión fundada por Hegel. Esta doctrina ha encontrado su punto culminante en Strauss, y el dogma se disuelve *objetivamente* por su propia historia en el pensamiento filosófico. Al mismo tiempo, Feuerbach reduce las determinaciones religiosas a relaciones humanas *subjetivas* y, con ello, no sólo no cancela los resultados a que llega Strauss, sino que, lejos de ello, los contrasta, del mismo modo que ambos llegan a la conclusión de que el secreto de la teología se esconde en la antropología.

Despunta una nueva mañana, una mañana histórico-universal como la que en medio de la aurora del Oriente encendió la luz libre de la conciencia helénica. Se ha levantado en el firmamento el sol al que ríen desde todas las cimas de las montañas las hogueras del sacrificio, cuyo paso va acompañado por los claros trompetazos de todos los atalayas y cuya luz era ansiosamente esperada por la angustiada humanidad. Hemos despertado de un largo sueño; se ha disipado la pesadilla que oprimía nuestros pechos; nos frotamos los ojos y miramos con asombro a nuestro alrededor. Todo ha cambiado. ¡Cuán a gusto nos hallamos ahora en un mundo que antes nos parecía extraño, en medio de una naturaleza cuyos poderes ocultos nos infundían antes pavor, como fantasmas! El mundo, que antes nos parecía una cárcel, se nos muestra ahora en su verdadera faz, como un espléndido palacio regio en el que todos, pobres y ricos, altos y bajos, podemos entrar y salir. La naturaleza se despliega ante nosotros y nos grita: ¡no huyáis de mí, pues no estoy maldita ni me aparto de la verdad, venid y ved, pues es vuestra esencia más propia y más íntima la que me infunde también a mí plenitud de vida y belleza juvenil! El cielo ha descendido sobre la tierra, desparramando en ella sus tesoros como las piedras al borde de los caminos, para que los recoja todo el que quiera. Han desaparecido todo desgarramiento, toda angustia, toda escisión. El mundo vuelve a ser un todo, independiente y libre; ha hecho volar las puertas del sombrío claustro, ha arrojado la camisa del tormento y ha elegido como morada el éter libre y puro. Ya no necesita justificarse ante la negación de la inteligencia, incapaz de comprenderla; su justificación está en su magnificencia y esplendor, en su plenitud, en su vigor y en su vida. No cabe duda de que tenía razón aquel que hace mil ochocientos años sospechaba que llegaría el día en que sería desplazado por el mundo, por el cosmos, y ordenó a sus discípulos renunciar al mundo.

Y el hijo más amado de la naturaleza, el hombre, retornando como hombre libre a la madre, tras las largas luchas del período juvenil y tras larga enajenación, y protegiéndola contra todos los fantasmas de los enemigos abatidos en la lucha, se ha sobrepuesto también a la separación con respecto a sí mismo, a la escisión dentro del propio pecho. Al cabo de una pugna y un forcejeo interminablemente largos, ha amanecido también para él el luminoso día de la autoconciencia. Ahí lo tenemos, libre y vigoroso, orgulloso y lleno de confianza en sí mismo,

pues sabe que ha librado la lucha de las luchas, porque se ha superado a sí mismo y ha ceñido sus sienes con la corona de la libertad. Todo se ha esclarecido ante sus ojos y nada ha sido lo bastante fuerte para permanecer oculto ante él. Es ahora cuando por vez primera contempla la verdadera vida. Aquello a que antes aspiraba, llevado de una oscura intuición, lo alcanza ahora por la fuerza de su voluntad plenamente libre. Encuentra en sí mismo, como carne y sangre suyas, lo que antes parecía flotar fuera de él, en una vaga lejanía. Y no se para a pensar que lo ha comprado muy caro, a costa de la mejor sangre de su corazón, pues la corona alcanzada vale la sangre que ha costado conseguirla; y el largo tiempo de la ronda no ha sido tiempo perdido, pues no ha hecho más que elevar el valor de la hermosa y espléndida novia conquistada por él; la joya, el santuario encontrados tras larga búsqueda valían la pena del duro peregrinar.

Esta corona, esta novia, este santuario es la *autoconciencia de la humanidad*, el nuevo Graal alrededor de cuyo trono se congregan jubilosos los pueblos, que convierte en reyes a cuantos a él se acercan, que ve tendidos a sus pies y obligados a sacrificar a su mayor gloria todo el esplendor y el poder, toda la fuerza y la riqueza, toda la belleza y la plenitud de este mundo.

Esa es nuestra misión: servir de hierro del templo de este Graal, ceñirnos la espada para luchar por él y empeñar alegremente nuestra vida en la última guerra santa, a la que seguirá el reino milenario de la libertad.

Es tal la fuerza de la idea, que ninguno de cuantos han llegado a conocerla puede dejar de hablar de su magnificencia y de proclamar su omnipotencia, sacrificando de buen grado todo lo demás cuando exija que se le sacrifique el cuerpo y la vida, los bienes y la sangre, con tal de que ella triunfe y prospere. Quien la haya contemplado una vez, a quien se le haya aparecido en todo su esplendor en la quietud nocturna de su aposento, no tiene más remedio que seguirla a donde quiera que lo conduzca, aunque sea a la muerte. Pues quien la conozca sabe de su vigor indoblegable, sabe que es más fuerte que todo en el cielo y en la tierra, sabe que es capaz de batirse contra cuantos enemigos se le puedan poner en frente. Y esta fe en la omnipotencia de la idea, en el triunfo de la eterna verdad, esta firme convicción de que jamás puede vacilar ni retroceder, aunque el mundo entero se rebele en contra suya, es la verdadera religión de todo auténtico filósofo, la base de la verdadera filosofía positiva, la filosofía de la historia universal. Es la suprema revelación, la del hombre ante el hombre, en la que toda negación de la crítica es positiva. Este empuje y esta acometividad de los pueblos y los héroes, sobre los que la idea flota en perenne paz hasta que, por último, desciende en medio del tráfago, para convertirse en su más íntima y más viva alma autoconciente: he ahí la fuente de toda salvación y de toda redención; he ahí el reino en el que cada uno de nosotros tiene que actuar, en el lugar que le corresponda. La idea, la autoconciencia de la humanidad, es aquel fénix maravilloso que se construye

su hoguera con lo más precioso que hay en el mundo, para renacer, rejuvenecido, de las llamas en las que se consume la vieja época.

¡Aportemos, pues, a la hoguera de este fénix, para poder llegar a ser libres, lo que tengamos de más caro y más amado, lo que tengamos por más grande y más sagrado! ¡No consideremos ningún amor, ninguna ganancia, ninguna riqueza, lo bastante alta para no sacrificarla alegremente a la idea! ¡Luchemos y demos nuestra sangre, mirando fijamente a los coléricos ojos del enemigo, y perseveremos en el combate hasta el final! ¿No veis nuestras banderas tremolar en lo alto de la montaña? ¿No veis las espadas de nuestros camaradas brillar y agitarse las plumas de sus yelmos? ¡Vedlos acudir de todos los valles, afluir hacia nosotros, bajando de todas las alturas, con cánticos y sonar de trompetas! ¡El día de la gran decisión, de la batalla de los pueblos, se acerca, y la victoria, pase lo que pase, será nuestra!

# DIARIO DE UN OYENTE

*Por Friedrich Oswald*

[*Rheinische Zeitung*, núm. 130.
10 de mayo de 1842]

## I

## [*Marheineke*]

En una ciudad como Berlín, cometería el forastero un verdadero crimen contra sí mismo y contra el buen gusto si no echase un vistazo a todo lo que hay digno de verse. Y, sin embargo, ocurre con harta frecuencia que el forastero se va sin ver lo más importante de todo Berlín, lo que tanto distingue a la capital de Prusia de las demás: me refiero a la Universidad. Pero, al decir esto, no aludo precisamente a la imponente fachada de la plaza de la Ópera, ni al Museo anatómico y mineralógico, sino a las muchas aulas en las que enseñan profesores ingeniosos y pedantes, en cuyos bancos se sientan estudiantes jóvenes y viejos, serios y alegres, de cabello rubio o ya lleno de canas; aulas en las que se han pronunciado y siguen pronunciándose todos los días palabras que no se detienen ante las fronteras de Prusia, ni siquiera ante los confines de la lengua alemana.

Mucho prestigia a la Universidad de Berlín el que ninguna se halle metida tan de lleno como ella en el movimiento de ideas de la época ni se haya convertido tanto en palestra de las luchas espirituales. ¡Cuántas otras universidades, Bonn, Jena, Giessen, Greifswald y hasta Leipzig, Breslau y Heidelberg, se han sustraído a estas luchas y han caído en esa apatía erudita que siempre ha sido la desgracia de las universidades alemanas! La de Berlín, por el contrario, cuenta entre sus profesores académicos a representantes de todas las tendencias, lo que permite mantener una polémica viva que facilita al estudiante una visión panorámica clara y sencilla de las tendencias actuales.

En estas circunstancias, me sentí movido a hacer uso del derecho, ya generalizado, a asistir a las clases como oyente, y una buena mañana, precisamente al comienzo del semestre, entré en la Universidad. Algunos profesores habían comenzado ya sus clases, pero la mayoría las iniciaban cabalmente hoy.

Lo más interesante que se me deparaba era la inauguración del curso de Marheineke sobre la introducción de la filosofía hegeliana a la teología. En general, ofrecían especial interés en este semestre las primeras

clases de los hegelianos de aquí, pues algunas de ellas hacían suponer de antemano que polemizarían contra la filosofía de la revelación de Schelling, mientras que de otras podía esperarse que no retrocederían ante el deber de salvar el honor de los ofendidos manes de Hegel.

El curso de Marheineke iba demasiado claramente dirigido contra Schelling para no atraer una atención especial. El aula estaba llena mucho antes de que llegara el profesor; hombres jóvenes y viejos, estudiantes, oficiales del ejército y quién sabe cuántas gentes más, aparecían sentados y de pie, bien apretados. Por fin, entró Marheineke; los rumores y las conversaciones cesaron de pronto y todas las cabezas se descubrieron, como a una voz de mando.

Un hombre fuerte y vigoroso, un rostro serio y resuelto de pensador, la espaciosa frente circundada de cabellos encanecidos en la amarga faena del pensamiento. Y, hablando, también un noble decoro, en el que no se advierte nada del sabio que esconde la nariz entre los papeles, pero nada tampoco del que gesticula con teatral ademán; el cuerpo juvenilmente erguido y la mirada serenamente fija en el auditorio; la dicción misma tranquila, digna, lenta, pero fluida, sin retóricas, y llena de ideas vivas, cada una de las cuales salta sobre las otras e impresiona con mayor fuerza todavía que las anteriores.

Marheineke impone en la cátedra por la seguridad, la inconmovible firmeza y la dignidad, pero al mismo tiempo por el libre espíritu que emana de todo su ser. Pero hoy había subido a la cátedra en un estado de ánimo muy especial e impresionaba a sus oyentes con mucha más fuerza que de costumbre. Se había pasado un semestre entero soportando pacientemente las indignas manifestaciones de Schelling sobre el Hegel muerto y su filosofía, había escuchado tranquilamente hasta el final las lecciones de Schelling —lo que no es, ciertamente, ninguna pequeñez, para un hombre como Marheineke—, y había llegado, por fin, el momento en que podía replicar a los ataques y oponer a orgullosas palabras ideas llenas de orgullo.

Comenzó haciendo algunas consideraciones generales, en las que señaló magistralmente la posición actual de la filosofía ante la teología, mencionó con palabras de reconocimiento a Schleiermacher, de cuyos discípulos dijo que habían sido guiados a la filosofía por el pensamiento de su maestro que incitaba al pensamiento y advirtió que quienes seguían otro camino lo pagaban luego amargamente. Poco a poco, pasó a hablar de la filosofía hegeliana e hizo enseguida una alusión fácilmente inteligible a Schelling.

"Hegel —dijo— quería sobre todo que en filosofía se elevase uno por sobre *su propia vanidad* y no creyese que había pensado algo extraordinario, digno de que todo el mundo lo admirase; no era, especialmente, hombre que formulara *grandes promesas y palabras fascinantes*, sino que dejaba tranquilamente que los *hechos* filosóficos hablasen por él. No fue nunca, en filosofía, el *miles gloriosus* [a] que se pone a sí mismo por las nubes. Claro está que actualmente

[a] Glorioso soldado, fanfarrón.

nadie se tiene por demasiado ignorante y limitado para poder hablar despectivamente de él y de su filosofía, y si alguien llevara en el bolsillo una refutación concienzuda de su doctrina sería, infaliblemente, un hombre afortunado, pues hasta dónde podría llegarse por este camino se ve a juzgar por los que sólo prometen refutarle, *sin cumplir luego su promesa*."

Estas últimas palabras arrancaron una ovación y entusiastas aclamaciones por parte del público, que ya antes había manifestado su entusiasmo mediante aplausos y otras muestras de aprobación; y, como todo esto era nuevo en una clase de teología, el orador se quedó muy sorprendido, y no faltaría quien estableciera comparaciones muy curiosas con el seco ¡viva! trabajosamente arrancado, como por suscripción, al final de las conferencias combatidas aquí por Marheineke. El maestro acalló las aclamaciones con la mano y prosiguió así:

"La esperada y apetecida refutación aún no ha llegado, ni llegará mientras se movilicen contra esta filosofía *la irritación, el malhumor y la envidia*, es decir, la pasión, en vez del sereno examen científico; mientras se considere que el *gnosticismo* y la *fantasía* son suficientes para destronar al pensamiento filosófico. Por supuesto que la condición primera de esta refutación es haber comprendido exactamente al adversario, y en esto hay que reconocer que muchos de los enemigos de Hegel se asemejan al enano que luchaba contra el gigante o al hidalgo todavía más conocido, que se batía contra los molinos de viento."

He aquí el principal contenido de la primera lección de Marheineke, en aquello en que puede interesar al gran público. Una vez más ha demostrado este profesor cuán valerosa y serenamente puede erguirse en el campo de batalla, cuando se trata de defender la libertad de la ciencia. Por su carácter y su perspicacia se halla más dotado que Gabler para ser considerado como el continuador de Hegel, aunque generalmente se confiera a éste dicho título. Marheineke ha heredado la grande y libre mirada con que Hegel abarcaba todo el campo del pensamiento y captaba los fenómenos de la vida. ¿Quién lo condenará por negarse a sacrificar su convicción de casi toda la vida y sus trabajosas conquistas a un progreso que apenas hace cinco años que ha venido al mundo? Marheineke ha progresado lo bastante con los tiempos para tener derecho a llegar a un resultado científico. Se destaca por una gran cualidad, y es que sabe pisar terreno igual al de los extremos más radicales de la filosofía y hace suya su causa, como lo ha demostrado todos los días, desde el mezquino hegelismo de Leo hasta la destitución de Bruno Bauer.[50]

Por lo demás, Marheineke publicará estas lecciones, al terminar el curso.[51]

## II

## [*Von Henning*]

[*Rheinische Zeitung*, núm. 134,
24 de mayo de 1842]

En una espaciosa aula veíanse dos o tres estudiantes sentados, aguardando la llegada del maestro. El aviso clavado en la puerta anunciaba que el profesor von Henning sustentaría a esta hora una conferencia pública sobre el *régimen financiero de Prusia.* Me sentí atraído por el tema, puesto a la orden del día por Bülow-Cummerow, y por el nombre del docente, uno de los viejos discípulos de Hegel, y me sorprendió no encontrarme con un auditorio más numeroso. Entró el profesor, que era un hombre esbelto en sus "mejores años", de pelo rubio y escaso. Comenzó a disertar sobre su tema con palabras que fluían rápidamente y en un estilo tal vez demasiado detallista.

"Prusia —dijo von Henning— lleva a todos los demás Estados la ventaja de que su régimen financiero descansa todo él sobre los fundamentos de la moderna ciencia de la economía política y es el único hasta ahora que se ha atrevido a llevar a la práctica los resultados teóricos de Adam Smith y sus continuadores. Inglaterra, por ejemplo, el país donde nacieron estas modernas teorías, sigue hundida hasta las orejas en el viejo sistema monopolista y prohibitivo, y Francia todavía más, si cabe, sin que ni Hukisson entre los ingleses ni Duchâtel entre los franceses hayan sido capaces de sobrepujar, con sus ideas más racionales, los intereses privados, y en Austria y Rusia, no digamos, al paso que Prusia reconoce decididamente el principio del libre comercio y de la libertad industrial, habiendo abolido todos los monopolios y aranceles prohibitivos. Este aspecto de nuestra Constitución nos coloca, así, muy por encima de ciertos Estados que, en cambio, marchan muy por delante de nosotros en otros aspectos, en lo que se refiere al desarrollo de la libertad política. Ahora bien, si es cierto que nuestro gobierno ha realizado una obra extraordinaria en materia financiera, hay que reconocer, por otra parte, que se encontró también con premisas muy favorables para acometer semejante reforma. El golpe de 1806 [b] limpió el terreno para que pudiera levantarse sobre él el nuevo edificio; no se encontró con las manos atadas por una Constitución representativa en la que se hicieran valer los diversos intereses específicos. Desgraciadamente, seguía habiendo, a pesar de todo, viejos señores que, llevados de su limitación y de su mal humor, criticaban lo nuevo y le hacían el reproche de que era algo antihistórico, derivado de la teoría abstracta, poco práctico y construido con violencia; ¡como si la historia hubiese terminado en 1806 y fuese un reproche para la práctica el coincidir con la teoría, con la ciencia; como si la esencia de la historia consistiese en detenerse o en dar vueltas alrededor del mismo sitio, y no en el progreso, y como si existiese alguna práctica totalmente desligada de la teoría!"

Permítaseme detenerme un poco en estos últimos puntos, con los que

[b] Se refiere a la guerra de Prusia contra Napoleón.

sin duda alguna se declarará identificada la opinión pública en Alemana y, sobre todo, en Prusia. Ya va siendo hora de salir resueltamente al paso de las eternas cháchara acerca de un cierto partido del "desarrollo histórico, orgánico y natural", de un "Estado conforme a la naturaleza", etc., desenmascarando ante el pueblo esas brillantes figuras. Si hay Estados que tienen, ciertamente, que guardar miramientos hacia el pasado y se ven obligados a progresar más lentamente, esto no rige con Prusia. *Prusia no puede avanzar bastante aprisa,* no puede desarrollarse con bastante celeridad. Nuestro pasado se halla sepultado bajo las ruinas de la Prusia anterior a Jena [c] y ha sido barrido por la riada de la invasión napoleónica.[d] ¿Qué es lo que nos ata? No tenemos por qué marchar arrastrando en los pies los grilletes de las rémoras medievales que a tantos Estados les impiden caminar, ya no se halla adherida a nuestras suelas la basura de los pasados siglos. ¿Cómo, en estas condiciones, puede hablarse de desarrollo histórico, sin proponerse un retorno al antiguo régimen? Un retorno que sería el más infame de cuantos hayan existido, que borraría del modo más cobarde los años más gloriosos de la historia de Prusia, que representaría —conciente o inconcientemente— una traición de lesa patria y haría necesaria una nueva catástrofe como la de 1806.

No; es claro como la luz del sol que *la salvación de Prusia sólo puede estar en la teoría, en la ciencia, en el desarrollo a base del espíritu.* O, abordando el problema de otro modo, Prusia no es un Estado "natural", sino un Estado que ha nacido y se ha hecho por la política, por una actividad encaminada a un fin, por el *espíritu.* Últimamente, y por parte de Francia, se ha tratado de presentar esto como la más grande falla de nuestro Estado; por el contrario, esta circunstancia, si se la sabe utilizar debidamente, constituye nuestra gran fuerza. Así como el espíritu conciente de sí mismo está muy por encima de la naturaleza inconciente, así también Prusia puede descollar, si lo quiere, muy por encima de los Estados "naturales". Por ser tan grandes en Prusia las diferencias provinciales, su Constitución, para no ser injusta con ninguna región, tiene que brotar *puramente del pensamiento*; la fusión gradual de las diferentes provincias irá produciéndose luego por sí sola, al ir disolviéndose todas las especiales peculiaridades en la unidad superior de la conciencia libre del Estado, mientras que, de otro modo, no serían suficientes dos siglos para hacer surgir la unidad interior nacional y legislativa de Prusia, y el primer golpe estremecedor para la cohesión interna de nuestro Estado acarrearía necesariamente consecuencias por las que nadie podría responder. Los otros Estados encuentran trazado de antemano por un determinado carácter nacional el camino que deben recorrer. Nosotros nos hallamos libres de semejante coacción; podemos hacer de nosotros lo que queramos; Prusia puede, posponiendo cualesquiera otras consideraciones, seguir libremente las inspiraciones de la razón, puede aprender como ningún otro Estado de las experiencias de sus vecinos; puede, sin que nadie en esto rivalice con él, servir

[c] Victoria de Napoleón sobre los ejércitos prusianos (14 de oct. 1806). [d] En 1806.

de Estado modelo para Europa y representar, a la altura de su tiempo, en sus instituciones, la plena conciencia del Estado de su siglo.

Tal es nuestra misión, para eso ha sido creada Prusia. ¿Vamos a vender este futuro por unas cuantas frases huecas de una tendencia ya caduca? ¿No hemos de dar oídas a la historia, la cual nos señala la misión de trasladar a la realidad la flor de toda teoría? El fundamento sobre que descansa Prusia, repito, no son las ruinas de pasados siglos, sino el espíritu eternamente joven que cobra conciencia en la ciencia y se crea a sí mismo su libertad en el Estado. Y si nos volviéramos de espaldas al espíritu y a su libertad renegaríamos de nosotros mismos, traicionaríamos a nuestro bien más sagrado, mataríamos nuestra propia fuerza vital y no seríamos dignos de seguir figurando en las filas de los Estados europeos. Y la historia nos condenaría a la más espantosa pena de muerte: "Has sido pesada y no has dado el peso".

# ALEXANDER JUNG, LECCIONES SOBRE LA MODERNA LITERATURA ALEMANA [52]

(Danzig 1842, Gerhard.)

[*Deutsche Jahrbücher für Wissenschaft und Kunst*
Año I, núm. 160, 7 de julio de 1842]

Cuanto más halagüeño es el formidable movimiento espiritual con que Königsberg trata de colocarse en el centro del desarrollo político alemán y cuanto con mayor libertad y de modo más acusado se manifiesta allí la opinión pública, tanto más extraño tiene que parecernos que precisamente en ese lugar pretenda imponerse en el terreno filosófico cierta actitud de justo medio que se halla, manifiestamente, en contradicción con aquel público. Rosenkranz ofrece todavía algún que otro aspecto respetable, aunque también a él le falte el valor de la consecuencia; en cambio, todo el desmadejamiento y toda la lamentable pobreza del justo medio filosófico se pone de manifiesto en el señor Alexander Jung.

En todo movimiento, en toda lucha de ideas, nos encontramos con cierto tipo de cabezas confusas que sólo se encuentran a gusto en medio de las aguas revueltas. Mientras los principios no se esclarecen ante sí mismos, se las deja hacer, pues cuando cada uno pugna por ver claro no es fácil descubrir la predestinada falta de claridad de las mentalidades a que nos referimos. Pero cuando cada elemento ocupa el lugar que le corresponde y los principios se deslindan, ha llegado la hora de dar el pasaporte a los que no sirven y de ajustar cuentas definitivas con ellos, pues su vaciedad se revela ahora aterradoramente.

Entre estas gentes de quienes venimos hablando figura también el señor Alexander Jung.

Para nosotros, lo mejor sería ignorar el libro de referencia; pero como, además, su autor edita la *Hoja literaria de Königsberg*,[53] desde cuyas columnas exhibe todas las semanas ante el público su tedioso positivismo, los lectores de los *Anales* me perdonarán que por una vez me fije en el señor Jung y trace de él una semblanza un poco meticulosa.

En tiempo de la en su día Joven Alemania [12] Jung publicó unas cartas sobre la literatura contemporánea.[54] Se había sumado a la nueva tendencia, pero, sin quererlo, entró con ella en oposición. ¡Magnífica posición para nuestro mediador! ¡El señor Alexander Jung en la extrema izquierda! No es difícil imaginarse la situación tan desagradable en que este hombre se encontraba y el torrente de excusas en que prorrumpió. Sentía, sin embargo, una pasión especial por Gutzkow, que a la sazón pasaba por ser el archiheterodoxo. Quería dar rienda suelta a su angus-

tiado corazón, pero tenía miedo, no quería escandalizar. ¿Qué camino seguir? El señor Jung encontró un recurso digno de él. Escribió una apoteosis de Gutzkow, pero procurando no mencionar siquiera su nombre; escrito el artículo, le puso este título: "Fragmentos sobre un anónimo". Diremos, si usted nos lo permite, señor Alexander Jung, que era la suya, una conducta bastante cobarde.

Posteriormente, Jung volvió a comparecer con un libro conciliador y confuso: *Königsberg en Prusia y los extremos del pietismo Königsbergense.*[55] ¡Vaya título! El pietismo de por sí no está mal, lo único condenable son sus *extremos.* Lo mismo que la *Hoja literaria de Königsberg* combate ahora los extremos de la tendencia de los jóvenes hegelianos, pues todos los extremos en general son malos y sólo la bendita conciliación y moderación sirven para algo. ¡Como si los extremos no fuesen sencillamente las consecuencias! Por lo demás, este libro ya fue comentado en su día en los *Anales de Halle.*

Ahora, se descuelga con el libro citado más arriba y derrama en él toda una carretada de aseveraciones vagas y ayunas de espíritu crítico, de juicios confusos, frases huecas y concepciones ridículamente limitadas. Tal parece como si hubiese estado durmiendo todo el tiempo, desde la publicación de sus cartas. *Rien appris, rien oublié!*[a] La Joven Alemania ha pasado a la historia, ha aparecido la escuela de los jóvenes hegelianos, Strauss, Feuerbach, Bauer y los *Anales* han atraído sobre sí la atención general, la lucha de principios se halla en su apogeo, se trata de un combate a vida o muerte, se halla en juego el cristianismo, el movimiento político lo invade todo, y el bueno de Jung sigue todavía pensando de un modo simplista que "la nación" no tiene otra cosa que hacer que seguir pendiente de una nueva obra de teatro de Gutzkow, de la novela que ha anunciado Mundt o del nuevo rasgo de ingenio que hay que esperar de Laube. Mientras el grito de lucha resuena a través de toda Alemania, mientras se debaten delante de sus narices los nuevos principios, el señor Jung se sienta tranquilamente en su cuarto, muerde la pluma y se pone a cavilar sobre el concepto de lo "moderno". No oye nada ni ve nada, pues se hunde hasta los pelos en montones de libros cuyo contenido ya no interesa a nadie y se esfuerza por clasificar limpia y ordenadamente cada una de las piezas en las categorías hegelianas.

En el umbral de sus *Lecciones* pone como vigía el fantasma de lo "moderno". ¿Qué es lo "moderno"? El señor Jung nos dice que toma como punto de partida de lo "moderno" a Byron y George Sand y que los más próximos elementos principales de la nueva era hay que buscarlos en Alemania, y son Hegel y los escritores de la llamada Joven Literatura.

Al pobre Hegel se le atribuye todo lo habido y por haber. Ateísmo, hegemonía de la autoconciencia, teoría revolucionaria del Estado y, por si todo eso no bastara, ahora, la Joven Alemania. Pero es sencillamente ridículo querer poner a Hegel en relación con esta pandilla. ¿Acaso el

[a] No ha aprendido ni olvidado nada.

señor Jung ignora que Gutzkow polemizó siempre contra la filosofía hegeliana, que Mundt y Kühne apenas entienden nada de estos problemas y que Mundt, sobre todo, en la *Madonna* y en otros lugares ha expresado los mayores disparates e incomprensiones en relación con Hegel y es ahora adversario declarado de sus doctrinas? ¿Y no sabe que Wienbarg se ha manifestado también en contra de Hegel y que, en su Historia de la literatura, Laube emplea constantemente de un modo falso las categorías hegelianas?

Enseguida, el señor Jung aborda el concepto de lo "moderno" y se tortura en torno a él a lo largo de seis páginas, sin llegar a dominarlo. ¡Como si "lo moderno" pudiera nunca "elevarse a concepto"! ¡Como si pudiera convertirse en una categoría filosófica una frase tan vaga, imprecisa y hueca como ésta, deslizada de un modo más o menos misterioso por las cabezas superficiales! ¡Qué abismo tan grande de diferencia entre lo "moderno" de Heinrich Laube, que huele a salón aristocrático y toma cuerpo en la figura de un *dandy*, y la "ciencia moderna" destacada en el título de la doctrina de la fe de Strauss! [46]

Pero, tiempo perdido, pues el señor A. Jung ve en este título la prueba de que Strauss reconoce lo moderno, lo que hay de específicamente moderno en la Joven Alemania, como una potencia erigida sobre sí, e inmediatamente lo mete en el mismo saco con la joven literatura. Y, por último, define el concepto de lo moderno como la independencia del sujeto con respecto a toda autoridad puramente externa. Que esta aspiración constituye una nota fundamental del movimiento de nuestra época lo sabemos desde hace tiempo y que los "modernos" guardan relación con ello no lo negará nadie; pero aquí se revela de un modo brillante el confusionismo de Jung al convertir chabacanamente la parte en el todo y una época ya caduca de transición en el periodo de florecimiento. Se trata a todo trance, valga o no, de hacer de la Joven Alemania el exponente de todo el contenido de la época y, de paso, también Hegel recibe su pequeña parte. Ya vemos cómo el señor Jung aparecía hasta aquí dividido en dos segmentos: en un ventrículo de su corazón se albergaba Hegel, en el otro la Joven Alemania. Ahora, al escribir estas *Lecciones* no tenía más remedio que poner en conexión los dos segmentos. ¡Vaya perplejidad! La mano izquierda acariciaba a la filosofía, mientras la derecha hacía mimos a la superficial y chillona negación de la filosofía y, en buena doctrina cristiana, la mano derecha ignoraba lo que hacía la izquierda. ¿Qué podía hacer el señor Jung? En vez de proceder honradamente y renunciar a uno de los dos amores, incompatibles entre sí, dando un audaz viraje, trata de derivar de la filosofía la negación de toda filosofía.

Con este fin, se dedican treinta páginas al pobre Hegel. Una ampulosa apoteosis henchida de frases vuelca su turbio torrente sobre la tumba del grande hombre; y, en seguida, el señor Jung se tortura queriendo demostrar que el rasgo fundamental del sistema hegeliano es la afirmación del libre sujeto contra la heteronomía de la rígida objetividad. Pero no hace falta estar muy versado en Hegel para saber que este

filósofo se coloca en un punto de vista bastante más alto, que es el de la *conciliación* del sujeto con las potencias objetivas, que muestra un enorme respeto por la objetividad, por la realidad, que pone lo existente muy por encima de la razón subjetiva del individuo, y precisamente desde este punto de vista exige que la realidad objetiva se considere como racional. Hegel no es el profeta de la autonomía subjetiva, como cree el señor Jung y como, convertida la autonomía en arbitrariedad, se manifiesta en la Joven Alemania; el principio hegeliano es también heteronomía, supeditación del sujeto a la razón general. Y, a veces, por ejemplo en la filosofía de la religión, a la sinrazón general. Nada despreciaba Hegel tanto como el intelecto, el cual no es otra cosa que la razón plasmada en su subjetividad e individualidad.

Tal vez el señor Jung trate de contestarme a esto diciéndome que él no se refiere a eso, sino que habla tan sólo de la autoridad *puramente externa,* que tampoco se propone ver en Hegel más que la mediación entre ambas facetas y que el individuo "moderno", a su juicio, no quiere, precisamente, verse condicionado más que "por la propia convicción de la racionalidad de un algo objetivo", pero en ese caso yo le rogaría, a mi vez, que no mezclase a Hegel con los jóvenes alemanes cuya esencia consiste cabalmente en la arbitrariedad subjetiva, en la curiosidad y el capricho, y en ese caso tendríamos que "el individuo moderno" no es más que otro modo de designar a un hegeliano. Partiendo de una confusión tan ilimitada, se comprende que el señor Jung vaya a buscar lo "moderno" a la escuela hegeliana, y con razón se considera el lado izquierdo llamado preferentemente a confraternizar con los jóvenes alemanes.

Por fin, el autor pasa a hablar de la "moderna" literatura, y al llegar aquí prorrumpe en un tropel de elogios y reconocimientos. No hay, en este campo, *nadie* que no haya hecho algo bueno, que no represente algo digno de mención, *nadie* a quien la literatura no deba cierto progreso. Estas interminables alabanzas, este afán conciliador, este empeño incontenible de hacer de alcahuete y negociador literario, resulta insoportable. ¿Qué se le da a la literatura de que tal o cual autor tenga un poquito de talento, de que haya aportado en este o en el otro aspecto una minucia, si el tal autor no sirve para nada, si toda su tendencia y su carácter literario, su obra vista en conjunto, no tienen el menor valor? En literatura, nadie vale de por sí, sino solamente en relación con el todo. Si yo me prestase a semejante crítica, tendría que proceder también de un modo muy discutible con el señor Jung, porque tal vez haya en este libro cinco páginas que no están mal escritas y denotan algún talento.

Al señor Jung le fluyen de los puntos de la pluma, con gran facilidad o cierta grandeza, una gran cantidad de pronunciamientos cómicos. Así, hablando del modo tan tajante como la crítica ha dado de lado a Pückler, se alegra de que aquélla "emita un juicio sin parar mientes en la persona ni en el rango". Pues "esto —dice— acredita en verdad la elevada posición, independiente de sí misma, en que se halla la crí-

tica alemana". ¡Qué opinión tan mala debe de tener el señor Jung de la nación alemana cuando le cotiza tan alta una cosa como ésta! ¡Como si hiciese falta, en realidad, un valor admirable para censurar las obras de un *príncipe*!

Pasaré por alto estos chismes que tratan de hacerse pasar por historia de la literatura y que, aparte de su vaciedad e incongruencia interiores, acusan además enormes lagunas; faltan, por ejemplo, los líricos Grün, Lenau, Freiligrath, Herwegh, los dramáticos Mosen y Klein, etc.

Por último, llega el señor Jung a la meta que desde el primer momento se había propuesto y nos habla de su querida Joven Alemania, que representa para él la cúspide de "lo moderno". Y comienza con *Börne*. Pero, en realidad, la influencia ejercida por Börne sobre la Joven Alemania no ha sido tan grande; Mundt y Kühne lo tenían por un loco, para Laube era demasiado democrático y demasiado decidido, y solamente en Gutzkow y en Wienbarg se manifiesta una influencia más profunda. Gutzkow, sobre todo, debe muchísimo a Börne. Pero la mayor influencia fue la que éste llegó a ejercer calladamente sobre la nación, que conserva sus obras como un santuario y se fortaleció y mantuvo erguida en ellas en los turbios años de 1832 a 1840, hasta que nacieron con los nuevos liberales o liberales filosóficos los auténticos hijos del autor de las *Cartas de París*.[56]

Sin la influencia directa e indirecta de Börne, le habría resultado mucho más difícil cristalizar a la tendencia libre inspirada por Hegel. Pero ahora se trataba simplemente de limpiar de escombros los caminos especulativos tapiados entre Hegel y Börne, lo cual no era tan difícil. Estos dos hombres estaban más cerca el uno del otro de lo que parecía. La inmediatez y la sana intuición de Börne se revelaron como el lado práctico de lo que Hegel tenía por lo menos en perspectiva, teóricamente. Y, como es natural, el señor Jung tampoco ve esto. Börne es para él, hasta cierto punto, claro está, un hombre respetable e incluso un hombre de carácter, lo que en ciertas circunstancias tiene indudablemente mucho valor, posee méritos innegables, como los poseen también, por ejemplo, un Varnhagen o un Pückler, y también ha escrito buenas críticas teatrales, pero era un fanático y un terrorista, y de ambas cosas ¡líbrenos Dios! Esa es la lamentable concepción, desmadejada y cobarde, que se nos ofrece de un hombre que ya con sus solas intenciones era un exponente de su tiempo.

Este Jung, que trata de construir a base del concepto absoluto la Joven Alemania y hasta la personalidad de Gutzkow, ni siquiera es capaz de comprender un carácter tan sencillo como el de Börne; no se da cuenta del modo tan necesario y tan consecuente con que brotaban de la esencia más íntima de Börne hasta los juicios más extremos y más radicales, no se da cuenta de *que Börne era, por naturaleza, un republicano* y de que, tratándose de un hombre así, no pueden considerarse demasiado fuertes las *Cartas de París*. ¿O acaso el señor Jung no ha oído nunca a un suizo o un norteamericano hablar de los Estados monárquicos? ¿Y quién se atrevería a reprochar a Börne el que "sólo

considerara la vida desde el punto de vista de la política?" ¿No hace Hegel lo mismo? ¿No es también para él el Estado, en su transición hacia la historia universal, es decir, en las condiciones de la política interior y exterior, la realidad concreta del espíritu absoluto? Y —es ridículo—, dada esta manera directa e ingenua de ver de Börne, que encuentra su complemento en la concepción más amplia de Hegel y que muchas veces coincide con ella de un modo asombroso, el señor Jung entiende, sin embargo, que Börne se ha "trazado un sistema de política y de felicidad de los pueblos", una imagen abstracta perdida en las nubes de la que hay que partir para explicarse sus ideas unilaterales y sus testarudeces.

El señor Jung no tiene ni la más remota noción de la significación de Börne, de su férreo y coherente carácter, de su imponente fuerza de voluntad, y no puede tenerla, siendo él como es un hombrecillo conciliador, de carácter blando y sin independencia. Ignora que Börne es una personalidad única en la historia alemana y el abanderado de la libertad de Alemania, el único hombre de la Alemania de su tiempo; no sospecha siquiera lo que es levantarse frente a cuarenta millones de alemanes y proclamar el reino de la *idea*; no puede comprender que Börne sea el Juan Bautista de la nueva época, que predica la penitencia a los alemanes satisfechos de sí mismos y les anuncia que ya el hacha va acercándose a las raíces del árbol y que vendrá el hombre fuerte que sustituirá el agua bautismal por el fuego y aventará la paja de la era.

De esta paja forma parte también el señor A. Jung. Por último, el señor Jung pasa a hablar de su querida Joven Alemania y comienza con una crítica de Heine bastante tolerable, aunque demasiado prolija. Los demás van desfilando por turno, primero Laube, Mundt y Kühne, enseguida Wienbarg, al que se tributa merecido homenaje, y por último, *en cerca de cincuenta páginas*, Gutzkow. Los tres primeros reciben el acostumbrado homenaje al justo medio, muchos elogios y censuras muy recatadas; a Wienbarg se le destaca resueltamente, pero sólo en cuatro páginas; finalmente, a Gutzkow, con un servilismo desvergonzado, se le presenta como el exponente de lo "moderno", construyéndolo con arreglo al esquema conceptual de Hegel y tratándolo como a una personalidad de primera fila.

Podría uno dejar pasar estos juicios si se tratase de un autor joven y en proceso de desarrollo; son muchos los que durante algún tiempo cifraron esperanzas en la Joven Literatura y, augurándole un gran porvenir, valoraron sus obras con mayor indulgencia que la de que por sí merecían. Sobre todo, quien reproduzca en su propia conciencia las etapas más recientes de desarrollo del espíritu alemán volverá alguna vez la vista con predilección a las obras de Mundt, Laube o Gutzkow. Pero, de entonces acá, los progresos logrados sobre esta tendencia se han impuesto enérgicamente y la vacuidad de la mayoría de los escritores de la Joven Alemania se ha revelado de una manera aterradora.

La Joven Alemania emergió de la vaguedad de una época agitada, y esta misma vaguedad quedó después adherida a ella. Ideas que por aquel

entonces bullían en las cabezas como algo informe y sin desarrollar y que más tarde se convirtieron en ideas concientes gracias a la filosofía, fueron convertidas por la Joven Alemania en un juego de la fantasía. De ahí la imprecisión, la confusión que en cuanto a los conceptos imperaban entre los jóvenes alemanes.

Entre quienes más concientes eran de lo que querían se destacaban Gutzkow y Wienbarg, entre los que menos, Laube. Mundt perseguía quimeras sociales; Kühne, en el que bullía algo de Hegel, clasificaba y esquematizaba. Pero, la falta general de claridad no permitía obtener ningún resultado importante. La idea de la legitimidad de lo sensible se concebía, después del precedente de Heine, de un modo tosco y chabacano, los principios políticos liberales diferían según la personalidad de cada cual y la situación de la mujer daba pie a las discusiones más estériles y más confusas. Nadie sabía dónde estaba el otro.

A la confusión general de la época hay que atribuir también las medidas tomadas por los diversos gobiernos contra estas gentes. La forma fantástica en que se propagaban aquellas ideas sólo podía contribuir a aumentar la confusión. Las brillantes apariencias de los escritores de la Joven Alemania, su ingenioso, chispeante y vivo modo de escribir y la misteriosa mística de que nimbaban sus términos fundamentales, unido todo ello a la regeneración de la crítica y a la animación que sabían dar a sus revistas literarias, no tardaron en atraer a gran número de escritores más jóvenes que ellos y no pasó mucho tiempo antes de que todos tuvieran su corte, exceptuando a Wienbarg. Las viejas letras achacosas hubieron de ceder a los nuevos impulsos y la "Joven Literatura" se hizo cargo del campo conquistado, se repartió las zonas de influencia y se dividió interiormente en el reparto. La insuficiencia del principio hubo de manifestarse aquí. Cada cual se había engañado en cuanto al otro. Los principios se esfumaron; sólo se trataba ya de personalidades. Todo el problema estaba en si había de triunfar Gutzkow o Mundt. Los periódicos comenzaron a verse llenos de pandillismo, capillas, intrigas y disputas en torno a minucias.

La fácil victoria había convertido a estos jóvenes señores en hombres soberbios y petulantes. Se consideraban como figuras pertenecientes a la historia universal. Donde quiera que aparecía un joven escritor, se le ponía la pistola al pecho, exigiendo de él sumisión incondicional. Cada cual se arrogaba el derecho a ser adorado como el único y exclusivo dios de la literatura. ¡No adorarás a otros dioses, fuera de mí! La más tenue censura provocaba mortales enemistades.

Por este camino, la tendencia perdía todo el contenido espiritual que aún pudiera tener y se empantanaba en el escándalo, el cual culminó en el libro de Heine sobre Börne [57] y que degeneró en la infamia. De todas estas personalidades, examinadas una por una, la más noble es, sin duda alguna, Wienbarg, hombre vigoroso y de cuerpo entero, una estatua de bruñido bronce hecha de una pieza y sin la menor mácula. Gutzkow es el más claro y el más inteligible de todos; el que más ha producido y el que, con Wienbarg ha aportado, además, los más inequí-

vocos testimonios de sus intenciones. Pero, si se propone permanecer en el campo de la dramaturgia, debería elegir temas mejores y más pletóricos de ideas que hasta ahora e inspirarse para escribir no tanto en el espíritu "moderno" como en el espíritu real del presente. Nosotros exigimos más contenido de pensamiento que las frases liberales de un Patkul o la blanda sensibilidad de un Werner.[58] Para lo que Gutzkow tiene gran talento es para la publicística; es un periodista nato, pero sólo podrá mantenerse en pie de un modo: asimilándose la más reciente trayectoria de la filosofía de la religión y del Estado y consagrando incondicionalmente al movimiento de nuestra época su *Telégrafo*, que, según se dice, trata de resucitar. Pero si se deja llevar de la degenerada amena literatura, acabará siendo uno de tantos periódicos entre literarios y científicos que no son ni carne ni pescado, en los que abundan las tediosas novelas, que apenas se leen y que, en general, han caído más bajo que nunca por su contenido y en el favor del público. La época de estas publicaciones ha pasado ya y van perdiéndose, poco a poco, en la corriente de los periódicos políticos, que pueden muy bien dar de lado al poquito de literatura que todavía conservan.

Laube, pese a todas sus malas cualidades, es todavía, en cierto modo, digno de estima; pero su literatura desordenada y sin principios, hoy novelas, mañana historias de la literatura, pasado mañana críticas, dramas, etc., su vanidad y superficialidad, no le dejan desarrollarse. Y el espíritu de la libertad brilla en él tan poco como en *Kühne*. Las "tendencias" de la que un día fue la "Joven Literatura" hace mucho tiempo que han caído en el olvido, y los dos han sido absorbidos por el vacuo y abstracto interés literario. La indiferencia se ha tornado en franca apostasía en Heine y Mundt. El libro de Heine contra Börne es lo más indigno que jamás haya escrito en lengua alemana, y las más recientes actividades de Mundt en *El Piloto* han privado al autor de la *Madonna* del último rastro de respeto a los ojos de la nación. Aquí, en Berlín, se sabe demasiado bien qué se proponía el señor Mundt al rebajarse de este modo ante sí mismo: proponíase conseguir una cátedra; ello hace que sea todavía más repugnante esta sumisión que de pronto se ha manifestado en el señor Mundt. Dejemos que el señor Mundt y su escudero F. Radewell sigan infundiendo sospechas contra la moderna filosofía, agarrándose al ancla de salvación de la revelación schellingiana y poniéndose en ridículo ante la nación con sus disparatados intentos de filosofar por cuenta propia. La libre filosofía puede seguir lanzando al mundo, tranquilamente y sin que nadie los refute, sus trabajos filosóficos de discípulos, los cuales se derrumban por sí solos. Lo que lleva en la frente el nombre del señor Mundt aparece marcado, como las obras de Leo, con el sello de la apostasía. Tal vez consiga pronto un nuevo seguidor en la persona del señor Jung; no sería difícil, como ya hemos visto y aún habremos de ver más adelante.

Una vez que el señor Jung ha alcanzado la verdadera meta de sus *Lecciones*, pone gran empeño en provocar al final, una vez más, las carcajadas de la nación. Pasa de Gutzkow a David Strauss, atribuye a

éste el eminente mérito de haber resumido "los resultados de Hegel y Schleiermacher y los del moderno estilo" (¿acaso es *esto* el *estilo* moderno?) y, a este propósito, se queja amargamente de la espantosa y eterna negación.

¡La negación, la negación! Los pobres positivistas y gentes del justo medio ven crecer más y más la ola de la negación, se aferran los unos a los otros y se ponen a gritar, clamando por algo positivo. Y he aquí que un Alexander Jung predica acerca del movimiento eterno de la historia universal, llama al progreso negación y, por último, se las da de falso profeta que anuncia "un gran alumbramiento positivo", que describe de antemano con las más retorcidas frases y del que dice que derrotará con la espada del Señor a los Strauss, los Feuerbach y cuantos guardan relación con ellos. Y también en su *Hoja literaria* predica la palabra del nuevo Mesías "positivo".

¿Puede darse nada más antifilosófico que este disgusto tan mal recatado, que este descontento tan abierto con el presente? ¿Cabe comportarse de un modo más afeminado y desmedulado que como lo hace el señor A. Jung? ¿Cabe concebir un juego más lamentable de la fantasía —si exceptuamos el escolasticismo neoschellingiano— que esta devota fe en el "Mesías positivo"? ¿Cuándo ha existido una confusión mayor y también, desgraciadamente, más extendida que la que ahora reina en relación con los conceptos de "lo positivo y lo negativo"? Si nos tomamos la molestia de mirar de cerca a la tan denostada negación, enseguida vemos que también ella es, en absoluto, una posición. Claro está que para quienes consideran como no positivo lo racional, el pensamiento, porque no se está quieto, sino que se mueve, y cuyo espíritu, adhesivo como la yedra, necesita de un muro en ruinas, de un hecho, para apegarse a él; claro está, digo, que para esos todo progreso es negación. Pero, la verdad es que el pensamiento, en su desarrollo, es lo único eterno y positivo, al paso que la facticidad, la exterioridad de los hechos, es precisamente lo negativo, lo que tiende a desaparecer y lo que se expone a la crítica.

"¿Pero, quién será el encargado de custodiar este tesoro infinito, que permanece cerca de nosotros?", continúa diciendo el señor Jung, con redoblado patetismo. Dicho en otras palabras, ¿quién será el Mesías que saque a las débiles y vacilantes almas del destierro de la negación, de la sombría noche de la desesperación, para llevarlas al país en que manan la leche y la miel? "*¿Será Schelling?* —Grandes y santas esperanzas ciframos nosotros en Schelling, precisamente porque durante tanto tiempo ha confiado en la soledad y por haber sido él precisamente quien descubrió aquel lugar de quietud junto al manantial del pensamiento y de la creación, aquel lugar señorial que hace que el tiempo deje de ser el tiempo", etc. Es la manera de hablar de un hegeliano, y más adelante (*Hoja literaria de Königsberg,* núm. 4): "Mucho, muchísimo, esperamos de Schelling. Confiamos en que cruzará por la *historia* con el mismo resplandor de una luz nueva y nunca vista con que un día cruzó por la naturaleza", etc.

Y luego, en el núm. 7, un homenaje al Dios ignoto de Schelling. La filosofía de la mitología y de la revelación se construye como algo necesario y el señor Jung se siente feliz en la conciencia de poder seguir aunque sólo sea de lejos y con su mirada encendida de entusiasmo la trayectoria del pensamiento schellingiano. Tan blandengue y nostálgico es el pensamiento de este Jung, que sólo se siente satisfecho cuando se consagra a otro, cuando se somete a una autoridad ajena. Inútilmente buscaremos en él ni rastro de independencia; cuando suelta el punto de apoyo en que se hace fuerte, se derrumba sobre sí mismo y comienza a llorar lágrimas de nostalgia. Se siente seguro incluso abrazándose a lo que no conoce, y, a pesar de las noticias bastante seguras que se tenían acerca de la filosofía schellingiana ya antes de ser expuesta en Berlín, y acerca del contenido específico de sus lecciones, para el señor Jung no hay mayor beatitud que el prosternarse a los pies de Schelling. No sabe cómo se ha expresado Schelling acerca de Hegel en el prólogo a la obra de Cousin [59] o, mejor dicho, lo sabe muy bien, lo que no es obstáculo para que él, un hegeliano, rinda culto a Schelling y para que, con estos antecedentes, se atreva todavía a llevar en los labios el nombre de Hegel y a invocar su autoridad en contra de la más reciente trayectoria.

Y, para coronar su propia y querida indignidad, prosternándose nuevamente ante Schelling en el núm. 13, quema ante su primera lección el incienso de toda su admiración y prosquinesis. Encuentra, según nos dice, comprobado en esta primera lección lo que de Schelling

"no sólo presuponía, sino que sabía aquel entrelazamiento maravillosamente lozano y acabado también en cuanto a la forma de todos los elementos científicos, artísticos y morales, que en una asociación del mundo antiguo y el mundo cristiano pueden consagrar a la persona así glorificada como un sacerdote de lo supremo y de su revelación muy diferente *de los sacerdotes de rango inferior y de los simples laicos*". Claro está que algunos han caído tan bajo, "que niegan por envidia incluso la grandeza que aquí se revela a todo el mundo, clara y pura como la luz del sol". "Ya la primera de sus lecciones irradia ante nosotros, espléndidamente, toda la grandeza de Schelling, su superioridad sobre cuanto brilla y se destaca en las tendencias puramente unilaterales." —"Quien ha comenzado así no tiene más remedio que continuar *poderosamente, acabará necesariamente como vencedor*, y si todos se cansan y fatigan y caen, inhabituados a semejante vuelo, y *nadie es ya capaz de seguir* ni de comprender lo que tú proclamas desde el primer momento, puedes estar seguro de que te escuchan los manes de quien es igual a tí, del más leal y más espléndido de tus amigos, *los manes del viejo Hegel.*"

No sabemos qué pensaría el señor Jung cuando se dejó llevar de este arrebato de entusiasmo y estampó sobre el papel toda esta romántica tirada. Nuestro devoto "sacerdote" no tenía, al parecer, ni la más remota noción de lo que, por lo menos aquí, en Berlín, todo el mundo sabía de antemano o podía inferir con toda seguridad. Y ahora nadie ignora cuáles son las "revelaciones" que nos predica aquel "sacerdote

de lo supremo" y dónde residen la "grandeza", la "misión de revelar lo supremo a la humanidad", el "grandioso vuelo" y cómo Schelling "ha acabado como vencedor". En el librillo titulado *Schelling y la revelación,*[60] cuya paternidad debo confesar aquí, he procurado yo exponer de un modo completamente objetivo el contenido de la nueva revelación. Y el señor Jung debiera poner de manifiesto a la luz de este testimonio hasta qué punto se han cumplido sus esperanzas o, por lo menos, tener la sinceridad y el *valor* de reconocer su brillante error.

Sin entrar detalladamente en la crítica de Sealsfield, con la que el señor Jung pone fin a su libro, puesto que me hallo muy distante del campo literario, sólo quiero, para terminar, remitirme a algunos pasajes de la *Hoja literaria de Königsberg,* para poner de relieve una vez más, a la luz de ellos, el desmadejamiento y la ampulosidad del señor Jung.

Ya en el núm. 1 se alude, aunque de un modo muy retraído, a la *Esencia del cristianismo,* de Feuerbach; en el núm. 2 se ataca, todavía con respeto, la teoría de la negación de los *Anales;* en el núm. 3 se rinde homenaje a Herbart, como antes a Schelling; en el núm. 4 se tributan elogios a ambos y, al mismo tiempo, se previene al lector contra el radicalismo; en el núm. 8 se inicia una crítica detallada del libro de Feuerbach, en la que la mediocridad del justo medio hace valer su superioridad sobre el radicalismo resuelto.

¿Y cuáles son los argumentos decisivos que aquí se emplean? Feuerbach, dice el señor Jung, tendría toda la razón si la tierra fuese el universo entero; desde el punto de vista terrenal, su obra es hermosa, palmaria, excelente, irrefutable; pero, desde el punto de vista universal, del mundo en su totalidad, es nula. ¡Hermosa teoría! ¡Como si en la luna dos más dos fuesen cinco, en el planeta Venus las piedras volasen ingrávidamente o en el sol hablasen las plantas! ¡Como si más allá de la atmósfera terrestre comenzase una razón aparte, una nueva razón y el espíritu pudiera medirse por su distancia del sol! ¡Como si la autoconciencia a que llega la tierra en la humanidad no se convirtiera en conciencia del mundo en el momento mismo en que conoce la posición que ocupa como momento de ella! ¡Como si semejante objeción fuese algo más que un pretexto para dar largas a la fatal respuesta al viejo problema, desplazándola a la infinitud mala del espacio!

¿No suena a algo raramente simplista el que el señor Jung deslice de pronto en medio de la cadena fundamental de su argumentación la tesis de "la razón que trasciende de toda determinabilidad meramente esférica"? ¿Cómo puede entonces, habiendo reconocido la consecuencia y la racionalidad de lo que se rebate desde el punto de vista terrenal, distinguir esto del punto de vista "universal"? Sin embargo, es algo perfectamente digno de un imaginativo y de un sentimental como el señor Jung el perderse en la infinitud mala del cielo estrellado y el cavilar toda suerte de curiosas hipótesis y maravillosas ensoñaciones en torno a los seres pensantes, amantes y sujetos de fantasía que flotan en los otros planetas.

Pero resulta ridículo, a este propósito, el que llame la atención en

contra de la superficialidad de acusar a Feuerbach y Strauss, sin más, de ateísmo y de incondicional negación de la inmortalidad. El señor Jung no ve que estos pensadores no reclaman otro punto de vista que éste.

Prosigamos. En el núm. 12, nos amenaza ya el señor Jung con su cólera; en el núm. 26 se construye a Leo y, basándose en el innegable talento del hombre, se olvidan y palían totalmente sus intenciones; más aún, se juzga a Ruge del mismo modo injusto que a Leo. El núm. 29 reconoce la insulsa crítica que en los *Anales* de Berlín hace Hinrich de la *Trompeta*[47] y se manifiesta, aunque de un modo todavía no resuelto, en contra de la izquierda; el núm. 35, colmando la medida, publica un largo y cruel artículo sobre F. Baader, cuya mística sonámbula y cuya negación de la filosofía se le reconocen como un mérito; finalmente el núm. 36 se lamenta de "nuestra polémica" o, dicho en otras palabras, se queja, manifiestamente, de un artículo publicado por E. Meven en la *Gaceta Renana*,[61] en el que por una vez —¡cosa curiosa!— se le cantan las verdades al señor Jung.

Y es que el señor Jung vivía tan perdido en sus sueños, que se consideraba como nuestro "camarada de luchas", que creía "defender las mismas ideas" y consideraba que aunque "mediasen diferencias" entre nosotros, "no cabía duda acerca de la identidad de los principios y los fines". Confiamos en que ahora se habrá dado cuenta, por fin, de que nosotros no queremos ni podemos fraternizar con él. Estos desventurados individuos anfibios y ambiguos no son aptos para la lucha. Esto entusiasma a los hombres decididos y a las gentes de carácter.

En el curso de las anteriores líneas comete, además, el error de caer en los tópicos más triviales acerca del despotismo literario de los liberales, haciendo además reserva expresa de conservar su libertad. Que se quede con ella y que todo el mundo se la respete y le deje usarla tranquilamente por toda una eternidad. Pero, nos permitirá que le demos las gracias por la ayuda que trata de prestarnos, le relevemos de ella y le digamos honradamente qué opinión nos merece. De otro modo, resultaría que el verdadero déspota literario era *él,* y su temperamento es demasiado blando para ello. El mismo número a que nos referimos termina *dignamente* con un grito de auxilio contra "el egoísta y hueco clamor que, de un modo *furioso,* eleva a Dios la autoconciencia", después de lo cual la *Hoja literaria de Königsberg* se atreve a estampar estas espantosas exclamaciones: "¡¡Abajo el cristianismo, abajo la inmortalidad, abajo Dios!!" Se consuela, sin embargo, añadiendo que "están ya en el vestíbulo los funerarios encargados de transportar los cadáveres de quienes se atreven a proferir semejantes gritos". Es decir, una vez más la impotencia de una apelación al futuro.

No he tenido ocasión de ver ningún otro número del periódico de Jung. Pero creo que bastarán las pruebas aducidas para justificar por qué debe rechazarse a Jung de la comunidad de los hombres resueltos y de los "Libres", pues él mismo se coloca ahora en la actitud de ver lo que se hace de él.

Y, para terminar, permítaseme todavía una observación. No cabe

duda de que el señor Jung es el escritor más débil de carácter, más carente de vigor y menos claro de Alemania. ¿Cómo explicarse todo esto y cómo explicar la forma edificante de que hace gala en todos sus escritos? ¿Habrá que buscar la razón de ello en que, según se dice, el señor Jung fue anteriormente, *ex officio*,[b] un escritor devoto? [62]

FRIEDRICH OSWALD

[b] De oficio.

# FEDERICO GUILLERMO IV, REY DE PRUSIA [63]

[*Einundzwanzig Bogen aus der Schweiz*,
octubre de 1842]

Entre los príncipes europeos cuya personalidad atrae también la atención fuera de las fronteras de sus países se destacan, sobre todo, cuatro: *Nicolás* de Rusia, por la rectitud y la franqueza sin recato con que tiende hacia el despotismo; *Luis-Felipe*, que trata de adaptar a Maquiavelo a nuestro tiempo; *Victoria* de Inglaterra, modelo acabado de reina constitucional, y *Federico Guillermo IV*, cuyos designios, tal y como se han manifestado, claros e innegables, en los dos años de su gobierno, nos proponemos examinar de cerca aquí.

Pero no se crea que hablarán en nosotros el odio y el sentimiento de venganza de un partido postergado y aborrecido por él y oprimido y maltratado por sus funcionarios, la amarga furia acumulada bajo la censura y que ahora se aprovecha de la libertad de prensa para lanzar contra el rey historias de escándalos y los chismes que circulan por Berlín. No; el Mensajero alemán se ocupa de otras cosas. Sin embargo, ante las viles y deshonrosas adulaciones con que diariamente son tratados en los periódicos los príncipes y los pueblos alemanes, es absolutamente necesario que esos señores sean contemplados alguna vez desde otro punto de vista, que sus actos y sus intenciones, al igual que los de cualquier otro, sean enjuiciados sin miramiento alguno.

En los años finales del reinado anterior,[a] la reacción en el Estado comenzó a asociarse con la reacción eclesiástica. Ante el giro que tomaba la oposición frente a la libertad absoluta, tanto el Estado como al iglesia ortodoxa viéronse obligados a retornar a sus premisas y hacer valer con todas sus consecuencias el principio cristiano. De este modo, los ortodoxos protestantes volvieron al catolicismo, fase que encuentra sus representantes más consecuentes y más dignos en *Leo* y *Krummacher* y el Estado protestante retornó a la consecuente monarquía cristiano-feudal, que es, precisamente, la que *Federico Guillermo IV* aspira a poner en pie.

*Federico Guillermo IV* es en todo un producto de su tiempo, una figura que sólo es posible comprender en todo su alcance partiendo del desarrollo del espíritu libre y de su lucha contra el cristianismo. Este rey representa la consecuencia extrema del principio prusiano, que cobra cuerpo en él en su último esfuerzo por erguirse, pero también en su total impotencia frente a la libre autoconciencia. Con él termina la trayectoria en la idea de la Prusia anterior; ya no es posible que esta Prusia vuelva a ser una realidad y, si Federico Guillermo consigue po-

[a] El de Federico Guillermo III (1797-1840).

ner en práctica su sistema, Prusia tendrá que echar mano de un principio totalmente nuevo —que sólo podrá ser el del espíritu libre— o bien, si no tiene la fuerza necesaria para lanzarse a aquel progreso, se hundirá.

El Estado a que aspira Federico Guillermo IV es, según él mismo dice, el Estado cristiano. La forma bajo la que se manifiesta el cristianismo cuando queremos analizarlo científicamente, es la teología. La esencia de la teología, sobre todo en nuestro tiempo, consiste en suavizar y esfumar las antítesis absolutas. Ni el más consecuente cristiano podría emanciparse totalmente de las condiciones de nuestro tiempo; la época en que vive le obliga a aceptar ciertas modificaciones al cristianismo; lleva en sí ciertas premisas que, al desarrollarse, podrían conducir al ateísmo. Y así surge aquella forma de la teología que ha encontrado su analizador en B. Bauer y que penetra toda nuestra época con su mentira interior y su hipocresía. A esta teología corresponde, en el terreno del Estado, el actual sistema de gobierno de Prusia. No cabe duda de que Federico Guillermo IV tiene un sistema, un sistema romántico perfectamente desarrollado y que es una consecuencia necesaria del punto de vista en que él se sitúa, pues quien desee organizar un Estado partiendo de esa concepción debe tener necesariamente en el caletre más de dos o tres ideas sueltas e inconexas. La esencia teológica de este sistema sería, pues, lo que provisionalmente habría que desarrollar.

El rey de Prusia, en su intento de llevar a sus últimas consecuencias el principio de la legitimidad, no sólo se suma a la Escuela histórica del derecho,[64] sino que lleva todavía más adelante su programa, hasta llegar casi a la "Restauración" de Haller.[65] En primer lugar, para realizar el Estado cristiano, tiene que imbuir las ideas cristianas al Estado burocrático racionalista que se había hecho casi pagano, tiene que elevar el culto y tratar de fomentar la participación en sus actos. Así lo hizo, en efecto. Tal fue la finalidad de las medidas encaminadas a estimular la asistencia a la Iglesia, en particular por parte de los funcionarios; la más rigurosa observancia de la fiesta dominical; el propósito de hacer más rigurosos los requisitos para el divorcio; la depuración de las facultades de Teología, que en parte ya ha comenzado; el peso de una fe vigorosa, que se echa en la balanza y que gravita más en ella que los conocimientos, en los exámenes teológicos; la provisión de muchos cargos con personas entre las que se da preferencia a los creyentes, y muchos otros hechos conocidos de todo el mundo. Todos ellos pueden servir para ilustrar con cuánta fuerza aspira Federico Guillermo IV a introducir de nuevo el cristianismo directamente en el Estado, a ajustar las leyes del Estado a los preceptos de la moral bíblica. Pero esto no es más que lo primero, lo más inmediato. El sistema del Estado cristiano no puede detenerse aquí. El paso ulterior es la separación de la Iglesia del Estado, paso que va más allá del Estado protestante. El rey es en éste el *summus episcopus*,[b] que reune en su persona la más alta autori-

[b] Obispo supremo, o sea el jefe de la Iglesia nacional evangélica.

dad eclesiástica y secular; el objetivo más alto de esta forma de Estado es la fusión del Estado y la Iglesia, tal como Hegel la proclama. Pero así como todo el protestantismo es una concesión a la secularidad, así también lo es el episcopado del príncipe. Es una confirmación y una justificación de la primacía pontificia, en cuanto que reconoce la necesidad de una cabeza visible de la Iglesia; pero, de otra parte, acata como el poder supremo absoluto al poder secular, terrenal, a la autoridad suma del Estado, supeditando a él el poder de la Iglesia. No es que se equiparen los dos poderes, el temporal y el religioso, sino que se considera el primero como sometido al segundo. En efecto, el príncipe ya era príncipe antes de ser investido *summus episcopus*, y siguió siéndolo antes que nada, sin mezcla de carácter teocrático. La otra cara de la medalla es, claro está, que el príncipe reúne ahora en su persona todo el poder, así el terrenal como el celestial, y personifica, como un dios sobre la tierra, la cúspide del Estado religioso.

Pero, como toda subordinación contradice al espíritu cristiano, es absolutamente necesario que el Estado, para hallarse en consonancia con las exigencias del cristianismo, reconozca a la Iglesia su independencia con respecto a él. Ahora bien, este retorno al catolicismo es imposible, y asimismo es irrealizable la emancipación absoluta de la Iglesia, a menos de menoscabar con ello los pilares fundamentales del Estado; por tanto, no hay más remedio que buscar un sistema intermedio. Esto es, en efecto, lo que ya ha hecho Federico Guillermo IV en relación con la iglesia católica, y por lo que a la iglesia protestante se refiere, hay hechos claros como la luz del sol reveladores de cómo piensa en este punto, y entre ellos hay que citar, especialmente, la supresión del deber de permanecer unidos [66] y la exención de los viejos luteranos de la presión a que se hallaban sujetos. Ahora bien, en la confesión protestante se da una circunstancia muy peculiar. No hay en ella una cabeza visible, aparece dividida en muchas sectas y, así, el Estado protestante sólo puede dejarla en libertad al considerar como corporaciones a las distintas sectas, concediéndoles libertad absoluta en sus propios asuntos. El príncipe, sin embargo, no renuncia a su episcopado, sino que se reserva el derecho de confirmación y, en general, la soberanía, al tiempo que, de otra parte, reconoce el cristianismo como un poder situado por encima del suyo y se inclina también, consecuente con esto, ante la iglesia. De este modo, no sólo permanecen en pie, a pesar de su aparente solución, todas las contradicciones en que se mueve el Estado protestante, sino que se opera, además, una mezcla con los principios del Estado católico, la cual no tiene más remedio que provocar una extraña confusión o carencia de principios. Y esto no es teológico.

El Estado protestante, por medio de Altenstein y Federico Guillermo III y a través del proceso seguido al arzobispo de Colonia,[67] ha proclamado el principio de que un católico consecuente no puede ser un ciudadano útil del Estado. Este principio, cuya aplicación resume toda la historia de la Edad Media, no rige solamente para el Estado

protestante, sino para cualquier Estado, en general. Quien haga de todo su ser y de toda su vida simplemente una escuela de preparación para entrar en el cielo no puede interesarse en lo terrenal, que es lo que el Estado pide de sus ciudadanos. El Estado pretende serlo de todos los individuos que a él pertenecen; no reconoce sobre sí ningún otro poder y se presenta como la autoridad absoluta. El católico, en cambio, reconoce como lo absoluto a Dios y a su institución, que es la Iglesia, razón por la cual no puede situarse sin una reserva interior en el terreno del Estado. Y esta contradicción es insoluble. Incluso el Estado católico tiene que someterse a la Iglesia, en lo que a los católicos se refiere, si no quiere que éstos se aparten de él; imaginémonos, pues, con cuánta mayor fuerza no se apartarán del Estado no católico. En este respecto, el proceder del gobierno anterior era perfectamente consecuente y fundamentado; el Estado sólo puede dejar intangible la confesión católica en la medida en que ésta se someta a las leyes vigentes.

Claro que esta situación no podía dar satisfacción a un Estado cristiano. Pero, ¿qué podía hacerse? El Estado protestante no podía ser menos que los católicos Hohenstaufen y, dada la altura de conciencia a que se habían elevado el Estado y la Iglesia, sólo cabía llegar a una solución definitiva mediante el sometimiento del uno o de la otra, sometimiento que habría representado la propia negación de quien lo aceptara. El asunto habíase convertido en un problema de principios, y ante los principios debían pasar a segundo plano los casos concretos, en cuanto tales. ¿Qué hizo, en este trance, Federico Guillermo IV? Obrando de un modo verdaderamente teológico, sacrificó los incómodos principios, se atuvo exclusivamente al caso dado, que al margen de los principios pasaba a ser un caso embrollado, y trató de quitárselo de en medio recurriendo a la mediación. Y, como la curia no cedió, fue el Estado el que salió de la pelea con el ojo hinchado. He aquí, reducida a su verdadero contenido, la famosa y gloriosa solución dada a los disturbios de Colonia.

Las mismas contradicciones provocadas por Federico Guillermo IV en cuanto a la posición del Estado ante la Iglesia fueron las que el rey trató también de suscitar en otros aspectos de la vida del Estado, aunque aquí superficialmente encubiertas. En este punto, podía apoyarse en las teorías ya existentes de la Escuela histórica del derecho y no tropezaba, por tanto, con graves dificultades. El curso de la historia habíase encargado de imponer en Alemania el principio de la monarquía absoluta, de destruir los derechos de los viejos estamentos feudales y de elevar al monarca al rango de un dios dentro del Estado. En el período de 1807 a 1812 habían sido, además, resueltamente atacados y en parte quitados de en medio los restos de la Edad Media. Y, por mucho del pasado que luego se restaurase, la legislación de aquel tiempo y el derecho nacional formulado bajo el influjo de la Ilustración habrían de ser los fundamentos de la legislación prusiana.

Este estado de cosas no podía por menos de resultar insostenible. De ahí que Federico Guillermo IV se apoyara en todos los vestigios de la

Edad Media que encontró. Se favoreció a la nobleza surgida de los mayorazgos y se la reforzó, además, mediante nuevos privilegios, otorgados bajo la condición de que se fundaran mayorazgos nuevos, se consideró y se trató al estamento de la burguesía como a tal estamento aparte, separado de la nobleza y de los campesinos y que representaba el comercio y la industria; se favoreció la separación de las corporaciones, la independencia de algunos oficios y su asimilación al régimen gremial, etc. Todos los discursos y actos del rey revelan de antemano su predilección por el régimen corporativo, y nada demuestra mejor que esto su punto de vista medieval.

Esta coexistencia de corporaciones privilegiadas, que pueden actuar en sus asuntos internos con cierta libertad e independencia, cada una de las cuales se halla unida a las otras por los mismos intereses, pero que, al mismo tiempo, se combaten y tratan de engañarse mutuamente; esta dispersión de las fuerzas del Estado hasta llegar a la total disolución de éste, tal y como lo vemos en el Imperio alemán, constituye uno de los rasgos más esenciales de la Edad Media. Pero de suyo se comprende que Federico Guillermo IV no se propone, ni mucho menos, llevar el Estado cristiano hasta estas últimas consecuencias. Cree, ciertamente, que él ha sido llamado a instaurar el Estado verdaderamente cristiano, pero lo que en realidad quiere sólo es su apariencia teológica, el esplendor y el brillo, no la miseria, la penuria, el desorden y la autonegación del Estado cristiano; quiere solamente, para decirlo en una palabra, una Edad Media moderada; del mismo modo que el papa León sólo aspira al brillante culto, a la incubación de iglesias, etc., del catolicismo, pero no al catolicismo en su totalidad, con pelos y señales.

De ahí también que Federico Guillermo no sea tampoco, en sus aspiraciones (¡Dios nos libre!), absolutamente violento y antiliberal; no, él quiere dejar a su Prusia todas las libertades posibles, pero todas ellas bajo la forma de la falta de libertad, del monopolio y el privilegio. Este rey no es un adversario resuelto de la prensa libre; quiere otorgar la libertad de prensa, pero también como un monopolio del estamento preferentemente científico. No se propone abolir o denegar la representación; lo que no quiere es que estén representados los ciudadanos en cuanto tales; labora por implantar una representación de los *estamentos*, como en parte se ha decretado ya con respecto a los estamentos provinciales de Prusia. En resumen; Federico Guillermo IV no reconoce los derechos generales, los derechos del hombre y del ciudadano, sino solamente los derechos corporativos, los monopolios y los privilegios. Y está dispuesto a otorgar gran cantidad de estos derechos, todos los que pueda, siempre y cuando que su poder absoluto no se vea limitado por los preceptos positivos de la ley. Y tal vez aún más. Tal vez abrigue en secreto, a pesar de las declaraciones de Breslau y Königsberg,[68] la intención de coronar la obra, una vez realizada en suficiente medida su política teológica, mediante el otorgamiento de una constitución por estamentos de corte medieval, atando con ello las manos a quienes le

sucedan en el trono y que tal vez puedan hallarse animados de otras intenciones. No cabe duda de que sería ésta una política consecuente; lo que resta por ver es si su teología se lo consiente.

Ya hemos visto cuán vacilante e insostenible, cuán inconsecuente es de por sí este sistema; su introducción en la práctica tiene necesariamente que provocar nuevas vacilaciones e inconsecuencias. El frío Estado burocrático prusiano, el sistema de control, la chirriante máquina estatal, no quiere saber nada de ese bello, brillante y confiado romanticismo. Por término medio, el pueblo se halla todavía en un nivel de cultura política demasiado bajo para poder penetrar en lo que se esconde detrás de este sistema del rey cristiano. Sin embargo, el odio a los privilegios de la nobleza y a las arrogancias del clero de todas las confesiones tienen raíces demasiado hondas para que Federico Guillermo IV no fracase en sus planes, si los aborda de un modo completamente abierto. De ahí que haya seguido, hasta ahora, un camino de sondeos para pulsar a la opinión pública, reservándose siempre la posibilidad de retirar una medida demasiado escandalosa. De ahí también el método de echar por delante a sus ministros, para poder desautorizarlos cuando las medidas resulten excesivamente violentas, procedimiento en lo que sólo una cosa puede sorprendernos: que haya ministros prusianos que se presten a ello, sin presentar inmediatamente la dimisión. Tal ha sido, en efecto, el triste papel que se hizo representar a Rochow y dentro de poco le tocará el turno a Eichhorn, a pesar de que no hace mucho el rey lo declaró hombre de honor y tributó un aplauso a sus actos.

De no haber recurrido a estos medios teológicos, hace ya mucho tiempo que Federico Guillermo IV habría perdido el amor de su pueblo, que hasta ahora sólo ha conservado gracias a su carácter abierto y jovial, a sus dotes de amabilidad, a su don de gentes y a sus chistes, que, a lo que parece, no perdonan ni a las mismas testas coronadas. Se cuida mucho de que no se trasluzcan al exterior los lados demasiado escandalosos e incluso inevitables de su sistema; por el contrario, se expresa como si no quisiera más que la magnificencia, el esplendor y la libertad y sólo se entusiasma, al parecer, por lo que en su sistema es más liberal que el actual régimen de tutela prusiana; en aquello en que es menos liberal, se mantiene prudentemente retraído. Además, aunque adjudique al constitucionalismo al uso los honrosos adjetivos de ordinario y superficial, procura emplear esta terminología en sus discursos con gran habilidad, no sabemos si para expresar sus ideas o para ocultarlas. Y exactamente lo mismo hacen los modernos teólogos mediadores, quienes gustan también de emplear giros políticos, creyendo con ello acomodarse a las exigencias de los tiempos. Bruno Bauer califica esto, lisa y llanamente, de hipocresía.

Por lo que se refiere al estado y régimen de las finanzas bajo el reinado de Federico Guillermo IV, éste no ha podido atenerse a la lista civil establecida por su padre y en la que se proponía *legalmente* que se asignasen 2 millones y medio de táleros anuales de las rentas de los

dominios de la corona para el sostenimiento del rey y de su casa, destinando el resto de dichas rentas, en unión de los demás ingresos, a las atenciones del Estado. Podría echársele en cara al rey que, aún tomando en cuenta sus ingresos privados, gasta más de 2 millones y medio, pero hay que tener en cuenta que de ellos tienen que salir o debieran salir las rentas de otros príncipes. Bülow-Cummerow se ha encargado de demostrar que la rendición de cuentas del Estado prusiano, para llamarla así, es puramente ilusoria. En realidad, la administración de los ingresos del Estado constituye un secreto. Apenas vale la pena hablar de la tan decantada condonación de impuestos, que, por otra parte, hace ya mucho tiempo que habría podido establecerse bajo el reinado anterior, si al anterior rey no le hubiese dado miedo aceptar la necesidad de un aumento de las contribuciones.

Creo que, con lo expuesto, queda dicho bastante acerca de Federico Guillermo IV. Huelga decir que, dado su carácter indudablemente apacible y siempre y cuando que no se trate de cuestiones relacionadas con su teoría, este rey procura sinceramente hacer lo que la opinión pública espera de él y lo que realmente considera como bueno y conveniente.

Cabe preguntarse si llegará a poder aplicar algún día su sistema. A esta pregunta podemos, por fortuna, contestar negativamente. De un año a esta parte, es decir, desde que se inició la que se supone ser una mayor libertad de prensa, que, por el momento, vuelve a ser la menos libre de todas, se advierte en el pueblo prusiano un auge que no guarda relación alguna con la insignificancia de aquella medida. La presión de la censura mantiene encadenadas en Prusia una masa tan extraordinaria de fuerzas, que la más leve suavización de ese régimen provoca una reacción sumamente fuerte por parte de ellas. En Prusia, la opinión pública va concentrándose cada vez más en dos objetivos: una Constitución representativa y, sobre todo, la libertad de prensa. Haga lo que haga el rey, no tendrá, a la postre, más remedio que otorgar esta libertad y, una vez decretada la libertad de prensa, no pasará un año sin que se logre la Constitución. Ahora bien, cuando exista una representación, será imposible prever la marcha que haya de seguir Prusia. Una de las primeras consecuencias de ello será la cancelación de la alianza con Rusia, si es que el rey no se ve obligado a dar antes al traste con este corolario de sus principios. A esta primera consecuencia seguirán otras muchas, pues la situación actual de Prusia presenta gran semejanza con la de Francia antes..., pero creo que vale más que me abstenga de toda suerte de consideraciones precipitadas.

F. O.

# [CARTAS DESDE INGLATERRA]

## LAS CRISIS INTERNAS

[*Rheinische Zeitung*, núm. 343,
9 de diciembre de 1842]

*Londres*, 30 de noviembre

¿Es posible e incluso probable una revolución en Inglaterra? Esta pregunta lleva en sí el porvenir del país. Si se lo preguntáis a un inglés, os demostrará con mil razones a cada cual más poderosas que en Inglaterra no se puede ni hablar de revolución. Os dirá que, si bien es cierto que el país se halla por el momento en situación crítica, cuenta gracias a su riqueza, a su industria y a sus instituciones con los recursos y los caminos necesarios para salir del trance, sin convulsiones violentas; que su Constitución tiene la suficiente flexibilidad para sobreponerse a los choques más violentos de las luchas de principios y a todos los cambios impuestos por las circunstancias, sin poner en peligro los fundamentos sobre los que descansa el país. Os dirá que hasta las clases más bajas del pueblo saben perfectamente que en una revolución saldrían perdiendo todos, ya que cualquier perturbación del orden público traería consigo una paralización de los negocios, con una desocupación general y el azote del hambre, como secuelas obligadas. En una palabra, os hará tantos y tan claros y convincentes razonamientos, que, después de oírle, acabaréis pensando que la situación de Inglaterra no es en realidad tan mala como parece y que por el continente circulan acerca de las condiciones de este país ideas bastante fantásticas, que estallan como pompas de jabón cuando se tiene un conocimiento un poco preciso de la realidad.

Este punto de vista es, en verdad, el único en que es posible colocarse cuando se abraza la posición inglesa nacional de la práctica directa, de los intereses materiales; es decir, cuando se dejan a un lado las ideas sugeridoras, cuando se mira a la superficie de las cosas sin entrar en el fondo de ellas o se pierde de vista el bosque por mirar a los árboles. El que los llamados intereses materiales no pueden nunca aparecer en la historia como fines independientes y orientadores, sino que esos intereses sirven siempre conciente o inconcientemente, a un principio, que es el que guía los hilos del progreso histórico, es algo que en Alemania se comprende enseguida, pero que no es fácil hacer comprender a un británico empedernido. De ahí que sea algo imposible

el que un Estado como Inglaterra, cuyo exclusivismo y cuya autarquía políticos han acabado manteniéndolo en unos cuantos siglos de atraso con respecto al continente; un Estado que sólo conoce de la libertad el elemento del libre arbitrio y que se halla metido hasta el cuello en la Edad Media; que un Estado así, no acabe necesariamente chocando con un desarrollo espiritual que es, sin duda alguna, más avanzado.

¿O acaso no es esto el cuadro que presenta la situación política de Inglaterra? ¿Hay algún país del mundo en que el feudalismo se mantenga tan indemne, en que se halle en vigor sin menoscabo alguno, y no sólo de hecho, sino también en la opinión pública? ¿Acaso la tan ensalzada libertad inglesa consiste en algo más que en la arbitrariedad puramente formal que da a cada cual, dentro de los límites legales vigentes, el derecho a hacer o dejar de hacer lo que se le antoje? No hay más que observar las leyes que en Inglaterra rigen. Un embrollo de intrincados y contradictorios preceptos, que han hecho de la jurisprudencia una pura sofística, que la justicia no acata jamás, porque no se acomodan a nuestro tiempo y que permiten que un hombre honrado se vea condenado como delincuente por el más inocente de los actos, aunque otra cosa digan la opinión pública y su sentimiento jurídico. ¿Acaso la Cámara de los Comunes no es una corporación designada por el soborno y colocada totalmente de espaldas al pueblo? ¿Acaso el parlamento no pisotea constantemente la voluntad del pueblo? ¿Ejerce la opinión pública en las cuestiones generales la menor influencia sobre el gobierno? ¿No se limita su poder simplemente al caso concreto, al control de la justicia y de la administración? Son todas cuestiones que el más empedernido de los ingleses no negará en redondo y ¿se pretende que semejante estado de cosas se mantenga en pie?

Pero, dejemos a un lado lo que se refiere a los problemas de principio. En Inglaterra, por lo menos entre los partidos que actualmente se disputan el poder, entre los *whigs*[a] y los *tories*,[b] no se conocen las luchas en torno a principios; se conocen solamente los conflictos acerca de intereses materiales. Nada más justo, por tanto, que se haga también justicia a este aspecto. Inglaterra es por naturaleza un país pobre que, fuera de su situación geográfica, sus minas de hierro y sus yacimientos carboníferos, cuenta solamente con unas cuantas jugosas praderas y que, aparte de esto, no posee ninguna otra fertilidad ni riqueza natural alguna. Tiene que vivir, por tanto, atenida al comercio, a la navegación y a la industria, y es ésta, en efecto, la que le ha permitido colocarse a la altura en que ahora se halla. Ahora bien, cuando un país abraza este camino, no tiene más remedio, pues así lo exige la naturaleza de las cosas, que marchar constantemente por la vía del fomento de la producción industrial, con objeto de conservar el nivel en que se halla, pues cualquier estancamiento equivaldría a un retroceso.

Otra de las consecuencias naturales que se siguen de las premisas de todo Estado industrial es que éste, para proteger la fuente de su

[a] Liberales. [b] Conservadores.

riqueza, necesita alejar de sus mercados, mediante aranceles prohibitivos, los productos de otros países. Y, como la industria interior eleva los precios de sus propios productos al imponer altos aranceles a los productos extranjeros, ello entraña también la necesidad de elevar continuamente los impuestos aduanales para dar de lado a la competencia de fuera, en consonancia con el principio establecido.

Por donde se abriría aquí, de uno y otro lado, un proceso hasta el infinito, con lo que se revelaría ya por este solo hecho la contradicción que va implícita en el concepto del Estado industrial. Pero si empleamos aquí estas categorías filosóficas no es ni siquiera para poner de manifiesto las contradicciones entre las que Inglaterra se debate. No son los industriales ingleses los únicos llamados a manifestarse acerca de los dos aumentos a que acabamos de referirnos, el de la producción y el de los aranceles de importación. Acerca de ello tiene que dar su opinión también, en primer lugar, el extranjero, que posee a su vez una industria y no tiene por qué dejarse convertir en canal de desagüe para los productos ingleses; y pueden hablar también los consumidores británicos, los cuales no deben resignarse a esa subida de los aranceles hasta el infinito. Y este es precisamente el punto en que actualmente se halla el desarrollo del Estado industrial en Inglaterra. El extranjero no quiere recibir los productos ingleses, porque produce lo que necesita, y los consumidores ingleses, por su parte, exigen unánimemente la abolición de los aranceles prohibitivos. De lo anteriormente expuesto se desprende que Inglaterra se enfrenta, así, ante un doble dilema, que el Estado industrial por sí solo no es capaz de resolver; y, para convencerse de ello, basta, además, con mirar directamente a la realidad.

Para referirnos ante todo a los aranceles aduaneros, en la misma Inglaterra se reconoce que, en casi todos los artículos, las cualidades inferiores las suministran mejor y más baratas las fábricas alemanas y francesas; y lo mismo ocurre con multitud de artículos en los que los ingleses marchan a la zaga del continente. Si se levantasen los impuestos aduanales, Inglaterra se vería inmediatamente inundada por esos productos, con lo que se asestaría un golpe de muerte a la industria inglesa. De otra parte, ahora se ha declarado libre en Inglaterra la exportación de maquinaria y, como en lo tocante a la fabricación de máquinas Inglaterra no encuentra hasta ahora competencia alguna, la importación de maquinaria inglesa pondrá al continente en condiciones cada vez mejores para poder competir con Inglaterra. Además, el sistema prohibitivo ha arruinado los ingresos del Estado inglés, razón por la cual no habrá más remedio que abolirlo. En estas condiciones, ¿dónde encontrar una salida para el Estado industrial?

[*Rheinische Zeitung*, núm. 344,
10 de diciembre de 1842]

Por lo que respecta al mercado para los productos ingleses, Alemania y

Francia han declarado con bastante claridad que no están dispuestas a seguir sacrificando su industria para hacerle un favor a Inglaterra. Por lo demás, la industria alemana, sobre todo, ha cobrado un auge tal, que ya no tiene por qué temer a la inglesa. Inglaterra ha perdido el mercado continental. Sólo le restan los de América y sus propias colonias, siendo éstos los únicos en que sus leyes de navegación [69] la protegen de la competencia extranjera. Pero las colonias distan mucho de ser lo suficientemente grandes para poder consumir todos los productos de la inmensa industria inglesa, y de las demás partes vemos cómo esta industria es desplazada cada vez más por la alemana y la francesa. Claro está que este desplazamiento no se debe precisamente a las culpas de la industria inglesa, sino que es imputable al sistema prohibitivo, que eleva hasta un nivel desmedido los precios de todos los artículos de primera necesidad, y con ellos los salarios. Y, a su vez, estos salarios encarecen enormemente los productos ingleses en comparación con los de la industria continental. De este modo, Inglaterra no puede sustraerse ahora a la necesidad de restringir su industria. Y, sin embargo, este objetivo es algo tan irrealizable como el paso del sistema prohibitivo al libre comercio. Pues si es cierto que la industria enriquece a un país no lo es menos que crea, a la par con ello, una clase de indigentes, de gentes absolutamente pobres, que viven de la mano a la boca y que aumenta vertiginosamente; clase que, una vez creada, ya no puede hacerse desaparecer, porque no llega a adquirir nunca una posesión estable. Y a esta clase pertenecen la tercera parte, casi la mitad de los ingleses. La más pequeña paralización en el comercio quita el pan de la boca a gran parte de esta clase y una crisis comercial importante condena al hambre a la clase entera. ¿Qué camino les queda a estas gentes, al presentarse tales condiciones, sino el de sublevarse? Ahora bien, su volumen hace de esta clase, hoy, la más poderosa de Inglaterra, y ¡ay de los ricos ingleses el día en que adquiera la conciencia de ello!

Hasta ahora no la ha adquirido, es cierto. El proletario inglés intuye apenas su fuerza, y el fruto de esta intuición fue la rebelión del pasado verano.[70] En el continente no se ha sabido apreciar el carácter de este movimiento. Por lo menos, se dudaba si podía tomarse la cosa en serio. Para quien había tenido ocasión de ver las cosas en la realidad, distaba mucho de poder reconocerse la seriedad del asunto. En primer lugar, todo había nacido de una pura ilusión: por el simple hecho de que algunos fabricantes intentaran rebajar los salarios se creyeron en peligro, sin que hubiera razón alguna para ello, todos los obreros de los distritos algodoneros, carboníferos y siderúrgicos. Además, saltaba a la vista la carencia de organización, de preparación y de dirección. Los paros no respondían a finalidad alguna y los huelguistas distaban todavía más de estar acordes en cuanto a su manera de proceder. De ahí que hasta la más leve resistencia por parte de las autoridades los hiciese vacilar y que no fuesen capaces de sobreponerse al respeto a la ley. Y cuando los cartistas tomaron las riendas del movimiento y proclamaron la Carta del Pueblo [71] ante las masas reunidas, era ya demasiado tarde.

La única idea orientadora que flotaba ante el espíritu de los obreros y de los cartistas, a quienes en rigor pertenece esta idea, era la de una revolución por la vía legal, que es una contradicción en sí misma, una imposibilidad práctica, cuya realización tenía que fracasar. Ya la primera medida, común a todos, la paralización de las fábricas, era una medida violenta e ilegal. Dada la falta de fundamento de toda la empresa, habría podido ser sofocada desde el primer momento, si las autordades, a quienes la cosa pilló desprevenidas, no hubiesen dado pruebas de la misma perplejidad y carencia de recursos. Las fuerzas militares y policíacas, aunque escasas, fueron bastantes para mantener a raya al pueblo. En Manchester pudo verse cómo miles de obreros eran contenidos en las plazas por cuatro o cinco dragones, cada uno de los cuales ocupaba una salida.

La consigna de la "revolución legal" había paralizado todos los ánimos. La cosa se esfumó, pues cada obrero volvió al trabajo después de gastarse sus ahorros y cuando ya no tenía nada que comer. Sin embargo, algo ha reportado de ganancia para los pobres; nos referimos a la conciencia de que una revolución por medios pacíficos constituye una imposibilidad y de que sólo la remoción por la violencia de las condiciones antinaturales existentes, el derrocamiento radical de la aristocracia nobiliaria e industrial, mejorará la situación material de los proletarios. El respeto a la ley, característico y peculiar del inglés, los hace retraerse todavía de esta revolución violenta; pero, dada la situación de Inglaterra, tal como queda descrita más arriba, no podrá por menos de producirse en breve plazo una penuria general de los proletarios, y entonces el miedo a la muerte por hambre será más fuerte que el respeto a la ley. Esta revolución será inevitable para Inglaterra; pero como, en toda Inglaterra se refiere, serán los intereses y no los principios los que se encargarán de comenzar y llevar a cabo la revolución; sólo partiendo de los intereses podrán desarrollarse los principios, lo que vale tanto como decir que la revolución no será aquí política, sino social.

# PUNTO DE VISTA INGLÉS SOBRE LAS CRISIS INTERNAS

[*Rheinische Zeitung*, núm. 342,
8 de diciembre de 1842]

Londres, 3 de diciembre

Cuando uno lleva algún tiempo pensando en la situación de Inglaterra y ve claramente cuán endeble es el fundamento sobre el que descansa todo el edificio artificial de la prosperidad social y política de este país y, de pronto, se encuentra uno metido dentro del tráfago inglés, no puede por menos de asombrarse al ver la pasmosa tranquilidad y confianza con que todo el mundo mira aquí al porvenir. Las clases dominantes, lo mismo la clase media que la aristocracia, los *whigs* o los *tories*, llevan ya tanto tiempo gobernando el país, que consideran como una imposibilidad la aparición de otro partido. Por mucho que tratemos de hacerles ver sus fallas, su inestabilidad, su política vacilante, su ceguera y su estancamiento, por mucho que les llamemos la atención hacia el estado de vértigo en que se encuentra su país, como fruto de sus principios, no les abandona su inconmovible seguridad y siguen considerándose capaces de conducir a Inglaterra hacia una situación mejor.

Y si la revolución en Inglaterra es imposible, como ellos, por lo menos, afirman, no cabe duda de que tienen poco que temer por su posición. Si el cartismo fuese tolerado el tiempo necesario para lograr una mayoría en la Cámara de los Comunes, podría seguir celebrando mítines durante una serie de años y exigir la aplicación de los seis puntos de la Carta del Pueblo. Pero la clase media no va a renunciar, mediante la concesión del sufragio universal, a su ocupación de la Cámara baja, pues sabe que si transigiera en este punto se vería arrollada por los votos de la gran masa de los desposeídos. Por eso el cartismo no ha podido, ni lo podrá tan pronto, echar raíces entre los elementos cultos de Inglaterra. Cuando aquí se habla de cartistas y radicales, se entiende por tal siempre la hez del pueblo, la masa de los proletarios, y no cabe duda de que los pocos dirigentes cultos del partido desaparecen entre la masa.

Aun prescindiendo del interés político, la clase media sólo puede ser *whig* o *tory*, nunca cartista. Su principio es la conservación de lo existente; el "progreso legal" y el sufragio universal, dada la situación actual de Inglaterra, traería consigo, infaliblemente, una revolución. Por eso es muy natural que el inglés práctico, para quien la política es una cuestión de números o incluso un negocio comercial, no quiere darse

por enterado de cómo crece pavorosamente por debajo de cuerda el poder del cartismo, porque este creciente poder no puede expresarse en cifras o se expresa solamente en números, que en relación con el gobierno y el parlamento son ceros a la izquierda. Pero hay cosas que están más allá de los números, y contra ellas se estrellará, cuando el momento llegue, la supersabiduría de los *whigs* y los *tories*.

# POSICIÓN DEL PARTIDO POLÍTICO

[*Rheinische Zeitung*, núm. 358,
24 de diciembre de 1842]

Lancashire, 15 de diciembre

Todo lo que tiene de complicada la actual situación de Inglaterra cuando, como les ocurre a los ingleses, se está en contacto directo con la realidad tangible, con la práctica externa, lo tiene de simple si se reducen estos elementos externos a su contenido de principios. En Inglaterra no hay más que tres partidos de alguna importancia: la aristocracia de la propiedad de la tierra, la aristocracia del dinero y la democracia radical. El primer partido es el de los *tories*, partido reaccionario medieval y consecuente, el partido de la vieja nobleza, que confraterniza en Alemania con la Escuela "histórica" del derecho [64] y sirve de puntal al Estado cristiano. El segundo, el partido de los *whigs*, tiene su médula en los comerciantes y los fabricantes, que en su mayoría forman la llamada clase media. Esta clase media, a la que pertenece todo el que es un *gentleman*, es decir, que tiene una renta decorosa, sin ser excesivamente rico, sólo es clase media con respecto a los nobles ricos y a los capitalistas; en cambio, su posición con respecto a los obreros es aristocrática, y en un país como Inglaterra, que sólo vive de la industria y cuenta, por tanto, con una gran masa de obreros, este hecho tiene que revelarse a la conciencia con mucha mayor fuerza que en Alemania, por ejemplo, donde se concibe como clase media a los artesanos y los campesinos y no se conoce en absoluto esa extensa clase de los trabajadores fabriles.

El partido *whig* se ve, así, empujado al papel del justo medio, tan pronto como la clase de los obreros comienza a cobrar conciencia. Y esto es lo que está ocurriendo en el momento actual. Los principios democrático-radicales del cartismo van penetrando día tras día en la clase obrera y son reconocidos cada vez más como expresión de la conciencia general de ésta. Sin embargo, este partido se halla actualmente en período de formación, razón por la cual no puede aún desplegarse con toda energía.

Huelga decir que, además de estos tres partidos, que son los principales, existen toda una serie de matices de transición, entre los cuales se destacan por el momento dos, aunque ambos carezcan de un contenido de principios. El primero es el matiz intermedio entre los *whigs* y los *tories*, representado por Peel y Russell, que está seguro de que muy pronto conquistará la mayoría en la Cámara de los Comunes y también, por tanto, en el gobierno. El otro es el matiz "radical" que marca el término medio entre los *whigs* y el cartismo, matiz representado por

media docena de miembros del parlamento y algunas revistas, entre las que se destaca el *Examiner*,[72] y cuyos principios, si bien no muy acusados, sirven de base a la National-Anti-Corn-Law-League.[73] La primera fracción deberá aumentar en importancia por el mayor desarrollo del cartismo, ya que representa, frente a éste, la unidad de principios *whigs* y *tories*, que es precisamente lo que se afirma. Y, a cambio de ello, la otra deberá recaer nuevamente en la nada.

Donde más claramente se manifiesta la posición mutua de estos partidos es en su actitud ante las leyes sobre el trigo. Los *tories* no ceden ni una pulgada. Saben que su poder, fuera de la esfera constitucional de la Cámara alta, reside principalmente en su riqueza. La libre importación de cereales la obligaría a celebrar con sus arrendatarios nuevos contratos en condiciones menos onerosas. Toda su riqueza consiste en la propiedad de la tierra, cuyo valor guarda relación directa con las rentas percibidas y disminuye al bajar éstas. Ahora bien, las rentas, actualmente, son tan altas, que los arrendatarios se arruinan a pesar de los vigentes aranceles de importación sobre el trigo; si ésta se declarara libre, bajarían una tercera parte las rentas, y con ellas el valor de la tierra. Lo cual es razón suficiente para que la aristocracia se aferre a su derecho bien adquirido, que arruina a la agricultura y condena al hambre a las gentes pobres del país.

Los *whigs*, siempre dispuestos a la política del justo medio, han propuesto un impuesto fijo de 8 chelines por *quarter*, tributo lo suficientemente bajo para permitir la entrada de trigo extranjero y arrebatar a los arrendatarios el mercado y, al mismo tiempo, lo bastante alto para privar a los arrendatarios de toda razón para exigir nuevas condiciones de arriendo y para mantener dentro del país un precio tan elevado del pan como el vigente en la actualidad. La sabiduría del justo medio serviría, pues, para arruinar al país de un modo todavía más seguro que la dureza empedernida de la consecuente reacción. Los "radicales" son en este punto, por una vez, verdaderamente radicales y exigen la importación libre del trigo. Pero el *Examiner* sólo se ha sentido tan valiente desde hace unos ocho días, y la *Anti-Corn-Law-League*, hasta hace poco tiempo, se concentraba hasta tal punto simplemente contra las leyes vigentes sobre el trigo y contra la *Sliding-Scale*,[74] que venía apoyando constantemente, hasta última hora, a los *whigs*.

Sin embargo, poco a poco, ha ido convirtiéndose en grito de guerra de los radicales la libertad absoluta de importar trigo y la "libertad de comercio" en general, y los *whigs* se unen también, altruistamente, al grito de los que piden "libre comercio", entendiendo por tal unos aranceles de importación acomodados al justo medio. Como es natural, los cartistas no quieren ni oír hablar de aranceles sobre el trigo. Pero, ¿qué saldrá de todo esto? Que la importación de trigo se declarará libre es algo tan cierto como que los *tories* serán arrojados del poder, de grado o por fuerza. Lo único que cabe discutir es la forma o modalidad que adoptará el cambio. Es probable que ya la próxima legislatura del parlamento obligue a Peel a renunciar a la *Sliding-Scale*, provocando con

ello la caída de los *tories.* La nobleza transigirá en todo aquello que no la obligue a reducir el precio de arriendo, pero nada más. La coalición Peel-Russell, el centro parlamentario, tiene a su favor la mayor probabilidad de llegar a formar gobierno y demorará todo lo posible la decisión acerca del problema del trigo con sus medidas de justo medio. Pero hasta cuándo pueda aplazarla ya no depende de ella, sino del pueblo.

# LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

[*Rheinische Zeitung*, núm. 359,
25 de diciembre de 1842]

Lancashire, 20 de diciembre

La situación de las clases trabajadoras de Inglaterra se vuelve cada día más precaria. Es verdad que, por el momento, da la impresión de que la cosa no fuera tan grave; en los distritos algodoneros trabaja la mayor parte de la gente, en Manchester hay tal vez un parado por cada diez obreros, en Bolton y Birmingham la proporción es, sobre poco más o menos, la misma, y cuando el obrero inglés trabaja se siente contento. Y, realmente, tiene razón, por lo menos en la industria algodonera, si compara su suerte con la de sus hermanos de oficio en Alemania y en Francia.

El obrero alemán puede a duras penas alimentarse de patatas y pan, y quien obtiene una libra de carne a la semana es afortunado. El de aquí, en cambio, come todos los días carne de res y obtiene por su dinero un asado bastante más jugoso que el hombre más rico en Alemania. Toma el te dos veces al día y aún le queda algo de dinero para beber un vasito de oporto a mediodía y por la noche brandy mezclado con agua.

Así viven la mayoría de los obreros de Manchester, trabajando doce horas al día. Pero, ¿cuánto durará esto? La menor fluctuación en el comercio deja sin pan a miles de obreros; pronto devoran sus magros ahorros y llama a sus puertas la muerte por hambre. Y una crisis de éstas puede volver a producirse a la vuelta de un par de años. Esta misma producción acrecentada que da trabajo actualmente a los "paupers" y especula con el mercado chino traerá consigo necesariamente el almacenamiento de una enormidad de mercancías y la consiguiente paralización del mercado, lo que, a su vez, determinará como inevitable consecuencia el paro y el hambre general de los obreros.

La situación de los obreros algodoneros es, actualmente, la mejor de todas. En las minas de hulla, los obreros tienen que ejecutar las faenas más duras y malsanas por un salario escaso. Y, como consecuencia natural de ello, estos trabajadores sienten contra los ricos un odio mayor que los demás, lo que explica el número acrecentado de robos, atentados contra los ricos, etc., en este sector. Así, por ejemplo, en Manchester se teme especialmente al "Bolton people",[75] que más resueltamente actuaron en los disturbios del verano. Y la misma o parecida fama tienen los obreros siderúrgicos y, en general, todos los que ejecutan faenas físicas muy pesadas.

Si todos estos trabajadores viven actualmente a duras penas, ¿qué va a ser de ellos cuando se produzca la menor crisis en los negocios? Es verdad que los obreros han formado cajas de resistencia, cuyos fondos se incrementan mediante cuotas semanales, con el fin de pagar subsidios a los obreros parados; pero estas cajas no bastan para hacer frente a las atenciones necesarias ni siquiera cuando las manufacturas marchan bien, pues incluso en estos períodos hay bastante gente a quien ayudar. Cuando el hambre se generaliza, de nada sirven tampoco estos paliativos.

Escocia es, en los momentos actuales, el chivo expiatorio, donde se paralizan las manufacturas, pues dada la extensión de la industria inglesa, siempre hay un distrito u otro que padece. En todos los alrededores de Glasgow aumenta diariamente el paro forzoso. En Pailey, ciudad relativamente pequeña, había hace catorce días 7 000 parados; hoy, llegan ya a 10 000. Los subsidios, ya de suyo pequeños, abonados por las cajas de socorros se han reducido a la mitad, pues los fondos van disminuyendo; en una reunión de los nobles y *gentlemen* del condado se acordó abrir una suscripción que habría de aportar 3 000 libras esterlinas; pero también este medio se halla ya muy explotado, y para sus adentros los señores no creen que pasarán, cuando mucho, de 400 libras.

En última instancia, todo estriba en que, con su industria, Inglaterra se ha echado encima, no sólo una numerosa clase de desposeídos, sino también, entre ellos, una clase bastante grande de hambrientos, de los que no puede desembarazarse. Que ellos se las arreglen como puedan; el Estado se desentiende de ellos y hasta los arroja lejos de sí. En estas condiciones, ¿cómo echarles en cara a estos infelices el que se dediquen a salteadores de caminos o asalten casas para robarlas o el que las mujeres se entreguen al robo y a la prostitución? El Estado no se preocupa de saber si el hambre es dulce o amarga, sino que los agarra y los encierra en la cárcel o los deporta a colonias de delincuentes y, cuando los suelta, ha conseguido el satisfactorio resultado de haber convertido a gentes hambrientas en gentes depravadas. Y el chiste del asunto está en que, pese a su alta sabiduría, el *whig* y el "radical" no comprenden, ante esta situación del país, de dónde viene el cartismo e insisten en que en Inglaterra hay muy poco margen y muy pocas perspectivas para los cartistas.

# LAS LEYES SOBRE EL TRIGO

[*Rheinische Zeitung*, núm. 360-361,
27 de diciembre de 1842]

Lancashire, 22 de diciembre

Las leyes vigentes sobre el trigo se acercan rápidamente a su fin. El pueblo se siente verdaderamente furioso contra la "tasa sobre el pan" y, hagan lo que hagan los *tories*, no podrán enfrentarse a la presión de las masas enfurecidas. Sir Robert Peel ha aplazado la reunión del parlamento hasta el 2 de febrero; concede con ello seis semanas de plazo a la oposición para que pueda atizar todavía más la furia de la gente. Inmediatamente que se abra la nueva legislatura, Peel tendrá que dar explicaciones acerca de la *Sliding-Scale*; generalmente se cree que, poı lo menos, vacila ya en su anterior posición con respecto a este sistema. Si se decide a suprimirla, no cabe duda de que el partido *tory*, mucho más severo, abandonará el ministerio, dejando el puesto a los moderados *whigs* y produciéndose entonces la coalición Peel-Russell. En todo caso, la aristocracia se defenderá tozudamente y yo, por mi parte, no me inclino a creer que se la pueda convencer de que renuncie de buena gana a los aranceles protectores sobre el trigo.

La nobleza inglesa ha dejado pasar la Ley de reformas [76] y la emancipación de los católicos,[77] pero el esfuerzo que ha tenido que hacer para dominarse ante semejantes innovaciones no sería nada en comparación con el que representaría la derogación de las leyes cerealistas. En efecto, ¿qué significa la debilitación de la influencia aristocrática en la elección de la Cámara de los Comunes, junto a lo que sería reducir en un 30 por ciento aproximadamente la fortuna de toda la aristocracia inglesa? Y si las dos leyes anteriores costaron tales luchas, si la ley de reformas sólo logró imponerse con ayuda de las insurrecciones populares y rompiendo a pedradas los cristales de los palacios de la aristocracia, no hay que creer que, ante una cuestión como la que se debate, la nobleza se resignaría a esperar a ver si el pueblo es lo suficientemente fuerte y poderoso para imponer su voluntad.

Por otra parte, los disturbios de este verano han revelado a la nobleza lo poco que vale el pueblo inglés cuando se lanza a la revuelta. Yo estoy firmemente convencido de que, esta vez, la aristocracia hará frente al problema, hasta que sienta el cuchillo en la garganta. Pero también podemos estar seguros de que el pueblo no seguirá por mucho tiempo pagando a la aristocracia un penique (o sean 10 centavos prusianos) por cada libra de pan que coma. De ello se cuidará la *Anti-Corn-Law-League*. Las actividades de esta Liga han sido enormes y

pienso enviar una detallada información acerca de este punto. Hoy por hoy, baste decir que uno de los resultados más importantes logrados en parte por las leyes sobre el trigo y en parte por la Liga ha sido el librar a los arrendatarios de la influencia moral de sus terratenientes nobles. Hasta ahora, nadie se había mostrado más indiferente ante las condiciones políticas que los arrendatarios ingleses, es decir, toda la parte de la nación dedicada a la agricultura. El *landlord* (terrateniente) era, naturalmente, *tory* y desahuciaba a todo arrendatario que no votase por los *tories* en las elecciones al parlamento. Así se explica que los 252 miembros del parlamento que debe elegir el campo en el Reino Unido sean casi todos ellos de este partido. Sin embargo, los efectos de las leyes sobre el trigo y las publicaciones de la Liga, difundidas en cientos de miles de ejemplares, han despertado el sentido político entre los arrendatarios. El arrendatario ha comprendido que sus intereses no se identifican con los del terrateniente, sino que, por el contrario, son antagónicos a éstos, y que a nadie han perjudicado tanto como a él las leyes cerealistas.

La mayoría de los arrendatarios es ahora *whig* y, como a los terratenientes les resultaría difícil ejercer actualmente una influencia decisiva sobre el voto de los arrendatarios, los 250 diputados *tories* se convertirán, por lo menos una gran mayoría de ellos, en diputados *whigs*. Aunque este cambio sólo afectara a la mitad, ello bastaría para alterar considerablemente la fisonomía de la Cámara baja, asegurando a los *whigs* una mayoría permanente. Y de que así sucederá no cabe duda. Sobre todo, si se derogan las leyes sobre el trigo, con lo que el arrendatario adquiriría una total independencia con respecto al dueño de la tierra, ya que, en las nuevas condiciones creadas, no podría pensarse en rescindir los contratos de arriendo.

La aristocracia creyó dar un golpe de mano al imponer las leyes sobre el trigo; pero el dinero que con ello ha conseguido no contrarresta, ni mucho menos, los grandes perjuicios que aquellas leyes acarrearon para ella. Perjuicios que consisten en el hecho de que, a partir de ahora, la aristocracia no aparece ya como la representante de la agricultura, sino como la mantenedora de sus propios y egoístas intereses.

# CARTAS DESDE LONDRES

[*Schweizerischer Republikaner*,
núm. 39, 16 de mayo de 1843]

El partido democrático inglés logra rápidos progresos. Mientras los *whigs* y los *tories*, la aristocracia del dinero y la aristocracia de la sangre, sostienen en el "charlatorio nacional", como lo llama el *tory* Thomas Carlyle, o en "la casa que se arroga la pretensión de representar a los municipios de Inglaterra", para decirlo con el cartista Feargus O'Connor, una tediosa pelea de palabras en torno a la barba del emperador; mientras la Iglesia de Estado echa mano de toda su influencia sobre la beatería de la nación para mantener en pie un poco tiempo más su carcomido edificio; mientras la Liga contra las leyes cerealistas derrocha cientos de miles en la quimérica esperanza de hacer afluir con ello millones a los bolsillos de los lores de las fábricas textiles; mientras ocurre todo eso, avanza con paso tranquilo y seguro el despreciado socialismo, objeto de las chacotas de muchos, y va imponiéndose poco a poco a la opinión pública; mientras tanto, en dos o tres años, se ha formado un nuevo y nutridísimo partido bajo la bandera de la Carta del Pueblo,[71] desplegando un tipo tan enérgico de agitación, que a su lado O'Connell y la Liga resultan unos tullidos y unos chapuceros.

Sabido es que, en Inglaterra, los partidos se identifican con los escalones sociales y las clases; que los *tories* son idénticos a la nobleza y a la beata y rígidamente ortodoxa fracción de la alta iglesia, mientras que los *whigs* se reclutan entre los fabricantes, comerciantes y *dissenters*[78] y, en general, entre la alta clase media, la baja clase media, los llamados "radicales" y el cartismo, por último, encuentra su fuerza entre los trabajadores, entre los proletarios.

El socialismo no forma un partido político cerrado, pero se recluta, generalmente, entre la baja clase media y los proletarios. Inglaterra muestra, así, el hecho curioso de que cuanto más baja se halla una clase en la escala social, cuanto "más inculta" es, en el sentido usual de la palabra, más se acerca al progreso, más porvenir tiene. Es éste, en general, el carácter de todas las épocas revolucionarias, como se manifiesta, sobre todo, en la revolución religiosa, cuyo producto fue el cristianismo: "bienaventurados los pobres", "la sabiduría de este mundo se ha trocado en necedad", etc. Pero este presagio de una gran revolución no se había mostrado nunca tan claramente acusado y tan nítidamente perfilado como ahora en Inglaterra. En Alemania, el movimiento parte, no ya de las clases cultas, sino incluso de las clases sabias; en Ingla-

terra, por el contrario, las gentes cultas, y no digamos las dotadas de una cultura superior, permanecen desde hace trescientos años sordas y ciegas a los signos de los tiempos. Es bien conocida la figura del rutinario profesor de las universidades inglesas, junto a las cuales nuestras universidades alemanas son una maravilla; pero nadie en el continente puede hacerse una idea de cómo son los libros de los primeros teólogos ingleses e incluso de una parte de los primeros naturalistas, de cuán lamentablemente reaccionarias son la gran mayoría de las obras que aparecen todas las semanas en la "lista de nuevos libros". Inglaterra es la patria de la economía política, pero ¿cuál es el estado de esta ciencia entre los profesores y los políticos prácticos? La libertad de comercio de Adam Smith ha conducido a la demencial consecuencia de la teoría maltusiana de la población y no ha producido más que una nueva forma civilizada del viejo sistema monopolista que encuentra sus representantes en los *tories* de nuestros días y que ha luchado con éxito contra la necedad maltusiana, pero para verse arrastrada al cabo, una vez más, a las consecuencias maltusianistas. Por todas partes inconsecuencia e hipocresía, mientras que los certeros tratados económicos de los socialistas, y en parte también los de los cartistas, se dejan a un lado con desprecio y sólo encuentran lectores en las clases bajas. La *Vida de Jesús* de Strauss ha sido traducida al inglés. Ningún librero "respetable" se ha prestado a editarla, hasta que, por último, apareció en forma de cuadernos a 3 peniques la entrega, en las ediciones de un librero de viejo, de última fila, pero enérgico y decidido. Y lo mismo ha ocurrido con las traducciones de Rousseau, Voltaire, Holbach y otros. Byron y Shelley son leídos casi exclusivamente por las clases humildes; las obras del segundo no podrían figurar sobre la mesa de un hombre "respetable" sin acarrear sobre él la peor fama. Las cosas no han cambiado: bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos, pero ¿cuánto tardará en serlo también el reino de la tierra?

Está pendiente de discusión en el parlamento el proyecto de ley de Sir F. Graham sobre la educación de los niños que trabajan en las fábricas, basado en la limitación de su jornada de trabajo, de implantación de la enseñanza obligatoria para los niños y la entrega a la iglesia de la inspección escolar. Como es natural, este proyecto ha promovido gran agitación y brindado a los partidos una nueva ocasión para medir sus fuerzas. Los *whigs* quieren que el proyecto sea rechazado en bloque, porque, según ellos, alejaría de la educación infantil a los *dissenters* y crearía dificultades a los fabricantes, al restringir la jornada de trabajo de los niños. En cambio, entre los cartistas y los socialistas encuentra importante acogida la tendencia general humana del proyecto, exceptuando las cláusulas referentes a la inspección eclesiástica.

Como es natural, el centro principal de la agitación es Lancashire, donde tienen su asiento la mayoría de las fábricas. En las ciudades de este distrito, los *tories* carecen casi totalmente de fuerza; esto explica por qué las reuniones en que tratan de este problema no son públicas. Los *dissenters* comenzaron agrupándose en corporaciones para elevar

protestas en contra de este proyecto de ley y más tarde convocaron a mítines urbanos, en combinación con los fabricantes liberales. Estos mítines son convocados por uno de los funcionarios más altos de la ciudad, son totalmente públicos y tienen derecho a hablar en ellos todos los vecinos. Como es natural, en estas asambleas triunfa siempre el partido más fuerte y más enérgico, siempre y cuando que la sala en que se celebra la reunión sea lo suficientemente grande.

Hasta ahora, en todos estos mítines salieron triunfantes los cartistas y los socialistas. El primero de ellos se celebró en Stockport, donde las resoluciones de los *whigs* sólo consiguieron un voto y la de los cartistas casi la totalidad de la asamblea, por lo cual el alcalde de la ciudad, del partido de los *whigs*, se vio obligado a suscribir una petición cartista y a entregarla, para que le diera curso, a un miembro cartista del parlamento (Duncombe). El segundo se celebró en Salford, una especie de suburbio de Manchester que cuenta unos 100 000 habitantes; yo estaba presente en él. Los *whigs* habían tomado todas las medidas para alcanzar la victoria. El *boroughreeve* (funcionario electoral) ocupó la silla presidencial y habló mucho de imparcialidad; pero, como un cartista preguntara si se admitiría discusión, el presidente contestó que sí, cuando terminara la asamblea. La primera resolución estuvo a punto de pasar de contrabando, pero los cartistas se pusieron en guardia y la hicieron fracasar. Cuando subió a la tribuna un cartista se interpuso un clérigo de los *dissenters* y trató de impedir que hablara. Pero todo fue bien hasta el final, en que se propuso una petición concebida en el sentido de los *whigs*. Se levantó un cartista a proponer una enmienda; en este momento, el presidente, seguido de su cortejo de *whigs*, se levantó y abandonó la sala. No obstante esto, la reunión siguió su curso y se puso a votación la petición cartista; pero, en el momento decisivo, los funcionarios de policía, que ya varias veces habían intervenido en favor de los *whigs*, apagaron las luces y obligaron así a los reunidos a dispersarse. Ello no fue obstáculo para que los *whigs*, en el número siguiente del periódico local, publicaran la noticia de que habían sido aprobadas todas sus resoluciones, y el *boroughreeve* fue lo suficientemente desaprensivo para estampar su nombre "en representación y a instancia de la asamblea". ¡Esa es la honestidad de los *whigs*!

El tercer mitin se convocó dos días después en Manchester, y en él obtuvieron también los partidos radicales la más brillante de las victorias. A pesar de haber elegido una hora en que no podían asistir la mayoría de los obreros de las fábricas, había en la sala mayoría de cartistas y socialistas. Los *whigs* limitáronse a exponer los puntos en que coinciden con los cartistas; un socialista y un cartista hablaron desde la tribuna y les extendieron a los *whigs* el testimonio de que se habían comportado allí como buenos cartistas. El socialista llegó a decirles que había acudido al mitin para mantener en él los puntos de vista de la oposición de haber encontrado pie para ello, pero que todo había salido a medida de sus deseos. De este modo, Lancashire y sobre todo Manchester, sede de los *whigs* y punto central de la Liga contra las leyes cerea-

listas, han arrojado una brillante mayoría en favor de la democracia radical, manteniéndose con ello en jaque el poder de los "liberales".

[*Schweizerischer Republikaner*, núm. 41, 23 de mayo de 1843]

La *Algemeine Zeitung* [a] de Augsburgo tiene en Londres un corresponsal liberal que hace el juego, en largos y tediosos artículos, a los manejos de los *whigs*. "La Liga contra las leyes cerealistas constituye actualmente la potencia del país", dice este oráculo, expresando con ello la más grande mentira que jamás haya escrito un corresponsal de partido. ¿La Liga la potencia del país? ¿Dónde reside esta potencia? ¿En el gobierno? De él forman parte Peel, Graham y Gladstone, los peores enemigos de la Liga. ¿En el parlamento? Cada una de sus propuestas es rechazada en él por una mayoría sin paralelo en los anales parlamentarios de Inglaterra. ¿Dónde encontraremos, entonces, la tal potencia? ¿En el público, en la nación? Así formulada la pregunta, sólo podría contestarla afirmativamente un corresponsal veleidoso y carente de ideas propias, que se obstinase en ver el público en Drury-Lane y la opinión pública en una asamblea reunida a golpes de trompeta.

Si ese sabio corresponsal se halla ya tan atacado de ceguera que no sabe ver ni a mediodía, que es lo que de nacimiento les ocurre a los *whigs*, me encargaré yo de decirle cuál es la verdadera potencia de la Liga. Los *tories* se han encargado de expulsarla del gabinete y del ministerio, y los cartistas la han expulsado de la opinión pública. Feargus O'Connor ha ido paseándola en triunfo en todas las ciudades de Inglaterra, la ha retado a discutir públicamente en todas partes, y la Liga no se ha dignado recoger el guante en ningún sitio. La Liga no puede convocar a una sola reunión pública sin que se vea ignominiosamente derrotada por los cartistas. ¿O acaso el corresponsal augsburgués ignora que los pomposos mítines celebrados en Manchester en enero, lo mismo que las asambleas que ahora se celebran en el teatro londinense de Drury-Lane, donde los *gentlemen* liberales trataron de mentirse y engañarse unos a otros con respecto a su falta de consistencia interior, no son otra cosa que "sepulcros blanqueados"? ¿Quién tiene acceso a esas asambleas? *Los miembros de la Liga exclusivamente, o aquellos entre quienes la Liga distribuye billetes de entrada.* En estas condiciones, ningún partido de oposición puede contar con la posibilidad de desplegar ésta con éxito, y a ello se debe el que nadie, fuera de los incondicionales, solicite billetes para entrar en estas asambleas; en el mejor de los casos y valiéndose de la astucia, ninguno de estos partidos llegaría a deslizar de contrabando más allá de cien afiliados. Estas reuniones, a las que después se da el nombre de "públicas" son las que la Liga viene celebrando desde hace años, para felicitarse a sí misma, en ellas, por sus "progresos". Y es natural que en esas reuniones "públicas" con

[a] "Gaceta General".

entrada mediante presentación de boleto la Liga prorrumpa en improperios contra el "espectro del cartismo", sobre todo sabiendo, como sabe, que O'Connor, Duncombe, Cooper y otros se encargarán de replicar a dichos ataques en reuniones *realmente* públicas.

Hasta ahora, los cartistas han conseguido hacer saltar con sus brillantes mayorías todas las asambleas públicas convocadas por la Liga, sin que ésta, por su parte, haya logrado hacer fracasar ninguna reunión cartista. De ahí el odio que la Liga siente contra el cartismo y de ahí que clame contra la "perturbación" de sus reuniones por los cartistas, "perturbación" que no es sino la rebelión de la mayoría contra la minoría que desde la tribuna trata de manejar a aquélla para sus propios fines.

¿Dónde reside, pues, la fuerza, la potencia de la Liga? Simplemente en su imaginación y en su dinero. La Liga es rica, y confía en que la derogación de las leyes sobre el trigo traerá una buena coyuntura comercial y, animada por esa perspectiva, gasta miles para lograr millones. Reúne mediante suscripción grandes sumas de dinero, con las que paga sus pomposas asambleas y todo el resto del relumbrón y las lentejuelas. Pero, detrás de esa ostentosa fachada no hay nada efectivo. La *National-Charter-Association,*[79] la agrupación cartista, cuenta con muchos más miembros que ella, y pronto se verá que es también capaz de reunir más dinero a pesar de estar formada por pobres obreros, mientras que la Liga agrupa a casi todos los fabricantes y comerciantes ricos. Por la sencilla razón de que la asociación cartista es sostenida penique a penique, pero por casi todos sus miembros, mientras que la Liga, aunque reciba grandes cantidades es sostenida solamente por algunos de sus asociados. Los cartistas pueden, sin esforzarse mucho, reunir *un millón de peniques*[b] cada semana, y dudamos mucho que la Liga pudiera hacer otro tanto. La Liga ha suscrito una contribución de 50 000 libras esterlinas, habiendo llegado a recibir 70 000. Feargus O'Connor suscribirá próximamente, para un proyecto, *125 000* libras esterlinas y es posible que poco después se comprometa a aportar otra cantidad igual; no nos cabe la menor duda de que esa suma se hará efectiva, ¿y qué hará, entonces, la Liga con sus "grandes fondos"?

En otra ocasión explicaré por qué los cartistas mantienen la oposición contra la Liga. Por ahora, nos limitaremos a indicar que los esfuerzos y trabajos que la Liga se impone tienen, por lo menos, *un* lado bueno: el movimiento que la agitación en contra de las leyes sobre el trigo ha suscitado en una clase de la sociedad que hasta ahora venía manteniéndose quieta, o sea la población campesina. Hasta ahora, los campesinos no daban muestras de tener el menor interés de carácter público; los *farmers*[c] sujetos al terrateniente, que podían rescindir el contrato de arriendo al final del año, flemáticos e ignorantes, elegían un año con otro, de entre los *tories*, a 251 de los 658 miembros de la Cámara de los Comunes; formaban, hasta este momento, la base más firme del

[b] Lo que equivale a 1 787.50 florines renanos al año, cifra que, según nuestros conceptos continentales, no permite hablar precisamente de "pobres". [c] Arrendatarios.

partido reaccionario. Si un campesino se rebelaba contra esta tradición electoral, no encontraba el menor apoyo entre sus congéneres y el propietario de su tierra podía desembarazarse de él sin ninguna dificultad. Sin embargo, ahora se advierte cierta inquietud en el seno de esta clase de la población; existen ya campesinos liberales y entre ellos hay gentes capaces de comprender que, en muchos, muchísimos casos los intereses del dueño de la tierra y los del arrendatario pueden ser antagónicos. Hace tres años, nadie en Inglaterra habría podido decir esto a un agricultor sin que se rieran de él y hasta le golpearan. En el seno de esta clase dará sus frutos la agitación de la Liga, pero serán, indudablemente, otros de los que ella espera, pues si es probable que la gran masa de los arrendatarios acabará afluyendo al partido de los *whigs*, no es menos probable que la gran masa de los jornaleros agrícolas se pasará al lado de los cartistas. Una cosa sin la otra es imposible, y la Liga se resarcirá muy débilmente, así, de lo que para ella representa la pérdida total y decisiva de la clase obrera, de la derrota que el cartismo le ha infligido desde hace cinco años en las ciudades y los distritos fabriles. El reino del "justo medio" ha pasado ya, y la "fuerza del campo" se ha dividido entre los dos extremos.

Pues bien, a la vista de todos estos hechos irrefutables, ¿podría el señor corresponsal de la *Gaceta General* de Augsburgo decirme dónde reside "la potencia de la Liga"?

[*Schweizerischer Republikaner*,
núm. 46, 9 de junio de 1843]

Los socialistas ingleses son gente mucho más de principios y más práctica que los franceses, lo que se debe, principalmente, al hecho de que se hallan en lucha abierta con las diferentes iglesias y no quieren saber nada de religión. Poseen en casi todas las grandes ciudades un *Hall* (casa o local de reuniones), donde todos los domingos escuchan discursos, los cuales polemizan frecuentemente contra el cristianismo y en favor del ateísmo y a veces tocan aspectos relacionados con la vida de los obreros; entre sus lectores (predicadores), considero a Watts, en Manchester, como hombre muy relevante, que ha escrito con gran talento algunos folletos sobre la existencia de Dios y sobre economía política.

Estos lectores tienen una manera muy buena de argumentar; parten siempre de la experiencia y de hechos demostrables o tangibles y razonan tan a fondo que, en el terreno por ellos elegido, resulta difícil refutarlos. Y cuando se trata de elegir un terreno de discusión distinto, se le ríen a uno en sus barbas. Si digo, por ejemplo, que la existencia de Dios no depende de la prueba de hechos relacionados con el hombre, me replicarán: "Su tesis es ridícula, pues si la existencia de Dios no se manifestara en hechos, no tendríamos por qué preocuparnos de ella; lo que de su tesis se desprende es que la existencia o inexistencia de Dios es indiferente para el hombre. Pues bien, como tenemos mil

cosas a qué atender, dejemos al buen Dios tranquilamente detrás de las nubes, donde es posible que exista o que no exista. Lo que no podemos demostrar por medio de hechos no nos interesa para nada; nosotros nos atenemos 'a los hechos escuetos', que no nos permiten hablar de esas creaciones de la fantasía que son Dios y lo religioso". Y también sus tesis comunistas se apoyan en las pruebas a base de hechos, en cuya admisión proceden con la mayor cautela. La tenacidad de estas gentes es indescriptible, y no acertamos a comprender cómo pueden darles la batalla los eclesiásticos. En Manchester, por ejemplo, la agrupación comunista cuenta con 8 000 miembros inscritos en el "Hall" y que pagan a éste sus cuotas, y no exageramos si decimos que la mitad de las clases trabajadoras de este distrito comparten sus ideas acerca de la propiedad; y si Watts dice desde la tribuna (que es para los comunistas lo que el púlpito para los cristianos): hoy asistiré a tal o cual reunión, podemos estar seguros de que la moción presentada por el conferenciante obtendrá la mayoría.

Pero entre los socialistas hay también teóricos o, como los comunistas los llaman, ateos *totales*, mientras que a los otros se les da el nombre de *prácticos*. El más famoso de estos teóricos es Charles Soutwell, de Bristol, que publica una revista polémica titulada *El Oráculo de la Razón*,[80] habiendo sido condenado por ello a un año de cárcel y a una multa de 100 libras. Naturalmente que esta suma fue rápidamente cubierta por suscripción, pues todos los ingleses tienen *su* periódico, ayudan a *sus* líderes a pagar las multas, abonan la cuota a *su* capilla o *su* "Hall" y asisten a *sus* mítines. Pero este Charles Soutwell se halla otra vez en prisión. Se vio obligado a vender el "Hall" que tenían en Bristol, pues había en la localidad pocos socialistas y éstos no eran lo bastante ricos para sostener un local. Éste fue adquirido por una secta cristiana, que lo convirtió en capilla. Los socialistas y los cartistas se aglomeraron en ella, para ver y escuchar el culto. Pero, al darse cuenta de que el pastor daba gracias a Dios por haber puesto fin a todos los manejos impíos que allí se llevaban a cabo antes, tomaron estas palabras por un ataque y, como según la manera de ver de los ingleses todo ataque debe ser repelido, comenzaron a gritar: ¡Soutwell! ¡Soutwell! ¡Que venga Soutwell a hablar en contra! Y, en efecto, vino Soutwell y comenzó a pronunciar un discurso. En vista de ello, los pastores de la secta cristiana se pusieron a la cabeza de sus fieles, formados en columnas, y se abalanzaron contra Soutwell, mientras otros creyentes iban a avisar a la policía, denunciando a Soutwell por haber perturbado el culto. Los eclesiásticos agarraron por el cuello al perturbador, lo cubrieron de golpes (cosa que suele ocurrir, en tales casos) y lo entregaron a un policía. Soutwell ordenó a sus partidarios que no ofreciesen resistencia física; cuando lo llevaban preso, lo siguieron unas 6 000 personas, aclamándolo y vitoreándolo.

El fundador del socialismo, Owen, escribe sus libritos como un filósofo alemán, es decir, muy mal, pero tiene a veces destellos luminosos, en los que sus oscuras frases se abrillantan; sus ideas son, por lo

demás, muy amplias. Según Owen, "el matrimonio, la religión y la propiedad son las únicas causas de todas las desdichas existentes desde el comienzo del mundo" (!!); en todos sus escritos abundan las explosiones de ira contra los teólogos, los abogados y los médicos, a todos los cuales mete en el mismo saco. "Los tribunales del jurado se hallan integrados por una clase de gentes que siguen siendo completamente teológicas, *es decir, un partido*; también las leyes son teológicas y deberán, por tanto, ser abolidas en su totalidad, juntamente con el jurado."

Mientras la iglesia se daba a la buena vida, los socialistas han hecho lo indecible en favor de la cultura de las clases trabajadoras; a primera vista, causa verdadero asombro ver cómo hasta los obreros más corrientes se reunen en el "Hall of Science",[d] con una clara conciencia, a oír hablar sobre temas políticos, religiosos y sociales; pero el asombro desaparece cuando pone uno la vista en las publicaciones populares y escucha a los lectores socialistas, por ejemplo las conferencias de Watts en Manchester. Actualmente, los obreros tienen a su alcance, en ediciones pulcras y baratas, las traducciones de la filosofía francesa del siglo pasado, principalmente el *Contrat social* de Rousseau, el *Système de la nature*[81] y diversas obras de Voltaire y, además, en folletos de a centavo y dos centavos y en periódicos, la explicación de los principios comunistas; también se hallan en manos de los obreros, a precios asequibles, las ediciones de Thomas Paine y las obras de Schelley.[82] A todo lo cual hay que añadir las lecciones dominicales, que tienen un gran público; estando en Manchester, vi todos los domingos abarrotado el "Hall" de los comunistas, en que caben unas 3 000 personas, y escuché allí discursos que producen un impacto directo, en los que se habla a los obreros de carne y hueso y en los que no faltan tampoco las pullas contra los eclesiásticos. Y es frecuente ver cómo se ataca con frecuencia al cristianismo y se presenta a los cristianos como "nuestros enemigos".

A veces, las formas de estas reuniones se asemejan a las eclesiásticas; un coro con acompañamiento de orquesta canta en la galería los himnos sociales, melodías casi todas ellas religiosas en su totalidad o a medias, con letra comunista, que los oyentes escuchan de pie. Enseguida, sube a la tarima un orador, ocupando una especie de tribuna, rodeada de sillas, con la mayor sencillez, sin quitarse siquiera el sombrero, saluda con éste al público y se despoja del abrigo; después de esto, se sienta y comienza a hablar, despertando por lo general risas entre quienes le escuchan, pues en estos discursos se da rienda suelta al chispeante humorismo inglés. En uno de los ángulos del "Hall" vemos una mesa cubierta de libros y folletos; en otro, un pequeño mostrador con naranjos y refrescos, de modo que cada cual pueda acercarse y comprar lo que desee, sustrayéndose al discurso cuando le resulte demasiado aburrido. Algunos sábados por la tarde, se organizan allí reuniones para tomar el te, en las que se mezclan y confunden gentes de todas las edades, sexos y condiciones, para tomar el refrigerio acos-

[d] "Salón de la Ciencia."

tumbrado, o sea una taza de te con un bocadillo; durante la semana, se organizan con frecuencia en el "Hall" bailes y conciertos, en los que la gente se divierte de lo lindo; en el local hay, además, un café.

¿Cómo explicarse que el gobierno tolere todas estas actividades? Hay que decir que hace algún tiempo, gobernando un ministerio *whig*, los comunistas lograron un acuerdo del parlamento por virtud del cual no se pueden tomar medidas en contra suya, en cuanto corporación. Las autoridades la emprenderían de buena gana contra los individuos más destacados, pero saben que ello no haría más que favorecer a los socialistas, atrayendo hacia sus personas a la opinión pública, que es precisamente lo que ellos quieren. La existencia de mártires de la causa (y muchos estarán dispuestos en todo momento a serlo) daría pie a la agitación, y esta agitación sería el medio para dar todavía mayor pábulo a su movimiento, que ahora pasa todavía inadvertido para gran parte del pueblo, que los considera como a una secta al igual que cualquier otra; los *whigs* saben muy bien que las medidas de represión hacen mucho más por una causa que la propia agitación, y a ello se debe el que respeten la existencia y la actuación de estas agrupaciones, a las que han impreso una forma; y sabido es que toda forma obliga. Los *tories*, por su parte, recurren a la represión cuando los escritores ateos son demasiado duros, pero sus actos redundan siempre en favor de los comunistas. En diciembre de 1840 fueron condenados por blasfemia Soutwell y otros; inmediatamente, aparecieron tres nuevas revistas, una titulada *El Ateo*, otra *El Ateo y el Republicano* y la tercera, bajo el título *El Blasfemo*, editada por el lector Watts. Algunos números de esta última revista causaron gran sensación, y en vano estudiaron las autoridades el modo de reprimir esta tendencia. Se dejaron marchar las cosas y el resultado fue que las tres publicaciones desaparecieran por sí solas.

Aparte de esto, los socialistas procuran salvarse, como todos los demás partidos, eludiendo la ley y por medio de sofismas de palabras, cosa que aquí está a la orden del día.

Como vemos, pues, todo es aquí vida y cohesión, acción y terreno firme; todo toma, aquí, forma exterior; no pasa como entre nosotros, que creemos saber algo por el hecho de tragarnos la opaca pobreza del libro de Stein [83] o nos imaginamos que somos algo simplemente por pronunciar de vez en cuando una opinión envuelta en perfume de agua de rosas.

En los socialistas puede uno percibir muy claramente la energía inglesa; pero lo que más me asombra es la manera bondadosa de éstos, ¿cómo llamarlos?, casi habría dicho muchachos, pero una bondad que dista mucho de la debilidad; se ríen de los que son meramente republicanos, pues saben que la república sería tan hipócrita, tan teológica y tan legalmente injusta como la monarquía, y ellos están dispuestos a sacrificarlo todo, incluyendo a mujeres e hijos, los bienes y la sangre, por la reforma social.

[*Schweizerischer Republikaner*, núm. 51, 27 de junio de 1843]

No se oye ahora hablar de otra cosa que de O'Connell y el *Repeal* irlandés (revocación de la unión de Irlanda con Inglaterra).[84] O'Connell, el viejo y astuto abogado que durante el gobierno de los *whigs* se estuvo sentado tranquilamente en la Cámara de los Comunes, ayudando a sacar adelante medidas "liberales" para que fuesen desechadas por la Cámara, se ha retirado de pronto de Londres y de los debates parlamentarios, para poner de nuevo sobre el tapete el viejo problema del "repeal". Nadie pensaba ya en ello cuando, un buen día, se lanzó a la carga en Dublin el Viejo Dan,[e] desempolvando el añejo pleito.

Nada tiene de extraño que el asunto, al que se ha dejado tanto tiempo fermentar, vuelva a hervir ahora. El viejo astuto va de ciudad en ciudad, rodeado siempre de una guardia de corps como ningún rey sería capaz de reunirla, ¡doscientos mil hombres rodeándole en cada lugar! Imaginémonos lo que, en estas condiciones, podría hacerse si un hombre con sentido común tuviese la popularidad de un O'Connell, o si éste fuese un poco más razonable y tuviese un poco menos de egoísmo y vanidad. Doscientos mil hombres, ¡y qué hombres! Gentes que no tienen ni un penique que perder, cuyas dos terceras partes no tienen ni chaqueta que ponerse, auténticos proletarios y *sansculottes*, y además irlandeses, salvajes, fanáticos, indomables.

Para conocer a los irlandeses, hay que haberlos visto. Dadme doscientos mil hombres de esos y os aseguro que echo por tierra toda la monarquía británica. El irlandés es un hijo de la naturaleza, optimista, exaltado, sin necesidades y que se alimenta sólo de patatas. Se le arranca de entre los brezos, donde nació y se crió, bajo un mísero techo, bebiendo te aguado y comiendo de mala manera, y se le trasplanta directamente a nuestra civilización. El hambre lo empuja a Inglaterra. Sus pasiones levantan cabeza bajo el engranaje mecánico, egoísta y helado de las ciudades fabriles inglesas. ¿Qué sabe de ahorrar el tosco joven cuya infancia discurrió entre los brezales, jugando, y en los caminos del campo, mendigando? Gasta alegremente lo que gana, y luego pasa hambre hasta el próximo día de paga o hasta que vuelve a encontrar trabajo. Está acostumbrado a pasar hambre. Vuelve a su tierra y junta a su familia, levantándola de junto a los caminos donde anda dispersa, mendigando, y a veces reuniéndola de nuevo junto a la olla del te, de la que la madre no se ha separado. Pero, durante su estancia en Inglaterra, ha visto muchas cosas, ha asistido a reuniones y locales obreros, sabe lo que es el "repeal" y lo que representa Sir Robert Peel; es casi seguro que se ha batido muchas veces con la policía y es mucho lo que tiene que contar acerca de la dureza de corazón y las infamias de los "peeleers" (guardias de la policía). Ha oído también hablar mucho de Daniel O'Connell. Va en busca de su vieja casa

e Daniel O'Connell.

con su pequeño huerto sembrado de patatas. Las patatas están maduras, las lava y ya tiene asegurada la comida para el invierno. Pero llega el subarrendador y pregunta por la renta. No hay de dónde sacar el dinero. El subarrendador responde de la renta al terrateniente y embarga la finca. El irlandés se resiste y es encarcelado. Por último, lo sueltan y, poco después, el subarrendador u otro de los que han intervenido en el asunto del embargo aparece asesinado junto a una zanja.

Es esta una historia tomada de la vida de los proletarios irlandeses, de la vida de cada día. La crianza en condiciones semisalvajes, primero, y luego el medio totalmente civilizado en que se ve metido hacen vivir al irlandés en una contradicción consigo mismo, en un continuo estado de furia, devorado constantemente por una ira candente que lo hace capaz de todo. Añádase a esto la carga de quinientos años de opresión, con todas las consecuencias que ello representa para él. ¿Qué de extraño tiene que, en esas condiciones, como cualquier semisalvaje, descargue el puño, ciego y colérico, contra el primero que se le enfrenta, que ardan en sus ojos un eterno instinto de venganza y una furia destructora, que le tenga sin cuidado contra quién se manifiestan estos impulsos, con tal de que pueda descargarlos, matar y destruir?

Pero no es esto todo. El frenético odio nacional del irlandés contra el sajón y el viejo fanatismo católico, alimentado por el sacerdote contra la soberbia protestante-espiscopal, son elementos con los cuales se puede emprender todo. Todos estos elementos se hallan en manos de O'Connell. ¡Y de qué masas puede disponer este agitador! Anteayer, en Cork, 150 000 hombres; ayer, en Nenaph, 200 000; hoy, en Kilkenny, 400 000, he ahí la progresión. Una cruzada triunfal de catorce días, un triunfo como ningún emperador romano llegó a conocer. Y si O'Connell se propusiera realmente lo mejor para el pueblo, si realmente aspirara a desterrar la miseria, si no persiguiera sus pequeños y mezquinos fines de justo medio, que no hacen más que agitar, detrás de todo el ruido, la consigna del "repeal", sir Robert Peel no podría negarle nada, pidiéndoselo a la cabeza de una fuerza como la que actualmente tiene. Pero, ¿qué es lo que hace y lo que logra, con toda su fuerza y sus millones de irlandeses desesperados y capaces de empuñar las armas? No logra ni siquiera imponer el "repeal"; y no lo logra, naturalmente, porque no lo toma en serio, porque abusa del estrujado y pisoteado pueblo irlandés simplemente para poner en aprietos al ministerio *tory* y colocar de nuevo en sus cargos a sus amigos del justo medio. Y esto lo sabe también perfectamente Sir Robert Peel, y por eso es por lo que bastan 25 000 soldados para tener a raya a toda Irlanda. Si O'Connell fuese realmente un hombre del pueblo, si tuviese el valor necesario y *no sintiese miedo al pueblo*; es decir, si no fuese un *whig* con dos caras, sino un demócrata honrado y consecuente, hace ya mucho tiempo que no quedaría un solo soldado inglés en Irlanda, que no habría un solo pastor protestante holgazán en lugares que son puramente católicos, que ningún barón normando ocuparía su castillo. Pero ahí está el quid del asunto. Si el pueblo entrase en acción por un momento, Daniel

O'Connell y sus aristócratas del dinero se verían reducidos a dieta, como él trata de poner a dieta a los *tories*. Por eso Daniel se aferra tanto al clero católico, por eso pone a sus irlandeses en guardia contra el peligroso socialismo, por eso rechaza el apoyo ofrecido por los cartistas, aunque de vez en cuando y para cubrir las apariencias hable de democracia, como Luis Felipe en su día hablaba de las instituciones republicanas; por eso no irá nunca más allá de una movilización política del pueblo irlandés, la que, a la postre, para nadie será tan peligrosa como para él mismo.

# PROGRESOS DE LA REFORMA SOCIAL EN EL CONTINENTE [85]

[*The New Moral World*, núm. 19,
4 de noviembre de 1843]

Desde que me reúno con socialistas ingleses, me ha producido siempre extrañeza el hecho de que la mayoría de ellos se hallen tan poco familiarizados con el movimiento social que se desarrolla en diversos países del continente. Movimiento nada desdeñable, pues en Francia hay más de medio millón de comunistas, sin contar los furieristas y otros reformistas sociales de tendencia menos radical; en todas las partes de Suiza existen asociaciones comunistas que despachan sus emisarios a Italia, Alemania e incluso Hungría, y hasta la misma filosofía alemana, tras largos y fatigosos rodeos, ha arribado por último y definitivamente al comunismo.

Así, pues, los tres grandes países civilizados de Europa, Inglaterra, Francia y Alemania, han llegado a la conclusión de que una revolución profunda de las relaciones sociales, tomando como base la propiedad común, constituye a la hora actual una necesidad apremiante e inexcusable. Y este resultado es tanto más impresionante cuanto que cada una de las tres naciones citadas ha llegado a ella independientemente de las otras dos. No creemos que pueda haber una prueba más convincente que ésta de que el comunismo no es simplemente una consecuencia derivada de la situación especial de Inglaterra o de cualquier otro país por separado, sino un corolario que se desprende necesaria e inevitablemente de las premisas implícitas en las condiciones generales de la civilización moderna.

Sería, pues, muy de desear que las tres naciones citadas se entendieran entre sí, que supieran hasta dónde coinciden y en qué discrepan, pues necesariamente tiene que haber también diferencias de criterio, ya que la doctrina del comunismo presenta un origen distinto en cada uno de los tres países. Los ingleses han llegado a este resultado *prácticamente*, a la vista del rápido crecimiento de la miseria, la desmoralización y el pauperismo en su propia patria. Los franceses han alcanzado la misma conclusión por la vía *política*, ya que, habiendo reclamado primeramente la libertad y la igualdad políticas, convencidos por los hechos de que estos postulados políticos eran insuficientes, han añadido a ellos el postulado de la libertad y la igualdad sociales. Por último, los alemanes se hicieron comunistas a través de la *filosofía*, por medio de conclusiones derivadas de los primeros principios.

Habiendo nacido así el socialismo en los tres países, es natural que medien diferencias de opinión en asuntos de importancia secundaria;

creo, sin embargo, poder demostrar que estas discrepancias son de poca monta y perfectamente compatibles con los más amistosos sentimientos de los reformistas sociales de cada país por los del otro. Lo que hace falta es que se conozcan entre sí; conseguido esto, estoy seguro de que todos ellos desearán de todo corazón que el éxito corone los esfuerzos de sus hermanos comunistas extranjeros.

## I

### *Francia*

Francia es, desde la revolución, el país político por excelencia de Europa. Ninguna mejora, ninguna doctrina puede cobrar en Francia importancia nacional si no toma cuerpo de algún modo en forma política. Parece como si a la nación francesa le estuviese reservado, en la presente etapa de la historia de la humanidad, el papel de recorrer todas las formas políticas de desarrollo y de llegar, partiendo de lo puramente político, hasta el punto en que todos los pueblos y todos los caminos conducen necesariamente al comunismo. Así lo revela claramente la trayectoria de la opinión pública en Francia, mostrando al mismo tiempo cómo tendrá necesariamente que discurrir la historia futura de los cartistas ingleses.

La Revolución francesa fue el punto de partida de la democracia en Europa. La democracia es —y, al decir esto, incluyo y enjuicio todas las formas de gobierno— una contradicción en sí, una falacia; es, en el fondo, una pura hipocresía (teología, la llamamos los alemanes). La libertad política es una libertad ficticia, la forma peor de esclavitud, la apariencia de la libertad y, por ello mismo, la peor de las servidumbres. Otro tanto sucede con la igualdad política, y por ello la democracia, al igual que toda otra forma de gobierno, sea la que fuere, está condenada a saltar a la postre en añicos: la hipocresía no puede sostenerse, a la larga; la contradicción latente en ella tiene necesariamente que ponerse en evidencia, más temprano o más tarde: o auténtica esclavitud, es decir, despotismo, sin recato, o auténtica libertad y auténtica igualdad, es decir, comunismo. La Revolución francesa hizo brotar ambas formas: Napoleón instauró una de ellas, Babeuf la otra. No es necesario, pienso yo, extenderse sobre el tema del babevismo, ya que la historia de la conspiración de Babeuf, escrita por Buonarotti, ha sido traducida al inglés. La intentona comunista no prosperó, porque el mismo comunismo era todavía, por aquel entonces, demasiado tosco y superficial y, por otra parte, la opinión pública no se hallaba aún suficientemente desarrollada.

El siguiente reformista social francés fue el conde de *Saint-Simon*. Aunque logró fundar una secta e incluso algunas colonias, ambas cosas resultaron estériles. El carácter general de las doctrinas sansimonistas presenta una gran semejanza con las de los socialistas ingleses de Ham-

Common,[86] aunque se aprecian también considerables diferencias en cuanto al *detalle* de los sistemas y las ideas. El ingenio y la sátira de los franceses no tardaron en tomar como blanco algunos de los rasgos peculiares y excentricidades de los sansimonistas, y, en Francia, cuando algo cae en ridículo o es tomado a chacota está irremediablemente perdido. Pero el fracaso de las instituciones sansimonianas obedecía, además, a otras razones: todas las doctrinas de este partido aparecían envueltas en el ropaje nebuloso de un misticismo ininteligible, que si al principio atraía la atención de las gentes, acababa casi siempre defraudando sus esperanzas. Y tampoco sus principios económicos eran inexpugnables; según sus concepciones, la participación de cada miembro de la comunidad en el reparto del producto se hallaba condicionada por dos factores: por la cantidad de trabajo suministrado por él y por la magnitud del talento acreditado. Objetando este principio, dijo con razón un republicano alemán, Börne, que el talento, en vez de ser recompensado, debía considerarse más bien como una ventaja natural y descontarse una fracción de la parte correspondiente a las gentes de talento, para restablecer así la igualdad.

El sansimonismo volvió a desaparecer del horizonte social, después de brillar fugazmente como un meteoro, atrayendo la atención de los pensadores. Hoy, ya nadie piensa en él o habla de él; su momento ha pasado.

Casi por los mismos años que Saint-Simon, vemos a otro francés aplicar la energía de su poderosa inteligencia al estado social de la humanidad; nos referimos a *Fourier.* Aunque en los escritos de Fourier no encontramos tantos brillantes destellos de genio como en los de Saint-Simon y algunos de sus discípulos, y, a pesar de que su estilo es pesado y denota en gran medida el esfuerzo que el autor despliega constantemente para formular con claridad sus pensamientos y expresar cosas para las que el léxico francés no ofrece las palabras necesarias, sus obras se leen con mayor agrado y con mayor provecho que las de la escuela anterior a él. También en estas páginas encontramos sobra de mística y casi siempre sin que venga a cuento, pero podemos prescindir de ella, darle de lado, y siempre quedará algo que jamás encontraremos en los sansimonistas: investigación científica, pensamiento frío, sistemático y exento de prejuicios, en una palabra, *filosofía social,* y no simplemente *poesía social,* como en la escuela de Saint-Simon. Fue Fourier quien formuló por vez primera el gran axioma de la filosofía social: todo individuo muestra una inclinación o preferencia por un determinado tipo de trabajo, razón por la cual la suma de las inclinaciones de todos los individuos tiene necesariamente que representar, considerada en bloque, una fuerza suficiente para satisfacer las necesidades de todos. De este principio se sigue como consecuencia el que, si se deja que cada individuo haga o deje de hacer lo que desee, con arreglo a sus inclinaciones personales, se satisfarán las necesidades de todos, sin necesidad de recurrir para ello a los medios violentos empleados por el vigente sistema social. Esta aseveración parece muy audaz y, sin embargo, tal y como

Fourier la formula, es perfectamente inatacable y hasta podríamos decir que evidente por sí misma, algo así como el huevo de Colón. Fourier demuestra que todo hombre nace llevando dentro de sí la inclinación a cierto tipo de trabajo; que la *inacción absoluta* es un absurdo, algo que jamás ha existido ni podrá existir; que la naturaleza misma del espíritu humano consiste en mostrarse activo y en mantener activo al cuerpo y que, por tanto, no hace falta obligar a los hombres a hacer algo, como ocurre en la sociedad actual, sino que basta con encauzar por el derrotero adecuado el impulso natural que los lleva a mantenerse activos. Demuestra, asimismo, que trabajo y placer son uno y lo mismo y pone de manifiesto, partiendo de aquí, lo irracional que es el orden social presente, que levanta una barrera de separación entre ambos, haciendo del trabajo un tormento y del placer algo inasequible a la mayoría de los que trabajan. Hace ver cómo el trabajo, si se toman las disposiciones racionales para ello, puede llegar a convertirse en lo que realmente debiera ser, en algo agradable, dejando que cada cual siga sus propias inclinaciones. Como es natural, no podemos exponer aquí en su totalidad la teoría furierista del *trabajo libre,* pero creemos que basta con lo dicho para hacer ver a los socialistas ingleses que el furierismo es realmente algo que merece por todos los conceptos su atención.

Otro de los méritos de Fourier es el haber mostrado las ventajas o, mejor dicho, la necesidad de la cohesión. Punto este que nos limitaremos a señalar, sin desarrollarlo, pues sabemos que los ingleses comprenden muy bien su importancia.

En el furierismo se contiene, sin embargo, una grave inconsecuencia, que es el mantenimiento de la propiedad privada. En sus *falansterios* o comunidades cooperativas hay ricos y pobres, capitalistas y obreros. Se aporta a un fondo común la propiedad de todos los miembros, la empresa practica el comercio, la agricultura y las actividades industriales, y los rendimientos obtenidos se reparten entre los asociados: una parte como salarios, otra como primas para recompensar los conocimientos especiales y las capacidades y otra, por último, como intereses del capital. Por donde, después de todas las hermosas teorías sobre la creación de cooperativas y el trabajo libre y tras multitud de fogosas e indignadas declamaciones contra el comercio, el egoísmo y la competencia, volvemos a encontrarnos en la práctica con el viejo sistema de la competencia con arreglo a un plan corregido y mejorado, con una Bastilla de leyes de beneficencia basada en principios más liberales. Como es natural, no es posible detenerse aquí, y tampoco los franceses se detuvieron.

Los avances del furierismo en Francia fueron lentos, pero constantes. No hay muchos furieristas, pero entre ellos encontramos a un número considerable de las mejores inteligencias de la Francia actual. Victor Considérant es uno de sus escritores más capaces. Editan también un periódico titulado la *Phalange,*[87] que antes aparecía tres veces por semana y ahora se publica diariamente.

Como los furieristas se hallan actualmente representados en Inglaterra por Mr. Doherty, no creo que necesite extenderme más acerca de ellos y paso a hablar del partido más importante y más radical de Francia, que son los *comunistas*.

Ya he dicho que, en Francia, para que algo adquiera importancia nacional, necesita revestir carácter político; de otro modo, se hallará condenado al fracaso. Saint-Simon y Fourier no tocaron para nada a la política; eso explica por qué sus planes no llegaron a convertirse en patrimonio común de la nación y no pasaron de ser objeto y tema de discusiones privadas. Ya hemos visto cómo el comunismo de Babeuf nació de la democracia de la primera revolución. La segunda revolución —la revolución de 1830— hizo surgir un nuevo y más poderoso comunismo. La alianza de la burguesía y la clase obrera, de los liberales y los republicanos, hizo posible la "Semana Grande" de 1830.[32] Hecha la faena, la clase obrera fue enviada a sus casas y la burguesía se embolsó ella sola los frutos de la revolución. Los obreros se levantaron en varias insurrecciones para romper el monopolio político e instaurar una república, pero sus intentos fracasaron una y otra vez, porque la burguesía, además de tener con ella al ejército, formaba ella misma la Guardia Nacional.

Durante aquellos años (1834-35) surgió una nueva doctrina entre los obreros republicanos. Estos se dieron cuenta de que, aun en el caso de que sus planes democráticos triunfaran, sus caudillos, prevaliéndose de su mayor cultura y de su mayor capacidad, seguirían engañándolos y de que su situación social, causa de su descontento político, en nada mejoraría, por muchos cambios políticos que se introdujeran. Remontándose a la historia de la Gran revolución, se aferraron afanosamente al comunismo de Babeuf.

Esto es todo lo que con seguridad puede afirmarse acerca de los orígenes del comunismo moderno en Francia. Primeramente, se discutió el asunto en las oscuras calles y las populosas callejas del barrio parisino de Saint-Antoine y, poco después, se debatía en las asambleas secretas de conspiradores. Quien sabe algo más acerca de los orígenes de la cosa se lo calla prudentemente, para no caer bajo "el vigoroso brazo de la ley". Lo cierto es que el comunismo se extendió rápidamente por París, Lyon, Toulouse y otras grandes ciudades industriales del reino. Diversas sociedades secretas se sucedían unas a otras; entre ellas se destacaban como las más importantes los "Travailleurs Egalitaires", algo así como Liga obrera de los Igualitarios, y los "Humanitarios".[88] Los Igualitarios eran una sociedad bastante "tosca", exactamente lo mismo que lo eran los babevistas en la Gran revolución; proponíanse convertir el mundo en una gran comunidad obrera, eliminando como un lujo superfluo, peligroso y aristocrático todo lo que fuesen refinamientos de la cultura, la ciencia, las bellas artes, etc. Era un prejuicio necesariamente emanado de su total desconocimiento de la historia y de la economía política. Los humanitarios se hicieron famosos, principalmente, por sus ataques contra el matrimonio, la familia y otras instituciones

análogas. Estos dos partidos, al igual que otros, tuvieron una vida muy efímera, y la gran masa de la clase obrera francesa abrazó muy pronto los principios proclamados por Cabet, "Père Cabet" (el padre Cabet) —como se le solía llamar—, principios conocidos en el continente bajo el nombre de comunismo icariano.

Este esbozo de la historia del comunismo en Francia muestra hasta cierto grado en qué tiene necesariamente que distinguirse el comunismo francés del inglés. En Francia, el movimiento de reforma social es de origen político: habiéndose comprobado que la democracia no puede aportar la auténtica igualdad, se recurre al sistema comunista. De ahí que la gran mayoría de los comunistas franceses sean, además, republicanos convencidos; aspiran a una estructura comunista de la sociedad bajo una forma de gobierno republicana. No creo que ello pueda representar un obstáculo serio para los socialistas ingleses, pues aunque éstos son más bien partidarios de una monarquía electiva, los conozco bien y sé que son gente demasiado ilustrada para tratar de imponer su forma de gobierno a un pueblo que la rechaza totalmente. No cabe duda de que semejante intento sumiría al pueblo en cuestión en inquietudes y dificultades mucho mayores que las que para él representaría su propia forma democrática de gobierno, aun suponiendo que ésta fuese mala.

Hay, sin embargo, otras objeciones que podrían oponerse a los comunistas franceses. Se les reprocha el proponerse derrocar por la violencia el gobierno establecido en su país, y así lo han demostrado con su política constante de conspiraciones y ligas secretas. Esto es verdad. Hasta los icarios, quienes se declaran en sus publicaciones enemigos de las revoluciones violentas y las ligas secretas, se hallan organizados también de este modo y aprovecharían sin duda de buen grado cualquier ocasión que se les deparase para implantar por la fuerza una república. Esto inducirá probablemente a objeciones, y con razón, ya que las sociedades secretas atentan siempre, evidentemente, contra las reglas más elementales de la prudencia, exponiendo a los interesados a innecesarias persecuciones por parte de la ley. Yo no me inclinaría a defender semejante política, pero hay que explicársela si se la quiere comprender, y se la puede uno explicar perfectamente por las diferencias que median entre ingleses y franceses en cuanto a carácter nacional y a forma de gobierno.

La Constitución inglesa viene rigiendo desde hace ya cerca de ciento cincuenta años, sin interrupción; todos los cambios se han llevado a cabo por vías legales y bajo formas constitucionales; todo ello explica por qué los ingleses sienten tanto respeto por sus leyes. Francia, en cambio, presenció durante los últimos cincuenta años un cambio impuesto tras otro; y, tras un breve período de vigencia, fueron dejadas a un lado y sustituídas por otras todas las Constituciones, desde la democracia radical hasta el franco despotismo, y todas las leyes habidas y por haber. En estas condiciones, ¿cómo puede el pueblo sentir respeto por sus leyes? Y el resultado de todas estas conmociones, plasmado ahora en la Constitución y en la legislación francesas, es la opresión de los pobres por los ricos, sostenida por la violencia. Mal puede, siendo

así, esperarse que los oprimidos sientan cariño por sus instituciones políticas, que no recurran de nuevo a los métodos de 1792. Las clases oprimidas saben que, si son algo, lo son precisamente porque contestan a la fuerza con la fuerza y, no disponiendo como actualmente no disponen, de otros medio, a nadie puede extrañarle que no duden ni por un instante en recurrir a éste.

Se preguntará también por qué los comunistas franceses no fundan comunas, como hacen los ingleses. Mi respuesta es: porque no se atreven. Si lo hicieran, hasta la más leve tentativa se vería reprimida por las tropas. De nada les serviría, por otra parte, aunque pudiesen hacerlo. Yo siempre he considerado como un simple experimento la colonia de "Harmony",[89] experimento encaminado a demostrar la viabilidad práctica de los planes de Owen y a obligar a la opinión pública a formarse una idea más favorable de los planes socialistas para mitigar la miseria de las masas. Pues bien, si esta interpretación nuestra no es equivocada, un experimento de esta naturaleza de nada serviría en Francia. No os preocupéis por demostrar a los franceses el carácter práctico de estos planes, pues ello los dejaría fríos e indiferentes. Lo que tenéis que hacerles ver, en cambio, es que vuestras comunas no someterán a la humanidad a un "férreo despotismo", como recientemente ha sostenido el cartista míster Bairstow, en su controversia con míster Watts.[90] Demostradles que la verdadera libertad y la verdadera igualdad únicamente son posibles bajo las condiciones de la comunidad, que la verdadera *justicia* requiere idénticas condiciones, y si los convencéis de ello los tendréis a vuestro lado.

Pero, volvamos a las doctrinas sociales de los comunistas cabetianos. Su "libro sagrado" es el *Voyage en Icarie* ("Viaje a Icaria") del padre Cabet, quien —dicho sea de pasada— fue en su día Procurador general de la República y también miembro de la Cámara de Diputados. Las directrices generales de sus comunas no se distinguen gran cosa de las de Owen. Incorporan a sus planes prácticamente todos los elementos racionales encontrados en las teorías de Saint-Simon y Fourier y se hallan, por tanto, muy por encima de los viejos comunistas franceses. Por lo que se refiere al matrimonio, coinciden totalmente con los ingleses. Se hace todo lo humanamente posible por garantizar la libertad del individuo. Se preconiza la abolición de las penas y su sustitución por un sistema de educación de la juventud y la influencia racional y espiritual sobre los adultos.

Una curiosa particularidad que queremos hacer resaltar es la siguiente: mientras que, en general, los socialistas ingleses se manifiestan en contra del cristianismo, lo que los lleva a enfrentarse con todos los prejuicios religiosos de un pueblo realmente cristiano, los comunistas franceses profesan, en cambio, ideas cristianas, a pesar de formar parte de una nación famosa por su incredulidad. Una de sus tesis favoritas es la de que el cristianismo *es* el comunismo, "*le Christianisme c'est le Communisme*". Es una tesis que intentan probar con apoyo en la Biblia, alegando que los primeros cristianos vivían en régimen de comunidad

de bienes, etc. Pero todo eso sólo demuestra una cosa, y es que estas buenas gentes no figuran precisamente entre los mejores cristianos, aunque se hagan pasar por tales; si realmente lo fueran, conocerían mejor la Biblia y sabrían que, aunque algunos pasajes bíblicos parezcan preconizar el comunismo, el espíritu general de sus enseñanzas es absolutamente contrario a él, como a cualquier otra medida o concepción racional.

El crecimiento del comunismo ha sido saludado por la mayoría de los espíritus eminentes de Francia; Pierre Leroux, el metafísico, George Sand, la valiente defensora de los derechos de la mujer, el abate de Lamennais, autor de las *Palabras de un creyente*, y otros muchos, se muestran más o menos afectos a las doctrinas comunistas. Pero el escritor más notable en este respecto es Proudhon, hombre joven, que hace dos o tres años publicó su obra titulada *Qu'est ce que la propriété?* ("¿Qué es la propiedad?"),[91] pregunta a la que responde: "la propriété c'est le vol" (la propiedad es el robo). Es ésta, la obra más filosófica en lengua francesa escrita por un comunista, y si algún libro me gustaría ver traducido del francés al inglés es éste. En él se estudian el derecho de la propiedad privada y las consecuencias derivadas de esta institución, la competencia, la inmoralidad y la miseria, con una fuerza de inteligencia y en una investigación realmente científica como desde entonces no he vuelto a verlas reunidas en un libro. Encontramos en esta obra, además, muchas importantes observaciones acerca de las formas de gobierno y, después de haber demostrado que toda forma de gobierno es igualmente impugnable, ya se trate de democracia, de aristocracia o de monarquía, ya que todas ellas gobiernan a base de la violencia e, incluso en el mejor de todos los casos posibles, la fuerza de la mayoría ahoga la debilidad de la minoría, el autor llega por último al resultado que se expresa en estas palabras: "Nous voulons l'anarchie!". Lo que nosotros queremos y necesitamos es la anarquía, la ausencia de todo gobierno, la responsabilidad de todo individuo ante sí mismo y ante nadie más.

Acerca de este tema tendré ocasión de apuntar algo más cuando hable de los comunistas alemanes. Sólo me resta decir, por ahora, que el número de los comunistas franceses de Icaria se calcula, sobre poco más o menos, en medio millón, sin contar a las mujeres y los niños. Es, como se ve, una falange muy considerable. Publican una revista mensual bajo el título del *Populaire*[92] dirigida por el padre Cabet; además, P. Leroux da a las prensas una publicación, la *Revue Indépendante*,[93] en la que se defienden filosóficamente los principios del comunismo.

Manchester, 23 de octubre de 1843.

## II

### *Alemania y Suiza*

Alemania tuvo sus reformadores sociales ya en la época de la Reforma. Poco después de que Lutero comenzara a hacer labor de agitación en pro de la reforma de la Iglesia y a sacudir al pueblo en contra del poder clerical, se levantaron los campesinos del sur y el centro de Alemania en una sublevación general contra sus señores seculares. Lutero declaró que aspiraba a volver al cristianismo primitivo, en la doctrina y en las costumbres; lo mismo se proponían los campesinos y exigían, por tanto, la renovación del cristianismo de los primeros tiempos, no sólo en la Iglesia, sino también en la vida social. Las condiciones de servidumbre y avasallamiento en que vivían eran consideradas por ellos como incompatibles con las doctrinas de la Biblia. Se hallaban sojuzgados por un puñado de insolentes condes y barones, saqueados día tras día y tratados como bestias, ninguna ley los amparaba y, si acaso había alguna que los protegiera, no se encontraba a nadie que se prestara a aplicarla.

No cabe duda de que semejante estado de cosas distaba mucho de la comunidad de los primeros cristianos y de las enseñanzas de Cristo, tal como aparecen expuestas en la Biblia. Los campesinos se levantaron, pues, contra sus señores en una guerra que no podía ser sino una guerra de exterminio. El predicador Tomás Münzer, a quien pusieron al frente de su movimiento, lanzó una proclama llena, como es natural, de todos los disparates religiosos y supersticiosos de aquel tiempo, pero en la que, junto a otras cosas, se contenían principios como éstos: según la Biblia, ningún cristiano tiene derecho a considerar como exclusivamente suya cualquier clase de propiedad; la comunidad de bienes es el único régimen adecuado para una sociedad de cristianos; a ningún buen cristiano le es lícito ejercer poder, imperio o autoridad sobre otros cristianos, ni desempeñar cargo alguno de gobierno o poderes hereditarios, sino que, por el contrario, así como todos los hombres son iguales ante Dios, así también deben ser iguales en la tierra.

Estos postulados no eran otra cosa que conclusiones lógicas de la Biblia y de los escritos del propio Lutero; pero el reformador no estaba dispuesto a ir tan lejos como el pueblo. Pese a la valentía de que dio pruebas frente a las autoridades eclesiásticas, Lutero no se había sobrepuesto a los prejuicios políticos y sociales de su tiempo. Con la misma fuerza con que creía en la Biblia creía en el derecho divino de los príncipes y los señores feudales a tratar a puntapiés al pueblo. Y como, además, necesitaba contar con la protección de la nobleza y de los príncipes protestantes, escribió un panfleto contra los campesinos sublevados,[94] en el que, no contento con repudiar a los rebeldes, rechazando todo nexo con ellos, instigaba a la nobleza a reprimir con la mayor dureza la rebelión y a tratar a los rebeldes como a delincuentes contra la ley de Dios. "¡Matadlos como a perros!", vociferaba. Es un panfleto escrito con tal ferocidad, con tal furia fanática contra el pueblo, que ha de-

jado una mancha imborrable sobre la memoria de Lutero; este documento prueba cómo, habiendo comenzado su carrera como hombre del pueblo, Lutero se puso más tarde totalmente al servicio de sus opresores. La sublevación fue aplastada al cabo de una guerra civil enormemente sangrienta, y los campesinos recayeron en la vieja servidumbre.

Prescindiendo de unos cuantos casos aislados que no llegaron a adquirir estado público, puede afirmarse que, desde la guerra de los campesinos hasta estos últimos tiempos, no ha habido en Alemania un partido de reformistas sociales. Durante los últimos cincuenta años, la opinión pública se vio demasiado absorbida por problemas de carácter puramente político o metafísico, a los que había que encontrar una respuesta antes de poder entrar a dilucidar con la tranquilidad y el conocimiento necesarios la cuestión social. Fueron, sin embargo, quienes, si alguien se lo hubiera propuesto, se habrían opuesto resueltamente a un sistema comunista los que allanaron el camino para su introducción.

Últimamente, vuelve a debatirse el problema de la reforma social, pero ahora en el seno de la clase obrera alemana. Como Alemania cuenta con una industria fabril relativamente pequeña, la clase obrera alemana está formada en su gran mayoría por oficiales artesanos, que durante dos o tres años trabajan como operarios ambulantes a lo largo de Alemania, de Suiza y con frecuencia también de Francia, antes de establecerse como pequeños maestros. Esto hace que haya constantemente un gran número de obreros que marchan hacia París o vuelven de esta ciudad a su patria y que traban necesariamente conocimiento con los movimientos políticos y sociales de la clase obrera francesa. Uno de estos hombres, Guillermo Weitling, simple oficial sastre de Magdeburgo, en Prusia, tomó la decisión de crear en su país agrupaciones comunistas.

Este hombre, a quien debe considerarse como el fundador del comunismo alemán, se trasladó a Suiza después de dos años de estancia en París, trabajó en un taller de sastrería de Ginebra y predicó a sus compañeros de trabajo un nuevo evangelio. Creó agrupaciones comunistas en todas las pequeñas y grandes ciudades situadas en la parte suiza del lago de Ginebra y ganó para sus ideas a la mayoría de los alemanes que allí trabajaban. Después de preparar de este modo la opinión pública, editó, con el fin de extender su labor de agitación en el país, una revista titulada "La Joven Generación".[95] Aunque escrita exclusivamente para obreros y por un obrero, esta publicación fue desde el primer momento mejor que la mayoría de las revistas comunistas francesas, mejor incluso que el *Populaire* del padre Cabet. Enseguida se nota que quien la escribía tuvo que debatirse muy duramente hasta llegar a asimilarse el saber histórico y político sin el que un publicista no puede desenvolverse y que una defectuosa formación le había sustraído hasta entonces. La revista revela también que Weitling se preocupaba continuamente por armonizar sus diferentes pensamientos e ideas acerca de la sociedad en un sistema coherente de comunismo. *La Joven Generación* comenzó a publicarse en 1841; al año siguiente, dio Weitling a las

prensas una obra titulada "Garantías de la armonía y la libertad",[a] en la que criticaba el viejo orden social y esbozaba los rasgos fundamentales de un nuevo orden. Procuraré aprovechar la primera ocasión que se me presente para citar algunos de los pasajes de este libro.

Después de haber creado, así, el núcleo de un partido comunista en Ginebra y sus alrededores, Weitling pasó a Zurich, donde algunos de sus amigos habían comenzado ya a influir sobre los obreros, exactamente lo mismo que en otras ciudades del norte de Suiza. Weitling comenzó a organizar su partido en estas ciudades. Bajo el nombre de "sociedades corales", fueron creándose agrupaciones en las que se discutía la nueva estructuración de la sociedad. Al mismo tiempo, el promotor de todas estas actividades dio a conocer su propósito de publicar un libro que habría de titularse "El evangelio del pobre pecador".[96] Pero, al llegar aquí se interpuso la policía en su camino.

El pasado mes de junio fue detenido Weitling y se procedió a confiscar sus papeles y su libro, antes de que éste saliera de las prensas. El gobierno suizo nombró una comisión encargada de investigar el asunto y de someter un informe al Gran Consejo de los representantes del pueblo. Este informe se ha publicado hace varios meses.[97] Por él se ve que había en todos los lugares de Suiza un gran número de agrupaciones comunistas, integradas en su mayoría por obreros alemanes; que Weitling actuaba como dirigente del partido y hacía de tiempo en tiempo informes acerca de los avances de éste; que se mantenía en correspondencia con otras agrupaciones alemanas similares de París y Londres, y que todas estas sociedades, debido a los frecuentes cambios de residencia de sus miembros, eran otros tantos semilleros en que se incubaban de un modo conciente las "peligrosas y utópicas doctrinas" que los más viejos exportaban a Alemania, Hungría e Italia, inoculando su espíritu a cuantos obreros caían dentro de su zona de influencia. El informe fue redactado por el Dr. Bluntschli, hombre de convicciones aristocráticas y cristiano hasta el fanatismo; se comprende, pues, que el documento se halle todo él concebido más bien en el estilo de un escrito difamatorio y partidista que en el de un dictamen oficial sereno y objetivo. El comunismo se anatematiza aquí como una doctrina peligrosa en el más alto grado, que socava todo el orden existente y destruye todos los vínculos sagrados de la sociedad. El devoto doctor no encuentra palabras bastante enérgicas para dar rienda suelta a sus sentimientos sobre las frívolas blasfemias con que estas gentes infames e incultas tratan de justificar sus nefandas y revolucionarias teorías al amparo de pasajes de las Sagradas Escrituras. Weitling y su partido se asemejan mucho en esto a los comunistas franceses de Icaria y afirman que el cristianismo es el comunismo.

El resultado del proceso seguido a Weitling no respondió, ni con mucho, a las esperanzas del gobierno de Zurich. A pesar de que, a veces, tanto Weitling como sus amigos se mostraban harto imprudentes en sus expresiones, no fue posible mantener en pie la acusación inicial

[a] *Garantien der Harmonie und Freiheit.*

de conspiración y alta traición. Los jueces penales condenaron a Weitling a seis meses de prisión y a ser expulsado para siempre de Suiza; los miembros de las agrupaciones de Zurich fueron proscritos de este cantón; pero, aunque el informe se comunicó a los gobiernos de los otros cantones y a las embajadas extranjeras, no se molestó gran cosa a los comunistas residentes en otras partes de Suiza. La persecución venía demasiado tarde y encontró poco apoyo en otros cantones; no contribuyó para nada a la destrucción del comunismo, sino que más bien lo alentó por el gran interés que suscitó en todos los países de habla alemana. En Alemania, el comunismo, hasta entonces casi totalmente desconocido, atrajo sobre sí, a partir de este momento, la atención general.

Además de este partido, hay en Alemania otro que aboga también en pro del comunismo. El primero no tardará, indudablemente, en agrupar en torno suyo a toda la clase obrera alemana, ya que se trata de un partido realmente popular; el otro partido, del que paso a hablar, es un partido filosófico; nada tiene que ver en cuanto a su origen con los comunistas franceses ni con los ingleses y ha brotado de la filosofía, de la que tanto se enorgullece Alemania desde los cincuenta años últimos.

La revolución política de Francia fue acompañada en Alemania por una revolución filosófica. Kant inició esta revolución, al derrocar el viejo sistema metafísico de Leibniz, implantado a fines del siglo XVIII en todas las universidades del continente. Fichte y Schelling acometieron las obras del nuevo edificio y Hegel se encargó de dar cima al nuevo sistema. Jamás, desde que el hombre se ha iniciado en el pensamiento, ha existido un sistema filosófico tan vasto como el de Hegel. Lógica, metafísica, filosofía de la naturaleza, filosofía del espíritu, filosofía del derecho, de la religión y de la historia: todo aparece reunido en un sistema y reducido a un principio fundamental. Visto desde fuera, este sistema parecía inatacable, y lo era; fue derribado *desde dentro*, por obra de los mismos hegelianos. No puedo, como es natural, exponer aquí el desarrollo completo del sistema o de su historia y debo, por tanto, limitarme a las siguientes observaciones.

La trayectoria de la filosofía alemana desde Kant hasta Hegel fue algo tan consecuente, tan lógico y, si vale expresarse así, tan necesario, que era imposible que existiera ningún otro al lado de los sistemas que hemos mencionado. Existían, es cierto, dos o tres, pero nadie les hizo caso; tan insignificantes se les consideraba, que nadie les hizo ni siquiera el honor de derribarlos. Pese a su imponente erudición y a la profundidad de su pensamiento, Hegel se entregó tan de lleno a los problemas abstractos, que no se cuidó de liberarse de los prejuicios de su tiempo, época de restauración de viejos sistemas políticos y religiosos. Pero sus discípulos pensaban de muy distinto modo acerca de estas cosas. Hegel murió en 1831; cuatro años después, en 1835, veía la luz la *Vida de Jesús* de Strauss, la primera obra que marca un avance por sobre las fronteras del hegelianismo ortodoxo. Vinieron luego otros, hasta que que en 1837 se levantaron los cristianos contra los que llamaban neo-

hegelianos, denunciándolos como ateos y exigiendo que el Estado interviniera en contra suya. Pero el Estado no intervino, y la disputa siguió su curso. Para aquel entonces, los neohegelianos o jóvenes hegelianos eran tan poco concientes de las consecuencias contenidas en su propia manera de pensar, que rechazaban toda acusación de ateísmo y se llamaban cristianos y protestantes, aunque no admitían la existencia de un Dios que no era hombre y consideraban pura mitología la historia de los Evangelios. Hasta el año pasado no se reconoció como fundado el reproche de ateísmo, en un trabajo redactado por el autor de estas líneas.[98] Los jóvenes hegelianos de 1842 eran ateos y republicanos declarados; la revista del partido, los "Anales Alemanes", mantenía una actitud más radical y más abierta que nunca; se fundó un periódico político, y no tardó en hallarse totalmente en nuestras manos toda la prensa liberal de Alemania. Teníamos amigos en casi todas las ciudades importantes del país; suministrábamos el material necesario a todos los periódicos liberales, convirtiéndolos por este medio en órganos nuestros; inundábamos al país de manifiestos y proclamas y pronto llegamos a dominar la opinión pública en cuantos problemas se planteaban.

Un aflojamiento temporal de la censura de prensa redobló la energía de este movimiento, completamente nuevo para una parte considerable del público alemán. Periódicos publicados con la autorización de un censor gubernativo contenían cosas que hasta en Francia se pensarían como alta traición y otras que en Inglaterra no podrían publicarse sin provocar un proceso por blasfemias. El movimiento fue tan rápido, tan súbito y se llevó adelante de un modo tan enérgico, que durante algún tiempo se vieron arrastrados por él el gobierno y el público. Sin embargo, esta violencia de agitación sólo demostraba una cosa, y era que no descansaba sobre un partido fuertemente arraigado entre el público y que su fuerza respondía solamente a la sorpresa y la confusión en el campo enemigo. Tan pronto como los gobiernos recapacitaron, le cerraron el paso, recurriendo a la más despótica represión de la libertad de prensa. Se decretó la prohibición por docenas de manifiestos, periódicos y revistas y obras científicas, y el estado de excitación en que se hallaba el país se calmó rápidamente. Es evidente que una intromisión tan tiránica no podía detener el progreso de la opinión pública ni ahogar los principios defendidos por los agitadores; las persecuciones en nada aprovecharon a los poderes imperantes, pues es lo cierto que si ellos *no* hubiesen sofocado el movimiento se habría encargado de ponerle coto la indiferencia del público, de un público tan poco preparado como el de cualquier otro país para los cambios radicales; y, aunque no hubiera sido así, la agitación republicana habría sido abandonada por los propios agitadores, convertidos ahora en comunistas por las mismas consecuencias de su filosofía, al ser llevadas hacia adelante. Los príncipes y gobernantes de Alemania, en el mismo momento en que creían haber aplastado para siempre las aspiraciones republicanas, vieron surgir el comunismo de entre las cenizas de la agitación política, y esta nueva doctrina se les apareció como más temible y peligrosa todavía que aque-

lla otra que tanto se congratulaban de haber destruido, pero la verdad tan sólo en apariencia.

Ya en agosto de 1842 sostuvieron unos cuantos, dentro del partido, el punto de vista de que los cambios políticos son insuficientes y declararon que, a su juicio, el único estado de la sociedad compatible con sus principios abstractos era una revolución *social*, basada en la propiedad común. Pero ni los mismos dirigentes del partido, como por ejemplo el Dr. Bruno Bauer, el Dr. Feuerbach y el Dr. Ruge, estaban dispuestos en aquel entonces, a dar un paso tan decisivo. El órgano político del partido, la "Gaceta Renana", publicó algunos trabajos abogando por el comunismo, pero sin obtener el éxito deseado. Y, sin embargo, el comunismo era una consecuencia tan *necesaria* de la filosofía de los jóvenes hegelianos, que ninguna oposición fue capaz de cerrarle el paso; en el transcurso de aquel mismo año tuvieron sus fundadores la satisfacción de ver que un republicano tras otro se sumaban a sus filas. Además del Dr. Hess, redactor de la *Gaceta Renana*, ahora prohibida, que fue en realidad el primer comunista dentro del partido, hay actualmente muchos más, como el Dr. Ruge, redactor de los *Anales Alemanes*, la revista científica de los jóvenes hegelianos, prohibida por decreto de la Dieta federal, el Dr. Marx, también redactor de la *Gaceta Renana*, el Dr. Herwegh, el poeta, cuya carta al rey de Prusia [99] fue traducida y publicada el invierno pasado por la mayoría de las revistas inglesas, y algunos más, y confiamos en que el resto del partido republicano se irá pasando poco a poco a nuestras filas.

De este modo, es de creer que el comunismo filosófico se haya consolidado para siempre en Alemania, pese a todos los esfuerzos que los gobiernos hacen por ahogarlo. Han logrado, dentro de su radio de jurisdicción, destruir la prensa, pero en vano; los partidos del progreso recurren a la prensa libre de Suiza y Francia, y sus publicaciones encuentran en Alemania la misma amplia difusión que si se editaran en el propio país. Todas las persecuciones y prohibiciones se han acreditado como estériles, y siempre lo serán; los alemanes son una nación filosófica y no quieren ni pueden renunciar al comunismo, mientras éste descanse sobre principios filosóficos sanos, muy especialmente cuando se desprende como consecuencia inevitable de su *propia* filosofía. Y esta es la tarea que ahora tenemos ante nosotros. Nuestro partido tiene que demostrar una de dos cosas: o que todos los esfuerzos filosóficos realizados por la nación alemana desde Kant hasta Hegel han sido baldíos —o peor aún que eso— o que esos esfuerzos deben necesariamente desembocar en el comunismo; que los alemanes tienen que abrazar el comunismo o repudiar a sus grandes filósofos, cuyos nombres representan el orgullo y la gloria de su nación. Y no cabe duda de que *se demostrará* esto; los alemanes *se verán* inevitablemente metidos dentro de este dilema, sin que quepa apenas dudar de cuál será el término de la disyuntiva por la que el pueblo se decidirá. La perspectiva de la fundación de un partido comunista entre las clases cultas de la sociedad es más favorable en Alemania que en ninguna otra parte. Los alemanes son una nación

muy poco egoísta; cuando en Alemania pugnan los principios con los intereses, son casi siempre los primeros los que reducen al silencio las exigencias de los segundos. El mismo amor por los principios abstractos, la misma indiferencia ante la realidad y los propios intereses que han empujado a los alemanes a un estado de impotencia política, estas mismas cualidades son precisamente las que garantizan el éxito del comunismo filosófico en nuestro país. A los ingleses les parecerá muy peregrino el que un partido que se traza como meta la abolición de la propiedad privada esté formado precisamente por gentes que figuran entre los propietarios, y eso es, sin embargo, lo que sucede en Alemania. Nuestras filas sólo pueden llenarse con elementos procedentes de las clases que han adquirido una excelente cultura, es decir, que vienen de las universidades o de la clase dedicada al comercio, y en ninguna de estas dos clases hemos tropezado hasta ahora con grandes obstáculos.

En cuanto a las doctrinas concretas de nuestro partido, coincidimos con los socialistas ingleses en medida mucho más considerable que con cualquier otro partido. Su sistema descansa, al igual que el nuestro, en principios filosóficos; los socialistas ingleses luchan, como nosotros, contra los prejuicios religiosos, mientras que los franceses repudian la filosofía y eternizan la religión, deslizándola dentro de sus planes de la nueva sociedad. Los comunistas franceses sólo pudieron ayudarnos en las primeras fases de nuestro desarrollo, y pronto hemos podido convencernos de que sabíamos nosotros más que nuestros maestros; pero de los socialistas ingleses tendremos todavía mucho que aprender. Aunque nuestros principios fundamentales nos suministren una base más amplia, ya que los hemos tomado de un sistema filosófico que abarca todos los campos del saber humano, en cuanto se refiere a la práctica, a los *hechos* del estado actual de la sociedad, vemos que los socialistas ingleses nos llevan mucha ventaja y dejan muy pocas cosas sin resolver. Aparte de esto, puedo afirmar que me he encontrado con socialistas ingleses con los que coincido en casi todos los puntos.

No puedo entrar a exponer aquí este sistema comunista sin alargar demasiado mi artículo, pero me propongo hacerlo pronto, si el editor del *New Moral World* [100] pone a mi disposición el espacio necesario para ello. Terminaré, pues, afirmando que, a despecho de las persecuciones de los gobiernos alemanes (me han dicho que en Berlín ha sido procesado el señor Edgar Bauer por una publicación comunista [101] y que en Stuttgart han condenado a otra persona, acusada del novísimo y peculiar delito de mantener "correspondencia comunista"), se dan todos los pasos necesarios para poner en marcha una eficaz agitación en pro de la reforma social, para fundar una nueva revista y asegurar la difusión de todos los escritos en los que se defiende el comunismo.

F. Engels

# ESBOZO DE CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA [102]

[*Deutsch-Französiche Jahrbücher*,
diciembre 1843–enero 1844]

La economía política nació como una consecuencia natural de la extensión del comercio. Apareció con ella, en vez del regateo puro y simple sin pretensiones de ciencia; es un sistema desarrollado de fraude lícito, una ciencia acabada sobre el modo de enriquecerse.

La economía política o ciencia del enriquecimiento, nacida de la envidia y la avaricia mutuas entre los mercaderes, viene al mundo ostentando en su frente el estigma del más repugnante de los egoísmos. Seguía creyéndose ingenuamente que el oro y la plata constituían la riqueza, razón por la cual se consideraba como lo más importante de todo la prohibición de exportar metales "preciosos". Las naciones se comportaban las unas frente a las otras como los avaros, abrazando amorosamente la idolatrada talega de oro y mirando a sus vecinos con ojos envidiosos y llenos de recelo. Se ponían en práctica todos los medios imaginables para extraer a los pueblos con los que se comerciaba la mayor cantidad posible de dinero contante, colocando enseguida el botín, bien custodiado, detrás de la línea aduanera.

La aplicación rigurosamente consecuente de este principio amenazaba con matar el comercio. Las potencias, percatándose de esto, comenzaron a sobrepasar esta primera etapa; se dieron cuenta de que, mientras el capital permanecía ocioso en las arcas, crecía continuamente en la circulación. Decidieron, pues, romper el retraimiento. Abrieron la jaula a sus ducados como reclamo para cazar más dinero, pues pronto hubieron de comprobar que por pagar a otro un precio alto por su mercancía, no se salía perdiendo nada siempre y cuando que se obtuviese otro mayor por la mercancía propia.

De este modo y sobre estas bases, surgió el *sistema mercantil*. Este sistema encubría un tanto la avaricia del mercader; las naciones se acercaron un poco más, saliendo de su aislamiento, concertaron tratados de comercio y amistad, comenzaron a negociar las unas con las otras y, tentadas por la ganancia, se abrazaban y se hacían todas las protestas de amor imaginables. Pero, en el fondo, seguían dejándose guiar por la codicia y la avaricia congénitas, que de vez en cuando se abrían paso en las guerras, provocadas todas ellas por la rivalidad comercial. En estas guerras se ponía claramente de manifiestto que, en el comercio, como en el robo, no había más que una ley, la del más fuerte; nadie sentía el menor escrúpulo en arrancar al adversario, por la violencia o por la astucia, los tratados más beneficiosos para el vencedor.

La piedra angular de todo el sistema mercantil es la teoría de la ba-

lanza comercial. En el fondo, las naciones seguían aferrándose a la creencia de que el oro y la plata eran la riqueza y sólo consideraban beneficiosos, por tanto, los tratos que en fin de cuentas hacían afluir al país dinero contante. Para determinar si el saldo era favorable, se comparaban las exportaciones y las importaciones. Quien exportaba más de lo que importaba daba por supuesto que la diferencia beneficiaba al país en dinero efectivo y consideraba este superávit como un enriquecimiento. Todo el arte de los economistas se cifraba en procurar que, al final de cada ejercicio, las exportaciones arrojaran un saldo acreedor o una balanza favorable sobre las importaciones. ¡Y en aras de esta necia ilusión morían, sacrificados en los campos de batalla, miles de hombres! También el comercio puede enorgullecernos, como se ve, de tener su Inquisición y sus Cruzadas.

El siglo XVIII, el siglo de la revolución, revolucionó también la economía. Pero, al modo como todas las revoluciones de este siglo fueron revoluciones unilaterales que se estancaron en la contradicción, y así como frente al espiritualismo abstracto surgió el materialismo abstracto, frente a la monarquía la república y frente al derecho divino el contrato social,[103] también la revolución económica llevaba en su seno su propia contradicción. En todas partes se mantenían en pie las premisas. El materialismo no atacaba al desprecio y a la humillación cristianos del hombre, sino que se limitaba a oponer al hombre, en vez del Dios del cristianismo, el criterio absoluto de la naturaleza; la política ni siquiera pensaba en investigar los fundamentos sobre los que descansaba el Estado en y de por sí; y a la economía ni se le pasaba por las mientes preguntar cuál era la *razón de ser de la propiedad privada.* Esto hacía que la nueva economía sólo representara un progreso a medias; que se viese obligada a traicionar sus propias premisas y a renegar de ellas, a recurrir al sofisma y a la hipocrecía para encubrir las contradicciones en que se veía envuelta y poder llegar a conclusiones que respondían más al espíritu humano del siglo que a las premisas de que ella misma partía.

Esto explica por qué la economía adoptó un carácter filantrópico: retiró su favor a los productores para tomar bajo su égida a los consumidores; aparentó una santa aversión contra los sangrientos horrores del sistema mercantil y se dedicó a ensalzar el comercio como un lazo de concordia y amistad entre las naciones y los individuos. Todo aparecía envuelto en hermosos colores; pero, como las premisas seguían en pie, no tardaron en imponerse de nuevo y, dando al traste con tan esplendorosas filantropías, engendraron la teoría maltusiana de la población, el sistema más bárbaro y más brutal que cabe imaginarse, un sistema nacido de la desesperación, que venía a echar por tierra todos aquellos hermosos y grandilocuentes discursos sobre la filantropía y el cosmopolitismo. Y así nacieron el sistema fabril y la esclavitud moderna, cuya crueldad e inhumanidad en nada desmerecen de la esclavitud antigua. La nueva economía, el sistema de la libertad de comercio basado en la *Riqueza de las naciones* de Adam Smith acusa los mismos rasgos de hi-

pocresía, inconsecuencia e inmoralidad que en todos los campos de la vida vemos enfrentarse hoy al libre sentido humano.

¿Quiere esto decir que el sistema de A. Smith no constituyera un progreso? No cabe duda de que este sistema representó un progreso. y un progreso impuesto, además, por la necesidad. Fue necesario, en efecto, que el sistema mercantil, con sus monopolios y sus trabas comerciales, se derrumbara para que pudieran manifestarse con toda su fuerza las verdaderas consecuencias de la propiedad privada; todas aquellas mezquinas trabas locales y nacionales del sistema anterior tenían que derrumbarse para que la lucha de nuestro tiempo se generalizara y cobrara un carácter más humano; la teoría de la propiedad privada tenía que abandonar la senda puramente empírica por la que marchaba, limitándose a indagar objetivamente, para asumir un carácter más científico y comprender, llevando el problema a un terreno humano más general, que era también responsable de las consecuencias; la inmoralidad contenida en la vieja economía hubo de verse llevada a su culminación por el intento de negarla, como si con ello se la hiciera desaparecer, y por la consiguiente hipocresía, corolario obligado de semejante intento. Todo ello iba implícito en la naturaleza misma de la cosa. Y debemos reconocer, como de buen grado lo hacemos, que han sido en realidad la fundamentación teórica y la aplicación práctica de la libertad de comercio las que nos han permitido remontarnos por encima de la economía basada en la propiedad privada. Pero reclamando, al mismo tiempo, el derecho a demostrar que esta libertad queda reducida con ello a toda su nulidad teórica y práctica.

Y nuestro juicio tendrá que ser, necesariamente, tanto más acervo cuanto más cerca de nosotros se hallen los economistas enjuiciados. Mientras que Adam Smith y Malthus sólo se encontraron con algunos elementos sueltos del sistema, los economistas posteriores tenían ya ante sí todo el sistema llevado a su perfección; estaban a la vista, ahora, todas las consecuencias y aparecían claramente de relieve todas sus contradicciones, a pesar de lo cual estos economistas no fueron capaces de entrar en el análisis de sus premisas, lo que no es obstáculo para que se hagan responsables de todo el sistema. Cuanto más se acercan los economistas a los tiempos presentes, más van alejándose de los postulados de una investigación honrada. Con el tiempo, vemos cómo aumentan necesariamente los sofismas encaminados a poner la economía a tono con las exigencias de la época. De ahí que *Ricardo*, por ejemplo, sea más culpable que *Adam Smith* y *MacCulloch* y *Mill* más responsables que Ricardo.

La moderna economía no puede enjuiciar certeramente el sistema mercantil, porque ella misma peca de unilateral y se halla todavía más embrollada en las premisas del sistema. Para poder asignar a cada uno de ellos el lugar que le corresponde, es necesario sobreponerse a la contradicción que media entre ambos sistemas y criticar las premisas comunes a uno y otro, partiendo de una base general y puramente humana.

Los defensores de la libertad de comercio son, como veremos, peores

monopolistas que los mismos viejos mercantilistas. Y asimismo hemos de ver que bajo el falaz humanitarismo de los economistas modernos se esconde una barbarie de la que no tenían la menor noción quienes los precedieron; que el embrollo conceptual de éstos revelaba todavía cierta sencillez y consecuencia, comparado con la ambigüedad lógica de sus detractores, y que ninguna de las dos partes puede echar en cara a la otra algo de que no pueda acusarse a sí misma. Por eso la moderna economía liberal es incapaz de comprender la restauración del sistema mercantil llevada a cabo por List, que para nosotros es algo perfectamente simple. La inconsecuencia y la doblez de la economía liberal tienen que disolverse de nuevo, necesariamente, en las partes fundamentales que la integran. Así como la teología sólo ve abrirse ante ella dos caminos: o retroceder hacia la fe ciega o avanzar hacia la libre filosofía, la libertad de comercio tiene necesariamente que conducir, de una parte, a la restauración de los monopolios y, de otra, a la abolición de la propiedad privada.

El único avance *positivo* que ha logrado la economía liberal ha sido el desarrollo de las leyes de la propiedad privada. Pero estas leyes se hallan implícitas en ella, aunque no aparezcan todavía llevadas hasta sus últimas consecuencias y claramente formuladas. De donde se sigue que los defensores de la libertad de comercio se hallan asistidos por la razón cuando se trata de decidir acerca de la manera más rápida de enriquecerse; es decir, en todas las controversias estrictamente económicas. Cuando discuten, claro está, con los monopolistas, y no con los adversarios de la propiedad privada, pues la superioridad de éstos para llegar a conclusiones más acertadas en lo tocante a los problemas económicos ha sido demostrada desde hace mucho tiempo, en la práctica y en la teoría, por los socialistas ingleses.

Así, pues, en la crítica de la economía política, deberemos investigar las categorías fundamentales, poner al descubierto la contradicción introducida por el sistema de la libertad comercial y extraer las consecuencias que se desprenden de los dos términos de la contradicción.

La expresión "riqueza nacional" nació simplemente del afán de generalización de los economistas liberales. Esta expresión carece de sentido mientras exista la propiedad privada. La "riqueza nacional" de los ingleses, con ser muy grande, no impide que el pueblo inglés sea el más pobre de la tierra. Una de dos: o se prescinde de esa expresión o se aceptan las condiciones necesarias para que tenga sentido. Y otro tanto podemos decir de las expresiones economía nacional, economía política o economía pública. En realidad, esta ciencia, mientras sigan imperando las condiciones actuales, debiera llamarse economía *privada,* ya que sólo en aras de la propiedad privada y en función a ella existen en la economía relaciones públicas.

La consecuencia inmediata de la propiedad privada es el *comercio*, el intercambio de las mutuas necesidades, la compra y la venta. Bajo el régimen de la propiedad privada, el comercio, como cualquier otra actividad, se convierte necesariamente en fuente de lucro para quienes lo ejercen; dicho de otro modo, todo comerciante tiene necesariamente que aspirar a vender caro y a comprar barato. En toda compraventa se enfrentan, pues, dos individuos movidos por intereses diametralmente opuestos, en un conflicto perfectamente hostil, puesto que el uno conoce al dedillo las intenciones del otro y sabe que son antagónicas a las suyas. De donde, por una parte, la mutua desconfianza y, por otra, la tendencia a justificar este recelo, recurriendo al empleo de medios inmorales para alcanzar un fin inmoral. Así, por ejemplo, uno de los principios del comercio es el secreto, la ocultación de cuanto pueda mermar el precio de la mercancía puesta en venta. Como consecuencia de lo cual al comerciante le es lícito obtener el mayor provecho posible de la confianza de la otra parte y atribuir a su mercancía cualidades que no posee. *En una palabra*, el comercio es el fraude legal. y que la práctica confirma esta teoría podría decirlo cualquier comerciante que quisiera hacer honor a la verdad.

El sistema mercantil podía, cuando menos, alegar en su favor, una cierta franqueza abierta, que no trataba de encubrir en lo más mínimo la inmoralidad del comercio. Ya hemos visto cómo hacía gala de su vil codicia. La hostilidad mutua entre las naciones, en el siglo XVIII, la repugnante envidia y la rivalidad comercial que las movían, eran los resultados consecuentes del comercio en general. Aún no se había humanizado la opinión pública y, por tanto, no había por qué molestarse en disfrazar lo que era pura y simplemente una consecuencia directa del carácter hostil e inhumano del comercio.

Pero, cuando Adam Smith, el *Lutero de la economía,* hizo la crítica de la economía anterior a él, la situación era ya otra. El siglo se había humanizado, se había hecho valer la razón y la moral comenzaba a invocar sus títulos eternos. Los tratados de comercio arrancados a la fuerza, las guerras comerciales, el tajante aislamiento de las naciones chocaban ostensiblemente contra la conciencia progresiva de los tiempos. La franqueza católica dejó el puesto a la hipocresía protestante. Adam Smith demostró que el comercio era también algo esencialmente humano; que el comercio, en vez de ser "la fuente más copiosa de la discordia y la hostilidad", debía convertirse en "el lazo de la concordia y la amistad, así entre las naciones como entre los individuos" (V. *Wealth of Nations,* libro IV, cap. 3, § 2), pues el comercio, por su naturaleza misma, debía beneficiar, en general, a *todos* cuantos en él participaran.

Y Smith estaba en lo cierto, al ensalzar el carácter humano del comercio. Nada en el mundo es absolutamente inmoral; también el comercio tiene una faceta en la que paga tributo a la moral y a la humanidad. Pero, ¡qué tributo! Era la humanización del derecho del más fuerte, del asalto a mano armada de la Edad Media convertido en el comercio, en la primera etapa del comercio, caracterizada por la prohi-

bición de exportar moneda, es decir, en el sistema mercantil. Ahora, se humanizaba también este sistema. Al comerciante le interesa, por supuesto, mantenerse en la mejor armonía con el que le vende barato y con el que le compra caro. No obra cuerdamente la nación que provoca la hostilidad en sus clientes o proveedores. A mayores amigos, mayores ganancias. En esto consiste la humanidad del comercio, y lo que enorgullece al sistema de la libertad comercial es precisamente esta hipocresía con que sabe abusar de la moral para fines inmorales. ¿Acaso —exclaman los hipócritas— no hemos acabado con la barbarie de los monopolios, no hemos llevado la civilización a los más remotos continentes, no hemos convertido en hermanos a todos los pueblos y reducido el campo de las guerras? Sí —contestamos—, es cierto que habéis hecho todo eso, pero ¡*cómo* lo habéis hecho! Habéis acabado con los pequeños monopolios para dar mayor libertad y rienda suelta a *un* gran monopolio básico, que es el de la propiedad; habéis civilizado los confines de la tierra para dejar más amplio margen de desarrollo a vuestra repugnante codicia; habéis implantado la fraternidad entre los pueblos, pero una fraternidad de ladrones, y habéis puesto coto a la guerra para poder lucraros más con la paz y llevar hasta sus últimas consecuencias la hostilidad entre los individuos, la guerra infame de la competencia. ¿Cuándo ni dónde habéis hecho vosotros algo inducidos por motivos de pura humanidad, movidos por la conciencia de que el antagonismo entre el interés colectivo y el individual no conduce a nada? ¿Cuándo ni dónde habéis obrado vosotros por razones de moral, sin el acicate del interés, sin obedecer en el fondo a móviles inmorales y egoístas?

Cuando la economía liberal había hecho todo lo posible por generalizar la hostilidad mediante la disolución de las nacionalidades, convirtiendo a la humanidad en una manada de bestias feroces —¿y qué otra cosa son los competidores?— que se devoran las unas a las otras sencillamente *porque* cada una de ellas obra movida por el mismo interés egoísta que las demás; cuando hubo preparado así el terreno, no le quedaba ya más que dar un paso para alcanzar la meta, y ese paso era la disolución de la familia. Le ayudó a lograr lo que se proponía esa hermosa invención suya que es el sistema fabril. Éste se encargó de minar el último vestigio de los intereses comunes, la comunidad familiar de bienes, que se halla ya —por lo menos, aquí, en Inglaterra— en trance de liquidación. Es el pan nuestro de cada día, hoy, el que los hijos, al alcanzar la edad legal para trabajar, es decir, a los nueve años, empleen el salario que ganan en cubrir sus propias necesidades, consideren la casa paterna simplemente como una hospedería y entreguen a los padres cierta cantidad por el sustento y el albergue.

¿Y cómo podría ser de otro modo? ¿A qué otro estado de cosas puede conducir ese enfrentamiento de intereses que sirve de base al sistema de la libertad comercial? Cuando un principio se pone en marcha, se encarga de llegar por sí mismo hasta sus últimas consecuencias, aunque los economistas no lo vean con buenos ojos.

Pero el mismo economista ignora cuál es la causa a la que sirve. Ig-

nora que, con todos sus razonamientos egoístas, él no es más que un eslabón en la cadena del progreso general de la humanidad. Ignora que, al reducirlo todo a una trama de intereses particulares, no hace más que desbrozar el camino para la gran transformación hacia la que marcha nuestro siglo, que llevará a la humanidad a reconciliarse con la naturaleza y consigo misma.

La siguiente categoría condicionada por el comercio es el *valor.* Acerca de ésta y de las otras categorías económicas no disputan los viejos economistas y los nuevos, por la sencilla razón de que a los economistas, llevados por la furia incontenible de enriquecerse, no les quedaba tiempo libre para ocuparse de las categorías. Todas las controversias en torno a estos problemas han partido de los economistas modernos.

El economista, que vive de contradicciones, maneja también, como es natural, un *doble* valor: el valor abstracto o real y el valor de cambio. En torno a la naturaleza del valor han disputado durante mucho tiempo los ingleses, quienes determinaban el costo de producción como la expresión del valor real, y el francés Say, que decía medir este valor a base de la utilidad de la cosa. Es una disputa que viene ventilándose desde comienzos de siglo y que, aunque adormecida al presente, no puede darse por zanjada. Y es que los economistas no pueden zanjar nada.

Los ingleses —principalmente, MacCulloch y Ricardo — afirmaban, pues, que el valor abstracto de una cosa se determina por el costo de producción. Bien entendido que por valor se entiende, aquí, el valor abstracto, no el valor de cambio, el *exchangeable value* o valor en el comercio, que es algo totalmente distinto. ¿Por qué es el costo de producción la medida del valor? Por qué nadie —¡vaya! ¡vaya!— en condiciones usuales y dejando a un lado el factor competencia, vendería una cosa por menos de lo que le ha costado producirla? ¿Qué tiene que ver la "venta" aquí, en que no se trata del valor *comercial*? Volvemos a encontrarnos con el comercio, es decir, con lo que se trataba precisamente de dejar a un lado. ¡Y con qué comercio! ¡Con un comercio en que no funciona, se nos dice, el factor fundamental del comercio, la competencia! Primero, un valor abstracto; ahora, un comercio también abstracto, un comercio sin competencia, es decir, un hombre sin cuerpo, un pensamiento sin cerebro pensante. Y el economista no se para siquiera a pensar que, al dejar a un lado la competencia, no existe ninguna garantía de que el productor venda su mercancía precisamente al costo de producción. ¡Vaya embrollo!

Pero, prosigamos. Concedamos, por un momento, que todo sea tal y como el economista dice. Suponiendo que alguien fabrique, con un tremendo esfuerzo y enormes gastos, algo totalmente inútil, que nadie apetezca, ¿tendrá la cosa producida el valor correspondiente al costo de producción? De ningún modo, nos dice el economista, pues ¿quién lo compraría? Nos sale al paso, pues, de golpe y porrazo, no sólo la desacre-

ditada "utilidad" de Say, sino, además, con la "compra" el factor competencia. No es posible; el economista no acierta a retener ni por un instante su abstracción. A cada momento se le desliza entre los dedos, sin quererlo, no sólo lo que trata de rechazar a la fuerza, la competencia, sino también lo que es blanco de sus ataques, la utilidad. Y es que el valor abstracto y su determinación por el costo de producción no son, en efecto, más que abstracciones, y abstracciones absurdas.

Pero, demos por un momento la razón al economista: suponiendo que así fuese, ¿cómo se podría determinar el costo de producción sin tener en cuenta la competencia? Cuando investigamos lo que es el costo de producción, vemos que también esta categoría se basa en la competencia, y una vez más comprobamos que el economista no puede hacer buenas sus afirmaciones.

Ahora bien, si pasamos a Say, nos encontramos en él con la misma abstracción. La utilidad de un cosa —se nos dice— es algo puramente subjetivo, que no es posible decidir en términos absolutos, por lo menos mientras nos movemos en medio de contradicciones. Según esta teoría, los artículos de primera necesidad deberían ser más valiosos que los objetos de lujo. El único camino por el que cabe llegar a una solución más o menos objetiva, *aparentemente* general, en cuanto a la utilidad mayor o menor de una cosa, donde impera la propiedad privada, es el de la competencia, que es precisamente el que se nos dice que debemos dejar a un lado. Pero, admitido el factor competencia, entrará en juego con él el costo de producción, ya que nadie venderá las mercancías por menos de lo que le ha costado producirlas. Como vemos, también aquí uno de los términos de la contradicción se trueca involuntariamente en el otro.

Tratemos de aclarar este embrollo. El valor de una cosa incluye ambos factores, que las partes en litigio se empeñan en desglosar a la fuerza y, además, como hemos visto, sin éxito. El valor es la proporción entre el costo de producción y la utilidad. La función inmediata del valor consiste en decidir si ha de producirse una cosa o no; es decir, si su utilidad compensa o no el costo de producción. Sólo partiendo de aquí puede hablarse de aplicar el valor al cambio. Suponiendo que sean iguales los costos de producción de dos cosas, el criterio decisivo para determinar el valor relativo de una y otra será su utilidad.

Es ésta la única base justa sobre la que puede descansar el cambio. Ahora bien, si partimos de ella, ¿quién o qué habrá de decidir acerca de la utilidad de la cosa? ¿La simple opinión de los interesados? En este caso, resultará engañada, desde luego, *una* de las partes. ¿O bien una determinación basada en la utilidad inherente a la cosa e independiente de las partes interesadas y que escape a la apreciación de éstas? El cambio sólo podría llevarse a cabo así por medio de la *coacción*, y cada una de las partes se consideraría defraudada. Esta contradicción entre la utilidad real inherente a la cosa, entre la determinación de esta utilidad y la libertad de quienes intervienen en el cambio, no puede superarse sin abolir la propiedad privada; y, cuando se haga esto, ya no podrá ha-

blarse de cambio, tal y como ahora existe. La aplicación práctica del concepto del valor irá limitándose entonces cada vez más a decidir acerca de lo que haya de producirse, que es en lo que consiste verdaderamente su esfera de acción.

Pero, ¿cuál es el estado actual de las cosas? Hemos visto cómo el concepto del valor se halla actualmente desgarrado y cada una de las partes clama queriendo hacerse pasar por el todo. El costo de producción, tergiversado de antemano por la competencia, se pretende hacer pasar por el valor mismo; y asimismo la utilidad puramente subjetiva, ya que no existe ni puede existir otra. Para que estas definiciones tullidas se mantengan en pie, hay que recurrir en ambos casos a la competencia, y lo mejor del caso es que mientras en los ingleses la competencia representa la utilidad, frente al costo de producción, en Say, por el contrario, la competencia introduce el costo de producción frente a la utilidad. Pero, ¿qué utilidad y qué costo de producción introduce? Una utilidad que depende del azar, de la moda y del capricho de los ricos y un costo de producción que sube o baja con arreglo a la relación fortuita entre la oferta y la demanda.

La diferencia entre el valor real y el valor de cambio descansa sobre un hecho, a saber: que el valor de una cosa difiere del llamado equivalente que por ella se obtiene en el comercio; es decir, que este equivalente no es, en realidad, tal equivalente. Este llamado equivalente es el *precio* de la cosa, y si los economistas procedieran honradamente emplearían esta palabra para expresar el "valor comercial". Pero no tienen más remedio que mantener en pie, por lo menos, un rastro de apariencia de que el precio sigue guardando cierta relación con el valor, para que la inmoralidad del comercio no salte a la vista con demasiada evidencia. Sin embargo, la afirmación de que el *precio* se determina por la acción mutua del costo de producción y de la competencia es absolutamente exacta y constituye una ley fundamental de la propiedad privada. Esta ley puramente empírica es lo primero que el economista descubre y, partiendo de aquí, llega por abstracción a su valor real, es decir, al precio, en el momento en que la relación de la competencia se equilibra, en que coinciden la oferta y la demanda; al hacerlo así, se deja a un lado, naturalmente, el costo de producción, que es lo que el economista llama valor real, cuando no es otra cosa que la determinación del precio. En la economía todo, por tanto, aparece vuelto del revés; el valor, que es lo originario, la fuente del precio, se hace depender de éste, que es su propio producto. Esta inversión constituye, como es sabido, la esencia de la abstracción, acerca de lo cual puede leerse a Feuerbach.

Según los economistas, el costo de producción de una mercancía está formado por tres elementos: la renta de la tierra, lo que se paga por el terreno necesario para producir las materias primas, el capital con su ganancia correspondiente, y el salario abonado por el trabajo empleado

para producir y elaborar la mercancía. Pero, inmediatamente se ve que capital y trabajo son términos idénticos, pues los propios economistas reconocen que el capital es "trabajo acumulado". Sólo quedan, pues, dos elementos: el natural u objetivo, la tierra, y el humano o subjetivo, el trabajo, que incluye el capital, pero, además de éste, hay otro factor en que no para mientes el economista: el elemento espiritual de la inventiva, del pensamiento, que aparece asociado al trabajo puro y simple. Aunque, ¿qué se le da al economista del espíritu inventivo? ¿Acaso no se beneficia con sus frutos sin poner nada de su parte? ¿Acaso le ha costado algo a *ninguno* de ellos? No tiene, pues, para qué preocuparse de esto al calcular sus costos de producción. Para él, las condiciones de la riqueza son la tierra, el capital y el trabajo, y no tiene para qué preocuparse de más. La ciencia no le interesa en lo más mínimo. Le tiene sin cuidado que la ciencia, gracias a Berthollet, Davy, Liebig, Watt, Cartwright y otros le aporte regalos que le benefician extraordinariamente a él y a su producción. Estas no son cosas que entren en sus cálculos; los progresos de la ciencia no encajan en sus números. Pero, en un estado de cosas reales, que trasciende del reparto de intereses de que se preocupa el economista, no cabe duda de que el elemento espiritual figura entre los elementos de la producción y deberá ocupar también su puesto, en la economía, entre los elementos de la producción. Y, así las cosas, no deja de ser grato comprobar que el cultivo de la ciencia aporta también sus frutos materiales y que un solo resultado de la ciencia como la máquina de vapor de James Watt ha dado al mundo, en los primeros cincuenta años de su existencia, más de lo que el mundo ha gastado en cultivar la ciencia desde el primer día.

Tenemos, pues, dos elementos de la producción, la naturaleza y el hombre, el cual se manifiesta, a su vez, de un modo físico y espiritual. Y ahora establecido esto, podemos volver al economista y a su costo de producción.

Todo lo que no puede monopolizarse carece de valor, dice el economista, afirmación que habremos de examinar a fondo más adelante. Si decimos que carece de *precio*, la afirmación es exacta, desde luego, para un estado de cosas basado en la propiedad privada. Si la tierra pudiera obtenerse tan fácilmente como el aire, nadie pagaría una renta por ella. Pero, como no es así, sino que la cantidad de tierra disponible en cada caso es limitada, se paga una renta o se fija un precio por la tierra poseída, es decir, monopolizada. Pero, después de esto que decimos acerca del origen del valor de la tierra, resulta sorprendente oír al economista sostener que la renta de la tierra es la diferencia entre el rendimiento de las tierras que pagan renta y las tierras peores cuyo cultivo resulta todavía rentable. Tal es, como se sabe, la definición de la renta de la tierra que Ricardo ha sido el primero en desarrollar de un modo completo.

Esta definición resulta prácticamente exacta si se parte del supuesto

de que la demanda reacciona *inmediatamente* a la renta del suelo, poniendo fuera de cultivo la cantidad correspondiente de las tierras peor cultivadas. Pero, no sucede así, por lo que la definición resulta inadecuada; además, no explica las causas de la renta del suelo, razón por la cual debe ser desechada. El coronel T. P. Thompson, miembro de la Liga Anticerealista,[73] ha vuelto a poner en circulación, frente a ésta, la definición de Adam Smith, argumentándola. Según él, la renta de la tierra es la relación que media entre la competencia de quienes aspiran a emplear la tierra y la cantidad limitada de tierra disponible. Esta definición vuelve la vista, por lo menos, al nacimiento de la renta del suelo; sin embargo, esta explicación hace caso omiso de la diferente fertilidad de la tierra, lo mismo que la otra prescinde de la competencia.

Nos encontramos, pues, con dos definiciones del mismo concepto, unilaterales las dos y que son, por tanto, definiciones a medias solamente. Y, como hacíamos con respecto al valor, tenemos que combinarlas para encontrar la explicación cabal del fenómeno, la que se desprende del desarrollo mismo de las cosas y abarca, por tanto, todos los casos de la práctica. Y así, vemos que la renta de la tierra es la relación que media entre la capacidad de rendimiento de la tierra, o sea entre el factor natural (formado, a su vez, por las condiciones *naturales* y el cultivo *humano*, es decir, el trabajo invertido en mejoras) y el factor humano, la competencia. No importa que los economistas se lleven las manos a la cabeza ante esta "definición"; quiéranlo o no se contienen en ella todos los elementos que guardan relación con la cosa misma.

El *terrateniente* nada tiene que echarle en cara al comerciante.

Roba, al monopolizar la tierra. Roba, al explotar en su provecho el incremento de la población, que, al elevar la competencia, eleva también el valor de su tierra, convirtiendo en fuente de lucro personal lo que es para él algo puramente fortuito. Roba, al *arrendar* su tierra, apropiándose las mejoras introducidas en ella por el arrendatario. Ahí está el secreto de las riquezas incesantemente acumuladas por los grandes propietarios de tierras.

Los axiomas que califican de robo los ingresos obtenidos de la propiedad de la tierra y sostienen que cada cual tiene derecho al producto de su trabajo y que nadie debe cosechar sin haber sembrado, no son ocurrencias nuestras. El primero de estos axiomas entraña el deber de alimentar a los hijos, que de otro modo se desmentiría, como se negaría, de no aceptar el segundo, el derecho de existencia de toda nueva generación, ya que cada una se limitaría a recoger la herencia de la anterior. Se trata, en realidad, de axiomas que van implícitos, como consecuencias, en la propiedad privada. Y una de dos: o se aceptan las consecuencias o se rechaza la premisa.

Más aún, hasta la misma apropiación originaria se quiere justificar acogiéndose a la afirmación del derecho posesorio *común* anterior a ella. Por donde quiera que miremos la cosa, la propiedad privada es un tejido de contradicciones.

El negociar con la tierra, que es para nosotros lo uno y el todo, la

condición primordial de nuestra existencia, representa el último paso en el camino hacia lo más extremo, que es negociar con nosotros mismos. Era y sigue siendo hasta el día de hoy una inmoralidad, sólo superada por la inmoralidad de la propia enajenación. Y la apropiación originaria, la monopolización de la tierra por un puñado de individuos, eliminando a los demás de lo que constituye la condición de su vida, nada tiene que envidiar en cuanto a inmoralidad al sistema posterior de negociar a base de la tierra.

Si también en este punto damos de lado a la propiedad de la tierra, veremos cómo la renta de la tierra queda reducida a lo que hay en ella de verdad, a la concepción racional que esencialmente le sirve de base. El valor desglosado de la tierra como renta revertirá, así, sobre la tierra misma. Este valor, calculado a base de la capacidad de producción de superficies iguales con igual inversión de trabajo, reaparece, evidentemente, como parte del costo de producción al determinar el valor del producto y representa, al igual que la renta de la tierra, la relación que media entre la capacidad de producción y la competencia, pero la *verdadera* competencia, tal como más adelante se explicará.

Hemos visto cómo capital y trabajo son originariamente idénticos; y asimismo vemos por los argumentos de los propios economistas cómo el capital, resultado del trabajo, vuelve a convertirse enseguida, dentro del proceso de la producción, en abstracto, en material de trabajo y cómo, por tanto, la separación establecida por un momento entre trabajo y capital vuelve a desaparecer en la unidad de ambos. Y, sin embargo, el economista desglosa el capital del trabajo y mantiene en pie el divorcio, sin reconocer la unidad más que al definir el capital como "trabajo acumulado". El divorcio de capital y trabajo, nacido de la propiedad privada, es sencillamente el desdoblamiento del trabajo en sí mismo, correspondiente a ese estado de divorcio y resultante de él. Después de establecida esta separación, el capital se divide, a su vez, en el capital originario y la ganancia, o sea el incremento del capital obtenido en el proceso de la producción, si bien la práctica se encarga de incorporar inmediatamente esta ganancia al capital, para ponerla en circulación con él. Más aún, la misma ganancia se subdivide en beneficio e interés. El concepto de interés revela el carácter irracional de esta división, llevado hasta el absurdo. La inmoralidad del préstamo a interés, del hecho de cobrar sin trabajar, simplemente a base del préstamo a interés, aunque vaya implícita en la propiedad privada, salta a la vista y se halla reconocida y condenada desde hace ya mucho tiempo por la conciencia popular, que en estas cosas no se equivoca casi nunca. Todos esos sutiles distingos y divisiones responden al divorcio originario entre el capital y el trabajo, que se lleva a cabo con la escisión de la humanidad en capitalistas y trabajadores, escisión que se ahonda y cobra perfiles cada vez más agudos y que, como veremos, tiene *necesariamente* que acen-

tuarse más y más. Ahora bien, esta separación, como la que más arriba examinábamos entre tierra, capital y trabajo, constituye en última instancia algo inadmisible. Es absolutamente imposible, en efecto, determinar cuál es la parte que en un producto dado corresponde a la tierra, cuál al capital y cuál al trabajo. Son tres magnitudes incomensurables entre sí. La tierra crea la materia prima, pero nunca sin la intervención del capital y del trabajo; el capital presupone la existencia del trabajo y de la tierra, y el trabajo, a su vez, presupone *por lo menos* la tierra, y a veces también el capital. Las operaciones de cada uno de estos tres factores difieren totalmente y no pueden medirse por una cierta pauta común. Por eso, cuando, en las condiciones actuales, se procede a distribuir entre los tres elementos el rendimiento obtenido, no se hace el reparto con arreglo a una medida inherente a ellos, que no existe, sino con sujeción a un criterio totalmente ajeno a los tres, y puramente fortuito: la competencia o el refinado derecho del más fuerte. La renta de la tierra implica la competencia; la ganancia del capital se determina por la competencia exclusivamente, y enseguida veremos qué sucede con el salario.

Suprimiendo la propiedad privada, desaparecerán todas estas divisiones antinaturales. Desaparecerá la diferencia entre interés y beneficio, ya que el capital no es nada sin trabajo, sin movimiento. La ganancia verá reducida su función al peso que el capital arroja a la balanza al determinar el costo de producción y será, por tanto, algo inherente al capital, a la vez que éste revertirá a su unidad originaria con el trabajo.

El *trabajo*, el elemento fundamental de la producción, la "fuente de la riqueza", la actividad humana libre, sale muy mal parado en manos de los economistas. Si antes se desglosaba el capital del trabajo, ahora el trabajo se escinde de nuevo; el producto del trabajo se enfrenta a éste como salario, se divorcia de él y es determinado también, como de costumbre, por la competencia, puesto que, según veíamos, no existe una medida fija en cuanto a la participación del trabajo en la producción. Suprimida la propiedad privada, desaparecerá también esta división antinatural, el trabajo será su propio salario y se manifestará la verdadera función del salario antes enajenado: la función que al trabajo le corresponde en cuanto a la determinación del costo de producción de una cosa.

Hemos visto que, mientras se mantenga en pie la propiedad privada, todo tiende, en fin de cuentas, hacia la competencia. Esta es la categoría básica del economista, su hija predilecta, a la que mima y acaricia sin cesar, pero ¡cuidado!, pues tras ella se esconde una terrible cabeza de Medusa.

La consecuencia inmediata de la propiedad privada es que escinde la

producción en dos términos antagónicos: la producción natural y la producción humana; la tierra, muerta y estéril si el trabajo humano no la fecunda, y la actividad del hombre, cuya condición primordial es precisamente la tierra. Y veíamos, asimismo, cómo la actividad humana se desdobla, a su vez, en el trabajo y en el capital y cómo estos dos términos se enfrentan entre sí como antagónicos. El resultado es, por tanto, la lucha entre los tres elementos, en vez de la mutua ayuda y cooperación. Y a ello viene a unirse, ahora, el que la propiedad privada trae consigo el desdoblamiento y la desintegración de cada uno de estos tres elementos por separado. Se enfrentan entre sí las tierras de los distintos propietarios, la mano de obra de los diversos trabajadores y los capitales de estos y aquellos capitalistas. En otros términos: por el hecho de que la propiedad privada aísla a cada cual dentro de su tosca individualidad y cada uno abriga, sin embargo, el mismo interés que su vecino, tenemos que un capitalista se enfrenta al otro como su enemigo, un terrateniente al otro y un obrero a otro obrero. En este choque entre intereses iguales, precisamente por razón de su igualdad, culmina la inmoralidad del orden humano actual. Esta culminación es la competencia.

Lo opuesto a la *competencia* es el *monopolio*. El monopolio era el grito de guerra de los mercantilistas; la concurrencia es el grito de combate de los economistas liberales. Pero no resulta difícil comprender que este pretendido antagonismo no pasa de ser una frase. Todo competidor, sea obrero, capitalista o terrateniente, aspira *necesariamente* a imponer el monopolio. Toda pequeña agrupación de competidores tiende necesariamente a lograr el monopolio para sí, con exclusión de todos los demás. La competencia nace del interés y éste engendra, a su vez, el monopolio; en una palabra, la competencia deriva hacia el monopolio. Y, de otra parte, el monopolio no puede contener la presión de la competencia, sino que, lejos de ello, la provoca, a la manera como, por ejemplo, las prohibiciones de importación o los altos aranceles sirven de acicate a la competencia del contrabando. La contradicción de la competencia es exactamente la misma que la de la propiedad privada. Todo individuo se halla interesado en poseerlo todo, mientras que el interés de la colectividad está en que cada cual posea la misma cantidad que los otros. El interés colectivo y el individual son, pues, diametralmente opuestos. La contradicción de la competencia radica en lo siguiente: en que cada uno aspire necesariamente al monopolio, mientras que la colectividad en cuanto tal sale perdiendo con él, razón por la cual debe evitarlo. Más aún, la competencia presupone ya de suyo el monopolio, a saber: el monopolio de la propiedad —vuelve a manifestarse aquí la hipocresía de los liberales—, y mientras se mantenga el monopolio de la propiedad será igualmente legítima la propiedad del monopolio, pues también el monopolio, una vez creado, es una propiedad. Por eso resulta una lamentable mediocridad atacar a los

pequeños monopolios, mientras se deja en pie el monopolio que les sirve de base. Y si, además, recordamos la afirmación más arriba consignada del economista de que sólo lo que puede monopolizarse tiene un valor, lo que equivale a decir que la lucha de la competencia sólo puede recaer sobre lo monopolizable, quedará plenamente justificada nuestra tesis de que la competencia presupone el monopolio.

La ley de la competencia es que la oferta y la demanda siempre se complementan, lo que vale tanto como decir que no se complementan nunca. Los dos términos de la relación se desdoblan y caen en la más flagrante contradicción. La oferta sigue a la demanda, pero sin llegar a coincidir nunca totalmente con ella. Es demasiado grande o demasiado pequeña, pero nunca coincide con la demanda, porque en medio de la inconciencia en que vive la humanidad nadie puede llegar a saber qué proporciones alcanza la una a la otra. Cuando la demanda es mayor que la oferta suben los precios, lo que inmediatamente sirve de acicate a la oferta; tan pronto como ésta presiona el mercado, los precios bajan, hasta que llega un momento en que la demanda reacciona. Y así sucesivamente, sin llegar nunca a un estado de equilibrio saludable, sino en una continua alternativa de flujo y reflujo, que hace imposible todo progreso, en una constante sucesión de vaivenes, sin llegar jamás a la meta. Al economista, esta ley, con su constante ritmo compensatorio, en el que se recobra aquí lo que allí se ha perdido, se le antoja el paradigma de la belleza. La considera como su mérito y su gloria, no se cansa de contemplarla y la examina bajo todas las condiciones posibles e imposibles.

Y, sin embargo, salta a la vista que esta ley es una ley puramente natural, y no una ley del espíritu. Una ley que lleva en su entraña la revolución. El economista despliega ante vosotros su hermosa teoría de la oferta y la demanda, os demuestra que "nada puede producirse en demasía", pero la práctica responde a sus palabras con la realidad de las crisis comerciales, que reaparecen con la misma regularidad que los cometas y que ahora se reproducen, por término medio, cada cinco o siete años. Estas crisis vienen produciéndose desde hace unas ocho décadas con la misma periodicidad con que antes estallaban las grandes pestes y provocan mayor miseria y consecuencias más desastrosas que ellas. (Véase Wade, *History of the Middle and Working Classes*,[a] Londres, 1833, p. 211).

Como es natural, estas revoluciones comerciales confirman la ley, la confirman en toda su extensión, pero de un modo muy diferente de lo que tratan de hacernos creer los economistas. ¿Qué pensar de una ley que sólo acierta a imponerse por medio de revoluciones periódicas? Que se trata cabalmente de una ley natural, basada en la inconciencia de los interesados. Si los productores como tales supieran cuánto ne-

[a] *Historia de las clases media y trabajadora.*

cesitan los consumidores, si pudieran organizar la producción y distribuir entre ellos sus productos, no podrían darse esas oscilaciones de la competencia y su gravitación hacia las crisis. Produciendo de un modo conciente, como hombres y no como átomos sueltos, será posible sobreponerse a esas contradicciones artificiales e insostenibles. Pero, mientras se siga produciendo como hasta aquí, de un modo inconciente y atolondrado, a merced del acaso, seguirá habiendo crisis comerciales, cada una de las cuales será necesariamente más universal y, por tanto, más devastadora que las anteriores, empujará a la miseria a mayor número de pequeños capitalistas y hará crecer en proporción cada vez mayor la clase de quienes sólo viven de su trabajo; es decir, hará aumentar en grandes proporciones la masa del trabajo a que hay que dar ocupación, que es el problema fundamental de nuestros economistas, hasta provocar a la postre una revolución social que la sabiduría escolar de los economistas es incapaz ni siquiera de soñar.

Las constantes oscilaciones de los precios provocadas por la competencia privan al comercio hasta del último rastro moral. Ya no puede hablarse de *valor*. El mismo sistema que tanta importancia parece dar al valor y que confiere a la abstracción valor plasmado en el dinero los honores de una existencia aparte se encarga de destruir, por medio de la competencia, todo valor inherente a las cosas, haciendo cambiar a cada hora la proporción valorativa de unas mercancías con respecto a otras. ¿Dónde encontrar, en medio de esta barahunda, la posibilidad de un cambio basado en un fundamento moral? En este continuo vaivén, todo el mundo *necesita* encontrar el momento favorable para comprar o vender; todo el mundo tiene, quiéralo o no, que hacerse especulador, es decir, cosechar sin haber sembrado, lucrarse a costa de lo que los otros piensan, calcular a expensas de la desgracia ajena o hacer que el azar trabaje a favor suyo. El especulador cuenta siempre con los infortunios, especialmente con las malas cosechas, se vale de todo como en su día se aprovechó, por ejemplo, del incendio de Nueva York. Y el colmo de la inmoralidad es la especulación en la bolsa de valores, la cual convierte a la historia y a la humanidad en medios para satisfacer la codicia del especulador que calcula fríamente o juega al azar. Y por mucho que el comerciante "sano" y "honrado" se considere farisaicamente por encima de los que juegan a la bolsa —"doy gracias a Dios", etc.—, es tan malo como el especulador bursátil, pues especula ni más ni menos que él y no tiene más remedio que hacerlo, ya que la competencia le obliga a ello, y su comercio entraña, por tanto, la misma inmoralidad que el del otro. Lo que hay de verdad en la competencia es la relación que media entre la capacidad de consumo y la capacidad de producción. Esta competencia será la única que prevalezca en un estado de cosas digno de la humanidad. La colectividad tendrá que calcular lo que es capaz de producir con los medios de que dispone y determinar, a base de la relación entre este potencial de producción y la masa de los consumidores, en qué medida debe la producción aumentar o disminuir, hasta qué punto se puede tolerar el lujo o se le debe restrin-

gir. Ahora bien, a los lectores que quieran juzgar fundadamente acerca de esta relación y del aumento del potencial de producción que debe esperarse de un estado racional de la colectividad, les aconsejo que lean las obras de los socialistas ingleses y también, en parte, las de Fourier.

La competencia subjetiva, la pugna de capital contra capital, de trabajo contra trabajo, etc., se reducirá, en estas condiciones, a la emulación basada en la naturaleza humana y que hasta ahora sólo ha sido tolerablemente estudiada por Fourier, emulación que, después de abolidos los intereses antagónicos, se verá circunscrita a su esfera peculiar y racional.

La lucha de capital contra capital, de trabajo contra trabajo, de tierra contra tierra, arrastra la producción a un vértigo en el que todas las relaciones naturales y racionales se vuelven del revés. Ningún capital puede hacer frente a la competencia del otro sin verse espoleado a la más febril actividad. Ninguna tierra puede ser cultivada con provecho a menos que intensifique constantemente su capacidad de producción. Ningún obrero puede defenderse de sus competidores si no consagra todas sus fuerzas a trabajar. Y, en general, nadie que se vea arrastrado a la lucha de la competencia puede salir a flote de ella sin poner a contribución hasta el máximo de sus energías, renunciando a todo fin verdaderamente humano. Y, como es natural, la consecuencia necesaria de esta tensión del esfuerzo en uno de los lados es el aflojamiento de energías en el otro. Cuando las oscilaciones de la competencia son leves, cuando la oferta y la demanda, la producción y el consumo, casi se equilibran, el desarrollo de la producción tiene que llegar necesariamente a una fase en la que quedan tantas fuerzas productivas sobrantes que la gran masa de la nación no tiene de qué vivir y las gentes pasan hambre en medio de la abundancia. Es la posición verdaderamente demencial, el absurdo viviente en que se halla Inglaterra desde hace ya bastante tiempo. Y si la producción oscila con mayor fuerza, como necesariamente tiene que ocurrir por efecto de semejante estado de cosas, se presentará la alternativa entre el florecimiento y la crisis, la superproducción y el estancamiento. El economista jamás ha acertado a explicar esta disparatada situación; para tratar de explicarla ha inventado la llamada teoría de la población, tan absurda, e incluso más, si cabe, que esta contradicción entre la riqueza y la miseria simultáneas. Y es que al economista no le está *permitido* ver la verdad; no le está permitido comprender que esta contradicción es sencillamente una consecuencia lógica de la competencia, pues si lo comprendiera así todo su sistema se vendría abajo.

Para nosotros, es fácil explicarse la cosa. La capacidad de producción de que dispone la humanidad es ilimitada. La inversión de capital, trabajo y ciencia puede potenciar hasta el infinito la capacidad de rendimiento de la tierra. Un país "superpoblado" como la Gran Breta-

ña podría, según los cálculos de los economistas y estadísticos más capaces (V. Alison. *Principle of population*,[b] tomo I, caps. 1 y 2), llegar a producir en diez años la cantidad de trigo suficiente para alimentar a una población seis veces mayor que la actual. El capital aumentaba diariamente; la mano de obra crece al crecer la población, y la ciencia va sometiendo cada vez más, día tras día, las fuerzas naturales al dominio del hombre. Esta capacidad de ilimitada producción manejada de un modo consciente y en interés de todos, no tardaría en reducir al mínimo la masa de trabajo que pesa sobre la humanidad; confiada a la competencia, hace lo mismo, pero dentro del marco de la contradicción. Mientras una parte de la tierra se cultiva con los mejores métodos, otra —que en Gran Bretaña e Irlanda llega a 30 millones de acres— permanece baldía. Una parte del capital circula con asombrosa rapidez, mientras otra permanece ociosa en las arcas. Unos obreros trabajan hasta catorce y dieciséis horas al día, al paso que otros se ven condenados a no hacer nada, parados y pasando hambre. O bien nos encontramos con que el reparto de papeles deja de ser simultáneo: hoy, el comercio se desenvuelve bien, la demanda es grande, todo el mundo trabaja, la rotación del capital adquiere una rapidez pasmosa, florece la agricultura, los obreros se matan a trabajar, y mañana se produce el estancamiento, la agricultura deja de ser rentable y grandes extensiones de tierras se quedan baldías, el capital se paraliza en medio de su flujo, los obreros se hallan sin trabajo y el país entero adolece de exceso de riqueza y de exceso de población.

Esta marcha de las cosas no puede considerarla el economista como acertada, pues para ello tendría que renunciar, como hemos dicho, a todo su sistema de la competencia; tendría que reconocer la vaciedad de su contradicción entre producción y consumo, entre la sobrepoblación y la riqueza superflua. Pues bien, ante la imposibilidad de negar el hecho, se inventó la teoría de la población, encargada de poner este hecho en consonancia con la teoría.

Malthus, inventor de esta doctrina, afirma que la población presiona constantemente sobre los medios de sustento; que, al aumentar la producción, la población aumenta en las mismas proporciones y que la tendencia inherente a la población de crecer por encima de los límites de los medios de sustento disponibles constituye la causa de toda la miseria y de todos los males. En efecto, cuando hay exceso de seres humanos, los individuos sobrantes —sostiene Malthus— deben ser eliminados de un modo o de otro: o perecen de muerte violenta o mueren de hambre. Pero, una vez eliminados los que sobran, nuevos excedentes de población vienen a cubrir las vacantes, con lo que el mal al que se creía haber puesto remedio se reproduce. Y esto ocurre, además, en todos los pueblos, lo mismo en los civilizados que en los primitivos; los salvajes de la isla de Australia, cuya densidad de población es de un habitante por milla cuadrada, padecen de superpoblación ni más ni menos que los ingleses. En una palabra, aplicando consecuentemente esta

[b] *Principios de la población.*

doctrina, deberíamos decir que *la tierra se hallaba ya superpoblada cuando la habitaba un solo hombre.* ¿Y cuáles son las consecuencias a que conduce este estado de cosas? La conclusión a que se llega es que los que salen sobrando son precisamente los pobres y que lo único que por ellos puede hacerse es aliviarles la muerte por hambre, convenciéndolos de que la cosa no tiene remedio y que el único camino de salvación para los de su clase es reducir lo más posible la procreación, pues en otro caso no habrá más solución viable que crear un establecimiento a cargo del estado que se encargue de matar sin dolor a los hijos de los pobres, a la manera que ha propuesto "Marcus".[104] Se calcula por los sostenedores de esta doctrina que cada familia de trabajadores sólo puede sostener a dos hijos y medio; la prole que excede de esta cifra deberá ser condenada a la extinción indolora. El hecho de dar limosna constituiría, según esto, un crimen, pues favorecería el incremento de la población sobrante; en cambio, resultaría laudable y beneficioso declarar que la pobreza es un delito y convertir los establecimientos de beneficencia en centros penales, como lo ha hecho ya en Inglaterra la nueva ley "liberal" sobre los pobres.[105] Cierto que esta teoría se compagina mal con la doctrina de la Biblia sobre la perfección de Dios y de su creación pero ¿a quién se le ocurre "invocar la Biblia para refutar los hechos reales"?

¿Acaso hace falta seguir desarrollando todavía más, hasta llegar a sus últimas consecuencias, esta infame y asquerosa doctrina, esta indignante blasfemia proferida en contra de la naturaleza misma y de la humanidad? En ella se nos muestra a donde llega la inmoralidad del economista, llevada a su apogeo. Todas las guerras y todos los horrores del sistema monopolista palidecen, cuando se las compara con esta teoría. Y, sin embargo, tenemos en ella la clave de bóveda del sistema liberal de la libertad de comercio, que, al caer por tierra, hace derrumbarse todo el edificio. Pues, si se demuestra que la competencia es la causa de la pobreza, de la miseria y del crimen, ¿quién se atreverá a levantar la voz en su defensa?

Alison, en la obra más arriba citada, ha refutado la teoría de Malthus, al apelar a la capacidad de producción de la tierra y oponer al principio maltusiano el hecho de que cualquier adulto puede producir más de lo que consume, ya que sin ello no podría la humanidad multiplicarse ni siquiera subsistir, pues de otro modo no podrían vivir quienes crecieran. Pero Alison no entra en el fondo del problema y esto explica que llegue, en fin de cuentas, al mismo resultado que Malthus. Demuestra, es cierto, la falsedad del principio maltusiano, pero no puede negar los hechos que llevan a éste a la formulación de dicho principio.

Si Malthus no hubiese enfocado el asunto de un modo tan unilateral se habría dado cuenta de que la población o mano de obra sobrante aparece siempre enlazada a un exceso de riqueza, de capital y de propiedad sobre la tierra. La población sólo es excesiva allí donde resulta excesiva, en general, la capacidad de producción. Así lo revela del modo más palmario el estado de todo país superpoblado, principalmente el

de Inglaterra, desde los días en que Malthus escribió. Estos eran los hechos que Malthus tenía que haber considerado en su conjunto y cuyo estudio le habría llevado necesariamente a una conclusión acertada; pero, en vez de eso, se fijó en un solo hecho, dando de lado a los otros, y llegó, como no podía ser por menos, a una conclusión disparatada. El segundo error en que incurrió fue el de confundir los medios de sustento y la ocupación. Que la población presiona siempre sobre los empleos, que nacen tantos individuos como pueden encontrar ocupación, lo que quiere decir que, hasta ahora, la procreación de mano de obra se regula por la ley de la competencia y se halla expuesta, por tanto, a las crisis y oscilaciones periódicas, constituye un hecho que hay que reconocerle a Malthus el mérito de haber señalado. Pero una cosa son las ocupaciones y otra los medios de sustento. Las ocupaciones sólo se multiplican, en último resultado, al crecer la fuerza de las máquinas y el capital; en cambio, los medios de sustento aumentan al aumentar, aunque sea en pequeña medida, la capacidad de producción. Se revela aquí una nueva contradicción de la economía. La demanda del economista no es la verdadera demanda, y su consumo es un consumo artificial. Para el economista, sólo es verdadero agente de la demanda, verdadero consumidor, quien puede ofrecer un equivalente a cambio de lo que recibe. Ahora bien, si es un hecho que cualquier adulto produce más de lo que puede consumir y que los niños son como los árboles, que devuelven con creces lo que en ellos se ha invertido —y nadie podrá dudar que éstos son hechos—, habría que llegar a la conclusión de que cada obrero tiene necesariamente que producir más de lo que necesita y de que, por tanto, una familia numerosa representa para la comunidad un regalo bastante apetecible. Pero el economista, en su tosquedad, no reconoce más equivalente que el que se paga en dinero contante y sonante. Y se siente tan aferrado a sus contradicciones, que los hechos tan palmarios lo tienen tan sin cuidado como los principios científicos.

Las contradicciones sólo pueden suprimirse de un modo: superándolas. Cuando los intereses que hoy son antagónicos se fundan, desaparecerá la contradicción entre la superproducción y el exceso de riqueza; desaparecerá el hecho verdaderamente portentoso, cuyo portento supera al de todas las religiones juntas, de que un país se muera de hambre a fuerza de riqueza y de abundancia; se derrumbará la demencial afirmación de que la tierra carece de fuerza para alimentar a quienes viven en ella. Esta afirmación constituye la cúspide de la economía cristiana, y que nuestra economía es cristiana por esencia podría demostrarlo a la luz de cada una de sus categorías y postulados, como lo haré en su momento oportuno; la teoría de Malthus no es más que la expresión económica del dogma religioso de la contradicción entre el espíritu y la naturaleza, con su consiguiente corrupción. Y la nulidad de esta contradicción, resuelta se halla ya desde hace mucho tiempo en la religión, y con ello, espero haberla puesto también de manifiesto en el terreno económico; por lo demás, no aceptaré como sostenible ninguna

defensa de la teoría maltusiana que antes no me demuestre, partiendo de sus propios principios y poniéndolos en consonancia con la razón y con los hechos, cómo un pueblo puede pasar hambre en medio de la abundancia.

Hay que reconocer, por lo demás, que la teoría de Malthus ha representado una etapa absolutamente necesaria, que nos ha hecho avanzar un trecho muy grande. Gracias a ella, y en general a la economía, hemos parado mientes en la capacidad de producción de la tierra y de la humanidad, nos hemos sobrepuesto a la desesperación económica y ello nos ha dejado a salvo del miedo a la superpoblación. Podemos extraer de aquí los más poderosos argumentos en pro de la transformación social. Aunque Malthus tuviera razón, habría que acometer esta transformación económica cuanto antes, ya que solamente ella y la consiguiente cultura de las masas permitiría poner en práctica esa limitación moral del instinto de procreación que el propio Malthus considera como el medio más fácil y eficaz de contrarrestar la superpoblación. El miedo a la superpoblación ha puesto de manifiesto lo que constituye la humillación más profunda de la humanidad, que es la supeditación de los hombres a las condiciones de la competencia; nos hace ver cómo, en última instancia, la propiedad privada convierte al hombre en una mercancía cuya creación y cuya destrucción dependen también de la demanda y cómo el sistema de la competencia ha sacrificado y sacrifica así diariamente a millones de seres. Todo esto lo hemos visto y ello nos lleva a la necesidad de acabar con esta vergüenza de la humanidad por el único camino que para ello se nos ofrece, que es el de abolir la propiedad privada, la competencia y los intereses antagónicos.

Volvamos, sin embargo, para salir al paso del miedo general a la superpoblación, a la relación que media entre la capacidad de producción y la población. Malthus establece un cálculo sobre el que descansa todo su sistema. La población, dice, crece en progresión geométrica: 1 + 2 + 4 + 8 + 16 + 32 etc., al paso que la capacidad de producción de la tierra aumenta solamente en progresión aritmética: 1 + 2 + 3 + 4 + 5 + 6. La diferencia salta a la vista y es sencillamente pavorosa, pero ¿es cierto? ¿Dónde está la prueba de que la capacidad de rendimiento de la tierra aumente en proporción aritmética solamente? Es cierto que la extensión de la tierra es limitada. La mano de obra que en ella puede invertirse aumenta al aumentar la población; pero, aun admitiendo que el aumento del rendimiento mediante el aumento del trabajo no registre siempre un incremento a tono con la proporción del trabajo invertido, siempre quedará un tercer elemento, que, al economista, ciertamente, no le dice nada: la ciencia, cuyo progreso es tan rápido e ilimitado, por lo menos, como el de la población. Basta pensar en los enormes progresos que la agricultura del siglo actual debe a la química, y aún diríamos que solamente a dos hombres, sir Humphrey David y Justus Liebig. Ahora bien, la ciencia crece, por lo menos, tanto como la población; ésta aumenta en proporción a la cifra de la generación anterior y la ciencia avanza en proporción a la masa de los

conocimientos que la generación precedente le ha legado, es decir, en las condiciones más generales, en proporción también geométrica, y para la ciencia nada hay imposible. Es ridículo hablar de superpoblación mientras "en el valle del Misisipí haya bastantes tierras baldías para asentar en ellas a toda la población de Europa",[106] mientras sólo se halle en cultivo, digamos, la tercera parte de la tierra y la producción de esta tercera parte solamente pueda aumentar en seis veces y más, simplemente aplicando los métodos de mejora de la tierra que hoy se conocen.

La competencia, como hemos visto, enfrenta a un capital con otro, a un trabajo con otro, y a cada uno de estos dos elementos con los otros dos. En la lucha se impone el más fuerte y, si queremos predecir el resultado de esta lucha, tenemos que investigar la fuerza de los contrincantes. En primer lugar, tenemos que la propiedad de la tierra y el capital, considerados cada uno de por sí, son más fuertes que el trabajo, pues mientras que el obrero necesita trabajar para vivir, el propietario de la tierra vive de sus rentas y el capitalista de sus intereses, y si se ven apurados, pueden vivir de su capital o de la propiedad de la tierra capitalizada. El resultado de ello es que al trabajador sólo le toque lo estrictamente necesario, los medios de sustento indispensables, mientras que la mayor parte del producto se distribuye entre el capital y la propiedad territorial. Además, el obrero más fuerte desplaza del mercado de trabajo al más débil, el capital mayor al menor y la propiedad de la tierra más extensa a la más reducida. La práctica se encarga de confirmar esta conclusión. Nadie ignora las ventajas que el industrial o el comerciante más poderoso le lleva al más débil o el gran propietario de tierras al poseedor de una pequeña parcela. Consecuencia de ello es que, ya en las condiciones usuales, el gran capital y la gran propiedad de la tierra devoren, conforme a la ley del más fuerte, a los pequeños: es la centralización de la propiedad. Y ésta avanza aún con mayor celeridad en las crisis comerciales y agrícolas. La gran propiedad crece siempre más aprisa que la pequeña, porque descuenta una parte mucho menor en concepto de gastos. Esta centralización de la propiedad es una ley inmanente a la propiedad privada, como lo son todas las demás leyes; las clases medias tienden necesariamente a desaparecer, hasta que llegue el momento en que el mundo se divida en dos grandes campos: millonarios y pobres, grandes terratenientes y míseros jornaleros. Y de nada servirán todas las medidas legales encaminadas a evitarlo, todas las divisiones de la propiedad territorial, todas las posibles desmembraciones del capital: este resultado tiene que producirse y se producirá, a menos que le salga al paso una transformación total de las relaciones sociales, la fusión de los intereses hasta ahora antagónicos, la abolición de la propiedad privada.

La libre competencia, ese tópico cardinal de nuestros economistas

cotidianos, es una imposibilidad. Por lo menos, el monopolio proponíase, aunque el propósito fuese irrealizable, proteger de fraudes al consumidor. La abolición del monopolio, en cambio, abre las puertas al fraude de par en par. Decís que la competencia lleva en sí el remedio contra el fraude, ya que nadie compraría cosas malas —lo que vale tanto como decir que todo comprador necesitaría ser un experto conocedor de los artículos que se le ofrecen, cosa imposible—, de donde la necesidad del monopolio, se impone para muchos artículos. Las farmacias, etc., tienen *necesariamente* que funcionar sobre bases monopolistas. Y el artículo más importante de todos, el dinero, es precisamente el que más necesita acogerse al régimen del monopolio. El medio circulante ha provocado una crisis comercial cuantas veces ha dejado de ser monopolio del Estado, y los economistas ingleses, entre otros el Dr. Wade, reconocen también la necesidad del monopolio en cuanto al dinero. Pero tampoco el monopolio garantiza contra la circulación de moneda falsa. De cualquier lado que nos volvamos veremos que lo uno es tan difícil como lo otro, que el monopolio engendra la libre concurrencia y ésta, a su vez, el monopolio; ambos deben, por tanto, ser abolidos, y estas dificultades sólo pueden resolverse mediante la abolición del principio que las engendra.

La competencia ha calado en todas las relaciones de nuestra vida y ha llevado a su punto culminante la servidumbre de unos hombres bajo otros. La competencia es el gran acicate que espolea sin cesar a nuestro viejo orden, o, por mejor decir, desorden social, ya en declive, pero devorando con cada esfuerzo que le obliga a hacer una parte de sus maltrechas fuerzas. La competencia señorea el progreso numérico de los hombres y gobierna también su progreso moral. Quien se haya ocupado un poco de la estadística de los crímenes no puede por menos de advertir la curiosa regularidad con que la delincuencia progresa de año en año y con que ciertas causas engendran ciertos delitos. La expansión del sistema fabril conduce en todas partes a la multiplicación de la delincuencia. Cabe determinar de antemano todos los años el número de detenciones, de procesos criminales y hasta de asesinatos, robos con fractura, pequeños hurtos, etc., con la misma certera precisión con que se ha hecho más de una vez en Inglaterra. Esta regularidad demuestra que también los delitos se rigen por la ley de la competencia, que la sociedad provoca una *demanda* de delincuentes a que da satisfacción la correspondiente *oferta*, que el vacío que se abre con el encarcelamiento, la deportación o la ejecución de cierto número de criminales se ve colmado inmediatamente por una nueva promoción, ni más ni menos que cualquier vacío que se produce en la población se cubre con una nueva hornada de nacimientos; dicho en otras palabras, es fácil comprobar que el delito presiona sobre los medios punitivos lo mismo que los pueblos presionan sobre los medios de ocupación. Dejo al buen

juicio de mis lectores el opinar sobre si, en tales condiciones, es realmente justo condenar a quienes delinquen. Lo que a mí me interesa es, sencillamente, poner de relieve cómo la competencia se proyecta también sobre la realidad y mostrar a qué profunda degradación conduce al hombre la propiedad privada.

En la lucha del capital y la tierra con el trabajo, los dos primeros elementos le llevan a éste, además, una ventaja especial: el auxilio de la ciencia, que en las condiciones actuales va también dirigida en contra del trabajo. Casi todos los inventos mecánicos, por ejemplo, han debido su origen a la escasez de mano de obra, como ocurre principalmente con las máquinas de hilar el algodón, inventadas por Hargreaves, Crompton y Arkwright. De la necesidad de esforzarse por encontrar trabajadores ha surgido siempre un invento, que ha venido a multiplicar considerablemente la mano de obra, haciendo disminuir, por tanto, la demanda de trabajo humano. De ello tenemos un ejemplo constante en la historia de Inglaterra desde 1770 hasta nuestros días. El último gran invento de la industria textil algodonera, el *self-acting mule* [107] fue provocado única y exclusivamente por el crecimiento de la demanda de trabajo y el alza de los salarios; este invento ha venido a duplicar el trabajo mecanizado, reduciendo con ello a la mitad el trabajo manual, dejando sin empleo a la mitad de los obreros y presionando así el salario de la mitad restante; dicho invento logró aplastar un movimiento de lucha de los obreros contra los fabricantes y acabó de este modo con el último vestigio de fuerza con que todavía el trabajo podía hacer frente a la desigual lucha contra el capital (véase sobre esto la obra del Dr. Ure, *Philosophy of Manufactures*,[c] tomo II).

El economista afirma, es verdad, que, en último resultado, la maquinaria favorece al obrero, ya que abarata la producción, abriendo con ello nuevos y más extensos mercados para sus productos, lo que, a la postre, hace que vuelvan a encontrar ocupación los obreros desalojados. Esto es cierto; pero el economista se olvida de una cosa, y es que la creación de mano de obra se regula siempre por la competencia, que la mano de obra presiona siempre los medios de ocupación y que, por tanto, para que esos beneficios se produzcan tiene que haber, a su vez, gran número de obreros aguardando a encontrar trabajo, lo que contrarresta y hace ilusorios dichos beneficios, al paso que los perjuicios, o sea la repentina supresión de medios de sustento para la mitad de los obreros y la reducción del salario para la otra mitad, no tienen nada de ilusorio. Se olvida de que el progreso de los inventos jamás se paraliza y de que, por tanto, los consiguientes perjuicios se eternizan. Se olvida de que, con la división del trabajo, llevada a un grado tan enormemente alto por nuestra civilización, un obrero sólo puede vivir a condición de poder trabajar en una

c *Filosofía de las manufacturas.*

determinada máquina y ejecutando una determinada y pequeña operación. Se olvida de que, para el obrero adulto, el paso de una ocupación a otra nueva constituye casi siempre una total imposibilidad.

Al fijarme en los efectos de la maquinaria, me sale al paso otro tema, más alejado, el del sistema fabril, que no tengo tiempo ni ganas de tratar aquí. Confío, por lo demás, en que no tardará en deparárseme la ocasión de desarrollar detenidamente la repugnante inmoralidad de este sistema y de poner de manifiesto en toda su crudeza la hipocresía de los economistas, que brilla aquí en todo su esplendor.[108]

# LA SITUACIÓN EN INGLATERRA[109]

## *"Past and Present", por Thomas Carlyle, Londres, 1843*

[*Deutsch-Französiche Jarbücher*, diciembre 1843–enero 1844]

De todos los gruesos volúmenes y delgados folletos publicados el año pasado en Inglaterra para amenidad o edificación del "mundo culto", el único que vale la pena leer es el que aquí reseñamos. Todas las novelas en varios volúmenes, con sus tristes y divertidas peripecias, así como todos los comentarios eruditos y no eruditos, edificantes y entretenidos, sobre la Biblia —y las novelas y los libros de devoción son las dos grandes partidas de la literatura inglesa—, todo eso puede dejarse en paz, sin abrir. Tal vez encontremos algunos libros de geología o economía, de historia o de matemáticas en los que se contenga un granito de novedad, pero estos son libros para ser estudiados, y no para ser *leídos*, libros de áspera ciencia especializada, secos herbarios, plantas cuyas raíces han sido ya de largo tiempo atrás arrancadas del cuerpo humano general del que toman su savia. Por mucho que rebusquéis, tendréis que llegar a la conclusión de que el libro de Carlyle es el único que toca las cuerdas humanas, que expone problemas humanos y que acusa, por lo menos, un rastro de sentido humano en el modo de ver las cosas.

Es curioso cómo han decaído y se han embotado espiritualmente en Inglaterra las clases altas de la sociedad, lo que los ingleses llaman *"respectable people"*, *"the better sort of people"*,[a] etc. Han muerto en ellas toda energía, toda actividad, todo contenido. La nobleza rural se va de caza y la nobleza del dinero estampa asientos en los Libros mayores y, en el mejor de los casos, se dedica a una literatura no menos vacua y necia. Se heredan de generación en generación los prejuicios políticos y religiosos; hoy, ya no es como en los viejos tiempos, todo se nos da hecho y ya no tenemos que preocuparnos de los principios; éstos se le inculcan a uno en la cuna, acabados y perfectos, sin que se sepa de dónde vienen. ¿Qué más se necesita? Se ha recibido una buena educación, es decir, le han torturado a uno esterilmente en la escuela con los griegos y los romanos; y, por lo demás, se es una persona "respetable", lo que vale decir que se poseen tantos más cuantos miles de libras esterlinas, y ya no hay para qué ocuparse de ninguna otra cosa, como no sea de elegir esposa, si no se tiene todavía.

¡Y no digamos ese adorno que la gente llama "espíritu"! ¿De dónde, en una vida así, va a venir el espíritu y dónde va a encontrar acomodo, suponiendo que venga? En esta sociedad todo se halla estatuido y or-

[a] "Gentes respetables", "las mejores gentes".

denado en forma de círculos, a la manera china, y ¡ay! de aquel que ose traspasar las fronteras, tres veces ¡ay! de quien atente contra un prejuicio venerable y nueve veces ¡ay! si el prejuicio contra el que se atente es un prejuicio religioso. Para todas las preguntas hay aquí dos respuestas, una *whig* y otra *tory*, respuestas prescritas y elaboradas de antemano y de largo tiempo atrás por los sabios maestros de ceremonias de ambos partidos; no hay para qué pararse a reflexionar ni a estudiar, todo se halla dispuesto en fórmulas previas; ya lo han dicho por nosotros Dicky Cobden o lord John Russell, o Bobby Peel, o "el duque" por antonomasia, que es el de Wellington; todo está dicho, y asunto concluido.

Los buenos alemanes tienen que dejar que los periodistas liberales y los representantes del pueblo les digan todos los años qué gentes tan independientes y maravillosas son los ingleses, todo ello gracias a sus libres instituciones, cosa que, vista de lejos, parece magnífica. Los debates mantenidos en las cámaras parlamentarias, la prensa libre, los ruidosos mítines, las elecciones, los jurados producen indefectiblemente una gran impresión sobre el timorato ánimo de Michel,[b] que, llevado de su asombro, toma por oro de ley cuanto reluce. Pero resulta que el punto de vista del periodista liberal o del representante del pueblo, no es todavía lo bastante elevado para poder echar una ojeada de conjunto, ya se trate de la trayectoria de la humanidad entera o de la de una sola nación.

La Constitución inglesa fue excelente en su tiempo e hizo muchas cosas buenas; desde 1828 viene laborando en su mejor obra, que es la de su propia destrucción,[110] pero aún no ha hecho lo que los liberales le atribuyen. No ha convertido a los ingleses en hombres independientes. Los ingleses, refiriéndose a los ingleses cultos, aquellos por quienes en el continente se juzga del carácter nacional, son los más despreciables esclavos que hay bajo el sol. Los únicos ingleses realmente respetables, pese a toda su tosquedad y a toda su desmoralización, son la parte de la nación que el continente no conoce, son los obreros, los parias de Inglaterra, pues son todavía materia maleable; carecen de cultura, pero también de prejuicios; tienen, en cambio, una energía capaz de entregarse a una gran obra nacional; tienen todavía un futuro.

La aristocracia —que hoy incluye también a las clases medias— está exhausta; lo que aún podía aportar como caudal de ideas ha sido ya gastado y prácticamente estrujado hasta en sus últimas consecuencias, y su reino marcha con paso acelerado hacia su fin. La Constitución es obra suya, y el resultado inmediato de esta obra ha sido envolver a sus autores en una maraña de instituciones que hacen imposible todo lo que sea un movimiento espiritual libre. El imperio del prejuicio público es en todas partes la primera consecuencia de las llamadas instituciones políticas libres, imperio que se impone con mayor fuerza que en parte alguna en el país políticamente más libre de Europa, en Inglaterra, si exceptuamos a Norteamérica, donde por medio de la ley de Lynch se reconoce legalmente el prejuicio público como un poder dentro del Esta-

[b] Figura proverbial que simboliza al pueblo alemán.

do. El inglés se prosterna ante el prejuicio público, se sacrifica diariamente a él y, cuanto más liberal es, más humildemente se pone de hinojos ante este ídolo. Ahora bien, en los "medios cultos" el prejuicio público puede ser *tory* o *whig*, o, a lo sumo radical, aunque esto huele ya a algo no muy honorable. Si, hablando con ingleses cultos, se os ocurre decir que sois cartistas o demócratas, pondrán en duda vuestro buen juicio y enseguida rehuirán vuestra compañía. Si declaráis que no creéis en la divinidad de Cristo, os tendrán por apestados; y no digamos si afirmáis que sois ateos: os volverán la espalda como si no os conociesen. El inglés a quien se tiene por tan independiente, aun suponiendo —lo que es muy raro— que se suelte realmente a pensar por cuenta propia y deje las andaderas de los prejuicios que ha mamado con la leche materna, no tendrá nunca el valor de proclamar libremente sus convicciones, tratará de adoptar hipócritamente una manera de pensar que sea, por lo menos, tolerable para la opinión pública y sólo se sentirá contento si, de vez en cuando y cara a cara, sin que nadie oiga, puede hablar a sus anchas con quien piense igual que él.

Así se explica que las clases cultas, sean, en Inglaterra, reacias a todo progreso y que sólo se muevan un poco porque la clase de los obreros las empuja. Y sería absurdo esperar que el pan literario de cada día de esta cultura senil fuese distinto de ella misma. Toda esta literatura "respetable" gira eternamente dando vueltas alrededor del mismo punto y es tan aburrida y tan estéril como la inflada e infatuada "respetable" sociedad que la produce.

Cuando cruzó el canal la *Vida de Jesús* de Strauss, seguida de la fama del libro, ninguna persona respetable se atrevió a traducirlo, y ningún librero respetable osó publicarlo. Por último, lo tradujo un *lecturer* (no hay palabra alemana equivalente a este término artificial de agitación) socialista, o sea un hombre que ocupaba la posición menos "respetable" del mundo, y un insignificante impresor de libros también socialista se decidió a publicarlo por entregas, a razón de un penique cada una. De este modo, los obreros de Manchester, Birmingham y Londres forman el único público de Strauss en Inglaterra.

Por lo demás, si de los dos partidos en que se divide la parte culta de los ingleses hay que dar la preferencia a alguno, es al de los *tories*. Los *whigs*, dada la situación social de Inglaterra, son demasiado partidistas para poder merecer un juicio; la industria, el centro de la sociedad inglesa, se halla en sus manos y los enriquece; los *whigs* no encuentran en ella la menor mácula y ven en su expansión la meta única de toda la legislación, pues le deben su riqueza y su poder. En cambio, el *tory*, que ha visto cómo la industria atropellaba su poder y su hegemonía y cuyos principios han sido quebrantados por ella, la odia y la considera, cuando más, como un mal necesario. Por eso se ha formado ese sector de *tories* filantrópicos cuyos principales dirigentes son lord Ashley, Ferrand, Walter, Oastler y otros, que consideran un deber asumir la defensa de los obreros fabriles en contra de los fabricantes. Thomas Carlyle comenzó también siendo *tory* y sigue considerándose todavía hoy más cerca

de los *tories* que de los *whigs*. Lo que sí podemos asegurar es que un *whig* jamás habría podido escribir un libro ni a medias tan humano como *Past and Present*.

Thomas Carlyle es conocido en Alemania por sus esfuerzos para dar a conocer a los ingleses la literatura alemana. Desde hace varios años, se ocupa principalmente de estudiar la situación social de Inglaterra —es el único entre las gentes cultas de su país que lo hace— y ya en 1838 publicó una obra pequeña titulada *Chartism*.[c] Por aquel entonces se hallaban los *whigs* en el gobierno y proclamaron con mucha pompa que el "espectro" del cartismo, nacido aproximadamente en 1835, se había desvanecido ya. El cartismo era la continuación natural del viejo radicalismo, que, apaciguado durante algunos años por la ley de reformas, resurgía con nueva fuerza y en masas más compactas que antes de los años 1835 y 1836. Este era el cartismo con el que los *whigs* creían haber acabado, y Thomas Carlyle tomó pie de ello para exponer las verdaderas causas del cartismo y la imposibilidad de exterminarlo antes de haber acabado con estas causas. El punto de vista de este libro es, en líneas generales, el mismo que el de *Past and Present*, aunque expuesto con colores cartistas más acentuados, tal vez debido simplemente a la circunstancia de que entonces los *whigs*, por ser el partido gobernante, se hallaban más expuestos a la crítica. En todo caso, podemos afirmar que en *Past and Present* encontramos todo lo que figuraba ya en aquel pequeño libro, pero expuesto de un modo más claro, más ampliamente desarrollado y con el señalamiento expreso de las consecuencias, por la cual nos creemos exentos del deber de detenernos en la obra.

*Past and Present* es un paralelo entre la Inglaterra del siglo XII y la del siglo XIX, y consta de cuatro secciones intituladas: "Proemio", "El monje antiguo", "El obrero moderno" y "Horóscopo". Examinaremos una por una estas cuatro secciones, y no podremos resistir a la tentación de traducir los más hermosos de los a veces maravillosamente bellos pasajes del libro. Ya la crítica se cuidará de cumplir con su cometido.

El primer capítulo del Proemio se titula: "Midas".

"La situación de Inglaterra pasa por ser, y con razón, una de las más amenazadoras y, en general, de las más extrañas que jamás haya habido en el mundo. Inglaterra está llena de toda clase de riquezas, de los más variados productos y medios para satisfacer las necesidades de todas clases y, sin embargo, se muere de hambre. Con una fecundidad jamás desmentida, verdea y florece el suelo de Inglaterra, henchido de doradas cosechas, densamente salpicado de fábricas y talleres y de equipo industrial de toda suerte, con quince millones de obreros que tienen fama de ser los más fuertes, inteligentes y mejor dispuestos que jamás haya habido en la tierra; estos hombres están ahí; el trabajo realizado por ellos y los frutos que han creado o recolectado están ahí pletóricos, exuberantes, en manos de todos, y, sin embargo, no sabemos qué funesto mandato, como el de un brujo, se alza y dice: '¡No lo toquéis, obreros, no lo toquéis, señores que trabajáis o señores ociosos! ¡Ninguno ose tocarlo, nadie debe disfrutar esos frutos embrujados!' "

[c] *El cartismo.*

El veto recae en primer lugar sobre los obreros. En 1842 contaban Inglaterra y Gales 1 430 000 pobres, de los cuales 222 000 vivían recluídos en casas de trabajo, que el pueblo llama bastillas de beneficencia. ¡Gracias al humanitarismo de los *whigs*! Escocia no tiene una ley de pobres, pero sí pobres en masa. Irlanda, dicho sea de pasada, puede jactarse de la fabulosa cifra de 2 300 000 pobres.

"Ante los tribunales de Stockport (Cheshire) fueron acusados un padre y una madre, convictos y confesos de haber envenenado a tres de sus hijos para estafar a una sociedad de entierros tres libras y ocho chelines, pagaderos a la muerte de cada hijo, y, según se dice, las autoridades dieron a entender que tal vez no fuese este el único caso y que valía más no hurgar en el asunto. Ejemplos como éstos son como las altas cimas de las montañas que emergen en el horizonte y que no son más que el remate de una zona montañosa y de muchas tierras ocultas. He aquí una madre humana y un padre humano que hablan entre sí y se preguntan: ¿qué haremos para no morirnos de hambre? ¡Cuán bajo hemos caído en nuestro sombrío sotabanco, a donde no llega la ayuda de nadie! ¡Oh, en la torre del hambre de Hugolino suceden cosas tremendas; el pequeño Gaddo, el bien amado, ha caído muerto sobre las rodillas del padre! Los desgraciados padres de Stockport se paran a pensar y se dicen: ¡Pobre, pequeño y hambriento Tom, que se pasa todo el día clamando por pan, a quien este mundo no reserva nada bueno y sí mucho malo! ¿Por qué no hemos de arrancarlo de una vez de las garras de esta miseria, para salvarnos a nosotros? Pensado, dicho y hecho. Y después de muerto Tom, y cuando ya todo se ha gastado y comido, le llega el turno al pobre, pequeño y hambriento Jack o al pobre, pequeño y hambriento Will. ¡Terrible reflexión esta acerca de los caminos y los recursos para no morir de hambre! En las ciudades sitiadas, en la ruina extrema de la Jerusalén entregada a la ira de Dios, había hablado el profeta con estas palabras: Y las manos de las desdichadas mujeres han aderezado como comida los cuerpos de sus hijos. La tenebrosa fantasía del hebreo no podía representarse un abismo más negro de miseria, era lo último a que podía llegar el hombre degenerado y maldecido por Dios, y a ello llegamos *nosotros* aquí, en la moderna Inglaterra, bajo una plétora de riqueza. ¿Cómo explicar esto? ¿Cuáles son sus causas y por qué tiene que suceder así?"

Los sucesos narrados ocurrieron en 1841. Por mi cuenta puedo añadir que hace cinco meses, en Liverpool, acabó en la horca Betty Eules, de Bolton, que por el mismo motivo, por la miseria, había envenenado a tres hijos y a dos hijastros.

Esto, en cuanto a los pobres. Veamos ahora qué pasa con los ricos.

"Hasta ahora, esta victoriosa industria henchida de riqueza no ha hecho rico a nadie, es como una riqueza embrujada que a nadie pertenece. Podemos gastar miles donde antes invertíamos solamente cientos, pero nada útil compraremos a cambio. Algunos comen bocados exquisitos y beben vinos caros, pero ¿acaso esto representa alguna bendición? ¿Acaso son por ello más bellos, mejores, más fuertes, más bravos? ¿Son acaso lo que ellos llaman 'más felices'?"

El señor que trabaja no es más feliz, ni lo es tampoco el señor ocioso, es decir, el terrateniente noble.

"¿Para quién, entonces, existe esta riqueza, la riqueza de Inglaterra? ¿A quién beneficia, a quién hace más feliz, más bello, más sabio, mejor? Hasta ahora, a nadie. Nuestra victoriosa industria no tiene, hasta hoy, ningún éxito; en medio de una plétora exuberante, el pueblo pasa hambre; entre los muros de oro y los graneros repletos, nadie se siente seguro y satisfecho. Midas suspiraba por oro e injuriaba a los dioses del Olimpo. Se le rodeó de oro, convirtiéndose en oro cuanto tocaba, pero de nada le sirvió, pues seguía siendo tan desgraciado como antes, con sus orejas de burro. Midas había juzgado mal la música celeste. Había insultado a Apolo y a los dioses, y éstos accedieron a su deseo y le concedieron además dos orejas de burro, excelente apéndice: ¡cuánta verdad en estas viejas fábulas!"

"¡Cuán verdadera también —prosigue el autor en el segundo capítulo— la otra vieja fábula, la de la esfinge: la naturaleza, como la esfinge, es una diosa, pero no liberada todavía del todo, sumida todavía a medias en la animalidad, en la carencia de espíritu: de una parte, orden y sabiduría, de la otra oscuridad, salvajismo y la fatalidad del destino!"

La naturaleza-esfinge —misticismo alemán, dicen los ingleses cuando leen este capítulo— tiene una pregunta para todo hombre y toda época; dichoso quien sabe contestarla acertadamente, pues quien no la contesta o la contesta mal cae en las garras de la parte animal-salvaje de la esfinge, y en vez de ser una hermosa doncella es una feroz leona. Y así ocurre también con las naciones: ¿podéis resolver el enigma del destino? Todos los pueblos desventurados, como todos los desventurados individuos, contestan falsamente a la pregunta, confunden la apariencia con la verdad, los eternos hechos interiores del universo con sus formas externas y perecederas de manifestarse, como lo ha hecho también Inglaterra. Inglaterra, como Carlyle dirá más adelante, se ha dejado llevar del ateísmo, y la situación por que ahora atraviesa es la consecuencia necesaria de ello. De esto hablaremos después; por el momento, queremos solamente observar que Carlyle habría podido llevar algo más adelante el símil de la esfinge, si hemos de dejar que prevalezca en el sentido panteísta-schellingiano en que más arriba se emplea: la solución del enigma es, hoy, como en la leyenda, el hombre, y la solución, además, en el más amplio de los sentidos. Pero también de esto volveremos a hablar.

En el capítulo que sigue encontramos esta descripción de la insurrección producida en Manchester en 1842:

"Un millón de obreros hambrientos se sublevaron, se echaron a la calle y se plantaron allí. ¿Qué otra cosa podían hacer? Sus sufrimientos y sus quejas eran amargos, insoportables, y su furia justa; pero ¿quién motiva estas quejas y quién puede remediarlas? No sabemos quiénes o qué son nuestros enemigos; nuestros amigos, ignoramos dónde están. ¿Cómo podemos atacar a alguien, fusilar a alguien o dejar que él nos fusile? ¡Oh, si esta maldita pesadilla, que como monstruo invisible aplasta nuestra vida y la de los nuestros, cobrase una figura, la que fuese, la de un tigre de Hircania, la del Behemot del caos o la del mismo Satán, se presentase ante nosotros bajo alguna forma que pudiésemos ver y aprehender!"

Esta era, en efecto, la desgracia de los obreros en la insurrección del

verano de 1842, que no sabían contra quién tenían que luchar. Su mal era social, y los males sociales no pueden desterrarse a la manera como se derroca la monarquía o se destruyen los privilegios. Los males sociales no se curan con Cartas del Pueblo, y así lo comprendió el pueblo, pues de otro modo la Carta del Pueblo sería hoy la ley fundamental de Inglaterra. Los males sociales hay que estudiarlos y conocerlos, que es lo que hasta ahora no ha hecho todavía la masa de los trabajadores. El gran fruto de la insurrección de Manchester fue que, como dice Carlyle, se expresó de un modo que ahora podían oír todos los oídos pensantes de Inglaterra lo que es el problema vital del país, el problema de la suerte definitiva de la clase obrera. Ya nada ni nadie puede eludir este problema; Inglaterra tendrá que solucionarlo o perecer.

Pasemos por alto los párrafos finales de este capítulo, saltemos también momentáneamente por encima del siguiente y pasemos enseguida al capítulo tercero, titulado "El obrero moderno", para tener delante, completo, el relato sobre la situación de Inglaterra que el autor comenzó a trazar en el Proemio.

Hemos abandonado, dice Carlyle, la religiosidad de la Edad Media, sin obtener nada a cambio de ello: hemos

"olvidado a Dios, hemos cerrado nuestros ojos a la eterna sustancia de las cosas, manteniéndolos abiertos tan sólo a su engañosa apariencia; nos tranquilizamos pensando que este universo es, intrínsecamente, una gran interrogante ininteligible y, exteriormente, a ojos vistas, un gran establo y una casa de trabajo, con espaciosas cocinas y mesas de comedor, donde puede encontrar acomodo quien sea juicioso. La verdad de este universo es toda ella incierta; lo único evidente para el hombre práctico son las ganancias y las pérdidas, el alimento y el aplauso. — Para nosotros, ya no existe ningún Dios. Las leyes divinas se han convertido en el principio de la mayor dicha posible, en un expediente parlamentario; el firmamento se extiende sobre nosotros solamente como un reloj astronómico, como un emplazamiento bueno para montar en él los telescopios de Herschel y ponerse a cazar ciencia y sentimentalismo; en nuestra lengua y la del viejo Jonson, el hombre ha perdido su alma y comienza ahora, al cabo de algún tiempo, a echarla de menos. Aquí está, en verdad, la llaga, el centro de la gangrena social universal. — No existe religión, no hay Dios, el hombre ha perdido su alma y busca en vano un puñado de sal para curarse. En vano, pues inútilmente se buscará la salvación en la decapitación de reyes, en la aprobación de leyes de reformas, en revoluciones como la francesa o en insurrecciones manchesterianas. La repugnante lepra, aliviada por una hora, reaparece a la siguiente con mayor fuerza y desesperación."

Pero, como el lugar de la vieja religión no podía quedar vacante, pasa a ocuparlo un nuevo evangelio, que por su oquedad y falta de contenido corresponde a los tiempos: el evangelio de Mammón. Se abandonan el cielo y el infierno cristianos, aquél por dudoso y éste por absurdo, y se nos brinda un nuevo infierno; el infierno de la moderna Inglaterra es la conciencia de "no poder imponerse, de no ganar dinero".

"Debemos reconocer que nuestro evangelio de Mammón nos lleva a extrañas

conclusiones. Lo llamamos *sociedad* y, sin embargo, profesamos abiertamente la separación y el aislamiento totales. Nuestra vida no es una ayuda mutua, sino una mutua hostilidad envuelta en el ropaje de las leyes de guerra a que damos el nombre de 'razonable competencia' y otras cosas por el estilo. Hemos olvidado totalmente que el pago al contado no es el único lazo entre los seres humanos. '¿Que mis obreros pasan hambre?', dice el rico fabricante. '¿Acaso no los he alquilado legalmente en el mercado? ¿No les he pagado, hasta el último medio penique, el salario convenido? ¿Qué otra cosa puedo hacer por ellos?' ¡En verdad que la adoración del dios Mammón es un culto bien triste!"

"Una pobre viuda irlandesa de Edimburgo pidió a un establecimiento de beneficencia de aquella ciudad que la socorriera a ella y a tres hijos. En todos los centros de caridad le dieron con la puerta en las narices; abatida y desesperada, cayó enferma de tifus, murió e infectó a todo el barrio, causando así la muerte de otras diecisiete personas. El humanitario médico que cuenta esta historia, el Dr. W. P. Alison, se pregunta, a este propósito, si no habría resultado *más económico* haber prestado ayuda a aquella pobre mujer. Agarró el tifus y mató a diecisiete de vosotros. Cosa curiosa. La desamparada viuda irlandesa se dirige a sus semejantes, como diciéndoles: 'Vedme que muero por falta de ayuda; tenéis que ayudarme, pues soy hermana vuestra, carne de vuestra carne; un mismo Dios nos ha hecho a todos.' Pero los otros contestan: 'No, es imposible; tú no eres hermana nuestra'. Pero ella demuestra la hermandad que los une, pues la fiebre que la lleva a la tumba los mata también a *ellos*; sí, eran sus hermanos, aunque lo negaran. ¿Hubo alguna vez una criatura humana que tuviera que descender más bajo en busca de una prueba?"

Carlyle, dicho sea de paso, incurre aquí en error, lo mismo que Alison. Los ricos no sienten compasión ni tienen el menor interés por la muerte de los "diecisiete". ¿Acaso no es una suerte para la sociedad que se reduzca en diecisiete seres la "población sobrante"? ¡Cuánto mejor sería que los muertos fuesen dos o tres millones, y no esa ridícula cifra de "diecisiete"! Así razonan los ricos maltusianos ingleses.

Y hay, además, el otro evangelio, aún peor, del diletantismo, creado por un gobierno que no hace nada, que toma a todos los hombres en serio y los empuja a querer aparentar lo que no son; la aspiración a la "felicidad", es decir, a comer bien y a beber, que entroniza la torpe materia y acaba con todo contenido espiritual. ¿Qué se quiere que salga de todo esto?

"¿Qué hemos de pensar de una clase gobernante como la nuestra, que acusa a sus obreros de 'superproducción'? ¡Superproducción, así como suena! ¡Vosotros, innobles individuos que os dedicáis a producir tan diversas cosas, habéis producido demasiado! ¡Os acusamos de haber producido más de doscientas mil camisas para cubrir las desnudeces de la humanidad! ¿Y no son también excesivos los pantalones que habéis fabricado de las más diversas materias, de pana, de paño, de tela escocesa, de algodón y de lana? Y lo mismo podríamos decir de los sombreros para cubrir las cabezas de los seres humanos, de los zapatos para calzar sus pies, de las sillas para sentarse o de las cucharas para comer. Pero, ¿qué decimos sombreros y zapatos? Fabricáis también relojes de oro, alhajas, tenedores de plata, cómodas, armarios y sofás acojinados, ¡oh, cielos!, no bastan

todos los bazares comerciales y todos los inmensos almacenes de los Howel y los Jammes para albergar vuestros productos. Producís y producís sin parar. Para acusaros de producir demasiado, basta tender la mirada en derredor y ver: millones de camisas y de pares de pantalones vacíos, colgados en los almacenes, son otras tantas pruebas de acusación en contra vuestra. Os acusamos de superproducción; sois reos del tremendo delito de haber producido un espantoso exceso de camisas, pantalones, sombreros y zapatos, etc., etc. Esto ha traído consigo una paralización, a consecuencia de la cual vosotros, los trabajadores, pasáis hambre."

"¡Señores y caballeros! ¿De qué acusáis a esos pobres trabajadores? A vosotros, señores y caballeros, se os designó precisamente para velar por que no se produjese ninguna clase de paralizaciones; erais vosotros los encargados de cuidar que la distribución de los salarios por el trabajo realizado se organizara debidamente, que ningún trabajador dejara de percibir su salario, bien en dinero contante, bien en sogas de esparto para colgarse; ese era vuestro cometido, desde tiempos inmemoriales. Estos pobres hilanderos se han olvidado de muchas cosas de las que habrían debido acordarse por las leyes virtuales no escritas que rigen su oficio, pero ¿qué ley *escrita* de su oficio han olvidado? A ellos se les contrató para hacer camisas. La comunidad, con toda la fuerza de su voz, les ordenó: ¡haced camisas! Y ahí están las camisas. ¿Que son demasiadas? Por cierto que es una novedad, sobre esta tierra inhóspita con sus novecientos millones de cuerpos desnudos. Fue a vosotros, señores y caballeros, a quienes la comunidad ordenó: procurad que las camisas se distribuyan bien, que nuestras leyes humanas sean el emblema de las leyes divinas. ¿Y qué distribución se ha hecho? Dos millones de trabajadores sin camisa o con la camisa rota se hacinan embrujados en las bastillas de la ley de pobres y cinco millones más (según los cálculos de algunos) tiritan en los sotabancos del hambre de Hugolino. Y todo lo que se os ocurre decir para ayudarles es esto: ¡aumentad *nuestras* rentas! Pero ellos dicen, con aire de triunfo: ¿queréis urdir acusaciones contra *nosotros*, queréis acusarnos de superproducción? Ponemos al cielo y a la tierra por testigos de que no hemos producido absolutamente nada. No es de nosotros de quienes procede ese aterrador exceso de camisas. En los vastos dominios de la creación no hay una sola camisa producida por nosotros. Somos inocentes de todo lo que sea producción. Por el contrario, si no fueseis unos desagradecidos, os daríais cuenta de las montañas de cosas "consumidas" por nosotros. ¿No han desaparecido estas montañas de productos ante nosotros, como si tuviésemos estómagos de avestruz y estuviésemos dotados de una especie de don divino para devorar? Sois unos desagradecidos, que no veis que habéis crecido bajo la sombra de nuestras alas. ¿Acaso vuestras sucias fábricas no se alzan sobre *nuestro* suelo? ¿Y no hemos de venderos nuestro trigo al precio que nos plazca? ¿Qué sería de vosotros, si nosotros, los propietarios del suelo de Inglaterra, decidiéramos no sembrar más trigo?"

Esta manera de pensar de la aristocracia, esta bárbara pregunta: ¿qué sería de vosotros si nosotros no fuésemos lo bastante caritativos para sembrar trigo en nuestras tierras?, ha producido las "locas y lamentables leyes sobre el trigo"; estas leyes sobre el trigo tan locas, que no es posible aducir en contra suya argumentos como los que "harían llorar a un ángel en los cielos y también a un asno en la tierra". Las leyes sobre el trigo demuestran que la aristocracia aún no ha aprendido a no producir ningún daño, a estarse tranquilamente sentada, a no hacer nada

absolutamente, y mucho menos a hacer algo bueno, lo que sería su deber, según Carlyle:

"Se halla obligada, por la posición que ocupa, a dirigir y gobernar a Inglaterra, y todo obrero recluido en la casa de trabajo tiene derecho a preguntarle a *ella*, por encima de todo: ¿por qué estoy aquí? Su pregunta será escuchada en el cielo y se oirá también en la tierra, aunque no se la tome en cuenta. Su acusación va dirigida contra vosotros, señores y caballeros, que aparecéis sentados en primera fila en el banco de los acusados y que sois los primeros obligados a contestarla, en virtud de la posición que ocupáis. El destino de la aristocracia ociosa, si leemos su horóscopo hasta aquí en las leyes sobre el trigo, etc., es un abismo que le mueve a uno a desesperación. Sí, mis rosados hermanos cazadores de zorros, una terrible mirada hipocrática se dibuja a través de vuestros lozanos y saludables rostros. Detrás de vuestras mayorías para hacer aprobar las leyes sobre el trigo, de vuestras *sliding-scales*,[74] de vuestros aranceles protectores, de vuestras elecciones corrompidas y de vuestras triunfales hogueras de Kent, el ojo vigilante descubre las espantosas imágenes de la muerte, demasiado espantosas para poder expresarse en palabras, descubre la escritura del Mene Mene.[d] ¡Oh, buen Dios! ¿No declaró también una ociosa aristocracia francesa, hace apenas medio siglo, en palabras parecidas: no podemos existir, no podemos seguir vistiéndonos y desfilando con la pompa que corresponde a nuestra clase; las rentas de nuestras tierras no nos bastan, necesitamos más, necesitamos que se nos exima del pago de impuestos y que se dicte una ley sobre el trigo para que aumenten nuestras rentas? Esto era en 1789; cuatro años después, ¿no habéis oído hablar de las tenerías de Meudon, donde los hombres desnudos se hicieron pantalones de piel humana? ¡Ojalá que los piadosos cielos desvíen el ominoso aviso, y ojalá que nosotros seamos más prudentes para que no tengamos que ser tan desventurados!"

Y la aristocracia laboriosa se deja captar en las redes de la ociosa y sale también malparada, con su "mamonismo":

"A lo que parece, las gentes del continente importan nuestra maquinaria, hilan algodón y fabrican por su cuenta, nos mantienen alejados de su mercado y luego nos expulsan de él. Tristes noticias, pero no, ni con mucho, las más tristes de todas. Pues lo más triste es que debamos supeditar nuestra existencia nacional, según he oído decir, a nuestra capacidad para vender las telas de algodón un ochavo la vara más barato que todos los demás pueblos. ¡Una base bien angosta por cierto para que sobre ella descanse una gran nación! Y una base sobre la que a la larga creo yo que no podremos sostenernos, pese a todas las posibles derogaciones de las leyes sobre el trigo. — Ninguna gran nación puede descansar sobre esta punta de una pirámide, elevándose más y más y balanceándose sobre las puntas de los pies. En una palabra, este evangelio mammónico, con su infierno de los que no ganan, la oferta y la demanda, la competencia, la libertad de comercio, el *laissez faire*[111] y todo lo demás que el demonio sabe, comienza a convertirse poco a poco en el más deplorable de los evangelios que jamás hayan sido predicados sobre la tierra. — Sí, si mañana se acabase con las leyes sobre el trigo, nada se habría ganado con ello; sólo se ganaría sitio para emprender negocios de la más diversa especie. Derogadas las

[d] Signos admonitorios de graves desgracias.

leyes sobre el trigo y establecida la libertad de comercio, no cabe duda de que desaparecería la actual paralización de la industria. Volveríamos a vivir un periodo de empresas comerciales, de avance y prosperidad, la cuerda estranguladora del hambre se aflojaría en torno a nuestros cuellos, tendríamos un respiro y ganaríamos tiempo para reflexionar y arrepentirnos, un tiempo tres veces precioso para luchar, no sólo por nuestra vida, sino también por la reforma de nuestros malos derroteros, para aliviar, enseñar y disciplinar a nuestro pueblo, para suministrarle un poco de alimento espiritual, para darle una dirección y un gobierno reales; sería indudablemente, un tiempo inapreciable. Pues el nuevo periodo de prosperidad, siguiendo el viejo método de "competencia y que el demonio se encargue de lo demás", volverá a ser, evidentemente, un periodo de paroxismo, y tal vez el último de todos. Si nuestra industria se duplica en veinte años, en el mismo periodo de tiempo se duplicará también nuestra población; volveríamos a estar donde estábamos antes, con la diferencia de que seríamos dos veces más numerosos y dos veces y hasta diez más ingobernables. — ¡Ay de mí, en qué vastas latitudes hemos peregrinado a través de este viaje por el tiempo, viendo a los hombres moverse como cadáveres galvanizados, con la mirada fija e inexpresiva, como sin alma, pero con una febril actividad industrial y un estómago para digerir! La tétrica desesperación de las fábricas algodoneras, de las minas de carbón y de los jornaleros agrícolas de Chando es, en estos días, algo doloroso de contemplar, pero nunca tan doloroso para quien sepa, verdaderamente, pensar como esta brutal filosofía y sabiduría de la vida basada en las pérdidas y las ganancias que oímos clamar por todas partes, en las sesiones del Senado y las discusiones de los clubs, en los artículos editoriales, desde el púlpito y la tribuna de oradores, como el evangelio-ultimatum y el cándido y sencillo inglés de la vida diaria."

"Tengo la osadía de creer que en ninguna otra época, desde los comienzos de la sociedad, ha sido tan insoportable como hoy la suerte de los mudos y agotados millones de hombres. No es la muerte, ni siquiera la muerte por hambre, la que hace desdichados a los seres humanos; todos tenemos que morir y partiremos de la vida sin remedio en el carro de fuego del dolor; lo que es y será siempre insoportable para el hombre creado por Dios es el ser que se siente desdichado sin saber por qué, que se mata a trabajar para nada, que se ve agotado de trabajo y con el corazón cansado y, además, aislado, huérfano, cercado por un frío y universal *laissez faire*, agonizando lentamente a todo lo largo de la vida, emparedado en una muda, muerta, infinita injusticia como en el vientre maldito del toro de Falaris. ¿Y todavía nos asombramos de que haya habido o haya una revolución francesa, una "semana grande" o un cartismo inglés? Los tiempos en que vivimos, si nos paramos a pensarlo, son verdaderamente tremendos."

Si en tiempos tan terribles como estos la aristocracia se revela incapaz de ponerse al frente de la esencia general, no hay más remedio que rechazarla. De ahí la democracia.

"Qué extensión ha ganado ya hoy la democracia y cómo avanza con celeridad ominosa y sin cesar creciente puede verlo todo el que quiera abrir los ojos para contemplar cualquiera de los campos de las relaciones humanas. Desde el estrépito de las batallas napoleónicas hasta las cháchras de una reunión de feligreses en la Iglesia de Santa María de Axe, todo anuncia la democracia."

Pero, ¿qué es, en rigor, la democracia?

"Sencillamente, la falta de héroes capaces de gobernaros, la resignación ante este hecho inevitable y el intento de arreglárselas así. — Nadie te oprime, ¡oh libre e independiente elector!, pero ¿acaso no te oprime ese estúpido bock de cerveza? Ningún hijo de Adán puede ordenarte que entres o que salgas, pero ese estúpido tarro de pesada humedad (*heavy-wet*) sí puede dominarte, y te domina. No eres siervo de Cedric el sajón, pero si lo eres de tus propios apetitos animales y de ese maldito vaso de alcohol. ¿Y te jactas de tu libertad? Eres un perfecto mentecato. — La idea de que la libertad de un hombre consiste en emitir su voto en una casilla electoral, diciendo: 'Aquí me tenéis; ahora me corresponde la veintemilésima parte de un orador en nuestro charlatorio nacional, ¿no me serán propicios, en vista de ello, todos los dioses?', esta idea es una de las más cómicas del mundo. Especialmente, la libertad que se compra mediante el aislamiento social y que separa a cada hombre de los demás, sin que tenga más negocios con él que los que se hacen mediante pago al contado, esta libertad tan extraña y peregrina acabará revelándose para los millones de hombres como la libertad de morirse de hambre, y para los miles y los unos ociosos y holgazanes como la libertad de *holgar*. Hermanos, al cabo de varios siglos de gobierno constitucional, sabemos muy poco de lo que es libertad y lo que es esclavitud. Pero la democracia seguirá su curso libremente, los millones de hombres que trabajan, llevados de su necesidad de vivir y de su anhelo instintivo y pasional de trabajar bajo una dirección, rechazarán la dirección equivocada y se dejarán llevar por un momento de la esperanza de que pueden vivir sin dirección ninguna; pero solamente por un momento. Podéis rechazar la opresión de vuestros falsos superiores; no os censuro, sino que me limito a lamentarlo y a amonestaros; pero, una vez que lo hayáis hecho, el gran problema seguirá en pie, sin resolver; el problema de encontrar a los verdaderos superiores que os dirijan."

"'La dirección que hasta ahora llevan las cosas es bien lamentable'. En el comité recientemente nombrado por el parlamento para investigar la corrupción, las mentes prácticas de mejor sentido parecían opinar que la corrupción era inevitable y que debíamos arreglárnoslas, bien o mal, sin elecciones efectivas. — ¿Qué leyes pueden salir de un parlamento que se proclama electo y elegible por medio del soborno? La corrupción no entraña solamente venalidad, sino que implica también deshonra, engaño descarado, insensibilidad embotada ante la mentira y los mentirosos. Sed honrados y abrid en Downing-Street una oficina electoral con tarifas acordes con el volumen de las ciudades: tal o cual población paga tanto impuesto sobre la renta, la propiedad urbana vale en ella tanto o cuanto, elige dos diputados o uno, o los que sean, cotizados en tal o cual cantidad de dinero contante; Ipswich tantos miles de libras, Nottingham tantos. Ese sería un sistema franco y honrado de compra, sin mentiras, sin fraudes, sin descaro. Nuestro parlamento se declara electo y elegible por medio de la corrupción. ¿Qué puede hacer semejante parlamento? Si Belial o Belzebú no gobiernan este universo, un parlamento así preparará las nuevas leyes de reforma. Antes que resignarnos a esto, preferimos el cartismo o cualquier otro sistema, el que sea. Un parlamento que se abre con una mentira en los labios, tendrá que ponerse él mismo a un lado. Todos los días y a todas horas se levantará cualquier cartista o cualquier Cromwell armado para increpar a semejante parlamento: 'No sois tal parlamento. En nombre del Sumo Hacedor, ¡fuera de aquí!'."

Tal es la situación de Inglaterra, según Carlyle. Una aristocracia terrateniente ociosa que "ni siquiera ha aprendido a estarse sentada tranquilamente sin causar, por lo menos, ningún daño"; una aristocracia laboriosa hundida en el mamonismo que debiera ser una asamblea de dirigentes del trabajo, de "capitales de industria", pero que no es más que un montón de bucaneros y piratas industriales; un parlamento elegido por la corrupción; una filosofía de vida puramente contemplativa, de pasividad, de *laissez faire*; una religión desgastada y hecha pedazos; una total disolución de todos los intereses humanos; una desesperación universal con respecto a la verdad y a la humanidad y, como consecuencia de ello, un aislamiento universal de los hombres en su "tosca individualidad", un embrollo caótico y salvaje de todas las relaciones de vida, una guerra de todos contra todos, una muerte general del espíritu, una carencia de 'alma', es decir, de conciencia auténticamente humana: una clase obrera obligada a trabajar desmedidamente, en medio de una opresión y una miseria insoportables, brutalmente descontenta y en rebeldía contra el viejo orden social. Y, como consecuencia de todo ello, una democracia amenazadora y que avanza incontenible; por todas partes el caos, el desorden, la anarquía, la disolución de los viejos vínculos de la sociedad; por todas partes vaciedad espiritual, ausencia de pensamientos, embotamiento. Tal es la situación en que se halla Inglaterra. Y, en este sentido, descontando algunas expresiones que responden al propio y particular punto de vista de Carlyle, no cabe duda de que tiene razón. Carlyle es el único representante de la clase "respetable" que ha sabido, por lo menos, mantener los ojos abiertos a los hechos y que ha sabido, por lo menos, enjuiciar certeramente el porvenir inmediato, todo lo cual es, verdaderamente, mucho, muchísimo, para un inglés "culto".

Pero, ¿qué traerá el futuro? Tal como están las cosas, no pueden seguir, ni seguirán así. Como hemos visto, Carlyle —él mismo lo dice— no dispone de ningún remedio mágico, de ninguna panacea universal para curar los males sociales. También en esto tiene razón. Toda filosofía social que se limite a formular un par de tesis como resultado final, que ofrezca panaceas universales o píldoras mágicas, es una filosofía muy imperfecta. Lo que necesitamos de modo apremiante no son los resultados escuetos, sino que es el *estudio*; los resultados no son nada sin el desarrollo que a ellos conduce, cosa que sabemos ya desde Hegel, y son todavía peores que inútiles si se plasman y estancan, si no sirven de nuevas premisas para el desarrollo ulterior. Pero los resultados tienen, además, que revestir temporalmente determinada forma, no tienen más remedio que salir, a través del desarrollo, de su vaguedad y formularse como pensamientos claros, lo que, en una nación tan puramente empírica como la inglesa, quiere decir que no puede evitarse la forma de los "remedios mágicos". Y no cabe duda de que el propio Carlyle, a pesar de haber tomado tanto de los alemanes y de mantenerse bastante alejado del craso empirismo, tendría a mano unos cuantos remedios, si se expresara de un modo un poco menos vago y oscuro acerca del futuro.

Por el momento, declara que todo será inútil y estéril mientras la humanidad se aferre al ateísmo, mientras no haya recobrado su "alma". No porque crea que debe restaurarse el viejo catolicismo en toda su energía y vitalidad, ni siquiera mantenerse en pie la religión actual; Carlyle sabe de sobra que los ritos, los dogmas, las letanías y los rayos del Sinaí de nada servirán, que todos los rayos del Sinaí no nos acercarán a la verdad ni asustarán a ningún hombre racional, que hace ya mucho tiempo que estamos más allá de la religión del miedo; pero sí dice que la religión misma debe ser restaurada y que vemos a dónde nos han llevado "dos siglos de gobierno ateo", desde la "bendita" restauración de Carlos II y que debemos ir reconociendo cómo este ateísmo comienza a desgastarse y a caducar. Hemos visto a qué llama ateísmo Carlyle: no tanto a no creer en un Dios personal como a no creer en la esencia interior, en la infinitud del universo, a no creer en la razón, a desesperar del espíritu y de la verdad; contra lo que él lucha no es contra la falta de fe en la revelación de la Biblia, sino contra "el más espantoso descreimiento, que es la falta de fe en la Biblia de la historia universal". Este es realmente el Libro de Dios, en el que todo hombre en quien no hayan muerto el alma y la luz de los ojos puede ver, escribiendo, el dedo de Dios. El burlarse de ella es una impiedad mayor que ninguna otra, una impiedad que será castigada, no con el fuego y la hoguera de la Inquisición, sino con la más categórica orden de guardar silencio mientras no se tenga algo mejor que decir. ¿Para qué romper el venturoso silencio con ruido de voces, si no se sabe gritar más que esos dislates? Si el pasado no lleva dentro una razón divina, sino solamente una sinrazón demoníaca, estará condenado a perecer eternamente y no hay para qué hablar de él; no debemos hablar de la soga nosotros, si todos nuestros padres han muerto ahorcados. "Y la moderna Inglaterra no puede creer en la historia." De todas las cosas, el ojo sólo ve aquello que puede ver con arreglo a su inherente capacidad. Un siglo impío no puede comprender una época pletórica de Dios. Sólo verá en el pasado (en la Edad Media) vacuas discordias, el imperio general de la fuerza bruta y no verá que, a la postre, coinciden el derecho y el poder; no verá la estupidez y la bestial sinrazón, más aptas para Bedlam,[e] que para el mundo de los hombres. De donde se sigue necesariamente que las mismas cualidades tienen que prevalecer en nuestra época. Millones de hombres condenados a vegetar en bastillas del trabajo; viudas irlandesas obligadas a atestiguar su humanidad mediante el tifus; ¿ha sido la historia algo más que el testimonio de la irremediable estupidez por medio del triunfo de la charlatanería? El pasado no ha conocido más dios que el mecanismo y los ídolos caótico-bestiales; ¿cómo el pobre "historiador filosófico", que ve a su propio siglo tan huérfano de Dios, puede "ver a Dios en el pasado"?

Sin embargo no puede decirse que nuestra época esté tan dejada de la mano de Dios.

[e] Manicomio de Londres.

"En nuestra misma pobre y postrada Europa y en los tiempos en que vivimos, se han alzado voces religiosas, hablando de una religión nueva y que, sin embargo, es la más antigua de todas, religión totalmente indisputable para todos los corazones de los hombres. Yo conozco a algunos, que no se llaman ni se creen 'profetas', ni mucho menos, pero que son, en verdad, una vez más, melodiosas voces salidas del eterno corazón de la naturaleza, almas de veras venerables para cuantos tienen un alma. Una revolución francesa es un fenómeno; como complemento y exponente espiritual de ella son otro fenómeno, para mí, el poeta Goethe y la literatura alemana. Si un día, por así decirlo, perece entre las llamas el viejo mundo secular o práctico, ¿no tenemos aquí la profecía y la aurora de un nuevo mundo espiritual, engendrador de nuevos mundos prácticos, mucho más nobles y más vastos? De nuevo se ha hecho posible y *visible* para el más moderno de los hombres una vida de devoción antigua, de antiguo amor por la verdad y de antiguo heroísmo. ¡Un fenómeno, pese a toda su quietud, cuya grandeza no podría ser comparable a la de ningún otro! Ahí tenemos los acordes de una nueva melodía de las esferas que se escuchará de nuevo entre toda la jerga infinita y todas las disonancias de eso que se llama literatura."

## Goethe, profeta de la "religión del futuro", y su culto del trabajo.

"Porque existe una perenne nobleza y hasta diríamos que santidad en el trabajo. Y aunque fuese proscrito y se olvidara de su alta misión, siempre existiría la esperanza para el hombre que trabaja de verdad y seriamente; sólo en la holganza reside la eterna desesperación. El trabajo, aunque mamonizado y humillado, sigue siendo el lazo que une al hombre con la naturaleza; el anhelo propulsor de ver realizado su trabajo conducirá al hombre cada vez más a la verdad y a los preceptos y las leyes de la naturaleza. — El trabajo encierra un significado infinito; el hombre se realiza y perfecciona a través de él. Desaparecen las tierras pútridas y pantanosas, sustituidas por bellos campos de trigo y espléndidas ciudades y, sobre todo y por encima de todo, el hombre mismo deja de ser un pútrido pantano y un estercolero. Fijáos en cómo hasta en los tipos más viles de trabajo se ve toda el alma del hombre traspuesta a una cierta armonía, al entregarse a él. La duda, la preocupación, la indignación, el remordimiento, la misma desesperación, todos estos sentimientos asaltan como los perros del infierno el alma del pobre jornalero, al igual que a cualquier otra, pero tan pronto como pone resueltamente la mano en el cumplimiento de su tarea diaria, retroceden, ladrando, hacia sus lejanas cuevas. El hombre es ahora un hombre. El santo ardor del trabajo que palpita en él es como un fuego purificador en el que se quema todo veneno y hasta el apestoso humo se torna en una llama luminosa y bendita. — Bienaventurado aquel que ha encontrado su trabajo; no debe apetecer ninguna otra bendición. Ya tiene un trabajo, ya su vida tiene un fin; ya lo ha encontrado, ya lo persigue, y su vida discurre como un canal que fluye libremente, cavado por una fuerza noble en la tierra pantanosa de la existencia, como un río cada vez más profundo que conduce las aguas estancadas y apestosas hasta las feraces y rientes praderas. El trabajo es la vida; lo único que en el fondo sabemos es aquello que aprendemos trabajando; lo demás es mera hipótesis, materia para disputar entre las nubes de la especulación, debatiéndonos entre los interminables embates de la lógica, hasta que lo ensayamos y lo ponemos en práctica. Las dudas, cualesquiera que ellas sean, sólo pueden disiparse mediante la actividad. — Maravillosamente bella era la divisa

de los antiguos monjes: *laborare est orare*, el trabajo es la oración. Más viejo que cualquier otro evangelio predicado era este evangelio eterno, impredicado, inexpresado, pero inextinguible; trabaja y encuentra satisfacción en el trabajo. ¡Oh, hombre!, ¿acaso no mora en lo más recóndito de tu corazón un espíritu de ordenación activa, una fuerza laboriosa, ardiente como una llama dolorosa que no te deja reposar hasta que la despliegas, hasta que la traduces en actos, en torno tuyo? Todo lo que yace en el desorden, todo lo que es un páramo, sientes el anhelo de ordenarlo, de regularlo, de hacerlo germinar, hundir en ello el arado, de hacer que te obedezca y rinda frutos. Allí donde encuentras desorden, allí está tu eterno enemigo; ¡échale mano al cuello rápidamente, sojúzgalo sin pérdida de momento, arráncalo al imperio del caos, ponlo bajo tu dominio, bajo la férula de la inteligencia y la divinidad! Y, sobre todo, donde quiera que descubras la ignorancia, la estupidez, la animalidad, atácalas, golpea sobre ellas, juiciosa, pero incansablemente, no des paz a la mano mientras tú vivas y ellas vivan, golpea, te digo, en nombre de Dios, golpea! Debes actuar mientras sea de día; vendrá luego la noche y nadie podrá ya trabajar. — Todo verdadero trabajo es sagrado; sudor de nuestro rostro, sudor de la frente y del corazón, incluyendo los cálculos de Kepler y las meditaciones de Newton; todas las ciencias, todos los poemas heroicos, todo el heroísmo y el martirio, hasta aquella 'lucha mortal del sangriento sudor' que todos los hombres han llamado divina. Si esto no es culto, ya pueden irse al diablo todos los cultos. ¿Quién eres tú, que te quejas del amargo trabajo de tu vida? No te quejes, el cielo es severo contigo, pero no inclemente; es para tí una noble madre, como aquellas madres espartanas que entregaban a sus hijos el escudo y le decían: ¡Con él o sobre él! No te quejes; tampoco se quejaban los espartanos. — Hay en el mundo un monstruo: es el holgazán. ¿Qué religión es la suya sino la que ve en la naturaleza un fantasma, en Dios una mentira y otra mentira en el hombre y en su vida?"

Pero también el trabajo se ha visto arrastrado al salvaje torbellino del desorden y del caos, el principio puro y esclarecedor del desarrollo ha caído en el embrollo, en el extravío y en las tinieblas. Esto nos lleva al verdadero problema cardinal, que es el futuro del trabajo.

"¿Qué trabajo será el que nuestros amigos del continente, después de tanto tiempo de absurdos tanteos, llaman la 'organización del trabajo'? Hay que arrancarlo de manos de absurdos charlatanes y entregarlo a hombres virtuosos, prudentes y laboriosos e iniciarlo, desarrollarlo y realizarlo rápidamente, si es que Europa, o por lo menos Inglaterra, ha de seguir siendo por mucho tiempo una tierra habitable. Cierto es que nuestras esperanzas se ven un poco alicaídas cuando miramos a nuestros excelentísimos duques de las leyes sobre el trigo o a nuestros duques espirituales y pastores de almas percibiendo 'un mínimum de cuatro mil quinientas libras al año'. Pero, ¡valor! En Inglaterra quedan todavía muchos hombres valientes. Tú, indomeñable lord fabril, ¿no abrigas todavía alguna esperanza? Hasta ahora, no has sido más que un bucanero; pero debajo de esa severa mirada y dentro de ese invencible corazón capaz de dar la batalla del algodón, ¿no se esconden tal vez otras victorias, diez veces más nobles? Mirad en torno vuestro y veréis que en vuestros ejércitos universales todos se hallan amotinados, todo es caos y abandono, en vísperas del día en que habrán de perecer en llamas, en vísperas de la locura. No quieren seguir obedeciendo al principio de seis peniques por día y de la oferta y la demanda; no

quieren, y tienen toda la razón. Estáis casi al borde de la locura; procurad ser más cuerdos. Estas gentes no seguirán marchando ya como una turba embrollada y revuelta, sino como una masa cerrada y en orden, con verdaderos jefes a la cabeza. Al llegar a una determinada fase de su desarrollo, todos los intereses humanos, todas las empresas del hombre necesitan organizarse, y ahora reclama organización el más grande de todos los intereses humanos, que es el trabajo."

Para llevar a cabo esta organización, para imponer una verdadera dirección en vez de una dirección falsa, Carlyle reclama una "verdadera aristocracia", el "culto al héroe", y plantea como el segundo gran problema el de descubrir los ἄριστοι,[f] los mejores, cuya dirección se encargará de "combinar la inevitable democracia con la necesaria soberanía".

Los pasajes transcritos permiten comprender con bastante claridad el punto de vista de Carlyle. Su concepción es esencialmente panteísta y se halla muy influida por el pensamiento alemán. Los ingleses no profesan el panteísmo, sino simplemente el escepticismo, el resultado de toda la filosofía inglesa es el desesperar de la razón, la confesada incapacidad para resolver las contradicciones en las que se cae siempre en última instancia y, como consecuencia de ello, de una parte, la recaída en la fe y, de la otra, la entrega a la práctica escueta, sin preocuparse ya para nada de la metafísica, etc. Por eso Carlyle, con su panteísmo tomado de la literatura alemana, es también un "fenómeno" en Inglaterra, un fenómeno bastante incomprensible para los ingleses prácticos y escépticos. Las gentes se le quedan mirando fijamente y hablan de "misticismo alemán" y de un inglés contorsionado; otros afirman que detrás de su prosa hay, indudablemente, algo; que su inglés, aunque no usual, es sin duda muy bello, que se trata de un profeta, y por ahí adelante, sin que nadie sepa a ciencia cierta qué pensar.

Para nosotros, alemanes, que conocemos las premisas de que parte el punto de vista de Carlyle, la cosa es bastante clara. Restos de romanticismo *tory* e ideas humanas tomadas de Goethe, de una parte; de otra, la Inglaterra escéptico-empírica: basta con estos dos factores para explicarse a Carlyle y toda su concepción del universo. Como todos los panteístas, Carlyle no acierta a sobreponerse todavía a la contradicción y el dualismo resulta en él mucho peor porque, conociendo la literatura alemana, ignora su complemento necesario, que es la filosofía alemana, y todas sus ideas, y además de un modo inmediato intuitivo, tienen más de Schelling que de Hegel. Carlyle tiene gran cantidad de puntos de contacto con Schelling, con el viejo Schelling, y no con el Schelling de la revelación; y con Strauss, cuya concepción del mundo es también panteísta, coincide en el "culto al héroe" o en el "culto al genio".

En estos últimos tiempos, se ha llevado tan a fondo, en Alemania, la crítica del panteísmo, que ya queda poco por decir. En las tesis de Feuerbach publicadas en las *Anekdota*[112] y en las obras de Bruno Bauer se encontrará todo lo hay que decir acerca de este punto. Podremos,

[f] Aristoi, los mejores, en griego.

pues, limitarnos simplemente a extraer las consecuencia del punto de vista de Carlyle y a demostrar que, en el fondo, sólo representa una etapa previa hacia el punto de vista de nuestra revista.

Carlyle se queja de la vacuidad y la oquedad de nuestro tiempo, de la putrefacción interior de todas las instituciones sociales. La queja es justa; pero con simples quejas no se resuelve nada; para remediar el mal, hay que indagar sus causas; si Carlyle lo hubiese hecho, se habría dado cuenta de que esta dispersión y oquedad, esta "carencia" de alma, esta irreligión y este "ateísmo" tienen su fundamento en la religión misma. La religión, por su esencia, vacía al hombre y a la naturaleza de todo contenido, para transferir este contenido al fantasma de un Dios ultraterrenal, que luego, graciosamente, hace recaer de nuevo sobre el hombre y la naturaleza algo de lo que le rebosa. Mientras se mantenga vigorosa y viva esta fe en el fantasma del más allá, el hombre obtendrá por este rodeo, al menos, algo de contenido. La vigorosa fe de la Edad Media infundía de este modo a toda la época una poderosa energía, pero una energía que no venía de fuera, sino que se hallaba ya contenida en la naturaleza humana, aunque fuese de un modo todavía inconciente y potencial. La fe fue debilitándose cada vez más, la religión se desgajó ante los avances de la cultura, pero todavía el hombre no se daba cuenta de que aquello que adoraba y deificaba como una fuerza extraña era su propia esencia. En este estado inconciente, y al propio tiempo carente de fe, no puede el hombre tener contenido propio alguno y se ve llevado *necesariamente* a desesperar de la verdad, de la razón y de la naturaleza, y esta oquedad y vaciedad, este desesperar de los hechos eternos del universo durará hasta que la humanidad comprenda que la esencia que ha venido adorando como Dios es su propia esencia, hasta ahora desconocida, hasta que... pero no hace falta que copiemos a Feuerbach.

La vaciedad ha existido durante mucho tiempo, porque la religión es el acto que deja vacío al hombre, ¿y os maravilláis de que ahora, al palidecer la púrpura que la cubría y al esfumarse el halo que la rodeaba, se manifieste para espanto vuestro a la luz del día?

Carlyle acusa, además, a nuestra época —lo cual no es más que el corolario directo de lo que antecede—, de mentira e hipocresía. Es natural, pues la vacuidad y la falta de nervio tienen que encubrirse y mantenerse en pie por medio de alambres y serrín, envueltos en pomposos ropajes. También nosotros acusamos de hipocresía al actual estado cristiano del mundo; la lucha contra él, nuestra liberación y la liberación del mundo frente a él constituye, en el fondo, nuestra única tarea, pero como hemos llegado al conocimiento de esta hipocresía a través del desarrollo de la filosofía y libramos la lucha científicamente, la esencia de esta hipocresía no es para nosotros tan extraña e incomprensible como evidentemente sigue siendo todavía para Carlyle. Y esta hipocresía la achacamos también a la religión, cuya primera palabra es ya una mentira, ¿o acaso no comienza la religión por enseñarnos algo humano y asegurarnos que se trata de una esencia sobrehumana, divina? Pero, como nosotros sabemos que toda esta mentira y esta inmoralidad vienen de la

religión y que la hipocresía religiosa, la teología, es el prototipo de todas las demás mentiras e hipocresías, nos hallamos autorizados a extender el nombre de teología a todas las mentiras e hipocresía de nuestro tiempo, como por primera vez lo han hecho, en efecto, Feuerbach y Bruno Bauer. Carlyle no tiene más que leer sus obras si quiere saber de dónde proviene la inmoralidad que apesta todas nuestras relaciones.

Hay que fundar, se nos dice, o debe esperársela, una nueva religión, un culto panteísta de los héroes, el culto del trabajo. Imposible. Todas las posibilidades de la religión se hallan ya agotadas. Después del cristianismo, después de la religión absoluta, es decir, abstracta, después de la "religión en cuanto tal" no puede surgir ya ninguna otra forma de religión.

El propio Carlyle comprende que el cristianismo católico, el protestante o cualquier otro tipo de cristianismo marcha inconteniblemente hacia su ruina; y si percibiese la naturaleza del cristianismo, se daría cuenta de que después de él ya no es posible ninguna religión. Tampoco el panteísmo. El panteísmo es una consecuencia del cristianismo que no puede separarse de su premisa, por lo menos el panteísmo moderno, el de Spinoza, Schelling, Hegel y también el de Carlyle. Y de nuevo es Feuerbach quien me releva del trabajo de demostrar esta afirmación.

Como hemos dicho, también nosotros ponemos empeño en combatir la falta de fundamento, la vaciedad interior, la muerte espiritual, la falta de verdad de nuestra época; contra todo esto libramos una batalla a vida o muerte, lo mismo que Carlyle, pero con mayores probabilidades de éxito que él, pues sabemos lo que queremos. Queremos acabar con el ateísmo, tal como Carlyle lo define, devolviendo al hombre el contenido que lo ha hecho perder la religión; no como un contenido divino, sino como un contenido humano, y esta reintegración se limita pura y simplemente a despertar en el hombre la conciencia de sí mismo. Queremos quitar de en medio todo lo que se proclama como sobrenatural y sobrehumano, acabando de este modo con la mentira, pues la pretensión de lo humano y lo natural a pasar por sobrenatural y sobrehumano constituye la raíz de toda mentira y de todo fraude. Por eso precisamente hemos declarado la guerra de una vez por todas a la religión y a las ideas religiosas, sin preocuparnos para nada de que nos llamen ateos o nos motejen de otro modo. Ahora bien, si la definición panteísta que Carlyle da del ateísmo fuese exacta, los verdaderos ateos no seríamos nosotros, sino que lo serían nuestros adversarios cristianos. A nosotros no se nos ocurre atacar a los "hechos interiores eternos del universo"; lejos de ello, los hemos establecido por vez primera, demostrando su eternidad y garantizándolos frente a la omnipotente arbitrariedad de un Dios contradictorio consigo mismo. A nosotros no se nos ocurre declarar que "el mundo, el hombre y su vida son una mentira"; son, por el contrario, nuestros adversarios cristianos quienes cometen esta inmoralidad cuando hacen depender el mundo y el hombre de la gracia de un Dios que, en realidad, sólo nace mediante el reflejo del hombre en la

tosca *hyle*[g] de su propia conciencia no desarrollada. A nosotros no se nos ocurre poner en duda o despreciar "la revelación de la historia", pues la historia es para nosotros el uno y el todo y la colocamos por encima de cualquier otra dirección filosófica anterior, más alta todavía que Hegel, para quien la historia no es, en fin de cuentas, más que la comprobación de sus ejemplos de cálculo lógico.

Los que se burlan de la historia, los que no respetan el desarrollo de la humanidad, están del otro lado; son, una vez más, los cristianos los que, estatuyendo como algo aparte una "historia del reino de Dios", niegan a la verdadera historia toda esencia interior, reivindicando esta esencia exclusivamente para su historia ultraterrenal, abstracta y, además, inventada y que hacen alcanzar a la historia una meta imaginaria mediante la consumación del género humano en Cristo, interrumpiéndola en medio de su curso, lo que, consecuentes con su concepción, les obliga a considerar los dieciocho siglos siguientes como un bestial extravío y una absoluta vaciedad. *Nosotros* reivindicamos el contenido de la historia, pero no vemos en ésta la revelación de "Dios", sino la del hombre y solamente la de él. Para ver y comprender la grandeza de la esencia humana, el desarrollo de la especie a través de la historia y su progreso incontenible, su superación de todo lo aparentemente sobrehumano, su dura, pero victoriosa lucha contra la naturaleza hasta la conquista definitiva de la libre conciencia humana de sí mismo, de la convicción acerca de la unidad del hombre con la naturaleza y de la libre y soberana creación de un nuevo mundo basado en relaciones de vida morales y puramente humanas; para comprender en su grandeza todo esto, no necesitamos recurrir a la abstracción de un "Dios" y atribuirle todo lo bello, lo grande, lo sublime y lo verdaderamente humano; no necesitamos de este rodeo, no necesitamos estampar sobre lo verdaderamente humano el sello de lo "divino", para estar seguros de su grandeza y magnificencia. Por el contrario, cuanto más "divino", es decir, cuanto menos humano es algo, menos podemos admirarlo. Sólo el origen *humano* del contenido de todas las religiones las hace, en ocasiones, acreedoras al respeto; sólo la conciencia de que incluso la mayor de las supersticiones encierra en el fondo, a pesar de todo, las normas eternas de la esencia humana, aunque sea bajo una forma deformada y caricaturesca, salva a la historia de la religión, sobre todo a la de la Edad Media, de la total reprobación y del *eterno* olvido, que en otro caso sería, desde luego, la suerte que correrían estas historias "piadosas". Cuanto más "piadosas", menos humanas, más animales, y la "piadosa" Edad Media produjo, evidentemente la coronación de la bestialidad humana, la servidumbre de la gleba, el *jus primae noctis*,[h] etc.

La impiedad de nuestra época, de que tanto se queja Carlyle, reside precisamente en el hecho de que esta época esté llena de Dios. Y así se comprende por qué más arriba indicaba yo que la solución del enigma de la esfinge es el hombre. Hasta aquí, el problema ha sido siempre éste: ¿qué es Dios? Y la filosofía alemana ha resuelto este problema

[g] Materia. [h] Derecho de pernada.

contestando: Dios es el hombre. El hombre sólo tiene que conocerse a sí mismo, medir por sí mismo todas las relaciones de la vida, enjuiciarlas con arreglo a su esencia, organizar el mundo de un modo verdaderamente humano conforme a los postulados de su naturaleza, y habrá resuelto el enigma de nuestro tiempo. La verdad no hay que buscarla en el más allá, en regiones situadas al margen de la existencia, fuera del tiempo y del espacio, en un "Dios" inmanente dentro del mundo o contrapuesto a él, sino mucho más cerca, en el propio pecho del hombre.

La verdadera esencia del hombre es mucho más hermosa y más sublime que la esencia imaginaria de todos los "dioses" posibles, los cuales no son, en rigor, más que el reflejo más o menos oscuro y deformado del hombre mismo. Así, pues, cuando Carlyle dice, siguiendo a Ben Jonson, que el hombre ha perdido su alma y que comienza ahora a echarla de menos, debería decir, expresando acertadamente lo que piensa, que el hombre ha perdido en la religión su propia esencia, se ha enajenado su humanidad y se da cuenta ahora de su vaciedad y falta de fundamento, después que la religión ha comenzado a vacilar gracias a los progresos de la historia. Pero no hay para él otra salvación, no puede reconquistar su humanidad y su esencia más que por medio de una concienzuda superación de todas las ideas religiosas y de un resuelto y sincero retorno, no a Dios, sino a sí mismo.

Todo esto está también en Goethe, el "profeta", y quien tenga ojos para ver puede leerlo en él. A Goethe no le gustaba tener que vérselas con "Dios"; esta palabra le causaba desazón; sólo se sentía a gusto en lo humano, y esta humanidad, esta emancipación del arte de las trabas de la religión es precisamente lo que constituye la grandeza de Goethe. En este sentido, ni los antiguos ni Shakespeare pueden parangonarse con él. Pero esta acabada humanidad y esta superación del dualismo religioso sólo pueden ser comprendidas en todo su alcance histórico por quien se halle familiarizado con el otro aspecto del desarrollo nacional de Alemania, que es la filosofía. En la filosofía alemana moderna aparece, en efecto, desarrollado y argumentado lo que Goethe sólo pudo proclamar intuitivamente, de un modo "profético", por así decirlo. En cuanto a Carlyle, parte también de premisas que no pueden por menos de conducir, consecuentemente, al punto de vista más arriba expuesto. El panteísmo es de por sí simplemente la última etapa previa hacia la concepción libre y humana del mundo. La historia, que Carlyle presenta como la verdadera "revelación", sólo contiene, en realidad, elementos puramente humanos, y únicamente por medio de un golpe de fuerza podemos sustraer su contenido a la humanidad para abonárselo en cuenta a un "Dios". El trabajo, la libre actividad, que Carlyle hace también objeto de un "culto", no es tampoco más que una actividad puramente humana, que sólo de un modo violento puede relacionarse con "Dios". Y no vemos para qué hace falta deslizar constantemente en primer plano una palabra que, en el *mejor* de los casos, sólo expresa la infinitud de lo indeterminable y mantiene en pie, además, la apariencia del dua-

lismo. Una palabra que es de por sí la declaración de la nulidad de la naturaleza y del hombre.

Esto, en lo que se refiere al lado interior, religioso, del punto de vista de Carlyle. A esto se enlaza directamente el enjuiciamiento del lado externo, político-social; Carlyle conserva todavía bastante religión para permanecer en un estado de falta de libertad; el panteísmo reconoce siempre algo que está por encima del hombre en cuanto tal. De ahí su anhelo de una "verdadera aristocracia", de "héroes", como si éstos pudieran, en el mejor de los casos, ser algo más que *hombres*. Si hubiese comprendido al hombre como tal hombre en toda su infinitud, no habría dado en la idea de dividir de nuevo a la humanidad en dos categorías, ovejas y pastores, gobernantes y gobernados, aristócratas y canallas, señores y pazguatos, sino que habría descubierto la verdadera posición social del talento, no en el gobierno por medio de la violencia, sino en el estímulo y en el hecho de ponerse al frente de los demás. El talento debe convencer a la masa de la verdad de sus ideas y, haciéndolo así, ya no tendrá por qué quejarse de la ejecución que esas ideas reciban, ya que las ideas se realizarán por sí mismas. La humanidad no pasa por la democracia, realmente, para acabar llegando al punto mismo de donde arrancó.

Por lo demás, lo que Carlyle dice acerca de la democracia no deja mucho que desear, si dejamos a un lado lo que acabamos de señalar, o sea la falta de claridad acerca de la meta, del fin de la moderna democracia. La democracia sólo es, ciertamente, un punto de tránsito, pero no hacia una nueva y mejorada aristocracia, sino hacia una libertad humana real; del mismo modo que la irreligiosidad de nuestro tiempo deberá conducir, en definitiva, a la plena emancipación de todo lo religioso, lo sobrehumano y lo sobrenatural, y no a su restauración.

Carlyle se da cuenta de la insuficiencia de la "competencia y la demanda", "la oferta y el mamonismo", etc., y dista mucho de sostener la absoluta legitimidad de la propiedad sobre la tierra. Pues bien, ¿por qué no sacar de todas estas premisas la conclusión tan sencilla que en ellas se encierra y rechazar la propiedad, en general? ¿Cómo se quiere acabar con la "competencia", "la oferta y la demanda", el mamonismo, etc., dejando en pie lo que es la raíz de todo eso, la propiedad privada? La "organización del trabajo" no puede hacer nada en este sentido; no puede llevarse a cabo en absoluto si no media una cierta identidad de intereses. ¿Por qué no proceder consecuentemente, proclamar la identidad de intereses, el único estado de cosas auténticamente humano y poner fin con ello a todas las dificultades, a toda vaguedad y falta de claridad?

En todas sus rapsodias, Carlyle no dice ni una palabra de los socialistas ingleses. Y claro está que no podrá sentirse especialmente atraído por sus aspiraciones, mientras se mantenga en su punto de vista actual, que, aun representando un avance extraordinario con respecto a lo que piensa la inmensa mayoría de las gentes cultas de Inglaterra, se mueve todavía en el plano de lo teórico-abstracto. Los socialistas ingleses son

gentes puramente prácticas y proponen, por tanto, medidas, la colonización interior,[113] etc., bajo una forma que tiene algo, ciertamente, de las panaceas universales; la filosofía de los socialistas ingleses es auténticamente inglesa, escéptica, lo que quiere decir que no se confían en la teoría y se atienen para la práctica al materialismo, sobre el que descansa todo su sistema social. Todo esto no dirá gran cosa a Carlyle, pero hay que reconocer que éste es tan unilateral como ellos. Tanto uno como otros han superado la contradicción solamente *dentro* de la contradicción misma; los socialistas dentro de la práctica, Carlyle dentro de la teoría, y aun aquí tan sólo de un modo inmediato, mientras que los socialistas se remontan resueltamente y a través del pensamiento por encima de la contradicción práctica. Y es que los socialistas siguen siendo ingleses, cuando debieran ser simplemente hombres; lo único que conocen de la trayectoria filosófica del continente es el materialismo, pero no la filosofía alemana: ese es su defecto, y trabajan directamente por colmar esta laguna al laborar por la eliminación de las diferencias nacionales. Pero no debemos precipitarnos demasiado y tratar de imponerle a la fuerza la filosofía alemana, a la que ellos llegarán por sí mismos y que ahora no les serviría de gran cosa. Lo que sí podemos afirmar es que son el único partido de Inglaterra que tiene un futuro, por muy débiles que relativamente pueden parecer hoy. La democracia, el cartismo, no tardará en imponerse y, cuando ese día llegue, la masa de los obreros ingleses sólo podrá optar entre dos caminos: la muerte por hambre o el socialismo.

El desconocimiento de la filosofía alemana no es tan indiferente, en cambio, para Carlyle y su punto de vista. Carlyle es, en realidad, un teórico alemán y, sin embargo, su nacionalidad inglesa le marca el camino del empirismo; se halla en medio de una clamorosa contradicción, la cual sólo puede resolverse de un modo: desarrollando el punto de vista teórico-alemán hasta su última consecuencia, hasta su total reconciliación con el empirismo. Carlyle sólo necesita dar *un* paso, pero un paso que toda la experiencia alemana ha demostrado que es difícil, para sobreponerse a la contradicción en la que se mueve. Hay que desear que lo dé, pues aunque ya no es joven le hará mucho bien, teniendo en cuenta que el progreso que representa su último libro demuestra una cosa, y es que no ha caído todavía en el estancamiento.[114]

Por todo lo expuesto, el libro de Carlyle merecería ser traducido al alemán, lo merecería diez mil veces más que todas esas legiones de novelas inglesas que Alemania importa todos los días y a todas horas, y me permito aconsejar vivamente esta traducción. Pero, ¡cuidado!, nuestros traductores jornaleros no deben meter las narices aquí. Carlyle escribe un inglés muy suyo, y si el traductor no domina este idioma y es incapaz de captar las alusiones que se hacen a las condiciones de Inglaterra, incurrirá en los más ridículos fiascos.

Después de esta introducción algo general, entraré en los próximos números de esta revista a examinar más de cerca la situación de Inglaterra y lo que es su meollo, las condiciones de vida de la clase obrera. La

situación de Inglaterra encierra la más incalculable significación para la historia y para todos los demás países, pues desde el punto de vista social no cabe duda de que Inglaterra marcha muy a la cabeza de todos ellos.

F. ENGELS

# LA SITUACIÓN EN INGLATERRA[115]

## I

### *El siglo XVIII*

[*Vorwärts!*, núm. 70,
31 de agosto de 1844]

En apariencia, el siglo de la revolución ha pasado de largo por Inglaterra, sin producir grandes cambios en este país. Mientras en el continente se derrumbaba todo el viejo mundo y una guerra mantenida a lo largo de veinticinco años purificaba la atmósfera de Europa, en Inglaterra todo seguía tranquilo y no se sentían amenazados ni el Estado ni la Iglesia. Y, sin embargo, desde mediados del siglo pasado Inglaterra ha sufrido una conmoción más grande que ningún otro país, conmoción tanto más fecunda en resultados cuanto más silenciosamente ha discurrido y que, por ello mismo, alcanzará sus metas prácticas, probablemente, antes que la revolución política francesa o la revolución filosófica alemana. La revolución inglesa es una revolución social, lo que quiere decir que tiene mayor amplitud y cala más hondo que cualquier otra. Ningún campo del conocimiento humano y de las relaciones humanas de vida, por alejado que se halle, ha dejado de contribuir a esta revolución, la cual, a su vez, le ha asignado el nuevo lugar que le corresponde. La revolución social es, cabalmente, la verdadera revolución, en la que necesariamente habrán de desembocar la revolución política y la filosófica. Pues bien, esta revolución social está en marcha en Inglaterra desde hace ya setenta u ochenta años y en camino ahora con rápido paso hacia su crisis.

El siglo XVIII fue la aglutinación, la reunión de la humanidad, saliendo de la dispersión y el aislamiento en que la había sumido el cristianismo; fue el penúltimo paso hacia el conocimiento y la liberación de la humanidad por sí misma, paso, sin embargo, que precisamente por ser el penúltimo, se vio atado unilateralmente por la contradicción. El siglo XVIII resumió los resultados de la historia anterior, que hasta entonces sólo se había manifestado aisladamente y bajo una forma fortuita, y desarrolló su necesidad y su trabazón interna. Se ordenaron, clasificaron y agruparon por sus nexos causales los innumerables datos del conocimiento, hasta ahora confundidos y revueltos; el saber se convirtió en ciencia y las ciencias fueron aproximándose a su perfección; es decir, se enlazaron de una parte con la filosofía y de otra parte con la práctica. Hasta el siglo XVIII, no había existido ninguna ciencia propiamente dicha; el conocimiento de la naturaleza cobró forma científica a

partir del siglo XVIII, y en algunas ramas, unos cuantos años antes. Newton creó la astronomía científica gracias a la ley de la gravitación, la óptica científica surgió por medio de la refracción de la luz, la matemática científica nació gracias al principio del binomio y a la teoría del infinito, y la ciencia de la mecánica debió su nacimiento al conocimiento de la naturaleza de las fuerzas. Fue también en el siglo XVIII cuando asumió carácter científico la física; la química fue creada por Black, Lavoisier y Priestley;[116] la geografía se elevó a ciencia al determinarse la forma de la tierra y al emprenderse una serie de viajes, que ahora sí aportaron una indudable utilidad científica. Y otro tanto aconteció con la historia natural, gracias a Buffon y Linneo; y hasta la geología comenzó a salir poco a poco del torbellino de las hipótesis más o menos imaginativas en que se estaba hundiendo.

La idea de la Enciplopedia fue muy característica del siglo XVIII. Obedecía a la conciencia de que todas estas ciencias se hallaban relacionadas entre sí, pero todavía no era capaz de establecer los enlaces necesarios, razón por la cual se limitaba a colocarlas las unas al lado de las otras, en una simple yuxtaposición. Lo mismo ocurre con la historia. Aparecen por vez primera las compilaciones de historia universal en numerosos volúmenes, de las que se hallan aún ausentes la crítica y, sobre todo, la filosofía, pero que son ya, a pesar de todo, obras de historia universal, y no simples fragmentos de historia geográfica y cronológicamente limitados.

La política se erigió sobre fundamentos humanos y la economía política fue reformada por Adam Smith. La cúspide de la ciencia del siglo XVIII fue el materialismo, el primer sistema de filosofía de la naturaleza y el corolario de aquella consumación de las ciencias naturales. La lucha contra la subjetividad abstracta del cristianismo empujó a la filosofía del siglo XVIII hacia el polo de la unilateralidad contraria; a la subjetividad se contrapuso la objetividad, al espíritu la naturaleza, al espiritualismo el materialismo, a lo individual abstracto lo general abstracco, la sustancia. El siglo XVIII fue el renacimiento del espíritu antiguo frente al espíritu cristiano. Renacieron el materialismo y la república, la filosofía y la política del mundo antiguo, y los franceses, representantes del principio antiguo *dentro* del cristianismo, se adueñaron por largo tiempo de la iniciativa histórica.

Por tanto, el siglo XVIII no resolvió la gran contradicción implícita en la historia desde sus comienzos y cuyo desarrollo es la historia misma: la contradicción entre sustancia y sujeto, naturaleza y espíritu, necesidad y libertad; pero sí hizo que se enfrentaran en toda su crudeza y perfectamente desarrollados los dos términos de la antítesis, lo que sentaba la necesidad de su superación. La consecuencia de este claro desarrollo final de la antítesis fue la revolución general, que se distribuyó entre las diversas nacionalidades y cuya inminente consumación será, al mismo tiempo, la superación de la antítesis de toda la historia anterior. Los alemanes, pueblo cristiano-espiritualista, vivieron una revolución filosófica; los franceses, el pueblo antiguo-materialista y, por tanto, político,

tuvieron que llevar a cabo por la vía política la revolución; los ingleses, cuya nacionalidad es una mezcla de elementos alemanes y franceses, que albergan, por consiguiente, los dos términos de la antítesis, siendo por ello mismo más universales que cualquiera de los dos factores por separado, se han visto arrastrados, por tanto, a una revolución más universal, a una revolución social. Todo lo cual requerirá mayores explicaciones, ya que, hasta ahora, apenas ha sido tratada en nuestra filosofía de la historia la posición de las nacionalidades, por lo menos en la época moderna.

Creo que puede darse por sentado que Alemania, Francia e Inglaterra son los tres países dirigentes de la historia contemporánea; y asimismo es evidente o se demostrará a su tiempo que los alemanes representan el principio cristiano-espiritualista, y los franceses el antiguo-materialista o, dicho en otros términos, que los primeros representan la religión y la Iglesia y los segundos la política y el Estado; lo que los ingleses representan en la historia moderna salta menos a la vista, pero es lo que más interesa para nuestros fines actuales. La nación inglesa fue integrada por germanos y romanos en una época en que ambas naciones se separaban la una de la otra y apenas comenzaban a desarrollarse cada una de ellas en torno a uno de los dos términos de la antítesis. Los elementos germánicos y románicos se desarrollaron paralelamente, formando a la postre una nacionalidad que presenta las dos unilateralidades tajantes. El idealismo germánico pudo desarrollarse tan libremente, que incluso se trocó en su reverso, en la exterioridad abstracta; la posibilidad todavía legal de vender a las mujeres y los niños y el espíritu comercial de los ingleses en general deben, indudablemente, imputarse al elemento germánico. También el materialismo románico se trocó, a su vez, en el idealismo abstracto, en la interioridad y religiosidad; de ahí el fenómeno de la persistencia del catolicismo románico *dentro* del protestantismo germánico, la Iglesia de Estado, el papismo de los príncipes y el modo absolutamente católico de despachar la religión con formalidades.

El carácter de la nacionalidad inglesa es la contradicción no resuelta, la mezcla de los más bruscos contrastes. Los ingleses son el pueblo más religioso de la tierra, y al mismo tiempo el más irreligioso; se torturan más que cualquier otra nación del mundo con el más allá y, sin embargo, viven como si la vida terrenal fuese para ellos lo uno y el todo; su perspectiva celestial no les impide en modo alguno creer a pie juntillas en el "infierno de quienes no ganan dinero". De ahí la eterna inquietud interior de los ingleses que es el sentimiento de su incapacidad para resolver la contradicción y que los impulsa por sí mismos a la actividad. El sentimiento de la contradicción es la fuente de la energía, pero de una energía que se limita a exteriorizarse, y este sentimiento de la contradicción fue la fuente de la colonización, de la navegación, de la industria y, en general, de la enorme actividad práctica de los ingleses.

Esta incapacidad para resolver la contradicción discurre a lo largo de toda la filosofía inglesa y la empuja al empirismo y el escepticismo. Por el hecho de que Bacon no acertara a resolver con *su* razón la contradicción de idealismo y realismo, había que considerar a la razón en general

incapaz de hacerlo, rechazar en redondo el idealismo y ver en el empirismo el único medio de salvación. Y de la misma fuente brota la crítica de la capacidad de conocimiento del hombre y la corriente psicológica en la que se ha movido exclusivamente, desde el primer momento, la filosofía inglesa y que, por último, después de todos los intentos fallidos para resolver la contradicción, la da por insoluble, considerando la razón como insuficiente y buscando la tabla de salvación en la fe religiosa o en el empirismo.

El escepticismo de Hume sigue siendo todavía hoy, en Inglaterra, la forma de todo filosofar irreligioso. No podemos saber, razona este modo de concebir, si existe o no un Dios; pero, suponiendo que exista, toda comunicación con él es imposible para nosotros, razón por la cual debemos organizar nuestra práctica como si no existiera. No podemos saber si el espíritu es distinto del cuerpo e inmortal; vivamos, pues, como si esta vida fuese la única nuestra y no nos atormentemos con cosas que están por encima de nuestra inteligencia En una palabra, la práctica de este escepticismo es cabalmente el materialismo francés; pero en la teoría metafísica no se remonta nunca sobre la incapacidad de una decisión definitiva.

Pero, como los ingleses llevan en sí los dos elementos que en el continente han desarrollado la historia, se han mostrado capaces de mantenerse al paso con este movimiento aun sin estar muy en contacto con el continente, e incluso de adelantarse, a veces, a él. La revolución inglesa del siglo XVII fue exactamente el prototipo de la francesa de 1789. En el "Parlamento largo" [a] se distinguen fácilmente las tres fases que en Francia se manifestaron como la Asamblea constituyente, la Asamblea legislativa y la Convención nacional; el paso de la monarquía constitucional a la democracia, al despotismo militar, a la restauración y a la revolución del justo medio se destaca claramente en la revolución inglesa. Cromwell es Robespierre y Napoleón en una sola persona; los presbiterianos, los independientes y los *levellers* [b] corresponden a la Gironda, a la Montaña y a los hebertistas y los babevistas; el resultado político es bastante pobre tanto en uno como en otro caso, y todo el paralelismo, que aún podría llevarse más adelante y más a fondo, demuestra de pasada que la revolución religiosa y la irreligiosa, mientras se mantenga en el terreno de lo político, se reducen ambas, a la postre, *a uno y lo mismo*. Claro está que esta delantera que los ingleses le llevaron al continente no duró mucho tiempo y enseguida se compensó de nuevo; la revolución inglesa acabó en el justo medio y en el agotamiento de ambos partidos, mientras que la francesa aún no ha terminado ni podrá terminar antes de llegar al mismo resultado al que han arribado la revolución filosófica alemana y la revolución social de los ingleses.

El carácter nacional inglés se distingue esencialmente tanto del alemán como del francés; lo que le caracteriza es la desesperada imposibilidad de superar la contradicción y la consiguiente entrega total al

[a] Convocado en 1640 por Carlos I, que durará, con algunos años de intervalo, hasta 1660. [b] Niveladores.

empirismo. También el puro germanismo ha trocado su abstracta interioridad en exterioridad abstracta, pero esta exterioridad jamás ha perdido el rastro de su origen y se ha mantenido siempre subordinada a la interioridad y al espiritualismo. Los franceses se inclinan también a lo material, a lo empírico; pero, como este empirismo es una tendencia nacional directa, y no la consecuencia secundaria de una conciencia nacional escindida en sí misma, se hace valer de un modo nacional y general, se manifiesta como actividad política. El alemán afirmaba los títulos absolutos de la legitimidad del espiritualismo, razón por la cual trataba de desarrollar los intereses generales de la humanidad en la religión y, más tarde, en la filosofía. El francés contraponía a este espiritualismo el materialismo como absolutamente legítimo y, en consecuencia, adoptaba el Estado como la forma perenne de estos intereses. Pero el inglés *no tiene* ninguna clase de intereses generales, ni puede hablar de ellos sin poner el dedo en la llaga de la contradicción, desespera de ellos y conoce sólo los intereses individuales. Cierto que esta subjetividad absoluta, esta dispersión de lo general en la multitud de lo individual, es de origen germánico, pero, como ya hemos dicho, se halla separada de su raíz y sólo actúa, por ello de un modo puramente *empírico*, y es esto cabalmente lo que distingue al empirismo social inglés del empirismo político francés. La actuación de Francia ha sido siempre nacional, conciente desde el primer momento de su totalidad y generalidad; la de Inglaterra, por el contrario, ha sido la labor de individuos independientes y yuxtapuestos, el movimiento de átomos inconexos, que rara vez cooperan como un todo, y además, cuando lo hacen, es solamente movidos por intereses *individuales*, y cuya ausencia de unidad se muestra precisamente ahora a la luz del día en la miseria general y en la fragmentación total.

Dicho en otros términos, solamente Inglaterra tiene una historia *social*. Sólo en Inglaterra los individuos en cuanto tales, sin la conciencia de representar principios generales, fomentan el desarrollo nacional y lo llevan hacia su remate. Sólo aquí actúa la masa en cuanto masa, en gracia a sus propios intereses individuales; sólo aquí se han trocado los principios en intereses, antes de haber podido influir sobre la historia. Los franceses y los alemanes van marchando también poco a poco hacia la historia social, pero aún no la tienen. También en el continente ha habido pobreza, miseria y opresión social, aunque esto no ha llegado a influir en el desarrollo nacional; pero la miseria y la pobreza de la clase obrera de la Inglaterra de hoy tienen una significación nacional y, más que eso, histórico-universal. El momento social, en el continente, se halla todavía completamente soterrado bajo el factor político, aún no se ha separado de él, mientras que en Inglaterra el momento político ha ido viéndose paulatinamente superado por el social y puesto al servicio de éste. Toda la política inglesa es, en el fondo, de carácter social y si allí los problemas sociales se manifiestan bajo formas políticas es, simplemente, porque Inglaterra no se ha sobrepuesto aún al Estado, porque tiene que valerse de la política como un recurso necesario.

Mientras el Estado y la Iglesia sean las únicas formas bajo las cuales se realizan las determinaciones generales de la esencia humana, no podrá hablarse de historia social. De ahí que ni la Antigüedad ni la Edad Media pudieran revelar desarrollo social alguno: fue la Reforma, el primer intento, todavía tímido y tosco, de reacción contra la Edad Media, la que produjo el primer viraje social, la transformación de los siervos en trabajadores "libres". Pero tampoco este viraje ejerció una influencia perdurable sobre el continente, y hasta podemos afirmar que sólo se impuso en él con la revolución del siglo XVIII, mientras que en Inglaterra, gracias a la Reforma, los siervos se convirtieron en los *vilains*, los *bordars*, los *cottars* [117] y, con ellos, en una clase de trabajadores libres, y el siglo XVIII no hizo más que desarrollar las consecuencias de esta transformación. Por qué esto sólo sucedió en Inglaterra, se explica más arriba.

[*Vorwärts!*, núm. 71,
4 de septiembre de 1844]

La Antigüedad, que aún no sabía nada de los derechos del sujeto y cuya concepción del mundo era toda ella esencialmente abstracta y general, sustancial, no podía por ello mismo existir sin esclavitud. La concepción del mundo cristiano-germánica representaba como principio fundamental, frente a la antigüedad, la subjetividad abstracta, la interioridad, el espiritualismo. Pero esta subjetividad, precisamente por ser abstracta, unilateral, podía trocarse inmediatamente en su reverso y engendrar, en vez de la libertad del sujeto, su esclavitud. La interioridad abstracta se trocaba, así, en abstracta exterioridad, en la negación y la enajenación del hombre, y la primera consecuencia del nuevo principio era la restauración de la esclavitud bajo una forma distinta, menos escandalosa, pero por ello mismo más hipócrita y más inhumana: la de la servidumbre.

La disolución del sistema feudal, la reforma política, es decir, el reconocimiento *aparente* de la razón y, por tanto, la consumación real de la sinrazón, abolía *aparentemente* esta servidumbre, pero en realidad la convertía en una servidumbre más inhumana y más general que antes. Venía a proclamar, en primer lugar, que en lo sucesivo la humanidad ya no se mantendría en cohesión por medios *políticos*, es decir, mediante la coacción, sino mediante el interés, es decir, por medios *sociales*, sentando con este nuevo principio la base para el movimiento social. Pero, aunque con ello negaba al Estado, por otra parte volvía a restaurarlo, devolviéndole el contenido hasta ahora usurpado por la iglesia e imprimiendo con ello un nuevo desarrollo al Estado a lo largo de la Edad Media nulo y privado de contenido. De las ruinas del feudalismo emergía así el Estado cristiano, que era la consumación de la situación cristiana del mundo, en su aspecto político; mediante la elevación del interés a principio general, esta situación cristiana del mundo se consumó en otro aspecto. En efecto, el interés es esencialmente

subjetivo, egoísta, interés individual y, en cuanto tal, la cúspide suprema del principio cristiano-germánico de la subjetividad y la individualización. La consecuencia de la elevación del interés a nexo de la humanidad es, necesariamente, mientras el interés siga siendo, cabalmente, un interés directamente subjetivo y sencillamente egoísta, la dispersión general, la concentración de los individuos en sí mismos, el aislamiento, la conversión de la humanidad en un montón de átomos que se repelen los unos a los otros; y esta individualización es, a su vez, la consumación del estado cristiano del mundo.

Pero, mientras permanezca en pie la enajenación fundamental, la propiedad privada, el interés tiene que seguir siendo, necesariamente, el interés individual y su dominación se impondrá por fuerza como la dominación de la propiedad. La disolución de la servidumbre feudal hizo del "pago al contado el único nexo de la humanidad". De este modo se entroniza la propiedad, el elemento natural, carente de espíritu, frente al elemento humano y espiritual; y, en última instancia, para llevar a cabo esta enajenación, se erige en dueño y señor del mundo al dinero, la abstracción vacua y enajenada de la propiedad. El hombre deja de ser esclavo del hombre y se convierte en esclavo de la *cosa*; se consuma la inversión de las relaciones humanas; la servidumbre del moderno mundo de los traficantes, la venalidad desarrollada, universal y perfecta, es más inhumana y más vasta que la servidumbre de la gleba del feudalismo; la prostitución resulta más inmoral y más bestial que el *jus primae noctis*.[c]

El estado cristiano del mundo no puede llevarse ya más allá; no tiene más remedio que derrumbarse y dejar el puesto a un estado humano y racional. El Estado cristiano no es más que la última forma posible de manifestarse el Estado en general, con la cual tiene necesariamente que desaparecer el Estado en cuanto tal. La disolución de la humanidad en una masa de átomos aislados y que se repelen entre sí representa ya de por sí la destrucción de todo interés corporativo, nacional y particular y el último paso necesario hacia la libre y espontánea asociación de la humanidad. La consumación de la enajenación en el imperio del dinero representa un paso inevitable, si el hombre ha de recobrarse, como está ya ahora a punto de hacerlo.

En Inglaterra, la revolución social ha llevado ya tan allá estas consecuencias de la disolución del sistema feudal, que la crisis llamada a destruir el orden cristiano del mundo no puede estar ya lejana; más aún, que es posible predecirlo con precisión, si no en años y cuantitativamente, sí de un modo cualitativo; en efecto, esta crisis deberá producirse tan pronto como se deroguen las leyes sobre el trigo y se implante la Carta del Pueblo,[71] es decir, tan pronto como la aristocracia de la nobleza sea desplazada por la aristocracia del dinero y ésta, a su vez, sea derrotada por la democracia de los trabajadores.

Los siglos XVI y XVII habían sentado todas las premisas de la revolución social, disuelto la Edad Media, establecido el protestantismo so-

[c] Derecho de pernada.

cial, político y religioso, creado las colonias, la potencia marítima y el comercio de Inglaterra y dado vida, junto a la aristocracia, a una ascendente y ya bastante poderosa clase media. Después de los trastornos del siglo XVII, las relaciones sociales fueron plasmándose y adquiriendo la forma fija que conservarían hasta los años de 1780 o 1790.

Había entonces tres clases de terratenientes: los terratenientes nobles, que eran todavía la única aristocracia intacta del reino, la cual arrendaba sus fincas parceladas y consumía sus rentas en Londres o viajando; los terratenientes no nobles o *country gentlemen* [d] adornados generalmente con el título de *squires*,[e] que vivían en sus fincas, en el campo, arrendaban sus tierras y disfrutaban así frente a sus arrendatarios y a los demás habitantes de la comarca de la superioridad aristocrática que en las ciudades se les negaba por razón de su descendencia plebeya, su falta de cultura y su carácter aldeano. Esta clase ha desaparecido totalmente, en la actualidad. Han pasado a la historia los viejos *squires* que descollaban con patriarcal autoridad entre los labradores de la comarca y que desempeñaban las funciones de consejeros y jueces de paz, todo en una pieza; sus descendientes se llaman la aristocracia inglesa sin título, rivalizan en cuanto a cultura y refinamiento, derroche y talante aristocrático con la nobleza, que no les lleva ya mucha ventaja, y lo único que les liga a sus toscos y rústicos antepasados es la propiedad de la tierra.

La tercera clase de terratenientes eran los *yeomen*, propietarios de pequeñas parcelas, cultivadas por ellos mismos, generalmente a la buena de Dios, es decir, a la vieja y descuidada manera de sus ascendientes. También esta clase ha desaparecido de Inglaterra; la revolución social se ha encargado de expropiarla, dándose así la curiosa circunstancia de que, por los mismos años en que en Francia se parcelaba por la fuerza la gran propiedad, en Inglaterra la gran propiedad de la tierra atrajera y devorara las parcelas. Junto a los *yeomen* aparecían los pequeños arrendatarios, que, por lo general, además de cultivar la tierra se dedicaban a la industria doméstica textil; también estos elementos han desaparecido de la Inglaterra de hoy; actualmente, casi toda la tierra se halla reunida en pocas y grandes fincas y se arrienda así. La competencia de los grandes arrendatarios ha desplazado del mercado y empobrecido a los pequeños arrendatarios y a los *yeomen*, convirtiéndolos en jornaleros agrícolas y tejedores dependiendo de un salario y engrosando con ellos las masas cuya afluencia hace crecer las ciudades con tan asombrosa rapidez.

Así, pues, en otro tiempo los campesinos llevaban una vida tranquila y apacible, una vida honrada y llena de temor de Dios; vivían sin grandes cuidados, pero, al mismo tiempo, sin moverse mucho, sin intereses generales, sin cultura, sin actividades espirituales; se hallaban todavía en la etapa prehistórica. Y la situación de las ciudades tampoco difería gran cosa de esto. Solamente Londres era un importante centro comercial; de Liverpool, Hull, Bristol, Manchester, Birmingham, Leeds y

[d] *Gentlemen* rurales. [e] Caballeros.

Glasgow apenas si valía la pena hablar. Las principales ramas industriales, la de hilados y la de tejidos, tenían casi siempre su asiento en el campo o, por lo menos, fuera de las ciudades, en sus alrededores. La fabricación de objetos de metal y la alfarería no habían superado aún la fase artesanal de desarrollo. En estas condiciones, ¿qué vida podía haber en las ciudades? La insuperable simplicidad del sistema electoral eximía a los ciudadanos de toda preocupación política; las gentes eran, nominalmente, *whigs* o *tories*, pero sabían perfectamente que, en el fondo, resultaba indiferente que fuesen una cosa u otra, ya que carecían de derecho a votar. Pequeños comerciantes, tenderos y artesanos integraban la vecindad de las ciudades y llevaban la conocida vida de los pequeños vecinos, que tan inconcebible resulta para los ingleses de hoy. Las minas apenas se explotaban todavía; los yacimientos de hierro, cobre y cinc aguardaban tranquilos bajo tierra y el carbón sólo se empleaba para fines domésticos. En una palabra, Inglaterra se hallaba todavía, en aquel entonces, en la misma situación, bastante mala, por cierto, en que todavía se hallan actualmente la mayor parte de Francia y sobre todo Alemania, en un estado de apatía antediluviana hacia todo lo que fuese interés general y espiritual; en la infancia social, en la que no se conocen todavía la sociedad, ni la vida, ni la conciencia, ni la actividad. Este estado de cosas es *de facto* la continuación del feudalismo y de la ausencia medieval de todo pensamiento y sólo se le supera al aparecer el moderno feudalismo, con la división de la sociedad en poseedores y desposeídos. El continente se halla todavía, como hemos dicho, profundamente sumido en este estado de cosas; los ingleses lucharon contra él desde hace ochenta años y lo superaron desde hace cuarenta. Y si la civilización es una cuestión de práctica, una cualidad social, no cabe duda de que los ingleses son el pueblo más civilizado del mundo.

En 1760 subió al gobierno Jorge III, expulsó a los *whigs*, que habían gobernado casi ininterrumpidamente desde Jorge I y que, por esta razón, como es natural, habían gobernado de un modo absolutamente conservador, y sentó las bases para el monopolio de los *tories*, que viene durando desde 1830. El gobierno recobró con ello su verdad interior; en una época políticamente conservadora de Inglaterra, era absolutamente justo que gobernase el partido conservador. El movimiento social absorbió a partir de ahora las fuerzas de la nación y relegó a segundo plano el interés político; más aún, lo destruyó, pues desde ahora toda política interior no es más que socialismo recatado, la forma que revisten los problemas sociales para hacerse valer de un modo general, nacional.

En 1763 comenzó el Dr. James Watt, de Greenock, a ocuparse de la construcción de la máquina de vapor, a la que dio cima en 1768.

En 1763, mediante la introducción de principios científicos, sentó Josiah Wedgwood las bases para la alfarería inglesa. Gracias a sus esfuerzos se transformó en una zona industrial —las *potteries*— una faja yerma de territorio en Staffordshire, que en la actualidad ocupa a 60 000 personas y que ha desempeñado importantísimo papel en el movimiento político-social de los últimos años.

En 1764 inventó James Hargreaves, en Lancashire, la *spinning-jenny*, una máquina que, movida por un solo obrero, permite a éste hilar dieciseis veces más cantidad de algodón que el viejo artefacto de rueda.

En 1768, un barbero de Preston, en Lancashire, Richard Arkwright, inventó la *spinning-throstle*, la primera máquina de hilar, calculada ya desde el primer momento para ser movida por la fuerza mecánica. Esta máquina producía el llamado *water-twist*, o sea el torzal empleado como cadeneta para tejer.

En 1776 inventó Samuel Crompton en Bolton, Lancashire, la *spinning-mule*, mediante la combinación de los principios mecánicos empleados en la *jenny* y en la *throstle*. La *mule*, al igual que la *jenny*, hila el *mule-twist*, es decir, lo que sirve de materia prima al tejedor; las tres máquinas indicadas se destinan a trabajar el algodón.

En 1787 inventó el Dr. Cartwright el telar mecánico, el cual, sin embargo, habría de sufrir aún varios perfeccionamientos, hasta que, por último, pudo ponerse en práctica en 1801.

Estos inventos estimularon el movimiento social. Su consecuencia inmediata fue el nacimiento de la industria inglesa, comenzando por la elaboración industrial del algodón. La *jenny* abarató la producción de la hebra y la ampliación del mercado que esto hizo posible; imprimió su primer impulso a la industria; pero, no obstante esto, apenas afectó al aspecto social, al modo de explotación de la industria. Fueron los mecanismos de Arkwright y Crompton y la máquina de vapor de Watt los que pusieron en marcha el movimiento, los que crearon el movimiento fabril. Surgieron primeramente pequeñas fábricas movidas por caballos o por la fuerza hidráulica, que no tardaron en ser desplazadas por otras mayores, impulsadas por agua o por vapor. La primera hilandería a vapor fue instalada en Nottinghamshire por Watt, en 1785; vinieron luego otras, y el nuevo sistema no tardó en generalizarse.

La extensión de la industria de hilados a vapor, como todas las demás reformas industriales simultáneas y posteriores, se llevó a cabo con enorme rapidez. La importación de algodón en rama, que en 1770 no había pasado de cinco millones de libras al año, ascendió a 54 millones de libras (en 1800) y a 360 millones en 1836. El telar de vapor se puso en práctica ahora e imprimió nuevo impulso al progreso industrial; todas las máquinas experimentaron innumerables pequeños perfeccionamientos, muy importantes en su conjunto, y cada nuevo perfeccionamiento ejercía favorable influjo sobre la extensión de todo el sistema industrial. Fueron revolucionadas todas las ramas de la industria algodonera; el estampado progresó enormemente gracias al empleo de auxiliares mecánicos y, al mismo tiempo, mediante el empleo de los colorantes y el blanqueado, como consecuencia de los progresos de la química; la fabricación de tejidos de punto se vio arrastrada también por el torrente vertiginoso; desde 1809 comenzaron a fabricarse por medio de máquinas tejidos finos de algodón, tul, encajes, etc. No dispongo aquí de espacio para seguir detalladamente, a través de su historia, los progresos de la industria algodonera; me limitaré a indicar los resulta-

dos, que son realmente impresionantes, si los comparamos con lo que era la industria antediluviana, con sus 4 millones de libras de algodón, su rueda de hilar y su cardadora y su telar manuales.

En 1833 se elaboraron en el reino británico 10 264 millones de madejas de torzal, con una longitud que equivale a más de 5 000 millones de millas de longitud, y se estamparon 350 millones de varas de telas de algodón; funcionaron 1 300 fábricas de hilados y tejidos de algodón, en las que trabajaban 237 000 operarios de la industria textil; se hallaban en funcionamiento más de 9 millones de husos, 100 000 telares a vapor y 240 000 movidos a mano, 33 000 telares de tejido de punto y 3 500 máquinas de bovineta; 33 000 caballos de fuerza de vapor y 11 000 de fuerza hidráulica sirvieron de fuerza motriz para la elaboración del algodón y como millón y medio de personas vivían, directa o indirectamente, de esta rama industrial. Lancashire se nutre exclusivamente y Lanarkshire en su mayor parte del trabajo de hilar y tejer algodón; Nottinghamshire, Derbyshire y Leicestershire son los principales centros de las ramas secundarias de esta industria. Desde 1801 se ha multiplicado por ocho la cantidad de mercancías de algodón exportadas; el volumen de las consumidas dentro del país ha aumentado en proporción todavía mayor.

[*Vorwärts!*, núm. 72,
7 de septiembre de 1844]

El impulso dado a la industria algodonera no tardó en extenderse a las demás ramas industriales. Hasta entonces, la rama principal para ganarse la vida era la industria de la *lana*; esta industria fue desplazada ahora por la del algodón, pero en vez de disminuir de volumen se extendió también. En 1785 se quedó ociosa, sin trabajar, la lana acumulada durante tres años: los hilanderos no podían elaborarla mientras sólo dispusieran para ello de la rueca. Empezaron a aplicarse también a la lana con éxito completo después de introducir en ellas algunas modificaciones las máquinas de hilar algodón, y a partir de ahora la industria de la lana experimentó el mismo rápido auge que conocemos de la del algodón. La importación de lana en bruto ascendió de 7 millones de libras (en 1801) a 42 millones (en 1835). En este último año funcionaban 1 300 fábricas de hilados y tejidos de lana, con un total de 71 300 obreros, sin contar una gran masa de tejedores manuales que trabajaban a domicilio y de impresores, tintoreros, blanqueadores, etc., etc., que vivían también indirectamente de la industria lanera. Los centros principales de esta rama industrial son el West-Riding de Yorkshire y el "Occidente de Inglaterra" (principalmente, Sommersetshire, Wiltshire, etc.).

La industria del *lino* tenía antiguamente su centro principal en Irlanda. A fines del siglo pasado se instalaron, en Escocia, las primeras fábricas para la elaboración de esta hebra. La maquinaria era todavía, sin embargo, muy rudimentaria; el material oponía dificultades, que re-

clamaban importantes modificaciones en las máquinas. El primero que las perfeccionó fue el francés Girard (en 1810); pero donde primero adquirieron importancia práctica estos perfeccionamientos fue en Inglaterra. El empleo del telar de vapor al lino vino más tarde, y a partir de este momento se elevó con enorme rapidez la fabricación de telas de lino, a pesar de la competencia que le oponía el algodón. Los puntos centrales eran Leeds en Inglaterra, Dundee en Escocia y Belfast en Irlanda. Solamente Dundee importó en 1814 3 000 y en 1834 19 000 toneladas de fibra de lino. La exportación de lino de Irlanda, donde todavía se mantienen las actividades textiles a mano al lado de los telares movidos a vapor, aumentó de 1800 a 1825 en unos 20 millones de yardas, casi todos los cuales pasaron a Inglaterra, para ser exportados desde aquí; la exportación de todo el reino británico a países extranjeros experimentó de 1820 a 1833 un aumento de 27 millones de yardas; en 1835 funcionaban 347 fábricas de lino, de ellas 170 en Escocia; en ellas trabajaban un total de 33 000 obreros, sin contar los numerosos artesanos irlandeses.

La industria de la *seda* comenzó a adquirir importancia en 1824, con la abolición de los gravosos aranceles aduaneros; a partir de entonces se ha duplicado la importación de seda en bruto y el número de fábricas ha aumentado a 266, con un total de 30 000 obreros. Los principales centros de esta rama industrial son Cheshire (Macclesfield, Congleton y su comarca), Manchester y, en Escocia, Paisley. La industria del tejido de cintas tiene su centro en Coventry (Warwickshire).

Estas cuatro ramas industriales dedicadas a la elaboración de hilados y tejidos experimentaron, así, una revolución total. El trabajo domiciliario fue sustituido por el trabajo colectivo en grandes fábricas; el trabajo manual dejó el puesto a la fuerza motriz del vapor y al funcionamiento de las máquinas. Gracias a la maquinaria, un niño de ocho años podía rendir ahora más que antes veinte hombres adultos; seiscientos mil obreros fabriles, la mitad de los cuales son niños y más de la mitad mujeres, realizan el trabajo de ciento cincuenta millones de trabajadores manuales.

Pero todo esto no es más que el inicio de la revolución industrial. Ya hemos visto cómo la tintorería, el estampado y el blanqueado se han extendido mediante los progresos de la industria textil y ayudados por la mecánica y la química. Desde el empleo de la máquina de vapor y del cilindro metálico en la estampación, un solo hombre realiza el trabajo de doscientos, y la aplicación del cloro en vez del oxígeno, en el blanqueado, reduce a un par de horas una operación que antes requería dos meses. De este modo, la influencia de la revolución industrial se extendió a los procesos realizados sobre el producto *después* de las operaciones de hilar y tejer; pero aún fue más importante la repercusión de la nueva industria sobre el material. La máquina de vapor vino a asignar su verdadero valor a los inagotables yacimientos carboníferos de Inglaterra; se pusieron en explotación nuevas minas de hulla y se explotaron con redoblada energía los anteriores. La fabricación de máquinas

de tejer y de telares fue convirtiéndose cada vez más en una nueva rama industrial, llegando a una perfección no igualada por ninguna otra nación. Las máquinas se fabricaban por medio de máquinas, y una división del trabajo llevada hasta sus últimos detalles permitió alcanzar la precisión y exactitud que acreditan a la maquinaria inglesa. A su vez, la fabricación de maquinaria repercutió sobre la industria extractiva de hierro y de cobre, que aunque recibió su principal impulso de otro lado, no dejó de verse sacudida por el acicate inicial del viraje llevado a cabo por Watt y Arkwright.

Las consecuencias del impulso industrial, una vez recibido, son incalculables. El movimiento de una rama industrial se comunica a todas las demás. Las nuevas fuerzas creadas reclaman, como hemos visto, alimento; la población obrera de nueva creación determina nuevas relaciones de vida y nuevas necesidades. Las ventajas mecánicas de la fabricación reducen el precio del producto y abaratan, por tanto, la satisfacción de las necesidades de la vida, haciendo descender con ello el salario; todos los demás productos pueden adquirirse a menor precio y el mercado para su venta se extiende, como es lógico, en proporción a su abaratamiento. El ejemplo de los recursos mecánicos ventajosamente empleados va imitándose poco a poco en todas las ramas industriales y, al elevarse el nivel de la civilización como inevitable consecuencia de todos los perfeccionamientos industriales, se crean nuevas necesidades, surgen nuevas ramas de fabricación y se introducen, con ello, nuevos perfeccionamientos. La revolución operada en la industria textil del algodón revolucionó necesariamente toda la industria, y si no podemos siempre seguir la aplicación de la fuerza motriz en las ramas más alejadas del sistema industrial, es simplemente por culpa de la escasez de datos estadísticos e históricos. Pero en todas partes vemos comprobado cómo el resorte propulsor del progreso es la introducción de los recursos mecánicos y de los principios científicos, en general.

La más importante rama industrial de Inglaterra, después de los hilados y tejidos, es la industria *metalúrgica.* Esta industria tiene sus centros principales en Warwickshire (Birmingham) y Staffordshire (Woverhampton). Pronto se recurrió en esta industria a la fuerza de vapor y, gracias a ella y a la división del trabajo, se han reducido en tres cuartas partes los costos de producción de los artículos de metal. De 1800 a 1835 se ha cuadruplicado la exportación de esta clase de mercancía. En el primero de estos dos años se exportaron 86 000 quintales de artículos de hierro y un volumen igual de géneros de cobre; en el segundo año, la exportación fue de 320 000 quintales de mercancías de hierro y 210 000 de artículos de cobre y latón. Y es ahora cuando comienza a cobrar importancia la exportación de hierro en barras y de hierro fundido; en 1800 se exportaron 4 600 toneladas del primero; en 1835 el volumen exportado ascendió a 92 000 toneladas en barras y a 14 000 de hierro fundido.

La cuchillería inglesa se fabrica toda en Sheffield. El empleo de la fuerza de vapor, principalmente para afilar y pulir las hojas, la transfor-

mación del hierro en acero, que adquiere importancia a partir de ahora, y el método de fundición del acero recién inventado, provocaron también una revolución total en esta industria. Solamente Sheffield consume anualmente 500 000 toneladas de carbón y 12 000 toneladas de hierro, de ellas 10 000 de hierro importado del extranjero (principalmente, de Suecia).

De la segunda mitad del siglo pasado data también el consumo de mercancías de hierro fundido, que en los últimos años ha adquirido la importancia que actualmente tiene. El alumbrado de gas (introducido prácticamente a partir de 1804) ha creado una enorme demanda de tubería de hierro fundido; los ferrocarriles, los puentes, la maquinaria, etc., han intensificado más aún esta demanda. En 1780 se descubrió el pudelado, o sea la conversión del hierro colado en dulce, por medio del calor y la eliminación del carbono, lo que dio nueva importancia a las minas inglesas de hulla. Hasta entonces, por falta de carbón de leña, los ingleses habían tenido que importar todo el hierro dulce. A partir de 1790 se hicieron a máquina los clavos y desde 1810 los tornillos; en 1760 inventó Huntsman, en Sheffield, la fundición del acero; se crearon máquinas para el estirado del alambre y, en general, se introdujo en toda la industria del hierro y el latón una gran cantidad de nuevas máquinas, fue desplazado el trabajo manual y se implantó, en cuanto lo permitió la naturaleza de la cosa, el sistema fabril.

Consecuencia necesaria de todo esto fue la expansión de la minería. Hasta 1788, todo el mineral de hierro se fundía por medio del carbón vegetal, lo que hacía que la extracción de dicho mineral se viese limitada por la escasez de combustible. A partir de 1788 se comenzó a emplear cok (carbón azufrado) en vez de carbón de leña, con lo que en seis años se sextuplicó el volumen de la extracción anual de mineral de hierro. En 1740 se extrajeron 17 000 toneladas al año, en 1835 el volumen de extracción era ya de 553 000 toneladas. La explotación de las minas de cinc y de cobre se triplicó, desde 1770. Pero, junto a las minas de hierro, las más importantes de Inglaterra son las de hulla. No es posible calcular las proporciones enormes en que se extendió la extracción de carbón de hulla desde mediados del siglo anterior. La gigantesca masa de carbón consumida actualmente por las innumerables máquinas de vapor que trabajan en fábricas y minas, por los hornos de forja, los altos hornos y las fundiciones, así por la calefacción privada, con una población doble de la de antes, no guarda ni la más remota proporción con la cantidad de hulla que se consumía hace unos ochenta o cien años. Sólo la fundición del hierro en bruto consume tres millones de toneladas al año (a razón de veinte quintales la tonelada).

La creación de la industria trajo como consecuencia inmediata el mejoramiento de los medios de comunicación. En el siglo pasado, los caminos de Inglaterra eran tan malos como los de cualquier otro país, y lo siguieron siendo hasta que el famoso MacAdam erigió sobre principios científicos la construcción de calzadas, dando con ello un nuevo impulso al progreso de la civilización. De 1818 a 1829 se construyeron en In-

glaterra y Gales nuevas calzadas con una extensión total de 1 000 millas inglesas, sin contar los pequeños caminos, trazados o renovados casi todos con arreglo a los principios de MacAdam. Las autoridades encargadas de las obras públicas construyeron en Escocia, desde 1803, más de 1 000 puentes; en Irlanda, se tendieron caminos a través de las vastas extensiones cenagosas del sur, en las que se refugiaba una raza semisalvaje de bandoleros. De este modo, se abrieron al comercio casi todos los rincones del país que hasta ahora permanecían al margen de toda comunicación con el mundo; principalmente, los distritos de Gales de habla celta, las mesetas de Escocia y del sur de Irlanda viéronse obligados así a entrar en contacto con el mundo exterior y a abrir las puertas a la civilización que se les imponía.

En 1755 se abrió en Lancashire el primer canal digno de mención; en 1759, comenzó el duque de Bridgewater a horadar su canal de Worsley a Manchester. Desde entonces, se han construido canales con una longitud total de 2 200 millas; además de estos canales, Inglaterra cuenta con 1 800 millas de ríos navegables, la mayor parte de los cuales han sido abiertos a la navegación en los últimos tiempos.

Desde 1807 se emplea la fuerza de vapor para mover los barcos, y el primer vapor británico (1811) ha ido seguido por la construcción de otras 600 unidades del mismo tipo. En 1835 entraban y salían en los puertos británicos hasta 550 barcos movidos a vapor.

El primer ferrocarril público se construyó en 1801, en Surrey, pero este nuevo medio de comunicación no llegó a imponer su importancia hasta la apertura de la línea de Liverpool a Manchester (en 1830). Seis años más tarde, funcionaban ya 680 millas inglesas de ferrocarriles y cuatro grandes líneas, las de Londres a Birmingham, Bristol y Southampton y la de Birmingham a Manchester y Liverpool. Desde entonces, la red ferroviaria se ha extendido a toda Inglaterra; Londres es el nudo de nueve líneas de ferrocarril y en Manchester confluyen cinco.[f]

Esta revolución operada en la industria inglesa sirve de base a todas las relaciones modernas de Inglaterra y es la fuerza propulsora de todo el movimiento social. Su primera consecuencia ha sido, como veíamos más arriba, colocar el interés por encima de los hombres, señoreándolos. El interés se ha adueñado de las fuerzas industriales de nueva creación, y las explota para sus propios fines; por la ingerencia de la propiedad privada, estas fuerzas que en justicia pertenecen a la humanidad, se convierten en monopolio de unos cuantos capitalistas ricos y en medio de sojuzgamiento de la masa. El comercio se ha hecho cargo de la industria, convirtiéndose con ello en todopoderoso y en lazo de la humanidad; todas las relaciones personales y nacionales han sido absorbidas por las relaciones comerciales y, lo que tanto vale, la propiedad, la cosa, se ha erigido en dueña y señora del mundo.

[f] Los anteriores datos estadísticos han sido tomados, en su mayoría, de la obra *Progress of the Nation* ["Progreso de la nación"] de G. Porter, funcionario del Board of Trade [Departamento de Comercio] en el gobierno *whig*, y también de fuentes oficiales.

[*Vorwärts!*, núm. 73,
11 de septimbre de 1844]

El imperio de la propiedad necesariamente tenía que volverse ante todo contra el Estado y disolverlo o, por lo menos, ya que no puede prescindir de él, minarlo. Adam Smith comenzó esta obra de socavamiento simultáneamente con la revolución industrial, al publicar en 1776 su *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, creando con ello la ciencia de las finanzas. Hasta él, la ciencia financiera era exclusivamente nacional; la economía política era simplemente una rama del Estado, supeditada como tal a éste; Adam Smith puso el cosmopolitismo al servicio de los fines nacionales y elevó la economía política a naturaleza y meta del Estado. Redujo la política, los partidos, la religión, todo, a categorías económicas, reconociendo con ello la propiedad como la esencia y el enriquecimiento como el fin del Estado. De otra parte, William Godwin (en su obra *Political Justice*,[g] 1793) [118] apoyó el sistema político republicano, estableció al mismo tiempo que Bentham el principio de la utilidad, con lo que se llevó a sus legítimas consecuencias el postulado republicano que dice *Salus publica suprema lex*,[h] y atacó a la esencia misma del Estado con su afirmación de que el Estado es un mal. Godwin concibe todavía el principio utilitario, en términos completamente generales, como el deber del ciudadano de vivir solamente en función al bien general, despreciando todo interés individual; Bentham, por el contrario, desarrolla la naturaleza esencialmente moral de este principio al convertir el interés individual, coincidiendo con la tendencia nacional simultánea, en base del interés general, al reconocer la identidad de ambos intereses en la tesis, desarrollada principalmente por su discípulo Mill, de que el amor del prójimo no es sino un egoísmo ilustrado, sustituyendo el "bien general" por la mayor felicidad para el mayor número posible de gentes.

Bentham incurre aquí, llevado de su empirismo, en el mismo error que Hegel comete en la teoría; no toma en serio la superación de las antítesis, convierte el sujeto en predicado, somete el todo a la parte y lo vuelve, así, todo del revés. Nos dice, primero, que el interés general y el individual son inseparables, para atenerse después, de un modo unilateral al craso interés individual exclusivamente; su tesis no es más que la expresión empírica de la otra tesis según la cual el hombre es la humanidad, pero, por expresarla empíricamente, no confiere los derechos del género al hombre libre, autoconciente y obra de sí mismo, sino al hombre tosco, ciego y prisionero de contradicciones. Convierte la libre concurrencia en esencia de la moral, regula las relaciones humanas con arreglo a las leyes de la propiedad, de la cosa, es decir, ajustándose a las leyes naturales, lo que hace de ella la consumación del viejo estado cristiano, natural, del mundo, la cúspide de la enajenación, pero no el comienzo del nuevo estado de cosas que el hombre conciente de sí mismo tiene que crear con plena libertad. No se remonta sobre el Esta-

[g] *Justicia política*. [h] La salud pública es la ley suprema.

do, pero priva a éste de todo su contenido, sustituye los principios políticos por principios sociales, convierte la organización política en forma del contenido social y lleva la contradicción hasta su cúspide más alta.

A la par con la revolución industrial surgió el partido democrático. En 1769 fundó J. Horne la *Society of the Bill of Rights*, en la que por vez primera desde la república volvieron a ser discutidos los principios democráticos. Lo mismo que en Francia, los demócratas eran todos ellos hombres formados filosóficamente, pero no tardaron en darse cuenta de que las gentes de las clases altas y medias eran contrarios a ellos y de que sólo la clase obrera daba oídos atentamente a sus principios. No tardaron en encontrar un partido, que en 1794 era ya bastante fuerte, pero no todavía lo suficiente para poder actuar más que por medio de sacudidas. De 1797 a 1816 no se habló para nada de él; volvió a mostrarse muy activo durante los agitados años de 1816 a 1823, pero de nuevo se sumió en la inactividad hasta la revolución de Julio. A partir de entonces, ha conservado su importancia junto a los viejos partidos y siguió desarrollándose, como veremos, de una manera progresiva y regular.

El resultado más importante del siglo XVIII fue para Inglaterra la creación del proletariado por obra de la revolución industrial. La nueva industria reclamaba una masa de obreros constantemente dispuesta para las innumerables nuevas ramas del trabajo; obreros, además, como hasta entonces no se habían conocido. Hasta 1780, Inglaterra contaba todavía con pocos proletarios, como se desprende necesariamente de la situación social de la nación, descrita más arriba. La industria concentró el trabajo en las fábricas y las ciudades; la asociación del trabajo industrial y el trabajo agrícola resultaba, ahora, imposible y la nueva clase obrera tenía que atenerse exclusivamente a su trabajo. Lo que hasta entonces había sido la excepción pasó a ser la regla y, poco a poco, fue extendiéndose también fuera de las ciudades. El cultivo de la tierra en pequeñas parcelas se vio desplazado por los grandes arrendatarios y se creó así una nueva clase de jornaleros agrícolas. Se triplicó o cuadruplicó la población de las grandes ciudades, y casi toda esta nueva afluencia de población estaba formada por simples obreros. La extensión de la minería requería, asimismo, gran número de nuevos trabajadores, que vivían también exclusivamente de su salario.

Paralelamente con esto, la clase media iba pasando a ser, resueltamente, una aristocracia. Gracias al movimiento industrial, los fabricantes multiplicaron su capital a una velocidad prodigiosa; también los comerciantes recibieron su parte, y el capital creado por esta revolución suministró los medios con que la aristocracia inglesa pudo combatir la revolución francesa.

Resultado de todo este movimiento ha sido que Inglaterra aparezca actualmente escindida en tres partidos: el de la aristocracia agrícola, el de la aristocracia del dinero y el de la democracia obrera. Estos son los únicos partidos de Inglaterra, los únicos resortes que aquí se mueven; *cómo* se mueven es lo que trataremos de exponer tal vez en un próximo artículo.

# LA SITUACIÓN EN INGLATERRA

## II

### *La Constitución inglesa*

[*Vorwärts!*, núm. 75,
18 de septiembre de 1844]

En el artículo anterior exponíamos los principios de los cuales hay que partir para enjuiciar la posición actual del reino británico en la historia de la civilización, así como los datos necesarios sobre el desarrollo de la nación inglesa, datos inexcusables para ese fin, pero poco conocidos en el continente; podemos ahora, después de haber argumentado nuestras premisas, entrar sin más en el tema de nuestro trabajo.

La situación de Inglaterra les ha parecido hasta ahora envidiable a todos los demás pueblos de Europa y lo es, en efecto, para todo el que se detenga en la superficie de las cosas y sólo las vea con los ojos del político. Inglaterra es un imperio mundial en el sentido en que hoy puede existir un imperio así y como, en el fondo, han sido también todos los imperios mundiales, pues tampoco los imperios de Alejandro y de César fueron, como el inglés, otra cosa que la dominación de pueblos civilizados sobre bárbaros y colonias. Ningún otro país del mundo puede medirse con Inglaterra en cuanto a riqueza y poder, y este poder y esta riqueza no se hallan, como se hallaban en Roma, en manos de un déspota, sino que pertenecen a toda la parte culta de la nación. En Inglaterra ya no existen, desde hace años, el temor al despotismo ni la lucha contra el poder de la corona; Inglaterra es, sin disputa, el país más libre, es decir, el menos vasallo del mundo, sin excluir a los Estados Unidos, y a ello se debe el que el inglés culto goce de un grado de independencia innata del que no podría jactarse ningún francés, y no digamos los alemanes. Las actividades políticas, la libertad de prensa, el dominio sobre los mares y la gigantesca industria de Inglaterra han desarrollado de un modo tan completo casi en cada individuo la energía inherente al carácter inglés y la resuelta capacidad de iniciativa, unida a la más serena reflexión, que también en este punto van los pueblos continentales muy a la zaga de los ingleses. La historia del ejército y de la marina ingleses registra brillantes victorias, y desde el siglo XVIII Inglaterra apenas ha avistado cerca de sus costas a un solo enemigo. Con la literatura inglesa sólo pueden rivalizar los griegos antiguos y los alemanes; en filosofía, puede vanagloriarse, por lo menos, de dos grandes nombres —los de Bacon y Locke— y en las ciencias empíricas de otros

muchos, innumerables. Y si se trata de decir qué pueblo ha *hecho* más, nadie podría negar que este pueblo es Inglaterra.

He ahí las cosas de las que Inglaterra puede jactarse, lo que la pone por delante de los alemanes y los franceses y que he querido señalar antes de nada para que los buenos alemanes se convenzan desde el primer momento de mi "imparcialidad", pues sé muy bien que en Alemania de quien más que de ninguna otra nación se puede hablar sin miramiento alguno es de los propios alemanes. Y las cosas a las que acabo de referirme son, sobre poco más o menos, el tema de toda esa literatura, abundante en volúmenes, pero sumamente estéril y ociosa, que en el continente se escribe acerca de Inglaterra. A nadie se le ocurre, en cambio, entrar a estudiar la esencia de la historia de Inglaterra y del carácter nacional inglés, y cuán lamentable y pobre es todo lo que se escribe acerca de los ingleses se desprende del solo hecho de que el lamentable libro del señor von Räumer [119] siga siendo, que yo sepa, lo mejor que en Alemania se ha escrito acerca del tema.

Comencemos por el lado político, ya que hasta ahora sólo se ha visto a Inglaterra en este aspecto. Examinemos la Constitución de Inglaterra que, según las palabras del *tory*, es "el producto más perfecto de la razón inglesa" y, para seguir complaciendo al político, procedamos por el momento de una manera totalmente empírica.

La Constitución inglesa encuentra el justo medio especialmente bello en el hecho de haberse desarrollado "históricamente"; es decir, expresando el pensamiento en alemán, de que se ha conservado la antigua base creada por la revolución de 1688, construyendo sobre este fundamento, como ellos lo llaman. Ya veremos cuál es el carácter que esto ha dado a la Constitución inglesa; por el momento, basta sencillamente comparar al inglés en 1688 con el de 1844 para demostrar que resulta un contrasentido, la imposibilidad misma, el sentar idéntico fundamento constitucional para ambos. Incluso contemplado el problema desde el punto de vista del progreso general de la civilización, el carácter político de la nación es hoy completamente distinto del que era entonces. Los *Test-Acts*, los *Habeas Corpus-Acts* y el *Bill of Rights* [120] fueron impuestos por los *whigs*, frente a la debilidad y la derrota de los *tories* de aquel tiempo e iban dirigidos contra los *tories*, es decir, contra la monarquía absoluta y el catolicismo abierto o recatado. Pero los viejos *tories* desaparecieron ya en los cincuenta años siguientes, y sus descendientes adoptaron los principios que hasta entonces habían sido patrimonio de los *whigs*; desde la subida al trono de Jorge I, los *tories* monárquico-católicos pasaron a formar parte de un partido aristocrático-eclesiástico, y desde la revolución francesa, que vino a infundirles la conciencia de lo que eran, los preceptos positivos de los *tories* fueron volatilizándose hasta convertirse en la abstracción del "conservatismo", de la defensa escueta de lo existente, sin ninguna otra idea; más aún, actualmente se ha sobrepasado incluso esta etapa, los *tories* han reconocido, con Sir Robert Peel, la legitimidad del movimiento, han comprendido la insos-

tenibilidad de la Constitución inglesa y sólo capitulan para mantener en pie el mayor tiempo posible el corrompido tinglado.

Los *whigs*, por su parte, han pasado por una evolución no menos importante, ha nacido un nuevo partido, democrático, y a pesar de todo esto, ¡se piensa que el fundamento de 1688 es todavía lo bastante amplio para las realidades de 1844! Ahora bien, la consecuencia necesaria de esta "evolución histórica" es que las contradicciones internas que forman la esencia de la monarquía constitucional y que habían sido ya claramente puestas de manifiesto en los tiempos en que todavía la filosofía alemana moderna abrazaba el punto de vista republicano, llegan a su cúspide en la moderna monarquía inglesa. En realidad, la monarquía constitucional inglesa es el remate de la monarquía constitucional en general, el único estado en el que, en cuanto ello es posible, en nuestros días, una *verdadera* nobleza afirma su lugar junto a una conciencia popular relativamente desarrollada y en la que, por tanto, existe de un modo real y efectivo la trinidad que en el continente se ha restaurado artificialmente y se mantiene en pie con grandes esfuerzos.

Si la esencia del Estado, como la de la religión, es el miedo que la humanidad siente ante sí misma, no cabe duda de que este miedo alcanza su grado más alto en la monarquía constitucional, y muy especialmente en la inglesa. La experiencia de tres milenios no ha hecho a los hombres más inteligentes, sino por el contrario más confusos y más torpes, los ha enloquecido, y el resultado de esta locura es el estado político de cosas reinante en la Europa actual. La monarquía pura provoca el terror; basta pensar en el despotismo oriental y en el romano. La aristocracia pura es igualmente temible; no en vano han existido los patricios romanos y el feudalismo medieval, los *nobili* venecianos y los genoveses. Pero la democracia es más temible que todo eso; Mario y Sila, Cromwell y Robespierre, las cabezas sangrientas de dos reyes, las listas de proscripción y la dictadura nos hablan con palabras harto elocuentes de los "horrores" de la democracia. Es bien sabido, además, que ninguna de estas fórmulas pudo sostenerse largo tiempo en el poder. ¿Qué debía hacerse, pues? En vez de proceder en derechura, en vez de sacar de la imperfección o más bien de la humanidad de toda forma de Estado la conclusión de que el Estado mismo es la causa de todos estos actos inhumanos y de que es inhumano él mismo, se tranquilizaron pensando que la inmoralidad era inherente tan sólo a las *formas* de gobierno, se llegó, partiendo de las anteriores premisas, al resultado de que tres factores inmorales pueden crear un producto moral y se creó la monarquía constitucional.

El primer postulado de la monarquía constitucional es el del equilibrio de los poderes, y este postulado expresa del modo más perfecto el miedo de la humanidad a sí misma. No he de hablar del ridículo absurdo y de la total irrealizabilidad de este principio; me limitaré a indagar si se le aplica en la Constitución inglesa y procederé, como he prometido, de un modo puramente empírico, tan empírico, que es posible que nuestros políticos empíricos piensen incluso que me excedo. No

me fijaré, pues, en la Constitución inglesa de los "Comentarios" de Blackstone, de las quimeras cerebrales de Lolme[121] o de la larga serie de estatutos constituyentes de la *Magna Charta*[122] hasta llegar a la ley de reformas, sino en la Constitución existente en la realidad.

Veamos en primer lugar lo que se refiere al elemento monárquico. Todo el mundo sabe lo que pasa con el monarca soberano de Inglaterra, sea rey o reina. El poder de la corona se reduce en la práctica a cero, y si aún necesitara prueba un hecho tan notorio para el mundo entero como éste, la tendríamos en la circunstancia de que hace más de cien años que ha cesado toda lucha contra la corona y de que hasta los cartistas democrático-radicales saben emplear su tiempo en algo mejor que en esta lucha.

¿Dónde se halla, pues, la tercera parte del poder legislativo que esa teoría asigna a la corona? Y, sin embargo hay que idear —y aquí es donde el miedo llega a su cúspide—, que la Constitución inglesa no puede existir sin la monarquía. Prescindid de la corona, de la "cúspide subjetiva", y todo el artificial edificio caerá por tierra. La Constitución inglesa es una pirámide invertida; la punta es, al mismo tiempo, la base. Y cuanto más insignificante se torna en la realidad el elemento monárquico, más importante se vuelve para los ingleses. Sabido es que en ninguna parte es la personalidad que reina pero no gobierna objeto de tanta adoración como en Inglaterra. Los periódicos ingleses sobrepujan a los alemanes en cuanto a su servilismo de esclavos ante la realeza. Este repugnante culto del rey en cuanto tal, la adoración de la representación misma, completamente vacua y despojada de todo contenido, mejor dicho, no de la representación, sino de la *palabra* "rey", constituye precisamente la más alta expresión de la monarquía, lo mismo que la adoración de la *palabra* "Dios" es la expresión más alta de la religión. La palabra rey es la esencia del Estado, al igual que la palabra Dios es la esencia de la religión, aunque ninguna de las dos palabras signifiquen nada. Lo importante en ambas cosas es simplemente que lo principal que aparece detrás de las dos palabras, a saber, el hombre, no pueda decir lo que siente y quiere.

Viene luego el elemento aristocrático. Éste no sale, por lo menos en la esfera que le asigna la Constitución, mejor parado que la corona. Las burlas que desde hace más de cien años se acumulan sobre la Cámara de los Lores han ido convirtiéndose de tal modo en parte integrante de la opinión pública, que esta rama del poder legislativo es considerada por lo general como un asilo de inválidos para estadistas jubilados y el otorgamiento de un título de Par del reino es reputado casi como un insulto por cualquier miembro de la Cámara de los Comunes aún no retirado de la circulación, con lo cual fácil es comprender cuán poco respeto se siente por el segundo de los poderes del Estado instituido por la Constitución.

Y la verdad es que la actividad de los lores en la Cámara alta ha ido degenerando en un puro formalismo inoperante, que sólo rara vez se eleva a una especie de energía saliendo del letargo, como ocurrió de

1830 a 1840, durante la dominación de los *whigs*; pero, incluso en estas ocasiones vemos que los lores no son fuertes por lo que representan en sí mismos, sino por el partido que tiene en ellos sus más puros representantes, el partido de los *tories*; y la Cámara alta, cuya principal ventaja, en la teoría constitucional, reside en ser independiente por igual de la corona y del pueblo, depende en realidad de un partido, es decir, del estado de la opinión pública, como depende también de la corona, a través del derecho de ésta a nombrar los Pares del reino. Pero, cuanto más impotente va haciéndose la Cámara de los Lores, más se afianza en la opinión pública. Los partidos constitucionales, los *tories*, los *whigs* y los radicales, se aferran todos por igual cuando piensan en la posibilidad de que sea abolido este vacuo formalismo y, por su parte, los radicales observan, cuando más, que los lores, único poder irresponsable de la Constitución, representan una anomalía y proponen que el título hereditario de Par del reino se sustituya por otro electivo.

Es, una vez más, el miedo a la humanidad el que mantiene en pie esta forma vacía, y los radicales, que reclaman una base puramente democrática para la Cámara baja, impulsan este miedo todavía más que el resto de los partidos, pues, para que no desaparezca la desgastada y caduca Cámara de los Lores, tratan de infundirle cierto hálito de vida mediante la inyección de sangre popular. Los cartistas saben mejor lo que hay que hacer; saben que, ante los embates de una Cámara de los Comunes democrática, se vendría a tierra por sí mismo todo el carcomido tinglado de la corona, los lores y todo el resto del artilugio, razón por la cual no se torturan, como los radicales, con una posible reforma del título de Par.

Y así como la adoración de la corona ha ido en aumento en la misma proporción en que el poder de la corona decrecía, el respeto popular a la aristocracia ha crecido conforme iba disminuyendo y haciéndose más insignificante la influencia política de la Cámara alta. Y no es lo malo que se hayan mantenido en pie las más humillantes formalidades de la época feudal, que los miembros de la Cámara de los Comunes, cuando se presentan ante los lores con carácter oficial, deban permanecer en pie y sombrero en mano ante los Pares, que los reciben sentados y cubiertos y dirigirse a un noble con la fórmula oficial de "*May it please your lordship*" ("Si así place a Vuestra Señoría"), etc. Lo peor de todo es que todos estos formulismos expresan realmente la opinión arraigada en el pueblo de que un lord es un ser de categoría superior y responden al respeto que se siente por los árboles genealógicos, los títulos altisonantes, las viejas estirpes familiares, etc., que a nosotros, los continentales, nos parece un culto tan asqueroso y repugnante como el culto a la corona.

También este rasgo del carácter inglés revela la adoración por una palabra vacua e inexpresiva, la idea perfectamente obsesiva, la idea fija de que una gran nación, de que la humanidad y el universo no pueden vivir sin la palabra aristocracia.

Pero, hay que decir que, en la realidad, la aristocracia sigue teniendo

todavía, a pesar de todo, una influencia considerable; sin embargo, del mismo modo que el poder de la corona es el poder de los ministros, es decir, de los representantes de la mayoría en la Cámara de los Comunes, habiendo tomado, por tanto, otros derroteros que los señalados por la Constitución, el poder de la aristocracia no consiste precisamente en su derecho a ocupar un asiento hereditario en los escaños del poder legislativo. La fuerza de la aristocracia reside en sus enormes propiedades territoriales, reside en su riqueza, y esta fuerza es compartida, por tanto, con todos los demás ricos, aunque no sean nobles; el poder de los lores no se afirma en la Cámara alta, sino en la Cámara de los Comunes, y esto nos lleva de la mano al poder legislativo que debe, según la Constitución, representar al elemento democrático.

[*Vorwärts!*, núm. 76,
21 de septiembre de 1844]

Si la corona y la Cámara de los Lores son impotentes, necesariamente tiene que concentrarse todo el poder en la Cámara de los Comunes, y así sucede, en efecto. En realidad, es la Cámara baja la que hace las leyes y las administra por medio de los ministros, que son un comité ejecutivo de la misma cámara. Por tanto, dada esta omnipotencia de la Cámara de los Comunes, Inglaterra debería ser una democracia pura, aunque existan nominalmente las otras dos ramas de la legislatura, y lo sería, si el elemento democrático lo fuese realmente. Pero nada más lejos de la realidad. Al redactarse la Constitución, después de la revolución de 1688, quedaron intactos en su composición los municipios; las ciudades, las zonas y los distritos electorales que antes tenían derecho a elegir un diputado, conservaron este derecho, que no era, ni mucho menos, un "derecho general humano" de carácter democrático, sino un privilegio perfectamente feudal, que todavía en el reinado de Isabel se confería por la corona a muchas ciudades hasta ahora no representadas, de un modo completamente arbitrario y como una concesión graciosa del monarca.

Hasta el mismo carácter de representación que tenían, por lo menos al principio, las elecciones a la Cámara de los Comunes lo perdieron muy pronto por la "evolución histórica". La composición de la antigua Cámara baja es bien conocida. En las ciudades, la renovación de los diputados estaba, en ocasiones, en manos de un individuo, y otras veces en manos de una corporación cerrada; eran pocas las ciudades abiertas, es decir, que contaban con un número suficientemente grande de electores, y en ellas el último resto de verdadera representación veíase contrarrestado por la más descarada corrupción. Las ciudades cerradas se hallaban casi siempre bajo la influencia de un individuo, que era generalmente un lord; y en los distritos electorales del campo se encargaba la omnipotencia de los terratenientes de ahogar cualquier reacción un poco libre e independiente entre el pueblo, por lo demás políticamente

inerte. La vieja Cámara de los Comunes no era otra cosa que una corporación medieval cerrada, independiente del pueblo, la consumación del derecho "histórico", incapaz de aducir ni un solo argumento razonable real o aparente en apoyo de su existencia, que se imponía a pesar de la razón, y así se explica que pudiera negar en 1794, por medio de su Comité, que fuese una asamblea de representantes e Inglaterra un estado representativo.[a]

Para una Constitución de este tipo tenía que ser forzosamente revolucionaria y reprobable la teoría del Estado representativo, e incluso la de la monarquía constitucional corriente con una cámara representativa, y por eso tenían toda la razón los *tories* cuando condenaban la propuesta de reformas como abiertamente contraria a la letra y al espíritu de la Constitución y como un conjunto de medidas encaminadas a socavarla. No obstante, las reformas fueron aprobadas, y vamos a ver enseguida qué hicieron de la Constitución inglesa y en especial de la Cámara de los Comunes.

En primer lugar, se mantuvieron en pie las condiciones para la elección de los diputados en los distritos rurales. Los electores, en estos distritos, son casi todos arrendatarios, que dependen totalmente de los propietarios de la tierra, ya que éstos, que no firman nunca contrato, pueden desahuciarlos en cualquier momento. Los diputados de los condados (por oposición a los de las ciudades) siguen siendo, lo mismo que antes, diputados de los terratenientes, pues sólo en las épocas de grandes conmociones, como en 1831,[123] se atreven los colonos a votar en contra de los propietarios de tierras. Más aún, la ley de reformas vino a empeorar todavía más las cosas, al aumentar el número de diputados por los condados. De aquí que de los 252 diputados de esta clase puedan los *tories* contar siempre, por lo menos, con 200, siempre y cuando no reine entre los colonos una agitación general que no aconseje la injerencia de los terratenientes.

En las ciudades se implantó, por lo menos en cuanto a la forma, un sistema de representación, concediéndose el derecho de voto a todo inquilino que pagase por lo menos diez libras esterlinas anuales de alquiler por su casa-habitación y que abonase, además, impuestos directos (el de beneficencia, etc.). Este sistema excluye a la inmensa mayoría de las clases trabajadoras, ya que, como es natural, sólo las gentes casadas viven en casa aparte, y si bien es cierto que una gran parte de estas casas rentan diez libras anuales de alquiler, los inquilinos de las clases a que nos referimos eluden casi siempre el pago de impuestos directos, razón por la cual no se les considera como electores. Si se aplicara el principio cartista del sufragio universal, se triplicaría por lo menos el número de votantes.

a *Second Report of the Committe of Secrecy, to whom the Papers referred to in His Majesty's Message on the 12. May 1794, were delivered.* ["Segundo informe del Comité secreto a quien fueron entregados los documentos a que se refiere el Mensaje de Su Majestad del 12 de mayo de 1794"]. En *Bericht über die Londoner revolutionären Gesellschaften* [Informe sobre las sociedades revolucionarias de Londres], Londres, 1794, pp. 68 ss. [Nota de *Engels.*]

Las ciudades se hallan, por tanto, electoralmente, en manos de la clase media y, en las pequeñas ciudades, ésta, a su vez, depende con frecuencia —directa o indirectamente— de los terratenientes, a través de los colonos, que son los principales clientes de los tenderos y los artesanos. La aparente representación solamente se acerca más o menos a una representación real; en las grandes ciudades puede la clase media imponer realmente a sus candidatos, y también en las pequeñas ciudades fabriles, como Lancashire, donde la clase media es insignificante en número como la clase agrícola lo es en cuanto a influencia y en las que, por tanto, una minoría de la clase obrera puede arrojar un peso decisivo sobre la balanza electoral. De ahí que estas ciudades, por ejemplo las de Ashton, Oldham, Rochdale, Bolton, etc., envíen al parlamento casi exclusivamente a diputados radicales. La ampliación del derecho de sufragio conforme a los principios de los cartistas conquistaría para este partido, aquí como en todas las ciudades fabriles, la mayoría de los electores.

Pero, aparte de estas diversas influencias, en la práctica muy complicadas, se hacen valer una serie de intereses locales muy variados y se impone, en definitiva, una influencia muy importante: la del soborno. En el primer artículo de esta serie decíamos ya cómo la Cámara de los Comunes había declarado por medio del Comité sobre el soborno que había sido elegida gracias a la corrupción, y Thomas Duncombe, el único miembro de ella resueltamente cartista, hace mucho que lanzó a la Cámara de los Comunes, sin recato alguno, la afirmación de que ni uno solo de los que se sentaban en sus escaños, ni siquiera él mismo, podía decir que hubiese llegado allí por la libre elección de los votantes, sin la mediación del soborno. En un mitin celebrado el verano pasado en Manchester, declaró Richard Cobden, diputado por Stockport y dirigente de la Liga contra las leyes cerealistas, que la corrupción alcanzaba actualmente un grado más alto que nunca, que en el club *tory* Carlton y en el club liberal de la Reforma las actas de diputados por las ciudades se remataban literalmente al mejor postor y que dichos clubs actuaban como intermediarios en tales transacciones —a cambio de tantas más cuantas libras esterlinas, garantizamos tal o cual acta de diputado, etc. A todo esto hay que añadir, por si fuera poco, la manera tan poco limpia de hacerse las elecciones, el estado general de embriaguez en que se emiten los votos, las tabernas en que los electores se emborrachan a costa de los candidatos, el desorden, las reyertas y el tumulto de la masa electora en las casillas electorales, y se comprenderá sobre qué bases tan endebles descansa la representación de los diputados, otorgada por un periodo de *siete* años.

[*Vorwärts!*, núm. 77,
25 de septiembre de 1844]

Hemos visto que tanto la corona como la Cámara alta han perdido su significación; hemos visto también cómo y por qué procedimientos

se recluta la omnipotente Cámara de los Comunes. Cabe, ahora, preguntarse: ¿Quién gobierna, pues, en rigor a Inglaterra? La respuesta es: en Inglaterra gobierna la propiedad. La propiedad permite a la aristocracia dominar las elecciones de los diputados procedentes de las zonas rurales y de las pequeñas ciudades; la propiedad permite a los comerciantes y los industriales decir quiénes han de salir diputados en las elecciones de las grandes ciudades, y a veces en las ciudades pequeñas; la propiedad permite que la influencia de aquélla y de éstos se imponga por medio del soborno. En la ley de reformas se reconoce expresamente por medio del censo de fortuna el poder de la propiedad. Y como la propiedad y la influencia lograda por medio de ella constituyen la esencia de la clase media; como, además, en las elecciones la aristocracia hace valer su propiedad, lo que quiere decir que no actúa como tal aristocracia, sino que se equipara a la clase media; y como, por último, la influencia de la clase media es, en conjunto, mucho mayor que la de la aristocracia, podemos afirmar que la que impera es, en rigor, la clase media. Pero, ¿cómo y por qué impera? Porque el pueblo no ve claro en lo tocante a la propiedad, porque —por lo menos, en el campo— se halla todavía, espiritualmente, en estado de inercia y se resigna, por tanto, a la tiranía de la propiedad. Cierto que Inglaterra es una democracia, pero a la manera como es una democracia en Rusia; porque el pueblo domina en todas partes sin conciencia de su poder y el gobierno es en todos los Estados simplemente una manera de expresar el grado de cultura del pueblo.

No resulta fácil retrotraerse de esta práctica de la Constitución inglesa a su teoría. La práctica se halla en flagrante contradicción con la teoría; son dos términos tan ajenos el uno del otro, que no guardan la menor semejanza entre sí. De una parte, la trinidad del poder legislativo, de la otra la tiranía de la clase media; de un lado, el sistema bicameral, del otro una Cámara de los Comunes omnipotente; aquí la prerrogativa regia, allí el ministerio elegido por la Cámara baja, en uno de los lados, una Cámara alta independiente, con legisladores a título hereditario, en el otro un asilo de inválidos para diputados jubilados. Cada una de las tres partes integrantes del poder legislativo se ha visto obligada a ceder sus prerrogativas a otro elemento: la corona al ministerio, es decir, a la mayoría de la Cámara de los Comunes, los lores al partido *tory*, es decir, a un elemento popular, y a los Pares encargados de crear ministros, o sea, en cierto modo, a un partido popular también, y los Comunes a la clase media o, lo que tanto vale, a la minoría política de edad del pueblo.

La Constitución inglesa ya no existe para nada en la realidad, y todo el tedioso proceso de la legislación es una pura farsa; la contradicción de teoría y práctica se ha hecho tan clamorosa, que difícilmente podrá sostenerse ya por mucho tiempo, y aun cuando la emancipación católica, de la que hablaremos más adelante, y la reforma del parlamento y los municipios levantasen un poco la fuerza vital de la caduca Constitución, estas medidas entrañan por sí mismas el reconocimiento de la

poca confianza que inspira el mantenimiento de la Constitución e incorporan a ella elementos que se hallan en contradicción con sus principios fundamentales y que, por consiguiente, vienen a agrandar todavía más el conflicto, poniendo a la teoría en contradicción consigo misma.

Hemos visto cómo la organización de los poderes en la Constitución inglesa descansa totalmente sobre el miedo. Pero este miedo se acusa todavía con mayor fuerza en las reglas conforme a las cuales procede la legislación, en los llamados *Standing orders*.[b] Toda propuesta de ley debe ser leída en cada una de ambas Cámaras tres veces consecutivas, con un determinado intervalo de tiempo; después de la segunda lectura, pasa a un comité encargado de examinarla minuciosamente; en los casos más importantes; la Cámara, a través de un comité en que está representada toda ella, decide tomar la propuesta de ley en consideración y designa a un relator que, al terminar la deliberación, presenta a la misma Cámara que ha estado deliberando, con la mayor solemnidad, un informe acerca del asunto en cuestión. ¿No es esto, dicho sea de paso, el más hermoso ejemplo que un hegeliano podría apetecer acerca de la "trascendencia dentro de la inmanencia y de la inmanencia dentro de la trascendencia"? "El saber de la Cámara de los Comunes acerca del comité es el saber del comité acerca de sí mismo", y el relator es la "absoluta personalidad del mediador, en la que ambos son idénticos".

De este modo, cada proyecto de ley es objeto de deliberación durante ocho veces consecutivas, antes de que esté en condiciones de recibir la regia sanción. Como es natural, todo este ridículo procedimiento no responde más que al miedo a la humanidad. Se comprende que el progreso es la esencia de la humanidad, pero no se tiene el valor de proclamar abiertamente el progreso; se promulgan leyes que aspiran a tener vigencia absoluta y que tratan, por tanto, de poner restricciones al progreso; y con la reserva del derecho a modificar las leyes se deja entrar de nuevo por la puerta trasera al progreso que acaba de negarse. Pero, ¡con mucho cuidado, no vaya a entrar demasiado de prisa, precipitadamente! El progreso es revolucionario, es peligroso y hay que ponerle, por lo menos, fuertes trabas; antes de decidirse a reconocerlo, hay que pensarlo ocho veces seguidas. Pero este miedo, nulo de por sí y que sólo demuestra una cosa, que los miedosos no son todavía hombres libres y verdaderos, tienen necesariamente que fracasar también con sus medidas. En vez de garantizar una deliberación más cuidadosa de las propuestas de ley, las repetidas lecturas de éstas se convierten en la práctica en un trámite superfluo y en un puro formulismo. La deliberación fundamental se concentra de ordinario en la primera o en la segunda lectura y, a veces, en los debates del comité, según le convenga a la oposición.

Pero cuando mejor se da uno cuenta de toda la inutilidad de esta multiplicación de los debates es cuando se piensa que la suerte de cada proposición está ya decidida de antemano, y en los casos en que *no* se

[b] Reglamentos vigentes.

decide, en el debate no se delibera sobre la propuesta misma, sino sobre la existencia o inexistencia de un ministerio. Por consiguiente, el resultado de toda esta farsa, repetida ocho veces, no es una deliberación más tranquila llevada a cabo en la misma Cámara, sino algo completamente distinto, que no entraba para nada en los propósitos de quienes introdujeron la farsa. La larga duración de las deliberaciones da tiempo a la opinión pública para poder formarse un juicio acerca de las medidas propuestas y, en caso necesario, para poder oponerse a ellas por medio de mítines y peticiones, en ocasiones con éxito, como se ha demostrado el año pasado con la propuesta de ley sobre educación de sir James Graham. Pero esta no fue, como queda dicho, la finalidad perseguida originariamente, que podría alcanzarse de un modo mucho más sencillo.

Y ya que hablamos de los *Standing orders*, podríamos mencionar, además, algunos otros puntos en los que se manifiesta el miedo de la Constitución inglesa y el carácter originariamente corporativo de la Cámara de los Comunes. Los debates de esta Cámara no son públicos; el acceso a las tribunas constituye un privilegio, que generalmente sólo se otorga por medio de una orden escrita de uno de los miembros. Durante la votación se despejan las galerías; pero esta ridícula parodia de secreto, contra cuya supresión se ha defendido siempre la Cámara con la mayor tenacidad, no es obstáculo para que al día siguiente publiquen los periódicos los nombres de los diputados que han votado en pro y en contra. Los miembros radicales de la Cámara no han podido conseguir nunca que se repartan copias auténticas de las actas de sesiones —todavía hace dos semanas fracasó una moción en este sentido—, razón por la cual se entiende que el impresor de los informes parlamentarios que aparecen en los periódicos es el único responsable de su contenido, pudiendo ser demandado por publicación de noticias calumniosas —incluso, legalmente, por el propio gobierno— por quien se sienta injuriado en cualquiera de los acuerdos o manifestaciones del parlamento, al paso que el verdadero autor de las injurias queda a cubierto de toda persecución judicial en virtud de su inmunidad parlamentaria.

Éste y multitud de otros puntos de los *Standing orders* revelan el carácter exclusivo y antipopular del parlamento reformado; y la tenacidad con que la Cámara de los Comunes se aferra a estas prácticas demuestra bien claramente que no tiene el menor deseo de convertirse de una corporación privilegiada en una verdadera asamblea de representantes del pueblo.

[*Vorwärts!*, núm. 78,
28 de septiembre de 1844]

Otra prueba de esto la tenemos en el privilegio del parlamento, en la posición excepcional de sus miembros ante los tribunales de justicia y en el derecho de la Cámara de los Comunes a ordenar la detención de quien tenga por conveniente. Implantado en su origen contra las transgresiones de una monarquía despojada desde entonces de todo poder, en

los últimos tiempos el privilegio se ha hecho valer solamente en contra del pueblo. En 1771, la Cámara se enfureció contra la insolencia de los periódicos que osaron dar publicidad a los debates, a lo que sólo la Cámara misma estaba autorizada, y trató de poner fin a dicha osadía ordenando la detención de algunos impresores, primero, y luego de los funcionarios que los pusieron en libertad. El intento fracasó, como no podía por menos, pero pone bien de manifiesto el sentido que a este privilegio del parlamento se atribuye, y el dicho fracaso demuestra que también la Cámara de los Comunes, a pesar de su arrogancia frente al pueblo, depende de éste y que, por tanto, tampoco la Cámara de los Comunes gobierna.

En un país en que "el cristianismo es parte integrante de las leyes del país" (*Christianity is part and parcel of the laws of the land*), la *Iglesia de Estado* forma necesariamente parte de la Constitución. Por su Constitución, Inglaterra es, esencialmente, un Estado cristiano y, además, un Estado cristiano fuerte y plenamente desarrollado. Estado e Iglesia se hallan, en Inglaterra, perfectamente fundidos y son inseparables el uno de la otra. Ahora bien, esta unidad de Estado e Iglesia sólo puede existir dentro de *una* confesión cristiana con exclusión de todas las demás, razón por la cual las sectas excluídas quedan por ello mismo anatematizadas naturalmente como heréticas y expuestas a la persecución política y religiosa. Tal es, en efecto, lo que sucede en Inglaterra. Desde siempre se las agrupa a todas en una sola clase, a la que, bajo el nombre de no conformistas o *dissenters*, se las excluye de toda participación en el Estado, entorpeciendo y prohibiendo su culto y castigándolo con penas. Y cuanto más violentamente se manifiestan estas otras confesiones en contra de la unidad de la Iglesia y el Estado, con mayor celo es defendida esta unidad por el partido imperante y convertida en una cuestión vital para el Estado. Por eso, cuando se hallaba en pleno apogeo el Estado cristiano en Inglaterra, estaba a la orden del día la persecución de los *dissenters* y sobre todo de los católicos, persecución menos violenta, sin duda, pero no menos universal ni menos perseverante que la de la Edad Media. La enfermedad se trocó de aguda en crónica y los súbitos y sanguinarios ataques de furia del catolicismo se convirtieron en frío cálculo, que la heterodoxia trataba de eliminar mediante una presión más suave, aunque más persistente. La persecución se desplazó al terreno secular, haciéndose con ello más insoportable. La falta de fe en los treinta y nueve artículos [124] dejó de considerarse como una blasfemia, pero solamente para convertirla en un crimen de lesa patria.

Pero los progresos de la historia siguieron su curso; el abismo entre la legislación de 1688 y la opinión pública de 1828 era tan grande, que en ese mismo año la misma Cámara se vio obligada a derogar las leyes más opresivas que estaban en vigor contra los *dissenters*. Fueron suprimidos los actos de prueba y los artículos religiosos de la ley sobre las corporaciones; [125] y al año siguiente se decretó la emancipación de los católicos, a pesar de la furiosa oposición de los *tories*. Los *tories*, repre-

sentantes de la Constitución, tenían plena razón al oponerse, ya que ni uno solo de los partidos liberales, sin excluir a los radicales, atacaba a la Constitución misma. También para ellos debía seguir siendo la base la Constitución, y, tomando la Constitución como base, sólo los *tories* eran consecuentes. Estos comprendieron y proclamaron que las medidas más arriba señaladas traerían consigo la caída de la Iglesia de Estado y arrastrarían también necesariamente a la Constitución; se daban cuenta de que el reconocer derechos cívicos activos a los *dissenters* equivalía de hecho a destruir la Iglesia de Estado y a sancionar los ataques en contra de ella; que representaba una reprobable inconsecuencia en contra del Estado el autorizar para tomar parte en el gobierno y en la legislación a los católicos, que reconocían la autoridad del Papa sobre el Poder público. Sus argumentos no pudieron ser rebatidos por los liberales, pero la emancipación se impuso a pesar de ello, y los pronósticos de los *tories* comenzaron a realizarse.

De este modo, la Iglesia de Estado ha quedado convertida en un nombre vacuo y sólo se distingue de las otras confesiones gracias a los tres millones de libras esterlinas que percibe todos los años como subvención y de algunos otros pequeños privilegios, los suficientes para mantener en pie la lucha contra ella. Figuran entre estos privilegios los tribunales eclesiásticos especiales en los que el obispo anglicano ejerce una jurisdicción exenta, aunque insignificante y cuya opresión consiste principalmente en las costas judiciales; otro privilegio de la misma naturaleza es el impuesto eclesiástico local, cuyos ingresos se destinan a costear el sostenimiento de los edificios puestos a disposición de la iglesia; los *dissenters* se hallan bajo la jurisdicción de dichos tribunales y tienen que abonar también este impuesto.

Pero no ha sido solamente la legislación *en contra* de la Iglesia la que ha contribuido a convertir la Iglesia de Estado en un nombre vacuo; al mismo resultado ha servido también la legislación *a favor* de ella. La Iglesia irlandesa ha sido siempre un mero nombre, una perfecta Iglesia de Estado o de gobierno, una completa jerarquía, desde el arzobispo hasta el vicario, a la que sólo le falta la parroquia y cuya misión consiste en predicar a las paredes y en cantar la letanía. La Iglesia anglicana tiene, ciertamente, un público, aunque se ve bastante desplazada por los *dissenters*, especialmente en Gales y en los distritos fabriles, pero sus bien remunerados pastores de almas no se preocupan gran cosa de sus ovejas. "Si queréis exponer al desprecio público y derribar a una casta de sacerdotes, no tenéis más que pagarla bien", dice Bentham, y las Iglesias anglicana e irlandesa atestiguan la verdad de este aserto. En el campo y en las ciudades de Inglaterra nada hay que tanto odie y desprecie el pueblo como un *church-of-England parson.*[c] Lo cual quiere decir algo, tratándose de un pueblo tan devoto como el inglés.

Huelga decir que cuanto más vacuo y carente de sentido se torna el nombre de la Iglesia de Estado, con más fuerza se aferra a ella el partido

c Cura de la Iglesia anglicana.

conservador, que es, en general, un partido resueltamente constitucional. La separación de la Iglesia y el Estado era capaz de hacer asomar las lágrimas a los ojos incluso al lord John Russell. Y no hay que decir, asimismo, que cuanto más vacuo se hace el nombre, más dura y más sensible se vuelve la opresión. De ahí que la Iglesia irlandesa sea la más odiada, porque es la más insignificante; su única finalidad consiste en enfurecer al pueblo, en recordarle que es un pueblo sojuzgado, al que el conquistador impone su religión y sus instituciones.

Inglaterra se halla ahora, por tanto, en el momento de transición de un Estado cristiano determinado a otro indefinido, a un Estado sin confesión determinada y que descansa sobre un término medio entre todas las confesiones existentes, un cristianismo indefinido. Claro está que también el viejo Estado cristiano definido se defendía contra la impiedad y la ley de 1699 sobre la apostasía la castiga también con la pérdida de los derechos civiles pasivos y con la carcel; esta ley jamás ha sido derogada, pero ha caído en desuso. Otra ley, procedente ésta del reinado de Isabel, prescribe que todo el que no asista a la iglesia el domingo sin excusa válida (y, si no me equivoco, incluso se prescribe que sea la Iglesia episcopal, ya que la reina Isabel no reconocía ninguna clase de capillas de confesión diferente) será obligado a cumplir con el precepto mediante una multa y la pena de prisión correspondiente. Esta ley se aplica todavía hoy con frecuencia en el campo; incluso aquí, en el civilizado Lancashire, a sólo dos horas de Manchester, hay algunos jueces de paz beatos —como hace catorce días hubo de denunciar ante la Cámara de los Comunes M. Gibson, diputado por Manchester— que condenan a penas que a veces no bajan de seis semanas de cárcel a una serie de gentes por no asistir los domingos a la iglesia.

Pero las leyes principales contra la impiedad son las que incapacitan a quienes no creen en un Dios o en los premios y castigos del más allá a emitir juramento y las que castigan la blasfemia. Blasfemia es todo lo que tiende a atraer el desprecio sobre la Biblia o la religión cristiana, así como la negación directa de la existencia de Dios, y está castigada con pena de cárcel, generalmente de un año, y con multas en dinero.

[*Vorwäts!*, núm. 80,
5 de octubre de 1844]

Pero también el Estado cristiano indefinido ha caído en decadencia, antes de haber obtenido el reconocimiento oficial por medio de la legislación. La ley sobre la apostasía, es, como hemos dicho, absoluta; el precepto de asistencia a la iglesia se halla también bastante anticuado y su aplicación es puramente excepcional; por su parte, la ley sobre la blasfemia comienza también a envejecer —gracias a la intrepidez de los socialistas ingleses, especialmente de Richard Carlyle— y sólo se la aplica en algún que otro sitio, en localidades especialmente beatas, como Edimburgo, por ejemplo, evitándose incluso, siempre que se puede, la

incapacitación para el juramento. El partido cristiano se siente tan débil, que él mismo se da cuenta de que la aplicación rigurosa de estas leyes acarrearía en breve tiempo su anulación, razón por la cual prefiere estarse quieto para que la espada de Damocles de la legislación cristiana siga, por lo menos, pesando sobre las cabezas de los impíos, a ver si surte algún efecto como amenaza e intimidación.

Aparte de las instituciones políticas positivas que hasta aquí hemos examinado, hay algunas otras cosas que deben examinarse, dentro del marco de la Constitución. Hasta ahora, apenas se ha hablado de los derechos del ciudadano; dentro de la Constitución propiamente dicha, el individuo no tiene en Inglaterra ninguna clase de derechos. Estos derechos existen solamente por la práctica o la vigencia de determinados estatutos que nada tienen que ver con la Constitución. Ya veremos cómo ha nacido esta peregrina división; por el momento, pasamos a hacer la crítica de aquellos derechos.

El primero de ellos es el derecho según el cual todo el mundo puede expresar sus opiniones sin que nadie se lo estorbe y sin necesidad de contar de antemano con la autorización del gobierno, o sea la libertad de prensa. Vista la cosa en su conjunto, es cierto que en ningún otro país rige una libertad de prensa tan extensa como en Inglaterra; y, sin embargo, vemos que esta libertad se halla aquí limitadísima. La ley de injurias, la ley de alta traición y la ley contra la blasfemia gravitan pesadamente sobre la prensa, y si las persecuciones contra la prensa no abundan, ello *no se debe tanto a la ley misma* como al miedo del gobierno a la inevitable impopularidad que cualquier paso dado contra la prensa llevaría aparejada. Los diarios ingleses de todos los partidos incurren diariamente en transgresiones de prensa tanto contra el gobierno como contra los individuos, pero se las deja pasar tranquilamente, aguardando a que llegue el momento de poder entablar un proceso político y, cuando la ocasión propicia se presenta, se emprende también la acción contra la prensa. Así sucedió con los cartistas en 1842 y así ha vuelto a suceder recientemente con los *repealers irlandeses*.[126] En Inglaterra, la libertad de prensa lleva cien años viviendo de misericordia, ni más ni menos que la libertad prusiana de prensa de 1842.

El segundo "derecho innato" (*birthright*) del inglés es el derecho de reunión pública, del que hasta hoy no disfruta ningún otro pueblo de Europa. Este derecho, aunque inveterado, se define en un estatuto posterior como "el derecho del pueblo a reunirse para discutir sus quejas y elevar a la legislatura peticiones encaminadas a satisfacerlas". Lo cual implica ya una restricción. Si como resultado de un mitin no se vota una resolución, el mitin adquiere un carácter dudoso, si es que no ilegal. En el proceso contra O'Connell la corona subrayó que los mítines celebrados y señalados como ilegales no habían sido convocados para aprobar peticiones. Pero la principal restricción es de carácter policíaco; el gobierno central o local puede prohibir de antemano cualquier mitin o interrumpirlo y disolverlo en el curso de su celebración, atribución de la que las autoridades hacen abundante uso, no sólo en Clon-

tarf, sino en la propia Inglaterra, cuando se trata de mítines cartistas o socialistas. Y ello no se considera como un atentado a los derechos innatos de los ingleses, porque los cartistas y los socialistas son pobres diablos y carecen, por tanto, de derechos; en estos casos, nadie protesta fuera del *Northern Star* [127] y del *New Moral World,*[100] razón por la cual nadie en el continente se entera de lo sucedido.

Tenemos también el derecho de asociación. Se declaran lícitas todas las asociaciones que persigan fines legales por medios también legales; pero cada una de ellas sólo deberá formar una gran sociedad de cada vez, pues no se admiten las asociaciones filiales. La creación de sociedades con ramificaciones locales dotadas de su organización especial sólo se permite para fines de beneficencia o de carácter pecuniario, mediante certificado del funcionario competente. Los socialistas logran que se les extienda un certificado de éstos para sus asociaciones a condición de alegar los fines indicados; a los cartistas, en cambio, se les ha denegado, a pesar de que copiaron en sus estatutos los de la sociedad de los socialistas. Se ven obligados a esquivar la ley, exponiéndose con ello a que una simple errata cometida por un miembro de la asociación cartista envuelva a ésta en las mallas de la ley. Pero, aun independientemente de esto, el derecho de asociación en su plenitud es un privilegio de los ricos; para constituir una asociación hace falta, sobre todo, dinero, y a la rica Liga contra las leyes cerealistas le resulta más fácil reunir cientos de miles de libras que a la pobre sociedad cartista o a la unión de mineros británicos costear simplemente los gastos de la asociación. Una asociación que no disponga de fondos no pesará nada ni podrá desarrollar agitación alguna.

[*Vorwärts!*, núm. 83,
16 de octubre de 1844]

El tan ensalzado derecho del *Habeas corpus,* que permite a cualquier acusado (exceptuando únicamente los casos de alta traición) pedir que se le deje en libertad provisional, mediante fianza, hasta que se incoe proceso, es también un privilegio de los ricos. Los pobres no pueden presentar fianza y tienen, por tanto, que resignarse a ir a la cárcel.

El último de estos derechos individuales es el de todo individuo a ser juzgado por sus iguales, y también este derecho es un privilegio de las gentes ricas. El pobre no es juzgado nunca por sus iguales, sino por sus enemigos natos, pues en Inglaterra existe una guerra abierta entre ricos y pobres. Para ser jurado hace falta reunir ciertos requisitos, de cuya estrechez da idea el hecho de que la lista del jurado de Dublin, ciudad de 250 000 habitantes, sólo incluye ochocientos nombres. En los últimos procesos seguidos a los cartistas en Lancaster, Warwick y Stafford, los obreros fueron juzgados por terratenientes y arrendatarios, en su mayoría *tories,* y por fabricantes o comerciantes, casi todos ellos *whigs,* y todos ellos sin disputa enemigos de los cartistas y de los obre-

ros. Pero aún hay más. Lo que se llama un "jurado imparcial" es algo verdaderamente inconcebible. Cuando hace cuatro semanas fue juzgado en Dublin O'Connell, hubo de comparecer ante un jurado compuesto por hombres que como protestantes y *tories* eran todos enemigos del reo. "Sus iguales" habrían sido católicos y *repealers*, pero tampoco éstos, a quienes habría sido posible recusar como amigos suyos. Un católico en el jurado habría hecho imposible el veredicto, todo veredicto que no fuese la absolución. En este caso, la injusticia salta a la vista; pero, en el fondo, otro tanto ocurre en todos los casos. El tribunal del jurado es, por esencia, una institución política, no jurídica; pero, como toda esencia jurídica tiene un origen político, en este tribunal se manifiesta la *verdadera* juridicidad, y el tribunal inglés del jurado, por ser el más desarrollado de todos, es la plasmación perfecta de la mentira jurídica y la inmoralidad.

Se comienza por la ficción de los "jurados imparciales"; y se pide a éstos que se olviden de cuanto en relación con el caso puedan haber oído o sabido antes de la vista del juicio, para juzgar única y exclusivamente con arreglo a lo que vean y escuchen ante el tribunal, ¡como si fuera posible semejante cosa! La segunda ficción es la del "juez imparcial", llamado a aplicar la ley y a cotejar sin la menor parcialidad, de un modo totalmente "objetivo", las alegaciones de ambas partes, ¡como si ello fuera posible! Más aún, se exige del juez, especialmente y pese a todo, que no ejerza la menor influencia sobre el juicio de los jurados, que no les inspire el veredicto; es decir, que el juez debe sentar las premisas necesarias para llegar a una conclusión, pero no debe extraer la conclusión por sí mismo; debe abstenerse de hacerlo, pues ello influiría sobre su modo de plantear las premisas. Todas estas posibilidades, inhumanidades y necedades y otras cien más se requieren y exigen simplemente para encubrir de un modo decoroso la necedad y la inhumanidad originarias. Pero la práctica no se deja engañar, la práctica puede más que nada, salta por encima de todos estos trámites; el juez da claramente a entender al jurado qué clase de veredicto debe éste emitir y el sumiso jurado emite el veredicto que de él se espera.

Prosigamos. El acusado debe ser protegido por todos los medios; es, como el rey, sagrado e inviolable y no puede cometer ningún desafuero; mejor dicho, no puede hacer nada, y si lo hace carece de validez. El acusado puede confesar su delito, pero no le sirve de nada. La ley ordena y prescribe que no se le preste crédito; creo que fue en 1819 cuando un marido acusó a su esposa de adulterio, después que ésta había confesado ante él su delito, con motivo de una enfermedad que creía mortal; pero el defensor de la mujer alegó que la confesión de la acusada no hacía prueba, y la denuncia fue desechada.[a]

La santidad del acusado se pone en práctica, además, en todo el formulismo jurídico de que se reviste al jurado inglés y que brinda tan ancho campo a los trucos cabalísticos de los abogados. Los ridículos

[a] Wade, *British History* ("Historia Británica"), Londres, 1838. [*Nota de Engels.*]

errores de forma que pueden acarrear la pérdida de un proceso rayan en lo increíble. El año 1800 se acusó a un hombre de falsificación de moneda, pero hubo de ser absuelto porque, antes de que recayera fallo condenatorio, su abogado defensor descubrió que en el billete de banco falsificado figuraba en abreviatura, con la palabra Bartw, el nombre del acusado, cuyo nombre completo era Bartholomew. El juez aceptó la objeción como fundada y decretó la absolución del reo.[e]

En 1827, fue acusada de infanticidio en Winchester una mujer, a la que se absolvió porque, en su veredicto, el jurado encargado de inspeccionar el cadáver aseguraba "bajo su juramento", en singular (The jurors of our Lord the King upon their oath present that, etc.), que se había comprobado tal y cual cosa, sin tener en cuenta que el jurado estaba formado por trece personas, razón por la cual no podía emitir un solo juramento, sino trece, por lo que habría debido decir, en plural: "Upon their oaths" ("bajo sus juramentos").[f]

Hace cosa de un año, fue pillado in fraganti y detenido, en Liverpool, un muchacho en el momento en que hurtaba a otro un pañuelo de bolsillo, una noche de domingo. Su padre alegó que el agente de policía lo había detenido ilegalmente, ya que hay una ley en la que se ordena que nadie podrá ejercer en domingo el trabajo con el que se gana la vida, deduciendo de aquí que la policía no podía detener a nadie en dicho día de la semana. El juez accedió a la protesta del padre, pero al examinar al muchacho resultó que éste confesaba ser ratero habitual, razón por la cual fue condenado a 5 chelines de multa, por ejercer su profesión un domingo.

Fácilmente podría seguir poniendo ejemplos, pero creo que los anteriores son bastante elocuentes. La ley inglesa santifica al acusado de un delito y se vuelve en contra de la sociedad a la que las leyes parece que debieran proteger. Como en Esparta, no se castiga el crimen, sino la estupidez de quien lo comete. Toda protección se vuelve en contra de aquel a quien se trata de proteger; la ley intenta amparar a la sociedad y la ataca; trata de proteger al acusado y lo lesiona, pues es evidente que quien carece de dinero para oponer a los rábulas oficiales un defensor no menos rabulístico tiene en contra suya todas las formas estatuidas en su defensa. Quien es demasiado pobre para nombrar un defensor o presentar los testigos necesarios está perdido, por muy poco dudoso que su caso sea. Sólo se le darán a conocer el acta de acusación y las deposiciones hechas ante el juez de paz e ignorará, por tanto, los detalles de las alegaciones hechas en contra suya (ignorancia que perjudica más que a nadie al acusado inocente); tendrá que contestar a la acusación una vez terminado el sumario y no podrá hablar más que una vez; si no lo despacha todo o falta un testigo, cuya presencia no ha considerado necesaria, estará perdido.

[e] *Op. cit.* [f] *Op. cit.*

[*Vorwärts!*, núm. 84,
19 de octubre de 1844]

Pero la culminación de todo es la norma según la cual los doce jurados deberán estar acordes en su veredicto.

Se les encierra en un cuarto, de donde no se les deja salir hasta que hayan llegado a la unanimidad o el juez comprenda que no se pondrán de acuerdo. Pero es algo tan inhumano y hasta tal punto va en contra de toda la naturaleza humana, que resulta ridículo exigir de doce personas que abriguen absolutamente la misma opinión acerca de un punto litigioso. Sin embargo, este modo de proceder es consecuente. La Inquisición tortura física o moralmente al acusado; el tribunal del jurado declara al reo sagrado y tortura a los testigos por medio de un interrogatorio que nada tiene que envidiar a los de los inquisidores; tortura incluso al jurado; éste tiene que entregar su veredicto aunque para ello se hunda el mundo; se mantiene preso al jurado hasta que el veredicto se emita; y si el jurado tiene el capricho o la testarudez de no pronunciarlo, se nombra un nuevo jurado, vuelve a verse el proceso, y así sucesivamente hasta que el acusado o los jurados se cansan de este juego y se rinden a discreción. Lo que demuestra bien claramente que la juridicidad es inseparable del tormento y que lleva consigo, pase lo que pase, la barbarie.

Por lo demás, no puede ser de otro modo. Cuando se quiere alcanzar una certeza matemática acerca de cosas que no admiten tal certeza, se cae necesariamente en la barbarie y en el absurdo. Y la práctica se encarga una vez más de sacar a la luz lo que hay por debajo de todo esto; en la práctica, el jurado no toma las cosas tan a pecho y quebranta su juramento, como no puede ser por menos, con la mayor tranquilidad del mundo. En 1824 no pudo ponerse de acuerdo un jurado, en Oxford. Uno de los jurados votó por la culpabilidad, los once restantes por la inocencia. Hasta que, por último, hicieron un convenio: el que disentía escribió en el acta de acusación "culpable", y se retiró; luego, se presentó el presidente con los otros once jurados, tomó el papel y puso delante "no" (Wade, *British History*). Un caso parecido a éste es el que cuenta Fonblanque, redactor del *Examiner*, en su obra *England under seven Administrations*.[128] El jurado no lograba tampoco ponerse de acuerdo, en vista de lo cual, agotados ya todos los otros recursos, se echó mano del sorteo; alguien tomó dos pajitas y se acordó adoptar el criterio de quien sacara la más larga.

Y ya que hablamos de las instituciones jurídicas, examinemos un poco más de cerca la cosa, para completar esta ojeada acerca de la situación jurídica reinante en Inglaterra. El Código penal inglés es, como se sabe, el más severo de Europa. Todavía en 1810, nada tenía que envidiar en cuanto a barbarie al código carolino;[129] el quemar, aplicar la rueda, descuartizar, sacar las entrañas de un cuerpo vivo, etc., eran castigos habituales. Cierto que de entonces acá se han abolido las atrocidades que más clamaban al cielo, pero quedan todavía entre las normas del códi-

go, intactas, no pocas infamias y brutalidades. Se castigan con la pena de muerte siete delitos (asesinato, alta traición, estupro, sodomía, robo con fractura, robo con violencia e incendio con propósito de asesinar), a los cuales no se limitó hasta el año 1837 la pena capital, que antes era mucho más extensa. Además, la ley penal inglesa conoce otras dos penas refinadamente bárbaras: la deportación, que condena al hombre a convertirse en bestia en medio de la sociedad, y el encarcelamiento en celda solitaria, que lo condena a lo mismo, pero por medio de la soledad. Ambos castigos se administran con la crueldad y la bajeza más rebuscadas para encanallar física, intelectual y moralmente a las víctimas de la ley y rebajarlos a una categoría inferior a la de las bestias. El delincuente deportado cae en un abismo tal de desmoralización y asquerosa bestialidad, que las mejores naturalezas no pueden resistir ni seis meses en estas condiciones; quien sienta ganas de leer los informes de testigos oculares acerca de lo que ocurre en la Nueva Gales del Sur y en la isla de Norfolk me dará la razón si afirmo que todo lo que más arriba decimos se queda todavía corto al lado de la realidad. El condenado a reclusión solitaria acaba volviéndose loco; a los tres meses de funcionar, la cárcel modelo de Londres hubo de transferir ya tres presos dementes al manicomio de Bedlam, sin hablar de la locura religiosa, cuyas víctimas pasan generalmente todavía por cuerdos.

Las leyes penales contra los delitos políticos se expresan casi exactamente en los mismos términos que las prusianas; especialmente, la "incitación al descontento" (*exciting discontent*) y el "lenguaje sedicioso" (*seditious language*) son conceptos que aparecen bajo las mismas vagas fórmulas, que tan amplio margen de arbitrio dejan a jueces y jurados. Y también las penas son, en estos casos, más severas que de costumbre; la categoría fundamental del castigo es la deportación.

Y si estas severas penas y estos vagos delitos políticos no revisten en la práctica tanta importancia como podría pensarse juzgando por la ley, ello es culpa, sobre todo, de la ley misma, envuelta en tal embrollo y confusión que un hábil abogado puede oponer siempre dificultades favorables al reo. La ley inglesa pertenece unas veces al derecho común (*common law*), es decir, al derecho no escrito tal como regía en el momento a partir del cual se comenzó a compilar los estatutos y que más tarde fue aglutinado por las autoridades jurídicas; otras veces pertenece, por el contrario, al derecho estatutario (*statute law*), consistente en una serie interminable de actos parlamentarios compilados desde hace unos quinientos años, actos que se contradicen los unos a los otros, implantando en vez de un "estado de derecho" un estado perfectamente antijurídico. Aquí, el abogado lo es todo; quien haya dedicado concienzudamente su tiempo a desenmarañar este embrollo jurídico, este caos de contradicciones, será todopoderoso ante un tribunal de justicia de Inglaterra. Como es natural, la inseguridad de la ley ha llevado de la mano a la fe en la autoridad de los fallos adoptados por anteriores jueces en casos semejantes, con lo que las cosas, lejos de aclararse, se complican todavía más, pues estos fallos se contradicen, a su vez, entre sí y el resul-

tado de la indagación dependerá, ahora, de la erudición y la presencia de espíritu del abogado. De otra parte, la inoperancia de las leyes penales inglesas se debe simplemente a la misericordia y a las consideraciones debidas a la opinión pública, aunque la ley no obliga al gobierno para nada a tenerlas en cuenta; y la violenta oposición con que actualmente tropieza la reforma de estas leyes revela que la legislatura no está dispuesta, ni mucho menos, a alterar este estado de cosas. No debe olvidarse nunca que lo que manda es la propiedad y que, por tanto, la gracia sólo se ejerce tratándose de delincuentes "respetables"; sobre los pobres, los parias, el proletariado, cae todo el rigor de la barbarie jurídica, sin que ni una sola voz se levante para protestar.

Por lo demás, este favor dispensado a los ricos aparece expresamente estatuido en la ley. Mientras que los delitos graves se castigan con las más duras penas, casi todos los delitos leves se hallan sancionados con multas en dinero, que, naturalmente, son las mismas para los pobres y los ricos, pero que a los ricos les tiene sin cuidado o les importan muy poco y a las que los pobres, en cambio, en el noventa por ciento de los casos, no pueden hacer frente, por lo cual, "por falta de pago" se les manda un par de meses a la cárcel a purgar la pena. Para convencerse de esta afirmación, basta leer las informaciones de la sección de sucesos o de policía del primer periódico inglés que caiga en nuestras manos. El mal trato dado a los pobres y el favor dispensado a los ricos en todos los tribunales de la nación es algo tan general, se practica de un modo tan desvergonzado y tan abiertamente hablan de ello los periódicos, que rara vez se puede leer uno de éstos sin dejarse llevar de la indignación. Así, vemos que los ricos son tratados siempre con la más exquisita cortesía, y por brutal que sea el crimen cometido por él siempre "inspira lástima a sus jueces", quienes por lo general se limitan a condenarlo a una irrisoria multa. En este sentido, es todavía mucho más inhumano que la ley misma el modo de administrarla: "*Law grinds the poor, and rich men rule the law*",[g] y "*there is one law for the poor, and another for the rich*",[h] son dichos que responden en un todo a la verdad y que desde hace mucho tiempo se consideran proverbiales. ¿Y cómo podría ser de otro modo? Tanto los jueces de paz como los jurados son gentes ricas, salidas de la clase media y que, por consiguiente, sienten parcialidad por sus iguales y una hostilidad innata contra los pobres. Y, tomando en cuenta la influencia social de la propiedad, que no vamos a discutir aquí, no cabe duda de que nadie puede extrañarse de que prevalezca este bárbaro estado de cosas.

De la legislación *directamente* social, en la que culmina la infamia, hablaremos más adelante. No podríamos exponer aquí este problema en todo su alcance.

Resumamos ahora los resultados de esta crítica de la situación jurídica vigente en Inglaterra. Lo que en contra de ella pueda decirse desde el punto de vista del "estado de derecho" es de todo punto indiferen-

[g] La ley oprime al pobre, mientras que el rico gobierna a la ley. [h] Hay una ley para el pobre y otra para el rico.

te. El hecho de que Inglaterra no sea una democracia oficial no puede prejuzgar *nuestro* criterio en contra de sus instituciones. Lo *único* que para nosotros tiene importancia es lo que hemos visto confirmado a cada paso: la clamorosa contradicción en que se hallan la teoría y la práctica. Todos los poderes de la Constitución, Corona, Cámara alta y Cámara baja, se han disuelto ante nuestros ojos; hemos visto asimismo que las Iglesias de Estado y los llamados derechos innatos de los ingleses no son más que nombres vacíos y que incluso el tribunal del jurado constituye en la realidad una mera ficción, que la ley misma carece de existencia; en una palabra, que el Estado erigido sobre una base legal determinada con toda precisión reniega de su base y la desprecia. El inglés no es libre por la ley, sino a pesar de ella, suponiendo que realmente sea libre.

Hemos visto, asimismo, a qué páramo de mentiras y de inmoralidad conduce esta situación; se rinde culto a simples nombres y se reniega de la realidad, no se quiere saber nada de ella, se ofrece resistencia a reconocer todo lo que realmente existe y lo que esa situación misma ha creado; la gente se engaña a sí misma y habla en un lenguaje convencional con categorías artificiales cada una de las cuales es una bofetada a la realidad; se aferra angustiosamente a estas vacuas abstracciones para no tener que confesarse que en la vida, en la práctica, los problemas giran en torno a cosas muy distintas. Toda la Constitución inglesa y toda la opinión pública constitucional no es más que una gran mentira, apoyada a su vez en una serie de pequeñas mentiras y encubierta por ellas, tan pronto como aquí o allá sale a la luz del día algo de su verdadera esencia. Y aunque se llegue a la convicción de que todos estos amaños no son más que pura mentira y ficción, la gente sigue aferrándose a ellos o, mejor dicho, se aferra todavía con mayor fuerza que antes, para que no se desarticulen las palabras vacías, las dos o tres letras acopladas sin formar sentido, pues estas palabras son, para estas gentes, el eje del mundo y, si desaparecieran, el mundo y la humanidad se hundirían en la noche de la hecatombe. Sólo con el más profundo asco puede uno alejarse de esta maraña de mentiras francas y solapadas, de hipocresía y engaño de sí mismo.

¿Podría semejante estado de cosas mantenerse en pie por mucho tiempo? Ni pensarlo. La lucha de la práctica contra la teoría, de la realidad contra la abstracción, de la vida contra las palabras huecas y sin sentido, en suma, del hombre contra la inhumanidad tendrá que librarse y no cabe duda alguna acerca de cuál será la decisión.

La lucha está ya ahí. La Constitución se siente estremecerse hasta en sus cimientos. Y de lo dicho se desprende cuál será el aspecto que ofrezca el inmediato futuro. Los nuevos y exóticos elementos que se perciben en la Constitución son de naturaleza democrática; y también la opinión pública, como veremos, se desarrolla en el sentido de la democracia; el próximo futuro de Inglaterra será la democracia, indudablemente.

Pero, ¿qué democracia? No la de la revolución francesa, que tenía

como reverso la monarquía y el feudalismo, sino *aquella* democracia cuyo reverso son la clase media y la propiedad. Así lo revela toda la trayectoria anterior. La clase media y la propiedad mandan; el pobre carece de derechos, es oprimido y pisoteado, la Constitución es renegada, se maltrata al pobre; en Inglaterra, la lucha de la democracia contra la aristocracia es la lucha de los pobres contra los ricos. La democracia hacia la que marcha Inglaterra es una democracia *social.*

Pero la democracia por sí sola no es capaz de curar los males sociales. La igualdad democrática es una quimera; la lucha de los pobres contra los ricos no puede ventilarse exclusivamente en el palenque de la democracia o de la política. Tampoco esta fase es otra cosa que un estado de transición, el último medio puramente político que todavía hay que ensayar y del que inmediatamente se desarrollará un nuevo elemento, un principio que necesariamente trascenderá de toda esencia política.

Este principio es el del socialismo.

# RÁPIDOS AVANCES DEL COMUNISMO EN ALEMANIA

[*The New Moral World*, núm. 25,
13 de diciembre de 1844]

Confiando en que vuestros compatriotas se alegrarán de saber algo acerca de los avances de nuestra causa común del lado de acá del Canal, les envío algunas líneas para su periódico. Me satisface, al mismo tiempo, poder mostrar que el pueblo alemán, aunque, como de costumbre, haya planteado con algún retraso la cuestión de la reforma social, está haciendo todos los esfuerzos por recuperar el tiempo perdido, pues la celeridad con que el socialismo avanza en este país es realmente pasmosa. Hace dos años, solamente dos personas se interesaban en general por los problemas sociales; un año atrás, vio la luz la primera publicación socialista. [130] Había, es cierto, unos cuantos centenares de comunistas en el extranjero, pero, como eran obreros, ejercían poca influencia y no podían lograr que esos escritos encontraran acogida entre las "clases altas". Además, el socialismo tropezaba con enormes obstáculos: censura de prensa, carencia de todo derecho de reunión y asociación, leyes despóticas y tribunales secretos con jueces pagados, dispuestos a castigar a quien de algún modo se atreviera a enseñar al pueblo a pensar.

Pues bien, pese a todo esto, ¿cuál es actualmente la situación, en Alemania? En vez de aquellos dos pobres diablos que escribían sobre temas de socialismo para un público que no sabía nada del asunto ni sentía el menor interés por él, hoy contamos con docenas de escritores capacitados, quienes predican el nuevo evangelio a miles de lectores, ávidos por ilustrarse acerca de cuanto guarde relación con el problema; tenemos diferentes periódicos, que mantienen una actitud socialista tan radical como lo consiente la censura, especialmente la "Gaceta de Tréveris" [131] y el "Vocero" [132] de Wesel; al amparo de la libertad de prensa, editamos en París una publicación [133] y, además, incluso entre las que se hallan bajo la influencia directa del gobierno, no hay una sola que no comente diariamente, con palabras muy laudatorias, el socialismo y la actuación de los socialistas.

A nuestros adversarios les falta el valor moral para atacarnos abiertamente. Y hasta los gobiernos se ven obligados a tratar con cierta benevolencia todos los movimientos *legales* que aspiran al socialismo. Por todas partes se fundan sociedades encaminadas a mejorar la situación de los obreros y a fomentar su desarrollo espiritual, y algunos de los más altos funcionarios del gobierno prusiano toman parte activa en estas asociaciones.

En una palabra, el socialismo se halla, en Alemania, a la orden del día, y en término de un año se ha formado un fuerte partido socialista

que ya en la actualidad infunde respeto a todos los partidos políticos y al que hacen la corte, especialmente, los liberales de este país. Hasta ahora, nuestro baluarte es la burguesía, hecho que tal vez sorprenderá al lector inglés desconocedor de que esta clase es, en Alemania, mucho menos egoísta y mucho más partidista e inteligente que la de Inglaterra, por la sencilla razón de que es más pobre. Pero esperamos que en corto tiempo contaremos con el apoyo de las clases trabajadoras, que deben formar siempre y en todas partes la fuerza y la parte principal de los partidos socialistas y que en Alemania han despertado de su letargo por la miseria, la opresión y la falta de trabajo, así como también por las insurrecciones producidas en las zonas industriales de Silesia y de Bohemia.[134]

No quiero dejar de mencionar, a este propósito, un cuadro de Hübner, uno de los mejores pintores alemanes, cuya obra de agitación en pro del socialismo ha hecho más por éste que cien manifiestos. El cuadro representa a unas cuantas mujeres silesianas llevando a un fabricante algunas piezas de lino tejido y reproduce de modo impresionante la riqueza dura de corazón, de un lado, y del otro la pobreza desesperada. El orondo fabricante aparece pintado con una cara roja e impasible como el bronce, en actitud de rechazar una pieza de lino, perteneciente a una de las mujeres; la trabajadora, a la que se cierran así todas las puertas para vender su tela, cae desmayada, rodeada por dos niños pequeños y sostenida apenas por un hombre de edad; un empleado examina una pieza, mientras quien la ofrece en venta aguarda angustiosamente el resultado de su examen; un hombre joven presenta a su abatida madre el mísero jornal obtenido por su trabajo; un viejo, una muchacha y un niño, sentados en un banco, aguardan su turno; dos hombres, cada uno de ellos con un fardo de lienzo rechazado a la espalda, se disponen a abandonar el local; uno de ellos aprieta el puño, lleno de rabia, mientras el otro, poniendo la mano en el brazo del vecino, apunta al cielo, como si dijera: no te preocupes, que hay un juez encargado de darle su castigo. Toda esta escena se desarrolla en un local frío y desagradable, con suelo de piedra; el fabricante es el único que pisa sobre un pedazo de alfombra; en el otro extremo de la pintura se ve una oficina lujosamente instalada, con magníficas cortinas y espejos, donde trabajan algunos empleados sin preocuparse para nada de lo que sucede a sus espaldas y donde vemos al hijo del fabricante, un joven necio y elegante, apoyado contra la pared, fumando un cigarro y mirando indiferente a las desventuradas mujeres. Este cuadro se ha exhibido en varias ciudades de Alemania y, como fácilmente puede comprenderse, ha dispuesto favorablemente a muchos espíritus en favor de las ideas sociales.

Hemos tenido, asimismo, la satisfacción de que Karl Lessing, el más prestigioso pintor histórico de nuestro país, haya venido también al socialismo. La realidad es que el socialismo ocupa, en la Alemania de hoy, una posición diez veces más fuerte que en Inglaterra. Esta misma mañana he leído en la "Gaceta de Colonia" [135] un artículo a cuyo autor habían atacado los socialistas por diversas razones. En este artícu-

lo se defiende de los ataques, ¿y en qué creéis que consiste su defensa? Lo que hace es mostrarse partidario del socialismo, con la única diferencia de que él desearía que se comenzara con reformas de orden político, mientras que nosotros queremos conseguirlo todo a la vez. Y téngase en cuenta que la *Gaceta de Colonia* es, por su influencia y su difusión, el segundo periódico de Alemania.

Es curioso, pero por lo menos en el norte de Alemania no se puede viajar a bordo de un vapor, en un vagón de ferrocarril o en una diligencia sin encontrarse con alguien que no haya asimilado, por lo menos, unas cuantas ideas sociales y se muestre de acuerdo en que es necesario hacer algo para reorganizar la sociedad. Acabo de regresar en estos días de un viaje en que he recorrido algunas de las ciudades vecinas y no he pasado por un solo lugar en que no me encontrara, por lo menos, con media docena o una docena de excelentes socialistas. En mi propia familia —muy devota y gubernamental— hay, por lo menos, seis miembros que son gentes convencidas, sin que ninguno de ellos haya sido influído por los demás. Tenemos adeptos entre personas de todos los medios, comerciantes, fabricantes, abogados, empleados del gobierno y oficiales del ejército, redactores de prensa, agricultores, etc. Se hallan en prensa gran número de escritos nuestros, aunque hasta el presente sólo han visto la luz tres o cuatro, y si en los próximos años logramos avances análogos a los de los doce últimos meses, estaremos en condiciones de llegar a formar una colectividad comunista.

Como pueden ver, los teóricos alemanes nos vamos convirtiendo en gentes prácticas. Se ha animado, en efecto, a uno de los nuestros a elaborar un plan de organización y los estatutos para una comuna eficiente, siguiendo el modelo de los planes de Owen, Fourier, etc., y recogiendo las experiencias de las colonias norteamericanas y del propio experimento llevado a cabo por los ingleses en Harmony,[89] del que confío que se desenvuelva bien. Este plan se discute y aprueba con diversas variantes en los diferentes lugares. Las personalidades literarias más activas entre los socialistas alemanes son el Dr. Karl Marx, en París; el Dr. Moses Hess, actualmente en Colonia; el Dr. Karl Grün, en París, Friedrich Engels, en Barmen (Prusia renana); el Dr. Otto Lüning, en Rheda, Westfalia; el Dr. Hermann Püttmann, en Colonia, y algunos otros escritores más.

Además de éstos se ha unido a nosotros Heinrich Heine, el más prestigioso de los poetas alemanes vivientes, quien ha publicado un volumen de poesías políticas, entre las que figuran algunas en las que se proclama el socialismo. Heine es el autor del famoso poema titulado "Los tejedores de Silesia", del que ofrezco aquí una traducción, aunque me temo que este poema sea considerado en Inglaterra como una blasfemia. No obstante, deseo que los ingleses lo conozcan. Como aclaración, haré notar únicamente que en él se alude al grito de combate de los soldados prusianos de 1813, "¡Con Dios, por el rey y por la patria!", convertido más tarde en lema o divisa del partido de los Leales. He aquí el texto del poema.[136]

Ni una sola lágrima en el ojo sombrío.
Sentados al telar, rechinan nuestros dientes.
Tejemos, ¡oh Alemania!, tu sudario
y en él entretejemos la triple maldición.
¡Tejemos y tejemos!

Maldecimos al Dios a quien oramos
Bajo el frío del invierno y las dentelladas del hambre
Vanas han sido nuestras esperanzas,
Pues ese Dios nos ha engañado, se ha burlado de nosotros.
¡Tejemos y tejemos!

Maldecimos al rey, que es el rey de los ricos,
El que no ha sabido paliar nuestra miseria,
El que nos estruja y arranca hasta el último centavo
Y hace que nos maten como a perros.
¡Tejemos y tejemos!

Maldecimos también a la mentida patria,
Donde sólo prosperan la infamia y la vileza.
Donde se marchita tempranamente toda flor,
Donde el moho y la podredumbre alimentan a los gusanos.
¡Tejemos y tejemos!

Vuela la canilla y cruje el telar;
Tejemos sin descanso, día y noche.
¡Vieja Alemania!, tejemos tu sudario
Y en él entretejemos la triple maldición.
¡Tejemos y tejemos!

Con este poema, que es, en su texto original, uno de los más impresionantes que conozco, me despido de ustedes por ahora, confiando en que pronto podré seguir informándoles acerca de nuestros progresos y de nuestra literatura social.

*Un viejo amigo de Alemania.*

[*The New Moral World*, núm. 37, 8 de marzo de 1845.]

Barmen, 2 de febrero de 1845.

Desde mi última carta, la causa del comunismo ha seguido haciendo rápidos progresos, lo mismo que hacia fines de 1844. Hace poco, he tenido ocasión de visitar diversas ciudades del Rin y en todas partes he comprobado que nuestras ideas han ido ganando y siguen ganando diariamente terreno, desde la última vez que estuve en estos lugares. Por todas partes he encontrado nuevos partidarios, que muestran la mayor energía deseable en la discusión y la difusión de la idea del comunismo.

En todas las ciudades de Prusia se han celebrado innumerables reuniones con el fin de crear agrupaciones encaminadas a poner coto a la creciente miseria, a la ignorancia y el crimen, entre las amplias masas de la población. Al principio, estas reuniones se convocaban al amparo del gobierno, pero más tarde fueron impedidas por éste, al ver que cobraban demasiada independencia; no obstante, encauzaron la atención pública hacia la cuestión social y contribuyeron muchísimo a la difusión de nuestros principios.

Los asistentes a la reunión celebrada en Colonia quedaron tan impresionados por los discursos de los comunistas principales, que fue designado un comité para elaborar los estatutos de la agrupación, formado en su mayoría por comunistas declarados. Y, como es natural, el contenido principal de los estatutos tomó como base los principios comunistas. Los artículos sobre la organización del trabajo, sobre la protección de los obreros contra el poder del capital, etc., fueron aprobados casi unánimemente por la asamblea. No se logró, naturalmente, la autorización del gobierno, sin la cual no puede, en nuestro país, celebrarse ninguna reunión pública; pero se celebraron estas asambleas a pesar de todo, y el problema de la comunidad fue puesto a discusión en toda Colonia.

En Elberfeld se proclamó como principio fundamental de la asamblea el postulado de *que todos los hombres tienen el mismo derecho a la cultura y a participar de los frutos de la ciencia.* Sin embargo, los estatutos no han sido aún aprobados por el gobierno y todo hace presumir que seguirán la misma suerte de los de Colonia, ya que los curas convocaron inmediatamente otra asamblea propia, al ver que era rechazado su plan, encaminado a convertir la agrupación en una sección filial de la misión de la ciudad. La agrupación liberal ha sido prohibida por el gobierno, quien apoya a la sociedad creada por los curas. Pero esto tiene poca importancia, ya que, una vez planteada la cuestión, se discute con carácter general en toda la ciudad. Se han creado otras agrupaciones en Münster, Kleve, Düsseldorf, etc., sin que sepamos hasta ahora con qué resultado.

En cuanto a la literatura comunista, se ha publicado una colección de trabajos sobre este tema debidos a la pluma de Hermann Püttmann, de Colonia,[137] entre los que figuran un escrito sobre las colonias norteamericanas y sobre la creada por los ingleses en Hampshire, lo que contribuirá a desechar el prejuicio existente acerca de la impracticabilidad de nuestras ideas. El señor Püttmann ha publicado, al mismo tiempo, el anuncio de una revista trimestral,[138] cuyo primer número se propone lanzar en el próximo mes de mayo y que se consagrará exclusivamente a la difusión de nuestras ideas. Los señores Hess, de Colonia, y Engels, de Barmen, iniciarán próximamente la publicación de otra revista mensual,[139] cuyo primer número verá la luz el próximo 1 de abril; esta revista recogerá solamente *hechos* que revelan el estado en que se halla la sociedad civilizada y la necesidad de una reforma radical de la sociedad por la fuerza de convicción de los hechos. En breve se publi-

cará un nuevo trabajo del Dr. Marx, un compendio de los principios de economía política y la política en general.[140] El Dr. Marx ha sido expulsado de París por una orden del gobierno conservador francés. Se propone trasladarse a Bélgica y, si la venganza del gobierno prusiano (que es el que ha instado a los ministros franceses a expulsar a Marx) lo persiguiera hasta allí, tendrá que irse a vivir a Inglaterra.

Pero el hecho más importante del que he sido informado después de mi última carta, es el de que se ha declarado comunista el Dr. Feuerbach, que es en la actualidad el mayor genio filosófico de Alemania. Un amigo nuestro lo visitó recientemente en su solitaria casa de campo, allá en un rincón apartado de Baviera, y oyó de sus labios que estaba absolutamente convencido de que el comunismo no era sino la necesaria consecuencia de los principios proclamados por él y representaba, en realidad, la *práctica* de lo que desde hacía muchos años venía predicando en el terreno de la teoría. Jamás, dijo Feuerbach, había encontrado tanto placer en la lectura de un libro como en la primera parte de las *Garantías* de Weitling.[141] Nunca he dedicado a nadie un libro, añadió, pero ahora me entraron ganas de dedicar a Weitling mi próximo trabajo. Casi se establece así la conexión entre los filósofos alemanes, cuyo representante más eminente es Feuerbach, y los obreros alemanes representados por Weitling, conexión pronosticada hace un año por el Dr. Marx.[142] Y si los filósofos piensan con nosotros y los obreros luchan a nuestro lado, ¿habrá ya algún poder sobre la tierra lo bastante fuerte para oponerse a nuestro progreso?

*Un viejo amigo de Alemania.*

[*The New Moral World*, núm. 46, 10 de mayo de 1845]

Estimado señor:

Impedido durante algún tiempo, por diversas causas, de escribirles acerca de la situación existente en Alemania, reanudo ahora mis informes, en la esperanza de que interesarán a sus lectores y de que podrán, de aquí en adelante, sucederse con menores interrupciones que hasta ahora.

Me alegra poder comunicarles que seguimos haciendo los mismos rápidos y constantes progresos que antes de mi última carta. Desde que les escribí por última vez, el gobierno prusiano ha considerado peligroso seguir apoyando las "Asociaciones en favor de las clases trabajadoras". Ha averiguado que estas asociaciones están en todas partes, por decirlo así, apestadas de comunismo, razón por la cual ha hecho cuanto estaba en sus manos por impedir, o al menos entorpecer, el ulterior desarrollo de estas sociedades. Por otra parte, la mayoría de los miembros de estas agrupaciones, integradas por elementos pertenecientes a la burguesía, se halla en la mayor perplejidad con respecto a los pasos que

podrían darse en beneficio del pueblo trabajador. Los comunistas demuestran sin dejar lugar a dudas que todas sus medidas —cajas de ahorros, primas a los mejores trabajadores, y otras por el estilo— no conducen a nada, razón por la cual han sido objeto de la mofa pública. De este modo, la intención de la burguesía, que no era otra que inducir a engaño a la clase obrera por medio de la hipocresía y la falsa filantropía, ha fracasado totalmente, habiéndosenos brindado una ocasión como rara vez puede depararse en un país con un gobierno policiaco-patriarcal: una experiencia en que el gobierno y las gentes de dinero cargaban con todas las costas y molestias, mientras que nosotros nos apuntábamos todos los beneficios.

No todas estas asambleas se utilizaban, sin embargo, para fines de agitación comunista. En Elberfeld, distrito industrial de la Prusia renana se celebraban reuniones comunistas periódicas. Los comunistas de esta ciudad fueron invitados por algunos de los vecinos más prestigiosos para discutir con ellos sus principios. La primera de estas reuniones se celebró en el mes de febrero y tuvo un carácter más bien privado. Tomaron parte en ella unas cuarenta o cincuenta personas, entre las que figuraban el fiscal del distrito y otros miembros de la judicatura y representantes de casi todas las empresas comerciales e industriales más importantes. El Dr. Hess, cuyo nombre he tenido ocasión de citar varias veces en estas columnas, abrió la reunión, proponiendo para presidirla, sin objeción alguna, al señor Koettgen, un comunista. Después de lo cual el mismo Dr. Hess pasó a hablar del estado actual de la sociedad y de la necesidad de abandonar el viejo sistema de la competencia, calificado por él como un sistema de verdadero bandidaje. Su intervención fue acogida con muchos aplausos (la mayoría de los asistentes eran comunistas). Enseguida, el señor Federico Engels (quien hace algún tiempo ha publicado en estas columnas algunos artículos sobre el comunismo en el continente) [143] habló extensamente sobre la viabilidad y las ventajas del sistema comunista. Citó, como prueba de sus afirmaciones, algunos detalles sobre las colonias comunistas de Norteamérica y sobre la que los ingleses han fundado en Harmony. Se entabló después una discusión muy agitada en la que el punto de vista de los comunistas fue defendido por las citadas personas y por otras, estando representada la oposición por el fiscal Dr. Benedix, una personalidad literaria, y algunos más. La reunión, que había comenzado hacia las nueve de la noche, se prolongó hasta la una de la madrugada.

La segunda reunión se celebró una semana más tarde en el salón del primer hotel de la ciudad. Colmaban el local multitud de "personas respetables" de la localidad. El señor Koettgen, presidente de la reunión anterior, hizo algunas observaciones acerca del estado futuro y las perspectivas de la sociedad desde el punto de vista de los comunistas. Luego, el señor Engels pronunció un discurso [144] en el que demostró (como puede deducirse del hecho de que nadie pidiera la palabra en contra) que la situación reinante en Alemania era tal, que en un periodo de tiempo muy corto engendraría necesariamente una revolución social,

que esta revolución no podría evitarse con ninguna clase de medidas encaminadas a fomentar el comercio y la industria y que el único medio de impedir tal revolución —que, de estallar, sería más espantosa que todas las conmociones conocidas del pasado— era la implantación y la preparación del sistema comunista. La discusión, en la que intervinieron del lado de los comunistas algunos señores juristas que con este fin habían acudido desde Colonia y Dusseldorf, volvió a animarse y se extendió hasta pasada la media noche. Se leyeron también algunas poesías comunistas del Dr. Müller, quien asistía personalmente a la reunión.

A la semana siguiente se celebró la tercera asamblea, en la que volvió a hacer uso de la palabra el Dr. Hess; se dio lectura, además, de algunos detalles relacionados con las colonias comunistas de Norteamérica, tomadas de un estudio impreso. Y de nuevo se abrió la discusión entre los reunidos.

Días después, circuló por la ciudad el rumor de que la siguiente reunión sería disuelta por la policía y de que ésta tenía órdenes de detener a los oradores. Se sabe, en efecto, que el alcalde de Elberfeld vio al propietario del hotel y le amenazó con retirarle la licencia de su negocio si autorizaba en sus locales nuevas reuniones de este carácter. En vista de ello, los comunistas se pusieron en contacto con el alcalde y el día anterior al fijado para la siguiente reunión recibieron una comunicación dirigida a los señores Hess, Engels y Koettgen, en la que el gobierno provisional, con gran lujo de textos de las leyes históricas y escritas, declaraba ilegales esta clase de reuniones y amenazaba con reprimirlas por la fuerza, si se insistía en celebrarlas. La anunciada reunión se celebró, no obstante, el sábado siguiente. El alcalde y el fiscal del distrito (quien no había vuelto a asistir a ninguna reunión, después de la primera) se presentaron, sostenidos por un pelotón de policías armados, enviados por ferrocarril desde Dusseldorf. Como es natural, en aquellas circunstancias no era posible pensar en discursos públicos. Los reunidos se dedicaron a comer sus bistecks y beber su vino, sin dar a la policía pretexto para intervenir.

Sin embargo, estas medidas sólo sirven para favorecer a nuestra causa. Quienes aún no sabían nada de ellas se sienten inducidos ahora a informarse acerca del asunto, en vista de la importancia que el gobierno le atribuye, y gran parte de los que habían asistido a la discusión sin conocer nuestras propuestas o para mofarse de ellas, se van a sus casas sintiendo mayor respeto hacia el comunismo. Respeto que en parte se debe también a la representación tan prestigiosa ostentada por nuestro partido. Apenas había una sola familia patricia y acomodada de la ciudad que no estuviese representada por uno de sus miembros o de sus parientes en la gran mesa de los comunistas. En resumen, la repercusión de estas reuniones sobre la opinión pública de todo el distrito industrial fue verdaderamente extraordinaria y, días después, quienes habían defendido públicamente nuestra causa se vieron literalmente asaltados por gran número de personas interesadas en conocer en qué libros y publicaciones podían obtener una visión de conjunto de todo el sistema co-

munista. Se nos ha dicho que hay el proyecto de publicar en breve las actas taquigráficas de las reuniones.

Se advierte una gran actividad en el campo de la agitación relacionado con la literatura comunista. El público se halla literalmente sediento de información y devora cuantos libros se publican sobre estos temas. El Dr. Püttmann ha publicado una colección de ensayos, entre los cuales figura un excelente artículo del Dr. Hess sobre los males de la sociedad actual y los medios para remediarlos, una descripción detallada de la situación en que se halla el pueblo trabajador de Silesia, con una historia de las sublevaciones producidas el año pasado, algunos estudios sobre el estado de la sociedad en Alemania y, por último, un informe sobre las comunas norteamericanas y la de Harmony, escrito por F. Engels, a base de los datos tomados de las cartas de Mr. Finch [145] y del artículo de "uno que ha empuñado la esteva del arado".[146] A pesar de la prohibición del gobierno prusiano, este libro se vendió rápidamente en todas partes. Han surgido una serie de revistas mensuales: "El Vapor Westfaliano" [147] que se publica en Bielefels, dirigido por Lünning, difunde ensayos populares sobre el socialismo e informaciones sobre la situación del pueblo trabajador; la *"Hoja popular"* [148] de Colonia acusa una decidida tendencia socialista, y el *"Espejo de la Sociedad"* de Elberfeld, que edita el Dr. Hess, ha sido creado expresamente para publicar los hechos que caracterizan el estado actual de la sociedad y defender los derechos de las clases trabajadoras. Se ha lanzado también una revista trimestral dirigida por el Dr. Püttmann con el título de "Anales Renanos", cuyo primer número está en prensa y aparecerá en breve.

Por otra parte, se ha declarado la guerra a los filósofos alemanes que se niegan a sacar consecuencias prácticas de sus teorías puras y afirman que el hombre no tiene otra cosa que hacer que cavilar acerca de problemas metafísicos. Los señores Marx y Engels han publicado una detallada refutación de los principios sostenidos por Bruno Bauer, y los señores Hess y Bürgers se disponen a refutar la teoría de Marx Stirner. Bauer y Stirner son los representantes de las últimas consecuencias a que lleva la filosofía alemana *abstracta* y, por tanto, los únicos adversarios filosóficos importantes del socialismo o, por mejor decir, del comunismo, ya que aquí la palabra socialismo engloba las distintas ideas confusas, vagas e indefinibles de quienes comprenden que hay que hacer algo, pero sin decidirse a abrazar sin reservas el sistema de la comunidad.

Se hallan también en prensa la *Crítica de la política y de la economía política,* del Dr. Marx, *La situación de la clase obrera en Inglaterra,* del señor F. Engels, *Anécdota, o colección de artículos sobre el comunismo* [149] y, en unos cuantos días más, se comenzará a traducir las mejores obras francesas e inglesas sobre la reforma social.

Dada la deplorable situación política en que Alemania se encuentra y el arbitrario proceder de sus gobiernos patriarcales, apenas existe otra posibilidad que la literaria para establecer contactos entre los comunistas de las diversas regiones. Las revistas, principalmente, los "Anales Renanos", sirven de centro a quienes abogan por el comunismo a través de la

prensa. Se establecen ciertos contactos por medio de los viajeros, pero eso es todo. Las agrupaciones son ilegales, e incluso la correspondencia no deja de representar un cierto peligro, pues en los últimos tiempos están desplegando una desusada actividad los "gabinetes secretos". Solamente por los periódicos hemos podido enterarnos de la existencia de dos agrupaciones comunistas en Posen y en las montañas de Silesia. Se informa de que en Posen, capital de la Polonia prusiana, un grupo de personas jóvenes crearon una sociedad secreta basada en principios comunistas y que abrigaban el designio de apoderarse de la ciudad; pero el complot fue descubierto a tiempo de impedir su realización. Eso es todo lo que sabemos acerca del asunto. Se sabe también con seguridad que han sido detenidos gran número de jóvenes de familias polacas aristocráticas y acomodadas, que de entonces acá (desde hace más de dos meses) se han doblado todos los puestos de guardia, a los que ahora se provee de munición reforzada, y que han huído, sin poder ser detenidos todavía por las autoridades, los muchachos de 12 y 19 años, los hermanos Rymarkiewicz. Gran número de los detenidos oscilan entre los 12 y los 20 años. De la otra llamada conspiración, la de las montañas de Silesia, se dice que adquirió una gran extensión y que perseguía también fines comunistas. Se afirma que los sublevados se proponían tomar la fortaleza de Schweidnitz, apoderarse de toda aquella zona montañosa y dirigir desde allí un llamamiento al sufrido pueblo trabajador de toda Alemania. Nadie podría decir hasta qué punto responde esto a la verdad; pero es lo cierto que también en esta desdichada comarca se ha procedido a detener a gentes a base de las declaraciones de un espía policíaco, y se sabe que un rico fabricante, el señor Schlöffel, ha sido conducido a Berlín acusado ante los tribunales como presunto dirigente de la conspiración.

Las agrupaciones de comunistas alemanes entre las clases trabajadoras, en Suiza, Francia e Ingaterra, siguen muy activas, aunque en Francia y en algunas partes de Suiza muy hostigadas por la policía. Los periódicos han dado la noticia de que han sido expulsados de la ciudad y del cantón unos sesenta miembros de la agrupación comunista de Ginebra. A[ugust] Becker, uno de los comunistas suizos de más talento, ha publicado una conferencia pronunciada por él en Lausana bajo el título de *¿Qué quieren los comunistas?* Esta conferencia figura entre lo mejor y más ingenioso que conocemos en esta materia. Valdría la pena traducirla al inglés, y sería magnífico si alguno de sus lectores, suficientemente familiarizado con el alemán, se animara a emprender esta traducción.

Confío en que podré seguir enviándoles informes de vez en cuando. Atentamente,

*Un viejo amigo de Alemania.*

# [DOS DISCURSOS EN ELBERFELD][150]

[*Rheinische Jahrbücher zur gesellschaftlichen Reform,* 1845, t. I, pp. 45-62 y 71-81.]

## [I]

Señores: vivimos, como acabáis de oír y como todo el mundo sabe, en un mundo de libre competencia. Veamos, pues, un poco de cerca qué es la libre competencia y el orden sobre que descansa el mundo generado por este principio.

En la sociedad en que vivimos cada cual trabaja por su cuenta y para sí, cada cual trata de enriquecerse por sus propios medios y nadie se cuida para nada de lo que hacen los demás. Nadie piensa en una organización racional ni en una distribución de los diversos trabajos, sino que, por el contrario, cada uno procura disputarle la delantera al otro, aprovecharse de las ocasiones propicias que se le brindan para su particular beneficio, sin que tenga tiempo ni ganas para pararse a recapacitar en que su propio y personal interés coincida, en el fondo, con el del resto de la sociedad. Cada capitalista lucha contra los otros capitalistas, cada obrero pelea con los otros obreros, y todos los capitalistas en bloque se hallan en guerra con los obreros en su conjunto, lo mismo que la masa obrera lucha necesariamente contra la masa capitalista. En esta guerra de todos contra todos, en este desbarajuste general y en esta mutua explotación reside la esencia de la sociedad burguesa actual.

Ahora bien, una economía como esta, caótica y desorganizada, necesariamente tiene que traer, a la larga, los más desastrosos resultados para la sociedad; el desorden que le sirve de base y el abandono del bienestar verdadero y general no pueden por menos de ponerse de manifiesto, más temprano o más tarde, de un modo escandaloso. La ruina de la modesta clase media,[151] el sector de la sociedad que servía de principal sostén a los Estados del pasado siglo, es la primera consecuencia de esta lucha. Diariamente comprobamos, en efecto, cómo esta clase de la sociedad se ve abrumada bajo el poder del capital; cómo, por ejemplo, los maestros sastres sueltos o los maestros ebanistas que trabajan por su cuenta pierden sus mejores clientes, desplazados por los almacenes de ropa hecha o los almacenes de muebles, y cómo van convirtiéndose de pequeños capitalistas y miembros de la clase *poseedora* en propietarios explotados, que trabajan por cuenta de otros, en miembros de la clase *desposeída.*

La ruina de la clase media es una consecuencia a cada paso deplorada de nuestra tan ensalzada libertad industrial, un resultado necesario de las ventajas de que disfruta el gran capitalista sobre sus competidores de menos recursos, el signo más ostensible en que se manifiesta la tenden-

cia del capital a concentrarse en pocas manos. También esta tendencia del capital es reconocida por muchos; a todas horas y en todas partes se oyen quejas en el sentido de que la propiedad va acumulándose más y más, día tras día, en manos de menos personas, mientras la gran mayoría de la nación se empobrece sin cesar. Surge, así, el clamoroso contraste entre un puñado de ricos, de una parte, y de otra una muchedumbre de pobres, contraste que en Inglaterra y Francia se ha agudizado en proporciones amenazadoras, y también en nuestro país va cobrando ese antagonismo una virulencia cada día mayor. Y, mientras se mantenga en pie la base actual sobre que descansa la sociedad, será imposible poner coto a este proceso de enriquecimiento de unos pocos y de empobrecimiento de la gran masa; por el contrario, el contraste irá agudizándose más y más, hasta que, por último, la necesidad incontenible obligue a la sociedad a someterse a una reorganización basada en principios más racionales.

Pero no son éstas, ni mucho menos, todas las consecuencias que la libre competencia trae consigo. Como, en este régimen, cada cual produce y consume por su cuenta, sin preocuparse gran cosa de la producción y el consumo de los demás, llega necesariamente, y muy pronto, el momento en que se acusa una clamorosa desproporción entre la producción y el consumo. La sociedad actual confía la distribución de los bienes producidos a los comerciantes, tenderos y especuladores, cada uno de los cuales, a su vez, persigue solamente su propio beneficio, y esto hace que la distribución de lo producido —sin hablar de la imposibilidad en que se hallan quienes nada poseen de procurarse una participación adecuada en el producto —adolezca de la misma desproporción.

¿Cómo puede el fabricante enterarse de la cantidad de sus artículos que encuentran salida en tal o cual mercado y, suponiendo que pudiera saberlo, de la cantidad que envían a cada uno de ellos sus competidores? Y aun resulta más difícil para el fabricante, que en la mayoría de los casos ignora incluso a dónde van a parar sus mercancías, averiguar el volumen de productos que colocarán en los mercados de que se trata sus competidores extranjeros. No sabe nada de esto, y ello le obliga a fabricar, lo mismo que sus competidores, al buen tuntún, con el único consuelo de que lo mismo hacen los demás. No tiene otra pauta que el estado sin cesar fluctuante de los precios, que, tratándose de mercados alejados, son ya, al llegar a ellos sus mercancías, completamente distintos que en el momento en que fue escrita la carta informándole de ellos, y en el día en que la mercancía llega a su destino otros muy diferentes de aquel en que se embarcaron.

Ante esta falta de reglas que preside la producción, es perfectamente natural, por otra parte, que a cada paso se presenten paralizaciones o colapsos de la circulación, como es lógico más graves a medida que van progresando la industria y el comercio de un país. De aquí que sea Inglaterra, el país de industria más desarrollada, el que nos brinda también los ejemplos más palmarios de este fenómeno. El desarrollo del mecanismo circulatorio, los muchos especuladores y comisionistas que aquí

han ido interponiéndose entre el fabricante productor y los verdaderos consumidores, hacen que al fabricante inglés le resulte mucho más difícil todavía que al alemán enterarse ni siquiera en mínima medida de las proporciones que median entre las existencias, la producción y el consumo. Añádase a esto que el productor inglés tiene que abastecer a casi todos los mercados del mundo sin que casi nunca sepa dónde van a parar sus mercancías, y se comprenderá que, dada la enorme capacidad de producción de la industria inglesa, sea muy frecuente el caso de que todos los mercados aparezcan, de pronto, abarrotados.

Cuando eso ocurre, la circulación se paraliza, las fábricas trabajan sólo la mitad del tiempo o quedan paradas, se declaran una serie de quiebras, las existencias tienen que liquidarse al malbarato, y la crisis comercial acarrea la pérdida de gran parte del capital trabajosamente acumulado. Inglaterra ha vivido una serie de crisis comerciales de éstas desde comienzos del presente siglo, y en los últimos dos decenios ha conocido una cada cinco o seis años. Las últimas, las de 1837 y 1842, seguramente están presentes con toda claridad en el recuerdo de la mayoría de vosotros.

Aunque nuestra industria fuese tan grandiosa y nuestros mercados se hallaran tan ramificados como la industria y el comercio de Inglaterra, no cabe duda de que experimentaríamos los mismos resultados, pero, sin llegar a ello, ya ahora vemos cómo en nuestro país los efectos de la concurrencia en la industria y en el comercio se hacen sentir en una depresión general y permanente de todas las ramas de los negocios, en un lamentable término medio entre la brillante prosperidad y la decadencia total, en un estado de moderado estancamiento, es decir, de estabilidad.

¿Cuál es la verdadera causa de estos males? ¿A qué obedecen la ruina de la clase media, el clamoroso contraste entre la pobreza y la riqueza, las paralizaciones de la circulación y el consiguiente despilfarro del capital? Sencillamente, a la dispersión de los intereses. Cada cual trabaja para sí y en provecho propio, sin preocuparse del bien de los demás, cuando es una verdad palpable y evidente por sí misma que el interés, el bien y la dicha de cada uno forman una unidad inseparable con los de sus semejantes. Todos debemos reconocer que nadie puede prescindir de los demás, que el mismo interés se encarga de unirnos y asociarnos a todos en una causa común y, sin embargo, aun reconociéndolo así, nuestros actos se dan de bofetones con esa verdad y organizamos nuestra sociedad como si nuestros intereses no fuesen armónicos, sino encontrados y hasta incompatibles entre sí. Ya hemos visto cuáles son las consecuencias de este error capital; pues bien, si queremos acabar con estas desastrosas consecuencias debemos corregir el error fundamental que las engendra, y eso es precisamente lo que el comunismo se propone.

En la sociedad comunista, donde los intereses de los individuos no son antagónicos, sino que se hallan asociados, desaparece la competencia. En esa sociedad, como de suyo se comprende, no hay ya margen para que tales o cuales clases se arruinen, ni en general para la existen-

cia de clases, como son hoy los pobres y los ricos. Y, al desaparecer en la producción y distribución de los bienes necesarios para la vida, el fin individual de enriquecerse por su cuenta, desaparecen también, por sí mismas, las crisis de la circulación. En la sociedad comunista no ofrecerá dificultad alguna conocer las exigencias de la producción y las del consumo. Sabiendo cuánto necesita por término medio el individuo, será fácil calcular lo que hace falta para satisfacer las necesidades de cierto número de ellos, y como la producción, en esa sociedad, no estará ya en manos de unos cuantos particulares dedicados a enriquecerse, sino en manos de la comunidad y de sus órganos de administración, resultará muy fácil *regular la producción en consonancia con las necesidades.*

De este modo, en la organización comunista se pondrá remedio a los males más importantes del actual estado social. Pero, examinada la cosa más en detalle, vemos que no se reducen a eso los beneficios de este tipo de organización, sino que se extienden, además, a la eliminación de toda otra serie de inconvenientes, entre los cuales me limitaré a señalar aquí algunos de índole económica.

No cabe duda de que la actual organización de la sociedad es, desde el punto de vista económico, la más irracional y la menos práctica que concebirse pueda. El antagonismo de intereses hace que se emplee de un modo que no reporta beneficio alguno a la sociedad una gran cantidad de mano de obra, que una masa importante de capital se pierda innecesariamente, sin reproducirse. Esto lo comprobamos ya en las crisis comerciales; vemos, en ellas, cómo masas de productos que son fruto del laborioso esfuerzo de los hombres, se malbaratan a precios que representan una pérdida para el vendedor; vemos cómo, por efecto de la bancarrota, desaparecen entre las manos de sus poseedores capitales trabajosamente acumulados.

Pero entremos un poco más en el detalle del mecanismo circulatorio actual. Basta pensar en todas las manos por las que tiene que pasar cualquier producto para llegar a las del verdadero consumidor; párense ustedes a pensar en el gran número de especuladores y traficantes ociosos que hoy se interponen entre el productor y el consumidor.

Tomemos como ejemplo una bala de algodón producida en Norteamérica. Esta mercancía pasa de las manos del plantador a las del intermediario de cualquier estación del Misisipí, de donde navega, río abajo, hacia Nueva Orléans. Una vez aquí, es vendida por segunda vez —puesto que el intermediario anterior se la había comprado ya al plantador—; digamos que ahora la compra el especulador, para venderla de nuevo al exportador. La bala de algodón se embarca, supongamos, con destino a Liverpool, donde ahora alarga la mano hacia ella y se la apropia un codicioso especulador. Éste la negocia, a su vez, a un comisionista, quien la adquiere, digamos, por cuenta de una firma alemana. La mercancía sigue así viaje, Rin abajo, hacia Rotterdam, pasando por nuevas y nuevas manos de expedidores y, tras una decena de nuevos embarques y desembarques, llega por fin a poder, no del consumidor, ni mucho menos, sino del fabricante, quien la convierte en producto consumible y luego vende,

probablemente, el hilado al tejedor y éste el tejido al fabricante de estampados, quien lo negocia al almacenista al por mayor, de manos del cual pasa al comerciante al por menor, de quien por fin, al término de esta larga cadena, adquiere la mercancía el consumidor. Pues bien, todo este ejército de intermediarios, especuladores, almacenistas, exportadores, comisionistas, expedidores y comerciantes al por mayor y al por menor, que no añaden nada a la mercancía, quieren todos vivir y enriquecerse a costa de ella —y viven y se lucran, en efecto, en la mayoría de los casos, ya que de otro modo no podrían existir. Ante lo cual cabe preguntarse: ¿es que no hay un camino más sencillo y más barato para hacer llegar de los Estados Unidos a Alemania una bala de algodón y para que los productos fabricados con esta materia prima lleguen a poder del verdadero consumidor, que este complicado mecanismo de las decenas de ventas y los centenares de trasiegos que obligan a la mercancía a peregrinar de almacén en almacén? ¿No es ésta una prueba palmaria del derroche de mano de obra inútil, impuesto por la dispersión de intereses?

En una sociedad racionalmente organizada no hay lugar para semejante laberinto de los transportes. Con la misma facilidad con que puede saberse cuánto algodón o cuántos productos de algodón —para seguir con este ejemplo— necesita determinada colonia, pueden los órganos centrales de la administración de un país saber cuántos productos de esta clase necesitan todas las localidades y regiones de ese país. Una vez organizada esta estadística, cosa que fácilmente puede hacerse en uno o dos años, el promedio del consumo anual sólo variará a tono con el aumento de la población. No será, por tanto, nada difícil determinar de antemano, en los plazos adecuados, qué cantidad de cada artículo se requerirá para satisfacer las necesidades del pueblo, a base de lo cual bastará con encargar directamente a la fuente de producción, en bloque, toda la cantidad necesaria, la cual será expedida y recibida directamente, sin intermediarios y sin más estacionamientos y trasbordos que los que realmente exija la naturaleza de las comunicaciones, ahorrándose así una gran cantidad de mano de obra. Y no habrá por qué pagar su parte a especuladores ni a comerciantes al por mayor y al por menor.

Pero no es esto todo, pues con ello no sólo dejará de perjudicar a la sociedad todo el tropel de especuladores e intermediarios, sino que, ahora, incluso la beneficiarán. En efecto, mientras que actualmente realizan en perjuicio de todos los demás una labor que en el mejor de los casos resulta supérflua y que, sin embargo, les procura el sustento y en muchos casos les permite amasar grandes riquezas; mientras que ahora esos elementos son, por tanto, directamente dañinos para la sociedad, en la sociedad reorganizada del futuro todos ellos quedarán con las manos libres para emprender una actividad beneficiosa y podrán dedicarse a ocupaciones en las que se acrediten como miembros auténticos, y no puramente aparentes y mentidos, de la sociedad humana, esto es en verdaderos copartícipes de la actividad social.

Como vemos, la sociedad actual, que hace a cada hombre enemigo de

los demás, engendra así una guerra social de todos contra todos, que reviste necesariamente en algunos individuos, sobre todo en los carentes de cultura, una forma brutal, bárbaramente violenta, la forma del crimen. Para defenderse contra el crimen, contra el empleo abierto de la violencia, la sociedad necesita de un extenso y complicado organismo de autoridades administrativas y judiciales que reclama una cantidad enorme de trabajo inútil. También esto se simplificará extraordinariamente en la sociedad comunista, y —por muy peregrino que esto pueda parecer— precisamente por la razón de que, en esta sociedad, la administración no deberá velar solamente por determinados aspectos de la vida social, sino por la vida social en su conjunto, en todas y cada una de sus actividades y manifestaciones.

Poniendo fin al antagonismo entre el individuo y la colectividad, oponiendo a la guerra social la paz social, cercenando la *raíz* misma del crimen, no tendrá ya razón de ser la mayor parte, la parte inmensamente mayor de las funciones que actualmente desempeñan las autoridades administrativas y judiciales. Ya en la actualidad vemos cómo los delitos inspirados por la pasión van viéndose desplazados cada vez más por los nacidos del cálculo, del interés, cómo disminuyen los delitos contra las *personas*, al paso que aumentan los delitos contra la *propiedad*. Si los progresos de la civilización se encargan por sí mismos de ir suavizando las explosiones violentas de la pasión, ya en la sociedad actual, que se halla en pie de guerra, ¡cuánto más no sucederá así en la sociedad comunista, en la que reinará la paz! Los delitos contra la propiedad desaparecerán por sí mismos, faltos de base, cuando cada cual cuente con lo necesario para la satisfacción de sus necesidades materiales y sus impulsos espirituales, cuando se borren la diferencias y gradaciones sociales. La justicia criminal se extinguirá por muerte natural, y con ella la justicia civil, que casi sólo entiende, en realidad, de casos relacionados con el derecho de propiedad o, por lo menos, de transgresiones nacidas en el fondo del estado social de guerra en que vivimos. En la nueva sociedad, los litigios serán raras excepciones y no, como ahora, consecuencias naturales de la hostilidad general, y allí donde surjan podrán zanjarse fácilmente por la vía del arbitraje sin necesidad de jueces.

También las autoridades administrativas encuentran ahora su fuente principal de actividades en el continuo estado de guerra en que vive la sociedad: la policía y toda la administración no hacen, en realidad, otra cosa que velar por que la guerra se mantenga velada y bajo formas indirectas, por que no degenere en la violencia abierta, en el crimen.

Pero, así como es infinitamente más fácil mantener la paz que circunscribir la guerra dentro de ciertos límites, es infinitamente más fácil administrar una sociedad comunista que una sociedad basada en la competencia. Y si ya ahora la civilización ha enseñado a los hombres a buscar su interés en el mantenimiento del orden público, de la sociedad pública y el interés público, haciendo con ello que resulten supérfluas en buena parte la policía, la justicia y el gobierno, ¡con cuánta mayor razón no ocurrirá esto en una sociedad en la que se elevará a principio

fundamental la comunidad de intereses, en la que el interés público se confundirá con el interés individual! Lo que ya ahora ocurre *a pesar* de la organización social, ocurrirá entonces con mayor razón y en mucho mayor medida, cuando las instituciones sociales, en vez de estorbarlo, por el contrario, lo fomenten y lo apoyen. También por este lado podemos contar, en consecuencia, con un incremento considerable de la mano de obra, mediante el rescate de la que ahora sustrae a la sociedad el orden vigente.

Una de las instituciones más costosas, de que la sociedad actual no puede prescindir, son los ejércitos permanentes, que privan a la nación de la parte más vigorosa y más útil de sus brazos y la obligan a alimentar y sostener a esta parte improductiva de la población. Por el presupuesto de nuestro propio Estado sabemos lo que nos cuesta sostener un ejército permanente: veinticuatro millones al año y doscientos mil brazos de los más vigorosos arrebatados a la producción.

En la sociedad comunista a nadie se le ocurrirá pensar en un ejército permanente. ¿Para qué serviría? ¿Para velar por la paz interior, dentro del país? En esa sociedad, nadie se sentiría tentado, como hemos visto, a atentar contra la paz. El temor a las revoluciones no es más que la consecuencia del antagonismo de intereses; donde los intereses de todos coinciden y se armonizan, no hay razones para ese temor. ¿Para una guerra de agresión? Pero, ¿cómo podría una sociedad comunista emprender un ataque guerrero, a sabiendas de que la guerra la obligaría a sacrificar hombres y capitales, a cambio de obtener, cuando más, una o dos provincias rebeldes, que sólo servirían, por tanto, para introducir la perturbación en el orden social? ¿Para una guerra defensiva? Esta clase de guerra no requiere un ejército permanente, ya que será fácil hacer que todo miembro apto de la sociedad, además de desempeñar sus ocupaciones propias, se adiestre en el ejercicio real, no ostentoso, de las armas en la medida necesaria para asegurar la defensa del país. Y no debe perderse de vista, además, que el miembro de una sociedad así, en caso de guerra —guerra que, por otra parte, *sólo* podría darse contra naciones *anticomunistas*—, defendería a su *verdadera* patria, a su *verdadero* hogar y pelearía, por tanto, con un entusiasmo, una tenacidad y una valentía ante las que se vería aventado como la paja por el viento el amaestramiento mecánico, cuartelario, de cualquier ejército moderno. Basta pensar en las maravillas de heroísmo realizadas por los ejércitos revolucionarios de 1792 a 1799, a pesar de que sólo luchaban por una *ilusión*, por una *patria ficticia*, para darse cuenta de cuál sería la fuerza de aquel ejército, que se batiría, no por una ilusión, sino por una tangible realidad.

Por tanto, la masa enorme de mano de obra que los ejércitos sustraen ahora a los pueblos civilizados sería reintegrada al trabajo, con una organización comunista; no produciría simplemente lo que consumiera, sino que suministraría a los almacenes de la sociedad una cantidad mucho mayor de productos de la necesaria para su sustento.

Un despilfarro todavía peor de mano de obra lo causa, en la sociedad actual, el modo como los ricos explotan su posición social. Y, al decir

esto, no quiero referirme a ese ostentoso lujo, inútil y hasta ridículo, que nace sólo del afán de distinguirse y que absorbe una gran cantidad de mano de obra. Basta entrar en la casa, en el santuario de un rico, para convencerse del necio, insensato derroche de trabajo inútil que representa la cantidad de personas destinadas, en esas mansiones, a servir a uno solo, ocupadas en trivialidades o, cuando mucho, en faenas que sólo se explican por el aislamiento de los ricos entre las cuatro paredes de su morada. Pues, ¿qué hacen, en qué se ocupan todo ese tropel de doncellas, cocineros, lacayos, cocheros, criados, jardineros y demás servidumbre consagrada a los ricos? ¡Cuán *pocas horas* del día se hallan ocupados en algo para hacer *realmente* grata la vida a sus señores, para facilitar a éstos el libre desarrollo y el ejercicio de su naturaleza humana y de sus fuerzas innatas y *cuánto tiempo*, en cambio, tienen que dedicar a labores explicables tan sólo por la mala organización de nuestra sociedad, tales como el adornar la trasera de la carroza, estar atentos a los caprichos de sus amos, cargar con los perros falderos y otras ridiculeces por el estilo! En la sociedad racionalmente organizada, en la que cada cual podrá vivir sin rendir tributo a los caprichos de los ricos y sin dejarse tampoco seducir por ellos, en esta sociedad, podrá emplearse también, naturalmente, en provecho de todos y en el de la sociedad el trabajo que actualmente se disipa en la servidumbre del lujo.

La acción de la libre competencia determina también directamente, en la sociedad actual, otro despilfarro de mano de obra, al dejar sin trabajo a gran número de obreros que *desearían* trabajar, pero que no *pueden* encontrar trabajo. La sociedad en la que vivimos no cuenta con la organización necesaria para enterarse de cómo se emplea realmente la mano de obra, ya que deja al arbitrio de cada cual el buscarse su fuente de ingresos, y esto explica como la cosa más natural del mundo por qué, al distribuirse los trabajos real o aparentemente útiles, cierto número de obreros quedan con las manos vacías. Y sucede así con tanta mayor razón cuanto que la lucha de la competencia espolea a cada individuo a poner en tensión sus fuerzas hasta el máximo, a valerse de todas las ventajas que se le ofrecen, a sustituir la mano de obra cara por otra más barata, para lo que la creciente civilización brinda nuevos y nuevos medios; dicho en otras palabras, en esta sociedad cada cual tiene necesariamente que esforzarse en quitar el pan a otros, en desplazar el trabajo de otros, de una u otra manera.

He aquí por qué, en toda sociedad civilizada, encontramos tanta gente privada de trabajo, a la que le gustaría trabajar, pero que no encuentra ocupación y cuyo número es bastante mayor de lo que generalmente se cree. Esa gente se ve obligada a *prostituirse* bajo la forma que sea, a barrer las calles, a estarse plantada en las esquinas, a malvivir prestando pequeños servicios, a ganarse malamente la vida como buhoneros, vendiendo por las casas toda suerte de pequeñas mercancías o, como esta misma noche hemos visto nosotros que hacían dos o tres pobres muchachas, a recorrer los lugares tocando la guitarra, cantando y bailando, expuestas a todos los insultos y las desvergonzadas proposiciones, con tal

de ganar unas cuantas monedas. ¡Y cuántas son, por último, las que se ven en el trance de entregarse a la prostitución, en el sentido directo de la palabra! El número de estas desventuradas que no tienen un pedazo de pan que llevarse a la boca y a quienes no queda otro camino que degradarse de un modo o de otro, es muy grande —nuestros centros de beneficencia lo saben bien—, y no hay que olvidar que la sociedad tiene que alimentar, mejor o peor, a toda esta gente, aunque no le reporte beneficio alguno. Ya que la sociedad tiene que cargar con su sustento, debiera velar también por que estas gentes privadas de trabajo se ganaran la vida *honradamente*. Pero la sociedad actual, basada en la competencia, no *puede* hacerlo.

A la vista de todo esto —y aún podría citar toda otra multitud de ejemplos—, se comprenderá que la sociedad actual dispone de una plétora de mano de obra, que sólo aguarda a una organización racional y a una distribución debidamente ordenada para ponerse en acción con el mayor provecho para todos. Por eso pueden ustedes juzgar cuán poco fundamento tiene el temor de que una justa distribución de las actividades sociales echaría sobre los hombros de cada individuo una carga tal de trabajo, que le impediría ocuparse de ninguna otra cosa. Por el contrario, hay que suponer que cuando se implante esa organización se reducirá a la mitad el tiempo que ahora acostumbra a trabajar cada cual, aunque sólo sea por el hecho de que entonces podrá emplearse la mano de obra que actualmente se halla ociosa o no encuentra el empleo adecuado.

Pero las ventajas que brinda la organización comunista, al *sacar rendimiento de la mano de obra que actualmente se despilfarra, no son*, ni mucho menos, *las más importantes*. La fuente mayor de ahorro de mano de obra se halla en la *asociación de las fuerzas individuales* para formar la fuerza colectiva social y en la organización que descansa sobre esta concentración de fuerzas antes enfrentadas.

En este punto, quiero adherirme a las propuestas del socialista inglés *Robert Owen*, por ser las más prácticas y las más elaboradas de todas. Owen propone que, en vez de las ciudades y aldeas actuales, con sus viviendas sueltas y que se entorpecen unas a otras, se levanten grandes palacios sobre una superficie cuadrada de unos 1 650 pies de largo rodeados de grandes jardines y en los que podrían vivir cómodamente de dos a tres mil personas. No cabe duda de que estos edificios, ofreciendo a sus moradores las comodidades de las mejores viviendas actuales, saldrían mucho más baratos y serían mucho más fáciles de construir que todo el cúmulo de viviendas individuales, en su mayoría pésimas, que el sistema actual ayuda a levantar para una muchedumbre de gentes, cada cual por su lado. Con este sistema, desaparecerán sin incomodidad alguna todas esas habitaciones vacías de las casas ricas o que sólo se usan, cuando más, una o dos veces al año, y se ahorrará, asimismo, un gran espacio en la construcción: bodegas, sótanos, etc.

Pasando ahora al detalle de la economía doméstica, veremos mejor todavía cuáles son las ventajas de la comunidad. Una economía desor-

ganizada y dispersa como la actual representa un despilfarro enorme de material y de trabajo, por ejemplo en lo que se refiere a la calefacción. Actualmente, hay que tener una estufa en cada cuarto, encenderla, cebarla y vigilarla; llevar el combustible a cada sitio y retirar las cenizas de todas las estufas, una por una. ¡Cuanto más sencillo, más cómodo y más barato resultaría un sistema común de calefacción a base de tubos de vapor, por ejemplo, alimentados por una gran caldera central, como el que ya en la actualidad funciona en algunos grandes locales sociales, fábricas, iglesias, etc.! Y otro tanto podría decirse del alumbrado por gas, que ahora resulta muy costoso, entre otras cosas, por el hecho de que hasta los tubos más delgados deben empotrarse bajo tierra y de que toda la instalación necesita ser enormemente larga, por razón del gran espacio que hay que iluminar en nuestras ciudades, cuando con la organización que se propone podría concentrarse todo en un área de 1 650 pies cuadrados sin necesidad de disminuir por ello el número de mecheros y sin que, por tanto, el resultado fuese inferior, sino tal vez superior al de cualquier ciudad mediana de nuestros días.

¡Y qué despilfarro de espacio, material y trabajo no supone la preparación de las comidas, con esta economía dispersa en que vivimos, en la que cada familia se ve obligada a cocinar por separado su pequeña porción de alimentos, a comprar sus cacerolas y a sostener su cocinera propia, yendo a buscar sus vituallas al mercado, a la tienda, a la carnicería y a la panadería! Bien podemos suponer que con una organización colectiva de la preparación y el servicio de los alimentos se ahorrarían dos terceras partes del trabajo que actualmente se invierte en estas atenciones y que la tercera parte restante se ejecutaría mejor y más atentamente que ahora.

Por último, las faenas domésticas. No cabe duda de que los edificios colectivos que se preconizan podrían limpiarse y mantenerse en excelente estado, procediendo también a organizar y reglamentar estos trabajos, con un esfuerzo infinitamente menor que el que ahora supone mantener en debidas condiciones las doscientas o trescientas casas separadas en las que actualmente viven quienes en una sociedad organizada se congregarían en dichas moradas comunes.

Hemos apuntado solamente algunas de las infinitas ventajas que en el terreno económico reportaría la organización comunista de la sociedad humana. No podemos, en unos cuantos momentos y en pocas palabras, esclarecer ante vosotros nuestro principio y razonarlo convenientemente en todos sus aspectos. Ni es ése tampoco nuestro propósito. Sólo aspiramos, ya que no podemos hacer otra cosa, a aclarar algunos puntos y a incitar al estudio de estos problemas a quienes no se hallan aún familiarizados con ellos. En las palabras de esta noche, confiamos en haberos hecho ver, por lo menos, que el comunismo no contradice la naturaleza, a la mente ni al corazón, ni es tampoco una teoría nacida simplemente de la fantasía y sin arraigo alguno en la realidad.

Se pregunta cómo puede esta teoría ponerse en práctica, qué clase de medidas pueden proponerse para dar paso a su implantación. Caben

diversos caminos para marchar hacia esa meta. Los ingleses probablemente comenzarán creando unas cuantas colonias y dejando a cada cual en libertad de incorporarse o no a ellas; los franceses, en cambio, preferirán tal vez implantar el comunismo por la vía nacional. En cuanto a los alemanes, no es fácil saber el camino que seguirán, ya que en Alemania el movimiento social es algo nuevo. Por el momento, me limitaré a señalar, entre los posibles caminos preparatorios, uno solo del que en los últimos tiempos se ha hablado mucho: me refiero a la aplicación de tres medidas que necesariamente darán como resultado el comunismo en la práctica.

La primera de ellas consistiría en la *educación general* de todos los niños sin excepción a costa del Estado; un tipo de educación igual para todos y mantenida hasta el momento en que el individuo sea capaz de desenvolverse por su cuenta como miembro de la sociedad. Esta medida representaría simplemente un acto de justicia hacia nuestros hermanos carentes de recursos, pues no cabe duda de que todo hombre tiene derecho a contar con los medios necesarios para el pleno desarrollo de sus capacidades y de que la sociedad delinque por partida doble contra el individuo cuando hace de la ignorancia una secuela necesaria de la pobreza. Huelga detenerse a demostrar que la sociedad sale más beneficiada cuando quienes la forman son gentes cultas que cuando son individuos ignorantes y zafios, y si un proletariado culto no se prestaría jamás —así hay que esperarlo, indudablemente— a permanecer en el estado de sojuzgamiento en que se halla nuestro actual proletariado, no es menos cierto que solamente de una clase obrera dotada de *cultura* puede esperarse la serenidad y la cordura necesarias para transformar pacíficamente la sociedad. Ahora bien, que tampoco un proletariado *inculto* está dispuesto a seguir como actualmente se halla lo demuestran los disturbios ocurridos en Silesia y en Bohemia,[134] por lo que a Alemania se refiere, para no hablar de otros pueblos.

La segunda medida sería la total *reorganización de la beneficencia*, agrupando a todos los ciudadanos indigentes en colonias en las que se les dedique a trabajos agrícolas e industriales y se organice su trabajo en provecho de toda la colonia. Hasta ahora, los capitales de la beneficencia pública se han destinado a préstamos con interés, es decir, que sólo sirven para procurar a los ricos nuevos medios con que explotar a los desposeídos. Ya es hora de que dichos capitales se utilicen realmente en beneficio de los pobres, de que se invierta en favor de éstos el rendimiento de estos capitales en su totalidad, y no solamente el tres por ciento de sus intereses, de que se ofrezca un ejemplo grandioso de asociación del capital y el trabajo. De este modo, se utilizará la mano de obra de todos los indigentes en beneficio de la sociedad y se convertiría a estos elementos desmoralizados y oprimidos en hombres dotados de moral, independientes y activos, colocándolos en condiciones que pronto envidiarían los trabajadores aislados y que iría preparando la reorganización total de la sociedad.

Las dos medidas anteriores requieren dinero. Para reunirlo y, al mis-

mo tiempo, hacer cambiar todo el sistema de los impuestos que actualmente se perciben y a los que se da una distribución tan injusta, se propone en el plan de reformas presentado un impuesto general y progresivo sobre el capital, cuya tasa aumentará con la cuantía de éste. De este modo, todos contribuirían a soportar las cargas de la administración pública en la medida de sus posibilidades, sin que éstas recayeran principalmente, como hasta ahora ocurre en todos los países, sobre los hombros de quienes poseen menos recursos. El principio de la tributación es, en el fondo, un principio puramente comunista, pues en todos los países se invoca la llamada propiedad nacional en apoyo del derecho a cobrar impuestos. Una de dos: o la propiedad privada es sacrosanta, en cuyo caso no existirá propiedad nacional y el Estado carecerá del derecho a cobrar impuestos, o el Estado se halla realmente asistido de este derecho, y entonces no será sacrosanta la propiedad privada, sino que se hallará por encima de ella la propiedad de la nación y el verdadero propietario será el Estado. Este último principio es el que generalmente se reconoce, y en realidad lo único que nosotros pedimos es que se le tome en serio, que se proclame al Estado propietario general y que, como tal, administre la propiedad pública en beneficio de toda la sociedad. Y el primer paso que para ello se debe dar es implantar un régimen de tributación basado exclusivamente en la capacidad de cada uno para pagar impuestos y en el verdadero interés público.

Como veis, no se trata, ni mucho menos, de implantar la comunidad de bienes de la noche a la mañana y en contra de la voluntad de la nación, sino, ante todo y sobre todo, de señalar el *fin* y los *medios* y los *caminos* para la consecución de esta meta. Y que el principio comunista será el principio del mañana lo garantiza no sólo la trayectoria por la que marchan todas las naciones civilizadas, sino asimismo también la rapidez con que avanza la disolución de todas las instituciones sociales hasta ahora vigentes; lo garantiza la sana arzón humana y, sobre todo, el corazón humano.

## [II]

Señores: en nuestra última reunión se me reprochó que tomara mis ejemplos e ilustraciones casi exclusivamente de países extranjeros, y sobre todo de Inglaterra. Se me dijo que Inglaterra y Francia no nos interesan, que nosotros vivimos en Alemania y que de lo que se trata es de demostrar la necesidad y la excelencia del comunismo para nuestro país. Otro reproche que se nos ha hecho es que no hemos razonado suficientemente la necesidad histórica del comunismo. Así es, en efecto, y no podía ser de otro modo. Y es que una necesidad histórica no se puede probar tan rápidamente como la congruencia de dos triángulos; es algo que sólo puede demostrarse mediante el estudio y el examen a fondo de amplias premisas. Quiero, sin embargo, esforzarme hoy por salir al paso de esos dos reproches; trataré de probar que el comunismo es, para *Alemania*, si no una necesidad histórica, por lo menos una *necesidad económica*.

Examinemos, ante todo, la situación social que actualmente prevalece en Alemania. Que hay en nuestro país mucha pobreza es cosa conocida. Silesia y Bohemia han hablado por sí mismas. De la miseria reinante en las comarcas del Mosela y de Effel ha informado [152] por extenso la *Rheinische Zeitung* ["Gaceta Renana"]. La región de los Montes Metalíferos conoce una extrema penuria desde tiempo inmemorial. Y no andan mejor la cosas en el Senne y en los distritos textiles de Westfalia. De todas las regiones de Alemania llegan quejas, y no podía esperarse otra cosa. Nuestro proletariado es numeroso, y necesariamente tiene que serlo y, para comprenderlo, basta con echar un vistazo a la situación social de nuestro país.

La existencia de un proletariado numeroso en los *distritos industriales* responde a la naturaleza misma de las cosas. La industria no puede existir si no cuenta con un gran número de obreros que se hallen totalmente a su disposición, que trabajen exclusivamente para ella y renuncien a todo otro medio de vida, ya que las actividades industriales, en un régimen de competencia, excluyen toda otra posible ocupación. De ahí que encontremos en todas las zonas industriales un proletariado demasiado numeroso y demasiado ostensible para que nadie pueda negarlo.

En los *distritos agrícolas*, por el contrario, no existe ni puede existir —afirman muchos— tal proletariado. Pero sí existe, y no puede ser de otro modo. La existencia del proletariado es necesaria en las regiones en que impera la gran propiedad sobre la tierra; las grandes haciendas necesitan contar con jornaleros y jornaleras, no pueden existir sin proletarios. Y la aparición de una clase desposeída es, asimismo, inevitable en las zonas en que la propiedad sobre la tierra se halla parcelada; las fincas pueden dividirse hasta llegar a cierto grado, a partir del cual cesa la división; y como sólo pueden recibir tierra una o dos personas de cada familia, las demás se convierten necesariamente en proletarios, en trabajadores desposeídos. Además, la división de las tierras se lleva, generalmente, hasta un punto en que las parcelas son demasiado pequeñas para sostener a una familia, lo que da como resultado la formación de una clase de gentes que, como ocurre con la pequeña clase media de las ciudades, ocupan una posición intermedia entre la clase poseedora y la desposeída, que, impedida por lo que posee de abrazar otra ocupación, no pueda sin embargo vivir con ello. En esta clase reina también una gran miseria.

El necesario incremento numérico y constante de este proletariado lo aseguran el progresivo empobrecimiento de las clases medias, al que yo me refería por extenso hace ocho días y la tendencia del capital a concentrarse en pocas manos. Creo que no es necesario volver ahora sobre estos puntos; me limitaré a observar que estas causas del nacimiento e incremento constantes del proletariado seguirán en pie y engendrarán las mismas consecuencias mientras se mantenga el régimen de la competencia. Bajo cualesquiera condiciones, el proletariado no sólo seguirá existiendo, sino que se extenderá, además, continuamente y representará un poder cada vez más amenazador dentro de nuestra sociedad,

mientras cada cual produzca por su propia cuenta y en oposición a todos los demás. Pero el proletariado llegará a alcanzar un grado tal de poder y de conciencia en que ya no se resignará a seguir soportando el peso de todo el edificio social, que gravita constantemente sobre sus hombros, sino que reclamará una distribución más armónica de las cargas y los derechos sociales; y, cuando ese momento llegue —si es que entre tanto no cambia la naturaleza humana—, se hará inevitable la revolución social.

Es este un problema en el que hasta ahora no se han parado a pensar nuestros economistas. Ellos no se preocupan de la distribución, sino solamente de la creación de la riqueza nacional. Abstraigámonos, sin embargo, por un momento, del hecho de que la revolución social es, como hemos demostrado, el resultado de la competencia y examinemos de momento las formas concretas bajo las que se presenta la competencia y las diferentes posibilidades económicas que para Alemania representa cada una de ellas.

Alemania —o, para decirlo más exactamente, la Liga aduanera alemana [153]— cuenta, por el momento, con unos aranceles de aduanas que representan una solución intermedia. Nuestros aranceles son demasiado bajos como aranceles protectores y demasiado altos para la libertad de comercio. Caben, pues, tres soluciones: implantar la libertad comercial completa, proteger nuestra industria mediante aranceles bastante altos o, por último, mantener en pie el sistema actual. Veamos cada uno de estos tres casos.

Si proclamamos la *libertad de comercio* y suprimimos los aranceles aduaneros, se arruinará toda nuestra industria, exceptuando algunas ramas. Se vendría a tierra, *en ese caso*, la industria de hilados de algodón, la industria mecánica textil, la mayoría de las ramas de la industria del algodón y de la lana, ramas importantes de la industria de la seda y la casi totalidad de la extracción y la fundición del hierro. Los obreros repentinamente privados de pan en todas estas ramas se verían desplazados en masa a la agricultura y a los restos de la industria, brotaría por todas partes el pauperismo, la crisis aceleraría la centralización de la propiedad en unas cuantas manos y, a juzgar por los sucesos de Silesia, esta crisis traería necesariamente como consecuencia una revolución social.

La segunda solución es la implantación de *aranceles protectores*. Últimamente, estos aranceles son el hijo predilecto de la mayoría de nuestros industriales, razón por la cual debemos examinarlos un poco de cerca. El señor *List* ha reducido a sistema los deseos de nuestros capitalistas,[154] y a este sistema, que casi todos los capitalistas alemanes profesan como un credo, me atendré yo aquí. El señor List propone aranceles progresivos, hasta que lleguen a ser lo bastante elevados para asegurar al fabricante el mercado interior; una vez que alcancen este punto, deberán mantenerse en él durante algún tiempo, para ir descendiendo después, hasta que, por último, al cabo de determinado número de años, cese toda protección.

Supongamos por un momento que este plan se ponga en práctica y se

decreten los aranceles protectores. Se elevará el nivel de la industria, el capital que aún se halla ocioso se lanzará a las empresas industriales, crecerá la demanda de obreros, aumentando con ella los salarios, se vaciarán las casas para pobres y se logrará, por lo menos en apariencia, un estado de gran prosperidad. Este estado de cosas durará hasta que nuestra industria se extienda lo bastante para poder abastecer el mercado interior. No podrá extenderse más, pues si no puede imponerse en el mercado *interior* sin un régimen de protección, menos todavía podrá penetrar en los mercados neutrales, luchando contra la competencia de fuera.

Pero ahora, piensa el señor List, la industria interior será, por lo menos, suficientemente fuerte para necesitar de menos protección y ya será posible comenzar a reducir los aranceles. Concedamos esto, por un momento. Se procede a rebajar las tarifas aduaneras. Si no a la primera, a la segunda o tercera reducción arancelaria, la protección disminuirá hasta el punto de que la industria extranjera —digamos concretamente la inglesa— podrá competir en el mercado alemán con la nuestra. El señor List desea, incluso, que eso ocurra. Pero, ¿cuáles serán las consecuencias? Que la industria alemana, a partir de ese momento, tendrá que afrontar, como propias, todas las fluctuaciones y todas las crisis de la inglesa. Tan pronto como se vean abarrotados de mercancías inglesas los mercados de ultramar, los ingleses harán lo que ya están haciendo ahora y lo que el señor List relata con verdadero enternecimiento: lanzarán todas sus existencias al mercado de Alemania, el más cercano, y volverán a mandar, con ello, la Liga aduanera al "desván de los trastos viejos".

Consecuencia de ello será que la industria inglesa volverá a florecer, ya que tendrá como mercado el mundo entero, que no podrá prescindir de sus mercancías, mientras que la industria alemana no será indispensable ni siquiera para el mercado propio, tendrá que afrontar la competencia de los ingleses en su propia casa y padecerá del exceso de mercancías inglesas lanzadas durante la crisis a los mercados de sus clientes. Y, entonces, nuestra industria apurará hasta las heces el cáliz de los peores periodos de crisis de la industria inglesa, pero sin disfrutar más que en una medida muy pequeña de sus periodos de prosperidad; en una palabra, estaremos exactamente tan mal como ahora estamos.

Resultado final: toda la industria se verá entonces abocada al mismo resultado depresivo en que al presente se hallan las ramas semiprotegidas; se hundirán una empresa tras otra, sin que surjan otras nuevas; nuestra maquinaria envejecerá, sin que estemos en condiciones de reponerla por otra nueva y perfeccionada; el estancamiento se trocará en retroceso y, según la propia afirmación del señor List, decaerán una rama industrial tras otra y, por último, se hundirán totalmente. Nos encontraremos, como consecuencia de ello, con un numeroso proletariado, obra de la gran industria y carente ahora de medios de vida y de trabajo; y podemos estar seguros de que, cuando esa hora llegue, este proletariado exigirá de la clase poseedora que se le dé trabajo y se le alimente.

Eso es lo que ocurrirá si se rebajan los aranceles. Supongamos ahora

que no se rebajan, sino que se mantienen tal como están, aguardando a que la competencia interna entre los fabricantes interiores se torne ilusoria, para proceder luego a su rebaja. La consecuencia de ello será que la industria alemana se verá paralizada, tan pronto se halle en condiciones de abastecer el mercado interior. No serán necesarias nuevas empresas, puesto que las existentes bastan para las necesidades del mercado, y no podrá pensarse en nuevos mercados, como ya se ha dicho, mientras la industria interior reclame protección. Ahora bien, una industria que no progrese en *extensión* no puede tampoco *perfeccionarse*. Permanecerá necesariamente estacionaria hacia afuera y hacia adentro. No existirá, para ella, el perfeccionamiento de la maquinaria. No podrá desterrar las viejas máquinas ni encontrará, para las nuevas, empresas que puedan aplicarlas. Y como, mientras tanto, otras naciones marchan hacia adelante, el estancamiento de nuestra industria se trocará en un nuevo retroceso. Los ingleses, gracias a su progreso, no tardarán en producir con la baratura necesaria para poder competir en nuestro propio mercado con nuestra industria atrasada, *a pesar* de los aranceles protectores, y como en la lucha de la competencia, como en toda lucha, vence el más fuerte, nadie dude que acabaremos siendo derrotados. Y se producirá, así, el mismo resultado señalado más arriba: el proletariado artificialmente creado exigirá de los poseedores lo que éstos no podrán conceder mientras sean exclusivamente eso, poseedores, y estallará la revolución social.

Queda todavía por examinar otro posible caso, el caso muy inverosímil de que los alemanes consigan llevar a nuestra industria, por medio de los aranceles protectores, a un punto en que pueda competir con los ingleses sin necesidad de protección. Supongamos que así ocurra: ¿cuáles serían, en ese caso, las consecuencias? Tan pronto como comenzáramos a competir con los ingleses en los mercados extranjeros neutrales, se desataría una lucha a vida o muerte entre nuestra industria y la inglesa. Los ingleses apelarían a todas sus fuerzas para desalojarnos de los mercados antes abastecidos por ellos; no tendrían más remedio que hacerlo, ya que se verían atacados en su fuente de vida, en su punto más neurálgico. Y no cabe duda de que conseguirían derrotarnos, ya que disponen de grandes recursos y cuentan con las ventajas de una industria secular. Se las arreglarán para mantener nuestra industria circunscrita a nuestro propio mercado, manteniéndola con ello estacionaria, con lo que volveremos a encontrarnos en la misma situación que acabamos de describir. Alemania permanecerá estancada, los ingleses avanzarán y nuestra industria, abocada a una decadencia inevitable, no estará en condiciones de mantener al proletariado artificialmente creado por ella, lo que acarreará la revolución social.

Pero, supongamos que llegamos a vencer a los ingleses en los mercados neutrales y les arrebatamos un canal de salida tras otro, ¿qué habríamos conseguido, en este caso punto menos que imposible? En el mejor de los supuestos recorreríamos por segunda vez la misma trayectoria industrial en que Inglaterra nos ha precedido, para llegar, más tarde o

más temprano, a donde ahora se encuentra Inglaterra, o sea en vísperas de una revolución social. Pero lo más probable sería que las cosas marcharan más de prisa. Las continuas victorias de la industria alemana acabarían necesariamente arruinando a la inglesa y no harían, con ello, más que acelerar el levantamiento en masa del proletariado, que ya ahora, sin necesidad de eso, amenaza a los ingleses. El hambre, que no tardaría en presentarse, empujaría a los obreros ingleses a la revolución y, tal como las cosas están ahora, esa revolución social repercutiría poderosamente sobre los países del continente, especialmente sobre Francia y Alemania, repercusión tanto más intensa cuanto más numeroso fuera el proletariado artificial creado en Alemania por una industria forzada. La revolución se convertiría inmediatamente en europea y vendría a perturbar muy desagradablemente los sueños de nuestros fabricantes en torno al monopolio industrial de Alemania.

La posibilidad de una coexistencia pacífica de las dos industrias, la inglesa y la alemana, se estrella contra el régimen de la competencia. Repito que toda industria tiene necesariamente que avanzar si no quiere marchar hacia atrás y perecer; y para poder avanzar tiene que extenderse, conquistar nuevos mercados, crecer constantemente mediante la creación de nuevas empresas. Y como, desde que China se ha abierto al comercio de fuera, ya no es posible conquistar nuevos mercados, sino solamente perfeccionar la explotación de los existentes, lo que quiere decir que la expansión de la industria, en el futuro, será más lenta que hasta ahora, Inglaterra estará todavía menos dispuesta que hasta aquí a tolerar un competidor. Para proteger su propia industria, necesita tener a raya a la de todos los demás países; para Inglaterra, la afirmación de su monopolio industrial no es simplemente una cuestión de mayores o menores ganancias, sino una *cuestión vital*. La lucha de la competencia entre las naciones es ya de suyo mucho más enconada y más resuelta que entre los individuos, porque se trata de una lucha concentrada, de una lucha de masas, que sólo puede terminar con el triunfo decidido de uno y la derrota aplastante de otro de los contendientes. De ahí que semejante lucha entre los alemanes y los ingleses, cualquiera que fuese su resultado, no beneficiaría ni a nuestros industriales ni a los de Inglaterra, sino que traería necesariamente consigo, como queda dicho, una revolución social.

Hemos visto, pues, lo que Alemania puede esperar, en todos y cada uno de los casos posibles, tanto de la libertad comercial como del sistema proteccionista. Sólo queda por examinar otra posibilidad económica, a saber: la de que Alemania siga manteniéndose en la posición intermedia en que actualmente se halla. Pero ya hemos visto cuáles serían las consecuencias de semejante actitud. Acabarán pereciendo necesariamente, una rama tras otra de nuestra industria, los obreros industriales se quedarían sin pan y, cuando el hambre llegara a cierto límite, se lanzarían a una revolución contra las clases poseedoras.

De este modo, vemos confirmado en el detalle lo que yo comenzaba diciendo acerca de la competencia en general: que la consecuencia inevi-

table de las relaciones sociales existentes es, bajo cualesquiera condiciones y en todos los casos, una *revolución social.* Con la misma certeza con que podemos desarrollar un nuevo axioma partiendo de los principios matemáticos dados, podemos inferir, a base de las relaciones económicas existentes y de los principios de la Economía política, una revolución social inevitable.

Pero, fijémonos un poco más de cerca en esta revolución. ¿Bajo qué forma se presentará, cuáles serán sus resultados, en qué se distinguirá de las violentas conmociones anteriores? Una revolución social, señores, es algo completamente distinto de las revoluciones políticas hasta ahora conocidas; no va dirigida, como éstas, contra la propiedad del monopolio, sino contra el monopolio de la propiedad; una revolución social, señores, es *la guerra abierta de los pobres contra los ricos.* Y no cabe duda de que una lucha así, una lucha en la que se ponen en acción, abiertamente y sin recato, todos los resortes y todas las causas que en los conflictos anteriores permanecían velados y ocultos, amenaza con tomar un cariz más violento y más sangriento que cuantas la han precedido. Esta lucha puede conducir a uno de dos resultados. O las fuerzas que se rebelan atacan solamente a la manifestación y no a la esencia misma, a la forma y no a la realidad, o abordan la realidad y atacan al mal en su raíz. En el primer caso, dejarán en pie la propiedad privada y se limitarán a cambiar su distribución, con lo que se mantendrán las causas que han determinado el estado de cosas actual y que, tarde o temprano, conducirán a otro parecido y provocarán necesariamente una nueva revolución.

Ahora bien, ¿es posible que ocurra esto? ¿Ha existido alguna vez una revolución que no haya logrado realmente sus aspiraciones? La revolución inglesa impuso tanto los principios religiosos como los principios políticos cuya violación por parte de Carlos I la provocaron; la burguesía francesa, por su parte, en su lucha contra la monarquía y la nobleza, consiguió cuanto se proponía, acabó con todos los abusos que la empujaron a sublevarse. ¿Por qué la sublevación de los pobres va a deponer las armas antes de haber acabado con la pobreza y con las causas que la engendran? Ello no es posible, señores; el admitir semejante cosa iría en contra de toda la experiencia histórica. Y tampoco nos permite dar eso por posible el estado actual de cultura de los obreros, sobre todo en Inglaterra y Francia. Sólo queda, pues, la segunda alternativa, la de que la futura revolución social ataque también las causas reales de la pobreza y la miseria, de la ignorancia y el crimen; que lleve a cabo, por tanto, una verdadera revolución social.

Deteneos ahora, señores, a considerar cuáles son las ideas que mueven a los obreros, en aquellos países en que también el obrero piensa; fijaos en las diversas fracciones del movimiento obrero de Francia, y decid si no son todas ellas comunistas. Id a Inglaterra y escuchad las propuestas que se hacen a los obreros para mejorar su situación y ved si no responden todas al principio de la propiedad común. Estudiad todos los sistemas de reforma social, a ver cuántos encontráis que no sean comunistas. De todos los sistemas importantes que hoy se conocen, sólo hay

uno no comunista, el de Fourier, quien se fija más en la organización social de la actividad humana que en la distribución de sus productos. Son todos hechos que justifican la conclusión de que una futura revolución social desembocaría en la implantación del principio comunista, sin dejar lugar apenas a otra posibilidad.

Y si las conclusiones a que llegamos, señores, son acertadas; si la revolución social y el comunismo práctico constituyen el resultado necesario de las condiciones existentes, es claro que debemos preocuparnos, ante todo, de las medidas por medio de las cuales podemos prevenir una transformación violenta y sangrienta del régimen social. Para conseguir esto, sólo hay *un* medio: la pacífica implantación o, por lo menos, la preparación pacífica del comunismo. Por tanto, si no queremos una solución *sangrienta* del problema social, si no queremos que la contradicción cada día mayor entre la cultura y la situación en que viven nuestros proletarios se agudice hasta el máximo, hasta llegar a un estado de cosas en el que, a juzgar por todas nuestras experiencias acerca de la naturaleza humana, se encarguen de resolver tajantemente esta contradicción la violencia brutal, la desesperación y el espíritu de venganza; si no queremos que tal cosa ocurra, debemos ocuparnos seria e imparcialmente de la cuestión social y poner cuanto esté de nuestra parte para humanizar la situación de nuestros modernos ilotas.

Tal vez algunos de vosotros penséis que no es posible elevar a las clases actualmente humilladas sin rebajar la situación de quienes ocupan ahora un lugar más alto; a quienes así piensen les diremos que se trata de crear *para todos los hombres* en general una situación de vida en la que cada cual pueda desarrollar libremente su naturaleza humana y mantener relaciones humanas con sus semejantes, sin temor a que nadie pueda perturbar esa situación de vida por la violencia; les diremos que lo que algunos individuos deberán sacrificar, para lograr esto, no es el goce verdaderamente humano de la vida, sino una apariencia de goce engendrada por un falso orden social, algo que va en contra de la razón y del corazón de quienes actualmente gozan de esas aparentes ventajas.

Lejos de pretender destruir la vida verdaderamente humana, digna del hombre, con todas sus condiciones y necesidades, lo que queremos es, por el contrario, establecerla. Y si, aun prescindiendo de esto, os parais a pensar de verdad en las consecuencias a que necesariamente llevará el actual estado de cosas, en el laberinto de contradicciones y trastornos a que nos conduce, encontrareis que vale la pena estudiar seriamente y a fondo la cuestión social. Si hubiera logrado convenceros de ello, consideraría plenamente lograda la finalidad de mi exposición.

# LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

*Obra basada en el conocimiento directo y en fuentes auténticas*[155]

A las clases trabajadoras de la Gran Bretaña.[156]

Trabajadores:

Os dedico esta obra, en la que intento ofrecer a mis compatriotas alemanes una imagen fiel de vuestras condiciones de vida, de vuestros sufrimientos y vuestras luchas, de vuestras esperanzas y vuestras perspectivas. He residido entre vosotros lo bastante para poder conocer algo acerca de las circunstancias en que vivís; he dedicado la mayor atención a estos asuntos; he estudiado los documentos oficiales y no oficiales a los que he podido tener acceso. Pero no me he contentado con esto, pues no me interesaba tanto el conocimiento *abstracto* del tema como el veros en vuestras propias viviendas, el estar cerca de vosotros en vuestra vida cotidiana, el conversar con vosotros acerca de vuestras condiciones de vida y vuestras penalidades, el ser testigo de vuestras luchas contra el poder social y político de vuestros opresores. Sabía cómo debía proceder, para ello: renunciando a la buena sociedad y a los banquetes, al oporto y al champaña de la burguesía, consagré casi exclusivamente mis horas libres al comercio con los simples *obreros*, y me siento satisfecho y orgulloso de haberlo hecho así. Satisfecho, porque ello me ha permitido pasar muchas horas felices, al paso que me familiarizaba con vuestra vida real que, de otro modo habría malgastado en cháchara convencionales y bajo el imperio de una aburrida etiqueta; orgulloso, porque esto me ha brindado la ocasión de hacer justicia a una clase oprimida y calumniada a la que, pese a todos sus errores y a todas sus fallas, sólo los ingleses de alma de tendero pueden negarle el respeto que se le debe; y orgulloso también porque de este modo he podido sustraerme al creciente desprecio que en el continente se siente por Inglaterra, como inevitable consecuencia de la política brutal y egoísta y, en general, del modo de comportarse de vuestra burguesía dominante.

Al mismo tiempo, he tenido también ocasión de mantenerme en permanente contacto con la burguesía, vuestro enemigo, lo que me ha permitido llegar rápidamente a la conclusión de que estáis totalmente en lo justo al no esperar de ella la menor ayuda. Vuestros intereses son diametralmente opuestos a los suyos, aunque ellos intenten siempre sostener lo contrario y despertar en vosotros la creencia que sienten la más calurosa simpatía por vuestra suerte. Pero sus hechos desmienten sus palabras. Espero haber aportado aquí pruebas más que suficientes de que la burguesía —diga lo que quiera— no conoce en realidad otra meta que enriquecerse con vuestro trabajo, mientras puede vender los productos de él, y dejaros a merced del hambre tan pronto como no puede sacar el menor provecho de este comercio indirecto con el sudor humano. ¿Qué han hecho para demostrar sus pretendidas buenas intenciones hacia vosotros? ¿Acaso alguna vez se han preocupado seriamente de vuestros sufrimientos? ¿Han hecho algo más que pagar los gastos de

media docena de comisiones investigadoras, cuyos voluminosos dictámenes han ido a dormir el sueño de los justos bajo montones de papel viejo, en los estantes del Home Office?[a] ¿Se han preocupado acaso de sacar de sus modernos Libros azules una sola obra legible que permita a cualquier lector enterarse sin esfuerzo de cuál es la verdadera situación de la gran mayoría de los ingleses "nacidos libres"? Naturalmente que no, pues éstas son cosas de las que no les gusta hablar, y prefieren dejar en manos de un extranjero el cometido de informar al mundo civilizado sobre la situación humillante en la que se os obliga a vivir.

Extranjero para *ellos*, confío en que no lo seré para *vosotros*. Aunque mi inglés no sea puro, espero que lo encontraréis, por lo menos, *claro*. Ningún obrero de Inglaterra —y debo decir, de pasada, que ninguno tampoco de Francia— me ha tratado nunca como a extranjero. Con mucho agrado he podido comprobar que ese funesto azote de la estrechez y la arrogancia nacionales, que no es, en rigor, más que *egoísmo en gran escala*, no reza con vosotros; he podido darme cuenta de vuestra simpatía hacia todo el que consagra sus energías al progreso humano, sea o no inglés; de la admiración que sentís por todo lo noble y todo lo bueno, haya brotado en vuestro pueblo o en otra parte; he podido convencerme de que vosotros no sois simplemente *ingleses*, hijos de una nación aparte, de que sois realmente *hombres*, miembros de la gran familia internacional de la *humanidad*, concientes de que sus intereses y los de toda la raza humana son unos y los mismos y como a tales, como a miembros de esta gran familia de la *humanidad "una e indivisible"*, como a *seres humanos* en la acepción más rigurosa de la palabra, os saludo, y aclamo, en unión de muchos otros hombres del continente, vuestros progresos en todos los órdenes y os deseo, a la par con ellos, el mejor de los éxitos. ¡Adelante, pues, en el camino emprendido! Muchos obstáculos tenéis aún por delante. ¡Sed firmes y perseverantes, no os dejéis desanimar! ¡Estad seguros de vuestro éxito! Cada paso de avance en el camino por el que habréis de marchar servirá a nuestra causa común, a la causa de la humanidad.

Barmen (Prusia renana), 15 de marzo de 1845.

F. ENGELS.

[a] Ministerio del Interior.

# PRÓLOGO

Las siguientes páginas tratan de un tema que en un principio me proponía que fuera un capítulo de una obra más extensa sobre la historia social de Inglaterra, pero cuya importancia me movió enseguida a dedicarle un estudio propio e independiente.

La situación de la clase obrera constituye el verdadero palenque y punto de partida de todos los movimientos sociales de hoy día, porque en él se halla la cúspide más escandalosa de nuestros males sociales del presente. El comunismo obrero francés y alemán, el furierismo y el socialismo inglés, lo mismo que el comunismo de la burguesía culta alemana son, indirectamente, fruto de ella. El conocimiento de la realidad proletaria es, pues, una necesidad inexcusable para afianzar en terreno firme, de una parte, las teorías socialistas y, de otra parte, los juicios acerca de su razón de ser, poniendo fin a todos los arrebatos pasionales y a todas las fantasías en pro y en contra. Es el reino británico, especialmente Inglaterra propiamente dicha, donde la realidad proletaria se presenta bajo su forma *clásica*. Y sólo Inglaterra proporciona el material necesario para estudiarla, recopilado por completo en las investigaciones oficiales.

Durante veintiún meses, he tenido ocasión de conocer de cerca, por propia observación y en contacto personal, al proletariado inglés, sus aspiraciones, sus sufrimientos y sus alegrías, complementando mis observaciones con el cotejo de las fuentes auténticas necesarias. Lo que he visto, escuchado y leído ha dado como fruto las páginas siguientes. No me cabe duda de que mi punto de vista, y no solamente él, sino también los hechos aducidos, serán objeto de muchos ataques, sobre todo cuando mi libro caiga en manos de lectores ingleses; y sé también que, aquí y allá, no dejarán de encontrarse en él algunas pequeñas inexactitudes que, dada la amplitud del tema y de sus premisas, se deslizarían incluso, inevitablemente, si la obra hubiese sido escrita por un inglés, tanto más cuanto que en la propia Inglaterra no existe aún obra alguna que trate, como hace la mía, de los obreros en su *totalidad*; y no me recataré en desafiar a la burguesía inglesa, ya desde ahora, a que me demuestre, con apoyo en las mismas fuentes a que yo recurro, alguna inexactitud de importancia, desde el punto de vista de la obra en su conjunto.

El estudio de la realidad del proletariado en la Gran Bretaña —sobre todo, en el momento actual— tiene gran importancia, especialmente, para Alemania. El socialismo y el comunismo alemán parten más que ningún otro de premisas teóricas; los teóricos alemanes conocíamos muy poco del mundo real para lanzarnos directamente a reformar esta "realidad negativa", arrancando directamente del conocimiento de las condiciones reales. Entre los publicistas que abogan por semejante reforma, casi ninguno ha llegado al comunismo sino a través de la disolución de las especulaciones hegelianas por obra de Feuerbach. Las condiciones

reales de vida del proletariado son tan poco conocidas entre nosotros, que incluso esas bien intencionadas "Asociaciones para el fomento de las clases trabajadoras" en las que nuestra burguesía maltrata ahora la cuestión social parten constantemente de las más ridículas y absurdas opiniones acerca de la situación de los obreros. Nadie necesita tanto como nosotros, los alemanes, conocer los hechos, en el estudio de este problema. Y aunque la realidad proletaria, en Alemania, no se haya desarrollado con los caracteres clásicos que presenta en Inglaterra, entre nosotros impera en esencia el mismo orden social, que, tarde o temprano, cobrará también en nuestro país la misma agudización que ha adquirido ya al otro lado del mar del Norte, a menos que la perspicacia de la nación no adopte a su debido tiempo las medidas necesarias para dar una nueva base a todo el sistema social. Las mismas causas fundamentales que en Inglaterra han determinado la miseria y la opresión del proletariado se dan en Alemania y tendrán que engendrar, a la larga, iguales resultados. Entre tanto, la miseria *inglesa* comprobada nos dará pie para comprobar también la miseria *alemana* y nos suministra la pauta para poder medir su extensión y la magnitud del peligro que se ha puesto de manifiesto en los disturbios de Silesia y Bohemia [134] y que amenaza por este lado a la tranquilidad inmediata de Alemania.

Debo, por último, hacer dos observaciones. La primera es ésta. Que la expresión de *clase media* es empleada siempre aquí con el mismo sentido del término inglés *middle-class* (o *middle-classes,* como casi siempre suele decirse), que designa, como la palabra francesa *bourgeoisie,* a la clase dominante y especialmente a la clase poseedora, diferenciada de la aristocracia, la clase que en Francia y en Inglaterra se halla directamente en posesión del poder público y que en Alemania lo regenta indirectamente, en forma de la "opinión pública". Del mismo modo, empleo siempre como sinónimos los términos de obreros (*working men*) y proletarios, clase obrera y proletariado. La segunda observación es que, en la mayoría de las citas, adopto el partido de quienes hablan en ellas, ya que los liberales ponen de manifiesto casi siempre la miseria de los distritos agrícolas, tratando en cambio de negar la de los distritos fabriles, mientras que los conservadores, por el contrario, hacen resaltar la miseria de los segundos y silencian la de los primeros. Esta es la razón de que, a falta de documentos oficiales, dé siempre preferencia, cuando se trata de describir la situación de los obreros industriales, a los testimonios *liberales,* para refutar a la burguesía liberal por su propia boca y que, en cambio, me remita a los *tories* o a los cartistas en los casos en que me consta por experiencia propia la verdad de los hechos o cuando el carácter fidedigno de los testimonios parece amparado por la fuerza de convicción personal o literaria de mis autoridades.

Barmen, 15 de marzo de 1845.

F. ENGELS.

# INTRODUCCIÓN

La historia de la clase obrera en Inglaterra data de la segunda mitad del siglo pasado y se inicia con la invención de la máquina de vapor y de las máquinas para trabajar el algodón. Como es sabido, estos inventos dieron impulso a una revolución industrial, revolución que, al mismo tiempo, transformó toda la sociedad burguesa y cuyo alcance para la historia universal apenas comienza a conocerse. Inglaterra es el solar clásico de esta transformación, tanto más poderosa cuanto más silenciosamente se llevó a cabo, y ello explica por qué Inglaterra es, al mismo tiempo, el país clásico del desarrollo de lo que constituye el resultado fundamental de esta transformación: el proletariado. Solamente en Inglaterra podemos estudiar en todas sus relaciones y en todos sus aspectos lo que el proletariado es.

Aquí, no habremos de ocuparnos, por el momento, de la historia de esta revolución, ni de la importancia incalculable que tiene para el presente y para el futuro. Este estudio debe quedar reservado para otro trabajo ulterior, de mayor amplitud. Por el momento, habremos de limitarnos a unos cuantos puntos solamente, los estrictamente necesarios para comprender los hechos que expondremos, para comprender la actual situación de los proletarios ingleses.

Antes de introducirse las máquinas, la materia prima se hilaba y se tejía en la misma casa del trabajador. Mujeres e hijas hilaban la hebra de algodón que el marido o el padre se encargaba de tejer o sencillamente se vendía la hilaza, cuando el padre de familia no la tejía directamente. Estas familias de tejedores vivían casi siempre en el campo, en las inmediaciones de las ciudades y podían desenvolverse bastante bien con lo que ganaban con su trabajo, ya que el mercado local era todavía, por aquel entonces, decisivo para la demanda de productos, constituía casi el mercado único y aún no pesaba sensiblemente sobre los salarios la competencia, que más tarde se desarrollará, con la conquista de mercados de fuera y la expansión del comercio. A esto se añadía el aumento constante de la demanda en el mercado local, en consonancia con el lento incremento de la población, dando ocupación a todos los trabajadores disponibles y haciendo imposible la violenta competencia de los trabajadores entre sí, por virtud del aislamiento rural de sus hogares. Ello hacía que los tejedores pudieran, en la generalidad de los casos, ahorrar algo para arrendar una pequeña parcela, cultivada por ellos en sus horas libres, puesto que la posibilidad de dedicarse a tejer cuando lo desearan les permite disponer de bastante tiempo. Su cultivo de la tierra dejaba, naturalmente, bastante que desear, pues estos trabajadores no podían dedicar a las faenas agrícolas los cuidados necesarios ni obtener de la tierra un rendimiento real; pero los tejedores, en esta fase, no eran todavía, por lo menos, verdaderos proletarios; habían plantado, como dicen los ingleses, una estaca en la tierra de su patria, vivían aferrados

al terruño y ocupaban en la sociedad un lugar más alto que el obrero inglés de nuestros días.

Los trabajadores vegetaban así en una vida relativamente cómoda, llevaban una existencia tranquila y honrada en el santo temor de Dios y su situación material era bastante mejor que la de sus sucesores. No necesitaban matarse a trabajar, sólo trabajaban lo necesario para vivir, ganaban lo indispensable y les quedaba tiempo libre para dedicarse a cultivar sanamente su tierra o su huerto, alternando con estas faenas su trabajo textil, y podían además tomar parte en los juegos y distracciones de sus convecinos; y estos juegos, los bolos, la pelota, etc., contribuían a la conservación de su salud y al fortalecimiento de su cuerpo. Aquellos trabajadores eran, por lo general, hombres fuertes y bien constituidos, cuya reciedumbre física no se diferenciaba gran cosa de la de sus vecinos, los labradores. Sus hijos se criaban al aire libre, en medio de los campos, y sólo de vez en cuando ayudaban a sus padres en el trabajo, sin que se dieran todavía jornadas de trabajos agotadoras de ocho a doce horas diarias.

Fácil es colegir cuál era el carácter moral e intelectual de esta clase de trabajadores. Vivían al margen de las ciudades, en las que jamás ponían los pies, ya que los agentes ambulantes se encargaban de comprarles la hilaza o las telas tejidas por ellos, pagándoles su trabajo, y muchos viejos que vivían en las inmediaciones de la ciudad jamás la habían visitado, hasta que llegó el día en que, habiéndoles arrebatado las máquinas sus medios de vida, se vieron obligados a abandonar su aldea en busca de trabajo; todo ello hacía que viviesen en el mismo nivel moral e intelectual que los campesinos, a los que, por lo demás, se hallaban directamente unidos, en la mayoría de los casos, por sus pequeñas parcelas. Consideraban a su *Squire* —que era el terrateniente más importante de la comarca— como su superior natural, le pedían consejo, sometían a su decisión sus pequeños litigios y le rendían todos los honores debidos a esta dignidad patriarcal. Eran gentes "respetables" y buenos padres de familia y vivían dentro de la moral, porque nada daba pie a la conducta disoluta, pues no había en los contornos tabernas ni casas de prostitución y, si de vez en cuando bebían una copa, el tabernero que se la escanciaba era también un hombre respetable y casi siempre un labrador acomodado, amante de la buena cerveza y del orden y que gustaba de cerrar temprano las puertas de su establecimiento, los domingos y días de fiesta. Cuidaban de los hijos en la casa y los educaban en la obediencia y el temor de Dios. Las relaciones patriarcales en el seno de la familia se mantenían en pie mientras los hijos no se casaban; los niños se criaban en medio de una sencillez y una confianza idílicas, jugando con los de su edad hasta que se creaban una familia, y aunque fueran frecuentes las relaciones sexuales antes del matrimonio, ambas partes se consideraban por lo común moralmente obligadas a santificarlas en el altar, sancionando de este modo el comercio anterior. En una palabra, los obreros industriales ingleses de aquel tiempo vivían y pensaban, como todavía hoy tantos trabajadores alemanes, en el aisla-

miento y el retraimiento, sin grandes quebraderos de cabeza y sin que su manera de vivir conociera serios sobresaltos. Pocos sabían leer y menos aún escribir, asistían regularmente a la iglesia, no se metían en política ni conspiraban, no se dedicaban a cavilar, se entretenían en sus juegos físicos, escuchaban la lectura de la Biblia con la devoción heredada de sus mayores y adoptaban un comportamiento ejemplar, humilde y exento de toda clase de pretensiones, ante las clases altas de la sociedad. A cambio de ello, vivían entregados a la inercia espiritual, consagrados exclusivamente a sus pequeños intereses privados, a su telar y a su huerto, sin tener la menor noción de los movimientos espirituales que fuera de su aldea agitaban a la humanidad. Se sentían a gusto en su apacible existencia vegetativa y, de no haber sido por la revolución industrial, jamás habrían roto con aquella vida románticamente placentera, pero indigna del hombre. Y es que ellos no eran en realidad hombres, sino simples máquinas de trabajo al servicio de unos cuantos aristócratas que hasta entonces habían dirigido la historia; la revolución industrial se limitó a sacar las consecuencias del estado de cosas anterior, arrebatándoles lo poco que les quedaba de existencia propia e independiente, pero obligándoles a cambio de ello a pensar y a luchar por una vida realmente humana. Como en Francia la política, en Inglaterra fueron la industria y la trayectoria de la sociedad burguesa las que lanzaron al torbellino de la historia a las últimas clases estancadas en la apatía hacia los intereses generales del hombre.

El primer invento que vino a revolucionar la existencia anterior de los obreros ingleses fue la *Jenny*[107] del tejedor *James Hargreaves*, que vivía en Standhill, cerca de Blackburn, en el norte de Lancashire (1764). Esta máquina fue el tosco antecedente de la hiladora mecánica llamada *mule;* se movía a mano, pero en vez de un huso como la rueda corriente del hilandero, tenía de dieciséis a dieciocho husos, movidos todos ellos por el mismo operario. Este mecanismo permitía hilar en el mismo tiempo mucha más hebra que antes; mientras anteriormente un tejedor tenía constantemente ocupadas a tres hilanderas que no daban nunca abasto con la hilaza, ahora ésta tenía siempre que esperar a los operarios encargados de tejerla. La demanda de telas, ya de suyo en aumento, fue creciendo todavía más al abaratarse su precio como consecuencia de la baja del costo de producción de los productos elaborados por la nueva máquina; con lo cual aumentaba también la demanda de tejedores y crecía el salario de éstos.

Los tejedores, más sujetos ahora a su telar, fueron abandonando poco a poco sus labores agrícolas, para dedicarse exclusivamente al trabajo textil. Una familia formada por cuatro personas adultas y dos niños, dedicados también a tejer, podía ganar, trabajando diez horas diarias, cuatro libras esterlinas a la semana y a veces aún más, y se daba con frecuencia el caso de que un solo operario, trabajando en el telar, ganara dos libras semanales. Poco a poco, fue desapareciendo así sin dejar rastro la clase de los tejedores que cultivaban además sus parcelas, para dejar el puesto a la nueva clase de los trabajadores textiles puros y sim-

ples, que vivían exclusivamente de su salario, sin poseer absolutamente nada, ni siquiera la apariencia de una parcela arrendada, lo que los convertía en verdaderos *proletarios* (*working men*). Se había roto, además, la relación que antes existía entre el hilandero y el tejedor. Anteriormente, la hebra se hilaba y se tejía, generalmente, bajo el mismo techo. Ahora, en que lo mismo la "Jenny" que el telar requerían manos vigorosas, también los hombres se dedicaban a tejer y familias enteras vivían de este trabajo, mientras que otros dejaban a un lado la ya anticuada rueda de hilar y, cuando no disponían de los medios necesarios para comprar una "Jenny", vivían exclusivamente de lo que ganaban trabajando en el telar paterno. Fue así como se inició la división del trabajo entre tejedores e hilanderos, que habría de desarrollarse hasta el infinito en la industria posterior.

Y mientras que las primeras máquinas, por imperfectas que ellas fuesen, hacían que se desarrollara el *proletariado industrial,* las mismas máquinas daban pie para que naciese también el *proletariado agrícola.* Hasta entonces, había existido una muchedumbre de pequeños propietarios de tierras, los llamados *yeomen,* que vegetaban en medio del mismo sosiego y la misma ausencia de ideas que sus vecinos, los tejedores labriegos. Seguían cultivando su parcela de tierra con la misma incuria con que lo habían hecho sus padres y se oponían a todo lo que fuese novedad con esa tozudez característica de los hombres apegados a sus viejas costumbres a lo largo de una serie de generaciones. Había también entre ellos muchos pequeños arrendatarios, que no eran propiamente colonos en el sentido actual de la palabra, sino gentes que habían heredado un pedazo de tierra de sus padres o abuelos al amparo de un arrendamiento contractual hereditario o de una vieja costumbre, sintiéndose dueños de la tierra que cultivaban. Ahora, al retirarse de la agricultura los obreros industriales, quedaron libres multitud de tierras, en las que fue anidando la nueva clase de los *grandes arrendatarios,* que tenían en sus manos hasta cincuenta, cien, doscientas y más yugadas y que eran *tenants-at-will,* es decir, arrendatarios cuyo contrato podía cancelarse cada año y que se las arreglaban para acrecentar el rendimiento de sus tierras mediante métodos mejores de cultivo y una agricultura en gran escala. Estos arrendatarios podían vender sus productos más baratos que el pequeño *yeoman,* al cual, en vista de que su parcela ya no le bastaba para vivir, no le quedaba otro camino que venderla para comprar una "Jenny" o un telar o entrar a trabajar como jornalero o proletario agrícola al servicio de un gran arrendatario. Su rutinaria indolencia y su descuido en el modo de cultivar la tierra heredada de sus antepasados y con la que no lograba salir adelante, no le permitían competir con quienes cultivaban las tierras arrendadas a base de principios más racionales y con todas las ventajas que daban una gran explotación y la inversión de capitales en la mejora de la tierra.

No se detuvo allí, sin embargo, el movimiento de la industria. Algunos capitalistas comenzaron a instalar sus "Jennys" en grandes edificios y a moverlas por la *fuerza hidráulica,* lo que les permitía reducir el nú-

mero de operarios y vender su hilaza a precios más bajos que los hilanderos sueltos, que movían sus máquinas a mano. La "Jenny", además, fue perfeccionándose constantemente, las viejas máquinas quedaban a cada paso anticuadas y tenían que ser renovadas o arrumbadas; y si el capitalista empleaba la fuerza hidráulica, pudiendo todavía desenvolverse con la vieja maquinaria, el hilandero suelto se veía, a la larga, perdido. Tenemos ya aquí los orígenes del sistema fabril, el cual recibió nuevo impulso con la *spinning-throstle* inventada en 1767 por *Richard Arkwright,* barbero de *Preston,* en el norte de Lancashire. Esta máquina, que los alemanes llaman telar de cadena, fue, con la máquina de vapor, el invento mecánico más importante que nos legó el siglo XVIII. Descansa desde el primer momento sobre una *fuerza propulsora mecánica* y se basa en principios totalmente nuevos. Combinando las características de la "Jenny" y del telar de cadena, inventó *Samuel Crompton* de *Firwood* (Lancashire) en 1785 la *mule* o tejedora mecánica y, al descubrir Arkwright por los mismos años las *máquinas de cardar y de hilar,* el sistema fabril se impuso como el predominante en el hilado del algodón. Poco a poco, por medio de algunas adaptaciones de poca importancia, estas máquinas se hicieron extensivas al hilado de la lana y más tarde (en la primera década del siglo actual) al hilado del lino, con lo que también en este campo se descartó el trabajo manual. Pero tampoco quedaron aquí las cosas; en los últimos años del siglo pasado, había inventado el Dr. *Cartwright,* un párroco de aldea, el *telar mecánico,* que ya en 1804 podía competir con éxito con los tejedores manuales. Todas estas máquinas, por último, vieron redoblada su importancia al descubrir *James Watt* la *máquina de vapor,* inventada en 1764 y aplicada en 1785 para mover las máquinas de hilar.[157]

Con estos inventos, perfeccionados desde entonces año tras año, se había asegurado el *triunfo del trabajo mecánico sobre el trabajo manual* en las ramas principales de la industria inglesa y toda la historia de esta industria, a partir de ahora, nos cuenta cómo los obreros manuales se vieron desplazados por la maquinaria de una posición tras otra. Ello trajo como consecuencia, de una parte, la rápida baja de precios de todos los productos manufacturados, el florecimiento del comercio y de la industria, la conquista de casi todos los mercados extranjeros que no gozaban de protección y el rápido incremento de los capitalistas y de la riqueza nacional; y, de otra parte, el aumento mucho más rápido aún del proletariado, la destrucción del patrimonio y de la seguridad de ingresos para la clase trabajadora, la desmoralización, la agitación política y todos los hechos tan repelentes para los ingleses ricos que habremos de examinar en los capítulos siguientes. Habiendo visto ya en las páginas anteriores qué conmoción tan profunda produjo en las relaciones sociales de las clases bajas una sola máquina tan rudimentaria como la "Jenny", no podemos extrañarnos de las consecuencias que había de traer consigo un sistema completo y coherente de máquinas perfeccionadas, encargadas de transformar en productos elaborados la materia prima con que se alimentan.

Sigamos, sin embargo, un poco más de cerca el desarrollo de la industria inglesa,[b] comenzando por su rama principal, la de la *industria algodonera.*

De 1771 a 1775 se importaban por término medio menos de cinco millones de libras de algodón en rama al año; en 1841 la importación fue de 528 millones de libras y la de 1844 ascendió a no menos de 600 millones. En 1834, Inglaterra exportó 556 millones de yardas de telas de algodón, 76 millones y medio de libras de hilaza de algodón y por valor de 1 200 000 libras esterlinas de productos de algodón en malla. En el mismo año trabajaban al servicio de la industria algodonera más de ocho millones de husos-mule, 110 000 telares mecánicos y 250 000 telares a mano, sin contar los husos de los telares de cadena, y según los cálculos de *MacCulloch,* en los tres reinos, vivían directa o indirectamente de esta rama industrial cerca de millón y medio de personas, de los cuales trabajaban exclusivamente en las fábricas unos 220 000; la energía consumida por estos establecimientos fabriles ascendía a 33 000 caballos de fuerza de vapor y a 11 000 caballos de fuerza hidráulica. Hoy, todas estas cifras se quedan muy cortas y podemos dar por sentado sin temor a equivocarnos que en 1845 la potencia y el número de las máquinas, así como la cifra de los obreros, representarán un aumento del 50 por 100 sobre las de 1834.

La sede principal de esta industria es *Lancashire,* donde nació; la industria textil ha revolucionado totalmente este condado y lo ha convertido de un oscuro y triste pantano en una comarca animada y laboriosa, habiendo decuplicado en ochenta años su población y habiendo hecho surgir como por encanto gigantescas ciudades como *Liverpool* y *Manchester,* con 700 000 habitantes cada una, ciudades menos importantes como *Bolton* (60 000 habitantes), *Rochdale* (75 000 habitantes), *Oldham* (50 000 habitantes), *Preston* (60 000 habitantes), *Ashton* y *Stalybridge* (40 000 habitantes) y muchas otras ciudades fabriles. La historia de Lancashire-Sur nos habla de los más grandes portentos de la época moderna, de la que nadie nos dice nada, y todos estos portentos se deben a la industria algodonera. El segundo centro textil, que corresponde al distrito algodonero de Escocia, *Lanarkshire* y *Renfrewshire,* es *Glasgow,* cuya población ha aumentado de 30 000 a 300 000 habitantes desde la implantación de esta industria. También la industria de *tejido de malla* de *Nottingham* y *Derby* recibió un nuevo impulso con la baja del precio de la hilaza, el cual se redobló al perfeccionarse el telar de malla, permitiendo tejer dos medias o calcetines simultáneamente. La *fabricación de puntillas* se convirtió también en una importante rama industrial a partir de 1777, año en que se descubrió la *máquina puntillera;* poco después, inventó *Lindley* la llamada *máquina del point-net* y en 1809

[b] Tomando como base el libro de Porters titulado [The] *Progress of the Nations* ("El Progreso de la Nación") de *Porter,* 1836, vol. I, 1838, vol. II, 1843, vol. III, 1843 (basado en datos oficiales) y otras fuentes casi todas ellas también oficiales.— (*Ed.* 1892). Este esbozo histórico de la transformación industrial de Inglaterra no es del todo exacto, en sus detalles; pero en 1843-44 no disponíamos de mejores fuentes.

*Heathcote* la *máquina-bobbinnet*, que vino a simplificar extraordinariamente la fabricación de estos encajes abaratando su precio y elevando con ello su consumo, hasta el punto de que en la actualidad viven de esta industria no menos de 200 000 personas. La fabricación de puntillas tiene sus centros en *Nottingham*, *Leicester* y el Oeste de Inglaterra (*Wiltshire*, *Devonshire*, etcétera).

Y la misma o parecida expansión han experimentado las ramas de trabajo que dependen de la industria algodonera, tales como las del blanqueado, el tinte y el estampado. El *blanqueado* tomó, además, gran impulso mediante el empleo del *cloro* en vez del oxígeno, para activar la operación, y el *tinte* y el *estampado* gracias al rápido desarrollo de la química y una serie de brillantísimos inventos mecánicos; todo lo cual, unido al incremento de la fabricación de productos algodoneros, llevó a estas ramas industriales a un auge jamás hasta entonces conocido.

La misma actividad vemos desarrollarse en las artes textiles de la *lana*. Los tejidos de lana habían sido hasta entonces la rama principal de la industria inglesa, pero el volumen de la producción, en aquellos tiempos, no representaba apenas nada al lado de lo que actualmente se fabrica. En 1782, toda la producción de lana de los tres años anteriores quedaba casi sin aprovechar por falta de brazos, y así habrían seguido las cosas si no hubiera venido a poner remedio a esta situación la nueva maquinaria. La extensión de las nuevas máquinas a los hilados de lana dio los mejores resultados. Los distritos laneros experimentaron a partir de entonces el mismo desarrollo que hemos encontrado en los distritos algodoneros. En 1738 se fabricaron en *West Riding, Yorkshire*, 75 000 piezas de lana; en 1817 la cifra había ascendido ya a 490 000, y la expansión de la industria lanera fue tan rápida, que en 1834 se exportaron 450 000 piezas de tejidos de lana más que en 1825. En 1801 se elaboraron 101 millones de libras de lana (de los que 7 millones eran lana importada). Y en 1835 180 millones de libras (de ellos 42 millones importados). El centro principal de esta industria es el West Riding de Yorkshire, en uno de cuyos lugares, *Bradford*, se teje en madejas y en otras formas de lana inglesa de fibra larga, mientras que en otras ciudades de la misma región, *Leeds*, *Halifax*, *Huddersfield*, etc., se elabora la lana de fibra corta para hacer paños; tenemos, además, la comarca cercana a Lancashire, *Rochdale*, donde se fabrica, además de telas de algodón, gran cantidad de franelas, y el *Occidente de Inglaterra*, que produce los paños más finos. El incremento de la población lo indican los datos siguientes:

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Bradford | en | 1801 | 29 000 | y en | 1831 | 77 000 | habitantes |
| Halifax | ” | 1801 | 63 000 | ” | 1831 | 110 000 | ” |
| Huddersfield | ” | 1801 | 15 000 | ” | 1831 | 34 000 | ” |
| Leeds | ” | 1801 | 53 000 | ” | 1831 | 125 000 | ” |
| y todo el West Riding | ” | 1801 | 564 000 | ” | 1831 | 980 000 | ” |

Y desde 1831 la población ha seguido aumentando en no menos del 20 al 25 por ciento. En 1835, la industria de hilados de lana ocupaba en los tres reinos a 71 300 obreros trabajando en 1 313 fábricas, cifra que representaba solamente una pequeña parte del número de personas que, directa o indirectamente, viven de la industria de la lana, sin incluir en esta cifra a los tejedores.

En la *industria del lino* los progresos se hicieron esperar más, ya que esta fibra, por sus condiciones naturales, hacía más difícil el empleo de las máquinas de hilar. Aunque los primeros intentos se hicieron en Escocia ya al final del siglo pasado, fue solamente en 1810 cuando el francés *Girard* logró montar con resultados prácticos una *hilandería de lino*, e incluso las máquinas adaptadas por él necesitaron aguardar a las innovaciones introducidas en Inglaterra y a su generalización en los distritos británicos de *Leeds*, *Dundee* y *Belfast* para llegar a adquirir la importancia que les estaba reservada. A partir de ahora, se extendió rápidamente la industria inglesa del lino. En 1814 se importaron en Dundee 3 000 toneladas de esta fibra;[c] en 1833 la cifra había ascendido ya a 19 000 toneladas de lino y a 3 400 toneladas de cáñamo. La exportación de telas de lino irlandés a la Gran Bretaña aumentó de 32 millones de yardas (1800) a 53 millones (1825), gran parte de los cuales volvieron a exportarse; la exportación de tejidos de lino de Inglaterra y Escocia se elevó de 24 millones de yardas (1820) a 51 millones en 1833. El número de hilanderías de lino era, en 1835, de 347, en que trabajaban 33 000 obreros; la mitad de ellas funcionaba en el Sur de Escocia, más de 60 en el West Riding de Yorkshire (Leeds y su comarca), 25 en Belfast (Irlanda) y las demás en Dorsetshire y Lancashire. Esta industria textil tiene su sede en el Sur de Escocia, en algunos lugares sueltos de Inglaterra y, sobre todo, en Irlanda.

Con el mismo éxito se lanzaron los ingleses a la *elaboración de la seda*. La materia prima para esta industria procedía del Sur de Europa y del Asia, consistiendo la operación principal en el tramado de las hebras finas. Hasta 1824, los elevados aranceles sobre la seda en bruto (4 chelines por libra) entorpecían considerablemente la industria sedera inglesa, que sólo podía contar, gracias al sistema proteccionista, con el mercado de Inglaterra y sus colonias. En dicho año se rebajó a un penique el impuesto de importación de la materia prima y el número de fábricas sederas comenzó a crecer inmediatamente; en un solo año, el número de husos, en estas fábricas, aumentó de 780 000 a 1 180 000, y aunque la crisis comercial de 1825 paralizó por poco tiempo esta rama industrial, en 1827 las fábricas funcionaban ya a mayor ritmo que antes, puesto que la pericia mecánica y la experiencia logradas por los ingleses habían asegurado a sus máquinas de tramado de la seda el predominio sobre los rudimentarios mecanismos de sus competidores. El imperio británico poseía en 1835 263 fábricas de tramado de esta fibra en las que trabajaban 30 000 obreros, situadas la mayoría de ellas en *Cheshire* (*Macclesfield*, *Congleton* y sus contornos), *Manchester* y *Somersetshire*.

[c] La tonelada inglesa equivale a 2 240 libras inglesas, o sea casi 1 000 kg. (Ed. 1892).

Siguen existiendo además muchas fábricas para la elaboración de la fibra del gusano de seda, del que se extrae un producto especial (la seda hilada) del que los ingleses abastecen incluso a las sederías parisinas y lionesas. Esta seda tramada e hilada es tejida, especialmente, en Escocia (*Paisley* y otros lugares) y en Londres (*Spitalfields*) y también en *Manchester* y en otros puntos.

Pero el gigantesco auge industrial de Inglaterra a partir del año 1760 no se limita a la industria textil. Una vez recibido el impulso, éste se extendió a todas las ramas de la actividad industrial, y su simultaneidad con el movimiento general vino a duplicar la importancia de una serie de inventos, que no guardaban relación alguna con los que dejamos señalados. Pero, al mismo tiempo que esto ocurría y una vez demostrada en la práctica la importancia incalculable de la fuerza mecánica para la industria, se hizo todo lo necesario para explotar esta energía de todos los modos posibles y en provecho de los diversos inventores y fabricantes; además, el problema de la maquinaria y del combustible y la materia prima duplicó directamente el trabajo de una gran masa de obreros y de una serie de industrias. La máquina de vapor valorizó por vez primera los grandes *yacimientos de carbón* de Inglaterra; nació la *fabricación de máquinas* y, con ella, surgió un nuevo interés por las *minas de hierro*, que suministraban la materia prima para las máquinas; el incremento del consumo de tejidos de lana sirvió de acicate a la ganadería lanar, y la creciente importación de lana, lino y seda fomentó la expansión de la marina comercial inglesa. Creció, sobre todo, la *producción siderúrgica*. Hasta ahora, la explotación de las ricas minas de hierro de Inglaterra había sido pobre; se mezclaba el mineral de hierro con carbón de leña, cada vez más caro y más escaso a medida que se iba mejorando la tierra y roturando los bosques; hasta el siglo pasado no se comenzó a emplear para ello el coque o carbón de hulla volatilizado con azufre, y en 1780 se descubrió un nuevo método para convertir en hierro de forja el mineral de hierro fundido con coque, que hasta entonces sólo se empleaba como hierro para fundición. Este método, consistente en eliminar el carbono producido al fundir el hierro, el método que los ingleses llaman *puddling*,[d] abrió un campo totalmente nuevo a la producción siderúrgica en Inglaterra. Los altos hornos eran ahora cincuenta veces mayores que antes, se simplificó la fundición de hierro mediante la inyección de aire caliente y ello permitió abaratar la producción del hierro y fabricar de este metal todo un conjunto de cosas que antes se hacían de madera o de piedra.

En 1788, construyó *Thomas Paine*, el conocido demócrata, el primer puente de hierro en Yorkshire, seguido de muchos más, y en la actualidad casi todos los puentes, principalmente los ferroviarios, se hacen de hierro fundido, y en Londres se ha construido de este metal incluso un puente sobre el Támesis, el puente de Southwark; las columnas de hierro, las plataformas de hierro para las máquinas, etc., están hoy a la orden del día, y la introducción del gas para el alumbrado y los ferro-

[d] **Pudelado.**

carriles han venido a abrir nuevas salidas a la producción siderúrgica en Inglaterra. Se generalizó la fabricación de clavos y tornillos por medio de máquinas; un vecino de Sheffield llamado *Huntsman* inventó en 1760 un método para fundir acero que ahorraba mucho trabajo y permitía la fabricación de productos nuevos y baratos; la mayor pureza del material que ello ponía a su disposición y la mayor perfección del instrumental, la nueva maquinaria y la detallada división del trabajo imprimieron gran impulso a la fabricación inglesa de productos metálicos.

La población de *Birmingham* aumentó de 73 000 habitantes (en 1801) a 200 000 (en 1844), la de *Sheffield* de 46 000 (en 1801) a 110 000 (en 1844), y el consumo de carbón de esta última ciudad era, en 1836, de 515 000 toneladas. En 1805 se había producido 4 300 toneladas de productos de hierro y 4 600 toneladas de hierro en bruto; la producción era, en 1834, de 16 200 y 107 000 toneladas, respectivamente; la producción total de hierro, que en 1740 sólo ascendía a 17 000 toneladas se había elevado en 1834 a 700 000. La fundición de hierro en bruto consumía anualmente más de 3 millones de toneladas de carbón, y resulta imposible hacerse una idea de la importancia que las *minas de hulla* han llegado a adquirir en el curso de los sesenta años últimos. Todos los yacimientos carboníferos de Inglaterra y Escocia se hallan actualmente en explotación y solamente las minas de *Northumberland* y *Durham* suministran más de 5 millones de toneladas al año para embarques y dan ocupación a unos 40 000 o 50 000 trabajadores. Según los datos de la *Durham Chronicle* ["Crónica de Durham"],[158] se hallan en explotación, en los dos citados condados

| | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| | en | 1753 | 14 | minas | de | carbón |
| | " | 1800 | 40 | " | " | " |
| | " | 1836 | 76 | " | " | " |
| y | " | 1843 | 130 | " | " | " |

Además, el ritmo de explotación de estas minas es cada vez mayor. Y el mismo o parecido auge de actividades se registra en las *minas de estaño, cobre* y *plomo*. Se ha extendido, asimismo, la *fabricación de vidrio* y ha nacido una nueva rama industrial, la de la *cerámica*, renovada en 1763 por *Josiah Wedgwood*. Éste logró reducir a principios científicos toda la fabricación de artículos de loza, introdujo el buen gusto en esta industria y fundó las *fábricas de cerámica* (potteries) de *Nord-Staffordshire*, distrito de ocho millas inglesas cuadradas, que antes era un páramo y ahora se ha convertido en un centro fabril en que trabajan más de 60 000 personas.

Esta vorágine general se comunicó a todo. Tampoco la *agricultura* quedó al margen del movimiento. No sólo porque, como veíamos, la propiedad de la tierra pasó a manos de otros poseedores y cultivadores, sino porque los cambios afectaron también de otros modos a la agricul-

tura. Los grandes arrendatarios invirtieron capitales en las mejoras del suelo, echaron por tierra las barreras innecesarias, desecaron las tierras y las abonaron, introdujeron mejores herramientas e implantaron cambios sistemáticos en los cultivos (*cropping by rotation*). También ellos se vieron ayudados por el progreso de las ciencias; sir *H. Davy* aplicó con éxito la química a la agricultura, y el desarrollo de la mecánica les suministró gran cantidad de ventajas. El incremento de la población hizo aumentar de tal modo la demanda de productos agrícolas, que de 1760 a 1834 se pusieron en cultivo 6 840 540 yugadas inglesas de tierras baldías, a pesar de lo cual Inglaterra hubo de convertirse de país exportador de granos en país importador.

La misma intensidad de actividades observamos en el ramo de las *comunicaciones*. De 1818 a 1829 se construyeron en Inglaterra y el País de Gales 1 000 millas inglesas de carreteras con la anchura legal de 60 pies y se renovaron casi todas las antiguas con arreglo al método de *MacAdam*. En *Escocia*, la dirección de Obras públicas abrió desde 1803 novecientas millas de carreteras y tendió más de mil puentes, que de pronto pusieron a las tierras altas en contacto con la civilización. Los montañeses de Escocia, que hasta ahora vivían en su mayoría de la caza y el contrabando, se convirtieron, gracias a esto, en laboriosos agricultores y artesanos, y a pesar de que se han abierto escuelas galesas para la conservación de la lengua vernácula, las costumbres y la lengua galesa-célticas van desapareciendo rápidamente ante los avances de la civilización británica. Y otro tanto ocurre en *Irlanda*. Entre los condados de *Cork*, *Limerick* y *Kerry* se extendía hasta hace poco una faja de tierras yermas sin caminos transitables, que la inaccesibilidad convertía en refugio de toda clase de delincuentes y en el baluarte principal de la nacionalidad celta-irlandesa en el Sur de Irlanda; estas tierras, cruzadas ahora por nuevas carreteras, han abierto a la civilización aquellas regiones salvajes. Todo el reino británico, pero sobre todo Inglaterra, que hace sesenta años solamente disponía de caminos tan malos como los que por aquellos años conocían Alemania y Francia, cuenta hoy con una red de magníficas carreteras, que son también, como lo es casi todo en Inglaterra, obra de la industria privada, ya que el Estado ha hecho muy poco o casi nada para resolver el problema.

Hasta 1755, Inglaterra apenas tenía *canales navegables*. En dicho año se abrió en Lancashire el canal de *Sankey Brook* hacia *Santa Elena*; y en 1759 construyó *James Brindley* el primer canal importante, el del *Duque de Bridgewater*, que parte de *Manchester*, cruza las minas de carbón de los alrededores hasta la desembocadura del *Mersey* y en *Barton* empalma con el río *Irwell* por medio de un acueducto. De entonces data el sistema de canales de Inglaterra, al que Brindley imprimió un gran impulso. Se abrieron ahora canales en todas direcciones y se hicieron navegables muchos ríos. Solamente en *Inglaterra*, se han abierto 2 200 millas de canales y se han hecho navegables 1 800 millas fluviales; en *Escocia*, se ha tendido el *Canal de Caledonia*, que cruza todo el país, y en *Irlanda* se han abierto también diversas vías de agua. Y casi

todas estas obras son asimismo, como los ferrocarriles y las carreteras, fruto de la iniciativa de particulares y compañías.

Los *ferrocarriles* son obra de los tiempos más recientes. El primer ferrocarril importante fue el de *Liverpool* a *Manchester* (inaugurado en 1830); de entonces acá, todas las grandes ciudades se hallan comunicadas por vías férreas. Londres, con Souhampton, Brighton, Dover, Colchester, Cambridge, Exeter (por Bristol) y Birmingham; Birmingham con Gloucester, Liverpool, Lancaster (por Newton y Wigan y por Manchester y Bolton) y además con Leeds (por Manchester y Halifax y por Leicester, Derby y Sheffield); Leeds con Hull y Newcastle (por York). A éstos hay que añadir los numerosos ferrocarriles secundarios y las líneas en construcción y proyectadas, que pronto permitirán viajar de Edimburgo a Londres en un día.

El vapor no sólo ha revolucionado las comunicaciones por tierra, sino que ha hecho cambiar también el transporte fluvial y marítimo. El primer barco de vapor surcó en 1807 las aguas del Hudson, en Norteamérica; en 1811 navegó por las aguas del Clyde, en el imperio británico, el primer buque de vapor. Desde entonces se han construido en Inglaterra más de seiscientos barcos y en 1836 funcionaban en los puertos británicos más de quinientos.

Tal es, brevemente expuesta, la historia de la industria inglesa en los últimos sesenta años, historia que no tiene paralelo en los anales de la humanidad. Inglaterra, que hace sesenta u ochenta años era un país como otro cualquiera, con pequeñas ciudades, una industria pequeña y simple y una población agrícola poco densa, pero numerosa, es actualmente un país totalmente distinto de los demás, con una capital de tres millones y medio de habitantes, gigantescas ciudades fabriles, con una industria que abastece al mundo entero y lo fabrica casi todo con las máquinas más complicadas y una población laboriosa, inteligente y de gran densidad, dos terceras partes de la cual se dedican a la industria,[e] formada por clases totalmente distintas que antes, y que representa una nación completamente diferente, con otras costumbres y otras necesidades. La revolución industrial ha tenido para Inglaterra la misma importancia que la revolución política para Francia y la revolución filosófica para Alemania, y la distancia que media entre la Inglaterra de 1760 y la de 1844 es tan grande, por lo menos, como la que separa a la Francia del antiguo régimen y la de la revolución de Julio. Pero el fruto más importante de esta revolución industrial es el proletariado inglés.

Ya hemos visto cómo el proletario nació al calor de la introducción de las máquinas. La rápida expansión de la industria reclamaba brazos; el alza de los salarios hizo que grandes contingentes de trabajadores emigraran del campo a la ciudad. La población creció vertiginosamente y casi todo este incremento afluía a la clase obrera. En Irlanda, se había establecido cierto orden a comienzos del siglo XVIII; y también aquí comenzó a crecer rápidamente la población, que los trastornos provocados

[e] En las ediciones inglesas de 1887 y 1892: "...trade and commerce" (industria y comercio).

por la barbarie inglesa habían diezmado en el periodo anterior, crecimiento que se produjo, sobre todo, cuando el auge industrial comenzó a desplazar hacia Inglaterra a gran número de irlandeses. Nacieron así las grandes ciudades fabriles y comerciales del imperio británico, en las que por lo menos tres cuartas partes de la población pertenecían a la clase obrera y la pequeña burguesía estaba formada exclusivamente por tenderos y por pocos, poquísimos artesanos. La nueva industria, en efecto, fue cobrando importancia al convertir las herramientas en máquinas y los talleres en fábricas, transformando con ello a la clase media laboriosa en un proletariado trabajador y a los anteriores grandes mercaderes en fabricantes. Y del mismo modo que desplazó a la pequeña clase media, reduciendo la población a los dos sectores antagónicos de los obreros y los capitalistas, hizo otro tanto fuera del campo de la industria en sentido estricto, es decir, en los oficios artesanales e incluso en el comercio. La antigua división en maestros y oficiales fue sustituida ahora por la separación en grandes capitalistas y obreros, ante los que se cerraban todos los caminos para elevarse por encima de su clase; los oficios habían sido absorbidos por las fábricas, se había implantado una estricta división del trabajo y los pequeños maestros, incapaces de competir con los grandes establecimientos fabriles, descendían a la clase de los proletarios. Al mismo tiempo, la desaparición del artesanado anterior y la supresión de la pequeña burguesía privaban a los obreros de toda posibilidad de llegar a convertirse un día en burgueses. Hasta entonces, el trabajador tenía ante sí la perspectiva de establecerse, si le iba bien, como maestro de su taller y de poner a trabajar a su servicio a otros oficiales; pero ahora, al verse los maestros mismos desplazados por los fabricantes y en una sociedad en la que para explotar por su cuenta un oficio se requerían grandes capitales, el proletariado se convertía en una clase real y fija de la población y dejaba de ser, como en la época anterior, una etapa de paso hacia la burguesía. Quien nacía obrero estaba condenado a seguirlo siendo de por vida. El proletariado se había convertido, pues, en una nueva fuerza, capaz de poner en marcha movimientos propios e independientes.

La masa inmensa de los obreros formaba, por tanto, una masa compacta y coherente, que se extendía a lo largo de todo el imperio británico y cuya situación social se imponía cada día más a la atención de todo el mundo civilizado.

La situación de la clase obrera era ahora la situación de la inmensa mayoría del pueblo inglés. El problema de cuál habrá de ser la suerte de estos millones de hombres desposeídos que, para poder vivir, tienen que consumir hoy lo que ayer han ganado, que han forjado la grandeza de Inglaterra con su inventiva y su trabajo, que adquieren diariamente una conciencia cada vez mayor de su poder y reclaman con mayor apremio cada día la parte que les corresponde en los beneficios de las instituciones de la sociedad, este problema, se ha convertido desde la Ley de reformas [76] en el verdadero problema nacional. A él pueden reducirse todos los debates parlamentarios más o menos importantes; y aun-

que hasta ahora la clase media de Inglaterra no lo quiera confesar y trate de esquivar este gran problema y de hacer pasar sus intereses particulares por los verdaderos intereses de la nación, de nada le sirve. En cada legislatura parlamentaria vemos cómo la clase obrera gana terreno y cómo pierden importancia los intereses de las clases medias, y aunque la clase media sea la fuerza principal, más aún, la fuerza única del parlamento, hemos podido comprobar cómo la última legislatura del parlamento en 1844 no fue sino un continuo debate en torno a las condiciones de vida de los obreros (a la Ley de los pobres, a la Ley de fábricas, a la Ley sobre las relaciones entre los señores y sus criados, etc.),[159] y Thomas Duncombe, el representante de la clase obrera en la Cámara de los Comunes, se destacó como la gran figura de esta legislatura, mientras que la clase media liberal, con su moción sobre la derogación de las leyes cerealistas, y la clase media radical, con su propuesta sobre la denegación de impuestos, desempeñaban un lamentable papel. Incluso los debates acerca de Irlanda no eran, en el fondo, más que debates en torno a la situación del proletariado irlandés y a los medios para hacerle frente. Ha llegado ya la hora de que la clase media inglesa se decida a prestar atención a la actitud de los obreros, que no suplican, sino que exigen y amenazan, si no quiere llegar demasiado tarde.

Pero, pese a todo, la clase media inglesa y, sobre todo, la clase de los fabricantes, que se enriquece directamente con la miseria de los obreros, no quiere saber nada de esta miseria. Esta clase, que se considera la poderosa clase representante de la nación, se avergüenza de exponer ante los ojos del mundo la llaga purulenta de Inglaterra; no quiere confesar que los obreros padecen miseria, porque *ella*, la clase industrial, poseedora, es la moralmente responsable de esta miseria. De ahí la cara de burla que los ingleses ilustrados —que forman la clase media y son los únicos que se conoce en el continente— suelen mostrarnos cuando nos ponemos a hablar de la situación de la clase obrera; de ahí la total ignorancia que la clase media en su totalidad revela en lo tocante a los obreros; de ahí todos los ridículos dislates en que, dentro y fuera del parlamento, incurren estos señores cuando se habla de las condiciones de vida del proletariado; de ahí la optimista confianza con que vive, tan risueña, pisando sobre un terreno minado que a cada paso puede hundirse bajo sus pies y cuyo pronto derrumbamiento es tan seguro como una ley mecánica o matemática; de ahí el hecho verdaderamente inexplicable de que los ingleses, hasta el día de hoy, no cuenten todavía con un solo libro completo en que se estudie la vida de sus obreros, a pesar de que llevan quien sabe ya cuantos años investigando y cavilando en torno a este tema. Y de ahí también la profunda y sorda cólera que toda la clase obrera, desde Glasgow hasta Londres, siente contra los ricos, que sistemáticamente la explotan para dejarla luego, sin la menor sensibilidad, a merced de su destino, cólera que, no tardando —casi podríamos calcular cuándo— habrá de estallar en una revolución junto a la cual serán juegos de chicos la primera revolución francesa y el año 1794.

# EL PROLETARIADO INDUSTRIAL

El orden en que habremos de estudiar los distintos sectores del proletariado se desprende por sí mismo de la historia de su nacimiento, expuesta en páginas anteriores. Los primeros proletarios trabajaban en la industria y fueron fruto directo de ella; serán, pues, los *obreros industriales*, es decir, los que se dedican a la elaboración de materias primas, los primeros de que hablemos. La extracción o producción del material industrial mismo, de la materia prima y el combustible, debió su importancia a la revolución industrial y sólo gracias a ella pudo engendrar un nuevo proletariado: *los obreros de las minas de carbón y de las minas metalúrgicas*. En tercera instancia, la industria repercutió sobre la *agricultura* y, en cuarta instancia, sobre *Irlanda*, razón por la cual ocuparán los lugares tercero y cuarto, en nuestro estudio, estos sectores del proletariado. Y asimismo habremos de ver que, exceptuando tal vez a los obreros irlandeses, el grado de cultura de los diferentes sectores obreros guarda una relación exacta con el lugar que ocupan en el plano de la industria, es decir, que los obreros industriales son los que poseen una conciencia más alta, mientras que el proletariado de las minas ocupa en este respecto un lugar más bajo siendo los obreros agrícolas los menos concientes acerca de sus intereses de clase. Y también entre los propios proletarios industriales podemos seguir esta misma gradación y observar cómo los obreros de las fábricas, los primogénitos de la revolución industrial, han formado siempre, desde sus orígenes hasta hoy, el núcleo del movimiento obrero y cómo los demás se han ido sumando al movimiento a medida que sus oficios artesanales se veían arrastrados por la revolución industrial; de este modo y en el espejo de Inglaterra, podremos comprender la importancia histórica de la industria por el paso acompasado que se advierte entre el movimiento obrero y el movimiento industrial.

Pero como, en los momentos actuales, casi todo el proletariado industrial se halla ya encuadrado dentro del movimiento y la situación de los diversos sectores del proletariado tiene mucho de común, ya que todos ellos son hoy sectores industriales, habremos de examinar esto de antemano, con objeto de que, más tarde, podamos estudiar más nítidamente, con sus propias características, cada una de las distintas ramificaciones del proletariado.

Ya hemos señalado de pasada, más arriba, cómo la industria se centralizó en manos de unos cuantos poseedores. La explotación industrial reclama grandes capitales, con ayuda de los cuales crea gigantescas empresas, arruinando a la pequeña burguesía artesanal y sometiendo a su férula a las fuerzas naturales, para desplazar del mercado a los pequeños trabajadores manuales. La división del trabajo, el empleo de la fuerza hidráulica y sobre todo de la fuerza de vapor y el mecanismo de la maquinaria son las tres grandes palancas por medio de las cuales la indus-

tria, desde mediados del siglo pasado, saca de quicio al mundo. La pequeña industria creó la clase media; la gran industria ha creado la clase obrera y elevado sobre el trono a unos cuantos elegidos de la clase media, pero solamente para poderlos derrocar así con mayor seguridad. Es, sin embargo, a la par con ello, un hecho innegable y fácilmente comprensible el que la numerosa y pequeña clase media de los "viejos tiempos felices" ha sido destruida por la industria y convertida, de una parte, en ricos capitalistas y, de otra parte, en obreros pobres.[f]

Pero la tendencia centralizadora de la industria no se detiene aquí. La población se ve centralizada, lo mismo que el capital; cosa muy natural, pues en la industria el hombre, el obrero, es considerado solamente como un apéndice del capital, al que el fabricante paga, bajo el nombre de salario, intereses por su utilización. Los grandes establecimientos industriales reclaman muchos obreros, a los que se hace trabajar juntos en un mismo edificio; se ven obligados a vivir aglomerados, formando poblados obreros, que se levantan junto a las fábricas de cierta consideración. Para poder satisfacer sus necesidades, requieren de otras gentes: artesanos, sastres, zapateros, panaderos, carpinteros y albañiles, que afluyen a estas aglomeraciones obreras. Los habitantes de estos núcleos de población, principalmente los niños, van habituándose al trabajo fabril, se familiarizan con él y si la primera fábrica, como es natural, no puede dar ocupación a todos, los salarios bajan y ello conduce al establecimiento de nuevos fabricantes. La aldea se convierte así, poco a poco, en una pequeña ciudad y más tarde en una ciudad grande. Cuanto mayor es la ciudad, mayores son también las ventajas de la vida. Se cuenta con ferrocarriles, canales y carreteras; la selección entre los obreros experimentados se acentúa; la competencia entre los obreros de construcción y los fabricantes de máquinas que se tiene a mano permite crear nuevas empresas con menor inversión que en las regiones más alejadas, a las que hay que transportar desde otros lugares la madera, la maquinaria y la mano de obra; se dispone de un mercado, de una bolsa a la que afluyen los compradores; se mantiene contacto directo con los mercados que suministran la materia prima o compran las mercancías producidas. Todo esto explica la multiplicación asombrosamente rápida de las grandes ciudades fabriles. Cierto es que el campo ofrece, a cambio de ello, la ventaja de que en él los salarios suelen ser más bajos; de ahí que el campo y la ciudad fabril compitan constantemente entre sí, y si un día las ventajas favorecen a la ciudad, al día siguiente los salarios en el campo han bajado, fomentando con ello la construcción más ventajosa de fábricas fuera de la ciudad. Pero ello no contrarresta la fuerza centralizadora de la industria, y cada nueva fábrica que surge en el campo lleva en sí el germen de una ciudad fabril. Si pudiese admitirse la posi-

f Cf. acerca de esto mi "Esbozo de crítica de la Economía política", publicado en los *Deutsch Französische Jahrbücher* ["Anales Franco-Alemanes"]. En este estudio se toma como punto de partida la "libre competencia"; pero la industria es solamente la práctica de la libre competencia y ésta simplemente el principio sobre que descansa la industria.

bilidad de que estos locos manejos de la industria siguieran desarrollándose cien años más, veríamos cómo cada uno de los distritos industriales de Inglaterra se convertía en una gran ciudad fabril y cómo Manchester y Liverpool, al crecer, se confundían una con otra en Warrington o en Newton. Pues también en el comercio se impone en los mismas condiciones esta tendencia a la centralización de la población, y así vemos cómo estos dos o tres grandes puertos, Liverpool, Bristol, Hull y Londres monopolizan casi todo el comercio marítimo del imperio británico.

En estas grandes ciudades adquieren su desarrollo más completo la industria y el comercio y ello hace que sea también aquí donde más clara y abiertamente se acusan sus consecuencias en lo tocante al proletariado. La centralización de la riqueza alcanza aquí su punto más alto; las costumbres y las condiciones de los buenos y viejos tiempos se ven desarraigadas con mayor fuerza en estas ciudades; en ellas, ha perdido todo su sentido la frase de la *Old merry England*,[g] por la sencilla razón de que ya no se la conoce ni por los recuerdos y relatos de los abuelos. Aquí, sólo hay una clase rica y una clase pobre, pues la pequeña burguesía va desapareciendo día tras día. La que en su día era la clase más estable se ha convertido ahora en la más fluctuante; ha quedado reducida a unos cuantos restos del tiempo pasado y a un conjunto de gentes deseosas de hacer fortuna, caballeros de industria y especuladores entre los cuales por cada uno que se enriquece hay noventa y nueve que dan en quiebra, la mitad de los cuales viven exclusivamente de la bancarrota.

Pero la inmensa mayoría de los que habitan en estas ciudades pertenecen al proletariado y enseguida pasaremos a ver cómo viven y qué influencia ejercen sobre ellos las condiciones de los grandes centros de población.

[g] La vieja y alegre Inglaterra.

## LAS GRANDES CIUDADES

No cabe duda de que una ciudad como Londres, donde puede uno pasearse horas y horas sin llegar ni siquiera al comienzo del fin, sin encontrarse con la menor señal de que se está llegando al campo, es algo muy especial. Esta grandiosa centralización, esta aglomeración de tres millones y medio de personas en *un* solo punto viene a centuplicar la fuerza de esta masa humana; ha convertido a Londres en la capital comercial del mundo, ha hecho surgir los gigantescos *docks* [h] y atrae a los miles de barcos que constantemente se alinean a lo largo del Támesis. No conozco nada más imponente que el espectáculo que ofrece esta ría cuando se navega desde el mar hacia el London Bridge. Las masas de edificios, los astilleros que se alzan a uno y otro lado, sobre todo a partir de Woolwich, los innumerables barcos atracados a ambas orillas, en filas cada vez más apretadas y más anchas, hasta que, por último, no dejan más que un angosto paso por el centro de la ría, en el que se deslizan, casi tocándose, cientos de vapores: es todo ello un espectáculo tan grandioso, tan apretado y tan denso, que se queda uno mudo de asombro ante la grandeza de Inglaterra, ya antes de haber pisado suelo inglés.[i]

Sólo más tarde descubre uno los sacrificios que todo esto ha costado. Dos o tres días más tarde, después de haber recorrido la ciudad, desplazándose sobre el pavimento de las calles principales, abriéndose paso a duras penas entre el gentío, cruzando por entre las interminables hileras de coches y de carros y después de haber visitado los "barrios malos" de la ciudad cosmopolita, empieza uno a darse cuenta de que los londinenses tuvieron que sacrificar la parte más hermosa de su patrimonio humano para alcanzar todas esas maravillas de la civilización que su ciudad alberga; de que fue necesario que permanecieran ahogadas e inertes cientos de fuerzas que en ellos dormitaban para que se desarrollasen en su plenitud solamente unas cuantas, multiplicándose al unirse con las de los demás. Ya el sólo tráfago callejero es algo repelente, contra lo que se subleva toda la naturaleza humana. Estos cientos de miles de personas de todas clases y condiciones sociales que se aglomeran y circulan, pegados unos a los otros ¿no son acaso *todos* seres humanos, dotados de las mismas cualidades y capacidades, interesados todos por igual en ser felices? ¿Y no disponen *todos*, al fin y a la postre, de los mismos medios y los mismos caminos para alcanzar la felicidad? Y, sin embargo, todos corren azacanados, sin mirarse siquiera, cada uno a lo suyo, como si no tuviesen nada de común, nada que ver los unos con los otros, como si el único acuerdo que entre ellos existe fuese el pacto tácito que lleva a cada uno a caminar por el lado de acera que queda a su derecha, para que las dos columnas de peatones que marchan en ambas direcciones

[h] Muelles o desembarcaderos. [i] (*1892*) Esto era hace unos cincuenta años, todavía en tiempos de de los pintorescos barcos de vela. Estos —cuando llegan a Londres— están ahora en los *docks*, y el Támesis se ve cubierto por los humeantes y feos vapores.

no se estorben ni se estrellen; pero a nadie se le ocurre ni siquiera posar su mirada sobre el que pasa a su lado. Cuando de un modo más triste y más irritante aprecia uno la brutal indiferencia, el insensible aislamiento con que cada cual piensa sólo en lo suyo es cuando estos individuos se aglomeran en un espacio relativamente pequeño; y aunque sepamos que este aislamiento del individuo y este mezquino egoísmo son siempre y donde quiera el principio fundamental por el que se rige nuestra actual sociedad, en ninguna parte se acusan tan descaradamente y con tanta conciencia de sí mismos como aquí, en el tráfago de la gran ciudad. La desintegración de la humanidad en mónadas, cada una de las cuales se rige por un principio de vida aparte y persigue sus fines propios, el mundo de los átomos, llega aquí a su punto culminante.

De ahí que, en estas grandes ciudades, se haya declarado abiertamente la guerra social, la guerra de todos contra todos. Comulgando con el amigo Stirner, estas gentes se miran unas a otras solamente como sujetos útiles para sus propios fines; cada cual explota al otro, y ello trae como consecuencia el que el más fuerte pisotee al más débil y el que los pocos que se sienten y son fuertes, es decir, los capitalistas, arramblen con *todo*, mientras que los muchos débiles, los pobres, apenas tienen lo estrictamente necesario para subsistir.

Y lo que decimos de Londres es también aplicable a Manchester, a Birmingham y a Leeds, a todas las grandes ciudades. Por doquier una bestial indiferencia y una egoísta costra de dureza, por un lado, y por otro una miseria incalificable; por todas partes la guerra social, la casa de cada cual en estado de sitio, donde quiera el saqueo mutuo bajo el amparo de la ley; todo ello tan abierta y descaradamente, que tiembla uno ante las consecuencias de nuestra realidad social, tal y como aquí se manifiestan sin recato, y si de algo se asombra es de que todo este loco manejo pueda todavía mantenerse en pie.

Y, como en esta guerra social es el capital, la posesión directa o indirecta de los medios de vida y de los medios de producción, el arma que se esgrime, no puede uno extrañarse de que todos los perjuicios de semejante estado de cosas caigan sobre las costillas del pobre. Nadie se preocupa de él; atenazado entre el tropel humano, tiene que abrirse paso como puede. Si es lo bastante afortunado para encontrar trabajo, es decir, si la burguesía le hace el favor de enriquecerse gracias a él, disfruta de un salario que apenas le alcanza para que el alma no se le escape del cuerpo; cuando no obtiene trabajo, puede echarse a robar, si no le tiene miedo a la policía, o morirse de hambre, en cuyo caso la misma policía cuidará de que lo haga recatadamente, de modo que no moleste a los señores burgueses. Durante el tiempo de mi estancia en Inglaterra se dieron, por lo menos, de veinte a treinta casos de muerte por hambre, ocurridas en las circunstancias más indignantes y sin que en el atestado forense que aquí se sigue en estos casos se encontrara en ninguno de ellos un solo jurado que tuviese el valor de declarar abiertamente la causa real de la muerte. Por muy claro e inequívoco que fuese el juicio de los testigos presenciales, los burgueses entre los que se reclutaba el jurado

encontraban una excusa para no emitir el pavoroso veredicto: muerto por hambre. Y es que, en casos como estos, la burguesía no *puede* decir la verdad, si no quiere pronunciar su propia condena. Pero la muerte por hambre cobra también, indirectamente, muchas víctimas —muchas más que las directas—, ya que la penuria crónica de alimentos provoca enfermedades mortales, cuyas víctimas pagan también su tributo al hambre; el hambriento no tiene reservas para resistir a enfriados e infecciones, que irremisiblemente lo llevan a la tumba. Los obreros ingleses llaman a esto "asesinato social" y acusan a la sociedad de cometer a todas horas este crimen. Y no creo que falten a la verdad.

Es cierto que no todos los trabajadores pasan hambre, sino solamente algunos; pero ¿qué garantías tiene el que hoy trabaja y come de que no le llegará su turno mañana? ¿Quién le asegura su puesto? ¿Quién le garantiza que, al día siguiente, su patrono, por cualquier razón o sin ella, no lo pone en la calle, obligándolo a pasar privaciones, con los suyos, mientras encuentra otro que le "dé trabajo"? ¿Quién le garantiza al obrero que basta con el deseo de trabajar para encontrar trabajo y que la honradez, la laboriosidad, la ahorratividad y todas las virtudes que la sabia burguesía le aconseja son realmente el camino que le conducen a él a la dicha? Nadie. Sabe que, si hoy tiene algo, no depende de él el que lo tenga también mañana. Sabe que cualquier soplo de aire, cualquier capricho del patrono o una mala coyuntura comercial puede dejarle en medio de la calle, arrastrado otra vez por la vorágine, de la que se ha salvado temporalmente y en la que es difícil, y a veces imposible, salir a flote. Sabe que si hoy puede vivir, es muy incierto que pueda seguir viviendo mañana.

Pero, entremos en una investigación un poco detallada de la situación a que la guerra social arrastra a la clase desposeída. Veamos qué salario es el que la sociedad le paga al obrero por su trabajo en forma de vivienda, vestido y alimento, qué existencia es la que garantiza a los que más contribuyen a la existencia de la sociedad; fijémonos, ante todo, en la vivienda.

Cada gran ciudad cuenta con uno o varios "barrios malos" en los que se hacinan los trabajadores. Es cierto que, a veces, los pobres viven también en sórdidas callejuelas pegadas a los palacios de los ricos; pero, en general, se les asigna un territorio aparte, donde, lejos de las miradas de las clases más afortunadas, pueden arreglárselas ellos solos, bien o mal. En Inglaterra, estos "barrios malos" son bastante parecidos unos a otros, en todas las ciudades. Los forman las peores casas, enclavadas en las peores zonas de la ciudad, casi siempre casuchas de ladrillo de uno o dos pisos, generalmente con sótanos también habitados y sin guardar, por lo regular, ninguna alineación. Estas casuchas, de tres o cuatro cuartos y cocina, se llaman *cottages* y son, en toda Inglaterra —exceptuando algunas partes de Londres— la vivienda destinada a los obreros. En la mayoría de los casos, las calles en que se levantan estas casas no están adoquinadas, son sucias y tortuosas, aparecen llenas de desperdicios vegetales y animales, carecen de alcantarillado y drenaje y están

cubiertas en todas partes de charcos apestosos que jamás se secan. La embrollada construcción de estos barrios impide la buena ventilación y, como habitan en ellos muchas gentes en poco espacio, resulta fácil comprender qué atmósfera tan enrarecida se respira allí. Además, cuando hace buen tiempo, la calle se utiliza como tendedero de ropa; se tienden de casa a casa, de un lado a otro de la calle, cuerdas en las que se pone la ropa a secar.

Citaremos algunas de estas barriadas insalubres. Ocupa el primer lugar Londres [j] y, en Londres, la "madriguera de cuervos" (*rookery*) de *St. Giles*, que ahora, por fin, está cruzada por dos calles anchas y llamada, por tanto, a desaparecer. Este barrio de St. Giles está en medio de la parte más poblada de la ciudad, rodeado por hermosas calles anchas en las que se pasea la gente elegante de Londres, muy cerca de Oxford Street y Regent Street, de Trafalgar Square y el Strand. Lo forma una masa informe de casas de tres o cuatro pisos, que se levantan en un dédalo de calles estrechas, tortuosas y sucias, en las que hay una animación tan grande como en las grandes arterias de la ciudad, con la diferencia de que en St. Giles no circulan más que trabajadores. Todas las calles son mercado y por todas partes vemos cestos de frutas y legumbres, naturalmente de la peor calidad, que obstruyen todavía más el paso y que despiden, como las carnicerías, un olor apestoso. Las casas habitadas desde el sótano hasta la buhardilla, sucias por fuera y por dentro, ofrecen una traza tal, que nadie, por su gusto, se prestaría a vivir en ellas. Pero todo esto no es nada, comparado con las viviendas instaladas en los angostos patios y callejuelas que se abren entre las calles de este barrio, a los que se entra por corredores cubiertos que quedan entre las casas y en los que la suciedad y el estado ruinoso de los inmuebles excede a todo lo imaginable; apenas se ve una ventana entera, los muros se caen a pedazos, los marcos de las puertas y las ventanas destrozados, las puertas hechas de tablas viejas mal ensambladas con clavos, cuando existen, pues la verdad es que en este barrio las casas no necesitan puertas, ya que no hay en ellas nada que robar. Por todas partes montones de basura y de escoria, y delante de las puertas toda clase de líquidos estancados, formando charcos malolientes. Viven aquí los más míseros de los pobres, los trabajadores peor pagados, en abigarrada mescolanza con rateros, granujas y prostitutas; la mayoría de los moradores de este barrio son irlandeses o descendientes de esta nacionalidad, y quienes no se han hundido todavía en la sima de la degeneración moral que los rodea, van viéndose día a día arrastrados hacia ella y sintiéndose con cada día que pasa menos pertrechados para luchar contra la atmósfera desmoralizante de la miseria, la suciedad y el espantoso medio ambiente.

Pero, no se crea que St. Giles es el único "barrio malo" de Londres.

j Algún tiempo después de escrito lo anterior, tuve ocasión de ver en el *Illuminated Magazine* ["Magazine Ilustrado"] (octubre de 1844) un artículo sobre las barriadas obreras de Londres, que en muchos de sus puntos coincide plenamente con mi relato, en algunos pasajes literalmente y en los demás en cuanto al sentido. Lleva por título "*The Dwellings of the Poor, from the note-book of an M. D.*" ["Las viviendas de los pobres, del libro de notas de un doctor en medicina"].

En medio de la selva de calles de esta ciudad hay miles de sórdidas callejuelas junto a las cuales se levantan casuchas inhabitables para quienes todavía pueden aspirar a no vivir como bestias, y, pegadas a las casas de los ricos, encontramos no pocas veces estas guaridas de la miseria más espantosa. Recientemente, con motivo del levantamiento de un cadáver, hemos leído que un barrio cercano a Portman Square, una plaza muy hermosa, se describía como residencia de "una chusma de irlandeses, sumidos en la suciedad y la miseria". Y en calles como Long Acre y otras por el estilo, decorosas aunque no elegantes, se encuentran gran cantidad de sótanos, de los que emergen a la luz del día multitud de niños famélicos y enfermizos y abundancia de mujeres andrajosas. Y casi pegando al Drury Lane Theater —que es el segundo teatro de Londres— están algunas de las peores calles de la ciudad, *Charles*, *King* y *Parker Street*, en cuyas casas se hacinan también, desde el sótano hasta la buhardilla, familias de inquilinos pobres. En las parroquias de *St. John* y *St. Margaret*, en Westminster, vivían en 1840, según el *Journal* de la Sociedad de Estadística, 5 366 familias obreras en 5 294 "viviendas" —si es que merecen este nombre—, hombres, mujeres y niños, todos revueltos sin distinción de edad ni de sexo, formando un total de 26 830 individuos, y la tercera parte de dicho número de familias disponían de un solo cuarto. En la aristocrática parroquia de *St. Georg*, Hannover Square, habitan, en idénticas condiciones, según la misma fuente, 1 465 familias obreras, con un total de 6 000 personas, y también aquí se nos dice que más de las dos terceras partes de dichas familias vivían hacinadas una sola familia en cada cuarto. ¡Y no digamos cómo son explotadas, al amparo de la ley, por las clases poseedoras, estas horribles viviendas, en las que ni los rateros se prestarían a vivir! Las espantosas casas cercanas a Drury Lane, de que hemos hablado, pagan los siguientes alquileres: dos viviendas en el sótano, 3 chelines, un cuarto en el *parterre* (piso bajo), 4 chelines; en el primer piso, 4 chelines y medio; en el segundo, 4 chelines; en la buhardilla, 3 chelines, todo ello por semana, lo que quiere decir que solamente los hambrientos moradores de la Charles Street entregan a los caseros un tributo anual de 2 000 libras esterlinas y que las citadas 5 366 familias de Westminster pagan en globo un alquiler anual de 40 000 libras.

Sin embargo, la mayor barriada obrera queda al Este de la Tower, en *Whitechapel* y *Bethnal Green*, donde se concentra el grueso de los obreros de la capital. Oigamos lo que dice acerca del estado de su parroquia el señor G. *Alston*, predicador de St. Philip's Bethnal Green:

"Consta de 1 400 casas, habitadas por 2 795 familias, que hacen un total aproximado de 12 000 personas. La superficie en que se aglomera esta gran población es de menos de 400 yardas (unos 1 200 pies) cuadradas y, dado este hacinamiento, no tiene nada de raro que el marido, su mujer, cuatro o cinco niños y, a veces, el abuelo y la abuela, ocupen un solo cuarto, de diez a doce pies cuadrados, que usan para trabajar, comer y dormir. Creo que, antes de que el obispo de Londres llamara la atención pública hacia esta parroquia pobrísima, las gentes que viven en el Westend de la ciudad sabían tan poco de ella

como puedan saber de los salvajes de Australia o de las Islas de los mares del Sur. Y cuando tenemos ocasión de contemplar por nuestros propios ojos, aunque sólo sea una vez, los sufrimientos de estos infelices, cuando vemos los míseros despojos de que se alimentan y observamos cómo padecen bajo el azote de las enfermedades o la falta de trabajo, descubrimos un obstáculo tal de miseria y desamparo, que una nación como la nuestra debiera sonrojarse ante la posibilidad de que tales cosas ocurran. Yo fui párroco de Huddersfield durante los tres años en que tan mala fue la situación de las fábricas, pero no vi nunca una miseria tan grande de los pobres como ésta de Bethnal Green. De diez padres de familia de toda esta barriada, no hay *ni un solo* que tenga más vestido que su ropa de trabajo, sucia y andrajosa como no cabe más; muchos de ellos no tienen más ropa que echarse a la cama que estos andrajos, y su lecho es un saco de paja y viruta." [160]

Ya por lo que aquí se dice nos damos cuenta del estado en que se hallan estas viviendas. A mayor abundamiento, seguiremos a las guaridas de los proletarios a las autoridades inglesas, que, a veces, se dignan entrar en ellas.

Con motivo de la inspección realizada el 16 de noviembre de 1843 por el señor Carter, *coroner* (médico forense), en el cadáver de una mujer de 45 años llamada *Ann Galway*, los periódicos describían en los siguientes términos la vivienda de la difunta. Vivía con su marido y un hijo de 19 años en un cuartucho sito en el núm. 3, White Lion Court, Bermondsey Street, de Londres, en el que no había ni cama o colchón ni ropa de cama ni mueble alguno. La mujer yacía muerta junto a su hijo sobre un montón de plumas extendidas sobre el cuerpo casi desnudo, pues por ningún lado aparecían ni colcha ni sábana. Las plumas estaban tan adheridas al cuerpo, que el médico no pudo proceder a inspeccionar el cadáver hasta que no hubo sido lavado, encontrándose luego con un cuerpo esquelético y lleno de picaduras de insectos. Había sido arrancada una parte del suelo del cuarto y la familia usaba el agujero como retrete.

El lunes, 15 de enero de 1844, fueron conducidos ante el tribunal de policía de Worship Street, de Londres, dos muchachos que, empujados por el hambre, habían robado de una tienda una pata de vaca cocida, devorándola inmediatamente. El juez, en su indagatoria, recibió la siguiente información de sus subalternos. La madre de los dos muchachos era la viuda de un viejo soldado, más tarde servidor de la policía, que dejó a su mujer en el desamparo, con nueve hijos. Vivía en el núm. 2, Pool's Place, Queker Street, Spitalfields, en la mayor miseria. Cuando se presentó en su casa el ordenanza de la policía, la encontró con seis de sus hijos, literalmente amontonados en un cuartucho interior, sin muebles, ni menaje, salvo dos viejas sillas de paja desfondadas, una pequeña mesa con dos patas rotas, una taza destrozada y un plato. En el hogar apenas se percibía una chispa de fuego, y en un rincón un montón de trapos viejos, tantos como una mujer podía cargar en el regazo y que servían de cama a toda la familia. Para cubrirse por la noche, no tenían otra cosa que sus míseras ropas. La pobre mujer contó al funcionario

que habían tenido que vender el catre el año anterior para comprar algo de comer, que la ropa de cama se la había dado al tendero en prenda por algunos víveres y que había necesitado desprenderse absolutamente de todo para poder comprar un poco de pan. El ordenanza de policía le dejó a la mujer una regular cantidad, tomada de la caja de beneficencia.

En febrero de 1844 fue recomendado a las autoridades encargadas de la beneficencia el caso de una viuda de sesenta años llamada Teresa Bishop y de su hija enferma de 26 años. Vivían en el núm. 5 de Brown Street, Grosvenor Square, en un pequeño cuarto interior, poco mayor que un armario, en el que no había ni un solo mueble. Ambas mujeres dormían sobre un montón de trapos, en una de las esquinas; un cajón hacía las veces de mesa y de silla, todo a un tiempo. La madre ganaba algo, como fregona. Según informó el casero, vivían en aquellas condiciones desde marzo de 1843, pues habían ido vendiendo o empeñando lo poco que les quedaba, pero sin pagar nunca el alquiler. La beneficencia les entregó una libra de la caja de pobres.

No trato de afirmar, ni mucho menos, que *todos* los obreros de Londres vivan en el mismo estado de miseria que las tres familias anteriores; sé que por cada uno al que la sociedad maltrata tan despiadadamente hay diez que viven mejor; me consta perfectamente, pero tengo razones para sostener que miles de familias honradas y laboriosas, bastante más estimables que todos los ricos de Londres juntos, viven en esta situación infrahumana y, además, que todo proletario sin excepción, sin culpa alguna de su parte y a pesar de todos sus esfuerzos, se halla expuesto a correr la misma suerte de la noche a la mañana.

Y, a pesar de todo, quienes, por malo que sea, tienen un techo sobre sus cabezas, aun pueden considerarse relativamente afortunados, en comparación con los que carecen de albergue. Cincuenta mil seres humanos se levantan en Londres todas las mañanas sin saber dónde podrán pasar la noche siguiente. De ellos, los más afortunados, los que al llegar la noche han logrado reunir dos o tres peniques, acuden a uno de esos albergues nocturnos (*lodging-houses*) que abundan en todas las grandes ciudades y donde pueden pernoctar por esas monedas, ¡en qué condiciones! Son estrechos cuartos en los que se han colocado cuatro, cinco o seis yacijas, todas las que materialmente quepan, en cada una de las cuales se apretujan cuatro, cinco o seis personas, como sardinas en lata, sanos y enfermos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, sobrios y borrachos, a la buena de Dios. A la hora de acostarse, surgen las disputas, los golpes y las contusiones o heridas, y, cuando los compañeros de cama se entienden, todavía es peor la cosa, pues entonces se conciertan para planear robos o realizar cosas cuya bestialidad no sabría o no quiere expresar en palabras nuestro lenguaje, ya humanizado. ¿Y qué pasa con los que no pueden pagar semejante albergue nocturno? Estos se tienden a dormir donde pueden, en pasajes, arcadas, bajo los puentes, si la policía o los dueños del lugar se lo permiten; algunos encuentran tal vez acomodo en los asilos nocturnos abiertos aquí o allá por la caridad privada; otros

duermen en los bancos de los parques públicos, no lejos de las ventanas del palacio de la reina Victoria. Leamos lo que nos dice acerca de esto el *Times*[161] de octubre de 1843:

"Del informe de policía de ayer se desprende que todas las noches duerme en los parques un promedio de cincuenta seres humanos sin más protección contra las inclemencias del tiempo que los árboles o los salientes de los muros. La mayoría de ellos son muchachas que, seducidas por soldados, han venido a la capital y vagan a la ventura, abandonadas a la miseria en una ciudad extraña, sin que nada las proteja contra el crimen y contra el vicio.

"Es algo verdaderamente espantoso. Pobres tiene que haberlos en todas partes. Las privaciones encuentran su camino por doquier y no pueden por menos de albergarse con todo su horror en el corazón de una grande y opulenta ciudad. En los miles de callejuelas y antros de una pobladísima metrópoli tiene que haber, por desgracia, sufrimientos sin cuento, muchos que ofenden a la vista y otros que jamás se muestran a la luz del día.

"Pero lo que resulta inconcebible es que la miseria y el hambre, las enfermedades y los vicios, con todos sus horrores, devorando los cuerpos y emponzoñando las almas, exhiban sus lacras en los lugares en que se albergan la riqueza, el goce y el esplendor, cerca del palacio real de St. James, pegado a las fastuosas moradas de Bayswater, allí donde confluyen las viejas y las nuevas barriadas de la aristocracia, en una zona en que el cauteloso refinamiento de la moderna arquitectura urbana se ha cuidado de no dejar ni el más pequeño resquicio para la pobreza y donde todo parece reservado de un modo exclusivo a los placeres de la riqueza.

"La situación es de lo más monstruosa. Parece imposible ver cómo los más delicados goces asequibles a la salud física, los estímulos espirituales y los placeres más puros de los sentidos pueden hermanarse aquí con la miseria más espantosa. Cómo puede morar aquí la riqueza que ríe desde lo alto de los brillantes salones, que ríe con brutal indiferencia ante las llagas de la pobreza. El placer que se burla, con cruel inconciencia, del dolor que desfila por abajo. Todos los contrastes, todas las contradicciones de la vida, no sólo el vicio que se exhibe ostentosamente, induciendo a otros a la tentación, sino también al vicio que se deja tentar... Pero nadie debe dejar de tener presente esto, que en el barrio más opulento de la ciudad más rica del mundo, todas las noches, una tras otra, todos los inviernos, uno tras otro, hay mujeres, jóvenes en años, pero viejas en vicios y en sufrimientos, desahuciadas por la sociedad, devoradas por el hambre, la suciedad y las enfermedades, reptando junto a los muros. Que quienes deben hacerlo piensen en esto y aprendan a no divagar en vanas teorías, sino a actuar. Dios sabe que hay, en los tiempos que corren, muchas cosas en que actuar."

Hemos hablado más arriba de los albergues para los miserables que no tienen un techo. Pondremos ahora dos ejemplos de la aglomeración de estos lugares. El "Refuge of the Houseless"[k] situado en la Upper Ogle Street, que puede albergar a 300 personas cada noche, recibió durante una o varias noches, desde su apertura, el 27 de enero hasta el 17 de marzo de 1844, a 2 740 individuos; y, a pesar de tratarse de una época del año más bien favorable, el número de candidatos, tanto en

[k] Refugio para gentes sin hogar.

este asilo nocturno como en los de Whitecross Street y Wapping, ha ido considerablemente en aumento y todas las noches se han quedado sin albergue, por falta de sitio, gran número de gentes desamparadas. En otro, en el asilo central de Playhouse Yard, fueron acogidos en los tres primeros meses del año 1844 460 personas por término medio cada noche, lo que hace un total de 6 681 individuos, repartiéndose 96 141 raciones de pan. Y, sin embargo, el comité director de esta institución aclara que tampoco este establecimiento pudo atender más o menos a la aglomeración de las gentes necesitadas sino hasta el momento en que se abrió otro asilo, el situado en la parte Este de la ciudad.

Pero, salgamos ahora de Londres, para ver lo que ocurre en las otras grandes ciudades de los tres reinos de la Gran Bretaña. Vayamos ante todo a *Dublin*, ciudad que, al llegar a ella, por mar, resulta tan encantadora, como Londres imponente; la bahía de Dublin es la más bella de todas las islas británicas y los ingleses gustan de compararla con la de Nápoles. En la ciudad se encuentran también grandes bellezas y las partes aristocráticas de ella son más hermosas y de mejor gusto que las de cualquier otra ciudad británica. Pero, en compensación, los barrios pobres de Dublin pueden figurar entre los más feos y repelentes del mundo. No deja de tener su parte de culpa en ello, ciertamente, el carácter de los irlandeses, que a veces parece como si sólo se sintiera a gusto en la suciedad; sin embargo, como en todas las grandes ciudades de Inglaterra y Escocia encontramos a miles de irlandeses, y como toda población pobre se halla condenada a irse hundiendo poco a poco en la inmundicia, no cabe duda de que la miseria que encontramos en Dublin no es nada específico, que deba achacarse al carácter irlandés de la ciudad, sino un espectáculo que se da por igual en todas las grandes ciudades del mundo entero. Los distritos pobres de Dublin son muy extensos y la suciedad, la inhabitabilidad de las casas y el abandono de las calles exceden a todo lo imaginable. Podemos darnos una idea de cómo viven hacinados aquí los pobres a la vista del siguiente dato: en 1817, según el informe de los inspectores del Asilo de Trabajo,[1] vivían en la Barrack Street, en 52 casas con 390 cuartos, 1 318 personas, y en la Church Street y sus alrededores, en 71 casas con 393 habitaciones, 1 997 individuos. Y el informe añade que

"en este distrito y el adyacente hay multitud de callejuelas y patios malolientes (*foul*); muchos sótanos sólo reciben luz a través de las puertas y en algunos de ellos los moradores duermen sobre el suelo, aunque la mayoría de los inquilinos poseen, por lo menos, un catre; pero en la Nicholson's Court, por ejemplo, se hacinan en 28 míseros cuartuchos 151 personas, que viven en la mayor mise-

[1] Citado por el Dr. *P. Alison*, F. R. S. E., *fellow and late President of the Royal College of Physicians, etc., etc., Observations on the Management of the Poor in Scottland and its Effects on the Health of Great Towns* ["Observaciones sobre el departamento de pobres en Escocia, y sus efectos sobre la sanidad en las grandes ciudades"], Edimburgo, 1840. El autor de este informe es un *tory* de convicciones religiosas, hermano del historiador Archibald Alison.

ria, como lo indica el hecho de que en toda esta vecindad sólo se hayan encontrado dos camas y dos colchas".

Es tan grande la pobreza en Dublin, que un solo establecimiento de beneficencia, la "Mendicity Association", aloja diariamente a 2 500 personas, lo que representa el *uno* por ciento de la población total, a los que alimenta durante el día, despidiéndolos al llegar la noche.

Y algo igual o parecido nos informa el Dr. Alison con respecto a *Edimburgo* otra ciudad cuyo espléndido emplazamiento le ha valido el nombre de la moderna Atenas, y cuyo brillante barrio aristocrático en la ciudad nueva contrasta brutalmente con la apestosa miseria en que los pobres viven en la ciudad vieja. Afirma Alison que esta parte de la ciudad es tan inmunda y asquerosa como los peores distritos de Dublin y que la "Mendicity Association" tiene que atender en Edimburgo a una proporción tan grande de indigentes como en la capital de Irlanda; sostiene, incluso, que los pobres escoceses, sobre todo los de Edimburgo y Glasgow, viven peor que los de cualquiera otra región del reino británico y que los más miserables de todos no son los irlandeses, sino los escoceses. El Dr. Lee, predicador de la iglesia vieja de Edimburgo, declaró en 1836 ante la "Commission of Religious Instruction" lo siguiente:

"Que en ninguna parte había visto tanta miseria como en su parroquia. Las gentes carecen de muebles y de todo; es frecuente el caso de que dos matrimonios vivan en *un solo* cuarto. *Un* día, pudo visitar siete casas en las que no había cama, y en algunas ni siquiera un montón de paja; personas de ochenta años tenían que dormir sobre el suelo de tablas y casi todos se acostaban sin desvestirse. En un sótano, encontró a dos familias escocesas procedentes del campo; poco después de llegar a la ciudad, se les murieron dos hijos y el tercero, cuando él las visitó, estaba moribundo; cada familia dormía sobre un montón de paja en una esquina del cuarto, y en el sótano, tan oscuro que en pleno día no se veía la mano delante de los ojos, se albergaba, además, un asno. Hasta un corazón duro como el diamante se conmovería ante el espectáculo de esta miseria, en un país como Escocia."

Y algo semejante a esto informa el Dr. Hennen, en el *Edinburgh Medical and Surgical Journal*.[m] Por un informe parlamentario [n] vemos a qué extremos llega —como era de esperar, dadas las circunstancias— la suciedad reinante en las casas de los pobres de Edimburgo. Debajo de las camas duermen las gallinas, los perros y hasta los caballos pasan la noche revueltos en el mismo cuarto con las personas, y consecuencia

m "Revista médica y quirúrgica de Edimburgo". n *Report to the Home Secretary from the Poor-Law Commissioners, on an Inquiry into the Sanitary Condition of the Labouring Classes on Great Britain, With Appendices. Presented to both Houses of Parliament in July 1842* ["Informe de los Comisarios sobre la Ley de Pobres al ministro del Interior sobre la investigación de la situación sanitaria de las clases trabajadoras de la Gran Breaña. Con apéndices. Presentado a las dos Cámaras del parlamento, en julio de 1842"]. 3 vols., en folio. Reunido y ordenado a base de los informes médicos de Edwin Chadwick, secretario de la Comisión sobre la Ley de Pobres.

natural de ello son la espantosa suciedad y el mal olor y las legiones de insectos de todas clases que pululan en estas habitaciones. El tipo de construcciones de Edimburgo favorece todo lo posible este espantoso estado de cosas. La ciudad vieja se levanta sobre las dos vertientes de una colina, en lo alto de la cual corre la calle principal (*high street*) de la ciudad. Partiendo de ella, descienden a ambos lados, ladera abajo, gran cantidad de tortuosas callejuelas, llamadas *wynds* por sus muchos recodos y que forman las barriadas proletarias. Las casas de las ciudades escocesas son, en general, altas, de cinco y seis pisos, como en París, a diferencia de las de Inglaterra, donde cada cual vive, si puede, en casa independiente, y habitadas por gran número de familias heterogéneas; y todo esto contribuye todavía más a la aglomeración de muchas personas en una pequeña superficie.

"Estas calles —dice una revista inglesa en un artículo sobre las condiciones sanitarias de los obreros residentes en las ciudades—,[o] son con frecuencia tan estrechas, que es posible pasar desde una ventana hasta la de la casa de enfrente, y la altura de las casas, piso sobre piso, apenas deja penetrar la luz en el patio o la callejuela que queda en medio. En esta parte de la ciudad no hay ni cloacas ni otra clase de desagües o alcantarillas pertenecientes a las casas, lo que hace que todas las noches tengan que arrojarse al arroyo la basura, los desperdicios y los excrementos de 50 000 personas, por lo que, a pesar del servicio de limpieza, se ve por todas partes gran cantidad de basura y se percibe un olor pestilente, lo que no sólo ofende a la vista y al olfato, sino que pone, además, en grave peligro la salud de los habitantes. ¿Tiene algo de extraño que, en estas localidades, se hallen en el mayor abandono todas las consideraciones referentes a la salud, a las buenas costumbres e incluso al simple decoro? Cuantos conozcan un poco de cerca el estado en que se hallan los habitantes atestiguarán a qué alto grado han llegado aquí las enfermedades, la miseria y la desmoralización. En estas regiones, la sociedad ha descendido a un nivel indescriptible de ruindad y de miseria. Las viviendas de la clase pobre son, por lo general, muy sucias y a todas luces se ve que nunca se limpian; en la mayoría de los casos, constan de un solo cuarto, pésimamente ventiladas y, sin embargo, frías y desapacibles a causa de las ventanas rotas o que ajustan mal, a veces húmedas y, en parte, bajo tierra, siempre mal amuebladas y absolutamente inhabitables; muchas veces, sirve de yacija para toda la familia un montón de paja, en el que duermen, mezclados y revueltos en repugnante promiscuidad, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. El agua sólo se consigue en las fuentes públicas y, como es natural, el esfuerzo que cuesta transportarla favorece la suciedad y la inmundicia."

Y no es mejor la situación en otras grandes ciudades portuarias. La de *Liverpool*, con todo su comercio, su esplendor y su riqueza, trata a sus obreros con la misma barbarie. Una quinta parte de la población, es decir, más de 45 000 personas, viven en sótanos estrechos, oscuros, húmedos y mal ventilados, de los que hay en la ciudad 7 862. Añádanse a ellos los 2 270 patios de vecindad (*courts*), es decir, estrechas áreas construidas en sus cuatro lados, con un estrecho acceso, generalmente

o *The Artisan* ["El Artesano"], revista mensual, 1843, número de octubre.

cubierto y, por tanto, sin *ninguna* ventilación, frecuentemente sucísimas y habitadas casi exclusivamente por proletarios. De estos patios hablaremos con más detalle cuando lleguemos a Manchester. En *Bristol* fueron visitadas una vez 2 800 familias obreras, el 46 por ciento de las cuales disponían de un solo cuarto.

Y exactamente las mismas condiciones de viviendas encontramos en las ciudades fabriles. En *Nottingham,* hay en total 11 000 casas, de las cuales unas 7 000 u 8 000 están construidas muro contra muro, lo que impide que circule el aire; además, estas casas sólo cuentan, en la mayoría de los casos, con un retrete común para varias. En una visita de inspección hecha recientemente, se han encontrado muchas manzanas de casas levantadas sobre canales de desagüe cubiertos solamente por tablas. En Leicester, Derby y Sheffield reina la misma situación. Y acerca de *Birmingham,* el ya citado *Artisan* informa lo siguiente:

"En las partes viejas de la ciudad, hay muchas zonas malas, sucias y abandonadas, llenas de charcos permanentes y de montones de desperdicios. En esta ciudad abundan mucho los patios de vecindad, en número de más de dos mil, y en ellos habitan la mayoría de los obreros. Son, casi siempre, patios estrechos y enfangados, mal ventilados, y con malas salidas, en torno a los cuales se levantan de ocho hasta veinte casas, la mayoría de las cuales sólo pueden ventilarse por uno de los lados, pues la pared trasera se halla adosada a otro edificio, y a espaldas del patio suele haber un basurero o algo por el estilo, cuya suciedad es indescriptible. Debe observarse, sin embargo, que los nuevos patios aparecen trazados de un modo más racional y se conservan más limpios, e incluso en los patios de vecindad vemos que los *cottages* aparecen menos apretados que en Manchester y Liverpool, razón por la cual hemos podido comprobar que en Birmingham, durante las epidemias, la cifra de mortalidad fue menor que, poı ejemplo, en Wolverhampton, Dudley y Bilston, distantes solamente unas cuantas millas. En Birmingham no se conocen tampoco las viviendas en los sótanos, aunque se utilicen indebidamente para talleres algunos locales de esta clase. Las casas de alquiler para obreros son algo numerosas (más de 400) y se levantan, principalmente, en los patios de vecindad del centro de la ciudad; casi todas ellas son asquerosamente sucias, con poco aire y sirven de refugio a mendigos y vagabundos" (*trampers,* palabra cuyo preciso significado tendremos ocasión de explicar más adelante), "rateros y prostitutas, que comen, beben, fuman y duermen aquí, sin el menor confort o decoro, en una atmósfera en que sólo estos degradados seres pueden vivir."

La ciudad de *Glasgow* se parece en muchos respectos a la de Edimburgo: los mismos *wynds,* las mismas casas altas. He aquí lo que acerca de ella dice el *Artisan:*

"La clase obrera forma aquí hacia el 78 por ciento de toda la población (unos 300 000 habitantes) y habita los barrios de la ciudad que, en cuanto a miseria y suciedad, aventajan a los peores tugurios de St. Giles y Whitechapel, a las Liberties de Dublin y a los Wynds de Edimburgo. Zonas de éstas abundan en el corazón de la ciudad, al Sur de Tringate, al Oeste del Mercado de la Sal, en el Calton, a un lado de la calle central, etc., laberintos interminables de sórdidas callejuelas o Wynds, en los que casi a cada paso desembocan pa-

tios de vecindad o callejones sin salida, a cuyos lados se alzan casas viejas mal ventiladas, altas, sin agua y en estado ruinoso. Estas casas se ven materialmente asediadas por un hormiguero de moradores; habitan en ellas tres o cuatro familias —como unas veinte personas— en cada piso y, a veces, éstos se arriendan, divididas en lugares para dormir, lo que hace que se aglomeren, ya que sería falso decir que se acomodan, en un solo cuarto hasta quince o veinte personas. Estos distritos alojan a los miembros más pobres, más depravados y más insignificantes de la población y deben considerarse como el foco de esas espantosas epidemias de fiebre que, de vez en cuando, asuelan desde aquí a todo Glasgow."

Oigamos ahora cómo describe estos barrios de la ciudad *J. C. Symons*, comisario de gobierno para investigar la situación de los tejedores manuales: [p]

"He tenido ocasión de ver lo que es la miseria en algunas de sus peores manifestaciones, tanto aquí como en el continente, pero después de haber visitado los Wynds de Glasgow no creo que en ningún país civilizado pueda haber tanto crimen, tanta miseria y tantas enfermedades como aquí. En estos deplorables albergues encontramos, mezcladas y revueltas, diez, doce y a veces hasta veinte personas de ambos sexos y de todas las edades, durmiendo sobre el suelo en diferentes grados de desnudez. Y, generalmente (*generally*), estas viviendas son tan sucias, tan húmedas y tan ruinosas, que nadie se prestaría a instalar en ellas ni siquiera a su caballo."

Y en otro pasaje:

"Los Wynds de Glasgow albergan a una población que fluctúa entre quince mil y treinta mil personas. Este barrio está formado todo él por una serie de callejuelas tortuosas y patios de vecindad rectangulares, en el centro de las cuales vemos siempre un basurero. Pero, a pesar del aspecto repelente de estos lugares al exterior, difícilmente podía imaginarme la suciedad y la miseria que iba a encontrar dentro. En algunos de estos dormitorios que hemos visitado" (él, Symons, y el capitán Miller, superintendente de la policía) "por la noche, encontramos todo un turno de seres humanos tendidos sobre el suelo, entre quince y veinte, algunos vestidos, otros desnudos, hombres y mujeres, todos revueltos. Su yacija era un montón de paja podrida, mezclada con algunos trapos. Había pocos muebles o ninguno y lo único que daba alguna traza de habitación a aquel tugurio era el fuego de la chimenea. El robo y la prostitución son las principales fuentes de ingreso de esta gente. Nadie parece molestarse en barrer este establo de Augias, este pandemonium, este revoltijo de crímenes, suciedad y pestilencia que se alza en pleno centro de la segunda ciudad del reino. Después de haber visitado detenidamente los barrios más bajos de otras ciudades, he podido convencerme de que no había nada que pudiera compararse a esto, ni por la intensidad de la inmundicia física y moral ni por la relativa densidad de población. La *Court of Guild* ha catalogado como ruinosas la mayoría de las casas de esta barriada, pero estas casas son precisamente las habi-

[p] *Arts and Artisans at Home and Abroad* ["Artes y artesanos en el país y en el extranjero"], por *J. C. Symons*, Edimburgo, 1889. El autor, al parecer escocés, es hombre de ideas liberales y, por tanto, fanáticamente enemigo de todo movimiento obrero independiente. Los pasajes citados aparecen en las pp. 116 *ss.* de su informe.

tadas por más gente, pues, según la ley, nadie puede reclamar un alquiler por vivir en ellas."

El gran distrito industrial que ocupa el centro de las islas británicas, la pobladísima zona de *West-Yorkshire* y *Sur de Lancashire*, con sus muchas ciudades fabriles, no tiene nada que envidiar a las otras grandes ciudades. El distrito lanero de West Riding, en Yorkshire, es una comarca encantadora, una tierra verde de colinas cuyas elevaciones van haciéndose cada vez más altas hacia el Oeste, hasta culminar en la abrupta cadena de montañas de Blackstone Edge, divisoria de aguas entre la vertiente del mar de Alemania y la del mar de Irlanda. El valle del Aire, cuyas aguas bañan la ciudad de Leeds, y el del Calder, por el que corre el ferrocarril que une a Leeds con Manchester, figuran entre los más pintorescos de Inglaterra y aparecen salpicados por todas partes de fábricas, ciudades y aldeas; las casas grises de piedra tienen un aspecto tan hermoso y tan limpio, en comparación con los edificios negros de ladrillo de Lancashire, que da gusto verlas. Pero, cuando uno entra en las ciudades, toda la alegría se disipa. *Leeds*, tal como lo describe el *Artisan* (*l. c.*) y como yo mismo he podido verlo, está situada

"sobre una suave ladera que desciende al valle del Aire. Este río fluye en una extensión como de milla y media a lo largo de la ciudad,[q] que, en la época de lluvias o en los violentos temporales, se halla expuesta a grandes inundaciones. Los barrios situados en lo alto y hacia el Oeste son relativamente limpios para una gran ciudad, pero los barrios bajos, cercanos al río y a sus arroyos tributarios, son sucios, estrechos y ya de suyo suficientes para abreviar la vida de los habitantes, sobre todo la de los niños de corta edad; a esto hay que añadir el asqueroso estado de los distritos obreros de Kirkgate, March Lane, Cross Street y Richmond Road, que se distinguen por sus calles sin drenaje ni pavimentación, sus construcciones irregulares, la abundancia de tortuosas callejuelas y casas de vecindad, todo lo cual en su conjunto basta para explicar por qué estas desventuradas regiones, en las que reina la más asquerosa miseria, arrojan una cifra tan alta de mortalidad. Como consecuencia de las inundaciones del Aire" (río, debemos añadir, que, como todos los que sirven a la industria, entra a la ciudad por uno de sus extremos puro y transparente y sale por el otro sucio y cenagoso, arrastrando toda clase de desperdicios), "las viviendas y los sótanos se llenan a cada paso de agua, que es necesario achicar con bombas, y, en estas épocas, donde hay cloacas, las aguas negras se vierten en ellas en los sótanos,[r] emanan evaporaciones cargadas de miasmas, huelen espantosamente a ácido sulfúrico y dejan, al retirarse, un cieno asqueroso, muy perjudicial para la salud. Durante las inundaciones de la primavera de 1839, fueron tan funestos los resultados del azolvamiento de las cloacas, que, según el informe del encargado del registro civil, en esta parte de la ciudad, llegaron a producirse tres casos de defunción por cada dos nacimientos, durante el trimestre correspondiente, mientras que en el resto de la ciudad y en el mismo trimestre la proporción era de dos defunciones y tres nacimientos."

[q] Siempre que se hable de millas sin otra indicación, se trata de millas inglesas [1 609.3 metros], 69 y medio de las cuales corresponden al grado del Ecuador y aproximadamente 5 a la milla alemana. [r] Y no se olvide que estos "sótanos" no son precisamente trasteras, sino lugares que habitan seres humanos.

Otros barrios de la ciudad carecen totalmente de alcantarillado o éste es tan defectuoso que no sirve de nada. En algunas calles, los sótanos rara vez están secos; en otros barrios, hay varias calles cubiertas de lodo en que se entierran los pies. Los vecinos han tratado en vano de reparar estas calles con paletadas de ceniza; las basuras líquidas y el agua sucia que se derrama de las casas forma charcos pestilentes, hasta que el viento y el sol se encargan de secarlos (*cf.* Informe del Consejo de la ciudad, publicado en el *Statistical Journal*, vol. 2, p. 404). Un *cottage* corriente en Leeds no ocupa un área mayor de cinco yardas cuadradas y consta, generalmente, de un sótano, una sala y un dormitorio. Estas estrechas habitaciones, llenas de gente día y noche, son otra de las causas que atentan contra la moral y la salud de los habitantes. El confinamiento de estas viviendas se pone de manifiesto en otro pasaje del citado informe sobre la situación sanitaria de la clase obrera:

> "En Leeds hemos encontrado a hermanos y hermanas y a pupilos de ambos sexos que comparten con los padres el mismo dormitorio, lo que trae consigo consecuencias ante los que retrocede, espantado, el sentimiento humano."

Y lo mismo ocurre en *Bradford*, ciudad situada a solo siete millas de Leeds, en la intersección de varios valles concéntricos, sobre un pequeño río, pestilente de aguas negras como la pez. Contemplada en un hermoso domingo —pues durante la semana aparece envuelta en una nube gris de humo de carbón—, la ciudad ofrece una maravillosa vista desde cualquiera de las colinas que la rodean; pero, una vez dentro de ella, encontramos la misma suciedad que en Leeds, que parece hacerla inhabitable. Las partes viejas de la ciudad se levantan, con construcciones estrechas e irregulares, sobre las abruptas laderas; en las callejuelas, callejones sin salida y patios de vecindad se amontonan el lodo y la basura; las casas son ruinosas, insalubres e inhabitables y en las cercanías del río y del fondo del valle he encontrado algunas cuyo piso bajo, medio enterrado en la ladera de la montaña, es casi inhabitable. En general, los puntos del fondo del valle en que se amontonan las casas obreras entre las altas fábricas son los que muestran las casas peor construidas y más inhabitables de toda la ciudad. En las nuevas zonas de ésta, como en las de todas las ciudades fabriles, vemos que los *cottages* tienen una construcción más regular y mejor alineada, aunque muestran también todos los inconvenientes nacidos de la manera habitual de alojar a los obreros y de los que hablaremos más en detalle cuando lleguemos a Manchester. Y otro tanto ocurre con las demás ciudades del West Riding, entre las que podemos señalar, principalmente, *Barnsley*, *Halifax* y *Huddersfield*. Esta última, que es, con mucho, por su bello emplazamiento y su traza arquitectónica moderna, la más hermosa de todas las ciudades fabriles de Yorkshire y Lancashire, no deja por ello de tener sus barrios malos, pues un comité nombrado en una asamblea de vecinos para que inspeccionara la ciudad, informaba, el 5 de agosto de 1844:

"Es notorio que hay en Huddersfield calles enteras y muchos callejones y patios de vecindad sin pavimentar y que carecen de cloacas y desagües; que aquí se acumulan desperdicios, basura y toda clase de suciedad, que fermenta y se pudre, que se ve casi por todas partes agua encharcada y que ello hace necesariamente que las viviendas adyacentes sean malas y sucias, lo que, en estos lugares, fomenta las enfermedades y pone en peligro la salud de todos los vecinos." [162]

Si de aquí cruzamos o viajamos por tren a través de Blackstone-Edge, llegamos a la región clásica en que la industria inglesa ha consumado su obra maestra y de la que han partido todos los movimientos obreros: al *Sur de Lancashire*, cuya ciudad central es *Manchester*. Volvemos a encontrarnos aquí con una hermosa tierra de colinas que, desde la divisoria de aguas, va descendiendo suavemente hacia el mar de Irlanda, con los verdes y encantadores valles del Ribble, el Irwell y el Mersey y sus afluentes; una región que hace cien años era todavía, en gran parte, pantanosa y poco poblada y que ahora se halla cubierta de aldeas y ciudades y es la más poblada de Inglaterra. En Lancashire, principalmente en Manchester, encontró su punto de partida y tiene hoy su centro la industria del reino británico; la Bolsa de Manchester es el barómetro que marca todas las oscilaciones del tráfico industrial y el arte moderno de la fabricación ha encontrado aquí su punto culminante. En la industria algodonera del Sur de Lancashire parece haber llegado a su apogeo el empleo de las fuerzas elementales, el desplazamiento del trabajo manual por la maquinaria (sobre todo por el telar mecánico y la *mule* automática) y la división del trabajo, y, si vemos en estos tres elementos lo característico de la moderna industria, debemos reconocer que también en esto la elaboración del algodón ha marchado desde el primer momento a la cabeza de las demás ramas industriales. Pero, al mismo tiempo, también aquí tenían que desarrollarse necesariamente, en toda su nitidez y plenitud, las consecuencias que la industria moderna acarrea para la clase obrera y que hacen aparecer el proletariado industrial en su perfil clásico perfecto: el sojuzgamiento a que el obrero se ve reducido por el empleo de la fuerza de vapor, la maquinaria y la división del trabajo y los esfuerzos del proletariado por redimirse de esta humillante situación tenían que verse impulsados aquí hasta su punto más alto y revelarse a la conciencia con la máxima claridad. Precisamente por eso, porque Manchester es el tipo clásico de la moderna ciudad industrial y, además, porque yo la conozco como si fuese mi propia ciudad natal —mejor que la mayoría de sus habitantes—, nos detendremos aquí un poco más que en las ciudades anteriores.

Las ciudades que rodean a Manchester difieren poco de la ciudad central en lo que a los distritos obreros se refiere, con la única diferencia de que, en ellos, los obreros representan tal vez una parte de la población todavía mayor que en Manchester. En efecto, estos lugares viven exclusivamente de la industria y dejan todos sus negocios comerciales a cargo de la ciudad central; dependen de Manchester desde todos los puntos de vista y se hallan habitados, por tanto, solamente por obreros, fabricantes y tenderos subalternos, mientras que Manchester alberga

a una importante población comercial, formada sobre todo por mayoristas y prestigiosos comercios al por menor. De ahí que *Bolton, Preston, Wigan, Bury, Rochdale, Middleton, Heywood, Oldham, Ashton, Stalybridge, Stockport,* etc., aun siendo casi todas ellas ciudades de treinta, cincuenta, setenta y hasta noventa mil habitantes, puedan considerarse en su conjunto como grandes barriadas obreras. Estas barriadas están formadas solamente por fábricas, interrumpidas aquí y allá por las calles principales del lugar, cuyos frentes ocupan las principales tiendas y a las que dan acceso algunas calzadas, junto a las cuales se levantan las mansiones y los jardines de los fabricantes. Las ciudades mismas están mal e irregularmente construidas, con sucios patios de vecindad, callejuelas y callejones traseros, llenos de humo de carbón y a las que las fachadas, hechas de ladrillo que al principio tiene un color rojo vivo y luego se va volviendo negro, ofrecen un aspecto inhabitable. Las viviendas en los sótanos son, aquí, muy corrientes; no se deja de construir estos agujeros debajo de la tierra, en los que habita una buena parte de la población.

Entre las peores de estas ciudades figura, después de Preston y Oldham, la de Bolton, a once millas al Noroeste de Manchester. Sólo cuenta, según he podido observar las varias veces que la he visitado, con una calle grande, y además bastante sucia, Deansgate, que sirve de mercado y que hasta en los días de buen tiempo, parece una galería oscura y tenebrosa, a pesar de que, fuera de las fábricas, sólo se levantan en ella casas bajas, de uno o dos pisos. Como en todas partes, los barrios viejos de la ciudad presentan un aspecto ruinoso e inhabitable. Corre a lo largo de ella un hilo de agua negra de la que no sabe uno si es un arroyo o una sucesión de charcos pestilentes y que contribuye en su parte correspondiente a hacer irrespirable el aire, ya de suyo bastante contaminado.

Tenemos también a Stockport, que, aunque enclavada en el lado del Mersey correspondiente a Cheshire, forma también parte del distrito industrial de Manchester. Esta ciudad fabril se extiende a lo largo de un estrecho valle formado por el Mersey, lo que hace que, por un lado, la carretera descienda a gran desnivel, mientras por el otro lado trepa a gran altura; el tren de Manchester a Birmingham corre por un alto viaducto sobre la ciudad, cruzando todo el valle. Stockport es conocida en toda la región como uno de los lugares más sórdidos y llenos de humo y la verdad es que, sobre todo vista desde el viaducto, tiene un aspecto poco atrayente. Pero aún lo son menos los *cottages* y los sótanos en que se albergan los proletarios y que se extienden en largas hileras por todas las partes de la ciudad, desde el fondo del valle hasta la cima de la colina. No recuerdo haber visto en ninguna otra ciudad de esta región, proporcionalmente, tantos sótanos habitados.

A unas cuantas millas al Noroeste de Stockport encontramos *Ashton-under Lyne,* uno de los centros fabriles más modernos de esta región. Se halla situado en la ladera de una colina, al pie de la cual corren el canal y el río Tame y ha sido construida, en general, siguiendo el método moderno, más regular. Cinco o seis largas calles paralelas cruzan la colina y se encuentran rectangularmente con otras que descienden hacia el

valle. Este tipo de construcción hace que las fábricas queden todas situadas fuera de la ciudad propiamente dicha, aunque la misma necesidad de estar cerca del canal y del río se habría encargado de empujarlas al fondo del valle, donde se concentran todas, con sus chimeneas que lanzan al aire densas columnas de humo. Este tipo de construcción da a Ashton un aspecto mucho más agradable que el de la mayoría de las ciudades fabriles; sus calles son más anchas y más limpias y los *cottages* parecen nuevos, con sus fachadas de ladrillo rojo vivo, y tienen una traza simpática. Sin embargo, el nuevo sistema de construir casas para obreros presenta también aquí sus lados negativos; cada calle empalma por atrás con un callejón oculto, al que da entrada un estrecho pasadizo, oscuro y sucio. Y en Ashton —aunque, fuera de algunos situados a la entrada, no he visto ningún edificio de más de cincuenta años— hay calles en que los *cottages* parecen ruinosos, las esquinas se desmoronan, las paredes están agrietadas y la cal se cae a pedazos; calles cuya suciedad, muros sucios y ahumados en nada difieren de las de otras ciudades del mismo distrito, aunque aquí no son la regla, sino la excepción.

Una milla más al Este está *Stalybridge*, también junto al Tame. Viniendo de Ashton por la montaña, se ven en lo alto, a derecha e izquierda, grandes jardines con espléndidas casas de tipo villa en el centro, la mayoría de ellas en estilo "isabelino", que es al gótico exactamente lo que la religión protestante anglicana es a la católica apostólica romana. Cien pasos más allá aparece en el valle Stalybridge, pero ¡qué contraste con las opulentas mansiones que acabamos de ver e incluso con los modestos *cottages* de Ashton! Stalybridge aparece encajonada en una estrecha y tortuosa cañada, más angosta todavía que el valle de Stockport y en cuyas dos laderas vemos una masa caótica de *cottages*, casas y fábricas. Al entrar en la ciudad, nos encontramos con que las primeras construcciones son casuchas estrechas, ennegrecidas por el humo, viejas y ruinosas, y como estas primeras casas es toda la población. Pocas calles se tienden por el fondo del valle; la mayoría de ellas trepan tortuosamente por las laderas y esto hace que el piso bajo de casi todas las casas penetre bajo tierra y que este caótico tipo de construcciones dé origen a una enorme cantidad de patios, callejones y rincones sombríos, como puede apreciarse desde lo alto, atalayando la ciudad casi a vista de pájaro. Añadamos a esto la espantosa suciedad y tendremos una idea aproximada de la repelente impresión que, a pesar de sus hermosos alrededores, produce en nosotros Stalybridge.

Pero, no hay para qué seguir hablando de estas pequeñas ciudades. Aunque son todas ellas algo aparte, en todas viven los obreros exactamente como en Manchester; por eso nos hemos limitado a describir la traza peculiar de cada una de ellas. Baste decir que las observaciones generales que haremos acerca del estado de las viviendas obreras en Manchester son también plenamente aplicables a las ciudades fabriles de los contornos. Pasamos, pues, a hablar de la ciudad central.

La ciudad de *Manchester* se levanta al pie de la ladera meridional de una cadena de colinas que se extiende desde Oldham entre los valles

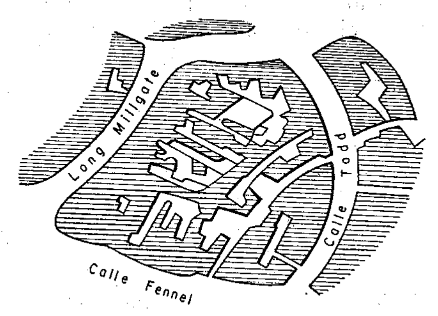
de los ríos Irwell y Medlock, a cuyo extremo se halla *Kersall-Moor*, donde está el hipódromo y que es algo así como el *mons sacer* [s] de Manchester.[163] El Manchester propiamente dicho queda en la orilla izquierda del Irwell, entre este río y los otros dos más pequeños, el Irk y el Medlock, que desembocan aquí en el primero. A la orilla derecha del Irwell y enmarcado por un pronunciado arco de este río queda *Salford* y más al Oeste *Pendleton*; al Norte del Irwell aparecen el alto y el bajo *Broughton* y al Norte del Irk *Cheetham Hill*; al Sur del Medlock se extiende *Hulme*, más al Este *Chorlton-on-Medlock* y más allá, casi al Este de Manchester, *Ardwick*. Todo el conjunto de estas aglomeraciones urbanas se agrupa, generalmente, bajo el nombre de Manchester, con una población que excede de 400 000 almas. La traza de la ciudad es bastante curiosa; puede uno vivir aquí años enteros y salir y entrar en la ciudad sin tropezar con un solo barrio obrero ni cruzarse con ningún trabajador, siempre y cuando que se dedique exclusivamente a sus negocios o a pasearse por las calles. Ello se debe, principalmente, a que por una especie de convenio tácito, pero obedeciendo también a una intención deliberada, se ha establecido una tajante separación entre los distritos obreros y las partes de la ciudad reservadas a la clase media y, allí donde esto no es posible, se lo cubre con el manto de la caridad. El centro de Manchester contiene un distrito comercial bastante extenso, que mide aproximadamente media milla de largo por otra de ancho y en que se encuentran casi exclusivamente oficinas y almacenes (*warehouses*). Este distrito, en el que no vive casi nadie, aparece por las noches desierto y solitario, y por sus callejuelas estrechas y oscuras sólo vemos a los guardias de ronda, con sus linternas. Cruzan esta parte de la ciudad algunas calles principales, en las que durante el día se aglomera un tráfico enorme y en las que, en los pisos bajos de las casas, brillan los escaparates de las tiendas; en estas calles hay, de vez en cuando, pisos altos habitados y se nota bastante animación hasta horas avanzadas de la noche. Con excepción de este distrito comercial, todo el Manchester propiamente dicho, todo Salford y Hulme, una parte considerable de Pendleton y Chorlton, dos terceras partes de Ardwick, algunas zonas de Cheetham Hill y Broughton son barriadas obreras, que se extienden en torno al centro comercial como un cinturón de cerca de milla y media de ancho. Más lejos, al otro lado de este cinturón viven la alta y la media burguesía; la media, en calles regulares cerca de las barriadas obreras, principalmente en Chorlton y en los barrios, situados más abajo, de Cheetham Hill, y la alta burguesía en las villas rodeadas de parques de Chorlton y Ardwick o en lo alto de las aireadas colinas de Cheetham Hill, Broughton y Pendleton, donde se respira el aire libre y sano del campo, en suntuosas y cómodas mansiones, a las que llegan en un cuarto de hora o media hora los ómnibus que salen de la ciudad. Y lo más bonito de todo es que los aristócratas del dinero pueden, siguiendo el camino más corto hacia sus oficinas, en el centro de la ciudad, cruzar todas las barriadas obreras sin darse cuenta siquiera de que cruzan, a derecha e izquierda,

[s] Monte sagrado.

tocando casi a los barrios de la miseria y la suciedad. En efecto, las calles principales, que parten de la Bolsa en todas direcciones, cruzando la ciudad, se hallan flanqueadas a ambos lados por filas casi ininterrumpidas de tiendas y se hallan, por tanto, en manos de la pequeña y mediana burguesía, que, en su propio interés, procuran tener sus edificios limpios y bien cuidados. Claro está que estas tiendas guardan necesariamente cierta semejanza con los distritos situados a sus espaldas y ello hace que en el barrio comercial y en las proximidades de los barrios de la burguesía sean más elegantes que en los lugares en que cubren los sucios *cottages* obreros; no obstante y a pesar de ello, estas filas de tiendas bastan para ocultar a los ojos de los ricos señores y sus elegantes damas, cuyos nervios no son tan resistentes como su estómago, la miseria y la suciedad que sirven de complemento a su lujo y su riqueza. Así por ejemplo, vemos que Deansgate, calle que va en línea recta desde la iglesia vieja hasta el Sur, aparece flanqueada al principio por almacenes y fábricas, luego por tiendas de segundo rango y algunas cervecerías, más al Sur, dejando atrás el barrio comercial, por tiendas menos pretenciosas, que, a medida que se avanza, van haciéndose más sucias y se ven interrumpidas con mayor frecuencia por tabernas y bares, hasta que, en el extremo Sur, el aspecto de las tiendas no deja lugar a dudas: sus únicos clientes son, evidentemente, los obreros. Y lo mismo ocurre con Market Street, la calle que arranca de la Bolsa hacia el Sudeste: al principio, vemos en ella brillantes tiendas de primera clase y, en los pisos altos de las casas, oficinas y almacenes; más adelante, en la continuación de esta misma calle, que toma el nombre de Piccadilly, tiendas y enormes hoteles; a continuación, donde la calle pasa a llamarse London Road, ya en el barrio del Medlock, fábricas, cantinas, tiendas destinadas a la baja burguesía y los obreros y, a continuación, en Ardwick Green, viviendas para la burguesía alta y media y, a partir de allí, grandes jardines y casas de campo para los ricos fabricantes y comerciantes. De este modo, y cuando se conoce Manchester, puede uno, partiendo de las calles principales por las que se circula, *inferir* cuáles son los barrios adyacentes, aunque rara vez se ofrece a la vista, desde ellas, la *realidad* de las barriadas obreras. Sé muy bien que esta hipócrita traza urbana se da, más o menos, en todas las grandes ciudades, y sé también que los grandes comerciantes al por menor necesitan instalarse, por la naturaleza misma de su negocio, en estas grandes calles que cruzan la ciudad, y tampoco ignoro que en esta clase de calles abundan más las casas buenas que las malas y que en ellas y en sus inmediaciones los precios de los terrenos son más altos que en los barrios alejados del centro. Pero en ninguna otra ciudad he podido apreciar con tanta claridad como en Manchester la tendencia sistemática a bloquear a la clase obrera de las calles centrales y a velar con tanta delicadeza todo lo que pueda herir los ojos o los nervios de la burguesía. Es posible que ninguna otra ciudad haya sido construida menos planificadamente, sin ajustarse a las ordenanzas de policía, por obra del azar. Y, sin embargo, tomando en consideración las insistentes aseveraciones de la clase media de que a los

trabajadores les va muy bien, llego a pensar que los fabricantes liberales, los *big whigs* de Manchester, no son del todo ajenos a esta pudorosa traza con arreglo a la cual se ha construido su ciudad.

Después de observar que las plantas de las fábricas se levantan casi siempre junto al curso de los ríos y de los diferentes canales que se ramifican por la ciudad, paso ya a describir las barriadas obreras, Tenemos, en primer lugar, la ciudad vieja de Manchester, enclavada entre el extremo Norte del distrito comercial y el río Irk. Las calles son, aquí, incluso las mejores, estrechas y torcidas —como, por ejemplo, Todd Street, Long Millgate, Withy Grove y Shide Hill—, las casas sucias, viejas y ruinosas y el tipo de construcción de las calles secundarias verdaderamente abominable. Entrando de la iglesia vieja a Long Millgate, encontramos enseguida, a la derecha, una manzana de vetustas casas, ninguna de cuyas fachadas conserva los muros derechos; estas casas son los restos del viejo Manchester preindustrial, cuyos primitivos moradores se han retirado, con su descendencia, a barrios mejor construidos, dejando sus antiguas viviendas, demasiado malas para ellos, a una población obrera por cuyas venas corre una dosis grande de sangre irlandesa. Estamos aquí, realmente, en una barriada obrera al descubierto, pues ni siquiera las tiendas y las cantinas de esta calle se toman la molestia de aparentar cierta limpieza. Pero todo esto no es nada, en comparación con los callejones y patios de vecindad que hay detrás y a los que sólo puede llegarse por estrechos pasadizos cubiertos, con edificios en la parte de arriba y que no dejan sitio para que se crucen dos personas. Difícilmente puede uno hacerse una idea del amontonamiento de las casas, caótico y escarnecedor de todas las reglas de una construcción urbana racional. Y no podemos echar la culpa de ello solamente a los edificios heredados del viejo Manchester, pues el caso se ha acrecentado precisamente en la época moderna, ya que todos los lugares en que los viejos constructores habían dejado un pequeño espacio libre han sido aprovechados posteriormente para construir en forma de remiendos, hasta que, por último, no ha quedado entre las casas ni una pulgada en que no se hayan embutido nuevas construcciones. Para ilustrar plásticamente lo que digo, copio un pequeño retazo del plano de Manchester, advirtiendo que no se trata del trozo peor y que no representa ni la décima parte de la ciudad vieja.



Creo que este dibujo basta para caracterizar la absurda traza de todo este barrio, principalmente la parte de él que queda cerca del Irk, Las orillas del río son aquí, en la parte Sur, muy escarpadas y alcanzan una altura que oscila entre los quince y los treinta pies; pues bien, en esta abrupta ladera se han plantado, en casi todas partes, hasta tres filas de casas, la más baja de las cuales desciende hasta el mismo río, mientras que la más alta se alza al nivel de la cima de la colina, en Long Millgate. Y entre ellas, se levantan todavía, junto al río, algunas fábricas; en una palabra, el tipo de construcción es aquí tan amontonado y tan caótico como en la parte inferior de Long Millgate. A derecha e izquierda multitud de pasadizos, sobre los que se levantan otras construcciones, conducen de la calle principal a gran número de patios de vecindad y, cuando se entra en éstos, se ve uno rodeado de una basura y suciedad indescriptibles, sobre todo en los patios que descienden hacia el Irk y en los que se encuentran, indisputablemente, las viviendas más espantosas que yo haya conocido hasta ahora. En uno de estos patios de vecindad, vi, muy cerca de la misma entrada, donde termina el pasadizo, un retrete sin puertas y tan asqueroso, que los vecinos de este patio sólo pueden entrar o salir cruzando por una charca estancada de orines putrefactos y excrementos: es el primer patio de vecindad encima de Ducie Bridge, por si alguien tiene ganas de comprobarlo; abajo, junto al río, hay varias curtidurías, que emponzoñan todos los alrededores con un olor de descomposición animal. A los patios que quedan debajo de Ducie Bridge se llega descendiendo por sucias y estrechas escaleras y, para llegar a las casas, hay que pasar sobre montones de basura y desperdicios. El primer patio de vecindad debajo de Ducie Bridge se llama Allen's Court y, durante los tiempos del cólera, se hallaba en tal estado, que la policía de salubridad tuvo que desalojarlo, lavarlo y regarlo de cloro; el Dr. Kay hace, en un folleto,[t] una pavorosa descripción de este patio de vecindad. Parece que, de entonces acá, este foco de inmundicia ha sido derruido y reconstruido; por lo menos, desde Ducie Bridge se ven varias ruinas de paredes y altos montones de escombros, junto a algunas casas nuevas. La vista desde este puente —que, muy delicadamente, se ha ocultado a la vista de los ruines mortales mediante un parapeto de la altura de un hombre— da una idea muy característica de lo que es toda esta barriada. Abajo, fluye o, mejor dicho, se estanca el Irk, un río pequeño, negro como la pez y apestoso, lleno de desperdicios e inmundicias, que va dejando sobre la orilla de la derecha, que es la más llana; en tiempo seco, esta orilla queda cubierta por una larga sucesión de repugnantes charcos de color verdinegruzco, del fondo de los cuales brotan constantemente burbujas formadas por los gases miasmáticos, despidiendo un hedor que incluso en lo alto del puente, a cuaren-

[t] *The Moral and Physical Conditions of the Working Classes employed in the Cotton Manufacture in Manchester* ["La situación moral y física de las clases trabajadoras empleadas en las fábricas de algodón de Manchester"], por *James Ph. Kay*, Dr. Med., 2ª ed., 1832. Confunde la clase obrera en general con la clase obrera fabril, pero es, por lo demás, un estudio excelente.

ta o cincuenta pies de altura sobre el nivel del río se hace insoportable. La corriente misma del río, reducida a un dedo de ancho por los altos muros entre los que circula, es en realidad un depósito de lodo y desperdicios putrefactos. En la parte de arriba del puente vemos altas tenerías y más arriba tintorerías, molinos de huesos y fábricas de gas, cuyos residuos y deshechos van a parar todos al río, encargado además de recoger las aguas peores de las cloacas y los retretes adyacentes. Fácilmente puede imaginarse, a la vista de esto, qué clase de residuos son los que deja tras sí el río. En la parte de abajo del puente se ven los montones de inmundicias, basura y desperdicios que el río deposita en la orilla izquierda, más escarpada; una casa está pegada a la otra y la pendiente de la ladera permite ver un trozo de cada una, todas ellas negras del humo, viejas, ruinosas y con los marcos y los cristales de las ventanas rotos. Forman el fondo de ese cuadro los edificios cuartelarios de viejas fábricas. En la orilla derecha, que es la más llana, se divisa una larga fila de casas y fábricas, y una de cada dos casas es una ruina sin techo y cubierta de basura y la tercera se halla tan baja que el piso inferior es totalmente inhabitable, razón por la cual carece de puertas y ventanas. Al fondo, quedan aquí el cementerio de los pobres, las estaciones de los ferrocarriles de Liverpool y Leeds y, detrás, la llamada Casa del Trabajo, que es la "Bastilla de los Pobres" de Manchester, como una ciudadela emplazada en lo alto de una colina, rodeada de altos muros rematados por almenas, amenazando a las barriadas obreras que se extienden frente a ella.

Por encima de Ducie Bridge, la orilla izquierda del río pierde inclinación y la derecha, por el contrario, se hace más escarpada, pero las condiciones de las viviendas, a ambos lados del Irk, lejos de mejorar, empeoran. Si aquí nos desviamos de la calle principal —que sigue siendo Long Millgate— hacia la izquierda, estamos perdidos; nos engolfamos en una casa de vecindad tras otra, atravesamos una sucesión interminable de sucios callejones y pasadizos y, a los pocos minutos, hemos perdido el rumbo y no sabemos hacia dónde marchar. Por todas partes edificios total o parcialmente derruidos —algunos, totalmente deshabitados, que ya es decir, aquí—, casas que rara vez cuentan con piso de tablas o de ladrillos y casi todas ellas con puertas y ventanas rotas o desvencijadas. Por todas partes, una suciedad indescriptible, montones de basura y desperdicios, charcos en vez de alcantarillas y un olor pestilente, que impediría a cualquier ser medianamente civilizado vivir en semejante sitio. La prolongación de las obras del ferrocarril de Leeds, que aquí cruza el Irk, ha barrido con parte de estos callejones y patios de vecindad, pero otras siguen en pie, a la vista de todos. Más abajo del puente del ferrocarril, vemos un patio de vecindad que supera con mucho por su suciedad e inmundicia a todos los demás, precisamente porque las obras emprendidas lo han dejado tan aislado y encerrado, que resulta difícil llegar a él; yo mismo, a pesar de que conozco muy bien estos barrios, no habría podido descubrirlo a no ser porque lo divisé a través de una abertura del viaducto ferroviario. Para dar con este lugar per-

dido hay que avanzar por la accidentada orilla del río, entre estacas y cuerdas de ropa, hasta desembocar en este caos de chavolas compuestas por un solo cuarto —cocina, sala y dormitorio en una pieza—, la mayoría de las cuales carecen de piso artificial. En uno de estos tugurios, que apenas medía seis pies de largo por cinco de ancho, había dos camas —si así podemos llamar a aquellas yacijas—, que, en unión de una escalera y un fogón, llenaban todo el cuarto. Pero en otros no vi *absolutamente ningún mueble* a través de las puertas abiertas, contra las que se reclinaban los inquilinos. Delante de las puertas, en todas partes, montones de basura; era imposible ver si debajo había alguna clase de adoquines; sólo de vez en cuando se advertía la presencia de ellos, al pisar. Eran verdaderas cuadras para seres humanos, un rectángulo limitado en dos de sus lados por casas y una fábrica y en otro por el río y, aparte de la estrecha orilla de éste, sólo se podía salir de allí por un estrecho callejón para pasar a otro patio de vecindad, a otro laberinto exactamente igual de inmundas viviendas.

Pero, ¿a qué seguir? Estas son las construcciones que se levantan en toda la orilla del Irk, un revoltijo de casuchas punto menos que inhabitables y cuya suciedad interior se halla perfectamente a tono con el asqueroso exterior. Y, en estas condiciones, mal podemos pedir a la gente que sea limpia. Ni siquiera cuentan con lo más indispensable para satisfacer sus naturales y más apremiantes necesidades. Los retretes escasean tanto, aquí, que o están llenos todo el día o quedan muy distantes para la mayoría de los vecinos. ¿Y cómo podemos exigir que estas gentes se laven, cuando sólo disponen para ello de las fétidas aguas del río, pues sólo los barrios de la ciudad un poco decorosos cuentan con bombas y servicio de agua? Realmente, no podemos reprochar a estos ilotas de la sociedad moderna el que sus viviendas estén tan sucias como los cubiles de cerdos con que de vez en cuando nos encontramos aquí. Los caseros no se avergüenzan de alquilar cuartos situados en los sótanos que hay más abajo de Scotland Bridge, cuyo piso queda, por lo menos —cuando el río no va crecido— a dos pies por debajo del agua, o como el piso alto de la esquina de la orilla opuesta, por encima del río, absolutamente inhabitable, sin puertas ni ventanas. Se trata, sin embargo, de un caso nada excepcional en estos lugares, dándose además la circunstancia de que estos pisos bajos y abiertos sean utilizados como retrete por toda la vecindad, a falta de otro mejor.

Abandonando ahora el Irk para pasar al lado opuesto de Long Millgate y volver a internarnos en un amasijo de viviendas obreras, llegamos a una barriada algo más nueva, que se extiende desde la iglesia de St. Michalis hasta Withy Grove y Shude Hill. Aquí, hay por lo menos un poco más de orden; en vez de las construcciones caóticas, encontramos, al menos, callejuelas y callejones rectos o construidos con arreglo a un plan, formando patios en su mayoría rectilíneos; pero si antes cada casa aparecía construida al buen tuntún, ahora son cada callejuela y cada patio de vecindad los que han sido edificados sin tener en cuenta para nada la situación de los de al lado. Las callejuelas discurren tan pronto

en un sentido como en otro, a cada paso se ve uno metido en un atolladero o se encuentra de nuevo, sin darse cuenta, en el mismo sitio de donde salió y, antes de haberse acostumbrado uno a este laberinto, no resulta fácil salir de él. La ventilación de las calles y patios —si puede hablarse de ventilación, en estos lugares— se ve entorpecida por todas estas causas ni más ni menos que en la barriada anterior, y aunque ésta lleva a aquella alguna ventaja —pues las casas son un poco más nuevas y las calles cuentan, al menos, con alcantarillas—, aquí apenas hay ninguna casa donde la gente no viva en los sótanos, cosa que en el otro barrio es más rara, porque las casas son más viejas y han sido construidas con mayor descuido. Por lo demás, ninguno de los dos tiene nada que echar en cara al otro en lo que se refiere a la suciedad, a los montones de basura y desperdicios y a los charcos que cubren las calles de ambos barrios. Además de todo lo cual, esta barriada de que estamos hablando tiene otra particularidad que en nada contribuye a la limpieza, y es la presencia de una gran cantidad de cerdos que aquí andan por las calles, hozando la inmundicia, o encerrados en pequeños cubiles en los patios de vecindad. En efecto, lo mismo aquí que en la mayor parte de las barriadas de Manchester, quienes poseen cerdos alquilan unos cuantos palmos de terreno para encerrar a sus animales; apenas hay ningún patio de vecindad en que no encontremos uno o varios lugares acotados para estos fines; los vecinos depositan en estos sitios sus desperdicios, con los que los cerdos se alimentan. Y no hay que decir que, de este modo, el aire de estos antros, cerrados por los cuatro lados, se hace todavía más irrespirable, pues flotan en él todas las miasmas de la descomposición vegetal y animal. Esta barriada ha venido a romper una calle ancha y relativamente decente —la Millers Street—, convertida al llegar aquí en un callejón sin salida; y cuando, llevados de la curiosidad, nos aventuramos por uno de los numerosos pasadizos, vemos que este espectáculo asqueroso de que hemos hablado se repite a cada veinte pasos.

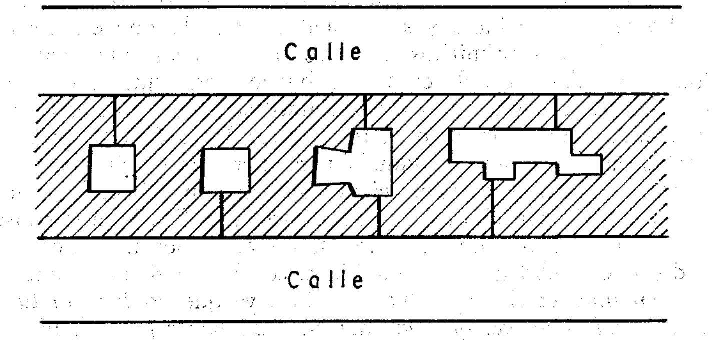
Tal es la ciudad vieja de Manchester y, releyendo ahora lo que he escrito, debo reconocer que mi relato, lejos de exagerar la repugnante realidad, más bien se queda corto. No hav, en efecto, palabras bastantes para describir la suciedad, la miseria y el abandono, el tipo de construcción de esta barriada, en la que viven de veinte a treinta mil seres humanos en medio del mayor desprecio por la limpieza, la ventilación y la salubridad. ¡Y esto en el centro mismo de la segunda ciudad de Inglaterra y de la primera ciudad fabril del mundo! Quien quiera comprobar cuán poco espacio necesita el hombre para moverse y de qué pequeña cantidad de aire —¡y qué aire!— necesita para respirar, en medio de qué grado mínimo de civilización puede vivir, no tiene más que venir aquí, para convencerse de ello. Es cierto que se trata de la *ciudad vieja* —y esto es, en efecto, lo que nos dicen las gentes de aquí, como excusa, cuando les hablamos de las condiciones espantosas en que viven los habitantes de este infierno sobre la tierra—, pero ¿qué quiere decir esto? Lo que más nos indigna, a la vista de todo esto, es algo que tiene un origen muy cercano, pues corresponde a la *época industrial*. Las doscien-

tas o trescientas casas procedentes del viejo Manchester han sido abandonadas por sus primitivos habitantes; es la industria y solamente ella la que ha hacinado en estas viviendas a muchedumbres de obreros; solamente la industria es la culpable de que se haya aprovechado para la construcción hasta el más pequeño palmo de superficie que había quedado entre ellas, para dar albergue a las masas, a las que las fábricas han concentrado aquí, arrancándolas del campo y de las tierras irlandesas; y la industria es la que permite a los propietarios de estas cuadras de ganado arrendarlas por altos alquileres a los hombres para vivir en ellas, explotando la pobreza de los obreros y minando la salud de miles de seres para que *ellos* puedan enriquecerse; la industria es la que ha hecho posible que los trabajadores, apenas liberados de la servidumbre, puedan volver a ser utilizados como mera materia, como simple *cosa*, obligándolos a meterse en una vivienda que cualquier persona libre rechazaría como inhabitable y por la que, encima, tiene que pagar un crecido alquiler. Este crimen no habría sido posible sin la industria, que debe a estos obreros, a su pobreza y su esclavitud, todo lo que es. Es cierto que las condiciones primitivas de estos barrios eran muy malas, que resultaba imposible sacar de ellas nada bueno, pero ¿qué es lo que han hecho los propietarios urbanos o la administración para mejorar en algo las viviendas, cuando ampliaron estos barrios? Lejos de ello, procuraron aprovechar hasta el menor resquicio para incrustar en él nuevas casas y taponar las salidas y comunicaciones que aún quedaban. El valor de los terrenos subió con el auge de la industria y la fiebre de la construcción creció con el alza de los terrenos, sin el menor miramiento para la salud o la comodidad de los inquilinos, con la mirada ávida puesta solamente en obtener el mayor lucro posible, ya que *no hay un tugurio, por abominable que sea, que no encuentre un pobre para alquilarlo, en la imposibilidad de pagar otro mejor*. Se trata, sin embargo, de la *ciudad vieja*, y con esto se aquieta la conciencia de la burguesía. Veamos, pues, cómo están las cosas en la *ciudad nueva* (*the New Town*).

La *ciudad nueva* de Manchester, llamada también la ciudad irlandesa (*the Irish Town*) se extiende más allá de la ciudad vieja, sobre una colina enclavada entre el Irk y St. George's Road. Aquí, se ha borrado toda apariencia de ciudad; son grupos de casas y de calles que parecen pequeñas aldeas y que se alzan, aquí y allá, sobre el suelo desnudo, un suelo arcilloso, en el que ni siquiera crece la hierba; las casas, o por mejor decir *cottages*, se hallan en mal estado, jamás han sido reparadas, aparecen sucias y todas ellas tienen húmedos y repelentes sótanos habitados; las callejuelas, sórdidas y sin pavimentar, sin alcantarillado; por todas partes se ven colonias de cerdos, encerrados en pequeños patios o establos o paseándose libremente por la calle. Los caminos se hallan tan enfangados, que solamente en los tiempos de gran sequía se puede transitar por ellos sin enterrarse en el lodo hasta los tobillos. Cerca de St. George's Road se juntan las áreas construidas y se pierde uno en un dédalo de callejuelas, callejones, caminos sin salida y patios de vecindad, que va haciéndose más y más inextricable a medida que nos acer-

camos al centro de la ciudad. Es cierto que, al llegar aquí, abundan cada vez más las calles pavimentadas o provistas, por lo menos, de pasos y atarjeas, pero la suciedad y el mal estado de las casas y, sobre todo, de los sótanos, siguen siendo los mismos.

Ha llegado el momento de decir algo acerca del tipo usual de construcción de las barriadas obreras de Manchester. Ya hemos visto cómo, en la ciudad vieja, la agrupación de las casas obedece casi al azar. Cada casa se levanta sin tener en cuenta para nada la de al lado, y los espacios rectangulares que quedan entre ellas se llaman, a falta de un nombre mejor, patios (*courts*). En las partes un poco más modernas de la misma barriada y en otros barrios obreros que proceden de los primeros tiempos del auge industrial, encontramos una disposición un poco más ajustada a un plan. El espacio entre dos casas se dispone en forma de patios algo más regulares, por ejemplo así:

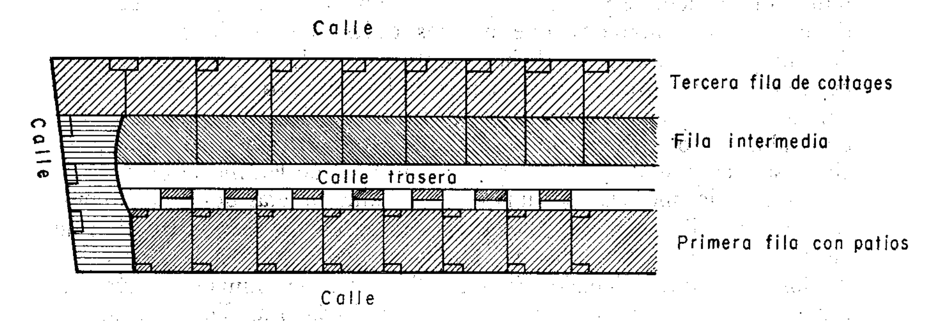



Estos patios fueron trazados de antemano y aparecen unidos con la calle por pasadizos cubiertos. Y si la construcción hecha al buen tuntún era ya muy perjudicial para la salud de los vecinos, puesto que impedía la ventilación, esta nueva manera, que encierra a los trabajadores en patios de vecindad, cerrados al exterior por los cuatro lados, resulta todavía más nociva. En estos espacios cerrados no penetra sencillamente el aire; las únicas salidas para el aire confinado del patio son las chimeneas de las casas, cuando no está encendida la cocina.[u] Y a esto hay que añadir que las casas, construidas generalmente en doble fila alrededor del patio, aparecen pegadas la una a la otra por la parte de atrás, lo que contribuye todavía más a impedir una buena ventilación. Y, como la policía urbana no se preocupa para nada del estado en que se encuen-

u Y, sin embargo, un sabio liberal inglés ha afirmado —en un Informe de la *"Children's Employment Commission"* ["Comisión del Trabajo de los niños"]— que estos patios son la obra maestra de la arquitectura urbana, porque, a la manera de pequeñas plazas públicas, los patios intermedios ¡facilitan la ventilación y las corrientes de aire! Tal vez sería así si cada uno de ellos tuviese dos o cuatro entradas anchas y no cubiertas por las que pudiera circular el aire, pero no ocurre esto, sino que sólo cuentan con dos pasadizos, rara vez abiertos y casi todos muy estrechos y cubiertos por construcciones.

tren estos patios y nadie se ocupa de limpiar la basura que se tira en ellos, no es de extrañar que aparezcan todo el año llenos de basura y desperdicios. Algunos de los patios visitados por mí —en la Miller's Street— estaban, por lo menos, a medio pie por debajo de la calle principal y no contaban con el menor desagüe para dar salida a las aguas de lluvia que en ellos se acumulaban.

En tiempos posteriores, se procedió a otro tipo de construcción, que es actualmente el más generalizado. Los *cottages* obreros no se construyen ya uno a uno, sino siempre por docenas o por cientos; un solo contratista se ocupa de construir una o dos calles al mismo tiempo. La disposición que para ello se sigue es la siguiente. Forman un frente (véase el dibujo de más abajo) los *cottages* de primera fila, tan afortunados que cuentan con una puerta trasera y un pequeño patio y que son los que pagan mayor renta. Pegado al muro que cierra los patios, se abre una estrecha calle trasera (*back street*), construida por ambas salidas y a la que conduce por los lados un pequeño camino o un pasadizo cubierto. Los *cottages* que dan a esta callejuela son los que rentan menos alquiler y los más descuidados. Su pared de atrás es medianera con la tercera fila de casas, que dan al lado opuesto, a la calle y que pagan menos renta que los primeros, pero más que los segundos. La disposición de estas casas y calles es, sobre poco más o menos, la siguiente:




Este tipo de construcción asegura una ventilación relativamente mejor para la primera fila de *cottages* y, por lo menos, no empeora la de los que se hallan en la tercera fila, en comparación con el tipo de construcción anterior; en cambio, las casas de la fila central se hallan, cuando menos, tan mal ventiladas como las de los patios de vecindad y la calle trasera se halla siempre abandonada y sucia. Los contratistas prefieren este tipo de construcción porque ahorra espacio y permite a los caseros explotar más a los obreros mejor pagados, cobrándoles alquileres más elevados por las casas de la primera y la tercera fila.

Estas tres formas de construcción de los *cottages* las encontramos en todo Manchester y en toda la región de Lancashire y en la de Yorkshire, muchas veces mezcladas, pero en la mayoría de los casos suficientemente

diferenciadas una de otra para poder inferir a base de ellas la antigüedad relativa de las diferentes partes de la ciudad. El tercer sistema, el de las calles traseras, es el predominante en la gran barriada obrera situada al Este de St. George's Road, a ambos lados de Oldham Road y en la Great Ancoats Street, y es también el más frecuente en los otros barrios obreros de Manchester y de sus suburbios.

En la gran barriada a que nos hemos referido y que se agrupa bajo el nombre de Ancoats, la mayoría de las fábricas de Manchester y las más importantes de todas se hallan adosadas a los canales; se trata de gigantescos edificios de seis o siete cuerpos que, con sus esbeltas chimeneas, descuellan muy por encima de bajos *cottages* obreros. De ahí que la población de esta barriada esté formada casi exclusivamente por obreros fabriles y, en las peores calles, por tejedores. Las calles de este barrio, las más cercanas al centro de la ciudad, son las más viejas, y por consiguiente las peores, aunque se hallen pavimentadas y tengan sus desagües; y, al decir esto, me refiero a las calles paralelas inmediatas de Oldham Road y Great Ancoats Street. Más hacia el Nordeste, se encuentran algunas calles de reciente construcción; aquí las casas obreras tienen un aspecto más limpio y agradable, las ventanas y las puertas son nuevas y recién pintadas y los espacios interiores aparecen blanqueados; las mismas calles son aireadas y con mayores y más frecuentes espacios libres. Pero esto que decimos sólo es aplicable a un pequeño número de viviendas; y a ello hay que añadir que casi todos los *cottages* tienen sótanos habitados, que muchas calles carecen de pavimento y desagüe y, sobre todo, que dicho aspecto agradable no pasa de ser mera apariencia y que ésta se borra a partir de los primeros diez años de vida. En efecto, el tipo de construcción de las casas, cada una de por sí, es tan detestable como el de las mismas calles. Estos *cottages* parecen, al principio, sólidos y agradables, las paredes macizas de ladrillo engañan a la vista y cuando uno pasa por una de estas calles obreras de *reciente* construcción, sin fijarse en las calles traseras o en el tipo de construcción de las mismas casas, se siente uno tentado a dar crédito a la afirmación de los fabricantes liberales cuando dicen que en ninguna parte del mundo es la vivienda obrera mejor que en Inglaterra. Pero, cuando se fija uno mejor, se ve que los muros de estas casas son tan delgados como la construcción lo permite para que no se caigan. Los muros exteriores, que sostienen el sótano, el piso bajo y el tejado están hechos, a lo sumo, de una hilada de ladrillos, colocados uno sobre otro de canto ; pero he visto muchos *cottages* de la misma altura —algunos de ellos todavía en construcción— en que los muros exteriores tienen solamente un ancho de medio ladrillo; es decir, que los ladrillos, en ellos, no aparecen colocados de canto, sino a lo largo, pegados por la parte más delgada . Lo que con ello se persigue es, naturalmente, ahorrar material. Pero la explicación está,

además, en que los constructores no son nunca los dueños del terreno, sino que, según la costumbre inglesa, lo han arrendado por veinte, treinta, cuarenta, cincuenta o noventa y nueve años, transcurridos los cuales el terreno con todo lo incorporado a él, revierte a su propietario, sin que éste se halle obligado a resarcir las mejoras o construcciones efectuadas en él. Esto hace que las construcciones se calculen para durar solamente el tiempo estipulado; y, como estos *cottages*, con frecuencia, sólo están llamados a durar veinte o treinta años, es fácil comprender que quienes especulan en la construcción no están interesados en que la construcción sea muy sólida. Añádase a esto que los constructores, en su mayoría albañiles y carpinteros o fabricantes, en parte para no ver reducidos los alquileres y en parte porque está ya a punto de expirar el plazo de vencimiento de su contrato sobre el solar, invierten muy poco o no invierten nada en reparaciones, que las crisis comerciales y la consiguiente penuria de los obreros hacen que queden deshabitadas, a veces, calles enteras y todo ello a hacer que los *cottages* se arruinen y queden inservibles muy pronto. En general, se calcula, las viviendas obreras sólo tienen, por término medio, un periodo de habitabilidad de cuarenta años; cosa que no deja de parecer extraña si uno se fija en los bellos y macizos muros de algunos *cottages* recién construidos, que se diría van a durar, por lo menos, dos siglos; pero esa es la realidad, pues la cicatería de la inversión originaria, la negligencia de toda clase de reparaciones, los frecuentes periodos en que las casas se quedan vacías, el constante y rápido cambio de inquilinos y los destrozos causados en los últimos diez años de habitabilidad de las casas por quienes las ocupan, generalmente irlandeses, que no pocas veces desmontan y destrozan las maderas de la vivienda como leña para el fuego: todo contribuye a hacer que estas casas se conviertan en una ruina en un plazo de cuarenta años. Ello explica también por qué el barrio de Ancoats, construido a partir del auge de la industria y, en su mayor parte, ya dentro de este siglo, muestra gran número de casas viejas y ruinosas, más aún, que la mayoría de ellas se halle ya, actualmente, punto menos que inhabitables. No necesito decir cuánto capital se derrocha de este modo y cómo, con un poco más de inversión inicial y gastando algo más en reparaciones, habría sido posible mantener toda esta barriada, durante largos años, limpia, decorosa y habitable. Lo único que aquí me ocupa es el estado de las casas y de sus moradores, y, en este punto, lo que hay que decir es que no podría concebirse sistema peor ni más desastroso que éste para albergar a los obreros. Los trabajadores se ven obligados a alojarse en estas casas ruinosas porque no pueden pagar otras mejores o porque estas no existen cerca de la fábrica en que trabajan y, a veces, porque las casas de que se trata pertenecen al mismo fabricante, el cual sólo se presta a enrolarlo en el trabajo si se compromete a alojarse en su vivienda. Como es natural, las cosas no seguirán igual a la vuelta de cuarenta años, pues si las casas se hallan en un barrio de la ciudad en que son muy solicitadas y, por tanto, aunque el alquiler sea alto, hay siempre la perspectiva de contar con inquilinos, los caseros harán algo para procurar que las viviendas

se mantengan en condiciones de habitabilidad durante mayor tiempo, pero sólo lo estrictamente indispensable, y estas viviendas reparadas son precisamente las peores de todas. A veces, cuando amenaza alguna epidemia, se agita un poco la conciencia, generalmente dormida, de la policía sanitaria, que en tales casos suele hacer *razzias* en las barriadas obreras, procediendo a clausurar grupos enteros de sótanos y *cottages*, como ha ocurrido por ejemplo con varias callejuelas cercanas a Oldham Road; pero este celo dura poco, las viviendas clausuradas vuelven a abrir sus puertas y los caseros se sienten ahora más tranquilos que antes, pues saben muy bien que los inspectores de sanidad se tomarán el trabajo de regresar lo más tarde posible.

La parte del Norte y el Nordeste de Manchester es la única en que no ha construido casas para ella la burguesía. El viento del Oeste y el Sudoeste que sopla aquí durante diez u once meses del año arrastra a estas barriadas el humo de todas las fábricas —que no es poco—. Y esto, naturalmente, sólo pueden soportarlo los trabajadores.

Al Sur de Great Ancoats Street se extiende una gran barriada obrera a medio construir, una faja desnuda de terreno en forma de colinas, con manzanas de casas o cuadras trazadas sin orden ni concierto. Entre ellas, solares vacíos, irregulares y cubiertos de lodo, sin pasto y que, por tanto, en tiempo de aguas es punto menos que imposible cruzar. Los *cottages* aquí, son todos sucios y viejos, enterrados muchas veces en el fondo de agujeros y que recuerdan en todo a la ciudad nueva. La parte que cruza el ferrocarril de Birmingham es la más densamente edificada y, por consiguiente, la peor de todas. El Medlock atraviesa esta barriada, formando innumerables meandros, por el fondo de un valle, que, a trechos, se parece mucho al del Irk. A los dos lados de este río, también negro como la pez, encharcado y maloliente, desde que entra en la ciudad hasta que se une al Irwell, se extiende un ancho cinturón de fábricas y barriadas obreras cuyas viviendas se encuentran en las peores condiciones. La orilla es escarpada en su mayor parte y se halla construida hasta llegar a las aguas del río, exactamente lo mismo que hemos visto en el Irk, y la traza de las calles y las casas es igualmente detestable, lo mismo en la zona de Manchester que en las de Chorlton y Hulme. Pero la parte más abominable —si quisiera describirlas todas en detalle no acabaría nunca— es la que queda dentro de Manchester, al Sudeste de Oxford Road, y que se conoce con el nombre de la Pequeña Irlanda (*Little Ireland*). En un agujero bastante profundo, circundado en un semicírculo por el Medlock y en sus cuatro lados por elevadas fábricas, altas orillas edificadas o escombreras, reunidos en dos grupos, vemos unos 200 *cottages*, la mayoría de ellos con muros comunes para dos viviendas cada uno, en los que viven aproximadamente 400 personas, casi todas ellas irlandesas. Los *cottages* son viejos, sucios y de la peor calidad, las calles empinadas, irregulares y, muchas de ellas, sin pavimentar y sin desagüe; una cantidad innumerable de basura, desperdicios y fango asqueroso aparece regado entre innumerables charcos; la atmósfera, contaminada por el humo de las chimeneas de una docena

de fábricas es pestilente y difícilmente respirable; un tropel de niños y mujeres andrajosos pululan por estos parajes, tan sucios como los cerdos que retozan en los montones de basura y en los charcos; en una palabra, todo el lugar ofrece un espectáculo tan desagradable y repelente como los peores patios de vecindad situados junto al Irk. Los seres humanos que viven en estos *cottages* ruinosos, detrás de ventanas tapadas con papeles engrasados, de puertas rotas y jambas podridas, y no digamos los condenados a vivir en los sombríos y húmedos sótanos, entre esta masa indescriptible de basura y malos olores, en esta atmósfera que parece confinada a propósito, estos seres humanos han descendido realmente al escalón más bajo de la humanidad: esta es la impresión que uno tiene con sólo echar una mirada por fuera a estos barrios. Pero, ¿qué decir cuando se entera uno de que en cada una de estas casuchas, que constan solamente de dos cuartos, una buhardilla y si acaso un sótano, viven por término medio veinte personas y que en todo el grupo de tugurios hay solamente un retrete —naturalmente, casi siempre inaccesible— para unas 120 personas y que, a pesar de cuanto predican los médicos y de toda la agitación que en los tiempos del cólera provocaron entre las autoridades de policía sanitaria las condiciones de vida en la Pequeña Irlanda, las cosas siguen hoy, en el año de gracia de 1844, casi en el mismo estado en que se encontraban en 1831? El Dr. Kay informa[v] que la humedad invade, no sólo los sótanos, sino incluso los pisos bajos de todas las casas de esta barriada; que antes se había llenado de tierra una parte de estos sótanos, pero que más tarde se los volvió a vaciar y que ahora se hallan habitados por irlandeses; que en uno de los sótanos —cuyo piso está más bajo que el río— se encharca constantemente el líquido que mana de un agujero taponado con lodo y que sus inquilinos, un tejedor manual, tiene que achicar todas las mañanas el agua del sótano y verterla en la calle.

Río abajo, en la orilla izquierda del Medlock, queda Hulme, que no es en realidad más que un distrito obrero, cuyo estado coincide casi por entero con el de Ancoats. Los barrios de mayor densidad de construcción, aparecen mal construidos y amenazando ruina, los de menor densidad de población son más modernos y mejor aireados, pero con la mayoría de las casas hundidas en el cieno. En todas partes *cottages* llenos de humedad y con calles traseras y viviendas en los sótanos. En la orilla de en frente del Medlock, que pertenece ya propiamente a Manchester, encontramos otra gran barriada obrera, que se extiende a los dos lados de Deansgate hasta el barrio comercial y que, en parte, nada tiene que envidiar a la ciudad vieja. Sobre todo en las inmediaciones del barrio comercial, entre Bridge Street y Quay Street, Princess Street y Peter Street, la aglomeración de las construcciones es incluso mayor que en los patios de vecindad de la ciudad vieja. Encontramos aquí largos y estrechos callejones a cuyos lados se abren tortuosos patios y pasadizos, cuyas entradas y salidas forman un verdadero laberinto y por los que se va a dar a cada paso a rincones cerrados, de los que no puede uno salir

[v] *Dr. Kay, l. c.*

si no conoce bien los lugares. En estas guaridas, sucias y en estado ruinoso vive, según el Dr. Kay, la clase más desmoralizada de todo Manchester, cuyo oficio es el robo o la prostitución, y todo parece indicar que tampoco en este punto anda descaminado. También en este barrio encontró la policía sanitaria, en 1831, al hacer allí una *razzia*, una suciedad tan grande como en los focos de miseria del Irk o de la Pequeña Irlanda (y que de entonces acá no han mejorado allí las cosas puedo atestiguarlo yo); entre otras cosas, se encontró que en Parliament Street sólo había un retrete para trescientas ochenta personas y que en el Parliament Passage tenían que servirse también de un solo retrete treinta casas abarrotadas de gente.

Si ahora pasamos a Salford, cruzando el Irwell, nos encontramos, en la península formada por este río, con una ciudad que cuenta ochenta mil habitantes y que es toda ella, en realidad, una gran barriada obrera, cruzada por una sola calle ancha. Salford, en un tiempo más importante que Manchester, era por aquellos días el centro del distrito que lo rodea y al que todavía da el nombre (Salford Hundred). De ahí que también aquí encontremos un barrio bastante viejo y, por tanto, ahora, muy malsano, sucio y ruinoso, que queda frente a la iglesia vieja de Manchester y se halla en tan mal estado como la ciudad vieja, al otro lado del Irwell. Un poco más distante del río se extiende una nueva barriada, que tiene ya, sin embargo, más de cuarenta años y que, por tanto, se halla en ruinas. Todo Salford es un conjunto de patios de vecindad y callejones, tan estrechos que me recuerdan los más angostos que yo haya visto nunca: las estrechas callejuelas de Génova. En este respecto, podemos asegurar que el tipo medio de construcciones de Salford es todavía peor que el de Manchester, y otro tanto podemos decir de la suciedad. Si en Manchester la policía se aventura de vez en cuando —cada seis o diez años— en los barrios obreros, clausurando las peores viviendas y obligando a barrer los lugares más sucios de estos establos de Augias, en Salford, por el contrario, no parece haberse presentado nunca. Los sórdidos patios y callejones laterales de Chapel Street, Greengate y Gravel Lane no se han barrido jamás desde su fundación. Actualmente, el ferrocarril de Liverpool atraviesa esta barriada por un alto viaducto, y estas obras han obligado a destruir los rincones más sucios. Pero ¿de qué ha servido esto? Cuando uno pasa en tren por este viaducto, no ve por todos lados más que suciedad y miseria, y quien se tome la molestia de recorrer estos sórdidos callejones y de echar, por las puertas y las ventanas abiertas, una mirada al interior de los sótanos y las casas, llega a cada paso a la convicción de que los obreros de Salford habitan en viviendas en las que la limpieza y la comodidad no pueden tener su asiento. Y exactamente lo mismo ocurre en las zonas más alejadas de Salford, en Islington, en Regent Road y detrás del ferrocarril de Bolton. Las viviendas obreras enclavadas entre Oldfield Road y Cross Lane, donde, a ambos lados de Hope Street, vemos multitud de patios y callejas en el estado más deplorable, rivalizan en suciedad y en aglomeración con la ciudad vieja de Manchester. Encontré aquí a un hombre con

aspecto de tener sesenta años, que vivía en un verdadero establo; había montado una especie de chimenea para dar salida al humo en un cajón cuadrado sin ventanas, había instalado algo así como una cama y allí vivía, aunque la lluvia se colaba por el tejado lleno de agujeros. El pobre hombre era ya demasiado viejo y achacoso para encontrar trabajo y vivía de lo que encontraba en los montones de basura, con su carrito de mano; un charco de inmundicias llegaba hasta la puerta misma de su establo.

He enumerado los diferentes barrios obreros de Manchester, tal como he tenido ocasión de observarlos por espacio de veinte meses. Resumiendo ahora el resultado de nuestra ingrata peregrinación a través de estos lugares, podemos decir que los trescientos cincuenta mil obreros de Manchester y sus suburbios viven, contadas excepciones, en detestables, húmedos e inmundos *cottages*; que la mayoría de las calles en que éstos se levantan se hallan en el estado más deplorable, en las peores condiciones de suciedad y mal ventiladas, ya que los constructores sólo se preocupan de sacar al terreno el mayor dinero posible; en una palabra, que en las viviendas obreras de Manchester no hay lugar para la limpieza, para las comodidades ni para el sentido hogareño; y que en viviendas así sólo puede habitar una raza deshumanizada, degradada, intelectual y moralmente condenada a la bestialidad y físicamente enfermiza. Y no se crea que soy yo el único que afirma esto. Ya hemos visto que el Dr. Kay, en su informe, exterioriza la misma opinión y, a mayor abundamiento, transcribiré aquí las palabras de un hombre liberal, de una autoridad reconocida y muy respetada por los fabricantes, adversario fanático de todo movimiento obrero independiente, las palabras del señor *Senior:* [x]

"Al cruzar por delante de las viviendas de los obreros fabriles en la ciudad irlandesa, Ancoats y Pequeña Irlanda, me causó asombro que nadie pudiera disfrutar allí de una salud soportable, viviendo en semejantes casas. Estas ciudades —pues lo son, por su extensión y por el número de sus habitantes— han sido construidas con el desprecio más absoluto hacia todo lo que no sea la ganancia inmediata. Un carpintero y un albañil se asocian para comprar cierto número de solares" (mejor dicho, para arrendarlos por un determinado número de años) "y levantar en ellos algo parecido a casas; en uno de los sitios, nos encontramos con toda una calle trazada a lo largo de una zanja, para poder excavar sin costo alguno los profundos sótanos, pero no, ciertamente, destinados a cuartos de trastos viejos o a almacenes, sino a viviendas para seres humanos. *Ni una sola casa de esta calle escapó al cólera.* Y, en general, las calles de estos suburbios carecen de pavimento y aparecen cubiertas de charcos y montones de basura, las casas se construyen pegadas unas a otras, sin ventilación ni corrientes de aire que las mantengan secas, y familias enteras tienen que vivir confinadas en el rincón de un sótano o de una buhardilla."

[x] *Nassau W. Senior, Letters on the Factory Act to Rt. Hon, the President of the Board of Trade* ["Cartas sobre la Ley fabril al Muy Honorable Presidente de la Cámara de Comercio"] (Chas. Poulet Thomson Esq.), Londres, 1837, p. 24.

Ya hemos tenido ocasión de mencionar más arriba una actividad extraordinaria realizada en Manchester por la policía sanitaria en los tiempos del cólera. Al acercarse esta epidemia, la burguesía de esta ciudad se vio presa del pánico. De pronto, se acordó de que los pobres vivían en casas malsanas y los ricos se echaron a temblar ante la certeza de que cada uno de aquellos barrios misérrimos se convertiría en un foco de la peste, irradiando su acción asoladora por todas partes hacia los barrios de la clase rica. Se nombró inmediatamente una comisión sanitaria encargada de inspeccionar aquellas barriadas de la ciudad e informar al Consejo municipal con toda exactitud acerca del estado en que se encontraban. El Dr. Kay, miembro de la comisión, que visitó detenidamente todos los distritos de la ciudad, con excepción del undécimo, extracta en su libro el informe emitido. Se visitaron en total 6 951 casas —naturalmente, sólo en el Manchester *propiamente dicho*, dejando a un lado Salford y los demás suburbios—; 2 565 de ellas requerían con toda urgencia ser encaladas, 960 necesitaban urgentes reparaciones (*were out of repair*), 939 carecían de desagües suficientes, 1 435 estaban llenas de humedad, 452 se hallaban mal ventiladas y 221 carecían de retrete. De las 687 calles inspeccionadas, 248 estaban sin pavimentar, 53 sólo estaban parcialmente pavimentadas, 112 carecían de suficiente ventilación, 352 estaban cubiertas de charcos, montones de basura, desperdicios, etc. Resultaba de todo punto imposible, naturalmente, limpiar aquellos establos de Augias antes de la llegada del cólera; en vista de ello, las medidas se redujeron a limpiar algunos de los peores focos de inmundicia, dejando que, por lo demás, las cosas siguieran igual; y huelga decir que en los barrios sometidos a limpieza, como lo demuestra el caso de la Pequeña Irlanda, al cabo de dos o tres meses volvía a reinar en ellos la misma suciedad de antes. Refiriéndose al estado interior de estas viviendas, la misma comisión informa algo parecido a lo que ya sabemos de Londres, Edimburgo y otras ciudades:

"Es frecuente ver a familias irlandesas enteras durmiendo todas juntas en *un* camastro; muchas veces, un montón de paja sucia, cubierto con telas de saco los recibe a todos, revueltos en informe revoltijo, en el que cada cual se siente humillado, por la miseria, la estupidez y el desaliño. Los inspectores encontraron, con cierta frecuencia, a dos familias instaladas en una casa de dos cuartos; en uno de ellos dormían todos y el otro hacía de cocina y comedor comunes; y no eran raros los casos en los que más de una familia se hacinaba en un sótano de un solo cuarto lleno de humedad, de dos a dieciseis personas aglomeradas en esta atmósfera pestilente; y, por si estos y otros focos de enfermedades fuesen pocos, añádanse los cerdos mezclados con la gente, y otras porquerías que claman al cielo." [y]

Debemos agregar a lo anterior que muchas familias que disponen de un solo cuarto necesitan ayudarse admitiendo huéspedes para comer o para dormir y que, muchas veces, estos huéspedes de ambos sexos duermen con el matrimonio de la casa en la misma cama y que, por ejem-

[y] Kay, *l. c.*, p. 32.

plo, el caso de que durmieran en *un* camastro el marido, su mujer y su cuñada adulta se comprobó en Manchester, según el *Informe sobre el estado sanitario de la clase obrera*, seis o más veces. Son también muy numerosas, aquí, las casas comunes de alojamiento; en 1831, el Dr. Kay calculaba que en el Manchester propiamente dicho existían 267 casas de éstas, número que debe de haber aumentado bastante, de entonces acá. Se albergan en cada una de ellas de veinte a treinta pupilos, lo que quiere decir que entre todas alojan, cada noche, entre cinco y siete mil personas; el carácter de estas casas y de sus huéspedes es el mismo que en las otras ciudades. De cinco a siete camastros se tienden, sin ropas de cama, en el suelo, en los que se echan a dormir, todas revueltas cuantas personas caben materialmente en ellos. No es necesario decir qué atmósfera física y moral reina en estos antros del vicio. Cada una de estas casas es un foco del crimen y escenario de actos que sublevan a todo sentimiento de humanidad y que tal vez no llegarían a producirse a no ser por esta centralización de la inmoralidad. *Gaskell* [z] calcula en 20 000, solamente en el área de Manchester propiamente dicha, el número de individuos que viven en sótanos. El *Weekly Dispatch* da, ateniéndose a "datos oficiales", la cifra del 12 por ciento de la población obrera, lo que viene a coincidir con el dato anterior, ya que, suponiendo un total de obreros de 175 000, el 12 por ciento, serían exactamente 21 000 personas. En los suburbios, son, *por lo menos*, igualmente numerosas las viviendas instaladas en los sótanos, lo que quiere decir que el número de personas que, en el gran Manchester, se albergan bajo tierra no bajará de 40 000 o 50 000.

Creemos que basta con lo dicho, en lo que se refiere a la vivienda obrera en las grandes ciudades. Y la manera como se satisface la necesidad de albergue puede servir de criterio en cuanto al modo de satisfacer las demás necesidades de los trabajadores. Creemos que por sí mismo puede inferirse que en estos sucios tugurios no es posible que vivan más que inquilinos andrajosos y mal alimentados. Y así es, en realidad. En la inmensa mayoría de los casos, los obreros andan muy mal vestidos. Las telas de que están hechas sus ropas no son las más

z P. Gaskell, *The Manufacturing Population of England, its Moral, Social, and Physical Conditions, and the Changes which have arisen from the Use of Steam Machinery; with an Examination of Infant Labour. Fiat Justitia* ["La población fabril de Inglaterra, su situación moral, social y física y cambios que ha experimentado como consecuencia del empleo de maquinaria de vapor; con un estudio del trabajo infantil. ¡Hágase justicia!"], 1833. Se describe aquí, principalmente, la situación de los obreros de Lancashire. El autor de esta obra es un hombre liberal, pero la escribió en un tiempo en que aún el liberalismo no se dedicaba a ensalzar la "suerte" de que gozan los obreros. De ahí que muestre todavía imparcialidad y sepa abrir los ojos para ver los males de la situación actual, especialmente los del sistema fabril. Escribió, sin embargo, su obra *antes* de que funcionara la *Factories Inquiry Commission* ["Comisión investigadora de fábricas"], lo que le lleva a tomar de fuentes equívocas algunos datos más tarde refutados por dicha Comisión. La obra, aunque buena en su conjunto, debe consultarse, en cuanto a los detalles, con cierto cuidado, por la razón indicada y porque, además, al igual que Kay, el autor confunde la clase obrera en general como la clase obrera fabril específica. La historia del desarrollo del proletariado que figura en la Introducción está tomada, en lo fundamental, del presente estudio.

indicadas; de lino y de lana han sido desterrados casi por entero de los vestidos de ambos sexos, sustituidos por el algodón. Las camisas de los obreros son, generalmente, de percal blanco o de color y los vestidos de las mujeres, en su mayoría, de percal estampado; rara vez se ven faldas de lana tendidas en las cuerdas de ropa de las familias obreras. Los hombres suelen llevar pantalón de pana o de cualquier otra tela de algodón grueso y chaqueta del mismo género. El fustán o pana (*fustian*) ha llegado a ser proverbial del traje del obrero; *fustian jackets* ("chamarras de fustán") suele llamarse a los obreros y así se llaman ellos mismos, para distinguirse de los señores, vestidos de paño de lana (*broadcloth*), palabra característica, a su vez de la clase media. Cuando Feargus O'Connor, el jefe cartista, se presentó en Manchester durante la insurrección de 1842,[70] saludado por estruendosas ovaciones de los obreros, vestía un traje de pana. El sombrero es también, en Inglaterra, prenda de uso general de los mismos trabajadores, de diversas formas, redondo, en forma de melón o cilíndrico, de bordes anchos, estrechos o sin bordes; sólo la gente joven se cubre, en las ciudades fabriles, con gorra. Quien no dispone de sombrero, se cubre la cabeza con un gorro de cuatro puntas hecho de papel. La ropa que visten los obreros —aun suponiendo que se halle en buen estado— no está en consonancia con el clima. El aire húmedo de Iglaterra, que, con los bruscos cambios de temperatura, tanto se presta para los enfriamientos, obliga a casi toda la clase media a llevar camiseta de lana; la bufanda, la chaqueta y el abrigo de lana son de uso casi obligado en este sector social. Pero la clase obrera no sólo carece de estas prendas, sino que, por lo general, no lleva sobre el cuerpo ni una hebra de lana. Y las pesadas telas de algodón, aunque sean más gruesas y más tiesas que el paño de lana, preservan mucho peor que éste contra el frío y la humedad, tardan mucho más en secar, por su mucho cuerpo y por la naturaleza del género y, además, no tienen la densidad del tejido de paño abatanado. Cuando un obrero compra una chaqueta de lana para los domingos y días de fiesta, tiene que mercarla en cualquiera de las "tiendas baratas", donde le dan ese paño malo que se llama *"devil's dust"*,[a] hecho más para venderlo que para usarlo y que a las dos semanas de uso se rompe o se desgasta, o tiene que acudir a un prendero y comprar una chaqueta vieja y en mal uso, ya muy deteriorada, que no resiste más que dos o tres meses. El guardarropa de la mayoría de los trabajadores es muy exiguo y aún se ve mermado, de vez en cuando, por la perentoria necesidad de llevar alguna prenda a la casa de empeños. Y en muchos, en muchísimos casos, como ocurre sobre todo entre los braceros irlandeses, las prendas de vestir son verdaderos andrajos, que, generalmente, no resisten ya el repaso y que a fuerza de remiendos, no se sabe de qué color han sido alguna vez. Los ingleses o los angloirlandeses siguen sabiendo remendar y logran en este arte verdaderas maravillas —lana o tela de saco sobre pana, o al revés, no les importa—, pero los auténticos ir-

[a] "Porquería del diablo", paño elaborado de los restos de lana de bajísimo precio, que arroja como desechos la maquinaria.

landeses inmigrados no remiendan su ropa casi nunca, como no sea en caso de extrema necesidad, cuando una prenda se desgarra; generalmente, dejan asomar los faldones de la camisa por entre la abertura de la chaqueta o por encima del pantalón; visten, como dice Thomas Carlyle,[b]

> "un traje hecho de harapos; el ponérselo y quitárselo constituye una operación complicadísima, que solamente ejecutan los días de fiesta o en ocasiones muy señaladas."

Han sido también los irlandeses quienes han introducido en Inglaterra la costumbre, antes desconocida aquí, de andar descalzo. En todas las ciudades fabriles podemos ver hoy gran cantidad de gente, principalmente mujeres y niños, que marchan así por las calles, y esta costumbre va extendiéndose también entre los ingleses pobres.

Y lo mismo que con la ropa ocurre con la comida. Los trabajadores reciben lo que no quiere la gente rica. En las grandes ciudades de Inglaterra hay de todo, pero cuesta mucho dinero, y el obrero, que tiene que arreglarse con unos cuantos centavos, no puede permitirse ese lujo. Además, no recibe su salario, por lo general, hasta el sábado por la tarde —ya se comienza a pagar los viernes, pero esta excelente práctica dista mucho de haberse generalizado—, lo que hace que sólo pueda ir a la compra el mismo sábado a las cuatro, las cinco o las siete, cuando ya la clase media, que compra por la mañana, se ha llevado lo mejor. En las horas de la mañana, el mercado está lleno de cosas buenas, pero cuando llegan los obreros, después de cobrar, queda solamente lo que no ha querido nadie. Pero, aunque así no fuese, difícilmente podrían comprar buenas mercancías. Las patatas que compra el obrero son, generalmente, de mala calidad, las legumbres ya ajadas, el queso, muchas veces mohoso y malo, el tocino rancio, la carne pasada, dura, de animales viejos y no pocas veces enfermos o muertos en un accidente y, en ocasiones, poco menos que podrida. Y los obreros más pobres tienen que recurrir a otro truco para poder comprar algo, aunque sea de la peor calidad, con sus míseros centavos. Como el sábado por la noche todas las tiendas tienen que cerrar a las doce y no pueden abrir el domingo, acostumbran vender a bajísimo precio, entre diez y doce, aquellos artículos que se echarían a perder si los guardaran hasta el lunes. Las nueve décimas partes de las cosas que han quedado sin vender el sábado a las diez ya apenas pueden comerse el domingo por la mañana y, sin embargo, esta es precisamente la comida dominical de las gentes más pobres. La carne que obtienen los obreros es, no pocas veces, indeglutible, pero, una vez que la han comprado, no tienen más remedio que comerla.

El 6 de enero de 1844 (si la memoria no me engaña) se reunió el tribunal del mercado (*court leet*) de Manchester y castigó a once dueños de puestos de carnicería por vender carne en mal estado. Le fueron confiscados a cada uno un buey o un cerdo, varias ovejas o 50 a 60

[b] *Thomas Carlyle, Chartism,* Londres, 1840, p. 28.

libras de carne, todo ello en mal estado. A uno de estos granujas le fueron decomisados 64 gansos rellenos para la Navidad, que no había sido posible vender en Liverpool, en vista de lo cual se habían traído a Manchester, para ponerlos a la venta en el mercado, podridos y malolientes. Toda la historia de este asunto apareció en el *Manchester Guardian*[164] con pelos y señales, con los nombres de los culpables y las multas que fueron obligados a pagar. Y en las seis semanas transcurridas desde el 1 de julio al 14 de agosto, el mismo periódico hubo de informar de otros tres casos de la misma especie, el número del 3 de julio hablaba de un carnicero de Heywood que había destazado y puesto a la venta un cerdo de 200 libras encontrado muerto y descompuesto; después del 31 de julio, dos carniceros de Wigan, uno de ellos reincidente, habían sido multados el uno con 2 y el otro con 4 libras esterlinas por tener a la venta carne en mal estado, y, según el número del 10 de agosto, se le habían decomisado a un tendero de Bolton 26 jamones descompuestos, que probablemente fueron quemados, condenándose al culpable a una multa de 20 chelines. Pero no se crea que son éstos, ni mucho menos, todos los casos de esta índole acaecidos por término medio en espacio de seis semanas y a base de los cuales habría que calcular el promedio anual de tales granujas, pues hay periodos durante los cuales cada número del *Guardian*, que aparece dos veces a la semana, informa de un caso de éstos ocurrido en Manchester o en los barrios obreros de los alrededores. Y, si se tiene en cuenta cuántos casos tienen necesariamente que pasar inadvertidos, dado el gran número de mercados, que se alinean en todas las fachadas de las calles principales, y la escasa vigilancia de los inspectores de mercados —de otro modo no podría explicarse el atrevimiento con que se ponen a la venta estas piezas de carne en mal estado—, si se tiene en cuenta cuán grande debe de ser la tentación, con penas tan increíblemente irrisorias como las que hemos citado y en qué estado de descomposición tiene que hallarse ya un trozo de carne para que los inspectores de mercados lo declaren totalmente inservible, es fácil llegar a la conclusión de que los trabajadores no reciben, en general, carne nutritiva y de buena calidad. Los comerciantes e industriales adulteran todos los productos alimenticios de un modo verdaderamente irresponsable y con el mayor desprecio hacia la salud del consumidor. Más arriba, citábamos al *Manchester Guardian* —pues a mí me gusta tomar por testigos a mis adversarios—; escuchemos ahora a otro periódico de la clase media, el *Liverpool Mercury*:

"Se vende como fresca mantequilla salada, mediante el ardid de cubrir los trozos puestos a la venta con una capa de mantequilla fresca o de dar a probar o a escoger un trozo de aquélla, sirviendo luego, a la hora de apartarla, la salada; también se recurre al amaño de lavar la sal, para vender luego la mantequilla como fresca. Entre el azúcar se mezcla a veces arroz o cualquier otro producto barato, para aumentar el peso. También se mezclan con otras sustancias, para venderlos como azúcar, los deshechos de las jabonerías. El café molido se mezcla con achicoria o cualquier otro artículo barato, e incluso el café sin moler, dándole la forma de granos de cafeto. El cacao se revuelve frecuentemente

con polvo parduzco, que previamente se ha pasado por grasa de cordero, para que se confunda más fácilmente con el auténtico cacao. El te se mezcla con hojas de endrino y otras impurezas o se secan las hojas de te ya cocidas, tostándolas sobre planchas de cobre calientes, para que vuelvan a adquirir color y pasen por te fresco. La pimienta se adultera, empleando para ello polvo de algunas vainas, etc. El vino de Oporto se falsifica con alcohol y colorantes, pues es público y notorio que los ingleses beben más de lo que produce todo Portugal, y el tabaco se mezcla con sustancias asquerosas de todas clases, bajo todas las formas posibles en que se vende este artículo."

(Puedo añadir a lo anterior que, en virtud de la adulteración tan generalizada del tabaco, el año pasado, varios de los comerciantes en tabaco más prestigiosos de Manchester declararon públicamente que ningún expendio de tabaco podía vivir sin recurrir a la adulteración y que ningún cigarro que costara menos de 3 peniques podía estar hecho exclusivamente de tabaco). Y, como es natural, no se reduce todo a los fraudes y picardías relacionados con los artículos alimenticios, entre los que podría citar, además de los ya señalados, muchos más —entre ellos, la infamia que consiste en mezclar a la harina polvo de yeso o de cal—; apenas hay un solo producto en que no se estafe al público; por ejemplo, la franela, los artículos de punto, etc., se estiran para que parezcan más grandes y se deshacen a la primera lavada, las telas se venden haciéndolas aparecer como si tuviesen dos o tres pulgadas más de ancho, la loza tiene una capa tan delgada de vidriado que salta en cuanto se la pone al fuego, y cien trampas más. *Tout comme chez nous*,[c] pero los más perjudicados por todas estas canalladas son precisamente los obreros. El rico no sufre las consecuencias de todos estos fraudes, pues él puede pagar los altos precios de los grandes almacenes, que cuidan de su buena fama y se perjudicarían ellos mismos si vendieran mercancías malas y adulteradas; además, la gente de dinero está acostumbrada a comer bien y su paladar, más habituado, nota las adulteraciones. Pero el pobre, el obrero para quien dos o tres centavos representan mucho, que necesita obtener mucho por poco dinero y que no puede fijarse tanto en la calidad, porque no ha tenido ocasión de refinar sus gustos, es el que recibe todas las mercancías adulteradas y, a veces, incluso envenenadas; tiene que comprar al tendero de la esquina, al que generalmente se halla endeudado por el crédito, y estos pequeños tenderos, a quienes su pequeño capital y los mayores gastos del negocio, no permitirían ofrecer, a igual calidad, precios tan bajos como a los comerciantes más importantes al por menor, no tienen más remedio que comprar, a sabiendas o inconcientemente, mercancías adulteradas, obligados por la competencia y por los bajos precios a que tienen que vender. Además, si el detallista bien instalado, que ha invertido en su negocio un gran capital, se arruina al perder el crédito cuando se descubre que ha cometido un fraude, el pequeño tendero de la esquina, que surte de mercancías a una calle, no tiene nada que temer, en este caso. Si sus clientes

c Todo como entre nosotros.

de Ancoat ya no se fían de él, cambia sus bártulos a Chorlton o a Hulme, donde nadie lo conoce y donde puede seguir engañando a la gente, y son pocas las adulteraciones castigadas con penas legales, a menos que atenten contra el derecho fiscal. Y el trabajador inglés no es estafado solamente en la calidad, sino también en la cantidad de la mercancía. La mayor parte de los pequeños tenderos emplean pesos y medidas amañados, y apenas pasa día sin que los informes de policía registren una cantidad increíble de fraudes de esta clase. Citaremos unos cuantos extractos tomados del *Manchester Guardian* para que el lector se dé una idea de cuán generalizadas se hallan estas infracciones en los barrios obreros; los casos citados abarcan solamente un breve espacio de tiempo, e incluso en lo tocante a él no tengo delante *todos* los números del periódico:

*Guardian* 16 junio 1844. Tribunal de *Rochdale:* 4 tenderos condenados a multas de 5 a 10 chelines por falta de peso. Tribunal de *Stockport:* 2 tenderos condenados a 1 chelín cada uno; uno de ellos había empleado siete pesas amañadas y una balanza falsa, y ambos habían recibido un previo apercibimiento.

*Guard.* 19 junio. Tribunal de *Rochdale:* un tendero multado con 5 chelines y dos campesinos con 10 chelines cada uno.

*Guard.* 22 junio. Tribunal de paz de *Manchester:* 19 tenderos penados con multas entre 2 ½ chelines y 2 libras esterlinas.

*Guard.* 26 junio. Tribunal de *Ashton:* 14 tenderos y campesinos multados entre 2 ½ chelines y 1 libra esterlina. Tribunal de *Hyde:* 9 campesinos y tenderos condenados al pago de costas y a multas de 5 chelines.

*Guard.* 6 julio. *Manchester:* 16 tenderos condenados al pago de costas y multas de 10 chelines.

*Guard. Manchester:* 9 tenderos multados con cantidades de 2 ½ hasta 20 chelines.

*Guard.* 24 julio. *Rochdale:* 4 tenderos, con multas de 10 a 20 chelines.

*Guard.* 27 julio. *Bolton:* 12 tenderos y taberneros, condenados al pago de costas.

*Guard.* 3 agosto. *Bolton:* 3, con multas de 2 ½ a 5 chelines.

*Guard.* 10 agosto. *Bolton:* 1, condenado a 5 chelines de multa.

Y por los mismos motivos que hacen que los fraudes en cuanto a la calidad recaigan principalmente sobre los obreros, son también ellos, en primer lugar, los perjudicados por los fraudes en cuanto a la cantidad.

Como es natural, el tipo habitual de alimentación del obrero varía con arreglo al salario que percibe. Los obreros mejor pagados, sobre todo los trabajadores de las fábricas en los que cada miembro de la familia está en condiciones de ganar algo, pueden alimentarse regularmente bien, mientras esta situación dura, comer carne todos los días y, por las noches, tocino y queso. Los que ganan menos sólo comen carne los domingos y, si acaso dos o tres veces a la semana, ingiriendo en cambio más patatas y más pan; y, conforme vamos descendiendo en la escala, vemos que la dieta animal baja, hasta reducirse a un poco de tocino picado entre las patatas y, todavía más abajo, incluso este mínimo des-

aparece, y el alimento se reduce a queso, pan, papilla de avena (*porridge*) y patatas y, entre los irlandeses, que ocupan el punto más bajo de la escala alimenticia, a patatas exclusivamente. A esto hay que añadir, en general, un te muy diluido, si acaso con algo de azúcar, leche o aguardiente; en Inglaterra e incluso en Irlanda, el te es una bebida obligada, tan indispensable como entre nosotros el café, y en las casas en que no se bebe te es porque reina ya en ellas la miseria más espantosa. Pero todo lo anterior siempre y cuando que el obrero trabaje, pues cuando se halla parado tiene que vivir a la ventura y contentarse con comer, él y los suyos, lo que le regalan, lo que puede juntar mendigando o... echarse a robar; y si no obtiene nada, debe resignarse a morir de hambre, como ya hemos visto. Se entiende que tanto la cantidad como la calidad de los alimentos dependen del salario que se perciba y que los trabajadores peor pagados, sobre todo si tienen que sostener a una familia grande, pasan también hambre aunque trabajen, debiendo tenerse en cuenta que la categoría de los trabajadores mal pagados es muy numerosa. Sobre todo en Londres, donde la competencia entre los obreros crece en la misma medida en que aumenta el censo de población, lo que no quiere decir que no abunden también en las otras ciudades los trabajadores mal pagados. Estas pobres gentes tienen, pues, que recurrir, para mal alimentarse, a toda clase de recursos, comiendo, a falta de otro alimento, las peladuras de las patatas, los desechos de las legumbres y los vegetales podridos,[d] dedicándose a rebuscar y recoger afanosamente cuanto pueda contener un solo átomo de sustancia nutritiva. Y cuando el salario semanal se agota antes de que termine la semana, se da con frecuencia el caso de que la familia, en los últimos días, se quede sencillamente sin comer o ingiera la cantidad de alimento estrictamente necesario para no morir de hambre. Como es natural, este tipo de vida tiene que engendrar toda clase de enfermedades, y cuando éstas sobrevienen y, sobre todo, cuando el hombre de cuyo trabajo vive fundamentalmente la familia y cuyo esfuerzo continuado reclama más y mejor alimentación, siendo por tanto el primero que sucumbe, cae enfermo, la penuria se hace pavorosa y es precisamente entonces cuando resalta con toda su brutalidad el abandono a que la sociedad condena a sus miembros en el momento mismo en que más necesitan de su apoyo.

Volvamos a resumir brevemente, antes de seguir adelante, los hechos que hemos ya expuesto. Las grandes ciudades están habitadas, principalmente, por trabajadores, ya que, en el mejor de los casos, encontramos en ellas un burgués por cada dos o tres obreros, y a veces por cada cuatro. Estos trabajadores carecen, personalmente, de toda propiedad y viven solamente de su salario, el cual apenas les permite vivir de la mano a la boca. La sociedad, perfectamente atomizada, no se preocupa para nada de ellos, deja que ellos mismos cuiden de sus personas y de su familia, pero sin procurarles los medios necesarios para que puedan hacerlo convenientemente, y no a salto de mata. Esto hace que todo

[d] *Weekly Dispatch*, abril o mayo de 1844, a base de un informe del Dr. Southwood Smith acerca de la situación de los pobres en Londres.

obrero, aun los mejores, se halla expuesto a verse sin pan, es decir, a morir de hambre, que es, en efecto, la suerte que a muchos les cabe. Las viviendas obreras están siempre, como hemos visto, mal agrupadas, se mantienen en detestable estado, se hallan mal ventiladas, son húmedas y malsanas. Sus moradores están condenados a vivir amontonados en el mínimo espacio y, en la mayoría de los casos, a dormir *una* familia entera en *un solo* cuarto. La instalación interior de las casas recorre diversos grados de pobreza hasta llegar a la carencia total de los muebles más indispensables. La ropa que visten los trabajadores es también, en la generalidad de los casos, pobre, escasa y en muchos casos harapienta. La comida, en general, es mala, con frecuencia indeglutible y, en muchos casos, por lo menos a temporadas, insuficiente en cuanto a la cantidad, lo que, en casos extremos, conduce a la muerte por hambre. Así, pues, la clase obrera de las grandes ciudades despliega ante nosotros una escala de gradaciones en la que advertimos diferentes condiciones de vida y que, en el caso más favorable, acusa una existencia temporalmente soportable, a condición de que el obrero se mate a trabajar, perciba un buen salario, viva en una casa tolerable y no coma mal —siempre, naturalmente, bueno y tolerable desde el punto de vista del trabajador—; y, en el peor de los casos, por el contrario, una miseria espantosa, que puede llegar hasta la carencia total de techo y la muerte por hambre; y el promedio de los casos se acerca más al extremo peor que al mejor. Y esta escala no aparece dividida, ni mucho menos, en clases fijas, que nos permitan decir: tal o cual fracción de la población trabajadora vive bien y aquella otra mal, y así ha sido siempre y seguirá siendo. No; aunque pueda darse también este caso y algunas ramas de trabajo aventajen, en líneas generales, a otras, lo cierto es que la situación de la clase obrera fluctúa tanto dentro de cada rama, que puede muy bien ocurrir que cada obrero tenga que recorrer toda la escala que va desde un relativo pasar hasta el extremo contrario de la penuria total y la muerte por hambre, y apenas habrá un solo proletario inglés que no pueda hablarnos, por experiencia propia, de estas vicisitudes. Las causas de ello las examinaremos ahora un poco más de cerca.

# LA COMPETENCIA

Hemos visto en la Introducción que fue la competencia la que, en los comienzos del movimiento industrial, creó al proletariado cuando, al aumentar la demanda de telas, hizo que subiera el salario de los tejedores, moviendo así a los campesinos que tenían telares a abandonar las faenas del campo para sacar más dinero con las actividades textiles. Hemos visto también cómo la competencia desplazó en general a los pequeños campesinos mediante el sistema de los cultivos en gran escala, cómo los convirtió en proletarios y luego empujó a una parte de ellos a la ciudad y cómo, asimismo, arruinó en gran parte a la pequeña burguesía, empujándola también a las filas del proletariado y cómo concentró el capital en manos de unos pocos y centralizó la población en las grandes ciudades. Tales son los diferentes medios y caminos por los cuales la competencia, al manifestarse en su plenitud y desarrollar libremente sus consecuencias, creó e hizo que se extendiera el proletariado. Hemos de ver ahora cómo actúa la competencia sobre el proletariado ya existente. Y, a este propósito, deberemos estudiar ante todo la competencia entre unos y otros obreros y sus consecuencias.

La competencia es la expresión más acabada de la guerra de todos contra todos reinante en la moderna sociedad burguesa. Esta guerra, en la que se ventila la vida, la existencia, en la que se ventila *todo*, es también, en caso necesario, una guerra a vida o muerte, y no sólo se libra entre las diferentes clases de la sociedad, sino también entre los distintos miembros de cada una de estas clases; cada cual le estorba al otro y trata, por tanto, de quitar de en medio a los que se interponen en su camino y de suplantarlos. Los obreros compiten entre sí, al igual que los burgueses. El tejedor mecánico compite con el tejedor manual y el tejedor manual sin trabajo o mal pagado hace la competencia al que tiene trabajo o gana más, y procura desplazarlo. Y esta competencia entre unos y otros trabajadores constituye la peor faceta de las relaciones actuales para el obrero, el arma más aguzada que la burguesía empuña en contra del proletariado. De ahí que los obreros tiendan a eliminar esta competencia mediante asociaciones creadas para luchar contra ella y que la burguesía se sienta furiosa en contra de tales coaliciones y celebre como un triunfo los golpes que logra descargarles.

El proletario se halla desamparado; por sí solo, aislado, no puede vivir un solo día. La burguesía se ha arrogado el monopolio de todos los medios de vida, en el más amplio sentido de la palabra. Todo lo que el proletario necesita tiene que obtenerlo de esta burguesía, cuyo monopolio encuentra la protección del poder del Estado. El proletario es, por tanto, jurídicamente y de hecho, un esclavo de la burguesía, que puede disponer de su vida y de su muerte. Es ella la que le ofrece los medios de vida, pero a cambio de un "equivalente", que es su trabajo; e incluso le hace creer que, al entregárselo, obra bajo el dictado de su libre

voluntad, al amparo de un consentimiento libre y sustraido a toda coacción, contratando con el burgués como un hombre en plenitud de sus derechos. ¡Bonita libertad, en la que al proletario no le queda otra opción que aceptar las condiciones que la burguesía le dicta o morirse de hambre y de frío, dormir desnudo entre las bestias del bosque! ¡Hermoso "equivalente", que la burguesía marca a su antojo! Y si el proletario fuese tan necio que decidiera morirse de hambre en vez de aceptar las "equitativas" propuestas del burgués, en vez de someterse a sus "*superiores naturales*",[e] magnífico, siempre se encontraría fácilmente otro para ocupar su lugar, pues los proletarios abundan en el mundo y no todos son tan necios como para preferir la muerte a la vida.

He ahí lo que es la competencia entre proletarios. Si *todos* ellos se mostraran dispuestos a pasar hambre antes que trabajar para la burguesía, ésta no tendría más remedio que renunciar a su monopolio; pero no ocurre así, ni mucho menos; más bien diríamos que es punto menos que imposible, y a ello se debe el que a la burguesía le vaya tan bien. Esta competencia entre obreros no tiene más que *un* límite, ya que ninguno puede prestarse a trabajar por menos de lo estrictamente necesario para subsistir; realmente, si se decidiera a morir de hambre, preferiría hacerlo holgando. Claro está que este límite es relativo, puesto que unos necesitan más que otros, unos apetecen más comodidades y otros menos; por ejemplo, el inglés, cuyo grado de civilización es un poco más alto, necesita más que el irlandés, que se viste de harapos, come patatas y duerme en una cochiquera. Lo cual no impide al trabajador irlandés competir con el inglés e ir reduciendo poco a poco el salario de éste, y con él su grado de civilización, rebajándolo hasta el nivel del irlandés. Algunos trabajos requieren cierto grado de civilización, y entre ellos se cuentan casi todos los trabajos industriales; de ahí que, en ellos, y en interés de la propia burguesía, los salarios tengan que ser lo bastante altos para permitir al trabajador mantenerse en esta esfera. El irlandés recién inmigrado, que acampa en el primer establo con que se encuentra y que, si acierta a vivir en una casa relativamente decente, es expulsado de ella cada semana, porque gasta en alcohol todo lo que gana y no puede pagar el alquiler, será siempre un mal obrero fabril. Esta circunstancia obliga a pagar a los obreros lo necesario para que puedan educar a sus hijos, haciéndolos aptos para desempeñar regularmente su trabajo, pero ni un centavo más, para que no vayan a emplear mal el salario de sus hijos y los conviertan en algo más que en simples trabajadores. Pero también aquí es el límite, el salario mínimo, algo relativo: en las familias en que todos trabajan, el individuo puede contentarse con menos, y la burguesía aprovecha abundantemente la oportunidad que las máquinas le ofrecen de explotar y hacer rentables el trabajo de las mujeres y los niños para rebajar los salarios. Como es natural, no en todas las familias son todos los miembros de ésta aptos para el trabajo, y no cabe duda de que, cuando esto ocurre, la familia lo pasaría mal si se resignara a trabajar a base del salario correspondiente

e Expresión que gustan de emplear los fabricantes ingleses.

a otra en que todos trabajan. Esto hace que el salario se calcule a base de un promedio, con el que una familia en que trabajan todos lo pasa más o menos bien, pero, en cambio, lo pasaría mal aquella que cuenta con menos miembros capaces de trabajar. Pero, en el peor de los casos, todo trabajador preferirá renunciar a la relativa holgura o civilización a que se halla acostumbrado, con tal de seguir viviendo, aunque sea apretadamente; preferirá vivir en una cochiquera que en medio del arroyo, vestirse de harapos que andar desnudo y comer patatas que morirse de hambre. Preferirá, en espera de tiempos mejores, quedarse a medio salario que verse tirado en medio de la calle y morir a la vista de todos, quedándose sin pan. Pues bien, este poquito, que es algo más que nada, constituye el salario mínimo. Y cuando hay más trabajadores de los que la burguesía tiene a bien emplear y, por tanto, al cabo de la lucha por la competencia, queda un número de obreros que no encuentra trabajo, este número se halla condenado a pasar hambre, ya que es lo más probable que los burgueses no les den ocupación si no creen que van a poder vender con alguna utilidad los productos de su trabajo.

Vemos, pues, en qué consiste el mínimo del salario. El máximo se obtiene como resultado de la competencia entre los burgueses, pues ya vemos que también éstos compiten entre sí. El burgués sólo puede acrecentar su capital por medio del comercio o de la industria, y para ambas cosas necesita de los trabajadores. Los necesita, indirectamente, incluso cuando coloca su capital a interés, ya que sin comercio y sin industria nadie se prestaría a pagarle intereses, pues nadie podría dar empleo a ese capital. Los burgueses necesitan, pues, de los proletarios, pero no directamente para vivir —puesto que podrían dedicarse a devorar sus capitales—, sino, a la manera como se necesita de un artículo comercial o de una bestia de carga, para enriquecerse. El proletario es el encargado de elaborar para el burgués las mercancías que éste vende con ganancia. Por tanto, cuando aumenta la demanda de estas mercancías, dando ocupación a todos los obreros que compiten entre sí e incluso haciendo que escaseen, la competencia entre los obreros desciende y los burgueses comienzan a competir unos con otros. El capitalista en busca de obreros sabe muy bien que el alza de precios originada por el aumento de la demanda le permite ganar más y, prefiere, por tanto, pagar un poco más de salario que perder toda esa ganancia; sacrifica el salchichón con tal de quedarse con el jamón y, una vez conseguido éste, no tiene inconveniente en ceder el salchichón al proletario. En estos casos, los capitalistas se disputan unos a otros los obreros, y los salarios suben. Pero sólo hasta donde lo permite el aumento de la demanda. Cuando el capitalista, resignado a sacrificar, si no hay más remedio, una parte de la ganancia extraordinaria, se ve obligado a renunciar también a una fracción de su ganancia usual, es decir, de la ganancia media, se guarda mucho de pagar un salario superior al salario medio.

Esto nos permite determinar lo que es el salario medio. En condiciones medias, es decir, cuando ni los obreros ni los capitalistas tienen razones para competir especialmente entre sí, cuando existe *exactamente*

*el número* de obreros que pueden hallar trabajo y que son necesarios para elaborar precisamente las mercancías que encuentran demanda, el salario representará un poco más del mínimo. Hasta dónde pueda rebasar el nivel mínimo dependerá de las necesidades medias y del grado de civilización de los obreros. Si éstos se hallan habituados a comer carne varias veces por semana, los capitalistas tendrán que avenirse a pagarles un salario que baste para subvenir a esta alimentación. Pero no menos, ya que no existe competencia entre los trabajadores ni, por tanto, razón alguna para que se contenten con ganar menos. Y tampoco más, porque, al no existir competencia entre los capitalistas, no hay nada que obligue a éstos a atraerse a los obreros mediante concesiones extraordinarias.

Las complicadas condiciones de la industria inglesa actual hacen que sea también muy compleja, como ya insinuábamos más arriba, esta medida: la de las necesidades medias y el grado medio de civilización de los obreros. En efecto, en su mayoría, los obreros industriales requieren cierto grado de pericia y regularidad en su trabajo y a tono con esto, que a su vez exige cierto grado de civilización, el salario medio tiene que ser lo suficientemente alto para que el trabajador se sienta inducido a asimilarse esta pericia y a someterse a esta regularidad del trabajo. A ello se debe el que el salario de los obreros industriales sea, por regla general, más alto que el de los simples peones, jornaleros, etc., y, sobre todo, más alto que el de los trabajadores del campo, a lo que contribuye también, por otra parte, la mayor carestía de los víveres en la ciudad.

Ello quiere decir, hablando en plata, que el obrero es, jurídicamente y de hecho, esclavo de la clase poseedora, de la burguesía, hasta el punto de que es vendido ni más ni menos que una mercancía y, al igual que ésta, sube o baja de precio. Cuando aumenta la demanda de obreros, sube el precio de éstos; cuando la demanda desciende, sus precios bajan; y si la demanda se reduce hasta el punto de que resulten invendibles cierto número de los obreros disponibles, éstos se quedan "en almacén", permanecen ociosos, y, como no pueden vivir de la ociosidad, se mueren de hambre. En efecto, para expresarnos en el lenguaje de los economistas, los costos destinados a su subsistencia no podrían "recuperarse", serían dinero tirado a la calle, y para esto nadie se presta a ofrecer su capital. Vista así la cosa, está en lo cierto el señor Malthus, con su teoría de la población. La única diferencia que media con respecto a la desembozada y vieja esclavitud consiste en que el trabajador actual *parece* ser libre, porque no es vendido de una vez por todas, sino a retazos, por días, por semanas o por años, y porque no lo vende un propietario a otro, sino que se vende él mismo del modo indicado, ya que no es esclavo de un individuo, sino de toda la clase poseedora. Pero para él es lo mismo, en el fondo, y si es cierto que esta apariencia de libertad le procura, por una parte, cierta libertad *real*, por otra parte representa para él un perjuicio, ya que, en este sistema, nadie garantiza su sustento, pues la burguesía es dueña de darle en todo momento con la puerta en las narices y dejarlo morir de hambre, si no está ya interesada en explotar

su trabajo y, por tanto, en su existencia. A la burguesía, en cambio, le conviene mucho más este sistema que la vieja esclavitud, pues le permite desembarazarse de sus esclavos cuando le venga en gana, sin perder el capital invertido en ellos y, además, puede obtener el trabajo mucho más barato que en los tiempos de la esclavitud propiamente dicha, como Adam Smith, le dice, a guisa de consuelo.[f]

De donde se desprende también que tiene razón Adam Smith (*l. c.*, p. 133) cuando sostiene

"que la demanda de obreros es exactamente lo mismo que la demanda de *cualquier otro artículo*, es la que regula la producción de obreros, la cantidad de hombres engendrados acelerando esta producción cuando resulte demasiado lenta y amortiguándola cuando sea demasiado rápida."

*Exactamente lo mismo que la demanda de cualquier otro artículo*: si el artículo escasea, sube el precio, es decir, el salario, a los obreros les va mejor, los matrimonios aumentan, se engendran más hombres, crecen más niños, hasta que la producción de obreros es ya suficiente; en cambio, si el artículo abunda en demasía, bajan los precios, el pan escasea, se extienden la miseria y el hambre y, como consecuencia de ello, estallan epidemias, que se encargan de eliminar a la "población sobrante". Y Malthus, quien desarrolla la tesis de A. Smith transcrita más arriba, está también, a su modo, en lo cierto cuando afirma que existe siempre población sobrante, que hay siempre exceso de gente en el mundo; en lo que se equivoca es en sostener que hay siempre más gente de la que los víveres con que se cuenta pueden alimentar. No; lo que engendra la población sobrante no es la escasez de víveres, sino la competencia intestina entre los trabajadores, que obliga a cada uno de éstos a trabajar día tras día hasta donde dan de sí sus fuerzas. Si un fabricante puede ocupar a diez obreros trabajando nueve horas al día y la jornada de trabajo se eleva a diez horas, la consecuencia de ello será que sólo podrá emplear a nueve, y el décimo quedará sin pan. Si el fabricante, en un momento en que la demanda de obreros no es muy grande, puede, amenazándolos con despedirlos, obligar a los nueve obreros a trabajar una hora diaria más por el mismo salario, es decir, a trabajar diez horas al día, lo que hará será despedir al décimo y ahorrarse su salario. Y lo que aquí vemos en pequeño ocurre en grande en toda la nación. El rendi-

[f] "Se ha dicho que el desgaste del esclavo se efectúa a costa de su dueño, mientras que el del trabajador libre es a costa de este mismo trabajador. Sin embargo, el desgaste del trabajador libre se realiza también a costa del patrono. El salario abonado a los jornaleros, criados, etc., de cualquier clase debe ser lo suficientemente alto para ponerlos en condiciones de perpetuar a la raza de los jornaleros y criados, como lo exige, en efecto, la demanda creciente, estacionaria o decreciente de estos elementos por parte de la sociedad. Pero, aunque el desgaste de un trabajador libre se efectúa también a costa del patrono, por regla general supone para él mucho menos que el desgaste del esclavo. El fondo destinado a reparar o reponer el desgaste del esclavo es generalmente administrado por un señor negligente o un capataz descuidado." A. Smit, *Wealth of Nations* ["La Riqueza de las Naciones"], I, 8, p. 134 de la edición en cuatro tomos de MacCulloch.

miento de cada trabajador, espoleado hasta el máximo por la competencia entre los obreros, la división del trabajo, la introducción de la maquinaria, el empleo de las fuerzas naturales, arrojan al arroyo a gran cantidad de obreros. Ahora bien, estos obreros quedan fuera del mercado, no pueden comprar mercancías y, por tanto, la cantidad de productos comerciales que antes consumían no encuentra ahora demanda y no necesitan ser producidos, lo que quiere decir que los obreros que antes se dedicaban a elaborarlos quedan también sin pan, son eliminados del mercado al igual que los anteriores, y así sucesivamente, recorriendo siempre el mismo ciclo; o, mejor dicho, esto es lo que sucedería, de no interponerse otras circunstancias. En efecto, al introducirse los medios más arriba indicados para incrementar la producción acaban bajando los precios de los artículos producidos y ello trae consigo el aumento del consumo, lo que hace que gran parte de los trabajadores despedidos encuentren ahora acomodo en nuevas ramas de trabajo, aunque, a la postre, acaben pereciendo tras largas penalidades. Y si a esto se añade, como en Inglaterra durante los últimos sesenta años, la conquista de mercados extranjeros, lo que hizo que aumentase constante y rápidamente la demanda de mercancías manufacturadas, vemos que, con ello, crece también, en la misma proporción, la demanda de trabajadores y, consiguientemente, la misma población. Por consiguiente, en vez de disminuir el número de habitantes del imperio británico ha crecido vertiginosamente y sigue creciendo sin cesar, lo que no es óbice para que, a pesar de la creciente expansión industrial y de la gran demanda creciente de trabajadores y a pesar de que Inglaterra registre, según confiesan todos los partidos oficiales (es decir, los *tories*, los *whigs* y los radicales), una constante población superflua o sobrante, la competencia *entre* los obreros es, en Inglaterra, en su conjunto, mayor que la competencia en torno a ellas.

¿Cómo explicarse esta contradicción? La causa de ella hay que buscarla en la naturaleza misma de la industria y de la competencia y en las consiguientes crisis comerciales. El carácter caótico de la producción y distribución de los medios de vida, cuya finalidad no es la satisfacción directa de las necesidades, sino la obtención de lucro en dinero, el sistema que consiste en que cada cual actúe por su cuenta, tratando de enriquecerse, está expuesto a paralizarse a cada momento. Inglaterra, por ejemplo, abastece a una serie de países de diferentes mercancías. Pero, aunque el fabricante sepa qué cantidad de cada artículo se consume anualmente en cada país, ignora, sin embargo, cuáles son las reservas de él que existen allí en un momento dado y qué cantidad de artículos envían a los diferentes países sus competidores. Son las eternas oscilaciones de los precios las que pueden darle alguna luz acerca de las reservas y las necesidades, pero tiene que expedir sus mercancías a los mercados al buen tuntún; procede a tientas, confiándose más o menos al azar. Al menor indicio favorable, cada cual envía a los mercados lo que puede, exponiéndose a que, poco después, el mercado se vea abarrotado de mercancías, a que las ventas se parali-

cen, el reflujo de los capitales se estanque, los precios bajen y la industria inglesa, por falta de salida, deje sin empleo a sus obreros. En los comienzos del desarrollo industrial, estas paralizaciones sólo afectaban a ciertas ramas de fabricación y a ciertos mercados; pero la acción centralizadora de la competencia, que hace que los obreros desplazados de una rama de trabajo busquen acomodo en cualquiera de las otras, en las de más fácil aprendizaje, y que las mercancías que no encuentran cabida en un mercado se lancen a los demás, aglutinando así, poco a poco, las pequeñas crisis sueltas en una gran crisis general, hace que se produzcan, paulatinamente, toda una serie de crisis periódicamente reiteradas. Una crisis de éstas suele suceder cada cinco años aproximadamente a un breve periodo de florecimiento y de prosperidad general. El mercado interior y los mercados extranjeros, abarrotados de mercancías inglesas, ya no pueden seguirlas absorbiendo o sólo las absorben lentamente; se paraliza el movimiento industrial en casi todas sus ramas; los pequeños fabricantes y comerciantes, incapaces de hacer frente a la paralización del reflujo de capitales, dan en quiebra y los grandes ven interrumpidos sus negocios durante las peores épocas, paran sus máquinas o las ponen a trabajar a "ritmo lento", es decir, solamente media jornada; los salarios descienden por efecto de la competencia entre los trabajadores parados, por la reducción del tiempo de trabajo y la falta de transacciones lucrativas; se extiende entre los obreros la penuria y la miseria, los pequeños ahorros individuales, cuando existen, se agotan rápidamente, los establecimientos de beneficencia se ven asediados, los impuestos para socorrer a los pobres se duplican o se triplican y resultan insuficientes, crece el número de hambrientos y, de golpe y porrazo, la masa de la población "sobrante" se revela en proporciones aterradoras. Este estado de cosas se mantiene durante algún tiempo; los trabajadores "sobrantes" se las arreglan como pueden o no se las arreglan; la caridad y las leyes de beneficencia ayudan a algunos a salir malamente del paso; otros encuentran un pedazo de pan, aquí y allá, en las ramas de trabajo poco expuestas a la competencia, alejadas de la industria, y es realmente asombroso ver cuán poco es lo que necesita el hombre para salir del paso, en estas situaciones. Poco a poco, las cosas van encauzándose de nuevo; los *stocks* de mercancías acumulados encuentran salida, aunque el abatimiento general de ánimo de los hombres del comercio y de la industria frena la marcha de las cosas e impide que los huecos se llenen demasiado rápidamente, hasta que, por último, el alza de los precios y los informes favorables que de todas partes se reciben ayuden a restablecer las actividades. Generalmente, los mercados están muy distantes; mientras llegan a ellos las nuevas remesas, crece diariamente la demanda y, con ella, suben los precios; los compradores se disputan los primeros envíos, las primeras ventas contribuyen a estimular todavía más el mercado, las nuevas remesas anunciadas prometen alcanzar precios aún mayores, se hacen compras especulativas en espera de que los precios sigan subiendo, sustrayendo con ello al con-

sumo, precisamente en el momento más álgido, las mercancías destinadas a él; la especulación hace subir todavía más los precios, animando a otros a comprar y dando por descontadas nuevas remesas; todo esto es informado a Inglaterra, los fabricantes vuelven a producir a todo vapor, se crean nuevas fábricas y se echa mano de todos los recursos para explotar la coyuntura favorable. También aquí se manifiesta la especulación, exactamente con los mismos resultados que en los mercados extranjeros, haciendo subir los precios, sustrayendo las mercancías al consumo y, por uno y otro camino, espoleando hasta el máximo la producción industrial. Vienen luego los "turbios" especuladores, que operan con capital ficticio, que viven del crédito y acaban cayendo en la ruina a menos que puedan vender favorablemente y sin demora, y se abalanzan sobre carrera general y desordenada a caza de ganancias monetarias, agravando todavía más el desorden y la precipitación con su afán desenfrenado, que hace subir los precios y acelera la producción hasta la locura. Se desata un verdadero frenesí, que se apodera hasta de los más calmados y experimentados; por todas partes se mueven febrilmente los martillos, las ruecas y los telares, como si se tratara de equipar de pies a cabeza a la humanidad entera, como si de pronto se hubieran descubierto en el mercado varios miles de millones de nuevos consumidores. De repente, los turbios especuladores, que necesitan movilizar dinero, lanzan sus mercancías al mercado —por debajo de los precios corrientes, por supuesto, pues se trata de conseguir dinero a toda prisa—, a una venta sigue otra, los precios oscilan, los especuladores, presas del pánico, quieren vender a todo trance, el mercado es un desbarajuste, el crédito se desarticula, una casa tras otra suspende pagos, las quiebras se suceden y se comprueba que hay en el mercado y camino de él tres veces más mercancías de las que pueden encontrar salida. Las noticias de todo esto llegan a Inglaterra, donde entre tanto se ha seguido fabricando a toda marcha; también aquí se desata el pánico, las quiebras del exterior repercuten también sobre Inglaterra, la paralización echa por tierra a una serie de empresas y el temor hace que también aquí se lancen rápidamente al mercado los *stocks* de mercancías, lo que sólo contribuye a recrudecer todavía más el pánico. Así comienza la crisis, que, una vez desatada, sigue el mismo curso de la anterior, para dar luego paso, a su vez, a un nuevo periodo de prosperidad. Y así, interminablemente, en una sucesión ininterrumpida de prosperidad y crisis, crisis y prosperidad, que es el ciclo perenne en que se desenvuelve la industria inglesa y que, como hemos dicho, suele abarcar un periodo de cinco a seis años.

Se desprende de aquí que en todos los tiempos, si exceptuamos los de mayor florecimiento, la industria inglesa necesita contar con una reserva de obreros ociosos, precisamente para poder producir las masas de mercancías que el mercado demanda en los periodos más animados. Esta reserva será más o menos copiosa según la parte mayor o menor de ella que la situación del mercado exija que trabaje. Y aunque en

los periodos de máximo florecimiento del mercado, temporalmente al menos, los distritos agrícolas, Irlanda y las ramas de trabajo menos favorecidas por el auge, pueden suministrar cierto número de trabajadores, tenemos que de una parte, éstos forman, a pesar de ello, una minoría mientras que, de otra parte, pertenecen también a la reserva, con la diferencia de que es el auge, cada vez que se produce, el que se encarga de demostrar que realmente pertenecen a ella. Cuando pasan a las ramas de trabajo más activas, la gente del país procura restringirse para hacer frente a la baja, trabaja mayor número de horas, recurre al trabajo de la mujer y del niño, y cuando, al sobrevenir la crisis, tienen que regresar a sus casas, despedidos del trabajo, al volver se encuentran con sus puestos ocupados por otros y con que ellos, por lo menos en gran parte, salen sobrando. Esta reserva, de la que en tiempo de crisis forma parte una cantidad enorme de trabajadores y a la que siguen perteneciendo buen número de ellos durante el periodo intermedio entre la crisis y la prosperidad, constituye la "población sobrante" de Inglaterra, que sale adelante con su miseria como puede, mendigando o robando, barriendo las calles, recogiendo el estiércol de los caballos, dedicándose a tirar de carritos de mano o a arrear asnos, vagando por las calles o aceptando pequeños trabajos, los que les salgan. En todas las grandes ciudades vemos a multitud de infelices de éstos, que a duras penas ganan lo necesario para "mantener unidos el alma y el cuerpo", como dicen los ingleses. Es asombroso ver a qué clase de ocupaciones tiene que recurrir esta "población sobrante". Los barrenderos de las calles (*cross sweeps*) de Londres son mundialmente conocidos: hasta hace poco, en todas las grandes ciudades eran barridas las calles principales por obreros parados, enrolados en este trabajo por las instituciones de beneficencia o la administración municipal; pero ahora se cuenta con una máquina que todas las mañanas arma gran ruido por las calles y que ha privado a los parados de este modo de ganarse la vida. En las grandes calzadas que conducen a las ciudades y en las que se aglomera el tráfico de vehículos, vemos a una gran cantidad de infelices con carritos de mano, recogiendo el estiércol de los caballos y jugándose la vida al cruzar entre los veloces coches y ómnibus; y encima, tienen que pagar todas las semanas unos cuantos chelines a la administración municipal por que les deje ejecutar este trabajo. En muchos lugares incluso está prohibido, ya que de otro modo el ayuntamiento no podría vender para abono el estiércol recogido dentro de su demarcación. Pueden considerarse y se consideran afortunados quienes consiguen un carrito de mano para dedicarse al transporte, y más afortunados todavía los que logran disponer de un carro tirado por un asno, en cuyo caso el burro tiene que buscarse de comer o contentarse con un pienso de mala muerte, a cambio de dejar a quien lo maneja unos cuantos centavos.

Pero la mayoría de los "desocupados" se dedican a vendedores ambulantes. Los sábados por la tarde, sobre todo, cuando el grueso de la población obrera se echa a la calle, encuentra uno por todas partes

a estos buhoneros, que se ganan la vida vendiendo de todo. Cinturones y tirantes, ligas y cintas, naranjas, pasteles, todo lo imaginable, es pregonado en venta por hombres, mujeres y niños, y a cada paso encontramos a estos vendedores, deambulando o parados en una esquina, tratando de vender a los transeúntes frutas, dulces, *ginger-beer* o *nettle-beer*.[g] Estos infelices se dedican también a vender cerillas y otras cosas por el estilo, cera para lacrar las cartas, sustancias patentadas para encender el fuego, etc., etc. Otros —los llamados *jobbers* [corredores]— vagan por las calles en busca de cualquier "chapuza" que pueda presentarse; algunos logran, a fuerza de fatigas, encontrar una faena para salir del paso; otros no tienen tanta suerte.

"A la entrada de todos los *docks de Londres* —cuenta el reverendo W. Champney, predicador en un distrito del Este de la capital—, vemos todas las mañanas, en invierno ya antes de que amanezca, a cientos de indigentes que, en la esperanza de encontrar algún trabajo para un día, aguardan a que se abran las puertas y, cuando los más jóvenes y más fuertes o los más conocidos han logrado algo, cientos de individuos desesperados desfilan a sus míseras casas con la cabeza baja y el duelo en el alma." [165]

¿Y qué otro recurso les cabe a estas gentes, cuando se quedan sin trabajo y no pueden rebelarse contra la sociedad, que el de echarse a mendigar? Por eso no debemos asombrarnos de la gran cantidad de pordioseros, la mayoría de ellos hombres en condiciones de trabajar, con los que anda siempre a vueltas la policía. Esta clase de mendicidad tiene un carácter muy especial. Se trata de hombres que recorren las calles, acompañados de su familia, entonando una canción implorante o invocando con algunas palabras la caridad de los circunstantes. Y no deja de ser sorprendente el que esta clase de mendigos se encuentren solamente en los barrios obreros y recojan casi exclusivamente limosnas de trabajadores. Algunas veces, la familia del desamparado se detiene, silenciosa, en la esquina de una calle, limitándose a conmover a los transeúntes por su sola presencia. También en este caso cuentan exclusivamente con la caridad de los trabajadores, que saben por experiencia lo que es el hambre y cómo ellos mismos pueden verse cuando menos lo piensen en la misma situación. Lo cierto es que estas demostraciones mudas, pero no por ello menos conmovedoras, de la miseria y el desamparo casi no se presencian más que en las calles frecuentadas por obreros y en las horas en que éstos suelen pasar por allí. Sobre todo los sábados por la noche, cuando se ponen de manifiesto en las calles principales los "secretos" de los barrios obreros y las gentes de la clase media se retiran de aquellos lugares para no tener que ser testigos de tales lacras. Los miembros de la población sobrante que se sienten con ganas y con fuerzas para desafiar abierta-

[g] Dos bebidas refrescantes y gaseosas, la primera de ellas hecha de agua, azúcar y un poco de jengibre y la segunda, de agua, azúcar y ortigas, y a las que son muy aficionados, en Inglaterra, los trabajadores, sobre todo quienes no gustan de bebidas alcohólicas.

mente a la sociedad, contestando a la guerra *sorda* que la burguesía libra contra ellos con la guerra *a cara descubierta*, se echan a la calle a robar y a matar.

Según los informes de los Comisarios de beneficencia, la cifra de la población sobrante, en Inglaterra y Gales, pasa de un millón y medio de hombres; en Escocia no es posible fijar el número, ya que allí no rigen las leyes de pobres, y de Irlanda hablaremos especialmente. Por lo demás, esta cifra de millón y medio no incluye todos los que realmente recurren al subsidio de la beneficencia; no figuran entre ellos los muchos que se las arreglan como pueden, sin inscribirse en las listas de indigentes; además, una cantidad considerable de los incluidos en aquella cifra son trabajadores de los distritos rurales, que se salen, por tanto, del campo de nuestra consideración. Esta cifra aumenta enormemente, como es natural, en los tiempos de crisis. Tomemos por ejemplo la crisis de 1842, la más violenta de todas por ser la última, hasta ahora, ya que la intensidad de las crisis va recrudeciéndose de una en otra, y la próxima, que habrá de estallar, probablemente, en 1847,[h] será, a juzgar por todos los indicios, todavía más violenta y más sostenida que todas las anteriores. Los impuestos de pobres aumentaron, durante dicha crisis, hasta una altura sin precedente. En *Stockport*, por ejemplo, había que pagar por cada libra esterlina de alquiler ocho chelines como impuesto de beneficencia, es decir, el 40 por 100 de todos los alquileres de la ciudad; y se daba, además, el caso de que habían quedado vacías manzanas enteras de casas; la cifra de inquilinos de aquella ciudad descendió, por lo menos, en 20 000 sobre el censo de población habitual, y en las puertas de las casas vacías se colgaron carteles en que se leía: *Stockport to let*, "Se alquila Stockport". En Bolton, donde el impuesto de pobres percibido sobre los alquileres, en años normales, arrojaba unas 86 000 libras esterlinas, descendió de pronto a 36 000; en cambio, el número de pobres a quienes había que socorrer aumentó a 14 000, lo que representaba más del 20 por 100 de la cifra total de población. En Leeds, la beneficencia contaba con un fondo de reserva de 10 000 libras esterlinas, que unido a una colecta de 7 000 libras, se agotó ya antes de que la crisis llegara a su punto culminante. Y lo mismo sucedía en todas partes; un informe emitido en enero de 1843 por un comité de la Liga anticerealista, basado en los datos minuciosos facilitados por una serie de fabricantes, atestiguaba que el impuesto de pobres se había duplicado en comparación con el del año 1839 y que el número de indigentes necesitados de subsidio ascendía al triple y hasta al quintuplo; que cierto número de solicitantes pertenecían a una clase que nunca con anterioridad había recabado ayuda; que la clase obrera disponía ahora de dos terceras partes menos de víveres que en 1834-36; que el consumo de carnes había descendido considerablemente, en algunos lugares en un 20 por 100 y en otros hasta en un 60 por 100; que incluso los artesanos corrientes, herreros, albañiles, etc., que, generalmente, en los

h (*Nota a la ed. de 1887*) *And it came in 1847* [Y estalló, en efecto, en 1847].

periodos de abatimiento, seguían trabajando sin limitaciones, experimentaban también, ahora, penuria de trabajo y reducciones de salario, y que todavía en la fecha del informe, en enero de 1843, los salarios seguían bajando constantemente. Y téngase en cuenta que se trata de un informe procedente de los fabricantes.

Los obreros sin pan, cuyas fábricas se hallaban paradas y cuyos patronos no podían darles trabajo, vagaban por las calles, mendigando sueltos o en tropel, se aglomeraban en las calzadas y recababan el socorro de los transeúntes, pero no en tono implorante y plañidero, como mendigos, sino en actitud que representaba, ciertamente, una amenaza, por el número de los indigentes, su gesto y sus palabras. Y lo mismo ocurría en todos los distritos industriales, desde Leicester hasta Leeds y desde Manchester hasta Birmingham. De vez en cuando, estallaban disturbios aislados, como ocurrió por ejemplo, el mes de julio, en las alfarerías del Norte de Staffordshire; reinaba entre los trabajadores una efervescencia de muy mal augurio, hasta que, por fin, en agosto, estalló la insurrección general de los distritos fabriles. Cuando yo llegué a Manchester, a fines de noviembre de 1842, se veían por todas partes, en las esquinas, gran número de obreros sin trabajo y seguían cerradas muchas fábricas; durante los siguientes meses, hasta mayo de 1843, fueron desapareciendo de las calles los grupos de trabajadores parados y las fábricas reanudaron, poco a poco, su trabajo.

No necesito decir, pues ya se ha expuesto muchas veces, a qué sima pavorosa de miseria y de privaciones se ven precipitados los obreros sin trabajo, durante estas crisis. El impuesto creado para socorrer a los indigentes no basta, ni con mucho; la caridad de los ricos es una gota de agua en el mar de la miseria, y la mendicidad, cuando los mendigos son tantos, no resuelve nada. Si en tiempos como éstos, los pequeños tenderos no se prestaran a vender a crédito a los trabajadores —con su cuenta y razón, naturalmente, pues lo cobran con creces— y los mismos obreros no se ayudaran unos a otros hasta donde pueden hacerlo, cada una de estas crisis arrastraría a la muerte por hambre a miles de individuos "sobrantes". Pero, aun así y aunque el periodo de mayor penuria es relativamente corto, pues sólo dura un año y, a lo sumo, dos o tres, la mayoría de los parados salen del trance bastante maltrechos y a fuerza de indecibles privaciones. Y más adelante veremos cómo, en cada una de estas crisis dejan la vida, indirectamente, víctimas de enfermedades, multitud de trabajadores. Por el momento, nos detendremos a examinar otra causa de las humillaciones a que se ve sometida la clase obrera inglesa y que contribuye constantemente a rebajar más y más y más su nivel de vida.

# LA INMIGRACIÓN IRLANDESA

En el curso de nuestra exposición, hemos tenido ocasión de referirnos reiteradamente a los numerosos irlandeses que emigran a Inglaterra. Examinaremos ahora brevemente las causas y los efectos de esta corriente emigratoria.

La industria inglesa no habría podido lograr una expansión tan rápida de no haber podido contar Inglaterra con la reserva que para ella suponía la pobre y numerosa población irlandesa. El irlandés no tenía en su patria nada que perder y sí, en cambio, mucho que ganar en Inglaterra, y a partir del momento en que empezó a saberse en Irlanda que del lado de allá del Canal de San Jorge había trabajo seguro y buenos salarios para la gente pobre y fuerte, todos los años cruzan aquel brazo de mar, un tropel de irlandeses. Se calcula que, hasta la fecha, han emigrado de este modo más de un millón de hijos de Irlanda, y no pasa año sin que sigan emigrando unos cincuenta mil irlandeses, que van a parar casi todos ellos a los distritos industriales, principalmente a las grandes ciudades, donde pasan a formar la clase más baja de la población. Así, sabemos que en Londres viven 120 000 irlandeses pobres, en Manchester 40 000, en Liverpool 34 000, en Bristol 24 000, en Glasgow 40 000 y en Edimburgo 29 000.[i] Estas gentes, criadas todas ellas al margen de la civilización y acostumbradas desde su infancia a toda suerte de privaciones, primitivas, dadas a la embriaguez y despreocupadas del porvenir, traen consigo, al emigrar, todas sus costumbres y su idiosincracia, y se ponen en contacto con una clase de la población inglesa con pocas razones para inclinarse a la cultura y la moralidad. Oigamos lo que dice, acerca de esto, Thomas Carlyle: [j]

"En todas las calles principales y secundarias nos encontramos con los rostros salvajes de los milesios,[k] cuyos rasgos traslucen la doblez y la astucia, la maldad, la insensatez, la miseria y la burla. El cochero inglés golpea con el látigo al milesio que cruza la calle; éste le maldice en su lengua, se quita el sombrero y le pide una limosna. El irlandés es el peor de los males con que tiene que luchar este país. Vestido de harapos y con la falsa sonrisa en la cara, está siempre dispuesto a aceptar cualquier trabajo que requiera brazos fuertes y espaldas vigorosas, contentándose con ganar lo necesario para comprar patatas. Lo único que necesita para sazonarlas es la sal. duerme a pierna suelta en cualquier cubil de cerdos o en cualquier perrera, anida en los pajares y viste un traje hecho de harapos; el quitárselo y ponérselo constituye una operación complicadísima, que solamente ejecuta los días de fiesta o en ocasiones muy seña-

[i] *Archibald Alison*, Cherif en Lanarkshire, *The Principles of Population, and their Connection whit Human Happiness* ["Los principios de la población, y su relación con la felicidad humana"], 2 vols., 1840. El autor de esta obra es el historiador de la revolución francesa y, al igual que su hermano, el Dr. W. P. Alison, un *tory* de arraigados sentimientos religiosos. [j] *Chartism*, pp. 28, 31 s. [k] Apelativo derivado de Miles, nombre del antiguo rey celta de Irlanda.

ladas. El hombre de la raza sajona que no pueda trabajar en iguales condiciones, se muere de hambre. El irlandés salvaje, y no por su vigor, sino por lo contrario de él, desplaza al sajón de nacimiento y ocupa su puesto. Vive en medio de la suciedad y de la incuria, entregado a la violencia y la falsedad del borracho, como un foco siempre activo de degradación y confusión. Quien no quiera esforzarse en nadar y en mantener a flote, tiene aquí un ejemplo contagioso de cómo puede vivir o vegetar el hombre que, con tal de no nadar, prefiere irse a pique... ¿Y quién no se da cuenta de que la situación de la masa más miserable de los trabajadores ingleses va acercándose cada vez más a la de los irlandeses, que compiten con ellos en todos los mercados; de que todos los trabajos que sólo exigen fuerza física y no requieren gran habilidad no se realizan por un salario inglés, sino por algo que se va pareciendo mucho al salario irlandés, es decir, por un poco más de lo necesario 'para comer patatas de la peor calidad durante treinta semanas al año', tal vez un poco más, pero cada vez menos a medida que van llegando nuevos vapores de Irlanda?"

Carlyle tiene razón en todo lo que dice, si descartamos su exagerado y altivo desprecio por el carácter nacional de los irlandeses. Estos trabajadores procedentes de Irlanda, que vienen a Inglaterra para trabajar por cuatro peniques (3 ½ silbergrosen), viajando en las bodegas de un barco, amontonados como el ganado, se meten, al llegar aquí, en todas partes, donde sea. Los cuartos más detestables son bastante buenos para ellos; la ropa no les da grandes quebraderos de cabeza, con tal de que se pegue al cuerpo, sujeta con un hilo; los zapatos, no los conocen; se alimentan exclusivamente de patatas y lo que les sobra del jornal lo gastan en aguardiente. ¿Para qué necesitan ganar buenos salarios quienes así viven? Los peores barrios de todas las grandes ciudades están abarrotados de irlandeses; donde quiera que una barriada se distingue por su suciedad y su miseria, podemos estar seguros de encontrar en ella, principalmente, estos rostros celtas, que a primera vista distingue uno de las fisonomías sajonas de las gentes del país, y de escuchar el sonsonete cantarín y aspirado que el auténtico irlandés, donde quiera que esté, no pierde nunca. A veces, he oído hablar celta-irlandés incluso en las partes más pobladas de Manchester. La mayoría de las familias hacinadas en los sótanos son casi en todos los barrios familias de origen irlandés. En una palabra, los irlandeses han descubierto, como dice el Dr. Kay, el secreto de vivir reduciendo a su mínima expresión las necesidades, y están enseñando ahora este secreto a los ingleses. Y están propagando también a éstos la suciedad y la embriaguez. Esta suciedad, que en el campo, donde la población vive diseminada, no produce gran daño, pero que para el irlandés es como su segunda naturaleza, se convierte en algo aterrador y verdaderamente peligroso, cuando se concentra en las grandes ciudades. Como estaba acostumbrado a hacerlo en su aldea, el milesio arroja aquí toda la basura y todos los desperdicios delante de la puerta de su casa, y así se producen los montones de porquería y los charcos pestilentes que afean las barriadas obreras y emponzoñan el aire que en ellas se respira. Lo mismo que en su pueblo, levanta con cuatro tablas una cochi-

quera junto a su casa y, si no puede hacerlo, mete al cerdo a dormir en su propio cuarto. Este tipo verdaderamente monstruoso de ganadería introducido en las grandes ciudades se debe por entero a los irlandeses. El irlandés vive aferrado a su cerdo como el árabe a su caballo, con la diferencia de que lo vende cuando está ya bien cebado para la matanza; mientras ese momento llega, come con él y duerme con él, sus niños juegan con este animalito, cabalgan a sus lomos y se revuelcan con él en los charcos, como puede uno observarlo miles de veces en todas las grandes ciudades de Inglaterra. Y difícilmente podemos hacernos una idea de la suciedad y la revoltura que estas costumbres introducen en las casas. El irlandés no está acostumbrado a poseer muebles; como camastro, le basta con un montón de paja y unos cuantos harapos que ya no sirven para ponérselos encima; un cacharro para el te y dos o tres ollas desportilladas le bastan para menaje de cocina, la cual hace también las veces de comedor y dormitorio. Y cuando no tiene otro combustible, va a parar al fogón todo lo que le sirve para quemar, las sillas, las jambas de las puertas, las cornisas de madera, las tablas del piso, suponiendo que las tenga. Por lo demás, ¿para qué necesita disponer de mucho espacio? Allá, en su aldea, vivía en una choza de barro con un solo cuarto, dedicado a todos los menesteres domésticos, y tampoco en Inglaterra necesita más de una pieza para toda la familia. También esta aglomeración de un tropel de personas en una sola habitación, tan generalizada hoy en los barrios obreros de Inglaterra, es una costumbre introducida por los inmigrantes irlandeses. Y, como el ser humano, por muy miserable que viva, tiene que disfrutar de alguna distracción y la sociedad no le permite tener otras, el irlandés va a la taberna y se dedica a beber aguardiente. El aguardiente es lo único que para el irlandés da sentido a la vida; el aguardiente y, en general, su temperamento alegre y despreocupado, que le lleva a beber sin tasa, hasta caer en la más bestial borrachera. El carácter meridional y ligero del irlandés, su primitivismo, que lo mantiene casi al nivel del salvaje, su desprecio por todos los goces un poco humanos, que su mismo primitivismo le impide disfrutar, su suciedad y su pobreza, todo contribuye a estimular en él la embriaguez: la tentación es demasiado grande, no puede resistirla y, en cuanto se encuentra con algún dinero, no puede evitarlo, tiene que bebérselo. No puede ser de otro modo. Y la sociedad, que lo coloca en una situación en que todo lo empuja, *casi necesariamente*, a la bebida, que lo condena al mayor abandono y poco menos que al salvajismo, no tiene derecho alguno a acusarle de ser borracho.

Tal es el competidor con el que se ve obligado a luchar el trabajador inglés; un competidor que se halla en el nivel más bajo de la miseria concebible en un país civilizado, razón por la cual puede contentarse con un salario menor que otro cualquiera. De ahí que tenga inevitablemente que ocurrir lo que Carlyle denuncia, que el salario del obrero inglés, en todas las ramas en que es ve obligado a afrontar la competencia del trabajador irlandés, vaya bajando cada vez más. Y las

ramas de trabajo en que el trabajador irlandés puede competir con él son muchas. Son todas aquellas que no requieren gran habilidad o que no requieren ninguna. En cambio, el irlandés, indolente, voluble y borracho, no sirve, naturalmente, para los trabajos que exigen un largo periodo de aprendizaje o una dedicación regular y sostenida. Para llegar a ser mecánico (los ingleses llaman *mechanic* a cualquier obrero que trabaja en la fabricación de maquinaria) u obrero fabril tendría que empezar por asimilarse la civilización y las costumbres inglesas, es decir, por convertirse, de hecho, en un inglés. Pero para las faenas sencillas y poco exactas en que importa más la fuerza que la habilidad, el irlandés es tan bueno como el inglés. De ahí que estas ramas de trabajo se vean invadidas, principalmente, por irlandeses: en los ramos de los tejedores a mano, de los peones albañiles, los cargadores, los buhoneros y otros por el estilo encontramos por todas partes a una multitud de irlandeses, y la penetración de esta mano de obra ha contribuido no poco, en esta clase de trabajos, a envilecer los salarios y degradar a la clase obrera. Y aunque los irlandeses que han logrado ir penetrando en las otras actividades hayan tenido necesariamente que civilizarse un poco, también en ellas, por su apego a la vieja rutina —sin contar con las influencias inevitables que se desprenden del medio ambiente de los irlandeses—, vemos que estos trabajadores ejercen por fuerza un influjo degradante sobre sus camaradas ingleses. A la vista del hecho de que casi la quinta o la cuarta parte de los trabajadores que viven en las grandes ciudades son irlandeses o se han criado como hijos de irlandeses en medio de la suciedad proverbial de estas familias, no puede extrañarnos que la vida de toda la clase obrera, sus costumbres, su situación intelectual y moral, todo su carácter, se vean influidos en una parte considerable por este modo de ser irlandés y que la misma indignante situación creada para los propios trabajadores ingleses por la moderna industria y sus consecuencias directas vea acrecentada así, en alto grado, por estas influencias, su horrorosa degradación.

# RESULTADOS

Hemos examinado con bastante detalle las condiciones en que vive la clase obrera inglesa de la ciudad. Detengámonos ahora a sacar de estos hechos las obligadas conclusiones y a cotejar éstas, a su vez, con los hechos. Veamos, entre otras cosas, en qué se han convertido, bajo estas circunstancias, los trabajadores mismos, qué clase de gentes son, cuál es el estado físico, intelectual y moral de estos hombres.

Cuando un individuo infiere a otro un daño físico de tal naturaleza que causa con ello la muerte de la persona afectada, llamamos a esto un homicidio; y si el causante sabía de antemano que el daño causado sería la muerte del otro, calificamos su conducta de asesinato. Pero cuando la sociedad[1] coloca a cientos de proletarios en una situación tal que sucumben necesariamente de una muerte prematura y antinatural, de una muerte tan violenta como lo sería la causada por una puñalada o por un tiro; cuando priva a miles de personas de los medios de vida más elementales y los coloca en condiciones en las que materialmente *no pueden* vivir; cuando, por medio del brazo armado de la ley, los obliga a permanecer en estas condiciones hasta que los arrebata la muerte, causada sin remedio por dichas condiciones; y cuando sabe perfectamente que estos miles de personas sucumbirán necesariamente como consecuencia de las condiciones en que se les obliga a vivir, ¿acaso esto no es un asesinato, ni más ni menos que el perpetrado en la persona de un individuo, sólo que más pérfido y solapado, un asesinato contra el que nadie puede defenderse, que no parece ser tal asesinato, porque no se ve al asesino, porque todos lo son y no lo es ninguno, porque la muerte de la víctima parece sobrevenir de un modo natural y más por omisión que por comisión? Y, sin embargo, no cabe duda de que es un asesinato. Me propongo demostrar aquí que la sociedad, en Inglaterra, comete todos los días y a todas horas

[1] Cuando, como aquí y en otros lugares, hablo de la sociedad en el sentido de una colectividad responsable, dotada de derechos y deberes, se entiende que me refiero al *poder de la sociedad* y, por tanto, a la clase que actualmente posee el poder político y social y a quien también, consiguientemente, le cabe la responsabilidad por la situación de aquellos a quienes no concede parte alguna en el poder. Esta clase dominante es, en Inglaterra, como en todos los países civilizados, la burguesía. Y no creo que tenga que pararme a demostrar a mis lectores *alemanes* que la sociedad, y muy especialmente la burguesía, tiene el deber de amparar a cada miembro de la sociedad, por lo menos, en lo tocante a su *vida*, velando, entre otras cosas, por que nadie muera de hambre. La cosa cambiaría, evidentemente, si este libro se destinara a la burguesía inglesa. (La nota a la ed. de 1887, prosigue así:) *And so it is now in Germany. Our German capitalists are fully up to the English level, in this respect at least, in the year of grace, 1886.* [Y así están las cosas ahora en Alemania. Nuestros capitalistas alemanes se hallan, por lo menos en este respecto, al mismo nivel que los ingleses, en el año de gracia de 1886]. *(Nota a la ed. de 1892).* Pero ¡cómo ha cambiado esto en los últimos 50 años! Hoy, existen en Inglaterra, burgueses que reconocen obligaciones de la sociedad para con los individuos miembros de ella, pero en Alemania ¡ni hablar!

esto que los periódicos ingleses llaman, con toda razón, un asesinato social; que esta sociedad coloca a los obreros en una situación en que no puede llevar una vida sana y están condenados a morir prematuramente; que, por tanto, va socavando poco a poco, paulatinamente, la vida de estos trabajadores, empujándolos a la tumba antes de tiempo. Y demostraré, asimismo, que la sociedad *sabe* cuán nociva es para la vida de los obreros esta situación atentatoria contra su salud, a pesar de lo cual no hace nada para corregirla. Que *conoce* las consecuencias derivadas de sus instituciones y que, por tanto, su conducta no es un simple homicidio, sino un asesinato calificado, lo he demostrado ya al citar como testimonios auténticos en apoyo de mi acusación documentos oficiales, informes del parlamento y del gobierno.

De suyo se comprende y no hace falta pararse a demostrar que una clase que vive en las condiciones señaladas más arriba y a la que se priva de las condiciones de vida más elementales no puede criarse sana ni alcanzar un promedio de vida muy alto. Volvamos a repasar someramente las diferentes circunstancias a que aludimos ahora con referencia especial a la salud de los trabajadores. Ya el mismo hecho de que la población se halle centralizada en grandes ciudades ejerce una influencia desfavorabilísima; la atmósfera de Londres no puede ser nunca tan pura ni tan oxigenada como la de cualquier lugar del campo; tres millones y medio de órganos pulmonares y tres millones y medio de fogones concentrados en tres o cuatro millas geográficas cuadradas consumen una cantidad enorme de oxígeno, que es muy difícil reponer, porque los edificios de la ciudad entorpecen considerablemente la ventilación. El anhídrido carbónico producido por la respiración y la combustión queda flotando en las calles, en virtud de su peso específico, pues la corriente del viento sólo barre los tejados de las casas. Los pulmones de los habitantes no reciben la cantidad de oxígeno que necesitan, y ello trae como consecuencia la fatiga física y espiritual y el descenso de las energías vitales. Esto explica por qué los que viven en las grandes ciudades, aunque se hallen menos expuestos que quienes habitan el campo, a las enfermedades agudas, principalmente a las de tipo infeccioso, son en cambio más propensos a los males crónicos. Y si ya de por sí la vida en las grandes ciudades no es propicia a la salud, imaginémonos cuán nocivos tienen que ser los efectos de una atmósfera viciada para quienes se ven obligados a vivir en las barriadas obreras, en las que, como hemos visto, se une y amalgama cuanto puede contribuir a envenenar el ambiente. Puede que en el campo no resulte tan nocivo vivir junto a una charca pestilente, ya que allí el aire puro sopla por todas partes y barre las miasmas; pero la cosa cambia cuando se vive en medio de una gran ciudad, entre las paredes de un callejón que cierran el paso a todas las corrientes de aire. Las materias vegetales y animales en descomposición producen gases decididamente dañinos para la salud y, si el aire no se encarga de barrerlos, necesariamente tienen que emponzoñar la atmósfera. De ahí que la basura, los charcos permanentes y las inmundicias de que están llenos los barrios obreros de las

grandes ciudades acarreen las peores consecuencias para la salud pública, pues son focos de emanación de gases malsanos, al igual que las evaporaciones de los ríos contaminados. Pero la cosa no para aquí, ni mucho menos. El modo como los pobres, en su inmensa mayoría, son tratados por la actual sociedad es verdaderamente indignante. Se los concentra en las grandes ciudades, obligados a respirar un aire mucho peor que en su tierra natal. Se los confina en barrios que, por su construcción, están peor ventilados que los demás. Se les priva de todos los medios necesarios para mantener limpias sus casas y sus calles; se les priva de agua, ya que el instalar una cañería cuesta dinero, y los ríos están tan sucios, que sus aguas no sirven para lavar; se los obliga a tirar en la calle todos los desperdicios y barreduras, el agua sucia y, a veces, incluso los orines y excrementos, al privarles de todos los demás medios de deshacerse de esas basuras, obligándolos así a convertir en focos de peste los lugares en que viven. Y aún hay más. Todos lo males habidos y por haber caen sobre sus espaldas. En ciudades cuya densidad de población es ya de suyo muy grande, se concentra a los pobres en un espacio reducidísimo. No contentos con haber emponzoñado la atmósfera de la calle, se los aglomera por docenas en cuartos muy estrechos, de modo que el aire que se ven obligados a respirar por la noche poco menos los asfixia. Se los obliga a vivir en habitaciones húmedas, en tenebrosos sótanos o en buhardillas, los primeros chorreando agua por el suelo y las segundas por el techo. Se construyen sus casas de modo que el aire viciado no encuentre salida. Se les dan ropas malas y andrajosas. Se les obliga a comer alimentos malos, adulterados o indigeribles. Se les expone a los cambios de estados de ánimo más irritantes, a las más violentas alternativas entre el miedo y la esperanza, se los hostiga como a las alimañas, sin dejarlos vivir en paz ni disfrutar tranquilamente de la vida. Se les priva de todos los goces, fuera del de la procreación y la embriaguez, haciéndoles en cambio matarse día tras día a trabajar hasta el total agotamiento de sus energías físicas y espirituales e incitándolos así a abusar constantemente, hasta el frenesí, de los dos únicos goces que se les deja. Y, si todo esto no basta, si todo lo resisten sin sucumbir, viene una crisis y los deja sin trabajo y sin pan, arrebatándoles lo poco que hasta ahora habían podido conservar.

¿Cómo es posible que, en tales condiciones, la clase pobre pueda gozar de salud y vivir mucho tiempo? ¿Cabe, en estas circunstancias, esperar otra cosa que un desproporcionado coeficiente de mortalidad, en esta clase, una cadena ininterrumpida de epidemias, una degeneración física constante de las generaciones entregadas al trabajo? Veamos lo que dicen los hechos.

Todos los testimonios dicen que las viviendas obreras, situadas en los peores barrios de las ciudades y unidas a las demás condiciones en que vive esta clase, provocan multitud de enfermedades. El artículo del *Artisan* que más arriba citábamos afirma con razón que las enfermedades pulmonares son la consecuencia inevitable de estas condiciones de vida, razón por la cual se manifiestan muy especialmente entre los

obreros. Cómo la atmósfera malsana de Londres y muy especialmente la de las barriadas obreras fomenta la tuberculosis en el más alto grado podemos comprobarlo sin más que fijarnos en los rostros pálidos y demacrados de tanta gente con la que nos cruzamos en la calle. Si damos una vuelta por la capital en las primeras horas de la mañana cuando todo el mundo va al trabajo, nos causará sombro encontrarnos con un número tan grande de personas tuberculosas o en camino de llegar a serlo. Ni siquiera en Manchester vemos estas caras pálidas y ojerosas, descarnadas, caras de tísico, con que a cada paso nos cruzamos en Londres; solamente aquí he visto yo, en las calles, con tan inquieta abundancia —a pesar de que también en las ciudades fabriles del Norte cobra la tuberculosis una cantidad grande de víctimas, todos los años— esos rostros tristes, sin color, sin luz y sin vida.

Aparte de otras enfermedades pulmonares y de la escarlatina, la enfermedad que hace más estragos entre los obreros, aparte de la tuberculosis, es el tifus. En el informe oficial sobre el estado de sanidad de la clase obrera, esta enfermedad es explicada como una consecuencia directa del estado en que se halla la vivienda del trabajador, en lo que se refiere a ventilación, desecación y limpieza. Este informe —y no olvidemos que fue redactado por los primeros médicos de Inglaterra, basándose en datos recogidos por compañeros suyos de profesión— afirma que basta con que haya un patio de vecindad mal ventilado o un callejón sin salida, sobre todo si los inquilinos viven en él aglomerados y hay en las inmediaciones materias orgánicas en descomposición, para que se desate la fiebre. Esta tiene casi en todas partes el mismo carácter y produce por lo general el tifus. Estas epidemias se incuban en las barriadas obreras de todas las grandes ciudades e incluso en algunas calles mal construidas y mal aireadas de lugares pequeños, y se propagan sobre todo en los peores barrios, sin perjuicio de afectar también, como es natural, en casos sueltos, a las barriadas mejores. En Londres, el tifus es endémico desde hace mucho tiempo; la extraordinaria violencia con que azotó la epidemia en 1837 dio pie al informe oficial citado. Según el informe anual del Dr. *Soutwood Smith* sobre el hospital londinense de enfermos infecciosos correspondiente a 1843, fueron atendidos en este hospital, durante dicho año, 1 462 enfermos, 418 más que en el año anterior. Esta enfermedad descargó con especial violencia en los barrios sucios y húmedos de los distritos Este, Norte y Sur de Londres. Muchos de los pacientes eran trabajadores recién venidos del campo, que durante el viaje y a su llegada a la ciudad habían sufrido las más duras privaciones, obligados a dormir en las calles, mal abrigados y semihambrientos, sin encontrar trabajo, hasta que la fiebre los abatió. Al ingresar en el hospital estaban en tal estado de agotamiento, que fue necesario tratarlos con grandes cantidades de vino, coñac, preparados de amonio y otros estimulantes. Los casos de mortalidad fueron del 16 ½ por ciento.

Esta maligna enfermedad se da también en Manchester; en las peores barriadas obreras de la ciudad vieja, Ancoats, la Pequeña Irlanda, etc.,

casi no llega a desaparecer, aunque ni aquí ni en las ciudades *inglesas* en general, llega a darse nunca en las proporciones que serían de esperar. En cambio, en Escocia e Irlanda el tifus hace estragos tremendos; en Edimburgo y Glasgow se declaró una fuerte epidemia de tifus en 1817, a raíz de la carestía y volvió a descargar con gran virulencia en 1826 y 1837, después de las crisis comerciales, remitiendo algo durante algún tiempo, después de hacer estragos a lo largo de tres años; en Edimburgo, la epidemia de 1817 se cebó en 6 000 personas y la de 1837 en 10 000 y, al repetirse, aumentaba cada vez su virulencia, no sólo en cuanto al número de casos, sino también en cuanto a la violencia de la enfermedad y a la proporción de los casos de mortalidad.[m] Sin embargo, la virulencia de la enfermedad no fue nada, en sus manifestaciones anteriores, comparada con la epidemia producida a raíz de la crisis de 1842. Una sexta parte de la población pobre de toda Escocia se vio ahora afectada por el tifus, y los mendigos ambulantes se encargaron de propagar rápidamente el mal de unos lugares a otros; la epidemia no hizo mella en las clases medias y altas de la sociedad, y en dos meses los casos de fiebre tifoidea se multiplicaron más que en los doce años anteriores juntos. En Glasgow enfermó en el año 1843 el 12 por ciento de la población, 32 000 personas, de las que murieron el 32 por ciento, mientras que en Manchester y Liverpool el coeficiente de mortalidad no pasó, por regla general, del 8 por ciento. La enfermedad hacía crisis al séptimo y al décimo quinto día; a los quince días, el paciente se ponía casi siempre amarillo, lo que la autoridad en que nos apoyamos considera una prueba de que la causa del mal debía buscarse también en factores relacionados con la excitación mental y el miedo.[n] También en Irlanda se dan con frecuencia epidemias de tifus. Durante 21 meses, en los años 1817-18, fueron atendidos en el hospital de Dublin 39 000 enfermos de tifus y, algún tiempo después, según el cherif Alison (en el tomo segundo de su obra *Principles of Population*) no menos de 60 000. El hospital de enfermos infecciosos de Cork hubo de atender, en 1817, a la séptima parte de la población, en Limerck fue tratada, en el mismo año, la cuarta parte de la población y en el *barrio malo* de Waterford cayeron enfermos de tifus incluso el noventa por ciento de los habitantes.[o]

Si tenemos en cuenta en qué condiciones viven los trabajadores, hacinados en estrechos cuartos, revueltos sanos y enfermos en una sola habitación, sólo podemos extrañarnos de que una enfermedad contagiosa como el tifus no se extendiera aún más. Y el coeficiente de mortalidad nos parece todavía bajo si nos paramos a pensar cuán escasa es la ayuda que en forma de medicinas se proporciona a los enfermos y qué número tan grande de ellos carece de asistencia médica y no tiene ni la más remota posibilidad de aplicar las prescripciones dietéticas

[m] *Dr. Alison, Management of the Poor in Scotland* ["Adminitración de la pobreza en Escocia"]. [n] *Dr. Alison,* en un estudio leído ante la *British Association for the Advancement of Science* ["Sociedad británica para el progreso de la ciencia"], en York, octubre de 1844. [o] Dr. Alison, *Management of the Poor in Scotland.*

indicadas. El Dr. Alison, que conoce muy bien esta enfermedad, la atribuye directamente a la miseria y a la lamentable situación de los pobres, al igual que el citado informe; afirma que las privaciones, la falta de alimentos, etc., predisponen el organismo a la infección y hacen que la epidemia se propague y adquiera virulencia. Y la misma autoridad demuestra que es siempre un periodo previo de penuria —una crisis comercial o una mala cosecha—, tanto en Escocia como en Irlanda, lo que prepara el terreno para que estalle una epidemia de tifus y que esta enfermedad se abate siempre con especial furia sobre los individuos de la clase obrera Y no deja de ser interesante el dato, facilitado también por el Dr. Alison, de que la mayoría de los enfermos de tifus son los cabezas de familia, es decir, precisamente los que más falta hacen a sus familiares, y el testimonio del mismo autor coincide, en este punto, con el de varios de los médicos irlandeses citados por él.

Otras enfermedades no tienen su causa directa tanto en la vivienda como en la alimentación de los trabajadores. Si los alimentos que éstos ingieren son ya difícilmente digeribles para ellos, resultan plenamente inadecuados para los niños, pero sus padres carecen de los medios y del tiempo necesario para proporcionarles la alimentación indicada. A esto hay que añadir la costumbre muy extendida, en estos sectores de la sociedad, de dar a los niños aguardiente e incluso opio, lo que, unido al resto de las condiciones de vida, tan dañinas para el desarrollo físico del niño, provoca las más variadas enfermedades del aparato digestivo, que dejan un rastro para toda la vida. Son raros los trabajadores que no padecen del estómago, a pesar de lo cual tienen que seguir comiendo, a la fuerza, precisamente lo que les hace daño. ¿Cómo pueden saber ellos lo que daña su organismo? Y, aunque lo supieran, ¿cómo pueden someterse al régimen de alimentación adecuado, mientras tengan que seguir viviendo como viven y no puedan mejorar su grado de cultura? El mal funcionamiento del aparato digestivo durante la infancia trae consigo, ya en la misma niñez, otras enfermedades. La escrofulosis es un mal muy generalizado entre los obreros, y los hijos lo heredan de sus padres, sobre todo si la causa originaria de la enfermedad sigue actuando sobre quienes han recibido por herencia esta predisposición. Otra consecuencia de la mala o pobre alimentación, en el periodo de desarrollo del organismo, es el raquitismo (enfermedad típicamente inglesa, que consiste en la formación de nódulos en las articulaciones), que encontramos también con frecuencia entre los hijos de los obreros. La calcificación de los huesos se ve amortiguada, la estructura ósea no se desarrolla debidamente y, aparte de las afecciones habituales de raquitismo, es frecuente que las piernas y la espina dorsal sufran desviaciones. Y no es necesario decir cómo todos estos males se agravan por las vicisitudes a que se ven expuestos los trabajadores, por las fluctuaciones del comercio, el hambre y la rebaja de los salarios que traen consigo las crisis. La penuria temporal de alimentos a que casi todos los obreros se ven expuestos una vez por lo menos a lo largo de su vida, no hace más que empeorar las consecuencias de una alimentación, aunque mala,

suficiente. Los niños que no pueden comer hasta hartarse precisamente en los años en que más necesitan alimentarse —y cuántos hay que se ven en esta situación, en los periodos de crisis e incluso en los mejores tiempos de la economía— tienen que criarse necesariamente débiles, escrofulosos y raquíticos. Basta fijarse en ellos para darse cuenta de que así es. El abandono en que se crían la mayoría de los hijos de los trabajadores deja un rastro imborrable y una tara permanente en toda la generación de los hombres del trabajo. Y si a esto añadimos el vestido insuficiente de esta clase de la sociedad y la consiguiente imposibilidad de protegerse contra los enfriamientos, la necesidad inexcusable de trabajar mientras es posible hacerlo, aunque el trabajador se sienta mal y la situación de aguda penuria que para toda la familia supone una enfermedad en la casa, generalmente sin la menor asistencia médica, nos daremos cuenta, sobre poco más o menos, de cuál es el estado de salubridad de los trabajadores ingleses. Esto, sin hablar todavía, aquí, de las dañinas consecuencias aparejadas a ciertas ramas de trabajo, en la forma en que actualmente son explotadas.

A todo lo dicho hay que agregar otras influencias que minan la salud de gran número de trabajadores. Entre ellas y sobre todo, la embriaguez. Todas las tentaciones, todas las posibles seducciones se aúnan para empujar al trabajador al vicio de la bebida. El aguardiente es, para él, casi la única fuente de alegría y todo parece conspirar para empujarlo hacia ella. El obrero sale de su trabajo cansado y abatido; se encuentra al llegar a su casa, con una vivienda húmeda, triste y sucia; necesita imperiosamente algo que lo anime, que lo alegre, que le haga ver el trabajo de otro modo, que le ilumine la perspectiva del amargo día siguiente; su estado de ánimo deprimido y melancólico, hipocondríaco, producido entre otras cosas por la mala alimentación, por sus difíciles digestiones y, en general, por la situación en que viven, por la inseguridad de su existencia, por el temor a toda clase de contingencias desagradables y por la imposibilidad en que se encuentra de hacer algo que asegure su porvenir, le hacen caer en la desesperación; su organismo, empobrecido por el aire viciado y la mala comida, clama por un estímulo externo; siente la necesidad de reunirse y conversar con alguien y, para cambiar de ambiente, va a la taberna, que es el único sitio en que puede encontrarse con sus amigos. En estas condiciones, ¿cómo no va a caer el obrero en la invencible tentación de darse a la bebida, cómo puede resistir al impulso de beber y embriagarse? Lejos de ello, es una necesidad moral y física la que, en estas circunstancias, empuja *inevitablemente* a gran número de trabajadores a buscar en la bebida un consuelo y un escape. Pero, aun prescindiendo de otras influencias de carácter más bien físico que inducen al obrero a la bebida, es el ejemplo de la gran mayoría, el desprecio hacia su educación, la imposibilidad de precaver a los jóvenes de la tentación, y en muchos casos le influencia directa de los padres aficionados a beber y que ponen la copa de aguardiente en los labios de sus hijos, la certeza de encontrar en la embriaguez, por lo menos durante un par de horas, el

olvido de sus penurias y sus tristezas, y cien causas más, igualmente incoercibles, lo que impide apartar a los trabajadores de la bebida. La embriaguez, en estas condiciones, deja de ser un vicio de que pueda hacerse responsable a la persona, para convertirse en un fenómeno, en la consecuencia necesaria e inevitable de ciertas condiciones, por lo menos a la vista de ella, y en la que el bebedor es, en cierto modo, un objeto carente de voluntad. Y los verdaderos responsables son quienes han convertido al trabajador en un mero objeto. Pero, por el mismo imperio de la necesidad que arrastra a la bebida a gran número de trabajadores, ejerce la embriaguez sus fatales consecuencias sobre el espíritu y sobre el organismo del bebedor. La embriaguez viene a fomentar y potenciar todas las predisposiciones a la enfermedad nacidas de las condiciones de vida del trabajador, fomenta el desarrollo de las enfermedades gástricas y pulmonares y favorece considerablemente la incubación y la propagación del tifus.

Otra causa de los males físicos de la clase obrera es la imposibilidad en que se encuentra el trabajador de recurrir a un buen médico cuando se siente enfermo. Es cierto que se cuenta ya con cierto número de establecimientos de beneficencia para atender a estos casos, que por ejemplo el hospital de Manchester atiende un año con otro a 22 000 enfermos, en parte hospitalizándolos y en parte suministrándoles consejo médico y medicinas, pero ¿qué representa esto, en una ciudad en la que, según el cálculo de Gaskell[p] tres cuartas partes de la población necesitan anualmente asistencia médica? Los médicos ingleses cobran elevados honorarios, que los trabajadores no pueden pagar. En estas condiciones, o no pueden hacer nada o tienen que recurrir a charlatanes baratos y tratarse con medicinas chapuceras que, a la larga, les perjudican más que les benefician. En todas las ciudades inglesas pululan estos charlatanes y curanderos, que, por medio de anuncios, carteles pegados en las paredes y otras añagazas, reclutan una numerosa clientela entre las clases pobres. Y por todas partes circula una cantidad increíble de medicamentos llamados "de patente" (*patent medicines*) para todas las enfermedades habidas y por haber, píldoras para esto y lo otro, las "píldoras de Morrison", las "píldoras de vida" de Parr, la "píldora del Dr. Mainwaring" y miles de píldoras, esencias, bálsamos y ungüentos, que se anuncian como panaceas capaces de curar todas las dolencias del mundo. Pero la verdad es que estos medicamentos milagrosos, aunque rara vez contengan sustancias tóxicas, y aunque sean cientos de miles los pacientes que los toman a pasto, más bien dañan el organismo que lo favorecen, y si bien es cierto que los anuncios tienen la precaución de advertir que no deben ingerirse en exceso, las pobres gentes enfermas se atiborran de ellos, venga o no al caso. Hay semanas en que el fabricante de las llamadas píldoras de vida de Parr, por ejemplo, vende entre 20 000 y 25 000 cajitas de esta panacea, que los compradores se administran a su modo, uno contra la indigestión y el otro contra la diarrea, éste contra la fiebre y aquél contra la depresión o contra lo que sea. Así

[p] *The Manufacturing Population of England*, c. 8.

como nuestros campesinos alemanes, en ciertas épocas del año, se aplicaban ventosas o se hacían sangrías, los trabajadores ingleses, sin consultar con ningún médico, se administran sus medicinas "de patente", sin lograr con ello otra cosa que estropear todavía más su organismo y meter mucho dinero en el bolsillo del fabricante. Entre estos medicamentos patentados, uno de los más peligrosos es un jarabe hecho a base de opiados, especialmente de láudano, y que se vende bajo el nombre de "Godfrey's Cordial". Algunas mujeres dedicadas a las faenas domésticas y que tienen que cuidar ya sea sus niños o los de otros, les dan unas cucharadas de este jarabe para que se estén tranquilos; muchas creen que sirve, además, para fortalecerlos. No pocas veces, comienzan a administrar esta medicina a los niños a los pocos días de nacer, sin darse cuenta de las consecuencias nocivas causadas por este "tónico cordial" hasta que el niño muere. Naturalmente, cuanto más se insensibiliza el corazón del niño para el opio, mayor es la dosis que se le administra. Y si el "cordial" ya no surte efecto, se le da, muchas veces, láudano puro, hasta 15 a 20 gotas de una vez. El médico forense de Nottingham declaró ante una comisión de gobierno [q] que un boticario, según su propia confesión, había preparado en un solo año trece quintales del jarabe llamado "Godfrey's Cordial". Y ya podemos imaginarnos cuáles serían las consecuencias para los niños a quienes se administró. Estas criaturas se ponen pálidas, tristes y mustias y mueren, por lo general, antes de cumplir los dos años. El empleo de esta clase de jarabes se halla muy extendido en todas las grandes ciudades y barrios industriales de este reino.

Todas las causas que hemos enumerado contribuyen a minar y quebrantar la salud de los trabajadores. No abundan entre ellos los tipos fuertes, sanos y bien constituidos; por lo menos, entre los obreros industriales, que trabajan casi siempre en lugares cerrados y a los que nos referimos exclusivamente aquí. Son casi todos hombres débiles, de constitución ósea angulosa, pero no vigorosa, delgados, pálidos y desmadejados por la fiebre, aunque sus músculos se hayan desarrollado por el trabajo. Casi todos ellos padecen del estómago o el tubo digestivo, como consecuencia de lo cual su temperamento tiende a la hipocondría y a la depresión. Su organismo debilitado no está en condiciones de resistir a la menor infección y caen enfermos a cada paso. De ahí que envejezcan prematuramente y mueran casi siempre jóvenes. Las tablas de mortalidad de los trabajadores son una prueba irrefutable de ello.

[q] *Report of Commission of Inquiry into the Employment of Children and Young Persons in Mines and Collieries and in the Trades and Manufactures in which Numbers of them work together, not being included under the Terms of the Factories' Regulation Act. First and Second Reports* ["Informe de la Comisión investigadora sobre el trabajo de los niños y menores en las minas y pozos de carbón y en los oficios e industrias en que se congregan gran número de ellos y que no caen bajo las normas de la Ley-ordenanza sobre las fábricas. Informe primero y segundo"]. Cit. usualmente como *Children's Employment Commission's Report* ["Inf. de la Com. sobre el trab. infantil"], uno de los mejores informes oficiales que se conocen, con una gran cantidad de hechos valiosísimos, pero aterradores. El primero de estos dos informes se publicó en 1841 y el segundo dos años después.

Según el informe del director del Registro general G. Graham, el coeficiente anual de mortalidad de toda Inglaterra y Gales es un poco inferior al 2 ¼ por ciento, lo que quiere decir que de cada 45 personas muere *una* al año.[r] Este era, por lo menos, el promedio correspondiente a los años 1839-40, pues al año siguiente el coeficiente de mortalidad descendió ligeramente y era solamente uno de cada 46. Pero, en las grandes ciudades la proporción era muy distinta. Tengo a la vista (*Manchester Guardian* de 31 julio 1844) las tablas oficiales de mortalidad correspondientes a algunas grandes ciudades, que son como sigue: en Manchester, incluyendo Salford y Chorlton, 1 sobre 32.72 y sin Salford ni Chorlton, 1 sobre 30.75; en Liverpool, incluyendo West-Derby (un suburbio) 31.90 y sin West-Derby 29.90; la media para todos los distritos registrados de Cheshire, Lancashire y Yorkshire —de los que forman parte gran número de distritos total o parcialmente rurales, además muchas ciudades pequeñas—, con una población total de 2 172 506 habitantes, arroja un coeficiente de mortalidad de 1 persona por cada 39.80. Para darnos cuenta de las malas condiciones de vida de las ciudades, no tenemos más que fijarnos en el coeficiente de mortalidad registrada en Prescot (Lancashire), que es un pueblo de mineros de carbón, en el que las condiciones sanitarias son inferiores a las del resto del distrito, agrícola en su mayor parte, a pesar de que es bien sabido que el trabajo en las minas se caracteriza por ser muy malsano. No obstante, estos trabajadores viven en el campo, y a ello se debe el que la mortalidad, en Prescot, sea solamente de 1 por 47.54, es decir, del 2 ½ por ciento aproximadamente y, por tanto, más baja que la media de toda Inglaterra. Todos estos datos están tomados de las tablas de mortalidad correspondientes a 1843. Y aún es más elevado el coeficiente de mortalidad en las ciudades escocesas: en Edimburgo, 1838-39, 1 de 29, en 1831, en la ciudad vieja, incluso 1 de 22; en Glasgow, según el Dr. Cowan (*Vital Statistics of Glasgow*),[166] por término medio, desde 1830, 1 de 30 y, en algunos años, 1 de 22 a 24. Y todos los testimonios concuerdan en que esta enorme reducción del promedio de vida afecta principalmente a la clase obrera; más aún, en que la media correspondiente a todas las clases en su conjunto se corrige favorablemente gracias a la menor mortalidad de clases alta y media. Uno de los testimonios más recientes con que contamos es el del médico P. H. Holland, de Manchester, quien, por encargo oficial,[s] ha investigado la situación en un suburbio de Manchester, Chorlton-on-Medlock. En este informe, las casas y las calles aparecen divididas en tres clases, con las siguientes diferencias en cuanto al índice de mortalidad:

r *Fifth Annual Report of the Register General of Births, Deaths and Marriages* ["Quinto informe anual del director del Registro general de nacimientos, muertes y matrimonios"]. s *Cf. Report of Commission of Inquiry into the State of Large Towns and populous Districts, First Report, 1844, Appendix* ["Informe de la Comisión Investigadora sobre el estado de las grandes ciudades y distritos populosos, Primer informe, 1844, Apéndice"].

| | | | | Mortalidad |
|---|---|---|---|---|
| Calles de la primera clase: | Casas | Clase | I | 1 de 51 |
| Calles de la primera clase: | Casas | Clase | II | 1 " 45 |
| Calles de la primera clase: | Casas | Clase | III | 1 " 36 |
| Calles de la segunda clase: | Casas | Clase | I | 1 " 55 |
| Calles de la segunda clase: | Casas | Clase | II | 1 " 38 |
| Calles de la segunda clase: | Casas | Clase | III | 1 " 35 |
| Calles de la tercera clase: | Casas | Clase | I | faltan datos |
| Calles de la tercera clase: | Casas | Clase | II | 1 de 35 |
| Calles de la tercera clase: | Casas | Clase | III | 1 " 25 |

De algunas otras tablas contenidas en el informe de Holland se deduce que el coeficiente de mortlidad en las *calles* de la segunda clase es el 18 por ciento y el de las de la tercera clase el 68 por ciento más elevado que en las de la primera clase; que el coeficiente de mortalidad en las *casas* de la segunda clase el 31 por ciento y el de las de la tercera clase el 78 por ciento más elevado que en la de la primera; y, por último, que en las calles peores, después de mejorarse, la cifra de mortalidad descendió en un 25 por ciento. Y el autor del informe pone fin a su estudio con la siguiente observación, bastante franca, para tratarse de un miembro de la burguesía inglesa:

"Teniendo en cuenta que el coeficiente de mortalidad, en algunas calles, es cuatro veces más alto que en otras y en todas las clases de calles el doble de alto que en las otras, y además, que se mantiene punto menos que inalterablemente alto en las calles que se hallan en mal estado y casi inalterablemente bajo en las que se encuentran en buenas condiciones, no podemos por menos de llegar a la conclusión de que una gran cantidad de semejantes nuestros, cientos de vecinos nuestros muy cercanos a nosotros son condenados todos los años a morir (*destroyed*) por falta de las más elementales medidas de precaución."

Y en el informe sobre el estado de sanidad de las clases trabajadoras se contiene un dato demostrativo del mismo hecho. En Liverpool, la duración media de vida de las clases altas (*gentry, professional men* [t] etc.) era, en 1840, de 35 años, la de las gentes de negocios y los artesanos más acomodados de 22 años y la de los obreros, jornaleros y criados de 15 años solamente. Y en los informes parlamentarios encontramos registrados gran cantidad de hechos parecidos.

Las listas de mortalidad registran un coeficiente tan alto, principalmente, por los numerosos casos de defunción que se dan entre los niños de corta edad de la clase obrera. El delicado cuerpo del niño es el que menos resiste las desfavorables influencias de unas condiciones de

t Clase media, profesionales.

vida hostiles; y el abandono en que generalmente se halla cuando el padre y la madre tienen que trabajar o uno de ellos ha muerto no tarda en hacerse notar, razón por la cual no puede extrañarnos el que, en Manchester por ejemplo, según el informe que acabamos de citar, más del 57 por ciento de los niños hijos de obreros mueran antes de cumplir los 5 años, mientras que en las clases altas sólo mueren el 20 por ciento de estos niños y, en los distritos del campo, el coeficiente medio de muertes de los niños de esta edad, tomando todas las clases en su conjunto, no llega al 32 por ciento.[u] En el varias veces citado artículo del *Artisan* se contienen datos muy precisos acerca de este punto, mediante un estudio comparativo entre las proporciones del coeficiente de mortalidad con respecto a diversas enfermedades infantiles en las ciudades y en el campo, en el que se demuestra que, en general, en Manchester y en Liverpool las epidemias son tres veces más mortales que en los distritos rurales; que las enfermedades del sistema nervioso se elevan en las ciudades al quíntuplo y las enfermedades del aparato digestivo a más del doble, mientras que los casos de muerte como consecuencia de enfermedades pulmonares sobrepasan a los del campo en una proporción de 2 ½ a 1. Los casos de defunción de niños de corta edad como consecuencia de la viruela, el sarampión, la tos ferina y la escarlatina se elevan al cuádruplo; los producidos por hidrocefalia y epilepsia, en las ciudades, a diez veces más que en el campo. Y para citar, por último, a una autoridad irrecusable, reproduciremos aquí el cuadro que ofrece el Dr. Wade, en su *History of the Middle and Working Clases* ["Historia de las clases media y obrera"] (Londres, 1835, 3a. ed.) a base de datos del Informe del Comité parlamentario sobre las fábricas correspondientes al año 1832 (v. p. 373).

Pero, aparte de estas diferentes enfermedades, que sobrevienen como consecuencia inevitable del abandono y la opresión que actualmente sufre la clase pobre, hay además otras clases que contribuyen al aumento de la cifra de mortalidad entre los niños de corta edad. En muchas familias, la mujer trabaja fuera de la casa, al igual que el hombre, dejando totalmente abandonados a los niños, encerrados en la casa o en poder de otra persona. Nada tiene, pues, de extraño que centenares de niños en esta situación mueran todos los años, víctimas de toda clase de accidentes. En ninguna parte mueren tantos niños atropellados por vehículos o arrollados por caballos, ahogados o quemados, como en las grandes ciudades de Inglaterra. Son muy frecuentes, sobre todo, las muertes de niños a consecuencia de quemaduras en incendios o por caerles encima agua hirviendo, en Manchester, durante los meses de invierno, casi una vez por semana, y en Londres también con mucha frecuencia, pero sin que la noticia trascienda casi nunca a los periódicos; sólo tengo a mano una nota publicada en el *Weekly Dispatch* de 15 de diciem-

u *Factories Inquiry Commission's Report, 3rd vol. Report of Dr. Hawkins on Lancashire* ["Informe de la Comisión investigadora sobre fábricas", vol. III, Informe del Dr. Hawkins sobre Lancashire], donde se cita el testimonio del Dr. Robertson, "principal autoridad de Manchester en materia de estadística".

| *De cada 10 000 personas mueren* | *Menos de 5 años* | *De 5 a 19* | *De 20 a 39* | *De 40 a 59* | *De 60 a 69* | *De 70 a 79* | *De 80 a 89* | *De 90 a 99* | *De 100 y más* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| En el condado de Rutland, distrito rural sano | 2 865 | 891 | 1 275 | 1 299 | 1 189 | 1 428 | 938 | 112 | 3 |
| En el condado de Essex, distrito rural pantanoso | 3 159 | 1 110 | 1 526 | 1 413 | 963 | 1 019 | 630 | 77 | 3 |
| En la ciudad de Carlisle, 1779-1787, antes de existir fábricas | 4 408 | 911 | 1 006 | 1 201 | 940 | 826 | 533 | 153 | 22 |
| En la ciudad de Carlisle, después de la introducción de las fábricas | 4 738 | 930 | 1 261 | 1 134 | 677 | 727 | 452 | 80 | 1 |
| En la ciudad de Preston, ciudad fabril | 4 947 | 1 136 | 1 379 | 1 114 | 553 | 532 | 298 | 38 | 3 |
| En la ciudad de Leeds, ciudad fabril | 5 286 | 927 | 1 228 | 1 198 | 593 | 512 | 225 | 29 | 2 |

bre de 1844, según la cual se produjeron seis casos de éstos en la semana del 1 al 7 de diciembre. Estos infelices niños que encuentran la muerte en condiciones tan espantosas son, sencillamente, víctimas del desorden social imperante y de la clase poseedora, interesada en que este desorden se mantenga y, sin embargo, no sabe uno si esta espantosa muerte no beneficiará en realidad a los niños víctimas de ella, ya que viene a liberarlos de una vida entera llena de miseria y padecimientos. Hasta este extremo han llegado las cosas en Inglaterra, y la burguesía lee todos los días estas noticias en los periódicos sin preocuparse para nada de ello. Pero no podrá quejarse si yo, a la vista de los citados testimonios oficiales y no oficiales, que ella *no puede* ignorar, la acuso directamente de asesinato social. Una de dos: o se cuida de poner remedio a este espantoso estado de cosas o deja que la clase obrera se haga cargo de los intereses generales de la sociedad. Pero lo cierto es que no desea en lo más mínimo que las cosas vayan por el segundo camino y, al mismo tiempo, mientras siga siendo la burguesía y viva atada a los prejuicios burgueses, no posee la fuerza necesaria para abrazar el primero. En efecto, si ahora, después de haber caído ya en el campo de batalla cientos de miles de víctimas decide por fin preocuparse un poco del porvenir, dictando un "*Metropolitan Building Act*"[167] para poner coto, en cierta medida por lo menos, a la intolerable aglomeración de la vivienda y se jacta de haber adoptado medidas que, lejos de atacar la raíz del mal, ni siquiera alcanzan a poner un poco de orden en la policía de sanidad más elemental, no debe pensar que estas providencias la eximan, ni mucho menos, de aquella acusación. La burguesía inglesa tiene que optar entre seguir gobernando bajo la irrecusable acusación de asesinato y *a pesar* de ella o dimitir en favor de la clase obrera. Y, hasta ahora, ha preferido marchar por el primer camino.

Pasemos ahora de la situación física a la situación espiritual de los trabajadores. Si la burguesía sólo deja a éstos la cantidad de vida estrictamente necesaria, no podemos extrañarnos de que les conceda también el mínimo de cultura que a la burguesía le interesa. Que no es, realmente, mucho. Los medios de instrucción de que en Inglaterra se dispone son relativamente insignificantes, comparados con el censo de población. Son los menos quienes pueden asistir a las pocas escuelas semanales puestas a disposición de la clase obrera. Por otra parte, estas escuelas son muy malas y los maestros —en su mayoría, trabajadores jubilados y otras gentes poco aptas, que se hacen maestros de escuela para poder vivir— carecen casi siempre de los conocimientos elementales más indispensables, no poseen la formación moral tan necesaria para poder desempeñar estos puestos y no se hallan sujetos al menor control por parte del Estado. También aquí reina la libre competencia, y, como ocurre siempre, son los ricos quienes salen beneficiados, mientras los pobres, para quienes la libre competencia realmente no rige y que no poseen los conocimientos necesarios para poder juzgar, sufren las consecuencias. La obligación de asistir a la escuela no rige en ninguna parte

y en las fábricas, como veremos, es puramente nominal. Y cuando, en la legislatura de 1843, el gobierno trató de poner en vigor esta aparente obligación de asistencia escolar, la burguesía de las fábricas se opuso a ello con todas sus fuerzas, a pesar de que los trabajadores se manifestaron resueltamente *en su favor*. Por lo demás, es evidente que gran número de niños trabajan toda la semana en las fábricas o en su casa, sin que les quede una sola hora libre para asistir a la escuela. Las *escuelas nocturnas*, a las que al parecer deberían asistir quienes trabajan durante el día, cuentan con muy pocos alumnos y su utilidad es casi nula. Además, sería mucho pedir que los obreros jóvenes, después de matarse a trabajar durante doce horas diarias, acudieran a la escuela desde las 8 a las 10 de la noche. Quienes lo hacen caen en su mayoría dormidos sobre los bancos escolares, como lo revelan centenares de testimonios recogidos en el *Children's Employment Report* ["Informe sobre el trabajo infantil"]. Es cierto que se han instituido escuelas dominicales, pero estas escuelas son también extraordinariamente defectuosas, se hallan servidas por pocos y malos maestros y sólo aprovechan algo a quienes asisten a la escuela durante la semana. El periodo que media entre domingo y domingo es demasiado largo para que un niño carente de toda instrucción no olvide en la segunda lección lo que ha aprendido en la primera, al cabo de ocho días. El ya citado informe de la *Children's Employment Commission* suministra miles de pruebas acerca de esto, y la misma Comisión se pronuncia con la mayor energía en el sentido de que ni las escuelas semanales ni las dominicales responden ni remotamente a las necesidades de la nación.

Este informe abunda en pruebas acerca del estado de ignorancia en que se halla la clase obrera inglesa y que ni siquiera podría esperarse de países como España o Italia. Y no puede ser de otro modo. La burguesía tiene poco que esperar y mucho que temer de la instrucción de los obreros; en el gigantesco presupuesto de 55 millones de libras esterlinas el gobierno sólo destina una exigua partida de 40 000 libras para la enseñanza pública, y los recursos con que cuenta la enseñanza serían todavía más pobres a no ser por el fanatismo de las sectas religiosas, del que hay que decir que, en realidad, hace más daño que beneficio. Lo cierto es que la Iglesia anglicana sólo sostiene sus *National Schools*,[v] como cada secta hace con sus propias escuelas, con el propósito de mantener dentro de su redil a los niños de sus respectivas confesiones, disputando cuando pueden alguna que otra alma infantil a las demás sectas. La consecuencia de lo cual es que se convierte en tema predilecto de enseñanza la religión, y precisamente la parte más infecunda de ella, que es la polémica religiosa, atiborrando la memoria del niño con dogmas y distinciones teológicas ininteligibles, que sólo sirven para despertar en los más tempraneros años el odio sectario y la fanática beatería, relegando vergonzosamente toda instrucción racional, intelectual y moral. Los trabajadores han demandado muchas veces del parlamento que en las escuelas públicas se les dé una enseñanza pura-

[v] Escuelas primarias para el pueblo.

mente secular, reservando la instrucción religiosa a los sacerdotes de cada secta, pero sin que hasta ahora ningún gobierno haya querido acceder a ello. Y es natural, pues los ministros no son otra cosa que siervos sumisos de la burguesía, la cual aparece dividida en innumerables sectas, y cada una de ellas sólo se presta a facilitar al trabajador el pan, por lo demás peligroso, de la instrucción siempre y cuando que pueda suministrarle, al mismo tiempo, contrarrestando el efecto de aquélla, el contraveneno de sus dogmas específicos. Y como, hasta ahora, estas sectas siguen luchando entre ellas por la hegemonía, se deja a la clase obrera, por el momento, huérfana de instrucción. Los fabricantes se jactan de haber enseñado a la mayoría de los trabajadores a leer, pero esto, como pone de manifiesto el citado informe de la *Children's Employment Commission*, es muy relativo. No basta conocer el alfabeto para decir que se sabe leer, y los señores fabricantes se conforman con eso. Si tenemos en cuenta, además, la confusa ortografía inglesa, que hace de la lectura un verdadero arte, muy difícil y largo de adquirir, no podemos extrañarnos de que la ignorancia de la lectura se halle tan extendida. Y no digamos la escritura , que muy pocos dominan, pues abundan incluso las gentes "cultas" que tienen dificultades para escribir en inglés sin faltas de ortografía. Las escuelas dominicales de la Iglesia anglicana, las de los cuáqueros y creo que las de algunas otras sectas no enseñan a escribir, aleganlo que "es una tarea demasiado secular para los domingos". Pondremos algunos ejemplos demostrativos de cuál es el tipo de instrucción que se ofrece a los trabajadores en estas escuelas. Son ejemplos tomados del informe de la *Children's Employment Commission,* aunque, desgraciadamente, este informe no abarca la industria fabril propiamente dicha.

"En Birmingham —dice el comisario Grainger— los niños a quienes he podido examinar carecen en su totalidad de lo que podríamos llamar una instrucción más o menos útil. Y, a pesar de que en casi todas las escuelas se da *solamente* enseñanza religiosa, también en esta materia revelaban en general la más burda ignorancia". "De Wolverhampton —informa el comisario Horne—, puedo poner, entre otros, los siguientes ejemplos: Una muchacha, de 11 años, habiendo asistido a una escuela semanal y dominical, 'no había oído hablar nunca de otro mundo, del cielo ni de otra vida'. Un muchacho de 17 años ignoraba cuántos son dos por dos y cuantos *farthings*" (¼ de penique) "hay en 2 peniques, a pesar de que se le puso el dinero en la mano. Algunos muchachos no habían oído hablar de Londres, ni siquiera de Willenhall, que sólo dista una hora de su lugar de residencia y se halla en comunicación constante con Wolverhampton. Algunos no conocían el nombre de la reina ni habían oído nunca pronunciar nombres como los de Nelson, Wellington o Bonaparte. Y era curioso que quienes no sabían nada de San Pablo, Moisés o Salomón estuviesen perfectamente informados de la vida, las hazañas y el carácter de Dick Turpin, el salteador de caminos, y sobre todo de Jack Sheppard, el ladrón, experto en fugarse de la cárcel. Un joven de 16 años no sabía cuántos son dos por dos o cuantos peniques tienen cuatro *farthings*, otro de la misma edad afirmaba que dos *farthings* equivalían a diez medios peniques, y otro, también de 17 años, daba invariablemente a todas las preguntas esta escueta respuesta: que *he was ne*

*judge o'nothin* (que no sabía nada de nada)" (Horne, *Rept.*, Ap., parte II, Q. 18, núms. 215, 217, 226, 233, etc.)

Estos niños, después de pasar cuatro o cinco años, atormentados con dogmas religiosos, son tan ignorantes al final como al comienzo.

Un niño que "ha asistido regularmente durante cinco años a la escuela dominical, ignora quién es Jesucristo, aunque ha oído el nombre, pero jamás ha oído hablar de los doce apóstoles, de Sansón, Moisés, Aarón, etc." (*ibid.*, *Evid.*, p. q. 39, I, 33). Otro "de seis años, ha asistido regularmente a la escuela dominical. Sabe quién era Jesucristo, que murió en la cruz y derramó su sangre por redimirnos, pero nunca ha oído hablar de San Pedro ni de San Pablo" (*ibid.*, p. q. 36, I, 46). Un tercero que "asistió durante siete años a diversas escuelas dominicales, sólo sabía leer palabras muy corrientes de una sola sílaba; había oído hablar de los apóstoles, pero no sabía si entre ellos figuraban San Pedro o San Juan, aunque creía que se trataba de San Juan Wesley (el fundador de los metodistas), etc." (*ibid.*, p. q. 34, I, 58). A la pregunta de quién era Jesucristo, Horne, obtuvo, entre otras, las siguientes respuestas: "era Adán", "era su apóstol", "era el hijo del Señor Redentor (*he was the Saviour's Lord Son*)", y un muchacho de dieciseis años contestó lo siguiente: "Era un rey de Londres, hace mucho, muchísimo tiempo".

En Sheffield, el comisario Symons puso a los niños a leer; ninguno fue capaz de explicar lo que había leído o quiénes eran los apóstoles, sobre los que acababa de leer. Después de haber preguntado a todos por turno acerca de los apóstoles sin que nadie supiera contestarle acertadamente, un muchacho pequeño y con cara inteligente respondió, con gran seguridad:

"Yo lo sé, señor, eran los leprosos" (Symons, *Rept.*, Ap., parte I, pp. E 22 *ss.*)

Y los mismos o parecidos datos se recogieron en los distritos de los alfareros y en Lancashire.

He ahí lo que la burguesía y el Estado hacen por la educación y la instrucción de la clase obrera. Afortunadamente, las condiciones en que esta clase vive se encargan de proporcionarles una instrucción de carácter práctico que no sólo suple el bagaje escolar, sino que, además, contrarresta las confusas ideas religiosas mezcladas con él y coloca a los trabajadores, incluso, a la cabeza del movimiento nacional de Inglaterra. Es la necesidad, como dice el dicho, la que enseña a orar y, algo más importante todavía, a pensar y a obrar. El trabajador inglés, que apenas sabe leer, y menos aún escribir, sabe muy bien, en cambio, qué es lo que de él exige su propio interés y el interés de toda la nación; y sabe también perfectamente cuáles son los intereses específicos de la burguesía y qué es lo que de esta burguesía puede esperar. Y si no sabe escribir, sabe hablar públicamente, expresar sus ideas en público; si no sabe contar, sí sabe calcular a base de los conceptos de la economía política, por lo menos lo suficiente para saber cómo piensa y lo que se proponen esos burgueses que tratan de acabar con los aranceles sobre

el trigo y poder refutarlos; y si, a pesar de todos los esfuerzos de los curas, embrolla todos los asuntos relacionados con el cielo, sabe desenvolverse tanto mejor en los asuntos de la tierra, en las cuestiones políticas y sociales. Pero de esto hablaremos más adelante; ahora, pasemos a trazar la semblanza moral de nuestros trabajadores.

No hace falta pararse a demostrar que la enseñanza moral, que en todas las escuelas de Inglaterra aparece unida a la enseñanza religiosa, no puede dar mejores resultados que ésta. Los sencillos principios que rigen para el *hombre*, sus relaciones con otros hombres, principios que el estado de la sociedad, la guerra de todos contra todos, se encarga de sumir en la más espantosa confusión, tienen que resultarle totalmente oscuros y ajenos al trabajador inculto, cuando se le presenten mezclados con los ininteligibles dogmas religiosos y envueltos bajo el ropaje religioso de mandamientos perfectamente arbitrarios e injustificados. Según confesión de las propias autoridades, principalmente de la *Comisión sobre el trabajo infantil*, apenas contribuyen en nada a la moral de la clase obrera. Su egoísmo hace a la burguesía inglesa tan inconsiderada y tan neciamente estúpida, que ni siquiera se toma el trabajo de inculcar a los trabajadores la moral actual, a pesar de tratarse de una moral que la propia burguesía ha urdido en su propio interés y en su protección. Hasta este propio esfuerzo encaminado a velar por ella misma se le hace a la burguesía demasiado pesado, hasta esto mismo constituye, para ella, un trabajo superfluo. Pero llegará, naturalmente, el día en que se arrepentirá de su incuria, cuando sea ya demasiado tarde. Y no tiene derecho a quejarse si los trabajadores no saben absolutamente nada de esa moral ni se atienen, en su conducta, a ella.

También moralmente se hallan los trabajadores repudiados y olvidados por la clase dominante, lo mismo que en lo físico y en lo intelectual. El único miramiento que todavía se les guarda es la ley, que clava sus garras en ellos cada vez que tocan el pelo a la burguesía; lo mismo que se hace con las bestias irracionales, el único medio empleado para educarlos es el látigo, la fuerza brutal, que no convence, pero intimida. Nada tiene, pues, de extraño que estos trabajadores, a quienes se trata como a bestias, reaccionen como verdaderas fieras o sólo sepan exteriorizar la conciencia y el sentimiento de su humanidad mediante las muestras del odio más enconado, mediante una actitud de constante rebeldía interior contra la burguesía gobernante. Los trabajadores sólo son hombres cuando se dejan llevar de la cólera contra la clase que los avasalla, y se convierten en bestias a partir del momento en que se someten dócilmente a su yugo y sólo tratan de hacerse más agradable la vida avasallada, en vez de romper por sí mismos el yugo del avasallamiento.

Esto es, por tanto, todo lo que la burguesía ha hecho por la cultura de la clase obrera, y si tenemos presentes las demás circunstancias en que esta clase vive, difícilmente podremos echarle en cara la rabia que siente contra la clase dominante. La formación moral que la escuela niega a los obreros no pueden ofrecércela tampoco las otras condiciones en que se desenvuelve su vida, por lo menos *esa* formación moral que tiene

algún valor a los ojos de la burguesía. ¿Por qué? Porque toda su situación y cuanto las rodea induce poderosamente a la inmoralidad. El trabajador es pobre, la vida no ofrece para él aliciente alguno, casi todos los goces le están vedados y las penas con que la ley le amenaza no encierran ya para él nada espantoso: ¿por qué, pues, va a sentirse maniatado en sus apetitos y por qué va a dejar a los ricos en el goce exclusivo de sus bienes, en vez de apropiarse él mismo una parte de ellos? ¿Qué razones pueden inducir al proletario a *no* robar? Cuando se habla de "la santidad de la propiedad privada", estas palabras suenan muy bien a los oídos del burgués, pero para quien no es dueño de nada, la santidad de la propiedad no tiene sentido alguno. El dinero es el dios de este mundo. El burgués, al quedarse con el dinero del proletario, arrebatándole este dios, lo convierte en ateo práctico. Y, en estas condiciones, es perfectamente natural que el proletario haga gala de su ateísmo y atropelle, si puede, el poder del dios terrenal. Y cuando la pobreza del proletario se lleva hasta el extremo de privarle incluso de los medios para satisfacer las necesidades más perentorias de la vida, hasta empujarlo a la miseria y el hambre, no hace, con ello, más que exacerbar todavía más el encanto que para él supone el atentar contra todo el orden social. Esto lo saben bien los mismos burgueses, en su mayoría. *Symons* [x] dice que la pobreza mina el espíritu como la embriaguez el cuerpo y, por su parte, el cherif *Alison* hace ver a los poseedores, con toda meticulosidad, cuáles son, necesariamente, las consecuencias que la opresión social acarrea para los obreros.[y] La miseria sólo le deja al trabajador escoger entre morir lentamente de hambre, matarse de una vez o apoderarse de lo que necesita allí donde lo encuentre o, hablando en plata, robar. Y, siendo así, como en realidad es, no debemos extrañarnos de que la mayoría prefiera el robo a la muerte por hambre o al suicidio. Cierto que también entre los trabajadores hay muchos cuya moral es lo suficientemente fuerte para no robar, aun cuando se ven empujados a ello por la más extrema desesperación, optando por morir o por matarse. El suicidio, que antes era un privilegio envidiable de las clases altas, se ha puesto también de moda entre los proletarios ingleses, y son muchos, hoy, los pobres que se quitan la vida para escapar de la miseria a la que no encuentran otra salida.

Pero todavía más desmoralizante que la pobreza es, para los trabajadores ingleses, la inseguridad en que viven, la necesidad de vivir a duras penas de un salario, en una palabra, lo que los convierte precisamente en *proletarios*. También nuestros pequeños campesinos alemanes viven muchas veces en la pobreza y sufren penuria, pero no dependen tanto del azar y cuentan, por lo menos, con algo seguro. Pero el proletario, que no posee otra cosa que sus dos brazos, que devora hoy lo que ayer ganó, que vive pendiente de toda clase de contingencias, que no posee la menor garantía en cuanto a la posibilidad de ganar lo estrictamente necesario para poder vivir —pues cualquier crisis o cualquier capricho de su patrono puede quitarle el pan—, este proletario, se halla conde-

[x] En la obra *Arts and Artisans.* [y] *Principles of Population*, vol. II, pp. 196 *s.*

nado a la situación más indignante, más inhumana que el hombre pueda concebir. El esclavo tiene asegurada, por lo menos, su existencia por el interés egoísta de su dueño y el siervo cuenta, al menos, con un pedazo de tierra de que poder vivir; uno y otro tienen garantizada, ya que no otra cosa, la materialidad escueta de la vida, pero el proletario vive atenido exclusivamente a sí mismo y, sin embargo, incapacitado a cada paso para emplear sus energías, para poder contar con ellas. Todo lo que el trabajador puede hacer para mejorar de situación desaparece como una gota de agua en el mar ante el torrente de las alternativas a que se halla expuesto y contra las que no puede hacer absolutamente nada. Flota sobre las olas como objeto pasivo de toda clase de combinaciones de las circunstancias y puede considerarse dichoso si logra salvar por poco tiempo la materialidad de su vida. Es, pues, perfectamente natural que todo su carácter y toda su actitud ante la vida se ajusten a esas mismas circunstancias, de las que depende. O trata de mantenerse a flote en medio de este torbellino, de salvar su humanidad, lo que sólo puede hacer rebelándose [z] contra la clase que tan despiadadamente le explota, a la vez que lo abandona a su suerte y trata de obligarlo a seguir manteniendo esta vida indigna de un hombre, rebelándose contra la burguesía, o renuncia a seguir luchando contra su situación por considerarlo infructuoso y trata de aprovecharse, si puede, de los momentos favorables. El ahorrar de nada le sirve, pues, cuando mucho, podrá juntar lo que necesita para comer durante dos o tres semanas, y si se queda sin trabajo no será solamente por quince días. El convertirse permanentemente en propietario no está a su alcance, y si lo estuviera, dejaría con ello de ser obrero y vendría otro a ocupar su puesto. Por consiguiente, si percibe un buen salario, lo mejor que puede hacer es vivir lo mejor posible. En Inglaterra, el burgués clama al cielo y se escandaliza, hablando de la buena vida que se dan los obreros cuando disfrutan de salarios altos, pero ¿acaso no es perfectamente natural e incluso perfectamente razonable que la gente, cuando puede, disfrute de la vida, en vez de dedicarse a acumular tesoros que para nada le sirven y que, a la postre, están condenados a que los devore la polilla o la herrumbre, es decir, la burguesía? Pero la vida del obrero es desmoralizante como ninguna otra. Lo que Carlyle dice de los tejedores de algodón puede aplicarse a todos los obreros industriales de Inglaterra:

"Sus asuntos tan pronto florecen como se vienen a tierra; es un constante juego de azar, y viven en efecto como jugadores, hoy en la opulencia y mañana en la miseria. Los devora un sentimiento negro de rabia y subversión, que es el más triste que puede anidar en el pecho del hombre. El comercio inglés, con sus convulsiones y oscilaciones que abarcan el mundo entero, con ese gigantesco Proteo que es el vapor, hace inseguras para ellos todas las sendas del mundo, como una maldición; no conocen esa tranquilidad, esa seguridad y esa serena perseverancia que hacen grata la vida del hombre... Este mundo no es para ellos un hogar, sino una cárcel llena de plagas espantosas que todo lo arrasan:

[z] Más adelante veremos cómo la rebelión del proletariado contra la burguesía aparece legitimada, en Inglaterra, mediante el derecho de libre asociación.

la rebelión, la ira, la rabia contra sí mismos y contra los demás. ¿Qué mundo es éste, un mundo verde y florido, creado y gobernado por un Dios, o una mazmorra llena de vapores de vitriolo, de polvo de algodón y de vaharadas de aguardiente, de cólera y tormentos de trabajo, un mundo creado y gobernado por Satanás?" [a]

Y un poco más adelante, en la p. 40:

"Si la injusticia, la felonía, como obra y orden de la naturaleza, constituyen el único mal que existe bajo el sol y la conciencia de soportar el desafuero y la injusticia el único sentimiento doloroso insoportable, la única interrogante sería que deberíamos hacer a la vista de la situación de los trabajadores sería ésta: ¿es justo lo que sucede? Y, sobre todo, ¿qué piensan ellos mismos de la justicia de este mundo? Sus palabras son una respuesta bastante clara, y más todavía sus hechos... El sentimiento cada vez más generalizado entre las clases bajas es el sentimiento de la rebeldía, un sentimiento vehemente de rabia y de venganza que les lleva a rebelarse contra las clases altas, a desafiar las órdenes de sus superiores terrenales y a perder cada vez más la fe en las doctrinas de quienes le hablan en nombre del cielo. Y por mucho que estos sentimientos se condenen y se castiguen, nadie puede negar que son una pavorosa realidad ni dejar de reconocer que es algo muy triste y que, si las cosas no cambian, puede anunciar una hecatombe."

Carlyle tiene mucha razón cuando señala la realidad de los hechos y sólo se equivoca al condenar los sentimientos de rebeldía de los obreros. Lejos de ser condenables, esos sentimientos de ira y de rebeldía constituyen, por el contrario, la prueba de que los obreros se dan cuenta de todo lo que hay de inhumano en su situación y ponen de manifiesto que no están dispuestos a dejarse maltratar como bestias, sino decididos a sacudir no tardando el yugo de la burguesía. Para darnos cuenta de ello, no tenemos más que fijarnos en quienes no comparten esos sentimientos: se someten humildemente a la suerte que los avasalla, viven como gentes sumisas y honradas, resignándose a todo, sin preocuparse de la marcha del mundo, ayudando a la burguesía a remachar las cadenas de los obreros y siguen viviendo, inertes, con el estado de ánimo propio del periodo preindustrial, o se entregan a su suerte, renunciando a luchar, pierden la firmeza interior que se les ha arrebatado ya en su vida externa, viven al día, empinando el codo y corriendo detrás de las faldas; es decir, viven, en cualquiera de los dos casos, como las bestias. Y son, en realidad, los segundos los que más contribuyen a "la rápida propagación del vicio" de que tanto se queja la burguesía sentimental, después de haberse encargado ella misma de crear y fomentar las causas que la producen.

Otra fuente de desmoralización del obrero es el hecho de que se vea irremisiblemente condenado al trabajo. Así como la actividad productiva espontánea es el mayor de los goces que conoce el hombre, el trabajo a la fuerza representa la mayor y más degradante de las maldiciones.

a *Chartism*, pp. 34 ss.

Nada tan espantoso como la obligación de tener que hacer, un día tras otro, algo que nos repugna. Cuanto más humanamente siente el trabajador, más tiene que odiar su trabajo, porque siente la coacción y la esterilidad que representan para él. ¿Por qué trabaja el obrero? ¿Lo hace por el gusto de crear algo? ¿Por un impulso natural? Nada de eso. Trabaja, sencillamente, por obtener algún dinero, por algo que nada tiene que ver con el trabajo mismo; trabaja porque no tiene más remedio que hacerlo y trabaja, además, de un modo interminable y en medio de una monotonía ininterrumpida, lo que bastaría para hacerle el trabajo aborrecible ya en la primera semana, por poco humanos que fuesen sus sentimientos. La división del trabajo viene, además, a multiplicar y exacerbar los efectos bestializadores propios del trabajo coactivo. En la mayoría de las ramas del trabajo, vemos que la actividad del obrero se reduce a una serie de manipulaciones rutinarias, puramente mecánicas, que se repiten minuto a minuto, sin cambiar en un ápice a lo largo del año.[b] Quien desde niño se pasa doce horas al día y aún más haciendo cabezas de alfileres o limando ruedas dentadas y viviendo además en las condiciones en que vive un proletario inglés, ¿qué clase de sentimientos y capacidades humanos puede llegar a desarrollar, al cumplir los treinta años? Y la introducción de la fuerza de vapor y de la maquinaria no han hecho cambiar las cosas. El trabajo del obrero es, ahora, más fácil, el esfuerzo muscular menor y las operaciones resultan menos fatigosas, pero la monotonía ha llegado a su grado más alto. No deja al obrero ni el menor margen de actividad espiritual y, en cambio, pone su espíritu en una tensión tal, que no le deja pensar en nada. ¿Y se quiere que el hombre, condenado a trabajar así —a un trabajo que absorbe todo el tiempo disponible del obrero, que apenas le deja tiempo para comer y para dormir, que ni siquiera le permite moverse físicamente al aire libre, disfrutar de la naturaleza, y no digamos realizar una actividad espiritual, cualquiera que ella sea— no se vea degradado a la condición de bestia? Tampoco aquí tiene el trabajador otra alternativa que resignarse a su suerte, llegar a ser un "buen obrero", sirviendo "fielmente" los intereses del burgués —en cuyo caso se convertirá irremisiblemente en una bestia— o rebelarse, luchar como pueda por su condición de hombre, y en este caso no tiene otro camino que luchar contra la burguesía.

Todas las causas anteriores contribuyen, como vemos, a desmoralizar a la clase obrera. Pero, por si ellas fueran pocas, aún viene a añadirse otra, que se encarga de extender todavía más esta desmoralización, llevándola hasta el paroxismo: nos referimos a la centralización de la población. Los escritores ingleses ponen el grito en el cielo, al referirse a los efectos desmoralizadores de las grandes ciudades; estos Jeremías vueltos del revés lloran como plañideras y acusan, no a la destrucción misma, sino a la floración de ella. El cherif *Alison* atribuye a esto todos los males y el Dr. *Vaughan*, autor de un libro titulado *The Age*

[b] ¿Es necesario que cite también aquí, en apoyo de lo que digo, un testimonio de la burguesía? Pues bien, me remitiré a un texto que cualquiera puede leer, al libro de Adam Smit, *Wealth of Nations* (ed. cit.), vol. 3, libro 5, cap. I, p. 297.

*of Great Cities* ["La edad de las grandes ciudades"], exagerando todavía más, no acierta a descubrir otra causa. Es natural. Las otras causas que arruinan la salud y el espíritu de los trabajadores afectan demasiado directamente a los intereses de la clase poseedora. Si dijesen que la causa principal de lo que ocurre hay que buscarla en la pobreza, en la inseguridad del empleo, en el exceso de trabajo y en el trabajo coactivo, todo el mundo, incluyendo a estos mismos autores, tendría que llegar a la conclusión lógica de que la solución está en hacer propietarios a los pobres, en garantizarles la existencia, en dictar leyes contra el exceso de trabajo, cosas todas que la burguesía no puede conceder. Pero, como las grandes ciudades han brotado espontáneamente, como las gentes se han concentrado voluntariamente en ellas y la conclusión de que la única razón que explica la existencia de estas grandes ciudades está en la industria y en la burguesía que de ella se aprovecha no se halla al alcance de la mano, a la clase dominante se le hace muy fácil achacar todos los males a esta causa aparentemente inevitable, cuando en realidad las grandes ciudades se limitan a fomentar y exacerbar un mal que ya existía en germen antes de ellas. Por lo menos, Alison es lo bastante humano para reconocer esto; este autor no es un burgués ya de cuerpo entero, industrial y liberal, sino un burgués todavía a mitad de camino, un burgués *tory*, lo que le permite abrir de vez en cuando los ojos y ver aspectos ante los que el verdadero burgués permanece ciego. Oigámosle:

"Es en las grandes ciudades donde el vicio despliega sus tentaciones, donde tiende sus redes la voluptuosidad, donde la culpa se siente estimulada por la esperanza de la impunidad y la indolencia florece gracias al frecuente ejemplo. A estos grandes emporios de la corrupción humana afluyen los malos y los haraganes, huyendo de la sencillez de la vida del campo; aquí es donde encuentran las víctimas para su maldad y la ganancia a que aspiran como premio a los peligros que corren. La virtud se ve, aquí, envuelta en la penumbra y perseguida, la culpa madura a la sombra de las dificultades con que se tropieza para descubrirla, las disipaciones se ven recompensadas por el goce inmediato. Quien se pasee en las horas de la noche por St. Giles, por los estrechos y aglomerados callejones de Dublin, o por los barrios pobres de Glasgow podrá comprobar esto y no se extrañará de que haya en el mundo tantos crímenes, sino de que haya tan pocos... La gran causa a que obedece la corrupción reinante en las grandes ciudades es el efecto contagioso del mal ejemplo y lo difícil que resulta escapar a las tentaciones del vicio, cuando vivimos en diario y estrecho contacto con la joven generación. Y los ricos no son *eo ipso* [c] mejores y tampoco ellos pueden, cuando se ven en la misma situación, sustraerse a las tentaciones; lo que hace que los pobres sean especialmente desgraciados es que *necesariamente* se hallan expuestos en todas partes a las figuras tentadoras del vicio y a la seducción de los goces prohibidos... La imposibilidad ya demostrada de ocultar los encantos del vicio a los ojos de los jóvenes pobres, en las grandes ciudades, es la causa de la desmoralización."

Y, después de haber trazado una larga pintura costumbrista, nuestro autor prosigue así:

c Por sí mismos.

"No todo esto proviene de una depravación excepcional del carácter, sino de la naturaleza casi irresistible de las tentaciones a que se ven expuestos los pobres. Los ricos, que censuran la conducta de aquéllos, sucumbirían también con igual rapidez a la influencia de las mismas causas. Hay un grado de miseria, una fuerza de penetración del pecado a que rara vez puede sustraerse la virtud y a la que la juventud, sobre todo, no es, generalmente, capaz de resistirse. Los progresos del vicio, en tales circunstancias, son casi tan ciertos y tan rápidos como los del contagio físico."

Y más adelante:

"Cuando las clases altas, en su beneficio, concentran a los trabajadores en grandes masas y en reducido espacio, el contagio del crimen se vuelve vertiginoso e irremediable. Con frecuencia, las clases bajas, si tenemos en cuenta lo que hoy es la enseñanza religiosa y moral, no son más exculpables de ceder a las tentaciones a que se les expone que de *caer enfermas de tifus*." [d]

Pero, ya es bastante. Vemos que el semiburgués Alison presenta las malas consecuencias de las grandes ciudades, aunque expresándose de un modo bastante limitado, como resultado del desarrollo moral de los obreros. Otro autor, éste ya totalmente burgués, un hombre a gusto de la Liga Anticerealista, el Dr. Andrew *Ure*, nos revela otro lado de la cosa. Nos dice que la vida en las grandes ciudades fomenta las intrigas entre los trabajadores y da poder a la plebe. Si la ciudad no se encargase de educar al obrero (es decir, de educarlo en la obediencia a la burguesía), éste vería las cosas unilateralmente, desde el punto de vista de un siniestro egoísmo y se dejaría seducir fácilmente por los astutos demagogos; sería incluso capaz de mirar a su *mejor benefactor*, al frugal y emprendedor capitalista, con ojos recelosos y hostiles. Sólo una buena educación puede poner aquí remedio al mal, pues de otro modo sobrevendrían la bancarrota nacional y otros horrores, ya que sería inevitable la revolución obrera. Y no cabe duda de que nuestro burgués no va nada descaminado, en sus temores. Si la centralización de la población fomenta y estimula los intereses de las clases poseedoras, no es menos cierto que contribuye también, y más poderosamente aún, al proceso de desarrollo de la clase obrera. Los obreros, gracias a esta concentración, comienzan a sentirse en su conjunto como clase, se percatan de que, si cada uno de por sí son débiles, unidos representan un poder; se propicia así la separación entre los trabajadores y la burguesía, el desarrollo de ideas y concepciones privativas de los obreros y adecuadas a su situación de vida, aflora y madura en ellos la conciencia de que se hallan oprimidos, y los obreros adquieren, gracias a esto, una importancia social y política. Las grandes ciudades son el foco del movimiento obrero; allí han comenzado los trabajadores a meditar acerca de su situación y a luchar contra ella; allí se ha manifestado por vez primera el antagonismo entre el proletariado y la burguesía y de allí han arrancado las coaliciones obreras, el cartismo y el socialismo. Las grandes ciudades

d *The Principles of Population*, vol. II, pp. 76 ss. y p. 135.

han transformado en una enfermedad aguda el mal que en el campo se desarrollaba en una forma crónica, revelando con ello su verdadera naturaleza y, al mismo tiempo, su adecuado tratamiento. Sin las grandes ciudades y la acción propulsora que han ejercido sobre el desarrollo de la inteligencia pública, jamás habrían llegado los obreros tan lejos. Gracias a ellas, se ha borrado hasta el último rastro de las relaciones patriarcales entre obreros y patronos, a lo que ha contribuido también la gran industria, al multiplicar el número de trabajadores dependientes de un solo burgués. La burguesía se queja de ello, y tiene razón, ya que los burgueses, en la época del patriarcalismo, se sentían seguros contra la rebelión de sus obreros. Podían explotarlos y dominarlos a su antojo y seguían recibiendo a cambio de ello la obediencia, gratitud y devoción de sus estúpidos vasallos, siempre y cuando que, además del salario, mostrasen hacia ellos un poco de amabilidad, que no les costaba nada y podía, en cambio, rendirles algún beneficio. Aquellos patronos parecían obrar por pura bondad y efusión, pero sin perder nunca de vista, naturalmente, sus intereses. Y aunque, como individuo que no tenía la culpa de pertenecer a la clase burguesa, el patrono pudiera cumplir a veces, hasta cierto punto, con su deber, como miembro de la clase gobernante, por el solo hecho *de gobernar* responsable de la situación de la nación entera y de la gestión de los intereses de ésta, lo cierto es que no hacía nada de lo que su posición le obligaba a hacer, sino que, lejos de ello, explotaba a toda la nación en su beneficio personal. Bajo el régimen patriarcal, que encubría hipócritamente la esclavitud de los trabajadores, éstos tenían necesariamente que vivir espiritualmente enajenados, totalmente ajenos a sus propios intereses, sin conciencia alguna de su situación dentro de la sociedad. Sólo a partir del momento en que se emancipó de su patrono y comprendió claramente que lo único que a él le unía era el interés particular, la necesidad de ganar algún dinero, cuando se dio cuenta de que la aparente devoción, que no resistía a la menor prueba, se evaporaba como el humo, sólo entonces comenzó el trabajador a cobrar conciencia de su posición y de sus intereses y a desarrollarse por su cuenta; sólo entonces dejó de ser, en cuanto a sus ideas, a sus sentimientos y a su voluntatd, el esclavo de la burguesía. Y a ello contribuyeron fundamentalmente la gran industria y las grandes ciudades.

Otro factor que ha influído considerablemente en el carácter de los obreros ingleses es la emigración irlandesa, a la que nos hemos referido ya, en este sentido. No cabe duda de que, de una parte, como veíamos, la presencia en Inglaterra de estos trabajadores ha venido a degradar a los obreros del país, los ha alejado de la civilización y ha empeorado sus condiciones de vida; pero, al mismo tiempo y de otra parte, ha servido para ahondar el abismo que se abre entre la clase obrera y la burguesía, contribuyendo de este modo a acelerar la inminente crisis. El proceso de la enfermedad social de que Inglaterra padece es, en efecto, el mismo que el que sigue una enfermedad física: se desarrolla con arreglo a ciertas leyes y tiene sus crisis, la última y más virulenta de las cuales decide

acerca de la suerte del enfermo. Y como, cuando esta crisis final se presente, la nación inglesa no podrá perecer, sino que resurgirá de ella renovada y regenerada, no puede uno por menos de alegrarse de todo lo que sirve para agudizar la enfermedad. No cabe duda de que la emigración irlandesa es una de las causas que contribuyen a ello, por el vehemente y apasionado carácter irlandés, que de este modo se aclimata en Inglaterra y contagia a la clase obrera inglesa. Irlandeses e ingleses se comportan entre sí, hasta cierto punto, como los franceses y los alemanes, y la amalgama del temperamento irlandés, más ligero, más impresionable y más ardiente, y del carácter inglés, más tranquilo, más perseverante y más razonable, habrá de dar, a la larga, resultados favorables para ambas partes. Podemos afirmar que el tosco egoísmo de la burguesía inglesa habría hecho mayor mella en la clase obrera si no hubiera venido a interponerse el temperamento irlandés, generoso hasta rayar en la abnegación y dominado casi exclusivamente por la emoción, atenuando un tanto, en parte por la fusión de las dos razas y en parte por el intercambio diario, el carácter puramente intelectivo y fríamente razonador de los ingleses.

A la vista de todo lo anterior, nada tiene de extraño que la clase obrera haya ido convirtiéndose poco a poco en una clase formada por un tipo de hombre completamente distinto que el de la clase burguesa. La burguesía tiene más de común con cualquier otra nación de la tierra que con los obreros que viven a su lado. Los obreros hablan otro dialecto, tienen otras ideas y otras concepciones, otras costumbres y otros principios morales, otra religión y otra política que la burguesía. Se trata de dos pueblos totalmente distintos, tan distintos como si fuesen dos razas diferentes, de las que, hasta ahora, en el continente, sólo hemos conocido una, la burguesía. Y, sin embargo, es precisamente el otro pueblo, el de los proletarios, el más importante con mucho para el futuro de Inglaterra.[e]

Más adelante hablaremos más ampliamente acerca del carácter público de los obreros ingleses tal como se viene revelando a través de las asociaciones y los principios políticos; aquí tan sólo nos limitaremos a examinar cuáles son los resultados de las causas que acabamos de exponer, en aquello en que repercuten sobre el carácter privado de los trabajadores.

El obrero es, en la vida corriente, mucho más humano que el burgués. Ya veíamos más arriba cómo los mendigos suelen apelar casi exclusivamente a los trabajadores y podemos decir que, en general, éstos hacen mucho más que la burguesía por ayudar al sostenimiento de los pobres. Este hecho —que podemos ver confirmado todos los días— aparece atestiguado, entre otros, por el señor Parkinson, canónigo de Manchester:

e (*1892*) Como es sabido, esta misma concepción de que la gran industria ha escindido a los ingleses en dos naciones distintas ha sido expuesta casi al mismo tiempo que por mí por Disraeli, en su novela titulada *Sybil, or the Two Nations* ["Sibila o las dos Naciones"].

"Los pobres se ayudan unos a otros más de lo que los ayudan los ricos. Y en apoyo de esta aseveración puedo citar el testimonio de uno de nuestros médicos más viejos, más capaces, más observadores y más humanos: el Dr. Bardsley. Este médico ha declarado públicamente que la suma global con que los pobres contribuyen todos los años a sostenerse entre sí supera a la que los ricos aportan en igual período de tiempo con los mismos fines." [f]

También en otros terrenos se destaca siempre, agradablemente, el sentido humano de los obreros. Y es natural, pues, acostumbrados como están a sufrir duras penalidades, tienen que mostrarse más sensibles a la suerte de quienes lo pasan mal. Para ellos, toda persona es un ser humano, mientras que para el burgués el obrero no es un hombre en la plena extensión de la palabra. El trabajador es siempre más abierto y más asequible, más afable, y aunque el dinero le haga más falta que al rico, no siente tanto apego por él, pues el dinero, a sus ojos, sólo tiene valor como medio para comprar algo, mientras que para el burgués tiene un valor específico, inherente, el valor de un dios, lo que hace de él un vulgar y sucio "ser monetizado". El obrero, que no conoce este sentimiento de reverencia hacia el dinero, no es, por ello mismo, tan avaro como el burgués, el cual piensa siempre en obtener dinero y hace de la acumulación de dinero en su caja de caudales o en el banco la única finalidad de su vida. De ahí que el obrero pueda ser también un hombre mucho más imparcial, mostrarse más atento a los hechos de la realidad que el burgués, quien todo lo ve a través de sus intereses y de su egoísmo. De los prejuicios religiosos le precave su misma defectuosa educación; no sabe nada de ellos ni se atormenta con ellos, ignora lo que es el fanatismo que atenaza a la burguesía, y cuando parece profesar alguna religión es sólo de un modo puramente nominal y ni siquiera teóricamente: en la práctica, el obrero vive sólo para este mundo y trata de aclimatarse a él. Todos los escritores de la burguesía coinciden en afirmar que los obreros carecen de religión y no acuden a la iglesia. De esto hay que exceptuar, ciertamente, a los irlandeses y a algunos obreros de avanzada edad, al igual que a los que se hallan con un pie en el campo de la burguesía, los capataces, contramaestres, etc. Pero entre la masa obrera apreciamos una total indiferencia en materia de religión y, a lo sumo, un poquito de deísmo, tan incipiente que apenas se traduce en algunos tópicos o en cierto vago temor ante términos como "no creyente" y "ateo". El clero de todas las sectas goza de mala fama entre los obreros, aunque solamente en estos últimos tiempos podemos decir que ha perdido su influencia en estos medios; las cosas están hoy de tal modo, que basta con que alguien exclame: *he is a parson!* ¡Es un cura!, para que el sacerdote que sube a la tribuna, en un mitin obrero, sea arrojado de ella. Y esta carencia de educación religiosa y de otra clase de cultura, unida a sus condiciones generales de vida, hace al obrero más imparcial, más libre de principios estables preestablecidos y de pre-

[f] *On the present Condition of the Labouring Poor in Manchester* ["Sobre la situación actual de los pobres que trabajan en Manchester"], etc., por el Rev. *Rd. Parkinson*, canónigo de Manchester, 3ª ed., Londres y Manchester, 1841, en folleto.

juicios que al burgués. Éste se aferra a sus principios de clase y vive hundido hasta las orejas en los principios en que ha sido ahormado desde su más tierna infancia; es inútil razonar con él, pues es un hombre esencialmente conservador, aunque adopte formas liberales; sus intereses se hallan enraizados con el orden existente y se muestra reacio a todo cambio. Ha dejado de figurar a la cabeza del desarrollo histórico, puesto en el que los obreros tienen ya títulos de legitimidad para sustituirle, como de hecho lo sustituirán, y no tardando.

Estos rasgos y la consiguiente actividad pública de los obreros, de la que más adelante hablaremos, forman los lados positivos del carácter propio de esta clase; los negativos pueden también resumirse brevemente y se derivan de un modo no menos natural que aquéllos de las causas que han sido estudiadas. Los principales defectos que el burgués suele imputarles son la embriaguez, el desorden en las relaciones sexuales, la zafiedad y la falta de respeto por los bienes ajenos.

Es cierto que a los obreros les gusta beber, y nadie puede extrañarse de ello. El cherif *Alison* afirma que en Glasgow todos los sábados por la noche se emborrachan unos treinta mil obreros, cifra que no es, ciertamente, baja; que en esta ciudad, en 1830, había doce expendios de aguardiente por cada doce casas y en 1840 por cada diez, que en Escocia, en 1823, se pagó el impuesto de aguardiente por 2 300 000 galones de esta bebida, en 1837 por 6 620 000 galones, y en Inglaterra por 1 976 000 y 7 875 000 galones, respectivamente, en cada uno de dichos años.[g] La ley dictada en 1830 sobre la venta de cerveza, concediendo facilidades para la apertura de cervecerías, los llamados *Jerry-Shops* —cuyos propietarios están autorizados para expender cerveza *to be drunk on the premises* (para ser consumida en el mismo local)— contribuyeron, evidentemente, a la propagación de la embriaguez, poniendo un establecimiento de bebidas casi a la puerta de cada casa. Apenas hay calle en que no inviten a la clientela varias de estas cervecerías, y en el campo, donde quiera que aparezcan dos o tres casas juntas, podemos estar seguros de que en una de ellas funciona uno de esos *Jerry-Shops*. Hay, además, gran número de *Hush-Shops*, como se llama a las tabernas clandestinas, y de destilerías clandestinas de aguardiente, perdidas en las grandes ciudades, aunque en barrios apartados, poco frecuentados por la policía y que fabrican grandes cantidades de esta bebida. Gaskell (*l. c.*) calcula que solamente en Manchester funcionan más de cien destilerías de éstas, con una producción anual que no bajará de 156 000 galones. En Manchester hay, además, no menos de mil tabernas, es decir, tantas como en Glasgow, en proporción al número de casas de la ciudad. Y lo mismo ocurre, sobre poco más o menos, en todas las grandes ciudades inglesas.

Y si tenemos en cuenta que, aparte de las consecuencias habituales que acarrea el alcoholismo, hombres y mujeres de todas las edades, hasta niños, e incluso a veces madres con una criatura en los brazos se mezclan en estos locales con las víctimas del régimen burgués que más bajo

g *The Principles of Population, passim.*

han caído en la escala social, con rateros, estafadores y muchachas prostituidas; si tenemos en cuenta que algunas de estas madres dan de beber aguardiente al niño de pecho que llevan en brazos cuando acuden a la taberna, podremos apreciar en toda su extensión el efecto desmoralizador que la visita a estos locales tiene, innegablemente, para los trabajadores. Los sábados por la tarde, sobre todo, después de cobrar el salario y aprovechando que se sale un poco antes del trabajo, cuando los obreros se vuelcan en tropel de sus feos barrios sobre las calles principales de la ciudad, podemos observar en toda su brutalidad los estragos de la embriaguez. Raro es el sábado en que, saliendo de Manchester por la noche, no me encuentre con multitud de borrachos dando tumbos por las calles o tendidos a lo largo de las aceras. Y las mismas escenas se repiten los domingos al atardecer, aunque menos ruidosas. Cuando se les acaba el dinero, los borrachos van a la primera casa de empeños que encuentran, de las muchas que existen por todas partes —solamente en Manchester hay más de sesenta, y en una sola calle de Salford (en la Chapel Street) entre diez y doce— y empeñan lo que tienen a mano. Muebles o ropas de domingo, donde las hay, cacharros y otros objetos, son retirados todos los sábados, en grandes cantidades, de la casa de empeños para emprender casi siempre el camino de regreso a ella al miércoles siguiente, hasta que cualquier accidente impide el rescate y van cayendo un objeto tras otro en las uñas del usurero o hasta que éste se niega a dar un centavo más por aquellas prendas viejas y desgastadas.

Quien haya tenido ocasión de observar hasta qué punto ha llegado a propagarse la embriaguez entre los trabajadores de Inglaterra no puede por menos de dar crédito a la afirmación de lord Ashley [h] de que gastan unos veinticinco millones de libras esterlinas al año en bebidas espirituosas. Y resulta fácil imaginar de qué manera tan espantosa socava esto la salud física y espiritual de los obreros y hasta qué punto tiene que trastornar sus casas y su vida doméstica. Mucho han hecho por luchar contra esto las sociedades creadas para combatir el alcoholismo, pero la verdad es que dos o tres mil "*teetotallers*" [i] no significan mucho entre millones de trabajadores. Cuando el Padre Mathew, el apóstol irlandés del antialcoholismo, hace una gira por las ciudades inglesas, predicando su evangelio, emiten voto de abstinencia de treinta a sesenta mil trabajadores, pero al cabo de cuatro semanas se olvidan de su promesa. Si hiciéramos, por ejemplo, un recuento del número de personas que en Manchester, durante los últimos tres o cuatro años, han jurado solemnemente retirarse de la bebida, veríamos que el total superaba al número de habitantes de la ciudad, a pesar de lo cual no se nota que la embriaguez disminuya.

Otra de las faltas más lamentables de muchos trabajadores ingleses, aparte de la afición a la bebida, es su irrefrenable obsesión sexual. Es, como el alcoholismo, algo que se deriva inevitablemente de la misma situación en que se mantiene a esta clase de la sociedad, confiada a sus propios medios, pero sin facilitarle los que le permitirían hacer un uso adecuado de su libertad. La burguesía sólo ha dejado a los trabajadores

[h] Hablando en la Cámara de los Comunes, el 28 de febrero de 1843. [i] Abstemios.

estos dos goces, imponiéndoles en cambio multitud de esfuerzos y penalidades, y ello trae como consecuencia el que los trabajadores, para encontrar en la vida algún aliciente, concentren sus pasiones en estos dos placeres y se entreguen a ellos en forma inmoderada. Cuando se obliga a la gente a vivir en condiciones propias de bestias, no tiene más que uno de dos caminos: o sublevarse, o someterse a la bestialidad. Y si, encima, la burguesía hace cuanto está en sus manos por fomentar directamente la prostitución —¿cuántas de las 40 000 prostitutas que todas las noches hacen la carrera en las calles de Londres[1] viven de la virtuosa burguesía y cuántas se ven en esa situación por haber sido seducidas por un burgués?— es ella, a decir verdad, la que menos derecho tiene a echar en cara a los obreros su brutalidad en materia sexual.

En general, los vicios de los obreros pueden todos ellos reducirse a estas dos causas: avidez desenfrenada de los pocos placeres de que pueden disfrutar, e imprevisión e inadaptación al orden social; en suma, incapacidad para sacrificar el placer momentáneo a los beneficios del mañana. Pero, ¿a quién puede extrañar esto? ¿Cómo podría una clase que tiene que pagar con su amargo trabajo los pocos goces que se le dejan, todos ellos de orden sensual, no entregarse desaforadamente a ellos? ¿Qué razones y qué interés puede tener una clase de cuya cultura nadie se preocupa y que vive expuesta a cada paso a toda clase de contingencias, que ignora lo que es la seguridad de la existencia, en ser previsora, en llevar una vida "ordenada", en anteponer al placer del momento los goces del mañana, que para nadie son tan inciertos como para ella, para esta clase, abocada siempre al desamparo y al hambre; una clase que tiene que soportar todas las fallas del orden social sin participar de ninguno de sus beneficios y de la que se exige, además, que respete este orden social que la avasalla? Es, verdaderamente, demasiado pedir.

Y, sin embargo, la clase obrera, mientras este orden social subsista, no puede sustraerse a él, y el individuo trabajador que le haga frente se expone a las más graves consecuencias. El orden social, por ejemplo, hace punto menos que imposible la vida familiar para el obrero, lo obliga a vivir en una casa sucia e inhabitable, que apenas sirve para guarecerse por la noche, mal amueblada, fría y muchas veces llena de goteras, con una atmósfera irrespirable y un hacinamiento que excluye toda intimidad hogareña; el hombre tiene que trabajar todo el día y con frecuencia también la mujer y los hijos mayores, repartidos en diversos lugares, sin poder verse más que por la mañana temprano y por la noche, tentados a todas horas por el demonio de la bebida: ¿qué clase de vida familiar puede existir, en estas condiciones? Y, sin embargo, el obrero no puede sustraerse a la vida de familia, tiene que vivir en el seno de ella. Lo que conduce a una serie ininterrumpida de disensiones y disputas familiares, que ejercen desastrosos efectos tanto sobre los cónyuges como sobre los hijos, que es lo peor de todo. El abandono de los deberes familiares y, sobre todo, el abandono de los niños, es un mal harto frecuente entre

[1] *Alison, The Principles of Population,* vol. II.

los trabajadores ingleses, provocado casi siempre por el orden social existente. ¿Y se pretende que se críen bien y que den más tarde pruebas de una buena educación moral los niños criados en este ambiente desmoralizador, del que no pocas veces forman parte sus propios padres? Es en verdad demasiado simplista lo que el burgués, harto y satisfecho, exige del trabajador.

Donde más claramente se manifiesta el desprecio del orden social es en el polo contrario, en el delito. Cuando las causas que desmoralizan al obrero ejercen una acción más intensa, más concentrada que la normal, el obrero se convierte en delincuente, con la misma seguridad con que el agua, a los 100 grados C, bajo presión normal, pasa del estado líquido al estado gaseoso. Y el trato brutal y brutalizador que recibe de la burguesía hace de él un objeto tan pasivo como el agua, sometido a las leyes naturales con la misma imperiosa necesidad que ésta: al llegar a cierto punto, deja de actuar en él toda libertad. De ahí que, al extenderse el proletariado, haya ido creciendo, en Inglaterra, el coeficiente de delincuencia, haciendo de la Gran Bretaña la nación más criminal del mundo. Las "tablas de delincuencia" que todos los años publica el ministerio del Interior indican que el aumento de la criminalidad acusa en Inglaterra un índice aterrador. El número de detenciones efectuadas por hechos *delictivos* ascendió

| | |
|---|---|
| en 1805 ............... | a 4 605 |
| en 1810 ............... | a 5 146 |
| en 1815 ............... | a 7 818 |
| en 1820 ............... | a 13 710 |
| en 1825 ............... | a 14 437 |
| en 1830 ............... | a 18 107 |
| en 1835 ............... | a 20 731 |
| en 1840 ............... | a 27 187 |
| en 1841 ............... | a 27 760 |
| en 1842 ............... | a 31 309 |

solamente en Inglaterra y Gales; es decir, que en un periodo de 37 años las detenciones de multiplicaron por siete. De estas detenciones corresponden solamente a Lancashire, en el año 1842, 4 497, es decir, el 14 por ciento, y a Middlessex (incluyendo Londres) 4 094, o sea más del 13 por ciento. Vemos, pues, que solamente dos distritos, en los que hay grandes ciudades con enorme aglomeración, producen más de la cuarta parte de la criminalidad total, a pesar de que su censo de población dista mucho de representar la cuarta parte de todo el país. Además, las tablas de delincuencia indican directamente que casi todos los delitos cometidos lo fueron por proletarios, pues del total de personas detenidas en 1842 un 32.35 por ciento no sabían leer ni escribir, el 58.32 leían y escribían imperfectamente, solamente un 6.77 por ciento sabían leer y escribir a la perfección, un 0.22 por ciento poseían una

cultura más elevada, y del 2.34 por ciento no fue posible indicar el grado de cultura. Y los avances de la criminalidad han sido mucho más rápidos todavía en Escocia. El número de detenidos era, aquí, en 1819, solamente de 89; en 1837 había ascendido a 3 176 y en 1842 era ya de 4 189. En Lanarkshire, donde el informe oficial fue redactado personalmente por el cherif Alison, mientras el censo de población se ha duplicado en 30 años, la cifra de criminalidad se eleva al doble cada 5 años y medio, lo que quiere decir que el índice de delincuencia acusa un crecimiento seis veces más rápido que el de la población. En cuanto a los delitos, vemos que son en su inmensa mayoría, como ocurre en casi todos los países civilizados, delitos contra la propiedad, es decir, aquellos que tienen su causa en la carencia de algo, ya que nadie roba lo que posee. La proporción entre los delitos contra la propiedad y el censo de población, que en los Países Bajos es de 1 : 7 140 y en Francia de 1 : 1 804, acusaba en Inglaterra, por los días en que Gaskell escribió su obra, un índice de 1 : 799; la de los delitos contra las personas con respecto al censo de población (Países Bajos, 1 : 28 904, y Francia, 1 : 17 573) era en Inglaterra de 1 : 23 395; y la de la cifra global de delitos, comparada con el censo de población en los distritos rurales 1 : 1 043 y en los distritos fabriles 1 : 840;[k] en la actualidad, la proporción que se registra en toda Inglaterra es *ya* 1 : 660,[1] y eso que apenas han transcurrido diez años desde que Gaskell escribió su libro.

Creemos que estos hechos son más que suficientes para mover a cualquiera, incluso a los miembros de la burguesía, a recapacitar y reflexionar en torno a las consecuencias de semejante estado de cosas. Si la desmoralización y el crimen siguen aumentando en la misma proporción veinte años más —y si, durante estos veinte años, la industria inglesa resultara ser menos afortunada que hasta ahora, lejos de atenuarse, la progresión de los hechos delictivos aumentará— ¿cuáles serán los resultados? Ya hoy vemos que la sociedad se halla en pleno proceso de disolución; apenas podemos dar una ojeada a un periódico sin comprobar, a la vista de los hechos más palmarios, el relajamiento de todos los lazos sociales. Saco uno al azar de un montón de periódicos ingleses que tengo delante: es el número del *Manchester Guardian* del 30 de octubre de 1844, con informaciones correspondientes a tres días; el periódico ya no se toma siquiera el trabajo de dar noticias precisas acerca de Manchester y se limita a reseñar los casos más interesantes: que en una fábrica los obreros han abandonado el trabajo para obtener mejores salarios y que el juez de paz los ha obligado a volver a él; que en Salford dos o tres muchachos se han dedicado a robar y que un comerciante en quiebra ha tratado de estafar a sus acreedores. Las noticias de los suburbios son algo más detalladas: en Ashton, dos robos, un allanamiento de morada y un suicidio; en Bury, un robo; en Bolton, dos robos y un fraude contra los impuestos de consumos; en Leigh, un robo; en Oldham, una huelga

[k] *The Manufacturing Population of England*, cap. X. [1] Este resultado se obtiene dividiendo el número de delincuentes *convictos* y *confesos* (22 733) por la cifra de población (hacia 15 millones).

por alza de salarios, un robo, una reyerta entre mujeres irlandesas, un obrero sombrerero no afiliado al sindicato apaleado por miembros de éste, una madre golpeada por su hijo; en Rochdale, una serie de reyertas, un ataque contra la policía y el robo de una iglesia, en Stockport, descontento de los obreros con sus salarios, un robo, una estafa, una reyerta, un marido que ha maltratado a su mujer; en Farrington, un robo y una reyerta; en Wigan, un robo y una iglesia saqueada. Y las noticias que nos da la prensa londinense son aún mucho peores: estafas, robos, atracos, disputas familiares en gran abundancia; acaba de caer en mis manos un número del *Times* (12 septiembre 1844), que, informando de los sucesos de *un solo* día, habla de un robo, un ataque a la policía, un juicio sobre alimentos contra el padre de un hijo ilegítimo, un niño abandonado por sus padres a la caridad pública y un marido envenenado por su mujer. Un cuadro muy semejante al que podemos encontrar en cualquier otro periódico inglés.

Todo lleva a la conclusión de que en este país está en su apogeo la guerra social; cada cual se preocupa solamente de sí mismo y lucha por sus propios medios contra los demás, y si infiere o no daños a quienes considera como sus enemigos jurados depende exclusivamente de una cosa: de lo que su cálculo egoísta le diga qué es lo más ventajoso para él. A nadie se le ocurre ya entenderse con su semejante por la vía pacífica; todas las diferencias se ventilan a golpes, con amenazas, por la vía directa o por medio de los tribunales. En una palabra, cada cual ve en el otro a un enemigo, al que tiene que quitar de en medio o, por lo menos, lo considera simplemente como un medio que puede utilizar para lograr su fin. Y esta guerra se torna cada año, como demuestran las tablas de criminalidad, más violenta, más pasional e irreconciliable; los enemigos tienden a dividirse cada vez más en dos grandes campos, cada uno de los cuales lucha contra el otro: de un lado, la burguesía, de otro el proletariado. Esta guerra de todos contra todos y del proletariado contra la burguesía no puede producirnos ninguna extrañeza, pues no es otra cosa que el consecuente desarrollo del principio que va ya implícito en la libre competencia; lo que sí debe extrañarnos es que la burguesía, contra la que día tras día se van apelotonando nuevas y amenazadoras nubes de tormenta, permanezca a la vista de todo esto tan tranquila y tan impertérrita, como si la cosa no fuese con ella, como si este tropel de noticias que todos los días publican los periódicos no le afectasen, sin dar muestras, no digo ya de indignación ante el orden social que hace posibles estos hechos, sino, por lo menos, de temor ante sus consecuencias, ante una explosión general de lo que, por el momento, encuentra salida, a través de hechos aislados, en la delincuencia. Pero, después de todo, la cosa es explicable, pues para eso es precisamente la burguesía, que, como tal y desde su punto de vista, no puede hacerse cargo de la realidad y, menos aún, de sus consecuencias. Lo único que, a la vista de todo esto puede maravillarnos es que los prejuicios de clase y las ideas que le han sido imbuidas condenen a toda una clase de hom-

bres a un grado tan alto y casi diría que demencial, de ceguera. Pero el desarrollo de la nación sigue su marcha, tenga o no la burguesía ojos para verlo, y llegará, sin duda alguna, un buen día en que la clase poseedora quedará sorprendida al encontrarse con cambios que su sabiduría ni siquiera es capaz de soñar.

## LAS DISTINTAS RAMAS DE TRABAJO

### *Los obreros fabriles, en sentido estricto*

Si ahora pasamos a examinar más en detalle, una por una, las ramas más importantes del proletariado industrial inglés, deberemos, acordes con el principio formulado más arriba (p. 299), comenzar por los obreros fabriles, es decir, por los trabajadores acogidos a la ley fabril. Esta ley regula la jornada de trabajo en las fábricas de hilados y tejidos en las que se elabora la lana, la seda, el algodón y el lino por medio de la fuerza hidráulica o de vapor; es decir, se extiende a las ramas más importantes de la industria inglesa. La clase obrera que vive de ellas es la más numerosa, la más antigua, la más inteligente y la más enérgica de todas, lo que quiere decir, lógicamente, que es la más turbulenta y la más odiada por la burguesía: se halla, especialmente los obreros de la industria del algodón, a la cabeza del movimiento obrero, lo mismo que sus patronos, los fabricantes, principalmente los de Lancashire, se hallan a la cabeza de la agitación en el campo de la burguesía.

Ya hemos visto en la Introducción que ha sido también la población obrera que se dedica a producir estos artículos la que primero se vio perturbada en sus anteriores condiciones de trabajo por las nuevas máquinas. No puede, pues, extrañarnos que fuese esta rama de trabajo la que de un modo más intenso y más continuo se vio afectada por los inventos mecánicos, en los años posteriores. La historia de las fábricas de tejidos de algodón, tal como podemos leerla en las obras de Ure,[m] de Baines,[n] etc., nos habla en cada página de nuevos perfeccionamientos, que luego se hacen extensivos a la mayoría de las otras fábricas de la misma industria. En casi todas partes se ha visto el trabajo manual desplazado por el trabajo de las máquinas, casi todas las operaciones se realizan mediante la fuerza hidráulica o de vapor, y no pasa año sin que traiga esta industria nuevos perfeccionamientos.

Bajo un orden social adecuado, estos perfeccionamientos serían, desde luego, muy plausibles; pero en el estado de guerra de todos contra todos, en que vivimos, son algunos individuos los que se aprovechan de ellos, privando de medios de existencia a la mayoría de los trabajadores. Cada perfeccionamiento de la maquinaria deja sin pan a muchos obreros, y cuanto más importante es el perfeccionamiento implantado, mayor es el número de obreros que queda sin trabajo; es decir, que cada una de estas innovaciones acarrea para cierto número de trabajadores los efectos propios de una crisis comercial: los empuja a la penuria, a la miseria y al crimen. Pondremos algunos ejemplos. La primera de estas

[m] *The Cotton Manufacture of Great Britain* ["La manufactura algodonera de la Gran Bretaña"], por el *Dr. A. Ure*, 1836. [n] *History of the Cotton Manufacture in Great Britain* ["Historia de la manufactura algodonera en la Gran Bretaña"], por *E. Baines*, Esq.

máquinas, la *Jenny*, podía ser manejada por *un solo* obrero y producía, por lo menos, seis veces más en el mismo tiempo que la rueca de hilar; ello quiere decir que cada *Jenny* desplazaba a cinco obreros. Vino luego la *throstle*, que rendía, a su vez, bastante más trabajo que la *Jenny* y que funcionaba también con un solo obrero y, como consecuencia de ello, se quedaron sin pan todavía más trabajadores. La *mule*, que requería aún menos obreros en comparación con el producto obtenido, se tradujo en el mismo resultado, y cada nuevo perfeccionamiento de este mecanismo, aumentando el número de husos con que funcionaba, venía a reducir, a su vez, el número en activo. El número de husos acoplados a cada *mule* llegó a ser tan grande que lanzó al arroyo a una cantidad enorme de trabajadores; si antes un "hilandero", ayudado por dos o tres niños (*piecers*) atendía 600 husos al mismo tiempo, ahora podía atender de 1 400 a 2 000 husos en dos *mules*, con lo que resultaban eliminados dos hilanderos adultos y una parte de los *piecers* que antes los secundaban. Y, de entonces acá, al introducirse en gran parte de las fábricas de hilados, las llamadas selfactinas (los *self-actors*), la función del hilandero tiende a desaparecer, sustituida por la máquina. Tengo ante mí un libro,° del que es autor James Leach, el conocido líder cartista de Manchester. Leach ha trabajado durante largos años en diferentes ramas industriales, en fábricas y en minas de carbón; lo conozco generalmente y lo tengo por persona de verdad decir, honrado y veraz. Gracias a su posición de partido, disponía de los más abundantes detalles acerca del funcionamiento de las diferentes fábricas, facilitados por los obreros, y los cuadros estadísticos que nos ofrece ponen de manifiesto que, en 1829, en 35 fábricas, trabajaban 1 083 hilanderos más que en 1841, a pesar le que el número de husos, en estas fábricas, había aumentado en unos 99 429. Y cita 5 fábricas, movidas por selfactinas, en las que ya no trabaja ni un solo hilandero. Es decir, que, mientras que el número de husos aumentó en el 10 por ciento, la cifra de hilanderos en activo descendió en más del 60 por ciento. Y, desde 1841 —añade Leach—, se han introducido tantos perfeccionamientos, al duplicarse el número de husos (*double decking*) y en otros aspectos, que algunas de las citadas fábricas, de 1841 para acá, han vuelto a despedir a la mitad de los hilanderos; en una fábrica, en la que hasta hace poco había 80 hilanderos, quedan solamente 20; los demás han sido despedidos o tienen que ocupar puestos de niños, percibiendo el salario infantil. Y los mismos datos consigna Leach en lo que se refiere a Stockport, donde en 1835 trabajaban 800 hilanderos y en 1843 sólo quedaban ya 140, a pesar de que la industria de hilados de Stockport registra un incremento considerable en los últimos 8 o 9 años.

En la maquinaria de cardar se han introducido también diferentes perfeccionamientos, que han dejado sin pan a la mitad de los obreros. En

° *Stubborn Facts from Factories, by a Manchester Operative. Published and dedicated to the working Clases* ["Hechos irrebatibles de las fábricas, por un obrero fabril de Manchester. Editado y dedicado a las clases trabajadoras"] por *Wm. Rashleig*, M. P., Londres, Ollivier, 1844, pp. 28 ss.

una fábrica se han implantado mecanismos perfeccionados para el doblaje, que han dejado sin pan a cuatro muchachas de cada ocho y, además, el patrono rebajó el salario de las cuatro restantes de 8 chelines a 7. Y lo mismo ha ocurrido en las fábricas de tejidos. El telar mecánico ha ido apoderándose de una rama textil tras otra y, como produce mucho más que el tejedor manual y un solo obrero puede atender a dos puestos de un telar mecánico, también en esta industria han quedado sin trabajo gran número de obreros. Y en todas las ramas de la fabricación, en las hilanderías de lana y de lino, en el entramado de la seda, etc., ocurre otro tanto: el telar mecánico comienza a apoderarse ya de una serie de ramas en la industria textil de la lana y el lino; solamente en Rochdale, en los talleres de tejidos de franela y de lana, en general hay más telares mecánicos que manuales. Los fabricantes suelen responder a esto que los perfeccionamientos de la maquinaria, al abaratar los costos de producción, permiten vender la mercancía a precio más bajo y que esta reducción de los precios aumenta de tal modo el consumo, que los obreros despedidos no tardarán en volver a encontrar trabajo en las nuevas fábricas. Y no cabe duda de que la burguesía está en lo cierto al afirmar que, en ciertas condiciones ventajosas para el desarrollo general de la industria, toda baja de precios de mercancías cuya materia prima cuesta *poco*, hace que aumente considerablemente el consumo y que surjan nuevas fábricas; pero, fuera de este caso, la afirmación es una pura mentira. A ella no le importa nada, por supuesto, que estas consecuencias de la baja de precios tarden varios años en producirse, que pase mucho tiempo antes de que se abran las nuevas fábricas; no nos dice que todos los perfeccionamientos de la maquinaria tienden a hacer que ésta se encargue cada vez más del trabajo fatigoso y a que el trabajo del hombre adulto vaya convirtiéndose en una mera labor de vigilancia, que cualquier mujer o incluso cualquier niño puede realizar por un salario dos o tres veces más bajo; que ello hace, por tanto, que los hombres adultos se vean cada vez más desplazados de las fábricas, sin que el aumento de fabricación *vuelva a darles* empleo; nos oculta que ramas enteras de trabajo desaparecen o se transforman ante la necesidad de tener que aprenderlas de nuevo, y se guarda mucho de confesar aquí aquello en que hace tanto hincapié en otros casos, cuando se trata de prohibir el trabajo de los niños de corta edad, a saber: que el trabajo fabril, para llegar a dominarlo, debe aprenderse desde la infancia, antes de los diez años (*cf.* por ejemplo diversos pasajes del *Factories Inq. Comm. Rept.*); no nos dice que el proceso de perfeccionamiento de la maquinaria no se interrumpe nunca y que, cuando realmente el obrero ha llegado a adaptarse a una nueva rama de trabajo, lo expulsa de ella, arrebatándole así el último resto de seguridad en cuanto a su existencia, que aún le quedaba. Lo que ocurre es que la burguesía sale beneficiada con los progresos de la maquinaria, encuentra la mejor oportunidad de enriquecerse durante los primeros años, en que siguen trabajando todavía muchas máquinas viejas y aún no se han generalizado las más perfeccionadas, y sería demasiado pedir que, además, tuviera

ojos para ver también los perjuicios que el perfeccionamiento de las máquinas trae consigo.

La burguesía niega también categóricamente, aunque los obreros no se cansan de afirmarlo, que las máquinas perfeccionadas rebajan los salarios. La burguesía insiste en que, si bien al aumentar la producción desciende el *salario a destajo*, el salario semanal en su conjunto tiende más bien a subir que a bajar y que la situación de los obreros, en vez de empeorar, mejora. No es fácil llegar al fondo del problema, pues los obreros se atienen, en la mayoría de los casos, al *salario a destajo*; sin embargo, puede afirmarse que, en algunas ramas de trabajo, la maquinaria ha hecho descender también el salario por semanas. Es cierto que los llamados "hilanderos finos" (los que se dedican a hilar hebra refinada) perciben un salario alto, de 30 a 40 chelines semanales, porque cuentan con un poderoso sindicato que se encarga de mantener alta su remuneración y porque su trabajo es de difícil aprendizaje; pero los que trabajan en hebra más tosca, que tienen que competir con máquinas automáticas (*self-actors*) inaplicables a la hebra fina y cuyo sindicato ha perdido mucha fuerza al introducirse estas máquinas, perciben en cambio salarios muy bajos. Un hilandero que trabaja en una *mule* me ha dicho que no gana más de 15 chelines a la semana, y con ello coinciden los datos suministrados por Leach, según los cuales los hilanderos en hebra tosca que trabajan en diversas fábricas ganan menos de 16 ½ chelines semanales y un hilandero que hace tres años ganaba 30 chelines no logra reunir ahora más que 12 ½ y tampoco durante el año anterior llegó, por término medio, a ganar más. Es posible que el salario de las mujeres y los niños no haya bajado tanto, por la sencilla razón de que ya era bastante bajo desde el primer momento. Conozco a varias obreras viudas y con hijos que logran ganar, con bastante esfuerzo, entre 8 y 9 chelines por semana, y quien conozca los precios que en Inglaterra se pagan por los artículos de primera necesidad, estará de acuerdo conmigo en que con ese dinero no es posible sostener debidamente una familia.

Todos los obreros están *unánimes* en sostener que el perfeccionamiento de la maquinaria ha servido para bajar los salarios; y en todas las reuniones obreras celebradas en los distritos fabriles se califica de mentira descarada la afirmación patronal de que la fabricación de máquinas ha venido a mejorar la situación de los trabajadores. Pero, aun *suponiendo* que fuese verdad que sólo ha bajado el salario relativo, el salario a destajo, y que el salario absoluto, es decir, la suma que el obrero puede obtener semanalmente ha permanecido estacionario, ¿qué significaría esto? Que los obreros tienen que resignarse a ver cómo los señores fabricantes se enriquecen y benefician con los perfeccionamientos de la industria, sin conceder a los obreros un solo centavo. Cuando se trata de luchar contra los trabajadores, la burguesía olvida hasta los principios más usuales de su propia economía política. Ella, que por lo demás tanto ensalza a Malthus, replica a los obreros, movida por el miedo: ¿dónde, a no haber sido por la maquinaria, habrían podido encontrar trabajo los mu-

chos millones de personas que han venido a aumentar el censo de población de Inglaterra? [p] Es una necedad, pues la burguesía sabe muy bien que, sin las máquinas y sin el auge industrial provocado por ellas, jamás habrían llegado a nacer ni habrían podido criarse estos "millones de personas". Para lo único que ha servido la maquinaria a los obreros es para hacerles ver la necesidad de una reforma social, en la que las máquinas no trabajen ya *en contra* de ellos, sino *a favor suyo*. Que los señores burgueses, que tanto saben, pregunten a los trabajadores que barren las calles de Manchester y de otras ciudades (aunque ya esto no vale hoy, pues también para estas faenas se han inventado y se aplican máquinas) o que venden en las calles cerillas, naranjas, tirantes y cinturones o que se dedican a la mendicidad, qué eran antes de descender a ese estado, y verán como todos les contestan: obreros fabriles expulsados de nuestro trabajo por las máquinas. Las consecuencias que el perfeccionamiento de la maquinaria acarrea para el trabajador, bajo las condiciones sociales que hoy rigen, son siempre perjudiciales y, además, no pocas veces, opresivas en el más alto grado; cada nueva máquina trae consigo hambre, penuria y miseria y, en un país como Inglaterra, en el que, por lo demás, hay casi siempre "población sobrante", el despido del trabajo es, en la mayoría de los casos, la maldición más espantosa que puede caer sobre un obrero. Y, aun prescindiendo de esto, esta inseguridad en cuanto a la existencia, nacida de los progresos incesantes de la maquinaria y de la consiguiente desocupación, no puede por menos de ejercer una influencia deprimente y desmoralizadora sobre el trabajador, ya de suyo inseguro y vacilante. Si no quiere caer en la desesperación, tampoco aquí se le ofrecen al obrero más que uno de dos caminos: o rebelarse interior y exteriormente contra la burguesía o entregarse a la bebida, huir de la realidad y encanallarse. Por los dos caminos suelen, en efecto, marchar los trabajadores ingleses. La historia del proletariado de este país nos habla de cientos de revueltas contra las máquinas y contra la burguesía en general, y de otro escape, el del encanallamiento, ya nos hemos referido. Aunque ésta no es, en realidad, más que otra de las manifestaciones de la desesperación.

Los más perjudicados son los obreros que tienen que competir con una máquina llamada a imponerse. El precio del artículo fabricado por ellos se ajusta al de la misma mercancía producida por la máquina y, como ésta trabaja más barato, el obrero que tiene que competir con ella es el que percibe peor salario. Esta situación afecta también a los obreros que trabajan con máquinas viejas y tienen que competir con otras más recientes y perfeccionadas. Y, naturalmente, ¿quién sino ellos va a cargar con las costas? El fabricante no quiere desechar su máquina, aunque haya quedado anticuada, ni quiere tampoco apechugar con los daños. Y, como no puede resarcirse a costa de la máquina vieja, hace que paguen el pato los trabajadores de carne y hueso, que son siempre el chivo expiatorio de la sociedad. Pues bien, de estos obreros obligados a competir con las máquinas los que peor librados salen son los tejedores

[p] Así pregunta, por ejemplo, el señor Symons, en su obra *Arts and Artisans.*

manuales de la industria algodonera. Son ellos quienes perciben salarios más bajos, pues, aunque trabajen la jornada completa, no ganan nunca más de 10 chelines semanales. El telar mecánico va disputándoles una rama textil tras otra, y además, el tejido a mano es el último refugio de todos los obreros desalojados en las demás ramas, razón por la cual se halla siempre sobresaturada de mano de obra. De ahí que, en tiempos habituales, el tejedor manual se considere afortunado si logra ganar de 6 a 7 chelines semanales,y para sacar esta suma tan exigua necesita afanarse de 14 a 18 horas diarias al pie de su telar. Además, la mayoría de los tejidos requieren un taller húmedo, para evitar que los hilos-guías se rasguen a cada momento y, en parte por esto y en parte por la misma pobreza del trabajador, que no le permite pagar otra vivienda mejor, el piso de los talleres de los tejedores manuales carece, la mayor parte de las veces, de entarimado o de pavimento. Conozco muchas viviendas de operarios de éstos, situadas en callejones estrechos y sombríos, generalmente en sótanos. Se da frecuentemente el caso de que como media docena de ellos, algunos incluso casados, compartan un gran dormitorio para todos. Se alimentan casi exclusivamente de patatas, tal vez con un poco de papilla de avena, rara vez leche y casi nunca carne; gran número de ellos son irlandeses u oriundos de Irlanda. ¡Y se quiere que estos pobres trabajadores, los primeros en los que se ceba cualquier crisis y los últimos en verse libres de ella, sirvan a la burguesía de parapeto para defenderse de los ataques contra el sistema fabril! ¡Ved, exclama la burguesía en tono de triunfo, cómo estos pobres tejedores tienen que penar, comparad su situación con lo bien que viven los obreros de las fábricas y, *a la vista de ello*, emitid un juicio acerca del sistema fabril! [a] ¡Como si no fuesen precisamente el sistema fabril y la correspondiente maquinaria los que han colocado en tan ignominiosa situación a los tejedores manuales y la burguesía no lo supiera tan bien como nosotros! Pero la burguesía está interesada en el asunto y no se preocupa por un par de mentiras y subterfugios más o menos.

Tratemos ahora de enfocar un poco más de cerca un hecho: el de que la maquinaria ha ido desplazando cada vez más el trabajo del obrero adulto. El trabajo del obrero a la máquina, tanto en la rama de hilados como en la de tejidos, se reduce, fundamentalmente, a empalmar los hilos rotos, ya que la máquina se encarga de todo lo demás; este trabajo no requiere fuerza alguna, pero sí una gran agilidad de dedos. Por tanto, los obreros varones no sólo no son indispensables para este trabajo, sino que resultan, incluso, por su mayor desarrollo óseo y muscular, más inadecuados que las mujeres y los niños, razón por la cual se ven, naturalmente, desplazados casi en absoluto por éstos. Por tanto, cuanto más se ve la actividad de los brazos y el empleo de la fuerza eliminados por la introducción de la maquinaria movida por la fuerza hidráulica o de vapor, menor es el número de obreros que se necesita emplear y como, además, se da el caso de que las mujeres y los niños salen más baratos y, como queda dicho, trabajan en estas ramas mejor que los hombres, no

[a] Véase por ejemplo el Dr. *Ure*, en su *Philosophy of Manufactures.*

tardan en suplantarlos. En las hilanderías sólo encontramos, trabajando en las *throstles*, a mujeres y muchachas y, trabajando en las *mules*, a un hilandero, al hombre adulto (que en la self-actina desaparece), con varios *piecers* para empalmar los hilos, casi siempre niños o mujeres y a veces hombres jóvenes de 18 a 20 años y de vez en cuando a un hilandero viejo, obligado a aceptar este trabajo para no quedarse sin pan.[r] En los telares mecánicos trabajan por lo general mujeres de 15 a 20 años y aún más y también algunos hombres, pero que rara vez permanecen en este puesto cuando tienen más de veintiún años. En las máquinas de preparación de la hilatura encontramos también exclusivamente mujeres, si acaso, algunos hombres encargados de afilar y limpiar las máquinas de cardar. Además, estas fábricas emplean a cierto número de niños, cuya ocupación consiste en retirar y colocar los husos (*doffers*) y algunos hombres adultos, encargados de vigilar las salas, un mecánico y un maquinista para la máquina de vapor, así como también, a veces, los carpinteros, los porteros, etc. Pero el trabajo propiamente dicho corre aquí a cargo de mujeres y niños. Los fabricantes se empeñan en negar también esto, y el año pasado publicaron algunos cuadros estadísticos llenos de números, con los que trataban de demostrar que las máquinas no desplazan a los hombres. Estos cuadros indican que más de la mitad de todos los obreros fabriles (el 52 por 100) pertenecen al sexo femenino y un 48 por ciento al sexo masculino y que de éstos más de la mitad pasan de los 18 años. Hasta aquí, nada hay que objetar. Pero los señores fabricantes se guardaron de decirnos cuántos de los adultos eran varones y cuántos mujeres. Y aquí es precisamente donde está el *quid* del asunto. Además, incluyen entre los obreros, evidentemente, a los mecánicos, carpinteros y todos los varones adultos que tienen algo que ver con su fábrica, tal vez incluso a los escribientes, etc., sin atreverse a exponer las cosas tal y como son. Por otra parte, estos datos están llenos de falsedades y de ideas confusas y torcidas, de promedios que para el lego pueden significar mucho, pero que para el experto no significan nada, que silencian precisamente los puntos más importantes y que sólo demuestran una cosa: hasta qué punto estos fabricantes se engañan a sí mismos y faltan a la verdad. Citaremos aquí algunos datos acerca de la proporción entre edades y sexos, tomados del discurso con que lord Ashley presentó su moción sobre la jornada de Diez horas ante la Cámara de los Comunes, el 15 de marzo de 1844, datos que no han podido ser refutados por los fabricantes y que, por lo demás, sólo versan sobre una parte de la industria fabril inglesa. De los 419 560 obreros fabriles del reino británico (1839), casi la mitad, es decir 192 887, tenían menos de 18 años y 242 296 eran mujeres, de ellas 112 192 de edad inferior a la indicada. Quedan, por tanto, 80 695 obreros varones menores de 18 años y 96 599

[r] "El estado de cosas, en lo que a los salarios se refiere, es actualmente muy confuso, en algunas ramas de la industria algodonera de Lancashire; hay cientos de hombres jóvenes entre los 20 y los 30 años que trabajan como *piecers* o en otros puestos y que sólo ganan 8 o 9 chelines semanales, mientras, bajo el mismo techo, muchachos de 13 años ganan 5 chelines y muchachas de 16 a 26 años obtienen de 10 a 12 chelines por semana." Informe del inspector fabril L. Hornes, octubre de 1844.

obreros varones adultos, o sea el 23 por ciento, lo que representa *menos de la cuarta parte* de la cifra total. En las fábricas de hilados y tejidos de algodón pertenecía al sexo femenino el 56 ¼ por ciento, en las de hilados y tejidos de lana el 69 ½ por ciento, en la de artículos de seda el 70 ½ por ciento y en la de artículos de lino lo mismo que en las de seda. Creemos que son suficientes estas cifras para demostrar el desplazamiento de los obreros adultos del sexo masculino. Pero, para convencerse de ello, basta con entrar a la primera fábrica que nos salga al paso. Y ello nos conduce de la mano a esa inversión del orden social vigente que, precisamente por imponerse a la fuerza, trae las más funestas consecuencias para los obreros.

El trabajo de la mujer viene, ante todo, a desintegrar totalmente la familia, ya que si la esposa tiene que trabajar de 12 a 13 horas del día en la fábrica y el marido en esta misma o en otra, ¿quién va a ocuparse de los niños? Estos crecen salvajes, como las malas hierbas, o se los da a guardar a alguien por un chelín o chelín y medio a la semana, siendo fácil imaginarse el trato que reciben. Esto explica por qué en los distritos fabriles aumentan en tan aterradora proporción los accidentes de que son víctimas los niños de corta edad, por falta de vigilancia. En un periodo de 9 meses, las listas levantadas por los encargados del departamento de autopsias de Manchester (según el Informe de la *Factory Inq. Comm.*, presentado por el Dr. Hawkins, p. 3) consignaban 69 casos de niños muertos de quemaduras, 56 ahogados, 23 muertos por caídas y 67 por otros accidentes, lo que da un total de 215 muertes de niños accidentados,[s] mientras que en una ciudad no fabril como Liverpool sólo se registraron, en 12 meses, 46 casos mortales. En ambas ciudades se descartan los accidentes registrados en las minas de carbón, y conviene indicar que la jurisdicción del *Coroner* [t] de Manchester no se extiende a Salford, razón por la cual es casi igual la población de cada uno de estos dos distritos. Apenas pasa número sin que el *Manchester Guardian* informe de uno o varios casos de quemaduras. Huelga decir, y lo confirman además, irrefutablemente, numerosos hechos, que la cifra general de mortalidad de los niños de corta edad ha ido en aumento a causa del trabajo de la mujer. Las mujeres se reintegran a su trabajo en la fábrica tres o cuatro días después de dar a luz, dejando, naturalmente, al recién nacido en la casa o en otro lugar. Durante las horas libres, tienen que salir corriendo a darle el pecho y, de paso, tomar un bocado, y ya puede uno imaginarse en qué condiciones tienen estas madres que amamantar a sus hijos. He aquí los testimonios de algunas obreras, recogidos por lord Ashley:

"M. H., de veinte años, tiene dos hijos, uno de ellos de pecho, que es cuidado por el otro, un poco mayor; sale para la fábrica poco después de las 5 de la mañana y regresa hacia las 8 de la noche; en el transcurso del día, la leche se

[s] En 1843, entre los casos de accidente atendidos por el hospital de Manchester figuraban 189 (repito, ciento ochenta y nueve) por quemaduras, sin que se indique cuántos fueron mortales. [t] Médico forense.

le derrama, y los vestidos le chorrean. H. W. tiene tres niños, sale de casa hacia las 5 de la mañana y sólo los sábados vuelve del trabajo a las 7 de la noche, y es tanto lo que tiene que hacer para atender a sus niños, que se acuesta a las 3 de la mañana. Muchas veces llega a la fábrica y tiene que ponerse a trabajar calada hasta los huesos por la lluvia. Mis pechos —declara— me producen los dolores más espantosos y vuelvo a casa chorreando leche."

Este infame sistema fomenta, como es natural, el empleo de preparados narcóticos para aquietar a los niños, que en los distritos obreros acusa un alto grado de propagación. El Dr. Johns, director del Registro civil del distrito de Manchester, opina que esta costumbre es la causa principal del gran número de muertes por convulsiones. El trabajo de la mujer en la fábrica acaba necesariamente con la familia, lo que, en una sociedad como la actual, basada en las relaciones familiares, ejerce una acción profundamente desmoralizadora tanto sobre los cónyuges como sobre los niños. Una madre que no tiene tiempo de ocuparse de sus hijos y de darles las pruebas más habituales y obligadas de cariño durante los primeros años, que apenas dispone de tiempo para verlos, no puede ser realmente una madre para ellos; necesariamente tiene que sentir indiferencia por sus hijos y tratarlos sin desvelo y sin amor, como a niños ajenos; y niños que se crían así, en condiciones como éstas, acaban sintiéndose despegados a la familia y, llegado el momento, no pueden amar como suya propia a la familia que creen, porque se han sentido siempre aislados y tienen por fuerza que contribuir a socavar todavía más la vida familiar, ya de suyo bastante maltrecha en los medios obreros. Y no contribuye menos a la disolución de la familia el trabajo de los propios niños. Cuando éstos llegan a ganar más de lo que a sus padres les cuesta sostenerlos, comienzan a darles un tanto por la comida y el alojamiento, guardando el resto para sí. Esta situación comienza ya a darse a partir de los 14 o los 15 años (Power, *Report on Leeds* [Informe sobre Leeds], *passim*, y Tufnell, *Report on Manchester* [Informe sobre Manchester], p. 17 etc., en el *Informe fabril*). En una palabra, el hijo se emancipa y considera la casa de sus padres como una casa de huéspedes, y si no le gusta, como ocurre con harta frecuencia, la cambia por otra.

En muchos casos, el trabajo de la mujer no desintegra la familia, pero la vuelve del revés. La mujer es la encargada de sostener a la familia y el marido se está en la casa, sentado, cuidando a los niños, barriendo el cuarto o cocinando. Este caso se da muchas, muchísimas veces; solamente en Manchester podríamos contar algunos centenares de estos maridos condenados a hacerse cargo de las faenas domésticas. Y fácilmente podemos imaginarnos la legítima frustración que esta especie de castración moral causa en el obrero condenado a ella y hasta qué punto invierte todas las relaciones familiares, aunque dejando en pie las demás relaciones sociales. Tengo ante mi vista una carta de un obrero inglés, Robert Punder, Baron's Buildings, Woodhouse Moor-Side, en Leeds (ahí están las señas exactas, por si algún miembro de la burguesía quiere vi-

sitarlo), dirigida a un tal Oastler y escrita en términos tan ingenuos, que sería imposible reproducirla al pie de la letra; la ortografía increíble resulta de todo punto inimitable y el dialecto de Yorkshire no puede evocarse ni de lejos en la traducción. Cuenta en ella cómo otro obrero conocido suyo se encontró un día, en un viaje que hizo en busca de trabajo, a un viejo amigo, en St. Helens (Lancashire):

"Pues bien, señor, por fin lo encontró, y cuando dio con su barraca, vio que era un sótano bajo y húmedo, y la descripción que hizo de los muebles era como sigue: dos sillas viejas, una mesa con tres patas, un cajón y en vez de cama, un montón de paja podrida en una esquina, con tres sábanas sucias encima y dos trozos de madera en la chimenea. Y cuando mi pobre amigo entró en el cuarto, vio al pobre Jack junto al fuego, ¿y qué cree usted que hacía? Estaba sentado, zurciendo las medias de su mujer. Y cuando vio a su amigo parado junto a la puerta, trató de ocultar lo que estaba haciendo. Pero Joe, que así se llama mi conocido, lo había visto y dijo a Jack: ¿qué diablos es lo que haces y dónde está tu mujer? Y el pobre Jack se avergonzó y dijo: ya sé que esto no es trabajo de hombre, pero mi mujer, trabaja en la fábrica, tiene que levantarse a las 5 y media de la mañana y trabaja hasta las 8 de la noche, y vuelve tan cansada que no puede hacer nada y tengo que hacerlo yo por ella, pues no tengo trabajo ni gano nada desde hace ya tres años, y no puedo ganarme la vida. Y luego se echó a llorar. No llores, le dijo Joe. Me dijo que aquí, en este país hay todo el trabajo que se quiera para las mujeres y los niños, pero que los hombres no encuentran y que es más fácil encontrar cien libras en la calle que encontrar trabajo. Pero yo nunca creí encontrar a nadie, dijo mi amigo, zurciendo las medias de su mujer. No es trabajo propio para hombres, le dijo el otro, ya lo sé, pero no puedo estarme aquí mano sobre mano, sentado en la casa sin hacer nada. Y Joe le preguntó cómo podía arreglarse para vivir, y Jack le dijo que lo pasaban muy mal. Le contó que cuando se casaron tenía bastante trabajo, y le dijo: ya sabes que yo no era ningún haragán. No, le dijo el otro, nunca lo fuiste. Ya teníamos una casa bien amueblada y Mary no necesitaba trabajar, pues yo trabajaba por los dos. Pero ahora el mundo anda al revés y Mary tiene que trabajar y yo tengo que quedarme en la casa y cuidar de los niños y cocinar y lavar la ropa y coser y zurcir, pues cuando la pobre de mi mujer vuelve a la casa no puede tenerse en pie. Es muy duro, Joe, te lo aseguro, para quien está acostumbrado a otra cosa. Sí, es muy duro, volvió a decir Jack y se echó de nuevo a llorar y dijo: más me valdría no haber nacido. Luego me dijo que maldecía a las fábricas, a los fabricantes y al gobierno con todas sus fuerzas y que había pasado la vida, desde su juventud, trabajando en una fábrica."

¿Cabe imaginarse algo más insensato, más disparatado que lo que en esta carta se describe? Y, sin embargo, este estado de cosas, que priva al hombre de su virilidad y a la mujer de su feminidad, que envilece ignominiosamente a ambos sexos y, en ellos, a la naturaleza humana, es, al parecer, la última consecuencia a que ha llegado nuestra tan ensalzada civilización, el resultado final de todos los esfuerzos realizados por cientos de generaciones para mejorar su suerte y la de su posteridad. Una de dos: o tenemos que desesperar de la humanidad y de los caminos que hasta ahora ha seguido, para acabar en esta cruel burla, o debemos reconocer que la sociedad humana, hasta ahora, ha buscado su felicidad

por un derrotero falso; no podemos por menos de reconocer que una inversión tan radical de la posición de los dos sexos puede provenir del hecho de que las relaciones entre ellos eran falsas ya de antemano. Si el imperio de la mujer sobre el hombre que necesariamente ha traído consigo el sistema fabril es inhumano, tiene que haberlo sido también la superioridad originaria del hombre sobre la mujer. Si hoy la mujer, como ayer el hombre, puede fundar su superioridad en el hecho de que aporte la mejor parte, incluso todo, a la comunidad matrimonial de bienes, ello quiere decir que esta comunidad de bienes no es una verdadera y racional comunidad, desde el momento en que un miembro de ella puede jactarse de aportar más que el otro. Si la familia de la sociedad actual se desintegra, esta misma desintegración viene a demostrar que lo que servía de nexo a la familia no era realmente el amor familiar, sino el interés privado que necesariamente se mantenía en pie en una comunidad de bienes pervertida.[u] Y la misma relación falseada se manifiesta también, sin duda, en el caso de los hijos que, en vez de sostener a sus padres sin trabajo, como es su obligación, se limitan a pagarles lo que gastan en darles comida y albergue. El Dr. Hawkins atestigua en su *Informe fabril* que esta situación se da con harta frecuencia y que en Manchester es pública y notoria. En este caso, los hijos son los verdaderos dueños de la casa, como en el otro la mujer, y de ello nos da un ejemplo, en su discurso, lord Ashley (sesión de la Cámara de los Comunes de 15 de marzo de 1844). Una persona regaña a sus dos hijas, acusándolas de haber estado en una taberna, y las hijas dicen que están cansadas de recibir órdenes: *Damn you, we have you to keep!*[v] ¿Para qué nos sirve el dinero que ganamos? Y, con estas palabras, se fueron de la casa, dejando a sus padres a merced de su suerte.

Y no les va tampoco mejor a las mujeres solteras criadas en las fábricas. No hace falta decir que una muchacha obligada a trabajar como obrera fabril desde los nueve años no puede estar en condiciones de iniciarse en las faenas domésticas, y a ello se debe el que todas las obreras de las fábricas sean completamente inexpertas en estas cuestiones y no sirvan como amas de casa. No saben coser ni bordar, cocinar ni lavar, ignoran hasta las faenas más sencillas de una mujer de su casa y no tienen ni la menor idea de cómo hay que manejar a los niños pequeños. En el Informe de la *Fact. Inq. Comm.* tenemos docenas de ejemplos de esto, y el Dr. Hawkins, comisario de Lancashire, expresa su modo de pensar acerca de esto en las siguientes palabras (p. 4):

"Las muchachas se casan antes de tiempo y atolondradamente, sin disponer de medios, de tiempo ni de ocasión para aprender los deberes usuales de una

u Cuán crecido es el número de las mujeres casadas que trabajan en las fábricas lo vemos por un dato proporcionado por uno de los mismos fabricantes: en 412 fábricas de Lancashire trabajaban 10 721 mujeres de éstas; solamente 5 314 de sus maridos tenían también trabajo en una fábrica, 3 927 se ocupaban en otras actividades, 821 carecían de trabajo y acerca de 659 no se poseían datos. Es decir que en cada fábrica había, por término medio, dos o incluso tres maridos que vivían del trabajo de sus esposas.

v ¡Vete al diablo, no queremos seguir sosteniéndote!

mujer casada, y aunque no fuera así tampoco tendrían, en su matrimonio, tiempo para ponerlos en práctica. Las madres están separadas de sus hijos más de doce horas al día; los niños son entregados, para que los cuide, por unos cuantos centavos, a una muchacha o a una vieja; además, la casa en que viven los obreros de las fábricas no tiene, generalmente, nada de hogar (*home*), pues es, la mayor parte de las veces, un sótano sin cocina ni lavadero, en el que no hay ni aguja para coser o remendar y en el que falta cuanto hace la vida agradable y culta y el hogar atractivo. Por estas y otras razones, pero muy especialmente en bien de los niños, para que éstos cuenten con mejores perspectivas en la vida, sólo puedo desear y confiar que llegue pronto el día en que la mujer casada sea eliminada de la fábrica."

Pueden verse más ejemplos y testimonios acerca de este punto en el *Fact. Inq. Comm. Report, Cowell, Evid.*, pp. 37, 38, 39, 72, 77, 50; Tufnell, *Evid.*, pp. 9, 15, 45, 54, etc.

Pero todo esto es lo de menos. Mucho más graves son las consecuencias morales que acarrea el trabajo de la mujer en la fábrica. La presencia conjunta de ambos sexos y de todas las edades en una sala de trabajo, los inevitables contactos entre ellos, la aglomeración en un reducido espacio de gentes a quienes no se ha dado una cultura intelectual ni moral, no es precisamente lo más indicado para que el carácter de las mujeres se desarrolle favorablemente. El fabricante, aunque se dé cuenta de ello, sólo puede intervenir cuando realmente suceda algo escandaloso. Y es difícil que observe, y menos aún que pueda evitar, la influencia, menos llamativa, que es la que los caracteres más disolutos pueden ejercer sobre los más limpios y, ante todo, sobre los más jóvenes. Y esta influencia es precisamente la más funesta. Son muchos los que, declarando ante los comisarios fabriles de 1833 (Cowell, *Evid.*, pp. 35 y 37 y en muchos otros lugares), califican el lenguaje que se habla en las fábricas de "inconveniente", "indecoroso", "sucio". Ocurre aquí, en pequeño, lo que en grande sucede en las grandes ciudades. La concentración de la población ejerce los mismos efectos sobre las mismas gentes, ya se trate de una gran ciudad o de una pequeña fábrica. Cuanto más pequeña sea la fábrica, mayores serán los contactos y más inevitable el roce. Y las consecuencias de ello no tardan en presentarse. En Leicester, un testigo declara que preferiría ver a su hija mendigar que trabajando en una fábrica, que las fábricas son verdaderos antros del vicio y que la mayoría de las prostitutas que se pasean por la ciudad han salido de las fábricas (Power, *Evid.*, p. 8), y otro, en Manchester, "no tiene empacho en afirmar que las tres cuartas partes de las muchachas que trabajan en las fábricas entre los 14 y los 20 años son unas perdidas" (Cowell, *Evid.*, p. 57); por su parte, el comisario Cowell se expresa en el sentido de que la moral de los obreros fabriles está un poco por debajo de la moral media de la clase obrera (p. 82), y el Dr. Hawkins (*Rept.*, p. 4) dice:

"No es fácil reducir a cifras la evaluación de la moral sexual, pero si he de hacer caso a mis propias observaciones, a la opinión general de aquellos con

quienes he hablado y al tenor general de los testimonios emitidos ante mí, debo decir que la impresión que se saca acerca de la influencia de la vida en las fábricas sobre la moral de la mujer joven es extraordinariamente desalentadora."

Por lo demás, huelga decir que la servidumbre fabril, como toda servidumbre en general, e incluso más aún, confiere al patrono el jus *primae noctis*.[x] También en este respecto es, el fabricante, dueño y señor del cuerpo y de los encantos de sus obreras. La amenaza de un despido basta, en nueve casos de diez, por no decir que en el noventa y nueve por ciento de los casos, para vencer toda resistencia, tratándose de muchachas que, por otra parte, tampoco se sienten muy inclinadas a defender su castidad. Cuando el patrono es lo suficientemente canalla para ello —y el Informe de la Comisión menciona varios casos en apoyo de esto—, su fábrica es al mismo tiempo su harém, y el hecho de que no todos los fabricantes hagan uso del derecho de que se creen asistidos no altera para nada la situación, en lo que a las obreras jóvenes se refiere. En los primeros tiempos de la industria fabril, cuando todavía la mayoría de los fabricantes eran advenedizos sin la menor cultura ni miramiento alguno para con la hipocresía social, no había nada que los disuadiera de ejercer sus derechos "bien adquiridos".

Para poder apreciar debidamente las consecuencias que el trabajo en la fábrica tiene para la mujer, es necesario hablar ante todo del trabajo de los niños y del modo como se les hace trabajar. Ya desde los primeros momentos de la nueva industria vemos a los niños trabajar en las fábricas. Al principio, por la misma pequeñez de las máquinas —que luego aumentaron de tamaño—, de un modo casi exclusivo; se sacaban los niños de los asilos y se los alquilaba en grandes cantidades y por largo tiempo a los fabricantes, como "aprendices". Se los alojaban y se los vestía colectivamente y quedaban, como es natural, totalmente esclavizados a su patrono, quien los trataba con la mayor crueldad y barbarie imaginables. Ya en 1796 hubo de manifestarse el malestar público en contra de este indignante sistema por boca del Dr. Percival y de sir R. Peel (padre del actual ministro y dueño de una fábrica de algodón) tan enérgicamente, que el parlamento aprobó en 1802 la *Apprentice-bill* (Ley de aprendices),[168] que vino a poner remedio a los abusos más escandalosos. Poco a poco, la competencia de los obreros libres fue desplazando todo el sistema de aprendices. Con el tiempo, las fábricas tendieron a levantarse en las ciudades, las máquinas aumentaron de tamaño y los locales de trabajo fueron haciéndose más aireados y menos insalubres; poco a poco, se crearon nuevos y nuevos puestos de trabajo para los adultos y los obreros jóvenes, lo que hizo que disminuyera relativamente el número de niños empleados en las fábricas y que subiera algo la edad en que se comenzaba a trabajar. Se tendía a emplear menos a niños menores de 8 o 9 años. Más tarde, como veremos, hubo de intervenir en varias ocasiones el poder legislativo para proteger a los niños contra la avaricia de la burguesía.

[x] Derecho de pernada.

La gran mortalidad que se manifiesta entre los hijos de los obreros, especialmente los de quienes trabajan en las fábricas, es prueba elocuente de las malas condiciones sanitarias en que esos niños viven durante los primeros años. Y estas causas dejan también su huella, naturalmente, en los que sobreviven, aunque de un modo más atenuado. En el mejor de los casos, hacen de ellos seres enfermizos, predispuestos a contraer toda suerte de enfermedades, o frenan su desarrollo, dándoles una constitución física muy inferior a la normal. El hijo de un obrero fabril que, a los nueve años sufre de escasez, de privaciones y se halla expuesto a dolorosas alternativas, que se haya criado bajo el frío, la humedad y con graves carencias en cuanto al vestido y la vivienda, no puede tener, ni mucho menos, la misma capacidad de trabajo que el niño criado en condiciones sanas. A los nueve años es enviado a la fábrica, trabaja hasta los trece años 6 horas y media (antes, eran 8 y con anterioridad de 12 a 14 y hasta 16), y de los trece a los dieciséis años 12 horas. No cabe duda de que un niño de nueve años, concretamente hijo de un obrero, podría soportar un trabajo diario de 6 horas y media sin sufrir ningún quebranto *visible* y manifiesto en su desarrollo; pero en nada contribuye a su salud, desde luego, el pasar gran número de horas en la atmósfera enrarecida, húmeda y, no pocas veces, caliginosa de una fábrica. Y lo que sí constituye un atropello intolerable, sin disputa, es el sacrificar a la avaricia de una burguesía insensible el tiempo de los niños, que debiera dedicarse exclusivamente a su desarrollo físico y espiritual, sustraer los niños a la escuela y al aire libre, para explotarlos en beneficio de los señores fabricantes. La burguesía se defiende, diciendo que si los niños no trabajaran en la fábrica, se verían condenados a condiciones poco propicias para su desarrollo —y, en general, es exacto—, pero, ¿qué quiere decir esto, si reducimos este argumento a su verdadero valor? Primeramente, la burguesía coloca a los hijos de los obreros en malas condiciones, y luego trata de explotar estas malas condiciones en su propio provecho; invoca, para justificarse algo, lo que ella misma ha creado y de que es responsable: el sistema fabril; quiere redimirse del pecado que hoy comete con el que ella misma cometió ayer. Y si la ley fabril no se encargara de atarles un poco las manos, ya podemos imaginarnos cómo defenderían los intereses de los trabajadores estos burgueses "comprensivos", "benévolos" y "humanos" que, según ellos, construyen sus fábricas únicamente en bien de los obreros. Veamos cómo se comportaban antes de que el inspector fabril se clavase a sus talones; dejemos que se encargue de desmentirlos su propio testimonio reconocido, que es el que figura en el *Informe de la Comisión fabril* de 1833.

Nos enteramos por él de que los fabricantes comenzaron a emplear a niños de cinco años (en contados casos), más frecuentemente de seis y de siete y en la mayoría de los casos de ocho o nueve años; de que se les hacía trabajar, frecuentemente, de 14 a 16 horas diarias (fuera de las horas libres para las comidas) y de que los fabricantes permitían que los capataces azotaran y maltrataran a los niños, cuando no eran, cosa que sucedía con frecuencia, ellos mismos los que lo hacían. Se relata un

caso en que un fabricante escocés galopó a caballo detrás de un obrero de decisiéis años que había huído de la fábrica, le dio alcance y lo obligó a volver, delante de él, a la carrera, arreándolo constantemente a latigazos (Stuart, *Evid.*, p. 35). En las grandes ciudades, donde los obreros oponen mayor resistencia, no abundan, naturalmente, los casos como éste. Pero los avariciosos capitalistas no se contentaban con estas largas jornadas de trabajo. Querían sacar el mayor rendimiento posible del capital por ellos invertido en edificios y maquinaria, para lo cual era necesario que sus obreros trabajaran sin descanso. Esto movió a los fabricantes a implantar el escandaloso sistema del trabajo nocturno; muchos de ellos, establecieron dos turnos completos de obreros para que la fábrica pudiera funcionar las veinticuatro horas: un turno trabajaba las doce horas del día y el otro las doce horas de la noche. Fácilmente se comprende qué consecuencias tan desastrosas tenía que acarrear para la salud del obrero, sobre todo la de los niños pequeños o mayores, e incluso para la de los obreros adultos, este sistema, que arrebataba incesantemente al trabajador las horas del descanso nocturno, insustituibles por ninguna clase de siesta. Resultado inevitable de ello era la excitación de todo el sistema nervioso, combinada con el desmadejamiento de todo el organismo, lo que contribuía, naturalmente, a fomentar y exacerbar la embriaguez y el comercio sexual inmoderado. Un fabricante declara (Tufnell, *Evid.*, p. 91) que durante los dos años en que su fábrica trabajó por la noche, se duplicó el número de nacimientos ilegítimos y se produjo, en general, tal desmoralización, que fue necesario renunciar al trabajo nocturno. Otros fabricantes procedían de un modo todavía más bárbaro: obligaban a muchos obreros a trabajar 30 y hasta 40 horas seguidas, *varias veces a la semana*, pues el turno de relevo no era completo, sino que se destinaba solamente a suplir a una parte de los obreros, concediéndoles unas cuantas horas de sueño. Los datos que la Comisión ha recogido acerca de esta barbarie y de sus consecuencias superan a todo lo que yo haya podido conocer, en estas cuestiones. En ninguna parte encontramos nada parecido a las monstruosidades que aquí se relatan, y tendremos ocasión de ver que la burguesía reivindica siempre el testimonio de esta Comisión como emitido *en favor* de ella. Las consecuencias de estas bestialidades no tardaron en presentarse: los comisarios nos hablan del gran número de obreros con las más diversas deformaciones físicas, indiscutiblemente causadas por las largas jornadas de trabajo. Se trata, generalmente, de desviaciones de la columna vertebral y de las piernas, que Francis Sharp, M. R. C. S. (Miembro del Real Colegio de Cirujanos) de Leeds, describe así:

"Antes de llegar a Leeds, no había tenido ocasión de observar esta curiosa desviación de los extremos inferiores del hueso de la cadera. Al principio, creí que se trataba de casos de raquitismo, pero la gran cantidad de pacientes de éstos que se presentaban en el hospital y el hecho de que la enfermedad se manifestara en una edad (de los 8 a los 14 años) en que los niños no suelen todavía padecer de raquitismo, unido además a la circunstancia de que este mal sólo había empezado a presentarse a partir del momento en que comenzó el

trabajo de los niños en las fábricas, pronto me llevaron a cambiar de opinión. Hasta ahora, he visto como unos cien casos de éstos y debo pronunciarme resueltamente en el sentido de que se trata de una consecuencia del exceso de trabajo; por lo que yo sé, en todos los casos se trata de niños que trabajan en las fábricas, y ellos mismos atribuyen su enfermedad a dicha causa. El número de casos de desviación de columna que se me han presentado, como consecuencia evidente del largo tiempo que se ven obligados a permanecer de pie, no baja de trescientos." (Dr. Loudon, *Evid.*, pp. 12 *s.*)

Y en los mismos términos se expresa el Dr. Hey, de Leeds, que ha sido durante 18 años médico del hospital de esta ciudad:

"Las deformaciones de la columna vertebral son muy frecuentes entre los obreros de las fábricas. Algunas, consecuencia del simple exceso de trabajo, y otras, resultado del largo tiempo de trabajo sobre una constitución débil o debilitada por efecto de la mala alimentación". "Las desviaciones parecían más frecuentes que estas enfermedades: las rodillas torcidas hacia adentro, los ligamentos de los tobillos, con mucha frecuencia, flojos y embotados, y los largos huesos de las piernas desviados. Especialmente, casos de desviación y excesivo desarrollo de los extremos huesos del fémur y en que los pacientes procedían de fábricas en las que frecuentemente se trabajaba durante una jornada muy larga." (Dr. Loudon, *evid.*, p. 16.)

Lo mismo declaran los cirujanos Beaumont y Sharp, de Bradford. En los informes de los comisarios Drinkwater, Power y Dr. Loudon encontramos numerosos ejemplos de estas deformaciones, y en los de Tufnell y el Dr. sir David Barry, que se ocupan menos de este punto, aparecen también algunos (Drinkwater, *Evid.*, p. 69, dos hermanos; pp. 72, 80, 146, 148, 150, dos hermanos; 155 y muchas otras; Power *Evid.*, pp. 63, 66 y 67, dos veces; 68, tres veces; 69, dos veces; en Leeds, pp. 29, 31, 40, 43, 53 *ss.*; Dr. Loudon, *Evid.*, pp. 4, 7, cuatro veces; 8, varias veces, etc.; sir D. Barry, pp. 6, 8, 13, 21, 22, 44, 55, tres veces, etc.; Tufnell, pp. 5, 16, etc.). Los comisarios de Lancashire, Cowell, Tufnell y el Dr. Hawkins omiten casi totalmente este punto tan importante en los resultados patológicos del sistema fabril, a pesar de que este distrito puede rivalizar perfectamente con Yorkshire en cuanto al número de trabajadores deformados. De mí sé decir que rara vez he caminado por las calles de Manchester sin encontrarme con tres o cuatro tullidos, víctimas manifiestas de las mismas desviaciones de la espina dorsal y de las piernas que hemos visto descritas en los párrafos anteriores, y conste que no digo esto sin haber puesto mucha atención en el caso. Conozco incluso uno que responde al pie de la letra a la descripción que más arriba hace el Dr. Hey y que contrajo su mal en la fábrica del señor Douglas, de Pendleton, que sigue teniendo fama entre los obreros por las largas noches que, en su tiempo, se veían obligados a penar en ella los trabajadores. Por lo demás, basta mirar a esta clase de tullidos para darse cuenta en seguida de dónde provienen sus deformaciones, pues todos ellos presentan exactamente el mismo aspecto: las rodillas vueltas hacia adentro y hacia atrás, los pies torcidos hacia adentro, las articulaciones

abultadas y deformadas y la columna vertebral, por lo general, torcida hacia adelante o hacia un lado. Pero donde mayores parecen ser los estragos causados por los fabricantes, es en el distrito sedero de Macclesfield, lo que se debe, entre otras cosas, a que en estas fábricas trabajan niños de muy pocos años, de cinco y seis. En los testimonios complementarios del comisario Tufnell encontramos las declaraciones del director de una fábrica, Wright (p. 26), que tenía dos hermanas monstruosamente tullidas y que un día se dedicó a contar a las personas deformes con que se encontró en varias calles, algunas de ellas las más limpias y hermosas de Macclesfield: en Townley Street se encontró con diez, en George Street con cinco, en Charlotte Street con cuatro, en Watercots con quince, en Bank Top con tres, en Lord Street con siete, en Mill Lane con doce, en Great George Street con dos, en la Casa de los Pobres con dos, en Park Green con una y en Pickford Street con dos, y todas sus familias estuvieron acordes en declarar que sus deformidades provenían del exceso de trabajo en las fábricas de tramado de seda. En la p. 27 se habla de un muchacho tan deformado, que no podía subir un tramo de escalera, y se dan ejemplos de muchachas con deformaciones de espalda y de caderas.

Otra deformación producida también por exceso de trabajo es la de los pies planos, que sir D. Barry ha podido apreciar con bastante frecuencia (por ejemplo p. 21, dos veces) y que también los médicos y cirujanos de Leeds (Loudon, pp. 13, 16, etc.) registran como muy frecuente. En los casos en que una constitución más vigorosa, una mejor alimentación y otras circunstancias favorables permiten al obrero joven sustraerse a las consecuencias de esta bestial explotación, nos encontramos con otras manifestaciones, dolores de espalda, de caderas y de piernas, hinchazón de tobillos, várices o grandes y persistentes llagas en los muslos y las pantorrillas. Estos signos han podido apreciarse de un modo casi general entre los obreros: en los informes de Stuart, Mackintosh y sir D. Barry encontramos cientos de ejemplos de éstos; más aún, estos informantes apenas conocen un solo caso en que el trabajador no presente esta clase de manifestaciones; y en los demás informes son, por lo menos, muchos médicos los que aprecian los síntomas indicados. Y los informes de Escocia ponen fuera de toda duda, mediante innumerables ejemplos, que un trabajo de trece horas diarias, aunque se trate de obreros y obreras de dieciocho a veinte años, dejan por lo menos *estos* rastros y que los males a que nos referimos se contraen tanto en las fábricas de hilados de lino de Dundee y Dunfermline como en las fábricas de algodón de Glasgow y Lanark.

Todos estos males se explican sin dificultad por la naturaleza del trabajo en las fábricas, que, según los fabricantes, es muy "fácil", pero que por su misma facilidad es más embotador que ningún otro. Los obreros de las fábricas no tienen mucho qué hacer, pero están obligados a permanecer *de pie* el día entero, sin poder sentarse. Quien se atreva a dejarse caer sobre el alféizar de una ventana o sobre un canasto es castigado; y esta postura erecta permanente, que hace que la parte superior

del cuerpo pese mecánicamente sin cesar sobre la columna dorsal, las caderas y las piernas, produce necesariamente las consecuencias indicadas. Por lo demás, el estar en pie constantemente no es necesario para el trabajo, como lo demuestra el hecho de que en ciertos talleres textiles de Nottingham se hayan colocado sillas para las obreras (gracias a lo cual se han evitado los males de que hemos hablado, consiguiéndose además que las obreras se prestaran a trabajar una jornada larga). Pero en una fábrica en que el obrero trabaja exclusivamente para el burgués y no tiene el menor interés en trabajar bien, es muy probable que hiciera uso de las sillas más ampliamente de lo que le agrada y conviene al fabricante, con lo que se le echaría a perder más materia prima: esa es la razón de que los obreros tengan que sacrificar sus huesos y sus músculos.[y] Y esta larga posición en pie, mantenida constantemente y unida a la atmósfera tan viciada que se respira en las fábricas, se traduce, además, en un gran embotamiento de las energías físicas, que, a su vez, acarrea otras consecuencias de orden más bien general que específico. La atmósfera de las fábricas es, generalmente, húmeda y cálida al mismo tiempo, con una temperatura más elevada de lo necesario, y, cuando la ventilación no es *muy* buena, esta atmósfera es muy impura, llena de vapor y escasa en oxígeno, flotan en ella el polvo y las emanaciones del aceite de las máquinas, que ensucia por todas partes el piso, volviéndose rancio y maloliente. A causa del calor, los obreros procuran no abrigarse, y los frecuentes cambios de temperatura dentro del local los hacen contraer frecuentes enfriamientos; las corrientes de aire les resultan molestas en aquella atmósfera caliginosa; el embotamiento gradual que se apodera de todas las funciones del cuerpo hace que disminuya el calor animal que debe mantenerse desde fuera, y nada le resulta tan agradable al obrero que permanecer con las ventanas cerradas, respirando aquel aire caliginoso. A esto hay que unir las consecuencias del frecuente cambio súbito de temperatura al salir de la cálida atmósfera de la fábrica al aire helado o frío y húmedo de fuera, la imposibilidad en que el obrero se halla de protegerse eficazmente contra la lluvia o de cambiar sus ropas húmedas por otras secas, todo lo cual es causa constante de resfriados. Y si tenemos en cuenta que, con todo esto, no se ejercita realmente, no se pone realmente en actividad casi ningún músculo del cuerpo, salvo tal vez los de las piernas; que el efecto embotador y relajante de las mencionadas circunstancias no se ve contrarrestado por nada, sino que falta todo ejercicio que pueda infundir vigor a los músculos y elasticidad y consistencia a las fibras, y que ya desde la infancia se ha privado al obrero del tiempo y la posibilidad para moverse al aire libre, comprenderemos perfectamente por qué, en el *Informe fabril*, los médicos declaran casi unánimemente que observan en los obreros de las fábricas, de un modo muy acusado, una gran falta de resistencia para hacer frente a las enfermedades, una depresión general de todas las

y También en la sala de hilados de una fábrica de Leeds se han instalado asientos, Drinkwater, *Evid.*, p. 85.

funciones vitales y un relajamiento continuo de todas las energías físicas. Oigamos primero a sir D. Barry:

"Los efectos desfavorables que el trabajo fabril ejerce sobre los obreros son los siguientes: 1º la inexcusable necesidad de acompasar sus esfuerzos físicos y espirituales a los movimientos de una maquinaria movida por una fuerza uniforme e incesante; 2º la necesidad de perseverar en una posición erecta durante periodos de tiempo antinaturalmente largos y que se suceden rápidamente unos a otros; 3º los insomnios (producidos por el largo tiempo de trabajo, los dolores de piernas y el malestar físico general). Añádase a esto, con tanta frecuencia, los cuartos de trabajo bajos de techo, estrechos, polvorientos o húmedos, el aire impuro, la atmósfera caldeada, el sudor constante. A ello se debe el que, especialmente los niños, con contadísimas excepciones, pierdan enseguida, en las fábricas, los sonrosados colores de la infancia y se vuelvan más pálidos y flacos que otros muchachos de su misma edad. Hasta el aprendiz del tejedor manual que pisa con sus pies descalzos el suelo de barro del cuarto en que trabaja el telar de su maestro tiene un aspecto más saludable, porque, por lo menos, respira de vez en cuando el aire libre. Pero el niño que trabaja en la fábrica sólo descansa un momento para comer y sólo sale al aire libre para ir de la casa a la fábrica y de ésta a la casa. Todos los hilanderos varones adultos son hombres pálidos y delgados, tienen mal apetito y padecen de malas digestiones, y como todos ellos se han criado, desde su infancia, en la fábrica y no hay entre ellos apenas ningún hombre alto y atlético, es lógico llegar a la conclusión de que su trabajo es muy perjudicial para el desarrollo de la constitución orgánica del hombre. Las mujeres soportan mucho mejor este trabajo" (*General Report* by sir D. Barry).

Y en términos parecidos se expresa Power:

"Puedo afirmar categóricamente que el sistema fabril, en Bradford, ha producido un gran número de tullidos... y que los efectos de un trabajo largamente sostenido sobre el organismo se traduce, no sólo en deformaciones reales, sino también, y con carácter todavía más general, en un crecimiento insuficiente, en el embotamiento de los músculos y en una constitución delicada del cuerpo" (Power, *Report*, p. 74).

Escuchemos ahora al ya citado F. Sharo, cirujano[z] de Leeds:

"Cuando me trasladé de Scarborough a Leeds, me llamó enseguida la atención que los niños eran aquí mucho más pálidos y sus carnes menos duras que en Scarborough y en sus alrededores. Encontré, además, que muchos niños eran, para su edad, excepcionalmente pequeños... He tenido que tratar innumerables casos de escrofulosis, enfermedades del pulmón, afecciones mesentéricas y malas digestiones de las que, como médico, no abrigo la menor duda de que se deben al trabajo en las fábricas. Estoy convencido de que la energía nerviosa del cuerpo se debilita como consecuencia del largo trabajo y de que en ello reside

[z] Lo que los ingleses llaman cirujanos (*surgeons*) son médicos de carrera, al igual que los médicos titulados (*physicians*) y poseen, por consiguiente, tanto la práctica médica como la quirúrgica. En algunos casos y por razones especiales, incluso son preferidos por algunos a los *physicians*.

la causa de muchas enfermedades; si no llegasen constantemente gentes del campo, la raza de los obreros fabriles no tardaría en sufrir una total degeneración."

Y lo mismo Beaumont, cirujano de Bradford:

"A mi juicio, el sistema que aquí rige para el trabajo en las fábricas provoca un especial embotamiento de todo el organismo y hace a los niños propensos en el más alto grado a las epidemias y a las enfermedades casuales... Estoy firmemente convencido de que la inexistencia de toda clase de preceptos sobre ventilación y limpieza en las fábricas es una de las principales causas de esa peculiar predisposición a las afecciones patológicas con que tan frecuentemente me he encontrado en mi práctica como médico."

William Sharp *junior* declara:

"1º que he tenido ocasión de observar las consecuencias del sistema fabril en cuanto a la salud de los niños, en las circunstancias más favorables" (en la fábrica de Wood, en Bradford, la mejor instalada del lugar, en la que Sharp ejercía como médico); "2º que estas consecuencias se dan decididamente en una alta proporción, incluso bajo estas favorables condiciones; 3º que en el año 1832 traté médicamente a tres quintas partes de todos los niños empleados en la fábrica de Wood; 4º que el resultado más dañino no consiste en el predominio de constituciones deformadas, sino en el de constituciones debilitadas y enfermizas; 5º que todo esto se ha corregido mucho desde que en la fábrica de Wood se ha limitado a diez horas la jornada de trabajo de los niños."

El mismo comisario, Dr. Loudon, que ha recogido estos testimonios, dice:

"Creo que ha quedado claramente demostrado que se hace trabajar a los niños jornadas irracional e implacablemente largas y que los mismos adultos tienen que soportar una cantidad de trabajo que un ser humano apenas podría resistir. Consecuencia de ello es que muchos mueran prematuramente y que otros queden afectados para toda la vida por una constitución enfermiza, siendo harto fundado, desde el punto de vista fisiológico, el temor de que su descendencia nazca tarada por la quebrantada constitución de los que logran sobrevivir."

Por último, el Dr. Hawkins dice, refiriéndose a Manchester:

"Creo que a la mayor parte de los visitantes de esta ciudad les llama la atención la baja estatura, la delicada traza y la palidez que tanto abundan entre los habitantes de Manchester, sobre todo entre los obreros de las fábricas. En ninguna otra ciudad de la Gran Bretaña o Europa he podido apreciar una degeneración tan patente con respecto a la talla o al color normales de la nación. En las mujeres casadas con que aquí nos encontramos nos llama la atención la ausencia de todas las caracterísitcas propias de la mujer inglesa, etc... Debo confesar que los muchachos y muchachas que me han sido presentados como obreros de las fábricas de Manchester tenían, en general, una expresión triste y una tez pálida; no se traslucía en sus caras nada de la animación, la vivacidad y

la alegría propias de la juventud. Y muchos llegaron a decirme que no sentían deseo alguno de retozar al aire libre en la tarde del sábado y el domingo, sino que preferían estarse tranquilamente en su casa."

Agreguemos a todos los anteriores otro pasaje, tomado del informe de Hawkins, que sólo a medias tiene cabida aquí, pero que por ello mismo puede figurar lo mismo en este lugar que en cualquier otro:

"La intemperancia, la licenciosidad y la improvisación son los principales defectos de la población fabril, y las tres pueden derivarse fácilmente de las costumbres que se desarrollan al calor del sistema actual y *brotan de ellas casi inevitablemente*. Se reconoce por casi todos que el mal funcionamiento del aparato digestivo, la hipocondría y la debilidad general del organismo afectan en considerable medida a esta clase de la sociedad; al cabo de doce horas de monótono trabajo es perfectamente natural recurrir a un estimulante de la clase que sea, y si a ello se añaden las malas condiciones de salud que hemos señalado, se recurrirá rápidamente y a cada paso a las bebidas espirituosas."

Estos testimonios de los médicos y los comisarios encuentran su apoyo en cientos de casos reseñados en el Informe. Que el crecimiento de los niños se ve entorpecido por el trabajo en las fábricas lo atestiguan cientos de datos contenidos en el Informe; entre otros, Cowell registra el peso de 46 muchachos, todos ellos de 17 años y pertenecientes a una escuela dominical, 26 de los cuales trabajaban en fábricas y pesaban, por término medio, 104.5 libras inglesas, y los 20 restantes, que no trabajaban en ninguna fábrica, aunque eran de familias obreras, dieron un peso medio de 117.7 libras inglesas cada uno. Uno de los más importantes fabricantes de Manchester y líder de la oposición patronal contra los obreros —creo que Robert Hyde Greg— hubo de decir una vez —testimonio de mayor excepción por venir de quien viene— que, de seguir así las cosas, los trabajadores de las fábricas de Lancashire pronto se convertirían en una raza de pigmeos.[a] Un oficial de reclutamiento (Tufnell, p. 59) declara que los obreros de las fábricas son poco aptos para el servicio militar; dan la sensación de ser poco vigorosos y enfermizos y son rechazados generalmente por los médicos militares como exentos. Y añade que en Manchester le es difícil encontrar hombres que midan 5 pies y 8 pulgadas, pues son pocos los que pasan de 6 o 7 pulgadas, mientras que en los distritos agrícolas la mayor parte de los reclutas dan la talla.

A consecuencia de estas causas, los hombres se agotan muy pronto. La mayoría queda incapacitada para el trabajo a los cuarenta años, algunos, pocos, se sostienen con capacidad para trabajar hasta los cuarenta y cinco, y casi ninguno hasta los cincuenta. Esto se debe, no sólo al desgaste general del cuerpo, sino también, en parte, al agotamiento mental, que se produce como consecuencia del trabajo en la *mule*, el cual obliga al obrero a fijar la vista en una larga fila de hilos finos y paralelos, esforzándose mucho. Entre 1 600 obreros que trabajaban en varias

[a] Estas palabras no están tomadas del *Informe fabril*.

fábricas de Harpur y Lanark había solamente 10 que contaban más de 45 años; de 22 094 obreros de diferentes fábricas de Stockport y Manchester, solamente 143 pasaban de dicha edad. De estos 143 trabajadores, 16 seguían ocupando sus puestos por una consideración especial y uno desarrollaba un trabajo infantil. Una lista de 131 hilanderos registraba solamente siete de más de 45 años, a pesar de lo cual los 131 habían sido rechazados a causa de "su avanzada edad" por los fabricantes de quienes solicitaban trabajo. De 50 hilanderos eliminados en Bolton, solamente dos pasaban de los 50 años, el resto tenía solamente un promedio de 40, y todos fueron lanzados al arroyo por viejos. El señor Ashwort, dueño de una importante fábrica, reconoce él mismo en carta dirigida a lord Ashley que a partir de los 40 años ya los hilanderos no pueden producir la cantidad adecuada de hilaza, razón por la cual son, "a veces", despedidos. Tiene, como vemos, el descaro de tildar de "viejos" a los obreros que han llegado a la cuarentena.[b] Y en los mismos términos se expresa el comisario Mackintosh, en el Informe de 1833:

"A pesar de estar ya preparado para ello por el tipo de trabajo de los niños, me resultaba difícil dar crédito a los datos de los obreros viejos acerca de su edad, por lo prematuramente que estos hombres envejecen."

El cirujano Smellie de Glasgow, que trata principalmente a obreros de las fábricas, dice también que, entre ellos, los cuarenta años representa ya una edad avanzada (*old age*) (Stuart, *Evid.*, p. 101). Y testimonios coincidentes encontramos en Tufnell, *Evid.*, pp. 3, 9, 15, y en Hawkins, *Rpt.*, p. 4; *Evid.*, p. 14, etc. En Manchester, el envejecimiento prematuro de los obreros se halla tan generalizado, que apenas hay un cuarentón que no represente diez o quince años más, mientras que las gentes de la clase acomodada, tanto hombres como mujeres, se conservan muy bien, siempre y cuando que no beban demasiado.

Los efectos del trabajo fabril sobre el cuerpo de la mujer son también muy peculiares. En la mujer, se acusan todavía con mayor fuerza las deformaciones debidas al largo tiempo de trabajo; las deformaciones de la pelvis se deben por lo general a esta causa, en parte a la mala posición y al falso desarrollo del hueso ilíaco y en parte a la desviación de la parte inferior de la columna vertebral.

"Aunque —dice en su informe el Dr. Loudon— no se me ha presentado ningún caso de deformación de la pelvis ni de otras anomalías por el estilo, debo decir que todos los médicos, a la vista de la realidad, tienden a ver en estos casos una consecuencia probable del periodo de trabajo infantil, lo que, además, es corroborado por personas de la más alta veracidad en su profesión."

Diversos parteros y comadronas atestiguan que los partos de las obreras de las fábricas son más trabajosos que los de otras mujeres y que aquéllas abortan con mayor frecuencia. V. por ejemplo Dr. Hawkins,

[b] Todo esto está tomado del discurso de lord Ashley en la sesión de la Cámara de los Comunes (15 de marzo de 1844).

*Evid.*, pp. 11 y 13. Hay que añadir a esto que las afectan todas las carencias de carácter general de que adolecen los trabajadores fabriles y que, cuando quedan embarazadas, siguen trabajando *hasta la hora de dar a luz.* Si dejan el trabajo demasiado pronto, se exponen a quedarse sin el puesto y a que lo ocupe otra y no pueden, además, perder el ingreso del salario. Es frecuente el caso de que una obrera salga del trabajo por la noche y dé a luz a la mañana siguiente, y no son raros los casos en que su niño viene al mundo en la misma fábrica, entre las máquinas del taller en que trabaja. Y aunque los señores burgueses crean que ello no tiene nada de particular, tal vez sus esposas estén de acuerdo conmigo en que constituye una tremenda crueldad, una infamia, obligar indirectamente a una mujer embarazada a trabajar de doce a trece horas diarias (antes, incluso más) hasta el momento mismo del alumbramiento, todo el tiempo de pie y teniendo que agacharse a cada momento. Pero no para aquí la cosa. Las obreras parturientas se dan por satisfechas si pueden interrumpir el trabajo catorce días después del parto, y hasta consideran que es un descanso largo. Algunas vuelven a la fábrica a los ocho días de haber dado a luz e incluso a los cuatro o a los tres y trabajan *toda* la jornada, lo mismo que antes. Yo oí una vez cómo un fabricante preguntaba al capataz: —¿Todavía no ha vuelto al trabajo Fulanita? —No, le contestó el capataz. —¿Cuánto hace que ha dado a luz? —Ocho días. —Pues ya ha tenido tiempo sobrado para reintegrarse a su puesto —replicó el patrono—; con tres días de descanso tenía de sobra. Naturalmente, el miedo a verse despedida obliga a muchas a volver a la fábrica antes, sobreponiéndose a su debilidad y a sus dolores. El interés y la avaricia del fabricante no toleran que sus obreros se queden en casa por enfermedad; no tienen derecho a estar enfermos; la obrera parturienta no tiene por qué meterse en la cama y guardar el puerperio, no sea que vayan a pararse las máquinas o que la soberana cabeza del patrono se vea ocupada por el problema de buscarle un sustituto temporal. Para no verse en el trance de hacerlo, prefiere despedir al infeliz que se queda en la casa por enfermedad. Oigamos este informe (Cowell, *Evid.*, p. 77):

"Una muchacha se siente muy enferma; apenas puede desempeñar su trabajo. Se le pregunta por qué no pide permiso para irse a casa. —El 'señor' —contesta— tiene muy mal genio, y si perdemos un cuarto de día corremos el peligro de que nos despida."

Y otro (sir D. Barry, *Evid.*, p. 44):

Thomas MacDurt, obrero, se siente con fiebre, pero "no puede quedarse en casa más de cuatro días por temor a perder su trabajo".

En casi todas las fábricas sucede lo mismo. Al llegar a la pubertad, las obreras jóvenes sufren una serie de trastornos especiales. En algunas, sobre todo en las mejor alimentadas, el calor de la fábrica hace que la menstruación se presente antes del tiempo indicado, y hay muchachas

que se convierten en mujeres entre los 12 y los 14 años. Roberton, el citado partero, de quien el Informe fabril nos dice que era el más acreditado comadrón de Manchester, habla en el *North of England Medical and Surgical Journal* del caso de una muchacha de once años que había quedado embarazada y dice que en Manchester no era raro que diesen a luz jóvenes de 15 años. En estos casos, el calor de la fábrica produce los mismos efectos que el ardor del trópico y, lo mismo que ocurre en estos climas, el prematuro desarrollo se venga con un envejecimiento y un embotamiento también prematuros. Sin embargo, son también frecuentes los casos de un desarrollo sexual contenido del cuerpo humano: los pechos no se desarrollan o tardan mucho en desarrollarse (v. ejemplos en Cowell, p. 35), la menstruación no aparece hasta los 17 o los 18 años, a veces incluso hasta los 20, o no llega a presentarse (Dr. Hawkins, *Evid.*, p. 11; Dr. Loudon, p. 14, etc.; sir D. Barry, p. 5, etc.). Se dan con mucha frecuencia casos de menstruación anormal, con muchos dolores y trastornos, sobre todo con clorosis, de lo que nos hablan, coincidentes, todos los informes médicos.

Como es natural, los niños que traen al mundo estas mujeres, sobre todo si se ven obligadas a trabajar durante el embarazo, no pueden ser sanos y fuertes. Por el contrario, los informes de Manchester, sobre todo, nos los presentan como niños débiles y enfermizos, y solamente Barry afirma que son sanos, aunque dice que en Escocia, donde él realizó trabajos de inspección, *casi ninguna mujer casada trabajaba*; además, allí la mayoría de las fábricas, con excepción de las de Glasgow, se hallan en el campo, lo que contribuye en mucho a la salud de los niños. Los niños de obreros, en los alrededores de Manchester, se crían casi todos sanos y hermosos, mientras que los de la ciudad son, en general, pálidos y escrofulosos; pero, de los nueve años en adelante, aquellos niños van perdiendo sus colores, en cuanto entran a trabajar en la fábrica, y poco después ya no se distinguen en nada de los niños criados en la ciudad.

Pero, además, ciertas ramas del trabajo fabril son especialmente dañinas para el trabajador. En muchos talleres de las hilanderías de algodón y de lino flotan multitud de hilachas y polvillo que producen trastornos de los órganos respiratorios, sobre todo en las salas de cardado y tamizado. Algunos organismos pueden soportarlo, otros no. Pero al obrero no le dan a escoger; tiene que trabajar en la sala en que le ofrecen trabajo, aunque su pecho no tolere el aire que allí se respira. Las consecuencias más usuales de ella son: esputos con sangre, respiración más pesada y silbante, dolores de pecho, tos, insomnios, en una palabra, todos los síntomas del asma, que, en el peor de los casos, acaba en tisis (*Cf.* Stuart, pp. 13, 70, 101; Mackintosh, p. 24, etc.; Power, *Rpt. on Nottingham* [Informe sobre Nottingham], sobre Leeds, Cowell, p. 33 etc.; Barry, p. 2 (cinco casos en una sola fábrica), pp. 17, 44, 52, 60, etc., y también en su informe; Loudon, pp. 13, etc., etc.). Especialmente malsana es la operación de hilar la hebra humedecida, que corre a cargo de muchachas y de niños. El agua les salpica de los husos al cuerpo; sus ropas, de medio cuerpo para arriba, están completamente

empapadas y el suelo constantemente encharcado. Aunque en menor grado, lo mismo ocurre en las salas de doblaje de las fábricas de algodón, y ello trae como consecuencia constantes enfriamientos y enfermedades de los bronquios y del pulmón. Todas las obreras de las fábricas, y especialmente las que trabajan en los talleres a que acabamos de referirnos, tienen un tono de voz bronco y áspero. Stuart, Mackintosh y sir D. Barry hablan en los términos más condenatorios de lo malsanos que son estos trabajos y de la indiferencia de la mayoría de los patronos hacia la salud de las muchachas que se ocupan de ellos. Otra consecuencia que tienen que sufrir las obreras que trabajan en la hilatura del lino es una característica desviación de los hombros, que hace que sobresalga, sobre todo, el homóplato derecho, por la naturaleza misma del trabajo. Este tipo de hilatura, al igual que el hilado del algodón con la *throstle* provocan con frecuencia enfermedades de la rótula, ya que se emplea la rodilla para detener los husos mientras se empalman las hebras rotas. En estas dos ramas de trabajo, la necesidad de agacharse frecuentemente y la baja posición de las máquinas conducen frecuentemente a detener el crecimiento de las obreras jóvenes. En la sala de *throstles* de la fábrica de algodón de Manchester en que yo trabajé no recuerdo haber visto a una sola obrera alta o de talla normal; todas las que allí trabajaban eran muchachas bajas, mal constituidas y de pecho hundido, decididamente feas por su constitución física.

Pero, aparte de todas estas enfermedades y deformaciones, ciertos trabajos perjudican de otro modo a los miembros y a la integridad física de los obreros. El trabajo entre las máquinas ocasiona gran cantidad de accidentes de mayor o menor gravedad y que, además, incapacitan total o parcialmente al obrero para seguir ejerciendo la misma tarea. Lo más frecuente es que se pierda parte de un dedo, pero también, aunque no con tanta frecuencia, el dedo entero, varios dedos de la mano o la mano entera, un brazo, etc., triturado por los engranajes de la máquina. Generalmente, estos accidentes, por leves que sean, se guardan en silencio y, muchas veces, causan la muerte del trabajador. En las calles de Manchester podemos ver, aparte de los tullidos de que más arriba hablábamos, a gran número de gentes mutiladas, a las que les falta medio brazo o un brazo entero, un pie, media pierna, etc., como si se tratase de soldados que acaban de venir de la guerra. La parte más peligrosa de las máquinas son las correas, encargadas de transmitir la fuerza motriz del eje a los distintos mecanismos, sobre todo cuando tienen abrazaderas, que, por esta razón, van desapareciendo. El obrero al que pilla una de estas correas se ve arrastrado por ella con una velocidad vertiginosa, lanzado contra el techo y contra el suelo con tal fuerza, que rara vez le queda un hueso del cuerpo sano, y muere inmediatamente. Entre el 12 de junio y el 3 de agosto de 1844, el *Manchester Guardian* informaba de los siguientes accidentes *graves* (pues los leves pasaban inadvertidos): el 12 de junio murió en una fábrica de Manchester, de un trismo, un obrero joven, cuya mano quedó triturada entre las ruedas. El 15 de junio, en Saddleworth, otro joven fue lanzado por una correa y murió, des-

trozado. El 29 de junio, otro obrero joven que trabajaba en una fábrica de maquinaria de Greenacres Moor, cerca de Manchester, cayó debajo de una muela de afilar y salió con dos costillas rotas y lleno de magulladuras. El 24 de julio, murió en Oldham una muchacha, a la que una correa hizo dar cincuenta vueltas, sin dejarle un solo hueso sano. El 27 de julio, en Manchester, otra muchacha cayó en el *blower* (la primera máquina en que entra el algodón en bruto) y murió, a consecuencia de las heridas y amputaciones recibidas. El 3 de agosto, en Dukinfield, murió un tornero de bobinas, arrastrado por una correa, con todas las costillas rotas. El hospital de Manchester hubo de atender, solamente en un año, el de 1843, 962 casos de heridas y amputaciones causadas por las máquinas de las fábricas, y el número total de accidentes, aparte de éstos, registrados por el mismo hospital fue de 2 426, lo que quiere decir que tocaron a dos accidentes causados por las máquinas por cada cinco de otra clase. Y no se incluyen aquí los accidentes producidos en Salford, como tampoco figuran en este número los atendidos por los médicos particulares. En estos casos, aunque el accidente deje al obrero totalmente incapacitado, el fabricante paga a lo sumo los gastos de médico y medicinas o, si se ve muy apurado, indemniza al obrero siniestrado los salarios correspondientes al tiempo que tarde en curarse; qué sucede con la víctima en caso de incapacidad total para seguir trabajando, es cosa que a él no le afecta.

El Informe fabril dice, refiriéndose a esto, que el fabricante debe responder en todos los casos, pues los niños no saben protegerse y los adultos se cuidan de hacerlo, en su propio y personal interés. Pero, como, al fin y al cabo, los redactores de estos informes son también burgueses, no pueden por menos de contradecirse y hablan sin ton ni son de la "negligente temeridad" (*culpable temerity*) de los obreros. No importa. La cosa está clara. Si los niños *no pueden* protegerse, debe prohibirse que trabajen en las fábricas. Y si los adultos no están en condiciones de protegerse *debidamente*, una de dos: o están al mismo nivel cultural de los niños, que no les permite apreciar el peligro en toda su gravedad —¿y quién es responsable de ello si no la burguesía, al colocarlos en una situación en que *no pueden* realmente cultivarse?—, o las máquinas están mal instaladas y deben protegerse con cercos o dispositivos protectores, cosa que incumbe hacer al patrono. Y cabe también la posibilidad de que el obrero se vea impulsado por motivos que contrarresten el peligro que lo amenaza, que se vea obligado a trabajar de prisa para ganar más, que no tenga tiempo de tomar las medidas de precaución necesarias, etc., en cuyo caso es también responsable el fabricante. Por ejemplo, muchos accidentes se producen por limpiar las máquinas en pleno funcionamiento. ¿Por qué? Porque el fabricante pretende obligar a los obreros a hacerlo durante las horas libres, cuando las máquinas están paradas, y los obreros, como es natural, no se prestan a ello, pues no les da la gana de que se merme su tiempo libre. Cada hora libre es tan valiosa para el obrero, que prefiere poner su vida en peligro dos veces a la semana que sacrificar su tiempo libre al patrono. No hay más que obli-

gar a éste a descontar de la jornada de trabajo el tiempo necesario para limpiar las máquinas y podemos estar seguros de que a ningún obrero se le pasará por las mientes ponerse a limpiar las máquinas en marcha. En una palabra, por cualquier lado que se vea la cosa, la culpa es siempre del fabricante, al que hay que exigir que, en el mejor de los casos, socorra de por vida al obrero que quede incapacitado para el trabajo y, en caso de muerte, indemnice a su familia. En los primeros tiempos de la industria, los accidentes eran relativamente mucho más numerosos que ahora, por las diferentes características de la maquinaria, pues las máquinas eran peores, más pequeñas, se hallaban más aglomeradas y no tenían ninguna protección. Pero, como los datos anteriores demuestran, todavía hoy siguen siendo lo bastante numerosas y hallándose lo bastante mal protegidas para que este estado de cosas, a la vista de tantos accidentes, heridas y mutilaciones, deba inspirar serios cuidados y dejen de morir en pleno trabajo tantos seres humanos en beneficio de una sola clase, como consecuencia de desgracias achacables solamente a la responsabilidad de los explotadores.

¡Hermoso cuadro de enfermedades, provocadas todas ellas, pura y simplemente, por la avaricia de la burguesía! Mujeres incapacitadas para tener hijos, niños tullidos o deformados, hombres decrépitos, miembros tronchados, generaciones enteras arruinadas, infestadas con el morbo de la enfermedad o condenadas al agotamiento, y todo ello exclusivamente para que la burguesía aumente sus ganancias. Cuando uno lee todos esos casos de barbarie en que los capataces sacan a los niños desnudos de la cama y, con las ropas bajo el brazo, a golpes y a patadas, los arrean hacia la fábrica (v. por ejemplo Stuart, p. 39) y ve cómo se les espabila el sueño a golpes, cómo, a pesar de ello, se quedan dormidos en pleno trabajo, como un pobre niño, todavía sumido en el sueño y después de haber parado la máquina, al oír el grito del capataz, da un salto y, sin abrir los ojos, realiza como un sonámbulo los movimientos de su trabajo; cuando uno lee cómo los niños, demasiado cansados para irse a su casa, se esconden en el cuarto de secado, entre la lana, y se echan a dormir allí, y sólo es posible expulsarlos de la fábrica a correazos, cómo cientos y cientos de muchachos trabajadores vuelven todas las noches a sus casas tan agotados, que ni siquiera prueban un bocado, vencidos por el sueño e inapetentes y sus padres, al llegar, los encuentran arrodillados junto a la cama, tal y cómo el sueño los ha sorprendido, rezando sus oraciones; cuando uno se entera de todo esto y de cien infamias y canalladas más, por la lectura de este Informe, donde todas las declaraciones han sido emitidas bajo juramento y aparecen confirmadas por varios testigos, personas todas ellas de quienes los comisarios responden como gentes honradas y veraces y cuando uno piensa que se trata de un informe "liberal", de un informe de la burguesía, acordado para echar por tierra el anteriormente promovido por los *tories* y para apaciguar la conciencia de los fabricantes, y que los mismos comisarios que han recogido esta información están del lado de la burguesía y relatan, muy a su pesar lo que han escuchado, ¿cómo puede uno no indignarse, no sen-

tirse rabioso contra una clase que tanto se jacta de ser filantrópica y abnegada, cuando en realidad no se preocupa más que de enriquecerse a toda costa? Pero oigamos a la burguesía, tal como se expresa por boca de uno de sus lacayos más distinguidos, el Dr. Ure:

Se dice a los obreros, escribe el Dr. Ure, en la p. 277 de su obra *Philosophy of Manufactures*, que su salario no guarda relación alguna con sus penalidades, destruyendo con ello la buena armonía entre patronos y obreros. En vez de esto, los obreros harían mucho mejor en dar pruebas de dedicación y laboriosidad y alegrarse de las utilidades de sus patrones, pues ello les permitiría llegar a ser, un día, capataces, administradores e incluso asociados en el negocio y, de ese modo (¡oh, sabiduría, hablas como los ángeles!), "fomentarían al mismo tiempo la demanda de trabajo en el mercado". "Si los obreros no fuesen tan levantiscos, *el sistema fabril se habría desarrollado de un modo mucho más beneficioso*." Y luego viene un largo sermón jeremíaco acerca de las muchas dificultades puestas por los trabajadores y, con motivo de una huelga provocada por los obreros mejor pagados, los hilanderos finos, leemos la siguiente simplista manifestación:

"Eran sus altos salarios, en efecto, los que les permitían sostener a un comité a sueldo y cebarse, llevados de su hipertrofia nerviosa, con una dieta demasiado vigorosa y excitante para su trabajo" (p. 298).

Veamos ahora cómo este vocero de la burguesía describe el trabajo infantil:

"He visitado muchas fábricas, en Manchester y sus alrededores, y en ninguna parte he visto a niños maltratados, castigados con penas corporales ni siquiera malhumorados. Todos ellos parecían alegres (*cheerful*) y vivaces (*alert*), recreándose (*taking pleasure*) en el fácil juego de sus músculos, *disfrutando plenamente* de la movilidad tan natural en sus años. La escena del trabajo industrial, muy lejos de suscitar en mi ánimo emociones tristes, me resultaba siempre *estimulante*. Resultaba *delicioso* (*delightful*) ver la agilidad con que aquellos muchachos empalmaban los hilos rotos cuando retrocedía la *mule* en su carril, ver cómo se divertían cuando sus frágiles deditos se mantenían dos o tres segundos en movimiento, cómo *se divertían* en todas las posturas imaginables, hasta que daban fin a sus operaciones. El trabajo de estas *áreas* (*lively*) *sílfides* parecía más bien un *juego*, en el que su entrenamiento les daba una agradable destreza. No se veía en ellos ni asomo de fatiga, pues, cuando salían de la fábrica, corrían a la plaza de juegos más cercana y se ponían a retozar, con la misma vivacidad que si se tratara de muchachos que salieran de la escuela" (p. 301).

(¡Naturalmente, como si todo movimiento muscular no respondiera a una necesidad perentoria para un organismo que ha estado durante una larga serie de horas rígido y, al mismo tiempo, desmadejado! Ure habría hecho bien en aguardar un poco, hasta ver como aquella excitación momentánea desaparecía al cabo de dos o tres minutos. Y, además, no precisamente *a mediodía*, después de cinco o seis horas de trabajo, sino *por la noche*). Cuando se habla de las condiciones de salud

de los trabajadores, los señores burgueses tienen la increíble insolencia de invocar este Informe de 1833, tantas veces citado y extractado por nosotros, como si fuese realmente un testimonio que abona el excelente estado de salud de la clase obrera, tratando de probar mediante citas sueltas y descoyuntadas que entre los obreros no hay ni rastro de escrofulosis y, lo que es verdad, que el sistema fabril los libra de todas las enfermedades agudas (lo que no se nos dice, naturalmente, es que, a cambio de ello, los castiga con todas las enfermedades crónicas). Para comprender la insolencia con que nuestro amigo Ure se permite contarle al público inglés una sarta de mentiras, hay que saber que este Informe consta de tres gruesos volúmenes tamaño folio, que a ningún burgués inglés bien alimentado se le ocurriría estudiar de cabo a rabo.

Veamos ahora cómo el Dr. Ure se expresa acerca de la ley fabril de 1833, concedida por la burguesía liberal y que, como veremos, sólo impone al fabricante las limitaciones más estrictamente indispensables. Nos dice que esta ley, sobre todo en la parte referente a la instrucción escolar obligatoria, es una medida absurda y despótica en contra de los fabricantes. La ley, afirma, ha dejado sin trabajo a todos los niños menores de doce años, y se pregunta: ¿cuáles han sido las consecuencias? Según él, que los niños, expulsados del trabajo fácil y útil que antes desempeñaban, se hayan quedado ahora sin ninguna clase de educación; han sido *arrojados de las salas calientes de la fábrica al aire frío de la calle* y sólo pueden vivir recurriendo a la mendicidad y al robo, vida que, según nos asegura, contrasta dolorosamente con la vida de continuo progreso que antes le ofrecían la fábrica y la escuela dominical. Y concluye que esta ley ha venido a agravar, so pretexto de filantropía, las penalidades de los pobres y a entorpecer o impedir la útil labor que los *concienzudos* fabricantes estaban llevando a cabo (pp. 405, 406 *ss.*).

Los efectos dañinos del sistema fabril comenzaron a atraer la atención general ya desde muy pronto. Hemos hablado ya de la Ley de aprendizaje de 1802. Más tarde, en 1817, el que habría de ser luego fundador del socialismo inglés, Robert Owen, en aquel entonces dueño de una fábrica de New-Lanark (Escocia), comenzó a plantear ante el poder ejecutivo, por medio de una serie de peticiones y memoriales, la necesidad de obtener garantías legales para la salud de los obreros, especialmente de los niños. El hoy difunto sir Robert Peel y otros filántropos se sumaron a él y fueron logrando sucesivamente las leyes fabriles de 1819, 1825 y 1831, de las cuales las dos primeras no llegaron a tener nunca efectividad y la tercera sólo la logró en algún que otro caso.[169] Esta ley de 1831, basada en una propuesta de sir J. C. Hobhouse, disponía que en ninguna fábrica de algodón podrían trabajar personas menores de 21 años en el turno de la noche, es decir, desde las 7 y media de la tarde hasta las 5 y media de la mañana y que en todas las fábricas quedaba prohibido que los jóvenes de menos de 18 años trabajaran más de 12 horas al día y los sábados más de 9. Pero la ley sirvió de poco, porque los obreros no podían comparecer a declarar contra sus patronos sin exponerse a ser despedidos. En las grandes ciudades, donde los obreros

se mostraban más inquietos, los dueños de las fábricas más importantes se pusieron de acuerdo para someterse a la ley, pero también aquí había muchos que, al igual que los del campo, no se preocupaban para nada de ella. Entre tanto, había ido abriéndose paso entre los trabajadores la exigencia de una ley estableciendo la jornada de trabajo de diez horas, es decir, prohibiendo trabajar más de dicho número de horas a los obreros jóvenes menores de 18 años. Los sindicatos obreros, mediante sus campañas de agitación, lograron convertir este deseo en una reivindicación general de la población obrera, y el sector más comprensivo del partido *tory*, encabezado a la sazón por Michael Sadler, hizo suyo este plan y lo llevó ante el parlamento, Sadler logró que se creara un comité encargado de investigar las realidades del sistema fabril, el cual emitió su Informe en la legislatura de 1832. Era un Informe manifiestamente parcial, redactado por enemigos declarados del sistema fabril y con fines partidistas. Sadler, noblemente apasionado, se dejó inducir a toda una serie de afirmaciones falsas y torcidas y por su misma manera de preguntar arrancó a los testigos respuestas que contenían cosas ciertas, indudablemente, pero expresadas bajo una forma errónea. Los fabricantes, indignados con un Informe en que se les presentaba como verdaderos monstruos, pidieron ellos mismos una investigación oficial; sabían que, en *aquellas* condiciones, una información precisa tenía necesariamente que favorecerles; sabían que empuñaban el timón del Estado los *whigs*, auténticos burgueses con quienes se entendían bien y cuyos principios no se avenían a nada que fuera poner coto a la industria, y lograron que fuese nombrada una comisión formada en su integridad por burgueses liberales. El Informe emitido por esta comisión es el que tan reiteradamente hemos venido citando aquí. Este Informe se acerca a la verdad *algo más* que el formulado por el comité Sadler, pero difiere de éste en el sentido contrario. En todas sus páginas se trasluce en él la simpatía por los fabricantes, los recelos contra el Informe Sadler, la aversión por los trabajadores establecidos por su cuenta y por los partidarios de la ley de las diez horas; en ninguna parte reconoce el derecho de los obreros a llevar una existencia humana y a obrar y opinar por su cuenta; les *echa en cara* que, al pedir la ley de las diez horas, lo hacen pensando no solamente en los niños, sino también en ellos mismos; tilda a los agitadores obreros de demagogos, gentes de mala voluntad y perversas intenciones, etc.; en una palabra, toma partido por la burguesía. Pero, a pesar de todo ello, no puede limpiar de culpas a los fabricantes y hace recaer sobre éstos, a base de sus propias confesiones, un cúmulo tal de monstruosidades, que, incluso después de este Informe, resultan plenamente justificados la agitación en pro de la jornada de diez horas, el odio de los obreros contra los patronos y los más duros calificativos del comité en contra de éstos. Con la diferencia de que, mientras el Informe Sadler los acusaba de franca y descarada brutalidad, las cosas se presentan ahora de modo que esta brutalidad se envuelva en los cendales de la civilización y el sentido de humanidad. No en vano el Dr. Hawkins, comisario médico para la región de Lancashire, se declara resueltamente

favorable a la ley de las diez horas, ya desde las primeras líneas de su informe. Y el comisario Mackintosh manifiesta que si su informe no contiene toda la verdad ello se debe a que no es fácil convencer a los obreros de que atestiguen en contra de sus patronos y a que los fabricantes, por su parte —obligados, por lo demás, a mostrar mayor flexibilidad ante los obreros, por la agitación que entre ellos existe— se prepararon en muchos casos para la visita de la comisión, mandando barrer las fábricas, amortiguando la velocidad de las máquinas, etc. En Lancashire, concretamente, recurrieron al ardid de presentar ante la comisión a los capataces de taller como "obreros" que atestiguaran en favor del sentido humano de los fabricantes, de las condiciones sanitarias del trabajo y de la indiferencia e incluso la hostilidad de los trabajadores con respecto a la jornada de diez horas. Pero estos capataces no son, en realidad, tales trabajadores, sino desertores de la clase obrera, vendidos a la burguesía por un salario más alto y que luchan contra los obreros en interés de los capitalistas. Hacen suyos los intereses de la burguesía y ello explica por qué los obreros los odian todavía más, si cabe, que a los propios fabricantes.

A pesar de todo, el Informe ofrece elementos más que suficientes para poder denunciar el desprecio descarado que la burguesía de las fábricas siente por sus obreros y poner de manifiesto en todo lo que tiene de inhumano la repugnante infamia del sistema industrial basado en la explotación. Nada tan indignante como ver, en este Informe, enumeradas minuciosamente, la larga serie de enfermedades y deformaciones causadas por el exceso de trabajo, mientras, por otra parte, a base de los fríos cálculos económicos de los fabricantes, se trata de demostrar, incluso a veces con números, que los patronos irían al desastre, y con ellos toda Inglaterra, si se tratare de impedir que, año tras año, quedaran en el país tantos más cuantos niños tullidos. Solamente el descarado lenguaje del señor Ure, del que acabamos de ver algunas muestras, puede resultar más indignante, por no decir que más ridículo.

Este Informe trajo como consecuencia la ley fabril de 1833, que prohibía el trabajo de niños menores de nueve años (con excepción de las fábricas de seda), reducía a 48 horas en toda la semana o a un máximo de 9 horas diarias el trabajo de los adolescentes, entre los 9 y los 13 años, y a 69 horas semanales o un máximo de 12 diarias el de los jóvenes de 14 a 18 años, estableciendo un mínimo de hora y media de descanso para las comidas y reiterando la prohibición del trabajo nocturno para todas las personas menores de 18 años. Al mismo tiempo, se prescribía un periodo obligatorio de dos horas diarias para que los muchachos menores de 14 años asistieran a la escuela y se castigaba con multas al fabricante que admitiese al trabajo a cualquier niño sin certificado de edad extendido por el médico de la fábrica y sin el atestado de asistencia escolar firmado por el maestro. El patrono podía retener un penique a la semana del salario del niño, con destino al maestro. La citada ley instituyó, asimismo, médicos e inspectores fabriles autorizados para visitar la fábrica en cualquier momento, interrogar bajo juramento a los

trabajadores y denunciar ante el juez de paz todos los casos de inobservancia de la ley. En esto consiste, en líneas generales, la ley contra la que pone el grito en el cielo el Dr. Ure.

Esta ley, y sobre todo el nombramiento de inspectores, ha traído como consecuencia el que la jornada de trabajo se haya reducido, por término medio, a doce o trece horas diarias y el que se sustituyera, mal o bien, a los niños que trabajaban en las fábricas. Desaparecieron con ello casi en su totalidad los atropellos más clamorosos; dejaron de darse los casos de deformación física que tanto abundaban antes y que ahora sólo se manifiestan en las constituciones más débiles y enfermizas. En general, las consecuencias negativas del exceso de trabajo no se revelan ya de un modo tan escandaloso. Sin embargo, en el Informe fabril quedan todavía abundantes testimonios de que en las fábricas e incluso tratándose de individuos que, según los preceptos taxativos de la ley de sir J. C. Hobhouse, sólo deben trabajar doce o trece horas como máximo, se dan todavía, con harta frecuencia, una serie de males menos graves, tales como hinchazón de los tobillos, debilidad y dolores de piernas, caderas y columna vertebral, várices, úlceras en las extremidades inferiores, abatimiento general y, sobre todo, trastornos del aparato digestivo, tendencias a los vómitos, inapetencia combinada con un hambre voraz, malas digestiones, hipocondría y, en muchos casos, dolencias de tipo bronquial o pulmonar causadas por el polvo y la atmósfera viciada de las fábricas, etc., etc. En este punto, deben consultarse sobre todo los informes de Glasgow y de Manchester. Todos estos males a que nos referimos siguen en pie a pesar de la ley de 1833 y siguen minando todavía la salud de los trabajadores. Se ha procurado que la brutal avaricia de la burguesía revista formas más hipócritas y civilizadas, que el brazo de la ley impida al fabricante seguir cometiendo tropelías tan escandalosas como antes, dándole con ello pie para jactarse de su generosa filantropía. A eso se reduce todo. Si hoy visitara las fábricas una nueva comisión investigadora se encontraría, sobre poco más o menos, con la misma situación. Por lo que se refiere a las extemporáneas normas sobre la instrucción obligatoria, hay que decir que han resultado ser, prácticamente, inoperantes, ya que el gobierno no se ha preocupado, al mismo tiempo, por mejorar y multiplicar las escuelas. Los fabricantes, por su parte, se han limitado a designar como maestros a unos cuantos obreros jubilados, enviándoles a los niños durante dos horas del día y que, fuera de las letras del alfabeto, no tienen nada que enseñarles. Incluso los informes de los inspectores, aunque se ciñen a lo que es su cometido, es decir, a la observancia de la ley fabril, contienen datos y elementos suficientes para deducir que los males a que más arriba nos referíamos siguen en pie. Los inspectores Horner y Saunders cuentan en sus informes de octubre y diciembre de 1843 que hay muchos fabricantes que, en aquellas ramas de trabajo en que puede prescindirse del trabajo de los niños o sustituirse a éstos por gentes adultas desocupadas, se hace trabajar a los obreros de 14 a 16 horas diarias. Entre ellos figuran muchas veces jóvenes amparados por las normas de la ley. Otros infringen di-

rectamente los preceptos legales, acortan las horas libres, obligan a los niños a trabajar más tiempo del autorizado y no les preocupa que se les denuncie, pues las multas a que se les puede condenar son insignificantes, en relación con el beneficio que la transgresión de la ley supone para ellos. Sobre todo en los días que corren, en que los negocios marchan bien y en que, por tanto, es mayor la tentación de hacer que los obreros trabajen más.

Entre los trabajadores, sin embargo, proseguía la agitación en pro de la jornada de diez horas; en 1839 volvía a estar en pleno auge y el puesto del difunto Sadler en la Cámara de los Comunes lo ocupaba ahora lord Ashley, a cuyo lado aparecía Richard Oastler, ambos *tories*. Oastler sobre todo, quien no había dejado de agitar, ya desde los días de Sadler, en los distritos obreros, era el gran favorito de los trabajadores. Le llamaban siempre "el buen rey viejo", el "rey de los hijos de las fábricas" y apenas habrá en todos los distritos fabriles un solo niño que no lo conozca y lo venere, que no salga a recibirlo en procesión con los demás cuando llega a su ciudad. También Oastler se opuso enérgicamente a la nueva Ley de pobres, lo que le valió ser procesado como deudor suyo por un tal Thornhill, terrateniente *whig*, de cuya finca era administrador. Varias veces le propusieron los *whigs* pagar sus deudas y favorecerle en todo, siempre y cuando que se comprometiera a cejar en su oposición contra aquella ley. En vano. Oastler siguió en la cárcel, desde la cual lanzaba a la calle sus "*Fleet papers*"[170] contra el sistema fabril y la Ley de pobres.

El gobierno *tory* que ocupaba el poder en 1841 volvió a concentrar su atención sobre las leyes fabriles. El ministro del Interior, sir James Graham, presentó en 1843 un proyecto de ley por el que se reducía a 6 horas y media el trabajo de los niños y se reforzaban los preceptos sobre la enseñanza obligatoria; pero el objetivo fundamental de este proyecto era la creación de mejores escuelas. El proyecto se estrelló, sin embargo, contra los recelos de los *dissenters*;[c] aunque, para los hijos de éstos, la enseñanza obligatoria no se hiciera extensiva a la religión, se trataba de colocar las escuelas bajo la tutela de la Iglesia anglicana y, en vista de que se pretendía que la Biblia fuese libro de lectura obligado, haciendo por tanto de la religión la base de toda la enseñanza, los *dissenters* se consideraron amenazados por el nuevo proyecto de ley. Los fabricantes y los liberales en general se unieron a ellos y los obreros estaban divididos con motivo del problema eclesiástico, lo que explicaba su pasividad. Las peticiones en contra del proyecto de ley allegaron cerca de dos millones de firmas, a pesar de que la oposición fue derrotada en las grandes ciudades fabriles, por ejemplo en Salford y Stockport, y en otras, como Manchester, por miedo a los obreros, sólo fue posible atacar algunos puntos del proyecto. Graham, asustado, retiró su proyecto de ley. Al año siguiente, renunció a los preceptos relativos a las escuelas y restringió su proyecto, limitando a 6 horas y media el trabajo de los muchachos entre los 8 y los 13 años, de tal modo que tuviesen libre

c Disidentes, protestantes, que no pertenecen a la Iglesia anglicana de Estado.

toda la mañana o toda la tarde, circunscribiendo a doce horas la jornada de trabajo de los jóvenes de 13 a 18 años y poniendo, además, ciertas cortapisas a las transgresiones frecuentes a la ley.

Apenas había vuelto Graham a la carga cuando la campaña de agitación en pro de la jornada de diez horas se recrudeció con más fuerza que nunca. Oastler fue puesto en libertad, gracias a la ayuda de un grupo de amigos y a una colecta que se hizo para pagar sus deudas, y se lanzó al movimiento con redoblada fuerza. Los defensores del proyecto de las doce horas en la Cámara de los Comunes habían ido en aumento, fortalecidos por el alud de peticiones en apoyo de dicho proyecto de ley que constantemente llegaban a la Cámara, y el 19 de marzo de 1844 logró lord Ashley que se aprobara, por 179 votos contra 170 una enmienda según la cual, en la Ley fabril, la palabra "noche" significaría el periodo de tiempo comprendido entre las seis de la tarde y las seis de la mañana siguiente, es decir, que la prohibición del trabajo nocturno, incluyendo las horas libres, se fijaba en 12 horas o en 10, si las horas libres se descontaban. Pero el gabinete no estaba de acuerdo. Sir James Graham comenzó amenazando con una dimisión del gobierno y, a la siguiente votación sobre un artículo del proyecto, la Cámara, por una pequeña mayoría, denegó tanto las diez horas como las doce. En vista de ello, Graham y Peel declararon que presentarían un nuevo proyecto de ley y, que si éste no era aprobado, dimitirían. El nuevo proyecto era exactamente el mismo de las doce horas que había sido retirado con anterioridad, aunque bajo una forma nueva, y la misma Cámara que en marzo había rechazado este proyecto en sus puntos fundamentales lo aceptaba ahora, en mayo, aunque era, en lo sustancial, el mismo. Ello se debió, evidentemente, a que la mayoría de los defensores del proyecto de ley de las diez horas eran *tories*, y preferían que cayese la ley, y no el gobierno; pero, cualesquiera que fuesen los motivos, lo cierto es que, con estas votaciones, cada una de las cuales echaba por tierra la anterior, la Cámara de los Comunes ganó el desprecio de todos los trabajadores y que, de este modo, ella misma se encargaba de confirmar palmariamente la necesidad de una reforma, tal como la proclamaban los cartistas. Tres diputados que antes habían votado en contra del gobierno votaron ahora a su favor, y lo salvaron. El grueso de la oposición votaba todas las veces *en pro* del gabinete y el grueso de los ministeriales *en contra*.[d] Habían quedado, pues, sancionados como ley las propuestas de Graham indicadas más arriba, limitando a 6 horas y media y 12 horas y media, respectivamente, la jornada de trabajo de aquellas dos categorías de obreros, con lo que, unido a las trabas puestas a la reposición del tiempo perdido (por averías en las máquinas o por la escasez de agua en caso de helada o de sequía) y otras restricciones, resultaba punto menos que imposible alargar la jornada de trabajo a más de doce horas. Pero no cabe la menor duda de que la ley de las diez

[d] Como es sabido, la Cámara de los Comunes se puso también en evidencia, en la misma legislatura, con motivo de la cuestión del azúcar, al votar primeramente en contra y más tarde, cuando el gobierno sacó el "látigo", a favor.

horas prosperará en breve tiempo. Como es natural, casi todos los fabricantes están en contra de ella y no creo que lleguen a diez los que la apoyen; todos ellos han puesto en juego los recursos con que cuentan, lícitos e ilícitos, en contra de este proyecto de ley, que odian con toda su alma pero con ello sólo conseguirán ganarse cada vez más el aborrecimiento de los trabajadores. El proyecto triunfará, ya que, cuando éstos *quieren* algo, lo consiguen, y que realmente quieren llevar adelante el proyecto de ley de las diez horas lo han demostrado en la pasada primavera. Los argumentos de carácter económico esgrimidos por los fabricantes, cuando sostienen que la ley de las diez horas aumentará los costos de producción, incapacitando con ello a la industria inglesa para hacer frente a la competencia extranjera, que los salarios bajarán necesariamente, etc., son *fundados a medias*, pero sólo prueban una cosa, y es que la prosperidad industrial de Inglaterra se basa exclusivamente en el trato bárbaro dado a los obreros, en la postergación física y espiritual de generaciones enteras. Naturalmente, Inglaterra se arruinaría si la ley de las diez horas se aprobara definitivamente; pero como esa ley acarreará necesariamente otras medidas que llevarán al país por derroteros completamente distintos de los seguidos hasta ahora, representará en realidad un progreso.

Pasemos ahora a otro aspecto del sistema fabril que no es tan fácil eliminar por medio de preceptos legislativos, como ocurre con las enfermedades causadas por él. Hemos hablado en general de la clase de trabajo de que se trata, y lo hemos hecho con el pormenor necesario para poder sacar ahora alguna conclusión. La vigilancia de las máquinas, la ocupación de empalmar las hebras rotas, en la hilatura, no son precisamente actividades que reclamen el pensamiento del obrero, pero, al mismo tiempo, le impiden ocupar el espíritu en otras cosas. Y hemos visto también que estos trabajos no permiten tampoco ejercitar los músculos, no dan pie para ninguna actividad de orden físico. No se trata, en realidad, de un trabajo propiamente dicho, sino de la ocupación más aburrida, más mortificante y aplanante que pueda concebirse; el obrero fabril se ve condenado a ver cómo sus energías físicas y espirituales se malogran totalmente en medio de este hastío y la misión que se le asigna consiste, a partir de los ocho años, en aburrirse el día entero al pie de una máquina. Pero, además, no puede abandonar su puesto ni un minuto, pues la máquina de vapor funciona todo el día, el ruido de los engranajes, las correas y los husos le aturden todo el tiempo los oídos, y si trata de descansar un solo instante, se le echa encima el capataz, con el cuaderno de multas en la mano. El trabajador experimenta como la mayor de las torturas la sensación de verse enterrado en la fábrica de por vida, sin poder apartar la mirada de la incansable máquina puesta a su cuidado. Y ello embota en el más alto grado tanto el cuerpo como el espíritu del trabajador. Realmente, no sería fácil descubrir método más apropiado para embrutecer al hombre que el trabajo fabril y si, a pesar de ello, los obreros de las fábricas, lejos de perder su inteligencia, la desarrollan y aguzan más que otras clases de la sociedad, ello

se debe a que saben rebelarse contra su suerte y contra la burguesía, que es lo único en que piensan y lo único que sienten cuando trabajan. Cuando la indignación contra el explotador no es el sentimiento dominante en el obrero, éste se ve inevitablemente arrastrado a la bebida y cae en lo que suele llamarse la desmoralización. El comisario oficial Hawkins consideraba ya que el relajamiento físico y toda la serie de enfermedades que el sistema fabril ha generalizado bastaban para justificar la desmoralización de las víctimas de este sistema, y con mayor razón aún, naturalmente, si a ello se añaden el relajamiento espiritual y las circunstancias ya mencionadas que aquí se hacen sentir y que no pueden por menos de desmoralizar a *cualquier* trabajador. No es, por tanto, de extrañar que en las ciudades fabriles alcancen la embriaguez y el libertinaje sexual, como ya hemos visto, un grado verdaderamente aterrador.[e]

Continuemos. Es el sistema fabril lo que mejor pone de manifiesto la esclavitud que la burguesía impone al proletariado. En él cesa, jurídicamente y de hecho, toda libertad. El trabajador tiene que presentarse en la fábrica a las 5 y media de la mañana; si llega dos minutos más tarde, es multado, y si el retraso es de media hora no se le permite entrar hasta después de la hora del desayuno y pierde un cuarto de día de salario (a pesar de que deja de trabajar solamente dos horas y media de las doce). Tiene que comer, beber y dormir cuando se le ordena. Para satisfacer las necesidades más apremiantes, dispone del tiempo mínimo que en ellas cabe emplear. Al fabricante le tiene sin cuidado que viva a media hora o una hora de la fábrica. El toque despótico de la sirena lo arranca de la cama y lo aparta del desayuno y de la comida de mediodía.

¡Y no digamos cómo se le trata en la fábrica! El fabricante es aquí legislador absoluto. Dicta los reglamentos fabriles que se le antojan; enmienda y adiciona su código particular como le viene en gana; y si se le ocurre poner en él las cláusulas más disparatadas, los tribunales le dicen al obrero:

[e] Escuchemos, acerca de esto, otro testimonio muy autorizado: "Esta espantosa desmoralización no se nos hará tan sorprendente si tenemos en cuenta el ejemplo que dan los irlandeses, puesto en relación con el trabajo abrumador que pesa sobre toda la clase obrera condenada a trabajar en las fábricas de algodón. Un trabajo sostenido y agotador, desempeñado día tras día y año tras año no es lo más indicado para desarrollar las dotes intelectuales y morales del hombre. La triste rutina de un interminable tormento de trabajo (*drudgery*), en que el obrero repite una y otra vez el mismo proceso mecánico, se parece mucho al tormento de Sísifo; la carga abrumadora del trabajo, al igual que la roca de la fábula, recae constantemente sobre las fatigadas espaldas del obrero. El trabajo incesante de los mismos músculos no requiere conocimiento alguno ni el menor esfuerzo mental; la inteligencia del obrero dormita en una torpe inercia, mientras la parte más tosca de su naturaleza se desarrolla de un modo exuberante. Condenar al hombre a este tipo de trabajo equivale a fomentar en él las cualidades animales. De este modo, el trabajador se torna por fuerza apático y repele los impulsos y costumbres propios de su especie. Se vuelve de espaldas a los refinamientos y los lados agradables de la vida, se hunde en la más sucia de las miserias, come solamente porquerías y derrocha el resto de lo que gana en emborracharse y en andar con mujeres." *Dr. J. P. Kay, l. c.*

"Eres dueño de tu voluntad y nadie te obligaba a firmar, si no querías semejante contrato; pero, habiéndolo firmado libre y voluntariamente, tienes que someterte a él."

Es decir, que el juez, que es también un burgués, y la ley, dictada por la burguesía se burlan, encima, del trabajador. Fallos como éste se pronuncian todos los días. En octubre de 1844, los obreros de la fábrica de Kennedy, en Manchester, se pusieron en huelga. El patrono los demandó, basándose para ello en un aviso pegado en la fábrica, según el cual ¡no tenían derecho a rescindir el contrato más de dos obreros de cada taller al mismo tiempo! Y los tribunales le dieron la razón, emitiendo en contra de los obreros el fallo anterior (*Manchester Guardian*, 30 de octubre). Estas reglas son el pan de cada día. Oigamos: *1*) Las puertas de la fábrica se cerrarán 10 minutos después de comenzar el trabajo y ningún obrero podrá entrar hasta después del desayuno; los que se presenten pasados los dichos 10 minutos perderán, como multa, 3 peniques por cada telar. *2*) Cualquier tejedor (asignado a un telar mecánico) que se ausente en otro momento, mientras la máquina está en marcha, será multado con 3 peniques por cada hora de ausencia y por cada telar que deba atender. Quien salga del taller durante las horas de trabajo sin permiso del capataz pagará también una multa de 3 peniques. *3*) El tejedor que no disponga de tijeras perderá como multa 1 penique diario. *4*) El tejedor deberá pagar todas las canillas, los capillos, aceiteras, las ruedas, ventanas, etc., que rompa. *5*) Ningún obrero podrá dejar el trabajo *sin aviso previo, que deberá formular con una semana de antelación.* El fabricante podrá despedir al obrero *sin aviso previo* por mal trabajo o mala conducta. *6*) El obrero a quien se encuentre *hablando* con otro, *cantando* o *silbando* pagará 6 peniques de multa. Y la misma multa deberá abonar quien se aleje de su puesto durante el trabajo.[f] Y tengo a la vista también otro reglamento fabril según el cual a todo el que se presente al trabajo con tres minutos de retraso se le descontará un cuarto de hora y a quien llegue veinte minutos tarde un cuarto de día de salario. Quien no esté presente en el desayuno será multado con 1 penique, los lunes, y con 6 peniques los demás días de la semana, etc., etc. Estas cláusulas están tomadas de las *Phoenix Works*, en Jersey Street, Manchester.

Se me dirá que estas reglas son necesarias para asegurar, en una fábrica grande y bien organizada, el necesario acoplamiento de las diferentes manipulaciones; se dirá que, en las fábricas, como en el ejército, es necesaria una rigurosa disciplina. Admitamos que así sea, pero, ¿qué clase de orden social es éste, que no puede mantenerse más que recurriendo a tan escandalosa tiranía? Una de dos: o el fin justifica los medios o está perfectamente justificado el inferir del detestable carácter de los medios el detestable carácter del fin. Por lo demás, quien haya sido soldado sabe lo que significa encontrarse, aunque sea por poco tiempo, sujeto a la disciplina militar, y estos obreros se hallan conde-

[f] *Stubborn Facts*, pp. 9 ss.

nados a vivir bajo la férula física y espiritual desde los nueve años hasta que mueren, su esclavitud es peor que la de los negros en América, pues se hallan sometidos a una vigilancia más estricta, ¡y encima se exige de ellos que vivan humanamente, que piensen y sientan como personas! Volvemos a decirlo: estos hombres no pueden por menos de sentir un odio feroz contra sus opresores y contra el orden de cosas que los coloca en semejante situación, degradándolos inhumanamente al plano de las máquinas.

Pero aún es más escandaloso que haya, según testimonio *general* de los obreros, gran número de fabricantes que, con el más implacable rigor, arranquen a los trabajadores las multas en dinero que se les imponen con la finalidad de aumentar sus ganancias a costa de los peniques robados a los míseros proletarios. El propio Leach afirma que, muchas veces, al llegar a la fábrica, el obrero se encuentra con que han adelantado el reloj un cuarto de hora, encontrado ya cerradas las puertas, mientras el escribiente, dentro del local, se pasea con el cuaderno de multas en la mano, listo para apuntar al gran número de trabajadores que no están en sus puestos. Y nos dice que un día contó a 95 obreros detenidos a la puerta de una fábrica cuyo reloj se *atrasaba* por la noche un cuarto de hora y por la mañana se *adelantaba* otro cuarto de hora con respecto a los relojes públicos de la ciudad. Y en el Informe fabril podemos encontrar cosas parecidas a ésta. En una fábrica se atrasaba el reloj durante las horas de trabajo, para que los obreros tuvieran que trabajar más tiempo del establecido, sin cobrar ni un centavo más; en otra se les hacía trabajar exactamente un cuarto de hora sobre la jornada prescrita, y en otra había un reloj ordinario y un reloj especial encargado de registrar el número de rotaciones del árbol central; si la maquinaria funcionaba lentamente, se computaba el tiempo por el reloj especial, hasta que se completara el número de rotaciones correspondientes a las 12 horas; pero si el trabajo se realizaba a buen ritmo, completándose la cifra antes de tiempo, los obreros tenían que seguir trabajando hasta el final de las doce horas. Y el testigo añade que sabía de algunas muchachas que, manteniendo un buen ritmo, trabajaban horas extras, y que preferían echarse en brazos de la prostitución que resignarse a aquella tiranía (Drinkwater, *Evid.*, p. 80). Cuenta Leach, para volver sobre el tema de las multas en metálico, que pudo observar muchas veces cómo obreras en avanzado estado de embarazo, que se sentaban un momento a descansar eran multadas con 6 peniques por esta transgresión. Las multas por mal trabajo se imponen de la manera más arbitraria; la mercancía tachada por defectuosa se examina en el depósito, donde el jefe de almacén apunta las multas en una lista *sin contar para nada con el obrero* al que se imputa la falta; éste se entera de que ha sido multado cuando se le paga el salario y, para entonces, ya muchas veces ha sido vendida y entregada la mercancía al cliente. Leach nos dice que tiene en su poder un puñado de estas listas de multas, que, empalmadas, mide diez pies de largo y se eleva a una suma de 35 libras, 17 chelines y 10 peniques. Y cuenta que en la fábrica en que se levantó esta lista fue

despedido un jefe de almacén, acusado de apuntar pocas multas, lo que representaba para el fabricante una pérdida de cinco libras semanales (*Stubborn Facts*, pp. 13-17). Y vuelvo a repetir que tengo al autor de estos testimonios por hombre absolutamente honesto e incapaz de mentir.

Pero no es solamente en la fábrica donde el obrero es esclavo de su patrono. Si a éste le gusta la esposa o la hija del trabajador, no tiene más que hacerle una guiñada para que sus encantos se le rindan. Si el fabricante desea cubrir de firmas una petición en favor de los intereses de la burguesía basta con que se la envíe a su fábrica. Si quiere imponer a un candidato al parlamento, envía en fila a sus obreros a las urnas, para que voten por el burgués, quiéranlo o no. Si necesita obtener la mayoría en una asamblea pública, hace que sus obreros abandonen el trabajo media hora antes de lo establecido y procura que se coloquen cerca de la tribuna, para poder vigilarlos debidamente.

Pero hay, además, dos instituciones muy extendidas y que contribuyen en considerable medida a mantener a los trabajadores sumisos al fabricante: el *truck-system* o sistema de *tiendas de la fábrica* y el sistema de los *cottages*. En el lenguaje de los obreros ingleses se llama *truck* a la combinación consistente en pagar el salario en mercancías, tipo de pago en otro tiempo muy generalizado en Inglaterra. El fabricante abre, "para mayor comodidad de los obreros y para defenderlos contra los altos precios de los comerciantes", un economato encargado de venderles, por cuenta del patrono, toda clase de mercancías; y para que el obrero no se sienta tentado a comprar en otras tiendas, donde podría conseguir los artículos más baratos —pues las mercancías del economato, de lo que los ingleses llaman el "*Tommy Shop*", suelen costar un 25 o un 30 por ciento más caras que en otras partes—, en vez de pagarles el salario en dinero, se le entreguen vales para el economato de la fábrica. El descontento general contra este infame sistema provocó, en 1831, una ley prohibiendo y castigando con penas, salvo en casos excepcionales, el pago en mercancías; sin embargo, esta ley, como ocurre con la mayoría de las leyes inglesas, sólo tiene efectividad de vez en cuando. Claro está que en las ciudades, la ley en cuestión es generalmente respetada, pero en el campo el sistema de los economatos de fábrica, directa o indirectamente, sigue en plena vigencia. Y también en la ciudad de Leicester lo encontramos bastante a menudo. Conozco, por lo menos, una docena de casos de condenas impuestas por esta transgresión, recaídas de noviembre de 1843 a junio de 1844, algunas de las cuales aparecieron en el *Manchester Guardian* y otras en el *Northern Star*.[127] Es cierto que este sistema no se practica ahora tan descaradamente como antes; el obrero recibe su salario casi siempre en dinero, pero el fabricante dispone de sobrados medios para obligarle a proveerse en el economato de la empresa, y no en otra parte. Y esto hace que resulte difícil agarrar en renuncio al patrono, el cual puede cometer sus atropellos al amparo de la ley, siempre y cuando que haya entregado realmente el dinero al trabajador. El *Northern Star* de 27 de abril de 1844 publicaba una carta de un obrero de Holmfirth, lugar cercano a Huddersfield, en Yorkshire,

cuya personalísima ortografía es imposible conservar en la traducción, carta dirigida al fabricante Bowers y que dice así:

"Parece imposible que este maldito sistema del *truck* siga rigiendo en tantos sitios, como aquí, en Holmfirth, y que nadie tenga la valentía necesaria para cantarle las cuarenta al fabricante. Son muchos los honrados tejedores manuales que aquí tienen que sufrir por este aborrecido sistema, aquí tenemos una prueba de la nobleza de alma de esa pandilla de los señores partidarios del comercio libre.[g] Hay aquí un fabricante llamado Welger que tiene metidos en un puño a sus pobres tejedores. Cuando le entregan una pieza de paño que vale 34 o 36 chelines, les paga, si acaso, 20 en dinero y el resto en tela para vestidos, y además un 40 o un 50 por ciento más caro de lo que podrían obtenerlo en otro sitio, y por añadidura de mala calidad, aunque, como dice el librecambista Mercurio[h] nadie les obliga a tomarlo. ¡Oh, sí! Pero o lo toman o se mueren de hambre. Si quieren el dinero, tienen que pasarse de 8 a 14 días haciendo cola, hasta que acaban resignándose a recibir los 20 chelines. Esto es lo que llaman el comercio libre. Lord Brougham dice que, cuando somos jóvenes, deberíamos ahorrar para no pasar necesidades en la vejez y tener que recurrir a la Caja de los pobres. Pero si esto no lo dijera un lord pensaríamos que está mal de la cabeza, como los que tienen que pagar nuestro trabajo. Cuando circulaban los periódicos no timbrados, muchos se dedicaban a denunciarnos a la policía. Aquí, en Holmfirth, estaban los Blyths, los Estwoods y otros, pero ¿dónde están ahora? Ahora, nuestros fabricantes se enriquecen con el *truck* y son piadosos librecambistas que visitan la iglesia dos veces cada domingo y repiten con los curas, muy devotamente, que nosotros no obramos como Dios manda, que somos mala gente, pero que el Señor nos ampare" (palabras de la letanía anglicana), "es decir, que los ampare a ellos, para poder seguir pagando a los pobres tejedores con mercancías podridas."

El sistema de los *cottages* presenta un aspecto más inofensivo y ha nacido también de un modo más inocente, aunque contribuye también a esclavizar al trabajador. En el campo, casi nunca hay cerca de la fábrica casas para alojar a los obreros; el fabricante se ve, con frecuencia, obligado a construirlas, y lo hace con gusto, ya que representan para él pingües utilidades sobre el capital invertido. Si los propietarios de estas viviendas obreras perciben anualmente, digamos, el 6 por ciento de su capital, podemos calcular que al fabricante le rinden el doble, ya que, mientras su fábrica no quede parada, puede estar seguro de tener siempre inquilinos y, además, inquilinos que pagan. El fabricante que construye y arrienda viviendas no se expone, por tanto, a ninguna de las dos quiebras a que están sujetos los otros caseros: sus *cottages* no quedan nunca vacíos y no corre el menor riesgo. Por lo demás, el alquiler de estas viviendas se calcula siempre de modo que cubra cualquier quebranto, y si el fabricante cobra los mismos alquileres que los demás, ello quiere decir que, el 12 o el 14 por ciento, hace un buen negocio a costa de sus obreros. Es injusto a todas luces que, cuando el fabricante se dedica al alquiler de viviendas, obtenga a veces el doble de utilidad que sus com-

[g] Se refiere a los secuaces de la Liga anticerealista. [h] Se trata del *Leeds-Mercury* o "Mercurio de Leeds", periódico de la burguesía radical de esta ciudad.

petidores, a los que, además, priva de toda posibilidad de hacerle la competencia. Pero la injusticia se duplica si tenemos en cuenta que esta utilidad sale del bolsillo de la clase desposeída, obligada a mirar por cada centavo; pero, al fin y al cabo ya está acostumbrado a ello, pues toda su riqueza ha salido del sudor de sus obreros. La injusticia raya ya en la infamia cuando el fabricante, cosa que ocurre con harta frecuencia, hace que sus trabajadores, *obligados* a alojarse en las casas de su propiedad so pena de ser despedidos de la fábrica, le paguen un alquiler superior al usual o incluso los obliga a pagar renta por una casa que no habitan. El *"Halifax Guardian"*, citando al periódico liberal *Sun*,[1] afirma que cientos de obreros de Ashton-under-Lyne, Oldham, Rochdale y otros lugares son obligados por sus patronos a pagar alquiler, vivan o no en sus casas. El sistema de los *cottages* se halla generalizado en lo distritos fabriles del campo; ha hecho brotar pueblos enteros y, por lo general, el fabricante no se expone a la competencia de otros caseros, ya que no tiene por qué atenerse a las condiciones puestas por nadie, sino que fija los alquileres a su antojo. Además, en caso de conflictos con los obreros, este sistema confiere al fabricante un enorme poder. Si los obreros abandonan el trabajo, no tiene más que intimarles el desahucio en el plazo legal de una semana; al cabo de ocho días, los obreros no sólo habrán quedado sin pan, sino, además, sin techo, convertidos en vagabundos y a merced de la ley, la que podrá enviarlos por un mes a galeras.

Tal es el sistema fabril, descrito con todo el detalle que el espacio me permitía y con toda la imparcialidad de que puede dar prueba quien tiene que relatar las canalladas de la burguesía contra indefensos trabajadores, hechos ante los cuales no es posible permanecer indiferente, ya que la indiferencia, en este caso, sería un crimen. Comparemos en dos palabras la situación de estos ingleses libres de 1845 con la de los siervos sajones bajo el látigo de los barones normandos de 1145. El siervo era *glebae adscriptus*, vivía adscrito a la gleba; el obrero libre, vive adscrito a su *cottage*. El siervo tributaba a su señor el *jus primae noctis*, el derecho de la primera noche; el obrero libre tributa a su patrono, no sólo eso, sino el derecho de *todas* las noches del año. El siervo no podía adquirir propiedad alguna, pues el señor tenía derecho a quedarse con cuanto le perteneciera; tampoco el obrero libre tiene nada que pueda llamar propio, ni puede adquirirlo, pues se lo impide la competencia, y lo que el señor normando no hacía lo hace el fabricante, quien, por medio del economato de la fábrica (*truck-system*) se arroga diariamente el derecho a administrar el sustento de vida del obrero. Las relaciones entre el siervo y el señor feudal se regían por leyes que debían ser acatadas, porque se ajustaban a las costumbres, y por las costumbres mismas; las relaciones entre el obrero libre y su patrono se rigen por leyes que *no* tienen efectividad, porque no se ajustan a las costumbres ni a los intereses del señor. El señor feudal no podía expulsar al siervo de su terreno, no podía venderlo sin él ni podía, en general, venderlo, puesto que

[1] *Sun* (diario de Londres) de fines de noviembre de 1844.

casi todas las tierras eran de mayorazgo y no existía aún el capital; la moderna burguesía obliga al obrero a venderse a sí mismo. El siervo era esclavo de la finca en la que había venido al mundo; el obrero es esclavo de los medios para satisfacer las necesidades de vida más perentorias y del dinero necesario para adquirirlos: uno y otro son esclavos de las *cosas*. El siervo tenía garantizada su existencia en el orden de la sociedad feudal, que asignaba su puesto a cada cual; el obrero libre no tiene garantía alguna, porque sólo ocupa un puesto en la sociedad cuando la burguesía lo necesita; de otro modo, se le ignora como si no existiera. El siervo se sacrificaba a su señor en la guerra; el obrero fabril se inmola a su patrono en la paz. El señor del siervo era un bárbaro que lo consideraba como una cabeza de ganado, como una bestia; el señor del obrero es una persona civilizada, que lo considera como una máquina. En una palabra, ambos se hallan, sobre poco más o menos, en la misma situación, y si alguno de los dos sale perdiendo en la comparación es el moderno trabajador. Uno y otro son esclavos, con la diferencia de que la esclavitud de uno es franca y desembozada, sincera, mientras que la del otro es una servidumbre hipócrita, pérfida, velada ante los ojos de sí mismo y los de los demás, una servidumbre teológica y, por tanto, peor que la otra, la medieval. Los comprensivos *tories* tienen razón cuando dan a los obreros fabriles el nombre de *white Slaves*, esclavos blancos. Pero la servidumbre hipócrita y recatada reconoce, por lo menos, en apariencia, el derecho a la libertad; se pliega ante la opinión pública amante de la libertad, y en esto reside el progreso histórico de la esclavitud moderna sobre la antigua: en que, por lo menos, se proclama en ella el *principio* de la libertad, que los oprimidos se encargarán de poner en práctica.

Para terminar, recogeremos aquí algunas estrofas de una oda que expresa el punto de vista de los propios obreros sobre el sistema fabril. Se trata de una composición de Edward P. Mead, poeta de Birmingham, en el que gritan justicia los sentimientos de los trabajadores.[171]

Existe un rey, cruel y sanguinario,
Que no es el dulce rey de los poetas.
Muchos esclavos blancos avasalla:
Este feroz tirano es el Vapor.

Tiene brazos de hierro poderosos
Que mueven grandes masas sin cesar
Con una fuerza casi milagrosa
Y hacen brotar millones de la tierra.

Cual el feroz Moloch, su antepasado,
El que reinaba en el valle de Himmón;
Crepita el fuego en su horrísona entraña
Y devora criaturas sin cesar.

Sus sacerdotes, deshumanizados,
Chorrean sangre por sus vestiduras

Y ofician, implacables, en las aras
De aquel dios insaciable que los rige.

Hacen morder el polvo a los humanos
Por el oro maldito de su dios.
El llanto de mujeres y de niños
Es para ellos canto celestial.

Resuena jubiloso en sus oídos
El grito pavoroso del esclavo;
Montones de esqueletos triturados
Llenan el antro del dios insaciable.

Desde que el Vapor reina sobre el mundo
La tierra se ha trocado en un infierno
Y los cuerpos y almas de los hombres
Son pasto y alimento del tirano.

¡Muera el Vapor! ¡Muera el cruel Moloch!
¡Trabajadores! ¡Atadle las manos,
Si no quereis que la humanidad
Sea devorada por sus sucias fauces!

¡Y que sus arrogantes mayordomos,
Chorreando oro, cieno, pus y sangre,
Rindan sus cuentas a los oprimidos
Con el dios implacable al que sirvieron! [1]

[1] No dispongo de tiempo ni de espacio para extenderme acerca de lo que los fabricantes replican, tratando de defenderse de las acusaciones que se les dirigen desde hace doce años. No es posible convencer a estos hombres a quienes ciega la avaricia. Y como, por otra parte, ya más arriba, al hilo de mi exposición, he contestado de pasada a muchas de sus objeciones, sólo me resta decir lo siguiente:

Llega uno a Manchester y se interesa por conocer lo que sucede en Inglaterra. Trae uno, naturalmente, buenas cartas de recomendación para gentes "respetables". Exterioriza algunas opiniones sobre la situación de los obreros. Le presentan a uno a dos o tres de los más conocidos fabricantes liberales, por ejemplo a Robert Hyde Greg, a Edmund Ashworth, a Thomas Ashton. Les dice uno lo que se propone. El fabricante con el que hablamos le comprende a uno perfectamente, sabe lo que tiene que hacer. Nos acompaña a visitar su fábrica en el campo, la del señor Greg en Quarry-Bank, Cheshire, la del señor Ashworth en Turton, cerca de Bolton, la del señor Ashton en Hyde. Nuestro anfitrión nos acompaña en el recorrido por sus dominios; nos muestra un espléndido edificio, bien instalado y provisto tal vez, incluso, de ventiladores; nos llama la atención hacia las salas, altas de techo y aireadas; nos enseña las hermosas máquinas y nos señala de vez en cuando un obrero con aspecto saludable. Nos obsequia con un excelente desayuno y nos propone visitar las viviendas de sus obreros; nos guía por los *cottages*, nuevos, limpios y agradables a la vista y entra con nosotros a éste o aquél. Naturalmente, sólo en los de los capataces, mayordomos, etc., "para que conozcamos a sus familias, que viven *exclusivamente* de la fábrica". Si visitásemos otras casas, nos expondríamos a comprobar que sólo trabajan la mujer y los hijos, mientras que el marido se está junto al fogón, zurciendo medias. La presencia del fabricante le corta a uno para hacer preguntas indiscretas; os encontráis con gentes bien pagadas y con buen color, gracias al aire del campo, y ya comienza uno a dudar de las ideas que se había formado acerca de la miseria y el hambre. No se entera uno, naturalmente, de que este sistema de los *cottages* convierte a los obreros en siervos del patrono y de que

tal vez haya por allí cerca un economato de la fábrica en que se obliga a los trabajadores a abastecerse. No se entera uno de que los obreros aborrecen al fabricante; quienes hablan con nosotros no nos lo dicen porque está él delante. Es posible que hasta se haya preocupado por construirles a los trabajadores una escuela, una iglesia, una sala de lectura, etc. Nadie nos dice, por supuesto, que la escuela sólo sirve para inculcar a los niños el sentimiento de la subordinación, que en la sala de lecturas no se encuentran otros libros que los que defienden los intereses de la burguesía y que los obreros que lean periódicos u obras cartistas o socialistas son puestos de patitas en la calle por el patrono. Se encuentra uno en medio de un ambiente tranquilo y patriarcal, al parecer sin problemas; ve cuál es la vida de los capataces y contramaestres, contempla lo que la burguesía *promete* a los obreros cuando éstos se portan bien y se resignan a seguir siendo también moralmente esclavos. Estas fábricas instaladas en el campo han sido siempre el caballo de parada de los patronos, porque en ellas aparecen amortiguados los males del sistema fabril, sobre todo en lo que se refiere a la salubridad, pues algo ayudan el aire puro del campo y la influencia sedante del paisaje, y porque es aquí, además, donde con mayor arraigo se ha conservado la servidumbre *patriarcal* de los trabajadores. Basta leer, para convencerse de ello, los ditirambos del Dr. Ure. Pero, ¡ay! del obrero a quien se le ocurra pensar por cuenta propia y hacerse de ojos. Por lo demás, si mostráis el deseo de dar una vuelta por los barrios obreros de Manchester, de ver en su propia salsa una *ciudad* obrera, ¡ya podéis esperar sentados a que estos burgueses ricos se presten a acompañaros! No; estos caballeros no saben lo que piensan ni como viven en realidad sus obreros; no quieren ni pueden saberlo, por la sencilla razón de que temen enterarse de cosas que perturban su tranquilidad o vayan en contra de sus deseos. Y, por otra parte, la cosa no tiene gran importancia, pues lo que los obreros tengan que hacer lo harán por sí y ante sí, sin preocuparse de lo que piensen o digan estos señores.

## OTRAS RAMAS DE TRABAJO

Al tratar del sistema fabril, hemos tenido que detenernos un poco, ya que se trataba de fenómenos totalmente nuevos, propios de la época industrial, pero ahora, al referirnos a los demás trabajadores, iremos más de prisa, ya que se les puede aplicar, en todo o en parte, lo que hemos dicho de los proletarios industriales en general o del sistema fabril en particular. Nos limitaremos, pues, a ver hasta qué punto ha ido infiltrándose el sistema fabril en las distintas ramas de trabajo y qué es lo que éstas nos ofrecen de característico.

Las cuatro ramas de trabajo para las cuales rige la legislación fabril se destinan a la fabricación de telas para vestidos. Y lo mejor es que hablemos ante todo de los obreros que reciben su materia prima de estas fábricas, comenzando por los obreros *calceteros* de Nottingham, Derby y Leicester. De ellos dice el *Child. Empl. Rept.* que las largas jornadas de trabajo (impuestas por los bajos salarios), unidas a su vida sedentaria y a la fatiga de los ojos, derivadas de la naturaleza misma del trabajo, hacen que estos obreros sean, en general, gentes enfermizas y padezcan, especialmente, de la vista. Por las noches, no pueden trabajar sin una intensa iluminación, lo que hace que los tejedores empleen generalmente bolas de vidrio para concentrar la luz, lo que perjudica mucho a la vista del trabajador. Casi todos ellos tienen que usar gafas a partir de los cuarenta años. Los niños encargados en estos talleres de las operaciones de embobinar y de coser (ribetear) sufren continuamente enfermedades derivadas de su mala salud o constitución. Trabajan desde los seis, los siete o los ocho años, de diez a doce horas al día, en cuartos pequeños y llenos de humo. Muchos, cuya debilidad no resiste los más sencillos trabajos caseros y que, además, son tan miopes que necesitan gafas ya en la infancia, caen muchas veces desvanecidos durante el trabajo. Los comisarios han encontrado en muchos todos los síntomas propios de la escrofulosis y los fabricantes se niegan casi siempre a admitir en la fábrica a las muchachas que se han dedicado a estos trabajos, por su debilidad. El estado de estos niños se describe en algún informe como "una mancha ignominiosa para un país cristiano", expresándose el deseo de que la ley extienda a ellos su protección (Grainger, Rept., App. Pt. 1, pp. 166 *ss.*; 132-142). Y el informe fabril añade que los calceteros son los obreros peor pagados de Leicester, pues ganan 6 chelines y, si se esfuerzan mucho, 7 chelines a la semana, trabajando de dieciséis a dieciocho horas diarias. Antes, ganaban 20 o 21 chelines, pero la introducción de los telares de mayor tamaño ha echado a perder su oficio, ya que la mayor parte de estos obreros siguen trabajando en los viejos telares pequeños y tienen que matarse a trabajar para poder competir con la maquinaria más perfeccionada. También aquí, como vemos, representa el progreso un retroceso para los trabajadores. No obstante, dice el comisario Power, los calceteros se sienten orgullosos de ser *libres* y de

no tener que obedecer a la *campana de la fábrica,* que marca a los otros el tiempo prescrito para comer, dormir y trabajar. La situación de estos trabajadores en cuanto al salario no es actualmente mejor que en 1833, en que la comisión fabril reunió los datos anteriores, por culpa de la competencia de los calceteros sajones, que apenas tienen tampoco nada que comer. Esta competencia desaloja a los ingleses de casi todos los mercados extranjeros y, en las calidades inferiores, incluso del mercado nacional. ¿Y acaso los patrióticos calceteros alemanes no tienen razones para sentirse orgullosos de ver cómo su hambre deja también sin pan a sus hermanos de oficio ingleses, y no redunda en mayor honra y gloria de la industria alemana el hecho de que estos trabajadores tengan que seguir pasando hambre para que en la escudilla de su patria haya, por lo menos, un poco de comida? No cabe duda de que esto de la competencia y la "carrera de las naciones" es algo muy hermoso. El *Morning Chronicle,* otro periódico liberal, el periódico de la burguesía por excelencia, publicaba en diciembre de 1843 varias cartas de un obrero calcetero de Hinckley acerca de la situación de sus compañeros de trabajo. En estas cartas se habla, entre otras cosas, de 50 familias con un total de 321 personas que vivían de 109 telares; cada telar daba un ingreso medio de 5 $^1/_6$ chelines, lo que quiere decir que cada familia ganaba, una con otra, 11 chelines y 4 peniques a la semana. De esta suma había que descontar, para alquiler de la vivienda, alquiler de los telares, carbón, luz, jabón y agujas, un total de 5 chelines y 10 peniques; quedaban, pues, para comer, 1 chelín y medio por cabeza al día, y esto sin contar nada para ropa.

"Ningún ojo —dice el calcetero autor de estas cartas— ha visto, ningún oído ha escuchado, ningún corazón ha podido resistir ni la mitad de los sufrimientos que estas pobres gentes han tenido que padecer."

En aquellas casas no había camas o sólo podían dormir en cama la mitad de los moradores; los niños andaban andrajosos y descalzos; los hombres decían, con lágrimas en los ojos: "Llevamos ya mucho, muchísimo tiempo sin comer carne y casi hemos olvidado a qué sabe"; algunos acabaron trabajando incluso los domingos, a pesar de que la opinión pública lo perdona todo menos esto y de que el ruido y el rechinar de los telares se oía en toda la vecindad.

"Pero —nos dijo uno de ellos— no preguntéis y fijaos en nuestros niños. La pobreza me obliga a hacerlo; no puedo ni quiero oír a mis hijos clamar a todas horas por pan sin recurrir, por lo menos, al último medio de que dispongo para ganar honradamente de comer. El lunes pasado, me levanté a las dos de la mañana y trabajé casi hasta media noche; los demás días me levantaba a las seis de la mañana y trabajaba hasta las once o las doce de la noche. Pero ya no puedo más y no quiero que me entierren. Ahora, dejo de trabajar hacia las diez de la noche y los domingos recupero el tiempo perdido."

Ni en Leicester ni en Derby o en Nottingham han subido los salarios

desde 1833 y, lo que es aún peor, en Leicester está muy extendido, como ya hemos dicho, el sistema de las tiendas en que los obreros tienen que comprar forzosamente. No es, pues, extraño que los calceteros de esta región participen tan activamente en todos los movimientos obreros, con tanto mayor entusiasmo cuanto que los telares de estos distritos están atendidos casi siempre por *hombres*.

La misma región en que viven y trabajan los calceteros es el centro principal de la fabricación de *encajes y puntillas*. En los tres condados de referencia funcionan en total 2 760 máquinas de hacer puntilla, mientras que en el resto de Alemania trabajan solamente 786. Este tipo de fabricación es muy complicado, sus ramas son muchas y rige en ella una rigurosa división del trabajo. La primera operación es el embobinado de la hebra y corre a cargo de muchachas de catorce años en adelante (*winders* o devanadoras); las bobinas son colocadas luego en la máquina por muchachos (*threaders*, enhebradores) de ocho años para arriba, que hacen pasar los hilos por pequeños orificios, hasta el número de 1 800, que tiene cada máquina, luego, vienen los obreros encargados de hacer la puntilla, que sale de la máquina como una tela ancha, que niños de corta edad van separando en trozos, cortando los hilos que los unen, operación que se llama *running*, desanudar, o *drawing lace*, sacar la puntilla, de donde viene el nombre de *lace runners*, desanudadores de puntilla, para su venta. Los *winders* y los *threaders* no tienen tiempo de trabajo fijo, ya que deben entrar en acción tan pronto como se vacían las bobinas de una máquina, y como los obreros tejen también por la noche, pueden ser llamados en cualquier momento a la fábrica o al taller del tejedor. La irregularidad de su trabajo, el hecho de que tengan que trabajar con frecuencia por la noche y el desordenado modo de vida que esto acarrea traen consigo una serie de trastornos físicos y morales, sobre todo de comercio sexual condenable y prematuro, que todos los testigos están acordes en apreciar. El trabajo mismo es muy dañino para la vista; aunque no ha podido comprobarse que produzca trastornos permanentes a los *threaders*, sí está demostrado que provoca inflamaciones de los ojos y, durante el enhebrado, incluso dolores, lagrimeo, turbación general de la vista, etc. Con respecto a los *winders*, sí está comprobado que su trabajo afecta seriamente a los ojos y que además de las frecuentes inflamaciones de la córnea, provoca a menudo la catarata negra y la gris. El mismo trabajo de los tejedores es muy duro, ya que las máquinas van haciéndose cada vez más anchas y hoy casi todas son de las que sólo pueden atender tres hombres, cada uno de los cuales releva al otro al cabo de cuatro horas, de tal modo que entre los tres trabajan veinticuatro horas y cada uno de ellos ocho diarias. Esto mismo indica por qué los *winders* y los *threaders* tienen que trabajar con tanta frecuencia por las noches, para que la máquina no tenga que estar nunca parada mucho tiempo. El enhebrar los hilos en 1 800 orificios reclama por sí solo el trabajo de tres niños durante dos horas. Además, muchas máquinas trabajan a vapor, desplazando la labor de los hombres, y como el *Child. Empl. Rep.* se refiere siempre a las "fábricas de puntillas" en

que trabajan los niños, parece inferirse de aquí que, últimamente, o bien el trabajo de los tejedores de este ramo se ha concentrado en grandes salas fabriles o que se ha generalizado, en esta industria, la fabricación a vapor. Tanto en uno como en otro caso, ello quiere decir que el sistema fabril se ha desarrollado. Pero el más malsano de todos es el trabajo de los *runners*, que son en la mayoría de los casos niños de siete, cinco y hasta cuatro años. El comisario Grainger nos dice que se encontró, incluso, con un niño *de dos años* ocupado en este tipo de trabajo. La operación de seguir los movimientos del mismo hilo, que la aguja se encarga de sacar de un tejido extraordinariamente complicado, es muy dañina para el ojo, sobre todo cuando dura, como suele ocurrir, de catorce a dieciséis horas. En el mejor de los casos, esto acaba produciendo una miopía aguda, y en el caso peor y muy frecuente ceguera incurable, producida por cataratas negras. Pero, además, la necesidad de estarse largo tiempo encorvados sobre el asiento convierte a los niños en criaturas débiles y enfermizas, estrechas de pecho y escrofulosas, a consecuencia de las malas digestiones; y entre las muchachas son casi generales los trastornos funcionales del útero y en ambos sexos las deformaciones de la columna vertebral, que hacen que "a casi todos los *runners* se los pueda conocer por el modo de andar". Y las mismas consecuencias acarrea, tanto para la vista como para la constitución general del obrero, la operación del *bordado*. Todos los testimonios médicos concuerdan en que el trabajo de la puntillería afecta gravemente a la salud de los niños, en que los niños que trabajan en este ramo son casi todos pálidos, enfermizos, delicados y demasiado pequeños para su edad y menos resistentes que otros a cualquier enfermedad. Los males más frecuentes de que padecen son debilidad general, mareos usuales, dolores de cabeza, de los costados, de espalda y de pecho, palpitaciones de corazón, malestar, vómitos y falta de apetito, desviación de la columna vertebral, escrofulosis y consunción. Estos trabajos minan constantemente y a fondo el organismo femenino, siendo frecuentes las quejas acerca de la anemia, los partos difíciles y los frecuentes abortos de las mujeres que trabajan en esta industria (v. Grainger, *Report*, donde estos puntos se reiteran a cada paso). Además, el mismo funcionario de la *Child. Empl. Comm.* informa de que los niños que trabajan en estos talleres se ven con harta frecuencia mal vestidos y llenos de harapos y se alimentan mal, la mayor parte de las veces sólo de pan y te, sin probar la carne durante meses enteros. Y, por lo que se refiere a las condiciones morales, leemos en el mismo informe:

"Todos los habitantes de Nottingham, policía, clero, fabricantes, obreros y padres de familia manifiestan la unánime convicción de que el actual sistema de trabajo es una fuente extraordinariamente copiosa de inmoralidad. Los *threaders*, que son casi siempre muchachos, y los *winders*, cargo desempeñado en la mayoría de los casos por muchachas, son llamados a la fábrica al mismo tiempo, casi siempre en las horas de la noche, y como sus padres ignoran el tiempo que deberán permanecer ausentes, tienen una excelente oportunidad para juntarse en actos obscenos y retozar juntos después del trabajo. Y esto contribuye

en alto grado al clima de inmoralidad que, según es voz pública, se ha extendido aterradoramente en Nottingham. Por lo demás, la paz doméstica y la tranquilidad de las familias, de que los niños y los jóvenes forman parte, tienen que sacrificarse por entero a este estado de cosas absolutamente antinatural."

Otro ramo de la fabricación de puntillas, que es el del encaje de bolillos, es explotado en los condados agrícolas de Northampton, Oxford, Bedford y Bukingham y corre casi siempre a cargo de niños y jóvenes, en general mal alimentados y que rara vez comen carne. Este trabajo es extraordinariamente malsano. Los niños trabajan en cuartos pequeños, mal ventilados y con el aire viciado, siempre sentados y encorvados sobre la almohadilla. Para poder proteger el cuerpo de esta fatigosa postura, las muchachas llevan un corsé con armazón de madera, que, dada la tierna edad de la mayoría de ellas y la postura encorvada en que trabajan, produce desviaciones de costillas y, en general, estrechez de la caja torácica. La mayoría de estas pobres muchachas mueren tuberculosas, después de sufrir durante largo tiempo gravísimos (*severests*) trastornos a causa de la mala digestión. Carecen hasta de la menor cultura, sobre todo en lo tocante a la moral, son muy coquetas y, a consecuencia de ambas cosas, la prostitución es, entre ellas, un mal casi epidémico (*Child. Empl. Comm.*, Burns, *Rep.*).

Tal es el precio que los trabajadores tienen que pagar para que las hermosas damas de la sociedad burguesa puedan lucir sus encajes y puntillas. Y, realmente, no puede decirse que sea muy caro. Al fin y al cabo, dos o tres mil obreros ciegos, unas cuantas hijas de proletarios entregadas a la prostitución y una generación de la chusma apestada por las enfermedades y que luego transmitirá sus lacerías a sus hijos no menos soeces y a los hijos de sus hijos. No es tanto, después de todo. No hay razones para preocuparse; la elegante burguesía inglesa echará a un lado, con gesto de indiferencia, el informe de la comisión gubernamental y sus mujeres y sus hijas seguirán luciendo sus puntillas, como si tal cosa. La serenidad de ánimo de estos buenos burgueses es realmente imperturbable.

En las fábricas de estampados de algodón de Lancashire, Derbyshire y del Occidente de Escocia trabajan gran número de obreros. En ninguna rama de la industria inglesa ha logrado la mecánica tan brillantes resultados, pero en ninguna tampoco se ve el obrero tan oprimido como en ésta. El empleo de cilindros grabados y movidos por vapor, el invento que permite estampar, con estos cilindros, cuatro y hasta seis colores al mismo tiempo, ha venido a desplazar al trabajo manual tan de raíz como las máquinas para hilar y tejer el algodón, y estos nuevos dispositivos han eliminado en los talleres de estampado todavía más obreros que en la fabricación de los tejidos. Un hombre, secundado por un niño, realiza hoy, con la máquina, el trabajo que antes requería 200 obreros trabajando a mano; una sola máquina suministra 28 yardas (80 pies) de tela estampada por minuto. Como consecuecia de ello, los trabajadores de este ramo se hallan en muy mala situación. Los condados

de Lancaster, Derby y Chester suministraron en 1842 (según consta de la petición elevada por estos obreros a la Cámara de los Comunes) once millones de piezas de telas estampadas; de ellas, solamente 100 000 estampadas a mano, 900 000 estampadas a máquina con ayuda de trabajo manual, y los 10 millones restantes, con una gama de colores que oscilaban entre uno y seis, por medio de máquinas exclusivamente. Y, como las máquinas son en su mayoría de fecha reciente y están siendo perfeccionadas a cada paso, resulta que el número de estampadores a mano es excesivo para la cantidad de trabajo disponible y, como es natural, muchos de ellos —en la petición se dice que la cuarta parte del total— se quedan totalmente sin pan, mientras que los demás sólo tienen trabajo, por término medio, dos o a lo sumo tres días por semana, ganando muy poco. Leach dice que en un taller de estampado (el de Deeply Dale, cerca de Bury, en Lancashire), los estampadores a mano sólo ganaban un promedio de 5 chelines (*Stubborn Facts*, p. 47), y, en cambio, según cree saber de buena tinta, los que trabajan a máquina están bastante bien pagados. Los talleres de estampado han quedado, pues, totalmente incorporados al sistema fabril, pero sin que se hallen sometidos a las limitaciones legales propias de éste. Se dedican a la fabricación de un artículo de moda, razón por la cual su tiempo de trabajo no tiene límite regular. Si llegan pocos encargos, trabajan media jornada; si logran acertar con un modelo y los negocios marchan viento en popa, trabajan diez, doce horas y a veces toda la noche. Cerca de la casa donde vivo en Manchester, había un taller de estampado que estaba funcionando en plena noche, cuando yo volvía a casa, muy iluminado, y muchas veces he oído decir que, en ocasiones, los niños trabajaban muchísimas horas en este taller, que se echaban a dormir, rendidos, un par de horas en las escaleras de piedra y en los rincones del vestíbulo. No estoy *jurídicamente* seguro de que mis informes sean fundados, pues de otro modo citaría el nombre de la empresa. Los datos de la *Child. Empl. Comm.* son, en este punto, bastante vagos, pues se limita a decir que, en Inglaterra por lo menos, los niños andan casi siempre bien vestidos y bien comidos (lo cual es muy relativo, pues depende también de lo que ganen o no ganen sus padres), que son poco instruidos y que su condición moral deja mucho que desear. Pero, basta pensar que estos niños se hallan sujetos al sistema fabril y que, por tanto, se les puede aplicar cuanto más arriba hemos dicho a este propósito.

Poco es lo que nos resta decir acerca de los demás obreros que se ocupan en la fabricación de telas para vestir. Los *blanqueadores* desempeñan un trabajo muy malsano, que los obliga a respirar constantemente las emanaciones del cloro, muy dañinas para el pulmón; el trabajo de los *tintoreros* es más sano y, en muchos casos, incluso sanísimo, pues este trabajo requiere un ejercicio físico constante; es poco lo que sabemos acerca de los salarios que estas categorías de obreros perciben, razón más que suficiente para pensar que no deben de ser inferiores al nivel medio, pues de otro modo se quejarían. Los *tundidores de terciopelo*, ramo bastante numeroso por el gran consumo de terciopelo de algodón, pues

se elevan a 3 000 o 4 000, han salido indirectamente bastante quebrantados por la influencia del sistema fabril. Antes, la tela elaborada en telares de mano no presentaba una trama igual y requería manos expertas que se encargaran de tundir las distintas series de hilos; pero, desde que se emplean también en esto los telares mecánicos, la trama se ha uniformado y cada hilera de hilos es exactamente paralela a la anterior, lo que hace que ya el tundido no requiera gran arte. Los obreros de este ramo desalojados por la maquinaria se lanzan al tundido del terciopelo y su competencia hace bajar los salarios; los fabricantes han descubierto que para este trabajo se prestan muy bien las mujeres y los niños, lo que hace que los salarios desciendan al nivel de los de éstos y que centenares de hombres se vean desplazados; y los patronos han descubierto, asimismo, que les resulta más barato llevar a cabo este trabajo en locales de su fábrica que en los talleres de los trabajadores, por los que pagaban indirectamente un alquiler, y desde entonces se han quedado vacíos los pisos abuhardillados de muchos *cottages*, que antes se empleaban como talleres para tundir o se alquilaban para viviendas, al paso que los tundidores de terciopelo han perdido la libertad para fijar sus horas de trabajo y han tenido que someterse a la disciplina de la campana de la fábrica. Un tundidor, que debía de tener unos 45 años, me dijo que recordaba perfectamente los tiempos en que cobraba 8 peniques por el mismo trabajo por el que ahora le pagaban 1 penique; y que, aunque ahora pudiera tundir la tela, más uniforme, en menos tiempo que antes, no podía rendir, en una hora, ni mucho menos, el doble de faena que antes en el mismo tiempo, por lo cual su salario semanal se había reducido, cuando mucho, a la cuarta parte de lo que antes ganaba. En Leach (*Stubborn Facts*, p. 35) encontramos una relación de los salarios abonados respectivamente en 1827 y 1843 por distintas clases de telas, de lo que se deduce que los mismos artículos por los que en 1827 se pagaban a los tundidores 4 peniques, 2 ¼ peniques y 2 ¾ peniques y 1 penique por yarda, sólo rendían 1 ½ penique, ¾ penique, 1 penique y ⅜ peniques por yarda en 1843. La proporción entre el salario semanal medio es, según Leach, la siguiente: en 1827, 1-6-6 libras esterlinas, 1-2-6 libras, 1 libra y 1-6-6- libras, y en 1843, para las mismas mercancías, 10-6 libras, 7-6 libras, 6-8 peniques y 10 peniques, respectivamente, y hay, según él, cientos de obreros que ni siquiera llegan a esta última cifra de salario.

De los *tejedores manuales* en la industria algodonera ya hemos hablado; los demás tejidos se elaboran casi todos por obreros que trabajan a mano, casi todos los cuales sufren casi las mismas consecuencias que los tundidores de terciopelo desplazados por las máquinas y que, además, al igual que los obreros fabriles se hallan amenazados por graves penas si se pone tacha a la calidad de su trabajo. Fijémonos en el ramo textil de la *seda*. El fabricante sedero Brocklehurst, uno de los más importantes de toda Inglaterra, ha sometido a un comité parlamentario listas tomadas de sus libros, de las que se desprende que por los mismos artículos por los que en 1821 tenía que pagar 30 chelines, 14 chelines,

$3\,^1/_2$ chelines, $^3/_4$ chelín, $1\,^1/_{12}$ chelines y 10 chelines de salario, en 1831 pagaba ahora solamente 9 chelines, 7 ½ chelines, 2 ¼ chelines, $^1/_3$ chelín, ½ chelín y 6 ¼ chelines, a pesar de que, *en este caso*, no se había perfeccionado la maquinaria. Y lo que vemos que aquí hace el señor Brocklehurst puede considerarse como algo normal para toda Inglaterra. De las mismas listas se deduce que el salario medio de sus tejedores, hechas todas las deducciones, ascendía en 1821 a 16 ½ chelines semanales y en 1831 solamente a 6 chelines. Y, desde entonces, los salarios han bajado todavía más —los tejidos por los que en 1831 se pagaban al tejedor $^1/_3$ de chelín o 4 peniques por yarda sólo rinden en 1843 2 ½ peniques (son los mismos *single sarsnets*)[k] y hay muchos tejedores en el campo que sólo pueden conseguir trabajo prestándose a cobrar 1 ½ a 2 peniques por estos tejidos. A todo lo cual hay que añadir la reducción arbitraria de salarios. Cada tejedor al que se entrega la hilaza recibe una tarjeta en la que generalmente se le dice que el trabajo será recibido a tales o cuales horas; que el tejedor que no pueda trabajar por enfermedad deberá notificarlo en la oficina en término de tres días, pues de otro modo no se considerará la enfermedad como una excusa; que no se admitirá como disculpa suficiente el que se alegue que el tejedor ha tenido que esperar por la hilaza para comenzar a trabajar, que por ciertos descuidos en el trabajo (cuando por ejemplo haya más hilos de tramado que los prescritos en determinada longitud de tela) se descontará *no menos* de la mitad del salario y que, si la labor no se termina para la fecha indicada, se deducirá un penique por cada yarda del material entregado. Las reducciones de salario basadas en estas tarjetas son tan considerables que, por ejemplo, un hombre que viaja dos veces por semana a Leigh, en Lancashire, para hacerse cargo de los tejidos, tiene que pagar a su fabricante, por lo menos, quince libras esterlinas en concepto de multas. Así lo dice el mismo interesado, y eso que se considera como uno de los más tolerantes. Antes, estos litigios los fallaban los jueces de paz, pero, como los obreros que protestaban eran casi siempre despedidos, ahora casi nunca se recurre al juez y el fabricante procede como le da la gana, pues es acusador, testigo, juez, legislador y agente ejecutivo, todo en una pieza. Y si el obrero acude ante el juez, éste le dice: desde el momento en que has aceptado la tarjeta, has cerrado un contrato y tienes que cumplirlo. Exactamente lo mismo que se le dice al obrero de una fábrica. Por lo demás, el fabricante se cuida de hacer que el trabajador firme cada vez un documento en el que éste se declara "de acuerdo con las deducciones establecidas". Y si se niega a firmar, todos los fabricantes de la ciudad saben que se trata de un hombre, que, como dice Leach,

> "se resiste a someterse al orden y a la legalidad estatuidos en las tarjetas y que tiene la insolencia de poner en tela de juicio la honorabilidad de quienes, como está obligado a saber, son sus superiores en la sociedad" (*Stubborn Facts*, pp. 37-40).

[k] Tafetanes sencillos.

Como es natural, los tejedores son *absolutamente* libres; el fabricante no los obliga a aceptar su hilaza ni sus tarjetas, pero les dice algo que Leach traduce a buen inglés, a saber:

"Si no quieres tostarte en mi sartén, puedes tirarte directamente al fuego" (*if you don't like to be frizzled in my frying-pan, you can take a walk into the fire*).

Los tejedores en seda de Londres, concretamente Spitalfields, padecen desde hace mucho tiempo periodos de espantosa miseria, y que tampoco en la actualidad tienen razones para estar contentos lo indica el hecho de que participen tan activamente en todos los movimientos obreros del país, sobre todo en los de la capital. La miseria de estos tejedores fue la causa de la epidemia de fiebre que estalló en el Este de Londres y que dio pie al nombramiento de una comisión encargada de investigar las condiciones sanitarias de la clase obrera. Y, como vemos por el más reciente informe del hospital de infecciones de Londres, es todavía hoy el día en que esta epidemia sigue causando estragos.

Después de las telas para vestir, los artículos más importantes que produce la industria inglesa son los *artículos metálicos*. La sede principal de la industria metálica es *Birmingham*, donde se producen toda clase de artículos finos de metal, *Sheffield*, donde se fabrica toda la cuchillería, y *Staffordshire*, principalmente Wolverhampton, de donde salen los objetos de metal más toscos, candados y cerraduras, clavos, etc.

Empecemos por Birmingham, la descripción de las condiciones en que viven los obreros que trabajan en estas industrias. En *Birmingham*, como en la mayoría de los centros de la industria metalúrgica, la organización del trabajo ha conservado algo del viejo carácter artesanal. Subsisten los pequeños maestros, que trabajan con sus aprendices en el taller casero o, cuando necesitan emplear la fuerza de vapor, en grandes edificios fabriles, divididos en reducidos talleres que se alquilan por separado a los maestros individuales y que tienen en cada uno de los cuartos un árbol movido por la máquina de vapor y que, a su vez, mueve al resto de la maquinaria. León Faucher (autor de una serie de artículos sobre las condiciones de vida de los obreros ingleses, publicados en la *Revue des deux Mondes*,[172] que, por lo menos, revelan cierto estudio y son, desde luego, mejores que todo lo que acerca de este tema han escrito hasta ahora los ingleses y los alemanes) da a este sistema, comparado con el de la fabricación en gran escala aplicado en Lancashire y Yorkshire, el nombre de *démocratie industrielle* y observa que no tiene resultados muy favorables sobre la situación del maestro ni sobre la de los oficiales. Observación muy acertada, ya que el gran número de pequeños maestros no pueden disfrutar de mucha prosperidad, pues se ven obligados a repartirse la ganancia regulada por la competencia y que en otras condiciones se apropiaría sólo un gran fabricante. La tendencia centralizadora del capital los tiene acogotados y por uno que se enriquece hay diez que se arruinan y cien que se ven en peores condiciones que antes, bajo la presión del fabricante rico, cuya situación le permite vender los productos

de su fábrica más baratos que ellos. Y en los casos en que están condenados de antemano a competir con los grandes capitalistas, huelga decir que sólo muy a duras penas pueden salir adelante. Por su parte, los aprendices lo pasan tan mal con los pequeños maestros como con los fabricantes, con la diferencia de que pueden llegar un día a maestros y gozar así de cierta independencia, es decir, ser explotados por la burguesía menos directamente que en las fábricas. Por donde estos pequeños maestros no son ni verdaderos proletarios —ya que viven, en parte, del trabajo de los aprendices y no venden su mismo trabajo,[173] sino el producto acabado— ni verdaderos burgueses, pues, en lo fundamental, siguen viviendo de su propio trabajo. A esta peculiar situación intermedia de los trabajadores de Birmingham se debe el que rara vez se sumen por entero y sin reservas al movimiento obrero inglés. Birmingham es una ciudad políticamente radical, pero no una ciudad resueltamente cartista.

Hay también aquí, sin embargo, gran número de fábricas que funcionan por cuenta de capitalistas y en las que rige plenamente el sistema fabril: la división del trabajo, llevada en estas fábricas hasta sus últimas consecuencias (por ejemplo en el ramo de fabricación de agujas) y el trabajo de la mujer y el niño, que la fuerza de vapor permite emplear en grandes cantidades. Y encontramos también, en este distrito (en el *Child. Empl. Rep.*) exactamente los mismos hechos que nos revelaba el Informe fabril: mujeres que trabajan hasta la hora misma de dar a luz y que se hallan incapacitadas para atender a su casa y cuidar de los niños, indiferencia y hasta repulsión a la vida del hogar; desmoralización, etc., y además, desplazamiento de los hombres de las fábricas, perfeccionamiento constante de la maquinaria, emancipación prematura de los hijos, hombres a quienes la mujer y los hijos tienen que sostener, etc., etc. De los niños se nos dice que andan medio hambrientos y cubiertos de harapos; que *la mitad de ellos no sabe lo que es comer hasta hartarse*; que muchos viven todo el día de la cantidad de pan que pueden comprar por un penique o que no entra alimento en su cuerpo antes de la comida de mediodía, y hasta se dan casos de niños que no prueban bocado desde las 8 de la mañana hasta las 7 de la noche. El vestido, a veces, apenas alcanza para cubrir sus desnudeces; muchos andan descalzos hasta en pleno invierno. De aquí que sean todos ellos pequeños y débiles para su edad y que rara vez tengan una constitución vigorosa; y cuando uno piensa que, disponiendo de tan pocos medios para reproducir sus fuerzas físicas, tienen que soportar, además, un trabajo duro y prolongado en locales cerrados, no puede extrañarse de que sean pocos los reclutas de Birmingham declarados aptos para el servicio militar.

"Los obreros —dice un médico de la comisión de reclutamiento— son pequeños, flacos y de escasa fortaleza física; muchos padecen, además, de deformaciones de la caja torácica o la columna vertebral."

Según los datos facilitados por un suboficial de reclutamiento, los

reclutas alistados en Birmingham dan menos talla que los de cualquier otro lugar, miden en su mayoría 5 pies y 4 a 5 pulgadas; de 613 hombres reclutados sólo fueron declarados aptos 238. Por lo que se refiere a la instrucción, ya más arriba (pp. 374 ss.) recogíamos una serie de testimonios y ejemplos procedentes de las zonas militares, a los que aquí nos remitimos; por lo demás, el *Child. Comm. Rep.* nos informa de que, en Birmingham, no asisten a la escuela ni la mitad de los niños entre los 5 y los 15 años, que los que asisten a ella cambian a cada paso, lo que les impide llegar a instruirse de un modo regular, y que todos los niños son retirados de la escuela muy pronto, para enviarlos al trabajo. Y por el mismo Informe podemos ver qué clase de maestros son los que les enseñan. Una de las maestras, preguntadas si en la escuela instruían también a los niños en cuestiones de moral, contestó: No, por 3 peniques semanales que nos pagan no se nos puede exigir tanto; algunas otras maestras ni siquiera entendieron la pregunta, y otras respondieron que esto no era de su incumbencia. Una maestra dijo que no enseñaban moral, pero que se esforzaban en inculcar a los niños buenos principios, después de lo cual pronunció una palabrota. El comisario encontró las escuelas llenas de ruido y en el mayor desorden. Se explica, pues, que la moral de los niños deje tanto que desear; la mitad de los delincuentes cuentan menos de 15 años y *en un solo año* fueron condenados 90 de 10 años, de ellos 44 a penas de prisión. A juicio del comisario, se halla casi generalizado entre los muchachos el comercio sexual a partir desde muy temprana edad (Grainger, *Rep.* y *Evid.*).

Y aún están peor las cosas en el distrito metalúrgico de *Staffordshire*. Como los artículos que aquí se elaboran son muy toscos, no rige la división del trabajo ni se emplean (con pocas excepciones) la fuerza de vapor ni la maquinaria. En este distrito, en Woverhampton, Willenhall, Bolston, Sedgeley, Wednesfield, Darlaston, Dudley, Walsall, Wednesbury, etc., escasean por tanto las fábricas pero abundan en cambio las modestas forjas, en las que trabajan pequeños maestros, secundados por aprendices que los ayudan hasta los 23 años. La situación de estos pequeños maestros es, sobre poco más o menos, la que ya veíamos en Birmingham, pero la de los aprendices es aún peor. Cuando comen carne, es casi siempre la de reses enfermas o muertas en un accidente, terneros o cerdos atropellados por el tren, y el pescado que se les da a comer es siempre podrido. Y no son sólo los pequeños maestros, sino también los grandes fabricantes quienes los alimentan así. En Wolverhampton, parece que esto es algo muy generalizado. Consecuencia natural de ello son los frecuentes trastornos gástricos y otras enfermedades. Además, los niños rara vez comen hasta hartarse ni pueden quitarse casi nunca la ropa de trabajo, lo que les impide asistir a la escuela dominical. Las viviendas son malas y sucias, hasta el punto de que contaminan a sus moradores los enfermedades y, a pesar de que el trabajo no es malsano, los niños de este distrito son generalmente pequeños, enclenques, débiles y, en no pocos casos, padecen de graves deformaciones. En Willenhall, por ejemplo, abundan los que, obligados a pasarse lar-

guísimas horas encorvados sobre el torno, limando y limando, tienen joroba o una pierna torcida, la de atrás, que ellos llaman *hind-leg* o pierna trasera, o son patizambos; además se dice que la tercera parte de los obreros de este lugar están herniados. Lo mismo aquí que en Wolverhampton se dan innumerables casos de retraso de la pubertad entre las muchachas —pues también éstas trabajan en las forjas— y los muchachos, a veces hasta los diecinueve años. En Sedgeley y sus alrededores, donde casi sólo se forjan clavos, la gente vive y trabaja en miserables chozas que parecen establos y en las que la suciedad es indescriptible. Chicos y chicas manejan el pesado martillo desde los diez o los doce años y sólo pasan por consumados obreros cuando llegan a forjar mil clavos al día. Por cada 1 200 clavos ganan 5 ¾ peniques. Cada clavo tiene que recibir 12 golpes, y como el martillo pesa 1 libra y cuarto, ello quiere decir que el trabajador tiene que levantar 18 000 libras para ganar tan mísero salario. Con un trabajo tan pesado y una alimentación tan mala, los niños, como los mismos datos de los comisarios confirman, no pueden menos de tener un organismo raquítico, endeble y mal desarrollado.

Acerca del estado de la instrucción en este distrito, ya hemos dicho algo más arriba. Su nivel es increíblemente bajo, la mitad de los niños no asiste ni siquiera a la escuela dominical y la otra mitad lo hace muy irregularmente; son muy pocos, en comparación con otros lugares, los que aquí saben leer, y no digamos escribir. Y es natural, ya que los niños tienen que trabajar de los siete a los diez años, es decir, en la edad en que podrían aprovechar la escuela, y los maestros dominicales —herreros o mineros, en su mayoría— apenas saben ellos mismos leer o poner su nombre. Y el nivel moral de los alumnos es el que corresponde a los medios de educación de que aquí se dispone. El comisario Horne afirma —aportando abundantes pruebas de ello— que en Willenhall los obreros no tienen ni la más remota idea de lo que son sentimientos morales. Pudo darse cuenta de que los niños no sabían lo que eran los deberes hacia sus padres ni el afecto familiar. Eran tan incapaces de meditar lo que decían, vivían tan embotados, hundidos en una estupidez tan animal, que llegaban no pocas veces a afirmar que se les trataba bien y que vivían magníficamente cuando se les obligaba a trabajar de doce a catorce horas diarias, vestían harapos, no podían matar el hambre y, encima, les pegaban con tanta fuerza, que aún se sentían doloridos varios días después. No conocían otro género de vida que el matarse a trabajar de la mañana a la noche, hasta que les daban la salida a sus casas, y ni siquiera entendían la insólita pregunta de si estaban muy cansados (Horne, *Reep.* y *Evid.*).

En *Sheffield*, los salarios son mejores y ello hace que sea mejor también la situación de los obreros. En cambio, algunas ramas de trabajo son, aquí, extraordinariamente dañinas para la salud de los trabajadores. Hay operaciones en las que el obrero tiene que apoyar constantemente la herramienta sobre el pecho y que provocan la tuberculosis y otras, por ejemplo la de agacharse sobre el torno para limar, producen trastornos

gástricos; la manipulación de cortar los huesos (para las cachas de las navajas) causa dolores de cabeza, ataques de bilis y, en las muchachas, que abundan en estos trabajos, anemia. Pero el trabajo más dañino de todos es el de afilar las hojas de los cuchillos y las puntas de los tenedores, que, sobre todo cuando esta operación se efectúa en seco, trae consigo infaliblemente una muerte prematura. Lo dañino de este trabajo radica, en parte, en que el obrero tiene que mantenerse agachado, lo que hace que sufran el pecho y el estómago, pero, sobre todo, en la gran cantidad de polvo metálico y de agudas aristas que se desprende bajo la acción de la piedra de afilar y que los trabajadores respiran necesariamente, pues llena la atmósfera del taller. El promedio de vida de los afiladores en seco es de 35 años y los afiladores que emplean el agua rara vez viven más de 45. El Dr. Knight, de Sheffield dice, acerca de esto:

"Para dar una ligera idea de lo dañinos que son estos trabajos, diré que considero a los afiladores que más beben como los que alcanzan más larga vida en este oficio, porque son los que más tiempo se alejan de su trabajo. En Sheffield hay como unos 2 500 afiladores. Hacia 150 (80 hombres y 70 muchachos) se dedican a afilar tenedores y mueren entre los 28 y los 32 años; los afiladores de navajas de afeitar, que trabajan en seco y con agua, viven entre 40 y 45 años, y los afiladores de cuchillos de mesa, que emplean siempre el agua, mueren entre los 40 y los 50 años."

Y el mismo médico hace la siguiente descripción de esta enfermedad profesional, la llamada asma de los afiladores:

"Comienzan a trabajar, por lo general, a los 14 años y, si tienen una buena constitución, rara vez sienten molestias antes de los 20, en que empiezan a notar los síntomas de su enfermedad característica: les falta el aliento al menor esfuerzo que hacen, al subir la escalera o un camino empinado, mantienen los hombros altos, tratando de contrarrestar y aliviar las dificultades respiratorias, se inclinan hacia adelante y tal parece como si se sintieran menos molestos en la posición encorvada en que trabajan; su tez toma un color amarillo sucio, los rasgos de su cara expresan angustia y se quejan de opresión en el pecho; su voz se vuelve áspera y ronca; tosen de un modo estridente, como si el aire se escapara por un tubo de madera. De vez en cuando, expectoran grandes cantidades de polvo, mezclado con flemas y en forma esférica o cilíndrica, cubiertas por una leve capa de mucosidad. Escupen sangre; no pueden estar acostados; tienen sudores nocturnos y diarreas colíticas; adelgazan de un modo alarmante y presentan todos los síntomas propios de la tuberculosis, dolencia que al fin los lleva a la tumba, después de meses y a veces años de enfermedad, durante la cual quedan incapacitados para sostenerse y sostener a su familia. Debo añadir a lo dicho que todos los intentos que hasta ahora se han hecho para prevenir o curar el asma de los afiladores han resultado totalmente fallidos."

Knight escribió lo anterior hace diez años; de entonces acá, el número de afiladores y los estragos de la enfermedad han ido en aumento, aunque se han hecho también intentos encaminados a evitar este mal, cubriendo las piedras de afilar o estableciendo una corriente de aire que

arrastre el polvillo. Estos dispositivos han resultado ser eficaces, por lo menos en parte, pero son los mismos afiladores quienes se oponen a su empleo, llegando incluso, en algunos casos, a destruirlos, por temor de que ello atraiga a más trabajadores a su oficio y se traduzca en una rebaja de salarios; prefieren "vivir poco tiempo, pero disfrutar de la vida". El Dr. Knight suele decir a los afiladores que lo visitan ya con los primeros síntomas del asma: si no dejáis ese trabajo, os mataréis vosotros mismos. Pero no sirve de nada; quien empieza a trabajar como afilador ya no se aparta de este camino, desesperado, como si hubiese vendido su alma al diablo.

La instrucción, en Sheffield, está por los suelos; un eclesiástico muy aficionado a la estadística de la educación opina que de los 16 500 hijos de obreros que están en condiciones de asistir a la escuela, apenas saben leer 6 500; ello se debe, según él, a que los sacan de la escuela ya a los siete años o, a lo sumo, a los doce, y a que sus maestros no sirven para nada (uno de ellos era un ladrón convicto y confeso que, al salir de la cárcel, no encontró otro medio mejor de ganarse la vida). En Sheffield, la inmoralidad entre los jóvenes parece descollar sobre la de otros lugares (realmente, no sabe uno a qué ciudad otorgar la palma y, al leer los informes, se tiene la impresión de que todas se la merecen). El domingo, los muchachos se pasan el día en la calle y por todas partes los vemos jugándose a cara o cruz unas cuantas monedas o azuzando unos contra otros a los perros; visitan asiduamente los expendios de aguardiente, se sientan en ellos con sus amiguitas y por la noche salen a pasear solos, en parejas. En una taberna en que entró el comisario vio de 40 a 50 jóvenes de ambos sexos, casi todos ellos como de unos 17 años, cada cual con su pareja. Algunos jugaban a las cartas y otros cantaban o bailaban, todos ellos borrachos. En estas condiciones, nada tiene de extraño, y así lo declaran todos los testigos, que el comercio sexual desordenado comience aquí a temprana edad y que en Sheffield sea muy frecuente la prostitución juvenil, ya entre personas de 14 y 15 años. Abundan mucho aquí los crímenes, algunos de ellos verdaderamente salvajes; un año antes de que llegara a la ciudad la comisión investigadora, fue detenida una banda, formada en su casi totalidad por jóvenes, en el momento en que se disponía a pegar fuego a la ciudad; estaba perfectamente equipada con lanzas y materias inflamables. Más adelante, veremos que este mismo carácter salvaje presenta en Sheffield el movimiento obrero (*Symons, Rep.* y *Evid.*).

Aparte de estos grandes emporios de la metalurgia, existen fábricas de alfileres en Warrington (Lancashire), donde reina también entre los trabajadores, principalmente los niños, una gran cantidad de miseria, inmoralidad e incultura, y asimismo funcionan cierto número de talleres de fabricación de agujas en la comarca de Wigan (Lancashire) y en el Este de Escocia. Los informes que poseemos acerca de estos últimos distritos coinciden casi enteramente con los de Staffordshire.

La última rama de esta industria de que nos resta hablar es la de *fabricación de maquinaria*, que tiene su sede en algunos distritos fabri-

les, principalmente en Lancashire, y que se caracteriza por la fabricación de unas máquinas por medio de otras. Este ramo es el último refugio de los obreros desplazados de otras actividades, que, de este modo, trabajan en la fabricación de las máquinas llamadas a dejarlos sin pan. Tornos mecánicos y máquinas cepilladoras y taladradoras, máquinas torneadoras de tornillos, ruedas, tuercas, etc., se encargan de quitar el trabajo, en esta industria, a multitud de obreros que antes trabajaban regularmente y percibían buenos salarios, y quien guste de ello puede ver en Manchester a buen número de trabajadores de éstos condenados a la ociosidad.

Al Norte del distrito metalúrgico de Staffordshire hay una comarca industrial a la que vamos a referirnos ahora: la de la *cerámica* (*potteries*), cuya sede principal es el municipio (*borough*) de Stoke, que abarca los pueblos de Henley, Burslem, Lane End, Lane Delph, Etruria, Coleridge, Langport, Tunstall y Golden Hill, con una población total de 60 000 habitantes. El *Child. E. Rep.* dice, a este propósito, lo siguiente. En algunas ramas de esta fabricación —la de artículos de loza—, los niños desempeñan trabajos fáciles en salas calientes y aireadas; en otras, por el contrario, se les impone un trabajo duro y abrumador y están mal alimentados y mal vestidos. He aquí las quejas que de muchos de ellos escuchamos: "No me dan bastante de comer, casi siempre patatas con sal, nunca carne ni pan; no voy a la escuela ni tengo ya nada que ponerme." "Hoy, no he comido a mediodía; en mi casa no hay nada que comer; casi siempre me dan patatas con sal y, a veces, un poco de pan." "Esto que llevo puesto es toda mi ropa, y no tengo en casa nada que ponerme el domingo." Entre los niños que tienen asignado un trabajo especialmente dañino figuran los llamados *mould-runners*, encargados de transportar hasta el cuarto de secado las piezas ya modeladas, con sus moldes correspondientes, volviendo con el molde vacío, una vez que aquéllas están convenientemente secas. Se pasan el día llevando y trayendo de un lado para otro un peso excesivo para su edad, y la elevada temperatura en que tienen que hacerlo acentúa considerablemente su fatiga. A estos niños se les ve, casi sin ninguna excepción, pálidos, escuálidos y débiles, son pequeños y mal constituidos; casi todos ellos padecen del estómago, de vómitos y de inapetencia, y muchos mueren tuberculosos. No menos triste es la suerte de los llamados *jiggers* por el nombre del alfar (*jigger*) que deben mantener en movimiento. Pero el más peligroso de todos, con mucha diferencia, es el trabajo de los encargados de bañar las piezas de loza, ya moldeadas, en un líquido que contiene grandes cantidades de plomo, mezclado frecuentemente con mucho arsénico, o sacarlas de ella, con sus propias manos. Las manos y las ropas de estos obreros —hombres y niños— están siempre empapadas de este líquido, que reblandece la piel y hace que se desprenda al constante roce con los objetos ásperos; como consecuencia de ello, los dedos rompen muchas veces a sangrar y se encuentran en un estado que favorece en el más alto grado la absorción de esta peligrosa sustancia. Resultado de ello son agudos dolores y graves enfermedades del estómago

y las vísceras, rebeldes constipados, cólicos, úlceras y, *con mucha frecuencia, ataques epilépticos* de los niños. En los hombres, esta intoxicación suele producir la paralización de los músculos de la mano, *colica pictorum* y la parálisis de miembros enteros. Cuenta un testigo que dos muchachos que trabajaban con él murieron en pleno trabajo, de convulsiones; y otro, que llevaba dos años trabajando como auxiliar en el bañado de la loza, dice que, al principio, sufría agudos dolores en el bajo vientre, que más tarde tuvo un ataque que lo tumbó dos meses en cama y que desde entonces padece todos los días ataques epilépticos, *a veces diez y hasta veinte en un solo día.* Que tiene el lado derecho del cuerpo paralizado y que los médicos le aseguran que ya no recobrará el movimiento de estos miembros. En una fábrica, trabajaban en el taller de bañado cuatro hombres, los cuatro epilépticos y afectados de fuertes cólicos, y once muchachos, algunos de ellos enfermos también de epilepsia. Esta espantosa enfermedad se halla generalizada entre cuantos se dedican a este trabajo y, naturalmente, también en este caso, como en todo, para que la burguesía pueda enriquecerse. En la atmósfera de los cuartos en que se pulen las piezas de loza, flota una espesa capa de polvillo de sílice, tan dañina para los obreros que tienen que respirarla como la del polvillo de acero para los afiladores de Sheffield. Estos trabajadores sufren de asma, les duele la garganta, padecen de violentos accesos de tos y su voz es tan ronca, que apenas se les entiende. Casi todos ellos mueren también de tuberculosis. Dicen que hay en las *potteries* relativamente muchas escuelas, que ofrecen a los niños la posibilidad de instruirse, pero que apenas pueden aprovechar, ya que son enviados desde temprana edad a las fábricas, en las que tienen que trabajar gran número de horas (no menos de doce, generalmente, y aún más), y a ello se debe el que las tres cuartas partes de los niños con quienes habló el comisario no supieran leer ni escribir y a que todo este distrito se vea sumido en la mayor ignorancia. Niños que llevan varios años asistiendo a la escuela dominical no podían distinguir una letra de otra, y en todo el distrito reinaba, aparte del intelectual, un bajísimo nivel moral y religioso (Scriven, *Rep.* y *Evid.*).

También en la industria de *fabricación del vidrio* hay trabajos que, aunque no perjudiquen mucho a los obreros, a lo que parece, no pueden, sin embargo, ser soportados por los niños. El duro trabajo y la irregularidad de las horas, el frecuente trabajo nocturno y, sobre todo, la elevada temperatura reinante en los locales de estas fábricas (de 100° a 130° Farenheit) provocan la debilidad general y el estado enfermizo de los niños, su raquitismo y, principalmente, enfermedades de los ojos y del aparato digestivo y afecciones bronquiales y reumáticas. Se ven muchos niños pálidos, con los ojos irritados y privados de la vista semanas enteras, y otros sufren de mareos y vómitos, de tos, resfriados y reumatismo. Para sacar las piezas cocidas del horno, los niños tienen que soportar temperaturas tan elevadas, que las planchas de madera sobre las que pisan arden a veces bajo sus pies. Los sopladores de vidrio mueren casi siempre jóvenes, de anemia y de enfermedades del pecho

(Leifchild, *Rep.*, *Ap.*, Pt. II, pp. L, 2 *ss.*, 11, 12; Franks, *Rep.*, *Ap.*, Pt. II, pp. K, 7 *s.*, 48; Tancred, *Evid.*, Ap., Pt. 11, pp. i, 76, etc., todo en el *Child. E. Rep.*).

En general, el mismo informe se encarga de atestiguar, en todas las ramas industriales, la gradual pero segura penetración del sistema fabril, que se manifiesta principalmente en el trabajo de la mujer y del niño. No he considerado necesario seguir en todas partes los progresos de la maquinaria y el desplazamiento de los varones adultos. A quien conozca un poco lo que es la industria, no le será difícil completar más o menos la información, ya que no dispongo aquí del espacio necesario para poder seguir con todo detalle, en sus resultados, este aspecto del régimen de producción, por lo que se refiere al sistema fabril. El empleo generalizado de la máquina destruye hasta el último rastro de independencia del obrero. Por todas partes vemos cómo el trabajo de la mujer y del niño acaba con la familia o la trastorna totalmente, al privar de pan al marido; por todas partes, se encarga la máquina de poner el negocio, y con él al obrero, en manos del capitalista. La centralización de la propiedad avanza incontenible, la división de la sociedad en grandes capitalistas y obreros desposeídos se agudiza cada día y el desarrollo industrial de la nación marcha a pasos agigantados hacia una crisis inevitable.

Ya he dicho más arriba que en los *oficios manuales* la potencia del capital y, con ella, la división del trabajo acarrean los mismos resultados, desplazan a la pequeña burguesía y colocan en su lugar a grandes capitalistas y trabajadores que sólo cuentan con el trabajo de sus brazos. Poco es, en el fondo, lo que hay que decir acerca de estos artesanos, ya que todo lo que a ellos se refiere ha sido expuesto al tratar, en términos generales, del proletariado industrial, y es poco también lo que con respecto a ellos ha cambiado, en cuanto a las modalidades del trabajo y a su influencia sobre la salud, desde la iniciación del movimiento industrial. Pero el contacto con los obreros industriales propiamente dichos; la presión de los grandes industriales, que se hace sentir mucho más que la de los pequeños maestros, con los que el oficial sigue manteniendo, a pesar de todo, relaciones personales; la influencia de la vida en las grandes ciudades y la baja de los salarios han ido convirtiendo a casi todos los artesanos en copartícipes activos de los movimientos obreros. De esto hablaremos enseguida, pero antes debemos decir algo acerca de una clase de la población obrera de Londres que merece especial atención, por la barbarie verdaderamente escandalosa con que es explotada por la avaricia de la burguesía. Nos referimos al ramo de las modistas y las costureras.

No deja de ser significativo el hecho de que sea precisamente este ramo, dedicado al ornato y la presunción de las *damas de la burguesía*, el que lleva aparejadas las más tristes y funestas consecuencias para la salud de quienes en él trabajan. Ya tuvimos ocasión de ver esto a propósito de la fabricación de encajes y puntillas, y ahora lo vemos confirmado por los talleres de modistería de Londres. En estos establecimientos trabajan gran número de muchachas —se dice que ascienden, en conjunto, a

15 000—, que viven y comen en las mismas casas, procedentes en su mayoría del campo y convertidas así en esclavas completas de sus patronos. Durante la estación de la moda, que dura unos cuantos meses al año, hasta en los mejores talleres dura la jornada de trabajo quince horas y, cuando los encargos apuran mucho, hasta dieciocho; sin embargo, en la mayoría de estos establecimientos, se trabaja sin interrupción y sin jornada fija durante estas épocas del año, lo que hace que las muchachas sólo dispongan, para dormir y descansar, de seis y con frecuencia de tres o cuatro horas diarias, y a veces incluso dos solamente cada veinticuatro, lo que quiere decir que tienen que trabajar de 19 a 22 horas diarias; eso, cuando no se ven obligadas, como con frecuencia ocurre, a trabajar toda la noche.

El único límite con que tropieza su jornada de trabajo es la imposibilidad física material de seguir manejando la aguja ni un minuto más. Se dan casos en que estas desventuradas criaturas se pasan hasta nueve días seguidos sin desnudarse y sólo de vez en cuando se tiran un momento sobre un colchón, donde les sirven la comida cortada ya en pedacitos para que puedan deglutirlos con la menor pérdida de tiempo. En una palabra, estas infelices son obligadas a trabajar, bajo el látigo moral de la esclavitud —la amenaza de ser despedidas— a un ritmo tan sostenido y tan incesante como un hombre vigoroso no podría resistirlo, y no digamos estas delicadas muchachas de 14 a 20 años. A esto hay que añadir la atmósfera viciada de los cuartos de trabajo y de los dormitorios, la postura encorvada en que tienen que trabajar todo el día y parte de la noche, la alimentación, generalmente mala y difícilmente digerible, pero sobre todo las largas horas de trabajo y de alejamiento del aire libre, todo lo cual, como fácilmente puede comprenderse, acarrea los más tristes resultados para la salud de las muchachas. No tardan en manifestarse, como es natural, la fatiga y el embotamiento, la debilidad y el agotamiento, la pérdida del apetito, dolores de hombros, de espalda y de pecho y, sobre todo, agudos dolores de cabeza; vienen luego las desviaciones de la columna y la deformación de los hombros, el enflaquecimiento, los ojos hinchados, irritados y dolorosos, con la consiguiente miopía, la tos, la estrechez de pecho, la disnea y todas las enfermedades propias del desarrollo de la mujer. En muchos casos, las dolencias de los ojos conducen a una ceguera incurable o a graves trastornos de la visión, y cuando la vista sigue siendo relativamente pasadera, por lo menos, para seguir trabajando, la tuberculosis se encarga de poner término a la breve y triste vida de estas pobres costureras. Incluso aquellas que pueden retirarse a tiempo de este trabajo quedan con su salud física quebrantada para siempre y con su constitución destrozada; son mujeres débiles y enfermizas, sobre todo dentro del matrimonio, y traen al mundo niños enclenques. Todos los médicos consultados por el comisario (de la *Child, Empl. Comm.*) se han mostrado concordes en opinar que no podría concebirse o inventarse un género de vida que se prestara mejor que éste para arruinar la salud y provocar una muerte prematura.

Y con la misma crueldad, aunque algo más indirecta, son explotadas

en Londres las *costureras.* Las muchachas que se dedican a confeccionar corsés tienen que realizar un trabajo duro y fatigoso, que agota la vista, y ¿para ganar cuánto? No lo sé a punto fijo, pero estoy enterado de que el empresario que tiene que responder del material que se les distribuye y repartir el trabajo entre las diferentes costureras recibe 1 penique y medio por cada prenda. Y de esto hay que descontar lo que él gana, que no será menos de medio penique, lo que quiere decir que queda, cuando mucho, un penique para pagar a la pobre costurera. Las muchachas que se dedican a coser corbatas tienen que comprometerse a trabajar dieciséis horas diarias y ganan 4 chelines y medio a la semana, que les permiten comprar, sobre poco más o menos, lo que puede adquirirse por 20 silbergrossen en la ciudad más cara de Alemania.[1] Pero las que peor lo pasan son las que viven de coser camisas. Por una camisa corriente reciben penique y medio; antes, recibían 2 o 3 peniques por el mismo trabajo, pero desde que el asilo de San Pancracio, regentado por gentes de la *burguesía radical,* ha comenzado a hacer estos trabajos por penique y medio las pobres costureras tienen que aceptar la misma tarifa. Tratándose de camisas finas y bordadas, en cuya confección se invierte una jornada entera, se pagan 6 peniques. El salario de estas costureras, a juzgar por estos datos y por los muchos testimonios de trabajadoras y empresarios, trabajando muy duro y hasta altas horas de la noche, no pasa de dos y medio a tres chelines semanales. Y lo que viene a rematar esta barbarie escandalosa es el hecho de que las costureras tienen que depositar una parte del importe de los materiales que se les entregan, para lo que —naturalmente como saben muy bien los propietarios—, necesitan empeñar parte de ellos, rescatándolos luego con pérdida o teniendo que comparecer, si *no pueden* rescatarlos, ante el juez, como le ocurrió a una costurera, en noviembre de 1843. En agosto de 1844, una pobre muchacha que se vio metida en esta situación, no sabiendo lo que iba a ser de ella, se tiró a las aguas de un canal y se ahogó.

Estas muchachas dedicadas a la costura viven generalmente, en medio de la mayor miseria, en cuartuchos abuhardillados, tan hacinadas como el espacio lo permite y sin contar en el rigor del invierno, con más calefacción que la que les proporciona el calor animal de sus cuerpos. Allí se pasan las largas horas, encorvadas sobre la labor, trabajando desde las cuatro o cinco de la mañana hasta media noche, viendo consumirse su salud en unos pocos años y marchando hacia una muerte prematura, sin poder satisfacer siquiera sus necesidades más apremiantes,[m] mientras en la calle, a sus pies, desfilan las brillantes carrozas de la

[1] *Cf. Weekly-Dispatch,* 17 de marzo de 1844. [m] Thomas Hood, el más talentoso de todos los humoristas, lleno de sentimiento humano, pero sin la menor energía intelectual, publicó, a comienzos de 1844, cuando todos los periódicos hablaban de la miseria de las costureras, un bello poema titulado "*The Song of the Shirt*" ["El Canto de la camisa"], que arrancó muchas lágrimas compasivas, pero bastante inútiles, a los ojos de las hijas de los burgueses. No dispongo de espacio para reproducir aquí este poema, que se publicó primeramente en el *Punch,* de donde luego dio la vuelta por toda la prensa. Como todos los periódicos se ocuparon a la sazón de la situación de las costureras, salen sobrando aquí las citas relacionadas con este asunto.

alta burguesía y tal vez diez pasos más allá un asqueroso *dandy* pierde en una sola noche, al faraón, más dinero del que gana en todo el año cualquiera de estas desgraciadas.

Tal es la situación del proletariado inglés. A donde quiera que volvamos la vista encontraremos miseria permanente o temporal, enfermedades debidas a la situación o al trabajo de los obreros, penuria y desmoralización; por todas partes destrucción y socavamiento, lento pero seguro, de la naturaleza humana, así en lo físico como en lo espiritual. ¿Durará mucho tiempo este estado de cosas?

No; no puede durar mucho, y no durará. Los trabajadores, la gran mayoría del pueblo, se oponen a que este estado de cosas continúe. Veamos lo que *ellos*, los trabajadores, opinan de esta realidad.

## MOVIMIENTOS OBREROS

Se convendrá conmigo, aunque ya lo he demostrado en detalle reiteradamente, que los obreros ingleses no podían sentirse felices en semejantes condiciones; que no era la suya una situación en la que el hombre o una clase entera de hombres pudiera pensar, sentir y vivir humanamente. Los obreros, en estas circunstancias, no podían por menos de aspirar a salir de esta situación que los convertía en bestias, para conquistar una posición mejor y más humana, lo que sólo podían lograr luchando contra los intereses de la burguesía como tal, ya que éstos se cifran precisamente en la explotación de los obreros; pero la burguesía, por su parte, defiende sus intereses por todos los medios que la riqueza y el poder del Estado de que dispone ponen a su alcance. Tan pronto como el obrero trata de acabar con el actual estado de cosas, el burgués se convierte en su enemigo declarado.

Pero el obrero observa, además, a cada instante cómo el burgués lo trata como una cosa, como propiedad suya, y ya por este solo hecho se convierte en enemigo de la burguesía. Ya he demostrado más arriba a la luz de cien ejemplos, y aún podría poner cien más, que en las condiciones actuales el obrero sólo puede salvar su condición humana mediante el odio y la rebelión en contra de la burguesía. Y la educación que recibe o, mejor dicho, la carencia de educación en que se le mantiene, así como la ardiente sangre irlandesa que corre por las venas de la clase obrera de Inglaterra se encargan de hacer *posible* que los obreros ingleses protesten violenta y apasionadamente contra la tiranía de los poseedores. El obrero inglés ha dejado de ser inglés, no es un hombre calculador y ávido de dinero como su vecino rico, abriga sentimientos muy profundos y su innata frialdad nórdica se ve contrarrestada por la fuerza desenfrenada de su rabia, que en ciertos momentos lo domina y lo arrastra. El obrero no posee esa formación intelectiva que desarrolla tan poderosamente el temperamento egoísta del burgués británico hasta hacer del egoísmo su pasión dominante y concentrar toda la fuerza de sus sentimientos en la avaricia del dinero, y ello hace que sus pasiones se manifiesten de un modo tan fuerte y poderoso como en los extranjeros. La situación del obrero destruye en él la nacionalidad inglesa.

Cuando, como hemos visto, no se le deja al obrero, para dar rienda suelta a su humanidad, otra salida que la rebeldía contra toda su situación de vida, es natural que sea precisamente en esta actitud de rebeldía donde los obreros se manifiesten más dignos de estimación, más nobles y más humanos. Hemos de ver cómo toda la energía y toda la actividad de los obreros ingleses se concentraban precisamente en este punto y cómo incluso sus esfuerzos por adquirir una cultura realmente humana guardan todos una relación directa con él. Tendremos que informar, ciertamente, de actos de violencia e incluso brutalidades, pero no debe

perderse de vista que en Inglaterra se libra una guerra social franca y abierta y que, si la burguesía se halla interesada en ventilar esta guerra bajo formas hipócritas, bajo el manto farisiaco de la paz y hasta de la filantropía, lo único que puede ayudar al obrero es el presentar las cosas de un modo descarnado, tal y como son, desgarrando todos los velos de la hipocresía; que, por tanto, incluso la hostilidad más violenta de los obreros contra la burguesía y sus servidores es, simplemente, la expresión abierta y desembozada de lo que la propia burguesía hace de un modo encubierto y pérfido en contra de los obreros.

La rebelión de los obreros en contra de la burguesía comienza a manifestarse a raíz del desarrollo industrial y recorre diversas fases. No es éste el lugar indicado para estudiar en detalle la importancia histórica que estas diversas fases han tenido para el desarrollo del pueblo inglés; ello será objeto de un trabajo posterior, ya que aquí queremos limitarnos simplemente a exponer los hechos que contribuyen a caracterizar la situación del proletariado inglés.

La forma primaria, más rudimentaria y más estéril de la protesta fue la delincuencia. El hombre trabajador veía que otras gentes vivían mejor que él. No podía explicarse por qué precisamente quien hacía más beneficio de la sociedad que el rico ocioso estuviera condenado a sufrir y penar. La necesidad triunfaba sobre el respeto atávico a la propiedad, y el hambriento se echaba a robar. Hemos visto cómo la expansión de la industria trajo consigo el aumento de la delincuencia, cómo el incremento anual de la cifra de detenciones se halla en relación directa con el número de balas de algodón consumidas.

Pero los trabajadores no tardaron en darse cuenta de que este camino no conducía a nada. Con sus robos, los delincuentes sólo protestaban contra el orden social existente como individuos, cada uno de por sí; al hacerlo, se enfrentaban con toda la fuerza de la sociedad que, uno por uno, los aplastaba implacablemente. Además, el robo era la forma de protesta más inculta y más inconciente y ya por este solo hecho no podía en modo alguno expresar de una manera general la opinión colectiva de los obreros, aunque para sus adentros lo aprobaran. Los obreros como *clase* comenzaron a rebelarse en contra de la burguesía al oponerse por la fuerza al empleo de las máquinas, como ocurrió en los primeros tiempos del movimiento industrial. Los primeros inventores, Arkwright y otros, se vieron perseguidos por este motivo y sus máquinas fueron destruidas; más tarde, se produjeron toda una serie de motines y rebeliones en contra de la maquinaria, en los cuales ocurrió casi exactamente lo mismo que en los disturbios de los obreros textiles bohemios de junio de 1844;[134] análogamente en algunos lugares fueron demolidas las fábricas y destruidas las máquinas.

También estas protestas y actos de rebeldía se mantenían dentro del aislamiento, no trascendían de ciertas localidades e iban dirigidos solamente contra uno de los lados de la relación. Una vez conseguida la finalidad momentánea, descargada la furia, todo el peso del orden social se descargaba sobre los indefensos malhechores, castigados sin misericor-

dia, y la introducción de las máquinas seguía su curso. Había que encontrar nuevas formas de oposición.

Vino a ayudar en esto una ley promulgada por el viejo parlamento, todavía no reformado, de la oligarquía de los *tories*, ley que la Cámara de los Comunes jamás habría aprobado más tarde, después que las reformas legislativas hubieron sancionado el antagonismo entre el proletariado y la burguesía, elevando a ésta a clase dominante. La ley a que nos referimos fue aprobada en 1824 y por ella se derogaron y quedaron sin efecto todas las disposiciones anteriores por las que se prohibían cualquier clase de acuerdos y coaliciones entre obreros en relación con su trabajo. Se concedió así a los trabajadores el *derecho de libre asociación,* reservado hasta entonces a la aristocracia y a la burguesía. Asociaciones secretas entre obreros las había habido siempre, pero sin que llegaran a alcanzar grandes resultados. En Escocia, como cuenta Symons (*Arts and Artisans* ["Artes y artesanos"], pp. 137 *ss.*) se había producido ya en 1812 entre los tejedores de Glasgow un paro general de labores llevado a cabo por medio de una asociación clandestina. El paro se repitió diez años más tarde, en 1822, y con este motivo se cuenta que les arrojaron vitriolo a la cara, dejándolos ciegos, a dos obreros que se negaron a unirse a la asociación y a quienes, por esta razón, consideraban sus compañeros como traidores. Sabemos también de una asociación de mineros escoceses que, en 1818, fue lo bastante poderosa para imponer un paro general de actividades. Estas asociaciones tomaban a sus miembros un juramento de fidelidad y de silencio, llevaban un registro regular de socios, tenían su caja y su contabilidad y organizaban sucursales en cada localidad. Pero el secreto en que se llevaba todo entorpecía sus actividades.

Al concederse a los obreros, en 1824, el derecho de libre asociación, estas coaliciones no tardaron en extenderse por toda Inglaterra y en adquirir gran fuerza. Se constituyeron en todas las ramas de trabajo sindicatos obreros (*trade unions*) con el ostensible propósito ya patente y abierto de amparar a los obreros contra la tiranía y los atropellos de la burguesía explotadora. Proponíanse como fines fijar los salarios y tratar con los patronos en masa, como *potencia* aparte, regular los salarios a tono con las ganancias del patrono y, en su momento oportuno, luchando por su elevación cuando se considerara procedente y declarando la huelga contra los que se negaran a aceptar la escala de salarios propuesta. Por medio de restricciones puestas a la admisión de aprendices, luchaban también por fomentar la demanda de trabajadores, lo que contribuía al mismo tiempo a mantener altos los salarios, y por contrarrestar en lo posible las maniobras de los fabricantes para reducir los salarios mediante la introducción de nuevas máquinas, herramientas, etc.; por último, estas asociaciones tenían como finalidad proteger por medio de subsidios en dinero a los obreros parados e indigentes. Bien directamente con los fondos de la caja de la asociación, bien mediante una tarjeta que acreditaba al interesado y permitía a los obreros que cambiaran de residencia recabar la ayuda de sus compañeros de oficio y

aprovechar las ocasiones que se presentaran para encontrar trabajo. Esta emigración de unos lugares a otros se llama en Inglaterra *the tramp* y el obrero trashumante recibe el nombre de *tramper*.

La asociación, para poder cumplir sus fines, designaba un presidente y un secretario retribuidos —ya que, por lo general, los fabricantes se negaban a dar trabajo a estos funcionarios—, un comité encargado de cobrar las cotizaciones semanales y de velar porque se aplicaran a los fines de la asociación. Cuando ello era posible y conveniente, los trabajadores de los diferentes distritos se agrupaban en una federación y celebraban regularmente asambleas de delegados. En algunos casos, se intentaba agrupar en *una sola* gran asociación a todos los trabajadores de *una* rama industrial, y en varias ocasiones —la primera de ellas en 1830— se creó una asociación obrera general para todo el reino, con su organización especial, que encuadraba a los obreros de toda la industria. Sin embargo, estas asociaciones no se mantenían durante largo tiempo, aunque rara vez se creaban tampoco para las necesidades del momento solamente, ya que sólo un movimiento de agitación general hace posibles y eficaces esta clase de asociaciones.

Los medios empleados por estas asociaciones para alcanzar sus fines son los siguientes. Si uno o varios patronos se niegan a pagar los salarios fijados por la organización, se les envía una delegación o una petición escrita (los obreros, como se ve, reconocen el poder del fabricante, como dueño absoluto dentro de su pequeño Estado); si esto no da resultado, la asociación ordena suspender el trabajo y todos los obreros se van a sus casas. La suspensión de labores (*turnout* o *strike*, huelga) puede ser parcial, si se niegan a aceptar la propuesta de salarios presentada por la asociación varios patronos o uno solo, o general, si la negativa afecta a todos los patronos de la industria de que se trata. Hasta aquí llegan los medios legales de la asociación, siempre y cuando que el paro, cosa que no siempre ocurre, se anuncie mediante previo aviso. Pero estos recursos legales pueden fallar si hay obreros que se mantienen al margen de la organización o se apartan de ella para acogerse a los beneficios momentáneos que el patrono les ofrece. En los paros parciales sobre todo, el fabricante puede fácilmente reclutar la mano de obra necesaria echando mano de estas ovejas sarnosas (los llamados *knobsticks*),[n] haciendo fracasar con ello los esfuerzos de los obreros coaligados. En estos casos, los *knobsticks* son generalmente amenazados, golpeados o maltratados por los trabajadores organizados, lo que da pie a una demanda judicial y, como por el momento la burguesía amante de la ley se halla todavía en el poder, la fuerza de las asociaciones obreras, en estos casos, se estrella casi siempre contra su poder.

La historia de estas asociaciones es una larga cadena de derrotas de los obreros, interrumpidas de vez en cuando por alguna que otra victoria suelta. Como es natural, estos esfuerzos, por denodados que sean, no pueden llegar a destruir la ley económica según la cual el salario se rige

n Esquiroles, rompehuelgas; nombre que se da también a los obreros que se prestan a trabajar por debajo de los salarios tarifados.

por el juego de la oferta y la demanda en el mercado de trabajo. De ahí que las asociaciones obreras resulten impotentes cuando tienen que hacer frente a las *grandes* causas que pesan sobre esta relación; en una crisis comercial, la misma asociación obrera se ve obligada por lo general a aceptar una baja de salarios o incluso a disolverse y, cuando la demanda de trabajo experimenta un alza importante, no puede elevar los salarios a un nivel más alto del que por sí misma impondría la propia competencia entre los capitalistas. Pero las asociaciones sí pueden hacer valer su fuerza contra otras causas menos poderosas y que actúan aisladamente. No cabe duda de que si el fabricante no se encontrase con la oposición concentrada, organizada y en masa de los obreros, haría bajar cada vez más los salarios, poco a poco, en su propio interés; incluso le obligaría a ello la competencia que se ve forzado a sostener contra los otros industriales, hasta llegar el salario a su nivel mínimo. Pero la competencia de los fabricantes *entre* sí se ve contrarrestada en el *promedio de los casos* por la oposición de los obreros. Todo fabricante sabe perfectamente que una baja de salarios no justificada por causas que afecten también a sus competidores traería como consecuencia la huelga en detrimento de sus intereses, obligándole a mantener ocioso su capital mientras la huelga durase y exponiéndole a que su maquinaria se echara a perder sin que pudiera estar seguro, ni mucho menos, de imponer la baja de salarios proyectada y teniendo, además, la certeza de que, caso de triunfar en su empeño, los competidores seguirían el mismo camino, harían bajar los precios de las mercancías y anularían con ello los beneficios obtenidos. Cierto es que las asociaciones obreras tienen más probabilidades de obtener una rápida elevación de salarios después de una crisis que en otras condiciones, pues el fabricante se halla interesado en no elevar los salarios antes de que la competencia de los otros industriales le obligue a ello; y, por su parte, los obreros mismos se encargan de exigir el alza cuando ven que el mercado mejora y que, en estas condiciones, al reducirse la masa de la mano de obra, se hallan en situación favorable para poder amenazar con el paro. Pero, como hemos dicho, las asociaciones obreras son impotentes cuando se trata de causas importantes que vienen a alterar el mercado de trabajo. En estos casos, el hambre obliga a los obreros a ir aceptando paulatinamente la reanudación del trabajo en las nuevas condiciones, y la fuerza de la asociación se rompe en cuanto algunos obreros entran a trabajar, ya que los esquiroles o *knobsticks* ayudan a la burguesía, con las escasas existencias de mercancías que aún se hallan en el mercado, a eliminar las peores consecuencias de la perturbación de los negocios.

Los fondos de la asociación, en estos casos, no tardan en agotarse ante el gran número de bocas que hay que alimentar, los tenderos comienzan a retirar el gravoso crédito que hasta entonces venían concediendo a los huelguistas, y la necesidad obliga a los obreros a retornar al yugo de sus explotadores. Pero, como los fabricantes, en su propio interés —que la oposición de los obreros, ciertamente, les obliga a comprender como tal—, tienen que evitar toda rebaja de salarios inne-

cesaria, mientras que los obreros, por su parte, sienten que su situación se empeora a consecuencia de una baja del salario impuesta por las condiciones comerciales y contra la cual tienen necesariamente que defenderse dentro de lo posible, se llega a la conclusión de que la mayoría de las huelgas redundan en perjuicio de los trabajadores.

Cabe, entonces, preguntarse por qué los obreros paralizan su trabajo en aquellos casos en que es evidente que tal medida no conduce a nada. Sencillamente, porque *no tienen más remedio* que protestar contra cualquier rebaja de salarios, porque tienen que demostrar que, en cuanto hombres que son, no deben someterse a las circunstancias, sino hacer que las circunstancias se sometan a *ellos*, a los hombres; porque su silencio o su pasividad equivaldría al reconocimiento de estas circunstancias, al reconocimiento del derecho de la burguesía a explotarlos en los periodos comerciales favorables y a condenarlos a morir de hambre en las épocas malas. Los obreros no tienen más remedio que protestar contra este estado de cosas si no quieren resignarse a perder todo sentimiento humano, y si protestan *así*, y no de otro modo, ello se debe a que son ingleses, gentes prácticas, que manifiestan su protesta en el terreno de los *hechos*, y no soñadores como los teóricos alemanes, que se echan a dormir tranquilamente mientras se levanta acta de su protesta en debida forma, para ponerse a descansar sobre ella. Las protestas reales y efectivas de los ingleses, en cambio, dan su resultado, contienen dentro de ciertos límites la avaricia de la burguesía y mantienen viva la oposición de los obreros en contra de la omnipotencia social y política de la clase poseedora, aunque se vean obligados, al mismo tiempo, a reconocer que para acabar con la dominación de la burguesía hace falta algo más que asociaciones obreras y paros.

Pero lo que da su verdadera importancia a estas asociaciones y a los paros y huelgas organizados por ellas es el hecho de que representan el primer intento de los obreros por *luchar contra la competencia entre ellos*. Responden a la conciencia de que la dominación de la burguesía sólo se basa en la competencia intestina de los trabajadores, es decir, en la falta de cohesión del proletariado, en el enfrentamiento de unos obreros contra otros. Si las asociaciones obreras representan un peligro tan grande contra el orden social vigente es precisamente porque, aunque solamente en parte y de un modo limitado, van dirigidas contra la competencia, que es la espina dorsal del orden social imperante. En ningún otro flanco débil pueden los obreros atacar mejor a la burguesía, y con ella a toda la organización existente de la sociedad. El reino de la riqueza tocará a su fin cuando la competencia entre los obreros haga crisis, cuando todos los obreros se decidan a no seguir siendo explotados por la burguesía. Si el salario se rige por la ley de la oferta y la demanda, por la situación fortuita del mercado de trabajo, es sencillamente porque, hasta aquí, los obreros se resignan a ser tratados como una cosa susceptible de ser comprada y vendida. El día en que los obreros se decidan a no dejarse ya comprar y vender como una cosa, a exigir que se imponga el verdadero valor del trabajo, ese día empezarán a compor-

tarse como *seres humanos* para los que la fuerza de trabajo tiene una voluntad propia y se acabará con toda la economía política actual y con sus leyes del salario. Claro está que las leyes del salario seguirían haciéndose valer a la larga, si los obreros se limitaran a acabar con la competencia entre ellos mismos; pero no podrían hacer eso sin destruir con ello todo su movimiento tal y como hasta aquí se viene desarrollando, sin restaurar la competencia de los obreros entre ellos mismos; es decir, no podrán hacerlo en modo alguno. La necesidad los obliga a terminar no sólo con una *parte* de la competencia, sino con la competencia en general, y así tendrán que hacerlo, quieran o no. Los obreros van dándose cuenta cada día más de lo que para ellos significa la competencia, comprenden mejor que los burgueses que también la competencia entre los poseedores, al provocar las crisis comerciales, gravita sobre el trabajador y que, por consiguiente, hay que acabar también con ella. Y no tardarán en comprender asimismo, *cómo, por qué caminos*, pueden lograrlo.

No hace falta que digamos que estas asociaciones han contribuido poderosamente a alimentar el odio y la rabia de los obreros en contra de la clase poseedora. De ellas arrancan, pues —con o sin la connivencia de sus dirigentes—, en tiempos de agitación exacerbada, acciones que sólo pueden explicarse por el odio llevado a extremos de desesperación, por un desencadenamiento salvaje de las pasiones, rompiendo todas las compuertas. Nos referimos a casos como aquel de que hablábamos de la agresión con vitriolo y a otros de la misma clase, algunos de los cuales queremos relatar aquí. En 1831, durante un violento movimiento obrero, una noche en que se paseaba por el campo, fue abatido a tiros el joven Ashton, dueño de una fábrica en Hyde, cerca de Manchester, sin que jamás se encontrase el rastro de su asesino. No cabe duda de que fue un acto de venganza de los obreros. Son bastante frecuentes los incendios y las voladuras. El viernes 29 de septiembre de 1843, se intentó volar el taller de serrería de Padgin, en la Howard Street de *Sheffield*, valiéndose de un tubo de hierro en forma de cuña, cargado de pólvora; los daños fueron considerables. Al día siguiente, 30 de septiembre, se produjo un atentado parecido contra la fábrica de cuchillos y limas de Ibbetson, en *Shales Moor*, cerca de *Sheffield*. El señor Ibbetson había concitado contra sí el odio de los obreros con su participación activa en los movimientos de la burguesía, con su política de salarios bajos y su preferencia exclusiva por los *knobsticks* y la explotación de las leyes de pobres en su propio beneficio (durante la crisis de 1842, se sabe que obligó a los obreros de su fábrica a aceptar salarios bajos denunciando a las autoridades de beneficencia a quienes se resistían, como culpables de negarse a trabajar). La explosión causó bastantes daños y todos los obreros que acudieron a ver los destrozos lamentaban "que no hubiese volado por los aires toda la fábrica". El viernes 6 de octubre de 1843, se produjo un conato de incendio provocado en la fábrica de Ainsworth y Crompton, de *Bolton*, que no causó daño alguno; era, en poco tiempo y en la misma fábrica, el tercero o cuarto intento de la misma natu-

raleza. En la sesión del consejo municipal de *Sheffield*, el miércoles, 10 de enero de 1844, el comisario de policía mostró un artefacto de hierro fundido fabricado especialmente para producir una explosión y que, lleno de cuatro libras de pólvora y provisto de una mecha encendida, se había encontrado en la fábrica del señor Kitchen, en la Earl Street de Sheffield. El domingo, 20 de enero del mismo año, se produjo una explosión en la serrería hidráulica de Bentley y White, en *Bury*, Lancashire, provocada por un cartucho de pólvora y que causó importantes destrozos. Pocos días después, el jueves, 1 de febrero, alguien pegó fuego a los "Soho Wheel Works" de *Sheffield*, que fueron consumidos por las llamas. He ahí seis sucesos de las mismas características producidos en cuatro meses, todos los cuales tuvieron su causa en el enfurecimiento de los obreros contra sus patronos. Y huelga pararse a considerar cuál tiene que ser el estado de la sociedad en que *pueden* darse casos como éstos. Los hechos apuntados demuestran sobradamente que en Inglaterra, incluso en periodos de prosperidad como lo fue el de finales de 1843, está declarada y se mantiene abiertamente una guerra social, sin que a pesar de ello la burguesía inglesa se decida a abrir los ojos.

Pero el caso más elocuente es el de los *thugs de Glasgow*,[o] que dio origen a un proceso ventilado ante los tribunales de dicha ciudad del 3 al 11 de enero de 1838. Según los datos que obran en el atestado, la asociación de hilanderos de algodón que funcionaba en Glasgow desde el año 1816 poseía una notable fuerza y organización. Sus miembros se habían juramentado para acatar los acuerdos de la mayoría y tenían durante las huelgas un comité secreto cuyos componentes eran ignorados de la mayoría de los afiliados y que podía disponer libremente de sus fondos. Este comité puso precio a las cabezas de los esquiroles y de los fabricantes más aborrecidos y ordenó que fuesen incendiadas varias fábricas. En una de ellas trabajaban, en vez de hombres, mujeres hilanderas; una mujer llamada MacPherson, madre de una de las muchachas que trabajaban en la fábrica, fue asesinada y a los dos autores del hecho se les embarcó para América por cuenta de la asociación. Ya en 1820 había disparado un obrero contra un esquirol llamado MacQuarry, a quien hirió, recibiendo de la asociación 15 libras esterlinas en pago del hecho. Más tarde, alguien disparó también contra un tal Graham; el autor del disparo recibió 20 libras esterlinas, pero fue descubierto y condenado a cadena perpetua. Por último, en mayo de 1837, con motivo de una huelga producida en las fábricas de Oatbank y Mile-End, se produjeron disturbios en los que fueron agredidos varios esquiroles; los disturbios duraban todavía en el mes de julio, en que un tal Smith, un esquirol, fue golpeado con tal brutalidad que perdió la vida. A la vista de todo ello, la policía decidió detener al comité de la asociación y someterlo a proceso, en el que se acusó al presidente y a los principales miembros del comité por participación en manejos delictivos, encontrán-

[o] Se daba a estos obreros el nombre de *thugs*, tomado de una de las tribus de las Indias orientales cuya única ocupación consistía en asesinar alevosamente a cuantos extranjeros caían en sus manos.

dolos culpables de los atentados contra los esquiroles y del incendio provocado en la fábrica de James y Francis Wood y condenándolos a siete años de presidio. ¿Qué comentarios les merece a nuestros buenos alemanes esta edificante historia? [p]

La clase poseedora y sobre todo la parte de ella formada por los fabricantes, que se halla directamente en contacto con los obreros, pone el grito en el cielo contra estas asociaciones y trata de convencer a los trabajadores, una y otra vez, de su ineficiencia y de su carácter pernicioso, con argumentos muy acertados desde el punto de vista de la economía política, pero por ello mismo perfectamente falsos, muchas veces, y que no dicen absolutamente nada a la mente de un obrero. La misma pasión que la burguesía pone en argumentar así revela que estos argumentos distan mucho de ser desinteresados y, aun prescindiendo del perjuicio directo que una huelga pueda causar, no cabe duda de que lo que va a parar a los bolsillos del fabricante sale necesariamente de los del obrero. Aunque los mismos trabajadores no supiesen perfectamente bien que las asociaciones obreras, por lo menos, ponen coto hasta cierto punto al desenfrenado deseo de sus patronos de hacer bajar los salarios, les bastaría para seguir por este camino la seguridad de que con ello perjudican a sus enemigos. En la guerra, lo que daña a un beligerante beneficia al otro, y como los obreros se hallan en pie de guerra contra sus patronos, hacen, al proceder así, exactamente lo mismo que las altas potencias cuando se vienen a las manos.

Más que ningún burgués, es nuestro amigo, el doctor Ure, el más feroz enemigo de todo lo que sean asociaciones obreras. Brama de rabia contra "los tribunales secretos" de los hilanderos del algodón, el más poderoso sector obrero, que se jactan de poder paralizar por sus órdenes a cualquier fabricante que se resista a obedecerlos, "arrastrando con ello a la ruina a los hombres que les dan de comer todo el año". Y nos habla de los tiempos en que "la cabeza inventiva y el corazón animador de la industria se ven sujetos a servidumbre bajo los levantiscos órganos inferiores". Lástima que los obreros ingleses no se dejen, como los plebeyos romanos, ¡oh, Menenio Agripa!,[174] embaucar por tu fábula. Y, por último, nos refiere la siguiente hermosa historia. Nos dice que, un buen día, también los hilanderos en bruto que trabajaban en la *mule* decidieron abusar de sus fuerzas hasta extremos intolerables. Nos asegura que los salarios altos, en vez de mover a gratitud hacia el patrono y

[p] "¡Qué clase de 'justicia brutal' (wild-justice) tenía que latir en los pechos de aquellos hombres, que les empujaba a reunirse a sangre fría en cónclave secreto, para condenar a sus hermanos trabajadores como desertores de su clase y condenarlos a muerte por traición y ejecutarlos, cuando ningún juez ni verdugo público se prestarían a hacerlo, por un sayón secreto, como en el antiguo tribunal de la Santa Venganza o en el tribunal secreto de los caballeros, que vemos renacer aquí de pronto ante los ojos asombrados de las gentes, no precisamente con peto de malla, sino con camisa de lienzo, y no en los campos de Westfalia, sino en las adoquinadas calles de Glasgow! Para que tales cosas puedan producirse, tiene que darse un sentimiento muy extendido y *poderoso* entre la *multitud*, que la lleve a manifestarse de este modo y bajo tales formas, cobrando su expresión más alta, en la persona de unos pocos." *Carlyle, Chartism* ["El Cartismo"] [Londres, 1840], p. 41.

educar el espíritu (por supuesto, en ciencias no peligrosas y que reporten alguna utilidad a la burguesía), conducen en muchos casos al orgullo y la insolencia, dan pie para percibir cotizaciones destinadas a sostener la rebeldía de los huelguistas, en paros que se declaran arbitrariamente contra gran número de fabricantes. Y cuenta que en uno de estos insensatos movimientos desatado en Hyde, Dukinfield y sus contornos, los fabricantes de la región, temerosos de que los franceses, los belgas y los norteamericanos los expulsaran del mercado, recurrieron a la fábrica de maquinaria de Sharp, Roberts y Cía., con la súplica de que el talento inventivo del señor Sharp se aguzara para lograr la construcción de una máquina automática que "salvara su industria de aquella bochornosa esclavitud y de una ruina inminente".

"En pocos meses, estuvo construida una máquina dotada, al parecer, de la capacidad discursiva, el sentimiento y el tacto del obrero experto. Fue así como el *hombre de hierro*, nombre que los obreros le dan, salió *por mandato de Minerva de las manos de Prometeo*, maravillosa criatura destinada a restaurar el orden entre las clases industriales y a garantizar a los ingleses el mando sobre la industria. La noticia de esta hazaña hercúlea sembró el terror en el seno de la asociación obrera, *y antes de salir de la cuna, por así decirlo, ya había estrangulado a la hidra de la anarquía*."

Ure nos demuestra, además, siguiendo por este camino, que el invento de la máquina para estampar cuatro y hasta cinco colores a un tiempo se debió a los disturbios causados por los obreros del estampado de percales y que los trastornos provocados por los cadeneros de los telares mecánicos condujeron a la invención de una máquina más perfecta para suplir su trabajo, y expone enseguida otros casos parecidos.[a] ¡Y el mismo Ure se atormenta poco antes, a lo largo de muchas páginas, en demostrar que la maquinaria es beneficiosa para los obreros! No es él, por lo demás, el único autor que lo hace; en su informe fabril, el señor Ashworth, un industrial, y con él muchos más, no pierden ocasión para volcar su despecho contra las asociaciones obreras. Estos sabios burgueses hacen exactamente lo mismo que ciertos gobiernos y atribuyen todos los movimientos que no entienden a la influencia de los malignos agitadores, de gentes mal intencionadas, demagogos, revoltosos y gentes jóvenes; y afirman que los agentes a sueldo de estas combinaciones y manejos están interesados en la agitación, porque viven de ella, como si la propia burguesía no hiciese necesaria esta retribución, al negarse a dar trabajo a tales elementos.

La increíble frecuencia de estos paros y huelgas demuestra mejor que nada hasta qué punto se halla Inglaterra en estado de guerra social. No pasa semana, ni apenas pasa día en que no surja un movimiento de huelga en uno u otro sitio, unas veces contra la rebaja de salarios, otras contra la negativa a elevarlos, otras para protestar contra la entrada de esquiroles en una fábrica, otras para evitar que se cometan abusos o se

[a] Ure, *Philosophy of Manufactures*, pp. 366 ss.

dicten normas injustas, otras en contra de la introducción de nuevas máquinas y por cien causas más. Muchas de estas huelgas no pasan de ser pequeñas escaramuzas, aunque otras revisten mayor importancia; no deciden nada, pero constituyen la prueba más palpable de que la batalla decisiva entre la burguesía y el proletariado no está ya lejana. Son la escuela de guerra de los obreros, en la que éstos se preparan para el gran combate inevitable; son como los "pronunciamientos" de una u otra rama de trabajo, en los que los trabajadores templan las armas para unirse al gran movimiento obrero. Si seguimos atentamente la colección de un año del *Northern Star*, el único periódico que informa acerca de todos los movimientos del proletariado, veremos que todos los obreros de las ciudades y de la industria rural se organizan en asociaciones y se manifiestan de vez en cuando, por medio de paros contra la dominación de la burguesía. Y no cabe duda de que estas acciones, consideradas como escuela de guerra, tienen una importancia incalculable. En ellas se templa y se desarrolla la bravura proverbial del inglés.

En el continente se dice que los ingleses, sobre todo los obreros de este país, son cobardes, gentes incapaces de hacer una revolución, porque no se sublevan y amotinan a cada paso, como los franceses, porque parecen resignarse mansamente al régimen burgués. Esto es totalmente falso. Los obreros ingleses nada tienen que envidiar a ninguna otra nación en cuanto a coraje y valentía, son tan aguerridos como los franceses, pero luchan de otro modo. Los franceses, pueblo de temperamento decididamente político, pelean también por la vía política contra los males sociales; los ingleses, para los que la política sólo existe en función de un interés, en función de la sociedad burguesa, luchan directamente contra la burguesía, en vez de luchar contra el gobierno, y esta lucha, a veces, sólo puede librarse efectivamente por la vía pacífica. La paralización de los negocios y la miseria consiguiente a la crisis provocó en Lyon, en 1834, la sublevación en favor de la República, mientras que en Manchester condujo en 1842 a la huelga general en pro de la Carta del Pueblo y a la elevación de los salarios. Y vale decir que también para lanzarse a una huelga hace falta valor, y no pocas veces una decisión mucho más firme y más audaz que para tomar parte en un motín. No es ninguna pequeñez, para un obrero que conoce por experiencia las privaciones y la miseria, exponerse a ellas, con su esposa y sus hijos, soportar estoicamente durante meses, sin flaquear, el hambre y la penuria. ¿Qué es la muerte y qué son las galeras que aguardan al revolucionario francés, al lado del tormento lento del hambre, al lado de la tortura que supone ver un día tras otro a la familia sin un pedazo de pan que llevarse a la boca, al lado de la certeza de exponerse a la hora de reanudar el trabajo, a la fría venganza de la burguesía, consecuencias todas que el obrero inglés arrostra antes que someterse cobardemente al yugo de la clase poseedora?

Más abajo tendremos ocasión de poner un ejemplo de esta bravura tenaz e indoblegable de los obreros ingleses, que sólo se someten a la fuerza cuando ya toda resistencia resulta estéril y sin sentido. Es preci-

samente en esta serena perseverancia, en esta decisión tranquila e imperturbable, que sabe desafiar las más duras pruebas, donde el obrero inglés acredita los lados más admirables de su carácter. Quienes tanto padecen y arrostran para doblegar a un solo burgués sabrán también, cuando llegue la hora, enfrentarse al poder de toda la burguesía.

Pero el obrero inglés ha sabido también demostrar su arrojo en otros terrenos. Si la huelga de 1842 no tuvo mayores consecuencias, ello se debió a dos razones: una a que los obreros fueron arrastrados a este movimiento por la burguesía y otra a que no tuvieron la claridad de visión ni la unidad suficientes. Sin hablar de la insurrección galesa de 1839, me referiré a una batalla en toda regla librada en Manchester (en mayo de 1843) y de que yo fui testigo. Una fábrica de ladrillos (la de Pauling & Henfrey) había decidido aumentar el tamaño de sus productos sin elevar los salarios, a pesar de que, naturalmente, vendía los nuevos ladrillos, de tamaño superior, a un precio más alto. Los obreros, a quienes se negó el alza de salarios, no se arredraron y la asociación de ladrilleros declaró la guerra a la empresa, abandonando el trabajo. Con mucho esfuerzo, los patronos consiguieron reclutar mano de obra en los alrededores y entre los esquiroles, recurriendo a la intimidación contra los obreros. Apostaron en el patio de la fábrica doce vigilantes, antiguos soldados y policías, armados de carabinas. Fracasado el intento de intimidación, un buen día, como a las diez de la noche, un contingente de obreros ladrilleros, en formación militar, los que abrían la marcha armados de carabinas, penetró en el patio de la fábrica, situada a poca distancia de un cuartel de infantería.[r] El pelotón obrero entró en el patio y al ver a los guardianes apostados abrió fuego sobre ellos, trituró los ladrillos amasados puestos a secar, hizo trizas las hileras de los ladrillos ya secos y amontonados, demolió cuanto encontró en el camino y, penetrando en el edificio de la fábrica, destrozó los muebles y maltrató a la esposa del vigilante de guardia. Entre tanto, los guardianes se parapetaron detrás de una valla desde la que podían disparar a mansalva; los obreros que habían irrumpido en el patio se hallaban en aquel momento delante de un horno encendido, cuyo resplandor los iluminaba con toda claridad, de modo que cada bala del enemigo daba certeramente en el blanco, mientras que sus disparos se perdían todos. El tiroteo se sostuvo, sin embargo, por espacio de media hora, hasta que las municiones se agotaron y logrado ya el objetivo de la irrupción, que había sido destruir cuanto se encontraba en el patio de la fábrica. Al presentarse luego las tropas, debidamente avisadas y en orden de batalla, los obreros atacantes se retiraron en dirección de Eccles (a tres millas de Manchester). A poca distancia de este lugar, pasaron revista a su contingente, por el número que se había dado a cada combatiente, después de lo cual rompieron filas, para caer inmediatamente, como es natural, en manos de la policía, que los había cercado por todas partes. El número de bajas tuvo que ser necesariamente muy elevado, pero sólo fue posible conocer los nombres de quienes cayeron presos. Uno de ellos había re-

[r] En la esquina de *Cross Lane* y *Regent Road* (véase el plano de Manchester).

cibido tres balazos, uno en la cadera, otro en una pantorrilla y el tercero en un hombro, lo que no le impidió caminar a rastras más de cuatro millas. Nadie podrá decir que aquellos hombres, obreros ingleses, no dieran pruebas de bravura revolucionaria y de arrojo, bajo una verdadera lluvia de balas. Y si, como ocurrió en 1842, un tropel de gentes inermes que ellas mismas no sabían lo que querían en realidad, fueron mantenidas a raya, en una plaza cercada por unos cuantos dragones y gendarmes que cerraban todas las entradas a la plaza, ello no demuestra precisamente cobardía, pues aquella masa tampoco se habría movido aunque no hubiese tenido en frente a los servidores del poder público, es decir, del poder de la burguesía. Allí donde el pueblo sabía lo que quería y marchaba hacia objetivos claros, sí dio pruebas suficientes de valor, como ocurrió por ejemplo en el asalto a la fábrica de Birley, que luego fue necesario proteger emplazando delante de ella varias piezas de artillería.

Digamos a este propósito dos palabras acerca del respeto sagrado que se siente por la ley, en Inglaterra. Para el burgués, la ley es sagrada, ciertamente, pues es hechura suya y se ha concebido y promulgado con su aquiescencia y para protegerle y beneficiarle a él. Sabe que, aunque una ley en especial puede perjudicarle, en su conjunto la legislación vigente protege sus intereses y que la santidad de la ley, la intangibilidad del orden establecido y amparado por la participación activa de una parte de la sociedad y la aceptación pasiva de la otra forma el más poderoso baluarte de su posición social. El burgués británico considera sagrada la ley porque se ve reflejado en ella como en su dios; por eso ve un poder portentosamente apaciguador en la matraca del agente de la policía, que es en realidad su propia matraca. Pero no ocurre lo mismo, en modo alguno, con el obrero. Pues éste sabe muy bien y lo ha experimentado con harta frecuencia en su propia carne que la ley es para él un látigo que lo ata a la burguesía, y sólo recurre a la ley cuando no tiene otro remedio. Es ridículo afirmar que el inglés sienta miedo por la policía, cuando todas las semanas la apalea en Manchester y cuando el año pasado llegó incluso a asaltar una comisaría defendida por puertas de hierro y por recios postigos. El poder de la policía en la huelga de 1842 sólo residía, como queda dicho, en la perplejidad de los propios obreros.

Y como los obreros no respetan en realidad la ley, sino que se limitan a acatarla cuando no son lo bastante fuertes para hacerla cambiar, es perfectamente natural que, por lo menos, formulen propuestas para que las leyes sean modificadas y que luchen por cambiar la ley de la burguesía por la ley del proletariado. Esta ley a que el proletariado aspira y propone es la *Carta del Pueblo* (People's Charter), que reviste una forma puramente política y propugna en realidad una base democrática para la elección de la Cámara de los Comunes. El *cartismo* es la forma compacta de la oposición contra la burguesía. En las coaliciones y las huelgas, la oposición no salía nunca de su aislamiento, eran grupos obreros sueltos o sectores de la clase obrera quienes luchaban contra

burgueses aislados; cuando la lucha se generalizaba, no era precisamente porque así se lo propusieran los obreros, y cuando en realidad se lo proponían lo hacían respondiendo a las inspiraciones del cartismo. En el movimiento cartista, en cambio, es toda la clase obrera la que se pone en pie contra la burguesía y la que ataca, sobre todo, al poder político, a la muralla legal en que ésta se parapeta.

El cartismo ha nacido del partido *democrático*, formado en los ochentas del siglo pasado, *a la par con el proletariado y en el seno de él*, por los años en que la revolución francesa se fortalecía, que después de la paz actuó como el partido "*radical*", que entonces tenía su asiento principal en Birmingham y en Manchester, como antes lo había tenido en Londres, que, aliándose a la burguesía liberal, arrancó a los oligarcas del viejo parlamento la Ley de Reformas y que de entonces acá se ha consolidado cada vez más nítidamente como partido obrero frente a la burguesía.

En 1838, un comité de la Asociación General de Trabajadores de Londres (Working Men's Association), con William Lovett a la cabeza, formuló la Carta del Pueblo, en la que figuran los "Seis Puntos" siguientes: 1º Sufragio universal para todos los varones adultos que estén en su sano juicio y no hayan delinquido; 2º parlamentos renovables cada año; 3º pago de dietas a los parlamentarios, para que también las personas carentes de recursos puedan desempeñar puestos de elección pública; 4º votación secreta, para evitar el soborno y la intimidación de la burguesía; 5º distritos electorales iguales, que garanticen una representación equitativa, y 6º abolición del requisito —por lo demás, ilusorio— de 300 libras esterlinas de propiedad territorial para poder ser elegido, dando esta posibilidad a todo elector, cualquiera que sea su situación patrimonial.

Estos seis puntos, ceñidos todos ellos a la constitución de la Cámara de los Comunes, por inocentes que parezcan, encierran, sin embargo, la virtualidad suficiente para echar por tierra la arcaica Constitución inglesa, con su reina y su Cámara de los Lores. El llamado elemento monárquico y aristocrático de esta Constitución sólo puede mantenerse en pie porque la burguesía se halla interesada en su *aparente* mantenimiento, pues su vigencia no pasa, en efecto, de ser una mera apariencia. Pero, tan pronto como toda la opinión pública sostenga y respalde a la Cámara baja y ésta represente la voluntad, no sólo de la burguesía, sino de la nación entera, concentrará en sí todo el poder, haciendo esfumarse hasta el último halo de santidad en torno a la cabeza del monarca y de la nobleza. El obrero inglés no siente el menor respeto por los lores ni por la reina, y la burguesía no le pregunta a ésta lo que debe hacer, aunque idolatre su mayestática persona. El cartista inglés es, políticamente, republicano, a pesar de que no emplee esta palabra y rara vez la pronuncie; lo que importa es que, en la realidad, simpatiza con los partidos republicanos de todos los países, aunque él prefiera llamarse demócrata. Pero es algo más que simplemente republicano, pues su democracia no se circunscribe al ámbito de la política.

Hay que decir que, en realidad, el cartismo fue desde su nacimiento en 1835 un movimiento que agrupaba principalmente a los obreros, aunque no apareciera todavía claramente deslindado de la pequeña burguesía radical. El radicalismo obrero iba entonces de la mano con el radicalismo de la burguesía; la Carta era el santo y seña de ambos; cada año reunía su "Convención nacional" y tenía todas las apariencias de un partido. La pequeña burguesía se mostraba, por aquellos años, muy belicosa y combativa por la decepción que en ella habían producido los resultados de la Ley de Reformas y por la crisis comercial de los años 1837 a 1839, todo lo cual hacía que viese con buenos ojos la violenta agitación de los cartistas. En Alemania no se tiene idea de cuál era la violencia de aquella agitación. Se llamaba al pueblo a armarse y, a veces, incluso a sublevarse; se fabricaban picas como en los tiempos de la Revolución francesa, y en 1838 hablaba y se movía, entre otras figuras, un tal Stephens, pastor metodista, predicando al pueblo congregado en Manchester cosas como ésta:

"No tenéis por qué temer al poder del gobierno, a los soldados, las bayonetas y los cañones con que vuestros opresores se hacen fuertes, pues disponéis de un medio mucho más poderoso que todo eso, de un arma contra la que nada pueden las bayonetas ni los cañones; y hasta un niño de diez años podría manejarla: no tenéis más que prender un par de cerillas y encender con ellas un haz de paja mojada en pez, y ya quisiera yo ver lo que el gobierno, con sus cien mil soldados, puede hacer contra un arma como ésta, intrépidamente manejada."

Pero, al mismo tiempo, ya entonces se manifestaba el carácter propio y peculiar, el carácter *social* del cartismo obrero. Aquel mismo Stephens de que hablamos decía, en un discurso pronunciado ante 200 000 hombres reunidos en el Kersall Moor, el ya citado *Mons sacer*[8] de Manchester:

"El cartismo, amigos míos, no es una cuestión política, en la que se trate de conquistar el derecho de sufragio y otras cosas por el estilo; no, el cartismo es una *cuestión de cuchillo y tenedor*. La Carta quiere decir una buena casa, buena comida y buena bebida, buenos ingresos y una jornada de trabajo corta."

Ya en aquel tiempo se hallaban íntimamente relacionados con el cartismo los movimientos en contra de la nueva Ley de Pobres y en pro de la jornada de Diez horas. En todos los mítines de aquellos años solía tomar parte el *tory* Oastler y, junto a la petición nacional firmada en Birmingham, se votaron y firmaron cientos de peticiones en que se propugnaba el mejoramiento social de la situación de los obreros; la campaña de agitación seguía su curso sin desmayar en 1839 y cuando, a fines de dicho año, comenzó a ceder algo, hombres como Bussey, Taylor y Frost se apresuraron, actuando simultáneamente en el Norte de Inglaterra, en Yorkshire y en el País de Gales, a hacer estallar una revuelta. En vista

[8] Monte sagrado.

de que su plan había sido delatado, Frost se vio obligado a adelantar el golpe, haciéndolo fracasar; los del Norte se enteraron del desdichado intento a tiempo todavía para retirarse; dos meses más tarde, en enero de 1840, estallaron en Yorkshire, Sheffield y Bradford, varias revueltas de delatores, como se las llamó [175] (*spy-outbreaks*), hasta que poco a poco fue calmándose la agitación.

Entre tanto, la burguesía se entregó a proyectos más prácticos y más ventajosos para ella, principalmente al proyecto de las leyes cerealistas; se creó en Manchester la asociación en contra de las leyes sobre el trigo, y este movimiento trajo consigo el aflojamiento de la alianza entre la burguesía radical y el proletariado. Los obreros no tardaron en percatarse de que *a ellos* no podía favorecerles gran cosa la abolición de aquellas leyes, que desde luego beneficiaba grandemente a la burguesía, y los esfuerzos de ésta para ganarlos a su causa no prosperaron. Estalló la crisis de 1842. La agitación recobró el brío de la del año 1839. Pero, esta vez, se sumó también a la campaña la burguesía rica de los fabricantes, muy golpeada por la crisis. La Liga Anticerealista, que era el nombre dado a la asociación formada por los fabricantes de Manchester, tomó un sesgo muy radical y violento. Sus periódicos y sus oradores empleaban un lenguaje abiertamente revolucionario, exasperados también ante el hecho de que por primera vez desde 1841 había subido al poder el partido conservador. Como antes los cartistas, estos señores llamaban ahora directamente a la sublevación, y los obreros, que eran los más castigados por la crisis, no permanecían tampoco inactivos, como demuestra la petición nacional de dicho año, suscrita por tres millones y medio de firmas. En una palabra, ambos partidos radicales habían vuelto a aliarse, después de haber pasado por un periodo de frialdad y alejamiento; el 15 de febrero de 1842, en una reunión de liberales y cartistas, se formuló en Manchester una petición en la que se abogaba por la derogación de las leyes cerealistas y, al mismo tiempo, por la implantación de la Carta del Pueblo, petición aprobada al día siguiente por ambos partidos. La primavera y el verano transcurrieron en medio de violentas campañas de agitación, mientras la miseria iba en aumento. La burguesía estaba resuelta a lograr que fuesen derogadas las leyes sobre el trigo al amparo de la crisis y valiéndose de la penuria provocada por ella y de la agitación general reinante en el país. Ahora que los *tories* estaban en el poder, sacrificaba incluso, a medias, su actitud legalista, para proclamar la revolución, pero con ayuda de los obreros. Éstos debían sacarle las castañas del fuego, quemándose los dedos en aras de la burguesía. Se levantaban ya muchas veces recogiendo la idea lanzada anteriormente (en 1839) por los cartistas del *"Mes sagrado"*, un paro general de todos los obreros; pero, en la nueva versión, no eran precisamente los trabajadores quienes habían de lanzarse al paro, sino los industriales, cerrando las fábricas y empujando a los trabajadores a las aldeas, a las tierras de propiedad de la aristocracia, para presionar de este modo al parlamento *tory* y al gobierno a suprimir aquellas leyes. Ello habría conducido, naturalmente, a un levantamiento, pero la bur-

guesía se sentía segura detrás de la barrera y podía aguardar tranquilamente el curso de los acontecimientos sin comprometerse.

A fines de julio comenzaron a animarse los negocios; no había tiempo que perder y, para no desperdiciar la ocasión, en este mismo momento, aprovechando el *alza de la coyuntura* (*cf.* los boletines de la Bolsa de Manchester y Leeds correspondientes a fines de julio y comienzos de agosto), tres empresas de Stalybridge procedieron a bajar los salarios, no sabemos si por propia iniciativa o de acuerdo con los demás fabricantes y especialmente con la Liga Anticerealista. Dos de ellos, sin embargo, dieron luego marcha atrás, mientras que la tercera, William Bailey y Hnos., mantenía su decisión y comunicaba a los obreros quejosos que si no estaban conformes podían irse de paseo por algún tiempo. Los obreros recibieron con gritos de júbilo esta desdeñosa declaración, abandonaron la fábrica y recorrieron el pueblo, invitando a todos sus compañeros a dejar el trabajo. Pocas horas después, habían parado todas las fábricas y los obreros se dirigían en manifestación a Mottram Moor, para celebrar un mitin. Era el 5 de agosto. Tres días después, el 8, se concentraron 5 000 trabajadores en Ashton y Hyde, hicieron parar todas las fábricas y minas de la comarca y celebraron mítines, en los que, en vez de pedir la derogación de las leyes sobre el trigo, como la burguesía había esperado que harían, exigieron "un salario justo por una jornada de trabajo justa" (a fair day's wage for a fair day's work). El 9 de agosto se dirigieron a Manchester, donde *sin que les estorbaran las autoridades*, todas ellas del partido liberal, hicieron parar las fábricas; el día 11 se presentaron en Stockport y allí tropezaron con la primera resistencia, al asaltar el asilo de pobres, hijo predilecto de la burguesía; el mismo día, se declaró en Bolton el paro general, acompañado de algunos disturbios, sin tropezar tampoco con la oposición de las autoridades. El movimiento se extendió enseguida a todas las zonas industriales y el paro afectó a todas las labores, salvo las faenas de la recolección y la preparación de los alimentos.

Pero los obreros permanecían tranquilos. Se habían visto arrojados involuntariamente al movimiento; los fabricantes, con excepción de uno solo, el *tory* Birley —en Manchester—, *en contra de su costumbre*, no tomaron partido en contra del paro; la cosa había comenzado sin que los obreros persiguiesen un fin determinado. Todos estaban de acuerdo en no convertirse en blanco de los tiros de la tropa en aras de sus patronos deseosos de ver abolidas les leyes cerealistas; pero mientras que los unos querían imponer la Carta del Pueblo, los otros, considerando esto prematuro, aspiraban simplemente a ver reimplantados los salarios de 1840.

Esta falta de claridad en cuanto a los objetivos hizo que la insurrección fracasara. Si se hubiera tratado desde el primer momento de una insurrección obrera deliberada y conciente, no cabe duda de que habría triunfado; pero aquellas masas, lanzadas a la calle sin quererlo por sus patronos y sin que los guiara un propósito definido, no podían hacer nada.

Entre tanto, la burguesía, que no había movido un dedo para afianzar la alianza del 15 de febrero, comprendió enseguida que los obreros no estaban dispuestos a servirle de instrumento y que la inconsecuencia con que se habían alejado del punto de vista de la "legalidad" amenazaba a sus propios intereses; decidió, pues, volver a su vieja legalidad y ponerse al lado del gobierno en contra de los obreros, a quienes había provocado primero y luego forzado a lanzarse a la insurrección. Se entregó e hizo que sus fieles agentes se entregaran a la acción de guardias especiales —también los comerciantes alemanes de Manchester tomaron parte en esta demostración de fuerza y desfilaron por las calles de la ciudad, sin que hicieran ninguna falta, con sus matracas y el cigarro en la boca—, hizo que la fuerza pública disparase contra el pueblo en Preston y, de la noche a la mañana, la insurrección popular, que los trabajadores no habían buscado, tuvo en frente de ella a las tropas del gobierno y a toda la clase poseedora. Los obreros, que por lo demás no perseguían en este movimiento finalidad alguna, se dispersaron poco a poco y la insurrección fue aplacándose sin ninguna consecuencia lamentable.

Para final de fiesta, la burguesía cometió una infamia tras otra, condenó en tono de abominación las acciones violentas del pueblo, tratando de lavarse las manos sin acordarse de su lenguaje revolucionario de los meses de primavera, y culpó de la insurrección a los "alborotadores" cartistas, etc., olvidando que ella había hecho mucho más que éstos por poner en pie la agitación, y, con cínico descaro, volvió a su inveterado punto de vista de la santidad de la ley. Los cartistas, que apenas habían contribuido en nada a la insurrección y se habían limitado a hacer lo que trató también de hacer la burguesía: aprovechar la ocasión, fueron llevados ante los tribunales y condenados a diversas penas, mientras los capitalistas salían indemnes del trance y se aprovechaban para vender con pingües beneficios durante la paralización del trabajo sus existencias de mercancías.

El fruto de esta insurrección fue el divorcio total y absoluto entre el proletariado y la burguesía. Hasta ahora, los cartistas no se recataban para decir que impondrían la Carta del Pueblo por todos los medios, incluso, si necesario era, por medio de la revolución; la burguesía, dándose cuenta por fin de que cualquier derrocamiento por la fuerza representaba un peligro para sus posiciones, no quería ya saber nada del empleo de la "violencia" y predicaba exclusivamente la "fuerza moral" como camino hacia sus objetivos, como si la fuerza moral fuese, en realidad, otra cosa que la amenaza directa o indirecta de recurrir a la fuerza física. Era casi el único punto litigioso que entre ellos se ventilaba y que, por último, fue también eliminado de hecho, cuando más tarde reconocieron los propios cartistas que tampoco ellos —tan dignos de crédito, por lo demás, como la burguesía liberal— apelaban a la violencia. Otra divergencia importante, la principal, la que precisamente puso de relieve el cartismo en toda su pureza, era la cuestión de las leyes cerealistas. En ellas estaba muy interesada la burguesía radical, pero no así el proletariado. El partido cartista, ante este problema, se escin-

dió ahora en dos partidos, totalmente distintos e incompatibles entre sí, aunque coincidían totalmente en sus principios políticos expresos. En la convención nacional de Birmingham, celebrada en enero de 1843, *Sturge*, el representante de la burguesía radical, propuso que se eliminase de los estatutos de la asociación cartista la *mención* de la Carta del Pueblo, alegando en apoyo de ello que este nombre había quedado unido, desde la insurrección, al camino de la revolución violenta, asociación de ideas que, por lo demás, venía existiendo ya desde hacía años y contra la que el señor Sturge no había tenido nada que objetar hasta ahora. Pero los obreros no se prestaron a retirar el nombre, y cuando Sturge quedó derrotado en la votación, el buen cuáquero, sintiéndose de pronto leal a sus convicciones, abandonó la sala de reunión de la minoría para pasar a constituir en el seno de la burguesía radical, una "Complete Suffrage Association" [Asociación en pro del Sufragio integral]. Hasta tal punto repugnaban ahora estos recuerdos al burgués jacobino de ayer, que no quiso siquiera emplear el término de sufragio universal (*universal suffrage*) y recurrió a la ridícula locución de sufragio integral (*complete suffrage*). Los obreros se rieron de él y siguieron tranquilamente su camino.

A partir de este momento, el cartismo pasó a ser un movimiento exclusivamente obrero, depurado de todos los elementos burgueses. Los periódicos "completos" como el *Weekly Dispatch* ["Despacho Semanal"], el *Weekly Chronicle* ["Crónica Semanal"], el *Examiner* ["Examinador"] y otros fueron cayendo poco a poco en el estilo adormilado de los demás periódicos liberales, se convirtieron en defensores de la libertad de comercio, se lanzaron a atacar el proyecto de ley sobre la jornada de Diez horas y las demás mociones netamente obreras y, en general, procuraron recatar por todos los medios cuanto fuese radicalismo. La burguesía radical se sumó en todos los conflictos a los liberales en contra de los cartistas y levantó como su principal bandera la cuestión de las leyes cerealistas, que para los ingleses significaba la cuestión de la libre competencia. Con ello, cayó sumisamente bajo la férula de la burguesía liberal y todavía en la actualidad sigue desempeñando un triste papel.

En cambio, los obreros cartistas abrazaron ahora con redoblado celo y en todos los terrenos la lucha del proletariado contra la burguesía. Los obreros han sufrido demasiado de la libre competencia para no odiarla con todas sus fuerzas; los defensores de esta institución, los burgueses, son sus enemigos declarados. La libertad total de la competencia sólo puede acarrear daños a los trabajadores. Sus reivindicaciones de siempre, la ley de la jornada de Diez horas, la protección del obrero contra el capitalista, buenos salarios y seguridad en los empleos, la abolición de la nueva Ley de Pobres, cosas todas que forman parte esencial del cartismo, en el mismo plano por lo menos que los "Seis Puntos" de la Carta, van todas ellas directamente en contra de la libre competencia y del librecambio. Nada tiene, pues, de extraño que los obreros, cosa que la burguesía inglesa no alcanza a comprender, no quieran saber nada de la libre competencia, de la libertad comercial ni de la abolición de las

leyes cerealistas y muestren hacia este último punto, por lo menos, la mayor indiferencia, aparejada con la rabia irreductible que sienten por quienes defienden esta medida. Esta cuestión constituye precisamente el punto en que el proletariado se separa de la burguesía y el cartismo se deslinda del radicalismo, y si una mente burguesa no puede comprender esto es precisamente porque es incapaz de comprender al proletariado.

Aquí es, sin embargo, donde radica la diferencia entre la democracia cartista y toda la democracia burguesa anterior, la democracia puramente política. *El cartismo tiene, esencialmente, un carácter social.* Los "Seis Puntos", que lo son todo para el burgués radical y que propugnan, a lo sumo, algunas reformas a la Constitución, son para el proletario simplemente el medio para el fin. "El poder político constituye nuestro medio, la dicha social nuestro fin": tal es, en la actualidad, la divisa clara y manifiesta de los cartistas. Lo que el predicador Stephens llamaba "la cuestión del cuchillo y el tenedor" sólo representaba una verdad para una parte de los cartistas de 1838; en 1845, es una verdad para todos. Entre los cartistas ya no hay nadie que sea simplemente político. Y aunque hasta hoy su socialismo se halle todavía poco desarrollado, aunque su recurso principal contra la miseria siga buscando todavía la parcelación de la propiedad de la tierra (en el *allotment-system*), que es una fórmula superada ya por la marcha de la industria (véase nuestra Introducción) y, en general, la mayoría de sus propuestas prácticas (protección para el obrero, etc.) tengan en apariencia un carácter reaccionario, es lo cierto, de una parte, que en estas medidas va ya implícita por sí misma la necesidad de dar de nuevo al traste con el poder de la competencia y restaurar el viejo estado de cosas o de abolir la competencia misma, mientras que, de otra parte, el confuso estado actual del cartismo, su divorcio de partido puramente político, es cabalmente lo que exige que sigan desarrollándose las que son precisamente las *características diferenciales* de este movimiento, que residen en su aspecto social. El acercamiento al socialismo no puede por menos de producirse, sobre todo si la próxima crisis, que, partiendo del estado actual de animación de la industria y del comercio, tendrá que producirse, a más tardar, para 1847 y que sobrevendrá ya probablemente en el año venidero, crisis que sobrepujará por su violencia y su pujanza a todas las anteriores, obliga, por la miseria de los obreros, a echar mano cada vez más de medidas sociales, en vez de recurrir a paliativos políticos. Los obreros impondrán su Carta, esto es natural; pero entre tanto irán viendo claro en muchas cosas lo que la Carta les permitirá conseguir y acerca de las cuales no saben ahora apenas nada.

Entre tanto, la agitación socialista marcha hacia adelante. El *socialismo* inglés sólo nos interesa aquí en cuanto influye en la clase obrera de este país. Los socialistas ingleses postulan la creación gradual de la comunidad de bienes en forma de "colonias interiores",[176] de 2 000 a 3 000 personas ocupadas en la agricultura y la industria y que gocen de iguales derechos y de educación igual para todos, una ley que facilite

el divorcio, la implantación de un gobierno racional en que haya libertad total de opinión y la abolición de las penas y su sustitución por el tratamiento racional del delincuente. Tales son sus propuestas *prácticas*, pues los principios teóricos que mantienen no nos interesan ahora.

El socialismo inglés arranca de *Owen*, que era un fabricante; de ahí que, aun partiendo en esencia del antagonismo entre la burguesía y el proletariado, muestre en su forma mucha moderación hacia la primera y mucha injusticia con respecto al segundo. Los socialistas, en Inglaterra, acreditan una actitud muy mansa y pacífica, reconocen como justas las relaciones existentes, aun siendo malas, en cuanto que rechazan para acabar con ellas todo otro camino que no sea el de la persuasión pública, y son al mismo tiempo tan abstractos, que jamás llegarán a lograr esta pública persuasión, partiendo de la forma actual de sus principios. Se lamentan constantemente, además, de la desmoralización de las clases bajas, cierran los ojos a los elementos de progreso contenidos en esta disolución del orden social y no se dan cuenta de que la desmoralización causada por los intereses privados y la hipocresía es mucho peor todavía entre las clases poseedoras. No reconocen el desarrollo histórico, razón por la cual pretenden que la nación entre inmediatamente en el comunismo sin transición alguna, sin llevar la política adelante hasta llegar al punto en que se disuelva por sí misma.[t] Comprenden, es cierto, por qué el obrero se rebela contra el burgués, pero consideran estéril esta rabia, que es, sin embargo, el único medio para hacer marchar a los obreros hacia su meta y predican una filantropía y un amor universal, mucho más estériles todavía en la realidad inglesa de hoy. Sólo reconocen el desarrollo psicológico, el desarrollo del hombre abstracto, sin conexión alguna con el pasado, siendo así que el mundo entero descansa sobre el pasado, y con él el individuo. De ahí que sean tan eruditos, tan metafísicos, tan poco prácticos en sus soluciones. Se reclutan en parte entre la clase obrera, pero sólo han sabido atraerse a un pequeño sector de ella, aunque éste sea, como lo es, el sector más culto y de carácter más firme.

Bajo su forma actual, jamás llegará el socialismo inglés a convertirse en patrimonio común de la clase obrera; lejos de ello, se verá obligado un día a retroceder y a replegarse sobre el punto de vista del cartismo; en cambio, el socialismo que ha pasado por el cartismo y se ha depurado de sus elementos burgueses, el socialismo auténticamente proletario, que ahora vemos desarrollarse entre muchos socialistas y entre muchos dirigentes del cartismo, que son casi todos ellos socialistas,[u] habrán de desempeñar, y no tardando, un papel importante en la historia progresiva del pueblo inglés. El socialismo inglés, que en su base va mucho más allá del comunismo francés, aunque en su desarrollo[v] quede por debajo de

t En las ediciones inglesas de 1887 y 1892, esta frase aparece concebida así: "...up to the point at which this transition becomes both possible and necessary" ("...hasta llegar al punto en que este tránsito se hace a la vez posible y necesario"). u *(1892)* Socialistas, naturalmente, en el sentido general de la palabra, no en el sentido owenista. v En las ediciones inglesas de 1887 y 1892: theorical development (desarrollo teórico).

éste, tendrá que descender por un momento al nivel del punto de vista francés, para remontarse luego sobre él. Hay que esperar que, entre tanto, también los franceses habrán sabido avanzar. El socialismo es, al mismo tiempo, la expresión más consecuente de la irreligiosidad imperante entre los obreros, tan consecuente en esto, que los obreros que son *inconcientemente* irreligiosos, que sólo lo son prácticamente, se asustan no pocas veces de la rotundidad de esta expresión. Pero también en este punto se encargará la necesidad de obligar a los obreros a desprenderse de una fe de la que cada vez se van convenciendo más que sólo sirve para hacerlos débiles y sumisos ante su destino, obedientes y leales hacia la clase que los explota.

Vemos, pues, que la clase obrera inglesa aparece dividida en dos sectores, el de los cartistas y el de los socialistas. Los cartistas son los más rezagados, los menos desarrollados, pero son, a cambio de ello, auténticos proletarios, proletarios de carne y hueso, los representantes del proletariado. Los socialistas ven más allá, proponen medidas prácticas contra la miseria, pero tienen su fuente de origen en la burguesía y ello les impide amalgamarse con la clase obrera. La fusión del socialismo con el cartismo, la reproducción del comunismo francés a la manera inglesa, será el próximo paso, que en parte ha comenzado a darse ya. Y sólo entonces, cuando esto se haya logrado, llegará a ser realmente la clase obrera la dueña de Inglaterra; el desarrollo político y social seguirá adelante mientras tanto y favorecerá a este nuevo partido que tiene que nacer, impulsará este progreso del cartismo.

Estos diferentes sectores obreros —los miembros de las asociaciones obreras, los cartistas y los socialistas—, que a veces coinciden y a veces se separan, han fundado por su propio esfuerzo gran cantidad de escuelas y salas de lectura para elevar su formación espiritual. Podemos decir que cada institución socialista y casi cada agrupación cartista tiene un centro de éstos, lo mismo que lo tienen muchas ramas industriales por separado. En ellos se da a los niños una auténtica enseñanza proletaria, libre de toda influencia de la burguesía, y en las salas de lectura se encuentran casi exclusivamente periódicos, revistas y libros proletarios. Estos establecimientos son muy peligrosos para la burguesía, que ha logrado arrancar a la influencia proletaria cierto número de instituciones de ésta, tales como las "*Mechanics Institutions*" [177] para convertirlas en órganos de difusión de las ciencias útiles para la burguesía en los medios obreros. En ellas se profesan ya hoy las ciencias naturales, que apartan a los obreros del movimiento de oposición contra la burguesía y les suministran tal vez los medios para obtener inventos que pueden llegar a los burgueses, siendo así que, *en la actualidad*, el conocimiento de la naturaleza en nada beneficia verdaderamente al obrero, que con frecuencia, encerrado en una gran ciudad y entregado largas horas a su trabajo, apenas si tiene ocasión de ponerse en contacto con ella. En estos establecimientos se predica también la ciencia de la Economía política, cuyo ídolo es la libre competencia y que trata de convencer al obrero de que lo único razonable que tiene que hacer es resignarse

a pasar hambre. Toda la cultura que aquí se enseña es una cultura mansa, adaptable y servicial hacia las potencias dominantes de la política y la religión, cultura que en realidad sólo imbuye al trabajador el espíritu de la obediencia pasiva y la docilidad, de la resignación con su suerte. Como es natural, la mayoría de los obreros no quieren saber nada de estos centros de cultura y prefieren asistir a las salas de lectura proletarias, a los debates y discusiones sobre problemas que guardan una relación directa con sus intereses, a la vista de lo cual la burguesía, atenta sólo a lo que le conviene, pronuncia las palabras "Dixi et salvavi" [x] y vuelve la espalda con desprecio a una clase que "prefiere oír las coléricas explosiones pasionales de pérfidos demagogos a escuchar sus sólidas enseñanzas".

Por lo demás, también los obreros saben dar oídas a las "sólidas enseñanzas" cuando no aparecen mezcladas en su exposición con la sabiduría interesada de la burguesía, como lo demuestran las frecuentes lecciones sobre temas de ciencias naturales, estética y economía política que se profesan a menudo en muchos centros de cultura proletarios, sobre todo en los socialistas y en las que se congregan grandes auditorios. Yo he tenido ocasión de escuchar a obreros, con sus chaquetas remendadas, hablar de geología, de astronomía y de otros temas por el estilo con mayores conocimientos que a muchos burgueses cultos de Alemania. Y hasta qué punto ha logrado el proletariado inglés formarse una cultura propia, lo revela muy especialmente el hecho de que sean casi solamente los obreros quienes leen allí las obras más descollantes de la moderna literatura filosófica, política y poética del mundo. El burgués, que vive prisionero de la sociedad de que se nutre y de los prejuicios adheridos a ella, se aterra y se hace cruces ante todo lo que abre paso realmente a un cambio social; el proletario, por el contrario, abre ávidamente los ojos a todo lo nuevo y lo estudia con disfrute y aprovechamiento. En este orden de cosas, los socialistas especialmente han hecho lo indecible por elevar la cultura del proletariado, han traducido a los materialistas franceses, a *Helvecio, Holbach, Diderot* y otros, difundiéndolos junto a los mejores autores ingleses en ediciones baratas. La *Vida de Jesús* de *Strauss* y la *Propiedad* de *Proudhon* circulan también casi exclusivamente entre los proletarios. Shelley, el genial y profético *Shelley*, y *Byron*, el poeta ardiente y sensual y el amargo satírico de la sociedad existente, encuentran la mayoría de sus lectores entre los obreros, pues los burgueses prefieren las ediciones castradas, las llamadas "family editions" [ediciones para familias], aderezadas a gusto de la hipócrita moral de nuestros días. Los dos más grandes filósofos prácticos de los últimos tiempos, *Bentham* y *Godwin*, son, sobre todo el segundo, patrimonio casi exclusivo del proletariado; aunque es cierto que *Bentham* ha hecho también escuela entre la burguesía radical, solamente el proletariado y los socialistas han conseguido desarrollar doctrinas en un sentido progresivo.

[x] He dicho y me voy.

Sobre estas bases ha creado el proletariado una literatura propia, en su mayor parte periódicos, revistas y folletos y que es, por su contenido, muy superior a toda la literatura de la burguesía. Pero de esto hablaremos en otra ocasión.

Una última observación. El obrero fabril, especialmente el que trabaja en los distritos algodoneros, forma la médula de los movimientos obreros. Lancashire y principalmente Manchester son la sede de las asociaciones obreras más poderosas; esta segunda ciudad es el baluarte del cartismo, el centro obrero que cuenta con más socialistas. A medida que el sistema fabril penetra y se extiende en una rama de trabajo, aumenta el número de obreros que participan en el movimiento; cuanto más se define y agudiza el antagonismo entre obreros y capitalistas, va cobrando contornos más claros en el obrero la conciencia proletaria. Los pequeños maestros de Birmingham, aunque padezcan con los demás trabajadores las penalidades de las crisis, ocupan un lugar intermedio poco feliz entre el cartismo proletario y el radicalismo pequeñoburgués. Pero, en general, todos los obreros industriales son partidarios de una u otra forma de rebeldía contra la burguesía y el capital y coinciden todos ellos en que el título de "working man", trabajador, es un título del que pueden sentirse orgullosos; ese es el tratamiento que generalmente se les da en las asambleas cartistas, denotando una clase aparte, con sus propios intereses y principios y con una concepción del mundo propia, que los distingue de todos los poseedores; palpita en ellos, además, la clara conciencia de que en ellos reside la verdadera fuerza y el futuro de la nación.

# EL PROLETARIADO DE LAS MINAS

La obtención de las materias primas y el combustible para una industria de tan enormes proporciones como la inglesa reclama también un importante número de trabajadores. Ahora bien, las únicas materias necesarias para la industria que la propia Inglaterra suministra —aparte de la lana, procedente de los distritos agrícolas— son los minerales, los metales y el carbón de hulla. En Cornwall hay abundantes yacimientos de cobre, de cinc, de estaño y de plomo, las minas del Norte de Gales y otros distritos suministran grandes cantidades de hierro y las de casi todo el Oeste de Inglaterra, la Escocia central y algunas partes de Irlanda, abundan en carbón de piedra.[y]

Como en las minas de carbón y de hierro suelen trabajar las mismas personas, debe adscribirse a las minas de hierro una parte de los trabajadores registrados como mineros de carbón y, además, un número considerable de los incluidos en la última rúbrica.

En las minas de *Cornwall* trabajan, unos bajo tierra y otros en la superficie, hacia 19 000 hombres y como 11 000 mujeres y niños. En los trabajos de minería propiamente dichos trabajan casi exclusivamente hombres y muchachos de doce años en adelante. La situación material de estos trabajadores, tal como la describe el *Ch. E. Rep.*, parece ser relativamente tolerable, y los ingleses se enorgullecen en cuanto la ocasión se presenta de sus vigososos e intrépidos mineros cornualenses, que exploran las vetas de mineral hasta el fondo mismo del mar. Sin embargo, el *Ch. E. Rep.*, no profesa exactamente la misma opinión, en lo que al vigor de estas gentes se refiere. En la inteligente información recogida por el *Dr. Barham* se demuestra que la inhalación de una atmósfera pobre en oxígeno, saturada de polvo y cargada del humo producido por las explosiones de dinamita, que es la que los trabajadores respiran en el fondo de la mina, afecta seriamente a los pulmones y entorpece el fun-

[y] Según el censo de 1841, la población obrera que trabajaba en la minería de la Gran Bretaña (con excepción de Irlanda) se distribuía del modo siguiente:

| | *Hombres* | | *Mujeres* | | |
|---|---|---|---|---|---|
| | *De más de 20 años* | *De menos de 20 años* | *De más de 20 años* | *De menos de 20 años* | *Total* |
| Minas de carbón ............. | 83 408 | 32 475 | 1 185 | 1 165 | 118 233 |
| Minas de cobre ............. | 9 866 | 3 428 | 913 | 1 200 | 15 407 |
| Minas de plomo ............. | 9 427 | 1 932 | 40 | 20 | 11 409 |
| Minas de hierro ............. | 7 773 | 2 679 | 424 | 73 | 10 949 |
| Minas de estaño ............. | 4 602 | 1 349 | 68 | 82 | 6 101 |
| Varias y sin indicación de mineral | 24 162 | 6 591 | 472 | 491 | 31 716 |
| *Totales* .................... | *139 238* | *48 454* | *3 102* | *3 031* | *193 825* |

cionamiento del corazón y de los órganos digestivos; que el pesado y fatigoso trabajo, principalmente la necesidad de subir y bajar escaleras que, en algunas minas e incluso tratándose de hombres jóvenes y vigorosos, dura no menos de una hora y que, como ejercicio diario obligado antes y después del trabajo, contribuye notablemente a aumentar la fatiga producida por éste, razón por la cual los mineros que bajan temprano al fondo de los pozos no pueden mantener, ni con mucho, la misma resistencia física que la de los que trabajan en la superficie; que muchos de ellos mueren jóvenes de tisis galopante y la mayoría en buena edad de lenta tuberculosis; que envejecen prematuramente, quedando incapacitados para el trabajo entre los 35 y los 45 años y que muchísimos de ellos contraen agudas inflamaciones de los órganos respiratorios, con frecuencia mortales, por la rápida transición del aire caliente de las galerías al aire frío de la superficie, cubiertos de sudor por el esfuerzo de subir tantos escalones. El trabajo en la bocamina, las faenas de triturar, cribar y clasificar el mineral corren a cargo de muchachas y niños y se consideran trabajos muy sanos, porque se realizan al aire libre.

En el Norte de Inglaterra, donde colindan los condados de Northumberland y Durham, se hallan las importantes minas de plomo de Alston Moor. Las informaciones procedentes de esta región —contenidas igualmente en el *Ch. E. Rep.*, en el informe del comisario Mitchell— coinciden casi por entero con las de Cornwall. También aquí se manifiestan quejas acerca de la falta de oxígeno y del exceso de polvo, humo de pólvora, ácido carbónico y gases sulfurosos en la atmósfera de las galerías de las minas. A ello se debe que los mineros de esta comarca, al igual que los de Cornwall, sean bajos de estatura y padezcan casi todos, de los 30 años en adelante, de enfermedades del pecho, que, a la larga, sobre todo si siguen trabajando, como suele ocurrir, terminan en tuberculosis y acortan esencialmente la vida del trabajador. Y si los mineros de esta región viven algo más que los cornualenses, ello se debe a que no empiezan a bajar a la mina hasta los 19 años, mientras que los de Cornwall, como hemos visto, comienzan a trabajar ya a los 12. Sin embargo, también aquí vemos por los testimonios médicos que la mayoría muere entre los 40 y los 50 años. De 79 mineros cuya defunción constaba en el registro público del distrito a una edad media de 45 años, 37 habían muerto de tuberculosis y 6 de asma. En los pueblos de los alrededores, Allendale, Stanhope y Middleton, el coeficiente medio de vida era de 49, 48 y 47 años, respectivamente, y los casos de muerte por enfermedades del pecho representaban, respectivamente, el 48, el 54 y el 56 por ciento. Para apreciar el valor de estos datos, hay que tener en cuenta que se refieren todos ellos solamente a mineros que no habían comenzado a trabajar *hasta los 19 años*. Basta comparar con ellos las llamadas tablas suecas de mortalidad —establecidas detalladamente a base de todos los habitantes de Suecia—, que en Inglaterra se consideran, hasta ahora, como el índice más exacto de la duración media de vida de la clase obrera británica. Según ellas, los individuos del sexo masculino que trasponen los 19 años alcanzan una edad media de

57 años y medio, lo que quiere decir que la vida de los mineros del Norte de Inglaterra se acorta, por término medio, en diez años. Ahora bien, las tablas suecas de mortalidad son tomadas como pauta para apreciar el coeficiente de vida de los *obreros* y permiten, por tanto, enjuiciar las perspectivas de supervivencia que se ofrecen a quienes se desenvuelven en las condiciones ya de suyo menos favorables del proletariado, lo que indica, por tanto, un coeficiente de vida más bajo que el normal.

En esta región nos encontramos también con los hospedajes y los puestos para dormir que conocemos ya de las grandes ciudades y en las mismas o peores condiciones de suciedad, de asco y de hacinamiento que allí. Mitchell visitó uno de estos dormitorios, que medía 18 pies de largo por 15 de ancho y que estaba preparado para recibir a 42 hombres y 14 muchachos, 56 personas en total, ocupando 14 camas, la mitad de las cuales aparecían colgadas en lo alto, como las literas de un barco. No se veía en este cuarto ninguna ventana por la que pudiera airearse la viciada atmósfera; a pesar de que llevaba el cuarto tres noches seguidas sin utilizarse, el olor y la atmósfera eran tales, que Mitchell no pudo aguantar allí ni un minuto. ¡Imaginémonos lo que será en una noche sofocante de verano y con 56 personas durmiendo en él! Y conste que no se trata de la sentina de un barco norteamericano cargado de esclavos, sino de la vivienda de ciudadanos británicos, "que han nacido libres".

Vayamos ahora a las ramas más importantes de la minería inglesa, que son las minas de hierro y de carbón, de las que el *Ch. E. Rep.*, nos habla conjuntamente, haciéndolo además con todo el detalle que requiere la importancia del asunto. Casi toda la primera parte de este informe versa sobre la situación de los trabajadores ocupados en dichas minas. Sin embargo, después de la descripción tan pormenorizada que hemos hecho acerca de la situación de los obreros industriales, podremos expresarnos aquí con la brevedad impuesta por las proporciones trazadas al presente libro.

En las minas de carbón y de hierro, explotadas sobre poco más o menos del mismo modo, trabajan niños de 4, 5 y 7 años; la mayoría de ellos, sin embargo, mayores de 8. Se los emplea para transportar el mineral arrancado a la veta desde ésta hasta las vagonetas tiradas por caballos o hasta la galería central y abrir y cerrar al paso de los trabajadores y del material las puertas que separan los distintos sectores de la mina. Para atender a estas puertas se utiliza casi siempre a los niños más pequeños, haciéndolos trabajar así doce horas diarias en la oscuridad y en la soledad, sentados casi siempre en un pasadizo en el que gotea el agua y sin que tengan siquiera el trabajo necesario para salvarlos del tedio estupefaciente y vegetativo de la pasividad a que se hallan entregados. En cambio, el transporte del mineral es un trabajo muy duro, pues los muchachos tienen que arrastrar estos pesados materiales en vagonetas bastante grandes, sin ruedas, arrastrándolas por el resbaloso piso de las galerías, a veces por entre el barro o a través del agua, subiendo con frecuencia fuertes repechos y muchas veces por túneles tan angostos,

que el peón tiene que arrastrarse sobre las manos y los pies. De ahí que para este trabajo tan agobiante se empleen a niños mayores y a muchachas de cierta edad. Según los casos, cada vagoneta se halla a cargo de un obrero o de dos niños, uno de los cuales tira de ella, mientras el otro la empuja. También es agotador el trabajo de los picadores, encomendado a hombres adultos o a muchachos fuertes de 16 y más años. La jornada usual de trabajo dura de 11 a 12 horas, a veces más y en Escocia hasta 14 horas, dándose con frecuencia el caso de que se trabaje jornada doble, lo que quiere decir que los obreros se mantienen en activo, bajo tierra, las 24 horas, y en ocasiones incluso 36, sin interrupción. Casi en ninguna parte se conocen las horas fijas para las comidas, sino que la gente come cuando tiene hambre y tiempo.

La situación material de los obreros se nos describe como bastante buena y sus salarios parecen ser altos en comparación con los de los jornaleros agrícolas de los contornos (que, ciertamente, se mueren de hambre), si exceptuamos algunas comarcas de Escocia y el distrito hullero irlandés, donde reina una gran penuria. Mas adelante, tendremos ocasión de volver sobre esta observación, por lo demás puramente relativa, si tomamos como punto de referencia la clase más pobre de toda Inglaterra. Por el momento, queremos detenernos un poco a considerar los males que derivan de la actual explotación de las minas, para que el lector juzgue si hay salario en dinero capaz de compensar al trabajador semejantes sufrimientos.

Los niños y los muchachos encargados de arrastrar el carbón y los escombros se quejan todos ellos de estar muy cansados. Ni siquiera en los establecimientos industriales más implacablemente explotados encontramos una tensión de trabajo tan generalizada y llevada hasta el límite extremo. En todo el informe y en cada página de él abundan los ejemplos de esto. Todos los días se da el caso de que los niños, al volver a casa después del trabajo, se tiendan sobre el piso de piedra cercano al fuego y se queden inmediatamente dormidos, sin probar bocado, y que sus padres tengan que lavarlos y meterlos en la cama sin que se despierten; más aún, que se caigan dormidos por el camino y los padres tengan que ir a recogerlos en medio de la noche. Parece hallarse bastante generalizada la costumbre de que estos niños pasen en la cama la mayor parte del domingo, para recobrarse un poco de la fatiga de toda la semana; son muy pocos los que asisten a la iglesia o a la escuela, y los maestros se quejan de que se quedan dormidos allí y de que su embotamiento no les permite aprender nada. Y lo mismo ocurre con las muchachas de cierta edad y con las mujeres. El exceso de trabajo a que se las somete es verdaderamente brutal. Y, como es natural, este trabajo abrumador, en que la fatiga llega a ser incluso dolorosa en muy alto grado, deja huellas profundas en la constitución de los trabajadores. La consecuencia más inmediata de este esfuerzo excesivo es que toda la fuerza vital del organismo se concentre en el desarrollo unilateral de los músculos, lo que hace que, sobre todo, la musculatura de los brazos y las piernas, de la espalda, los hombros y el pecho, que es la que más trabaja en las

operaciones de arrastrar cargas y tirar de ellas, adquieran un desarrollo extraordinario, mientras el resto del cuerpo, subalimentado, decae y se deforma. Lo que más llama la atención es que el crecimiento del cuerpo de estos trabajadores en pleno desarrollo se retrae y paraliza; casi todos los obreros de las minas son de baja estatura, si exceptuamos a los de Warwickshire y Leicestershire, que trabajan en condiciones excepcionalmente favorables. Otra consecuencia del exceso de trabajo es que se retrase la pubertad, tanto en los muchachos como en las muchachas, entre los primeros con frecuencia hasta los 18 años; el comisario Symons se encontró, incluso, con un joven de 19 años que, fuera de los dientes, no acusaba en ninguna parte del cuerpo un desarrollo mayor que el de un muchacho de 11 a 12 años. En el fondo, esta prolongación de la infancia no es sino una prueba más del subdesarrollo, que no puede por menos de dar sus tristes frutos, llegada la hora. En estas circunstancias y con constituciones orgánicas tan debilitadas como consecuencia de la posición forzada que casi siempre se ven obligados a adoptar estas gentes en el trabajo, son muy frecuentes anomalías tales como la deformación de las piernas, las rodillas vueltas hacia adentro, los pies de pato y las desviaciones de la columna vertebral, hasta el punto de que, tanto en Yorkshire y Lancashire como en Northumberland y en Durham, son muchos, incluso médicos, quienes afirman que podría distinguirse a un minero, entre cien personas, solamente por la contextura de su cuerpo. Y son las mujeres quienes parecen sufrir más deformaciones a consecuencia del trabajo y rara vez se parecen a otras hermanas suyas de sexo. También aquí confirman muchos testimonios que el trabajo excesivo contribuye a deformar el hueso ilíaco, ocasionando muchos partos difíciles y, a veces, incluso mortales.

Pero, aparte de estas deformaciones locales, los obreros de las minas padecen una serie de enfermedades características, que coinciden en buena parte con las que sufren otros mineros y pueden fácilmente explicarse por las condiciones en que trabajan. Se trata, sobre todo, de trastornos abdominales: pérdida del apetito, dolores de estómago, mareos y vómitos son los más abundantes, y además una sed espantosa, que los mineros tratan de aplacar bebiendo el agua sucia y casi siempre tibia de la mina; las funciones digestivas se ven transformadas y ello fomenta las restantes enfermedades. Y son también muchos los testimonios según los cuales las enfermedades del corazón, especialmente la hipertrofia, la inflamación de la víscera cardíaca y del pericardio, la contracción de los vasos aurículo-ventriculares y de la aorta castigan frecuentemente a los trabajadores de las minas, aduciéndose como causa de ellas el exceso de trabajo. Y lo mismo los casos muy generalizados de hernias, consecuencia también directa de los excesivos esfuerzos musculares. Tanto estas causas como la mala atmósfera reinante en las minas —que tan fácil sería evitar—, una atmósfera cargada de ácido carbónico y de grisú y en la que flota el polvillo del mineral, provocan además una serie de dolorosas y peligrosas enfermedades del pulmón, especialmente el asma; en algunos distritos, los mineros comienzan a padecer de asma a los 40

años, pero la mayoría de los trabajadores de las minas acusan ya a los 30 años los primeros síntomas de esta enfermedad, que en poco tiempo los incapacita para el trabajo. Naturalmente, quienes se ven obligados a trabajar en galerías llenas de agua comienzan a sentir molestias en el pecho ya desde mucho antes; en algunos lugares de Escocia esto ocurre entre los 20 y los 30 años, una edad en la que, además, los pulmones afectados son muy sensibles a las inflamaciones y a las fiebres infecciosas. Una enfermedad característica de este oficio es lo que los ingleses llaman el "esputo negro" (*black spittle*), que se produce al saturarse el pulmón del polvo de la hulla y se manifiesta, aparte de las expectoraciones negras y de consistencia mucosa, en debilidad general, dolores de cabeza y opresión en el pecho. Esta enfermedad adopta en algunos lugares una forma más benigna, pero en otras, especialmente en Escocia, reviste un carácter virulento e incurable: además de los mencionados síntomas, el enfermo presenta, aquí, una respiración entrecortada y silbante, un pulso acelerado (más de 100 pulsaciones por minuto) y frecuentes accesos de tos; el paciente adelgaza con alarmante rapidez, se debilita y enseguida queda incapacitado para trabajar. La enfermedad, en estos casos, acarrea irremediablemente la muerte. Dice el Dr. Mackellar, de Pencaithland, East Lothian, que esta dolencia no se presenta nunca en las minas con buena ventilación y que ataca con mucha frecuencia a los trabajadores que pasan de minas bien ventiladas a otras en malas condiciones de aireación. Por tanto, la causa de esta enfermedad no es otra que la avaricia de los propietarios de minas, que se resisten a instalar los aparatos de ventilación necesarios. Otra enfermedad generalizada entre los mineros es, con excepción de Warwickshire y Leicestershire, el reumatismo, producido especialmente por la frecuente humedad de los lugares de trabajo.

Resultado de todo este cuadro de enfermedades es que, en todos los distritos *sin excepción*, los mineros envejezcan prematuramente y queden incapacitados para el trabajo poco después de los 40 años, aunque la edad varía según los distritos. Es rarísimo el caso en que un minero pueda seguir trabajando después de los 45 o los 50 años. A los 40 años, según todos los informes, estos obreros entran ya en la vejez. Esto se refiere, especialmente, a los picadores, pues los cargadores, encargados de transportar constantemente a hombros grandes bloques de minerales para cargarlos en las vagonetas, son viejos ya a los 28 o los 30 años, y entre las gentes de estos distritos mineros hay un proverbio que dice que los cargadores de las minas envejecen antes de ser jóvenes. Como es natural, este envejecimiento prematuro es también anuncio de una muerte temprana; un hombre de sesenta años es, entre estos trabajadores, un espectáculo rarísimo; hasta en el Sur de Staffordshire, donde las condiciones de las minas son relativamente más sanas que en otras partes, se da pocas veces el caso de que un minero llegue a los 51 años. Este envejecimiento prematuro hace que también aquí, lo mismo que entre los obreros, sea frecuente el que los padres se queden sin trabajo y tengan que ser sostenidos por sus hijos a veces muy jóvenes.

Resumiendo ahora en pocas palabras los resultados del trabajo en las minas de carbón, diremos, para emplear las palabras del Dr. Southwood Smith, uno de los comisarios, que, al alargar el periodo de la infancia, provocando por otra parte una vejez prematura, estas condiciones de trabajo reducen considerablemente los años de la vida en que el hombre se halla en plena posesión de sus energías, es decir, la edad viril, acortando la vida del hombre mediante una muerte prematura. Y también esto hay que cargárselo en cuenta a la burguesía.

Todo esto no es, sin embargo, más que lo que ocurre en el promedio de las minas inglesas. Hay muchas en las que la situación es todavía peor: aquellas en que se explotan yacimientos o vetas pobres. El carbón saldría demasiado caro, aquí, si además de los bolsones de hulla se quisiera excavar una parte de las capas de arena o arcilla adyacentes; ello hace que los dueños ordenen que los mineros trabajen solamente en los primeros, como consecuencia de lo cual las galerías, que por lo general sólo tienen cuatro o cinco pies de altura, sean en estas minas tan bajas que no hay ni que pensar en que la gente pueda mantenerse erecta en el interior de ellas. El minero, para trabajar, tiene que ponerse de lado y arrancar el carbón con su pico, apoyándose de codos sobre la pared, lo que produce la inflamación de las articulaciones y, cuando además tiene que arrodillarse para trabajar, la de las rodillas. Las mujeres y los niños encargados de arrastrar el carbón, reptan a lo largo de las galerías sobre las manos y los pies, tirando de la vagoneta con una cadena que generalmente les pasa entre las piernas, mientras otro individuo empuja el carro desde atrás con la cabeza y las manos. La presión con la cabeza produce irritaciones locales y dolorosas inflamaciones y llagas. En muchos casos, las galerías están, además, llenas de agua y estos obreros tienen que cruzar muchas veces charcos de varias pulgadas de profundidad, y las aguas sucias y salinas les producen también irritaciones y afecciones de la piel. Y huelga decir hasta qué punto este espantoso trabajo propio de esclavos fomenta las enfermedades ya de suyo características de los mineros.

Pero no se crea que son éstas, ni mucho menos, todas las maldiciones que recaen sobre la cabeza de los mineros. No hay en todo el reino británico ningún trabajo en que el obrero pueda encontrar la muerte de tan diversas maneras como en éste. Las minas de carbón son escenario de una cantidad aterradora de accidentes y catástrofes, que no se deben precisamente a la fatalidad, sino al egoísmo de la burguesía. Las emanaciones de grisú, tan frecuentes en estas minas, al mezclarse con el aire de la atmósfera, forman un gas explosivo que se inflama al contacto con cualquier llama, matando a cuantos se hallan dentro de su radio de acción. Apenas pasa día sin que se produzca en alguna mina una de estas explosiones; la producida en Haswell Colliery, de Durham, el 28 de septiembre de 1844, causó la muerte a 96 personas. El ácido carbónico, que se forma también en abundantes cantidades, va acumulándose en la parte baja de las galerías hasta rebasar con frecuencia la altura de un hombre, asfixiando a cuantos quedan atrapados por este gas. Las

puertas que separan los diversos tramos de la mina tienen como finalidad evitar que se propaguen las explosiones y circulen los gases, pero como se confían a niños pequeños, que muchas veces se duermen o no las atienden debidamente, resulta que esta medida de precaución es puramente ilusoria. Una buena ventilación de la mina por medio de tubos de aireación permitiría evitar totalmente los efectos dañinos de estos dos gases, pero la burguesía no facilita el dinero necesario para ello y prefiere ordenar a los mineros que recurran simplemente al uso de lámparas "Davy", por lo general perfectamente inútiles por su luz mortecina y que, por tanto, el minero suele sustituir por la vela. Y si ocurre una explosión, se puede echar la culpa a la negligencia del trabajador, cuando el burgués podría haberla evitado de raíz mediante una buena ventilación. Pero no es esto todo. A cada paso se derrumba total o parcialmente una galería, enterrando o aplastando a los mineros; el dueño de la mina está interesado en que las vetas se pongan al descubierto lo antes posible, y a ello se deben, por lo general, estos accidentes. Además, las sogas a que los trabajadores se agarran dentro de la mina están, muchas veces, en mal estado y se rompen, haciendo que los mineros se despeñen y se estrellen. Todos estos accidentes —no dispongo de espacio para poner ejemplos— cuestan todos los años, según el *Mining Journal*,[178] unas 1 400 vidas humanas. El *Manchester Guardian* informa de dos o tres casos cada semana, solamente en Lancashire. Los jurados encargados de emitir su veredicto en las autopsias forenses dependen en casi todos los distritos de los dueños de las minas, y cuando no sucede así, la rutina consuetudinaria se encarga de hacer que el fallo final sea el de "*muerte accidental*". Por lo demás, estos jurados no pueden ocuparse gran cosa del estado de las minas, sencillamente porque no saben nada de esto. Pero el *Ch. E. Comm.*, no tiene empacho en hacer a los propietarios de las minas responsables de la gran mayoría de los accidentes.

Por lo que se refiere al nivel cultural y moral de la población minera, el *Ch. C. Rep.*, nos dice que en Cornwall es bastante bueno y en Alston Moor incluso excelente, pero que el que se aprecia en los distritos de las minas de carbón deja mucho que desear. Estos trabajadores viven en el campo, en zonas alejadas de toda civilización, y cuando se dedican a su amargo trabajo, nadie fuera de la policía se ocupa de ellos. A esto y a la temprana edad en que los niños comienzan a trabajar se debe el total abandono en que se les tiene, en lo que se refiere a su formación espiritual. Las escuelas semanales están fuera de su alcance, las vespertinas y dominicales son puramente ilusorias y los maestros no sirven de nada. De ahí que sean muy pocos los mineros que saben leer y escribir. Lo único de que se daban cuenta, según el testimonio de los comisarios, era de que sus salarios eran muy bajos, en comparación con lo duro y lo peligroso de su trabajo. Rara vez entran en la iglesia, si es que entran; todos los curas se quejan de su irreligiosidad sin par. En realidad, su ignorancia en materia religiosa y temporal es tan increíble, que a su lado resultan pálidos todos los ejemplos que poníamos al ha-

blar de los obreros industriales. Los conceptos religiosos sólo existen para ellos en las blasfemias. Y su moralidad se encarga de destruirla el trabajo a que se les somete. Quienes se ven obligados a trabajar de este modo no tienen más remedio que entregarse a la bebida. En cuanto a las relaciones sexuales, hay que decir que el calor reinante en las minas obliga muchas veces a hombres, mujeres y niños a trabajar punto menos que desnudos, y no resulta difícil imaginarse cuáles tienen que ser, necesariamente, las consecuencias de ello, en aquellas galerías oscuras y solitarias. El número de hijos ilegítimos, muy abundante en estos distritos, es una prueba elocuente de lo que sucede en este orden de cosas, pero viene a demostrar, al mismo tiempo, que el comercio ilegítimo entre ambos sexos no ha descendido todavía aquí, como en las ciudades, hasta la sima de la prostitución. El trabajo de la mujer en las minas acarrea las mismas consecuencias que en las fábricas: destruye la familia e incapacita totalmente a la madre para cumplir con sus deberes domésticos.

Al ser sometido al parlamento el *Ch. E. Rep.*, lord *Ashley* se apresuró a presentar un proyecto de ley prohibiendo totalmente el trabajo de la mujer en las minas y restringiendo considerablemente el de los niños. Y, aunque fue aprobada, esta ley[179] ha quedado en letra muerta en la mayoría de los distritos mineros, ya que no se han nombrado los inspectores de minas encargados de velar por su ejecución. Por lo demás, las infracciones a esta ley resultan muy fáciles en las comarcas donde están enclavadas las minas. No puede, pues, extrañarnos que, el año pasado, el sindicato de obreros de las minas denunciase oficialmente al ministro del Interior que en las minas propiedad del duque de Hamilton, en Escocia, trabajaban más de 60 mujeres o que el *Manchester Guardian* informara en uno de sus números que, si no recuerdo mal, en Wigan había muerto una muchacha como consecuencia de una explosión producida en una mina, sin que nadie se preocupara en lo más mínimo de que se revelara de este modo la inobservancia de una ley. Es posible que en algunos casos se le ponga remedio, pero lo cierto es que, en general, sigue en pie la situación anterior.

Pero no se crea que son éstas las únicas calamidades que se abaten sobre las gentes de las minas. La burguesía, no contenta con destrozar la salud de estos trabajadores, con poner en peligro su vida a todas horas y con privarles de toda posibilidad de instruirse, los explota además por todos los procedimientos posibles y de la forma más desvergonzada. Los abusos del *truck* no son aquí la excepción, sino la regla, y se ejercen del modo más directo y descarado. También se halla generalizado entre estos trabajadores el sistema de los *cottages*, que constituye casi una necesidad, pero que se emplea para explotar todavía más a los mineros. Y se dan, además de éstos, toda clase de fraudes. Aunque el carbón se vende al peso, los salarios de los obreros se pagan casi siempre por medida de volumen, y si el trabajador no presenta su vagoneta totalmente llena, no recibe *salario alguno*; en cambio, no se le paga ni un solo centavo por lo que exceda de la medida estipulada. Si en la vagoneta se contiene más de cierta cantidad de carbón en polvo, lo que no depende

tanto del obrero como de la calidad de la veta, no sólo no le paga el salario, sino que se le cobra, encima, una multa. En general, el sistema de multas en dinero se halla tan perfeccionado en las minas, que, a veces, al presentarse a recoger su salario, el pobre minero que ha trabajado toda la semana se entera por el capataz —que es el encargado de imponer multas a su antojo y sin contar para nada con el trabajador— de que no sólo no percibe nada, sino que tiene que pagar, además, tanto más cuanto en concepto de multas. El capataz tiene poderes absolutos en todo lo tocante al salario, registra el trabajo efectuado y abona lo que le parece al obrero, el cual no tiene más remedio que fiarse de su palabra. En algunas minas, en las que se paga al peso se emplean básculas decimales falseadas, cuyo mecanismo no necesita ser contrastado por la autoridad; en una de ellas regía incluso una regla según la cual el obrero que quisiera reclamar por la inexactitud de la báscula *¡debía anunciarlo al capataz con tres semanas de antelación!* En muchos sitios, especialmente en el Norte de Inglaterra, es costumbre que los mineros se contraten por todo un año; se comprometen a no trabajar durante este tiempo para nadie más, pero ello no quiere decir, ni mucho menos, que el patrono, a su vez, se obligue a darles trabajo, pudiendo ocurrir, como muchas veces ocurre, que se estén meses y meses sin trabajar y que si buscan trabajo en otra empresa, sean lanzados al arroyo seis semanas por abandono de servicio. En otros contratos, se garantiza al minero trabajo a razón de 26 chelines cada catorce días, pero sin llegar a dárselo; en otros distritos, los propietarios de las minas prestan a los mineros pequeñas cantidades a cuenta de su trabajo, para tenerlos así metidos en el puño. En el Norte, es práctica generalizada retener el salario de una semana, con objeto de tener sujetos a los trabajadores. Y, para que la esclavitud de estos obreros avasallados sea completa, casi todos los jueces de paz de los distritos carboneros son, personalmente, propietarios de minas o parientes y amigos de ellos y disponen de un poder punto menos que ilimitado, en regiones como éstas, pobres e incultas, a donde llegan pocos periódicos —todos ellos, naturalmente, al servicio de la clase dominante— y apenas existe agitación política. Resulta difícil formarse una idea de cómo los jueces de paz encargados de fallar en asuntos que personalmente les interesan estrujan y tiranizan a estos pobres trabajadores de las minas.

Así marcharon las cosas durante mucho tiempo. Los mineros sólo sabían una cosa: que habían nacido condenados a dejarse explotar y desollar. Pero, poco a poco, fue levantando cabeza entre ellos, sobre todo en los distritos fabriles, gracias al contacto con los trabajadores más inteligentes de las fábricas, cierto espíritu de rebeldía contra la escandalosa opresión de que los *"reyes del carbón"* los hacían objeto. Los mineros comenzaron a formar sindicatos y a ponerse en huelga, de vez en cuando. En los distritos más civilizados, se unieron incluso en cuerpo y alma a los cartistas. Pero el gran distrito carbonífero del Norte de Inglaterra, aislado de todo contacto con la industria, seguía rezagado, hasta que, por último, en 1843,tras muchos intentos y esfuerzos hechos

en parte por los cartistas y en parte por los propios mineros, comenzó a soplar también allí el espíritu general de la resistencia. Los trabajadores de Northumberland y Durham se lanzaron a un movimiento que los puso a la cabeza del Sindicato general de mineros de todo el reino, el cual designó como "apoderado" a un cartista, el abogado *W. P. Roberts*, de Bristol, que se había destacado ya en procesos anteriores seguidos contra partidarios del cartismo. La "Unión" minera no tardó en extenderse a la gran mayoría de los distritos; en todas partes se nombraron agentes encargados de convocar a mítines y de reclutar afiliados; en la primera conferencia de delegados celebrada en Manchester en enero de 1844 estaban representados ya 60 000 miembros y en la segunda, celebrada en Glasgow, 100 000. En estas reuniones fueron discutidos todos los asuntos de interés para los mineros, recayendo acuerdos sobre los grandes paros. Y se fundaron varios periódicos, entre los que se destaca *The Miner's Advocate*, publicación mensual que ve la luz en Newcastle-upon-Tyne, encargados de defender los derechos de los trabajadores de las minas.

El 31 de marzo de 1844 vencían los contratos de trabajo de todos los mineros de Northumberland y Durham. Roberts se encargó de redactar un nuevo contrato, en que se contenían los siguientes puntos: *1*) pago de salarios por peso, y no por medida; 2) empleo de básculas de tipo corriente, contrastadas, al igual que las pesas, por inspectores públicos; 3) periodo de trabajo de seis meses; *4*) abolición del sistema de multas y pago del trabajo realmente efectuado; 5) obligación de los propietarios de las minas a garantizar a los obreros que se hallaran a su servicio exclusivo cuatro días de trabajo por lo menos a la semana o el salario correspondiente. Este contrato fue sometido a los reyes del carbón y se nombró una delegación para negociar con ellos; pero los patronos declararon que no reconocían la existencia de la "Unión" y que no tenían por qué tratar más que con los trabajadores, uno por uno. Presentaron otro contrato, que no quería saber de ninguno de los puntos anteriores y que, naturalmente, fue rechazado por los mineros. Se había declarado, pues, la guerra abierta. El 31 de marzo de 1844, soltaron los picos 40 000 trabajadores y quedaron paralizadas todas las minas de los dos condados. Los fondos del sindicato eran tan fuertes que cada familia pudo percibir durante varios meses un subsidio semanal de 2 chelines y medio. Y, mientras los obreros ponían a prueba de este modo la paciencia de sus patronos, Roberts, con una actividad verdaderamente incansable y ubicua, organizaba la propaganda y la agitación, convocaba a mítines, viajaba a todo lo largo y lo ancho de Inglaterra, promovía colectas en favor de los huelguistas, predicaba la paz y el imperio de la ley y dirigía, al mismo tiempo, una campaña contra los despóticos jueces de paz y los señores del *truck* como jamás se había conocido en el país. Esta campaña se había iniciado ya a comienzos de año. Roberts conseguía un *habeas corpus*[180] del tribunal del Queen's Bench,[181] para los mineros condenados por algún juez de paz, hacía comparecer a su cliente ante la justicia de Londres y lograba siempre su absolución. Por ejemplo, el

13 de enero, el juez Williams, del Queen's Bench absolvió a tres mineros que habían sido condenados por los jueces de paz de Bilston (Sur de Staffordshire); su delito consistía en haberse negado a trabajar en un lugar de la mina que amenazaba derrumbarse y que, en efecto, se derrumbó mucho antes de que ellos se reincorporaran a su trabajo. En otro proceso anterior, el juez Patterson había declarado absueltos a seis trabajadores, lo que hizo que su nombre comenzase a inspirar terror a los jueces de paz propietarios de minas. Otros cuatro clientes de Roberts estaban presos en Preston, y el infatigable abogado se trasladó allá en la primera semana de febrero para tratar el asunto sobre el terreno, pero, al llegar, se encontró con que los reos habían sido puestos en libertad antes de que expirara su pena. En Manchester estaban presos otros siete; Roberts consiguió para ellos un *habeas corpus* y un fallo de total absolución del juez Wightman. En la cárcel de Preston había nueve mineros, que habían sido detenidos en St. Helens (Sur de Lancashire), por supuesta alteración de la paz y que se hallaban pendientes de condena; al llegar a la ciudad Roberts, fueron puestos en libertad inmediatamente. Todo esto sucedía en la primera mitad de febrero. En abril logró Roberts poner en libertad, por el mismo procedimiento, a un minero preso en la cárcel de Derby, a cuatro presos en Wakefield (Yorkshire) y a otros cuatro en Leicester. Y así siguieron las cosas todavía durante algún tiempo, hasta que los "Dogberries" —nombre que se daba a estos jueces de paz por el conocido personaje de la obra de Shakespeare "Mucho ruido para nada"— empezaron a cobrar miedo. Y otro tanto ocurrió con los que defraudaban a los mineros mediante el sistema del *truck*. Roberts fue llevando ante los tribunales, uno tras otro, a estos desvergonzados dueños de minas y obligó a los reacios jueces de paz a condenarlos a diversas penas. Fue tal el pavor que se apoderó de ellos ante el rapidísimo proceder del abogado, el cual parecía estar en todas partes al mismo tiempo, que una tienda de Belper, cerca de Derby, que se dedicaba al *truck*, hizo fijar a su llegada el siguiente cartel:

*Minas de carbón de Pantrich*

*Aviso*

"Los señores Haslam creen necesario (para salir al paso de cualquier error) hacer del conocimiento público que todos los que trabajan en sus minas cobran su salario íntegro en dinero, pudiendo gastarlo donde y como les parezca. Si quieren proveerse en la tienda propiedad de los señores Haslam seguirán obteniendo sus mercancías, como hasta ahora, a precios de mayoreo, pero no se les obligará a comprar en dicha tienda y se les respetará su trabajo y su salario aunque decidan abastecerse en cualquier otra."

Estos triunfos levantaron un clamor de júbilo en toda la clase obrera inglesa y lograron para la "Unión" gran cantidad de nuevos afiliados. Entre tanto, la huelga, en las minas del Norte, continuaba. No se movía

ni una mano, y el puerto de Newcastle, centro principal de exportación de hulla, se hallaba tan vacío de carbón que fue necesario llevarlo allí desde las costas escocesas, a pesar de que, en inglés, *to carry coals to Newcastle*[z] significa lo mismo que en griego la frase de llevar buhos a Atenas, es decir, hacer algo perfectamente inútil y absurdo. Al principio, mientras duraron los fondos de la "Unión", todo marchó bien, pero al final del verano la lucha de los mineros fue complicándose cada vez más. Empezaba a hacer estragos entre ellos la penuria; ya no tenían dinero, pues las colectas y las aportaciones de los obreros de todas las ramas industriales en casi toda Inglaterra resolvían poco, dada la enorme cantidad de huelguistas; tenían que conseguir alguna comida fiada, con gran recargo, de los tenderos; toda la prensa, con excepción de unos cuantos periódicos proletarios, se mostraba contraria a los huelguistas; la burguesía, incluyendo a los pocos elementos de ella animados de suficiente sentido de justicia para ayudarlos, no escuchaban de los venales periódicos liberales y conservadores más que mentiras e infundios sobre la huelga; una delegación de doce mineros se trasladó a Londres y logró reunir entre el proletariado de la capital una buena suma de dinero, pero que, dada la enorme cifra de los necesitados de ayuda, no resolvía mucho. A pesar de todo lo cual los mineros se mantenían firmes y, cosa todavía más importante, seguían conservando la paz y la serenidad, sin dejarse provocar por todas las hostilidades y los desafíos de los patronos y de sus fieles lacayos. No se supo de un solo acto de venganza o represalias, ni un solo esquirol fue maltratado, no se cometió ni un solo robo. Cuatro meses llevaba ya la huelga, sin que los propietarios de minas tuvieran visos de llegar a imponerse. Sólo les quedaba un camino. Se acordaron del sistema de *cottages* y cayeron en la cuenta de que las casas habitadas por los huelguistas eran propiedad de *ellos*, de los patronos. En julio se dio aviso de desahucio a los obreros y en una semana se puso a cuarenta mil trabajadores en la calle. La medida se llevó a cabo con una barbarie inimaginable: enfermos y tullidos, ancianos y niños de pecho e incluso mujeres a punto de dar a luz, todos fueron arrancados bestialmente de sus camas y arrojados al arroyo. Hubo incluso un agente que se dio el gusto de sacar del lecho, por los pelos, con sus propias manos, a una mujer en estado de embarazo muy avanzado, llevándola así hasta la calle. Se concentró una gran cantidad de tropas y de policía, dispuestos a intervenir a la primera señal de resistencia o a la primera guiñada de los jueces de paz, para desenvainar las armas. Pero también esta provocación fue soportada en calma por los obreros, sin pestañear. Se frustraron las esperanzas de que recurrieran a la violencia, aunque se les hostigó por todos los medios para que se rebelaran, confiando en encontrar un pretexto para que la tropa pusiera fin a la huelga. Los miles de mineros lanzados a la calle, sin hogar y sin techo, obedeciendo a las exhortaciones de su abogado, permanecieron impertérritos, apilaron en silencio sus muebles sobre los prados y los campos de que se habían levantado las cosechas, e hicieron frente a la nueva tropelía. Quienes

[z] Llevar carbón a Newcastle.

no encontraron otro lugar mejor acamparon en las zanjas y otros se instalaron en tierras de propiedad ajena, siendo demandados por la invasión y, en vista de que habían causado "daños por valor de medio penique", fueron condenados a una libra esterlina que, naturalmente, no podían hacer efectiva y tenían que desquitar con su cuerpo. Ocho y más semanas tuvieron que pasar a cielo raso, con sus familias, en los húmedos meses del final del verano, el año pasado (1844) sin otra protección para ellos y sus niños que las colchas de percal de sus camas ni otros recursos que los pobres subsidios de la "Unión" y el crédito recreciente del tendero. Lord Londonderry, quien posee en Durham importantes minas, amenazó a los tenderos de *"su ciudad"*, Seaham, con descargar sobre ellos su señorial cólera si seguían abriendo crédito a *"sus"* rebeldes mineros. Este "noble" lord se convirtió, además, en el hazmereír de todos los huelguistas con los ridículos y ampulosos "ucases", malísimamente redactados, que de vez en cuando lanzaba a los mineros, sin conseguir nunca otra cosa que divertir a toda la nación.[a] Cuando vieron que nada daba resultado, los propietarios, gastando mucho dinero, hicieron venir a gente de Irlanda y de las lejanas tierras de Gales en que aún no se conocían los movimientos obreros para ponerlos a trabajar en sus minas y, habiendo restablecido así la competencia entre los propios obreros, lograron abatir la fuerza de los huelguistas. Los patronos los obligaron a deshacerse de la "Unión", a romper con Roberts y aceptar las condiciones que quisieron imponerles. Así terminó, a comienzos de septiembre, la gran lucha de cinco meses de los mineros contra los dueños de las minas, mantenida por los oprimidos con una perseverancia, una valentía, una inteligencia y una mesura dignas de la mayor admiración. Es increíble el grado de cultura verdaderamente humana, de entusiasmo y de fortaleza de carácter que una lucha de esta naturaleza exige por parte de una masa de cuarenta mil hombres, a que el *Ch. E. Rep.*, todavía en 1840 pintaba como una masa absolutamente carente de instrucción. Pero ello indica, al mismo tiempo, cuán brutal tenía que ser la opresión a que vivían sometidos para moverlos a levantarse como un solo hombre y, como un ejército, no sólo disciplinado, sino entusiasta, animado por *una sola* voluntad, proseguir la lucha con la mayor serenidad y sangre fría hasta el momento mismo en que habría sido ya insensato seguir resistiendo. Una lucha, además, que no iba dirigida contra un enemigo visible, de carne y hueso, mortal, sino contra el hambre y la penuria, la miseria, la carencia de techo y contra las propias pasiones desafiadas hasta la locura por la brutalidad de la riqueza, pues si se hubiesen rebelado por la fuerza no cabe duda de que aquellos miles de hombres inermes habrían sido ametrallados sin misericordia y en un par de días habría quedado sellada la victoria de los poseedores. No; aquel respeto de la legalidad no nacía precisamente del miedo a las porras de la policía, sino que era fruto de la reflexión de los obreros y

[a] (*Ed. 1892*) Nada nuevo bajo el sol, por lo menos en nuestra Alemania. Tampoco nuestros "reyes mudos" son otra cosa que malas copias de modelos ingleses, ya de largo tiempo atrás olvidados y hoy imposibles en su patria natal.

la mejor prueba de la inteligencia y el dominio de sí mismos de que dieron pruebas.

Una vez más sucumbieron, pues, los trabajadores, pese a su perseverancia y a su heroísmo, ante el poder de los capitalistas. Pero su lucha no fue en vano. Lo más importante de todo es que estas diecinueve semanas de huelga arrancaron para siempre a los mineros del Norte de Inglaterra al marasmo en que hasta entonces estaban sumidos; han despertado de su largo sueño invernal, atentos a sus intereses, y se han incorporado al movimiento de la civilización y, sobre todo, al movimiento obrero. Esta huelga, que por primera vez ha puesto de manifiesto a los ojos de todos la barbarie de los ricos, ha afianzado aquí para siempre la oposición obrera, empujando hacia las filas del cartismo a las tres cuartas partes de la gran masa, y no cabe duda de que el refuerzo de estos treinta mil hombres tan enérgicos y probados, les será a los cartistas de gran utilidad. Además, la perseverancia y la legalidad toda de esta huelga, unida a la agitación activa de que fue acompañada, hizo que la atención pública volviera sus ojos a la situación de los trabajadores de las minas. Con motivo del debate sobre los aranceles de exportación del carbón, Thomas Duncombe, el único miembro de la Cámara de los Comunes decididamente cartista, planteó ante el parlamento las condiciones de vida de los mineros, hizo que se diese lectura a su petición desde la tribuna de la Cámara y obligó a los periódicos de la burguesía, por lo menos en la reseña de las sesiones parlamentarias, a exponer verídicamente los términos del problema. A raíz de la huelga, se produjo la explosión de la mina de Haswell. Robert viajó a Londres, logró ser recibido en audiencia por Peel, exigió, como representante de los mineros, que se abriese una concienzuda investigación del caso y logró que las primeras notabilidades del país en el campo de la geología y la química, los profesores Lyell y Farady, fuesen comisionados para trasladarse al lugar de los hechos. Al producirse, poco después, nuevas explosiones y ser presentadas al ministro, una vez más, las acusaciones de Roberts, el jefe del gobierno hubo de prometer que en la siguiente legislatura (la actual, la de 1845), se propondrían, dentro de lo posible, las medidas aconsejables para proteger la vida de los trabajadores. Nada de esto habría sucedido si los mineros del Norte, unos meses antes, con su huelga, no hubiesen demostrado ser hombres amantes de la libertad, acreedores al respeto de la opinión, y si no se les hubiese ocurrido acudir al abogado Roberts.

Apenas se supo que se obligaba a los mineros a abandonar su "Unión" y prescindir de los servicios de Roberts, los trabajadores de las minas de Lancashire decidieron constituir un sindicato integrado por unos diez mil obreros y asignar a su abogado un sueldo anual de 1 200 libras. En el otoño del año pasado, las cuotas mensuales de este sindicato sumaban más de 700 libras esterlinas, de las que 200 se destinaban al pago de sueldos, costas judiciales, etc., y el resto, en su mayoría, a abonar subsidios a sus compañeros parados, bien por haber sido arrojados a la calle o por hallarse en huelga en lucha contra sus explotadores. Los obreros

van comprendiendo cada vez más que, si se unen, representan una fuerza muy respetable, que puede, por lo menos, hacer frente al poder de la burguesía. Esta conciencia, el gran logro de todos los movimientos obreros, la conquistaron todos los trabajadores de las minas de Inglaterra gracias a la "Unión" y a la huelga de 1844. No tardará mucho en desaparecer la superioridad que en punto a inteligencia y a energía demuestran todavía hoy los obreros industriales, y pronto los mineros de todo el reino podrán parangonarse con ellos desde todos los puntos de vista. La burguesía irá perdiendo terreno paso a paso, hasta que un buen día se derrumbe todo el edificio de su Estado y de su sociedad, con la base sobre que se sustenta.

Pero la burguesía no escarmienta. La rebelión de los obreros de las minas sólo ha logrado enfurecerla todavía más. En vez de ver en ella un avance del movimiento de los trabajadores en general, en vez de detenerse a recapacitar, la clase poseedora sólo vio en la gran huelga un motivo de cólera contra una clase de hombres que era lo bastante insensata para no mostrarse de acuerdo con el modo como se la venía tratando. Sólo vio en las justas reivindicaciones de los desposeídos una manifestación descarada de descontento, de demencial sublevación contra el "orden divino y humano" y, en el mejor de los casos, el fruto de la acción de "demagogos de mala fe, que viven de la agitación y son unos haraganes que no quieren trabajar", acción que, por tanto, había que aplastar por todos los medios. Y trató —sin éxito, naturalmente— de hacer pasar a los ojos de los trabajadores a gentes como Roberts y los agentes del sindicato —naturalmente, sostenidos por éste— por astutos tramposos que sólo trataban de sacarles los últimos centavos del bolsillo, a *ellos*, a los pobres trabajadores. Ahora bien, si la clase poseedora puede ser tan necia, si sus beneficios momentáneos pueden cegarla hasta el punto de no tener ojos para ver los signos más claros y diáfanos de los tiempos, habrá que perder realmente hasta la última esperanza de que la cuestión social pueda resolverse, en Inglaterra, por la vía pacífica. El único camino posible para ello es, sin duda, una revolución violenta, que habrá de producirse, necesariamente.

# EL PROLETARIADO AGRÍCOLA

Ya veíamos en la Introducción cómo, a la par con la burguesía y con el relativo bienestar de los trabajadores del periodo anterior, se ven también arruinados los pequeños campesinos, al disolverse el anterior entrelazamiento del trabajo industrial y el trabajo agrícola, al fundirse en grandes arriendos las tierras que quedan vacantes y verse desalojados del agro los pequeños campesinos bajo la acción de la prepotente competencia de las grandes fincas. En vez de seguir siendo, como hasta ahora, en lo personal, propietarios de tierras o arrendatarios, los campesinos pobres se vieron obligados a dejar de trabajar por su cuenta, para convertirse en peones de los grandes arrendatarios y terratenientes. Durante algún tiempo, esta situación, aunque peor que la de antes, era, sin embargo, más o menos soportable. La expansión de la industria mantuvo en equilibrio la balanza, hasta que por último el desarrollo industrial fue haciéndose algo más lento y el perfeccionamiento cada vez mayor de la maquinaria vino a incapacitar a la industria para absorber todo el sobrante de la población trabajadora procedente de los distritos agrícolas. A lo cual se unió el hecho de que cesara por los mismos días, al cabo de veinticinco años, la guerra con Francia; la baja de la producción en los escenarios de la guerra, el bloqueo de los suministros y la necesidad de abastecer a los ejércitos británicos en España habían dado un auge artificial a la agricultura inglesa, sustrayendo además al trabajo una cantidad grande de mano de obra. Esta paralización de los suministros, la necesidad de impulsar las exportaciones y la escasez de trabajadores cesaron de pronto, y ello trajo como inevitable consecuencia lo que los ingleses llaman la *agricultural distress*, la penuria agrícola. Los arrendatarios viéronse obligados a vender su trigo a bajo precio, razón por la cual sólo podían pagar bajos salarios. Para mantener elevados los precios del trigo se dictaron en 1815 las leyes cerealistas, que representaban una prohibición de las importaciones de este producto mientras el precio del trigo fuese inferior a 80 chelines el *quarter*.[b] Estas leyes, naturalmente infructuosas, hubieron de ser modificadas posteriormente varias veces, pero sin mitigar con ellas la miseria de los distritos agrícolas. Todo lo que consiguieron fue convertir la enfermedad que la libre competencia del trigo extranjero había agudizado y que había tenido sus crisis en una enfermedad crónica, cuya presión sobre las condiciones de vida de los trabajadores del campo, aunque uniforme, seguía siendo bastante dura.

A raíz del nacimiento del proletariado agrícola, se desarrollaron en el campo, al tiempo que la industria daba al traste con ellas, las relaciones patriarcales entre el campesino y sus peones, que todavía hoy se hallan casi generalizadas en Alemania. Mientras subsistió este estado de cosas, la penuria de los trabajadores no se traslucía demasiado claramente, los jor-

[b] 8 Bushels, o sean 290.625 litros.

naleros compartían la suerte de los arrendatarios y rara vez y sólo en casos muy apremiantes eran despedidos. Pero, ahora, la cosa ha cambiado. Los trabajadores agrícolas son casi todos jornaleros a los que los arrendatarios ocupan cuando los necesitan y que, por tanto, carecen de trabajo semanas enteras, sobre todo durante el invierno. Bajo las condiciones patriarcales, en que los peones y sus familias vivían y sus hijos se criaban en la finca del arrendatario y en que, por tanto, el arrendatario procuraba, naturalmente, ocupar en sus tierras a la nueva generación trabajadora y en que los jornaleros no eran la regla, sino la excepción, en casi todas las fincas se encontraba un número mayor de trabajadores que el estrictamente necesario. Ello hacía que el arrendatario estuviese interesado en poner fin a estas relaciones patriarcales, en expulsar de la finca al peón y convertirlo en un jornalero. Esto fue lo que ocurrió de un modo casi general a fines de la década de los veintes del siglo actual, lo que trajo como consecuencia que la superpoblación, hasta ahora latente, para emplear este término de la física, saliera a flote, que los salarios bajaran y aumentaran, en cambio, enormemente los impuestos para los indigentes. A partir de este momento, los distritos agrícolas pasaron a ser los centros del *pauperismo permanente* como los distritos fabriles lo eran del *pauperismo fluctuante,* y la reestructuración de las leyes de pobres era la primera medida que el poder público se veía obligado a adoptar contra el diario empobrecimiento de las zonas campesinas.

Y a lo anterior vino a unirse otra circunstancia. La continua aplicación del sistema de explotación agrícola en gran escala, la introducción de las máquinas trilladoras y de otra maquinaria agrícola y la extensión cada vez mayor del trabajo de la mujer y del niño en el campo —tan generalizada ya, que recientemente ha sido necesario nombrar una comisión oficial encargada de investigar sus consecuencias— han arrebatado también aquí el pan a gran número de trabajadores. También en este punto vemos, por tanto, cómo el sistema de la producción industrial se abre paso por medio de las grandes explotaciones, de la abolición de las relaciones patriarcales —cuya importancia es en el campo, precisamente, mayor que en parte alguna— y la introducción de la maquinaria, la fuerza de vapor y el trabajo de la mujer y del niño, arrastrando al movimiento revolucionario hasta el último y más estable sector de la humanidad trabajadora.

Pero, cuanto más tiempo había logrado la agricultura mantener su estabilidad, más graves eran ahora las consecuencias que venían a gravitar sobre los trabajadores, con mayor fuerza se manifestaba aquí la desintegración de la vieja cohesión social. La "superpoblación" salió a la luz del día de golpe y porrazo, y no era posible contrarrestarla, como en los distritos industriales, mediante el incremento de la producción. Era fácil abrir nuevas fábricas, siempre y cuando que hubiese compradores para sus productos, pero ¿de dónde sacar nuevas tierras? El cultivo de las tierras comunales hasta ahora inexplotadas era una especulación demasiado arriesgada para que, después de la terminación de la guerra,

se lanzase a ella una corriente considerable de capital. Y el resultado inevitable de esto fue que se acentuase hasta el grado máximo la competencia de los trabajadores entre sí y que los salarios descendieran al mínimo. Mientras siguiera vigente la Ley de pobres, era posible socorrer a los indigentes de los fondos de la beneficencia pública; con ello, como es natural, descendían aún más los salarios, ya que los arrendatarios se veían obligados a destinar a dichos fondos la mayor parte posible de aquéllos. Con lo cual no hacía más que aumentar la subida del impuesto para los pobres, que la población sobrante había hecho necesario, obligando con ello, como habremos de ver, a dictar una nueva Ley de pobres. Y, como es natural, esto no ayudaba, ni mucho menos, a mejorar la situación. Los salarios no subían, la población sobrante seguía en pie y la crueldad de la nueva ley sólo sirvió para exasperar todavía más al pueblo. Hasta el impuesto de pobres, que al principio había bajado, recobró en pocos años el mismo nivel que antes tenía. Lo único que se consiguió fue que, si antes había de tres a cuatro millones de semiindigentes, ahora se hiciera patente la existencia de un millón de indigentes completo y que los semiindigentes restantes se quedaran sin subsidio. La miseria de los distritos agrícolas ha ido en aumento, año tras año. Sus habitantes viven en la mayor penuria y familias enteras tienen que salir adelante con 6, 7 u 8 chelines a la semana y careciendo por temporadas de todo. Escuchemos lo que un miembro liberal del parlamento contaba de la situación en que esta población vivía ya antes de 1830:

"Campesino" (se refiere al jornalero agrícola) "e indigente son, en Inglaterra, palabras sinónimas. Su padre era también un indigente y la leche del pecho de su madre escasa y pobre; mal alimentado desde niño, sin poder saciar su hambre más que a medias, todavía es hoy el día en que el hambre insatisfecha le atenaza cuando no está dormido. Mal vestido, no tiene más fuego que el que a duras penas alcanza para que pueda cocinar sus escasos alimentos, lo que hace que el frío y la humedad le acompañen constantemente y sólo le dejen libre cuando el tiempo mejora. Está casado, pero no conoce las alegrías del esposo y del padre. Su mujer y sus hijos pequeños, hambrientos y ateridos de frío, desamparados y con frecuencia enfermos, llenos de cuidados y entregados a la desesperación, lo mismo que él, son, como no puede ser por menos, avariciosos, egoístas y pendencieros, lo que hace que, para decirlo con sus palabras, no quiera ni verlos (*hates the sight of them*) y sólo regrese a su guarida porque al fin y al cabo, se siente más resguardado en ella del frío y la lluvia que en medio del campo. Tiene una familia que sostener, pero no cuenta con medios para ello; y la consecuencia inevitable son la mendicidad, las peleas y los golpes a escondidas y el desarrollo de un carácter astuto y taimado. Aunque no le falten deseos de ello, no tiene la valentía de otras gentes más enérgicas de su misma calaña para entregarse a la caza furtiva o al contrabando en gran escala, pero comete pequeñas raterías cuando la ocasión se presenta y enseña a sus hijos a mentir y a robar. Su actitud servil y rastrera para con sus vecinos ricos revela que éstos lo tratan altivamente y con desprecio; por eso los teme y los odia, pero podemos estar seguros de que jamás les tocará al pelo de la ropa. Es un hombre totalmente depravado, pero ha caído demasiado bajo para sentir todavía la fuerza de la desesperación. Su miserable vida dura poco; el reumatismo y el asma

se encargan de enviarlo al asilo, donde exhala el último aliento sin guardar de la vida un solo recuerdo agradable y dejando con su muerte el sitio a otro desventurado, llamado a vivir y a morir exactamente como él."

Nuestro autor añade que, al lado de esta clase de trabajadores agrícolas, hay otra un poco más enérgica y mejor dotada en lo físico, en lo moral y en lo intelectual: la de los que viven también miserablemente, pero no han venido al mundo en esta situación. Son miembros de familias de mejor cuna, pero entregados a la caza furtiva y al contrabando, que, de vez en cuando, tienen choques sangrientos con los guardias rurales o los aduaneros de la costa y que en la cárcel, donde pasan largas temporadas, se enfurecen más todavía contra la sociedad, equiparándose así por entero a los de la primera clase en su odio contra los poseedores.

"Y a toda esta clase —concluye— se les da por cortesía (*by courtesy*) el nombre de los arrojados hombres del campo de Inglaterra" (*bold peasantry of England*, como los llama Shakespeare).[c]

Esta descripción sigue siendo todavía hoy aplicable a la mayor parte de los jornaleros que viven en los distritos agrícolas. En junio de 1844, el *Times* envió a estos lugares un corresponsal encargado de informar acerca de la situación en que estas gentes viven, y su información coincide en un todo con lo que más arriba se dice. En algunas comarcas, el salario que se pagaba a estos infelices no era superior a seis chelines semanales, es decir, el mismo que en muchas regiones de Alemania, a pesar de que los precios de los artículos de primera necesidad son en Inglaterra, por lo menos, el doble de altos que en este país. Fácil es imaginarse cómo tiene que ser la vida que llevan estas gentes. Su alimentación es mala y escasa, su ropa andrajosa y su vivienda estrecha y misérrima, una choza inmunda y repelente, y para los jóvenes están las casas de alojados, en cuyos cuartos apenas duermen separados los hombres y las mujeres, como invitándolos a la promiscuidad sexual. Basta con que se les deje dos o tres días al mes sin trabajo, para que se vean sepultados sin remedio en la más negra miseria. Además, ni siquiera pueden sindicarse para mantener altos sus salarios, pues viven desperdigados en el campo, y si uno se niega a trabajar por poco dinero acuden docenas de gentes sin pan y de huéspedes de los asilos de indigentes que se sentirían felices si se les ofreciera el trabajo, mientras que quienes se niegan a aceptarlo, tachados de haraganes y levantiscos, son borrados por las autoridades de las listas de quienes tienen derecho a percibir un subsidio o a albergarse en un asilo; cosa bien fácil de comprender si se tiene en cuenta que los encargados de administrar los fondos de la beneficencia son precisamente los arrendatarios y los terratenientes, los únicos —de ellos y de sus

[c] *E. G. Wakefield, Swing unmasked, or the Causes of Rural Incendiarism* ["El ímpetu (v. *infra*, p. 504) desenmascarado, o las causas de la piromanía en el campo"], Londres, 1831. Es un folleto. Los pasajes citados corresponden a las pp. 9 a 13 de la obra. En nuestra traducción, hemos omitido las referencias del original a la vieja Ley de pobres que a la sazón se hallaba aún en vigor.

vecinos y cofrades— de quienes pueden obtener trabajo. Informes parecidos a éstos no nos llegan solamente de tal o cual distrito agrícola, sino que la situación de penuria es la misma en el Sur que en el Este, en el Oeste y en el Norte; las condiciones de vida de los trabajadores son tan malas en Suffolk o en Norfolk como en Devonshire, en Hampshire y en Sussex; los salarios de Dorsetshire y Oxfordshire son tan bajos como los de Kent y Surrey, Buckinghamshire y Cambridgeshire.

Merecen destacarse por su barbarie contra el proletariado agrícola las leyes de caza, más rigurosas en Inglaterra que en parte alguna, a la par que la abundancia de caza en los bosques supera a todo lo imaginable. El campesino inglés, que, siguiendo una vieja tradición y una vieja costumbre, sólo ve en la caza furtiva una exteriorización perfectamente natural y hasta noble de valor y temeridad, se siente todavía más incitado a esta especie de deporte por el contraste entre su propia miseria y el capricho de los lores (*car tal est nôtre plaisir*), que consideran los miles de liebres y de aves de caza sueltas por el monte como un patrimonio reservado a su placer exclusivo. Pone cepos y de vez en cuando cobra de un tiro una pieza, sin que, en el fondo, perjudique en lo más mínimo al señor, que dispone de caza de sobra, mientras que para el campesino aquello supone un buen estofado puesto al fuego con que matar su hambre y el de su familia. Pero, si lo sorprenden o lo descubren, va a dar con sus huesos a la cárcel y, en caso de reincidencia, el cazador furtivo tiene que purgar, por lo menos, siete años de prisión. Es el rigor de estas penas el que da pie a los frecuentes choques sangrientos con los guardias rurales, que todos los años provocan una serie de asesinatos. Ello hace que este oficio sea, además de peligroso, mal afamado y aborrecido. El año pasado, se hicieron públicos dos casos de guardias rurales que prefirieron pegarse un tiro que seguir ejerciendo su oficio. Tal es el precio, por cierto bien barato, que la aristocracia terrateniente tiene que pagar por defender su noble afición a la caza. Pero, ¿qué se le da esto a los nobles "*lords of the soil*"? [d] A ellos les tiene sin cuidado que vivan o no un par de infelices más, miembros de la población sobrante, con tal de poder seguir cazando en sus cotos privados. Y aunque para ello tuviera que perecer la mitad de esa población "supernumeraria", en aras de las sacrosantas leyes de la caza, no importaría gran cosa; después de todo, la otra mitad saldría ganando con ello: así es como razona la filantropía de los poseedores ingleses.

Pero, por mucho que las condiciones del campo, el aislamiento de la vivienda, la estabilidad del medio ambiente, la inmovilidad de las ocupaciones y también, por tanto, la de las ideas, se opongan resueltamente a todo lo que sea desarrollo, también aquí rinden sus frutos la penuria y la miseria. Los trabajadores de la industria y de las minas no tardaron en sobreponerse a la fase rudimentaria de la oposición contra las condiciones sociales, a la rebelión directa del individuo por medio del crimen; los campesinos siguen todavía hoy estancados en esta fase embrionaria. La forma predilecta de la guerra social, para ellos, consiste en pegar

[d] Señores de la tierra.

fuego a casas y cosechas. En el invierno que siguió a la revolución de Julio, es decir, en el invierno de 1830 a 1831, se generalizaron por primera vez estos incendios, después que, ya a comienzos de octubre habían estallado en Sussex y condados adyacentes disturbios provocados por la policía reforzada de costas (para combatir el contrabando y que sólo sirvió como dijo un arrendatario, para arruinar aquellas comarcas), por las innovaciones introducidas en la administración de los fondos de beneficencia, por los bajos salarios y la implantación de la maquinaria y que agitaron y conmovieron a toda esta región.

Durante el citado invierno, los levantiscos pegaron fuego a los almiares y a los silos levantados en el campo e incluso a los graneros y los establos de los arrendatarios, ante sus mismos ojos. En varios sitios, ardieron las hogueras casi toda la noche, sembrando el pavor entre arrendatarios y terratenientes. Los autores de los incendios no eran descubiertos nunca o rara vez, y el pueblo atribuía los incendios a una especie de personaje legendario llamado el *Swing*. La gente se quebraba la cabeza tratando de descubrir quién sería el malhechor y cómo se habría desatado aquella furia entre los pobres de los distritos rurales; pocos eran, y en los distritos agrícolas podemos estar seguros de que nadie, los que pensaban en la gran fuerza agitadora, en la *miseria*, en la opresión. Desde aquel año, no pasa invierno sin que los incendios se repitan, al llegar la época del paro y del hambre para los jornaleros. En el invierno de 1843 a 1844, volvieron a estallar y a menudear con una frecuencia desacostumbrada. Tengo a la vista una serie de números del *Northern Star* de aquellos días, cada uno de los cuales trae varias informaciones sobre esta clase de incendios, con la fuente de que están tomadas. No tengo en mi poder los números que faltan aquí de este semanario, que de seguro hablan también de otra serie de casos parecidos. *Northern Star*, núm. de 25 de noviembre de 1843: dos casos, con referencia a otros varios anteriores. 16 de diciembre: en Bedfordshire reina desde hace catorce días gran efervescencia por los frecuentes incendios, varios cada noche. En los últimos días, han sido quemadas *dos* grandes alquerías. En Cambridgeshire *cuatro*, en Hertfordshire *una*; además se han registrado *quince* incendios en distintos lugares. 30 de diciembre: *un* incendio en Norfolk, *dos* en Suffolk, otros *dos* en Essex, *tres* en Herts, *uno* en Cheshire, *uno* en Lancashire y *doce* en Derby, Lincoln y en otros lugares del Sur. 6 de enero de 1844: *diez* incendios en total; 13 de enero: *siete*; 20 de enero: *cuatro*. Y de allí en adelante se registran por término medio tres o cuatro incendios semanales, que ahora no cesan, como ocurría antes, al llegar la primavera, sino que se suceden hasta entrados los meses de julio y agosto. Y, al acercarse la rigurosa estación del año 1844-45, esta clase de tropelías vuelve a recrudecerse, según he podido probar por los periódicos ingleses que he tenido ocasión de leer y por los informes publicados en la prensa alemana.

¿Qué opinan mis lectores del estado de paz, verdaderamente idílico, que reina en la campiña inglesa? ¿Es esto una guerra social, o no? ¿Es acaso un estado natural de cosas, que pueda sostenerse, a la larga? Claro

que no. Y, sin embargo, vemos que los arrendatarios y terratenientes dan pruebas de ser tan estúpidos y obstinados, tan ciegos a todo lo que no sea dinero contante metido en sus bolsillos, como veíamos que eran los fabricantes en los distritos industriales, como lo es la burguesía en general. Los fabricantes prometen a sus obreros la felicidad si *se derogan* las leyes cerealistas; en cambio, los terratenientes y una parte de los arrendatarios prometen a los suyos el cielo si esas leyes *se mantienen en vigor*, sin que en ninguno de los dos casos logren los ricos engañar a los trabajadores. Lo mismo a los obreros de las fábricas que a los jornaleros del campo les tiene sin cuidado que esas leyes se deroguen o se mantengan. Y, sin embargo, la cosa tiene su importancia para ellos. En efecto, la derogación de las leyes cerealistas impulsará la libre competencia, la economía social que actualmente rige; las cosas no podrán seguir desarrollándose bajo las relaciones existentes, y no habrá otro camino que la radical transformación del orden social. Y para los jornaleros agrícolas el asunto encierra, además, la siguiente significación. La libertad de importación de trigo emanciparía —no viene al caso decir aquí de qué manera— a los arrendatarios de los terratenientes; dicho en otras palabras, haría pasar a los arrendatarios del campo de los conservadores al de los liberales. Por conseguir este resultado —este es su único mérito— viene trabajando asiduamente la Liga Anticerealista. Ahora bien, cuando los arrendatarios se hagan liberales, es decir, burgueses concientes, los jornaleros tendrán que hacerse a su vez, proletarios concientes, es decir, cartistas socialistas. Lo uno traerá consigo lo otro. Y ya empiezan a darse los primeros síntomas de que entre los proletarios del campo comienza a aflorar un nuevo movimiento. Ahí tenemos, por ejemplo, el mítin organizado en octubre de 1844 por el conde *Radnor*, terrateniente *liberal*, cerca de *Highworth*, donde tiene sus fincas, con objeto de que los jornaleros agrícolas se manifestaran en contra de las leyes cerealistas y donde éstos se mostraron bastante apáticos con respecto al problema, planteando en cambio otra clase de reivindicaciones, entre ellas la necesidad de pequeños arriendos a un canon bajo, para que ellos los aprovecharan, y lanzando a la cara del conde una serie de amargas verdades. Lo que quiere decir que el movimiento de la clase obrera va penetrando también en los distritos agrícolas, a pesar de su aislamiento, su estatismo y su inercia, y no cabe duda de que también aquí, dada la miseria que en ellos existe, este movimiento echará pronto raíces tan hondas y tan seguras como en los distritos fabriles.

Es indudable que los jornaleros agrícolas están imbuidos de sentimientos religiosos más arraigados que los trabajadores industriales, pero no se llevan muy bien con la iglesia (hay que decir que en el campo casi todo el mundo pertenece a la Iglesia anglicana). Un corresponsal del *Morning Chronicle* que se firma "Uno que ha empuñado la esteva del arado" [e] y que informa acerca de un recorrido que ha hecho por los distritos agrícolas, cuenta la siguiente conversación que tuvo con algunos jornaleros acerca de la iglesia:

[e] Seudónimo de Alexander Somerville.

"Le pregunté a uno de ellos si el cura que había predicado hoy era su párroco y me dijo: *yes, blast him,*[f] es nuestro párroco, y desde que le conozco, no hace más que pedir" (había predicado, en efecto, pidiendo dinero para la misión contra los infieles). "Lo mismo digo yo —intervino otro— no he conocido a ningún cura que haya hecho otra cosa que pedir". "Sí —dijo una mujer que acababa de salir de la Iglesia— y en cambio hay que ver cómo bajan los salarios y como viven los ricos vagabundos, a cuya sombra comen y beben y van de caza los curas. Que Dios me perdone, pero aquí preferimos ir a parar al asilo y pasar hambre que dar un centavo para que los curas vayan a convertir infieles". "¿Por qué —comentó otro— no mandan allá a los curas que se pasan el día predicando en la catedral de Salisbury y que no hablan más que para las piedras del templo? ¿Por qué no van *ellos* a predicar contra los infieles?". "No, *esos* no van —dijo el viejo a quien primero me había dirigido yo— porque son ricos, tienen más tierras de las que necesitan y sólo quieren dinero para quitarse de encima a los curas pobres; yo sé muy bien lo que quieren, pues hace muchos años que los conozco". "Pero, mis buenas gentes —intervine yo— si salís de la iglesia hablando así en contra de los curas, ¿para qué vais a ella?" "Vamos —replicó la mujer— porque no tenemos más remedio que ir si no queremos perderlo todo, el trabajo y todo lo demás; vamos porque nos obligan." Y, en efecto, más tarde pude comprobar yo mismo que *a los que van a la iglesia* se les conceden ciertos beneficios en materia de combustible y un poco de terreno para sembrar patatas que, naturalmente, tienen que pagar."

Y, después de pintar la miseria y la ignorancia de los jornaleros agrícolas, el corresponsal concluye:

"Puedo asegurar sin miedo a equivocarme que la situación en que viven estas gentes, su pobreza, su odio contra la iglesia, su docilidad aparente y su encono real contra los dignatarios eclesiásticos es *la regla en los distritos rurales de Inglaterra,* y lo contrario la excepción."

Si los campesinos de la Inglaterra propiamente dicha nos muestran cómo viven, piensan y sienten las gentes del campo como resultado de la existencia de un numeroso proletariado agrícola y de la concentración de la propiedad en grandes fincas, el *País de Gales* nos ofrece, en cambio, la estampa de una región en que la agricultura corre a cargo de pequeños arrendatarios. En los distritos agrícolas ingleses vemos reproducida la imagen del antagonismo entre proletarios y grandes capitalistas, mientras que la situación de los campesinos galeses es el reflejo de la ruina progresiva de la pequeña burguesía de las ciudades. La mayoría de los cultivadores del País de Gales son, en efecto, pequeños arrendatarios que no disponen de las mismas facilidades que los arrendatarios ingleses, con los que tienen que competir y que no pueden vender sus productos tan baratos como ellos. Además, la naturaleza del terreno, en muchos lugares, sólo se presta aquí para la ganadería, que es poco rentable, aparte de lo cual los galeses, por sus sentimientos nacionales, a los que se aferran, son mucho menos estables que los arrendatarios ingleses. Pero, sobre todo, la competencia que sostienen entre ellos y con sus

[f] ¡Mal rayo le parta!

vecinos ingleses y la consiguiente alza de las rentas sobre la tierra los perjudica tanto, que apenas pueden vivir y, como no aciertan a comprender cuál es la verdadera causa de su mala situación, se empeñan en buscarla en diversas pequeñeces, en los altos tributos que tienen que pagar por los caminos, etc., que entorpecen, ciertamente, el desarrollo de la agricultura y el tráfico, pero que todo el que arrienda una tierra debe considerar como cargas existentes, las cuales pesan, por tanto, sobre la misma propiedad territorial. A esto hay que añadir que la nueva Ley de pobres ha concitado aquí el odio general de las gentes, ya que los mismos arrendatarios se hallan constantemente amenazados de caer bajo sus preceptos. En febrero de 1843, el descontento de los campesinos galeses explotó en los conocidos disturbios que se conocen por el nombre de "Rebekka"; los hombres se vistieron con ropas de mujer, se pintaron las caras y se lanzaron en cuadrillas armadas contra las puertas que en Inglaterra hacen las veces de los postes fronterizos, destrozándolas entre tiros y gritos de júbilo, destrozando las casillas de los encargados de cobrar los derechos de peaje, escribiendo cartas llenas de amenazas en nombre de la imaginaria "Rebekka" y llegando incluso a asaltar al asilo de Caermarthen. Y cuando más tarde fueron movilizadas las tropas y reforzada la policía, el movimiento se desvió muy hábilmente hacia otros lugares apartados y fueron destruidas varias puertas, mientras la tropa, despistada por las señales de los cuernos de guerra que resonaban desde lo alto de todas las montañas, marchaba en dirección contraria. Por último, cuando ya las fuerzas de los soldados eran demasiado numerosas, los campesinos se dedicaron a pegar fuego, aquí y allá, e incluso hubo algunas tentativas de asesinato. Y, como ocurre siempre en tales casos, estos crímenes ya de cierta importancia marcaron el final del movimiento. Muchos de los encartados renegaron de él, unos por disconformidad y otros por miedo, y se restableció por sí misma la calma. El gobierno envió a aquellos lugares una comisión encargada de investigar el asunto y sus causas, y con ello terminó todo. Pero la miseria de los campesinos sigue en pie, y como, dadas las condiciones existentes de la sociedad, tenderá a aumentar, y no a decrecer, podemos estar seguros de que volverá a saltar la chispa y surgirán de nuevo los disturbios, tal vez más serios que las cómicas mascaradas que se conocieron con el nombre de "Rebekka".

Así como en Inglaterra tenemos ante nosotros, en sus resultados, el sistema de la explotación en gran escala y en el País de Gales el sistema de los pequeños arriendos, en *Irlanda* podemos apreciar las consecuencias a que conduce la parcelación de la tierra. La gran mayoría de la población irlandesa está formada por pequeños arrendatarios que sólo poseen, para guarecerse, una misérrima choza de barro sin compartimiento alguno interior y un pedazo de tierra para sembrar patatas y que a duras penas subviene a sus necesidades durante un invierno. La aguda competencia entre estos pequeños arrendatarios hace que las rentas sean elevadísimas, el doble, el triple y hasta el cuádruplo de las vigentes en Inglaterra. Cada jornalero agrícola trata de poder arrendar una minúscu-

la parcela y, a pesar de que la división de la tierra es ya muy grande, quedan todavía muchísimos jornaleros que no pueden satisfacer esa obsesionante aspiración. Aunque en la Gran Bretaña la superficie de cultivo es de 32 millones de yugadas inglesas y en Irlanda solamente de 14 millones y aunque en la Gran Bretaña la tierra arroja anualmente 150 millones de libras esterlinas de productos y en Irlanda solamente 36 millones, se da el caso de que en Irlanda haya 75 000 jornaleros agrícolas *más* que en la vecina isla.[g] Y esta extraordinaria desproporción indica cuán aguda tiene que ser en Irlanda la competencia en torno a la tierra, sobre todo si se tiene en cuenta que ya los jornaleros británicos padecen una penuria angustiosa. Y esta competencia se traduce, como es natural, en rentas de la tierra tan elevadas, que el arrendatario, en estas condiciones, no puede vivir mucho mejor que el propio jornalero. Estas gentes se albergan, en efecto, en chozas de barro pobrísimas, que apenas se prestarían para establos de ganado, y se alimentan durante el invierno a duras penas; exactamente y para emplear palabras tomadas del citado informe, cuentan durante 30 semanas al año con la cantidad suficiente de patatas para matar el hambre a medias y las 22 semanas restantes no tienen nada que comer. Cuando, en primavera, llega el momento en que sus reservas se agotan o en que las patatas son ya indeglutibles por haber empezado a germinar, la mujer se echa con los niños a mendigar, vagando por toda la comarca, con la tetera a la espalda, mientras el marido, después de terminar las labores de siembra, se dedica a buscar trabajo en el mismo país o en Inglaterra, para reintegrarse a su choza y a su familia al llegar la recolección de la patata. Tales son las condiciones en que viven las nueve décimas partes de la población campesina irlandesa. Son pobres como las ratas de las iglesias, visten los harapos más miserables y se hallan en el más bajo nivel de cultura que pueda haber en un país semicivilizado. Según los datos del citado informe, hay en una población de 8 millones y medio de almas 585 000 cabezas de familia condenadas con los que de ellos dependen a la total pobreza (*destitution*), y si recurrimos a otras fuentes, las utilizadas por el cherif Alison,[h] vemos que en Irlanda hay 2 300 000 seres humanos que no pueden vivir sin recurrir al subsidio público o privado; es decir, que el 27 por ciento de la población está formado por indigentes.

Las causas de esta pobreza son las condiciones sociales existentes y, principalmente, la competencia, que aquí se revela bajo otra forma: la parcelación de la tierra. Se han querido aducir otras causas, y así, se afirma, por ejemplo, que esta situación se debe a la posición que el arrendatario ocupa con respecto al dueño de la tierra, que traspasa grandes extensiones de tierra a arrendatarios, dedicados a su vez a traspasarlas a subarrendatarios de segundo o tercer grado, hasta el punto de que nos encontramos, no pocas veces, hasta con diez intermediarios entre el terrateniente y el cultivador propiamente dicho y se afirma, asimismo, que la culpable de tanta pobreza es la ley, verdaderamente escandalo-

[g] Informe de la Comisión de la Ley de Pobres para Irlanda. Legislatura parlamentaria de 1837. [h] *Principles of Population*, vol. II.

sa, según la cual el propietario de la tierra, si su arrendatario directo no le paga, tiene derecho a desalojar de la parcela a su verdadero cultivador, aun cuando éste haga efectiva la renta a quien la subarrendó. Pero todo esto explica solamente la *forma* que la miseria reviste. Si pudiéramos convertir a los pequeños arrendatarios en propietarios de la tierra, ¿cuáles serían los resultados? Que la mayoría de ellos, aunque ya no tuviera que pagar renta, no podría vivir de los productos de su parcela, y lo poco que hubiera podido lograrse con esta medida se iría a la trampa a la vuelta de pocos años, por el rápido e incesante incremento de la población. Quienes hubieran mejorado un poco de situación se verían enseguida cargados de hijos, condenados a morir en pocos años, víctimas de la miseria y el hambre. No faltan quienes digan que la culpa de todo es la descarada explotación del pueblo por los ingleses. Y lo es, ciertamente, de que la pobreza sobrevenga antes, pero no de que sobrevenga. O se acusa a la Iglesia anglicana, protestante, impuesta por la fuerza a la nación irlandesa; pero si distribuís entre la población irlandesa lo que esa iglesia retiene, veréis que no toca a más de unos cuantos chelines por cabeza. Por lo demás, el diezmo eclesiástico es un impuesto sobre la misma *propiedad territorial* y no sobre el arrendatario, aunque lo pague éste; y ahora, después de la llamada Ley de conmutación, aprobada en 1833, lo paga directamente el terrateniente, aumentando proporcionalmente la renta, lo que no mejora en nada la situación de aquél. Y así, por el estilo, se aducen cien causas más, tan poco convincentes todas ellas como las anteriores. Lo cierto es que la pobreza constituye una consecuencia inevitable de las instituciones sociales existentes y, fuera de ellas, podemos tratar de explicar las formas y modalidades que la pobreza reviste, pero no la causa de la pobreza misma. Ahora bien, si la pobreza, en Irlanda, se manifiesta precisamente así y no de otro modo, ello se debe al carácter nacional del pueblo irlandés y a su trayectoria histórica. Los irlandeses son, por su temperamento, un pueblo parecido a los pueblos latinos, a los franceses, y sobre todo a los italianos. Ya más arriba hemos tenido ocasión de referirnos, basándonos en textos de Carlyle, a los lados negativos de su carácter; oigamos ahora lo que dice a este propósito un irlandés, que tiene, por lo menos, un poco más de derecho a hablar de esto que un hombre como Carlyle, tan admirador de la raza germánica:

> "Los irlandeses son inquietos, pero al mismo tiempo indolentes; despiertos e indiscretos, nerviosos, impacientes e imprevisores; valientes por instinto, generosos, pero sin pararse a pensar mucho; ligeros de mano para castigar y devolver una ofensa, prontos a entablar amistades y a romperlas; pródigamente dotados de genio, pero escasos en discernimiento." [1]

En el irlandés se impone a toda costa el sentimiento pasional, al que se subordina siempre el raciocinio. Su temperamento sensitivo y exci-

[1] *The State of Ireland* ["El estado de Irlanda"], Londres, 1807, 2ª ed., 1821. Se trata de un folleto.

table no deja sitio a la reflexión ni a la conducta serena y perseverante; un pueblo así no se presta para la industria, tal y como ahora se ejerce. De ahí que vivan aferrados a la agricultura y, en ésta, incluso a su fase más baja. A base de las pequeñas parcelas, que aquí no han surgido artificialmente, como en Francia y junto al Rin, de la desintegración de las grandes fincas,[j] sino que han existido desde siempre, no podía pensarse en mejorar la tierra mediante una inversión de capital, razón por la cual, según los datos de Alison, harían falta 120 millones de libras esterlinas para elevar las tierras de Irlanda al mismo nivel de productividad, aunque no tan alto, como el que actualmente tienen las de Inglaterra. La inmigración inglesa, que habría podido levantar el nivel cultural del pueblo irlandés, se ha contentado con explotarlo brutalmente y, mientras que la inmigración irlandesa ha traído a Inglaterra un fermento de vida que habrá de dar sus frutos en el futuro, Irlanda, por su parte, nada tiene que agradecer a los inmigrantes ingleses.

Los intentos que la nación irlandesa hace por librarse de la postración en que se halla son, unas veces, los mismos hechos delictivos que se hallan a la orden del día, aquí, en los distritos agrícolas y que consisten casi siempre, sobre todo, con gran frecuencia, en el Sur y el Oeste de Irlanda, en matar al enemigo inmediato —a los instrumentos de los terratenientes o a sus sumisos servidores, los intrusos protestantes, los grandes arrendatarios que han logrado aglutinar sus fincas a base de los campos de patatas arrebatados a cientos de familias pobres, etc.—; y, otras veces, se hallan relacionados con la *Repeal-agitation*.[126] A la vista de lo que hemos expuesto, es evidente que el irlandés inculto no puede por menos de ver su más cercano enemigo en el inglés y de considerar como el progreso más inmediato a que puede aspirar la conquista de su independencia nacional. Pero no es menos evidente que ningún *Repeal* acabará con la miseria de este pueblo y sólo servirá para demostrar que la verdadera causa de la miseria de Irlanda, que hoy parece residir fuera del país, debe buscarse dentro de casa. No hay para qué pronunciarse aquí acerca de la cuestión de si, a pesar de ello, es necesario llegar realmente a la separación para que los irlandeses puedan convencerse de esto. Lo cierto es que, hasta ahora, ni el cartismo ni el socialismo han logrado hacer importantes avances en Irlanda.

Y, con esto, pongo fin a mis observaciones acerca de Irlanda, ya que la *Repeal-agitation* de 1843 y el proceso seguido a O'Connell han dado pie para que la miseria de Irlanda haya llegado con mayor claridad a conocimiento de los alemanes.

Hemos seguido, pues, la situación en que se halla el proletariado de las islas británicas a través de todas sus ramas de trabajo y en todas ellas hemos encontrado penuria, miseria y condiciones de vida absolutamente

j (*Ed. 1892.*) Esto es un error. La agricultura en pequeña escala era una forma predominante ya desde la Edad Media. Por tanto, las pequeñas explotaciones campesinas existían ya antes de la revolución. Lo único que ésta hizo fue cambiar el régimen de *propiedad* en cuanto a ellas, quitándosela a los señores feudales para transferirla, directa o indirectamente, a los campesinos.

inhumanas. Hemos visto cómo han ido germinando y creciendo en el proletariado el descontento y la rebeldía, cómo han ido desarrollándose y organizándose. Hemos asistido a las francas luchas, sangrientas o pacíficas, del proletariado contra la burguesía. Hemos investigado los principios por los que se guían la suerte, las esperanzas y los temores de los proletarios, y hemos llegado a la conclusión de que no hay razones para esperar que su situación mejore. Hemos tenido ocasión de observar, aquí o allá, el comportamiento de la burguesía con respecto al proletariado y hemos visto que los burgueses sólo piensan en ellos mismos, en su propio interés. Sin embargo, para no pecar de injustos, trataremos ahora de investigar un poco más en detalle el modo de comportarse de estos elementos.

# COMPORTAMIENTO DE LA BURGUESÍA HACIA EL PROLETARIADO

Al hablar aquí de la burguesía incluyo en ella a la llamada aristocracia, que sólo lo es y constituye una clase privilegiada con respecto a la burguesía, pero no en relación con el proletariado. Para el proletario, ambas clases son una sola, pues él ve en una y otra a los poseedores, es decir, a los burgueses. Ante el privilegio de la posesión desaparecen todos los demás. La diferencia está solamente en que el burgués propiamente dicho se enfrenta al proletariado industrial, y en parte al minero, y, como *arrendatario de tierras*, también al jornalero agrícola, mientras que el llamado aristócrata sólo entra en contacto con una parte de los proletarios que laboran en las minas y con los que trabajan en el campo.

No conozco una burguesía tan profundamente desmoralizada, tan irremediablemente corrompida por el egoísmo, tan carcomida en su interior y tan incapacitada para todo progreso como la burguesía inglesa, y al decir esto, me refiero sobre todo a la burguesía en sentido estricto, especialmente a la burguesía liberal, la que lucha por la abolición de las leyes cerealistas. Para ella, no existe en el mundo nada que no exista en aras de su dinero, incluyéndola a ella misma, que vive única y exclusivamente para amasar dinero, para la que solamente es sagrado aquello que conduce al rápido lucro y que no siente más dolor que el del dinero que deja de ganar.[k]

Ante tanta codicia y avaricia, es imposible que una sola idea humana aparezca limpia e inmaculada. No cabe duda de que los burgueses de Inglaterra son buenos maridos y padres de familia, que se hallan adornados por toda clase de virtudes personales, por así decirlo, y que en su trato personal se muestran tan decorosos y respetables como cualquier otro burgués; incluso en el comercio son más tratables que los alemanes, no regatean ni andan en trapicheos como nuestros burgueses de alma de tendero, pero ¿de qué sirve todo eso? En última instancia, lo importante para ellos, lo que decide, es su propio interés, y muy especialmente su afán por el dinero. Recuerdo que, en una ocasión, paseando por Manchester con uno de estos burgueses, le hablaba yo de lo malas e insalubres que son las construcciones de esta ciudad, del horroroso aspecto que presentan allí las barriadas obreras, y le dije que jamás había visto ciudad tan mal edificada. El hombre en cuestión me dejó hablar, lo oyó todo sin inmutarse y, al despedirse de mí, a la vuelta de una esquina, me dijo: *And yet, there is a great deal of money made here*, "y, sin embargo, se gana aquí muy buen dinero", y se despidió amablemente de mí. Al burgués inglés le tiene sin cuidado el que sus obreros pasen

k En su obra *Past and Present* ["Pasado y presente"] (Londres, 1843), traza Carlyle una imagen muy bella de lo que es la burguesía inglesa y de su asquerosa avaricia. Una parte de su narración ha sido traducida por mi en los "Anales Franco-Alemanes" y a ella me remito aquí.

hambre, con tal de que él gane dinero. Todo en la vida se mide para él por el dinero y lo que no deja dinero es pura necedad, algo poco práctico, puro idealismo. De ahí que la Economía política, tal como él la concibe, no sea otra cosa que la ciencia de hacer dinero, la ciencia favorita de estos judíos especuladores. La relación entre fabricante y obrero no es, para ellos, una relación humana, sino una relación puramente económica. El fabricante es "el capital", el obrero "el trabajo". Y si el obrero no se resigna a entrar en la horma de esta abstracción, si afirma que él no es "el trabajo", sino que es un ser humano, aunque posea, entre otras cosas, la capacidad de "trabajar", si se deja llevar de la creencia de que no tiene por qué resignarse a ser comprado y vendido en el mercado como "el trabajo", como una mercancía, el burgués abre los ojos como si viera visiones. No le cabe en la cabeza que pueda tratar con los obreros en otro plano que el de la compra y la venta, no acierta a ver en ellos personas, seres humanos, sino simplemente "*brazos*" (*hands*), nombre que a cada paso les lanza a la cara; no admite ni conoce entre unos hombres y otros, como dice Carlyle, más relación que la del *pago contante y sonante*. Incluso los vínculos que le unen a su esposa son solamente, en el noventa y nueve por ciento de los casos, relaciones monetarias.

La triste esclavitud en que el dinero mantiene al burgués se trasluce claramente en el mismo lenguaje de la burguesía. Es el dinero el que da valor al hombre; a cada paso oímos que tal o cual persona "vale" diez mil libras esterlinas: *he is worth ten thousands pounds*, lo que quiere decir que las posee. Quien tiene dinero es "respetable", figura en la "mejor clase de gentes" (*the better sort of people*), es "influyente" (*influential*) y lo que diga o haga será escuchado con respeto dentro del círculo en que se mueve. Este espíritu de chalaneo tiñe todo el lenguaje, todas las relaciones se expresan en fórmulas comerciales, se explican por medio de categorías económicas. Oferta y demanda, *supply and demand:* he ahí los conceptos a tenor de los cuales la lógica del inglés enjuicia toda la vida humana. De ahí la libre competencia en todos los órdenes de la vida, de ahí el régimen del *laissez-faire, laissez-aller*, que encontramos en la administración pública, en la medicina, en la educación y, no tardando, también se manifestará seguramente, en la religión, en la que va hundiéndose irremediablemente cada vez más la hegemonía de la Iglesia anglicana. La libre competencia no admite la menor traba ni limitación, rechaza la injerencia del Estado, pues el Estado pesa sobre ella como una carga y sólo podría desenvolverse en toda su perfección allí donde el Estado no existiera, donde cada cual pudiera explotar al otro a medida de sus deseos, como por ejemplo en la famosa "asociación" del amigo Stirner. Pero, como se da el caso de que la burguesía no puede prescindir del Estado, aunque sólo sea para tener a raya al proletariado, que le es igualmente imprescindible, se rebela contra él y procura alejarlo lo más posible.

Pero no se crea que el inglés "culto" hace abierta ostentación de este egoísmo. Por el contrario, procura ocultarlo bajo los cendales de la más

vil hipocresía. ¿Quién dice que los ricos ingleses no piensan en los pobres, ellos que pueden jactarse de haber fundado más asilos de beneficencia que ningún otro país del mundo? Sí, es verdad, asilos de beneficencia. ¡Como si se hiciera gran favor cuando, después de chuparle la sangre, se le manda, ya decrépito, a uno de estos asilos, simplemente para poder derramar sobre él la farisiaca unción caritativa de sus explotadores y presentarse ante el mundo como los poderosos bienhechores de la humanidad, devolviéndole al infeliz esquilmado la milésima parte de lo que antes le arrebató! Esta caridad hunde todavía más en el oprobio al infeliz, a quien se ha pisoteado y exige que el paria humillado, reducido a escoria de la sociedad, renuncie a lo último que le queda, a su derecho a ser tratado como un ser humano, obligándole a *mendigar la misericordia* para recibir un mendrugo, grabándole sobre la frente, con la limosna, el sello de la degradación. Pero, ¿para qué seguir hablando? Oigamos cómo se expresa la propia burguesía inglesa. No hace aún un año, leía yo en el *Manchester Guardian* la siguiente carta a la Redacción, publicada en las columnas de aquel periódico sin la menor explicación, como la cosa más natural y razonable del mundo:

Señor director:

Hace algún tiempo que tropezamos en las principales calles de nuestra ciudad con una muchedumbre de mendigos, que de un modo bastante molesto y no pocas veces con cierta insolencia, tratan de mover a nuestra compasión con sus ropas andrajosas y su traza de enfermos y exhibiendo con harta frecuencia sus asquerosas llagas y mutilaciones. Me parece que cuando uno paga su impuesto de beneficencia y contribuye además con largueza a los establecimientos de caridad, tiene derecho a que se le proteja de estos desagradables y desvergonzados espectáculos. ¿Y para qué pagamos, me pregunto, impuestos tan gravosos destinados al sostenimiento de la policía urbana si ésta no le protege a uno ni siquiera para que pueda pasearse tranquilamente por la ciudad o fuera de ella? Espero que la publicación de estas líneas en un periódico tan leído como el suyo hará que las autoridades tomen las medidas necesarias para acabar con esta molestia (*nuisance*) y quedo suya, segura servidora.

*Una dama.*

Ahí tenéis. Resulta que la burguesía inglesa es caritativa por egoísmo, no da nada de balde, considera sus donativos como una buena inversión, *negocia* con los pobres y dice: ¡si gasto tanto o cuánto en atenciones de caridad, *compro con ello el derecho* a no seguir siendo molestado y vosotros, los pobres, contraéis la obligación de encerraros en vuestros tenebrosos tugurios y no alterar con la exhibición de vuestras lacerías mis delicados nervios! ¡Si queréis dejaros llevar de la desesperación, hacedlo, pero donde nadie os vea, pues he comprado ese derecho con mi donación de 20 libras para un hospital de caridad! ¡Oh, la infame caridad del burgués cristiano! Y así escribe "*una dama*", ¡sí, señor, una dama, y por cierto que ha hecho bien en firmarse así, pues afortunadamente no ha tenido el valor de llamarse una *mujer*! Si las "damas" son así, imaginémonos cómo serán los "caballeros". Se dirá

que se trata de un solo caso, que no hace regla. Pero, no; la carta que hemos transcrito expresa fielmente los sentimientos de la gran mayoría de los burgueses de Inglaterra; de otro modo, no le habría dado cabida en sus columnas la Redacción o la habría acompañado, por lo menos, de alguna nota explicativa, que en vano he buscado en los números siguientes del periódico. Por lo que se refiere a la eficacia de la caridad, el mismo canónigo *Parkinson* nos dice que los indigentes reciben más ayuda de los otros menesterosos que de los ricos; y una ayuda así, venida de un pobre proletario, que conoce a lo que sabe el hambre y para el que reperesenta un sacrificio tan grande el compartir con otro su bocado de pan, aunque lo haga con alegría, una ayuda así, tiene una significación bastante distinta que la limosna del burgués harto, lanzada como a un perro.

También en otros terrenos se jacta hipócritamente la burguesía de sus ilimitados sentimientos de humanidad, pero sólo cuando ello conviene a su propio interés. Es lo que vemos en su política y en su Economía política. Cinco años lleva ya dándole vueltas al asunto, tratando de hacer creer a los trabajadores que si desea acabar con las leyes cerealistas es solamente en interés de los proletarios. Pero el verdadero meollo de esta cuestión es algo muy distinto. Las leyes sobre el trigo, que en Inglaterra mantienen el precio del pan más alto que en otros países, contribuyen también, con ello, a elevar los salarios y entorpecen así al fabricante la competencia con otros países, en los que el precio del pan, y por tanto los salarios, son más bajos. Si desaparecieran las leyes sobre el trigo, bajaría el precio del pan y los salarios se equipararían a los de los otros países civilizados de Europa, cosa que fácilmente podrá comprender quien conozca los principios más arriba expuestos, por los que el salario se regula. En estas condiciones, el fabricante podría competir mejor, crecería la demanda de mercancías inglesas, y, con ella, aumentaría también la demanda de trabajadores. Es cierto que, al aumentar la demanda, subirían también algo los salarios y encontrarían trabajo los obreros parados. Pero, ¿cuánto tiempo duraría esto? La "población sobrante" de Inglaterra, y sobre todo la de Irlanda, bastaría para abastecer de mano de obra a la industria inglesa, aunque ésta se duplicara; en pocos años, veríamos que el pequeño beneficio que representaría la abolición de las leyes sobre el trigo quedaba nivelado; se produciría una nueva crisis y volveríamos a estar otra vez igual que antes, mientras que el pequeño estímulo dado a la industria aceleraría, a su vez, el aumento de la población.

Todo esto lo han sabido ver muy bien los proletarios y una y cien veces se lo han dicho a la burguesía. A pesar de lo cual la raza de los fabricantes, que sólo piensa en el beneficio *inmediato* que podría acarrearle la derogación de las leyes cerealistas, que es lo bastante obtusa para no ver que esta medida no le reportaría ninguna ventaja *permanente*, ya que la competencia de los fabricantes entre sí haría que las ganancias de cada uno de ellos volvieran a descender enseguida al nivel anterior, sigue gritando a los trabajadores, año tras año, que todo es en

beneficio de ellos y que si los ricos del partido liberal derraman todos los años cientos y miles de libras esterlinas en la caja de la Liga Anticerealista lo hacen sola y exclusivamente para favorecer a los millones de gentes hambrientas, cuando todo el mundo sabe que ponen de cabo la salchicha, como suele decirse, para aprovecharse del jamón, que están seguros de que solamente en unos cuantos años después de ser derogadas estas leyes, decuplicarían y centuplicarían lo invertido.

Pero los obreros —sobre todo desde las lecciones de la insurrección de 1842—, ya no se dejan embaucar por la burguesía. Exigen de cuantos dicen sacrificarse por el bien de ellos que prueben la autenticidad de sus intenciones declarándose en favor de la Carta del Pueblo, con lo cual protestan contra todo lo que sean ayudas ajenas, ya que en dicha Carta sólo exigen un *poder*, el de *ayudarse a sí mismos*. Y a quien no lo hace le declaran la guerra con entera razón, ya sea enemigo franco o encubierto.

Por lo demás, la Liga Anticerealista ha recurrido, para tratar de engañar a los obreros, a las mentiras y los ardides más despreciables. Ha tratado de hacerles creer que el precio en dinero del trabajo se halla en relación inversa al precio del trigo, que los salarios suben cuando el trigo baja de precio, y viceversa, tesis que se han esforzado en demostrar con los más ridículos argumentos y que resulta de por sí más grotesca que cualquiera de las afirmaciones que hayamos podido oír de labios de un economista. Y, cuando esto no cuaja, se promete a los obreros la dicha completa mediante el aumento de la demanda en el mercado de trabajo, y hasta han tenido el cinismo de pasear por las calles para convencer a los trabajadores con esta trampa, dos modelos de panes de distinto tamaño, el mayor de los cuales ostentaba esta estiqueta: *Pan americano de ocho peniques, salario 4 chelines diarios*, mientras que sobre el más pequeño se había puesto este otro cartel: *Pan inglés de ocho peniques, salario 2 chelines diarios*. Pero los obreros no se han dejado embaucar. Conocen demasiado bien a quienes dicen que les dan el pan.

Quien desee convencerse de la falsedad de estas bellas promesas, no tiene más que fijarse en la práctica. A lo largo de nuestra exposición, hemos observado cómo la burguesía explota en beneficio suyo al proletariado de todos los modos posibles. Pero, hasta ahora sólo hemos visto explotar al proletariado a cada burgués por separado y por su propia iniciativa. Pasemos a examinar ahora las situaciones en que la burguesía actúa contra el proletariado en bloque, como una fuerza homogénea; más aún, como el poder del Estado.

En primer lugar, es evidente que la legislación toda se propone proteger al poseedor contra el desposeído. Si las leyes son necesarias es sencillamente porque existen los que nada poseen; es cierto que esto sólo se pone de manifiesto directamente en algunas leyes, por ejemplo, en las leyes contra los vagos y vagabundos, en las que se declara al proletariado como tal fuera de la ley, pero la enemiga contra el proletariado es algo tan consustancial a la ley, que los jueces, sobre todo los jueces

de paz, que son personalmente burgueses y con los que más en contacto se halla el proletariado, encuentran por sí mismos este sentido que se inspira en la ley. Cuando tiene que comparecer ante la justicia un rico o es invitado a declarar ante ella, el juez empieza excusándose de tener que molestarle, le da vueltas y más vueltas a la cosa para que el rico salga bien parado y, cuando se ve obligado a condenarlo, le ofrece nuevas explicaciones, le presenta excusas, etc., después de lo cual se limita, por lo general, a ponerle una pequeña multa en dinero, que el burgués arroja con desprecio sobre la mesa, y se larga. En cambio, cuando un pobre diablo tiene que comparecer ante el juez de paz lo hace después de haber pasado la noche anterior encerrado en la prisión preventiva, mezclado con un montón de presos y lo primero que hace el juez es declararlo culpable, dando de lado a su defensa con palabras increpatorias por el estilo de éstas: "¡Oh, ya conocemos esos subterfugios!", para condenarlo enseguida a una multa que el reo no puede pagar y que se ve obligado a purgar con uno o varios meses de cárcel. Si no es posible probarle nada, se le declara pillo o vagabundo (*a rogue and a vagabond*, términos que casi siempre van juntos) y se le envía de todos modos a galeras. La parcialidad de los jueces de paz, sobre todo en el campo, sobrepasa a cuanto pueda uno imaginarse y está tan a la orden del día, que los periódicos relatan tranquilamente y sin comentario los casos más usuales y menos escandalosos. Y así tiene que ser, necesariamente. De una parte, porque estos señores interpretan la ley sencillamente ateniéndose al sentido que en ella impera y, en segundo lugar, porque también ellos son burgueses, que por encima de todo ven en el interés de la clase a que pertenecen el pilar fundamental de la sociedad. Y lo mismo que los jueces de paz se comporta la policía. El burgués puede hacer cuanto se le antoje, seguro de que el servidor de la policía se comportará siempre con él cortés y respetuoso y se atendrá estrictamente a la ley; en cambio, al proletario se le trata grosera y brutalmente, pues su pobreza hace recaer sobre él la *sospecha* de los peores crímenes y le cierra desde el primer momento las puertas de las vías legales contra las arbitrariedades del poderoso; por consiguiente, para él no existen las garantías de la ley, la policía puede irrumpir en su hogar sin miramiento alguno, detenerlo y maltratarlo, y sólo alguna que otra vez, cuando por ejemplo un sindicato obrero como el de los mineros contrata los servicios de un abogado de los arrestos de Roberts, se pone de manifiesto hasta qué punto el amparo de la ley no rige con el proletario y con cuánta frecuencia tienen los obreros que soportar todos los embates de la ley sin disfrutar de ninguno de sus beneficios.

Todavía es hoy el día en que la clase poseedora tiene que librar en el parlamento reñidas batallas, desafiando los sentimientos de quienes aún no se dejan llevar enteramente de su egoísmo, para sojuzgar más y más al proletariado. Vemos cómo se cierran al público y se destinan a la edificación más y más prados comunes, con lo que probablemente saldrá ganando la cultura, pero a costa del proletariado. En aquellos campos colectivos podía el pobre apacentar un asno, un cerdo o algunos

gansos, los niños y los muchachos tenían un lugar en que poder jugar y moverse al aire libre; pero esto va siendo cada vez menos frecuente; los pobres ganan cada vez menos, y los jóvenes, privados de sus lugares habituales de juegos, van a matar el tiempo en la taberna. En cada legislatura vemos al parlamento emplear sesiones y más sesiones en aprobar acuerdos sustrayendo al uso colectivo plazas y campos. Cuando el gobierno, en la legislatura de 1844, se decidió a obligar a las compañías ferroviarias beneficiarias del monopolio de los transportes a que permitieran a los obreros viajar en sus trenes cobrándoles por el boleto un precio adecuado a sus posibilidades (un penique por cada milla recorrida), y ordenando que funcionara para estos fines un tren diario de tercera clase, al "venerable Padre en Dios nuestro Señor", el obispo de Londres, se le ocurrió proponer que se exceptuara de esta medida el domingo, es decir, precisamente el único día en que los obreros *pueden* viajar, lo que equivalía a disponer que los domingos sólo pudieran viajar los ricos, pero no los pobres. La propuesta resultaba a más no poder demasiado grotesca e injusta como para que pudiera imponerse y finalmente no se tuvo en cuenta.

No dispongo de espacio para enumerar los muchos ataques solapados contra los intereses de los proletarios que se perpetran ni siquiera en una sola legislatura. Expondré solamente uno, ocurrido también en la de 1844. Un oscuro miembro del parlamento llamado Miles propuso una ley para reglamentar las relaciones entre patronos y obreros, que a primera vista parecía bastante rutinaria. El gobierno hizo suya la propuesta y ésta pasó al dictamen de una comisión. Entre tanto, estalló la huelga de los mineros en el Norte de Inglaterra y Roberts emprendió sus cruzadas triunfales a lo largo del país, con sus obreros absueltos. Al salir de la comisión parlamentaria la propuesta de ley de Miles, se descubrió que habían incorporado a ella algunas cláusulas despóticas en el más alto grado, especialmente una en que se facultaba al patrono para llevar ante cualquier (*any*) juez de paz y solicitar la pena de cárcel y trabajos forzados hasta el término de tres meses a todo obrero que verbalmente o por escrito hubiese contratado con él cualquier trabajo, aunque sólo se tratara de un servicio eventual sin importancia, caso de que el trabajador se negara a prestarlo o incurriera en *cualquier otro comportamiento incorrecto* (*misbehavior*), sin más prueba que la declaración jurada del patrono o de su agente y capataz; es decir, bajo juramento del propio denunciante. Esta propuesta de ley enfureció a los obreros, tanto más cuanto que el parlamento estaba discutiendo por aquellos mismos días el proyecto de ley sobre la jornada de Diez horas, que tenía muy agitados los ánimos. Los mítines se sucedían unos a otros y llovían, dirigidos al defensor del proletariado en el parlamento, Thomas Duncombe, centenares de mensajes obreros. Duncombe fue, con Ferrand, miembro de la "Joven Inglaterra", el único diputado que se opuso enérgicamente a la ley de Miles, pero cuando los demás radicales vieron que el pueblo se manifestaba en contra de ella, salieron uno tras otro de su escondite y se pusieron al lado del defensor de los tra-

bajadores. Y como tampoco la burguesía liberal se atrevía a desafiar la furia de los obreros, declarándose en favor de la ley y, en realidad, nadie se interesaba por ella lo bastante para desafiar las iras del pueblo, aquel aborto de ley fracasó ruidosamente.

Pero la más descarada declaración de guerra de la burguesía contra el proletariado es la *teoría maltusiana de la población* y la nueva *Ley de Pobres* nacida de ella. De la teoría maltusiana se ha hablado ya mucho. Digamos brevemente en qué consiste. Según esta teoría, la tierra está superpoblada, lo que conduce necesariamente a la escasez, la pobreza, la miseria y la inmoralidad. Malthus sostiene que la humanidad está condenada por la maldición del cielo a existir en número excesivo y, por ello mismo, dividida en diversas clases de hombres, de los cuales unos son más o menos ricos, cultos y morales y los otros más o menos pobres, ignorantes y depravados. De donde se sigue, para los efectos prácticos —y el propio Malthus se encarga de sacar estas conclusiones —que la caridad y la beneficencia son, en rigor, un mal, puesto que sólo sirven para mantener la existencia de una población sobrante, cuya competencia gravita sobre los salarios, e incitar a su crecimiento; y que las instituciones de beneficencia destinadas a dar trabajo a los pobres son igualmente perniciosas, ya que, no pudiendo consumirse más que una determinada cantidad de productos del trabajo, por cada obrero sin pan a quien se da empleo se condena al hambre a otro trabajador anteriormente en activo, lo que hace que la industria privada salga perjudicada por culpa de la industria de la beneficencia; razón por la cual hay que tender, no a alimentar a la población sobrante, sino a impedir en lo posible que crezca, evitándolo por todos los medios.

Malthus, con palabras secas y crudas, declara que es disparatado predicar el derecho de todos los hombres que viven en el mundo a disponer de medio de existencia. Y cita las palabras de un poeta: el pobre acude a la mesa del festín de la naturaleza y no encuentra ningún lugar vacante; la naturaleza —añade él, por su cuenta— le ordena desaparecer (*she bids him to be gone*), "pues no se le ha ocurrido preguntarle antes de nacer si quiere ofrecerle un sitio".

Esta teoría es hoy el libro de cabecera de todo auténtico burgués, en Inglaterra. Y es natural que así sea, ya que le ofrece una magnífica poltrona en qué echarse a dormir, y bien miradas las cosas, no cabe duda de que hay en dicha teoría mucho de certero, dentro de la sociedad actual. Si no se trata, pues, de hacer que la "población sobrante" sirva para algo, de convertirla en una población *útil*, sino simplemente de matar de hambre a la gente del modo más fácil, impidiéndole al mismo tiempo traer al mundo demasiados hijos, la cosa no tiene, por supuesto, mayor importancia, siempre y cuando que dicha población superflua comprenda su propia superfluidad y se avenga de buena gana a morir de inanición. Pero, hasta ahora y pese a los denodados esfuerzos de la tan humanitaria burguesía, no parece que los obreros se resignen a semejante perspectiva. Lejos de ello, a los proletarios se les ha metido en la cabeza la manía de pensar que la población necesaria son precisa-

mente ellos, con sus diligentes manos, y los ricos, los señores capitalistas, que no hacen nada, quienes salen sobrando.

Pero, como los ricos tienen todavía el poder en sus manos, los proletarios deben avenirse a que, aunque ellos mismos no lo comprendan así de buen grado, la ley los considere como la población realmente supérflua. La antigua Ley de Pobres, basada en una ordenanza del año 1601 (43rd of Elizabeth)[l] aún partía candorosamente del principio de que era deber de la comunidad velar por el sustento de los pobres. Quien carecía de trabajo gozaba de un subsidio y el pobre consideraba a la comunidad, como era de justicia, obligada a protegerle contra el hambre. Los pobres exigían su subsidio semanal como un derecho, y no como una limosna, lo que a la postre acabó haciéndosele demasiado gravoso a la burguesía. En 1833, al subir ésta al poder con la Ley de Reformas, precisamente por los años en que el pauperismo hacía estragos en los distritos rurales, abordó inmediatamente la derogación de la Ley de Pobres desde su propio punto de vista. Fue designada una comisión encargada de investigar la aplicación de dicha ley, y la investigación puso de manifiesto una serie de abusos. Se descubrió que toda la clase obrera del campo se hallaba en las garras del pauperismo y se mantenía en todo o en parte de los fondos destinados al sostenimiento de los pobres, de los que salían también los subsidios destinados a los menesterosos, cuando no les alcanzaba el salario; y se llegó a la conclusión de que este sistema, dirigido a subsidiar a los obreros sin trabajo, y ayudar a los trabajadores mal pagados y a las familias numerosas, obligando a los padres de los hijos ilegítimos a pagar alimentos y reconociendo en general que la pobreza reclamaba protección, arruinaba al país, por lo que

> "representaba un obstáculo para la industria, una recompensa para los matrimonios irreflexivos y un estímulo para el crecimiento de la población, y propiciaba, además, la presión de una población superflua sobre los salarios; que era una institución nacional que sólo servía para desanimar a las gentes laboriosas y honradas y premiar a los indolentes, los viciosos y los atolondrados; que destruía los lazos familiares, entorpecía sistemáticamente la acumulación de capitales, socavaba el capital existente y arruinaba al contribuyente; y que, además de todo esto, concedía con los alimentos una prima a los hijos ilegítimos." (Palabras del dictamen de los comisionados de la Ley de Pobres.)[m]

Esta exposición de los resultados a que conducía la antigua Ley de Pobres es, en general, bastante exacta; los subsidios favorecen la indolencia y multiplican la población "sobrante". Bajo las condiciones sociales de hoy, es evidente que el pobre se ve obligado a ser egoísta y, si se le da a escoger y puede vivir lo mismo, prefiere hacerlo sin trabajar. Pero de ello sólo se sigue, lógicamente, que las actuales condiciones sociales no sirven, y no que la pobreza —como razonan los comisionados

l (Año 43º del reinado de Isabel.) m *Extracts from Information received by Poor-Commissioners Published by Authority* ["Extractos del dictamen recibido por los comisionados de la Ley de Pobres. Publicación oficial"]. Londres, 1833.

maltusianos— sea un crimen, al que deba aplicarse la teoría de la intimidación.

Pero estos sabios maltusianos estaban tan firmemente convencidos de la infalibilidad de su teoría, que no tuvieron el menor reparo en arrojar a los pobres al lecho de Procusto de sus opiniones y tratarlos, ateniéndose a ellas, con la mayor dureza. Convencidos, con Malthus y los demás secuaces de la libre competencia, de que lo mejor es que cada cual se cuide de sí mismo, aplicando consecuentemente el principio del *laissez-faire*, nada les habría gustado tanto como suprimir de raíz la Ley de Pobres. Pero, como no tenían el valor ni la autoridad necesarios para hacerlo, propusieron para sustituirla el texto de ley más maltusiano que se les ocurrió y que es todavía más bárbaro que el *laissez-faire*, pues interviene activamente donde éste mantiene una actitud puramente pasiva. Ya veíamos cómo Malthus, bajo el nombre de superfluidad, declara la pobreza, o mejor dicho la carencia de pan, como un crimen, que la sociedad debe castigar con la muerte por hambre. Hay que decir que los señores encargados de dictaminar sobre la Ley de Pobres no llegaron a este extremo de barbarie, pues la muerte por hambre franca y desembarazada tiene algo de espantoso, incluso para un comisionado de la Ley de Pobres. Bien, dijeron, vosotros, los pobres, tenéis derecho a existir, pero *solamente* a eso; a lo que no tenéis derecho es a multiplicaros y tampoco a *existir humanamente*. Representáis una plaga para el país, y si no podemos exterminaros implacablemente como a otra plaga nacional cualquiera, debéis daros cuenta de que sois un azote público y manteneros, por lo menos, a raya, absteniéndoos de producir otros "excesos de población", ya sea directamente o bien mediante la tentación a la indolencia y la penuria. Podéis seguir viviendo, pero sólo para ejemplo y escarmiento de cuantos puedan dar pie a que se les considere también como sobrantes.

Inspirados en estos principios, propusieron el texto de la nueva Ley de Pobres, aprobada en 1834 por el parlamento y que sigue rigiendo hasta hoy. Ha sido suprimido todo subsidio, tanto en dinero como en víveres; la única ayuda prestada a los indigentes es la reclusión en las casas de trabajo que inmediatamente se levantaron por todas partes. La organización e instalación de estas casas de trabajo (*workhouses*) o las bastillas de la Ley de Pobres (*poor-law bastiles*), como el pueblo las ha bautizado, es algo tan horrible que no puede por menos de atemorizar a quien, por muy privado de recursos que se vea, tenga todavía alguna posibilidad de salir adelante sin recurrir a este tipo de caridad pública. Con objeto de que sólo se acuda a los fondos de beneficencia en los casos más extremos y de apelar en el más alto grado al esfuerzo propio de cada cual, se hace de la casa de trabajo el antro más repelente que el talento refinado de un maltusiano haya podido inventar. La comida es peor que la que pueda servirse en la mesa del obrero más menesteroso, pero a cambio de ello el trabajo resulta insoportable; de otro modo, estos infelices preferirían la estancia en una casa de indigentes a su triste existencia fuera de ella. Rara vez se come en estos establecimien-

tos carne, y mucho menos fresca; casi todo el alimento consiste en patatas, en pan de mala calidad y en papilla de avena, y para beber exclusivamente agua. Incluso el rancho de la cárcel es generalmente mejor, y se explica que los moradores de estos tugurios se vean tentados con frecuencia a cometer cualquier delito para que los manden a prisión. Aunque, en realidad, también las llamadas Casas del Trabajo son cárceles; quien no rinde la cantidad de trabajo asignada no recibe comida, y para poder salir a la calle hay que pedir permiso, el cual puede serle denegado con arreglo a su conducta o a la opinión que de ella se forme el inspector. Está prohibido el uso del tabaco y los alojados o, por mejor decir, recluidos en estas cárceles, no pueden recibir regalos de sus amigos o parientes en el exterior; los moradores están obligados a vestir el uniforme reglamentario y se hallan expuestos a cada paso a las arbitrariedades de los inspectores. Para que su trabajo no compita con el de la industria privada, se les ocupa generalmente en faenas más o menos inútiles; los hombres pican piedra, "tanta como un hombre vigoroso pueda despedazar, trabajando duro, en un día"; las mujeres, los niños y los ancianos deshilachan cuerdas de barcos viejas, ignoro con qué objeto. Para que estos seres "superfluos" no se multipliquen o los padres "desmoralizados" no influyan sobre sus hijos, se separa a las familias; el marido vive en un ala del establecimiento, la mujer en otra, los hijos separados de sus padres, y sólo pueden verse en momentos fijos, muy contados, y siempre y cuando, además, que se porten bien, a juicio de los funcionarios encargados de su vigilancia. Por último, para que las miasmas del pauperismo no contagien al mundo de fuera, sólo se autoriza a los asilados a recibir visitas en el locutorio, y para poder salir con gentes de fuera del establecimiento tienen que ser acompañados por vigilantes.

La ley dice, es verdad, que la alimentación, en estos lugares, debe ser sana y el trato humano. Pero el espíritu de la ley es demasiado patente para que tales postulados se cumplan. Los comisionados de la Ley de Pobres y con ellos toda la burguesía inglesa están en un error si creen que es posible implantar un principio sin aceptar sus obligadas consecuencias. El trato ordenado por la letra de la nueva ley se halla en contradicción con todo el espíritu en que ésta se inspira; si la ley, en rigor, concibe las Casas de Pobres como establecimientos penitenciarios y a quienes en ellas moran como a gentes proscritas, como la hez de la humanidad, objeto de asco y repulsión, de nada servirá que sus preceptos ordenen otra cosa. Prácticamente, es el espíritu de la ley y no su letra lo que prevalece en el trato dado a los pobres. Pondremos unos cuantos ejemplos.

En la Casa de Trabajo de *Greenwich*, durante el verano de 1843, se castigó a un niño de cinco años encerrándolo tres noches seguidas en la capilla funeraria y obligándolo a dormir encima de la tapa de un féretro. El mismo castigo se aplicó, en *Herne*, a una niña pequeña que por las noches se orinaba en la cama; parece que se trata, en general, de un tipo de castigo bastante usual en estos establecimientos. Esta Casa

de Trabajo, enclavada en una de las comarcas más hermosas del condado de Kent, se caracteriza también por el hecho de que, en ella, todas las ventanas dan al interior, al patio, y solamente dos de ellas, abiertas posteriormente, permiten a los moradores contemplar el paisaje. El escritor que cuenta esto en la *Illuminated Magazine* ["Revista Ilustrada"], termina su relato con las siguientes palabras:

"¡Ay de los hijos de Adán si Dios reserva a los hombres por sus crímenes el mismo castigo que los hombres infligen a los hombres por la pobreza!"

En noviembre de 1843 murió en Leicester un hombre que dos días antes había salido de la Casa de Trabajo de *Coventry*. Los detalles que se conocen acerca del trato infligido a los pobres en este establecimiento son en verdad horripilantes. El hombre del que hablamos, llamado George Robson, tenía una herida en el hombro, que nadie se había ocupado de curar; se le puso al cuidado de la bomba de achicar agua, para que la moviera con el brazo sano; se le daba el rancho obligado para todos, que el desventurado no podía digerir, pues la infección producida por su herida sin curar le tenía postrado; cuanto más se quejaba, más brutalmente era tratado. Un día en que su mujer, recluida como él, quiso llevar al enfermo un poco de cerveza, fue insultada y tuvo que bebérsela sin dejar nada, en presencia de la celadora. El hombre, ya seriamente enfermo, seguía sin recibir asistencia médica. Hasta que, por último y a instancia suya, fue expulsado de allí, entre insultos e injurias. Dos días más tarde, fallecía en Leicester, y los médicos, después de la autopsia, dictaminaron que había muerto por no habérsele curado la herida y como consecuencia de una alimentación que el enfermo no podía digerir. Al expulsarle, le fueron entregadas varias cartas que se habían recibido para él con dinero, y que habían sido retenidas seis semanas, después de haber sido abiertas por un vigilante, a tono con las normas del establecimiento.

En la casa de trabajo de *Birmingham* ocurrían cosas tan escandalosas, que, por fin, en diciembre de 1843, se decidió enviar allí a un funcionario encargado de investigar. Descubrió que cuatro *trampers* [n] (ya hemos explicado antes lo que esta palabra significa) habían sido encerrados durante 8 o 10 días, desundos, en un sotabanco (*block-hole*) situado debajo de la escalera, privados de alimentos y en la estación más cruda del año. A un muchacho se le había hecho recorrer todos los lugares penitenciarios del establecimiento, encerrándolo primero en un desván estrecho y húmedo, mandándolo luego dos veces a una especie de cuarto oscuro, la primera de ellas durante tres días y tres noches y después, por el mismo espacio de tiempo, a otro encierro todavía más inhóspito, y por último al calabozo, un cuartucho sucio y maloliente con camastros inmundos, donde el inspector encargado de hacer las averiguaciones encontró, además, a otros dos muchachos andrajosos y ateridos de frío, que llevaban ya cuatro días encerrados en aquella pocilga.

[n] Vagabundos.

En algunas de las celdas de castigo se amontonaban muchas veces hasta siete reclusos, y en el calabozo solían hacinarse hasta veinte *trampers*. También debían someterse a castigos las mujeres que se negaban a ir a la iglesia, y una de ellas pasó cuatro días encerrada en el calabozo, mezclada con Dios sabe qué compañía, y todo ello encontrándose enferma y teniendo que medicarse. A otra mujer se la había enviado, como castigo, al manicomio, a pesar de que estaba en su sano juicio.

En la Casa de Trabajo de *Bacton*, en Suffolk, se hizo en enero de 1844 una investigación parecida, de la que resultó que una mujer loca había sido empleada allí como enfermera y hacía las mayores barbaridades con los enfermos; a los pacientes que por las noches se agitaban o se echaban fuera de la cama se les ataba a ella con cuerdas, para que las enfermeras no tuvieran que velar; uno de los enfermos fue encontrado muerto, atado a la cama.

En el asilo de pobres de *San Pancracio*, en Londres, donde los asilados cortaban y cosían camisas baratas, un epiléptico se asfixió durante un ataque, sin que nadie acudiese en su ayuda. En el mismo asilo, dormían cuatro, seis y a veces hasta ocho niños en una sola cama.

En la Casa de Trabajo de *Bethnal Green*, de Londres, fue encerrada en una sala de recibo una mujer embarazada de seis meses con un niño de dos años, desde el 28 de febrero hasta el 20 de marzo de 1844, sin que se le diera entrada en el establecimiento. De camas y de lugares sanitarios para satisfacer las más elementales necesidades, ni hablar. Cuando un marido, trasladado a la misma casa, pidió que se sacase a su mujer del encierro, se le castigó por aquella insolencia a veinticuatro horas de arresto a pan y agua.

En la casa de trabajo de *Slough*, cerca de Windsor, yacía en septiembre de 1844 un hombre moribundo; su mujer se presentó en la ciudad después de un largo viaje, para visitarlo; llegó a las doce de la noche y corrió al establecimiento, sin ser recibida; no se le autorizó a verlo hasta la mañana siguiente, y solamente por media hora y en presencia de la vigilante, quien no se despegaba de ella en cada una de las siguientes visitas, para ordenarle que se marchara en cuanto transcurría la media hora prescrita.

En la Casa de Trabajo de *Middleton*, en Lancashire, doce y hasta dieciocho indigentes de ambos sexos dormían en un solo cuarto. Este establecimiento no se rige por la nueva Ley de Pobres, sino por otra de fecha anterior y de régimen excepcional (el Gilbert's Act). El inspector había montado en él, por su cuenta, una instalación para fabricar cerveza.

En *Stockport*, el 31 de julio de 1844, fue arrojado a empellones un anciano de 72 años, por negarse a picar piedra, alegando que no podía ejecutar aquellas faenas por su edad y por tener una pierna anquilosada. En vano suplicó que se le asignara otro trabajo más adecuado a su estado físico; se le condenó a catorce días de trabajos forzados en el molino.

En la Casa de Trabajo de *Basford*, un funcionario investigador descubrió, en febrero de 1844, que las sábanas de las camas sólo se cambiaban

cada trece semanas, las camisas de los asilados cada cuatro y que los calcetines y medias se usaban sin lavar dos meses seguidos y, a veces, hasta diez, por lo que de los cuarenta y cinco muchachos recluidos solamente tres llevaban medias y todas las camisas estaban rotas. Las camas pululaban de insectos y los manteles de las mesas del comedor se lavaban en los orinales.

En el asilo de pobres del *Oeste de Londres* había un portero sifilítico que había contagiado su enfermedad a cuatro muchachas, sin que por ello fuese despedido; otro portero sacó del dormitorio a una muchacha sordomuda, la ocultó durante cuatro días en su cama y se acostó con ella. Tampoco contra él se tomó ninguna medida.

Y en la muerte, como en la vida. A los pobres se les entierra sin la menor consideración, como a ganado. El cementerio de pobres de *St. Bride*, en Londres, es un triste lodazal, empleado como lugar de enterramiento desde los tiempos de Carlos II y donde por todas partes se ven montones de huesos; cada miércoles acuden los enterradores para arrojar los cadáveres de los indigentes a una fosa común de catorce pies de profundidad; el cura recita aprisa y corriendo sus oraciones; la fosa es removida ligeramente para volver a abrirla al miércoles siguiente, y así todas las semanas, hasta que ya no cabe un solo cuerpo más. El hedor a descomposición apesta toda la vecindad. En *Manchester*, el cementerio de pobres de la ciudad vieja se halla al otro lado del Irk y es también un lugar desolado y repelente. Hace como dos años, se construyó allí un tramo de ferrocarril. Si hubiera sido un cementerio respetable, la burguesía y el clero habrían puesto el grito en el cielo, clamando en contra de la profanación. Pero, como se trataba de un pudridero para indigentes y gentes superfluas, nadie le dio importancia a la cosa. La empresa ni siquiera se tomó el trabajo de trasladar al otro lado del cementerio, fuera del lugar de las obras, los cadáveres todavía no descompuestos; se revolvió la tierra sin el menor miramiento, plantando estacas en las fosas recién abiertas y viendo sin inmutarse como el agua impregnada de materias orgánicas en descomposición brotaba por todas partes y cómo todos los contornos del viejo cementerio se llenaban de gases apestosos y dañinos. Pero, ¿a qué seguir pintando en sus detalles la repugnante brutalidad de este espectáculo?

¿Puede, en estas condiciones, extrañarle a nadie que los pobres sigan negándose a aceptar la caridad pública, que prefieran morirse de hambre antes que ser encerrados en estas inmundas cárceles? Conozco cinco casos de personas que optaron por morir, literalmente, de inanición, ya cuando tenían la muerte encima y las autoridades de beneficencia se vieron obligadas a ofrecerles un subsidio fuera del asilo, en vista de que preferían morir a verse sepultadas en aquel infierno.

Podemos decir que, en este sentido, los comisionados de la Ley de Pobres cumplieron realmente con su cometido. Pero, al mismo tiempo, hay que afirmar que los asilos para pobres han servido también para avivar la rabia y el odio de la clase obrera en contra de sus explotadores, que en su mayoría son entusiastas de estos establecimientos, con tanta

furia como seguramente ninguna otra medida del partido que se halla en el poder habría podido conseguir. Desde Newcastle hasta Dover, resuena entre los trabajadores una voz unánime de indignación contra esta nueva ley. La burguesía ha exteriorizado en ella con tal claridad la opinión que tiene acerca de cómo debe comportarse hacia el proletariado, que hoy hasta los más sordos comienzan a oír. Jamás hasta ahora se había expresado con tanto cinismo que los desposeídos sólo existen para dejarse explotar por los poseedores y para morirse de hambre cuando éstos no saben qué hacer con ellos. Pero, por ello mismo, la nueva Ley de Pobres ha contribuido también poderosamente, sin proponérselo, a acelerar la marcha del movimiento obrero y, sobre todo, a difundir entre las masas el cartismo; y, por ser en el campo donde esta ley se aplica más, ha venido a facilitar también el desarrollo del movimiento proletario en los distritos rurales.

Añadamos a todo lo dicho que también en *Irlanda* rige desde 1838 una Ley de Pobres por el estilo, que ofrece el mismo asilo a 80 000 indigentes. Y también aquí ha logrado concitar contra sí el odio de las gentes, odio que sería aún mayor si estas instituciones, en Irlanda, hubieran llegado a adquirir la importancia que tienen en Inglaterra. Pero, ¿qué significan los atropellos cometidos contra 80 000 proletarios, en un país en que viven tres millones y medio de trabajadores? En Escocia, exceptuando algunas localidades sueltas, no existen leyes especiales para los pobres.

Confío en que, después de esta fiel pintura que hemos hecho de lo que es la nueva Ley de Pobres y de cuáles son sus resultados, nadie encontrará demasiado duras las palabras con que hemos enjuiciado a la burguesía inglesa. En esta medida pública, en la que ella manifiesta *in corpore*, colectivamente, como potencia, lo que realmente quiere y lo que se propone hacer con los oprimidos, la burguesía se retrata de cuerpo entero. Y que esta medida no ha partido solamente de un sector de la burguesía, sino que ha encontrado el aplauso de la clase burguesa entera, lo demuestran, entre otras cosas, los debates parlamentarios de 1844. El partido liberal había promulgado la nueva Ley de Pobres; el conservador, con su ministro Peel a la cabeza, salió en defensa de ella y se limitó a modificar algunas minucias de su texto, con el *Poor-Law-Amendment-Bill* [o] de 1844. Una mayoría liberal dictó la ley y una mayoría conservadora la confirmó, y ambas veces dieron su "placet" a lo acordado los nobles lores. Con ello, quedaba el proletariado a extramuros del Estado y de la sociedad; con ello, se declaraba abiertamente que los proletarios no son personas ni merecen ser tratados como tales. Pero, no debemos preocuparnos; estamos seguros de que los proletarios del reino británico reconquistarán, como ellos saben hacerlo, sus derechos humanos.[p]

[o] Ley de enmiendas a la Ley de Pobres. [p] Para salir al paso de cualquier falsa interpretación y de las objeciones consiguientes a ella, quiero insistir en que aquí se habla de la burguesía como *clase* y señalar que todos los hechos por mí aducidos vienen a documentar el modo de pensar y de proceder de la *clase* burguesa. De ahí que no

He ahí la situación de la clase obrera inglesa, y cómo yo he tenido ocasión de observarla durante veintiún meses por mis propios ojos y a través de documentos oficiales y de otras fuentes auténticas. Y no soy yo, ni mucho menos, según he venido manifestando reiteradamente a lo largo de las páginas anteriores, el único en considerar esta situación como algo sencillamente intolerable. Ya Gaskell hubo de declarar en 1833 que desesperaba de que pudiera encontrarse una salida pacífica a la situación y que difícilmente sería posible evitar una conmoción revolucionaria. Carlyle, por su parte, explica el cartismo y la agitación revolucionaria de los obreros como fruto de la miseria en que éstos viven y sólo se asombra de que hayan podido sentarse tan tranquilamente por espacio de ocho años a la mesa de los Barmácidas [182] dejándose alimentar por la burguesía liberal con falaces promesas; y en 1844, el mismo autor escribía que habría que acometer sin pérdida de momento la organización del trabajo,

"si se quería que Europa, o por lo menos Inglaterra, siguiese siendo habitable por largo tiempo".

Y el *Times*, el "primer periódico de Europa", declaraba en junio de 1844:

"*¡Guerra a los palacios y paz a las cabañas!: tal es el grito de batalla del Terror, que un día puede volver a resonar en nuestro país. ¡Ojalá que los ricos abran los ojos!*"

Pero, volvamos de nuevo la vista sobre las perspectivas que se le abren a la burguesía inglesa. En el peor de los casos, la industria extranjera,

haya querido detenerme a distinguir entre los diferentes sectores y partidos de la burguesía, que sólo tienen una importancia histórica, y de ahí también que sólo pueda mencionar de pasada los nombres de los contados burgueses que pueden ser destacados como honrosas excepciones. Son éstos, de una parte, los radicales más consecuentes, que deben ser considerados casi como cartistas, entre los que debemos mencionar a los miembros de la Cámara de los Comunes y fabricantes Hindley, de Ashton, y Fielden, de Todmorden (Lancashire) y, de otra parte los *tories* con sentido humano que se han agrupado recientemente en la "*Joven Inglaterra*" y entre los que se cuentan, especialmente, los miembros del parlamento Disraeli, Borthwick, Ferrand, lord John Manners y otros. Una figura próxima a éstas es lord Ashley. La "Joven Inglaterra" se propone restaurar la vieja "*merry England*", con sus brillantes páginas de gloria y su feudalismo romántico; este propósito es, por supuesto, inasequible y, si se quiere, hasta ridículo, una sardónica burla de todo lo que es el desarrollo histórico, pero no se le puede negar, y ya es algo, la buena intención y el valor para rebelarse contra lo existente, contra los prejuicios y las infamias de la realidad actual. Lugar aparte y solitario ocupa el germano-inglés *Thomas Carlyle*, quien habiendo comenzado su carrera como *tory*, va más allá que las figuras antes mencionadas. Nadie ha llegado tan a fondo como él en la crítica de los males sociales imputables a la burguesía de Inglaterra. Carlyle preconiza la organización del trabajo. Hay que esperar que este autor, habiendo encontrado el buen camino, sea también capaz de seguir adelante. Le acompañan en él mis mejores deseos y los de muchos alemanes. (*Ed. de 1892.*) Desgraciadamente, la revolución de Febrero ha convertido a Carlyle en un perfecto reaccionario; su justa cólera contra los filisteos se ha trocado en un amargado despecho de filisteo contra la marejada histórica que le ha arrojado a la playa como un náufrago.

especialmente la norteamericana, logrará hacer frente a la competencia inglesa, aun después que sean abolidas, como en pocos años tendrán que serlo, las leyes cerealistas. La industria alemana hace al presente grandes esfuerzos y la norteamericana se ha desarrollado a paso gigantesco. Los Estados Unidos, con sus inagotables recursos, con sus inmensos yacimientos de hierro y carbón, con una riqueza incalculable de fuerza hidráulica y ríos navegables, y sobre todo con su enérgica y dinámica población, al lado de la cual los ingleses siguen siendo todavía flemáticos dormilones, los Estados Unidos, han sabido crear en menos de diez años una industria que, en lo tocante al algodón (el producto básico de la industria inglesa), compite ya en la actualidad con Inglaterra, han desalojado a los ingleses de los mercados de Norte y Sudamérica y rivalizan en China con los británicos. Y lo mismo ocurre en otras ramas industriales. Si algún país está capacitado para conquistar el monopolio de la industria, es Norteamérica. Y si este rudo golpe se descarga sobre la industria inglesa, como no podrá por menos de ocurrir en los próximos veinte años, suponiendo que no cambie el orden social vigente, nos encontraremos con que la mayoría del proletariado de este país saldrá "sobrando" para siempre y no tendrá otra opción que morir de hambre o hacer la revolución. ¿Acaso la burguesía inglesa para mientes en esta perspectiva que ante ella se abre? Lejos de ello, su amado economista, MacCulloch, la alecciona así desde su cuarto de estudio: nada hace pensar que un país tan joven como los Estados Unidos, que ni siquiera se halla regularmente poblado, pueda dedicarse con éxito a la industria ni, mucho menos, competir con un viejo país industrial de la talla de Inglaterra. Los norteamericanos serían unos locos si se propusieran tal cosa, pues sólo se arriesgarían con ello a perder su dinero. Lo que tienen que hacer es dedicarse tranquilamente a la agricultura y, cuando hayan cultivado todo su territorio, habrá llegado tal vez la hora de que piensen en organizar ventajosamente su industria. Así habla el sabio economista, y toda la burguesía se extasía con sus palabras, en tanto que los norteamericanos van conquistando un mercado tras otro y mientras un intrépido especulador de los Estados Unidos enviaba hace poco una partida de mercancías norteamericanas *a Inglaterra,* para reexportarlas desde allí.

Pero, aun en el caso de que Inglaterra conservara el monopolio industrial y de que sus fábricas crecieran sin cesar en número ¿cuál sería la consecuencia de ello? Las crisis comerciales seguirán su curso, y la expansión de la industria y el crecimiento del proletariado harán que se tornen cada vez más violentas y aterradoras. El proletariado, al avanzar la ruina de la pequeña clase media y seguir a paso gigantesco la centralización del capital en pocas manos, crecerá en proporción geométrica y pronto llegará a formar la nación entera, con excepción de unos cuantos millonarios. Por este camino, llegará necesariamente el momento en que el proletariado se dará cuenta de cuán fácil le sería derrocar el orden social existente, y se abrirá el paso a la revolución.

Sin embargo, no se producirá ninguno de los dos casos. Las crisis co-

merciales, que son la más poderosa palanca para el desarrollo independiente del proletariado, se encargarán, en combinación con la competencia extranjera y con la creciente ruina de la clase media, de acortar el camino. Yo no creo que el pueblo se resigne a vivir más de una crisis. Es probable que ya la próxima, la que estallará tal vez en 1846 o 1847, traiga consigo la derogación de las leyes cerealistas y la promulgación de la Carta del Pueblo. Qué movimientos revolucionarios provocará ésta, está todavía por ver. Pero de allí a la crisis siguiente, que, por analogía con las anteriores, debería producirse para 1852 o 1853 y que se verá tal vez contenida por la abolición de las leyes sobre el trigo y acelerada, en cambio, por otras circunstancias, por la competencia extranjera, etc., es posible que el pueblo inglés se sienta ya harto de seguir dejándose explotar en beneficio de los capitalistas y empujado a la muerte por hambre cuando ya éstos no lo necesitan. Si de aquí a entonces la burguesía inglesa no recapacita —y todo parece indicar que no lo hará—, tendremos una revolución que dejará chiquitas a cuantas la han precedido. Los proletarios, empujados a la desesperación, empuñarán aquellas teas incendiarias de que les hablaba el predicador Stephens, y la furia del pueblo explotará con una violencia de la que la del año 1793 sólo puede darnos una ligera idea. La guerra de los pobres contra los ricos será la más sangrienta que jamás se haya conocido. Y de nada serviría, para aplacarla, ni siquiera el paso de una parte de los burgueses al partido del proletariado o los esfuerzos que la burguesía pudiera hacer para enmendarse. Por lo demás, un cambio general de actitud de la burguesía sólo podría conducir hasta un flojo y desmadejado justo medio; los elementos que con mayor decisión se pasaran al campo obrero formarían una especie de nueva Gironda, que sería devorada, como la otra, en el transcurso de la revolución violenta. Una clase entera no puede cambiar de prejuicios como se cambia de chaqueta; y menos que ninguna, una clase tan estable, tan estancada, tan egoísta como lo es la burguesía inglesa.

Todo esto no son otra cosa que conclusiones que pueden deducirse con la mayor precisión y que tienen por premisa hechos indiscutibles, de los que dan fe de una parte el desarrollo histórico y de otra la naturaleza humana. En ninguna parte del mundo es tan fácil profetizar como precisamente en Inglaterra, donde la sociedad presenta un curso de desarrollo tan claro y tan nítido. La revolución *tiene que* venir, pues ya es muy tarde para poder encontrar una solución pacífica a las cosas; puede, sin embargo, encontrar un curso menos violento del que aquí se predice. Pero ello no dependerá tanto del desarrollo de la burguesía como de la trayectoria que siga el proletariado. En efecto, en la medida en que el proletariado vaya asimilando en su seno a elementos socialistas y comunistas, exactamente en esa misma medida irá perdiendo la revolución sus perfiles violentos y dejará de ser derramamiento de sangre, furia y venganza.

El comunismo se halla, por principio, colocado por encima de la discordia entre la burguesía y el proletariado; sólo la reconoce como legíti-

ma en su significación histórica para el presente, pero no en cuanto al futuro; trata precisamente de sobreponerse a esta contradicción inconciliable. Reconoce, incluso, mientras la contradicción se mantiene en pie, que el odio y la rabia del proletariado contra sus opresores responden a una necesidad y son la palanca más poderosa del movimiento obrero que *se inicia,* pero va más allá de esta furiosa discordia, precisamente porque el comunismo es la causa de la humanidad, y no solamente la causa de los obreros. Por lo demás, a ningún comunista se le ocurre pretender tomar venganza sobre este o el otro individuo o pensar, ni mucho menos, que tal o cual burgués, en las condiciones existentes, podría obrar de otro modo que como lo hace. El socialismo (es decir, el comunismo) inglés descansa precisamente sobre este principio de que no es posible hacer responsables a los individuos. Por tanto, cuanto más vayan los obreros ingleses imbuyéndose de ideas socialistas, más se irá haciendo supérfluo este sentimiento de furia que anida en ellos y que, si no llegara a superar el encono que ahora lo envenena, no conduciría a nada, más irá limándose y perdiendo en brutalidad y salvajismo su lucha en contra de la burguesía. Si fuera posible que todo el proletariado inglés adquiriera una conciencia comunista antes de que la lucha estallara, podría ésta discurrir por cauces pacíficos; pero no creemos que esto sea ya posible, pues es demasiado tarde para ello. Sí creemos, en cambio, que de aquí al momento en que estalle la guerra *totalmente* abierta y directa de los pobres contra los ricos, que en Inglaterra es ya inevitable, puede el proletariado llegar a adquirir una comprensión tan clara acerca de la cuestión social, que el partido comunista, con ayuda de los acontecimientos, le sea posible, llegado el caso, contrarrestar a la larga la brutalidad elemental de la revolución y salir al paso de un nuevo Termidor.[183] De algo habrá de servir por lo demás la experiencia de los franceses, y no en vano se han pasado al comunismo, gracias a ella, la mayoría de los dirigentes cartistas. Y, puesto que el comunismo está *por encima* del antagonismo entre el proletariado y la burguesía, ello abrirá, evidentemente, el camino para que la parte mejor de la burguesía —que es, sin embargo, aterradoramente reducida en número y que sólo podrá reclutarse entre la gente joven— pueda pasar más fácilmente al campo del comunismo que al del cartismo, por el carácter exclusivamente proletario de éste.

Si las conclusiones a que llegamos no aparecieran suficientemente fundamentadas en este libro, ya tendremos otras ocasiones de hacerlo, para corroborarlas como el resultado necesario del desarrollo histórico de Inglaterra. Pero, insisto en lo dicho: la guerra de los pobres contra los ricos, que ya actualmente se está librando en algunos aspectos de detalle e indirectamente, se pondrá también a la orden del día en Inglaterra en lo general, en su conjunto y de un modo directo. Es ya demasiado tarde para pensar en una solución pacífica. Las clases van disociándose y enfrentándose cada vez con mayor fuerza, el espíritu de la resistencia cala cada vez más hondo en los obreros, el encono se acentúa, las escaramuzas sueltas de guerrillas se concentran hasta convertirse

en importantes batallas y acciones y, a la vista de todo esto, pronto bastará con un pequeño impulso para que el alud se eche a rodar. Ese día, no cabe duda de que resonará por todos los ámbitos del país el grito de batalla: "¡Guerra a los palacios y paz a las cabañas!" Y, cuando esa hora llegue, será ya demasiado tarde para que los ricos abran los ojos.

# PRÓLOGO

## A LA EDICIÓN ALEMANA DE 1892

### *De "La situación de la clase obrera en Inglaterra"*

El libro, que de nuevo ofrecemos aquí al público alemán vio la luz por vez primera en el verano de 1845. En lo bueno como en lo malo, ostenta el sello de la juventud de su autor. Tenía, cuando lo escribí, veinticuatro años; hoy, triplico esa edad, pero cuando releo esta obra de mi juventud, encuentro que no tengo, en modo alguno, motivos para avergonzarme de ella. No creo, pues, que deba esfumar ese sello juvenil que campea en el libro, al reeditarlo hoy. Y así se lo vuelvo a entregar al lector, sin introducir en él modificación alguna. Únicamente he procurado perfilar mejor unos cuantos pasajes un poco oscuros e introducir alguna que otra nota de pie de página, señaladas todas ellas con el año de la reedición (*Ed. 1892*).

En cuanto a las circunstancias en que este libro vio la luz me limitaré a mencionar que apareció en Nueva York en 1885, traducido al inglés por la señora Florence Kelley Wischnewetzky y que esta misma traducción fue reeditada en Londres, en 1892, por la casa Swan Sonnenschein & Co. El prólogo a la edición norteamericana fue reproducido en la edición inglesa y aparece también al frente de esta versión alemana. La moderna gran industria se ha encargado de nivelar en tan enormes proporciones las condiciones económicas de todos los países en que se ha abierto paso, que apenas si necesito decirle al lector alemán, hoy, otra cosa de lo que le he dicho al lector norteamericano y al inglés.

El estado de cosas expuesto en este libro —por lo menos, en lo que a Inglaterra se refiere— pertenece ya, en gran parte, al pasado. Aunque no se exponga expresamente en los manuales consagrados, es ley de la Economía política moderna el que cuanto más se desarrolla la producción capitalista, menos puede atenerse a esas mezquinas prácticas de las estafas y las fullerías características de sus ataques anteriores. Las chabacanas cicaterías del judío polaco, exponente del comercio europeo en su fase más rudimentaria, esas viles astucias que tan buenos servicios le prestan todavía en su propia patria y que allí encuentran campo propicio, le dejan en la estacada tan pronto como el fullero se traslada a Hamburgo o a Berlín. Y lo mismo le ocurre al comisionista, judío o cristiano, que, procedente de Berlín o de Hamburgo, tiene que desenvolverse en la Bolsa de Manchester, o así le sucedía, por lo menos, no hace mucho: si quería comprar barata la mercancía, la hilaza o la tela, tenía que prescindir, ante todo, de aquellas maniobras y añagazas, tal vez un tanto

refinadas, pero a pesar de todo mezquinas, que en su país pasaban por ser el colmo de la sagacidad comercial. Es posible que los progresos de la gran industria hayan hecho cambiar un poco las cosas también en Alemania y hayan desacreditado el viejo principio de la probidad alemana, sobre todo después del Jena industrial [a] de Filadelfia, pues no creemos que a nadie le agrade que le manden primero buenas muestras y luego le sirvan malas mercancías. Y, en realidad, estos ardides y estas picardías no resultan ya rentables en un gran mercado como el actual, en el que el tiempo es oro y en el que ha llegado a desarrollarse un cierto nivel de moralidad mercantil, y no precisamente por apego a la virtud, sino pura y simplemente para no perder el tiempo y el esfuerzo de manera infructuosa. Y, en efecto, lo mismo ha sucedido también en Inglaterra, en cuanto a las relaciones entre el fabricante y sus obreros.

Cuando, después de la crisis de 1847, se reanimaron los negocios, comenzó una nueva época industrial. La derogación de las leyes cerealistas y las ulteriores reformas financieras que esta medida hizo necesarias dieron a la industria y al comercio de Inglaterra toda la libertad de movimientos que apetecía. Vino enseguida el descubrimiento de las minas de oro de California y Australia. Los mercados coloniales fueron desarrollando cada vez más su capacidad de absorción de los productos industriales ingleses. El telar mecánico de Lancashire arrojó a la calle para siempre a millones de tejedores manuales hindúes. Fueron abriéndose los mercados de China. Y, sobre todo, se desarrolló Norteamérica, con una celeridad inaudita incluso para este país, acostumbrado a los progresos gigantescos; y no olvidemos que Norteamérica sólo era, precisamente en aquellos años, un mercado colonial, el más grande de todos; es decir, un país que suministraba materias primas y recibía del exterior —en este caso, de Inglaterra— productos industriales.

A todo lo dicho hay que añadir otra circunstancia. Los nuevos medios de comunicación introducidos al final del periodo anterior —ferrocarriles y vapores trasatlánticos— se extendieron ahora en escala internacional, contribuyendo a crear lo que hasta ahora sólo había existido potencialmente: el *mercado mundial*. Un mercado mundial que, en realidad, no era, por el momento, más que un conjunto de países fundamental o exclusivamente agrícolas, agrupados en torno a un gran centro industrial: Inglaterra. Inglaterra consumía la mayor parte del excedente de materias primas de aquellos países y, a cambio de ello, los abastecía de casi todos los productos industriales que necesitaban. En estas condiciones, el desarrollo industrial de Inglaterra adquirió, como no podía ser por menos, proporciones gigantescas, inauditas, hasta el punto de que, comparada con ellas, la situación de 1844 tiene que parecernos algo ridículo y primitivo.

Ahora bien, estos progresos extraordinarios, cambiaron también, en lo exterior, la psicología y la moral de la gran industria. Ya no resultaba rentable, ahora, la competencia entre unos y otros fabricantes por medio de pequeñas raterías cometidas contra los obreros. Los fabulosos

[a] En Jena fueron derrotados los prusianos por Napoleón, en 1806.

negocios de la nueva época estaban ya muy por encima de aquellos mezquinos recursos de otro tiempo; los millonarios fabriles tenían algo mejor que hacer que perder el tiempo en artimañas de poca monta. Aquello podía haber sido bueno, a lo sumo, para pequeños negocios ávidos de dinero y que necesitaban esquilmar hasta el último centavo, si no querían verse arrollados por la competencia. Pero ya no tenía razón de ser. Así, fueron desapareciendo los aborrecidos economatos de las fábricas y fueron aprobadas la ley sobre la jornada de trabajo de Diez horas y una serie de reformas menores, cosas todas ellas que iban directamente en contra del espíritu que animaba el librecambio y la desenfrenada rivalidad, pero que, no obstante, favorecían, en las nuevas condiciones, la competencia de los gigantes capitalistas contra sus colegas menos poderosos.

Por otra parte, no cabe duda de que, cuanto mayor es una empresa industrial y más numerosos son sus obreros, mayores son los daños y los sinsabores en los negocios que le causa cualquier conflicto con los trabajadores. Esto hizo que, con el tiempo, los fabricantes, sobre todo los de mayor envergadura, se dejasen guiar, también en este punto, por un nuevo espíritu que aprendiese a evitar conflictos inútiles con sus obreros, se aviniesen a respetar la actuación y el poder de los sindicatos y se acostumbrasen, incluso, a ver en las huelgas —siempre y cuando que estallasen en el momento oportuno— un medio eficaz para la consecución de sus propios fines. Y se dio, así, el caso de que los más poderosos fabricantes, que antes habían capitaneado la lucha contra la clase obrera, se convirtieran ahora en los primeros voceros de la paz y la armonía. Con su cuenta y razón, naturalmente.

En realidad, todas estas concesiones a la justica y al humanitarismo no eran, en efecto, otra cosa que medios empleados para acelerar la concentración del capital en unas cuantas manos y aplastar a los competidores menos poderosos, que no podían vivir sin contar con aquellas ganancias complementarias. En manos de este puñado de grandes magnates, no sólo habían perdido toda importancia, sino que resultaban incluso contraproducentes para los negocios en gran escala aquellas pequeñas expoliaciones secundarias de que se valían en otro tiempo los patronos. Ha sido, pues, el desarrollo de la producción capitalista el que por sí mismo se ha encargado —por lo menos, en las ramas industriales que marchan a la cabeza, pues en las menos importantes, la situación es otra—, de eliminar todos los pequeños atropellos y mortificaciones que en años anteriores envenenaban la vida de los obreros. Y, de este modo, va pasando cada vez más a primer plano el gran hecho fundamental de que la causa a que responde la miseria de la clase obrera debe buscarse, no en aquellos pequeños atropellos, sino *en el mismo sistema capitalista.* El obrero vende al capitalista su fuerza de trabajo por una cantidad diaria. Después de trabajar unas cuantas horas, ha reproducido el valor de la cantidad percibida. Pero su contrato de trabajo le obliga a seguir afanándose varias horas más, hasta completar la jornada de trabajo estipulada. El valor que el trabajador produce en estas horas adicionales de plustrabajo forma la plusvalía, que al capitalista no le cuesta nada, lo que no

es óbice para que entre en su bolsillo. Tal es la base sobre que descansa este sistema que va escindiendo cada vez más a la sociedad civilizada en dos campos: de una parte, unos cuantos Rothschilds y Vanderbilts, apropiadores de los medios de producción y de sustento; de otra, la masa inmensa de trabajadores asalariados, cuya propiedad se reduce a su fuerza de trabajo. El desarrollo del capitalismo en Inglaterra se encarga de demostrar hoy, con meridiana claridad, que este resultado no se debe, en efecto, a tal o cual expoliación concreta y secundaria, sino única y exclusivamente al sistema mismo, a la existencia del capitalismo.

Otra cosa. Los continuos azotes del cólera, el tifus, la viruela y otras epidemias hicieron comprender a la burguesía británica, a fuerza de escarmientos, la imperiosa necesidad de sanear sus ciudades, si no querían verse él y su familia arrastrados también por los estragos de la peste. Esto explica por qué, actualmente, han desaparecido o no son ya tan llamativos aquellos clamorosos abusos que se describen en este libro. Se han llevado a cabo o se han perfeccionado las obras de drenaje y canalización; se han abierto anchas calles a través de los peores barrios; ha desaparecido "la Pequeña Irlanda" y pronto les llegará el turno a los "Seven Dials". Pero esto no quiere decir gran cosa. Distritos enteros que todavía en 1844 parecían casi idílicos en mi descripción, han caído ahora, con el crecimiento de las ciudades, en el mismo estado de abandono, ruina y miseria de aquellas otras barriadas derruidas. Es cierto que no se tolera la presencia en las ciudades de cerdos y montones de inmundicia. La burguesía ha seguido progresando en el arte de ocultar el infortunio en que vive la clase obrera. Pero ahí tenemos el informe rendido no hace mucho por la Comisión de Su Majestad *"on the Housing of the Poor"* [r] (1885), prueba palpable de que no ha habido grandes progresos en lo que se refiere a la vivienda de la clase obrera. Y lo mismo ocurre en todo lo demás. Las ordenanzas de policía brotan como los hongos; sirven, seguramente, para poner empalizadas a la miseria de los trabajadores, pero de eso a acabar con ella hay una gran distancia.

Y mientras Inglaterra se sobreponía al estado de infancia de la explotación capitalista descrito en estas páginas, otros países han entrado en la liza. Francia, Alemania y sobre todo Norteamérica son ya hoy los temibles rivales que, como hube de anunciar yo en 1844, están abriendo brechas cada vez más amenazantes en el monopolio industrial de Inglaterra. La industria de estos países es joven todavía en comparación con la inglesa, pero va creciendo a paso más acelerado que ésta y casi ha llegado hoy al mismo nivel en que la industria inglesa se encontraba en 1844. Y en lo que a Norteamérica se refiere, es verdaderamente sorprendente el paralelismo. Es cierto que las condiciones del medio en que la clase obrera norteamericana se desenvuelve difieren mucho de las de Inglaterra, pero las leyes económicas son las mismas y los resultados, aunque no sean idénticos en todos sus aspectos, no pueden, sin embargo, ser muy diferentes. De ahí que encontremos en los Estados Unidos las mismas luchas en pro de una jornada de trabajo más

[r] "Sobre la vivienda de los pobres".

corta y legalmente reglamentada, sobre todo en cuanto a las mujeres y los niños ocupados en las fábricas; también allí florece el sistema del *truck* en todo su esplendor y, en los distritos rurales, el sistema de los *cottages*, explotados uno y otro por los "*bosses*", por los capitalistas y sus representantes, como medio para mantener dominados a los obreros. Cuando, en 1886, leí en los periódicos norteamericanos las informaciones sobre la gran huelga de los mineros del distrito de Connelsville, en Pensilvania, me parecía estar leyendo mi propio relato sobre la huelga de los mineros de carbón del Norte de Inglaterra en 1844. Las mismas estafas perpetradas contra los obreros con las básculas falseadas; los mismos economatos de fábrica; el mismo intento de quebrar la resistencia de los mineros, echando mano del último recurso aplastante de los capitalistas: desahuciar a los trabajadores de sus viviendas, propiedad de la empresa.

Ni en esta edición ni en las inglesas he tratado de poner el libro al día, adaptándolo al actual estado de cosas; es decir, de ir enumerando en detalle los cambios producidos de 1844 para acá. Por dos razones. La primera es que ello me habría obligado a doblar el volumen del libro. La segunda, que ya en el tomo primero de *El Capital* de Marx se contiene una exposición pormenorizada de la situación en que se hallaba la clase obrera británica allá por el año 1865, en que llegó a su punto culminante la prosperidad industrial de Inglaterra. Habría tenido, por tanto, que limitarme a repetir lo expuesto por Marx.

Casi huelga hacer notar que el punto de vista teórico general de este libro —en el aspecto filosófico, económico y político— no coincide totalmente, ni mucho menos, con el que hoy sustento. En 1844, no existía aún el moderno socialismo internacional, que de entonces acá se ha desarrollado hasta convertirse en una ciencia, gracias sobre todo y casi exclusivamente a las aportaciones de Marx. Mi libro representa solamente una de las fases del desarrollo embrionario del socialismo científico. Y si como en el embrión humano, en las primeras fases de su evolución, siguen reproduciendo todavía, aunque ya atrofiadas las branquias de nuestros antepasados, los peces, este libro deja traslucir por todas partes las huellas que en el socialismo moderno ha dejado uno de sus antepasados: la filosofía clásica alemana. De ahí que se haga en él tanto hincapié —sobre todo al final— en la afirmación de que el comunismo no es simplemente la doctrina del partido de la clase obrera, sino una teoría que se propone como meta final liberar a toda la sociedad, incluyendo a los capitalistas, de las condiciones actuales que la aprisionan. Lo cual es exacto en un sentido abstracto, pero en la práctica resulta algo peor que una afirmación inútil. Mientras las clases poseedoras, lejos de sentir la más leve necesidad de liberarse ellas mismas, se opongan con todas sus fuerzas a la propia liberación de la clase obrera, ésta se verá obligada a iniciar y llevar a cabo ella sola la transformación social. También la burguesía francesa de 1789 declaró que su liberación equivalía a la emancipación de todo el género humano; pero la nobleza y el clero no quisieron verlo, y aquella afirmación —a pesar de que entonces, en lo tocante al feudalismo encerraba una verdad histórica abstracta innegable— no

tardó en degenerar en una retórica puramente sentimental, que acabó esfumándose en la hoguera de la lucha revolucionaria. Hoy en día, son muchos los que, desde la altura imparcial de su elevado punto de vista, predican a los obreros un socialismo por encima de todos los antagonismos y luchas de clases. Pero quienes así predican o son unos novatos que tienen todavía montones de cosas que aprender, o son los peores enemigos de la clase obrera, lobos disfrazados de corderos.

En algunos lugares del texto, se fija en cinco años el periodo cíclico de las grandes crisis industriales. Y este era, en efecto, el cálculo que se desprendía de la marcha de los acontecimientos de 1825 a 1842. Pero la historia de la industria de 1842 a 1868 ha venido a demostrar que estos periodos cíclicos duran en realidad diez años, que las crisis intermedias tenían un carácter puramente secundario y que, a partir de 1842, tienden cada vez más a desaparecer. De 1868 para acá, ha vuelto a cambiar la situación, pero de esto hablaremos más adelante.

No he considerado oportuno tachar en el texto las muchas profecías formuladas en él, sobre todo las que auguraban una inminente revolución social en Inglaterra, a que mi ardor juvenil me arrastraba en aquellos años. No tengo razones para presentar hoy a mi trabajo y presentarme a mí mismo mejores de lo que en realidad éramos, él y yo. Lo extraño no es que muchas de estas profecías quedaran incumplidas, sino que se cumplieran, en cambio, tantas otras y que la realidad haya venido a confirmar tan palmariamente la situación crítica de la industria inglesa pronosticada entonces por mí, ciertamente que para un futuro más cercano, como consecuencia de la competencia continental y, sobre todo, de la competencia norteamericana. Por lo que a este punto se refiere, me creo obligado a poner el libro en consonancia con el estado de cosas actual. Y lo haré reproduciendo aquí un artículo publicado en inglés en el *Commonwealth* de Londres el 1 de marzo de 1885 y reproducido en alemán en la *Nue Zeit* de junio del mismo año (cuad. 6).

"Hace cuarenta años —dice el citado artículo— Inglaterra se enfrentaba a una crisis que, según todas las apariencias, sólo podría resolverse por la fuerza. El desarrollo tan enorme y acelerado de la industria había rebasado ampliamente la expansión de los mercados extranjeros y el crecimiento de la demanda. La marcha de la producción se vería violentamente interrumpida cada diez años por una crisis general del comercio, a la que, tras un largo periodo de postración crónica, sucedían breves años de prosperidad, para acabar siempre en una nueva superproducción fabril y en una nueva catástrofe. La clase capitalista clamaba por el librecambio del trigo y amenazaba con imponerlo, obligando a la población hambrienta de las ciudades a regresar a los distritos rurales de donde procedía; pero, según las palabras de John Bright, 'no como indigentes que mendigaban pan, sino como un ejército acuartelado en territorio enemigo'. Las masas obreras de la ciudad exigían participar del poder político, exigían la Carta del Pueblo, apoyados por la mayoría de los pequeños burgueses, y la única diferencia de criterio que los separaba era si la Carta debía imponerse por la fuerza o implantarse por la vía

legal. Vinieron entonces la crisis comercial de 1847 y el azote del hambre en Irlanda, y una y otro abrieron la perspectiva de la revolución.

"La revolución francesa de 1848 salvó a la burguesía inglesa. Las proclamas socialistas de los obreros franceses victoriosos asustaron a la pequeña burguesía de Inglaterra y desorganizaron el movimiento obrero inglés, que se desenvolvía dentro de estrechos límites, de carácter práctico inmediato. En el preciso momento en que el cartismo tenía que demostrar plenamente su fuerza, se derrumbaba interiormente, ya antes de que, el 10 de abril de 1848, se viniese a tierra ante los ojos de los demás. La actividad política de la clase obrera quedó relegada a segundo plano. La clase capitalista había triunfado en toda la línea.

" La reforma parlamentatria de 1831 había representado el triunfo de toda la clase capitalista sobre la aristocracia terrateniente. La derogación de las leyes cerealistas marcaba la victoria de los capitalistas *industriales*, no sólo sobre la gran propiedad de la tierra, sino también sobre aquellos sectores capitalistas, banqueros, bolsistas, rentistas, etc., cuyos intereses coincidían o se hallaban más o menos entrelazados con los de los terratenientes. El librecambio significaba la transformación de toda la política financiera y comercial, interior y exterior, de Inglaterra en consonancia con los intereses de los capitalistas industriales, de la clase que ahora representaba a la nación. Y esta clase puso decididamente manos a la obra. Fueron implacablemente eliminadas todas las trabas puestas a la producción industrial. Se reajustaron los aranceles aduaneros y todo el sistema fiscal. Todo se supeditaba a una sola finalidad, de importancia extraordinaria para el capitalista industrial: el abaratamiento de todas las materias primas y principalmente de los víveres para la clase obrera; a la producción de materias primas y al mantenimiento del nivel de los salarios, aunque, por el momento, todavía no a su rebaja. Inglaterra debía convertirse en 'el taller del mundo'; los demás países debían llegar a ser con respecto a Inglaterra lo que ya era Irlanda: mercados para sus productos industriales y fuentes de abastecimiento para sus materias primas y sus alimentos. Inglaterra, gran centro industrial de un mundo agrícola, rodeada de un número cada vez mayor de satélites productores de trigo y algodón, girando alrededor de aquel sol industrial. ¡Qué maravillosa perspectiva!

"Los capitalistas industriales se lanzaron a la consecución de esta gran meta con aquel vigoroso y sano sentido común y aquel desprecio hacia los principios ya superados que siempre los habían distinguido de sus medrosos competidores del continente. El cartismo estaba en la agonía. El retorno a la prosperidad comercial, que era algo natural y casi evidente por sí mismo, después de vencido el *crak* de 1847, se atribuyó exclusivamente a los méritos del librecambio. Y ambas cosas hicieron que la clase obrera se convirtiera, políticamente, en la cola del 'gran partido liberal', del partido encabezado por los fabricantes. Se trataba, ahora, de eternizar estas grandes ventajas, una vez conseguidas. Y, a la vista de la violenta oposición de los cartistas, no precisamente contra el librecambio, sino contra el empeño de ver en él el único problema vital de la

nación, los fabricantes habían comprendido y comprendían cada vez mejor que la burguesía no puede llegar a conquistar plenamente el poder social y político sobre la nación si no cuenta con la ayuda de la clase obrera. Esto hizo cambiar gradualmente la mutua actitud entre ambas clases. Las leyes fabriles, que en otro tiempo fueran el coco de los fabricantes, no sólo eran ahora sumisamente acatadas por ellos, sino que, además, se extendieron, más o menos, a toda la industria. Las tradeuniones, aborrecidas hasta hace poco como obra de Satanás, se veían ahora mimadas y protegidas por los dueños de las fábricas como instituciones extraordinariamente legítimas y como un medio muy útil para difundir entre los obreros saludables doctrinas económicas. Las mismas huelgas, anatematizadas hasta 1848, eran consideradas ahora en ocasiones, como muy convenientes, sobre todo cuando los propios fabricantes las provocaban en el momento oportuno. Entre las leyes que arrebataban a los trabajadores la igualdad de derechos con sus patronos, fueron derogadas, por lo menos, las más irritantes. Y la Carta del Pueblo, que en otro tiempo infundía tal espanto, pasó a convertirse, en lo fundamental, en el programa político de los mismos fabricantes que hasta el último momento se habían opuesto furibundamente a ella. La ley se ha encargado de *abolir los requisitos de fortuna para los candidatos* y de *implantar el voto secreto*. Las reformas parlamentarias de 1867 y 1884 se acercan ya bastante al *sufragio universal*, por lo menos tal y como rige ahora en Alemania; el proyecto de distritos electorales que ha sido sometido al parlamento prevé la creación de *distritos electorales* iguales o, por lo menos, en su conjunto no más desiguales que los que existen en Francia o en Alemania. Y se admite la posibilidad de crear *dietas* y de establecer un plazo más corto de los mandatos parlamentarios, aunque no precisamente *parlamentos elegidos por un año*, como conquistas indudables reservadas para un próximo futuro. A pesar de todo lo cual no faltan quienes digan que el cartismo está muerto.

"La revolución de 1848, al igual de algunas de las que la precedieron, ha tenido un curioso destino. Algunos de los hombres que la aplastaron, se han convertido, como solía decir Marx, en sus ejecutores testamentarios. Luis Napoleón no tuvo más remedio que crear una Italia unida e independiente; Bismarck, por su parte, ha tenido que transformar Alemania a su manera y restituir a Hungría una cierta independencia, y los fabricantes ingleses no han encontrado mejor cosa que hacer que dar fuerza de ley a la Carta del Pueblo.

"Al principio, los resultados de esta hegemonía de los capitalistas industriales, para Inglaterra, fueron verdaderamente asombrosos. Los negocios volvieron a florecer y se extendieron hasta un grado que resultaba inaudito incluso en este país, cuna de la industria moderna. Todas las anteriores creaciones logradas por el vapor y la maquinaria palidecían, comparadas con el formidable auge logrado por la producción en los veinte años transcurridos entre 1850 y 1870, con las fabulosas cifras de las exportaciones y las importaciones, con la riqueza acumulada en manos de los capitalistas y la fuerza humana de trabajo concentrada en

gigantescas ciudades. Cierto que el progreso volvió a verse interrumpido, al igual que antes, por la repetición de la crisis cada diez años, lo mismo en 1857 que en 1866; pero estos retrocesos se consideraban como acontecimientos naturales inevitables por los que no había más remedio que pasar y que, a la postre, volvían a dejar las cosas en su sitio.

"¿Y cuál era la situación de la clase obrera, durante este periodo? A veces, se acusaba en ella una mejoría, que incluso beneficiaba a la gran casa. Pero esta mejoría descendía siempre al nivel anterior por el aflujo de la gran masa de reserva inactiva, al constante desplazamiento de obreros por las nuevas máquinas y la inmigración de trabajadores del campo que ahora se ven también, cada vez en mayor medida, desalojados por la maquinaria.

"Solamente dos sectores de la clase obrera se hallan protegidos y experimentan una mejora sostenida. El primero es el de los obreros fabriles. La fijación legal de una jornada normal de trabajo, por lo menos relativamente racional, en beneficio suyo ha venido a restablecer hasta cierto punto su constitución como cuerpo y asegurarles cierta superioridad moral, vigorizada aún más por la concentración local de estos trabajadores. Su situación es, indudablemente, mejor que la que tenían antes de 1848. La mejor prueba de ello la tenemos en que de cada diez huelgas que se declaran nueve son provocadas por los mismos fabricantes y en su propio interés, como único medio de que disponen para restringir la producción. Jamás podréis convencer al dueño de una fábrica de que se avenga a que se trabaje menos, por muy difícil que le resulte vender sus productos. Pero que los obreros se pongan en huelga y ya veréis cómo los capitalistas cierran sus fábricas inmediatamente.

"El segundo sector a que nos referimos es el de las grandes tradeuniones. Se trata de las organizaciones de aquellas ramas de trabajo en las que sólo pueden colocarse *hombres adultos* en las que predominan éstos. En ellas, no ha logrado, hasta ahora, la competencia del trabajo de la mujer y del niño ni la de la maquinaria quebrantar la fuerza organizada de estos obreros sindicalizados. Los mecánicos, carpinteros y ebanistas y obreros del ramo de la construcción son, cada categoría de por sí, una potencia, hasta el punto de que se permiten, como los obreros de la construcción, el lujo de desafiar a la introducción de maquinaria en sus trabajos. No cabe duda de que la situación de estos trabajadores ha mejorado notablemente desde 1848; una buena prueba de ello es que, desde hace más de quince años, no sólo están extraordinariamente contentos sus patronos con ellos, sino también ellos con sus patronos. Forman una aristocracia en el seno de la clase obrera; han logrado forjarse una situación relativamente buena y la aceptan como algo definitivo. Son los trabajadores que ponen por modelo los señores Levi y Giffen (y a que se refiere también ese hombre probo que se llama Lujo Brentano), y no cabe duda de que se trata, en realidad, de gentes simpáticas y muy tratables para cualquier capitalista inteligente en particular y para la clase capitalista en general.

"Pero, en cuanto a la gran masa obrera, podemos asegurar que sigue

hallándose hoy al mismo nivel, si es que no más bajo aún, de miseria y de inseguridad de existencia que nunca. El East-end de Londres sigue siendo un pantano, cada vez más extenso, de miseria y desesperación, donde la gente se muere de hambre, cuando trabaja, y cuando está parada, de abatimiento físico y moral. Y otro tanto ocurre en las demás grandes ciudades, si exceptuamos a una pequeña minoría de obreros privilegiados; y lo mismo en las pequeñas ciudades y en los distritos rurales. La ley que reduce el valor de la fuerza de trabajo al precio de los medios de vida estrictamente necesarios y la que hace que su precio medio descienda por regla general al mínimo de estos medios de vida se combinan y actúan sobre el trabajador con la fuerza irresistible de una máquina automática que lo tritura entre sus engranajes.

"Tal era, pues, la situación creada por la política librecambista de 1847 y por los veinte años de hegemonía de los capitalistas industriales. Pero las cosas cambiaron de sesgo después. A la crisis de 1866 siguió, ciertamente, hacia 1873, un ligero auge de los negocios, pero duró poco. Y aunque, al terminar este breve periodo, en 1877 o 1878, no se declarase una crisis total, es lo cierto que desde 1876 vivimos en un empantanamiento crónico de las ramas industriales más importantes. No se produce el temido derrumbamiento, pero tampoco acaba de presentarse el tan ansiado periodo de prosperidad que creíamos tener derecho a esperar tanto antes como después del *crak*. Desde hace diez años asistimos a una opresión mortal y a un abarrotamiento crónico de todos los mercados y en todas las operaciones. ¿Por qué razón?

"La teoría librecambista partía del supuesto de que Inglaterra era el único país llamado a convertirse en el gran centro industrial de una periferia agrícola formada por el mundo entero. Pero los hechos se encargaron de dar un mentís rotundo a estas mentiras. Las condiciones de la moderna industria, la fuerza de vapor y la maquinaria, pueden ponerse en pie donde quiera que haya combustibles, sobre todo carbón, y el carbón no se halla monopolizado por Inglaterra, sino que disponen también de él otros países: Francia, Bélgica, Alemania, los Estados Unidos e incluso Rusia. Y las gentes de estos países no se avenían a que fuera su interés dejarse convertir en hambrientos colonos de tipo irlandés, simplemente para mayor honra y gloria y mayor riqueza de los capitalistas ingleses. Y comenzaron a echar a andar sus fábricas, produciendo no sólo para ellos mismos, sino también para el resto del mundo. La consecuencia de ello está a la vista el monopolio industrial que Inglaterra había conseguido detentar por espacio de un siglo, se ha derrumbado inexorablemente.

"Y el monopolio industrial de Inglaterra es el punto angular de todo el sistema inglés de negocios, tal como hasta ahora había venido funcionando. Ni siquiera mientras duró el monopolio podían los mercados dar abasto a la creciente productividad de la industria inglesa, y la consecuencia de ello eran las crisis que estallaban cada diez años. Pero ahora, los nuevos mercados escasean cada día más, al punto de que se hace necesario imponer a tiros la civilización hasta a los negros del Con-

go, para encontrar salida a las telas de Manchester, a la loza de Staffordshire y a los artículos metalúrgicos de Birmingham. E imaginémonos cuáles serán las consecuencias cuando comiencen a afluir en grandes masas las mercancías continentales y, sobre todo, norteamericanas, cuando vaya reduciéndose de año en año la parte leonina que todavía hoy corresponde a las fábricas inglesas en el abastecimiento del orbe. No sabemos qué podrá replicar a esto esa panacea universal que se llama el librecambio.

"No he sido yo el primero en llamar la atención hacia esto. Ya en 1883, en la reunión celebrada en Southport por la *British Association*, manifestaba abiertamente el señor Inglis Palgrave, presidente de la Sección económica, que los días de las grandes ganancias comerciales de Inglaterra eran ya cosa del pasado y que había sobrevenido una pausa en la marcha hacia adelante de varias grandes ramas industriales. Casi podría decirse que Inglaterra se disponía a entrar en un periodo de estancamiento.

"¿Y a dónde irá a parar todo esto? La producción capitalista no puede permanecer *estable*; tiene necesariamente que crecer y expandirse, si no quiere morir. Ya en el momento actual, la simple reducción de la parte leonina asignada a Inglaterra en el abastecimiento del mercado mundial significa paralización, miseria, exceso de capital, en uno de los lados, y en otro plétora de obreros parados. ¿Qué va a ocurrir el día en que el incremento de la producción anual cese por completo? Aquí reside el vulnerable talón de Aquiles de la producción capitalista. Ésta tiene como condición de vida la necesidad de una permanente expansión, que ahora es ya imposible. La producción capitalista se halla metida en un atolladero. Cada año que pasa va acercando más a Inglaterra a este dilema: o salta en pedazos la nación o se va al diablo la producción capitalista. ¿Por cuál de las dos cosas debemos apostar?

"¿Y la clase obrera? Si incluso bajo la inaudita expansión del comercio y la industria en los años de 1848 a 1868 tuvo que pasar por una miseria tan atroz, si también durante aquellos años de auge la gran mayoría de ella sólo conoció, en el mejor de los casos, una mejoría transitoria y únicamente una pequeña minoría privilegiada y protegida alcanzó ciertas ventajas estables, ¿qué sucederá cuando la actual situación de estancamiento opresivo no sólo aumente, sino que este estado progresivo de opresión asfixiante se convierta en el estado normal de la industria inglesa?

"La verdad es ésta: mientras duró el monopolio industrial de Inglaterra, la clase obrera inglesa participó hasta cierto punto de los beneficios de este monopolio. Estos beneficios se repartían entre ella de un modo muy desigual; la minoría privilegiada se embolsaba la mejor parte, pero también la gran masa participaba de vez en cuando, transitoriamente, de aquellos beneficios. No es otra la razón de que, desde la muerte del owenismo, no haya habido socialismo alguno en Inglaterra. Al derrumbarse el monopolio industrial, la clase obrera inglesa perderá esta posición privilegiada. Llegará el día en que se halle, en general —sin excep-

tuar a la minoría privilegiada y dirigente— al mismo nivel que los trabajadores del extranjero. Y esta es la razón de por qué Inglaterra volverá a conocer el socialismo."

Hasta aquí, el artículo de 1885. En el prólogo inglés de 11 de enero de 1882, seguía diciendo yo:

"Poco es lo que tengo que añadir a la pintura de la situación, tal como se presentaba ante mí en 1885. Huelga decir que hoy 'vuelve a haber socialismo en Inglaterra', y no sólo uno, sino muchos: socialismo de todos los matices y calañas, socialismo conciente e inconciente, socialismo en prosa y en verso, socialismo de la clase obrera y socialismo de la clase media. Pues la verdad es que este horror de los horrores, el socialismo, no sólo se ha tornado respetable, sino que se ha convertido incluso en traje de etiqueta y flanea al desgaire por entre los elegantes de los salones. Lo que viene a demostrar una vez más la irremediable inconstancia de ese terrible déspota de la buena sociedad que es la opinión pública de la clase media y a poner otra vez de manifiesto la razón que teníamos los socialistas de la pasada generación al sentir tanto desprecio por semejante opinión pública. Pero, por lo demás, no tenemos razones para quejarnos de este nuevo síntoma.

"Hay algo que considero mucho más importante que esta moda del día, consistente en pavonearse en los círculos de la burguesía con una loción aguada de socialismo y más importante aún que los progresos que el socialismo, en general, ha hecho en Inglaterra. Me refiero al renacimiento del East-end de Londres. Esta inmensa morada de la miseria no es ya aquella charca estancada y pestilente que era todavía hace unos seis años. El East-end ha sacudido su tenaz desesperación; ha sido devuelto a la vida y se ha convertido en la patria del 'Nuevo tradeunionismo', es decir, de la organización de la gran masa de obreros 'no calificados'. Puede que esta organización adopte en ciertos respectos la forma de las viejas tradeuniones de obreros 'calificados', pero, a pesar de todo, se distingue esencialmente de ellas en cuanto a su carácter. Las viejas tradeuniones conservan las tradiciones propias de la época en que se fundaron; ven en el sistema del salariado un hecho definitivo e inconmovible, que, en el mejor de los casos, podrán ellas suavizar un poco en interés de sus afiliados. Las nuevas tradeuniones, en cambio, han sido creadas en una época en que se veía ya seriamente quebrantada la fe en la eternidad de este sistema. Sus fundadores y propulsores eran socialistas concientes o socialistas sentimentales, y las masas que a ellas afluían y sobre las que descansaba su fuerza eran masas toscas, marginadas, a las que la aristocracia de la clase obrera miraba por encima del hombro. Tienen, no obstante, una ventaja indiscutible e inmensa: sus sentimientos son todavía terreno virgen, totalmente exento de los 'respetables' prejuicios heredados de la burguesía, que llenan y trastornan las cabezas de los viejos tradeunionistas mejor situados. Por eso vemos ahora cómo estas nuevas tradeuniones se apoderan en todas partes de la dirección del movimiento obrero y hacen que marchen a remolque de ellas; cada vez más las 'viejas' tradeuniones, ricas y orgullosas.

"No cabe duda de que las gentes del East-end han cometido gigantescas pifias, pero también lo han hecho sus predecesores y lo siguen haciendo todavía hoy los socialistas doctrinarios, que fruncen el ceño cuando se les habla de aquellos chapuceros. Ni una gran clase ni una gran nación aprenden nunca más de prisa que cuando las aleccionan las consecuencias de sus propios errores. Y, por muy grandes que hayan podido ser las fallas del pasado y del presente y hayan de ser las del futuro, bien podemos afirmar que el despertar del East-end de Londres constituye uno de los más grandes y fecundos acontecimientos de este *fin de siècle*, y yo me siento, desde luego, contento y orgulloso de haber podido vivirlo."

Desde que, hace seis meses, escribí las anteriores líneas, el movimiento obrero inglés ha vuelto a avanzar un buen trecho. Las elecciones parlamentarias celebradas hace algunos días han dado a los dos partidos oficiales, en toda forma, el aviso de que, de ahora en adelante, tienen que contar con la existencia de un tercer partido, del partido obrero. Este partido se encuentra todavía en trance de formación; sus elementos se hallan aún ocupados en sacudir los prejuicios tradicionales de todo orden —burgueses, viejo-sindicalistas y hasta socialistas doctrinarios —para estar en condiciones de poder marchar todos juntos por el camino común. Y, sin embargo, ha sido tan fuerte, ya desde ahora, el instinto gracias al cual se han reunido, que ha logrado obtener resultados electorales sin precedente hasta hoy en Inglaterra. En Londres presentan su candidatura dos obreros, y los dos abiertamente como socialistas; los liberales no se atreven a enfrentarle a uno de los suyos, y los dos socialistas salen elegidos por una arrolladora e inesperada mayoría. En Middlesbrough se presenta un candidato obrero frente a un liberal y un conservador y es elegido en lucha contra ambos; en cambio, los nuevos candidatos obreros que presentan su candidatura aliados a los liberales son irremisiblemente derrotados, con excepción de uno. Entre los anteriores representantes obreros, como se les llamaba, es decir, hombres a quienes se perdona su condición obrera porque ellos mismos están dispuestos de buen grado a que naufrague en el océano de su liberalismo, vemos que el más prestigioso representante del viejo tradeunionismo, Henry Broadhurst, ha sucumbido gloriosamente por haberse declarado en contra de la jornada de Ocho horas. En dos distritos electorales de Glasgow, en uno de Salford y en algunos otros se presentaron candidatos obreros independientes contra otros de los dos viejos partidos; fueron derrotados, pero tampoco salieron electos los candidatos liberales. Brevemente, en cierto número de distritos electorales de grandes ciudades y zonas industriales, los obreros se han decidido a desligarse resueltamente de toda atadura con los dos viejos partidos, logrando de este modo, directa o indirectamente, lo que en ninguna otra elección anterior. La alegría que con este motivo reina entre los obreros es indescriptible. Por primera vez han visto y palpado lo que pueden conseguir si saben emplear el derecho de sufragio en interés de su clase. Se ha roto la fe supersticiosa en el "gran partido liberal", que durante cerca de cuarenta años

ha dominado a los obreros ingleses. Éstos han comprobado a la luz de palmarios ejemplos que son ellos, los trabajadores, la fuerza decisiva de Inglaterra, siempre y cuando que quieran y sepan lo que realmente persiguen; y las elecciones de 1892 han sido el comienzo de esta voluntad y de esta conciencia. De lo demás se cuidará el movimiento obrero continental; los socialistas alemanes y los franceses, tan ampliamente representados ya en los parlamentos y en los ayuntamientos alentarán con sus nuevos éxitos la emulación de los ingleses. Y cuando, en un día ya no muy lejano, se ponga de manifiesto que este nuevo parlamento inglés no tiene nada que ver con Mr. Gladstone ni Mr. Gladstone nada que ver con él, el partido obrero de Inglaterra se hallará ya, probablemente, lo bastante estructurado para poner fin al juego de columpio de los dos viejos partidos que se turnan entre sí al frente del gobierno, tratando con ello de eternizar la dominación de la burguesía.

Londres 21 de julio de 1892.

F. Engels

# PRÓLOGO

## A LA EDICIÓN NORTEAMERICANA DE 1887

### *De "La situación de la clase obrera en Inglaterra"*

Diez meses han pasado desde que, accediendo a un deseo del editor, escribí el apéndice para este libro. Durante estos diez meses, se ha llevado a cabo en el seno de la sociedad norteamericana una revolución que, en otros países, habría requerido, por lo menos, diez años. En febrero de 1885, la opinión pública de los Estados Unidos se hallaba sobre poco más o menos concorde acerca de este punto: que en Norteamérica no existía una clase obrera en el sentido propio de la palabra y que, por tanto, era imposible que llegase a darse en aquella república una lucha de clases como la que ha desgarrado en pedazos a la sociedad europea; lo que vendría a decir que el socialismo es un producto extranjero de importación, que jamás llegará a echar raíces en suelo norteamericano. Y, sin embargo, en aquel mismo momento, la inmediata lucha de clases proyectaba ya su gigantesca sombra avanzada en las huelgas de los mineros de Pensilvania y de muchos otros lugares y, sobre todo, en los preparativos, extensivos a todo el país, para el gran movimiento en pro de la jornada de Ocho horas que debía comenzar y, en efecto, comenzó en mayo siguiente. Mi citado apéndice demuestra que supe valorar certeramente los síntomas que entonces se presentaban y que di por descontado, a la vista de ellos, un movimiento obrero de envergadura nacional; lo que nadie podía prever era que el movimiento estallaría en poco tiempo con un afuerza tan arrolladora, que se propagaría con la rapidez de un incendio en las praderas y que estremecería hasta los cimientos de la sociedad norteamericana.

Ahí están los hechos, tercos e innegables. Algunos periodistas norteamericanos que en el pasado verano me hicieron el honor de su visita me contaron, en términos bastante divertidos, cómo cundió el pánico en la clase dominante de los Estados Unidos; el "giro" que las cosas tomaron la sumió en un estado de impotente terror y de estupefacción. Y, sin embargo, en aquellos momentos el movimiento no hacía más que comenzar; se trataba solamente de una serie de estremecimientos, confusos y manifiestamente inconexos de la clase que, al abolirse la esclavitud de los negros y cobrar un rápido desarrollo la manufactura, había pasado a ser la capa inferior de la sociedad norteamericana. Antes de que terminara el año, aquellas confusas conmociones sociales comenzaron a tomar una orientación clara y definida. Los movimientos espontáneos e instintivos de aquella gran masa del pueblo trabajador en una

gigantesca extensión del país, la explosión común de su descontento, coincidiendo con un deplorable estado social, que era en todas partes el mismo y obedecía a las mismas causas, despertó en los trabajadores la conciencia de que todos ellos formaban parte de una clase nueva y específica de la sociedad norteamericana, que era —prácticamente hablando— la clase de los trabajadores asalariados más o menos vinculados de por vida y por herencia a ella, la clase de los proletarios. Y, con instinto verdaderamente norteamericano, esta conciencia los llevó inmediatamente a dar el paso siguiente por el camino de su emancipación: la formación de un partido político obrero con su plataforma propia y teniendo como meta la conquista del capital y de la Casa Blanca. En mayo, asistimos a la lucha en pro de la jornada de Ocho horas, a los disturbios de Chicago, Milwaukee, etc., a los intentos de la clase dominante encaminados a reprimir con bestial violencia y aplastar por la brutal justicia de clase el levantamiento de los obreros que despertaban a la vida; en noviembre, surgía el nuevo partido obrero, organizado en todos los grandes centros y se celebraban las elecciones de Nueva York, Chicago y Milwaukee. Hasta entonces, los meses de mayo y noviembre recordaban a la burguesía norteamericana la hora de cobrar los cupones de los *United States-Bonds*; pero, de ahora en adelante, estos meses le recordarán, además, la fecha en que el movimiento obrero norteamericano puso al cobro *sus propios* cupones.

En los países europeos, los obreros necesitaron largos años para llegar a comprender plenamente que formaban, bajo las condiciones sociales dadas, una clase especial y permanente de la moderna sociedad; y tuvieron que pasar algunos años antes de que esta conciencia de clase los llevara a crear su propio partido político, independiente y enfrentado a todos los viejos partidos formados por los diversos grupos de la clase dominante. Pero, en el suelo privilegiado de Norteamérica, donde ninguna broza medieval obstruía el camino, donde la historia arranca de los elementos constitutivos de la moderna sociedad burguesa, tal como emergieron a partir del siglo XVII, la clase obrera pudo cubrir solamente en diez meses estas dos etapas de su desarrollo.

No obstante, todo esto se halla aún en los inicios. El que las masas obreras sean sensibles a la comunidad de sus intereses y sufrimientos, se percaten de su solidaridad como clase frente a toda las otras clases, y el que, para dar expresión y fuerza a este sentimiento tengan que poner en marcha la máquina política, que en todos los países hay que crear con este fin, no es más que el primer paso. El siguiente consiste en encontrar el remedio común a estos males comunes y en darle forma definida en la plataforma del nuevo partido obrero. Y este paso —el más importante y el más difícil de todo el movimiento— aún no se ha dado en Norteamérica.

Un nuevo partido necesita tener una plataforma positiva especial; plataforma que puede cambiar en cuanto al detalle con arreglo a las circunstancias y al desarrollo del partido mismo, pero que tiene que ser aceptada por el partido en el momento dado. Mientras esta plataforma

no se cree o sólo exista en forma rudimentaria, el nuevo partido no tendrá tampoco más que una existencia rudimentaria; puede existir localmente, pero no existe sobre el plano nacional; sólo será un partido en cuanto a la posibilidad, pero no será todavía un partido real.

Y esta plataforma, cualquiera que sea su forma primera e inicial, debe necesariamente desarrollarse en una dirección establecida de antemano. Las causas que han abierto el abismo entre la clase obrera y la clase capitalista son las mismas en Norteamérica que en Europa, y los medios de que se dispone para salvar este abismo son también los mismos. Ello quiere decir que la plataforma del proletariado norteamericano deberá coincidir, a la larga, con las metas finales que, a la vuelta de sesenta años de escisión y de discusiones, constituyen la plataforma reconocida de la gran mayoría del proletariado europeo. Ese programa deberá proclamar como meta final la conquista del poder político por la clase obrera como instrumento para la apropiación directa de todos los medios de producción —la tierra, los ferrocarriles, las minas, las máquinas, etc.— por la sociedad en su conjunto, para que puedan ser utilizados en común, por mandato y en provecho de todos.

Ahora bien, si el nuevo partido norteamericano, al igual que todo partido político de cualquier país del mundo, por el mero hecho de existir, tiene necesariamente que aspirar a la conquista del poder político, hasta ahora dista mucho de reinar un acuerdo acerca de lo que deberá hacerse con este poder, una vez conquistado. En Nueva York y en las demás grandes ciudades del Este de los Estados Unidos, la organización de la clase obrera se ha llevado a cabo por medio de asociaciones sindicales integradas dentro de cada ciudad en una poderosa agrupación obrera. La agrupación obrera central de Nueva York ha elegido como portaestandarte, en el pasado mes de noviembre, a Henry George, como consecuencia de lo cual la plataforma electoral provisional de dicha agrupación aparece ampliamente conectada con los principios sustentados por él. En las grandes ciudades del Noroeste, la lucha electoral se ha librado a base de una plataforma obrera bastante vaga, en la que apenas se trasluce, si es que realmente existe, la influencia de Henry George. Y mientras que en estos grandes centros industriales y de población la nueva conciencia de clase cobra perfiles agudos, encontramos a lo largo de todo el país otras dos organizaciones obreras muy extendidas, la de los "Caballeros del Trabajo" y la del "Partido Obrero Socialista", de las cuales sólo la segunda tiene una plataforma electoral coincidente con la posición europea sumariamente expuesta más arriba.

De estas tres formas más o menos definidas bajo las cuales se presenta el movimiento obrero norteamericano, la primera, el movimiento asociado al nombre de Henry George tiene hasta ahora, fundamentalmente, una significación local, con su sede en Nueva York. Nadie puede negar que es ésta, con mucho, la ciudad más importante de los Estados Unidos, pero Nueva York no es París, ni los Estados Unidos son Francia. Y a mí me parece que la plataforma de Henry George, por lo menos bajo su forma actual, es demasiado estrecha para servir de base

a un movimiento que quiera salirse de los marcos locales; pudo tal vez, en el mejor de los casos, servir de plataforma durante una fase muy breve del movimiento general. Para Henry George, la causa fundamental de la escisión del pueblo en ricos y pobres es el hecho de que las masas de la población hayan sido expropiadas de la tierra. Pues bien, esto no es enteramente exacto, desde el punto de vista histórico. En la antigüedad asiática y en la antigüedad clásica, la forma predominante de la opresión de clase era la esclavitud, es decir, no tanto la expropiación de las masas de la tierra como la apropiación de sus personas. Y, cuando al sucumbir la república romana, los campesinos libres de Italia se vieron expropiados de sus tierras, formaban una clase de "blancos pobres" parecida a la de los Estados esclavistas del Sur antes de 1861; y entre los esclavos y los blancos pobres, dos clases igualmente incapaces de emanciparse por sí mismas, el viejo mundo se vino a tierra, hecho añicos. En la Edad Media, la fuente de la opresión feudal no fue precisamente la expropiación del pueblo *de*, sino, por el contrario, su apropiación, su incorporación *a* la tierra. El campesino retuvo su tierra, pero vinculado a ella como siervo adscrito a la gleba, obligado a rendir tributos o prestaciones personales al señor feudal. Fue al alborear la época moderna, hacia fines del siglo xv, cuando la expropiación en gran escala de los campesinos creó las bases para que surgiera la moderna clase de los trabajadores asalariados, que no poseen otra cosa que su fuerza de trabajo y sólo pueden vivir vendiéndosela a otros. Pero, si es cierto que la expropiación de la tierra dio vida a esta clase, una vez formada se perpetuó, creció y se convirtió en una clase especial con intereses propios y su propia misión histórica, gracias al desarrollo de la producción capitalista, de la moderna industria de la agricultura en gran escala. Todo lo cual ha sido detalladamente expuesto por Marx en *El capital* (sección VIII: "La llamada acumulación originaria").[a] Marx sostiene que la causa del actual antagonismo de clases y de la degradación social de la clase obrera es su expropiación de todos los medios de producción, entre ellos, naturalmente, de la tierra.

Si Henry George considera la monopolización de la tierra como la causa única de la pobreza y la miseria, es natural que busque el remedio a ello en el retorno de la tierra a toda la sociedad. También los socialistas de la escuela de Marx exigen la restitución de la tierra a la sociedad, a la que pertenece, y no sólo la de la tierra, sino la de todos los medios de producción. Pero, aunque prescindamos de ésta, existe además otra diferencia. ¿Qué debe hacerse con la tierra? Los socialistas modernos, representados por Marx, preconizan que la tierra debe pertenecer a la comunidad y explotarse en común y por cuenta y en beneficio de la comunidad, ni más ni menos que los demás medios de producción social, las minas, los ferrocarriles, las fábricas, etc. Henry George, en cambio, se limitaría a cederla, como hoy se hace, en arriendo a particulares, aunque reglamentando su distribución y destinando las rentas, no a fines privados, como en la actualidad, sino a fines públicos.

[a] En nuestra edición, sección séptima, cap. XXIV del vol. I de *El capital.*

Lo que los socialistas piden presupone una revolución completa de todo el sistema de la producción social; lo que Henry George postula deja intacto el modo de producción vigente y ya había sido propuesto, en realidad, por los economistas burgueses de la escuela de Ricardo, quienes mantenían también el postulado de que el Estado procediese a confiscar la renta de la tierra.

Sería, naturalmente, *unfair* [b] dar por sentado que Henry George ha dicho ya, de una vez por todas, su última palabra. Pero yo no tengo más remedio que tomar su teoría tal y como la encuentro.

El segundo gran sector del movimiento norteamericano lo forman los Caballeros del Trabajo. Éste parece ser, además, si nos fijamos en la situación del movimiento, el sector más típico y representativo, ya que es, indudablemente, el más fuerte de todos. Se trata de una poderosa agrupación, extendida a lo largo de una parte enorme del país y que se manifiesta a través de innumerables "mítines" y de opiniones individuales y locales de todos los matices en los medios de la clase obrera; y todo ello mediante una plataforma de adecuada vaguedad y mantenida en cohesión no tanto por su impracticable estructura como por la clara sensación de que es la firme solidaridad de sus partidarios en torno a sus anhelos comunes lo que hace de esta agrupación una fuerza poderosa dentro del país; una combinación auténticamente norteamericana en que las tendencias más modernas aparecen paradójicamente vestidas con el ropaje más anacrónicamente medieval y en que el espíritu más democrático y a las veces el más rebelde se parapeta detrás de un aparente, pero en realidad impotente despotismo; tal es la imagen que los Caballeros del Trabajo brindan al observador europeo. Pero, si no nos dejamos inducir a engaño por estas singularidades puramente externas, no podemos por menos de ver aquí el formidable apelotonamiento de una imponente energía potencial, que, lentamente, pero de modo seguro, va desarrollándose hasta convertirse en una fuerza real. Los Caballeros del Trabajo son la primera organización nacional creada por la clase obrera norteamericana en su totalidad; cualesquiera que sean su origen y su historia, sean cuales fueran sus defectos y sus pequeñas rarezas, están ahí y son, de hecho, la obra de toda la clase de los trabajadores asalariados de Norteamérica, el único lazo nacional que los une, y esto es lo que constituye su fuerza, que ellos aprecian al igual que lo hacen sus enemigos, lo que les infunde la orgullosa esperanza en las futuras victorias. Sería falso, en efecto, afirmar que los Caballeros del Trabajo son incapaces de evolucionar. Lejos de ello, se hallan en constante y profundo proceso de desarrollo revolucionario, como una masa bullente y en fermentación de material plástico, que busca la forma adecuada a su ser interior. Y no cabe duda de que llegarán a encontrarla; tan seguro es esto como lo es que el desarrollo histórico, lo mismo que el natural, tiene sus propias leyes inmanentes. Si, llegado ese momento, los Caballeros del Trabajo conservarán o no su nombre es cuestión de poca monta, pero lo que sí parece claro para quien observa estas cosas desde

[b] Poco limpio.

fuera, es que tenemos aquí ante nosotros la materia prima de la que habrá de plasmarse el futuro del movimiento obrero norteamericano y, con ello y por tanto, el futuro de la sociedad norteamericana como un todo.

Forma el tercer sector del movimiento el Partido Obrero Socialista. Sólo es un partido en cuanto al nombre, pues hasta ahora no ha logrado afirmar nunca, en los Estados Unidos, su posición como tal partido político. Es incluso, hasta cierto punto, un elemento extraño al país, puesto que, al menos hasta hace poco, se reclutaba casi exclusivamente entre inmigrantes alemanes que se expresan en su propio idioma y que en la mayoría de los casos se hallan poco familiarizados con la lengua que se habla en los Estados Unidos. Pero, aunque sean de origen extranjero, estos hombres han venido al país, indudablemente, cosa que nadie podría negar, pertrechados con la experiencia de largos años de luchas de clases en Europa y con una visión de las condiciones generales impuestas a la emancipación de la clase obrera y que aventaja notablemente a la que hasta ahora han podido adquirir los trabajadores norteamericanos. Es, evidentemente, una circunstancia afortunada para los proletarios de los Estados Unidos, quienes pueden aprovechar así los frutos intelectuales y morales de las luchas de los años cuarenta libradas por sus hermanos de clase europeos, lo que les permite acelerar el momento de su propia victoria. En efecto, como ya he dicho más arriba, no cabe duda de que la plataforma definitiva de la clase obrera norteamericana tendrá que ser y será, en lo esencial, la misma que la que hoy adopta toda la clase obrera militante de Europa, la misma que abraza el Partido Obrero Socialista alemán-norteamericano. En este sentido, está llamado a desempeñar un papel importante en el movimiento. Pero, para ello, quienes lo integran deberán desembarazarse cuanto antes de todos los residuos de su extranjerismo. Deberán transformarse totalmente en norteamericanos. No deben esperar que los estadounidenses vayan a ellos; son ellos, que forman minoría y son emigrantes, quienes deben ir a los estadounidenses, que son la gran mayoría y los hijos del país. Y para ello, lo primero que tienen que hacer es aprender el inglés.

El proceso de fusión de estos elementos heterogéneos que forman las masas formidables puestas en movimiento —elementos que, aunque heterogéneos, no son realmente discordantes, aunque se hallan aislados unos de otros por sus diferentes puntos de partida— requiere tiempo y no se llevará a cabo sin ciertas fricciones, que precisamente en los momentos actuales se están manifestando en diversos sitios. Los Caballeros del Trabajo, por ejemplo, están empeñados, aquí y allá, en algunas ciudades del Este, en una guerra local con las asociaciones sindicales organizadas. Pero estas mismas fricciones se dan también en el seno mismo de los Caballeros del Trabajo, donde no todo es, ni mucho menos, paz y concordia. Pero no debemos ver en esto síntomas de decadencia, que den a los capitalistas asideros para poder triunfar. Son, simplemente, signos de que las inmensas masas obreras, que por primera vez se han puesto en marcha hacia metas comunes, no han sabido encontrar hasta

ahora el lenguaje adecuado para expresar sus intereses coincidentes, la forma de organización adecuada a su lucha ni la disciplina imprescindible para poder alcanzar la victoria. Son todavía las primeras levas de masas del gran ejército revolucionario, que necesitan encuadrarse y pertrecharse, por encima de aspiraciones locales y de pruritos de independencia, orientándose hacia un centro, que haga un ejército unido de las masas carentes aún de una organización regular y un plan de campaña único. Las columnas que afluyen al campo de batalla se mezclan y entrecruzan todavía de vez en cuando, y ello da pie a confusiones, a escaramuzas prematuras e incluso, a veces, a amenazas de conflictos. Sin embargo, la existencia de metas finales comunes se encargará de superar, en última instancia, todos los litigios de orden inferior; no pasará mucho tiempo sin que los batallones que hoy marchan cada cual por su cuenta y hostilizándose alguna que otra vez se formen en orden de batalla, dando frente común al enemigo, en un silencio impresionante y temible bajo el brillo de sus armas, protegidos en sus vanguardias por intrépidos tiradores y cubiertos en la retaguardia por una reserva inconmovible.

Y ese es, en efecto, el paso siguiente que los norteamericanos tienen que dar: lograr este resultado, unificar los diversos destacamentos independientes en un gran ejército nacional, en un solo partido, dotado de una plataforma realmente obrera, siquiera sea inadecuada por el momento y puramente provisional. Y el Partido Obrero Socialista puede contribuir en buena parte a alcanzar este objetivo, a hacer que esta plataforma sea realmente lo que debe ser, siempre y cuando actúe como actuaron los socialistas europeos cuando no eran, tampoco ellos, más que una pequeña minoría de la clase obrera. Esta línea de acción quedó definida por vez primera, en 1847, en el *Manifiesto comunista* con las siguientes palabras:

"Los comunistas —tal era el nombre que entonces adoptábamos y que hoy estamos muy lejos de rechazar— no son un partido aparte frente a los otros partidos obreros.

"No tienen intereses distintos y separados de los de todo el proletariado.

"No profesan principios especiales, con arreglo a los cuales traten de ajustar el movimiento proletario.

"Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, de una parte, hacen valer en las diferentes luchas nacionales de los proletarios los intereses comunes del proletariado en su conjunto, independientemente de su nacionalidad; y, de otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por las que atraviesa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre el interés del movimiento en su conjunto.

"Por tanto, los comunistas son, *prácticamente*, la parte más decidida y la más dinámica de los partidos obreros de todos los países; y, teóricamente, aventajan a la masa restante del proletariado por su clara conciencia de las condiciones, la marcha y los resultados generales del movimiento proletario...

"Los comunistas luchan por alcanzar las metas inmediatas y defender los intereses de la clase obrera, pero representan, al mismo tiempo, en el movimiento actual, el futuro del movimiento."

Tal es la línea de acción a que el gran fundador del socialismo moderno, Carlos Marx, y con él yo mismo y los socialistas de todas las naciones que colaboraban con nosotros, nos hemos ajustado durante más de cuarenta años, como resultado de lo cual se ha logrado en todas partes la victoria y de que, en los actuales momentos, las masas socialistas europeas, en Alemania y en Francia, en Bélgica, en Holanda y en Suiza, en Suecia y en Dinamarca, en España y Portugal, en todas partes, luchen como un solo ejército y bajo una sola bandera.

Londres, 26 de enero de 1887.

F. ENGELS

# DESCRIPCIÓN DE LAS COLONIAS COMUNISTAS CREADAS EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS Y QUE AÚN EXISTEN

[*Deutsches-Bürgerbuch für 1845* pp. 326-340. Darmstadt,1845]

Cuando la gente habla acerca del socialismo o el comunismo, se da uno cuenta, con frecuencia, de que están totalmente de acuerdo con uno en cuanto a la cosa en sí y que ven en el comunismo algo muy hermoso; "pero se trata", vienen a decir, "de algo imposible, que jamás llegará a ser una realidad". Tantas veces se tropieza con semejante objeción, que el autor de este escrito ha considerado útil y necesario salir al paso de ella, exponiendo algunos hechos poco conocidos en Alemania, que dan completamente al traste con dichos reparos. En efecto, el comunismo, la vida y la actuación social del hombre en un régimen de comunidad de bienes, no sólo son perfectamente posibles, sino que han sido puestos ya en práctica, y con el mejor de los éxitos, como veremos, en muchas comunidades de América y en un lugar de Inglaterra.

Por lo demás, cuando se examina más de cerca aquella objeción, se ve que lleva consigo, en realidad, dos. La primera es que ningún trabajador se prestaría a ejecutar las faenas manuales más bajas y desagradables, y la segunda que, si todos tuviesen el mismo derecho a disfrutar de los bienes comunes, las gentes se pelearían por entrar en posesión de ellos, lo que haría fracasar la comunidad. La primera objeción puede refutarse, sencillamente, diciendo que, una vez establecida la comunidad, no hay ya trabajos inferiores, que, por otra parte, pueden descartarse casi en su totalidad mediante una mejor organización, empleando máquinas, etc. Así, vemos que en Nueva York hay un gran hotel donde los zapatos se limpian al vapor y en la colonia comunista de *Harmony*,[89] en Inglaterra (de la que hablaremos más adelante), los retretes (*water-closets*), instalados según la cómoda manera de Inglaterra, no sólo se barren automáticamente, sino que están dotados, además, de tubos, que se encargan de conducir las heces a un gran depósito de materias fecales para abono. Y, en cuanto a la segunda objeción, todas las colonias comunistas llegan a ser, al cabo de diez o quince años de funcionamiento, tan enormemente ricas, que cuentan con mayor cantidad de cosas apetecibles de las que podrían consumir, razón por la cual no hay motivo alguno de desavenencia.

El lector advertirá que la mayoría de las colonias comunistas que a continuación describimos han sido fundadas por diversas sectas religiosas, que, no pocas veces, profesan ideas absurdas e irracionales en torno a diferentes asuntos, las cuales —y el autor se apresura a decirlo breve-

mente— nada tienen que ver con el comunismo. Y lo mismo da, evidentemente, que quienes demuestran la viabilidad de la comunidad en el terreno de los hechos crean en *un solo* Dios, en veinte o en ninguno. El hecho de que profesen una religión irracional representa, sin duda, un obstáculo que entorpece la comunidad y si, a pesar de ello, la comunidad sale adelante en estos casos, es fácil pensar cuánto mejor se desenvolvería en otros en que se viese libre de semejantes supercherías. Casi todas las colonias modernas se hallan perfectamente exentas de tales patrañas religiosas, y los socialistas ingleses, aunque son muy tolerantes, no profesan casi nunca una religión, lo que hace que sean muy calumniados y vituperados en un país tan beato como Inglaterra. Pero hasta sus mismos adversarios se ven obligados a reconocer que todos estos reproches carecen de fundamento.

Los primeros que en Norteamérica y en el mundo entero pusieron en pie una sociedad basada en la comunidad de bienes fueron los llamados *shakers*. Se trata de una secta especial, cuyos miembros profesan opiniones religiosas muy peregrinas, renuncian al matrimonio, no mantienen ninguna clase de relaciones sexuales, etc. Pero esto, aquí, no nos interesa. La secta de los *shakers* nació hace aproximadamente setenta años. Fue fundada por gentes pobres, que se agruparon y conviven en amor fraternal y comunidad de bienes y adoran a su manera al Dios en quien creen. A pesar de que sus ideas religiosas, sobre todo el veto del matrimonio, asustaba a muchos, encontraron adeptos y forman actualmente *diez grandes comunidades*, cada una de las cuales cuenta entre trescientos y ochocientos miembros. Forma cada una de ellas una hermosa ciudad, regularmente trazada, en la que se levantan viviendas, fábricas, talleres, edificios sociales y graneros; hay en ellas extensos campos de flores y huertos de hortalizas y legumbres, árboles frutales, bosques, viñedos, prados y tierras labrantías; abunda el ganado de todas clases, caballos y vacas, ovejas, cerdos y aves, más de lo que los habitantes necesitan para su consumo, y de raza excelente. Sus graneros están siempre abarrotados de trigo, sus almacenes llenos de telas para vestidos. Un viajero inglés que visitó estas comunidades dijo que no comprendía por qué aquellas gentes, que disponían de todo en abundancia, seguían trabajando, a menos que lo hicieran para distraerse, ya que, de otro modo, no tendrían quehacer alguno. No hay entre ellos nadie que trabaje contra su voluntad o que busque trabajo en vano. No conocen lo que son los asilos o los hospitales, pues no hay entre ellos pobres ni gentes que sufran, viudas o huérfanos desamparados; no saben lo que es la penuria ni tienen por qué temerla. En ninguna de sus diez ciudades hay un solo gendarme o policía, no existen jueces, abogados o soldados, cárceles ni correccionales, lo que no es obstáculo para que todo el mundo viva tranquilo. Las leyes del país no rigen para su conducta y, si de ellos dependieran, podrían ser derogadas todas sin que les importara un ardite, pues no habrá en el mundo ciudadanos más tranquilos, ya que *jamás uno de ellos ha tenido que ir a la cárcel*. Viven, como hemos dicho, en un régimen de perfecta comunidad de bienes y no

conocen el comercio ni el dinero. Un viajero inglés llamado Finch visitó el año pasado una de estas ciudades, Pleasant Hill, cerca de Lexington, en el Estado de Kentucky y nos hace el siguiente ralato de su visita.

"Pleasant Hill es un conjunto de casas grandes y bonitas, hechas de ladrillo y piedra, de talleres, establos y graneros, todo muy bien ordenado y de las más agradables ciudades de Kentucky. Las tierras de labor de los *shakers* son fáciles de reconocer, por sus hermosas cercas de piedra y por lo bien cultivadas; pastan en sus campos gran número de vacas y ovejas muy lucidas y vemos muchos cerdos bien cebados, que se alimentan en sus huertos de árboles frutales con los frutos caídos. Los *shakers* poseen aquí cerca de cuatro mil yugadas americanas de tierra, las dos terceras partes de las cuales están en cultivo. Esta colonia fue fundada hacia el año 1806 por una sola familia; más tarde, vinieron otras, y así fue desarrollándose poco a poco la colonia; algunos trajeron consigo algo de dinero, otros nada. Tuvieron que luchar con muchas dificultades y, como en su mayoría eran gentes muy pobres, sufrieron al principio mucha penuria, pero han salido adelante gracias a su laboriosidad, a su sobriedad y espíritu ahorrativo; hoy tienen abundancia de todo y no deben un centavo a nadie. En el momento actual, componen esta sociedad como unas trescientas personas, entre las que figuran cincuenta o sesenta muchachos menores de dieciséis años. Aquí, no hay señores ni criados, y menos aún esclavos: todos son libres, ricos y felices. Cuentan con dos escuelas, una de chicos y otra de muchachas, en las que se enseña a los alumnos a leer, escribir y contar, lengua inglesa y los principios de su religión; no se profesa aquí ninguna clase de ciencias, por no considerarlas necesarias para la dicha del hombre. Como los *shakers* tienen vedado el matrimonio, la colonia se extinguiría si no se incorporaran constantemente a ella nuevos miembros; y, a pesar de que la prohibición del matrimonio atemoriza a muchos miles de gentes y hace que se separen de la comunidad algunos de sus mejores componentes, son tantos los nuevos miembros que afluyen constantemente a ella, que su número crece sin cesar. Se dedican a la ganadería, la agricultura y el cultivo de los campos y ellos mismos se encargan de cultivar el lino, la lana y la seda que luego se hila y se teje en sus propias fábricas. Venden o intercambian con sus vecinos lo que les sobra, después de cubrir sus necesidades. Generalmente, trabajan mientras hay luz. El consejo de administración de la colonia tiene una oficina pública en la que se llevan los libros de cuentas y todos los miembros de la comunidad están autorizados a consultarlos cuantas veces consideran oportuno. Ni ellos mismos saben a cuanto asciende su riqueza, pues no llevan un registro de sus bienes; se contentan con saber que cuanto tienen les pertenece a todos y que no deben nada a nadie. Solamente una vez al año registran las sumas que sus vecinos les adeudan.

"La comunidad está dividida en cinco familias (o secciones), formadas por cuarenta o cincuenta individuos cada una; cada familia lleva una economía aparte y vive colectivamente en una casa grande y hermosa. *Cada cual recibe lo que necesita de los almacenes generales de la comunidad, sin pagar nada y en la cantidad necesaria.* En cada familia hay un diácono, encargado de velar por que todos dispongan de lo que *necesitan* y de *atender* en lo posible a los deseos de todos. Visten, como los cuáqueros, ropas sencillas, limpias y agradables; su alimentación es muy *variada* y siempre *de la mejor calidad.* Cuando solicita ingresar en la comunidad un nuevo miembro, las leyes vigentes en ella disponen

que aporte al patrimonio colectivo todo lo que le pertenece, sin que pueda volver a reclamarlo ni aun cuando se separe. El que abandone la comunidad y no haya aportado nada a ella no puede tampoco, según sus leyes, reclamar indemnización alguna por su trabajo, ya que, mientras trabajó, fue alimentado y vestido a costa de la comunidad; sin embargo, en estos casos, es usual hacer al que se marcha un regalo, siempre y cuando que se separe en paz de sus antiguos compañeros.

"El gobierno de la comunidad está organizado a la manera del de los cristianos primitivos. Cada una de las comunidades cuenta con dos sacerdotes, un hombre y una mujer, con dos coadjutores. Estos cuatro sacerdotes se hallan a la cabeza de la colectividad y ventilan todos los litigios. A su vez, cada familia de las que integran la comunidad, tiene dos decanos, con dos suplentes y un diácono o administrador. El patrimonio de la comunidad corre a cargo de un consejo de administración, formado por tres miembros, encargado de vigilar todas las inversiones, de dirigir los trabajos y de comerciar con los vecinos. Y hay, como es natural, vigilantes y administradores en las diversas ramas de trabajo; pero todos ellos tienen por norma que *nadie reciba órdenes de nadie, sino que todos obren libremente, por medio del convencimiento.*"

Otra de las colonias de los *shakers*, el "Nuevo Líbano", en el Estado de Nueva York, fue visitada en 1842 por otro viajero inglés, llamado Pitkeithley. El visitante recorrió detenidamente toda la ciudad, formada por unos ochocientos habitantes y establecida en unas siete u ocho mil yugadas de tierra, investigó sus fábricas y talleres, sus tenerías, sus aserraderos, etc., testimoniando, como resultado de ello, que todas las instalaciones eran *perfectas*. También él se muestra maravillado de la riqueza de aquellos pobladores, que, habiendo comenzado en la nada, son más ricos con cada año que pasa, y declara:

"Estas gentes viven alegres y felices entre sí; lejos de haber entre ellos discordias, reina aquí la amistad y el amor, y en ninguna otra parte hemos visto tanto orden y tanta armonía."

Todo lo anterior se refiere a los *shakers*, que viven, como hemos dicho, en un régimen total de comunidad de bienes y que cuentan con diez colonias de esta clase en los Estados Unidos de Norteamérica.

Pero, además de los *shakers*, existen en Norteamérica otras colonias basadas también en la comunidad de bienes. Entre ellas hay que citar, principalmente, a los *rappitas*. *Rapp* era un predicador de *Wurtemberg* que, en 1790, se separó con sus feligreses de la iglesia luterana y, perseguido por el gobierno, se trasladó a Norteamérica en 1802. Sus adeptos le siguieron dos años más tarde, instalándose en Pensilvania con unas doscientas familias aproximadamente. Contaban entre todos con una suma de unos 25 000 táleros, que emplearon en comprar tierras y herramientas de trabajo. Las tierras eran un bosque virgen, que les costó, sobre poco más o menos, el dinero de que disponían, pero fueron pagándolo a plazos. Se asociaron en régimen de comunidad de bienes y pactaron las siguientes capitulaciones:

1º Todos deben entregar a la comunidad cuanto poseen, sin adquirir a

cambio de ello ventaja alguna. Dentro de la comunidad, todos son iguales.

2º Las leyes y los preceptos de la sociedad son obligatorios para todos.

3º Todos se comprometen a trabajar exclusivamente en beneficio de toda la sociedad, y no cada cual exclusivamente para sí.

4º Quien abandone la sociedad no tendrá derecho a exigir que se le remunere su trabajo, pero recibirá cuanto haya aportado al común; quien no haya aportado nada y se separe pacífica y amistosamente, recibirá un regalo de la comunidad.

5º A cambio de lo anterior, la comunidad se compromete a proveer a todos sus miembros y a sus familias de los medios necesarios para atender a sus necesidades, a velar por ellos en caso de enfermedad y vejez, y cuando los padres fallezcan o se separen de la colectividad, dejando en ella a sus hijos, la comunidad se encargará de su educación.

En los primeros años de la comunidad, en que ésta tenía que ocuparse de roturar los terrenos cubiertos de bosque y de maleza y aportar, además, 7 000 táleros al año para amortizar el precio de las tierras, sus componentes, como es lógico, lo pasaron mal. Ello hizo que algunas de las gentes más acomodadas se asustaran de la comunidad, retirando sus aportaciones, lo que vino a agravar todavía más las dificultades de los colonos. Pero la mayoría de ellos hicieron frente animosamente a la situación y, al cabo de cinco años, en 1810, habían saldado ya todas sus deudas. Cinco años después, procedieron, por diversas razones, a vender todas sus tierras y a comprar otras veinte mil yugadas de bosque silvestre en el Estado de Indiana. En dos o tres años, lograron levantar en aquellos parajes la bonita ciudad de *Nueva Armonía* y roturar casi todas las tierras de la colonia; plantaron viñas, labraron campos de trigo, instalaron una fábrica de tejidos de lana y de algodón y se hicieron cada día más ricos. En 1825, vendieron por doscientos mil táleros toda la colonia al señor Robert Owen y por tercera vez se instalaron en la selva virgen. Ahora, se han establecido en las riberas del gran río Ohio, donde han levantado la ciudad llamada *Economy*, mayor y más hermosa que ninguna de las que habían poblado antes. En 1831, emigró a Norteamérica, para unirse a ellos, el conde León, acompañado por unos treinta alemanes. Los colonos acogieron de buen grado a los recién llegados, pero como el conde azuzara contra Rapp a una parte de los miembros de la colonia, la comunidad, reunida en asamblea, acordó que León y los suyos debían retirarse. Los que decidieron continuar pagaron a los descontentos más de *ciento veinte mil táleros*, con cuyo dinero fundó el conde una segunda colonia, a la que la mala administración llevó al fracaso. Quienes tomaron parte en ella se dispersaron y, poco después, el *conde León* moría por los caminos de Texas como un vagabundo. En cambio, la colonia de *Rapp* sigue llevando una existencia floreciente hasta la hora actual. Finch, el viajero a quien citábamos más arriba, dice, refiriéndose a la situación actual de esta colonia:

"La ciudad llamada *Economy* consta de tres largas y anchas calles, cruzadas por otras calles transversales no menos anchas; cuenta con una iglesia, un hotel, una fábrica de tejidos de lana, algodón y seda, un establecimiento para la cría de gusano de seda, almacenes públicos de mercancías para uso de los vecinos de la colonia y para las compras de las gentes de fuera, un gabinete de historia natural, talleres para la práctica de diversos oficios, edificios administrativos y espaciosas y hermosas casas destinadas a viviendas de las diversas familias, con un gran jardín adosado a cada casa. Las tierras de labranza adyacentes miden dos horas de largo y un cuarto de hora de ancho y contienen grandes viñedos, un campo de árboles frutales de treinta y siete yugadas de extensión, tierras labrantías y prados. La cifra de miembros de la comunidad es de unos cuatrocientos cincuenta, todos ellos bien vestidos y bien alimentados, magníficamente alojados, gentes contentas, felices y virtuosas, que llevan muchos años viviendo sin conocer lo que es la penuria.

"También estos colonos abrigaron durante mucho tiempo prevenciones contra el matrimonio, pero en la actualidad se casan, tienen familia y se muestran muy propicios a acrecentar el número de miembros de la colonia, si solicitan ingresar en ella personas realmente adecuadas. Su religión es el Nuevo Testamento, pero *no profesan ninguna confesión especial y respetan las opiniones de los demás,* a condición de que éstos respeten las suyas y no surjan disensiones por motivos religiosos. Se llaman *armonicistas.* No tienen sacerdotes pagados; el señor Rapp, que cuenta ya más de ochenta años, es al mismo tiempo sacerdote, administrador y juez arbitral. Les gusta mucho la música y organizan a veces conciertos y veladas musicales. El día en que yo llegué, celebraban la iniciación de la cosecha con un gran concierto en los mismos campos. En sus escuelas se enseña a leer, escribir, contar, gramática y lengua; no instruyen en ninguna ciencia, siguiendo la misma norma de los *shakers.* Trabajan mucho más de lo que necesitan; invierno y verano, desde el alba hasta la puesta del sol; trabajan todos, y los que no laboran el invierno en las fábricas encuentran trabajo en las faenas de la trilla, en la ganadería, etc. Tienen 75 vacas lecheras, rebaños de ovejas, caballos, cerdos y aves y, de lo que no consumen, les adeudan grandes sumas los comerciantes e intermediarios. Y, a pesar de que la bancarrota les ha costado una parte importante de estos adeudos, cuentan, sin embargo, con una buena cantidad de *dinero ocioso,* que va en aumento año tras año.

"Su gran aspiración, desde un comienzo, ha sido fabricar por sí mismos todo lo que necesitan, para comprar a otros lo menos posible, y han acabado fabricando más de lo necesario; últimamente, han adquirido un rebaño de cien merinas de España para mejorar la raza de ganado lanar, pagando por él quince mil táleros. Figuran entre los primeros que en Norteamérica comenzaron a fabricar artículos de lana. Luego, se dedicaron a plantar viñas, a cultivar lino, a instalar una fábrica de tejidos de algodón y a criar y elaborar la seda. Pero, en todo lo que hacen, cuidan de proveerse a sí mismos abundantemente, antes de vender a otros.

"Viven en familias de veinte a cuarenta miembros, cada una de las cuales habita una casa propia y tiene su propia economía. La familia recibe todo lo que necesita de los almacenes colectivos. *Disponen de bienes abundantes para todos y todos obtienen gratuitamente cuanto desean.* Si necesitan vestido, o calzado, acuden al maestro sastre, a la costurera o al zapatero, quien se encarga de confeccionarles las prendas a su gusto. La carne y las demás vituallas son distribuidas a cada familia según el número de miembros y disfrutan de todo, *abundantemente y con exceso.*"

Otra colonia basada en el régimen de comunidad de bienes se ha establecido en *Zoar*, Estado de Ohio. Sus miembros son también *separatistas wurtemburgueses*, escindidos de la iglesia luterana al mismo tiempo que Rapp y emigrados a Norteamérica después de diez años de persecución por esta iglesia y el gobierno. Eran muy pobres y sólo lograron sostenerse, en un principio, gracias a la ayuda de los filantrópicos cuáqueros de Londres y Norteamérica. Llegaron a Filadelfia en el otoño de 1817, encabezados por su párroco *Bäumler*, comprando a un cuáquero la extensión de tierra que todavía hoy poseen y que mide siete mil yugadas. El precio estipulado, unos seis mil táleros, se convino en abonarlo a plazos. Cuando, al instalarse en sus tierras, contaron el dinero de que disponían, se encontraron con que tocaban exactamente a seis táleros por cabeza. Esa era toda su fortuna; aún no habían pagado ni un centavo del precio convenido por la compra de la tierra. Con aquel puñado de táleros tenían que adquirir simiente, aperos de labranza y víveres hasta la próxima cosecha. Disponían de un bosque virgen en que había dos o tres casas de madera. Había que roturar aquellas tierras y ponerlas en cultivo. Se entregaron diligentemente al trabajo, enseguida pusieron las tierras en condiciones de ser labradas y, al año siguiente, habían levantado ya un molino de trigo. *Al principio, dividieron sus tierras en pequeñas parcelas*, asignando cada una a una familia para que la trabajara por su cuenta y en *propiedad privada*. Pronto se dieron cuenta de que *este sistema no funcionaba*, pues cada cual trabajaba solamente *para sí* y ello impedía que las tierras fuesen roturadas y puestas en cultivo rápidamente; los colonos *no se ayudaban mutuamente*; muchos habían tenido que endeudarse y *estaban en peligro de caer en la pobreza total*. En vista de ello, al cabo de año y medio, en abril de 1818, decidieron *unirse para implantar la comunidad de bienes*, establecieron unas bases para la vida en común y, por unanimidad, eligieron director a Bäumler, su párroco. Gracias a ello, pudieron ahora cancelar todas las deudas de los miembros de la comunidad, se les dieron dos años para cubrir el precio de la finca y se entregaron al trabajo con redoblado celo, todos a una, y les fue tan bien con el nuevo sistema, que, cuatro años antes del plazo fijado para el pago final, pudieron cubrir la suma total convenida por la compra de los terrenos, con sus correspondientes intereses. El siguiente relato de dos testigos oculares nos cuenta, por lo demás, cómo les ha ido:

Un comerciante norteamericano que visitaba con frecuencia la colonia, la describe como un modelo perfecto de limpieza, orden y belleza. Nos dice que cuenta con un magnífico hotel, un palacio que sirve de morada al viejo Bäumler, un hermoso parque público de dos yugadas de extensión, con un gran invernadero, casas hermosas y bien construidas y agradables jardines. Los colonos viven, según él, felices y contentos y son ordenados y trabajadores. Las impresiones de este asiduo visitante se han publicado en un periódico de Pittsburg (Ohio), el *Pittsburg Daily Advocate and Advertiser*, de julio 17 de 1843.

En su versión, aquel *Finch*, a quien varias veces nos hemos referido,

considera esta colonia como la mejor organizada de cuantas funcionan en los Estados Unidos a base de comunidad de bienes. Nos ofrece una larga lista de las riquezas de estos colonos y nos cuenta que poseen una hilandería de lino y una fábrica de tejidos de lana, una tenería, fundiciones de hierro, dos molinos de trigo, dos aserraderos, dos máquinas trilladoras y gran número de talleres para toda clase de oficios. Nos dice, además, que sus tierras de labor están mejor cultivadas que cualesquiera otras que él ha visto en Norteamérica. El *Pfenning-Magazin* calcula que el patrimonio de esta colonia de separatistas asciende a ciento ochenta mil táleros, reunidos *en su totalidad* en veinticinco años, puesto que partieron de la nada, de aquellos seis táleros por cabeza a que nos referíamos. También en esta colonia se mantuvo durante algún tiempo la prohibición del matrimonio, pero, al igual que los "rappistas", se dieron pronto cuenta de su error y lo rectificaron.

Finch transcribe las bases de organización de esta colonia, que son, en lo fundamental, las siguientes:

Cuantos desempeñan funciones en la comunidad son elegidos de su seno por todos los miembros de ella mayores de 21 años. Estos funcionarios son:

1º *Tres administradores*, uno de los cuales es elegido cada año, y los tres pueden ser removidos en cualquier momento por sus electores. Tienen por misión administrar todos los bienes de la comunidad y proveer a sus miembros de cuanto necesiten en materia de víveres, alojamiento, vestido y alimento, en la medida en que las circunstancias lo permiten y sin establecer diferencia alguna de carácter personal. Nombran los subadministradores necesarios para regentar las distintas ramas de trabajo, ventilan por la vía arbitral los pequeños conflictos que se presentan y pueden, de acuerdo con el consejo de la sociedad, establecer nuevos preceptos, pero siempre en consonancia con las normas constitucionales.

2º *Un director*, que permanece en el cargo mientras goce de la confianza de la sociedad y que encabeza, como supremo funcionario, todos los asuntos colectivos. El director tiene derecho a comprar y vender y cerrar contratos y transacciones, pero, cuando se trata de negocios importantes, debe obrar de acuerdo con los tres administradores.

3º *El consejo de la sociedad*, formado por cinco miembros, uno de los cuales abandona su puesto cada año. Este consejo constituye el más alto poder de la sociedad, fija las leyes de acuerdo con los administradores y el director, vigila a los demás funcionarios, y falla arbitralmente los litigios, cuando las partes interesadas no se muestren de acuerdo con las decisiones de los administradores. Finalmente,

4º El *pagador*, elegido cada cuatro años y que es el único de los miembros y funcionarios de la colectividad que tiene *derecho* a poseer y manejar *dinero*.

Se estatuye, además, que la colonia instituirá un establecimiento de enseñanza, que los miembros deberán aportar todos sus bienes a la comunidad, sin poder retirarlos nunca de ella y que no se dará entrada en la sociedad a ningún nuevo miembro antes de haber vivido un año en

ella, con el voto favorable de todos sus componentes y, por último, que las bases de organización sólo podrán ser modificadas con los dos tercios de mayoría de sus integrantes.

Fácil sería extender esta información, ya que todos los viajeros que recorren el interior de los Estados Unidos visitan algunas de las colonias comunitarias a que nos estamos refiriendo, que figuran en *casi todos los relatos de viajes,* sin que *ni uno solo* tenga que reprochar nada malo a quienes en ellas habitan. Antes al contrario, todos las elogian y sólo censuran, si acaso, sus prejuicios religiosos, principalmente los de los *shakers,* los cuales, sin embargo, no guardan, como salta a la vista, relación alguna con el régimen de comunidad de bienes. Podríamos citar aquí, además de los ya reseñados, las obras de Miss Martineau, de los señores Melish y Buckingham y muchas más; sin embargo, de lo que aquí se trata creemos que basta con lo dicho, puesto que todos los autores coinciden, en lo esencial.

El éxito logrado por los *shakers,* los armonicistas y los separatistas, la necesidad general que se siente de implantar un nuevo orden en la sociedad humana y los esfuerzos a ello encaminados de los socialistas y comunistas han impulsado a muchas otras gentes de Norteamérica a acometer intentos semejantes, en estos últimos años. Por ejemplo, el señor *Ginal, predicador alemán* de Filadelfia, ha creado una sociedad que posee 37 000 yugadas de bosque en la ciudad citada, en las que ha levantado unas ochenta casas, donde viven en comunidad como quinientas personas, *en su mayoría alemanes.* Cuentan con una gran tenería y alfarería, con muchos talleres y almacenes, y les va muy bien. Y lo mismo en este caso que en los que siguen, se da por sobreentendido que los colonos viven en régimen de *comunidad de bienes.* Un señor *Hizby,* dueño de una fábrica siderúrgica en Pittsburg (Ohio), ha creado en esta ciudad una comunidad del mismo tipo, que el año pasado compró en sus aledaños hacia 4 000 yugadas de tierras, con el propósito de establecer una colonia acogida al sistema de comunidad de bienes. Existe, además, una colonia del mismo carácter en *Skaneateles,* Estado de Nueva York, fundada en la primavera de 1843 por *J. A. Collins,* socialista inglés y de la que forman parte treinta miembros; otra en *Minden,* Massachusetts, en la que, desde 1842, conviven unas cien personas; otras *dos* en *Pike County,* Pensilvania, creadas recientemente; otra en *Brook Farm,* también en el Estado de Massachusetts, que agrupa a cincuenta miembros y treinta alumnos, asentados en unas doscientas yugadas de tierra y en que funciona una excelente escuela, dirigida por el predicador unitario *G. Ripley;* otra, establecida en Northampton, lugar del mismo Estado, que existe desde 1842, con ciento veinte miembros, que dispone de quinientas yugadas de tierra, dedicadas a la agricultura y la ganadería, con aserraderos, fábricas de tejidos de seda y tintorerías y, por último, una colonia de socialistas ingleses inmigrados que funciona en *Equality,* cerca de *Milwaukee,* Estado de *Wisconsin,* fundada el año pasado por *Thomas Hunt* y que ha hecho rápidos progresos. Recientemente, parece que han sido creadas, ade-

más, otras varías comunidades, pero hasta ahora carecemos de noticias acerca de ellas.

Podemos, sin embargo, afirmar que los norteamericanos, especialmente los trabajadores pobres de las grandes ciudades, Nueva York, Filadelfia, Boston, etc., han tomado a pecho la cosa y han creado sociedades destinadas a la fundación de colonias de este tipo y que a cada paso surgen comunidades de éstas. Y es que los norteamericanos están ya cansados de seguir sometidos al vasallaje de unos cuantos ricos que se nutren del trabajo del pueblo; y, dada la gran actividad y perseverancia de esta nación, nada tiene de extraño que el régimen de comunidad de bienes vaya extendiéndose y esté llamado a abarcar, no tardando, una parte importante de su territorio.

Pero no es solamente en Norteamérica; también en Inglaterra se han hecho intentos por aclimatar la comunidad de bienes. El filántropo *Robert Owen* viene predicando aquí esta doctrina desde hace treinta años y ha consagrado su gran fortuna y todos sus esfuerzos a fundar la colonia de *Harmony*, en *Hampshire*, que se halla actualmente en funcionamiento. Se creó con este fin una sociedad que posee hoy una extensión de 1 200 yugadas de tierra, en la que se ha establecido una comunidad, basada en las propuestas de su fundador. Agrupa en la actualidad a unos cien miembros, que conviven en un gran edificio, dedicados hasta ahora, principalmente, a la agricultura. Como esta colonia se ha fundado desde el primer momento como un modelo perfecto del nuevo orden social, necesitaba contar con un capital importante y, hasta el momento actual, se han invertido en ella unos doscientos mil táleros. Una parte de este dinero ha sido tomado en préstamo y debe ser restituido por partes, lo que ocasiona muchas dificultades y hace que muchas inversiones no puedan completarse ni sean rentables, por falta de dinero. Y como, además, los miembros de la comunidad no son los propietarios exclusivos del patrimonio, sino que dependen de la dirección de la sociedad formada por los socialistas, a las que pertenecen los medios invertidos, ello da lugar, de vez en cuando, a discrepancias y provoca el descontento. No obstante, las cosas marchan, los miembros de la comunidad, según el testimonio de cuantos la visitan, se entienden de la mejor manera, se ayudan mutuamente y la existencia de la colonia está asegurada, a pesar de las dificultades con que tropieza. Lo importante del asunto es que todas las dificultades nacen, no de la comunidad misma, sino del hecho de que ésta no se haya implantado consecuentemente. A ello se debe, en efecto, el que los miembros tengan que dedicar una parte considerable de sus ingresos a pagar intereses y amortizar el dinero prestado, lo que les impide completar y administrar mejor sus inversiones; además, esto hace que no puedan elegir directamente a sus administradores, sin depender siempre de la dirección de la sociedad.

Un economista práctico que ha viajado por toda Inglaterra para informarse acerca de la situación de la agricultura y que, bajo la forma de "Uno que ha empuñado la esteva del arado",[146] ha publicado una

crónica acerca de ello en el periódico de Londres *Morning Chronicle* (dic. 13, 1842), por la que informa acerca de los resultados del trabajo, en la colonia a que nos referimos.

Después de pasar por una comarca cuyos campos, cubiertos más de maleza que de trigo, estaban muy mal trabajados, oyó hablar por vez primera en su vida, encontrándose en una aldea vecina, de los socialistas de *Harmony*. Una persona acomodada de aquella aldea le contó que trabajaban una gran finca, muy bien cultivada, que todos los rumores malévolos que se hacían circular acerca de ellos eran infundados, que el cura de su parroquia podría darse por muy contento si la mitad siquiera de sus feligreses se comportaran tan honorablemente como aquellos socialistas y que sería muy de desear que los terratenientes de los contornos proporcionaran a los pobres tanto trabajo y tan bien remunerado como las gentes de *Harmony*. Aunque tenían un concepto muy peregrino de lo que era la propiedad, nadie podía negar que se portaban muy bien y daban un buen ejemplo a toda la comarca. Y añadió: profesan diferentes ideas religiosas; unos van a una iglesia y otros a otra y nunca hablan de religión o de política con los vecinos de la aldea. Como yo les preguntase acerca de esto, dos de ellos me contestaron que no profesaban ninguna concepción religiosa definida y que cada cual podía creer lo que mejor le pareciera. Cuando supimos que iban a instalarse aquí, todos nos sentimos consternados; pero ahora hemos podido comprobar que son unos excelentes vecinos y dan a nuestra gente buen ejemplo de moralidad, que suministran trabajo a muchos de nuestros pobres y, como nunca tratan de imbuirnos sus ideas, no tenemos razón alguna para sentirnos quejosos de ellos. Se distinguen todos por su conducta decente de personas bien educadas, sin que nadie de estos lugares pueda decir nada contra su modo moral de comportarse.

Nuestro informante, habiendo recibido referencias parecidas de otras personas, pasó a visitar personalmente la colonia. Después de volver a cruzar por tierras mal cultivadas, se encontró con un campo de remolacha muy bien trabajado, que prometía una hermosa y abundante cosecha y le dijo a un amigo, arrendatario de tierras en la comarca: si éstas son remolachas socialistas, no tienen mal aspecto. Poco después, vio un rebaño de setecientas ovejas también socialistas, hermosas y bien cuidadas, y enseguida divisaron ambos un gran edificio, bien construido y de gran solidez. Por todas partes se veían obras, ladrillos y madera amontonados, muros a medio construir y zanjas abiertas. Una vez dentro, fueron recibidos cortés y amistosamente y acompañados a visitar el edificio. En los bajos de éste, vieron un gran comedor y las cocinas, desde las que se llevaban al comedor y volvían de él, vacías, por medio de una máquina, las fuentes colmadas de comida. Unos niños vestidos con ropas limpias, con aspecto sano y un comportamiento muy decente, mostraron a los visitantes esta máquina. También las mujeres de la cocina tenían un aspecto muy limpio y mostraban un porte muy decoroso, y el visitante manifiesta su asombro ante el hecho de que se presentaran tan limpias y con un aspecto tan agradable en medio de tantos

platos y fuentes todavía sin fregar, pues acababa de servirse la comida de mediodía. La cocina era de una belleza de instalación indescriptible, y el arquitecto londinense que la había montado aseguraba que en el propio Londres habría pocas cocinas con una instalación tan completa y tan costosa, observación que nuestro visitante corrobora. Junto a la cocina, veíanse cómodos cuartos para lavar la vajilla y el menaje, baños, sótanos y locales separados, en que cada miembro de la comunidad podía lavarse, al volver del trabajo.

En el primer piso había una gran sala de baile y, encima, estaban los dormitorios, muy cómodamente instalados.

El jardín, que medía veinticinco yugadas, aparecía muy limpio y bien cuidado y por todas partes se observaba una gran actividad. En los campos aledaños se fabricaban ladrillos y tejas, había un horno de cal y por todas partes se construían edificios y se abrían calles; cien yugadas de tierra aparecían ya sembradas de trigo y había el plan de cultivar todavía más tierras trigueras; habían abierto un pantano para recoger el abono líquido, y en un bosquecillo cercano a la posesión se reunía el abono vegetal; en una palabra, se hacía todo lo necesario para elevar el rendimiento de los cultivos.

Y el visitante de referencia concluye:

"Creo que puede calcularse a su finca el valor correspondiente a un alquiler anual de tres libras (veintiún táleros) por yugada, pero los miembros de la colonia pagan solamente quince chelines (cinco táleros) de renta. No cabe duda de que han hecho un buen negocio, a condición de que mantengan una economía racional; y, dígase lo que se quiera de sus edificios sociales, hay que reconocer que están trabajando su posesión de un modo excelente."

A la anterior descripción debemos añadir algo acerca de la organización interna de esta comunidad. Sus miembros se alojan colectivamente en una gran casa, en la que cada cual tiene su dormitorio aparte, muy bien instalado; las faenas domésticas son ejecutadas para todos ellos por un grupo de mujeres, lo que ahorra, naturalmente, muchos gastos, tiempo y esfuerzo, que se perderían si esas faenas tuviesen que repartirse entre gran número de pequeñas unidades domésticas, obteniéndose con ello, además, muchas comodidades, que sería imposible lograr de otro modo. Así, el fuego de la cocina sirve, al mismo tiempo, para dar calefacción por aire caliente a todos los cuartos de la casa; hay tubería de agua caliente y fría, que alimenta los grifos de todas las habitaciones, y otra serie de ventajas y comodidades que sólo son posibles en una instalación colectiva. Los niños viven en la escuela cercana, donde se les enseña y educa a costa de la colectividad. Los padres pueden visitarlos cuando lo deseen y la educación se orienta tanto hacia su desarrollo físico y espiritual como hacia la vida en comunidad. No se atormenta a los niños con zarandajas religiosas y teológicas ni con el estudio del griego y el latín; en cambio, se les enseña a conocer más a fondo la naturaleza, su propio cuerpo y sus propias capacidades y descansan en los campos del poco tiempo que tienen por estar sentados en las aulas, pues la es-

cuela funciona tanto a cielo abierto como bajo techo y el trabajo es parte de la educación. La educación moral del niño se reduce a un solo principio: no hagas a nadie lo que no quieras que te hagan a tí; es decir, en el respeto a la igualdad de todos y al amor fraternal.

Esta colonia funciona, como ya hemos dicho, bajo la autoridad de un presidente y la dirección de la sociedad de los socialistas, elegida todos los años por el congreso, al que cada sociedad filial envía un delegado, tiene plenos poderes en consonancia con los estatutos de la sociedad y es responsable ante el congreso. Por tanto, la comunidad es gobernada por personas ajenas a ella y, en estas condiciones, no pueden por menos de producirse, de vez en cuando, divergencias y disputas. Pero si el intento de la colonia *Harmony* llegara a fracasar por estos motivos y por los apuros pecuniarios, lo que no es probable, ni mucho menos, ello no sería sino una razón más en apoyo del régimen de comunidad de bienes, ya que ambas dificultades tienen su raíz en el hecho de que la comunidad no ha sido implantada, aquí, de un modo consecuente. No obstante, la existencia de la colonia está asegurada y, aunque no pueda progresar tan rápidamente como fuera de desear ni llevarse a su culminación, los adversarios de la comunidad no conseguirán nunca el triunfo de que se hunda.

Vemos, pues, que la comunidad de bienes, lejos de ser imposible, ha logrado prosperar, en todos los intentos que hasta ahora se han hecho. Y vemos también que quienes se agrupan en régimen de comunidad, trabajando menos, viven mejor y disponen de más tiempo libre para cultivar su espíritu y son hombres mejores y más morales que sus vecinos, aferrados a su propiedad. Y todo ello han podido comprobarlo ya norteamericanos, ingleses, franceses y belgas y gran número de alemanes. Son muchos los que, en todos los países, se ocupan de la difusión de esta doctrina y toman partido a favor de la comunidad.

Y si el problema es importante para todos, lo es de una manera muy especial para los pobres trabajadores, que no poseen otra cosa que su salario, que si hoy lo ganan pueden mañana perderlo y quedarse sin pan en el momento menos pensado, por un azar imprevisto e inevitable. Es a estas personas a quienes se les abre aquí la perspectiva de una existencia independiente, segura y libre de cuidados, la posibilidad de verse plenamente equiparados en derechos con quienes actualmente, gracias a su riqueza, pueden convertir en sus esclavos a los trabajadores. A éstos es a quienes más interesa el problema a que nos referimos. En otros países, son los trabajadores quienes forman el núcleo del partido que aboga en pro de la comunidad de bienes, y también los trabajadores alemanes tienen el deber de tomarlo seriamente en sus manos.

Cuando los trabajadores se unen entre sí, hacen causa común y se proponen un fin *común* a todos ellos, son infinitamente más fuertes que los ricos. Y si lo que persiguen es un fin tan razonable y encaminado a llevar a la perfección lo mejor de cada hombre como es la comunidad de bienes, cabe esperar que los mejores y más inteligentes entre los ricos se pongan de acuerdo con los trabajadores y les apoyen en sus esfuer-

zos. En todas partes de Alemania hay ya gran número de personas pudientes y cultas que se han manifestado abiertamente en pro de la comunidad de bienes y defienden los derechos del pueblo a entrar en posesión de los bienes de la tierra, que hoy se hallan acaparados por la clase rica de la población.

# SOBRE ALEMANIA [184]

## *Carta I*

[*The Northern Star*, núm. 415,
25 de octubre de 1845]

Al Redactor del *Northern Star*

Estimado señor:

Correspondiendo a sus deseos, inicio con esta carta una serie de artículos sobre la situación actual en mi país natal. Para que mis ideas acerca de este tema resulten claramente inteligibles y tengan un fundamento, comenzaré con algunas palabras de introducción sobre la historia de Alemania a partir del acontecimiento que ha conmovido hasta sus cimientos la moderna sociedad. Me refiero a la Revolución francesa.

La vieja Alemania era conocida entonces con el nombre de *Sacro Romano Imperio* [185] y estaba formada por una multitud de pequeños Estados, Reinos, Electorados, Ducados, Archiducados y Grandes Archiducados, Principados, Condados, Baronías y Ciudades libres del Imperio, cada uno de cuyos Estados era independiente de los demás y se hallaba sometido únicamente al poder (suponiendo que existiese alguno, cosa que no ocurría desde hacía ya unos cuantos siglos) del emperador y de la Dieta imperial. La independencia de estos pequeños Estados iba tan allá que, en todas las guerras contra "el enemigo jurado" (que era, naturalmente, Francia) algunos de ellos se aliaban con el monarca francés y empuñaban abiertamente las armas contra su propio emperador. La Dieta, formada por embajadores de todos aquellos pequeños Estados bajo la presidencia del Canciller imperial y cuya misión consistía en poner coto a los poderes del emperador, se hallaba reunida de un modo permanente, pero sin llegar jamás a resultado alguno, por muy insignificante que él fuera. Pasaba el tiempo en discutir cuestiones de ceremonial de lo más baladíes, por ejemplo la de si el embajador de tal o cual príncipe (que no era, tal vez, otro que el preceptor de su hijo, secundado por un viejo lacayo de librea o por un montero jubilado) debía o no tener precedencia sobre la embajada del barón tal o cual o si el representante de una Ciudad imperial debió o no adelantarse a saludar al de otra, y así por el estilo. Era una enmarañada mescolanza de cien mil privilegios, pero que éstas reputaban cuestión de honor defender, a los que no estaban dispuestos a renunciar y por los que libraban las más encarnizadas batallas.

Estos pleitos y otros igualmente importantes absorbían el tiempo y la atención de la sabia Dieta imperial, sin dejar a tan honorable corporación un solo minuto libre para poder ocuparse de los intereses de los súbditos. En estas condiciones, se explica que se hallaran a la orden del día el desorden y la confusión. El Imperio, interiormente dividido tanto en tiempo de guerra como en los periodos de paz, sufrió desde la época de la Reforma hasta 1789 una serie de guerras intestinas, en cada una de las cuales vemos a Francia aliada al partido que ocupa el bando contrario al del débil y vulnerable emperador, lo que hace que se alce naturalmente, en cada guerra, con la parte del león. Así fue como se separaron del Imperio, anexionados por Francia, primero la Borgoña, luego los tres Obispados de Metz, Tolón y Verdún, enseguida el resto de la Lorena y, por último, algunas partes de Flandes y Alsacia. Así fue como Suiza se proclamó independiente del Imperio[186] y así también como Bélgica pasó bajo el cetro de la Corona española por un legado de Carlos V; y hay que decir que todos estos países no salieron perdiendo nada al desgajarse de Alemania.

A este proceso incontenible de ruina del Imperio en lo exterior se unía el desorden interior más grande que imaginarse pueda. Cada pequeño príncipe era para con sus súbditos un vampiro, un déspota cruel. El Imperio no se ocupaba ya para nada de los asuntos interiores de sus Estados; lo único que hizo fue organizar un tribunal judicial (la Cámara de Justicia de Wetzlar)[187] encargado de entender de las quejas y los recursos entablados por los súbditos contra sus soberanos, pero era tal el ardor que este tribunal ponía en desempeñar su cometido, que jamás se tuvo noticia de que llegara a fallar un solo proceso.

Es casi increíble a que extremos de crueldad y de despotismo llegaban los arrogantes príncipes contra sus súbditos. Estos príncipes, atentos sólo a sus placeres y a sus orgías, transferían sus poderes omnímodos a los ministros y funcionarios de sus gobiernos, quienes podían estrujar y pisotear al desventurado pueblo, a condición únicamente de colmar las arcas del tesoro de su señor y de abastecer inagotablemente de bellezas femeninas las cámaras de su harén. También la nobleza, cuando no era independiente, sino que rendía vasallaje a un rey, un príncipe o un obispo, trataba al pueblo a zapatazos y exprimía al trabajo de sus siervos la mayor cantidad posible de dinero, pues la servidumbre de la gleba era todavía, en la Alemania de aquel tiempo, una institución generalizada.

Y tampoco existía ni asomo de libertad en las Ciudades del Imperio llamadas "libres", en las que gobernaban, si cabe, todavía más tiránicamente el burgomaestre y el cabildo, primero electivo, pero cuyos cargos se hicieron, con el tiempo, como el del regente, tan hereditarios y personales como la Corona imperial. Nada igualaba a la infame conducta de esta pequeña aristocracia burguesa de las ciudades, y la verdad es que no se creería a qué extremos había llegado la situación de Alemania hace unos cincuenta años, si no vivieran todavía muchos que recuerdan perfectamente aquellos tiempos y la realidad no apareciera confirmada, además, por cientos de testimonios documentales.

¿Y el pueblo? ¿Qué decía *el pueblo* a todo esto? ¿Y qué hacía? La burguesía, los burgueses ávidos de dinero, encontraban en aquella situación de permanente embrollo una fuente de lucro, como pescadores en río revuelto. Se dejaban de buena gana oprimir y vejar, sabiendo que podrían vengarse de este trato de un modo digno de ellos, haciéndoselo pagar con creces a sus enemigos: *su venganza consistía en defraudar a sus opresores*. Unidos al pueblo, habrían podido derrocar a los viejos señores y fundar sobre nuevas bases el Imperio, como en parte lo había hecho la burguesía inglesa de 1640 a 1688 y como a la sazón precisamente se disponía a hacerlo la burguesía francesa. Pero, no; decididamente, la burguesía alemana no tenía los arrestos necesarios para ello, ni pretendió jamás tenerlos; sabía que Alemania era un estercolero, en el que se había instalado cómodamente, porque ella era un montón de basura más y se sentía a gusto, rodeada por todas partes de inmundicia. Por su parte, el pueblo trabajador no vivía peor que en la actualidad, exceptuando a los campesinos, que en su mayor parte eran entonces siervos de la gleba y no podían hacer nada sin la ayuda de las ciudades, ya que tenían que dar albergue a ejércitos de mercenarios, encargados de ahogar el menor conato de revuelta.

Tal era la situación de Alemania, a fines del siglo pasado. El país era todo él una masa viviente de putrefacción y repelente envilecimiento. Nadie se sentía a gusto. La industria, el comercio y la agricultura del país habían descendido casi a cero; los campesinos, los industriales y los comerciantes gemían bajo la doble opresión de un gobierno que les chupaba la sangre y de los malos negocios; por su parte, la nobleza y los príncipes veían que sus rentas no podían incrementarse, por mucho que estrujaran a sus súbditos, que marchaban al paso de sus crecientes gastos. Todo andaba a contrapelo, y un malestar general reinaba en el país entero. No existía cultura, ni existían medios para influir sobre la conciencia de las masas, ni prensa libre, ni un espíritu colectivo, ni siquiera un comercio extenso con otros países; todo era vileza y egoísmo; un repugnante, bajo y mezquino espíritu de tendero había penetrado hasta el tuétano del pueblo. Todo era caduco y se desmoronaba, se precipitaba hacia la ruina, sin que existiera ni la más leve esperanza de que pudiera producirse un cambio favorable; la nación no tenía fuerza ni siquiera para barrer del camino los cadáveres malolientes de las instituciones fenecidas.

La única esperanza de que las cosas cambiaran y mejoraran se cifraba en la literatura patria. Este ignominioso siglo político y social fue, al mismo tiempo, la época grande de la literatura alemana. Alrededor del año 1750 nacieron casi todos los grandes espíritus del país, los poetas *Goethe* y *Schiller*, los filósofos *Kant* y *Fichte* y menos de veinte años después el último gran metafísico[a] alemán, *Hegel*. Todas las obras notables producidas por esta época respiran un espíritu de hostilidad y rebeldía contra la sociedad alemana vigente. El *Götz de Berlichingen* de

[a] Metafísico es, aquí, sinónimo de filósofo, el que estudia los problemas situados fuera de la esfera de la realidad.

Goethe es el homenaje dramático del poeta a la memoria de un rebelde. Y en *Los bandidos* de Schiller se exalta a un joven de la nobleza que declara la guerra sin cuartel a toda la sociedad. Pero estas obras eran el fruto de la juventud de sus autores; con los años, los poetas fueron renunciando a toda esperanza; Goethe acabó limitandose a escribir versos satíricos llenos de encono y Schiller habría caído en la desesperación si no hubiera podido refugiarse en la ciencia y, principalmente, en la gran historia de la antigüedad griega y romana. Los dos pueden servirnos de ejemplo de lo sucedido con los demás. Hasta las mejores y más descollantes cabezas de la nación renunciaron a cifrar cualquier esperanza en el futuro de su pueblo.

De pronto, la Revolución francesa, como un trueno, estalló en medio de este caos llamado Alemania. El efecto fue tremendo. El pueblo, poco ilustrado y demasiado habituado desde antiguo a ser maltratado por los tiranos, no se movió. Pero la burguesía y la parte más sensible de la nobleza saludaron a la Asamblea Nacional y al pueblo de Francia con un grito de jubilosa aprobación. No hubo entre los cientos o miles de poetas alemanes que a la sazón vivían uno solo que dejase de cantar la fama del pueblo francés. Pero este entusiasmo era un entusiasmo a la manera alemana, es decir, puramente metafísico: recaía exclusivamente sobre las teorías de los revolucionarios franceses. Tan pronto como estas teorías se vieron relegadas a segundo plano por la fuerza y la plenitud de los hechos; tan pronto como se hizo imposible en la práctica el acuerdo entre la corte y el pueblo de Francia, a pesar de la alianza teórica sellada a base de la teórica Constitución de 1791; tan pronto como el pueblo hizo valer prácticamente su soberanía mediante el "10 de agosto" [188] y cuando, además, esta teoría fue reducida totalmente al silencio el 31 de mayo de 1793, al ser derrocados los girondinos,[189] aquel entusiasmo de Alemania se trocó en un odio fanático contra la revolución. El entusiasmo habría debido tributarse solamente, como es natural, a hechos como el de la noche del 4 de agosto de 1789,[190] en que la nobleza renunció a sus privilegios, pero los buenos alemanes estaban muy lejos de pensar en hechos como éste, cuyas consecuencias prácticas diferían mucho de las conclusiones a que podían llegar los teóricos bien intencionados. Los alemanes no quisieron jamás aprobar estas consecuencias, harto serias y desagradables, como bien sabemos, para muchos partidos. Y así, toda la masa que al principio mostró un cálido entusiasmo por la revolución, se convirtió ahora en su peor adversario. Y, como es natural, la servil prensa alemana le servía las noticias más deformadas de lo que sucedía en París, colocaba su viejo y tranquilo basurero sacro romano por encima de la conmocionada actividad de un pueblo que sacudía con vigoroso ademán las cadenas de la esclavitud y lanzaba su reto a la misma cara de todos los déspotas, aristócratas y curas.

Pero los días del Sacro Romano Imperio estaban contados. Los ejércitos revolucionarios franceses marcharon hasta el mismo corazón de Alemania, desplazaron al Rin la frontera de Francia y predicaron por todas partes, a su paso, la libertad y la igualdad. Expulsaron en tropel

a los nobles, los obispos, los priores y a todos aquellos pequeños príncipes que durante tanto tiempo habían desempeñado su papel de fantoches en la historia. Se dedicaron a talar, como los colonos en las selvas del lejano Oeste de los Estados Unidos. A su paso victorioso se derrumbaba, como se disipan las nubes ante el naciente sol, toda la maleza antediluviana de la sociedad "cristiano-germánica".

Cuando más tarde el enérgico Napoleón tomó en sus manos la obra revolucionaria e identificó la revolución con su persona —aquella revolución ahogada por la burguesía ávida de dinero después del 9 Termidor de 1794—; [191] cuando Napoleón, la democracia con "una cabeza", como hubo de llamarle un escritor francés, ordenó a sus ejércitos invadir, una y otra vez, toda Alemania, la sociedad "cristiano-germánica" se vino a tierra definitivamente. Frente a Alemania, Napoleón no fue aquel déspota arbitrario que pintaban sus enemigos; en Alemania, Napoleón era el representaante de la revolución, la voz que proclamaba sus principios y el brazo que destruía la vieja sociedad feudal. Cierto que procedió despóticamente, pero su despotismo no llegaba ni a la mitad del que habrían empleado y realmente empleaban donde quiera que podían actuar los diputados de la Convención; y no digamos aquel de que hacían gala, generalmente, los príncipes y los nobles a quienes él, Napoleón, lanzó a mendigar.

Napoleón aplicó *a otros países, en forma de guerra, el régimen del terror*, que en Francia había cumplido su misión, y hay que decir que en Alemania este "régimen del terror" respondía a una apremiante necesidad. Napoleón liquidó el Sacro Romano Imperio y redujo el número de pequeños Estados alemanes, mediante la formación de otros más extensos. Llevó su Código a los países conquistados; un Código infinitamente superior a todos los vigentes y que reconocía como principio la libertad. Obligó a los alemanes, que hasta entonces sólo habían vivido para sus *intereses privados*, a emplear sus fuerzas al servicio de una gran idea, basada en intereses sociales de orden superior.

Y esto fue, precisamente, lo que soliviantó en contra suya a los alemanes. Con medidas que rescataban a los campesinos de la opresión del feudalismo, concitó su cólera, porque esas medidas afectaban a la raíz misma de sus prejuicios y costumbres inveteradas. Y a la burguesía la enfureció con disposiciones que echaban los cimientos para la industria alemana. La prohibición de importar mercancías inglesas y la guerra contra Inglaterra,[192] fueron la causa de que la burguesía alemana comenzase a fabricar mercancías; pero el veto contribuía, al mismo tiempo, a encarecer el café y el azúcar, el tabaco y el rapé, causa más que suficiente, como es natural, para provocar el descontento de los tenderos patriotas alemanes. Sus cabezas, por lo demás, no podían comprender ninguno de los grandes planes de Napoleón. Lo maldecían, porque arrastraba a sus hijos a aquellas guerras alimentadas con el dinero de la aristocracia y la burguesía inglesas; y saludaban como amigos precisamente a aquellas clases inglesas que eran las verdaderas causantes de las guerras, que *se lucraban* con ellas y que engañaban no solamente en

la guerra, sino también después de ella, a los alemanes que les servían de instrumento. Le maldecían, porque querían seguir viviendo aferrados a sus estrechas y míseras costumbres, sin tener que preocuparse más que de sus mezquinos intereses, sin tener nada que ver con las grandes ideas ni las empresas colectivas. Y cuando, por último, Napoleón fue derrotado en Rusia, aprovecharon la ocasión que se les brindaba para sacudirse el férreo yugo del gran conquistador.

La "gloriosa guerra de liberación" de 1813-14 y 1815, el "periodo más glorioso de la historia alemana", etc., como se le ha llamado, fue una locura que, en el futuro, seguirá haciendo subir los colores a la cara de todos los alemanes honrados e inteligentes todavía durante muchos años.[193] Es verdad que reinaba, en aquel tiempo, un gran entusiasmo, pero ¿quiénes eran los entusiastas? Eran, ante todo, los campesinos, la más estúpida clase humana sobre la tierra, una clase que, aferrada a sus prejuicios feudales, se levantó en masa, dispuesta a morir antes que negarse a seguir obedeciendo a quienes llamaba sus señores, como antes sus padres y sus abuelos, dispuesta de buen grado a ser pisoteada y tratada a latigazos. Eran los estudiantes y la juventud en general, que veían en aquella guerra una guerra librada por un principio e incluso una guerra religiosa, convencidos de que se les llamaba a luchar no sólo por el principio de la legitimidad, que ellos llamaban su nacionalidad, sino por algo todavía más alto: por la Santa Trinidad y por la misma existencia de Dios. En todos los poemas, llamamientos y proclamas de aquel tiempo se presenta a los franceses como representantes del ateísmo, de la impiedad y la depravación y a los alemanes como los paladines de la religión, la devoción y la rectitud. Eran, en tercer lugar, unos cuantos hombres ilustrados, que mezclaban a estas ideas algunos conceptos relacionados con la "libertad", la "Constitución" y la "libertad de prensa"; pero estos hombres formaban una minoría insignificante. Y eran, por último, los hijos de los industriales, comerciantes, especuladores, etc., que luchaban por el derecho de comprar en los mercados más baratos y de tomar café sin mezcla de achicoria. Claro está que no proclamaban sus miras abiertamente, sino envueltas y recatadas bajo las expresiones del entusiasmo imperante, bajo banderas tales como las de la "libertad", el "gran pueblo alemán", la "independencia nacional", etc. Estos fueron los hombres que derrotaron a Napoleón, con ayuda de los rusos, los ingleses y los españoles.

En mi próxima carta, pasaré a hablar de la historia de Alemania desde el derrocamiento de Napoleón. Permítaseme añadir, para poner en su punto el juicio que más arriba se expone acerca de este hombre extraordinario, que cuanto más tiempo gobernaba más acreedor se hacía a su suerte final. No voy a reprocharle su ascensión al trono, pues hay que reconocer que no permitían otro derrotero ni el poder de la burguesía francesa, la cual jamás se ha preocupado del interés público, con tal de que se desenvuelvan favorablemente sus intereses privados, ni la indiferencia del pueblo, quien no veía que la revolución representara para él ninguna ventaja definitiva y al que sólo podía despertarse por medio

del entusiasmo bélico. Pero su gran error consistió en enlazarse con las viejas dinastías contrarrevolucionarias, al casar con la hija del emperador de Austria; en tratar de sellar un compromiso con la vieja Europa, en vez de borrar hasta el último rastro de ella; en aspirar al honor de ser el primero entre los monarcas europeos, lo que le obligaba a poner su corte, dentro de lo posible, a la altura de la de éstos. Descendió, así, al nivel de los demás monarcas, recabando para él el honor de que se le considerara como el igual de los reyes tradicionales e inclinándose ante el principio de la legitimidad. En estas condiciones, era natural que los legitimistas [194] expulsaran de su sociedad al usurpador.

15 de octubre de 1845.

## *Carta II*

[*The Northern Star*, núm. 417,
8 de noviembre de 1845]

Al Redactor del *Northern Star*.

Estimado señor:

Después de haber descrito, en mi primera carta, la situación de Alemania antes de la Revolución francesa y en el curso de ella y durante la dominación napoleónica, y habiendo visto también cómo y por obra de qué partidos fue derrocado el gran conquistador, reanudo el hilo de mi relato para exponer lo que Alemania ha hecho de su independencia nacional después de esta "gloriosa restauración".

El punto de vista desde el cual he contemplado todos estos acontecimientos es diametralmente opuesto al que suele adoptarse; sin embargo, mi manera de ver las cosas se ve confirmada al pie de la letra por los acontecimientos ocurridos en el siguiente periodo de la historia alemana. Si la guerra contra Napoleón hubiese sido realmente una guerra de la libertad contra el despotismo, habría traído como consecuencia el que todas las naciones sojuzgadas por Napoleón habrían proclamado, después del derrocamiento de éste, los principios de la igualdad y disfrutado de las bendiciones consiguientes. Pero no ocurrió así, sino al contrario. De parte de Inglaterra, la guerra fue iniciada por la aterrada aristocracia y sostenida por la plutocracia, que veían en ella, gracias a los repetidos empréstitos y al incremento de la deuda pública, una fuente de enormes ganancias y que, además, encontraron en la guerra el camino para llegar a los mercados sudamericanos, inundándolos de mercancías inglesas, y para adueñarse de las colonias francesas, españolas y holandesas que más podían ayudarles a llenar todavía más sus bolsillos. La guerra les brindaba la ocasión de poner en práctica por la vía despótica

el principio de *"Britannia, rule the waves"*,[b] disputando a su antojo el paso al comercio de cualquier otra nación cuya concurrencia amenazara con poner en peligro el propio incontenible enriquecimiento. Por último, la aristocracia y la plutocracia inglesas trataban de afirmar su derecho a obtener enormes ganancias abasteciendo a los mercados europeos, a despecho del sistema continental de Napoleón.

Tales fueron las causas *reales* de la larga guerra, si nos fijamos en las clases en cuyas manos se hallaba por entonces el gobierno de Inglaterra. En cuanto al pretexto de que la Revolución francesa hacía peligrar los principios fundamentales de la Constitución inglesa, no hace más que poner de manifiesto qué delicada obra de artificio debía de ser aquella "suprema realización de la razón humana". Por lo que se refiere a España, la guerra comenzó como una defensa del principio de la legítima sucesión al trono y del despotismo inquisitorial del clero. Los principios de la Constitución de 1812 fueron introducidos más tarde para que sirvieran de acicate al pueblo en la prosecución de la lucha, a pesar de que *los principios mismos* provenían de Francia. Italia no había llegado a colocarse nunca entre las fuerzas antinapoleónicas, pues sólo beneficios había recibido de Napoleón, a quien debía incluso su propia existencia nacional. Lo mismo sucedía con Polonia. En cuanto a Alemania, ya he expuesto en mi primera carta lo que debía al conquistador.

El derrocamiento de Napoleón fue considerado por todas las potencias vencedoras como la *derrota de la Revolución francesa* y el triunfo de la legitimidad. Trajo como consecuencia, como es natural, la restauración de dicho principio en el interior, al principio bajo el ropaje de frases sentimentales como las de "Santa Alianza",[195] "paz eterna", "bien público", "confianza mutua entre príncipe y súbditos", etc., etc., y más tarde, ya sin recato, por medio de las bayonetas y la cárcel. La impotencia de los vencedores quedó suficientemente demostrada por el hecho elocuente de que, a la postre, el pueblo francés vencido, al que se le impuso una dinastía odiada por él y sostenida por 150 000 mosquetes extranjeros, siguiera inspirando, a pesar de todo, tal respeto a sus enemigos victoriosos, que se le otorgó una Constitución relativamente liberal, al paso que las demás naciones, pese a todos sus esfuerzos y a sus jactanciosas frases de libertad, no consiguieron otra cosa que buenas palabras, arrastradas por el viento. La derrota de la Revolución francesa fue festejada por el ametrallamiento de los republicanos del sur de Francia, por las llamas de las hogueras de la Inquisición y la restauración del despotismo interior en España e Italia y por las leyes de la mordaza y el "Peterloo" [196] en Inglaterra. Enseguida veremos que, en Alemania, los acontecimientos tomaron el mismo o parecido rumbo.

El reino de Prusia fue el primero de todos los Estados alemanes que declaró la guerra a Napoleón. Lo gobernaba a la sazón Federico Guillermo III, llamado "el Justo", uno de los mayores mentecatos que jamás haya ocupado un trono. Había nacido para sargento e inspector

b "Britania, gobierna los mares" (verso de una conocida canción que exalta las ambiciones imperialistas de Inglaterra).

de botones de uniforme. Hombre libertino, exento de pasiones y, al mismo tiempo, predicador moral; incapaz de hablar más que en tiempo infinitivo, sólo su hijo llegó a superarlo como redactor de proclamas; en él no alentaban más que dos sentimientos: el del miedo y el de la arrogancia de caporal. Durante la primera parte de su reinado, su estado de espíritu dominante era el miedo a Napoleón, que lo trataba con la magnanimidad del desprecio y que le restituyó la mitad de su reino, sencillamente porque no le merecía la pena quedarse con ella. Este miedo fue el que lo indujo a consentir que gobernara en su nombre un partido de reformadores a medias —los Hardenberg, Stein, Schön, Scharnhorst y otros—, el cual introdujo una organización más liberal, abolió los deberes hereditarios de los súbditos, convirtió los servicios feudales en rentas o en sumas fijas amortizables en veinticinco años y, sobre todo, implantó una organización militar que confería al pueblo un poder enorme y que, más temprano o más tarde, sería utilizada en contra del gobierno. Aquellos hombres adoptaron también los "preparativos" para una Constitución que todavía, sin embargo, no ha entrado en vigor. Pronto veremos el giro que la derrota de la Revolución francesa imprimió a los acontecimientos de Prusia.

Después de poner a buen seguro al "monstruo Corso", se reunió inmediatamente, en Viena, un gran congreso de grandes y pequeños déspotas con el fin de repartirse el botín y la presa y de determinar hasta qué punto debían restablecerse las condiciones prerrevolucionarias. Se compraron y vendieron, se dividieron y fusionaron estas o las otras naciones, según el patrón de los intereses y las miras de sus dominadores. Sólo tres potencias de las allí representadas sabían lo que querían: Inglaterra, que se proponía mantener en pie y extender su predominio comercial, quedándose con la parte del león en el despojo de las colonias y debilitando a todos los demás; Francia, que no estaba dispuesta a sacrificar nada, sino que, lejos de ello, trataba de reducir la parte de los otros, y Rusia, que ambicionaba extender su poder y su territorio a costa de los demás. Los otros se dejaban llevar de sentimentalismos y mezquinos egoísmos, alegando incluso, un ridículo desinterés.

Consecuencia de ello fue que Francia echase a perder el juego a los grandes Estados alemanes, que Rusia obtuviera la mejor parte de Polonia y que Inglaterra extendiera su poderío marítimo más todavía por la paz que por la guerra e impusiera su predominio en todos los mercados continentales, lo que en nada beneficiaba al pueblo inglés, pero permitía, en cambio, obtener enormes riquezas a la burguesía del país.

Los Estados alemanes, que sólo pensaban en su amado principio de la legitimidad, recibieron una nueva bofetada y perdieron con la paz todo lo que habían ganado en la guerra. Alemania siguió dividida en 38 Estados, cuya segmentación cerraba el paso a todo progreso interior y hacía que Francia pesase más que ella. Los Estados alemanes siguieron siendo el mejor de los mercados para los productos ingleses y un magnífico campo para que la burguesía de Inglaterra se enriqueciera. Esta clase de la sociedad inglesa se jacta a cada paso de la generosidad

con que desembolsaba enormes sumas para alimentar la guerra contra Napoleón; pero, aun admitiendo que fuera ella misma, y no el pueblo trabajador, la llamada a pagar en la realidad aquel dinero, su generosidad era muy relativa, pues de lo que se trataba era, pura y simplemente, de abrir de nuevo a sus mercancías los mercados continentales. Y el negocio fue tan ventajoso, que las ganancias obtenidas por la burguesía inglesa desde la firma de la paz, solamente en Alemania, bastarían para reponer más de seis veces aquellos desembolsos. Generosidad realmente magnífica la de esta burguesía que, después de desembolsar a título de regalo las sumas necesarias para sostener la guerra, se recobra después de lo desembolsado a razón de seis por uno. Cabe preguntarse si se habrían mostrado tan dispuestos aquellos señores a gastar el dinero de sus arcas caso de que, al terminar la guerra, se hubiese creado la situación contraria; es decir, si Alemania hubiese inundado con sus mercaderías a Inglaterra, en vez de convertirse, como se ha convertido, en presa comercial de unos cuantos capitalistas ingleses.

Lo cierto es que Alemania fue engañada a diestro y siniestro; todo el mundo la burló, pero más que nadie quienes se llamaban sus amigos y aliados. Yo, por mi parte, no tomaría esto muy a pecho, sabiendo que nos acercamos a una reorganización de la sociedad europea en la que ya no serán posibles tales ardides, de una parte, ni de otra semejante debilidad; pero me proponía, con lo dicho, demostrar dos cosas: la primera, que el fraude cometido contra los déspotas alemanes no ha beneficiado a los ingleses ni a ningún otro pueblo, sino única y exclusivamente a otros déspotas o, cuando más, a una clase especial, cuyos intereses son antagónicos a los del pueblo; la segunda, que la primera acción realizada por los déspotas alemanes, una vez restaurados, sólo sirvió para poner de manifiesto su total y absoluta incapacidad. Dicho esto, veamos el rumbo que tomaron los asuntos internos de Alemania.

Ya hemos visto quiénes fueron los elementos que aplastaron a la Revolución francesa, con ayuda del dinero inglés y de la barbarie rusa. Estos elementos aparecían divididos en dos campos: de una parte, los exaltados portavoces de la vieja sociedad "cristiano-germánica", los campesinos y la fogosa juventud, impulsados por el fanatismo de la servidumbre, de la nacionalidad, de la legitimidad y de la religión; de otra parte, los hombres sobrios y fríos de la burguesía, que "querían vivir tranquilos" para poder ganar y gastar dinero, sin verse molestados por la insolente injerencia de los grandes acontecimientos históricos. Este segundo sector se dio por satisfecho después de haber conseguido la paz y el derecho a comprar en los mercados más baratos, a tomar café sin mezcla de achicoria y a vivir al margen de todos los asuntos políticos. En cambio, los "cristiano-germanos" se convirtieron ahora en activos puntales de los gobiernos restaurados a hicieron cuanto estaba en su mano por hacer retroceder la historia hasta el año 1789. Quienes deseaban que el pueblo alcanzara algunos de los frutos de sus propios esfuerzos fueron lo bastante fuertes para trocar sus consignas en el grito de combate de 1813 pero no para convertirlas en la práctica de 1815. Lo-

graron algunas hermosas promesas, constituciones, libertad de prensa, etc., y eso fue todo. En la práctica, las cosas se dejaron cuidadosamente tal y como estaban. Se limpió de las huellas del "despotismo extranjero", dentro de lo posible, la parte de Alemania en que habían dejado su rastro los franceses y sólo conservaron sus instituciones francesas las provincias de la orilla izquierda del Rin. El Gran Elector de Hesse fue tan allá, que llegó incluso a restablecer las *coletas de sus soldados*, que las impías manos de los franceses habían tenido la osadía de cortar. En una palabra, Alemania ofrecía, al igual que los demás países, el espectáculo de una desvergonzada reacción, pero ésta se manifestaba solamente en una actitud de temor y pacatería, sin que se mostrase siquiera en aquel grado de energía con que en Italia, en Francia y en Inglaterra se daba la batalla a los principios revolucionarios.

Los distintos Estados alemanes practicaban ahora entre sí el mismo sistema de fraude al que Alemania había sido sometida en el Congreso de Viena. Para debilitar el poder de los diversos Estados, Prusia y Austria les impusieron una especie de Constituciones bastardas que menoscababan la fuerza de los gobiernos sin conferir el menor poder al pueblo ni siquiera a las clases burguesas. En Alemania, constituida en una Confederación de Estados, cuyos embajadores, delegados exclusivamente por los gobiernos, integraban la Dieta confederal, no había por qué temer que el pueblo llegara a ser demasiado fuerte, ya que todos y cada uno de los Estados se hallaban vinculados por los acuerdos de la Dieta, que eran ley para toda Alemania, sin necesidad de someterlos para ello a la aprobación de ninguna clase de asamblea representativa. Y en la Dieta confederal era cosa sobreentendida que llevaban la batuta, sin cortapisas, Prusia y Austria; simplemente con que amenazaran a los príncipes de menor cuantía con retirarles su apoyo en la lucha con sus asambleas representativas, les infundían pánico y los movían incondicionalmente a obediencia. Recurriendo a estos medios, gracias a su poder arrollador y porque eran, en realidad, los verdaderos representantes del principio del que derivaban su autoridad todos los demás príncipes alemanes, lograron Prusia y Austria imponerse como los regentes absolutos de Alemania. Lo que pudiera hacerse o suceder en cualquiera de los pequeños Estados carecía en la práctica de eficacia. Las luchas entabladas por la burguesía liberal permanecían estériles, mientras quedaran circunscritas a los pequeños Estados del Sur de Alemania; para que cobrasen importancia, era necesario que la burguesía de Prusia despertara de su letargo. Y como sería difícil afirmar que Austria forme parte del mundo civilizado, ya que se limita a vegetar tranquilamente bajo su paternal despotismo, tenemos que es Prusia el Estado alrededor del cual gira como en torno a su centro la moderna historia de Alemania y que, por tanto, puede considerarse como el barómetro para pulsar los movimientos de la opinión pública.

Después del derrocamiento de Napoleón vivió el rey de Prusia algunos de sus años más venturosos. Cierto que por todas partes lo engañaban. Lo había engañado Inglaterra, lo había engañado Francia y lo

engañaban a cada paso y a todas horas sus mismos amigos amadísimos, el emperador de Austria y el zar de Rusia; pero él, llevado de las efusiones de su corazón, ni siquiera lo advertía: no podía caberle en la cabeza la posibilidad de que hubiera en el mundo bribones de esa ralea, capaces de engañar a Federico Guillermo III "el Justo". Se hallaba feliz. Napoleón había sido derrocado. *Ya no sentía miedo.* Insistió en el artículo 13 del Acta Federal Alemana,[197] en el que se prometía una Constitución para cada Estado. Insistía en otro artículo de la misma Acta sobre la libertad de prensa. Más aún, el 22 de mayo de 1815 lanzó, incluso, una proclama que comenzaba con estas palabras, en las que se mezclaban prodigiosamente su jubiloso sentimiento de dicha y su arrogancia de sargento: "*¡Se creará una representación popular!*" El siguiente paso consistió en ordenar que se creara una comisión encargada de elaborar una Constitución para su pueblo. Y todavía en 1819, cuando ya se daban en Prusia síntomas revolucionarios, cuando la reacción hacía estragos en toda Europa y había alcanzado su máxima madurez el fruto glorioso del Congreso, hubo de declarar el monarca prusiano que en lo sucesivo no se decretaría ningún empréstito público sin el consentimiento de las futuras asambleas representativas del reino.

Desgraciadamente, este periodo de dicha no habría de durar mucho tiempo. El miedo a Napoleón no tardó en ser desplazado en el ánimo del monarca por el *miedo a la revolución.* Pero de esto hablaré en mi siguiente carta.

Solamente dos palabras me restan para poner fin a ésta. Cuando en cualquier reunión democrática inglesa se propone un brindis en honor de los "patriotas de todos los países", podemos estar seguros de que figura entre ellos Andreas Hofer. Ahora bien, después de todo lo que he dicho acerca de los enemigos de Napoleón en Alemania, ¿podemos considerar el nombre de Hofer digno de figurar entre los aclamados por los demócratas? Hofer era un aldeano estúpido, ignorante y fanático, cuyo entusiasmo no era otro que el entusiasmo de la Vendée,[198] el entusiasmo por "la Iglesia y el emperador". Es verdad que luchó valerosamente, como pelearon también con bravura los de la Vendée contra los republicanos. Pero, ¿por qué luchó? Por el despotismo paternal de Viena y de Roma. Pedimos a los demócratas ingleses que, por el honor del pueblo alemán, dejen en paz de aquí en adelante al beato Andreas Hofer. Alemania puede ostentar mejores patriotas que él. ¿Por qué, si se quiere honrar a alguno, no citar el nombre de Thomas Münzer, la famosa figura que acaudilló la insurrección campesina de 1525 y que era, éste sí, un verdadero demócrata, en la medida en que podía serlo alguien, en aquel tiempo? ¿Por qué no ensalzar a Georg Forster, el Thomas Paine alemán, quien hasta el último momento apoyó en París la Revolución francesa en contra de todos sus connacionales y murió en el cadalso? ¿U otra multitud de nombres de alemanes que lucharon por realidades, y no por ilusiones?

Fines de octubre de 1845.

## *Carta III*

[*The Northern Star*, núm. 438,
4 de abril de 1846]

Al Redactor del *Northern Star*.

Estimado señor:

Realmente, debo disculparme con usted y con sus lectores por haber dejado transcurrir tanto tiempo sin reanudar la serie de cartas que estoy escribiendo para este periódico acerca del tema que figura a la cabeza. Sin embargo, puede usted estar seguro de que solamente la necesidad de consagrar unas cuantas semanas exclusivamente al movimiento alemán ha podido apartarme de la grata tarea que he asumido de informar a la democracia inglesa acerca de la situación imperante en mi propio país.

Tal vez sus lectores recordarán más o menos las afirmaciones contenidas en mi primera y segunda cartas. Exponía en ellas cómo, desde 1792 hasta 1813 se vieron afectadas en su raíz por la acción de los ejércitos franceses las viejas y putrefactas condiciones reinantes en Alemania: cómo Napoleón fue derrocado por la alianza sellada entre los *señores feudales* o aristócratas y los *burgueses* o clases medias industriales de Europa; cómo, en los tratados de paz subsiguientes, los príncipes alemanes fueron engañados por sus aliados e incluso por la Francia vencida; cómo surgieron la Confederación alemana y la situación política actualmente reinante en Alemania, y cómo Prusia y Austria, induciendo a los Estados menores a otorgar Constituciones, se convirtieron en los dueños y señores exclusivos de Alemania. Dejando a un lado a Austria. país semibárbaro, llegamos a la conclusión de que es Prusia el campo de batalla en el que, en definitiva, habrá de ventilarse la futura suerte de Alemania.

Decíamos en nuestra carta anterior que Federico Guillermo III, rey de Prusia, después de sobreponerse al miedo a Napoleón y de vivir un par de años felices, curado del miedo, encontró otro fantasma que le infundía terror: "la revolución". Veremos ahora de qué modo se introdujo "la revolución" en Alemania.

A partir de 1815, después del derrocamiento de Napoleón, que, como reiteradamente hemos puesto de manifiesto, los reyes y aristócratas de la época identificaron totalmente con el aplastamiento de la Revolución francesa, de *la* revolución sin más, como ellos la llamaban, empuñaba las riendas del poder en todas partes el partido contrarrevolucionario. Los aristócratas feudales gobernaban en todos los gabinetes, desde Londres hasta Nápoles y desde Lisboa hasta San Petersburgo. Pero la burguesía, que había pagado los gastos de la operación y había ayudado a realizarla, reclamaba su participación en el poder. A la burguesía no le inte-

resaba, ni mucho menos, que se impusieran y ocuparan el primer plano los gobiernos restaurados. Lejos de imponerse los intereses de la burguesía, por todas partes se veían postergados e incluso abiertamente desconocidos. La votación en 1815 de la ley inglesa sobre el trigo [199] es el ejemplo más palmario de un hecho común a toda Europa; y eso que la burguesía, en Inglaterra, era más fuerte ahora que en cualquiera otra época anterior. Por doquier se habían desplegado el comercio y las manufacturas, incrementando la riqueza de la bien cebada *burguesía*; su creciente prosperidad manifestábase en su creciente espíritu especulativo y en su progresiva demanda de confort y artículos de lujo. No era posible, por tanto, que la burguesía se resignara calladamente a verse gobernada por una clase que venía rodando por el camino de la decadencia desde hacía varios siglos y que había podido retornar momentáneamente al poder gracias precisamente a la burguesía. La lucha entre la burguesía y la aristocracia era inevitable, y comenzó casi al día siguiente de la paz.

La burguesía debe su poder exclusivamente al dinero, razón por la cual sólo puede elevarse al poder político convirtiendo el dinero en criterio único y determinado de calificación de una legislación de su país. Por ello, tiene necesariamente que convertir todos los privilegios feudales y todos los monopolios políticos de las épocas pasadas en el único gran privilegio y monopolio del *dinero*. De ahí que la dominación política de las clases burguesas se manifieste bajo una forma esencialmente *liberal*. Estas clases destruyen todas las viejas diferencias entre los diversos estamentos coexistentes dentro de un país, todos los privilegios y franquicias arbitrarios; se ven obligados a erigir el principio electoral en base de gobierno, a reconocer la igualdad como principio, a emancipar la prensa de las trabas de la censura monárquica y a instituir el tribunal del jurado, para desembarazarse de la clase de los jueces, como clase especial, que forma un Estado dentro del Estado. Hasta aquí, los burgueses pueden pasar perfectamente por demócratas. Pero todas estas reformas son implantadas por ellos solamente en cuanto los anteriores privilegios personales y hereditarios se ven sustituidos en su conjunto por el privilegio único del *dinero*. De este modo, el principio electoral queda suplantado por el censo de la propiedad, que equivale a reservar a las clases burguesas el derecho de elegir y ser elegido. Por donde la libertad se ve de nuevo eliminada, reducida a la simple "libertad ante la ley", lo que no significa otra cosa que la igualdad a despecho de la desigualdad de ricos y pobres, la igualdad dentro de los límites de la fundamental desigualdad existente; lo que equivale, para decirlo de otro modo, simplemente a bautizar la *desigualdad* con el nombre de igualdad. La libertad de prensa, por ejemplo, es de por sí un privilegio burgués, pues la imprenta requiere *dinero* y compradores para el papel impreso, que, a su vez, necesitan tener dinero para pagarlo. Como es también un privilegio burgués el tribunal del jurado, ya que se vela cuidadosamente por evitar que en los bancos de los jurados se sienten quienes no estén consideradas como "personas respetables".

He considerado necesario hacer estas pocas observaciones en torno al problema del gobierno burgués, para ilustrar dos hechos. El primero es que en el periodo de 1815 a 1830 el movimiento esencialmente democrático de las clases trabajadoras permaneció más o menos supeditado en todos los países al movimiento liberal de la *burguesía*. El pueblo trabajador, a pesar de representar un grado de progreso más alto que la burguesía, no alcanzaba a reconocer todavía la total diferencia que mediaba entre liberalismo y democracia, entre la emancipación de las clases burguesas y la de las clases trabajadoras; no podía llegar a reconocer la diferencia entre la libertad del *dinero* y la libertad del *hombre*, antes de que se liberase políticamente el dinero, antes de que la burguesía se convirtiera en clase dominante exclusiva. He ahí por qué los manifestantes de Peterloo no pedían solamente el sufragio universal, sino que reclamaban también la derogación de la ley sobre el trigo; de ahí que los proletarios de París lucharan en 1830, como los de Londres amenazaron luchar en 1831, por los intereses políticos de la *burguesía*. La burguesía era en todas partes de 1815 a 1830, el sector más poderoso del partido revolucionario, del que salían, por tanto, los dirigentes de éste. Las clases trabajadoras constituyen, necesariamente, un instrumento en manos de la burguesía, mientras ésta es *por sí misma* una clase *revolucionaria* o progresiva. Y a ello se debe el que, en este caso, el movimiento específico de las clases trabajadoras revista siempre una importancia puramente secundaria. Pero, desde el momento mismo en que la burguesía adquiere el poder político total; desde el momento en que todos los intereses feudales y aristocráticos se vienen a tierra ante el poder del *dinero*; desde el momento en que la burguesía *deja* de ser una clase progresiva y revolucionaria, para convertirse en una fuerza estacionaria, la clase obrera asume la dirección, y su movimiento se convierte en *movimiento nacional. Si hoy se derogaran las leyes sobre el trigo, la Carta se convertiría mañana en la cuestión cardinal de Inglaterra, el movimiento cartista cobraría mañana mismo la fuerza, la energía, el entusiasmo y la perseverancia que constituyen la garantía del éxito.*

El segundo hecho que yo quería ilustrar con unas cuantas observaciones acerca del gobierno burgués se refiere exclusivamente a Alemania. Los alemanes son una nación de gentes teóricas, poco versadas en la práctica; ello explica por qué aceptaron como verdades sagradas las argucias usuales preconizadas por la burguesía francesa e inglesa. Las clases burguesas alemanas se daban por contentas con que les dejaran tranquilamente explotar su pequeño negocio privado, que resultó ser demasiado "de vía estrecha". Donde quiera que se les otorgaba una Constitución se jactaban de su libertad, pero procurando no entrometerse apenas en los negocios políticos del Estado; y donde no gozaban de libertad alguna sentíanse satisfechos de no tener que molestarse en elegir diputados y leer sus discursos. El pueblo trabajador no contaba con aquella gran palanca que en Francia e Inglaterra lo había puesto sobre sus pies —las grandes manufacturas— ni con su consecuencia obligada, que era la dominación de la burguesía. De ahí que se mantuviera tran-

quilo. Por su parte, los campesinos se sentían oprimidos en las partes de Alemania en que las modernas instituciones francesas habían sido de nuevo suplantadas por el viejo *régimen* feudal, pero este descontento necesitaba para estallar en una rebelión abierta, otro acicate. De ahí que el partido revolucionario alemán, de 1815 a 1830, estuviera formado solamente por *teóricos*. Se reclutaba en las universidades y militaban en él exclusivamente estudiantes.

Se había reputado imposible introducir de nuevo en Alemania el viejo sistema de 1789. Las nuevas circunstancias de los tiempos obligaron a los gobiernos a implantar un sistema nuevo, peculiar de Alemania. La aristocracia estaba dispuesta a gobernar, pero era demasiado débil; la burguesía no tenía ganas de gobernar ni sentía la fuerza necesaria para ello; pero ambas clases juntas eran lo bastante fuertes para mover al gobierno a hacer ciertas concesiones. De ahí que la forma de gobierno fuese una especie de monarquía bastarda. La Constitución sirvió, en algunos Estados, para crear una apariencia de garantía a que podían acogerse la burguesía y la aristocracia; en los demás existía con carácter general un gobierno *burocrático*, es decir, una monarquía que, al parecer, garantiza los intereses de la burguesía mediante una buena administración, pero una administración encabezada por aristócratas y cuyas actividades se mantienen, dentro de lo posible, recatadas a los ojos del público. Resultado de ello es el nacimiento de una clase especial de funcionarios administrativos, en cuyas manos se concentra el poder principal y que se mantiene en oposición frente a todas las otras clases.

Pero esta forma de gobierno no satisfacía ni a los "aristócratas", "germano-cristianos", "románticos", "reaccionarios", ni a los "liberales". Por esta razón, se aliaron en contra de los gobiernos y fundaron las corporaciones estudiantiles secretas. De la fusión de estas dos sectas —pues no se las puede llamar partidos— surgió aquella camarilla de liberales bastardos que en sus ligas secretas soñaban con un emperador alemán adornado de corona y cetro, revestido de púrpura y con todos los demás aditamentos de la pompa mayestática, sin olvidar una larga barba roja o gris, y rodeado de unas cortes estamentales en las que aparecerían lindamente separados el clero, la nobleza, los burgueses y los campesinos. Era la más grotesca mezcla de feudal brutalidad y moderno fraude burgués que concebirse pueda. Pero cabalmente lo que cumplía a aquellos estudiantes, quienes necesitaban entusiasmarse a toda costa, con lo que fuese y a costa de lo que fuera. Sin embargo, estas ridículas mascaradas, unidas a las revoluciones que estallaron en España, Portugal e Italia,[200] a las acciones de los carbonarios en Francia [201] y a los movimientos de reforma en Inglaterra,[202] infundieron tal pánico a los monarcas, que éstos llegaron a perder la razón. Federico Guillermo III tenía ahora su fantasma, "la revolución", nombre bajo el cual se agrupaban y resumían todos estos diversos movimientos, en parte y a veces contradictorios entre sí.

Un cierto número de encarcelamientos y procesos sumarios ahogaron esta "revolución" en Alemania; las bayonetas francesas en España y las

austriacas en Italia aseguraron por poco tiempo la superioridad de los monarcas legítimos y los derechos divinos. Durante algún tiempo, la Santa Alianza salvaguardó incluso el derecho divino del Gran Turco a colgar y descuartizar a sus súbditos griegos; pero este caso era demasiado flagrante, y al cabo los griegos fueron autorizados a evadirse del yugo de los turcos.[203]

Por último, los tres días de París[204] dieron la señal para una explosión general del descontento de la burguesía, de la aristocracia y del pueblo en toda Europa. La revolución aristocrática de Polonia[205] fue sofocada; las clases burguesas de Francia y Bélgica lograron asegurarse el poder político; la burguesía inglesa alcanzó también esta meta, gracias a la ley de reformas;[76] fueron ahogadas las insurrecciones de Italia, en parte sostenidas por el pueblo, en parte burguesas y en parte nacionales. En Alemania, numerosos movimientos e insurrecciones proclamaron una nueva era de agitación popular y de agitación burguesa.

El nuevo y violento carácter de la agitación liberal mantenida en Alemania de 1830 a 1834 ponía de manifiesto que las clases burguesas habían tomado ahora el asunto en sus manos. Sin embargo, como Alemania se hallaba escindida en numerosos Estados y cada uno o casi cada uno de ellos tenía sus aduanas y sus aranceles, estos movimientos no se hallaban ni podían hallarse informados por una comunidad de intereses. La burguesía alemana quería llegar a ser políticamente libre, no para arreglar los asuntos públicos en consonancia con su *interés*, sino porque se avergonzaba de ocupar una posición tan servil, con respecto a los franceses y los ingleses. Su movimiento requería la base sustancial que había asegurado el éxito del liberalismo en Francia e Inglaterra; su interés por el asunto tenía mucho más de teórico que de práctico; era la suya, sobre poco más o menos, lo que se llama una actitud desinteresada. Los *burgueses* de Francia en 1830 distaban mucho de eso. Laffitte dijo, al día siguiente de la revolución: "Ahora, gobernaremos nosotros, los banqueros"; y así lo siguen haciendo, en efecto, hasta el día de hoy. También la burguesía inglesa sabía perfectamente lo que quería, al implantar el censo de diez libras esterlinas. Pero las clases burguesas alemanas estaban formadas, como queda dicho, por negociantes de vía estrecha, admiradores de la "libertad de prensa" y del "tribunal del jurado", de las "garantías constitucionales para el pueblo", de los "derechos del pueblo", la "representación popular" y otras cosas por el estilo, en las que veían fines y no medios, todo lo cual hacía que tomasen las sombras por realidades y no obtuviesen absolutamente nada. Sin embargo, este movimiento de la burguesía fue suficiente para poner en práctica varias docenas de revoluciones, dos o tres de las cuales alcanzaron algunos éxitos: una gran cantidad de mítines, una avalancha de charlatanería y elocuencia periodística y el comienzo debilísimo de un movimiento democrático entre los estudiantes, los obreros y los campesinos.

No entraré aquí en los detalles, bastante fatigosos, de este charlatanesco y estéril movimiento. Donde quiera que se lograba algo impor-

tante, como ocurrió en Baden con la libertad de prensa, intervenía la Dieta confederal y ponía fin al asunto. Toda la farsa terminó con una repetición de las detenciones sumarias de los años 1819 y 1823 y con una coalición secreta de todos los príncipes alemanes, formada en 1834 por acuerdo de una conferencia de delegados en Viena, para poner coto a cualquier ulterior progreso del liberalismo. Los acuerdos de esta conferencia se han hecho públicos hace algunos años.[206]

Desde 1834 hasta 1840 desapareció en Alemania todo movimiento político. Los agitadores de aquellos años fueron encarcelados o se diseminaron por el extranjero, a donde se vieron obligados a huir. La lucha contra la censura, cada día más rigurosa y contra la creciente apatía e indiferencia de las clases burguesas fue llevada adelante ahora por quienes durante los tiempos de la agitación no se habían desprendido de su timidez burguesa. Los dirigentes de la oposición parlamentaria seguían pronunciando sus discursos en las Cámaras, pero los gobiernos encontraban los medios y caminos necesarios para asegurarse los votos de las mayorías. No se deparó ocasión alguna para poner en pie en Alemania un movimiento público, cualquiera que él fuese; los gobiernos hacían y deshacían a su antojo.

Las clases burguesas de *Prusia* no tomaron apenas parte alguna en todos estos movimientos. Por su parte, el pueblo trabajador manifestaba su descontento en numerosas revueltas a lo largo de todo el país, pero estas acciones carecían de un fin determinado y resultaban, por tanto, perfectamente estériles. La apatía de los prusianos representaba la fuerza más poderosa de la Confederación alemana. Esa apatía ponía de manifiesto que aún no había llegado, en Alemania, la hora para un movimiento general de la burguesía.

En mi siguiente carta[c] pasaré a hablar del movimiento de los seis últimos años, siempre y cuando logre reunir los materiales necesarios para caracterizar el espíritu de los gobiernos alemanes a la luz de algunos de sus propios hechos, comparados con los cuales los llevados a cabo por el noble ministro del Interior de Inglaterra resultan inocentes y de una pureza angelical.[207]

20 de febrero de 1846.

Un corresponsal de Alemania.

c Esta carta no llegó a redactarse.

# HISTORIA DE LAS LEYES INGLESAS SOBRE EL TRIGO

[*Telegraph für Deutschland*, núm. 193,
diciembre de 1845]

Hasta mediados del siglo pasado, Inglaterra exportaba casi todos los años cereales y muy rara vez necesitaba importar del extranjero este grano. Pero la cosa cambia a partir de aquel momento. De una parte, el precio del trigo, necesariamente bajo aquellas condiciones, y de otra los elevados precios de la carne hicieron que muchas tierras de labranza se convirtieran en terrenos de pastos, en tanto que la industria y con ella el censo de la población, mediante el invento de importantes máquinas, experimentaban un auge hasta entonces desconocido.

De este modo, Inglaterra se vio obligada primero a renunciar a sus exportaciones de trigo y luego a importar ella misma grano del extranjero. La guerra contra Francia, mantenida a lo largo de veinticinco años, durante la revolución, entorpeció las importaciones y obligó a Inglaterra a atenerse en mayor o menor medida a los productos de su propio suelo. Estos obstáculos que la guerra oponía a la importación equivalían en cuanto a sus efectos a los aranceles protectores. Los precios del trigo aumentaron y aumentó también la renta de la tierra, en la mayoría de los casos al doble y en ocasiones hasta quintuplicar el importe anterior.

Consecuencia de ello fue que volvieran a dedicarse al cultivo cerealista una gran parte de las tierras recientemente convertidas en pastizales. Gracias a este incremento de sus rentas, los propietarios de tierras de Inglaterra —que, dicho sea de paso, vienen a ser como unos doscientos lores y unos 60 000 *sires* y *squires* sin aquel título de nobleza— viéronse inducidos a una vida disipada y a un pugilato de lujo que ya no bastaban a cubrir sus rentas, por mucho que éstas hubiesen aumentado. Las fincas se cargaron rápidamente de deudas.

Al eliminarse los obstáculos con que tropezaban las importaciones, después de la paz de 1814, bajaron los precios del trigo y los arrendatarios no podían ya realizar el costo de producción de su grano debido a las elevadas rentas. Para salir de esta situación, no había más que dos soluciones. O los terratenientes rebajaban sus rentas o se sustituían los aranceles protectores que hasta ahora habían venido rigiendo, de hecho, por otros aranceles reales y efectivos. Como es natural, los terratenientes, que, además de dominar la Cámara de los Lores y el gobierno, disponían (antes de la ley de reformas) de un poder casi ilimitado en la Cámara de los Comunes, optaron por la segunda solución e implantaron, en 1815, las leyes sobre el trigo, en medio de los clamores de pro-

testa de las clases medias y del pueblo, que en aquel entonces marchaba todavía detrás de ellas, y bajo la protección de las bayonetas.

La primera ley sobre el trigo, la de 1815, prohibía categóricamente la importación de grano, mientras el precio del trigo en Inglaterra se cotizara por debajo de 80 chelines el *quarter*. Podría importarse libremente trigo si el precio excedía de este precio o a partir de él. Esta ley no respondía a los intereses de la población industrial ni a los de la población agrícola, y por esta razón, siete años más tarde, se introdujo en ella una modificación. Sin embargo, esta modificación no llegó a ponerse en práctica, porque en los años siguientes los precios del trigo se mantuvieron constantemente bajos, sin alcanzar nunca la altura necesaria para que pudiera importarse trigo del extranjero.

A pesar de las reformas introducidas en la ley y de las investigaciones llevadas a cabo por varios comités parlamentarios, los arrendatarios seguían sin poder cubrir su costo de producción, hasta que, por último, Huskisson y Canning inventaron la famosa *Sliding-scale*[74] elevada luego a ley por sus sucesores en el ministerio. Con arreglo a esta escala, la tasa de importación aumentaba al bajar el precio del trigo en el país y disminuía al subir. De este modo, se trataba de asegurar al arrendatario inglés un precio tan alto y constante para su trigo que le permitiera satisfacer cómodamente la elevada renta del suelo. Pero tampoco esto sirvió de nada. El sistema hacíase cada vez más insostenible, las clases medias, que desde la ley de reformas dominaban la Cámara de los Comunes, oponíanse cada día más enérgicamente a las leyes cerealistas y sir Robert Peel se vio obligado a rebajar los aranceles protectores, ya un año antes de su entrada en el ministerio.

Entre tanto, la oposición contra las leyes sobre el trigo habíase organizado. La clase media industrial, a la que el encarecimiento del trigo había obligado a subir los salarios a sus obreros, se decidió a poner toda la carne en el asador para acabar a todo trance con estas leyes que tanto aborrecía y que eran el último vestigio del viejo imperio de los intereses agrícolas, a la par que facilitaban al extranjero la competencia con la industria inglesa.

A fines del año 1838, algunos de los fabricantes más poderosos de Manchester crearon una asociación contra las citadas leyes que no tardó mucho tiempo en extenderse por los contornos y en otras zonas fabriles bajo el nombre de Liga Anticerealista,[73] procediendo a abrir suscripciones, a fundar un periódico (el *Anti-Bread-Tax Circular*),[208] a enviar de un lado a otro oradores pagados para tomar parte en los actos públicos y a emplear todos los recursos de agitación usuales en Inglaterra para la consecución de su fin. Durante los primeros años de su existencia, que coincidieron con un periodo cuatrienal de paralización de los negocios, la Liga mantuvo una actuación sumamente violenta. Pero, a comienzos del año 1842, al trocarse la paralización en una manifiesta crisis comercial que precipitó a la clase obrera del país en la miseria más pavorosa, se lanzó a una labor de agitación resueltamente revolucionaria. Eligió como divisa la frase del profeta Jeremías: "Los golpes de la espada

son menos terribles que los golpes que descarga el hambre". El periódico de la Liga invitaba al pueblo, con palabras inequívocas, a sublevarse y amenazaba a los terratenientes con "la pica y la tea incendiaria". Los agitadores ambulantes de la Liga recorrían todo el país, predicando en un lenguaje que en nada desmerecía del empleado por el periódico. Celebrábase mítin tras mítin, llovían sobre el parlamento petición tras petición y, al inaugurar sus sesiones, se reunió muy cerca del parlamento un congreso paralelo de diputados de la Liga. Y cuando, a pesar de toda esta agitación, Peel se negó a derogar las leyes cerealistas, limitándose a modificarlas, el congreso de la Liga formuló la siguiente declaración:

"El pueblo no tiene ya nada que esperar del gobierno; sólo debe confiar en sí mismo; es necesario paralizar de una vez por todas los resortes de la máquina de gobierno; ha terminado la hora de hablar y comenzado la hora de obrar; hay que esperar que el pueblo no vuelva a verse condenado al hambre en beneficio de una aristocracia ociosa, y si todos los demás recursos fracasan, sólo hay un medio para obligar al gobierno a ceder: lanzar al pueblo" (declaraba este congreso de representantes de los primeros fabricantes y funcionarios municipales de las grandes ciudades fabriles del país) "a los distritos agrícolas donde se ha engendrado todo el pauperismo; pero el pueblo no deberá presentarse allí como un tropel de *paupers* desamparados, sino como una fuerza dispuesta a alojarse en los cuarteles de un enemigo mortal."

El gran recurso de los fabricantes, mediante el cual proyectaban reunir en veinticuatro horas una asamblea de 500 000 hombres en el hipódromo de Manchester y poner en pie una insurrección contra las leyes sobre el trigo era el *cierre de las fábricas.*

[*Telegraph für Deutschland,* núm. 194, diciembre de 1845]

En julio, comenzaron a mejorar los negocios. Aumentaron los pedidos y los fabricantes comprendieron que la crisis se arercaba a su fin. El pueblo, sin embargo, seguía agitando y la miseria cundía por doquier; si había de hacerse algo, no había tiempo que perder. De pronto, un fabricante de Stalybridge, en un momento en que, al mejorar las ventas, era de esperar un alza de salarios, rebajó los jornales de sus obreros, obligándolos a lanzarse a la huelga a defender sus ya bajos salarios. Los obreros, a quienes se daba de este modo la señal para la insurrección, pararon todas las fábricas de la ciudad y sus contornos, sin encontrar para ello grandes dificultades, pues los fabricantes (todos ellos patrones afiliados a la *Anti-Corn-Law League*), en contra de su costumbre, les facilitaron la tarea. Se celebraron mítines obreros presididos por los mismos propietarios de las fábricas, con el fin de atraer la atención del pueblo hacia las leyes sobre el trigo.

El 9 de agosto de 1842, cuatro días después del comienzo de la in-

surrección, los obreros marcharon sobre Manchester, donde no encontraron la menor resistencia, y pararon todas las fábricas del distrito. El único fabricante que les hizo frente fue un elemento conservador, enemigo de la Liga. La insurrección se extendió a todos los distritos fabriles, sin que en parte alguna le opusieran resistencia las autoridades municipales (de las que, como es sabido, depende *todo* en Inglaterra, en semejantes casos), todas ellas miembros de la Liga contra las leyes cerealistas.

Hasta aquí, *todo* iba a pedir de boca para la Liga. Solamente en un punto habían fallado sus cálculos. El pueblo, al que ellos habían empujado a la insurrección para imponer la derogación de las leyes sobre el trigo, no se preocupaba en lo más mínimo de estas leyes. Reclamaba, en cambio, dos cosas: los salarios de 1840 y la Carta del Pueblo.[71]

Al darse cuenta de esto, la Liga se volvió en contra de sus aliados. Todos sus miembros se juramentaron para enrolarse como alguaciles especiales y formaron un nuevo ejército destinado a reprimir la insurrección, al servicio del gobierno a quien consideraban como enemigo. Pronto se puso fin, así, a la involuntaria insurrección popular, que no estaba preparada para esto. Las leyes sobre el trigo siguieron en vigor y tanto la clase media como el pueblo se enriquecieron con una enseñanza más.

La Liga, queriendo aportar una prueba palmaria de que el fracaso de la insurrección no le había asestado un golpe mortal, abrió en 1843 una nueva y grandiosa campaña pidiendo a sus miembros que reuniesen entre todos un fondo de 50 000 libras esterlinas para sus atenciones, suma que lograron con creces en el plazo de un año. Pronto reanudó sus actividades de agitación, pero no tardó en verse obligada a buscarse un nuevo público.

No cesaba de jactarse de que, a partir de 1843, ya no tenía nada que hacer en los distritos fabriles y podía concentrarse en las zonas agrícolas. Pero la cosa tenía un cariz muy distinto. Después de la insurrección de 1842, la Liga ya no podía celebrar asambleas públicas en los distritos fabriles sin verse literalmente insultada y golpeada por el pueblo, furioso por la infame traición de que había sido objeto, y sin que sus oradores se viesen ignominiosamente arrojados de la tribuna. Por eso se veía obligada, si quería difundir sus doctrinas, a ir a las regiones agrícolas del país. Y hay que reconocer que aquí sí contrajo algunos méritos, al provocar entre los arrendatarios una especie de sentimiento de vergüenza por la supeditación en que hasta entonces los habían tenido los terratenientes y al hacer a la clase agraria accesible a los intereses generales, rompiendo su aislamiento.

En 1844, animada por el éxito de las colectas anteriores, suscribió una nueva contribución por un total de 100 000 libras esterlinas. Al día siguiente, se reunieron en Manchester los fabricantes y aportaron en media hora 12 000 libras. En noviembre de 1844 se habían juntado 82 000 libras esterlinas, de las que se habían gastado ya 57 000. Y, pocos meses después, inauguraron en Londres una exposición que habría de aportar también grandes sumas a la Liga.

Si indagamos cuáles son los motivos de este colosal movimiento que desde Manchester se ha extendido por toda Inglaterra y que ha arrastrado a la mayoría de la clase media, pero que —lo repetimos— no ha despertado ni un átomo de simpatía entre la clase obrera, vemos en él que se destaca, en primer lugar, el interés privado de la clase media industrial y comercial de la Gran Bretaña. Se trata, para esta clase, de un sistema de la más grande importancia, que le asegura para toda una eternidad, o así al menos lo cree ella, el monopolio mundial del comercio y la industria, al permitirle abonar salarios tan bajos como los pagados por sus competidores, y aprovecharse de todas las ventajas que supone para Inglaterra una delantera de ochenta años en la explotación de la moderna industria. Desde este punto de vista, pues, es solamente la clase media, pero no el pueblo, quien se beneficia con la derogación de las leyes sobre el trigo.

En segundo lugar, vemos que la clase media reclama esta medida como una ley complementaria de la ley de reformas. Esta ley, que introdujo el censo electoral y abolió los viejos privilegios electorales de determinados individuos y corporaciones, llevó al poder, en principio, a la clase media adinerada; pero, en realidad, siguió teniendo una importante supremacía en el parlamento la clase de los terratenientes, que *directamente* enviaba a él 143 representantes por los condados e *indirectamente* a casi todos los diputados de las pequeñas ciudades, aparte de los representantes *tories* de las ciudades grandes. Esta mayoría en favor de los intereses agrarios llevó a *Peel* y a los *tories* al gabinete en 1841.

La derogación de las leyes sobre el trigo asestaría el golpe de gracia al poder de los terratenientes en la Cámara de los Comunes y, con ello, de hecho, en toda la legislatura. Proclamaría la potencia suprema del capital en Inglaterra, pero al mismo tiempo sacudiría en sus cimientos a la Constitución inglesa; despojaría a una parte esencial del cuerpo legislativo, es decir, a la aristocracia de la tierra, de toda riqueza y de todo poder y ejercería así una influencia sobre el porvenir de Inglaterra mayor que muchas otras medidas de carácter político. Pero también por este lado llegamos a la conclusión de que la derogación de las leyes cerealistas no aportaría al pueblo beneficio alguno.

# LA FIESTA DE LAS NACIONES, EN LONDRES

*(Fiesta en homenaje a la proclamación de la República francesa, el 22 de septiembre de 1792)*[209]

[*Rheinische Jahrbücher zur gesellschaftlichen Reform*, 1846, t. II, pp. 1-19]

"¿Qué nos interesan las naciones? ¿Qué nos interesa la República francesa? ¿No hace ya mucho tiempo que tenemos un concepto de lo que son las naciones, que cada una de ellas ocupa el lugar que le hemos asignado, que hemos colocado a los alemanes en la casilla teórica, a los franceses en la casilla política y a los ingleses en la de la sociedad civil? ¡Y sobre todo, la República francesa! ¿Qué hay que festejar en una fase de desarrollo superada desde hace ya mucho tiempo y que se ha cancelado a través de sus propias consecuencias? Si quieres informarnos de algo acerca de Inglaterra, procura hablarnos más bien de la última fase en que ha entrado el principio socialista, cuéntanos si el unilateral socialismo inglés sigue todavía resistiéndose a ver cuán por debajo se halla de nuestra altura en el terreno de los principios y cómo sólo puede aspirar a representar un *momento*, que es, concretamente, un momento ya superado."

¡Despacio, despacio mi querida Alemania! Las naciones en general y en particular la República francesa nos interesan muchísimo.

La confraternización de las naciones llevada a cabo hoy en todas partes por obra del partido extremo, proletario, frente al viejo egoísmo nacional nacido de la naturaleza y al hipócrita cosmopolitismo egoísta privado de la libertad de comercio, vale más que todas las teorías alemanas sobre el socialismo verdadero.

La confraternización de las naciones bajo la bandera de la *moderna democracia*, emanada de la Revolución francesa y desarrollada en el seno del comunismo francés y del cartismo inglés, demuestra que las masas y sus representantes saben mejor por qué suenas las campanas de las teorías de los alemanes.

"Pero, ¡no se trata para nada de eso! ¿Quién habla aquí de la confraternización 'llevada a cabo' etc., o de la democracia 'emanada' etc.? Nosotros hablamos de la confraternización de las naciones en sí y de por sí, de *la* confraternización de las naciones, de *la* democracia, de la democracia pura y simple, de la democracia *en cuanto tal*. ¿Es que te has olvidado de Hegel?"

"Nosotros no somos romanos; fumamos tabaco."[210] No hablamos del movimiento antinacional que *ahora* se desarrolla en el *mundo*; hablamos de la superación de las nacionalidades que se lleva a cabo en nuestras

cabezas por medio del pensamiento puro, con ayuda de la fantasía y a espaldas de los hechos. No hablamos de la democracia *real* hacia la que marcha toda Europa y que es una democracia muy especial, distinta de todas las democracias anteriores; hablamos de otra democracia muy diferente, que representa el promedio de la griega, la romana, la americana y la francesa, en una palabra, del *concepto* de la democracia. No hablamos de las *cosas* que pertenecen al siglo XIX y que son malas y perecederas; hablamos de las categorías, que son eternas y que ya existían "antes de que hubiesen brotado las montañas". En resumen, no hablamos de lo que hablamos, sino de algo completamente distinto.

Para expresarlo en pocas palabras: cuando hoy se habla, entre ingleses y franceses o entre los alemanes que participan del movimiento práctico y no son puros teóricos, de democracia y de confraternización de las naciones, no se piensa en nada meramente político. Semejantes fantasías sólo se dan en las cabezas de los teóricos alemanes y de unos cuantos extranjeros que no cuentan. En realidad, estas palabras tienen ahora un sentido social que borra su significado político. Ya la misma revolución era algo muy distinto de la lucha por tal o cual forma de gobierno, como tantas gentes se lo representan hoy en Alemania. El enlace de la mayoría de las insurrecciones de aquel tiempo con el azote del hambre, la importancia que se daba ya a partir del año 1789 al suministro de víveres a la capital y a la distribución de las subsistencias, la tasa máxima, y las leyes contra la acaparación de víveres, el grito de guerra de los ejércitos revolucionarios: "*Guerre aux palais, paix aux chaumières!*",[a] el testimonio de la Carmagnole,[211] según la cual los republicanos debían tener, además *du fer*,[b] *du coeur*[c] y *du pain*,[d] y cien detalles más harto conocidos revelan por sí solos, sin necesidad de entrar a fondo en una investigación de los hechos, que la democracia de aquel tiempo era algo muy distinto de una organización puramente política. Por lo demás, sabido es que la Constitución de 1793[212] y el terrorismo partieron de la iniciativa del partido que se apoyaba en el enfurecido proletariado, que el derrocamiento de Robespierre significó la victoria de la burguesía sobre los proletarios y que la conspiración de Babeuf en pro de la igualdad puso de manifieso las últimas consecuencias de la democracia del 93, en la medida en que entonces era posible. La Revolución francesa fue desde el principio hasta el fin un movimiento social, y después de ella una democracia puramente política es un perfecto absurdo.

*La democracia es hoy día el comunismo.* Otra clase de democracia sólo puede existir ya en las cabezas de visionarios teóricos, que no se preocupan para nada de los acontecimientos reales y para quienes los principios se desarrollan por sí solos, y no al calor de los hombres y de las circunstancias. La democracia se ha convertido en un principio proletario, en un principio de las masas. Puede que las masas no tengan una conciencia muy clara acerca de este significado, el único certero, de la palabra democracia, pero todas abrigan, por lo menos, la vaga intui-

[a] "¡Guerra a los palacios, paz a las cabañas!". [b] Hierro, armas. [c] Corazón, es decir, valor. [d] Pan.

ción de que en la democracia reside la legitimidad de la igualdad social. En el cálculo de las fuerzas de lucha comunistas podemos incluir tranquilamente a las masas democráticas. Y cuando se reúnen los partidos proletarios de diversas naciones, tienen toda la razón en inscribir en sus banderas la palabra "democracia", pues, exceptuando a los que no cuentan, en el año 1846 todos los demócratas europeos son más o menos claramente comunistas.

El rendir homenaje a la República francesa, pese al hecho de que haya sido ya "superada", es un hecho perfectamente legítimo para los comunistas de todos los países. En primer lugar, los pueblos que fueron entonces lo bastante necios para dejarse arrastrar a la lucha contra la revolución deben a los franceses la reparación pública de demostrarles que de entonces acá han comprendido la estupidez cometida por ellos cuando se dejaron llevar de su lealtad de súbditos. En segundo lugar, todo el movimiento social europeo de hoy no es más que el segundo acto de la revolución, la preparación para el desenlace del drama iniciado en París en 1789 y que tiene actualmente por escenario a toda Europa. En tercer lugar, ya es hora de que nuestra cobarde, egoísta y mendicante época burguesa refresque la memoria de aquellos grandes años en que todo un pueblo dejó a un lado por un momento cuanto significaba cobardía, egoísmo y mendicidad, en que había hombres que tenían el valor de arrostrar la ilegalidad, que ante nada retrocedían y cuya férrea energía logró que desde el 31 de mayo de 1793 hasta el 26 de julio de 1794 no asomase la cara en Francia ningún cobarde, ningún tendero, ningún agiotista, en una palabra, ningún burgués. Verdaderamente, en una época como ésta, en que un Rothschild mantiene en pie la paz europea, en que un Köchlin clama por aranceles protectores, un Cobden grita pidiendo libertad comercial y un Diergardt predica la redención de la humanidad pecadora mediante asociaciones que eleven el nivel de las clases trabajadoras, hace falta recordar a un Marat y un Danton, un Saint-Just y un Babeuf y el júbilo de las victorias de Jemappes y Fleurus.[213] La verdad es que si esta época gigantesca y estos caracteres de bronce no siguiesen descollando en medio de nuestro mundo de tenderos, la humanidad tendría razón para desesperar y para echarse sin condiciones en brazos de los Köchlin, los Cobden o los Diergardt.

Por último, la confraternización de las naciones reviste hoy más que nunca un significado puramente social. Las quimeras de una República europea y de la paz eterna bajo la égida de la organización política se han vuelto tan ridículas como las frases de la unión de los pueblos bajo el manto de la libertad general de comercio. Y mientras que todos los sentimentalismos quiméricos de este jaez van cayendo totalmente fuera de moda, los proletarios de todos los países, sin armar mucho ruido, comienzan a *confraternizar realmente*, bajo la bandera de la democracia comunista. Y los proletarios son, por otra parte, los únicos que de verdad pueden hacerlo, pues la burguesía tiene sus intereses propios y especiales en cada país y no puede remontarse nunca por encima de la nacionalidad, porque los intereses son para ella la suprema mira; y los dos o

tres teóricos, con sus bellos "principios", no van a ninguna parte, ya que dejan en pie tranquilamente esos intereses contradictorios y en general todo lo existente, y sólo pueden hacer unas cuantas frases. Los proletarios, en cambio, tienen en todos los países los mismos intereses, los mismos enemigos y se enfrentan en todas partes a la misma lucha; la gran masa proletaria está ya, por naturaleza, al margen de los prejuicios nacionales, y toda su cultura y todo su movimiento son esencialmente de signo humanitario, antinacional. Solamente los proletarios pueden acabar con la nacionalidad; solamente el proletariado puesto en pie puede hacer que confraternicen las diferentes naciones.

Los siguientes hechos documentarán de un modo real y efectivo cuanto dejo dicho.

El 10 de agosto del presente año se celebró en Londres una fiesta análoga para conmemorar un triple aniversario: el de la revolución de 1792, el de la proclamación de la Constitución de 1793 y el de la fundación de la "Asociación democrática" por la fracción más radical del partido del movimiento inglés, en 1838-39.

Esta fracción, la más radical de todas, estaba formada por cartistas, proletarios, como de suyo se comprende, pero que veían claramente de antemano y trataban de acelerar la meta del movimiento cartista. Mientras que a la masa de los cartistas sólo les preocupaba, por aquel entonces, la entrega del poder a la clase obrera y pocos habían tenido tiempo de reflexionar acerca del empleo de este poder, los miembros de esta asociación, que desempeñó importante papel en la agitación de la época, tenían criterio unánime acerca del asunto: eran, ante todo, republicanos, y republicanos que abrazaban como profesión de fe la Constitución del año 93, que rechazaban todo contacto con la burguesía, incluso con la pequeña burguesía, y abrazaban la tesis de que los oprimidos tienen derecho a emplear contra sus opresores todos los recursos que éstos empleen en contra de ellos. Pero no se detenían aquí; no eran solamente republicanos, sino comunistas, y comunistas que repudiaban toda religión. La asociación se deshizo con la agitación revolucionaria de 1838-39; pero su actuación no fue estéril y contribuyó mucho a fortalecer la energía del movimiento cartista y a desarrollar los elementos comunistas que existían dentro de él. Ya en esta fiesta del 10 de agosto se proclamaron tanto principios comunistas como cosmopolitas;[e] junto a la igualdad política, se proclamó también la igualdad *social* y se propuso con gran entusiasmo un brindis por los demócratas de todas las naciones.

Ya antes de esto se habían hecho en Londres intentos encaminados a reunir a los radicales de las diversas naciones; estos intentos se estrellaron ora contra las disensiones internas de los demócratas ingleses y la ignorancia de los extranjeros acerca de ellas, ora contra diferencias de principio entre los dirigentes de partidos de diversas naciones. Es tan grande el obstáculo que para toda unión representa la diferencia de

[e] Aquí, como un poco más adelante, se emplea la palabra *cosmopolita* en el sentido de "libre de limitación y de prejuicio nacionales".

nacionalidad, que incluso los extranjeros establecidos en Londres desde hace varios años, a pesar de la simpatía que sienten por la democracia inglesa, apenas se habían enterado del movimiento realizado ante sus mismos ojos, del estado real de las cosas, confundían a los radicales burgueses con los radicales proletarios y trataban de englobar amistosamente en una misma reunión a los más enconados enemigos. Y los ingleses viéronse empujados en parte por esto y en parte por los recelos nacionales a choques parecidos, tanto más fáciles cuanto que el éxito de semejantes tratos dependía necesariamente del mayor o menor entendimiento que se lograra entre unos cuantos miembros del comité que se hallaban a la cabeza y que apenas se conocían personalmente entre sí. En intentos anteriores, estos individuos habían sido elegidos con el mayor desacierto posible, lo cual hacía que la unión volviera a fracasar cuantas veces se intentaba. Sin embargo, la necesidad de esta confraternización se sentía con demasiada fuerza. Y cada fracaso servía de incentivo para un nuevo intento. No importaba que algunos de los portavoces democráticos de Londres se sintieran cansados; enseguida venían otros a sustituirlos. En el pasado agosto se establecieron nuevos contactos, que esta vez no fracasaron,[214] y se dicidió aprovechar una fiesta ya anunciada con otro motivo para el 22 de septiembre con el fin de proclamar públicamente la alianza de los demócratas de todas las naciones residentes en Londres.

En esta asamblea se congregaron ingleses, franceses, alemanes, italianos, españoles, polacos y suizos. Y también Hungría y Turquía enviaron una persona cada una. Las tres grandes naciones de la Europa culta, ingleses, alemanes y franceses, tomaron la palabra y se hallaban representados muy dignamente. La presidencia la desempeñó, naturalmente, un inglés, *Thomas Cooper*, "el cartista", que pasó cerca de dos años en la cárcel por haber tomado parte en la insurrección de 1842 y que escribió allí una epopeya por el estilo del "Childe Harold", muy elogiada por los críticos ingleses.[215]

Fue orador central en la sesión de la noche, por parte de los ingleses, *George Julian Harney*, codirector del *Northern Star* desde hace dos años. El *Northern Star* es el órgano del cartismo, fundado por O'Connor en 1837 y que desde entonces aparece bajo la dirección conjunta de J. Hobson y Harney; uno de los mejores periódicos de Europa desde todos los puntos de vista, junto al cual yo sólo colocaría algunos pequeños periódicos obreros de París, principalmente la *Union*.[216] Harney es un auténtico proletario, que intervino en el movimiento desde su temprana juventud, uno de los principales miembros de la citada asociación democrática de 1838-39 (fue él quien presidió la fiesta del 10 de agosto) y, con Hobson, sin disputa el mejor escritor inglés, como en su momento oportuno pienso demostrar a los alemanes. Harney tiene una clara conciencia de cuál es la meta del movimiento europeo y se halla totalmente a la altura de los principios, aunque no sepa nada de las teorías alemanas acerca del socialismo verdadero. A él le cabe el mérito principal en la organización de esta fiesta cosmopolita; no ha rehuido esfuerzo para

reunir a las diferentes nacionalidades, eliminando malos entendidos y dando de lado a las diferencias personales.

El brindis pronunciado por Harney decía así:

"¡A la solemne memoria de los sinceros y virtuosos republicanos franceses de 1792! ¡Porque la igualdad a que ellos aspiraban, por la que vivieron, trabajaron y murieron, resurja pronto en Francia y extienda su égida a toda Europa!"

Acogido con una doble o triple ovación, Harney dijo:

"Hubo un tiempo en que una fiesta como ésta habría atraído sobre nosotros no sólo el desprecio, las chanzas, la burla y la persecución de las clases privilegiadas, sino también la violencia de un pueblo ofuscado e inculto, de un pueblo que, siguiendo las doctrinas de sus curas y de sus gobernantes, veía en la Revolución francesa algo espantoso e infernal, algo que se recuerda con horror y de que se habla con repugnancia. Recordaréis —por lo menos, bastantes de vosotros— que no hace todavía mucho tiempo cuando pedíamos en nuestra patria la derogación de una ley mala o la aprobación de otra buena, enseguida se nos acusaba de 'jacobinos'. Si se exigía la reforma del parlamento, la rebaja de los impuestos, la educación nacional o cualquier otra cosa que oliera a progreso, podíamos estar seguros de que de nuevo se conjuraría y se agitaría el fantasma de la 'Revolución francesa', del 'régimen del terror' y toda esa sangrienta fantasmagoría, para asustar a los niños grandes de pantalones largos y de barba que todavía no han aprendido a pensar por cuenta propia. (*Risas y aplausos.*)

"Los tiempos han cambiado; pero dudo que hayamos aprendido ya a leer como es debido la historia de aquella gran revolución. Sería muy fácil para mí declamar aquí, con ocasión de este brindis, algunos seductores sentimientos en torno a la libertad, la igualdad y los derechos humanos, a la coalición de los monarcas europeos y a las hazañas de Pitt y de Braunschweig; podría hablar largamente de todo esto y arrancar tal vez aplausos por un discurso pronunciado en tono muy liberal, pero sin tocar al verdadero problema. Pues el gran problema real que la Revolución francesa tenía que resolver era la *destrucción de la desigualdad* y la implantación de instituciones que asegurasen al pueblo francés la felicidad de que hasta ahora se han visto privadas las masas en todos los tiempos.

"Si enjuiciamos con arreglo a esta piedra de toque a las personalidades que desfilaron por la revolución, las comprenderemos y valoraremos certeramente. Tomemos, por ejemplo, a Lafayette, como representante del constitucionalismo, y conste que fue tal vez el mejor y más honesto hombre de todo el partido. Pocas personas habrán llegado a gozar de tanta popularidad como Lafayette. En su juventud, se embarcó para América y tomó parte en la lucha de los norteamericanos contra la tiranía de los ingleses. Después de la conquista de la independencia norteamericana, regresó a Francia y poco después fue uno de los primeros en el movimiento de la revolución que ahora sacudía a su propio país. Ya viejo, volvemos a encontrarlo como el hombre más popular de Francia, donde después de los Tres días [204] es erigido en verdadero dictador y con sólo una palabra nombra a reyes o los quita del trono. Lafayette llegó a gozar en Europa y América del favor popular en mayor medida que ninguno de sus contemporáneos; favor popular que habría merecido si en su actuación posterior hubiera sabido mantenerse fiel al fervor revolucionario de los primeros días. Pero Lafayette no fue nunca amigo de la igualdad (*Gritos de ¡No! ¡No!*).

"Es verdad que en los primeros momentos se despojó de su título y renunció

a sus privilegios feudales, y en este sentido todo marchaba bien. Al frente de la Guardia nacional era el ídolo de la burguesía, dictaba incluso sus inclinaciones a la clase obrera y fue considerado durante algún tiempo como el paladín de la revolución. Pero se quedó inmóvil cuando había llegado la hora de marchar hacia adelante. El pueblo no tardó en comprender que con la destrucción de la Bastilla y la abolición de los privilegios feudales, con la humillación del rey y de la aristocracia, no se había conseguido más que *acrecentar el poder de la burguesía.* Y el pueblo no estaba contento con esto. (*Aplausos.*) Exigía libertad y derechos para sí, *exigía lo que nosotros exigimos: una verdadera y plena igualdad.* (Grandes aplausos.)

"Cuando Lafayette se dio cuenta de esto, se hizo conservador, dejó de ser revolucionario. Fue él quien propuso la aprobación del estado de guerra para legitimar con ello el fusilamiento y la matanza del pueblo en cuanto surgiera algún tumulto, en una época, además, en que el pueblo padecía hambre; y, al amparo de este estado de guerra, Lafayette dirigió personalmente el ametrallamiento del pueblo cuando, el 17 de julio de 1791, se congregó en el Campo Marte con intención de dirigirse desde allí a la Asamblea Nacional, después de la huida del rey a Varennes, para pronunciarse ante la asamblea contra la reposición del tránsfuga como jefe del Estado. Más tarde, osó Lafayette amenazar a París con su espada y conminar a los clubes populares con su clausura por la fuerza. Después del 10 de agosto,[188] intentó mover a sus soldados a que marchasen contra París, pero los soldados, mejores patriotas que él, se negaron, en vista de lo cual el general huyó y volvió la espalda a la revolución.

"Y, sin embargo, Lafayette era, sin duda alguna, el mejor entre todos los constitucionales. Pero ni él ni su partido tienen nada que ver con nuestro brindis, pues ni siquiera de nombre eran republicanos. Pretextaban reconocer la soberanía del pueblo, a la par que dividían a este mismo pueblo en ciudadanos activos y pasivos, limitando el derecho de voto a los contribuyentes, que eran, para ellos, los ciudadanos activos. En una palabra, Lafayette y los constitucionales eran simplemente *whigs*, poco mejores, suponiendo que lo fueran algo, que las gentes que nos han llevado a nosotros de la oreja con su propuesta de reformas. (*Aplausos.*)

"Tras ellos vinieron los girondinos, que son los hombres a quienes generalmente se presenta como a 'republicanos sinceros y virtuosos'. Yo no puedo compartir este criterio. No podríamos negarles el tributo de nuestra admiración por sus talentos, por la elocuencia que adornaba a los caudillos de este partido y a la que se asociaba en algunos, como Roland, una integridad inquebrantable, en otros, como madame Roland, un heroico espíritu de sacrificio y en otros, finalmente, como Barbaroux, un fogoso entusiasmo. Y no podemos —por lo menos, así me acontece a mí— hablar sin profunda emoción de la espantosa y prematura muerte de madame Roland o del filósofo Condorcet. Pero, con todo ello, no eran los girondinos los hombres de quienes podía el pueblo esperar su redención de la esclavitud social. Que había entre ellos gentes valerosas no puede dudarse ni por un instante, y asimismo debemos conceder que eran sinceros en sus convicciones. Tal vez podamos creer que muchos de ellos cayeron más como inocentes que como culpables, pero refiriéndonos solamente a quienes dieron su vida, pues si hubiésemos de juzgar a todo el partido por los que sobrevivieron al llamado régimen del terror, tendríamos que llegar a la conclusión de que jamás ha existido una ralea más vil.

"Estos girondinos supervivientes ayudaron a destruir la Constitución de 1793, introdujeron la Constitución aristocrática de 1795, se conjuraron con otras

fracciones aristocráticas para exterminar a los auténticos republicanos y ayudaron, por último, a poner a Francia bajo el despotismo militar del usurpador Napoleón. (*Gritos de protesta.*) Ha sido muy ensalzada la elocuencia de los girondinos; pero nosotros, demócratas inconmovibles, no podemos admirarlos simplemente porque fueran elocuentes, pues en ese caso, si obrásemos así, tendríamos que tributar los más altos honores al corrompido y aristocrático Mirabeau. Cuando el pueblo puesto en pie por la libertad, rompiendo las cadenas de catorce siglos de esclavitud, abandonó sus casas para derrotar a los conspiradores emboscados dentro del país y a los ejércitos invasores concentrados sobre las fronteras necesitó, para vencer, de algo más que de los elocuentes discursos y las sutiles teorías de la Gironda. El grito del pueblo era: '¡Pan, acero e igualdad!'. (*Aplausos.*) Pan para sus familias hambrientas, acero contra las cohortes del despotismo, igualdad como meta de su acción y pago de sus sacrificios. (*Grandes aplausos.*) Los girondinos, en cambio, veían en el pueblo solamente, para decirlo con las palabras de Thomas Carlyle, 'masas explosivas buenas para tomar Bastillas', a las que se utiliza como instrumento y se trata como a esclavos. Los girondinos oscilaban entre la monarquía y la democracia y trataban en vano de burlar la eterna igualdad por medio de una transacción. Cayeron, y merecían caer. Los abatieron los hombres enérgicos, los barrió el pueblo.

"Entre las diversas fracciones de la Montaña, sólo considero dignos de mención a Robespierre y sus amigos. (*Grandes aplausos.*) La gran masa de la Montaña la formaban los bandoleros, atentos sólo a arrebatar el botín de la revolución y a quienes nada se les daba del pueblo, que con su trabajo, sus sufrimientos y su valentía había llevado hacia adelante la revolución. Estos desesperados, después de emplear durante algún tiempo el lenguaje de los amigos de la igualdad y de luchar al lado de éstos contra los constitucionales y los girondinos, mostraron su verdadera faz de enemigos mortales y abiertos de la igualdad, tan pronto llegaron al poder. Fue este partido el que derrocó y asesinó a Robespierre y condenó a morir a Saint-Just, Couthon y todos los amigos de aquel legislador incorruptible. Y, no contentos con haber exterminado a los amigos de la igualdad, estos sicarios acumularon contra ellos las más infames calumnias y no tuvieron empacho en acusar a sus víctimas de los crímenes cometidos por ellos mismos. Bien sé que aún se sigue considerando como de mal gusto no ver en Robespierre un monstruo, pero yo creo que pronto llegará el día en que se vindicarán el carácter y la personalidad de este hombre extraordinario. No voy a deificar a Robespierre ni a proclamarlo como un hombre perfecto, pero sí quiero decir que lo tengo por uno de los poquísimos dirigentes revolucionarios del pueblo que conocían y sabían aplicar los medios necesarios para acabar con la injusticia política y social. (*Grandes aplausos.*)

"No dispongo de tiempo para hablar del inflexible Marat y de Saint-Just, brillante personificación de la caballerosidad republicana; ni tengo tiempo tampoco para enumerar las excelentes medidas legislativas que caracterizaron el enérgico gobierno de Robespierre. Pero llegará, vuelvo a decirlo, el día en que se hará justicia a su nombre. (*Aplausos.*)

"La prueba más firme del verdadero carácter de Robespierre reside, para mí, en el duelo general que por él sintieron los demócratas sinceros que sobrevivieron a su muerte, incluso muchos que, ignorantes de sus intenciones, se habían dejado arrastrar por quienes aceleraron su caída y que luego, cuando ya era tarde, se arrepintieron amargamente de su torpeza. Uno de ellos fue Babeuf, el autor de la famosa conspiración que lleva su nombre. Esta conspiración proponíase como fin implantar una verdadera República *de la que quedara desterrado*

*el egoísmo individualista* (aplausos), *en la que dejaran de existir la propiedad privada y el dinero, fuentes de todos los males* (aplausos), en la que la felicidad de todos debería descansar sobre *el trabajo común y el mismo disfrute para todos.* (Grandes aplausos.)

"Estos hombres gloriosos persiguieron su gloriosa meta hasta la muerte. Babeuf y Darthé sellaron sus convicciones con su sangre y Buonarroti perseveró a través de años de cárcel, de miseria y de vejez en su defensa de los grandes principios que esta noche venimos a proclamar aquí. Asimismo debo mencionar a los heroicos diputados Romme, Soubrany, Duroy, Duquesnoy y sus compañeros, que, condenados a muerte por los traidores aristócratas de la Convención, en presencia y para infamia de sus asesinos, se dieron la muerte uno a uno, con un solo puñal, transmitido de mano en mano.

"Todo lo anterior es la glosa de la primera parte de nuestro brindis. La segunda parte requiere de mí muy pocas palabras, ya que acerca de ella hablarán mejor que yo los demócratas franceses aquí presentes.

"La afirmación de que los principios de la igualdad experimentarán una gloriosa resurrección no puede suscitar la menor duda; en realidad, han resucitado ya, no sólo bajo la forma del republicanismo, sino también bajo la del comunismo, pues toda Francia, según creo saber, se halla cubierta actualmente de sociedades comunistas; pero dejo el desarrollar este punto a cargo de mi amigo el Dr. Fontaine y de sus compatriotas. No puedo, en cambio, dejar de expresar mi alegría al tener con nosotros a tan honorables demócratas. Su voz se encargará de convenceros esta noche de cuán absurdas son las baladronadas del partido belicista francés contra el pueblo de Inglaterra. (*Aplausos.*) Nosotros rechazamos con la mayor energía estas antipatías nacionales; despreciamos, sentimos repugnancia por los cebos de barbarie de frases como las de 'enemigos naturales', 'enemigos inveterados' y 'gloria nacional'. (*Grandes aplausos.*) Odiamos todas las guerras, con excepción de aquellas que un pueblo se ve obligado a librar contra la opresión interior o la invasión extranjera. (*Aplausos.*) Más aún, *rechazamos la palabra 'extranjero', que debe ser desterrada de nuestro diccionario democrático.* (Grandes aplausos.) Ya pertenezcamos a la rama inglesa, francesa, italiana o alemana de la familia europea, 'la joven Europa' debe ser nuestro nombre colectivo, y bajo esta bandera lucharemos en común contra la tiranía y la desigualdad". (*Gran ovación.*)

Después que un comunista alemán [f] hubo entonado la Marsellesa, se levantó *Wilhelm Weitling* a pronunciar el segundo brindis:

"¡Por la joven Europa! ¡Por que los demócratas de todas las naciones, desechando para siempre los celos y antipatías nacionales del pasado, se unan en una falange fraternal para acabar con la tiranía y llevar al triunfo en todas partes a la libertad!"

*Weitling,* aclamado con gran entusiasmo, dio lectura —por no hablar fluidamente el inglés— al siguiente discurso:

"¡Amigos míos! Esta asamblea es un testimonio del sentimiento común que inflama los pechos de todos los hombres, del sentimiento de la fraternidad universal. ¡Sí! Aunque, como consecuencia de nuestra educación, tengamos que

[f] Joseph Moll.

emplear lenguas distintas para comunicarnos unos a otros este sentimiento común, aunque el intercambio de este sentimiento se vea entorpecido por las diferencias de idioma y aunque nuestros enemigos comunes empleen y manejen miles de prejuicios para alzar obstáculos ante una mejor inteligencia, ante la fraternidad general, nada ni nadie, a pesar de todos los obstáculos, podrá desarraigar este poderoso y amoroso sentimentalismo (*aplausos*), este sentimiento que acerca a quien sufre a sus hermanos de sufrimiento y a quien lucha por un mundo mejor a sus hermanos de lucha. (*Aplausos.*) También fueron hermanos nuestros de lucha aquellos hombres cuya revolución festejamos aquí esta noche; también ellos obraron movidos por los mismos sentimientos que aquí nos reúnen y que tal vez un día nos llevarán a nosotros a una lucha semejante y esperemos que victoriosa. (*Grandes aplausos.*)

"En los tiempos agitados, cuando corren grave peligro los privilegios de nuestros enemigos interiores, éstos se apresuran a exportar nuestros prejuicios más allá de las fronteras de nuestra patria natural y hacernos creer que las gentes que viven al otro lado de ellas son contrarias a nuestros intereses comunes. ¡Tremendo fraude! Si nos paramos a pensar tranquilamente en ello, enseguida nos *damos cuenta de que nuestros más cercanos enemigos están entre nosotros mismos*, en nuestro propio seno (*Voces de "¡Así es!" y aplausos.*) No es al enemigo de fuera a quien debemos temer; este pobre enemigo es tratado igual que nosotros; lo mismo que nosotros, tiene que trabajar para miles de granujas ociosos; y al igual que nosotros, echa mano de las armas contra cualquier sociedad humana, sencillamente porque le obligan a ello el hambre y la ley, porque a ello le empujan sus pasiones, alimentadas por la ignorancia. Quienes dominan a las naciones nos dicen que nuestros hermanos son crueles y rapaces; pero nadie más rapaz que quienes nos gobiernan, quienes nos adiestran en el manejo de las armas y nos incitan a la guerra y nos empujan a ella en defensa de sus propios privilegios. (*Aplausos.*) ¿O acaso son nuestros intereses comunes los que imponen la guerra? ¿Es acaso interés de las ovejas verse empujadas por los lobos a desgarrarse en lucha contra otras ovejas dirigidas también por lobos? (*Grandes aplausos.*)

"No; ellos mismos son nuestros más rapaces enemigos, ellos, que nos han arrebatado todo lo que era nuestro, para disiparlo en sus placeres y en sus ocios. (*Aplausos.*) Nos han arrebatado lo nuestro, pues todo lo que ellos derrochan es fruto de nuestro trabajo y debiera pertenecer a quienes lo producen, a sus mujeres y a sus hijos, a sus ancianos y sus enfermos. (*Grandes aplausos.*) Pero, ved cómo todo nos es robado por su astucia, para entregarlo a una banda de ociosos devoradores de los bienes ajenos. (*Aplausos.*) ¿Acaso es posible que el enemigo extranjero nos despoje de más de lo que nos arrebatan nuestros propios enemigos de fronteras adentro? ¿Acaso es posible que nuestro pueblo sea todavía más asesinado por extranjeros de lo que lo es por nuestras implacables gentes adineradas, que nos roban con sus juegos de bolsa, sus tráficos de moneda y sus especulaciones, con su sistema monetario y sus bancarrotas, sus monopolios, sus rentas eclesiásticas y territoriales, que nos arrebatan por todos esos medios lo indispensable para satisfacer las necesidades de nuestra vida y causan la muerte de millones de hermanos trabajadores nuestros, a quienes no dejan ni siquiera patatas bastantes para que no se mueran de hambre? (*Grandes aplausos.*)

"¿No está, por tanto, bastante claro que quienes lo son todo gracias al dinero y sin el dinero no serían nada son los verdaderos enemigos de los trabajadores en todos los países y que no hay entre todos los hombres más enemigos del género humano que los enemigos de quienes trabajan? (*Aplausos.*) ¿Es posible

acaso que en tiempo de una guerra política se nos robe y se nos asesine más que ahora, en lo que se llama tiempo de paz? Por tanto, los prejuicios nacionales, el derramamiento de sangre y la rapiña son atizados simplemente en gracia a la gloria guerrera. ¿Qué podemos nosotros salir ganando con esa estúpida gloria? (*Aplausos.*) ¿Qué tenemos nosotros que ver con eso, si a ello se oponen nuestros intereses y nuestros mejores sentimientos? (*Aplausos.*) ¿No somos nosotros quienes pagamos las costas de ellos? (*Aplausos.*) ¿No tenemos que trabajar y desangrarnos para eso? (*Nuevos aplausos.*) ¿Qué interés podemos nosotros tener en todos esos despojos de territorios y derramamientos de sangre, como no sea el de volver las armas, para dirigirlas contra la aristocracia de todas las naciones, incubadora del robo y el asesinato? (*Gran ovación.*)

"Es esta aristocracia y solamente ella, siempre la misma, la que roba y asesina sistemáticamente. Los pobres no son más que sus instrumentos forzados e ignorantes, reclutados del seno de cada nación, los que más se nutren de prejuicios nacionales, quienes querrían ver a todas las demás naciones sojuzgadas por la suya. Pero, traedlos a estas asambleas y veréis cómo se entienden, cómo se dan la mano. Si antes de darse una batalla los amigos de la libertad pudieran hablar ante las filas de sus hermanos, éstos no pelearían; antes al contrario, se abrazarían como lo que son, como hermanos. ¡Oh, si pudiéramos celebrar una asamblea como ésta en pleno campo de batalla, qué pronto acabaríamos con todos los intereses sanguinarios y vampirescos que nos oprimen y nos desangran! (*Grandes aplausos.*) Tales son, amigos míos, las expresiones de ese sentimiento universal cuya llama, condensada en el foco de la fraternidad general, enciende un fuego de entusiasmo que no tardará en hacer que se derritan todas las montañas de hielo que durante tanto tiempo se han interpuesto entre los brazos de los hermanos." (*Weitling volvió a su asiento bajo una atronadora ovación.*)

Hizo luego uso de la palabra el Dr. *Berrier-Fontaine*, viejo republicano, que se había destacado ya en la *Société des droits de l'homme* [g] en los primeros años del régimen burgués, en París, que se vio encartado en el proceso de abril de 1834,[217] evadiéndose en 1835 de la cárcel de Santa Pelagia con el resto de los acusados (véase la *Historia de los diez años*, de Louis Blanc) y que más tarde siguió militando en el partido revolucionario de Francia y mantuvo relaciones amistosas con el Padre Cabet. También este orador fue recibido con grandes aplausos. He aquí sus palabras:

"¡Ciudadanos! Mi discurso será necesariamente breve, pues hablo muy mal el inglés. Me produce una indescriptible satisfacción ver que los demócratas ingleses aclaman a la República francesa. Me siento de todo corazón identificado con los nobles sentimientos expresados aquí por el señor Julian Harney. Puedo aseguraros que el pueblo francés jamás ha pensado en considerar al pueblo inglés como enemigo suyo. Si algunos periodistas franceses escriben contra el gobierno inglés, sus palabras no van dirigidas contra el pueblo de Inglaterra. El gobierno inglés es odiado en toda Europa porque no es el gobierno de Inglaterra, sino el de la aristocracia inglesa. (*Aplausos.*) Los demócratas franceses, lejos de sentirse enemigos del pueblo inglés, quieren por el contrario confraternizar con él. (*Grandes aplausos.*) Los republicanos de Francia no han luchado por Francia solamente, sino por toda la humanidad; aspiraban a implantar la igual-

g Sociedad de los derechos del hombre.

dad y difundir sus beneficios por el mundo entero. (*Grandes aplausos.*) Declaraban a todos los hombres hermanos suyos y luchaban solamente contra los aristócratas de otras naciones. (*Aplausos.*) Puedo aseguraros, ciudadanos, que los principios de la igualdad han resucitado ya a una nueva vida. El comunismo avanza en toda Francia con pasos agigantados. Asociaciones comunistas se extienden por todo el país, y confío en que pronto podremos asistir a una gran confederación de los demócratas de todas las naciones, para asegurar el triunfo del comunismo republicano a todo lo largo y todo lo ancho de Europa." (*Una gran ovación rubricó las últimas palabras del Dr. Fontaine.*)

Después de acompañar el brindis a la "joven Europa" con tres sonoros vivas y "un viva más", se brindó por Thomas Paine, por los demócratas caídos de todos los países y después por los de Inglaterra, Escocia e Irlanda, por los cartistas deportados Frost, Williams, Jones y Ellis y por O'Connor, Duncombe y los demás propagandistas de la "Carta del Pueblo" y, finalmente, se dedicaron tres vivas al *Northern Star*. Se entonaron cantos democráticos en todos los idiomas (el único que no aparece es el alemán) y se puso fin a la fiesta dentro del espíritu más fraternal.

He aquí una asamblea de más de mil demócratas de casi todas las naciones europeas, que se congregaron para festejar un acontecimiento ajeno, al parecer, al comunismo: la fundación de la República francesa. No se había establecido convenio alguno para reunir determinado público, y nada parecía indicar que en los discursos fuera a decirse nada que no encajara en lo que los cartistas de Londres entienden por democracia. Podemos, pues, suponer que la mayoría de los reunidos representaba bastante bien a la masa de los proletarios cartistas londinenses. Pues bien, esta asamblea adoptó, como se ha visto, los principios comunistas y aclamó el nombre del comunismo con unánime entusiasmo. Esta reunión del cartismo fue una fiesta comunista y los propios ingleses reconocen que "hacía años que no se veía en Londres un entusiasmo como el que reinó en esta velada".

¿Acaso no tengo razón, pues, al afirmar que la democracia es, hoy día, el comunismo?

F. ENGELS.

# [GOBIERNO Y OPOSICIÓN EN FRANCIA] [218]

[*The Northern Star*, núm. 460,
5 de septiembre de 1846]

Las Cámaras se han reunido a deliberar. La Cámara alta, después de haber resuelto el caso del moderno regicida Joseph Henry, no tiene, como de costumbre, nada que hacer. Por su parte, la Cámara de diputados se halla laboriosamente ocupada en examinar la elección de sus miembros y se vale de esta ocasión para demostrar el espíritu que la anima. No ha habido, desde la revolución de 1830, un ejemplo tan descarado de insolencia y desprecio por la opinión pública. Tres quintas partes por lo menos de diputados son amigos muy cercanos del gobierno; son, para decirlo en otras palabras, o bien grandes capitalistas, traficantes en valores y especuladores en acciones ferroviarias de la Bolsa de París, banqueros, grandes fabricantes, etc., o bien obedientes criados de estos señores.

El actual poder legislativo representa, en mucho mayor medida que ninguno de los anteriores, el cumplimiento de la consigna lanzada por Laffitte al día siguiente de la revolución de Julio: "De ahora en adelante, seremos los banqueros quienes gobernaremos a Francia". Este poder legislativo es la prueba más palmaria de que el gobierno de Francia se halla, en efecto, en manos de la aristocracia del dinero, de la *haute bourgeoisie*.[a] El destino de Francia no se ventila en el gabinete de las Tullerías, ni en la Cámara de los Pares, ni siquiera en la Cámara de los diputados, sino en la Bolsa de París. Los verdaderos ministros no son los señores Guizot y Duchâtel, sino los señores Rothschild, Fould y además grandes banqueros parisinos, cuyas gigantescas fortunas hacen de ellos los más eminentes representantes de su clase. Estos grandes banqueros dominan el gobierno y el gobierno vela por que sólo triunfen en las elecciones los hombres sumisos al sistema vigente o que se enriquecen con él.

Esta vez, han obtenido un éxito rotundo: la protección por parte del gobierno y los sobornos de todas clases, unidos a la influencia de los grandes capitalistas sobre un número limitado de electores (menos de 200 000), pertenecientes todos ellos, en mayor o menor medida, a su propia clase, el terror que produjo entre los adinerados la tentativa, emprendida en el momento más oportuno, de asesinar al rey y, por último, la certeza de que Luis Felipe no sobrevivirá al parlamento actual (cuya legistatura terminará el año 1851); todos estos factores juntos bastaron para sofocar toda oposición seria en la mayoría de las asambleas electorales.

a Alta burguesía.

Ahora, ya reunida esta excelente Cámara, ella misma se ocupa de velar debidamente por sí. Los electores independientes han dirigido cientos de peticiones y protestas contra la elección de miembros del gobierno, en las que consignan y prueban o se declaran dispuestos a probar que las victorias electorales se han conseguido en casi todos los casos por las más burdas transgresiones a la ley perpetradas por los funcionarios del gobierno; en las que se pone de manifiesto cómo se han puesto en acción el cohecho, la corrupción, la intimidación y el favoritismo. Pero la mayoría de la Cámara no se da por enterada de estos hechos. Los diputados de la oposición que intentan levantar la voz para protestar contra tales hechos escandalosos son reducidos al silencio por siseos, ruidos o gritos de "¡A votar, a votar!" Todas las ilegalidades son puestas a cubierto bajo una votación que las sanciona. Los *money lords* [b] se refocilan con su poder y, presintiendo que éste no va a durar mucho, procuran sacar el mayor partido posible del momento.

Fácilmente podemos imaginarnos que, junto a este reducido círculo de capitalistas, existe un movimiento general de oposición contra el gobierno actual y quienes se hallan al servicio de sus intereses. El centro de esta oposición es la ciudad de París, donde los *money lords* ejercen una influencia tan reducida sobre los círculos de electores que de los catorce diputados por el departamento del Sena solamente dos son partidarios del gobierno y doce se hallan en las filas de la oposición. La mayoría de los electores de la burguesía de París milita en el partido de Thiers y Odilon Barrot; trata de eliminar el predominio de los Rothschild y Cía., de asegurar a Francia una posición independiente y prestigiosa en sus relaciones con el extranjero y tal vez también de lograr una pequeña reforma electoral. La mayoría de los comerciantes, tenderos, etc., que no gozan del derecho de sufragio constituyen un sector radical y son partidarios de una reforma que les dé a ellos el derecho a votar; en parte, sienten también simpatías por el *National* o la *Réforme* [219] y marchan tras el partido democrático, que encuadra a la gran masa de la clase obrera y se halla dividido en varios sectores, el más importante de los cuales —por lo menos, en París— es el comunista. El sistema vigente es atacado por todos estos diversos sectores, cada uno de ellos, como es natural, a su manera.

Hace poco tiempo, ha comenzado a ponerse en práctica un tipo de ataque que vale la pena mencionar. Un obrero ha publicado un folleto contra el jefe máximo del sistema, no contra Luis Felipe, sino contra "Rothschild I, rey de los judíos".[220] El éxito logrado por este folleto (que hasta el día de hoy ha alcanzado veinte ediciones) revela hasta qué punto ha dado en el clavo este tipo de ataques. Su Majestad Rothschild se ha visto obligado a salir dos veces a la prensa en defensa propia contra los ataques de un hombre a quien nadie conoce y cuyo patrimonio se reduce a las dos prendas de ropa que viste. La opinión pública ha acogido con el mayor interés la controversia. Se han publicado como unos

[b] Señores del dinero.

treinta panfletos en pro y en contra. El odio contra Rothschild y los *money lords* es inmenso y un gran periódico llega a escribir que Rothschild debe escuchar estas advertencias y plantar su cuartel general en algún sitio, y no sobre el volcán en ebullición de París.

# LA CONSTITUCIÓN PRUSIANA

[*The Northern Star*, núm. 489,
6 de marzo de 1847]

Por fin, tenemos ante nosotros la tan esperada obra de artificio.[221] Por fin, Prusia ha entrado —si hemos de creer al *Times*, al *Globe*,[222] a algunos periódicos franceses y a unos cuantos alemanes— en las filas de los países constitucionales. Sin embargo, ya el *Northern Star* se ha encargado de demostrar satisfactoriamente que esto que se llama Constitución no es otra cosa que una celada tendida al pueblo prusiano para hurtarle los derechos que le habían sido prometidos por el difunto rey[a] en momentos en que necesitaba de la ayuda del pueblo. Y que ello es así, que Federico Guillermo intenta con esta llamada Constitución conseguir dinero sin verse obligado a cambio de ello a hacer concesiones a la opinión pública, es algo que se halla fuera de toda duda. En ello están concordes los periódicos democráticos de todos los países —en Francia, especialmente, el *National* y la *Réforme*, más aún, hasta el *Journal des Débats* de tendencia ministerial.[223] Y la prensa alemana, maniatada, balbucea palabras cuyo sentido no puede ser más claro: en Prusia, el partido del movimiento tiene plena conciencia de las astutas intenciones que su "sincero y noble" monarca abriga.

Surge, pues, la pregunta: ¿Saldrá el rey adelante con sus planes? ¿Será la Dieta unida lo bastante necia o lo bastante cobarde para autorizar un nuevo empréstito sin garantizar al pueblo amplias libertades, poniendo así en manos del rey los medios necesarios para que el sistema vigente se prolongue todo el tiempo que se quiera?

He aquí nuestra respuesta: no, no lo hará ni puede hacerlo.

El plan de gobierno hasta aquí seguido en Prusia era el resultado de las relaciones mutuas existentes entre la nobleza y la burguesía prusianas. La nobleza ha perdido una parte demasiado grande de su bienestar y su influencia anteriores para poder seguir dominando al rey como hasta aquí. Por su parte, la burguesía no era aún lo suficientemente fuerte para quitarse de encima la losa de plomo de la nobleza, que entorpece su progreso comercial e industrial. Y esto permite al rey, representante del poder central del Estado y apoyado por la clase, numéricamente fuerte, de los funcionarios del gobierno y la oficialidad del ejército —aun prescindiendo del hecho de que tiene a éste a su disposición—, contrarrestar a la burguesía con la nobleza y a ésta con la burguesía, halagando tan pronto los intereses de la una como los de la otra y procurando mantener, en lo posible, el equilibrio entre ambas. Por esta fase de la monarquía absoluta han pasado casi todos los países civilizados de Europa, y

[a] Federico Guillermo III.

en los más progresivos ese régimen ha cedido el puesto, ahora, al gobierno de la burguesía.

Prusia, el más avanzado de los Estados alemanes, ha carecido hasta ahora de una burguesía suficientemente acomodada, fuerte, unida y enérgica para sacudir la dominación del absolutismo y acabar con los vestigios de la nobleza feudal. Sin embargo, los dos elementos que luchan entre sí, nobleza y burguesía, se hallan en una situación tal, que el progreso natural de la industria y la civilización tiene necesariamente que acrecentar el bienestar y la influencia de uno de ellos (de la burguesía), en tanto que el otro (la nobleza) irá descendiendo, empobreciéndose y disminuyendo cada vez más de rango. Así, vemos que, mientras la nobleza y los grandes terratenientes prusianos se encuentran en peor situación cada año, de una parte a consecuencia de las devastadoras guerras libradas contra Francia a comienzos de este siglo, de otra como resultado de las leyes inglesas sobre el trigo,[224] que eliminan a Prusia del mercado de Inglaterra y, finalmente, por efecto de la competencia de Australia en una de sus principales ramas de producción, que es la lana, así como en virtud de toda otra serie de circunstancias, la burguesía de Prusia ha acrecentado en enormes proporciones su bienestar, sus fuerzas productivas y su influencia. Las guerras con Francia y el cierre de los mercados continentales a los artículos manufacturados procedentes de Inglaterra hicieron brotar en Prusia una industria y, al restablecerse la paz, los fabricantes enriquecidos eran ya lo bastante fuertes para imponer al gobierno (como lo hicieron en 1818) aranceles protectores. Poco después, se fundó la Unión aduanera,[153] que propició casi exclusivamente los intereses de la burguesía. Pero fue sobre todo la violenta lucha de competencia desencadenada entre las distintas naciones comerciales e industriales durante los anteriores treinta años de paz la que espoleó a la burguesía prusiana, un tanto indolente, y la obligó a decidirse entre consentir que la competencia extranjera la hundiera en la más completa ruina o poner seriamente manos a la obra, al igual que sus vecinos.

Los progresos de la burguesía fueron muy poco visibles hasta que en 1840, con motivo de la ascensión al trono del nuevo rey,[225] pareció presentarse el momento indicado para demostrar que, en Prusia, las condiciones habían cambiado considerablemente desde 1815. No necesito recapitular los progresos hechos de entonces acá por el movimiento de la burguesía y cómo fue extendiéndose a todas las partes del reino, hasta que por último se unieron a él toda la burguesía, gran parte de los campesinos y buen número de nobles. Las reivindicaciones de la burguesía eran de este tenor: una Constitución representatitva, libertad de prensa, publicidad en los procesos, inamovilidad de los jueces y tribunal del jurado. Los campesinos o los pequeños propietarios de tierras se dieron perfectamente cuenta —por lo menos, en las partes más ilustradas del reino— de que estas medidas les interesaban también a ellos, ya que solamente así podían confiar en liberarse de los vestigios del feudalismo y ejercer sobre la legislación la influencia apetecida. A su vez, la parte

pobre de la nobleza pensó que el sistema constitucional le confería, tal vez, dentro del régimen legislativo, una posición adecuada a sus intereses y que, en todo caso, este sistema no podía ser más ruinoso para ella que el vigente en la actualidad. Fue, principalmente, la nobleza de la Prusia en sentido estricto y de Posen, muy agobiada por la falta de mercados para sus productos, la que, movida por aquellas razones, se sumó al movimiento liberal.

La burguesía fue cayendo cada vez más en una situación difícil. Había logrado extender en considerable medida sus empresas manufactureras y mineras y su navegación; era la principal encargada de abastecer los mercados enclavados dentro de la Unión aduanera; habían crecido considerablemente su riqueza y su fuerza numérica. Pero, durante los últimos diez a quince años, la han amenazado con una peligrosa competencia los enormes progresos de las manufacturas y las minas inglesas. Los abarrotamientos del mercado inglés lanzaban grandes cantidades de mercancías sobrantes a la zona de la Unión aduanera, donde se vendían a precios que arruinaban a los alemanes más que a los ingleses, ya que éstos lograban en tiempos de prosperidad grandes ganancias en Norteamérica y en otros mercados en tanto que los prusianos no podían vender sus productos fuera de los dominios situados al otro lado de sus fronteras aduanales. A sus barcos se les negaba casi totalmente el acceso a los puertos de otros países, mientras que buques de todas las banderas tocaban en los puertos prusianos bajo las mismas condiciones que los barcos de esta nacionalidad.

Todo esto hizo que surgieran en Prusia —a pesar de disponer relativamente de poco capital— dificultades para invertir los capitales de un modo rentable. Los negocios parecían estancarse permanentemente; las fábricas, la maquinaria y los *stocks* de mercancías iban depreciándose de un modo lento, pero seguro; sólo durante un periodo corto de tiempo se vio interrumpido este estancamiento general por la especulación en torno a las empresas ferroviarias, iniciada en Prusia en los ocho años anteriores. Pero como estas especulaciones hicieron subir el valor del dinero circulante, resultó que sólo sirvieron para acentuar la depreciación de los *stocks* de mercancías, mientras que dichas especulaciones, por su parte, no demostraron ser muy lucrativas en la mayor parte del país, por razón de la densidad relativamente pequeña de la población y del incipiente grado de desarrollo de la industria. Brindaban, no obstante, una perspectiva de ganancia mayor que las demás inversiones industriales, razón por la cual todo el que disponía de algún capital participaba en ellas. Como suele ocurrir, estas especulaciones no tardaron en adquirir un carácter febril y desembocaron en una crisis que viene pesando sobre el mercado prusiano de dinero desde hace unos doce meses.

Todo esto explica por qué la burguesía se hallaba al comienzo del presente año en una situación muy desagradable: los mercados monetarios se veían bajo la presión de una escasez de dinero extraordinaria; las zonas industriales reclamaban con más fuerza que nunca los aranceles protectores que el gobierno les niega; por su parte, las ciudades maríti-

mas claman por leyes de navegación como único medio para aliviar la difícil situación en que se encuentran; y, por si fuera poco todo lo anterior, un alza de precios en los mercados de cereales que colocó al país al borde del hambre.

Todas estas causas de descontento pesaban al mismo tiempo, y con tanta mayor fuerza, como es natural, sobre el pueblo: los tejedores silesianos, sumidos en la mayor miseria; la industria algodonera, paralizada; en la gran región industrial del Rin, casi todos los obreros parados; la cosecha de patatas casi totalmente perdida y el pan vendido a precios de agio. Había llegado, manifiestamente, para la burguesía el momento de arrebatar el poder de manos de un rey débil mental, de una nobleza sin fuerza y de una sombría burocracia, y asegurarlo para ella misma.

Es un hecho curioso, que se repite sin embargo en toda época revolucionaria, el que en el preciso instante en que la clase dirigente de un movimiento se halla en la situación más favorable para dar cima a su movimiento, el viejo y caduco gobierno no puede hacer ya otra cosa que implorar el apoyo de esta misma clase dirigente. Así ocurrió en 1789 en Francia, cuando el hambre, los malos negocios y las divisiones surgidas en el seno de la nobleza empujaron, por así decirlo, a la burguesía a la revolución: precisamente en aquel momento, encontró el gobierno sus fuentes de dinero agotadas y se vio obligado a iniciar la revolución mediante la convocatoria de los Estados generales.[226] Otro tanto sucede en Prusia en 1847. En el mismo momento en que la burguesía prusiana, más indiferente que la francesa, se ve casi obligada por las circunstancias a cambiar el sistema de gobierno, la falta de dinero fuerza al rey a iniciar este cambio y a convocar, a su vez, a los Estados generales prusianos.[b] Está fuera de toda duda que los estamentos le opondrían menos resistencia de la que ahora le oponen si el mercado de dinero tuviese fluidez, las fábricas trabajasen a pleno rendimiento (como ocurriría si el comercio fuese floreciente, las ventas rápidas y, como consecuencia de ello, los precios de los artículos manufacturados ingleses, elevados) y pudiera obtenerse el trigo a un precio relativamente bajo. Pero así son las cosas: cuando se avecina una revolución, las clases progresivas de la sociedad llevan siempre las de ganar.

Durante los años 1845 y 1846 tuve ocasión de hacer ver más de una vez a los lectores del *Star* [c] que el Rey de Prusia se hallaba en una apurada situación financiera; y llamé también su atención hacia los diversos inteligentes planes con que sus consejeros trataban de sacarlo del apuro y pronostiqué que toda la historia acabaría en una convocatoria de los Estados generales. Como se ve, el acontecimiento ni fue inesperado ni se debió, como ahora se lo quiere presentar, a la magnánima benevolencia de Su Majestad; la verdad es que sólo la necesidad, la pobreza y la penuria pudieron mover al rey a dar semejante paso, y hasta los niños saben esto, en Prusia. Por consiguiente, la única pregunta que cabe hacer es ésta: ¿permitirá la burguesía prusiana que el rey, mediante la con-

[b] Es decir, a la Dieta prusiana unida. [c] *Northern Star.*

cesión de un nuevo empréstito, garantizado por ella, siga como hasta aquí y continúe otros siete años ignorando sus peticiones y sus necesidades?

Ya hemos contestado a esta pregunta. No podrá hacerlo. Hemos demostrado esto a la luz de la situación de las diferentes clases y trataremos de demostrarlo ahora a la vista de la composición de la Dieta unida, que es la siguiente:

| | |
|---|---|
| Representantes de la alta y baja nobleza ......... | 311 |
| Representantes de las ciudades y los campesinos ... | 306 |

Puesto que el rey ha anunciado su intención de elevar mediante nuevos nombramientos el número de representantes de la alta nobleza (80, en total) podemos añadir la cifra de 30 al total de los representantes nobles, lo que aumentará a 341 el número de diputados de la nobleza, es decir, del partido gubernamental. De este número hay que restar las fracciones liberales de la baja nobleza, dos terceras partes de la nobleza de Posen y unos cuantos miembros de la nobleza renana, silesiana, brandemburguesa y westfaliana, digamos aproximadamente unos 70 miembros liberales de la nobleza que hay que suponer que votarán con las ciudades y los campesinos, y tendremos que la posición hipotética de los partidos será la siguiente:

| | |
|---|---|
| Nobleza o partido gubernamental .............. | 271 |
| Ciudades y campesinos, u oposición liberal ...... | 376 |

De este modo, y aun concediendo que voten con el gobierno treinta o cuarenta representaciones de los estamentos de las ciudades o de los campesinos, resultará siempre una mayoría liberal de veinticinco a cincuenta votos, y con un poco de energía por parte de los liberales no les será difícil contestar a cualquier petición de dinero con otra petición demandando la liberalización del régimen. Además, no cabe ninguna duda de que, en las actuales circunstancias, el pueblo apoyará a la burguesía y fortalecerá el ánimo y despertará las energías de los representantes en el parlamento mediante su presión desde fuera, lo que sería muy de desear.

Así, pues, aunque insignificante de por sí, la Constitución de Prusia marca, sin embargo, el comienzo de una nueva época para este país y para toda Alemania. Caracteriza el derrocamiento del absolutismo y de la nobleza y el ascenso de la burguesía; señala el inicio de un movimiento, que muy pronto habrá de conducir al logro de una Constitución representativa para la burguesía, a la libertad de prensa, a la independencia del poder judicial, al tribunal del jurado y quién sabe a cuántas cosas más. Esta Constitución marca la repetición del año 1789 en Prusia. Y aunque el movimiento revolucionario que ahora se inicia sólo interesa directamente a la burguesía, no deja de afectar también a los intereses del pueblo. A partir del momento en que se estructura el po-

der de la burguesía, comienza el específico y genuino movimiento democrático. En la lucha contra el despotismo y la aristocracia, el pueblo, el partido democrático, sólo puede desempeñar un papel secundario; el papel principal corresponde a la burguesía. Pero, desde el instante en que la burguesía instaura su propio gobierno y se identifica con un nuevo despotismo y una nueva aristocracia en contra del pueblo, desde ese instante mismo se manifiesta la democracia como un partido y un movimiento únicos y exclusivos; desde ese momento, la lucha se simplifica, queda reducida a dos partidos y se convierte por este hecho en una "lucha sin cuartel". Así lo atestigua plenamente la historia de los partidos democráticos de Francia e Inglaterra.

Hay otra circunstancia que merece señalarse. La conquista del poder político por la burguesía de Prusia hará cambiar la situación política de todos los países europeos. Se disolverá la alianza nórdica y Austria y Rusia, principales interesados en el reparto de Polonia,[227] quedarán completamente aisladas del resto de Europa, pues Prusia arrastrará consigo a los pequeños Estados alemanes, que tienen, todos, gobiernos constitucionales. Por donde, esta Constitución, de suyo insignificante, hará cambiar por completo el equilibrio de fuerzas en Europa y determinará el paso de tres cuartas partes de Alemania del campo de la retrógrada Europa oriental al campo de la progresiva Europa occidental.

En febrero de 1846 estalló la última insurrección polaca.[228] En febrero de 1847 convoca Federico Guillermo a sus Estados generales. *¡La venganza de Polonia está en marcha!*

# [EL *STATUS QUO* EN ALEMANIA] [229]

[Escrito en marzo-abril de 1847]

## I

La literatura socialista alemana empeora de mes en mes. Se limita cada vez más a las expectoraciones de los *socialistas verdaderos*, cuya sabiduría se reduce, en su totalidad, a una amalgama de la filosofía alemana y del probo sentimentalismo alemán con algunos tópicos comunistas, cada vez más recortados. Y exhibe un pacifismo que incluso le permite expresar bajo censura sus pensamientos más recónditos. Hasta la policía alemana encuentra poco que reprocharle, prueba más que suficiente de que esta corriente no se cuenta entre los elementos progresivos y revolucionarios, sino entre los elementos estáticos y reaccionarios de la literatura alemana.

Entre estos *socialistas verdaderos* figuran no sólo quienes se llaman socialistas por excelencia, sino también la mayoría de los escritores alemanes que han aceptado el calificativo de partido de *comunistas*. Y éstos son incluso, si cabe, todavía peores.

En estas condiciones, no hace falta decir que estos sedicentes escritores comunistas no representan en modo alguno al *partido* de los comunistas alemanes. Ni el partido los reconoce como sus portavoces literarios ni ellos representan los intereses del partido. Abrazan, por el contrario, intereses totalmente distintos y defienden principios completamente diferentes, desde todos los puntos de vista contrapuestos a los del partido comunista.

Los socialistas verdaderos, entre los que se cuentan también, como decimos, la mayoría de los sedicentes escritores comunistas, han aprendido de los comunistas franceses que el paso de la monarquía absoluta al moderno Estado representativo no acaba, ni mucho menos, con la miseria de la gran masa del pueblo, sino que se limita a colocar en el poder a una nueva clase, a la burguesía. Y han aprendido también de ellos que es precisamente esta burguesía, con sus capitales, la que más oprime a la masa del pueblo, lo que hace de ella el adversario por excelencia de los comunistas y los socialistas, que son los que representan los intereses de esa masa. No se han tomado la molestia de pararse a comparar el grado de desarrollo social y político de Alemania con el de Francia o a estudiar las condiciones reales vigentes en Alemania, de las que depende todo desarrollo ulterior; aplican a Alemania, al vuelo y sin detenerse en meditar, los conocimientos adquiridos por ellos a la carrera. Si fuesen gentes de partido preocupadas por obtener un resultado práctico y tangible y que representasen determinados intereses, pro-

pios de toda una clase, se habrían fijado, por lo menos, en cómo los adversarios de la burguesía en Francia, desde los redactores de la *Réforme*[230] hasta los ultracomunistas y, sobre todo, el representante caracterizado de la gran masa del proletariado francés, el viejo Cabet, se comportan en su polémica contra la burguesía. Fijándose en ello, habría tenido que llamarles la atención, necesariamente, el que algunos de estos representantes de partido no sólo intervienen constantemente en la política diaria, sino que incluso mantienen una actitud que no es la de un desprecio soberano ante medidas políticas, como, por ejemplo, las propuestas de reforma electoral que, muchas veces, no presentan un interés *directo* para el proletariado. Pero nuestros verdaderos socialistas no son hombres de partido, sino teóricos alemanes. Para ellos, no se trata de intereses y resultados prácticos, sino de la verdad eterna. Los intereses que ellos aspiran a defender son los "del Hombre"; los resultados que buscan no trascienden del área de las "conquistas" filosóficas. Les basta, pues, con que sus nuevas revelaciones se hallen en consonancia con su propia conciencia filosófica, para proclamar enseguida ante Alemania entera, a golpes de trompeta, que el progreso político, como toda política en general, no puede hacer ningún bien, que la libertad constitucional, sobre todo, es funesta, porque entroniza a la clase más peligrosa para el pueblo, a la burguesía, y que la burguesía debe ser el blanco principal del ataque.

En Francia, la burguesía lleva ya decisiete años en el poder, gobernando con una fuerza mayor que en ningún país del mundo. Los ataques del proletariado francés, de sus jefes de partido y de sus representantes literarios contra la burguesía son, pues, ataques dirigidos contra la clase dominante, contra el sistema político vigente, ataques *resueltamente revolucionarios*. Y la burguesía dominante lo sabe perfectamente, como lo demuestran los interminables procesos contra periódicos y asociaciones, las suspensiones de mítines y banquetes, los cientos de ardides policiacos a que se recurre para perseguir a los reformistas y a los comunistas.

En Alemania, la situación es otra. Aquí, la burguesía no sólo no está en el poder, sino que es, incluso, la más peligrosa enemiga de los gobiernos existentes. A éstos les viene muy bien la maniobra de diversión de los socialistas verdaderos. La lucha contra la burguesía, que a los comunistas franceses les vale con tanta frecuencia la prisión o el exilio, les consigue a nuestros socialistas verdaderos, sencillamente, el "imprimatur".[a] El fuego revolucionario que arde en la polémica de los proletarios franceses se apaga en el frío pecho de los teóricos alemanes para acomodarse razonablemente a las exigencias de la censura y suministra a los gobiernos alemanes, en el presente estado de castración, un aliado muy propicio contra la presión de la burguesía. El socialismo verdadero ha logrado convertir las frases más revolucionarias que se hayan pronunciado en un dique para la charca del *status quo* alemán. El socialismo verdadero es reaccionario de los pies a la cabeza.

a Imprímase.

Hace ya mucho tiempo que la burguesía se ha dado cuenta de esta tendencia reaccionaria del socialismo verdadero. Pero ha tomado esta corriente, sin más, por la representante literaria del comunismo alemán, reprochándoles pública y privadamente a los *comunistas* el laborar en favor de los gobiernos, la burocracia y la nobleza con sus polémicas en contra del Estado representativo, el tribunal del jurado y la libertad de prensa y con sus gritos en contra de la burguesía.

Ya va siendo hora de que los comunistas alemanes declinen por fin la responsabilidad que se les trata de achacar por los hechos y veleidades reaccionarios de los socialistas verdaderos. Ya va siendo hora de que los comunistas alemanes, que representan al proletariado alemán, con sus necesidades muy claras y muy tangibles, se aparten resueltamente de esa pandilla literaria —pues no otra cosa es— que no sabe ella misma a quién representa, razón por la cual le hace contra su voluntad el juego a los gobiernos alemanes, que cree "realizar el hombre" y sólo realiza, en verdad, la deificación del deplorable buen burgués alemán. En realidad, nosotros, los comunistas, no tenemos nada que ver con las quimeras teóricas y los escrúpulos de conciencia de esa tertulia de ingenios. Nuestros ataques a la burguesía se distinguen de los que lanzan contra ella los socialistas verdaderos, ni más ni menos que de los que les dirige la nobleza reaccionaria, por ejemplo los de los legitimistas franceses [231] o los de la Joven Inglaterra.[232] El *status quo* alemán no puede explotar, en modo alguno, nuestros ataques, porque van dirigidos mucho más en contra de él que en contra de la burguesía. Si ésta es, por así decirlo, nuestro enemigo *natural*, el enemigo cuyo derrocamiento lleva al poder a nuestro partido, mucho más enemigo nuestro es todavía el *status quo* alemán, porque se interpone entre nosotros y la burguesía y nos impide vérnosla con ésta. Por eso no podemos permanecer, en modo alguno, al margen de la gran masa de la oposición contra el *status quo* alemán. Formamos, en realidad, la fracción más avanzada de esa oposición, fracción que, al mismo tiempo, ocupa una posición inequívoca y bien definida, por lo que en el fondo de su conciencia piensa en contra de la burguesía.

Con la reunión de la Dieta Unida prusiana, hemos llegado al punto crítico en la lucha contra el *status quo* alemán. De la actitud que la Dieta adopte dependerá el que este *status quo* subsista o se venga a tierra. Los partidos existentes en Alemania, muy confusos todavía, revueltos y divididos por sutilezas ideológicas, se ven colocados así ante la necesidad de ver claro, de disociarse y mantener una actitud práctica ante los intereses que representan y ante la táctica que deben seguir. El más joven de estos partidos, el comunista, no puede sustraerse a esta necesidad. También él necesita ver claro acerca de su posición, de su plan de campaña y de los medios de que dispone, y el primer paso en este camino es el desautorizar a los socialistas reaccionarios que tratan de hacerse pasar por él. Y puede dar este paso con rapidez ya que se siente lo bastante fuerte como para estar en condiciones de rechazar la ayuda de todos los aliados que no sirven más que para comprometerle.

## II

### *El* status quo *y la burguesía*

El *status quo*, en Alemania, es el siguiente.

Mientras que en Francia y en Inglaterra, la burguesía se ha hecho lo bastante fuerte para derrocar a la nobleza y escalar el puesto de la clase dominante dentro del Estado, la burguesía alemana no ha tenido hasta ahora tanta fuerza. Ejerce, cierto es, alguna influencia sobre los gobiernos, pero, en todos los casos en que los intereses de la burguesía chocan con los de la nobleza terrateniente, tiene que ceder ante ésta. Mientras que en Francia y en Inglaterra las *ciudades* dominan al *campo*, en Alemania el campo domina a la ciudad, la agricultura domina al comercio y a la industria. Y esto acontece no sólo en la monarquía absoluta, sino también en las monarquías constitucionales de Alemania, no sólo en Austria y Prusia, sino también en Sajonia, Wurtemberg y Baden.

La causa de ello está en el nivel de civilización de Alemania, que es inferior al de los países occidentales. En éstos las ramas fundamentales de que vive la masa del pueblo son el comercio y la industria; en Alemania, en cambio, es la agricultura. Inglaterra no exporta ninguna clase de productos agrícolas, sino que, lejos de ello, necesita importarlos; Francia importa, por lo menos, el mismo volumen de productos agrícolas que exporta, y ambos países basan su riqueza, fundamentalmente, en su exportación de artículos industriales. Alemania, en cambio, exporta pocas cantidades de productos de la industria, pero vende al extranjero grandes cantidades de trigo, lana, ganado, etc. La importancia predominante de la agricultura en Alemania era aún mucho mayor que ahora por los años en que se estructuró la organización política del país, en 1815, viéndose reforzada, además, por el hecho de que fueron precisamente las partes casi exclusivamente agrícolas de Alemania las que participaron con mayor ardor en el derrocamiento del Imperio francés.

La representante política de la agricultura es, en Alemania, como en la mayoría de los países europeos, la *nobleza*, la clase de los grandes terratenientes. El régimen político que corresponde a la dominación exclusiva de la nobleza es el sistema feudal. El feudalismo se ha hundido en todas partes en la misma medida en que la agricultura ha dejado de ser la rama decisiva de producción de un país, en que junto a la clase agrícola surge la clase industrial y al lado de las aldeas aparecen las ciudades.

Esta clase de nueva formación que aparece junto a la nobleza y a los campesinos que dependen más o menos de ella no es la burguesía, que hoy domina en los países civilizados y que en Alemania aspira a dominar; es la clase de los *pequeños burgueses*.

El régimen que actualmente impera en Alemania no es otra cosa que un compromiso entre la nobleza y la pequeña burguesía, encaminado a

poner el gobierno del país en manos de una tercera clase: la burocracia. En la composición de esta clase participan las dos altas partes contratantes, con arreglo a su posición respectiva: la nobleza, que representa la rama de producción más importante, se reserva los puestos más elevados; la burguesía se contenta con los más bajos y sólo excepcionalmente presenta candidatos a los altos cargos administrativos. Donde la burocracia se halla sujeta a su control directo, como ocurre en los Estados constitucionales de Alemania, nobleza y pequeña burguesía se reparten del mismo modo los puestos en ella, y es fácil comprender que también aquí se reserva la nobleza la parte del león. Los pequeños burgueses no pueden nunca derrocar a la nobleza ni ponerse al mismo nivel de ella; lo único que pueden conseguir es debilitarla. Para derrocar a la nobleza, hace falta otra clase con intereses más amplios, con bienes mayores y una decisión más enérgica: la *burguesía.*

La burguesía ha brotado en todas partes de la pequeña burguesía, con el desarrollo del comercio mundial y de la gran industria y con la libre competencia y la centralización de la propiedad, que sobrevienen como secuelas de aquéllos. El pequeño burgués representa al comercio interior y al del litoral, al artesanado y a la manufactura basada en el trabajo manual, ramas de lucro todas ellas que se mueven en un terreno limitado, requieren pequeños capitales de lenta rotación y engendran una concurrencia soñolienta y local. El burgués, en cambio, representa al comercio mundial, al intercambio directo de productos de todas las zonas, al comercio basado en el dinero y a la gran industria fabril basada en el trabajo por medio de maquinaria, ramas que requieren el terreno más amplio posible, grandes capitales y una rápida rotación y que engendran una concurrencia vertiginosa y universal. El pequeño burgués representa intereses *locales,* el burgués intereses *universales.* El pequeño burgués considera su posición suficientemente asegurada cuando, influyendo de un modo indirecto sobre la legislación del Estado, participa directamente en el gobierno provincial y es dueño y señor de su administración municipal. El burgués no puede asegurar sus intereses sin el control directo y constante de la administración central, de la política exterior y la legislación de su Estado. La creación clásica del pequeño burgués fueron las ciudades alemanas del Reich; la creación clásica del burgués es el Estado representativo en Francia. El pequeño burgués es conservador, con tal de que la clase dominante le haga algunas concesiones; el burgués es revolucionario hasta que él mismo toma el poder y el Estado en sus manos. Véamos ahora qué posición mantiene la burguesía alemana ante las dos clases que comparten el poder político.

Mientras que en Inglaterra, a partir del siglo XVII, y en Francia desde el XVIII se formó una rica y poderosa burguesía, en Alemania sólo puede hablarse de la existencia de una burguesía desde comienzos del siglo XIX. Hasta entonces, existían, ciertamente, algunos armadores ricos en las ciudades hanseáticas y unos cuantos banqueros ricos en el interior del país, pero no podía hablarse de una clase de grandes capitalistas y, me-

nos aún, de grandes capitalistas *industriales*. El creador de la burguesía alemana fue Napoleón. Su sistema continental[233] y la libertad industrial impuesta por su presión sobre Prusia dieron a los alemanes una industria y extendieron su minería. A la vuelta de unos cuantos años, estas nuevas o ensanchadas ramas de producción eran ya tan importantes y la burguesía creada por ellas se había hecho tan influyente, que en 1818 el gobierno prusiano se vio obligado a acceder a su sistema arancelario protector. Esta Ley aduanera prusiana de 1818 fue el primer reconocimiento oficial de la burguesía por el gobierno. No hubo más remedio que confesar —a la fuerza y de mala gana— que la burguesía se había convertido en una clase indispensable para el país. La siguiente concesión hecha a la burguesía fue la Unión aduanera.[153] Es verdad que la incorporación de la mayoría de los Estados alemanes al sistema aduanero prusiano obedeció en sus comienzos a consideraciones meramente fiscales y políticas, pero lo cierto es que sólo favorecía a la burguesía alemana y, muy especialmente, a la prusiana. Aunque la Liga Aduanera favoreciera en algún que otro detalle suelto a la nobleza y a la pequeña burguesía, vista la cosa en su conjunto perjudicaba mucho más a ambas clases con el auge que daba a la burguesía, con la intensificación de la competencia y con el desplazamiento de los anteriores medios de producción. De entonces acá, la burguesía alemana se ha desarrollado con bastante rapidez, sobre todo en Prusia. Y aunque en estos últimos treinta años no haya cobrado ni con mucho el brío de la burguesía inglesa y francesa, es evidente que ha implantado en el país la mayoría de las ramas de la moderna industria, ha desplazado en algunos distritos el patriarcalismo campesino o pequeñoburgués, ha concentrado en cierta medida los capitales, ha creado ciertos núcleos del proletariado y ha construido líneas ferroviarias bastante extensas. Ha llegado, por lo menos, hasta un punto en que tendrá que seguir adelante por su camino, erigiéndose en clase dominante, o renunciar, si no lo hace, a sus conquistas anteriores; hasta el punto en que es ya la única clase que puede, por el momento, representar un progreso en Alemania y gobernar al país. Es ya, de hecho, la clase dirigente de Alemania y toda su existencia depende de que llegue a serlo también en el terreno legal.

En realidad, con la aparición y la creciente influencia de la burguesía, corre pareja la creciente importancia de las clases hasta ahora oficialmente dominantes. La nobleza se ve cada vez más empobrecida y cargada de deudas, desde la época napoleónica. El rescate de las cargas feudales hizo que aumentara el costo de producción de su trigo y expuso a los terratenientes a la competencia de una nueva clase de pequeños cultivadores independientes, perjuicios que a la larga no se vieron compensados, ni mucho menos, por la estafa de que se hizo objeto a los campesinos, al abolir aquellas cargas. La competencia del trigo ruso y norteamericano pone coto a la salida de sus granos y la competencia australiana, que algunos años se complica con la del sur de Rusia, restringe las ventas de su lana. Y cuanto más aumentan los costos de producción y la competencia más se revelará la incapacidad de la nobleza

para cultivar ventajosamente sus fincas y asimilarse los nuevos avances técnicos de la agricultura. Al igual que la nobleza francesa e inglesa del siglo pasado, no ha sabido aprovecharse de la creciente civilización más que para dilapidar alegremente su patrimonio en las grandes ciudades. Se ha abierto entre la nobleza y la burguesía ese pugilato en el terreno de la cultura social e intelectual, de la riqueza y el derroche, que en todas partes es preludio de la dominación política de la burguesía y que acaba, como todos los pugilatos, con la victoria del más fuerte. La nobleza rural se ha trocado en la nobleza cortesana, para marchar así más rápida y seguramente hacia la ruina. Las rentas al tres por ciento de la nobleza tenían que sucumbir necesariamente ante las ganancias al quince por ciento de la burguesía; y el tres por ciento fue a refugiarse al crédito hipotecario y a las cajas de crédito de los caballeros para poder hacer frente al tren de vida propio de su clase, acelerando con ello la ruina. Los pocos hidalgos rurales que fueron lo bastante juiciosos para no querer arruinarse formaron con los nuevos terratenientes burgueses que surgían la nueva clase de los *terratenientes industriales*. Esta clase explota la agricultura, sin caer en ilusiones feudales ni en la apatía caballeresca, como un negocio, como una industria, con los recursos burgueses que son el capital, el conocimiento de la materia y el trabajo. Esta nueva clase no es, en modo alguno, incompatible con la dominación de la burguesía, como lo demuestra el hecho de que en Francia conviva pacíficamente con ella y participe en su dominación proporcionalmente a su riqueza. Es, en realidad, la fracción de la burguesía dedicada a explotar la agricultura.

Por tanto, la burguesía se ha vuelto tan impotente, que ella misma se ha convertido ya, parcialmente, en burguesía.

Los pequeños burgueses eran ya débiles frente a la nobleza; ahora, frente a la burguesía, su posición es todavía más precaria. La pequeña burguesía es, después de los campesinos, la más miserable de cuantas clases han desfilado, renqueando, por la historia. Llevada de sus mezquinos intereses locales, sólo logró, en su época más gloriosa, en la baja Edad Media, poner en pie organizaciones, entablar luchas y alcanzar progresos de carácter local, llevando una existencia *tolerada* al lado de la nobleza, pero sin escalar nunca el poder político, general. Con el nacimiento de la burguesía, esta clase pierde hasta la mera *apariencia* de iniciativa histórica. Atrapada entre la nobleza y la burguesía, y oprimida tanto por la supremacía política de la primera como por los grandes capitales de la segunda, la pequeña burguesía se divide hoy en dos fracciones. Una, la de los pequeños burgueses ricos de las grandes ciudades, se suma de un modo más o menos vacilante a la burguesía revolucionaria; la otra, que nutre sus filas de los habitantes empobrecidos de las ciudades, principalmente en las villas rurales, se aferra al orden existente y apoya a la nobleza con todo el peso de su inercia. Cuanto más se desarrolla la burguesía, más empeora la situación de los pequeños burgueses. Poco a poco, también, esta fracción a que nos referimos va dándose cuenta de que, en las condiciones existentes, marcha hacia una

ruina segura, mientras que, bajo la dominación de la burguesía, contaría, a la par con la *verosimilitud* de la misma ruina, por lo menos con la *posibilidad* de hacer avanzar a la clase burguesa. Cuanto más segura es su ruina, más va agrupándose bajo las banderas de la burguesía. Tan pronto como ésta llega al poder, los pequeños burgueses vuelven a escindirse. Suministran reclutas a cada fracción de la burguesía y forman, además, entre la burguesía y el proletariado que ahora hace valer sus intereses y reivindicaciones, una cadena de sectas políticas y socialistas más o menos radicales como las que pueden estudiarse más de cerca en las cámaras de diputados y en la prensa diaria de Francia e Inglaterra. Cuanto mayor es el empuje con que la burguesía, manejando la artillería pesada de sus capitales y las columnas cerradas de sus compañías anónimas, irrumpe entre el tropel de esta pequeña burguesía indisciplinada y mal pertrechada, mayor es la perplejidad de ésta y más desordenada su fuga, hasta que no les queda más camino de salvación que el congregarse detrás de las largas líneas del proletariado y sumarse a éste o el rendirse sin condiciones a merced de la burguesía. Es el divertido espectáculo que podemos observar en Inglaterra a cada crisis comercial y al que asistimos actualmente en Francia. En Alemania nos encontramos solamente en aquella fase en que la pequeña burguesía, en un momento de desesperación y atenazada por los apuros financieros, toma la heroica y atinada decisión de abandonar a la nobleza para echarse en los brazos de la burguesía.

Por tanto, los pequeños burgueses se hallan tan lejos como la nobleza de poder presentarse como la clase dominante de Alemania. Por el contrario, también ellos van colocándose más y más, con cada día que pasa, bajo el mando de la burguesía.

Sólo restan, pues, los campesinos y las clases desposeídas.

Los campesinos, entendiendo por tales solamente los pequeños agricultores, arrendatarios o propietarios modestos, con excepción de los jornaleros agrícolas y los obreros, forman una clase tan desamparada como los pequeños burgueses, aunque se distinguen ventajosamente de éstos por su mayor decisión. En cambio, también ellos son incapaces de todo lo que sea iniciativa histórica. Hasta para emanciparse del yugo de la servidumbre de la gleba necesitaron recurrir a la ayuda de la burguesía. Allí donde la ausencia de burguesía y de nobleza les permite llegar al poder, como ocurre en los cantones montañeses de Suiza y en Noruega, imperan con ellos la barbarie prefeudal, la cerrazón local de horizontes, el sordo fanatismo, la probidad y la austeridad. Y cuando, como en Alemania, se mantiene en pie a su lado la burguesía, estos elementos se ven, como los pequeños burgueses, totalmente comprimidos entre la burguesía y la nobleza. Para proteger los intereses de la agricultura frente al poder ascendente del comercio y de la industria, tienen que plegarse a la nobleza. Y, si quieren defenderse de la competencia predominante de la nobleza y, sobre todo, de los terratenientes burgueses, se ven obligados a marchar detrás de la burguesía. El lado del que definitivamente se inclinen dependerá de la naturaleza de sus propiedades. Los grandes

labradores del Este de Alemania, que ejercen una especie de poder feudal sobre sus braceros, se hallan demasiado entrelazados con la nobleza en todos sus intereses como para que puedan desprenderse seriamente de ella. En cambio, los pequeños propietarios del Oeste, que han brotado del fraccionamiento de las fincas feudales, y los pequeños campesinos del Este sujetos todavía a la jurisdicción patrimonial [234] y sobre los que, en parte, siguen pesando aún las prestaciones feudales, se hallan tan directamente oprimidos por la nobleza o chocan tan abiertamente con los intereses de ésta, que no tienen más remedio que ponerse al lado de la burguesía. Y la prueba de que es así la tenemos en las Dietas provinciales prusianas.

No cabe pensar, por tanto, afortunadamente, en la posibilidad de que ejerzan el poder los campesinos. Hasta tal punto se halla esta posibilidad lejos de su pensamiento, que la mayor parte de ellos se ha puesto ya desde ahora a disposición de la burguesía.

¿Y las clases desposeídas, vulgo trabajadoras? Más adelante, hablaremos detalladamente de ellas; de momento, nos basta con referirnos a su dispersión. Esta dispersión, que divide a los trabajadores en braceros agrícolas, jornaleros, oficiales artesanos, obreros fabriles y lumpenproletariado, unida a su diseminación a lo largo de un extenso territorio con baja densidad de población y pocos y débiles centros, impide que estos elementos adquieran ya desde ahora una conciencia clara acerca de su comunidad de intereses, que lleguen a entenderse y a constituirse en *una* clase. Esta dispersión y diseminación no les deja otro camino que el limitarse a luchar por sus intereses cotidianos y más inmediatos, el apetecer un buen salario en pago de un buen trabajo. Dicho de otro modo, hace que los obreros, así limitados, vean su interés identificado con el de sus patronos, lo que convierte a cada fracción obrera en una especie de tropa auxiliar de la clase para quien trabaja. El bracero y el jornalero defienden los intereses del noble o del agricultor en cuya tierra sirven. El oficial artesano se halla bajo la férula intelectual y política de su maestro. El obrero fabril deja que el fabricante lo utilice como instrumento suyo en la campaña de agitación por los aranceles protectores. El "lumpen" vende sus puños por un par de pesos en las reyertas e intrigas entre la policía, la burguesía y la nobleza. Y cuando dos clases de empresarios tratan de imponer intereses encontrados, vemos que la misma lucha existe entre los dos bandos de obreros que trabajan para ellos.

Como se ve, la masa obrera se halla, en Alemania, muy poco preparada para asumir la dirección de los asuntos públicos.

Resumiendo. La nobleza se halla muy de capa caída, los pequeños burgueses y los campesinos ocupan en la vida posiciones todavía muy débiles y los obreros están todavía muy lejos de haber madurado, para poder erigirse en la clase dominante de nuestro país. Queda solamente la burguesía.

La miseria del *status quo* alemán reside principalmente en el hecho de que, hasta ahora, ninguna clase ha sido lo bastante fuerte para imponer su rama de producción como la rama de producción nacional por

excelencia, erigiéndose de este modo ella misma en representante de los intereses de toda la nación. Todos los estamentos y clases que han surgido en la historia desde el siglo x, nobles, siervos de la gleba, campesinos feudales, campesinos libres, pequeños burgueses, oficiales artesanos, obreros manufactureros, burgueses y proletarios, coexisten conjuntamente. Aquellos de estos estamentos o clases que representan, gracias a su propiedad, una rama de producción, a saber, la nobleza, los campesinos libres, la pequeña burguesía y los burgueses, han compartido el poder político en proporción a su número, a su riqueza y a su participación en la producción global del país. El resultado de este reparto es que, como hemos dicho, la nobleza haya obtenido la parte del león y la pequeña burguesía la parte mínima, que, *oficialmente*, los burgueses sólo cuenten como pequeños burgueses y los campesinos no cuenten para nada *como campesinos*, porque se distribuyen, con su escasa influencia, entre las demás clases. Este régimen, representado por la burocracia, es la condensación política de la impotencia y el desprecio generales, del sordo hastío y la basura de la sociedad alemana. A esto corresponde el fraccionamiento de Alemania en treinta y ocho Estados locales y provinciales, unido al fraccionamiento de Austria y Prusia en una serie de provincias independientes hacia el interior y expuestas vergonzosamente a la explotación y los puntapiés desde el exterior. El fundamento de este triste panorama general hay que buscarlo en la penuria de capitales. Cada clase ha impreso a la pobre Alemania desde el primer momento el sello de la mediocridad burguesa y ha sido siempre, si la comparamos con la misma clase en otros países, una clase pobre y oprimida. Basta fijarse en el aire pequeñoburgués que desde el siglo XII tienen la alta y la baja nobleza alemana, en comparación con la riqueza, la despreocupación, la alegría de vivir y la seguridad de que da pruebas la aristocracia en Francia e Inglaterra. Basta ver cuán mezquinos, insignificantes y localmente limitados parecen los vecinos de las ciudades hanseáticas, comparados con los rebeldes vecinos de París en los siglos XIV y XV o con los puritanos londinenses del XVII. O ver de qué modo pequeñoburgués se comportan en Alemania los primeros magnates de la industria, la finanza y la navegación, junto a los de París, Lyon, Londres, Liverpool o Manchester. Hasta las clases trabajadoras tienen en Alemania un sello completamente pequeñoburgués. Por donde la pequeña burguesía, cuya posición política y social, es la de una clase oprimida y humillada, tiene, por lo menos, el consuelo de ser la clase normal de Alemania y de haber comunicado a todas las demás su humillación específica y sus dificultades para alimentarse.

¿Cómo salir de esta triste situación? Sólo hay *un* camino. Es necesario que *una* clase se haga lo bastante fuerte para condicionar a *su* auge el auge de toda la nación, al progreso y al desarrollo de sus intereses el progreso de los intereses de todas las demás clases. El interés de *esta* clase debe considerarse, por el momento, como interés nacional, viendo en esta clase misma, momentáneamente, la representante de la nación. A partir de este instante, esta clase y con ella toda la nación entra en

conflicto con el *status quo* político. El *status quo* político corresponde a un estado de cosas que ha dejado de existir: a la pugna entre los intereses de las distintas clases. Los nuevos intereses se ven ahora comprimidos, e incluso una parte de las clases que el *status quo* trataba de favorecer ya no ve sus intereses defendidos por él. Consecuencia obligada de ello es la abolición del *status quo*, pacíficamente o por la fuerza. El equilibrio cede el puesto a la dominación de la clase que representa por el momento a la mayoría de la nación, y bajo su poder comienza un nuevo proceso de desarrollo.

Y, como la penuria de capitales es el fundamento del *status quo*, de la debilidad general, *solamente* la posesión de capitales y su concentración en manos de *una* clase puede dar a ésta la fuerza necesaria para romper el *status quo*.

Ahora bien, ¿existe en Alemania esta clase capaz de acabar con el *status quo*? Sí existe, aunque es cierto que si la comparamos con la misma clase en Inglaterra y en Francia, resulta un tanto pequeñoburgués, pero existe, a pesar de todo, y es la burguesía.

La burguesía es la clase que en todos los países echa por tierra el compromiso que la monarquía burocrática establece entre la nobleza y la pequeña burguesía, conquistándose el poder de este modo.

La burguesía es, en Alemania, la única clase que ha hecho participar de sus intereses y ha unido bajo sus banderas, por lo menos, a gran parte de los terratenientes industriales, pequeños burgueses, campesinos, obreros e incluso a una minoría de la nobleza.

El partido de la burguesía es, en Alemania, el único que sabe claramente lo que ha de poner en lugar del *status quo*; el único que no se limita a principios abstractos y deducciones históricas, sino que trata de imponer soluciones muy precisas, tangibles e inmediatamente visibles; el único que se halla en cierto modo organizado, por lo menos en un plano local y provincial, y posee una especie de plan de campaña; en una palabra, el partido que lucha en primera línea contra el *status quo* y participa directamente en su derrocamiento.

El partido de la burguesía es, por tanto, el único que cuenta, por el momento, con posibilidades de éxito.

A la vista de lo anterior, cabe únicamente preguntarse si la burguesía comprende la necesidad de conquistar el poder, rompiendo el *status quo*, y si es lo bastante fuerte para ello, por su propia fuerza y por la debilidad de sus adversarios.

Veamos cómo están las cosas.

La fracción decisiva de la burguesía alemana son los fabricantes. Del florecimiento de la industria depende el florecimiento de todo el comercio interior, del comercio marítimo de Hamburgo y Bremen e incluso el de Stettin, dependen los negocios bancarios y depende el rendimiento de los ferrocarriles y, con ellos, de la parte más importante de los negocios bursátiles. Los únicos que no dependen de la industria son los exportadores de granos y de lana de las ciudades del Báltico y la insignificante clase de los importadores de artículos industriales extranjeros. Las nece-

sidades de los fabricantes representan, por tanto, las necesidades de toda la burguesía y de las clases que momentáneamente dependen de ella.

Los fabricantes se dividen, a su vez, en dos sectores: uno de ellos da su primera elaboración a las materias primas y las coloca, semielaboradas, en el comercio; el otro es el que se encarga de lanzar al mercado las mercancías ya terminadas. Del primer sector forman parte los fabricantes de hilados, en el segundo se hallan los fabricantes de tejidos. Forman parte también del primer sector, en Alemania, los productores de hierro.

...[b] hacer posibles medios auxiliares recientemente descubiertos, establecer buenas comunicaciones, recibir máquinas y materias primas baratas, formar obreros diestros, lo que requiere todo un sistema industrial, el entrelazamiento de ramas industriales enteras y la existencia de ciudades marítimas tributarias del país interior industrial y que desarrollen un comercio floreciente. Esta tesis ha sido demostrada desde hace ya mucho tiempo por los economistas. Y, para poner en pie un sistema industrial de este tipo hace falta también, hoy, en que son los ingleses casi los únicos que no tienen por qué temer a la libre competencia, un amplio y completo sistema proteccionista, que abarque todas las ramas de producción contra las que puede atentar la competencia extranjera y cuyas modificaciones deberán atenerse siempre al estado de la industria. Este sistema no *puede* suministrarlo el gobierno prusiano existente ni todos los gobiernos de la Liga Aduanera juntos. Sólo puede organizarlo y manejarlo la misma burguesía gobernante. He aquí, entre otras, la razón de que la burguesía alemana no puede seguir privada por más tiempo del poder político.

Este sistema proteccionista es, en Alemania, tanto más necesario cuanto que en este país se halla agonizando la manufactura. Sin aranceles protectores, la manufactura sucumbirá ante la competencia de la maquinaria inglesa y perecerán los burgueses, pequeños burgueses y obreros hasta ahora sostenidos por aquélla. Razón más que suficiente para que los burgueses alemanes arruinen con máquinas *alemanas* lo que todavía queda de la manufactura.

La burguesía alemana necesita, pues, los aranceles protectores y solamente ella puede implantarlos. Es esta una de las razones por las que debe adueñarse del poder del Estado.

Pero los fabricantes, para valorizar totalmente sus capitales, no tropiezan solamente con el escollo de las bajas tarifas aduaneras; tropiezan también con la *burocracia*. Y si en lo tocante a la legislación aduanera se topan con la indiferencia, en sus relaciones con la burocracia les sale al paso la hostilidad directa del gobierno.

La burocracia ha sido instituida para gobernar sobre pequeños burgueses y campesinos. Estas clases, diseminadas en pequeñas ciudades y aldeas y con intereses que no van más allá del más limitado círculo local, necesitan moverse dentro de un horizonte también limitado, a tono

[b] Faltan aquí cuatro páginas del manuscrito.

con sus relaciones de vida restringidas. Son clases que no pueden gobernar un Estado grande, que no poseen ni pueden poseer visión ni conocimientos suficientes para mantener en equilibrio mutuo los diferentes intereses encontrados. Y precisamente en *la* fase de la civilización en que florece la pequeña burguesía es cuando más se enredan y embrollan los diferentes intereses (baste pensar en los gremios y en sus colisiones). He ahí por qué los pequeños burgueses y los campesinos no pueden prescindir de una potente y numerosa burocracia. Necesitan colocarse bajo la tutela de un poder superior, para sustraerse al gran embrollo y no verse envueltos y arruinados en cientos y miles de procesos.

Pero la burocracia, que es una necesidad para el pequeño burgués, no tarda en convertirse, para el burgués, en una traba insoportable. Ya en el régimen de la manufactura resultan muy gravosas la vigilancia y la intromisión de los funcionarios; y la industria fabril apenas puede desarrollarse bajo semejante control. Hasta ahora, los fabricantes alemanes se han quitado de encima, en lo posible, la burocracia por medio de la corrupción, cosa que no se les puede echar en cara. Pero este recurso sólo les libera de la parte menos importante de la carga; aun prescindiendo de la imposibilidad de sobornar a *todos* los funcionarios con que entra en contacto un fabricante, el soborno no le libera de las espórtulas, honorarios de abogados, arquitectos, mecánicos y otros desembolsos impuestos por la fiscalización de los trabajos extras y las pérdidas de tiempo. Y cuanto más se desarrolla la industria, van surgiendo más y más "funcionarios cumplidores del deber", es decir, que, por pura limitación o por inquina burocrática, inventan los peores ardides contra la burguesía.

La burguesía se ve, pues, obligada a romper el poder de esta arrogante y pérfida burocracia. Desde el momento en que la administración del Estado y la legislación caen en manos de la burguesía, la burocracia pierde su independencia; más aún, a partir de este instante los funestos espíritus de la burocracia se convierten en los más sumisos servidores del nuevo dueño. Los anteriores reglamentos y decretos que sólo servían para facilitar la labor de los funcionarios a costa de los burgueses industriales dejan el puesto a nuevos reglamentos que facilitan la labor de los industriales a costa de los funcionarios.

La burguesía se ve obligada con tanta mayor razón a hacer esto lo antes posible cuanto que, como hemos visto, todos sus sectores se hallan directamente interesados en fomentar con la mayor rapidez posible la industria fabril, la cual no puede prosperar nunca bajo el régimen de los enredos burocráticos.

La supeditación de las aduanas y la burocracia al interés de la burguesía industrial son las dos medidas cuya aplicación interesa más directamente a la burguesía. Pero sus necesidades no se reducen a esto, ni mucho menos. La burguesía no tiene más remedio que someter a una completa revisión todo el sistema de la legislación, la administración y la justicia de casi todos los territorios alemanes, ya que todo este sistema va encaminado a mantener en pie y apuntalar un estado social que la

burguesía se esfuerza constantemente en derribar. Las condiciones bajo las cuales pueden coexistir la nobleza y la pequeña burguesía difieren totalmente de las condiciones de vida de la burguesía, y en los Estados alemanes sólo están oficialmente reconocidas las primeras. Tomemos como ejemplo el *status quo* alemán. Si los pequeños burgueses se someten a la burocracia jurídica como a la administrativa, si han podido confiar sus bienes y sus personas a la discreción y la somnolencia de una judicatura "independiente", es decir, autónoma desde el punto de vista burocrático, que, a cambio de ello, les protege de los desafueros de la nobleza feudal y, a veces, incluso de los desmanes de la burocracia administrativa, la burguesía no puede hacerlo. La burguesía requiere para sus procesos de propiedad, por lo menos, la garantía de la publicidad y para sus procesos criminales, además, la institución del jurado, que es la fiscalización constante de la justicia por una diputación de elementos de la burguesía. El pequeño burgués puede acceder a que los nobles y los funcionarios queden exentos de la jurisdicción ordinaria, porque esta humillación oficial de que se les hace objeto corresponde plenamente a la baja posición social que ocupan. Pero el burgués, colocado ante la disyuntiva de perecer o convertir a su clase en la primera dentro de la sociedad y del Estado, no puede resignarse a eso. El pequeño burgués puede dejar exclusivamente en manos de la nobleza la legislación sobre la propiedad territorial, sin que ello vaya en menoscabo de su modesto modo de vida; y se ve, además, obligado a hacerlo, porque tiene bastantes quebraderos de cabeza con defender sus propios intereses urbanos de la influencia y los abusos de la nobleza. El burgués no puede, en modo alguno, dejar a merced de la nobleza la regulación de las relaciones de propiedad en el campo, pues la expansión completa de sus propios intereses requiere también la explotación más industrial que sea posible de la agricultura, la creación de una clase de agricultores industriales, la libre alienabilidad y movilidad de la propiedad de la tierra. La necesidad del terrateniente de conseguir dinero a base de hipotecas brinda aquí un asidero al burgués y obliga a la nobleza a conceder a la burguesía cierta influencia sobre la legislación acerca de la propiedad territorial, por lo menos en lo que se refiere a las leyes hipotecarias. Mientras que el pequeñoburgués, con sus escasos y pobres negocios, su lento ritmo de rotación y el número reducido de sus clientes, concentrados en un pequeño radio, no se sentía especialmente oprimido por la lamentable legislación comercial de la vieja Prusia, sino que, lejos de ello, aún se mostraba agradecido por el poquito de garantía que le brindaba, el burgués no puede soportar ya esa legislación. El pequeñoburgués, cuyas transacciones sencillas a más no poder rara vez son negocios de comerciante a comerciante, pues casi siempre se limitan a simples ventas hechas directamente por el detallista o el artesano al consumidor, casi nunca da en quiebra, y esto le permite someterse fácilmente a la vieja ley prusiana sobre la quiebra y la bancarrota. Según esta ley, las deudas cambiarias se pagan de la masa de bienes del concurso con preferencia sobre todas las deudas escriturarias, pero lo que

generalmente ocurre es que casi todos los bienes son devorados por la justicia. Esta ley ha sido concebida preferentemente en interés de los burócratas jurídicos encargados de administrar los bienes del concursado y luego en interés de todos los no burgueses contra los burgueses. Por ejemplo, los terratenientes nobles, que se cobran el trigo expedido con letras libradas sobre el comprador o el consignatario, quedan cubiertos al año y retiran del comercio el importe en forma de letras de cambio. La legislación comercial protege también a los banqueros y a los comerciantes al por mayor, dejando más bien en la estacada al fabricante. Estas leyes absurdas sólo pueden representar la ruina para el burgués, que sólo hace negocios de comerciante a comerciante, que tiene los clientes desperdigados por todas partes, que recibe letras de cambio sobre el mundo entero, que se ve obligado a moverse en medio de un sistema de transacciones complicadísimo y que a cada paso se ve enredado en una quiebra. El pequeño burgués sólo se halla interesado en la política general de su país por cuanto que desea y necesita la paz; su limitado círculo de vida le incapacita para abarcar con la mirada las relaciones entre Estados. El burgués, que negocia o tiene que competir con los países extranjeros más alejados, no puede estar a la altura de sus negocios sin influir del modo más directo sobre la política exterior de su Estado. El pequeño burgués puede resignarse a que la burocracia y la nobleza le carguen de impuestos, por las mismas razones por las que se somete a la burocracia; el burgués tiene un interés muy directo en distribuir las cargas públicas de modo que afecten lo menos posible a *sus* ganancias.

Resumiendo, si el pequeño burgués podía contentarse con oponer a la nobleza y a la burocracia su masa inerte, con asegurarse por medio de la fuerza de la inercia una influencia sobre la opinión pública, el burgués no puede hacerlo. El burgués tiene que hacer de su clase la clase dominante, de sus intereses los intereses decisivos en los campos de la legislación, la administración, la justicia, la tributación y la política exterior. La burguesía necesita desarrollarse hasta el último límite, incrementar diariamente sus capitales, reducir diariamente el costo de producción de sus mercancías, extender diariamente sus relaciones comerciales, sus mercados, mejorar diariamente sus comunicaciones, *si no quiere perecer*. La competencia en el mercado mundial le empuja a ello. Y, para poder desarrollarse libremente y hasta el último límite, necesita cabalmente el poder político, necesita que todos los demás intereses se sometan a los suyos.

Ahora bien, que la burguesía alemana necesita, precisamente *ahora*, de la dominación política para no perecer, lo hemos demostrado más arriba, al referirnos al problema del proteccionismo arancelario y al hablar de la posición de la burguesía ante la burocracia. Pero la prueba más palmaria de ello es la *situación por que está atravesando en el momento actual el mercado alemán de dinero y de mercancías*.

La prosperidad de la industria inglesa en 1845 y las consiguientes especulaciones en torno a los ferrocarriles ejercieron esta vez una reper-

cusión más intensa que en ninguno de los periodos anteriores sobre Francia y Alemania. Los fabricantes alemanes hicieron buenos negocios y, con los suyos, mejoró el negocio alemán en general. Los distritos agrícolas encontraron un buen mercado para su trigo en Inglaterra. La prosperidad general estimuló al mercado de dinero, facilitó el crédito y atrajo al mercado a multitud de pequeños capitales, como los que en Alemania se hallan en gran número medio ociosos. Y, como en Francia y en Alemania, sólo que algo más tarde y en algo...[c]

c Aquí se interrumpe el manuscrito.

# EL CONGRESO ECONÓMICO [235]

[*Deutsche Brüsseler Zeitung*, núm. 76,
23 de septiembre de 1847]

Hay aquí, como es sabido, unos cuantos abogados, funcionarios, médicos, rentistas, comerciantes, etc., que, bajo el pretexto de una *Association pour le libre échange* (*à l'instar de Paris*)[a] se instruyen mutuamente acerca de los rudimentos de la Economía política. Durante los últimos tres días de la semana pasada, estos señores han estado en sus glorias. Celebraron su gran Congreso de los más señalados economistas de todos los países y gozaron de la inefable delicia de escuchar las grandes verdades de la economía, no ya de labios de un señor Jules Bartal, de un Le Hardy de Beaulieu, de un Faider o Fader[b] o de cualquier otro gran hombre desconocido, sino directamente por boca de los primeros maestros de la ciencia. Se sentían felices, arrobados, dichosos, transportados al séptimo cielo.

Por su parte, los maestros de la ciencia allí presentes ya no se sentían tan felices. Habían creído en un triunfo fácil, pero hubieron de afrontar una dura lucha; creían haber ido allí simplemente para ver y vencer, pero vencieron solamente en la votación, pues en el terreno de la discusión salieron totalmente derrotados al segundo día,[236] y el tercero sólo se libraron de una derrota todavía más desastrosa gracias a sus intrigas. Aunque el público, embobado, no se diese cuenta de esto, ellos no pudieron por menos de sacar una dolorosa sensación de la realidad.

Hemos tenido ocasión de asistir al Congreso. Nunca hemos sentido el menor respeto por estos maestros de la ciencia cuya ciencia fundamental consiste en contradecirse constantemente los unos a los otros y consigo mismos, con la mayor tranquilidad de espíritu. Pero, confesamos que el Congreso mató en nosotros hasta el último vestigio de respeto que aún pudiéramos sentir por los hombres cuyos escritos y discursos nos eran menos conocidos. Confesamos nuestro asombro ante el hecho de vernos obligados a escuchar tantas simplezas y necedades, tales banalidades y lugares comunes. Confesamos que no habíamos esperado de aquellos señores de la ciencia tal incapacidad para ofrecernos algo mejor que los primeros rudimentos de la economía, nuevos tal vez para niños de siete u ocho años, pero que, tratándose de personas adultas y sobre todo de miembros de una *Association pour le libre échange* parece que debían darse por supuestos. Sin embargo, los señores oradores conocían a su público mejor que nosotros.

a Asociación para el Librecambio (a imitación de París). b Juego de palabras: Fade, del francés *fade*, insustancioso; *Faider*, nombre de uno de los asistentes al Congreso económico.

Los que mejor se comportaron en el Congreso fueron los ingleses. Eran los más interesados por el asunto, porque toman a pecho la apertura de los mercados continentales y el problema de la libertad de comercio es para ellos un problema vital. Y así lo hicieron notar también muy claramente, pues estos hombres, que en general se niegan a hablar otra lengua que no sea el inglés, se dignaron ahora manifestarse en francés a la mayor honra y gloria de su *free-trade*.[c] Se veía a todas luces cuán de cerca toca a su bolsa este problema. Los franceses, por su parte, se manifestaron como puros ideólogos, animados por el entusiasmo científico. No se distinguieron ni siquiera por el proverbial *esprit* [d] francés ni por la originalidad de sus ideas. Pero, por lo menos, hablaban un buen francés, lo que no es frecuente en Bruselas. Los holandeses hablaron en un tono aburrido y doctoral. Al danés, un señor David, no hubo manera de entenderle. Los belgas parecían asumir más bien el papel de oyentes pasivos; por lo menos, no hablaron jamás en defensa de su industria nacional, que es la *contrefaçon*.[e] Por último, los alemanes, con excepción del señor Weerth, que habló más bien como inglés que como alemán, representó la *partie honteuse* [f] de todo el Congreso. A ellos les tocaría la palma, si al final no se la hubiese arrebatado un belga para su nación.

*Primer día.* Discusión general. La abrió Bélgica por medio del señor Faider, quien hizo gala, en su actitud y en su manera de hablar, de esa marcada ostentación que se aprecia a cada paso, tan desagradablemente, en las calles y en los paseos de Bruselas. El señor Faider se limitó a pronunciar frases y más frases, sin elevarse apenas a las verdades económicas más elementales. No nos detendremos en su discurso con tanta morosidad como él lo hizo, al servirnos su sopa aguada.

Subió a la tribuna el señor Wolowski, profesor etc., en París. Se trata de un judío polaco francés, petulante, retórico y superficial, que aúna en su persona las malas cualidades de las tres naciones, sin ninguna de las buenas. El señor Wolowski provocó un enorme entusiasmo con su discurso preparado de antemano y que revela un sorprendente talento para la sofística. Lo malo es que este discurso no pertenecía precisamente al señor Wolowski, pues había sido urdido con ideas de los *Sophismes économiques* [g] del señor Frédéric Bastiat. Claro que esto no podían saberlo los *claqueurs* [h] de Bruselas. El señor Wolowski se lamentó de que un proteccionista *alemán* llevara la voz de la oposición, arrebatando así la iniciativa a los proteccionistas franceses. Fue castigado por ello. Al final de su discurso, el señor Wolowski mostró un alto grado de comicidad. Pasó a hablar de las clases trabajadoras, a quienes prometió que la libertad de comercio depararía montañas de oro y acometió en su nombre, con fingida furia, contra los proteccionistas. ¡Sí, clamó, elevando patéticamente el falsete de su voz, sí son estos proteccionistas, "*ces gens qui n'ont rien là qui batte pour les classes*

[c] Librecambio. [d] Ingenio. [e] Imitación. [f] La mancha negra. [g] "Sofismas económicos." [h] Ovacionadores.

*laborieuses*"[i] —y, al decir esto, se golpeó la oronda tripita—, quienes nos impiden realizar nuestros más caros deseos de ayudar a los obreros a salir de la miseria! Desgraciadamente, su arrebato de furia era demasiado fingido para impresionar a los pocos obreros sentados en la galería.

El señor Rittinghausen, de Colonia, que representaba allí a la patria alemana, leyó una disertación interminable y aburrida en defensa del sistema proteccionista. Lo hizo como una auténtico alemán. Se lamentó con el gesto más amargo del mundo, de la mala situación de Alemania, de su impotencia industrial e imploró formalmente a los ingleses que permitiesen a los alemanes defenderse de su arrolladora competencia. ¿Queréis —dijo— darnos la libertad comercial, queréis que nosotros compitamos libremente con todas las naciones, cuando nos atenazan casi por doquier los gremios y ni siquiera podemos competir libremente *entre nosotros mismos?*

El señor Blanqui, profesor, diputado y conservador progresivo de París, autor de una lamentable "Historia de la Economía" y de otras obras bastante malas y puntal de la llamada "*École française*"[j] de Economía, se encargó de contestar al señor Rittinghausen. Es un señor bien nutrido y atildado, con una cara en que se mezclan de un modo repelente la farisaica severidad, la untuosidad y la filantropía. Caballero de la Legión de Honor, *cela va sans dire.*[k] El señor Blanqui habló con la mayor volubilidad posible y el menor ingenio imaginable, lo que necesariamente tenía que causar gran impresión a los librecambistas de Bruselas. Por lo demás, lo que dijo es diez veces más insignificante que todo lo que había escrito anteriormente. No hace falta que nos detengamos en sus frases.

Le llegó luego el turno al Dr. Bowring, miembro radical del parlamento, heredero de la sabiduría de Bentham, de cuyos huesos es depositario.[237] Él mismo es una especie de esqueleto bentamiano. Se advertía que las elecciones ya habían pasado. El señor Bowring no creyó necesario hacer ya concesiones al pueblo y se manifestó como un auténtico burgués. Habló un fluido y correcto francés con fuerte acento inglés, realzando el efecto de sus palabras con las más violentas e histriónicas gesticulaciones que recordemos haber visto nunca. El señor Bowring, representante de la interesadísima burguesía inglesa, declaró que había llegado la hora de arrojar a un lado el egoísmo y de basar el bienestar propio en el de los demás. Era, naturalmente, la vieja "verdad" económica de que, al tratar con un millonario, se pueden hacer mejores negocios y obtener mayores ganancias que entendiéndose con quien no posea más de mil táleros. Y, por último, entonó un himno apasionado al contrabandista, *cet envoyé du ciel.*[l]

Tras él, subió a la tribuna el señor Duchateau, presidente de la *Association pour la protection du travail national*[m] de Valence, quien, saliendo al paso de la provocación del señor Wolowski, hizo la defensa

[i] Estas gentes que no tienen nada que digan algo a las clases laboriosas. [j] "Escuela francesa". [k] Huelga decirlo. [l] Ente enviado del cielo. [m] Asociación para la protección del trabajo nacional.

del sistema proteccionista francés. Repitió, con gran tranquilidad y claridad, las consabidas tesis de los proteccionistas, partiendo de la acertada idea de que éstas se bastaban y se sobraban para amargar todo el Congreso a los señores librecambistas. Fue, sin ningún género de duda, el mejor orador de la jornada.

Le contestó el señor Ewart, miembro del parlamento, quien habló en un francés casi ininteligible y empleando los tópicos más vulgares y más trillados de la Liga Anticerealista,[73] que cualquier muchacho de las calles, en Inglaterra, se sabe de memoria.

Del señor Campan, diputado de la Sociedad de Librecambistas de Burdeos, hacemos mención solamente por guardar el orden de la discusión. Lo que dijo fue algo tan insignificante, que no recordamos una sola palabra de ello.

Por su parte, el señor coronel Thompson, miembro del parlamento, redujo el problema a una sencilla historia. Supongamos, dijo, que en una ciudad haya cocheros que cobren a razón de franco y medio por viaje. Si se crea una compañía de ómnibus en que el pasaje cueste un franco, los cocheros podrán decir que se sustrae al comercio, con esta innovación, medio franco por viaje. Pero, ¿es verdad esto? ¿A dónde va a parar el medio franco? El pasajero lo dedicará a comprarse otras cosas, dulces o pasteles, por ejemplo. El medio franco seguirá, pues, circulando y el consumidor le sacará mayor rendimiento. Pues bien, eso es lo que ocurre con los proteccionistas, que defienden al cochero, en contraste con los librecambistas, que asumen la defensa del ómnibus. El buen coronel Thompson olvida, sin embargo, una cosa, y es que la competencia se encarga de anular enseguida esta ventaja del consumidor, descontándole a favor de otro lo que ha salido ganando con el primero.

Por último, habló el señor Dunoyer, Consejero de Estado de París, autor de varias obras, entre otras un libro *De la liberté du travail*,[n] en el que acusa a los obreros de procrear demasiados hijos. Habló con una violencia propia de un Consejero de Estado para decir una serie de cosas insignificantes. El señor Dunoyer es un *ventru* [o] bien alimentado, calvo y colorado, con cara de perro de malas pulgas y que se ve que no está acostumbrado a que lo contradigan, pero que dista mucho de ser tan temible como él se imagina. El señor Blanqui dijo, refiriéndose a sus baratas invectivas contra el proletariado: "*Monsieur Dunoyer dit aux peuples les mêmes vérités austères qu'au dernier siècle les Voltaire et Rousseau disaient aux princes*".[p]

Con esto terminó la discusión general. En el número siguiente informaremos acerca de la discusión sostenida acerca de los puntos especiales en los días segundo y tercero del Congreso.[238]

[n] "Sobre la libertad del trabajo". [o] Barrigudo. [p] "El señor Dunoyer les dice a los pueblos las mismas verdades austeras que en el siglo pasado les decían a los príncipes los Voltaire y Rousseau."

# EL CONGRESO DEL LIBRECAMBIO EN BRUSELAS

[*The Northern Star*, núm. 520,
9 de octubre de 1847]

Los días 16, 17 y 18 de septiembre se celebró aquí (en Bruselas) un Congreso de economistas, industriales, comerciantes, etc., para discutir el problema del librecambio. Se reunieron más de 150 congresistas de todas las naciones. Los librecambistas ingleses estaban representados por los miembros del parlamento Dr. Bowring, coronel Thompson, los señores Ewart y Brown, director del *Economist*,[239] James Wilson, esq., etc.; de Francia vinieron el señor Wolowski, profesor de jurisprudencia, el señor Blanqui, diputado, profesor de economía, autor de una historia de esta ciencia y de otras obras, el señor Horace Say, hijo del famoso economista, el señor Ch. Dunoyer, miembro del Consejo secreto de Estado, autor de diversas obras de política y economía, y algunos más. Alemania no envió al congreso ningún librecambista, pero Holanda, Dinamarca, Italia y otros países estuvieron representados en él. Estaba anunciada la presencia del señor Ramón de la Sagra, de Madrid, pero llegó tarde. Y huelga decir que estaban también presentes gran número de librecambistas belgas.

Se reunieron, pues, los maestros de la ciencia para deliberar acerca del importante problema de los beneficios que el librecambio proporciona al mundo. De inmediato puede suponerse que las discusiones de gentes tan escogidas, en las que han brillado grandes luminarias, tenían que ser altamente interesantes. Pueden ustedes estar seguros de que hombres como el Dr. Bowring, el coronel Thompson, Blanqui y Dunoyer pronunciaron discursos muy impresionantes, de que emplearon argumentos extraordinariamente convincentes y expusieron los problemas bajo una luz del todo nueva y asombrosa, manejando las más elevadas ideas. Pero, por desgracia, tengo que decir que, de haber estado presentes, habrían quedado ustedes decepcionados. Así es que sus mayores esperanzas y sus más bellas ilusiones se habrían esfumado en menos de una hora.

He asistido a innumerables asambleas y discusiones públicas. Más de cien veces, durante mi estancia en Inglaterra, he oído a los oradores de la *League*[a] exponer sus argumentos contra las leyes sobre el trigo, pero jamás, puedo asegurárselo, había escuchado tanta huera charlatanería, una sarta tan insulsa, aburrida e intrascendente de lugares comunes, expuestos con tanta fatuidad. Jamás antes me había sentido tan defraudado. Lo que allí se trató no merece siquiera el nombre de discusión; fue simplemente una cháchara de tertulia de café. Las gran-

a La Anti-Corn League o Liga Anticerealista (v. nota 73).

des luminarias de la ciencia no rozaron ni una sola vez el campo de la economía en el estricto sentido de la palabra, y no acertaría a comunicarles a ustedes todas las trilladas necedades que allí se ensartaron en los dos primeros días del Congreso. Les bastará leer dos o tres números de la *League* o del *Manchester Guardian* [240] y encontrarán en ellos todo lo que allí se dijo, con excepción tal vez de dos o tres frases agradables del señor Wolowski. Claro está que se había limitado a plagiarlas del panfleto del señor Bastiat (jefe de los librecambistas franceses) titulado *Sophismes économiques*.[b]

Los librecambistas no esperaban escuchar más voz de la oposición que la del señor Rittinghausen, un proteccionista alemán, que es, por lo demás, en general, un sujeto bastante gris. Pero se levantó un señor Duchateau, industrial y proteccionista francés —un hombre que habla en nombre de su dinero, como el señor Ewart o el señor Brown en nombre del suyo— y les dio tanto qué hacer con sus argumentos en contra, que al segundo día de la discusión gran número de los congresistas partidarios del librecambio hubieron de reconocer que no estaban en condiciones de rebatirlos. Pero se vengaron a la hora de votar, pues todos los acuerdos se aprobaron, naturalmente, casi por unanimidad.

Al tercer día del Congreso, se puso a debate una cuestión interesante para los lectores de este periódico. Se trataba de lo siguiente: "La implantación del librecambio general ¿beneficiará a las clases trabajadoras?" Se pronunció en sentido afirmativo, con un prolijo discurso en inglés, el señor Brown, librecambista de Lancashire. Fueron él y el señor Wilson los únicos que hablaron en esta lengua. Los demás se expresaron en francés; el Dr. Bowring muy bien, el coronel Thompson pasablemente, y el señor Ewart en un francés espantoso. Se limitó a repetir una parte de los viejos documentos de la *League*, en un tono plañidero que recordaba al que suelen emplear los curas anglicanos.

A continuación, se levantó a hablar el señor Weerth, de la Prusia renana. Doy por supuesto que conocen ustedes a este señor: es un joven viajante de comercio cuyas poesías son muy conocidas y estimadas en Alemania y a quien una estancia de varios años en Yorkshire ha hecho testigo presencial de la situación de los obreros. Ha dejado allí gran número de amigos, que sin duda se alegrarán de que no los haya olvidado. Como su discurso será probablemente lo más interesante de todo el Congreso para los lectores de su periódico, informaré acerca de él con cierto detenimiento. Dijo, entre otras cosas, lo siguiente: [241]

"Estáis discutiendo, señores, la influencia del librecambio sobre la situación de las clases trabajadoras. Manifestáis la mayor de las simpatías hacia estas clases. Mucho me satisface esto, pero me extraña no ver entre vosotros a ningún representante de los trabajadores. La burguesía de Francia está representada aquí por un Par, la de Inglaterra por varios miembros del parlamento, la de Bélgica por un exministro y hasta la de Alemania tiene su portavoz en un

[b] "Sofismas económicos".

señor que ha presentado aquí un cuadro de la situación de su país bastante apegado a la verdad. Pero, ¿dónde —me pregunto— están los representantes de los obreros? No los veo por ninguna parte y por eso, señores, me permitiréis que traiga yo aquí la voz de sus intereses. Me tomo la libertad de hablaros en nombre de los hombres trabajadores, especialmente en nombre de los cinco millones de trabajadores ingleses, cerca de los cuales he pasado los más bellos años de mi vida y a quienes conozco y estimo. (*Aplausos.*) No cabe duda, señores, de que los obreros necesitan recibir un trato mejor. Hasta ahora, no han sido tratados como hombres, sino como bestias de carga o, mejor dicho, como mercancías o como máquinas; los fabricantes ingleses saben esto tan bien, que nunca dicen: demos empleo a tantos o cuantos obreros, sino a tantos o cuantos brazos. La clase poseedora, obrando con arreglo a este principio, no ha vacilado ni un momento en extraer ganancias de los servicios de sus trabajadores cuando los necesitaba, para arrojarlos a la calle en cuanto dejan de suministrarle un beneficio. De ahí que la situación en que se hallan estos proscritos de la sociedad moderna revista las formas más espantosas. A donde quiera que miremos, a las orillas del Ródano o a las sucias y apestadas callejuelas de Manchester, Leeds y Birmingham, a las montañas de Sajonia y de Silesia o a las planicies de Westfalia, por todas partes encontramos la misma miseria y la misma sorda desesperación pintada en los ojos de estos hombres, que reclaman en vano sus derechos y su posición dentro de la sociedad civilizada." (*Grandes rumores.*)

El orador pasó luego a explicar que, a su juicio, el sistema proteccionista no amparaba en realidad a los trabajadores, pero que tampoco el librecambio —y lo decía clara y llanamente, a pesar de ser librecambista— haría cambiar jamás la deplorable situación de la clase obrera. No compartía en modo alguno las falsas ideas de los partidarios del librecambio con respecto a los beneficios que la implantación de este sistema aportaría a los trabajadores. Por el contrario, el librecambio, es decir, la implantación total de la libre competencia arrastraría a los obreros a una competencia desenfrenada de los unos contra los otros, obligando al mismo tiempo a los capitalistas a competir todavía más duramente entre sí. La libertad total de la competencia traería consigo inevitablemente un auge enorme en la invención de nuevas máquinas y, como consecuencia de ello, más y más obreros serían arrojados diariamente a la calle. Impulsaría la producción en todos los órdenes y contribuiría con ello precisamente a fomentar en la misma medida la superproducción, el abarrotamiento de los mercados y los estancamientos comerciales. Los librecambistas afirman —dijo el orador— que bajo el sistema de la libertad de comercio se acabaría con estas espantosas conmociones. Pero ocurriría precisamente lo contrario de esto, las perturbaciones aumentarían y se multiplicarían más que nunca. Es posible y hasta seguro que el abaratamiento de los medios de sustento beneficiaría en un principio a los obreros, que la baja de los costos de producción determinaría el incremento del consumo y de la demanda de mano de obra, pero estos beneficios se trocarían enseguida en la miseria, y la competencia desatada en el seno de la clase obrera no tardaría en llevar de nuevo a ésta a su estado anterior de postración y de penuria. Y, después

de exponer estos y otros argumentos (que parecían representar una gran novedad para los reunidos, a juzgar por la atención con que eran escuchados y a pesar de que el reportero del *Times* trató de darles de lado despectivamente con la cínica frase de "¡Bah! ¡Son los tópicos del cartismo!"), el señor *Weerth* terminó su discurso así:

"Y no vayais a pensar, señores, que esto que digo son simplemente ideas personales mías; no, son también las ideas de los trabajadores ingleses, de una clase a la que yo apoyo y respeto, porque se trata en realidad de hombres inteligentes y enérgicos. (*Aplausos "corteses"*.) Os lo demostraré con algunos ejemplos. Seis años se pasaron los señores de la *League* a quienes aquí hemos escuchado cortejando en vano a la clase obrera, para obtener su apoyo. Los trabajadores jamás olvidaron que los capitalistas son sus enemigos naturales. Recordaron los trastornos provocados por la Liga en 1842 [242] y la resistencia opuesta por los fabricantes a la Ley sobre la jornada de trabajo de Diez horas. Solamente hacia el final del año 1845 accedieron los cartistas, la *élite* de la clase obrera, a sellar una alianza temporal con la Liga para dar la batalla al enemigo común, que era la nobleza de la tierra. Pero este acuerdo fue sólo por breve tiempo y sin que se dejasen engañar jamás por las turbias promesas de los Cobden, los Bright y Cía., ni concibieran esperanzas de que los burgueses llegaran a suministrarles nunca pan barato, trabajo abundante y salarios altos. No; ni por un momento dejaron de cifrar toda su confianza exclusivamente en sus propias fuerzas y en la creación de su propio partido, dirigido por destacados jefes como el infatigable Duncombe y Feargus O'Connor, quienes, a pesar de todas las calumnias de que se les hizo objeto" (y, al decir esto, el señor Weerth miró al Dr. Bowring, quien no pudo reprimir un movimiento convulsivo), "se sentaron junto a ustedes en el mismo banco de la Cámara de los Comunes. Pues bien, en nombre de estos millones de hombres, quienes no creen que el librecambio vaya a hacer milagros por ellos, os invito a que penséis en otros medios, si realmente aspiráis a mejorar la situación de los trabajadores. Y os insto, señores, a que lo hagáis en vuestro propio interés. Ya no tenéis por qué temer al zar de todas las Rusias o a la invasión de los cosacos, pero, si no andáis con cuidado, deberéis temer a una insurrección de vuestros propios obreros, quienes os tratarían bastante peor que todos los cosacos del mundo. Los obreros, señores, ya no quieren de vosotros solamente palabras, quieren hechos, y no tenéis razones para asombraros de que así sea. Los obreros se acuerdan muy bien de los años 1830 y 1831, cuando en Londres arrancaron para vosotros la victoria de la Ley de reformas y lucharon por vosotros en las calles de París y Bruselas,[243] recuerdan cómo en aquellos días los cortejábais, estrechábais sus manos y los ensalzábais en todos los tonos y cómo, algunos años más tarde, cuando pedían pan, los recibisteis con descargas de fusilería y cargas de bayoneta (Gritos de "*¡No es cierto!*", a los que el orador replica "*¡Sí, lo es, acordaos de Buzançais y Lyon!*").[244] Por eso os repito: poned en práctica vuestro librecambio, está bien, pero pensad al mismo tiempo en otras medidas a favor de las clases trabajadoras, o algún día tendréis que arrepentiros." (*Grandes aplausos.*)

Cuando el señor Weerth terminó de hablar, se levantó el Dr. Bowring para replicarle:

"Debo comunicar a ustedes —comenzó diciendo— que el honorable miem-

bro que me ha precedido en el uso de la palabra no ha sido elegido por los trabajadores ingleses para representarlos en este Congreso. El pueblo inglés en su totalidad nos ha designado a nosotros para hacer oír aquí su voz, razón por la cual reivindicamos el derecho a ser considerados como sus verdaderos representantes."

Después de lo cual pasó a enumerar los beneficios del librecambio, que durante el año anterior se manifestaron en Inglaterra, según él, en un aumento de la importación de productos alimenticios, después de implementadas las tarifas aduaneras. Tantos más cuantos huevos, tantos más cuantos quintales de mantequilla, queso, jamones, grasa, tantas más cuantas cabezas de ganado, etc., etc. Pues bien, ¿quién pudo comer todos estos alimentos si no los obreros de Inglaterra? Se olvidó de decir, claro está, qué cantidades de los mismos artículos dejaron de producirse en el país, al implantarse la competencia extranjera. Dio por supuesto que el aumento de las importaciones constituye una prueba decisiva en pro del aumento del consumo. No se cuidó de decir de dónde van a sacar el dinero para pagar el aumento del consumo y los beneficios del librecambio los obreros de Manchester, Bradford y Leeds que hoy se hallan en la calle, sin poder trabajar, ya que hasta ahora nadie nos ha hablado de patronos que les regalen huevos, mantequilla, queso, jamones y carne como premio por estar parados. No dijo ni una palabra de la mala situación actual del comercio, que todos los periódicos pintan como desastrosa. Parecía ignorar que todas las previsiones de los librecambistas desde la implantación de sus medidas se han revelado en la realidad totalmente fallidas. Y no tuvo ni una palabra de simpatía para los sufrimientos de los obreros, sino que, lejos de ello, pintó la sombría situación por la que actualmente atraviesan como la más hermosa, dichosa y agradable que imaginarse pueda.

Los obreros ingleses pueden ahora elegir entre sus dos representantes en el Congreso. Desfilaron luego toda una serie de oradores, que hablaron de los más diversos temas menos del que estaba puesto a debate. El señor M'Adam, miembro del parlamento por Belfast (?), urdió un interminable discurso sobre la industria textil del lino en Irlanda y abrumó a la concurrencia con estadísticas. El señor Ackersdijk, profesor holandés, disertó acerca de la antigua y la nueva Holanda y de las universidades de Lieja, Walpole y Dewit. El señor de Casteele discurrió sobre Francia, Bélgica y el gobierno; el señor Asher, de Berlín, nos habló del patriotismo alemán y en torno a un nuevo tema, al que llamó producto espiritual, y el señor Den Tex, de Holanda, se extendió acerca de Dios sabe qué. Al final, cuando ya el auditorio estaba medio dormido, lo sacó de su sopor el señor Wolowski, volviendo al tema crucial para replicar al señor Weerth. Su discurso, como los de todos los franceses, vino a demostrar cuánto temen los capitalistas franceses que las profecías del señor Weerth se cumplan. Hablan de los sufrimientos de la clase obrera con una simpatía tan engañosa, tan farisaica y tan plañidera, que casi se dejaría uno seducir si sus orondos vientres, el profundo

sello de la hipocresía impreso en sus caras, las lamentables recetas que ofrecen y el ostensible contraste que se manifiesta entre sus palabras y sus hechos no se encargaran de desmentirlos clamorosamente. Hasta ahora, no han logrado engañar a un solo obrero. Se levantó luego el duque de Harcourt, que es un Par de Francia, y también reclamó para los capitalistas, diputados y otros elementos franceses presentes en el Congreso el derecho de hablar en nombre de los obreros de su país. El mismo derecho con que el Dr. Bowring habla en nombre de los cartistas ingleses. Enseguida, subió a la tribuna el señor James Wilson, quien con el mayor desenfado y en el tono adormilado de un cuáquero de Filadelfia, se puso a repetir las más trilladas frases de los oradores de la Liga.

Como ustedes ven, la discusión no ha podido ser más instructiva. Estaba también inscrito para hablar el Dr. Marx, de Bruselas, a quien ustedes conocen como el representante incomparablemente más talentoso de la democracia alemana. El Dr. Marx había preparado un discurso, que, de haber podido pronunciarse, no habría permitido a los "señores" del Congreso poner el asunto a votación. Pero las palabras de Weert habían puesto en guardia a los congresistas. Estaban firmemente decididos a no dejar hablar ya a nadie de cuyas opiniones ortodoxas no estuvieran totalmente seguros. En vista de ello, los señores Wolowski, Wilson y los demás honorables compadres se las arreglaron para consumir el tiempo con sus charlatanerías, y cuando dieron las cuatro de la tarde y aún había seis o siete señores con la palabra pedida, el presidente cortó bruscamente la discusión y toda aquella asamblea de necios, tontos y granujas llamada Congreso económico procedió a votar unánimemente la resolución propuesta con un solo voto en contra (el de aquel pobre irlandés de origen alemán, el proteccionista a que nos hemos referido) —los demócratas se abstuvieron todos ellos de votar—, decidiendo que el librecambio es extraordinariamente beneficioso para la clase obrera y la panacea que la librará de su miseria y su penuria.

Como quiera, el discurso del señor Marx, aunque no llegara a pronunciarse, es el mejor de todos y constituye la más convincente refutación que puede ofrecerse a esta desvergonzada mentira, y como su contenido, a pesar de los muchos cientos de páginas escritas en pro y en contra de estas posiciones, sigue siendo completamente nuevo para Inglaterra, ofrezco a ustedes a continuación algunos extractos de él.

### *Discurso del Dr. Marx sobre los aranceles protectores, el librecambio y la clase obrera*

Hay dos escuelas de proteccionistas. La primera es la que representa en Alemania el Dr. List, quien no se propone ni por asomo proteger el trabajo manual; muy por el contrario, los representantes de esta escuela propugnan los aranceles protectores para destruir el trabajo manual bajo el peso de la maquinaria, para desalojar la manufactura patriarcal por la moderna manufactura. Se han propuesto siempre preparar la domina-

ción de las clases poseedoras (de la *burguesía*), y muy especialmente la de los grandes capitalistas industriales. Presentan abiertamente la ruina de los pequeños fabricantes, de los pequeños artesanos y los pequeños campesinos como un hecho doloroso, pero al mismo tiempo inevitable.

La segunda escuela de los proteccionistas no se contenta con exigir un sistema de protección arancelaria, sino que aboga por un sistema prohibitivo absoluto. Propone proteger al trabajo manual tanto contra la penetración de las máquinas como contra la competencia extranjera. Pide, además, que se proteja mediante elevados aranceles, no sólo la industria nacional, sino también la agricultura interior y la producción de materias primas. ¿Y a dónde conduce a la postre esta escuela? A prohibir, no sólo la importación de productos extranjeros manufacturados, sino también el progreso de la misma industria nacional.

Por donde el sistema proteccionista en su conjunto cae inevitablemente en las tenazas del siguiente dilema: o prohibir el progreso de la industria nacional, sacrificando con ello el trabajo manual, o proteger el trabajo manual a costa del sacrificio de la industria nacional.

Los proteccionistas de la primera escuela, quienes consideran incontenible el progreso de la maquinaria, la división del trabajo y la competencia, dicen a los obreros: "Si tenéis que dejaros estrujar, más vale que os estrujen vuestros connacionales que los extranjeros". ¿Se resignará para siempre a esto la clase obrera? Yo creo que no. Quienes producen todo el bienestar y el lujo de los ricos no se darán por satisfechos con tan pobre consuelo. Exigirán un bienestar material mayor por sus productos materiales.

Pero los proteccionistas dicen: "Después de todo, nosotros mantenemos en pie, por lo menos, al actual estado de cosas de la sociedad. Bien o mal, aseguramos a los obreros el trabajo de sus brazos e impedimos que la competencia extranjera los arroje a la calle". Puede que sea así. Ya por este solo hecho demuestran los proteccionistas su incapacidad para lograr algo mejor que el simple mantenimiento del *status quo*. Pero la clase obrera, por su parte, no aspira precisamente a perpetuar el orden actual, sino a transformarlo en algo mejor.

Un último subterfugio le queda todavía al proteccionista. El de decir que él no se opone, ni mucho menos, a una reforma social dentro del país, pero que lo primero que hay que hacer para asegurar el éxito es descartar todo peligro nacido de la competencia extranjera. "Mi sistema —viene a decir— no es un sistema de reformas sociales, pero si hemos de reformar la sociedad, ¿no deberemos proceder comenzando por nuestro propio país, antes de hablar de reformas en nuestras relaciones con otros países?"

El razonamiento es en verdad evidente, pero bajo esta conclusión en apariencia tan plausible se oculta una contradicción extraordinariamente extraña. Mientras que el sistema proteccionista pone en manos del capital de un país las armas necesarias para luchar contra el de los países extranjeros, mientras fortalece al capital frente a los de fuera, cree

que este capital, así armado y robustecido, se tornará en débil y transigente frente a la propia clase obrera. Esto valdría tanto como apelar a la caridad del capital, como si el capital en cuanto tal pudiera ser nunca caritativo. Pero las reformas sociales no se logran nunca por la debilidad de los fuertes, sino que son siempre el fruto de la fuerza de los débiles.

Por lo demás, no hay para qué detenerse en este punto. Desde el momento en que los proteccionistas reconocen que las reformas sociales no entran necesariamente dentro de la competencia de su sistema ni son parte de éste, sino que constituyen una cuestión completamente aparte, desde este momento, se cae por su pie el problema planteado. Podemos, por tanto, dejarlo a un lado y pasar a estudiar las consecuencias que el librecambio tiene para la situación de la clase obrera.

El problema de la influencia que la libertad total de comercio ejerce sobre la situación de la clase obrera es muy fácil de resolver. No es, en realidad, tal problema. Si algo está claro en economía es la suerte que a la clase obrera le aguarda bajo el régimen del librecambio. Todas las leyes relativas a esto que aparecen expuestas en las obras clásicas de los economistas sólo actúan realmente bajo el supuesto de que el comercio se vea libre de toda clase de trabas, de que la competencia funcione con absoluta libertad, no sólo en un país, sino en toda la tierra. Estas leyes, descubiertas por A. Smith, Say y Ricardo —las leyes que determinan la producción y distribución de la riqueza— se vuelven más exactas y precisas y dejan de ser meras abstracciones a medida que se impone el librecambio. También los maestros de la ciencia nos dicen a cada paso, cuando tratan de un tema económico, que sus conclusiones descansan, todas y cada una de ellas, sobre el supuesto de que el comercio se halle libre de todas las trabas hasta ahora existentes. Y, cuando emplean este método, les asiste toda la razón, pues no crean ninguna clase de abstracciones caprichosas, sino que se limitan a descartar de su pensamiento una serie de circunstancias puramente fortuitas.

Podemos, pues, afirmar fundadamente que los economistas —Ricardo y otros— saben más de la sociedad que será que de la que actualmente es. Saben más acerca del futuro que del presente. Quien quiera leer en el libro del futuro, abra las páginas de Smith, Say o Ricardo. En ellas encontrará descrita con la mayor claridad apetecible la situación que le está reservada a la clase obrera bajo el régimen del librecambio, cuando éste se desarrolle en toda su plenitud.

Tomemos por ejemplo una autoridad como Ricardo, una autoridad insuperable. ¿Cuál es, económicamente hablando, el precio natural, normal, del trabajo de un obrero? Ricardo contesta: "El salario reducido al mínimo, a su límite más bajo". El trabajo [173] es una mercancía igual que otra cualquiera. Ahora bien, el precio de una mercancía se determina por el tiempo de trabajo necesario para su producción. ¿Y qué se necesita para producir la mercancía trabajo? Exactamente lo necesario para producir la suma de las mercancías indispensables para el mantenimiento del obrero y para la reposición del consumo de sus energías,

para que pueda seguir viviendo y perpetuar de un modo o de otro su raza.

Pero no por ello debemos creer que el obrero no puede elevarse nunca por encima de este límite mínimo o verse reducido por debajo de él. En modo alguno; con arreglo a esta ley, podrá la clase obrera, temporalmente, vivir mejor. Podrá disfrutar temporalmente de algo más que el mínimo de existencia, pero esta diferencia en más sólo servirá para compensar lo que en otros periodos —en los periodos de estancamiento industrial— perciba de menos, por debajo de aquel *mínimum*.

Lo que quiere decir que durante cierto lapso, que se presenta siempre periódicamente, aquellos en que la economía recorre el ciclo de prosperidad, superproducción, estancamiento y crisis —tomando como promedio lo que el obrero percibe de más o de menos sobre el mínimo de existencia—, se pone de manifiesto que el obrero, en conjunto, no percibe ni más ni menos que dicho *mínimum*; o, dicho en otras palabras, que la clase obrera se sostendrá siempre en medio de una gran miseria y de grandes sufrimientos y después de haber dejado muchos cadáveres sobre el campo de batalla de la industria.

Pero, ¿qué importa esto? Lo importante es que la clase obrera exista, y no sólo existe, sino que crece y se extiende. Y esta ley, según la cual es el salario mínimo el que constituye el precio natural de la mercancía trabajo, se impondrá a medida que se cumpla la predicción ricardiana de que el librecambio llegue a ser una realidad.

Aceptamos todo lo que se ha dicho acerca de los beneficios del librecambio. Se incrementarán las fuerzas productivas, desaparecerán los impuestos que han traido al país los aranceles protectores y todas las mercancías se venderán a un precio más bajo. Pero, ¿qué nos dice, una vez más, Ricardo? Que "el trabajo, una mercancía igual que otra cualquiera, se venderá también a bajo precio", que se la podrá obtener por poco dinero, ni más ni menos que la pimienta o la sal. Y así como todas las demás leyes de la Economía política verán acentuada su verdad al realizarse el libre cambio, la ley de la población proclamada por Malthus llegará a realizarse bajo el régimen del librecambio en las proporciones más grandiosas que pueda apetecerse.

Así, pues, habrá que optar por una de dos cosas: o rechazar toda la Economía política, tal como actualmente existe, o admitir que, bajo el régimen de la libertad comercial, todo el peso de las leyes de la Economía política se descargue sobre la clase obrera. ¿Quiere esto decir que nosotros estemos en contra del librecambio? No; el librecambio nos parece bien, porque hará que todas las leyes económicas, con sus clamorosas contradicciones, se desplieguen en mayor medida y en mayor extensión por toda la tierra, y porque todos estos puntos contradictorios, aglutinados en un haz de contradicciones que se enfrentarán directamente las unas a las otras, harán estallar la lucha que conducirá a la emancipación del proletariado.

# LOS COMUNISTAS Y KARL HEINZEN[245]

[*Deutsche Brüsseler Zeitung*, núm. 79,
3 de octubre de 1847]

*Bruselas*, 26 de septiembre. El número de hoy de la *Gaceta Alemana de Bruselas* publica un artículo de Heinzen, en el que éste, so pretexto de defenderse de una insignificante imputación de la redacción del periódico, inicia una larga polémica contra los comunistas.

La Redacción aconseja a ambas partes que no se enreden en polémicas. Para ser consecuente, habría tenido que limitarse a publicar la parte del artículo de Heinzen en que éste se defiende contra la acusación de haberse adelantado a atacar a los comunistas. El hecho de que "Heinzen no tenga un periódico a su disposición" no es razón para poner a su disposición un periódico en el que dé publicidad a ataques que la propia Redacción considera inadmisibles.

Por lo demás, difícilmente podría prestarse a los comunistas mejor servicio que el que se les hace con la publicación de este artículo. Jamás se han dirigido contra un partido reproches más necios y disparatados que los que aquí se enderezan contra los comunistas. El artículo es la más brillante justificación de éstos. Heinzen demuestra que, si los comunistas no lo hubiesen atacado, tendrían que haberlo hecho inmediatamente.

El señor Heinzen se presenta desde el primer momento como el representante de todos los radicales alemanes no comunistas y quiere discutir con los comunistas de partido a partido. "Tiene derecho a exigir", declara sin ambages, qué "debe esperarse" de los comunistas, qué "se les debe atribuir", cuál es "el deber de los verdaderos comunistas". Identifica *su* separación de los comunistas con la de los "republicanos y demócratas alemanes" y habla, al decir "nosotros", en nombre de estos republicanos.

¿Quién es, pues, el señor Heinzen y qué representa?

El señor Heinzen es un antiguo funcionario liberal de inferior categoría, que todavía en el año 1844 se entusiasmaba con el progreso legal y la deplorable situación de la Alemania constitucional y que, en el seno de la mayor confianza y muy en voz baja, se atrevía, a lo sumo, a confesar que allá para un porvenir muy remoto podría tal vez ser deseable y posible una república. Pero el señor Heinzen se equivocaba, al admitir la posibilidad de una resistencia legal en Prusia. Tuvo que huir a causa de un libro bastante malo que escribió sobre la burocracia (hasta el mismo Jacobus Venedey publicó, hace muchos años, otro mucho mejor sobre Prusia).[246] Ahora, comenzaba a ver claro. Declaraba que la resistencia legal era imposible, se proclamaba revolucionario y, como es

natural, también republicano. En Suiza, trabó amistad con el *savant sérieux* [a] Ruge, quien le imbuyó su poquito de filosofía, consistente en una confusa mescolanza de ateísmo y humanismo feuerbachiano, reminiscencias hegelianas y tópicos retóricos stirnerianos. Así pertrechado, el señor Heinzen se consideró ya maduro para el combate y, apoyándose por la derecha en Ruge y por la izquierda en Freiligrath, abrió el fuego de su propaganda revolucionaria.

No reprochamos al señor Heinzen, por supuesto, el que se haya pasado del liberalismo al radicalismo sediento de sangre. Pero sí afirmamos que ha dado este paso llevado de motivos puramente personales. Mientras creyó poder desplegar una resistencia legal, atacó a cuantos sostenían la necesidad de una revolución. Apenas *se le hizo ver* que la resistencia legal era imposible y la declaró imposible en absoluto, sin pararse a considerar que esta resistencia representa todavía, en buena parte, una posibilidad para la burguesía alemana, la cual sigue oponiendo constantemente una resistencia altamente legal. Apenas *se le cortó* la retirada, proclamó la necesidad de una inmediata revolución. En vez de estudiar la situación de Alemania, verla en su conjunto y deducir de ello qué progresos, qué desarrollo y qué medidas son necesarios y posibles; en vez de llegar a conclusiones claras acerca de la complicada posición de las diversas clases de Alemania entre sí y con respecto al gobierno, deduciendo de aquí la política a seguir; en vez de atenerse, en una palabra, al desarrollo de Alemania, el señor Heinzen exige, sin el menor empacho, que el desarrollo de Alemania se atenga a él.

El señor Heinzen fue un violento enemigo de la filosofía, mientras ésta mantuvo un rumbo *progresivo*. Apenas se volvió reaccionaria y se convirtió en refugio de todos los irresolutos, inválidos e industriales de la literatura, el señor Heinzen tuvo, irremisiblemente, la desgracia de sumarse a ella. Y, peor aún, tenía que sucederle lo que le sucedió: que el señor Ruge, que no había sido toda su vida más que un simple prosélito, consiguiese su único prosélito en el señor Heinzen. De este modo, el señor Heinzen servirá de consuelo al señor Ruge, haciéndole creer que ha habido, por lo menos, una persona que ha sabido escrutar los arcanos de su prosa.

¿En pro de qué agita, en realidad, el señor Heinzen? En pro de una república alemana que deberá instaurarse inmediatamente, república montada sobre las tradiciones norteamericanas y las de 1793 y sobre algunas de las medidas propugnadas por los comunistas y que deberá tener un aspecto muy negro-rojo-oro.[247] Por su inercia industrial, Alemania ocupa en Europa una posición tan lamentable, que jamás podrá tomar una iniciativa, adelantarse a proclamar por su cuenta una gran revolución o instaurar por sí y ante sí una república, sin contar con Francia e Inglaterra. Cualquier república alemana que haya de instaurarse al margen del movimiento de los países civilizados, cualquier revolución alemana que se pretenda hacer por propia iniciativa y que, como ocurre en el señor Heinzen, pase totalmente por alto el movimiento real de las

a Serio sabio.

clases dentro de Alemania, cualquier república y revolución de éstas no pasará de ser un puro misticismo negro-rojo-oro. Y, para glorificar todavía más esta gloriosa república alemana, el señor Heinzen la adorna con su humanismo feuerbachiano a la Ruge y la proclama como el reino "del Hombre", cuyo advenimiento es inminente. ¿Y todos estos sueños místicos atolondrados son los que han de realizar los alemanes?

Veamos ahora cómo propaga sus ideas el gran "agitador" Heinzen. Declara que los príncipes son los principales causantes de toda esta penosa situación y esta penuria. Afirmación no sólo ridícula, sino dañina en el más alto grado. El señor Heinzen no podía dedicar mejor halago a los príncipes alemanes, a esta impotente y lamentable marioneta, que el de atribuirles una fantástica, supraterrenal y demoníaca omnipotencia. Al afirmar el señor Heinzen que los príncipes podían causar tantos males, les reconoce con ello el poder necesario para conferir beneficios igualmente grandes. De donde se deduce, no la necesidad de una revolución, sino el piadoso deseo de que surja un valeroso príncipe, un buen emperador José. Por lo demás, el pueblo sabe mucho mejor que el señor Heinzen de dónde viene la opresión. El señor Heinzen no logrará nunca desviar sobre la cabeza de los príncipes el odio de los campesinos sujetos a prestaciones contra los señores de las tierras o el de los obreros contra los patronos. Pero no cabe duda de que el señor Heinzen labora en interés de los terratenientes y los capitalistas, cuando achaca, no a ellos, sino a los príncipes, la culpa de la explotación del pueblo; y es evidente que la explotación llevada a cabo por los terratenientes y los capitalistas es la causa de las nueve décimas partes de toda la miseria y la triste situación de Alemania.

El señor Heinzen llama a una inmediata sublevación. Imprime manifiestos incitando a ella [248] y trata de difundirlos en Alemania. Nosotros nos preguntamos si esa atolondrada y absurda propaganda no daña en el más alto grado a los intereses de la democracia alemana. Nos preguntamos si la experiencia no se ha encargado ya de demostrar su inutilidad. ¿Acaso, en tiempos en que el país se hallaba bastante más agitado que ahora, en los años treintas, no se inundó a Alemania de manifiestos y panfletos, etc., de este tono, sin resultados de ninguna clase? Nos preguntamos si nadie que esté en su sano juicio puede llegar a imaginarse que el pueblo preste la menor atención a ese tipo de prédicas y admoniciones políticas. Nos preguntamos si el señor Heinzen, con sus manifiestos, ha hecho alguna vez algo que no sea exhortar y predicar? Nos preguntamos si no es sencillamente ridículo esto de lanzar, venga o no a cuento, al buen tuntún, sin conocer ni tener en cuenta la situación, con tonante voz, intimaciones a la revolución.

¿Qué es lo que tiene que hacer la prensa de un partido? Ante todo, discutir, razonar las reivindicaciones del partido, argumentarlas, defenderlas, rechazar y refutar las exigencias y afirmaciones del campo de enfrente. ¿Qué ha hecho y qué hace la prensa democrática alemana? Demostrar la necesidad de la democracia a base de la indignidad del gobierno existente, que representa más o menos a la nobleza, a base

de la insuficiencia del sistema constitucional, que pone en el timón a la burguesía, a base de la imposibilidad en que el pueblo se encuentra de marchar por un camino seguro mientras no conquiste el poder político. Tiene que explicar y hacer ver, por tanto, que los proletarios, los pequeños campesinos y la pequeña burguesía, que son los que en Alemania forman el "pueblo", se hallan oprimidos por la nobleza, la burocracia y la burguesía; entendiendo por tal no sólo la opresión política, sino sobre todo la opresión social, y poniendo de manifiesto por qué medios puede ser eliminada; tiene que explicar y hacer ver que la conquista del poder político por los proletarios, pequeños campesinos y pequeños burgueses es la primera condición para poner en práctica estos medios. Tiene que investigar, además, hasta qué punto es posible contar con la pronta implantación de la democracia, de qué medios dispone el partido para ello y a qué otros partidos debe unirse, mientras no cuente con la fuerza necesaria para actuar por sí solo. ¿Es que el señor Heinzen ha hecho algo de esto? Nada. No se ha tomado esta molestia. No ha explicado nada, absolutatmente nada, al pueblo, es decir, a los proletarios, a los pequeños campesinos y a la pequeña burguesía. No se ha detenido a investigar para nada la posición de las clases y de los partidos. Se ha limitado a hacer oír una serie de variaciones sobre el mismo tema: ¡Duro y a la cabeza, duro y a la cabeza, duro y a la cabeza!

¿Y a quién dirige el señor Heinzen sus exhortaciones revolucionarias? Las dirige, sobre todo, a los pequeños campesinos, a la clase menos capaz, en nuestro tiempo, de adoptar una iniciativa revolucionaria. Desde hace seiscientos años, todo movimiento de progreso parte de las ciudades; los movimientos democráticos independientes de la población del campo (Wat Tyler, Jack Cade, la Jacquerie, la guerra de los campesinos),[249] empezaron siempre manifestándose en un sentido reaccionario y, además, resultaron siempre aplastados. El proletariado industrial de las ciudades ha pasado a ser la corona de toda moderna democracia; los pequeños burgueses, y más aún los campesinos, dependen totalmente de su iniciativa. La Revolución francesa de 1789 y la más reciente historia de Inglaterra, Francia y los Estados orientales de América lo demuestran. ¿Y el señor Heinzen confía en el levantamiento de los campesinos, ahora, en el siglo XIX?

Pero el señor Heinzen promete también reformas sociales. Ha ido empujándolo poco a poco a ello, evidentemente, la indiferencia del pueblo ante sus llamamientos. ¿Y qué reformas son las que el señor Heinzen promete? Son reformas muy parecidas a las que los *comunistas* proponen para preparar el camino hacia la abolición de la propiedad privada. Lo único que habría que reconocerle a Heinzen ha sido tomado por él de los comunistas, a quienes ataca con tanta violencia, e incluso esto se convierte en sus manos en puro absurdo y puro misticismo. Todas las medidas encaminadas a coartar la competencia, a poner coto a la acumulación de grandes capitales en manos de unos cuantos, a restringir o abolir el derecho hereditario, toda organización del trabajo por el Estado, etc., todas estas medidas son, como medidas revolucionarias,

no sólo posibles, sino incluso necesarias. Son posibles, porque está tras ellas todo el proletariado puesto en pie, apoyándolas con las armas en la mano. Son posibles, a despecho de todas las dificultades y todos los males con que contra ellas amenazan los economistas, porque precisamente estas dificultades y estos males obligarán al proletariado a ir más y más hacia adelante, hasta la abolición total de la propiedad privada, para no perder lo ya ganado. Son posibles, como camino y fases intermedias transitorias hacia la abolición de la propiedad privada, pero solamente así.

Pero el señor Heinzen presenta todas estas propuestas como medidas fijas y últimas. No como medidas preparatorias, sino como medidas definitivas. No como medios, sino como fines. No se las relaciona con una situación revolucionaria, sino con una situación pacífica, burguesa. Con ello, estas medidas se tornan en imposibles y, al mismo tiempo, en medidas reaccionarias. Los economistas burgueses tienen toda la razón al objetar al señor Heinzen que estas medidas, tal como él las propugna, representan una posición reaccionaria con respecto a la libre competencia. La libre competencia es la última, la más alta y más desarrollada forma de existencia de la propiedad privada. Por tanto, todas las medidas que, partiendo de la base de la propiedad privada, van dirigidas contra la libre competencia son reaccionarias, tratan de restablecer formas inferiores de desarrollo de la propiedad y están condenadas, por tanto, a sucumbir en última instancia ante la competencia y a conducir al restablecimiento del estado de cosas actual. Estas objeciones de los burgueses, que pierden toda su fuerza tan pronto se consideran las reformas sociales, apuntadas como *pures mesures de salut public*,[b] como medidas revolucionarias y transitorias, resultan aplastantes, en cambio, para la república agrario socialista-negro-rojo-dorada de Heinzen.

Cierto es que el señor Heinzen se figura que es posible modificar y componer a su gusto y antojo las relaciones del derecho de propiedad, el derecho hereditario, etc. El señor Heinzen —uno de los hombres más ignorantes de este siglo— no puede saber, ciertamente, que las relaciones de propiedad de cada época son resultado necesario del modo de producción y circulación de esa época. El señor Heinzen no puede saber que no es posible transformar el régimen de la gran propiedad sobre la tierra en régimen de pequeña propiedad sin transformar todo el sistema de la agricultura y que, de otro modo, la gran propiedad territorial no tardaría en restaurarse. El señor Heinzen no puede saber que un país industrialmente tan dependiente y tan sojuzgado como Alemania no podrá lanzarse jamás a transformar por su cuenta las relaciones de propiedad más que en interés de la burguesía y de la libre concurrencia.

Resumiendo: para los comunistas, estas medidas a que nos referimos tienen sentido y razón de ser porque no se las concibe como medidas arbitrarias, sino como resultados necesarios que se desprenderán por sí mismos del desarrollo de la industria, de la agricultura, del comercio y

[b] Puras medidas de salud pública.

las comunicaciones, del desarrollo de la consiguiente lucha de clases entre burguesía y proletariado; que se desprenderán, no como medidas definitivas, sino como medidas transitorias, como *mesures de salut public* emanadas por sí mismas de la lucha transitoria entre las clases.

En el señor Heinzen, estas medidas no tienen sentido ni razón de ser, porque se presentan como quimeras de mejoramiento del mundo, fruto de una especulación arbitraria y de las cavilaciones de un filisteo; porque no se ve para nada el entronque de estas medidas con el desarrollo histórico; porque el señor Heinzen no se preocupa en lo más mínimo de la posibilidad material de sus propuestas; porque no trata de formular las necesidades industriales, sino, por el contrario, de descartarlas por decreto.

El mismo señor Heinzen que sólo puede adoptar las exigencias de los comunistas después de haberlas embrollado tan lamentablemente y de haberlas convertido en vacuas quimeras, acusa a los comunistas de "embrollar las cabezas de las gentes incultas", de "andar a caza de fantasías" y de "no pisar sobre el suelo firme (!) de la realidad".

Este es el señor Heinzen en toda su actividad como agitador, y lisa y llanamente declaramos que consideramos esta actividad como absolutamente nociva y censurable para todo el partido radical alemán. Un escritor de partido debe reunir cualidades muy distintas de las del señor Heinzen, quien, como queda dicho, es uno de los hombres más ignorantes de nuestro siglo. El señor Heinzen puede tener, no lo discutimos, la mejor voluntad del mundo, puede ser el hombre mejor intencionado de toda Europa. Sabemos también que es, personalmente, un hombre honesto, valeroso y tenaz. Pero, todo esto no basta para hacer un escritor de partido. Para ello hace falta algo más que las buenas intenciones, la buena voluntad y una voz estentórea; hace falta algo más de inteligencia, algo más de claridad, mejor estilo y más conocimientos de los que el señor Heinzen reúne y de los que, como revela una larga experiencia, está en condiciones de asimilarse.

Sin embargo, el señor Heinzen se ha visto colocado por su fuga, en la necesidad de llegar a ser un escritor de partido. Se ha visto obligado a formarse un partido entre los radicales. Se encuentra, así, en una posición a cuya altura no está, y los esfuerzos fallidos que hace para ocupar debidamente esta posición sólo sirven para ponerlo en ridículo. Con lo cual pondría en ridículo, además, a los radicales alemanes, si éstos dejasen flotar la apariencia de que un hombre como el señor Heinzen los representa y cae en ridículo en nombre de ellos.

Pero el señor Heinzen no representa a los radicales alemanes. Estos cuentan con otros representantes muy distintos, por ejemplo Jacoby y otros. El señor Heinzen no representa a nadie ni ha sido reconocido por nadie como su representante, como no sea por unos pocos burgueses alemanes que le suministran dinero para su labor de agitación. Sin embargo, nos equivocamos: hay en Alemania una clase que lo reconoce como representante, que se entusiasma con él, que lo aclama y ahoga en sus clamores, a favor de él, mesas enteras de fondas (exactamente lo

mismo que, según el señor Heinzen, los comunistas "ahogan con sus clamores los gritos de toda la oposición literaria"). Esta clase es la numerosa, ilustrada, honorable e influyente clase de los viajantes de comercio.

¿Y este señor Heinzen exige que los comunistas lo reconozcan como representante de los burgueses radicales y discutan con él en calidad de tal?

Creemos que son éstas razones bastantes para justificar la polémica de los comunistas contra el señor Heinzen. En el próximo número entraremos a examinar los reproches que el señor Heinzen hace a los comunistas en el número 77 de este periódico.

Si no estuviésemos plenamente convencidos de que el señor Heinzen es totalmente incapaz para ser un escritor de partido, le aconsejaríamos que estudiase cuidadosamente la *Philosophie de la misère* de Marx. Tal como están las cosas, podemos recomendarle, en retribución del consejo que él nos da de que leamos la *Nueva Política de Fröbel,*[250] que se esté callado y quietecito hasta que "estalle" la cosa. Llegado ese momento, estamos seguros de que el señor Heinzen será tan buen jefe de batallón como ahora es un mal escritor.

Y, para que el señor Heinzen no pueda quejarse de ataques anónimos, firmamos este artículo.

F. ENGELS.

[*Deutsche Brüsseler Zeitung,* núm. 80,
7 de octubre de 1847]

Los comunistas —así lo explicábamos en el primer artículo— no atacan a Heinzen porque sea comunista, sino porque es un mal escritor democrático de partido. No lo atacan en su calidad de *comunistas,* sino en su calidad de *demócratas.* El hecho de que sean precisamente los comunistas quienes han abierto la polémica contra él constituye un hecho casual; aunque no hubiese comunistas en el mundo, lo mismo habrían tenido que manifestarse en contra de Heinzen los demócratas. En todo este pleito sólo se trata de lo siguiente: *1)* de si el señor Heinzen, como escritor de partido, puede favorecer a la democracia alemana, cosa que nosotros negamos; *2)* de si su tipo de agitación es acertado o simplemente tolerable, lo que nosotros negamos también. No se trata, pues, ni de comunismo ni de democracia, sino solamente de la persona y de las extravagancias personales del señor Heinzen.

Los comunistas, muy lejos de entablar, en las condiciones actuales, pleitos ociosos con los demócratas, ellos mismos actúan por el momento, como demócratas, en todas las cuestiones prácticas de partido. La democracia conduce en todos los países civilizados, como consecuencia necesaria, a la dominación política del proletariado, y la dominación política del proletariado es la primera premisa de todas las medidas comunistas. Mientras no se haya conquistado la democracia, comunistas

y demócratas lucharán, pues, juntos y los intereses de los demócratas serán también los de los comunistas. Entre tanto que eso suceda, las diferencias entre ambos partidos serán puramente teóricas y podrán ser discutidas abiertamente, sin que ello entorpezca en modo alguno la acción común. E incluso será posible ponerse de acuerdo acerca de algunas medidas que deberán adoptarse inmediatamente después de conquistar la democracia, en interés de las clases hasta ahora oprimidas, tales como la explotación de la gran industria y de los ferrocarriles por el Estado, la educación a costa del Estado de todos los niños, etc.

Pero, volvamos al señor Heinzen.

El señor Heinzen alega que los comunistas iniciaron la disputa contra él, y no él contra los comunistas. Es, por tanto, el consabido argumento del hombre de la esquina, al que de buena gana accedemos. Llama a su conflicto con los comunistas "la absurda escisión que los comunistas han provocado en el campo de los radicales alemanes". Y dice que, hace ya tres años, trató de prever, en la medida de sus fuerzas y aprovechando la ocasión, la escisión que se avecinaba. Estos estériles esfuerzos, añade, fueron seguidos de los ataques de los comunistas en contra suya.

Hace tres años, como creemos que es bien sabido, el señor Heinzen no militaba todavía, ni mucho menos, *en el campo de los radicales*. En aquel entonces, el señor Heinzen era liberal y partidario del progreso liberal. Una escisión con él no era, por tanto, en modo alguno, una escisión en el campo de los *radicales*.

El señor Heinzen se acercó a los comunistas, aquí en Bruselas, a comienzos de 1845. Y los comunistas, lejos de atacarlo por su supuesto radicalismo político, hicieron los mayores esfuerzos por traer precisamente a este campo del radicalismo al señor Heinzen, por aquel entonces liberal. Pero sin conseguirlo. El señor Heinzen sólo en Suiza ingresó en las filas de la democracia.

"Más tarde, fui convenciéndome cada vez más (!) de la necesidad de luchar enérgicamente contra los comunistas"; es decir, de la necesidad de una absurda escisión en el campo de los radicales. Pues bien, preguntamos a los demócratas alemanes, si alguien que se contradice de un modo tan grotesco puede ser considerado apto para actuar como escritor de partido.

Pero, ¿quiénes son los comunistas de los que el señor Heinzen afirma que le han atacado? Las anteriores alusiones y, sobre todo, las imputaciones que a continuación se hacen a los comunistas ponen esto claramente de relieve. Los comunistas, dice,

"ahogaban en clamores a los gritos de todo el campo de la oposición literaria, embrollaban las cabezas de las gentes incultas, menospreciaban sin la menor consideración hasta a los hombres más radicales..., se afanaban en paralizar lo más posible la lucha política..., más aún, y por último, se aliaban incluso directamente con la reacción. Además, degeneraban no pocas veces, en la vida práctica, manifiestamente como consecuencia de su doctrina, en unos *viles y falsos intrigantes...*"

Entre la brumosa vaguedad de estas imputaciones se perfila una silueta muy claramente identificable: la del industrial de la literatura señor Karl Grün. Hace tres años, el señor Grün tuvo algo que ver personalmente con el señor Heinzen; el señor Grün atacó luego al señor Heinzen en la *Gaceta de Tréveris*,[131] el señor Grün ha intentado ahogar con sus clamores los gritos de todo el campo de la oposición literaria; el señor Grün se ha afanado en paralizar lo más posible la lucha política, etc.

Pero, ¿desde cuándo es el señor Grün un representante del comunismo? El que, hace tres años, haya tratado de insinuarse entre los comunistas, no quiere decir que haya sido reconocido nunca como tal, que se haya declarado nunca abiertamente comunista y que, desde hace más de un año, no haya considerado oportuno arremeter contra los comunistas.

Y, a mayor abundamiento, ya entonces hubo Marx de desautorizar al señor Grün en presencia del señor Heinzen, como más tarde y a la primera ocasión lo desautorizó públicamente en su propia presencia.

Finalmente, por lo que se refiere a la "vil y falsa" insinuación del señor Heinzen contra los comunistas, se basa, pura y exclusivamente, en un hecho ocurrido entre el señor Grün y el señor Heinzen. Este hecho afecta a los dos señores mencionados, pero nada tiene que ver con los comunistas. Nosotros no conocemos este hecho con la minuciosidad necesaria para poder emitir un juicio acerca de él. Supongamos, sin embargo, que tenga razón el señor Heinzen. Pues bien, si después de haber sido desautorizada la persona en cuestión por Marx y otros comunistas y de haberse puesto de manifiesto con meridiana claridad que dicha persona no era comunista; si, después de esto, el señor Heinzen sigue presentando ese hecho como una consecuencia necesaria de la doctrina comunista, incurre en una perfidia incalificable.

Por lo demás, si el señor Heinzen, con sus imputaciones anteriores quiere referirse a otras gentes además del señor Grün, sólo puede referirse a aquellos "verdaderos" socialistas, cuyas teorías ciertamente reaccionarias hace ya mucho tiempo que han desautorizado los comunistas. Todas las gentes capaces de evolucionar, dentro de esta tendencia que hoy ha desaparecido totalmente, se han pasado al campo de los comunistas y ahora atacan ellos mismos al llamado "socialismo verdadero", donde todavía se dan tales ideas. Por eso, el señor Heinzen habla de nuevo con la crasa ignorancia habitual en él cuando desentierra estas veleidades ya hace mucho tiempo prescritas, para achacárselas a los comunistas. El señor Heinzen hace aquí reproches a los socialistas verdaderos, a quienes confunde con los comunistas, para atribuir luego a los comunistas los mismos disparates que los socialistas verdaderos les han imputado. No tiene, pues, derecho a atacar a los socialistas verdaderos, pues en uno de los aspectos se cuenta entre ellos. Mientras los comunistas escribían duros ataques contra estos socialistas, el mismo señor Heinzen se estaba sentado en Zurich, dejando que el señor Ruge le iniciase en aquellos fragmentos del socialismo verdadero que ha-

bían encontrado un lugarcito en la confusa cabeza del segundo de los dos señores. ¡No cabe duda de que el señor Ruge ha encontrado un discípulo digno de él!

Pero, ¿dónde quedan, entonces, los comunistas de verdad? El señor Heinzen habla de honorables excepciones y de hombres de talento, de los que supone que rechazan la solidaridad (!) comunista. Los comunistas ya se *han* encargado de rechazar la solidaridad con los pasos y los hechos de los socialistas verdaderos. De todas las imputaciones formuladas más arriba ninguna cuadra a los comunistas, como no sea el final de todo el pasaje, que reza así:

"Los comunistas... se burlan, llevados de la soberbia de su supuesta superioridad, de todo aquello que es lo único que puede servir de base a una asociación de *gentes honradas.*"

El señor Heinzen parece querer dar a entender con esto que los comunistas toman a chacota sus actitudes altamente morales y se ríen de todas aquellas ideas sagradas y sublimes, de la Virtud, la Justicia, la Moral, etc., que el señor Heinzen considera como el fundamento de toda sociedad. Este reproche sí lo aceptamos. Los comunistas no dejarán de burlarse de estas *verdades eternas* porque ello subleve moralmente al *honorable* señor Heinzen. Por lo demás, los comunistas afirman que las tales verdades eternas no son, en modo alguno, el fundamento, sino, por el contrario, el producto de la sociedad en la que figuran.

Ahora bien, si el señor Heinzen preveía que los comunistas habrían de rehusar su solidaridad con las gentes que a él se le antoje meterles de contrabando, ¿a qué vienen todos sus reproches de mal gusto y pérfidas insinuaciones? Si el señor Heinzen sólo conoce a los comunistas de oídas, como casi hay que suponer, si hasta tal punto ignora quiénes son que exige de ellos que se describan en detalle, que se le *presenten,* por decirlo así, ¿qué desenfado no hace falta para polemizar contra ellos, en estas condiciones?

"El señalamiento de quienes representan propiamente al comunismo o lo mantienen en toda su pureza probablemente excluiría por entero a la gran masa de quienes se apoyan en el comunismo o son *utilizados en favor de él,* y difícilmente serían las gentes de la *Gaceta de Tréveris* las únicas que protestarían contra semejante reivindicación."

Y, unas cuantas líneas más abajo:

"A quienes son realmente comunistas *debemos acreditarles* la consecuencia y la *honradez*" (¡oh, hombre probo!) "de sostener abiertamente su doctrina y desprenderse de quienes no son comunistas. *Hay que suponer de ellos*" (son todos, como se ve, giros de una gran probidad) "que no mantienen *sin conciencia alguna* (!) la *confusión* que en las cabezas de miles de personas *sacrificadas* e *incultas* es provocada por la imposibilidad (!!) soñada o pintada como posibilidad de encontrar, partiendo del terreno de la realidad, un camino que

lleve a la realización de aquella doctrina (!). *Es deber*" (otra vez el hombre probo) "de los comunistas auténticos, con respecto a las mentes confusas que se atienen a ellos, aclarar plenamente sus ideas y encaminarlas hacia una determinada meta, o *separarse* de ellas, *no utilizarlas*."

Si el señor Ruge fuese el autor de estos tres últimos pasajes, podría considerarse satisfecho de ello. A la probidad de las imputaciones corresponde por entero la probidad en la confusión de los pensamientos, a la que sólo le interesa el asunto mismo y no la forma, razón por la cual dice exactamente lo contrario de lo que se propone decir. El señor Heinzen exige que los comunistas auténticos se separen de los puramente aparentes. Que aquéllos pongan fin a la confusión que nace (eso es lo que *quiere* decir) de la mescolanza de dos tendencias distintas. Pero, al chocar en su cabeza las dos palabras, "confusión" y "comunismo", surge en ella misma una confusión. El señor Heinzen pierde el hilo; su fórmula constante de que los comunistas *en general* siembran la confusión en las cabezas de las gentes incultas se le enreda entre los pies, se olvida de los comunistas auténticos y los no auténticos, se da, en cómica torpeza, de traspiés con toda suerte de imposibilidades soñadas y pintadas como posibilidades, hasta que, por último, cae cuan largo es sobre el suelo de la realidad, tendido en el cual recobra luego la conciencia. Ahora, cae de nuevo en la cuenta de que quería hablar de algo completamente distinto, de que no se trataba de si esto o aquello era o no posible. Vuelve nuevamente sobre su tema, pero está todavía tan aturdido, que ni siquiera tacha la magnífica oración en la que acaba de llevar a cabo la maroma a que nos hemos referido.

Esto, por lo que se refiere al estilo. En lo tocante a la cosa, repetimos que el señor Heinzen, como buen alemán probo y honrado, llega tarde con sus pretensiones y que los comunistas hace ya mucho tiempo que han desautorizado a aquellos "socialistas verdaderos". Y una vez más volvemos a encontrarnos aquí con que el manejo de solapadas insinuaciones como éstas no es, ni mucho menos, incompatible con el carácter de un hombre probo. El señor Heinzen da claramente a entender, en efecto, que los escritores comunistas no hacen más que utilizar a los obreros comunistas. Dice bastante redondamente que, si estos escritores manifestasen de un modo abierto sus intenciones, ello haría que se apartase totalmente la gran masa de los que son utilizados por el comunismo. Ve a los escritores comunistas como profetas, sacerdotes o curas que poseen una sabiduría secreta para ellos solos, ocultándosela a las gentes incultas, para poder llevarlos del ronzal. Todas sus probas insinuaciones de que deben *aclararse las ideas* de todas las mentes *confusas* y no *utilizarlas* parten bien claramente de la premisa de que los representantes literarios del comunismo se hallan interesados en mantener a los obreros en la ignorancia, de que se limitan a utilizarlos, a la manera como los iluminados [251] querían utilizar al pueblo en el siglo pasado. Esta necia creencia da también pie para que el señor Heinzen, con su confusión en las cabezas de las gentes incultas, se equivoque

siempre de sitio y de que, como castigo por no hablar claramente, tenga que hacer verdaderas maromas estilísticas.

Nos limitamos a consignar estas insinuaciones, sin entrar a discutirlas. Dejamos que sean los mismos obreros comunistas quienes se formen juicio acerca de ellas.

Finalmente, después de todos estos preliminares, divagaciones, insinuaciones y maromas del señor Heinzen, llegamos a sus ataques y reservas teóricas contra los comunistas.

El señor Heinzen

"ve el meollo de la doctrina comunista, sucintamente, en la abolición de la propiedad privada" (incluyendo la adquirida por medio del trabajo) "y en el principio del disfrute común de los bienes de la tierra que inexcusablemente se sigue de aquella abolición."

El señor Heinzen se imagina que el comunismo es una cierta *doctrina* que parte de un determinado principio teórico como *meollo* y saca de él ulteriores consecuencias. Pero el señor Heinzen se equivoca de medio a medio. El comunismo no es una doctrina, sino un *movimiento*; no arranca de principios, sino de *hechos*. Los comunistas no parten de esta o la otra filosofía, sino de toda la historia anterior, y especialmente de los resultados de hecho a que esta historia ha llegado en los países civilizados. El comunismo ha surgido de la gran industria y de sus consecuencias, de la creación del mercado mundial y de la competencia ilimitada que de él se deriva, de las crisis comerciales cada vez más violentas y generalizadas, que ya hoy se han convertido en crisis completas del mercado mundial, de la creación del proletariado y de la concentración del capital y de la consiguiente lucha de clases entre proletariado y burguesía. El comunismo, en la medida en que teóricamente es, es la expresión teórica de la posición que el proletariado ocupa en esta lucha y la síntesis teórica de las condiciones para la liberación del proletariado.

El señor Heinzen probablemente se dará cuenta ahora de que, al enjuiciar el comunismo, tiene algo más que hacer que ver su meollo, sucintamente, en la abolición de la propiedad privada; que haría mejor en emprender ciertos estudios económicos, en vez de lanzarse a charlar a la buena de Dios sobre la abolición de la propiedad privada; que no puede saber ni lo más mínimo acerca de las *consecuencias* de la abolición de la propiedad privada, si no conoce también sus condiciones.

Y el señor Heinzen se halla en una ignorancia tan crasa acerca de éstas, que llega incluso a pensar que el "disfrute común de los bienes de la tierra" (lo que es también una hermosa manera de expresarse) es la *consecuencia* de la abolición de la propiedad privada. La verdad es totalmente lo contrario. La propiedad privada será abolida porque la gran industria, el desarrollo de la maquinaria, de las comunicaciones y del mercado mundial han cobrado tan gigantescas dimensiones que su explotación por capitalistas aislados resulta cada día más imposible; porque

las crisis cada vez mayores del mercado mundial son la prueba más patente de ello; porque las *fuerzas* de producción y los *medios* de tráfico del *modo* actual de producción y circulación rebasan diariamente los moldes del cambio individual y de la propiedad privada; porque, en una palabra, va acercándose el momento en que la explotación común de la industria, de la agricultura y del cambio será una necesidad material para ellas mismas.

Por tanto, si el señor Heinzen descoyunta de sus propias condiciones la abolición de la propiedad privada, que es, ciertamente, condición para la liberación del proletariado, y si la considera al margen de toda relación con el mundo real, como un simple capricho especulativo, se convertirá con ello en una mera frase, acerca de la cual sólo podrá decirnos unas cuantas vacuas necedades. Y esto es, en efecto, lo que hace, en el pasaje siguiente:

"Con la citada abolición de toda propiedad privada, el comunismo suprime también la *existencia individual*". (El señor Heinzen nos achaca, pues, el querer convertir a los hombres en gemelos siameses.) "Consecuencia de ello es, a su vez, el embutir a cada individuo en una especie de régimen de cuartel, organizado a la manera de una comunidad". (El lector se servirá tomar amablemente nota de que esto, según se confiesa, es solamente la consecuencia de las propias necedades del señor Heinzen acerca de la existencia individual.) "Con ello, el comunismo destruye la individualidad..., la independencia... y la libertad". (Es la vieja cháchara de los socialistas verdaderos y los burgueses. ¡Como si fuera posible destruir alguna individualidad en los individuos a los que la división del trabajo convierte ahora contra su voluntad en zapateros, obreros fabriles, burgueses, juristas, campesinos, es decir, en siervos de un determinado trabajo y de las costumbres, tipo de vida, prejuicios, limitaciones, etc., que a él corresponden!) "El comunismo sacrifica la persona individual, con su necesario atributo o fundamento" (este "o" es magnífico), "la propiedad privada *adquirida*, al 'fantasma de la comunidad o la sociedad'" (¿también aquí Stirner?), "siendo así que la comunidad no puede ni debe ser" (¡¡debe!!) "fin, sino simplemente medio para toda persona individual."

El señor Heinzen da una importancia especial a la propiedad privada *adquirida*, con lo cual demuestra una vez más su crasa ignorancia de aquello de que habla. La recta equidad del señor Heinzen, que da a cada cual lo que merece, se ve frustrada desgraciadamente por la gran industria. Mientras la gran industria no llega a desarrollarse en tales proporciones que se libere totalmente de las trabas de la propiedad privada, no permite otra división de sus productos que la que actualmente se lleva a cabo y, entre tanto, el capitalista seguirá embolsando sus ganancias y el obrero se convencerá prácticamente cada vez más de lo que es el salario mínimo. El señor Proudhon ha querido desarrollar sistemáticamente la propiedad *adquirida* y ponerla en consonancia con las relaciones existentes y, como sabemos, ha fracasado estrepitosamente. El señor Heinzen no realizará nunca, ciertamente, tal intento, pues para ello tendría que estudiar, lo que no está dispuesto a hacer. Pero

el ejemplo del señor Proudhon debería enseñarle a exponer menos a la publicidad su propiedad adquirida.

¿A quién habría, pues, que aplicar el reproche formulado por el señor Heinzen cuando dice que los comunistas andan a caza de fantasías y no pisan sobre el terreno de la realidad?

El señor Heinzen escribe, además, algunas otras cosas en las cuales no necesitamos entrar aquí. Diremos solamente que sus oraciones van empeorando más y más, a medida que avanza. La torpeza de su expresión, que no encuentra nunca la palabra adecuada, debería bastar para comprometer a cualquier partido que lo reconociera como su representante literario. La reciedumbre de sus intenciones lo lleva siempre a decir algo completamente distinto de lo que se propone sostener. En cada una de sus proposiciones se encierra, así, un doble absurdo: primeramente, el absurdo que él pretende decir y, en segundo lugar, el que no se propone decir, pero dice. Ya hemos puesto más arriba un ejemplo de esto. Observaremos solamente, todavía, que el señor Heinzen reincide en su vieja superstición acerca de la fuerza de los príncipes, al decir que el *poder* que se trata de derrocar y que no es otro que el poder del Estado, es y ha sido siempre el fundador y sostenedor de todas las injusticias, que se propone instaurar un *verdadero Estado de derecho* (!) y que dentro de este edificio fantasmagórico "trata de emprender todas aquellas reformas sociales que se han desprendido del desarrollo general (!) como teóricamente certeras (!) y prácticamente viables (!)"!!!

Las intenciones son tan buenas como malo es el estilo; es el destino que le está reservado a la rectitud en este pícaro mundo.

> Es la seducción del espíritu de los tiempos,
> del *sansculotte* de la selva virgen,
> que baila muy mal, pero guarda
> sus buenas intenciones en el fondo del pecho;
> . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
> ningún talento, pero ¡qué carácter! [252]

Nuestros artículos infundirán al señor Heinzen, sin duda alguna, la justa decepción del hombre probo mortificado, pero no por ello abandonará, podemos estar seguros, ni su manera de escribir ni su tipo de agitación, inútil y comprometedor. Su amenaza de iluminar con la linterna el día de la acción y la decisión nos ha divertido mucho.

En una palabra: los comunistas deben y quieren actuar conjuntamente con los radicales. Pero se reservan el derecho de atacar a cualquier escritor que compromete a todo el partido. En este sentido solamente, no en ningún otro, hemos atacado a Heinzen.

Bruselas, 3 de octubre de 1847.

F. ENGELS

N. B. Acabamos de recibir un folleto escrito por un obrero y titulado *El Estado de Heinzen, una crítica de Stephan,* Berna, Rätzer.[253] Si el señor Heinzen escribiera tan bien como este obrero, podría darse por contento. El señor Heinzen puede percatarse claramente por este folleto, entre otras cosas, de por qué los obreros no quieren saber nada de su república agraria. Señalaremos, además, que este folleto es el primero salido de la pluma de un obrero que no adopta una actitud moral, sino que trata de explicar las luchas políticas del presente por la lucha que libran unas contra otras las diferentes clases de la sociedad.

# LA GUERRA CIVIL SUIZA[254]

[*Deutsche Brüsseler Zeitung*, núm. 91,
14 de noviembre de 1847]

¡Por fin, se ha acabado con las interminables y jactanciosas retóricas sobre la "cuna de la libertad", los "descendientes de Guillermo Tell y Winkelried" y los bravos vencedores de Sempach y Murten![255] ¡Por fin, se ha puesto de manifiesto que la cacareada cuna de la libertad no es otra cosa que el centro del atraso y un semillero de jesuítas, que los descendientes de Guillermo Tell y Winkelried sólo entran en razón a fuerza de cañonazos y que la bravura de los campos de Sempach y Murten era, sencillamente, la desesperación de un tropel de montañeses brutales y fanáticos que se resistían tercamente contra todo lo que fuese progreso y civilización!

Es una verdadera suerte que la democracia europea se desembarace, por fin, de este lastre ancestral, inmaculadamente puro y reaccionario de los suizos. Mientras los demócratas invocaban las virtudes, la dicha y la sobriedad patriarcal de estos pastores alpinos, seguían pesando sobre ellos la mácula de la reacción. Ahora, que se han decidido a apoyar la lucha de la Suiza civilizada, industrial y democrática a la moderna contra la tosca democracia cristiano-germánica de los primitivos cantones ganaderos, ahora representan por todas partes el progreso, se esfuma ya hasta el último resplandor del halo reaccionario y esos demócratas demuestran saber lo que significa en el siglo XIX la democracia.

Hay en Europa dos países en que se ha mantenido bajo su forma más arcaica, hasta hacer de sus habitantes casi comedores de bellotas, la atávica barbarie cristiano-germánica. Estos dos países son Noruega y los Altos Alpes, o sea la Suiza primitiva.[256] Ambas zonas siguen suministrando todavía ejemplares auténticos de aquella raza humana que, en su día, derrotó y aniquiló a los romanos, en el bosque de Teutoburgo, a la manera westfaliana, con mazas y trillos. Noruega y la Suiza primitiva son, sin duda, países democráticamente organizados. Pero hay diversas clases de democracia, y ya va siendo hora de que los demócratas de los países civilizados declinen toda responsabilidad en cuanto a la democracia imperante en las dos citadas regiones.

El movimiento democrático aspira en todos los países civilizados, en última instancia, a la dominación política del proletariado. Presupone, por tanto, la existencia de un proletariado y de una burguesía dominante; presupone la existencia de una industria que alumbre al proletariado y haya entronizado en el poder a la burguesía.

Nada de todo esto encontramos en Noruega ni en la Suiza primitiva. En Noruega impera el famoso régimen campesino (*bonderegimente*) y

la Suiza primitiva sigue siendo un tropel de toscos pastores, que, a pesar de su régimen democrático, se hallan gobernados patriarcalmente por un puñado de ricos terratenientes, los Abyberg y otros. En Noruega la burguesía sólo existe excepcionalmente, y en la Suiza primitiva no encontramos ni rastro de ello.

La democracia de los países civilizados, la *moderna* democracia, no tiene, por tanto, absolutamente nada que ver con esa democracia noruega y suiza. No se propone implantar un estado de cosas como el que encontramos en esos dos países, sino algo que dista de él como el cielo de la tierra. Pero entremos a examinar más de cerca en qué consiste esta democracia protogermánica, ateniéndonos para ello al caso de la Suiza primitiva, que es el que aquí primordialmente nos interesa.

¿Dónde está el filisteo alemán que no se entusiasme por Guillermo Tell, el libertador de la patria; dónde el maestro de escuela que no ensalce los nombres de Morgarten,[257] Sempach y Murten junto a los de Maratón, Platea y Salamina; [258] dónde la solterona histérica que no sueña con los recios muslos y las esbeltas pantorrillas de los austeros pastores alpinos? Desde Egidio Tschudi hasta Johannes von Müller, desde Florián hasta Schiller, se han cantado sin cesar, en verso y en prosa, la grandeza, la bravura, la libertad, las virtudes y el vigor de la primitiva raza helvética. Los cañones y las carabinas de los doce cantones suministran ahora el comentario adecuado a aquellos ditirambos.

Los primitivos suizos se han hecho notar por dos veces en la historia. La primera fue cuando se liberaron gloriosamente de la tiranía austriaca; la segunda, ahora, en que marchan, guiados por Dios, a la batalla por los jesuítas y la patria.

La gloriosa liberación de las garras del águila austriaca sale un poco mal parada cuando se la examina a la luz del día. Sólo una vez a lo largo de su carrera marchó por las rutas del progreso la casa de Austria; fue al comienzo de su historia, cuando se alió con los villanos de las ciudades en contra de la nobleza, tratando de fundar una monarquía alemana. Fue una actitud progresiva a la manera de los villanos, pero progresiva, a pesar de todo. ¿Y quiénes se cruzaron más resueltamente que nadie en su camino? Los moradores de la Suiza primitiva. La lucha de estos hombres contra Austria, el glorioso juramento del *Grütli*,[259] el heroico arcabuzaso de Guillermo Tell, la eternamente memorable victoria de Morgarten, no era todo ello más que la lucha de los tozudos pastores montañeses contra el empuje del progreso histórico, la pugna de los tercos y estáticos intereses locales contra los intereses de toda la nación, la lucha de la tosquedad contra la cultura, de la barbarie contra la civilización. Las fuerzas retardatarias vencieron sobre la civilización de aquel tiempo y la historia las ha castigado dejándolas al margen de toda ulterior civilización.

Pero, por si ello no fuera bastante, estos pastores de guadaña, rudos y contumaces, no tardaron en ser castigados, además, de otro modo; escaparon al yugo de la nobleza austríaca para caer bajo la férula de los villanos de Zurich, de Lucerna, de Berna y de Basilea. Los regidores de

estas villas se dieron cuenta de que los pobladores de la primitiva Suiza eran tan vigorosos y tan estúpidos como sus bueyes. Ingresaron en la Confederación helvética y, a partir de entonces, se estuvieron tranquilos, metidos en sus casas, detrás de sus mostradores, mientras los porfiados pastores de guadaña se encargaban de ventilar, luchando, todos los pleitos de las villas con los príncipes y la nobleza. No otra cosa fueron las célebres batallas de Sempach, Granson, Murten y Nancy.[260] Se respetó a aquellas gentes el derecho de ventilar sus asuntos internos como mejor les pareciera, y de este modo se les mantuvo en la más venturosa ignorancia acerca del modo en que eran explotados por sus queridos cofrades en el seno de la Confederación.

Desde entonces, poco más se ha sabido de ellos. En santa paz y en santo amor de Dios se ocupaban de ordeñar sus vacas, fabricar quesos, guardar la castidad y danzar y cantar con chillidos de alegría. De tarde en tarde, celebraban sus asambleas del pueblo, en que se agrupaban, con sus correspondientes atavíos, hombres de cuernos, hombres de garras y otras categorías zoológicas, sin dispersarse nunca antes de haberla emprendido a palos, con cordialidad cristiano-germánica. Eran pobres, pero de costumbres puras; tontos, pero dovotos y bienquistos del Señor; brutales, pero anchos de hombros; tenían poco cerebro, pero sus pantorrillas eran musculosas. Al cabo del tiempo, su número había crecido en exceso, y entonces los jóvenes se iban a "probar fortuna"; es decir, se enrolaban como mercenarios bajo banderas extranjeras, a las que, pasara lo que pasara, permanecían ciegamente fieles. Eran los famosos "suizos", a los cuales sólo se les puede echar en cara una cosa: que se dejaran matar por su soldada de la manera más concienzuda.

El más grande orgullo de estos recios suizos primigenios ha sido siempre el no apartarse ni en un ápice de las costumbres de sus antepasados, el haber conservado impolutas en el correr de los siglos las sencillas, castas, austeras y virtuosas tradiciones de sus ancestros. Y así es, pues todas las olas de la civilización se han estrellado, impotentes, contra la roca granítica de sus montañas y de sus cabezas. Desde el día en que el primer antepasado de Winkelried condujo su vaca, con el indispensable e idílico cencerro al pescuezo, a las virginales praderas del lago de los Cuatro Cantones hasta el momento actual, en que el último descendiente del mismo personaje lleva su carabina a que se la bendiga el cura, todas las casas siguen construyéndose aquí del mismo modo, todas las vacas siguen ordeñándose como en el pasado, todas las coletas siguen peinándose exactamente lo mismo, todos los quesos se siguen fabricando de la misma manera, todos los niños siguen haciéndose como los hacían los padres, los abuelos y los tatarabuelos. Entre estas montañas existe el paraíso, se vive todavía en los tiempos anteriores al pecado original. Y si, alguna que otra vez, una de estas inocentes criaturas alpinas es arrebatada por el gran torbellino del mundo y se deja tentar un momento por las seducciones de las grandes ciudades, por los encantos pintados de carmín de una civilización decadente y corrompida, por los vicios de los países pecaminosos en que no hay montañas y crece el

trigo, la inocencia ha echado en él raíces tan hondas que no puede llegar a perderse del todo. Basta con que resuene en su oído un eco lejano de aquellas notas de la canción de la montaña que recuerdan el mugido de la vaca, para que el pecador caiga de hinojos, llorando y abatido, se desprenda, forcejeando, de los brazos de la tentación y corra a hincarse de rodillas a los pies de su anciano padre: "¡Oh, padre mío, he pecado contra mis sagradas montañas y contra tí, y no soy digno de llamarme hijo tuyo!" [261]

Dos invasiones han intentado arrollar, en los tiempos modernos, esta santa simplicidad de las costumbres y este vigor primigenio. La primera fue la de los franceses en 1798. Pero estos franceses, que llevaron a todas partes, no cabe duda, un poco de civilización, se estrellaron contra los suizos ancestrales. No dejaron aquí ni rastro de su presencia; no lograron cambiar en lo más mínimo las viejas costumbres y virtudes de sus habitantes. La segunda invasión se produjo como unos veinte años después y dio, por lo menos, algunos frutos. Fue la invasión de los viajeros ingleses, de los lores y *squires* [a] londinenses y de los incontables viajantes de comercio, fabricantes de jabón, tratantes en especias y mercaderes en huesos que vinieron detrás de aquéllos. Esta invasión puso, por lo menos, fin a la vieja y tradicional hospitalidad y logró que los honrados moradores de las cabañas pastoriles, que hasta ahora apenas sabían lo que era el dinero, se convirtieran en los más codiciosos y capaces estafadores de que se tenga noticia. Pero este progreso no atenta para nada contra las viejas y primitivas costumbres. Estas estafas, aunque no sean muy puras, se concilian bastante bien con las virtudes patriarcales de la castidad, la laboriosidad, la fidelidad y la probidad. Ni siquiera hacen mella en la religiosidad, pues el cura se encarga de absolverlos con especial fruición del pecado que puedan significar los fraudes y pillerías cometidos contra los herejes británicos.

Pero, ahora parece que esta pureza de costumbres se expone a sufrir un grave quebranto. Es de esperar que las tropas ocupantes harán cuanto esté de su parte por dar al traste con la probidad, el vigor primigenio y la simplicidad de las costumbres. Y, si eso ocurre, ya pueden echarse a temblar los villanos de las ciudades. Cuando eso suceda, ya no habrá pastores pobres, pero contentos, cuya mente sin malicia y libre de cuidados podrían aquéllos apetecer para su día de domingo, después de haberles dado a beber el resto de la semana café de achicoria y te de hojas de ciruelo. Entonces habrá llegado para vosotros, maestros de escuela, la hora de las lágrimas, pues ya podréis decir adiós a la esperanza de una nueva batalla de Sempach-Maratón y de otras hazañas clásicas por el estilo. Entonces, habrá llegado para vosotros, doncellas histéricas de más de treinta años, la hora de las lamentaciones, pues habrán pasado los tiempos de aquellas pantorrillas de seis libras cuya imagen endulza vuestros sueños solitarios, los tiempos de los bellos y vigorosos Antinoos [262] suizos, habrán pasado los tiempos de los calzones cortos y los rollizos muslos que con tan irresistible fuerza tiran de vosotras ha-

a Terratenientes.

cia los Alpes. Y será en vano que suspiréis, ¡oh, tiernos y pálidos capullos de pensionado!, recordando cómo ya desde las lecturas de Schiller se encendían de casto amor vuestras mejillas, pensando en los ágiles cazadores de gamuzas, pues, si esa hora llega, todas vuestras dulces ilusiones serán en vano y ya no os quedará otro camino que leer a Henrik Steffens y soñar con los helados noruegos.

Pero dejemos esto estar. Para luchar contra estos suizos primigenios hay que echar mano de armas más contundentes que el arma de la ironía. La democracia tiene que ajustarles las cuentas por cosas y por hechos que distan mucho de sus virtudes patriarcales.

¿Quiénes defendieron el 14 de julio de 1789 la Bastilla contra el pueblo sublevado, quiénes dispararon con granadas y balas de fusil, parapetados detrás de seguros muros, sobre los obreros del *faubourg*[b] de St. Antoine? Fueron los suizos ancestrales del Sonderbund, descendientes de Guillermo Tell, Stauffacher y Winkelried.

¿Quiénes defendieron, el 10 de agosto de 1792, al traidor Luis XVI, en el Louvre y en las Tullerías, contra la justa cólera de su pueblo? Los suizos ancestrales del Sonderbund.[263]

¿Quiénes ahogaron, con ayuda de Nelson, la revolución napolitana de 1798? Fueron también los suizos ancestrales del Sonderbund.

¿Quién restauró en Nápoles, en 1823, con ayuda de los austríacos, la monarquía absoluta? Los suizos ancestrales del Sonderbund.

¿Quiénes lucharon hasta el último momento, el 29 de julio de 1830, otra vez a sueldo de un rey traidor,[c] disparando de nuevo sobre los obreros de París desde las ventanas y las columnas del Louvre? Los suizos ancestrales del Sonderbund.[264]

¿Quiénes ahogaron, con brutalidad que esta vez se hizo célebre en el mundo, aliados a los austríacos, la insurrección de la Romagna en 1830 y 1831? Los suizos ancestrales del Sonderbund.

Resumiendo, ¿quién ha tenido a raya hasta el día de hoy a los italianos, obligándolos a doblegarse ante la aplastante dominación de sus aristócratas, príncipes y curas? ¿Quién ha sido y es, en Italia, la mano derecha de Austria? ¿Quién, todavía a la hora actual, permite a ese mastín sanguinario que es Fernando de Nápoles tener bajo su férula a su furioso pueblo? ¿Quién sigue todavía hoy prestando servicios de sayón del verdugo, en las matanzas en masa que ese canalla ordena ejecutar? Siempre los mismos, siempre los suizos ancestrales del Sonderbund, los descendientes de Guillermo Tell, Stauffacher y Winkelried.

En una palabra, siempre que ha estallado en Francia un movimiento revolucionario que, directa o indirectamente, impulsaba la causa de la democracia, han sido los mercenarios suizos, indefectiblemente, quienes lo han combatido con la mayor tenacidad y hasta el último momento. Y en Italia, sobre todo, estos mercenarios suizos han sido constantemente los siervos y auxiliares más fieles de Austria. ¡Justo castigo por la gloriosa liberación de Suiza de las garras del águila bicéfala!

[b] Barrio. [c] Carlos X.

Y no se crea que estos mercenarios son la hez de su país y que sus connacionales reniegan de ellos. Nada de eso. Ahí tenéis, por ejemplo, a las gentes de Lucerna, que han mandado al isleño y devoto pincel de Thorvaldsen pintar delante de las puertas de la ciudad un gran león que, desangrándose por un flechazo, cubre con su zarpa fiel hasta la muerte el escudo borbónico de la flor de lis, todo ello ¡en memoria de los suizos caídos en el Louvre el 10 de agosto de 1792! Así honra el Sonderbund la fidelidad de sus hijos a sueldo. Vive del comercio de carne humana y, además, lo ensalza, como un honor.

¿Pueden los demócratas ingleses, franceses o alemanes tener algo que ver con esta clase de democracia?

La burguesía se encarga ya, con su industria, su comercio y sus instituciones políticas, de ir arrancando en todas partes a las pequeñas y recoletas localidades de su aislamiento, de ir poniéndolas en contacto, de articular sus intereses, de ensanchar su horizonte local, de minar y destruir sus costumbres, sus trajes y sus ideas locales, de fundir las múltiples localidades y provincias hasta ahora separadas e independientes en una gran nación con intereses, costumbres e ideas comunes. La burguesía se encarga ya de centralizar considerablemente los países. Y el proletariado, lejos de verse perjudicado por ello, se ve colocado, gracias a esta centralización, en condiciones de unirse, de sentirse como clase, de asimilarse en la democracia una ideología política adecuada y de vencer, por último, a la burguesía. El proletariado democrático no sólo necesita de la centralización, tal como la burguesía la ha iniciado, sino que tendrá que llevarla todavía mucho más adelante. Durante el corto tiempo en que el proletariado empuñó el timón del Estado durante la Revolución francesa, mientras gobernó la Montaña, impuso la centralización por todos los medios, a tiros y con la guillotina. El proletariado democrático, cuando llegue de nuevo al poder, no sólo tendrá que centralizar cada país de por sí, sino que deberá centralizar lo antes posible a todos los países civilizados juntos.

La Suiza primitiva, por el contrario, no ha hecho nunca otra cosa que resistirse contra la centralización. Se ha debatido con una tozudez verdaderamente bestial por mantenerse al margen del resto del mundo, por defender sus costumbres, sus trajes y sus prejuicios locales, su cerrazón local de horizontes. Se ha mantenido en pie en el centro de Europa aferrada a su barbarie ancestral, viendo cómo todas las demás naciones, incluyendo entre ellas al resto de los suizos, progresaban. Con toda la terquedad propia de los toscos germanos primigenios se mantiene impertérrita en la soberanía cantonal, que no es otra cosa que el derecho de seguir siendo por toda una eternidad gentes estúpidas, fanáticas, brutales, limitadas, absurdas y mercenarias, sin preocuparse de que ello vaya o no en detrimento de sus vecinos. Tan pronto como se hace oír la voz de su estado animal, no reconocen ninguna mayoría, ningún convenio, ninguna obligación. Pero, en el siglo XIX, ya no es posible que dos partes del mismo país puedan coexistir así, sin que entre ellas medien intercambio ni influencia. Los cantones radicales influyen en el Son-

derbund y el Sonderbund, por su parte, ha influido en los cantones radicales, en los que, de vez en cuando, aparecen también elementos muy retardatarios. Los cantones radicales están, pues, interesados en que el Sonderbund se sobreponga de una vez a su fanatismo, a su limitación y a su testarudez, y si el Sonderbund no se decide a hacerlo habrá que vencer su terquedad por la fuerza. Esto es, en efecto, lo que está sucediendo en la actualidad.

La guerra civil que ha estallado en Suiza sólo podrá, por tanto, favorecer a la causa de la democracia. Aun cuando en los cantones radicales quede todavía mucho primitivismo ancestral-germánico; aun cuando tras la democracia se esconda muchas veces, en ellos, ya un régimen campesino, ya un régimen burgués, ya una mezcla de ambos; aun cuando hasta los cantones más civilizados marchen todavía muy a la zaga del progreso de la civilización europea y sólo aquí y allá se vean emerger en ellos, lentamente, elementos realmente modernos, es evidente que todo esto no favorece en nada al Sonderbund. Es necesario, aparentemente necesario, que se acabe de una vez con este último refugio del brutal germanismo ancestral, de la barbarie, del fanatismo religioso, de la sencillez y pureza de costumbres patriarcal, del estatismo y de la fidelidad hasta la muerte al servicio del mejor postor. Cuanto más enérgicamente ponga manos a la obra la Dieta confederal,[265] cuanto más decididamente sacuda este viejo nido de curas, más derecho tendrá a contar con la asistencia de todos los demócratas resueltos, más demostrará que se da cuenta de su situación. Es verdad que las cinco grandes potencias están alertas y que los mismos radicales tienen miedo.

En cuanto al Sonderbund, es harto elocuente que los auténticos hijos de Guillermo Tell se hayan visto obligados a implorar la ayuda de la casa de Austria, enemigo jurado de Suiza, ahora que Austria es una potencia más sucia, más vil, más infame y más odiosa que nunca. También esto es un castigo infligido por la gloriosa liberación de Suiza de las garras del águila bicéfala y las muchas jactancias a que ello ha dado pie. ¡Y, para que el vaso de la venganza se desborde, he aquí que la Austria a que hoy se recurre se halla, por su parte, tan en aprietos, que ni siquiera puede acudir en ayuda de los hijos de Guillermo Tell!

F. Engels

# LOS MOVIMIENTOS DE 1847

[*Deutsche Brüsseler Zeitung*, núm. 7,
23 de enero de 1848]

No cabe duda de que el año de 1847 ha sido uno de los más agitados que hemos vivido desde hace mucho tiempo. En Prusia, una Constitución y una Dieta Unificada; en Italia, un despertar inesperadamente rápido de la vida política y el armamento general en contra de Austria; en Suiza, la guerra civil; en Inglaterra, un nuevo parlamento de tinte marcadamente radical; en Francia, escándalos y banquetes en pro de las reformas; en Norteamérica, la conquista de México por los Estados Unidos; un cuadro de cambios y movimientos como no lo había mostrado ninguno en los últimos años.

1830 representó el último punto crítico de la historia. La revolución de Julio en Francia y la Ley de reformas [76] en Inglaterra aseguraron el triunfo final de la burguesía, y en Inglaterra concretamente la victoria de la burguesía industrial, de los fabricantes, sobre la burguesía no industrial, sobre los rentistas. Siguieron Bélgica y, en parte, Suiza; también aquí triunfó la burguesía.[266] Polonia se levantó e Italia se estremeció bajo el yugo de Metternich. Alemania era un hervidero. Todos los países se preparaban para formidables luchas.

Pero, a partir de 1830 todo marchó hacia atrás.

Cayó Polonia, los romañoles insurgentes fueron derrotados [267] y el movimiento alemán se vio reprimido. La burguesía francesa batió a los republicanos dentro del país y traicionó a los liberales de otros países, que ella misma había animado a levantarse. El ministerio liberal de Inglaterra no podía llevar nada adelante. Por último, en 1840 llegó la reacción a su punto culminante. Polonia, Italia y Alemania, políticamente muertas; en Prusia, el entronizamiento del "Semanario berlinés" [268] en Hannóver, derribada la supersagaz Constitución del señor Dahlmann; [269] los acuerdos de la Conferencia de Viena de 1834,[270] en pleno vigor. En Suiza, los conservadores y los jesuítas avanzando a más y mejor. En Bélgica, los católicos al timón. En Francia, el triunfo de Guizot; en Inglaterra, los últimos estertores del gobierno de los *whigs*, bajo la presión del creciente poderío de Peel; los vanos intentos de reorganización de los cartistas, después de su gran derrota en 1839.[271] Por doquier la historia del partido reaccionario, en todas partes la completa disolución y el derrumbamiento de los partidos del progreso. El bloqueo del movimiento histórico; tal parecía ser el resultado final de las potentes luchas de 1830.

Pero 1840 marcó también el apogeo de la reacción, como 1830 había señalado el apogeo del movimiento revolucionario de la burguesía.

De 1840, en adelante, se reanudaron los movimientos enderezados contra el estado de cosas existente. Frecuentemente derrotados, estos movimientos fueron ganando terreno, a la larga. Mientras en Inglaterra los cartistas se reorganizaban y ganaban más fuerza que nunca, Peel veíase obligado a traicionar a su partido en gracia a otros intereses, a asestarle el golpe de muerte con la derogación de las leyes cerealistas y, por último, a dimitir. En Suiza, hacían progresos los radicales; en Alemania, y principalmente en Prusia, cobraban mayor violencia cada año las exigencias de los liberales. En Bélgica, los liberales alcanzaban también la victoria en las elecciones de 1847. Sólo Francia dio a sus ministros reaccionarios una inaudita mayoría con las elecciones de 1846. Italia era el único país que permanecía muerto, hasta que Pío IX subió al solio pontificio a fines de 1846, acometiendo algunos intentos de reforma muy dudosos.

Comenzó así el año que acaba de transcurrir y con él vinieron una serie de victorias para los partidos del progreso en casi todos los países. Incluso allí donde fueron derrotados, la derrota les ayudó a seguir avanzando más de lo que habría hecho el triunfo inmediato.

El año 1847 no decidió nada, pero en todas partes enfrentó clara y resueltamente a los partidos; no dio solución definitiva a ningún problema, pero los planteó todos en términos que permitían resolverlos.

Los más importantes de los movimientos y cambios del año 1847 fueron los de Prusia, Italia y Suiza.

En Prusia, fue obligado por fin Federico Guillermo IV a aceptar una Constitución. El estéril Don Quijote de Sanssouci alumbró, tras largas luchas y largos dolores del parto, una Constitución llamada a garantizar para siempre la victoria de la reacción feudal-patriarcal-absolutista-burocrática-clerical. Pero sus cuentas salieron fallidas. La burguesía ya era lo bastante poderosa para encontrar incluso en esta Constitución un arma susceptible de ser esgrimida contra él y contra todas las clases reaccionarias de la sociedad. Como en todas partes, también en Prusia comenzó denegando al rey el dinero. El monarca estaba desesperado. Puede decirse que en los primeros días siguientes a la denegación de fondos, Prusia se encontraba sin rey; el país se hallaba, sin saberlo, en plena revolución. Hasta que llegaron, por fortuna, los quince millones rusos; Federico Guillermo volvió a reinar, los burgueses de la Dieta asustados, doblaron la cerviz y las nubes de la tormenta revolucionaria se disiparon. La burguesía prusiana había salido derrotada, por el momento. Pero había dado un gran paso, había conquistado un terreno, había dado al rey una prueba de su poder y había puesto en conmoción a todo el país. La cuestión de quién debe mandar en Prusia, si la alianza de nobleza, burócratas y clérigos con el rey a la cabeza o la burguesía, está ahora sobre el tapete y tendrá que resolverse a favor de una de las dos partes. En la Dieta Unificada, era todavía posible llegar a una transacción entre ambos partidos; ahora, ya no cabe esta solución. La lucha, ahora, es a vida o muerte entre ambos contendientes. Añádase a ello que en los momentos actuales están reunidas las Comisiones, esta

desdichada invención de los fabricantes de la Constitución Berlinesa.[272] Estas Comisiones embrollarán todavía más la ya de suyo harto complicada cuestión jurídica, hasta el punto de que nadie sabrá ya dónde se halla. Harán de esto un nudo gordiano que sólo la espada podrá cortar; llevarán a cabo, así, los últimos preparativos para la revolución *burguesa* en Prusia.

Podemos, pues, aguardar tranquilamente el desarrollo de esta revolución prusiana. El año 1849 deberá convocarse de nuevo, quiéralo o no el rey, la Dieta Unificada. Hasta entonces, le damos de plazo a Su Majestad, pero no más. Cuando ese momento llegue, tendrá que ceder el cetro y su famosa corona "intacta" [273] a los burgueses cristianos y judíos de su reino.

El año 1847 fue, por tanto, un año bueno para los asuntos políticos de los burgueses prusianos, pese a su momentánea derrota. Así lo han advertido también los burgueses y filisteos de los otros Estados alemanes, dándoles pruebas de la más viva simpatía. Saben que el triunfo de la burguesía prusiana será su propio triunfo.

En *Italia*, hemos asistido al curioso espectáculo de que el hombre que ocupa el sitial más reaccionario de toda Europa y representa la ideología petrificada de la Edad Media, el Papa,[a] se haya puesto a la cabeza de un movimiento liberal. El movimiento se ha vuelto poderoso de la noche a la mañana, arrastra en su vorágine al Gran Duque austríaco de Toscana [b] y al traidor Carlos Alberto de Cerdeña, está minando el trono de Fernando de Nápoles y sus embates llegan, a través de la Lombardía, hasta los Alpes tiroleses y estirios.

El movimiento que actualmente se desarrolla en Italia es el mismo que se vivió en Prusia, en los años 1807 a 1812. Se ventilaban allí como entonces en Prusia, dos cosas: la independencia hacia el exterior y las reformas en el interior. Por el momento, no se exige una Constitución, sino meras reformas administrativas y, provisionalmente, se evita todo conflicto serio con el gobierno, para enfrentarse lo más unidos que sea posible a la supremacía extranjera. Pero, ¿de qué clase de reformas se trata y a quién benefician éstas? Ante todo, a la burguesía. Se trata de favorecer a la prensa y de someter a la burocracia a los intereses de la burguesía (véanse las reformas de Cerdeña, la Consulta romana [274] y la reorganización de los ministerios), los burgueses ganan influencia en la administración municipal, se pone coto al *bonplaisir* [c] de la nobleza y la burguesía en las filas de la Guardia cívica. Hasta ahora, todas las reformas han sido concebidas exclusivamente en el interés de la burguesía, y así tenía que ser. Basta comparar estas reformas con las implantadas en Prusia en los años napoleónicos. Son exactamente las mismas, con la diferencia de que en muchos aspectos van todavía más allá, pues supeditan la administración a los intereses de la burguesía, asestan golpes a la arbitrariedad de la nobleza y la burocracia, implantan el régimen municipal, el ejército territorial, y la abolición de las prestaciones personales. Como entonces en Prusia, la burguesía se ha con-

[a] Pío IX. [b] Leopoldo II. [c] Capricho.

vertido ahora en Italia, gracias a la importancia cada vez mayor que la industria y el comercio tienen para la existencia de todo el pueblo, en la clase de la que principalmente depende la liberación del país del yugo extranjero.

En Italia, el movimiento tiene, por tanto, un marcado carácter burgués. Todas las clases entusiasmadas, con las reformas, desde los príncipes y la nobleza hasta los *pifferari* y los *lazzaroni*,[275] actúan por el momento como burgueses, y el Papa es, hasta nueva orden, el primer burgués de Italia. Pero, en cuanto se sacuda el yugo austríaco, todas estas clases se sentirán muy decepcionadas. Cuando los burgueses hayan acabado con el enemigo interior, sabrán distinguir dentro de casa, entre los amigos y los enemigos, y entonces los príncipes y los condes volverán a clamar por la ayuda de los austríacos, pero será ya tarde, y los obreros de Milán, Florencia y Nápoles se darán cuenta de que es cabalmente ahora cuando comienza *su* faena.

Por último, *Suiza*. Por primera vez desde que existe, desempeña Suiza un papel determinado dentro del sistema de los Estados europeos; por primera vez se ha aventurado a hacer algo decisivo, ha tenido el valor de actuar como una República federal, y no simplemente como un conglomerado de veintidós cantones extraños los unos a los otros. En una guerra civil reprimida con gran energía, ha asegurado la supremacía del poder central; en otras palabras, se ha centralizado. Y sabrá legalizar esta centralización existente de hecho con la anunciada reforma del pacto federal.

¿A quién benefician, nos preguntamos, los resultados de la guerra, la reforma federal, la reorganización de los cantones del Sonderbund? Al partido vencedor, al partido que triunfó en diferentes cantones desde 1830 hasta 1834, a los liberales y radicales, es decir, a los burgueses y los campesinos. Ya a consecuencia de la revolución de Julio se había sacudido la dominación del patriciado en las antiguas ciudades federales. Donde aún se mantenía de hecho, como en Berna y en Ginebra, estallaron en 1846, diferentes revoluciones. Y donde aún persistía intacta, como en la ciudad de Basilea, sufrió importantes golpes en el mismo año. La nobleza feudal tenía poca fuerza en Suiza y, donde aún existía, su punto principal de apoyo era la alianza con los pastores de los Altos Alpes. Fueron éstos, los últimos, los más tenaces y más furiosos enemigos de la burguesía. Formaban la espina dorsal de los elementos reaccionarios en los cantones liberales. Envolvieron a toda Suiza en la red de una conspiración reaccionaria manejada por los jesuítas y los pietistas (véase lo ocurrido en el cantón de Waadt). Hicieron fracasar todos los planes de la burguesía en la Dieta Suiza. Impidieron la derrota final del patriciado filisteo en las antiguas ciudades federales.

Estos últimos adversarios de la burguesía suiza fueron totalmente aplastados en 1847.

Ya con anterioridad tenían los burgueses suizos un campo bastante amplio y libre para su comercio y su industria en casi todos los cantones. Donde aún se mantenían los gremios, entorpecían poco el desarro-

llo de aquellas actividades. Apenas existían aduanas interiores. En todos los lugares en que la burguesía se había desarrollado hasta cierto punto tenía en sus manos el poder político. Pero, aunque hubiese hecho progresos y encontrara apoyo en los distintos cantones, le faltaba lo más importante, que era la centralización. Así como el feudalismo, el patriarcalismo y el filisteísmo se desarrollaban en las provincias aisladas y en distintas ciudades, la burguesía reclamaba, para poder desarrollarse, la mayor amplitud posible de terreno, requería, en vez de los veintidós pequeños cantones, una gran Suiza *unificada.* La soberanía cantonal, la forma más en consonancia con la Suiza primitiva, se había convertido para los burgueses en una traza opresora. La burguesía necesitaba un poder central lo suficientemente fuerte para trazar un determinado derrotero a la legislación de los diferentes cantones, nivelar con su predominio las diferencias entre las Constituciones y las leyes, eliminar los residuos de la legislación feudal, patriarcal y filistea y defender enérgicamente al exterior los intereses de los burgueses suizos.

Este poder central es ya una conquista suya.

¿Acaso no han contribuido también los campesinos al derrocamiento del Sonderbund? Claro que sí. Y, por lo que a los campesinos se refiere, seguirán desempeñando, por el momento, con respecto a los burgueses, el mismo papel que durante algún tiempo desempeñaron en relación con la pequeña burguesía. Seguirán siendo el brazo explotado de los burgueses, ganando batallas para éstos, tejiendo sus percales y sus cintas y aportándole de su seno elementos proletarios. ¿Qué otra cosa pueden hacer? Son propietarios, como los burgueses, y tienen, por el momento, muchos intereses en común con la burguesía. Todas las medidas políticas que su fuerza les permite imponer les benefician a ellos casi tanto como a los burgueses. Se hallan, sin embargo, en situación de inferioridad con respecto a la burguesía, porque ésta es rica y tiene en sus manos la palanca de todo poder político en nuestro tiempo, que es la industria. Unidos a los burgueses, pueden mucho; en contra de ellos, no son nada.

Claro está que llegará el día en que la parte estrujada y empobrecida de los campesinos se una al proletariado, el cual, entre tanto, habrá seguido desarrollándose, para declarar la guerra a la burguesía; pero esto, por ahora no nos interesa.

Ya es un gran avance el que la expulsión de los jesuítas y sus afiliados, adversarios organizados de los burgueses, la implantación general de la enseñanza *civil,* en vez de la eclesiástica, y la confiscación por el Estado de la mayoría de las tierras de la Iglesia representa, principalmente, para la burguesía.

Así, pues, la nota común a los tres principales movimientos del año 1847 es que los tres favorecen, primordial y fundamentalmente, a los intereses de la burguesía. El partido del progreso es en todas partes el partido burgués.

El rasgo característico de estos movimientos, en realidad, es que los países que en 1830 se quedaron rezagados fueron precisamente los que

el año pasado dieron los primeros pasos decisivos para colocarse a la altura de los acontecimientos de 1830; es decir, para imponer la victoria de la burguesía.

Hasta ahora hemos visto, pues, que el año 1847 fue un año brillante para la burguesía.

Prosigamos.

En *Inglaterra*, tenemos un nuevo parlamento, que es, como ha dicho el cuáquero John Bright, el parlamento burgués más decidido de todo Inglaterra. Pero el burgués John Bright no es el burgués que manda en Francia o el que truena en patéticas bravatas contra Federico Guillermo IV de Prusia. El burgués que habla por boca de John Bright es el fabricante. En Inglaterra, dominan desde 1688 distintas fracciones de la burguesía; pero, para allanarse la conquista del poder, han dejado el poder nominal en manos de los deudores que dependen de ellos, en manos de los aristócratas. De este modo, mientras que la lucha, en Inglaterra, es en realidad la lucha entre diferentes fracciones de la burguesía, entre rentistas y fabricantes, éstos pueden, así, presentarla como la lucha entre la aristocracia y el pueblo. Los fabricantes no están interesados en dejar en pie la apariencia del poder de la aristocracia, pues a ellos no les adeudan ni un ochavo los lores, los barones y los *squires*. Tienen, en cambio, gran interés en echar por tierra esta apariencia, pues con ello arrebatarán a los rentistas su última ancla de salvación. Y el actual parlamento de burgueses o fabricantes logrará esto. Convertirá a la vieja Inglaterra de apariencia feudal en un país más o menos moderno, organizado en moldes burgueses. Acomodará la Constitución inglesa a la francesa o a la belga. Llevará a su término el triunfo de la burguesía industrial inglesa.

Y esto será un avance más de la burguesía, ya que también los avances logrados en el seno de la burguesía vienen a ampliar y fortalecer el poder burgués.

Sólo *Francia* parece representar una excepción dentro de este cuadro. El poder, que en 1830 había ido a parar a manos de toda la gran burguesía, va limitándose cada vez más, de año en año, a la fracción más rica de esta gran burguesía, al poder de los rentistas y los especuladores de bolsa. Estos elementos han supeditado a sus intereses a la mayor parte de la gran burguesía. La minoría, a cuya cabeza se halla una parte de los fabricantes y armadores de buques, se reduce cada vez más. Esta minoría se ha unido ahora a los medios y pequeños burgueses privados de derechos electorales y festeja esta alianza en sus banquetes en pro de reformas. Desespera de poder llegar nunca al poder con los actuales electores. Tras largas vacilaciones, se ha decidido, por tanto, a prometer una participación en el poder político a los burgueses situados inmediatamente por debajo de ella y, sobre todo, por tratarse de los menos peligrosos de todos, a los ideólogos burgueses, abogados, médicos, etc. Claro está que se halla todavía muy lejos de poder cumplir su promesa.

Vemos, pues, que también en Francia se acerca la lucha entre diversos sectores de la burguesía, lucha que en Inglaterra ha llegado casi a su

término. Con la diferencia de que en Francia la situación presenta, como siempre, un carácter revolucionario de trazos más marcados. También esta escisión en dos campos constituye un avance de la burguesía.

En *Bélgica*, la burguesía ha logrado una victoria decisiva en las elecciones de 1847. El ministerio católico hubo de dimitir y también aquí se halla el poder, de momento, en manos de la burguesía liberal.

En *América*, hemos asistido a la conquista de México por los Estados Unidos y nos congratulamos de ella.[276] No deja de representar también un progreso el que un país que hasta aquí vivía encerrado en sí mismo, desgarrado por eternas guerras civiles e imposibilitado de todo desarrollo, un país que no tenía ante sí, a lo sumo, otro porvenir que caer bajo el vasallaje industrial de Inglaterra, que un país así, decimos, se vea arrastrado por la fuerza al movimiento histórico. El hecho de que este país se vea colocado en el futuro bajo la tutela de los Estados Unidos beneficiará a su propio desarrollo. Y la circunstancia de que los Estados Unidos hayan logrado el dominio sobre el Mar Pacífico beneficiará a toda América. Pero, ¿a quién, volvemos a preguntar, favorece primordialmente esta guerra? Solamente a la burguesía. Los norteamericanos adquieren en California y Nuevo México más terreno para crear en él nuevo capital, es decir, para gestar nuevos burgueses y enriquecer a los actuales. ¿Y a quién si no a los armadores norteamericanos beneficiará la proyectada apertura de un canal en el Istmo de Tehuantepec?[277] Y el dominio sobre el Mar Pacífico, ¿a quién favorece si no a estos mismos armadores? ¿Quién si no los fabricantes norteamericanos abastecerán a los nuevos clientes de la industria del petróleo que surgirán en los países conquistados?

Por tanto, también en América ha logrado grandes avances la burguesía, y si sus representantes se manifiestan ahora en contra de la guerra, ello sólo demuestra que temen que estos avances se paguen demasiado caros en otros aspectos.

Hasta en los países completamente bárbaros avanza considerablemente la burguesía. En Rusia, vemos cómo la industria se desarrolla con poderoso paso, convirtiendo cada vez más a los propios boyardos en burgueses. La servidumbre de la gleba se ve restringida en Rusia y en Polonia, con lo que se debilita a la nobleza en interés de la burguesía y se crea una clase campesina libre, de que la burguesía necesita en todas partes. Los judíos son perseguidos, respondiendo plenamente al interés de los burgueses cristianos instalados en aquellas regiones, a quienes los vendedores ambulantes emponzoñaban la vida. En Hungría, los señores feudales van convirtiéndose cada vez más en negociantes al por mayor en trigo, lana y ganado, lo que consecuentemente los lleva a actuar en su Dieta como burgueses. ¿Y todos estos gloriosos progresos de la "civilización" a que asistimos en Turquía, en Egipto, en Túnez, en Persia y en otros países bárbaros, en qué consisten si no en ir preparando el terreno para el florecimiento de una futura burguesía?

En estos países vemos cumplirse hoy las palabras del profeta: "¡Pre-

parad el camino para el Señor...! ¡Abrid de par en par la puertas del mundo, para que penetre por ellas el Rey de gloria!",[278] es decir, el burgués.

A donde quiera que miremos, vemos cómo la burguesía avanza a grandes pasos. Mantiene la cabeza alta y desafía altaneramente a sus enemigos. Espera victorias decisivas, y sus esperanzas no se verán frustradas. Quiere organizar el mundo entero a su medida, y lo logrará en gran parte de la tierra.

Es bien sabido que nosotros no simpatizamos con la burguesía. Pero, esta vez, auspiciamos su triunfo. Podemos reírnos a nuestras anchas ante el gesto arrogante con que, en Alemania sobre todo, miran despectivamente los burgueses al puñado aparentemente tan exiguo de demócratas y comunistas. Nada tenemos que objetar a que en todas partes triunfen sus aspiraciones.

Más aún. No podemos por menos de sonreír irónicamente cuando vemos con qué terrible celo y qué patético entusiasmo persiguen sus metas los burgueses casi en todas partes. Esos señores creen de veras que trabajan para ellos mismos. Son lo bastante limitados como para pensar que su victoria dará su conformación definitiva al mundo. Y, sin embargo, nada más evidente que lo que hacen es abrirnos en todas partes el camino a *nosotros*, a los demócratas y comunistas; que lograrán conquistar, a lo sumo, unos cuantos años de intranquila satisfacción, para ser derrocados inmediatamente después. Por doquier se alza tras ellos el proletariado, en unos países, como en Italia y en Suiza, compartiendo sus afanes y en parte sus ilusiones; en otros como en Francia y en Alemania silencioso y retraído, pero siempre preparando por debajo de cuerda la caída de la burguesía; en otros, por último, como en Inglaterra y en América, manifestándose en abierta rebelión contra la burguesía dominante.

Y aún podemos hacer más. Podemos decir a los burgueses todo esto, sin ningún recato, podemos jugar con cartas descubiertas. No hay inconveniente en que sepan de antemano que trabajan para nosotros. No por ello podrán abandonar su lucha contra la monarquía absoluta, la nobleza y los curas. No les queda otra alternativa que vencer o perecer ya desde ahora.

Más aún, no pasará mucho tiempo antes de que en Alemania tengan que clamar por nuestra ayuda.

¡Seguid, pues, luchando con el mismo arrojo, estimados señores del capital! Por el momento, nos sois necesarios, nos es necesaria, incluso, de vez en cuando, vuestra dominación. Tenéis la misión de limpiarnos el camino de los residuos de la Edad Media y de la monarquía absoluta, de acabar con el patriarcalismo, de llevar a cabo la centralización, de convertir a todas las clases más o menos desposeídas en proletarios, en hombres que vengan a engrosar nuestras filas, de crear con vuestras fábricas y comunicaciones comerciales el fundamento material que el proletariado necesita para liberarse. En pago de ello, dominaréis durante un breve tiempo. Dictaréis leyes, os pavonearéis bajo el sol de la ma-

jestad creada por vosotros mismos, comeréis y beberéis en el gran salón de los banquetes regios y aspiraréis a la mano de la bella princesa, pero no lo podréis olvidar:

"El verdugo os aguarda a la puerta." [279]

# SOCIALISMO ALEMAN EN VERSO Y EN PROSA [280]

[*MEW*, IV, pp. 222-247]

[*Deutsche Brüsseler Zeitung*, núm. 93,
21 de noviembre de 1847]

## *Karl Grün, "Sobre Goethe, desde el punto de vista humano". Darmstadt, 1846* [a]

Sin duda para reponerse un poco de las fatigas de su "'*Movimiento social* en Francia y Bélgica" el señor Grün echa ahora un vistazo a la *paralización* social de todo movimiento reinante en su patria. Y, para variar de tema, estudia al viejo Goethe "desde el punto de vista humano". Se quita las botas altas para calzarse las pantuflas, se pone la bata de andar por casa y se arrellana, muy ufano, en su sillón:

"No escribiremos ningún comentario, sino que nos limitaremos a exponer lo que se halla al alcance de la mano" (p. 244).

Procura tomar el asunto del modo más placentero:

"Había adornado el cuarto con rosas y camelias, colocando junto a la ventana abierta manojos de reseda y violetas" (p. III). "Y, sobre todo, ¡nada de exégesis!... Sentado aquí, con las obras completas sobre la mesa y el cuarto impregnado del olor a rosas y a violetas. Vamos a ver hasta dónde llegamos... Quien trabaja a conciencia da siempre más de lo que tiene" (pp. IV-V).

Y, sin embargo y a pesar de toda su indulgencia, el señor Grün lleva a cabo, en este libro, las mayores hazañas. Lo cual no puede extrañarnos, después de haberle oído a él mismo asegurar que había llegado a "desesperar, pensando en la *nulidad* de las relaciones públicas y privadas" (p. III), que "sintió el acicate de Goethe cuando estaba a punto de caer en lo informe y lo hiperbólico" (*ibid.*), que "si esta palabrita lleva dentro de sí el pleno sentimiento del destino humano", "identidad en nuestra alma, aunque ésta marche hacia el infierno" (p. IV). Nada puede sorprendernos, después de saber que, ya antes, "formuló una vez una pregunta al Hombre feuerbachiano", que, "aun siendo fácil de contestar" parecía resultarle muy difícil al citado Hombre (p. 277); cuando vemos cómo el señor Grün, en la página 198, "saca a la autoconciencia de un callejón sin salida", cómo en la página 102 habla, incluso, de llegar "hasta la Corte del Zar de Rusia" y que en la página 305 proclama ante el mundo, con tonante voz: "*Sea anatematizado* quien por medio

[a] Suprimimos la primera parte de este trabajo (pp. 207-222 del vol. IV de *MEW*, titulado *Karl Beck*, "Lieder vom armen Mann, oder die Poesie des wahren Sozialismus" ["Los cantos del pobre, la poesía del verdadero socialismo"].

de una ley trata de crear una situación nueva llamada a durar!" Pero llegamos ya al colmo de la cosa cuando, en la página 187, el señor Grün nos dice que se propone "meter las narices en el idealismo" y hacer de él "un muchacho de la calle", cuando aspira a "llegar a ser propietario", un "rico propietario, con el mínimo de fortuna para poder entrar en la Cámara de Representantes de la Humanidad y figurar en la lista de los jurados llamados a decidir sobre lo humano y lo inhumano".

¿Y cómo no va a conseguir todo eso quien, como él, "pisa sobre el suelo sin nombre de lo general humano" (p. 182), quien no se asusta ni siquiera "de la noche y sus *horrores*" (p. 312), a saber, de la moral, el adulterio, el robo, la prostitución y la altanería? Cierto es que, en la página 99, reconoce que también él sabe ya lo que es "el dolor infinito que el hombre siente al verse sorprendido en el punto de su nulidad", aunque claro está que él mismo se delata ante los ojos del público en ese "punto" con motivo del verso que dice:

> Te asemejas al espíritu que tú concibes;
> Pero no al mío.[281]

He aquí lo que nos dice:

> "Estas palabras son como si, entre rayos y truenos, se abriera la tierra. Con ellas se desgarra la cortina del templo y quedan al descubierto las tumbas... Ha comenzado el Ocaso de los Dioses y el viejo Caos..., los astros chocan entre sí, una sola cola de cometa hace arder en un momento la diminuta Tierra y por todas partes vemos solamente humo, hollín y vapor. Y, cuando nos imaginamos la más espantosa de las destrucciones..., vemos que todo esto *no es nada* al lado de la aniquilación que se encierra en aquellas palabras" (pp. 235 *s.*).

Claro está que, al llegar "al límite extremo de la teoría", o sea en la página 295, el señor Grün siente que "el sudor helado le corre por la espalda y que todos sus miembros tiemblan de espanto", pero no tarda en sobreponerse a esta sensación, ya que forma parte "de la Orden francmasónica de la Humanidad" (p. 317).

*Take it all in all*[b] y veremos que el señor Grün impone estas cualidades en cada uno de los campos que pisa. Antes de entrar en sus fecundas consideraciones sobre Goethe, queremos acompañarle a alguno de los escenarios de segundo orden en que despliega sus actividades.

Veámosle actuar, ante todo, en el campo de las ciencias naturales, donde nos dice que "el conocimiento de la naturaleza" es, según leemos en la página 247, "la única ciencia positiva" y, al mismo tiempo, "con la misma razón, la consumación del hombre humanista" (vulgo humano). Tratemos de reunir cuidadosamente lo que el señor Grün proclama acerca de esta ciencia, la única positiva. No se detiene a hablar prolijamente de ella, sino que, paseándose por su cuarto entre el día y la noche, se limita a deslizar unas cuantas observaciones, pero no por ello deja de obrar, "con la misma razón", el "más positivo" de los milagros.

[b] Tomémoslo en su conjunto.

Hablando del *Système de la nature* [282] atribuido a Holbach, nos revela:

"No es posible explicar aquí cómo el Sistema de la Naturaleza se interrumpe a mitad de camino, en el punto en que de *la necesidad del sistema cerebral tiene por fuerza que trocarse en la libertad y la autodeterminación.*"

El señor Grün podría indicar exactamente el punto en que "la necesidad del sistema cerebral" se trueca "forzosamente" en esto o en lo otro y en que, por tanto, el hombre se siente abofeteado en el interior de su cráneo. El señor Grün podría darnos las noticias más seguras y detalladas acerca de un punto que hasta ahora escapaba totalmente a la observación, o sea el proceso de producción de la conciencia dentro del cerebro. Desgraciadamente, "no es posible explicar" estas cosas.

Dumas, Playfair, Faraday y Liebig habían creído hasta ahora, inocentemente, que el oxígeno era un gas insípido e inodoro. Pero el señor Grün sabe que todos los *ácidos muerden* la lengua y, basándose en ello, nos dice, en la página 75, que el "oxígeno" es un gas "cáustico". Y, en la página 229, enriquece también la acústica y la óptica con nuevos hechos; habla de "ruidos y de luces que purifican", lo que equivale a poner fuera de toda duda la fuerza purificadora del ruido y de la luz.

Y, no contento con estas brillantes aportaciones a la "única ciencia positiva", no contento con la teoría de las bofetadas internas, el señor Grün, hace, en la página 94, un nuevo descubrimiento sensacional:

"Werther —nos dice— es el hombre que no ha llegado todavía a vertebrarse, que no se ha convertido todavía en sujeto."

Hasta ahora, se creía erróneamente que el hombre tenía como unas dos docenas de vértebras. El señor Grün no sólo reduce esta gran cantidad de huesos a su unidad normal, sino que descubre, además, que los huesos de las vértebras cumplen la notable función de convertir al hombre en "sujeto". El "sujeto" señor Grün merece realmente que se le otorgue una vértebra extra por semejante descubrimiento.

Por último, nuestro investigador de la naturaleza, por añadidura, resume su "ciencia positiva" acerca de la naturaleza en el siguiente verso:

¿No es el meollo de la naturaleza
El corazón del hombre? [283]

"El meollo de la naturaleza —nos dice— es el corazón del hombre. Es en el corazón humano donde reside el meollo de la naturaleza. La naturaleza tiene su meollo en el corazón del hombre" (p. 250).

A lo que nosotros añadimos, con permiso del señor Grün: el corazón del hombre es el meollo de la naturaleza. En el corazón humano tiene la naturaleza su meollo.

Y, con este esclarecimiento, eminentemente "positivo", abandonamos el campo de las ciencias naturales para pasar a la *economía*, que, desgra-

ciadamente, como hemos podido ver, *no* es una "ciencia positiva". A pesar de lo cual el señor Grün procede también aquí, a la buena de Dios, de un modo extraordinariamente "positivo".

"El individuo se enfrenta al individuo y nace *así* la competencia general" (página 211).

Entra en acción, como vemos, la sombría y misteriosa idea que los socialistas alemanes se forman acerca de la "competencia general" "y nace así la competencia". No se dan razones de ninguna clase, sin duda porque la economía no es una ciencia positiva.

"En la Edad Media, el vil metal se hallaba todavía vinculado a la lealtad, el amor caballeresco y a la devoción; estas trabas desaparecieron en el siglo XVI, y nació así el dinero" (p. 241).

MacCulloch y Blanqui, quienes se dejaban llevar hasta ahora del error de que el dinero, "en la Edad Media, se hallaba vinculado" por la falta de comunicaciones con América y por las moles de granito bajo las que se hallaba enterrado el "vil metal" en los Andes,[284] tendrán que votar ahora una moción dando las gracias al señor Grün por este descubrimiento.

A la *historia*, que tampoco es una "ciencia positiva", trata de darle el señor Grün un carácter positivo, enfrentando para ello a los hechos transmitidos por la tradición una serie de hechos sacados de su imaginación personal.

En la página 91, el Caton de Addison se apuñala en la escena un siglo antes de que naciera Werther, dando con ello pruebas de un notable hastío de la vida. Es decir, "se apuñala", según esto, cuando su autor, nacido en 1672, era todavía un niño de pecho.[285]

En la página 175, el señor Grün rectifica lo apuntado por Goethe en sus "Cuadernos del día y del año", diciendo que en 1815 los gobiernos alemanes no habían "proclamado" en modo alguno la libertad de prensa, sino que se habían limitado a "prometerla". No pasaban, por tanto, de ser un sueño las cosas terroríficas que las gentes asustadizas y otros filisteos contaban de los cuatro años de libertad de prensa de 1815 a 1819, de cómo todos sus escándalos y trapos sucios eran sacados a relucir en los periódicos, hasta que, por último, las decisiones confederales de 1819[286] vinieron a poner fin a este régimen de terror de la publicidad.

El señor Grün nos cuenta, entre otras cosas, que la ciudad imperial de Francfort no era, en modo alguno, un Estado, sino "solamente un fragmento de sociedad civil" (p. 19). Y que, en términos generales, en Alemania no existen Estados y que, por fin, "se comienza a comprender cada vez más las ventajas características de que Alemania carezca de Estados" (p. 257), ventajas consistentes, principalmente, en la gran baratura de los bastonazos. Por tanto, los autócratas alemanes pueden decir: "*la société civile, c'est moi*",[c] pero sin saber lo que dicen, pues,

[c] La sociedad civil soy yo.

según lo que leemos en la página 101, la sociedad civil es "solamente una abstracción".

Pero, si los alemanes no tienen Estado, pueden, en cambio, librar "una inmensa letra de cambio sobre la verdad, letra de cambio realizable, pagadera, en moneda contante y sonante" (p. 5). Estas letras de cambio deben presentarse al pago, sin duda, en la misma oficina en que el señor Grün paga el impuesto necesario "para poder ocupar un puesto en la Cámara de Representantes de la Humanidad".

[*Deutsche Brüsseler Zeitung*, núm. 94,
25 de noviembre de 1847]

Sin embargo, las indicaciones "positivas" más importantes se nos ofrecen en lo tocante a la Revolución francesa, acerca de cuya "importancia" intercala el señor Grün un "discurso especial". Comienza con la sentencia oracular de que entre el derecho histórico y el derecho de la razón existe una diferencia importantísima, ya que ambos tienen un origen histórico. Sin querer rebajar en lo más mínimo el descubrimiento tan nuevo como importante, realizado por el señor Grün, de que también el derecho de la razón ha nacido en el curso de la historia, nos atrevemos a aventurar la modesta observación de que, si se dignase sostener, en su apacible cuarto, un diálogo a solas con los primeros tomos de la *Histoire parlamentarie* [a] de *Buchez* tal vez se enteraría del papel que la citada diferencia ha desempeñado en la revolución.

Pero el señor Grün prefiere aportarnos una prueba detallada de lo mala que es la revolución, prueba que se reduce, en última instancia, a un solo reproche, que pesa, sin embargo, un quintal: el de que las revoluciones nunca "se paran a investigar el concepto del Hombre". Pecado de omisión realmente imperdonable. Si la revolución se hubiera detenido a investigar el concepto del Hombre, no habrían llegado a producirse un Termidor ni un 18 Brumario; [287] Napoleón se habría contentado con los entorchados de general y tal vez se habría dedicado a escribir, en su vejez, un reglamento de ejercicios militares "desde el punto de vista humano".

Asimismo se nos dice, para ilustrarnos acerca de "la importancia de la revolución", que el deísmo no se distingue, en el fondo, del materialismo, y por qué no se distingue. Lo que nos demuestra, y de ello nos congratulamos, que el señor Grün no ha olvidado del todo a su Hegel. (*Cf.* por ejemplo la *Historia de la filosofía* de Hegel, pp. 458, 459, 463, en la segunda edición.)

Enseguida y también a título de ilustración sobre "la importancia de la revolución", se nos explican varias cosas acerca de la competencia, la más importante de las cuales hemos recogido ya más arriba, y se nos ofrecen también largos extractos de las obras de Holbach, para demostrar que este autor explicaba los delitos partiendo del Estado; y asimis-

a "Historia parlamentaria".

mo, contribuyen a explicarnos "la importancia de la revolución" al abundante florilegio que el señor Grün hace de la *Utopía* de Tomás Moro, obra que, a su vez, nos explica diciéndonos que ya en el año 1516 había logrado nada menos que exponer proféticamente y hasta en sus menores detalles lo que es "la Inglaterra *actual*". (p. 225). Finalmente, tras todas estas ideas y consideraciones, que abarcan 36 prolijas páginas, se emite, en la página 226, el siguiente juicio final: "La revolución es la realización del maquiavelismo". ¡Aleccionador ejemplo para cuantos no han investigado aún el concepto del "Hombre"!

Pero, para consolar a los pobres franceses, que sólo han conseguido realizar el maquiavelismo, el señor Grün (p. 73), deja caer una gotita de bálsamo:

"El pueblo francés era, en el siglo XVIII, el Prometeo de los pueblos, que reivindicaba los *derechos humanos* frente a los derechos de los dioses."

No aleguemos que, según esto, sí parecen haber investigado "el concepto del Hombre" o que los derechos humanos no "se reivindican" precisamente frente a "los de los dioses", sino frente a los del rey, la nobleza y los curas. Dejemos estas bagatelas y cubramos nuestra cabeza en reverente señal de duelo, pues al señor Grün le ocurre aquí algo "humano".

En efecto, se olvida de que, en otros escritos suyos anteriores (*cf.* por ejemplo el artículo publicado en el primer tomo de los *Anales Renanos* [288] sobre "el movimiento social", etc.), no sólo abundaba sobre cierta argumentación de los *Anales Franco-Alemanes* [289] acerca de los derechos humanos, "divulgándola", sino que, con el auténtico celo del plagiario, la llevaba hasta el extremo, haciéndola caer en el absurdo. Se olvida de que, allí, ponía en la picota los derechos humanos, presentándolos como los derechos del *épicer*,[e] del filisteo, etc., mientras que ahora, de repente, los convierte en "los derechos *humanos*", en los derechos "del Hombre". Y lo mismo le ocurre al señor Grün en las páginas 251 y 252, donde "el derecho que ha nacido con nosotros y del que, desgraciadamente, no se habla aquí", pasa, tomándolo del *Fausto*, a convertirse en "tu derecho natural, en tu derecho humano, en el derecho a obrar por un impulso interior y a recrearse en la propia obra"; a pesar de que Goethe lo contrapone directamente a las "leyes y derechos" que "*se transmiten* de generación en generación como una eterna enfermedad",[290] es decir, al derecho tradicional del *ancien régime*,[f] cuyo reverso son solamente los "innatos, inalienables e imprescriptibles derechos humanos" de la revolución, pero no, en modo alguno, los derechos "*del* Hombre". Se ve que el señor Grün tuvo que olvidarse aquí de sus antecedentes para que Goethe no perdiera su punto de vista humano.

Sin embargo y por lo demás, el señor Grün no ha olvidado lo que aprendió en los *Anales Franco-Alemanes* y en otros escritos de la misma tendencia. Por ejemplo, en la página 210 define la libertad de los france-

[e] Tendero. [f] Antiguo régimen.

ses de otro tiempo como "la libertad de seres (!) no libres (!) y generales (!!!)". Este aborto ha nacido de la *comunidad* de las páginas 204 y 205 de los *Anales Franco-Alemanes* [291] y de la traducción de estas páginas al lenguaje usual del socialismo alemán "de otro tiempo". Y es que los socialistas verdaderos tienen, como norma general, la costumbre de resumir en una sola frase, valiéndose de breves expresiones, todas aquellas argumentaciones que no alcanzan a comprender, porque abstrayéndose de la filosofía, encierran términos jurídicos, económicos, etc., aprendiéndose luego de memoria estos dislates, para aplicarlos a cualquier fin. Por este procedimiento, vemos que la "comunidad" jurídica de que hablan los *Anales Franco-Alemanes* se convierte en los filosóficamente absurdos "seres generales" de la frase anterior y la emancipación política, la democracia, se cifra en la breve fórmula filosófica de la "liberación de seres generales no libres", fórmula que el socialista verdadero puede echarse al bolsillo sin temor a que su erudición le resulte indigerible.

En la página XXVI, el señor Grün explota, por el mismo procedimiento, lo que en la *Sagrada Familia* se dice acerca del sensualismo y el materialismo,[292] del mismo modo que se vale para los citados fines de la breve referencia de aquella obra según la cual es posible encontrar en los materialistas del siglo pasado, entre otros en Holbach, puntos de apoyo para el movimiento socialista, valiéndose con el mismo propósito de algunas citas de dicho filósofo, socialistamente interpretadas.

Pasemos ahora a la *filosofía*. El señor Grün muestra el más profundo desprecio por ella. Ya en la página VII nos anuncia que "en lo sucesivo, no quiere tener nada que ver con la religión, la filosofía ni la política", que las tres "pertenecen al pasado y jamás volverán a levantarse de la nada" y, por último, que "lo único" que él retiene de todas ellas, y especialmente de la filosofía, "es sencillamente, el Hombre y el ser social". En efecto, el ser social y el Hombre humano de que más arriba se nos habla, son suficientes para consolarnos de la pérdida irremisible de la religión, la filosofía y la política. Pero el señor Grün es excesivamente modesto. No sólo ha "retenido" al "Hombre humanista" y a diversos "seres" de que nos habla la filosofía, sino que se precisa, además, de poseer una dosis considerable, aunque confusa, de la tradición hegeliana. Y no podía ser otra cosa, si tenemos en cuenta que, hace algunos años, se postró de hinojos con gran unción, más de una vez, ante el busto de Hegel. No faltará quien nos pida que dejemos a un lado todas estas cicaterías chabacanas y escandalosas; pero es el propio señor Grün quien se encarga de confiar tales secretos a los chicos de la prensa. Son ya tantas las veces que hemos citado al señor Grün, en verso y en prosa, las fuentes de que se vale, que bien podemos pedirle que nos preste, una vez más, el mismo servicio. Y, para darle enseguida una prueba de nuestra complacencia, queremos revelarle que el fallo definitivo a que llega en cuanto al problema litigioso de la libre voluntad, en la página 8, está tomado del *Traité de l'Association* de Fourier, en el capítulo que trata "du libre arbitre". Lo que constituye una aportación o un "extravío" personal del propio señor Grün es la afirmación de que la teoría del

"libre arbitrio" debe considerarse como un "extravío del espíritu *alemán*".

Y, por último, nos acercamos ya a Goethe. En la página 15, el señor Grün demuestra el derecho de Goethe a existir. Nos dice que Goethe y Schiller son, en efecto, la superación del antagonismo entre el "goce ocioso", es decir, Wieland, y el "goce activo", o sea Klopstock. "Fue Lessing el primero que puso al Hombre sobre sus propios pies." (¿Podría el señor Grün imitar esta muestra de arte acrobático?)

En esta construcción filosófica tenemos ante nosotros, juntas, todas las fuentes del señor Grün. La forma de la construcción, lo que sirve de fundamento a todo, es el conocido artificio hegeliano de la mediación de las contradicciones. Eso del "Hombre colocado sobre sus propios pies" es pura terminología hegeliana, aplicada a Feuerbach. Lo del "goce ocioso" y el "acto carente de goce", esta contraposición en torno a la cual el señor Grün logra que Wieland y Klopstock hagan resonar las variaciones señaladas más arriba, está tomado de las Obras Completas de Moses Hess. La única fuente que aquí echamos de menos es la misma historia de la literatura, pero, como ésta no sabe nada de todas esas cosas, el señor Grün tiene perfecto derecho a ignorarla.

Y, ya que hablamos de Schiller, tal vez venga a cuento la siguiente observación del señor Grün: "Schiller era todo lo que se puede ser cuando no se es Goethe" (p. 311). Perdón, pero también se puede ser el señor Grün. Por lo demás, nuestro autor nos recuerda aquí a ese becerro de la poesía llamado Luis de Baviera:

> Roma, te falta algo de lo que Nápoles posee,
> Pues si los dos fueseis uno solo, sería demasiado para la Tierra.[293]

Mediante esta construcción histórica, se prepara el terreno para la aparición de Goethe en la literatura alemana. "El Hombre" de Lessing, "puesto sobre sus propios pies" sólo puede seguir evolucionando en manos de Goethe. Al señor Grün le cabe, en efecto, el mérito de haber descubierto en Goethe "al Hombre"; no, claro está, al hombre y a la mujer de carne y hueso, engendrados por la carne y la sangre de otros hombres, sino al Hombre en el alto sentido de la palabra, al Hombre dialéctico, al *Caput mortuum*[g] cristalizado en el crisol, en el que quedan calcinados el Dios Padre, el Hijo y el Espíritu santo, al *cousin germain* del *homunculus*[h] del *Fausto;* en una palabra, no al hombre de que nos habla Goethe, sino "*al* Hombre" de que nos habla el señor Grün. Veamos, pues, qué es el Hombre del que el señor Grün nos habla.

"En Goethe, no hay otra cosa que contenido *humano*" (p. XVI). Y en la página XXI nos enteramos de que "Goethe se representaba y pensaba al Hombre *tal y cómo hoy queremos verlo realizado*". En página XXII: "El Goethe actual, que son sus obras, es *un verdadero código de humanismo*" (p. XXV). Goethe "es la *humanidad perfecta*" (p. XXV). "Los poemas de Goethe son

[g] Producto de un proceso de destilación. [h] Primo hermano del duende.

(!) *el ideal de la sociedad humana*" (p. 12). "Goethe no pudo llegar a ser un poeta nacional, porque estaba destinado a ser el *poeta de la humanidad*" (p. 25). A pesar de lo cual, según se nos dice en la página 14, "*nuestro pueblo* —es decir, los alemanes— debe ver en Goethe su propio ser transfigurado".

He aquí la primera explicación que se nos da acerca de "la esencia del Hombre", y podemos confiar tranquilamente en lo que el señor Grün nos dice, con tanta mayor razón cuanto que sabemos que ha "investigado" del modo más meticuloso "el concepto del Hombre". Goethe presenta "al Hombre" tal y como el señor Grün quiere verlo realizado y, al mismo tiempo, nos presenta al pueblo alemán transfigurado, de donde se deduce que "el Hombre" no es otra cosa que "el alemán transfigurado". Y todo confirma esta afirmación. Así como Goethe "no es un poeta nacional", sino "el poeta de lo humano", tampoco el pueblo alemán es "un pueblo nacional", sino el pueblo "de lo humano". De aquí que en la página XVI se nos diga que "los poemas de Goethe, habiendo brotado de la vida..., no han tenido ni tienen nada que ver con la realidad". Exactamente lo mismo que "el Hombre", exactamente lo mismo que los alemanes. Y en la página 4: "Todavía en la hora actual, mientras que el socialismo *francés* se propone hacer la felicidad de *Francia*, los escritores *alemanes* tienen ante sus ojos al *género humano*". (En cambio, "el género humano", por su parte, no parece tenerles a ellos precisamente "ante los ojos", sino ante otra parte del cuerpo que es casi la opuesta.) Y, en numerosos pasajes, el señor Grün ensalza también el hecho de que Goethe se proponía "liberar a los hombres *de dentro hacia afuera*" (*cf*., por ejemplo, p. 225), aunque esta liberación auténticamente germánica no acaba, ciertamente, de manifestarse "*al exterior*".

Conste, pues, que la primera explicación que se nos da es la de que "el Hombre" es *el alemán "transfigurado"*.

[*Deutsche Brüsseler Zeitung*, núm. 95,
28 de noviembre de 1847]

Sigamos ahora al señor Grün en el homenaje que tributa "al poeta de lo humano", al "contenido humano en Goethe". Nada nos demostrará mejor que esto quién es "el Hombre" de que el señor Grün nos habla. Como veremos, el señor Grün nos revela aquí los más recónditos secretos del socialismo verdadero, pues su afán de gritar más alto que todos sus cofrades le induce a dar a conocer al mundo cosas que éstos preferirían que se guardaran en silencio. Por lo demás, le resulta tanto más fácil convertir a Goethe en el "poeta de lo humano" cuanto que el propio Goethe suele dar cierto sentido enfático a las palabras "humano" y "hombre". Es cierto que el poeta las emplea solamente en el sentido en que se las solía emplear en su tiempo y en que más tarde las empleará todavía Hegel, tal como el predicado "humano" se le solía atribuir especialmente a los griegos por contraposición a los bárbaros paganos y

cristianos, mucho antes de que estas expresiones recibieran de Feuerbach su contenido misterioso-filosófico. En Goethe, sobre todo, presentan casi siempre un significado muy afilosófico, muy carnal. Estaba reservado al señor Grün el mérito de convertir a Goethe en discípulo de Feuerbach y en un socialista verdadero.

Como es natural, no podemos extendernos aquí acerca de Goethe. Sólo queremos llamar la atención hacia un punto. En sus obras, Goethe muestra dos actitudes diferentes ante la sociedad alemana de su tiempo. Unas veces, se muestra hostil a ella; trata de huir de lo que en ella le repele, como vemos en la *Ifigenia* y, en general, a lo largo del *Viaje a Italia*, se rebela contra ella, como en el *Götz*, en el *Prometeo* y en el *Fausto*, o azota con ella su sátira más amarga, como ocurre en la figura de Mefistófeles. Otras veces, por el contrario, se manifiesta adicto a ella, se "acomoda" a ella, como en la mayoría de sus *Genios mansos* y en muchas de sus obras en prosa, la ensalza, como en los *Desfiles de máscaras* y hasta la defiende contra las acometidas del movimiento histórico, como lo hace, principalmente, en todos aquellos escritos en que habla de la Revolución francesa. No sólo reconoce ciertos aspectos de la vida alemana, frente a otros que le contrarían, sino que vemos, con frecuencia, que pugnan en él diferentes sentimientos; se libra en él una lucha constante entre el poeta genial asqueado por la mezquindad de lo que le rodea y el cauteloso hijo del consejero de la ciudad de Francfort o el personaje de la Corte de Weimar, que se siente obligado a pactar un armisticio con esa sociedad o adaptarse a ella. Esto hace que Goethe se nos aparezca unas veces como un gigante u otras como un pigmeo; en ocasiones, como un genio desafiante y burlón que desprecia al mundo en que vive, y en otras como un filisteo estrecho, prudente y lleno de miramientos. Tampoco Goethe era capaz de vencer en él la pobreza de carácter del alemán; por el contrario, sentíase dominado por ella, y este triunfo de la mezquindad ambiente sobre el más grande de los alemanes es la mejor demostración de que no es posible superar nada "de dentro hacia afuera". Goethe era demasiado universal, demasiado carnal, un temperamento demasiado activo para buscar, como Schiller, un refugio contra esa mezquindad en la evasión del ideal kantiano; su mirada era demasiado penetrante para no ver que esa evasión equivalía, simplemente, a trocar la mezquindad lisa y llana con la mezquindad inflada de filosofía. Su temperamento, sus energías, toda su tendencia espiritual lo empujaban hacia la vida práctica, y la vida práctica con que se encontraba era deplorable. Veíase constantemente aprisionado por este dilema de moverse dentro de una esfera de vida que necesariamente tenía que despreciar, de dejarse encadenar por este sistema, como el único en que podía manifestar su personalidad, o romper con él. Y a medida que iba envejeciendo, el formidable poeta, *de guerra lasse*[1] iba viéndose cada vez más relegado por el insignificante ministro de la Corte de Weimar. No reprochamos a Goethe, a la manera de Börne o de Menzel, el que no fuese liberal,[294] sino el que cayera

[1] Cansado de pelear.

a veces en el filisteísmo, el que no fuese capaz de sentir ningún entusiasmo por la libertad de su patria, sacrificando, no pocas veces, su certero sentimiento estético, cuya fuerza brotada aquí y allá, a un medroso respeto de pequeñoburgués por cualquier gran movimiento histórico presente; no le echamos en cara el que fuese cortesano, sino el que, en los momentos en que Napoleón barría aquel gran establo de Augias que era Alemania, pudiera dedicarse con solemne seriedad a los asuntos más mezquinos y a los *menus plaisirs* [j] de una de las Cortes más raquíticas de toda Alemania. Nuestros reproches no obedecen, en modo alguno, al punto de vista moral ni a las motivaciones de partido, sino, a lo sumo, a razones históricas y estéticas; no medimos a Goethe con el rasero moral ni con el rasero político; le aplicamos, simplemente, la pauta "humana". Aquí, no podemos entrar a estudiar a Goethe en relación con su época, con sus predecesores y coetáneos literarios, en la trayectoria de su desarrollo y en la posición que ocupó en la vida. Nos limitamos, sencillamente, a registrar los hechos.

Veremos en cuál de estos aspectos puede afirmarse que las obras de Goethe son un "verdadero código de humanismo", "la humanidad perfecta", el "ideal de la sociedad humana".

Fijémonos ante todo en la crítica de la sociedad existente que traza Goethe, para proceder luego a exponer, en sus lados positivos, el "ideal de la sociedad humana". Y huelga decir que, dada la prolijidad del libro de Grün, tendremos necesariamente que limitarnos, en ambos aspectos, a unos cuantos pasajes brillantes y característicos de este retrato.

No cabe duda de que Goethe, como crítico de la sociedad, hace maravillas. "Condena la civilización" (pp. 34-36), prorrumpiendo en unas cuantas quejas románticas que borran cuanto hay en el hombre de característico y diferencial. "Anuncia el mundo de la burguesía" (p. 78), cuando en el *Prometeo* describe *tout bonnement* [k] el nacimiento de la propiedad privada. Es (p. 229) "el juez universal..., el rey Minos de la civilización". Pero todo esto son bagatelas.

En la página 253, el señor Grün cita versos de la "Catequización":

—"Piensa, ¡oh, hijo mío! de dónde te vienen estas dotes.
Nada puedes tener que venga de tí mismo.
—Ya lo sé, todo me viene de papá,
Pero éste ¿de quién lo ha recibido? —De tu abuelo.
—¿Y mi abuelo de dónde lo ha sacado?
—Sencillamente, lo ha *tomado*."

¡Hurra!, grita estentóreamente el señor Grün: "La propriété c'est le vol".[l] Tenemos ante nosotros a Proudhon en persona.

Leverrier, con sus planetas, puede irse a su casa y ceder sus condecoraciones al señor Grün, que aquí es más que Leverrier y más, incluso, que Jackson, con sus vapores de éter sulfúrico. Quien ha sabido reducir el

[j] Mezquinas satisfacciones. [k] Pura y simplemente. [l] La propiedad es el robo.

anatema prudoniano que siembra el terror entre tantos pacíficos burgueses a las proporciones de este epigrama de Goethe merece nada menos que el *grand cordon* [m] de la Legión de Honor.

El "*general burgués*" plantea ya más dificultades. El señor Grün le da vueltas y más vueltas, hace, en contra de su costumbre, algunas muecas dubitativas y se queda pensativo: "Ciertamente..., más bien insulso..., ello no implica que condene la revolución" (p. 150)... ¡Eureka! ¡Ya lo tiene! ¿Cuál es el objeto de que aquí se trata? Un *puchero de leche*.[295] Por tanto, "no olvidemos... que vuelve a destacarse aquí, en primer plano..., la *cuestión de la propiedad*" (p. 151).

Si el señor Grün oye que, en su calle, dos viejas riñen por una cabeza de arenque, abandona a toda prisa la apacible tranquilidad de su cuarto perfumado de rosas y de reseda para mezclarse en la riña y hacer ver a las comadres que lo que allí se ventila y "se destaca en primer plano" es también "la cuestión de la propiedad". Reciba como premio, el más bello de todos, la gratitud de todas las personas bien pensadas.

[*Deutsche Brüsseler Zeitung*, núm. 96,
2 de diciembre de 1847]

Goethe llevó a cabo una de sus más grandes hazañas críticas al escribir el *Werther*. Esta obra no es, en modo alguno, como "desde el punto de vista humano" habían creído hasta ahora los lectores, una simple novela sentimental de amor.

En el *Werther*, "el contenido humano ha encontrado una forma tan adecuada, que en ninguna literatura del mundo descubrimos nada que merezca comparársele ni de lejos" (p. 96). "El amor de Werther por Lota es, simplemente, la palanca, el vehículo para una tragedia del panteísmo radical del sentimiento... Werther es el hombre no vertebrado, que aún no ha llegado a convertirse en sujeto" (pp. 93-94). Werther no se suicida por amor, sino "porque su desventurada conciencia panteísta no ha podido llegar a ver claro en cuanto al mundo" (p. 94). "El *Werther* presenta, con maestría de artista, todo el estado corrompido de la sociedad, penetra en la más profunda raíz de los males sociales, en su fundamento religioso-filosófico" ("fundamento" que es, como se sabe, mucho más reciente que dichos "males"), "en el conocimiento confuso y nebuloso... Puros y lúcidos conceptos del verdadero humanismo" (¡y, sobre todo, señor Grün, la falta de vértebras!), "lo que viene a ser también la muerte de aquella mezquindad, de aquellas realidades carcomidas y agusanadas a que llamamos la sociedad burguesa" (p. 95).

He aquí un ejemplo de cómo "el *Werther* presenta, con maestría de artista, todo el estado corrompido de la sociedad". Leamos lo que escribe el protagonista de la novela:

"¿Aventuras? No sé por qué empleo esta estúpida palabra... Nuestras falsas relaciones burguesas: ésas son las aventuras, ésos son los monstruos." [296]

[m] La banda.

Este lamento de una plañidera sentimental acerca del abismo que media entre la realidad burguesa y sus ilusiones no menos burguesas en torno a ella, ese angustioso suspiro del alma, nacido simplemente de la falta de experiencia de la vida del hombre corriente, constituye, según el señor Grün (p. 84), una crítica tajante de la sociedad. Y el comentarista llega, incluso, a afirmar que las palabras transcritas expresan "la desesperación atormentada de vivir, el hechizo enfermizo que lleva a Werther a poner las cosas de cabeza, para que, por lo menos una vez, se vean de otro modo" (!) con lo cual, en última instancia, se "ha abierto cauce a la Revolución francesa". Por donde la revolución, que más arriba se nos presentaba como la realización del maquiavelismo, se convierte, aquí, simplemente en la realización de las cuitas del joven Werther. La guillotina de la Plaza de la Revolución se reduce, así, a un mortecino plagio de la pistola de Werther.

De este modo, se comprende por sí mismo, sin la menor dificultad, que se nos diga (p. 108) que también en la *Stella* trata Goethe un tema social, a pesar de que aquí no hace más que pintar "realidades verdaderamente ruines" (p. 107). Como vemos, el socialismo verdadero es más acomodaticio que Jesucristo. En cuanto se reúnen dos o tres personas, no hace falta que se reúnan en su nombre para que ese socialismo esté presente entre ellos y tengamos "un tema social". Al igual que su discípulo, el señor Grün, el socialismo verdadero ofrece una semejanza pasmosa con "esos individuos vulgares, satisfechos de sí mismos que olfatean en todo y se meten en todo, sin llegar al fondo de nada" (página 47).

Tal vez nuestros lectores recuerden la carta que Wilhelm Meister escribe a su cuñado en el último tomo de los *Años de aprendizaje* y en la que, después de algunos comentarios bastante triviales sobre el prejuicio de haberse criado en condiciones desahogadas, reconoce la superioridad de la nobleza sobre los filisteos de la burguesía, con lo que se viene a sancionar la posición subordinada que éstos ocupan, al igual que las demás clases no pertenecientes a la nobleza. Solamente algún que otro individuo puede, en ciertas condiciones, llegar a colocarse al mismo nivel de ella.[297] A lo que el señor Grün observa:

"Lo que Goethe dice acerca de las ventajas de las clases altas de la sociedad es *absolutamente verdad* si por clase alta entendemos la clase culta, que es lo que hace Goethe" (p. 264).

Y no cabe duda de que estas palabras encuentran su razón de ser más adelante.

Pero vengamos ahora al tan controvertido punto fundamental: el de la actitud de Goethe ante la política y ante la Revolución francesa. Acerca de esto, podemos ver en el libro del señor Grün lo que es navegar en todas las aguas; es aquí donde se acredita verdaderamente la firmeza del señor Grün.

Para que la actitud de Goethe frente a la revolución pudiera justifi-

carse, era necesario, naturalmente, colocarlo por *encima* de ella y creer que había superado la revolución incluso antes de que ésta existiera. Por eso se nos dice, ya en la página XXI:

"Goethe se había adelantado tanto y con tal celeridad al desarrollo *práctico* de su tiempo, que sólo creía poder mantener hacia éste una actitud negativa y defensiva."

Y en la página 84 dice, refiriéndose al *Werther*, obra que, como veíamos, continúa ya *in nuce* [n] toda la revolución: "La historia vive en 1789, Goethe en 1889". En las páginas 28 y 29 leemos, abundando en lo mismo que Goethe "hubo de descartar en unas cuantas palabras todo el griterío acerca de la libertad" cuando, ya en la década del setenta, publicó en los *Avisos eruditos de Francfort* un artículo [298] en que no se hablaba para nada de la libertad reclamada por los "vocingleros", sino que se hacían solamente algunas consideraciones generales bastante sobrias, sobre la libertad en cuanto tal acerca del concepto de la libertad. Además, como en su disertación doctoral, Goethe había formulado la tesis de que todo legislador estaba obligado a implantar un determinado culto —tesis que el propio Hegel presentaba simplemente como una curiosa y divertida paradoja, tomando pie para ello de intrigas urdidas en un ambiente provinciano de la pequeña ciudad de Francfort (a las que *el mismo* señor Grün se refiere)— se infiere de aquí que "ya en sus tiempos de estudiante, Goethe había desgastado como las suelas de sus zapatos todo el dualismo entre la revolución y el Estado francés actual" (pp. 26-27). Todo parece indicar que el señor Grün ha heredado las "suelas desgastadas de los zapatos" del "estudiante Goethe", echando con ellas medias suelas a las botas de siete leguas, con que este socialista verdadero pisa sobre el "movimiento social".

Como es natural, todo esto permite ver bajo un ángulo nuevo la actitud de Goethe ante la revolución. Ahora, está claro por qué el poeta, que estaba muy por encima de la revolución, que había "descartado" ya quince años antes como "las suelas desgastadas de sus zapatos" y que llevaba un siglo de delantera sobre ella, no podía sentir ninguna simpatía por la revolución ni podía interesarse por el pueblo de los "vocingleros de la libertad", con respecto al cual sabía a qué atenerse ya desde el año setenta y tres. El señor Grün tiene, ahora, el camino expedito. No importa que Goethe rime toda suerte de banalidades convencionales en graciosos dísticos, que haga en torno a ellas razonamientos de una limitada mentalidad de filisteo, que retroceda, asustado, ante la avalancha que amenaza con turbar la paz de su rinconcito de poeta; no importa que se comporte de un modo mezquino, cobarde y lacayuno: haga lo que haga, puede estar seguro de que su paciente escoliasta no se lo tomará a mal. El señor Grün lo levanta en vilo sobre sus infatigables hombros para que no se manche con el lodo; más aún, hace que sea el socialismo verdadero quien se hunda en este lodo, con tal de que los

[n] En germen.

zapatos de Goethe no se cubran de cieno. Desde la *Campaña de Francia* hasta la *Hija natural*, el señor Grün (pp. 133-170) carga con todo, absolutamente con todo, dando pruebas de una docilidad y una abnegación que harían derramar lágrimas a un Buchez. Y cuando ni siquiera todo ello es bastante, cuando el pantano de lodo es demasiado profundo para vadearlo, se recurre a una exégesis social más elevada, y el señor Grün se encarga de parafrasear, para justificarlos, versos como los siguientes:

La triste suerte de Francia debiera hacer meditar a los grandes,
Pero también los pequeños, a su vez, debieran meditar.
Muchos grandes han perecido, pero ¿quién protege a la masa
En contra de la masa, allí donde la masa es el tirano de la masa? [299]

"¿Quién", grita el señor Grün a voz en cuello, en cursivas, con signos de interrogación y todo el aparato de "la tragedia del radical panteísmo sentimental" (p. 93), "¿quién protege, en efecto, a la masa desposeída, la llamada chusma, contra la masa poseedora, contra la chusma convertida en legislador?", (p. 137). "¿Quién protege, en efecto", a Goethe contra el señor Grün?

Tal es la explicación justificativa que el señor Grün nos da de toda la serie de prudentes y convencionales cánones de los "Epigramas" venecianos, de los que nos dice (p. 136) que "son como bofetadas descargadas por la mano de *Hércules*, que ahora nos hacen sentirnos tranquilos y apacibles" (después del miedo pasado por los filisteos), aleccionados por una terrible y *amarga* experiencia" (muy amarga, por supuesto para el filisteo).

El señor Grün no "querría" "por nada del mundo" "pasar por alto el siguiente pasaje del *Sitio de Maguncia*":

El martes... corrí presuroso a *cumplimentar a mi soberano*, y tuve la *suerte* de poder *ofrecer mis respetos* al príncipe, etc., *a mi siempre magnánimo señor*", etc., etc.

El señor Grün se guarda de citar aquel otro pasaje en que Goethe se prosterna reverente ante el ayuda de cámara, cornudo de cámara y alcahuete de cámara del rey de Prusia,[o] el caballero Rietz.

[*Deutsche Brüsseler Zeitung*, núm. 97,
5 de diciembre de 1847]

A propósito del "*General burgués*" y de los "*Expatriados*" leemos lo siguiente:

"Toda la antipatía que Goethe sentía por la revolución, cuantas veces la expresaba poéticamente, recaía sobre aquellas eternas quejas en que prorrumpen los hombres, movidos por su situación *bien merecida* y *bien entendida* de pro-

[o] Federico Guillermo II.

pietarios y que los intrigantes, los envidiosos, etc., aprovechan para sus fines... Es siempre el mismo *desafuero del saqueo*. Su temperamento *tranquilo* y *casero* se rebelaba contra todo atentado contra el derecho de propiedad, que, ejercido por la *arbitrariedad*, arrojaba a la huída y a la miseria a masas enteras de personas" (p. 151).

Atribuyamos este pasaje, sin más, al "temperamento tranquilo y casero" "del hombre" que aspira a una "situación bien merecida y bien entendida de propietario", que se siente, para decirlo sin ambages, muy a gusto en la "situación de propietario" de que disfruta y que, por tanto, considera la tormenta de la revolución que la pone en peligro sin miramiento alguno como el "desafuero" y la obra de "intrigantes, envidiosos", etc.

A la vista de esto, no puede extrañarnos que el señor Grün nos diga que "le produce la más pura fruición" (p. 165) el idilio burgués de *Hermann y Dorotea*, con sus vacilantes y prudentes vecinos provincianos de pequeñas ciudades y sus quejumbrosos campesinos que, llevados de un terror supersticioso, huyen del ejército de los *sansculottes* y de los horrores de la guerra. El señor Grün

"se da por satisfecho incluso con la modestísima misión que al final se asigna al pueblo alemán":

> Los alemanes no tienen para qué sumarse a este espantoso
> Movimiento ni deben tampoco vacilar a la zaga de él.[300]

El señor Grün hace muy bien en derramar lágrimas de conmiseración por las víctimas de estos dramáticos tiempos y en volver los ojos al cielo, en ademán de patriótica desesperación ante estos golpes de la adversidad. Al fin y al cabo, ya hay bastantes gentes corrompidas y degeneradas en cuyo pecho no palpita un corazón "humano" y que se suman como desalmados al campo republicano a los sones de la Marsellesa, llegando incluso a hacer chistes obscenos en el pobre cuarto abandonado de Dorotea. El señor Grün es un hombre honrado a quien indigna la falta de sentimientos con que un Hegel, por ejemplo, contempla de arriba abajo la "humilde florecilla" pisoteada por la marcha arrolladora de la historia y se burla de "toda la letanía de virtudes privadas que son la modestia, la humildad, el amor al prójimo y la caridad" cuyo brillo se impone "frente a las hazañas de la historia universal y a sus ejecutores".[301] Y hace bien en pensar así, pues será recompensado con el reino de los cielos.

Pongamos fin a las glosas "humanas" sobre la revolución con la siguiente: "Quien tuviera verdadero sentido cómico podría atreverse a *encontrar infinitamente ridícula la misma Convención*". Mientras ese hombre dotado de tan "verdadero sentido" para lo "cómico" aparece, el señor Grün se limita a sugerir las instrucciones a que deberá ajustarse (pp. 151-152).

También acerca de la actitud de Goethe ante la política después de

la revolución encontramos en el señor Grün explicaciones verdaderamente sorprendentes. Pondremos solamente un ejemplo. Sabemos ya cuán profundo es el rencor que "el Hombre" guarda en su corazón contra los liberales. Y, como es natural, el "poeta del humanismo" no puede cavar en su filón sin ajustarles las cuentas, muy especialmente, a quienes así piensen, sin clavar en la picota a los señores Welcker, Itzstein y consortes. Es esta reprobación la que nuestro "olfateador contento de sí mismo" percibe en los siguientes versos de los *Genios mansos* (página 319):

Esas son ya viejas monsergas,
¡Debiérais ser más inteligentes!
¡No sigáis dando vueltas a la noria!
¡Procurad marchar hacia adelante!

El juicio de Goethe: "Nada tan repugnante como la *mayoría*, formada por unos cuantos hombres decididos dispuestos a avanzar, por bribones que, medrosos, tratan de acomodarse y asimilarse, y por la masa que marcha a la zaga, sin saber ni remotamente lo que quiere"; [302] este juicio de auténtico filisteo cuya ignorancia y cuya miopía sólo pueden florecer en el terreno confinado de un Estado alemán de bolsillo, es considerado por el señor Grün como la "crítica del Estado posterior" (es decir, moderno) "basado en la ley". Cuán importante es esto puede comprobarse, por ejemplo, "en cualquier Cámara de Diputados" (p. 268). De ahí que el "Vientre" de la Cámara francesa [303] se preocupe solamente, al parecer, por ignorancia, de sus intereses y los de los suyos. Dos o tres páginas más adelante (p. 271), el señor Grün califica de "fatal" "la *revolución de Julio*" y ya en la página 34 se censura enérgicamente a la *Unión aduanera* porque "sólo sirve para *encarecer* todavía más los trabajos con que ocultan sus desnudeces quienes tiritan de frío" y para que se sientan "un poco más seguros" "los puntales del trono (!!), los amos liberales del dinero" (quienes, como es bien sabido, se oponen al trono, dentro de la *Unión aduanera*). Nadie ignora que son los filisteos quienes, en todas partes, echan por delante a "quienes tiritan de frío", cuando se trata de luchar contra los aranceles protectores o contra cualquier otra medida progresiva de la burguesía, y a ellos se une "el Hombre".

Ahora bien, ¿a qué conclusiones llega la crítica goetheana de la sociedad y del Estado acerca de "la esencia del Hombre", tal como la ve el señor Grün?

Se nos dice, ante todo (p. 264), que "el Hombre" siente un manifiesto respeto por las "clases altas" en general y, en particular, una deferencia muy explicable ante la alta nobleza. Lo anima, además, el miedo invencible que siente a los grandes movimientos de masas y a toda enérgica acción social y, cuando ésta se acerca, se acurruca, temeroso, junto a la chimenea o sale huyendo, con su morral y su ajuar. Mientras duran, estos movimientos son "una amarga experiencia" para él, pero, cuando han pasado, se arrellana en su proscenio y reparte con la mano de Hércu-

les, a diestro y siniestro, bofetadas, cuyo sonido le sabe, ahora, a gloria y encuentra la cosa "infinitamente cómica". Se aferra, además, a "su situación de propietario bien merecida y bien entendida"; posee, por lo demás, como sabemos, un "temperamento tranquilo y casero", es frugal y modesto en sus necesidades y no quiere que ningún vendaval venga a turbar sus pequeños y apacibles disfrutes. "El Hombre" (p. 191, así reza la *primera frase* de la "segunda parte" de la obra) "gusta de mantenerse dentro de limitados horizontes"; no envidia a nadie y da gracias al Creador cuando éste lo deja tranquilo. En una palabra, "el Hombre", del que ya sabíamos que era un *alemán* nato, va pareciéndose poco a poco, cada vez más, exactamente, a un *pequeñoburgués alemán.*

¿A qué se reduce, en realidad, la crítica de la sociedad en Goethe, tal como el señor Grün nos la transmite? ¿Qué tiene "el Hombre" que reprocharle a la sociedad? En primer lugar, que no responda a sus ilusiones. Pero estas ilusiones son precisamente las ilusiones del filisteo ideologizante, sobre todo en su juventud, y si la realidad filistea defrauda estas ilusiones, ello se debe precisamente a que sólo son eso, ilusiones. Por eso éstas corresponden tanto más plenamente a la realidad filistea. Sólo se distinguen de ella en aquello en que la expresión ideológica de una realidad se distingue de la realidad misma, razón por la cual no puede hablarse de su realización. Un ejemplo palmario de ello lo tenemos en las glosas del señor Grün al *Werther.*

En segundo lugar, la polémica "del Hombre" va dirigida contra todo lo que puede poner en peligro al régimen del filisteo alemán. Todos los cargos que hace a la revolución son los de un filisteo. Su odio contra los liberales, contra la revolución de Julio, contra los aranceles protectores, se revelan inequívocamente como el odio que el pequeño burgués oprimido y estable siente por el burgués independiente y progresivo. Pondremos en apoyo de ello dos ejemplos más.

Los pequeños vecinos de las ciudades, los pequeños burgueses, florecieron, como es sabido, bajo el régimen gremial. En la página 40 dice el señor Grün, expresándose en el sentido de Goethe, es decir, "del Hombre": "En la Edad Media, la corporación protegía al *hombre fuerte,* asociándolo a otros *hombres fuertes*". Los ciudadanos gremiales de aquel tiempo eran "hombres fuertes" frente "al Hombre".

Pero, en tiempo de Goethe, el régimen gremial se hallaba ya en descomposición y por todas partes crujía la competencia. En un pasaje de sus memorias que cita el señor Grün (p. 88) Goethe prorrumpe, como auténtico filisteo, en desgarradoras quejas sobre la putrefacción de los pequeños vecinos de las ciudades, que comenzaba por entonces a manifestarse contra la ruina de las familias acomodadas y contra la decadencia de la vida familiar, el relajamiento de los lazos domésticos, que todo aquello implicaba, y se deja llevar de todas esas lamentaciones del buen burgués que en los países civilizados son tratadas con el desprecio que se merecen. El señor Grün, venteando, en este pasaje, una formidable crítica de la sociedad moderna, no acierta a moderar su alegría y pone en letra cursiva todo "el contenido humano" de estos párrafos.

Pero, pasemos ahora al "contenido humano" positivo, tal como lo encontramos en el propio Goethe. Ahora podemos proceder más aprisa, puesto que ya andamos tras el rastro "del Hombre".

Recojamos, ante todo, la satisfactoria observación de que "Wilhelm Meister deserta del hogar paterno" y de que, en el *Egmont* "los vecinos de Bruselas defienden sus privilegios y libertades" por la sencilla y simple razón de que quieren "llegar a ser hombres" (p. XVII).

Ya una vez el señor Grün había sorprendido a Goethe marchando por el camino de Proudhon. En la página 320 tiene la satisfacción de convencerse de ello, una vez más:

"Lo que él quería, lo que todos queremos, es salvar nuestra personalidad, ver triunfar la *anarquía*, en el verdadero sentido de la palabra, y Goethe lo expresa así:

¿Por qué, en este mundo en que vivimos,
Incluso me complace la anarquía?
Que viva cada cual a su manera,
Pues también esto es una ventaja,[304] etc."

El señor Grün no cabe en sí de satisfacción al ver cómo Goethe hace suya la anarquía social auténticamente "humana" proclamada primeramente por Proudhon y que los socialistas verdaderos adoptan por aclamación. Sin embargo, esta vez se equivoca. Goethe habla de la anarquía "en el mundo en que vivimos" y dice que "es" una ventaja que cada cual "vive" a su manera; se refiere, por tanto, a la abolición del feudalismo y del régimen gremial, gracias al ascenso de la burguesía y a la independencia implantada en el trato social de las clases cultas, al desterrarse de ella el patriarcalismo. Para nada se trata aquí, aunque sólo sea por razones *gramaticales*, de la *futura* anarquía en el alto sentido de la palabra, por la que tan atraído se siente el señor Grün. Goethe no habla aquí, en absoluto, de "lo que le gustaría", sino sencillamente de la realidad con que se ha encontrado.

Pero, después de todo, este pequeño error no puede preocuparle al señor Grün. Ahí está, para darle la razón, el poema titulado "La propiedad":

Sé que sólo puedo llamar mío
Al pensamiento, que, sin que nada le estorbe,
Vuela desde el fondo de mi alma
Y a todos esos momentos favorables
Que un destino amoroso
Me deja disfrutar a mis anchas.

Si no está claro que en este poema "se ha evaporado todo lo que sea propiedad en el sentido usual" (p. 320) es que el señor Grün no sabe lo que se dice.

[*Deutsche Brüsseler Zeitung*, núm. 98. 9 de diciembre de 1847]

Pero dejemos ya estar estas pequeñas amenidades exegéticas de segundo orden. Son realmente interminables, se emplean unas con otras y cada una de ellas es más sorprendente todavía que la anterior. Volvamos mejor la mirada hacia "el Hombre".

Ya lo hemos leído: "el Hombre gusta de permanecer dentro de horizontes limitados". Y al filisteo le sucede lo mismo.

"En Goethe, los hombres destacados eran de un carácter *puramente* social" (es decir, humano)... "Goethe se atiene siempre a *lo más cercano*, a *lo más pequeño*, a *lo más casero*" (p. 88).

Entre los rasgos positivos del Hombre, el primero con que nos encontramos es el apego del pequeñoburgués a la vida apacible de "lo más pequeño y lo más casero".

"¿Acaso nuestra patria —dice Goethe, tal y como el señor Grün lo resume y lo interpreta— no está allí donde encontramos en el mundo un sitio en que podemos descansar con lo que poseemos, un campo para alimentarnos y una casa que nos sirva de techo?"

"Estas palabras parecen salir del fondo de nuestra alma", exclama el señor Grün (p. 32).

"El Hombre" viste, esencialmente, una *redingote à la propriétaire* [p] y se da a conocer así como un *épicier* [q] de pura sangre.

Como todo el mundo sabe, el burgués alemán sólo se siente entusiasta de la libertad, a lo sumo, momentáneamente, en su juventud. Y la misma cualidad caracteriza "al Hombre". El señor Grün registra con gran fruición cómo Goethe, en años posteriores, "condena" el "prurito de libertad" que todavía se advertía en el *Götz*, aquel "producto de un muchacho libre e inexperto, e incluso cita *in extenso* la cobarde abjuración de los afanes juveniles" (p. 43). Qué es lo que el señor Grün entiende por libertad nos lo indica el hecho de que confunda, en este mismo lugar, la libertad de la Revolución francesa con las libertades helvéticas en los tiempos del viaje de Goethe a Suiza; es decir, de que confunda la moderna libertad constitucional y democrática con el régimen patricio y gremial de las ciudades imperiales de la Edad Media e identifique, sobre todo, aquella libertad con el primitivismo protogermánico de las tribus de pastores de los Alpes. Los montañeses de las tierras altas de Berna se confunden, incluso en cuanto al nombre, con los *montagnards* [r] de la Convención nacional, que ya es confundir.

El buen burgués, honrado y virtuoso, es enemigo de toda frivolidad y de cuanto sea burlarse de la religión, y exactamente lo mismo ocurre con "el Hombre". A este respecto, Goethe se manifiesta en diversos

[p] Levita de propietario. [q] Tendero. [r] Montañeses.

pasajes de sus obras como un auténtico burgués, y también esto forma parte, según el señor Grün, del "contenido humano que encontramos en Goethe". Y, para que podamos dar entero crédito a lo que dice, el señor Grün no sólo reúne todos estos granos de oro, sino que en la página 62 añade, además, algunas cosas de su propia cosecha dignas de ser atesoradas, tales como la afirmación de que "quienes se burlan de la religión... son cántaros vacíos y cabezas huecas", etc. Afirmación que, evidentemente, hace honor a su corazón de "Hombre" y de ciudadano.

El buen burgués no puede vivir sin tener un "rey" a quien "amar", un Padre de la Patria a quien tributar su veneración. Y "el Hombre" tampoco. De ahí que Goethe, página 129, reverenciara en Carlos Augusto a un "excelente príncipe". Por su parte, ¡el buen señor Grün, todavía en el año de gracia de 1846, suspira por un "príncipe" a quien "venerar"!

El buen burgués sólo se interesa por los acontecimientos en la medida en que influyan directamente en sus relaciones privadas.

> "Hasta los sucesos del día son para Goethe objetos extraños que favorecen o perjudican a su *comodidad burguesa,* sucesos que pueden suscitar en él un interés estético o *humano,* pero nunca un interés político" (p. 20).

Una cosa "suscita" en el señor Grün "un interés humano" cuando advierte que "favorece o perjudica a su comodidad burguesa". Con lo que viene a confesar bastante francamente que la comodidad burguesa es, para "el Hombre", lo fundamental.

El *Fausto* y el *Wilhelm Meister* dan pie al señor Grün para capítulos especiales. Fijémonos ante todo en el *Fausto.*

En la página 116 leemos:

> "Al rastrear el secreto de la organización de las plantas, Goethe se pone en condiciones de forjar a su hombre humanista" (¿no habrá alguna manera de quitarse de encima al sempiterno hombre "humanista"?), "que es Fausto. *En efecto,* tanto la figura de Fausto como la ciencia natural son llevadas a la cúspide de su propia naturaleza" (!)

Y ya hemos visto algunos ejemplos de cómo el señor Grün "lleva a la cúspide de su propia naturaleza" al "Hombre humanista" por medio de "la ciencia natural". El secreto de ello radica, como sabemos, en la raza.

Más adelante, en la página 231, nos enteramos de que "los huesos de los animales y el esqueleto" de la escena primera representan "la abstracción de nuestra vida entera", pues hay que decir que, en general, el señor Grün procede con el *Fausto* como si tuviera delante la Revelación de San Juan de los teólogos. El macrocosmos significa "la filosofía hegeliana", que, por los días en que Goethe escribía esta escena (1806), daba la casualidad de que no había salido todavía de la cabeza de Hegel y sólo existía, cuando mucho, en el manuscrito de la *Fenomenología,* en la que Hegel trabajaba por entonces. Pero, ¿qué se le da a él al "contenido humano" de la cronología?

La pintura del ya periclitado Sacro Romano Imperio en la segunda parte del *Fausto* es interpretada por el señor Grün, sin más rodeos (p. 240) como una descripción de la monarquía de Luis XIV, "con lo que", añade el glosista "tenemos *por sí mismas* la Constitución y la República". "El Hombre" "tiene por sí mismo" naturalmente lo que otra gente sólo consigue elaborar a fuerza de fatigas y de trabajo.

En la página 246, el señor Grün nos revela el secreto de que la segunda parte del *Fausto* ha llegado a ser, en lo que a las ciencias naturales se refiere, "el cánon de los tiempos modernos, lo mismo que la *Divina Comedia* del Dante era el cánon de la Edad Media". Sirva esto de modelo al naturalista, que hasta ahora había encontrado muy poco que pudiera interesarle en la segunda parte del *Fausto*, y para el historiador, que siempre había buscado en el poema del partido gibelino[305] del florentino cosas que nada tenían que ver con el "cánon de la Edad Media". Al parecer, el señor Grün contempla la historia con ojos parecidos a aquellos con que, según la página 49, contempla Goethe su propio pasado: "En Italia —leemos— Goethe abarcaba con la mirada su pasado contemplándolo con los ojos del Apolo de Belvedere", ojos que, *pour comble de malheur*,[s] ni siquiera tienen pupilas.

*Wilhelm Meister* es "comunista", es decir, lo es "en teoría, en lo que se refiere a la concepción estética" (!!). (P. 254.)

> Ha fincado su causa en la nada
> Y, como tal, le pertenece el mundo entero[306] (p. 257).

Tiene, naturalmente, cuanto dinero necesita y el mundo le pertenece, como pertenece a cualquier burgués, sin que para ello tenga que molestarse en ser "comunista, en lo que se refiere a la concepción estética". Bajo los auspicios de la nada en la que Wilhelm Meister ha fincado su causa y que, como vemos en la página 256, es una "nada" bastante extensa y plena de contenido, nos encontramos con que, en ella, se ha abolido también la resaca de la borrachera. El señor Grün "bebe hasta la última gota, sin dolores de sobreparto ni jaquecas". Lo que es una gran suerte para "el Hombre", que puede seguir tranquilamente entregado a la bebida sin el menor contratiempo. Y, para alzar el brazo con los otros bebedores, el señor Grün descubre la canción de taberna del "verdadero Hombre": "He fincado mi causa en la nada", "canción que se entonará —nos dice— cuando la humanidad llegue a ser digna de ella"; el señor Grün reduce esta canción a tres estrofas solamente y elimina de su texto los pasajes no aptos para niños y para "el Hombre".

Goethe traza en el *Wilhelm Meister*

> "el ideal de la sociedad humana". "El hombre no es un ser docente, sino un ser viviente, activo y actuante". "Wilhelm Meister es este Hombre". "La esencia del hombre es la actividad."

[s] Para colmo de males.

(esencia que comparte, por lo demás, con cualquier pulga), pp. 257, 258, 261.

Y, para terminar, las *Afinidades electivas*. Esta obra, ya de suyo una novela moral, es moralizada todavía más por el señor Grün, hasta el punto de que casi parece que trata de hacer de ella un libro de texto para colegios de doncellas. Nos dice que Goethe

"distingue entre amor y matrimonio, pero de tal manera que para él el amor es la *búsqueda* de la *unión conyugal* y el matrimonio el amor *encontrado* y perfecto" (p. 286).

Lo que significa, por tanto, que el amor es la *búsqueda* del "amor encontrado". Lo que se ilustra luego diciendo que, después de remontar "la libertad del amor juvenil", el matrimonio debe ser considerado como "la relación final del amor" (p. 287). Es exactamente lo que ocurre en los países civilizados, donde los sabios padres de familia dejan que sus hijos se desfoguen unos cuantos años y luego les buscan una esposa adecuada para la "relación final". Pero, mientras que en los países civilizados hace ya mucho tiempo que nadie ve en esta "relación final" un lazo moralmente exclusivo, pues el hombre se las arregla para encontrar amantes y la mujer para ponerle los cuernos a su marido, el señor Grün vuelve a salvar la moral del filisteo:

"Si el ser humano ha tenido realmente libertad de opción..., y dos personas sellan su unión sobre su mutua y racional voluntad" (sin que ello evite para nada, naturalmente, la pasión, la carne ni la sangre), "quien considere el quebrantamiento de este compromiso como una pequeñez, como algo natural, que no acarrea dolores ni desdichas, tendrá que ver el mundo como un *libertino*. Así lo hacía Goethe, pero no podríamos calificar su actitud de *libertinaje*" (p. 288).

Este pasaje caracteriza bastante bien la discreta polémica contra la moral que, de vez en cuando, se permite mantener el señor Grün. El filisteo ha llegado a la conclusión de que a la gente joven hay que permitirle que se desahogue un poco, pues, al fin y al cabo, quienes la han corrido de jóvenes son los que, cuando se casan, resultan los mejores maridos. Pero si, una vez casados, se permiten algún devaneo, ¡oh, entrañas, no hay que guardarles la menor consideración! ¡Duro con ellos, pues son de los que "ven el mundo como libertinos"!

"¡Ver el mundo como un libertino!" "¡Libertinaje!" Nos parece ver "al Hombre" plantado ante nosotros, poniéndose la mano sobre el corazón y exclamando, con gozoso orgullo: ¡No! A mí no se me puede acusar de frivolidad, de andar corriendo por "hoteles dudosos, en busca de placeres"; jamás he quebrantado voluntariamente los deberes del matrimonio, he sido siempre honesto y fiel, mis ojos jamás se han posado, codicioso, en la mujer del prójimo. ¡Yo no soy un libertino!

Y "el Hombre" tiene razón. Él no ha nacido para correr galantes aventuras con hermosas mujeres, no se ha dejado llevar nunca de la seducción y el adulterio, no es un "libertino", sino un hombre de con-

ciencia, un honrado y virtuoso filisteo alemán. Es, como dice el poeta francés,

> ...l'épicier pacifique
> Fumant sa pipe au fond de sa boutique;
> Il craint sa femme et son ton arrogant;
> De la maison il lui laisse l'empire,
> Au moindre signe obéit sans mot dire
> Et vit ainsi cocu, battu, content.[t] [307]

(Parny, *Goddam*,[u] canto III)

Para terminar, una observación. La culpa de que, en las líneas anteriores, hayamos considerado a Goethe viendo solamente uno de los lados de su personalidad la tiene exclusivamente el señor Grün. No puede achacarse a él que, en sus páginas, no aparezca en ninguna parte el verdadero Goethe, en toda su estatura gigantesca. El señor Grün pasa de largo por delante de todas aquellas facetas en que Goethe era realmente grande y genial. No se detiene, por ejemplo, en las *Elegías romanas* del Goethe "libertino", como no sea para volcar sobre ellas un chorro de trivialidades, demostrando claramente que no las ha entendido. En cambio, rebusca con una diligencia poco frecuente incluso en él hasta encontrar todas las muestras de filisteísmo, todas las pequeñeces, las hace desfilar ante nosotros, las exagera literariamente y se siente feliz cada vez que puede apoyar sus propias limitaciones en la autoridad de Goethe, deformándola a cada paso.

No son los comadreos de Menzel ni la mezquina polémica de Börne la némesis de la historia por el hecho de que Goethe la niegue siempre que se encuentra cara a cara con ella. No,

> Así como Titania, en el país de las hadas y el hechizo,
> Encontró en sus brazos a Klaus Zettel,

(Parny, *Goddam*, canto III) [308]

Goethe, al despertar una mañana, se encuentra en sus brazos al señor Grün. La apología del señor Grün y la cálida gratitud que, balbuceante, derrama sobre Goethe por cada una de las palabras de filisteo que éste pronuncia son la más amarga venganza que la historia, ofendida, podía imponerle al más grande de los poetas alemanes.

Pero el señor Grün, por su parte, "podrá, cuando le llegue la hora, cerrar los ojos con la conciencia de no haber atentado en nada contra el destino del Hombre" (p. 248).

[t] Pacífico tendero / que fuma pipa al fondo de la tienda / teme a su esposa y a su arrogante tono / deja que sea ella quien gobierne la casa / la obedece sin pestañear a la menor seña / y vive así, cornudo, apaleado y contento. [u] Blasfemia, en inglés.

# DE PARÍS A BERNA[309]

[*Die Neue Zeit*, t. I, núms. 1 y 2, año XVII, 1898-1899]

## I

### *El Sena y el Loira*

*La belle France!*[a] Sí, no cabe duda, los franceses tienen un país muy bello y con razón se sienten orgullosos de él.

¿Qué país de Europa podría compararse a Francia en riqueza, en variedad de talentos y productos, en universalidad?

¿España? Las dos terceras partes de su superficie se hallan convertidos en páramos por la incuria o por la naturaleza, y la faja atlántica de la península, Portugal, no le pertenece.

¿Italia? Desde que las rutas comerciales del mundo pasan por el océano y los vapores cruzan el Mediterráneo, Italia es un país abandonado.

¿Inglaterra? Inglaterra lleva ochenta años entregada por entero al comercio y la industria, envuelta en humo de carbón y dedicada a la ganadería y es un país que vive bajo un espantoso cielo plomizo y donde no se da el vino.

¿Y Alemania? Por el Norte, planicies de arena; por el Sur, la barrera granítica de los Alpes que la separa del mediodía europeo; país pobre en viñedos, el país de la cerveza, el aguardiente de trigo y el pan de centeno, el país de los ríos cegados por la arena y las revoluciones.

¡En cambio, Francia! Bañada por tres mares y cruzada por cinco grandes ríos que fluyen hacia tres vertientes; en el Norte un clima casi alemán y belga, en el Sur casi italiano; en el Norte el trigo, en el Sur el maíz y el arroz; en el Norte la colza, en el Sur el olivo; en el Norte el cáñamo, en el Sur la seda, y casi en todas partes vino.

¡Y qué vinos! ¡Cuán diferentes unos de otros, el burdeos del borgoña, el borgoña de los vinos de gran cuerpo de Saint Georges, Lünel y Frontignan en el Sur, y éstos del burbujeante champaña! ¡Qué variedades de vinos blancos y tintos, del Petit Mâcon o el Chablis al Chambertin, al Châteaux Larose, al Sauterne, al Roussilloner, al Ai Mousseux! ¡Y cuando uno piensa que cada uno de estos vinos produce un tipo de embriaguez diferente y que con sólo unas cuantas botellas hacen pasar a quien los bebe desde la cuadrilla de Musard hasta la *Marsellesa*, desde la loca alegría del cancán hasta la fiebre ardorosa de la revolución y que,

[a] ¡La hermosa Francia!

por último, con una botella de champaña se siente uno de nuevo transportado a la más jubilosa alegría del carnaval del mundo!

Sólo Francia tiene un París, una ciudad en la que la civilización europea se despliega en su más completa floración, donde viene a confluir toda la red nerviosa de la historia de Europa, y de la que a intervalos rítmicos parten las sacudidas eléctricas que hacen estremecer a todo un mundo. Una ciudad cuya población sabe hermanar como jamás ningún otro pueblo la pasión del goce con la pasión de la acción histórica, cuyos habitantes saben vivir como el más refinado epicúreo ateniense y morir como el más imperturbable espartano, Alcibíades y Leónidas en una pieza; una ciudad que es realmente, como ha dicho Louis Blanc, el corazón y el cerebro del mundo.

Cuando uno contempla París desde uno de los lugares elevados de la ciudad o desde Montmartre o la terraza de Saint-Cloud, o recorre los alrededores de la capital, piensa uno que Francia sabe lo que posee con París y que la nación ha derrochado sus mejores fuerzas para cuidar y mimar a su ciudad por antonomasia. La ciudad, orgullosa, parece tenderse como una odalisca sobre su diván con destellos de bronce en las tibias colinas cubiertas de viñedos por entre las que serpentea el Sena. ¿Dónde, en el mundo entero, habrá una vista como la que se ofrece desde los dos ferrocarriles de Versalles mirando hacia el verde valle, con sus incontables aldeas y villas, y dónde encontrar pueblecitos y pequeñas ciudades tan encantadoramente emplazadas, tan limpias y tan coquetas, trazadas con tanto gusto, como Suresnes, Saint-Cloud, Sèvres, Montmorency, Enghien, y tantas y tantas más? Por cualquier salida que nos alejemos de París, cualquier camino que sigamos al azar, por donde quiera que vayamos, nos encontraremos con los mismos hermosos alrededores, con el mismo gusto en el modo de aprovechar la tierra, con la misma gracia y la misma limpieza. Y una vez más hay que decirlo: todo ello se debe a la reina de las ciudades, que ha sabido crearse este emplazamiento maravilloso.

Claro está que para crear un París hacía falta también una Francia, y sólo cuando conoce uno la exuberante riqueza del espléndido país que es Francia comprende cómo ha podido surgir, gracias a él, este París radiante, maravilloso, incomparable. No se da uno cuenta de ello, ciertamente, cuando desciende desde el Norte, cruzando en tren los grises campos de Flandes y Artois o las colinas sin bosques ni viñedos de la Picardía. Por todas partes tierras de trigo y praderas, cuya monotonía se ve solamente interrumpida de vez en cuando por los valles pantanosos de los ríos o por lejanas colinas cubiertas de maleza; hay que llegar a Pontoise y entrar en el círculo de la atmósfera parisina para comenzar a percibir algo de la "bella Francia". Comprende uno un poco mejor a París cuando entra a la capital por los fructíferos valles de la Lorena, por las colinas de creta de la Champaña, coronadas de viñas, o siguiendo el hermoso valle del Marne; y se le comprende todavía más si se viaja por la Normandía y si, haciendo el viaje de Rouen a París, se siguen y cruzan a trechos las sinuosidades del Sena. Tal parece como si este

río respirase la atmósfera de París hasta su misma desembocadura; las aldeas, las ciudades, las colinas que baña a su paso recuerdan todos a los alrededores de París, con la circunstancia de que conforme va uno acercándose al centro de Francia todo se hace más hermoso, más exuberante, más gracioso. Pero cuando yo comprendí de verdad cómo era posible París, fue cuando recorrí el camino que discurre a lo largo del Loira, cruzando luego los montes para internarme en los valles de Borgoña, cubiertos de viñedos.

Había conocido a París en los dos últimos años de la monarquía, en los tiempos en que la burguesía vivía en sus glorias, disfrutando plenamente de su poderío, en que el comercio y la industria se desenvolvían con bastante holgura, en que la grande y la pequeña juventud burguesa tenía todavía dinero para gozar y despilfarrar y en que incluso una parte de los obreros vivía sin grandes aprietos y podía participar de la alegría y la despreocupación generales. Encontré de nuevo a París entregado a la fugaz borrachera de la luna de miel republicana, en marzo y en abril, cuando los obreros, aquellos locos llenos de esperanza,[310] ponían a disposición de la República, sin pensar para nada en el futuro, "tres meses de miseria",[311] cuando no comían en todo el día más que pan seco y patatas y al anochecer plantaban en los bulevares árboles de la libertad, ardían de entusiasmo y cantaban jubilosos la *Marsellesa*, mientras los burgueses se pasaban el día encerrados en sus casas y trataban de aquietar con faroles de colores la cólera del pueblo.

Volví —y no, ciertamente, por mi voluntad, sino por obra y gracia de Hecker— en el mes de octubre. Entre el París de entonces y el de ahora se interponían el 15 de mayo y el 25 de junio, la más tremenda lucha que jamás haya visto el mundo, se interponían un mar de sangre y quince mil cadáveres. Las granadas de Cavaignac habían hecho saltar en añicos la insuperable alegría de París; habían enmudecido la *Marsellesa* y el *Chant du départ*,[312] y sólo la burguesía musitaba todavía entre dientes su "*Mourir pour la patrie*".[313] Los obreros, sin pan y sin armas, rechinaban los dientes y apretaban los puños; en la escuela del estado de sitio, la licenciosa república había aprendido enseguida a ser honesta, virtuosa, prudente y moderada (*sage et moderée*).

Pero París estaba muerto, ya no era París. Por las aceras sólo se paseaban los burgueses y los soplones al servicio de la policía; los bailes y los teatros, vacíos; los granujas parisinos, embutidos en el uniforme de la Guardia Móvil, vendidos a la honesta república por 30 *sous*[b] al día, y cuanto más estúpidos se volvían, más los festejaba la burguesía. En una palabra, volvía a ser el París de 1847, pero sin el espíritu, sin la vida, sin el fuego ni el fermento que en aquellos días ponían en todo los obreros. París estaba muerto, y el hermoso cadáver resultaba tanto más espantoso cuanto más bello era.

No me encontraba a gusto en este París muerto. Tenía que huir de allí, a donde fuera. Por el momento, a Suiza. Como no tenía mucho

[b] Monedas chicas de cobre.

dinero, decidí hacer el viaje a pie. Pero no por el camino más corto, pues no es fácil separarse de Francia.

Una buena mañana, me puse en camino y, al azar, me dirigí en derechura hacia el Sur. Apenas salí de los suburbios, me extravié en el dédalo de las aldeas; era natural. Por último, di con la gran calzada que lleva a Lyon. La seguí un trecho, apartándome a ratos de ella para trepar a las colinas. Desde las alturas se contemplan vistas maravillosas del Sena, río arriba y río abajo, de París y Fontainebleau. En la lejanía se ve el río serpentear en el ancho valle, flanqueado a ambos lados por colinas cubiertas de viñedos y, al fondo, las montañas azules detrás de las cuales fluye el Marne.

Pero no me proponía marchar directamente hacia Borgoña; quería ver antes las tierras bañadas por el Loira. Así pues, al segundo día me aparté de la gran calzada y me dirigí por los montes hacia Orleans. Como es natural, volví a perderme entre las aldeas, ya que sólo podía guiarme por el sol y por las indicaciones de los campesinos, aislados del mundo y que no saben lo que queda a su derecha ni a su izquierda. Pernocté en una aldea cualquiera, cuyo nombre nunca acerté a descifrar en el *patois* [c] aldeano, como a quince leguas de París, en la divisoria de aguas entre el Sena y el Loira.

Forma esta divisoria fluvial una ancha cadena de montañas que corre del Sudeste al Noroeste. A ambos lados, se ven numerosas entradas de valles regados por pequeños ríos o arroyos. En lo alto, sobre la ventosa meseta, crecen sólo el trigo, la cebada, el trébol y las legumbres y hortalizas; en las paredes de las barrancas, en cambio, se ven por todas partes vides. Los contrafuertes de los valles orientados hacia el Este están casi todos cubiertos por grandes masas de bloques de caliza que los geólogos ingleses llaman *bolderstones* [d] y que se encuentran comúnmente en los terrenos de colinas de la era secundaria y terciaria. Los imponentes bloques azules, entre los que crecen la maleza verde y árboles jóvenes, forman un contraste bastante pintoresco con los prados del valle y las faldas cubiertas de viñedos de la ladera contraria.

Poco a poco, fui bajando a uno de estos pequeños valles bañados por ríos y lo recorrí durante un trecho. Llegué por último a una calzada y di con gentes de quienes podía inquirir dónde me encontraba. Estaba cerca de Malesherbes, a mitad de camino entre París y Orleans. Orleans quedaba muy lejos, al Oeste; mi meta inmediata era Nevers, por lo que, escalando la próxima montaña, marché directamente hacia el Sur. Desde lo alto se disfrutaba una hermosa vista: entre las boscosas montañas se veía la bonita villa de Malesherbes; en las vertientes, numerosas aldeas y arriba, en una cima, el castillo de Châteaubriand. Y lo que más me gustó de todo: allá en frente, al otro lado de una estrecha cañada, un camino departamental que conducía directamente hacia el Sur.

En Francia existen, en efecto, tres clases de calzadas: las del Estado, que antes se llamaban calzadas reales y ahora reciben el nombre de nacionales, hermosas carreteras anchas que unen entre sí a las ciudades

c Dialecto. d Roca de acantilado.

más importantes. Estas calzadas nacionales, que en los suburbios de París son, no sólo verdaderas calzadas artísticas, sino incluso de lujo, espléndidas carreteras, de sesenta y más pies de ancho, bordeadas de olmos y adoquinadas en el centro, van empeorando, haciéndose más estrechas y sin árboles, a medida que nos alejamos de París, y que las calzadas pierden importancia. A trechos son tan malas, que al cabo de dos horas de lluvia no muy fuerte apenas son transitables para los peatones. Las calzadas de segunda clase son las departamentales, que constituyen caminos de rango secundario; se costean con fondos de los departamentos y son menos anchos y hermosos que las calzadas nacionales. Por último, los de tercera clase son los grandes caminos vecinales (*chemins de grande communication*), costeados con los recursos cantonales; éstos son caminos estrechos y modestos, pero conservados a veces en mejor estado que las grandes calzadas.

Crucé a campo traviesa directamente hacia mi calzada departamental y ví, con gran alegría, que marchaba en la más perfecta línea recta en dirección al Sur. Las aldeas y las hospederías escaseaban; después de varias horas de marcha llegué a una alquería, donde con la mayor amabilidad me dieron algo de comer y de beber. En pago de ello, dibujé a los chicos de la casa algunas figuras en un papel, asegurándoles con el mayor aplomo: "Éste es el general Cavaignac, este otro Luis Napoleón, aquél Armand Marrast, el de más allá Ledru-Rollin, tan parecidos como si estuviesen hablando". Los campesinos contemplaron con el mayor respeto los caricaturescos trazos, me dieron las gracias con gran contento y enseguida clavaron los fidelísimos retratos en la pared. Pude enterarme por aquellas buenas gentes de que marchaba por la carretera de Malesherbes a Châteauneuf en el Loira, ciudad ésta de la que distaba aún unas doce leguas.

Pasé por Puyseaux y otra villa cuyo nombre he olvidado, y llegué, ya tarde, de noche, a Bellegarde, pueblo muy lindo y bastante grande, donde pernocté. El camino por la meseta, que en muchos lugares produce vino, se me hizo bastante monótono.

A la mañana siguiente salí para Châteauneuf, distante de allí unas cinco leguas, y desde Châteauneuf, siguiendo el Loira, por la calzada nacional de Orleans a Nevers.

> Bajo los floridos almendros
> De las verdes riberas del Loira.
> ¡Cuán dulce y agradable es soñar,
> Allí donde he encontrado mi amor! [314]

Así cantan más de un apasionado joven alemán y más de una dulce doncella germánica en las suaves letras de Helmina de Chezy y con la pegadiza melodía de Carlos María de Weber. Pero quien vaya al Loira buscando floridos almendros y el dulce romanticismo del amor, como era moda en Dresde allá por el año veinte, se verá terriblemente desilusionado.

Desde Châteauneuf hasta Dampierre, pasando por les Bordes, no ve uno apenas nada del romántico Loira. La calzada discurre a unas dos o tres leguas del río por las alturas, y sólo de vez en cuando se ve a lo lejos relucir el agua del río. Es una comarca rica en viñedos, en trigo y en frutales; hermosas praderas descienden hacia el río; sin embargo, resulta bastante monótono la vista del valle desnudo de boscaje y circundado sólo por ondulantes colinas.

En medio de la carretera y cerca de algunas casas de campesinos, me encontré con una caravana formada por cuatro hombres, tres mujeres y varios niños, que llevaban consigo tres carretas muy cargadas y tiradas por asnos. Cocinaban la comida de mediodía junto al camino, en una gran hoguera. Me acerqué a ellos. No me había equivocado: hablaban alemán, en el más duro acento del dialecto nórdico. Les dirigí la palabra; se mostraron encantados de escuchar en medio de Francia su lengua natal. Eran alsacianos de la comarca de Estrasburgo; todos los veranos se internaban en Francia de aquel modo, para ganarse la vida tejiendo cestos. Como les preguntara si podían vivir con aquel trabajo, me contestaron, en su dialecto: "Con dificultad, si hay que comprar muchas cosas; a veces, tenemos que mendigar". Vi que un hombre muy viejo salía con grandes trabajos de una de las carretas que llevaban, donde tenía su cama.

Aquellas pobres gentes se parecían mucho a una tribu de gitanos, con sus ropas recibidas de limosna, cada prenda de una clase distinta. Y, sin embargo, tenían cierto aire apacible y no se cansaban de hablarme de sus correrías; pero en medio de la más agradable de las charlas, la madre y la hija, una dulce criatura de ojos azules, por poco se van a las manos, tirándose de sus enmarañados cabellos rojos. Hube de maravillarme viendo con qué facilidad la intimidad y la campechanía alemanas se traslucían por debajo de aquellas condiciones de vida y aquel atuendo gitanesco; les di los buenos días y reanudé la marcha, acompañado un trecho por uno de los gitanos, que antes de comer se permitía la satisfacción de una cabalgata a lomos de un asno flaco y huesudo.

Al anochecer llegué a Dampierre, una aldeíta cerca del Loira. El Gobierno hizo que unos 300 o 400 trabajadores de París, restos de los antiguos Talleres Nacionales,[315] levantaran aquí un dique para contener las aguas del río y prevenir las inundaciones. Eran obreros de todas clases, desde aurífices, carniceros, zapateros y ebanistas hasta el trapero de los bulevares parisinos. Me encontré con una veintena de ellos en la hospedería donde pasé aquella noche. Un robusto carnicero, que había ascendido ya hasta el puesto de una especie de capataz, me habló con gran entusiasmo de la empresa: me dijo que los hombres ganaban de 30 a 100 *sous* diarios, según lo que trabajasen, y que no resultaba difícil sacar de 40 a 60 *sous*, con tal de ser un poco hábil. Se mostró dispuesto a incorporarme inmediatamente a su brigada; me dijo que me adaptaría enseguida al trabajo y que era seguro que a la segunda semana ganaría ya 50 *sous* por día, que podía hacer mi suerte y que habría allí labor para seis meses por lo menos. Me entraron ganas de cambiar de trabajo

por un mes o dos, trocando la pluma por la pala, pero la cosa no era fácil, pues no tenía documentos.

Estos obreros parisinos conservaban todos su vieja jovialidad. Trabajaban diez horas al día, entre chanzas y risas, en las horas libres se divertían cuanto podían y por la noche se dedicaban a lo que llamaban *déniaiser*[e] a las muchachas campesinas. Pero se les notaba completamente desmoralizados por su aislamiento en una pequeña aldea. No se veía en ellos ni rastro de contacto con los intereses de su clase, con los problemas políticos diarios, que tan de cerca afectan a los obreros. Me parece que ya ni leían los periódicos. Toda su actividad política se limitaba a ponerse los unos a los otros apodos de personajes; a uno, un zopenco alto y fuerte, lo llamaban Caussidière, a otro, que trabajaba muy mal, tenía el genio agrio y se emborrachaba, le pusieron de mote Guizot, y por ahí adelante. El fatigoso trabajo, las condiciones de vida relativamente buenas, pero sobre todo la separación de París y el confinamiento en un tranquilo y apartado rincón de Francia, había reducido notablemente el horizonte visual de aquellos hombres. A pesar de que sólo llevaban allí dos meses, empezaban ya a aldeanizarse.

A la mañana siguiente llegué a Gien, entrando por fin en el valle del Loira. Gien es un villorrio de calles estrechas con un bonito malecón y un puente sobre el Loira, cuya anchura, en este lugar, apenas llega a la del Meno en Francfort. La corriente del río es. comúnmente, bastante superficial y aparece llena de bancos de arena.

De Gien a Briare, el camino va siguiendo el valle como a un cuarto de milla del Loira. La orientación de la calzada es la del Sudeste y el paisaje va tomando, poco a poco, un carácter meridional. Bordean la carretera olmos, fresnos, acacias o castaños. Verdeantes praderas y feraces campos, entre cuyos rastrojos se veía crecer una cosecha complementaria del más jugoso trébol, largas filas de álamos, forman el paisaje del fondo del valle; al otro lado del río, en la esfumada lejanía, una sucesión de colinas; del lado de acá, pegando a la carretera, otra cadena de lomas todas ellas plantadas de viñedos. En esta parte, el valle del Loira no es impresionantemente bello o romántico, como suele creerse, pero produce una impresión agradabilísima; la riquísima vegetación es testimonio de la dulzura del clima, al que debe su feracidad esta comarca. Ni en las zonas más fértiles de Alemania se ve nunca una riqueza de vegetación comparable a la que florece en el trecho de Gien a Briare.

Antes de dejar el Loira, dos palabras sobre los habitantes de la comarca que acabo de recorrer y sobre sus costumbres.

Las aldeas que se encuentran a cuatro o cinco horas de París no tienen punto de comparación con las del resto de Francia. Su disposición, el tipo de construcción de las casas y el modo de vida de sus habitantes se hallan demasiado influidas por el espíritu de la gran metrópoli de la que viven. El verdadero campo comienza a unas diez leguas de París, en las colinas apartadas, donde empezamos a ver verdaderas casas de campesinos. Rasgo característico de toda la comarca que se recorre hasta

[e] Desatontar.

entrar en el Loira y adentrarse en la Borgoña es que el campesino procura ocultar todo lo posible la entrada de su casa de la carretera. En las alturas, todas las alquerías se hallan circundadas por un muro; se cruza éste por un portón, y, una vez en el patio, cuesta trabajo encontrar la puerta de la casa, situada generalmente en la parte de atrás. La mayoría de los campesinos tienen aquí vacas y caballos, razón por la cual las casas de los labradores son bastante espaciosas; en el Loira, por el contrario, donde predominan los cultivos hortícolas y ni siquiera los campesinos acomodados disponen de mucho ganado, ya que la ganadería se halla reservada a los grandes propietarios de tierras o arrendatarios, las casas campesinas van empequeñeciendo y son, a veces, tan diminutas que resulta difícil comprender cómo puede acomodarse en ellas una familia de labradores con su ajuar y sus aperos. Y también en ellas vemos que la entrada aparece situada en el lado contrario al del camino; en las aldeas casi las únicas casas a las que se entra directamente desde la carretera son las tabernas y las tiendas.

Los campesinos de esta región llevan en su mayoría, a pesar de su pobreza, una vida bastante holgada. Casi todos producen, por lo menos en los valles, su vino propio, bueno y barato (este año, se vendía a razón de dos o tres *sous* la botella); el pan es en todas partes, con excepción de las altas cumbres, excelente pan de trigo canteal; tienen además, magníficos quesos y frutas, que en toda Francia, como es bien sabido, se acompañan de pan. Como todos los aldeanos, comen poca carne; en cambio, toman mucha leche, sopas de verduras y legumbres y, en general, una alimentación vegetal de calidad excelente. El campesino del norte de Alemania, aun los de posición bastante más acomodada, no vive ni la tercera parte de bien que el de Francia, en esta zona situada entre el Sena y el Loira.

Estos campesinos son gentes joviales, bondadosas y muy hospitalarias; amables y complacientes con el extranjero y, aunque se expresen en el peor *patois*, auténticos franceses, de una exquisita cortesía. No obstante su agudo sentido de la propiedad con respecto al terruño que sus padres conquistaron de manos de los nobles y de los curas, siguen conservando no pocas virtudes patriarcales, sobre todo en las aldeas alejadas de las grandes vías de comunicación.

Pero el campesino es siempre un campesino, y sus condiciones de vida se imponen por doquier, a pesar de todo. Pese a las virtudes probadas que adornan al campesino francés y a la situación relativamente holgada en que vive comparado con el del otro lado del Rin, el campesino es, lo mismo en Francia que en Alemania, el bárbaro en medio de la civilización.

Su aislamiento en una aldea apartada del mundo, con una población poco numerosa que sólo se renueva de generación en generación; el trabajo pesado y monótono que le ata al terruño casi tanto como la servidumbre de la gleba y que no varía jamás de padres a hijos; la estabilidad y la monotonía de las condiciones de vida; el horizonte tan limitado, dentro del cual la familia constituye el factor social más importante y

decisivo para él: todo ello reduce la perspectiva del campesino dentro de los límites más estrechos que en la sociedad moderna puedan existir. Los grandes movimientos de la historia pasan de largo delante de él y lo arrastran de vez en cuando, pero sin que llegue a tener nunca ni la menor idea acerca de la naturaleza de las fuerzas que los mueven, de sus orígenes o de sus metas.

En la Edad Media y en los siglos XVII y XVIII discurría, paralelo al movimiento de los vecinos de las ciudades, un movimiento campesino; pero este movimiento levantaba siempre reivindicaciones reaccionarias y, sin lograr grandes resultados para los campesinos mismos, limitábase a apoyar a las ciudades en las luchas de emancipación.

En la primera revolución francesa, los campesinos actuaron revolucionariamente en tanto se lo permitió su interés privado inmediato y tangible, mientras no se les aseguró el derecho de propiedad sobre el terruño que venían cultivando en condiciones feudales, la definitiva abolición del feudalismo y la expulsión de sus tierras de los ejércitos extranjeros. Una vez logrado esto, se volvieron con toda la furia de la ciega avaricia en contra del movimiento de las grandes ciudades, que jamás llegaron a comprender, y sobre todo en contra de París. Hubieron de dirigirse contra los tercos campesinos innumerables proclamas del Comité de Salud Pública, innumerables decretos de la Convención y, sobre todo, los dictados acerca de las tasas máximas y los acaparadores,[316] además de columnas móviles y guillotinas ambulantes. Y, sin embargo, el régimen del Terror, que expulsó a los ejércitos extranjeros y ahogó la guerra civil, a ninguna clase favoreció tanto como a ésta.

Cuando Napoleón derrocó el régimen burgués del Directorio, restableció la paz, consolidó y sancionó en el *Code civil*,[317] las nuevas relaciones posesorias de los campesinos y alejó cada vez más de las fronteras a los ejércitos extranjeros, los campesinos se unieron a él con gran entusiasmo y se convirtieron en su gran puntal. Pues el campesino francés es nacionalista hasta el fanatismo; *la France* representa para él algo muy alto, sobre todo a partir del momento en que ha pasado a ser propietario hereditario de un pedazo de Francia; no conoce a los extranjeros más que bajo la forma de asoladores ejércitos de invasión que le han inferido daños sin cuento. De ahí el nacionalismo tan arraigado del campesino francés y su odio sin límites contra *l'étranger*.[f] Y de ahí también la pasión con que marchó a la guerra en los años 1814 y 1815.

Al regresar los Borbones en 1815 y cuando la aristocracia expulsada volvió a reivindicar las tierras que había perdido en la revolución, los campesinos vieron amenazadas todas sus conquistas revolucionarias. Eso explica su odio contra la monarquía de los Borbones y su júbilo cuando la revolución de Julio les devolvió la seguridad de su propiedad y la bandera tricolor.

Pero, a partir de la revolución de Julio, los campesinos dejaron de tomar parte en los intereses generales del país. Sus deseos estaban ya

[f] El extranjero.

colmados, sus propiedades no se veían ya amenazadas, y en la *Mairie* [g] de la aldea volvía a flotar la bandera bajo la que ellos y sus padres habían triunfado durante un cuarto de siglo.

Sin embargo, como siempre, no disfrutaron mucho los frutos de su victoria. Los burgueses comenzaron enseguida a explotar con todas sus fuerzas a sus aliados campesinos. Ya bajo la Restauración habían comenzado a madurar los frutos de la parcelación y de la divisibilidad de la tierra, el endeudamiento de los campesinos y la hipoteca de sus parcelas; y, después de 1830, estos resultados comenzaron a manifestarse de un modo cada vez más general y más amenazador. Pero la presión que el gran capital ejercía sobre el campesino siguió siendo para éste una relación puramente privada entre él y su acreedor; el campesino no veía ni podía ver que estas relaciones privadas más y más generalizadas, convertidas más y más en regla general, iban convirtiéndose por ello en una relación de clase, entre la clase de los grandes capitalistas y la de los pequeños propietarios de la tierra. No era ya el mismo caso de las cargas feudales, cuyo nacimiento hacía mucho tiempo que había caído en el olvido, cuyo sentido se había perdido de largo tiempo atrás, que no reclamaban ya una contraprestación por los servicios prestados y que se habían convertido desde tiempos muy lejanos en un simple gravamen que pesaba sobre una de las partes. El caso de las deudas hipotecarias era distinto. Aquí, el propio campesino, o cuando mucho su padre, había recibido la suma del préstamo, contante y sonante, en monedas de oro de cinco francos; la escritura de deuda y el registro hipotecario le recordaba a cada paso el origen de la carga; los intereses que se ve obligado a pagar, incluyendo los pagos accesorios para el usurero, constantemente renovados, son cargas burguesas, modernas, que gravitan en forma igual o semejante sobre todos los deudores; la opresión de estas deudas reviste una forma perfectamente moderna, a tono con nuestro tiempo, y aquí el campesino se ve estrujado y arruinado con arreglo a los mismos principios jurídicos al amparo de los cuales se le garantiza su propiedad. Su mismo Código civil, su Biblia moderna, se convierte para él en un látigo. El campesino no puede ver en el registro hipotecario una relación de clase, ni puede reclamar su supresión sin poner en peligro al propio tiempo su misma propiedad. La presión de la usura, en vez de empujarle al movimiento, sembraba en él la confusión. De donde únicamente puede esperar un alivio es de la reducción de los impuestos.

Cuando en febrero del presente año se hizo una revolución en la que por vez primera presentó el proletariado sus propias reivindicaciones, los campesinos no comprendieron absolutamente nada de lo que ocurría. El único sentido que la República tenía para ellos era —ya lo hemos dicho— la reducción de los impuestos y, aquí y allá, tal vez algo de doctrina nacional, de guerra de conquista y del Rin como frontera. Pero cuando, a la mañana siguiente del derrocamiento de Luis Felipe, estalló en París la guerra entre el proletariado y la burguesía, al repercutir so-

[g] Ayuntamiento.

bre el campo la paralización del comercio y la industria y al bajar todavía más los precios de los productos de los campesinos, ya de suyo depreciados por las abundantes cosechas de aquel año y haciéndose invendibles, y sobre todo, cuando la batalla de Junio sembró el pánico y el terror hasta en los más apartados rincones de Francia, se levantó entre los campesinos un clamor general de fanática furia contra el París revolucionario y contra los parisinos, siempre descontentos. Y era natural. ¿Qué sabía el terco y limitado campesino de proletariado y burguesía, de república democrático-social, de organización del trabajo, cosas cuya condición fundamental y cuyas causas jamás podían llegar a darse en su aldea?

Y cuando, aquí y allá y a través de los turbios canales de la prensa burguesa, comenzó a tener una vaga intuición de lo que se estaba ventilando en París, cuando los burgueses lanzaron por el campo la famosa frase dirigida contra los obreros de París: "*ce sont les partageurs*",[h] son los que quieren que se reparta toda la propiedad, toda la tierra, se redobló el clamor de la furia, y ya la indignación de los campesinos no podía contenerse.

He hablado con cientos de campesinos en las más diversas comarcas de Francia y he visto que todos ellos se dejaban llevar del mismo fanatismo contra París y, sobre todo, contra los obreros parisinos. "¡Ojalá que ese maldito París saltara mañana hecho añicos!", tal era la más suave de las maldiciones que se escuchaban de sus labios. Se explica que los sucesos ocurridos este año hayan venido a recrudecer y a justificar entre los campesinos su inveterado desprecio por las gentes de la ciudad. Los campesinos, el campo —piensan estas cabezas— deben salvar a Francia; el campo lo produce todo, las ciudades viven gracias a nuestro trigo, se visten con nuestro lino y nuestra lana; a nosotros nos corresponde, por tanto, implantar el debido orden de cosas; los campesinos debemos tomar el asunto en nuestras manos: tal era la eterna canción que, de un modo más o menos claro, más o menos conciente, resonaba a través de las confusas conversaciones de los campesinos.

¿Y, cómo quieren salvar a Francia, cómo quieren tomar el asunto en sus manos? Sencillamente, eligiendo presidente de la república a Luis Napoleón Bonaparte, que no es más que un gran nombre que lleva sobre sus hombros un enano aturdido, necio y vanidoso. No he hablado con ningún campesino en quien el entusiasmo por Luis Napoleón no fuese tan grande como su odio hacia París. A esto se limita la política de los campesinos franceses: a estas dos pasiones y a su estúpida y bestial estupefacción ante la conmoción reinante en Europa. Y los campesinos disponen de más de seis millones de votos, es decir, de más de las dos terceras partes de todo el censo electoral de Francia.

Es cierto que el Gobierno provisional no ha sabido captar los intereses de los campesinos por la revolución, que cometió un error imperdonable e irreparable con el recargo de 45 *centimes* sobre el impuesto territorial, que gravita principalmente sobre los campesinos. Pero, aun-

h Son los que predican el reparto.

que hubiese logrado retener a los campesinos para la causa de la revolución durante un par de meses, al llegar el verano habrían desertado de este campo. La actual posición de los campesinos ante la revolución de 1848 no es el resultado de tales o cuales errores e infracciones fortuitos; es algo natural, inherente a la propia situación de vida, a la posición social del pequeño propietario de tierra. El proletariado francés, antes de poder llevar a cabo sus reivindicaciones, tendrá que reprimir previamente una guerra general de los campesinos, guerra que sólo se logrará diferir durante breve tiempo aunque se eche mano, incluso, del recurso de sofocar todas las deudas hipotecarias.

Hay que haber convivido durante dos semanas casi exclusivamente con campesinos, y con campesinos de casi todas las regiones del país y tenido ocasión de observar en todas partes la misma tozuda limitación, la misma perfecta ignorancia de todas las relaciones urbanas, industriales y comerciales, la misma ceguera en materia de política, la misma confusión en todo lo que se sale de los horizontes de la aldea, el mismo empeño por aplicar la pauta de las relaciones campesinas a los más formidables problemas de la historia; en una palabra, hay que haber conocido a los campesinos franceses, y haberlos conocido precisamente en 1848, para recibir toda la abrumadora impresión que en uno provoca esta terca e inconmovible estupidez.

## II

### *Borgoña*

Briare es una viejísima villa situada en la desembocadura del canal que une al Loira con el Sena. Allí me orienté acerca del camino que debía seguir y me pareció mejor pasar a Suiza por Auxerre, en vez de seguir la ruta de Nevers. Dejé, pues, la cuenca del Loira y me dirigí por los montes hacia la Borgoña.

Los fértiles paisajes del valle del Loira van desapareciendo poco a poco, muy lentamente. Va uno subiendo imperceptiblemente y a las cinco o seis millas de Briare, en Saint-Sauveur y Saint-Fargeau, se llega a las faldas de aquella montañosa tierra, cubiertas de bosques y dedicada a la ganadería. La cima de los montes entre el Loira y el Yonne es aquí más alta, y todo este lado occidental del departamento del Yonne aparece bastante cubierto de montañas.

En la comarca de Toucy, a seis leguas de Auxerre, escuché por vez primera el característico, amplio y candoroso dialecto borgoñón, lengua que tanto aquí como en toda la Borgoña propiamente dicha ofrece un carácter amable y grato, mientras que en las tierras altas del Franco Condado reviste un tono pesado, tosco, casi doctoral. Es como el ingenuo dialecto austríaco, al irse trocando poco a poco en la tosca habla de la Alta Baviera. La lengua borgoñona acentúa siempre, con pronunciación curiosamente no francesa, la sílaba anterior a la que en buen fran-

cés debe llevar el acento principal, con lo que el jámbico francés se convierte en un francés troqueico, torciendo con ello y de un modo muy curioso la sutil acentuación que el francés culto sabe dar a sus palabras. Pero, como queda dicho, en la Borgoña propiamente dicha el dialecto borgoñón suena muy agradablemente y en labios de una muchacha bonita cobra incluso su encanto: *Mais, mâ foi, monsieur, je vous demande ûn peu...*[1]

Si valen comparaciones, los borgoñones son algo así, diríamos, como los austríacos de Francia. Ingenuos, bondadosos y sumamente accesibles, con mucho ingenio heredado, dentro de las condiciones de vida en que se desenvuelven, y con ideas siempre ingenuamente cómicas acerca de todo lo que se sale de ellas, exageradamente torpes en las condiciones no usuales y siempre alegres, con alegría a toda prueba: así son estas buenas gentes, casi iguales los unos a los otros. Hay que perdonarles a los buenazos y amables campesinos borgoñones, antes que a cualquiera otros, su nulidad política y su entusiasmo por Luis Napoleón.

Por lo demás, no cabe duda de que por las venas de los borgoñones corre una mezcla de sangre alemana más abundante que por las de los franceses que viven más al Oeste; tienen el pelo y la tez más claros, son un poco más altos, sobre todo las mujeres, no brillan tanto por su espíritu crítico y sus chistes mordaces se ven desplazados por un humorismo más suave y, a veces, por un leve tinte de campechanía. No obstante, sigue acusándose en ellos, con gran fuerza, el sentido francés de la alegría, y nadie le gana al borgoñón en cuanto a despreocupación y ligereza.

La comarca montañosa del Oeste del departamento del Yonne vive principalmente de la ganadería. Pero el francés es en todas partes un mal ganadero, y estos bueyes borgoñones producen la impresión de ser flacos y menudos. Además de la ganadería, se cultivan mucho los cereales y en todas partes se come un excelente pan de trigo.

Las casas campesinas presentan aquí un carácter ya más alemán; son más grandes y reúnen bajo un solo techo la vivienda, el pajar y los establos; pero también en esta región vemos cómo las puertas aparecen la mayoría de las veces desviadas del camino o colocadas de espaldas a él.

En la larga vertiente que, camino abajo, lleva a Auxerre vi los primeros viñedos de vino de Borgoña, muchos de ellos cargados todavía con los racimos de la riquísima cosecha del año 48. En algunas viñas se veían, incluso, más uvas que hojas.

Auxerre es una pequeña villa, con calles empinadas, no muy hermosa por dentro, con un bonito pretil sobre el Yonne y algunos rudimentos de esos bulevares sin los que es imposible concebir ni una sola capital departamental francesa. En épocas corrientes, esta pequeña ciudad permanecerá completamente tranquila y muerta, y no cabe duda de que el prefecto del Yonne debía de costear con poco dinero los bailes obligatorios de gala y las cenas ofrecidas a los notables de la localidad en el rei-

1 "Pero, por favor, señor, dígame usted..."

nado de Luis Felipe. Pero, cuando yo la vi, Auxerre lucía la animación que sólo puede permitirse una vez al año.

El ciudadano Denjoy, representante del pueblo, se escandalizaba mucho en la Asamblea Nacional de que en el banquete democrático-social de Toulouse todo el local se hallara decorado de rojo; pues bien, si el bueno de Denjoy hubiese venido conmigo a Auxerre se habría desmayado de pánico. Era, no ya un local, sino toda una ciudad decorada de rojo. ¡Y qué rojo! El color rojo de sangre, un color indubitable, escandaloso, teñía los muros y las escaleras de las casas, las blusas de las mujeres y las camisas de los hombres; arroyos de un líquido color rojo oscuro corrían a los lados de las calles y cubrían el pavimento, y unos hombres barbudos, mal encarados y embarrados de rojo transportaban de un sitio a otro de la ciudad, en grandes tinas, un fluido de espantable aspecto, negruzco y rojizo. Parecía campar allí por sus respetos la república roja, con todos sus espantos; diríase que la guillotina movida al vapor había elevado en Auxerre su trono permanente; los *buveurs de sang*,[j] de los que el *Journal des Débats*[318] cuenta leyendas tan espantables, festejaban en Auxerre, al parecer, sus canibalescas orgías.

Pero la república roja de Auxerre no podía ser más inofensiva: era la república roja de las fiestas de la vendimia borgoñona. Los bebedores de sangre que ingurgitaban con tal voluptuosidad el más noble producto de esta república roja no eran sino los más honestos de los republicanos, los grandes y pequeños burgueses llegados de París. Y no cabe duda de que el honorable ciudadano Denjoy,de haber estado aquí, se habría unido a la celebración general, aun a riesgo de pasar por rojo.

¡Qué ganas le entraban a uno de tener los bolsillos llenos de dinero en esta república roja de Borgoña! La vendimia de 1848 fue algo tan fabuloso que no hubo cubas bastantes para guardar el vino. ¡Y qué calidad la del vino de esta cosecha! Mejor que la del 46 e incluso que la del 34. De todas partes afluían los campesinos para comprar al malbarato, a 2 francos *la feuillette*[k] de 140 litros de excelente vino de Borgoña; por todas las puertas de la ciudad entraban carros y más carros cargados de toneles vacíos, a pesar de lo cual no se daba abasto. Yo mismo pude ver cómo un vinatero de Auxerre derramaba en plena calle varias barricas del 47, de un vino magnífico, para envasar en ellas el vino de la nueva cosecha, que ofrecía mejores perspectivas a la especulación. Y me aseguraron que aquel tratante en vinos había dejado correr en unas cuantas semanas hasta cuarenta grandes toneles (*fûts*).

Después de degustar en Auxerre varios vasos grandes del vino viejo y del nuevo, crucé el Yonne para internarme en las montañas de la orilla derecha. La calzada discurre a lo largo del valle; yo tomé, sin embargo, el camino viejo, pero más corto, que va por los montes. El cielo amenazaba lluvia, me sentía cansado y me quedé a dormir en la primera aldea, a unos cuantos kilómetros de Auxerre.

A la mañana siguiente, me puse de nuevo en camino, muy temprano y bajo el más espléndido sol del mundo. El camino serpenteaba por

[j] Bebedores de sangre. [k] Barril, vieja medida francesa para el vino.

entre viñedos, en lo alto de una cima bastante elevada. Pero la fatiga de la ascensión me fue compensada con creces por la maravillosa vista. Tenía ante mí todo el terreno escalonado de colinas hasta el Yonne, luego el verde valle del río, salpicado de álamos y praderas, de pequeñas aldeas y alquerías; más allá, la villa de Auxerre, de color gris pétreo, reclinada contra la ladera de la montaña; por doquier aldeas, y por todas partes, hasta donde llegaba la vista, viñedos y más viñedos y el reluciente y tibio resplandor del sol, allá, a lo lejos, filtrado por entre el sutil polvillo del otoño, derramado sobre esta gran caldera en la que el sol de agosto hace fermentar uno de los más nobles vinos de la tierra.

No sé qué es lo que presta su peculiar encanto a estos paisajes franceses, en los que no parece dibujarse ninguna clase de rasgos extraordinariamente bellos. No es, indudablemente, este o aquel detalle, sino que es el todo, el conjunto, lo que les imprime un sello de saciedad, de plenitud como rara vez se encontrará en otras partes. El Rin y el Mosela despliegan ante nosotros agrupaciones de rocas de mayor belleza, Suiza presenta mayores contrastes, Italia exhibe mayor colorido, pero ningún país tiene comarcas que ofrezcan un conjunto tan armónico y tan cabal como Francia. La mirada se pasea aquí con extraordinaria fruición desde las anchas y frondosas praderas que esmaltan el valle hasta las altas cimas igualmente cubiertas con exuberante verdor de viñedos y hasta las incontables aldeas y villas que asoman por entre el follaje de los huertos frutales. En ninguna parte se verá una mancha calva o un lugar inhóspito que turbe la vista; por ningún sitio una roca pelada y áspera cuyas paredes sean inaccesibles a la vegetación. Por donde quiera, una frondosa riqueza vegetal, un verdor saciado de plenitud, matizado a trechos de tonos otoñalmente bronceados, todo ello realzado por los rayos de un sol que aún a mediados de octubre es todavía lo bastante cálido para que ninguna uva de la viña quede sin madurar.

Habiendo andado un poco más, se ofreció a mis ojos otra vista, no menos hermosa. Allá abajo, en una estrecha cañada, se veía Saint-Bris, una pequeña villa, que vive también exclusivamente del vino. Los mismos detalles de más arriba, sólo que más apretados. Abajo, en el valle, praderas y huertos en torno a la villa, en derredor, trepados a las paredes de la caldera, viñedos; sólo por la parte del Norte se divisaban algunas tierras sin labrar o verdes prados cubiertos de trébol. En las calles de Saint-Bris encontramos el mismo tráfago que en Auxerre; por todas partes cubas y lagares, y todos los habitantes, entre risas y chanzas, ocupados en pisar la uva, en envasar el mosto en las barricas o en transportarlo por las calles en grandes tinas. Mezclado con aquella algarabía, se celebraba el mercado; en las calles más anchas se estacionaban las carretas de los campesinos con legumbres, trigo y otros productos del campo; los campesinos, con sus capuchas blancas, y las aldeanas, con sus pañuelos de percal atados a la cabeza, en apretados corros, charlaban, gritaban, reían entre los vendimiadores; y era tal el tráfago y la batahola, que la pequeña villa de Saint-Bris parecía, por el ruido, una gran ciudad.

A la salida de Saint-Bris, volvía a subir el camino por las laderas de una montaña. La subida, sin embargo, me resultó la mar de placentera. Todo el mundo estaba allí entregado a la vendimia, y una vendimia en la Borgoña es bastante más divertida, incluso, que las del Rin. A cada paso tropezaba con los grupos más jubilosos, las uvas más dulces y las muchachas más bonitas; pues aquí, donde se encuentra una pequeña villa a cada tres horas de camino y donde los habitantes están, gracias al comercio del vino, en tratos con los del resto del mundo, reina ya una cierta civilización, y nadie se asimila esta civilización más aprisa que las muchachas casaderas, que son las primeras y más avisadas en aprovecharse de ella. A ninguna de estas muchachas francesas se le ocurriría cantar aquellos versos que dicen:

¡Ah, si yo fuese tan bonita
Como aquella muchacha de la aldea!
Luciría un sombrerito amarillo
Y una cinta de color de rosa.[319]

Por el contrario, éstas saben muy bien que deben toda la expansión de sus encantos a la ciudad, al hecho de verse exentas de los trabajos rudos, a la civilización y a sus cien recursos y artes cosméticas para mantenerse bellas y arregladas; saben muy bien que las muchachas campesinas, aun cuando no hayan heredado de sus padres la complexión huesuda que es el orgullo de la raza germánica, pero que tanto aterra a los franceses, se convierten en su mayoría, a fuerza de trabajar en los campos bajo el ardiente sol o la implacable lluvia, por falta de arreglos y la ausencia de recursos para el cuidado del cuerpo y con sus vestidos, sin duda muy honrosos, pero desmañados y de mal gusto, en una especie de espantapájaros, de colores llamativos y chillones. Los gustos son distintos; a nuestros compatriotas alemanes se les van más los ojos detrás de las aldeanas, y puede que no carezcan de razón, pues la verdad es que hay que sentir respeto ante el paso de granadero de una recia moza acostumbrada a cuidar del ganado, y sobre todo ante su puños; y hay que hacer todo el honor que merece al vestido de tablero de ajedrez color verde prado y rojo de fuego que envuelve su vigoroso talle; sí, no se puede menos de sentir respeto ante la lisa tiesura que va desde su cuello hasta sus talones y que le da, vista por detrás, todo el aspecto de una tabla cubierta de percal. Pero los gustos, como decimos, son distintos, razón por la cual deberá perdonarme aquella parte de mis compatriotas que difieren del mío, aunque no por ello sea el suyo menos honroso, si les digo que estas campesinas borgoñonas de Saint-Bris y Vermenton, tan lavaditas, tan peinaditas y tan esbeltas de talle, producen en mí una impresión bastante más agradable que aquella especie de becerros de búfalo, sucias como Dios las ha echado al mundo, con el pelo enmarañado y las caderas anchas y recias, que abundan entre el Sena y el Loira, quienes se le quedan mirándo a uno fijamente cuando lía un cigarro y escapan dando alaridos si se las aborda para preguntarles en buen francés por el camino.

Sin dificultad se me creerá, pues, si digo que más de una vez me senté en la hierba con los hombres y las muchachas vendimiadores, comiendo uvas, bebiendo vino, charlando y riendo, en aquel trecho de mi camino, ladera arriba y que, con el estado de espíritu que llevaba, lo mismo hubiese podido trepar en igual espacio de tiempo al Blocksberg y hasta al pico de la Jungfrau. Tanto más cuanto que, tratándose de uvas, puede uno atracarse hasta sesenta veces al día y encuentra uno, en cada viñedo a que llega, excelentes pretextos para sentarse a conversar con estos campesinos de ambos sexos que se pasan el tiempo riendo y bromeando como si fuesen nuestros mejores amigos. Pero, todo tiene su término, y así lo tuvo también esta ladera de la Borgoña. Era ya de tarde cuando pasé a la otra vertiente, por el delicioso valle del Cure, un pequeño afluente del Yonne, rumbo a la pequeña ciudad de Vermanton, enclavado en un lugar aún más hermoso que Saint-Bris.

Pero poco después de Vermanton acaban los bellos paisajes. Se acerca uno poco a poco a la alta cima del Faucillon, que divide aquí las cuencas fluviales del Sena, el Ródano y el Loira. Desde Vermanton sube el camino durante varias horas, se pasa por una meseta larga y yerma, en la que el centeno, la avena y el sarraceno han expulsado ya en mayor o menor medida al trigo.[1]

1 Al llegar aquí, se interrumpe el manuscrito.

# APÉNDICES

# CARTAS DE ENGELS A MARX

## 1

### ENGELS A MARX

(París) [320]

[Barmen, comienzos de octubre de 1844.]

Querido Marx:

Te extrañará no haber tenido antes noticias mías, y no te falta razón; pero tampoco puedo decirte nada acerca de mi regreso ahí. Aquí me tienes, desde hace tres semanas en Barmen, donde procuro pasarlo lo mejor que puedo con pocos amigos y mucha familia, entre la que, afortunadamente, se cuentan media docena de amables mujeres. En trabajos no hay ni qué pensar, pues, para acabar de arreglarlo, resulta que mi hermana [a] se casa con el comunista londinense Emil Blank, a quien Ewerbeck conoce, y, como es natural, toda la casa anda revuelta con el acontecimiento. Me doy cuenta, además, de que mi regreso a París tropezará con grandes dificultades y que tal vez tenga que pasarme medio año o un año entero en Alemania; como es natural, haré todo lo posible por evitarlo, pero no puedes hacerte idea de cuántas mezquinas consideraciones y cuántos temores supersticiosos tengo que vencer.

He pasado tres días en Colonia y me ha asombrado ver qué propaganda tan enorme hemos hecho allí. Las gentes se mantienen muy activas, pero se hace sentir mucho la falta de una sólida base. Mientras no se expongan los principios en dos o tres escritos, arrancando lógica e históricamente de las concepciones mantenidas aquí y de la historia anterior y como la consecuencia que necesariamente se deriva de ellas, la gente se alimentará a media dosis y caminará, en la mayor parte de los casos, a ciegas, tanteando. He estado más tarde en Duseldorf, donde tenemos también algunos magníficos amigos. Pero los que más siguen gustándome son mis gentes de Elberfeld, en las que se ve que este modo humano de pensar ha echado verdaderamente raíces; estos muchachos han comenzado realmente a revolucionar su vida familiar y les leen la cartilla a los viejos, cuando éstos se atreven a tratar aristocráticamente a sus criados u obreros, de lo que hay todavía mucho en la patriarcal Elberfeld. Pero, además de esta banda, hay en Elberfeld otra, también muy buena, pero algo confusa. En Barmen, el comisario de policía es comunista. Anteayer, estuvo a verme un viejo compañero mío de escuela, profesor del Instituto,[b] también fuertemente contagiado, sin haber

[a] María. [b] Gustav Wurm.

mantenido ninguna clase de contactos con los nuestros. Si pudiésemos actuar directamente sobre el pueblo, no tardaríamos en ponernos a la cabeza, pero esto es poco menos que imposible, principalmente porque los que escribimos tenemos que procurar obrar con prudencia para que no nos echen el guante. Por lo demás, esto está muy tranquilo, la gente se ocupa poco de nosotros, mientras no alborotemos, y creo que Hess, con sus temores, ve por todas partes fantasmas. A mí, por ahora, nadie me ha molestado en lo más mínimo y sólo el Procurador general de justicia ha preguntado una vez por mí a uno de la familia; por lo menos, es todo lo que hasta hoy ha llegado a mis oídos.

El periódico ha dicho aquí que Bernays ha sido acusado por el gobierno y llevado ante los tribunales.[321] Por favor, escríbeme si es verdad y dime qué ha pasado con el folleto,[c] que, a estas horas, debe de estar ya impreso. Aquí, no se habla para nada de los Bauer, nadie sabe que existan. En cambio, se quitan de las manos, hasta ahora, los *Anales*.[322] Mi artículo sobre Carlyle [d] me ha dado gran fama entre la "masa", un poco como cosa de risa, mientras que el otro, el de economía,[e] lo han leído muy pocos. Y es natural.

También en Elberfeld han predicado contra nosotros los señores pastores, por lo menos Krummacher; por el momento, solamente contra el ateísmo de los jóvenes, pero confío en que pronto vendrá también una filípica contra el comunismo. El verano pasado, en todo Elberfeld no se ha hablado de otra cosa que de estos bribones impíos. En general, puedo decirte que el movimiento, aquí, es notable. Desde que yo me marché,[323] el Wuppertal ha progresado más en todos los aspectos que en los últimos cincuenta años. El tono social se ha hecho más civilizado, todo el mundo participa en política y se interesa por la oposición, la industria ha hecho progresos vertiginosos, se han construido en la ciudad barrios enteros, han sido talados muchos bosques y, en general, todo está aquí más bien por encima que por debajo del nivel de civilización del resto de Alemania, mientras que hace solamente cuatro años el atraso era evidente; en suma, se está preparando aquí un terreno magnífico para nuestros principios y, si logramos poner en marcha a nuestros salvajes y fogosos blanqueadores y tintoreros, ya verás cómo te maravillas del Wuppertal. Estos trabajadores viven desde hace ya un par de años en el último peldaño de la vieja civilización y protestan contra la vieja organización social mediante un aumento vertiginoso de crímenes, robos y asesinatos. Por las noches, es peligroso transitar por las calles, los burgueses son golpeados, apuñalados y robados, y si los proletarios de nuestra tierra se desarrollan con arreglo a las mismas leyes que los ingleses, no tardarán en darse cuenta de que esta manera de protestar *individual* y violentamente contra el orden social no da resultado y que deben protestar como *hombres*, en su capacidad general como tales, por

[c] Se refiere a *La sagrada familia*. [d] Estudio de Engels sobre la obra de Carlyle, *Past and Present*, *v. supra*, pp. 185-208. [e] Se refiere al "Esbozo de crítica de la economía política". V. *supra*, pp. 160-184.

medio del comunismo. ¡Ojalá pudiéramos hacer ver a esta gente cuál es el verdadero camino! Pero esto es imposible.

Mi hermano [f] está de soldado en Colonia y, mientras no inspire sospechas, es un buen conducto para cursar a través de él cartas a Hess, etc. Pero, de momento, no conozco todavía sus señas ni puedo, por tanto, comunicártelas.

Después de escribirte lo anterior, he estado en Elberfeld, donde he topado nuevamente con dos o tres comunistas totalmente desconocidos para mí de las visitas anteriores. A donde quiera que vuelvas los ojos te encuentras con comunistas. Un comunista furibundo, caricaturista y pintor histórico en ciernes, llamado Seel, irá dentro de dos meses a París y le diré que os vea; estoy seguro de que os gustará, por su gran entusiasmo, por su pintura y su afición a la música, y podría prestar buenos servicios como caricaturista. Tal vez para entonces ya esté yo ahí, pero es todavía muy dudoso.

Del *Vorwärts* [133] sólo llegan aquí un par de ejemplares y me he ocupado de que envíen más; procura que manden el número de prueba para suscripciones, a estas señas: Elberfeld, Richard Roth, Wilhelm, Blank-Hauptamm *junior*, D. W. Strücker, al cervecero bávaro Meyer de la Funkerstrasse (taberna comunista), todos ellos por medio del librero comunista Baedeker, a las mismas señas bajo sobre. Cuando vean que llegan ejemplares, ya se ocuparán ellos de pedir otros. En Duseldorf, a W. Müller. Dr. en medicina; en Colonia, en mi opinión, al Dr. en medicina d'Ester, al cervecero Löllchen, a tu cuñado,[g] etc. Todos, naturalmente a través de un librero y bajo sobre.

Debes ocuparte de que los materiales que has ido reuniendo sean lanzados pronto al mundo.[140] Ya va siendo hora de que se conozcan. También yo me pondré a trabajar activamente, comenzando desde hoy mismo. Los germanos no ven todavía claro, ni mucho menos, acerca de la viabilidad práctica del comunismo. Para salir al paso de este obstáculo, me pondré a escribir un pequeño folleto,[324] demostrando que la cosa ya está en marcha y describiendo en tono popular la práctica del comunismo existente ya en Inglaterra y Norteamérica. Me llevará tres días, sobre poco más o menos, y le abrirá mucho los ojos a la gente. Ya he podido darme cuenta de ello en mis conversaciones con los de aquí.

Por tanto, ¡a trabajar de firme y a la imprenta con las cosas! Saluda a Ewerbeck, a Bakunin, a Guerrier y a los demás, sin olvidar a tu mujer, y procura escribirme pronto acerca de todo. Caso de que esta carta te llegue puntualmente y sin señales de haber sido abierta, me escribes a las señas de "F. W. Stücker y Comp., Elberfeld", procurando dirigir el sobre con la letra más comercial posible; en otro caso, puedes escribir a cualquiera de las señas que le dejé a Ewerbeck. Tengo curiosidad por saber si los sabuesos del correo se dejarán engañar por el aspecto femenino de esta carta.

[f] Hermann. [g] Edgar von Westfalen.

Qué te vaya bien, querido Carlos, y escríbeme pronto. No he vuelto a sentirme tan alegre ni animado por sentimientos tan humanos como durante los diez días que pasé a tu lado. Acerca del establecimiento que se trata de fundar, no he tenido todavía una buena ocasión de hacer algo.

[F. Engels]

## 2

## ENGELS A MARX

(París)

Querido M.:

Recibí hace 14 días un par de líneas tuyas y de Bernays, fechadas el 8 de octubre, con matasellos de Bruselas, 12 de octubre. En los mismos momentos en que me escribías tu esquela, te envié una carta, dirigida a tu mujer; confío en que la hayas recibido. En lo futuro, para estar seguro de que no se escamotean nuestras cartas, vamos a numerarlas; la mía de hoy lleva el núm. 2 y, cuando me escribas, procura indicar hasta qué número te han llegado y si falta alguno en la serie.

Estuve hace un par de días en Colonia y Bonn. En Colonia, todo marcha bien. Seguramente Grün te habrá contado la actividad que desarrollan aquellos amigos. Hess llegará también ahí en dos o tres semanas, si consigue el dinero necesario para el viaje. También tendréis con vosotros a los Bürger, con los que formaréis ya un concilio en toda regla. Esto hará que yo os haga menos falta ahí; en cambio, aquí soy más necesario. Ahora veo claro que no puedo ausentarme pronto, pues ello equivaldría a echarme encima a toda mi familia. Tengo entre manos, además, un asunto amoroso, que necesito poner en claro, y alguno de nosotros tiene que permanecer aquí, pues la gente necesita que se la espolee para mantenerse activa y no caer en toda suerte de patrañas y extravíos. Por ejemplo, nadie puede convencer a Jung y a muchos otros de que entre Ruge y nosotros media ahora una verdadera discrepancia de principios y que no se trata, como ellos siguen pensando, de enredos puramente personales.[325] Cuando se les dice que Ruge no tiene nada de comunista, no aciertan a creerlo y piensan que es una verdadera pena que una "autoridad literaria" como Ruge sea eliminada tan imprudentemente. ¿Qué contestar a esto? Habrá que esperar a que Ruge se descuelgue un buen día con una colosal necedad, para que la gente se convenza *ad oculos*.[a] No sé; desde luego, con Jung hay algo que no marcha bien; creo que no ve claro.

Ahora necesitamos organizar en todas partes reuniones públicas para fundar asociaciones que eleven el nivel de los trabajadores;[326] esto contribuirá a activar considerablemente el movimiento entre los alemanes y atraerá la atención de los filisteos hacia las cuestiones sociales. Estas reuniones son convocadas por las buenas, sin consultar a la policía. En Colonia, hemos ocupado con los nuestros la mitad de los comités para la redacción de los estatutos: en Elberfeld, hemos logrado meter, por lo

[a] Por sus propios ojos.

menos, a uno y, con ayuda de los racionalistas, hemos infligido una derrota a los devotos; todas las cosas cristianas han sido eliminadas de los estatutos por una aplastante mayoría.[327] A mí me ha divertido mucho ver qué posiciones tan ridículas adoptaban estos racionalistas, con su cristianismo teórico y su ateísmo práctico. En principio, dan toda la razón a la oposición cristiana, pero en la práctica no quieren que se diga ni una palabra en los estatutos acerca del cristianismo, que, sin embargo, es, según ellos mismos reconocen, la base de la asociación; es decir, que en los estatutos debe figurar todo ¡menos la base misma de la asociación! Pero, de tal modo se aferraron a esta ridícula posición, que no necesité pronunciar ni una sola palabra y, hoy, contamos dentro de lo que cabe, con unos estatutos inmejorables. El próximo domingo vuelve a haber reunión, pero yo no podré asistir, porque salgo mañana para Westfalia.

Estoy metido hasta el cuello entre periódicos y libros, armando mi libro sobre la situación de los proletarios ingleses.[b] Espero terminar este trabajo allá para mediados o fines de enero, pues hace una o dos semanas que he despachado la parte más difícil, que era la ordenación de los materiales. En este libro, levantaré un buen inventario de todos los pecados cometidos por los ingleses; acuso a la burguesía inglesa, a los ojos del mundo entero, de asesinato, robo y demás crímenes cometidos en masa y pienso escribir un prólogo para la obra, que publicaré también aparte, y enviarlo a los jefes de los partidos, literatos y miembros del parlamento de Inglaterra.[c] Para que se acuerden de mí. Por lo demás, se entiende que disparo por elevación, es decir, que mis tiros van dirigidos también contra la burguesía alemana, a la que le digo bastante claramente que no tiene nada que echarle en cara a la inglesa, aunque sea menos valiente, consecuente y hábil que ésta, en la explotación. Tan pronto termine con esto, le llegará el turno a la Historia social de Inglaterra,[328] que me costará menos trabajo, pues tengo los materiales ya listos y ordenados en mi cabeza y veo la cosa perfectamente clara. En el intervalo escribiré, probablemente, tan pronto tenga tiempo, algunos folletos, principalmente contra *List.*[329]

Creo que habrás oído hablar del libro de Stirner *El Único y su propiedad.*[330] si es que aún no ha llegado ahí. Wigand me ha enviado las capillas del libro, que me llevé a Colonia y leí en casa de Hess. El principio del noble Stirner —ya conoces al berlinés Schmidt, que ha escrito en la colección de Buhl acerca de los *Mystères*[331]— es el egoísmo bentamiano, aunque por uno de los lados más consecuente y más inconsecuente por el otro. Más consecuente, porque Stirner, como ateo que es, pone al individuo por encima de Dios o, mejor dicho, lo presenta como el *summum* de todo, mientras que Bentham sigue viendo a Dios en una brumosa lejanía; en una palabra, porque Stirner se alimenta del idealismo alemán, es un idealista traducido al materialismo y el empirismo, al paso que Bentham es un empirista puro y simple. Y

b *La situación de la clase obrera en Inglaterra.* c Se refiere a la página que sirve de dedicatoria. V. *supra*, p. 281.

más inconsecuente, porque trata de evitar la reconstrucción de la sociedad desintegrada en átomos que Bentham, sin conseguirlo, intenta llevar a cabo. Este egoísmo no es otra cosa que la esencia elevada a conciencia de la sociedad y el hombre actuales, lo último que la sociedad de hoy puede alegar contra nosotros, la punta y el remate de toda teoría dentro de la necedad existente.

Pero, precisamente por eso es tan importante la cosa, más importante, por ejemplo, de lo que Hess quiere creer. Y no debemos darle de lado, sino, por el contrario, explotarlo como la perfecta expresión de la *locura* imperante e, *invirtiéndolo*, construir sobre ello. Este egoísmo es algo tan exagerado, ttan demencial y, al mismo tiempo, tan consciente de sí mismo, que no puede sostenerse ni un momento en su unilateralidad, sino que necesariamente tiene que trocarse al instante en comunismo. En primer lugar, resultará una minucia demostrarle a Stirner que sus hombres egoístas tienen que convertirse necesariamente, por egoísmo, en comunistas. Es lo que hay que hacerle ver a ese sujeto. Y en segundo lugar, hay que decirle que el corazón humano, ya de por sí, directamente, es altruista y propenso al sacrificio por su mismo egoísmo, lo que le lleva precisamente a ser aquello contra lo que lucha. Con este par de trivialidades puede rechazarse la *unilateralidad*. Pero lo que es verdad en cuanto al principio, eso sí debemos concedérselo. Y no cabe duda de que es verdad el que, antes de que podamos hacer algo en favor de una cosa, tenemos que convertirla, egoístamente, en una cosa nuestra; es decir, que, en este sentido y aun prescindiendo de cualquier clase de apetencias materiales, somos comunistas también por egoísmo, es el egoísmo el que nos lleva a ser *hombres*, y no meramente individuos. Dicho de otro modo, Stirner tiene razón al rechazar "el hombre" de Feuerbach, por lo menos el de *La esencia del cristianismo*. El "hombre" feuerbachiano se deriva de Dios; Feuerbach parte de Dios para llegar al "hombre", lo que hace que "el hombre", en él, se halle rodeado todavía del nimbo teológico de la abstracción. El verdadero camino para llegar al "hombre" es el inverso. Debemos partir del Yo, del individuo empírico, corpóreo, pero no para sumirnos en él, como hace Feuerbach, sino para elevarnos de él "al hombre". "El hombre" será siempre un fantasma, mientras no tenga como base al hombre empírico. En resumen, debemos partir del empirismo y el materialismo, si queremos que nuestros pensamientos, y sobre todo nuestro "hombre" respondan a la verdad: debemos derivar lo general de lo individual, y no de ello mismo o dejándolo flotar en el aire, a la manera hegeliana.

Todo esto son trivialidades, cosas evidentes por sí mismas, que el mismo Feuerbach ha dicho ya, cada una por su lado, y que yo no repetiría si Hess —yo creo que por un viejo apego al idealismo— no menospreciara tanto el empirismo, primero el de Feuerbach y ahora el de Stirner. Hess tiene razón en muchas de las cosas que dice acerca de Feuerbach, pero, al mismo tiempo, parece aferrarse aún a algunas manías idealistas; cuando se pone a hablar de cosas teóricas, lo hace siempre echando por delante las categorías, y esto le impide escribir en un

tono popular, pues es demasiado abstracto. De ahí que odie todo lo que sea egoísmo y predique la filantropía, etc., lo que a su vez responde al espíritu cristiano de sacrificio. Ahora bien, si el individuo corpóreo es la verdadera base, el verdadero punto de partida para llegar a nuestro "hombre", es evidente que debemos ver también en el egoísmo —no, claro está, *solamente* en ese egoísmo intelectivo stirneriano, sino también en el *egoísmo del corazón*— el punto de partida para nuestra filantropía, que, de otro modo, flotaría en el aire. Como Hess os verá pronto, puedes hablar tú mismo con él. La verdad es que yo me siento cada vez más aburrido de todas estas zarandajas teóricas y me irrita cada palabra que hay que perder hablando del "hombre", cada palabra que hay que escribir tanto en contra de la teología y la abstracción como en contra del craso materialismo. Es algo completamente distinto tener que ocuparse de estos castillos en el aire —pues hasta el hombre todavía no realizado es una abstracción, mientras no llega a realizarla— que hablar de cosas reales y vivas, con desarrollos históricos y resultados. Por lo menos, no cabe duda de que esto es lo mejor que podemos hacer mientras nos veamos atenidos al manejo de la pluma y no podamos realizar nuestros pensamientos con las manos o, si es necesario, con los puños.

Pero el libro de Stirner revela, a su vez, cuán hundidos se hallan en la abstracción los berlineses. No cabe duda de que Stirner es el que tiene más talento y más independencia entre los "Libres" [332] y el más laborioso de todos, pero no hace más que dar volteretas de la abstracción idealista a la abstracción materialista, sin llegar a resultado alguno. En toda Alemania vemos que hace progresos el socialismo, pero en Berlín no se mueve nada. Esos supersabios berlineses acabarán fundando una *démocratie pacifique* [333] en sus parques, cuando Alemania haya abolido la propiedad; no pasarán de ahí. Ya verás cómo, si nos descuidamos, surge en cualquier plaza de Berlín un nuevo Mesías que se las arregle para aderezar a Fourier siguiendo la pauta de Hegel, para construir un falansterio a base de las categorías eternas e imponerlo como ley eterna de la idea que arriba a sí misma, haciendo que el capital, el talento y el trabajo participen proporcionalmente en el rendimiento. Eso será el Nuevo Testamento del hegelianismo, el viejo Hegel se convertirá en el Antiguo Testamento, el "Estado", la Ley pasará a ser "el carcelero en Cristo" y el falansterio, en el que las patadas en el trasero se repartirán con arreglo a una necesidad lógica, será "el nuevo Cielo" y "la nueva Tierra", la nueva Jerusalén, que descenderá del cielo, ataviada como una novia, del modo como lo describirá con todo detalle el nuevo Apocalipsis. Y cuando todo esto se lleve a cabo, vendrá la Crítica crítica, declarará que ella es la totalidad del todo, que en su cabeza se resumen y aúnan el capital, el talento y el trabajo, que cuanto se produce es obra de *ella* y no de la masa impotente, en vista de lo cual lo acaparará todo. y así terminará la pacífica democracia de los hegelianos berlineses.

Cuando la *Crítica crítica* esté lista, mandaré un par de ejemplares bajo sobre y lacrados por medio de un librero, para que no los confisquen.

Caso de que no hayas recibido mi última carta, procuraré que...[d] o bien a las señar de F. E. *junior Barmen,* bien bajo sobre a la dirección que puedas escribir, de F. W. Strücker y Cía. Elberfeld.

Pero procura escribir pronto, pues va a hacer dos meses que no sé nada de tí. ¿Qué hay de *Vorwärts?* Saludos para todos.

Tuyo.

Barmen, 19 de noviembre de 1844.

[d] Palabras ilegibles.

3

## ENGELS A MARX

(París)

Querido Marx:

No te he escrito antes, principalmente por esperar a recibir el *Vorwärts* que me habías prometido enviarme. Pero, como no llega, ya me he cansado de esperar, al igual que el envío de la *Crítica crítica*, de la que no he vuelto a saber nada. En cuanto a Stirner, estoy totalmente de acuerdo contigo. Cuando te escribí, me hallaba todavía bajo la impresión directa del libro; lo he dejado a un lado, he podido meditar la cosa más a fondo, y pienso exactamente lo mismo que tú. Hess, que sigue aquí y con quien hablé en Bonn hace dos meses ha llegado, tras algunas vacilaciones, a la misma conclusión que tú; me ha leído un artículo sobre el libro, que pronto publicará, en el que, sin haber leído tu carta, dice lo mismo.[334] He dejado en su poder tu carta, pues me ha dicho que quería utilizarla, por lo cual tengo que contestarte de memoria. Por lo que se refiere a mi viaje a París, no cabe duda de que podré trasladarme ahí, más o menos, dentro de dos años y también está claro para mí que deberé, a todo trance, ir a veros por 4 a 6 semanas en el próximo otoño. Si la policía me hace la vida imposible aquí, no tendré, desde luego, más remedio que marcharme y, tal como están las cosas, el día menos pensado puede esta canalla molestarnos. Por el *Libro cívico* de Püttmann [137] podremos darnos cuenta de hasta dónde podemos llegar sin que nos echen el guante o nos fastidien. Mi asunto amoroso ha terminado de mala manera. Perdóname que no entre en aburridas explicaciones; la cosa no tiene remedio y ya me ha hecho padecer bastante. Estoy contento de poder, por lo menos, trabajar y, si te contara toda la historia, me echaría a perder la tarde.

La última novedad es que Hess y yo vamos a editar, a partir del 1 de abril, en la casa Thieme & Butz, de Hagen, una revista mensual, que se titulará *Espejo de la sociedad* [139] y en la que describiremos el lastimoso estado social y lo que es el régimen burgués. Pronto recibirás el prospecto, etc. Por el momento, sería bueno que el poético "Un artesano" [335] haga un esfuerzo por enviarnos material sobre la deplorable realidad de ahí. Sobre todo, casos concretos, que es lo que hace falta para llegar al filisteo a quien hay que preparar para el comunismo. No creo que haga falta esforzarse mucho para reunir materiales que llenen 4 pliegos al mes; encontraremos colaboradores de sobra, no necesitaremos trabajar mucho nosotros, y podemos hacer una buena labor. Además, Püttman lanzará en Leske una revista trimestral, los *Anales renanos*,[138] de volumen suficiente para que escape a la censura y en la que

todo girará en torno al comunismo. Creo que también tú podrías participar. En nada perjudicará el que nuestros trabajos aparezcan por partida doble, primero en una revista y luego por separado, reunidos; como los libros prohibidos encuentran menos libertad para circular, esto nos permitirá actuar por doble conducto. Como ves, tenemos bastante que hacer aquí, en Alemania, para proveer de material a todas estas publicaciones y, de paso, para elaborar las obras grandes, pero tenemos que darle duro, mientras el hierro está al rojo. Mi libro sobre los obreros ingleses [a] estará terminado en dos o tres semanas más; luego, dedicaré un mes a trabajos más cortos y después me dedicaré al desarrollo histórico de Inglaterra y del socialismo inglés.[336]

Me produce gran alegría ver cómo va aclimatándose en Alemania la literatura comunista, que es, ahora, un *fait accompli*.[b] Hace cosa de un año, comenzó a aclimatarse fuera de Alemania, en París; es decir, en realidad, comenzó a nacer entonces, y ahora vemos que hasta el Miguel [c] alemán está metido en ella hasta el cuello. Periódicos, semanarios, revistas mensuales y trimestrales y una reserva de artillería pesada dispuesta para avanzar, todo en buen orden. La verdad es que las cosas han ido a una velocidad vertiginosa. Y tampoco ha resultado estéril la propaganda por debajo de cuerda; cada vez que voy a Colonia o entro aquí en una taberna, encuentro nuevos progresos y nuevos prosélitos. La reunión de Colonia [d] ha dado resultados maravillosos; por todas partes vemos grupos comunistas que han ido desarrollándose calladamente y sin participación directa de nuestra parte. Está también en nuestras manos el *Semanario de utilidad común*, que antes se editaba conjuntamente con la *Gaceta Renana*.[61] Se ha hecho cargo de él D'Ester, y ya veremos lo que puede hacerse. Pero lo que ahora nos hace falta, sobre todo, son dos o tres obras importantes en que encuentren una base sólida los que sólo entrevén las cosas, a quienes les gustaría saber, pero no pueden desenvolverse por sí solos. Procura terminar tu libro de Economía política,[140] aunque tú mismo estés descontento con muchas cosas, pues lo mismo da y tenemos que machacar sobre el hierro mientras está caliente. Aunque sé que mis escritos sobre Inglaterra producirán también sus efectos, ya que se trata de hechos muy impresionantes, me gustaría, sin embargo, tener las manos libres para escribir algunas cosas más directas y más eficaces para el momento actual y para la burguesía alemana. Nosotros, los alemanes, que somos tan teóricos —resulta ridículo, pero es un signo de los tiempos y de la disolución de la porquería nacional alemana— no podemos entregarnos aún al desarrollo de nuestra teoría, ya que ni siquiera hemos podido publicar todavía la crítica del absurdo. Pero ya es hora de que lo hagamos. Procura, pues, terminar *antes* de abril lo que traes entre manos; haz como yo, fíjate un plazo dentro del cual estás firmemente dispuesto a *terminar*, y preocúpate de que las cosas se impriman rápidamente. Y si no puedes publi-

[a] Se refiere a *La situación de la clase obrera en Inglaterra.* [b] Hecho consumado. [c] Figura simbólica que personifica al pueblo alemán. [d] V. *supra*, p. 720.

carlo ahí, mándalo a Mannheim, Darmstadt o a otro sitio. Lo importante es que aparezca pronto en letra de imprenta.

Me causa verdadero asombro que hayas podido llevar la *Crítica crítica* hasta una extensión de 20 pliegos. Pero la cosa es magnífica y, de ese modo, podrán dar en el blanco muchas ideas que, de no ser así, quién sabe durante cuánto tiempo habrían quedado encerradas en los cajones de tu mesa. Pero no dejará de parecer curioso el que hayas conservado mi nombre en la portada, ya que apenas escribí 1 ½ pliegos para esa obra. Como te he dicho, aún no he sabido nada de Löwenberg [e] y tampoco de la aparición de su libro, por el que siento, naturalmente, una gran curiosidad.

Recibí ayer el *Vorwärts*, del que no había visto ningún número después de mi marcha. Me han divertido enormemente algunos chistes de Bernays, capaz de hacerle a uno reír con ganas, cosa que a mí me sucede rara vez en las lecturas. Por lo demás, el periódico es, naturalmente, malo, poco interesante y lo bastante adoctrinador como para que muchos alemanes se aferren a él, a la larga. ¿Qué pasa ahora con él, en cuanto a su forma externa? ¿Es verdad lo que me han contado en Colonia de que va a convertirse en una publicación mensual? Aquí, estamos tan espantosamente sobrecargados de trabajo, que sólo podemos enviar artículos de vez en cuando. No tenéis más remedio que arrimar el hombro ahí. Procura escribir un artículo cada 4 o 6 semanas y no te dejes "llevar" de tu estado de ánimo. ¿Por qué no escribe nada Bakunin y por qué no puede lograrse que escriba Ewerbeck, aunque lo haga de un modo trivial? El pobre Bernays estará ahora a la sombra; salúdalo de mi parte y que procure no tomar la cosa demasiado a pecho, pues dos meses se pasan pronto, aunque haya motivos sobrados para indignarse. ¿Qué hacen todos esos muchachos? Nada me dices de ello. ¿Vuelve a estar ahí Guerrier? ¿Escribe Bekunin algo, en francés? ¿En qué se ocupa toda esa pandilla que, en agosto, se reunía todas las noches en el Quai Voltaire? ¿Y en qué te ocupas tú, realmente? ¿Cómo vives y te desenvuelves? ¿Sigues teniendo bajo tus pies a Fouine? [f] Sé que, últimamente, ha vuelto a desatarse en el *Telégrafo*.[337] Naturalmente, acerca del patriotismo. Es curioso cómo ataca a todo el mundo y a él se le da un ardite de todo, con tal de echar por tierra el patriotismo. Probablemente era eso la madre del cordero, que no quería confesar a Froebel. La prensa alemana ha dado la noticia de que Fouine pensaba regresar pronto a Alemania. De ser esto verdad, os felicito, pero la noticia debe de ser falsa, pues tendría que disponerse, por segunda vez, a montarse en un ómnibus del que pudiera descender cuando se le antojara, y la cosa no es fácil.

Hace poco, he hablado con una persona procedente de Berlín. Parece que la disolución del *caput mortuum* [g] de los "Libres" es completa. Por lo visto, aparte de los Bauer, tampoco Stirner quiere tener ningún trato con ellos. El puñado de los que quedan, Meyen, Rutenberg y

[e] Se refiere a Löwenthal. [f] Arnold Rugè. [g] Los residuos.

consortes, siguen reuniéndose, impertérritos, dos horas diarias, por la tarde, en Steheley, a divagar y lanzar los dardos de su talento contra los periódicos. Ahora han descubierto, al parecer, la "organización del trabajo", y de ahí no pasará la cosa. Y también el señor Nauwerck parece haberse atrevido a dar este paso, pues vocifera en las reuniones populares. Ya te decía yo que acabarían todos en *démocrates pacifiques*.[333] Y, sin embargo, "reconocen" con gran encomio la claridad, etc., de nuestros artículos de los *Anales*. Si próximamente vuelve a tentarme el diablo, es posible que me ponga en correspondencia con el pequeño Meyen, pues la verdad es que puede uno divertirse algo *con* estos sujetos, aunque *ellos*, de por sí, sean muy poco divertidos. Además, aquí no tiene uno muchas ocasiones de descargar el exceso de humor de vez en cuando, pues te diré que la vida que yo llevo aquí podría envidiarla el más brillante de los filisteos, una vida tranquila y apacible, piadosa y honorable a más no poder, sentado en mi cuarto, trabajando, sin poner apenas los pies en la calle, aplicado como un buen alemán; si las cosas siguen así, no me extrañaría que el buen Dios pasara por alto mis escritos y me admitiera en el cielo. Te aseguro que comienzo a tener buena fama aquí, en Barmen. Pero ya no aguanto más y, en Pascuas, quisiera irme de aquí, probablemente a Bonn. Lo malo es que volví a dejarme convencer, por las exhortaciones de mi cuñado [h] y las caras foscas de mis dos viejos, a volver a hacer un intento de trabajar en el comercio y, desde hace unas dos semanas, vengo trabajando en la oficina, movido también por las perspectivas de mi asunto amoroso, pero ya antes de comenzar me sentía harto, pues esto del comercio es repugnante, Barmen es repugnante, el ver cómo uno disipa su tiempo es repugnante y, sobre todo, es repugnante el ser no sólo burgués, sino incluso fabricante, es decir, un burgués que participa activamente en la explotación del proletariado. Me bastó con dos días en la fábrica de mi padre para convencerme de que todo esto es asqueroso, aunque antes no me diera cuenta. Yo había contado, naturalmente, con permanecer en estas actividades solamente el tiempo que me conviniera y escribir luego algo atentatorio contra la policía para cruzar, en su momento, la frontera sin hacer ruido, pero veo que ya no podré aguantar hasta entonces. Si no me hubiese pasado los días registrando en mi libro todas esas cosas abominables de la sociedad inglesa, creo que sería, a estas horas, un hombre amargado, pero, por lo menos, esto ha contribuido a mantener mi bilis en ebullición. Y la verdad es que un comunista puede llevar, externamente, una vida de burgués y figurar entre el ganado comercial a condición de *no escribir*, pero no es posible entregarse a la propaganda comunista en gran escala y, al mismo tiempo, dedicarse al chalaneo y a la industria. Pero, basta ya, allá para Pascuas me marcharé de aquí. Y a todo lo anterior hay que añadir esta vida embotadora en el seno de una familia radicalmente cristiano-prusiana; no, las cosas no pueden seguir así, pues acabaría

[h] Emil Blank.

convirtiéndome en un filisteo alemán y contagiando con ello al comunismo.

Bueno, no me hagas esperar tanto tiempo por carta tuya, como yo a tí con ésta; salúdame a tu mujer, sin conocerla, y a cuantos merezcan el saludo. Por el momento, sigue escribiéndome aquí, pues, caso de estar ausente, me reexpedirán las cartas.

Tuyo,

F. E.

Barmen, 20 de enero de 1845

4

# ENGELS A MARX

## (Bruselas)

Querido Marx:

Por fin, después de mucho escribir a y desde Colonia, he obtenido tus señas e inmediatamente me siento a escribirte. Tan pronto se recibió aquí la noticia de tu expulsión,[338] consideré necesario abrir una suscripción para repartir entre nosotros, a la manera comunista, los gastos extra que se te han originado. La cosa ha marchado bien y espero que antes de tres semanas podré remitir a Jung cincuenta y tantos táleros; también he acudido a los de Duseldorf, que han reunido una cantidad parecida y, en Westfalia, he puesto en marcha a Hess para que realizara la misma labor de agitación. Sin embargo, aquí no está cerrada aún la suscripción, aunque el pintor Köttgen ha llevado la cosa despacio y aún no estoy en posesión del dinero recogido. Espero que en un par de días llegará todo y podré enviarte un cheque sobre Bruselas. Pero, como no sé si la cantidad alcanzará para cubrir los gastos de tu instalación en Bruselas, huelga decir que pongo a tu disposición con el mayor placer los honorarios por mi primer libro sobre Inglaterra,[a] de que espero cobrar pronto un anticipo, que por el momento no me hace falta, ya que mi padre me entrega algún dinero. Por lo menos, esos perros no se darán el gusto de hundirte en apuros pecuniarios con su infamia. El que te hayan obligado, encima, a pagar el alquiler por anticipado es ya el colmo del asunto. Lo que me temo es que tampoco en Bélgica te dejarán tranquilo y que acabarás teniendo que irte a vivir a Inglaterra.

Pero, ni una palabra más acerca de esta canallada. Cuando recibas ésta, ya estará ahí Kriege. Es un magnífico agitador. Te contará muchas cosas de Feuerbach; la víspera de su marcha recibí aquí una carta de éste, pues le habíamos escrito nosotros. Feuerbach dice que necesita barrer a fondo toda la basura religiosa, antes de poder ocuparse de comunismo, que es la posición que mantiene en sus obras. Además, dice que en Baviera está demasiado aislado de toda la vida para que pueda llegar a esos resultados. Pero que, por lo demás, es comunista y que, para él, sólo se trata de cómo exponer esto. Que, a ser posible, vendrá este verano a Renania y, si lo hace, procuraremos que vaya también a Bruselas.

En Elberfeld están ocurriendo cosas maravillosas. Celebramos ayer, en la sala más espaciosa del primer hotel de la ciudad, nuestra tercera reunión comunista. A la primera asistieron 40 personas, a la segunda

[a] *La situación de la clase obrera en Inglaterra.*

130 y a la tercera 300, cuando menos. Todo Elberfeld y Barmen, desde la aristocracia del dinero hasta la *épicerie*;[b] el proletariado, al que se excluyó, estaba representado. Hess pronunció una conferencia. Se leyeron poesías de Müller y Püttman y se recitaron trozos de Shelley, dándose también lectura al artículo del *Libro cívico* sobre las colonias comunistas que ya existen.[c] Después, se discutió hasta la 1 de la mañana. La reunión ha tenido una enorme resonancia. No se habla más que de comunismo y todos los días nos llegan nuevos adeptos. El comunismo es ya, en el Wuppertal, una *vérité* y hasta me atrevería a decir que una potencia. Y no puedes hacerte idea del terreno tan favorable con que aquí contamos. Las gentes más apáticas, indolentes y filisteas, que hasta ahora no se interesaban por nada en el mundo, comienzan ahora casi a entusiasmarse por el comunismo. No sé cuánto durará esto; la policía está, desde luego, desconcertada, ni ella misma sabe qué hacer y el canalla principal, el Consejero delegado, se encuentra estos días en Berlín. Pero si llegaran a prohibir estas actividades, encontraríamos el modo de esquivar el golpe y, aunque no lo lográramos, las cosas han tomado ya tales proporciones, que cuanto se publica en nuestra línea es leído aquí con gran voracidad. Como yo tendré que marcharme en Pascua, es magnífico que Hess se instale aquí y, al mismo tiempo, edite una revista mensual en Elberfeld, en la casa Baedeker,[139] cuyo prospecto creo que tiene Kriege. En todo caso, yo me iré, como ya te he escrito, a Bonn. Mi proyectado viaje a París ya no tiene ahora razón de ser, puesto que nada tengo que hacer allí; en cambio, iré a Bruselas, ya que mi madre y mis hermanos proyectan viajar a Ostende en el verano. Además, quiero visitar a los comunistas de Bielefeld, y si Feuerbach no viene, iré yo a verle y, caso de contar con dinero, visitaré otra vez Inglaterra. Como ves, tengo buenos planes. Bergenroth acaba de decirme que probablemente pasará algunas semanas en Bruselas. Asistió, con algunas otras gentes de Duseldorf, a nuestra última reunión y habló en ella. ¡Qué distinto es estar delante de hombres de carne y hueso y hablarles directamente, de un modo plástico y tangible, sin subterfugios, que esta maldición de tener que escribir en abstracto y para un público abstracto, ante los "ojos del espíritu"!

Quiero pedirte de nuevo, en nombre de Hess —y también en el mío propio— que envíes algo a Püttmann para su revista trimestral.[138] Es necesario que todos aparezcamos en el primer número, para que la cosa cobre carácter. Además, si nosotros no colaboramos, no llegará a salir.

25 de febrero

Ayer por la noche nos llegó la noticia de que nuestra siguiente reunión será disuelta por los gendarmes y se procederá a detener a los oradores.

26 de febrero

b Los tenderos.

c V. *supra*, pp. ?? ??.

En la mañana de ayer prohibió el alcalde de la ciudad a la señora Obermeyer que en su local se celebraran esta clase de reuniones y a mí se me ha hecho saber que si, a pesar de todo, la reunión se celebra, irá seguida de una detención y de la correspondiente querella. Naturalmente, no tenemos más remedio que seguir adelante y esperar a ver si nos denuncian, lo que no es de esperar, ya que hemos sido lo bastante cautelosos para no dejar ningún asidero, y toda esta basura se traduciría, sencillamente, en un gran descrédito para el gobierno. No obstante, estaban presentes los fiscales y todo el tribunal territorial, y hasta el propio procurador general ha intervenido en la discusión.

7 de marzo

Desde que te he escrito lo anterior, he estado una semana en Bonn y en Colonia. Los de Colonia están autorizados para reunirse ahora con motivo de la Asociación.[326] Por lo que se refiere a nuestros asuntos aquí, se ha recibido en Duseldorf un rescripto del gobierno, prohibiendo ulteriores reuniones. Hess y Köttgen han protestado. Naturalmente, no sirve de nada, pero por el tono de la protesta comprenderán que no pueden tomar ninguna medida contra nosotros. Hess vuelve a sentirse muy eufórico, porque, por lo demás, todo marcha magníficamente y nuestros progresos son realmente enormes, y este buen hombre se hace siempre ilusiones. Nuestro *Espejo de la sociedad* promete ser magnífico, el primer pliego ha sido sometido a la censura y todo ha pasado. Llegan gran número de colaboraciones. Hess vive en la *"Ciudad de Londres"*, *Barmen*. En cuanto a Bergenroth no podrá estar ahí tan pronto; llegará, en cambio, otra persona, cuyo nombre no doy, por si esta carta es abierta. También yo, si de algún modo es posible, os veré en abril. Lo importante para mí, ahora, es la cuestión dinero, ya que se ha reunido el consejo de familia y mi padre ha resuelto ayudarme para mis "estudios", pero no para actividades comunistas de ninguna clase.

Te escribiría un montón de cosas más, si tuviese una dirección segura en Bruselas, que, desde luego, debes enviarme. Muchas de las cosas que aquí suceden podrían perjudicar a muchos, si fuesen descubiertas en un *cabinet noir*.[339] Permaneceré aquí todavía 4 semanas y me iré a Bonn a comienzos de abril. Escríbeme, en todo caso, antes de mi marcha, para que sepa cómo te va. Está casi reunido el dinero, pero no puedo saber aún a cuanto asciende; saldrá sin demora. Mi manuscrito [d] será enviado uno de estos días, la "Crítica crítica" *sigue aún sin llegar*. El nuevo título, *La Sagrada Familia*, me traerá líos con mis padres, que son tan devotos y que ahora están tan irritables; claro que tú no podías saberlo. Por el anuncio veo que has puesto mi nombre delante del tuyo, y no sé por qué. Yo no he aportado casi nada y tu estilo cualquiera lo reconoce.

Escríbeme a vuelta de correo si todavía necesitas dinero. Wigand tiene que enviarme una cantidad en unas dos semanas y, cuando la reci-

[d] El de la obra *La situación de la clase obrera en Inglaterra.*

ba, no tienes más que disponer de ella. Me temo que lo que falta de la suscripción no pase de 120 a 150 francos.

*Apropos*. Nos proponemos aquí traducir a Fourier y, a ser posible, publicar una "Biblioteca de los principales autores socialistas del extranjero". Creo que Fourier es el mejor para comenzar. Contamos ya con traductores. Hess acaba de decirme que se ha editado en Francia un diccionario sobre Fourier, de no sé qué furierista. Seguramente sabes de él. Te ruego que me informes sin tardanza acerca de esto y, a ser posible, me envíes por correo, un ejemplar. Recomiéndame, al mismo tiempo, las cosas de los franceses que creas más apropiadas para incluirlas, traducidas, en esta colección. Pero, pronto, porque la cosa corre prisa, pues ya estamos en tratos con un editor. ¿En qué estado se encuentra tu libro? [140] Tengo que volver ahora a mi manuscrito. Así, pues, consérvate bien, por el momento, y escríbeme cuanto antes sobre los puntos indicados.

Tuyo,

F. E.

Saludos a Kriege y Bürgers. ¿Está ahí Bernays?
Barmen, 7 de marzo de 1845.

## 5

# ENGELS A MARX
## (Bruselas)

Querido Marx:

Ayer me entregó Hess tu carta. En lo que respecta a las ediciones, aún no está todo organizado, ni mucho menos. En Bonn, quería que algunas personas de allí tradujeran a Fourier, bajo mi vigilancia y mi dirección, prescindiendo, naturalmente, del absurdo cosmológico,[340] publicando estos textos, si el editor estuviera de acuerdo, como la primera parte de la colección proyectada. Hablé incidentalmente de esto con Baedeker, el editor de *Espejo de la sociedad* y no me pareció que le disgustaba la cosa, aunque no dispone de fondos para una colección *grande*. Si decidimos publicar la cosa con esta amplitud, será mejor que la ofrezcamos a Leske o algún otro, que esté en condiciones de invertir algún dinero. Durante el verano, no tendré tiempo a encargarme *yo mismo* de las traducciones, pues debo dar cima a las cosas de Inglaterra. La primera de ellas[a] ha sido enviada esta semana a Wigand y, como he estipulado con él que me pagaría 100 táleros al recibir el manuscrito, creo que de aquí a una semana o 12 días recibiré dinero y podré enviártelo. Por el momento, giraremos el 26 de marzo 122.20 francos sobre Bruselas.

A eso asciende el resto de las suscripciones. Habríamos podido enviarte más y sin tardar tanto si los de Elberfeld no hubieran llevado el asunto con una lentitud tan asquerosa, y no les habría costado trabajo sacar veinte táleros más a sus *amiis-bourgeois*.[b]

Volviendo sobre la biblioteca en cuesitón, no sé si será lo mejor publicar los textos por orden *histórico*. Como hay que alternar los autores franceses y los ingleses, ello alteraría continuamente el hilo del desarrollo. Creo, desde luego, que lo mejor sería sacrificar, en este caso, el interés *teórico* a la importancia práctica y comenzar por aquellas cosas que suministran mayores elementos a los alemanes y que se hallan más cerca de nuestros principios; es decir, las mejores cosas de Fourier, Owen, los sansimonistas, etc. También habría que dar preferencia a Morelly. La trayectoria histórica podría exponerse muy brevemente en la introducción, de un modo panorámico, lo que ayudaría a cualquier lector a orientarse fácilmente en cuanto a este tipo de ordenación. Podríamos escribir los dos esta introducción —ocupándote tú de Francia y yo de Inglaterra—; tal vez sería lo mejor y si, como me propongo, puedo trasladarme a Bruselas en unas tres semanas, podríamos discutir

a *La situación de la clase obrera en Inglaterra.* b Amigos burgueses.

la cosa; en todo caso, considero absolutamente necesario empezar con las cosas que tienen una importancia práctica y decisiva para los alemanes y nos relevan a nosotros del trabajo de volver a decir lo que ya está dicho por otros. Si nos propusiéramos ofrecer una colección de fuentes en torno a la historia del socialismo o, mejor dicho, la historia en las fuentes y a través de ellas, me temo que la cosa tardaría mucho tiempo y resultaría, además, aburrida. Por eso me inclino a pensar que sólo debemos publicar aquellas cosas cuyo contenido positivo, por lo menos en su mayor parte, tenga todavía hoy una utilidad. Habría que prescindir de la *Political Justice* de Godwin, en cuanto crítica de la política desde el punto de vista político y social burgués, a pesar de las muchas cosas magníficas en que este autor linda ya con el comunismo, ya que tú te propones ofrecer una crítica *completa* de la política. Tanto más cuanto que, al *final* de su obra, Godwin llega al resultado de que el hombre debe, en lo posible, emanciparse de la sociedad y ver en ella solamente un artículo de lujo (*Political Justice*, II, apéndice al cap. 8) y llega, en general, a conclusiones decididamente *antisociales*. Por lo demás, hace ya mucho tiempo que he extractado este libro, en momentos en que distaba todavía mucho de ver las cosas claras, razón por la cual tengo que volver a repasarlo, y es muy posible que encuentre en él, en una nueva lectura, más cosas que entonces. Y, caso de tomar a Godwin, no podríamos perscindir tampoco de su suplemento, Bentham, por muy aburrido y teórico que sea. Escríbeme acerca de esto y ya veremos lo que deba hacerse. Como esta idea se nos ha ocurrido a los dos, hay que procurar ponerla en práctica a toda costa; me refiero a la consabida colección. No cabe duda de que Hess se ocupará con gusto del asunto, como lo haré también yo, tan pronto disponga de algún tiempo. Hess dispone de él, ya que, por el momento, no tiene nada entre manos, fuera de la redacción de *Espejo de la sociedad*. Si estamos de acuerdo acerca de lo fundamental, podremos poner la cosa completamente en claro cuando yo me traslade a esa, lo que haré con tanta mayor razón con este motivo, y poner enseguida manos a la obra.

La *Crítica crítica* [c] —creo haberte ya escrito que la he recibido— es algo magnífico. Tus reflexiones en torno a la cuestión judía, a la historia del materialismo y a los *Mystères* son espléndidas y no cabe duda de que producirán excelentes resultados. Pero me parece que, a pesar de todo, la cosa ha resultado demasiado larga. El soberano desprecio que ambos mostramos por la *Gaceta de la Literatura* contrasta llamativamente con los 22 pliegos que le dedicamos. Además, la mayoría de la crítica que se hace de la especulación y del abstraccionismo resultará perfectamente ininteligible para el gran público y no despertará un interés general. Los Bauer no podrán despegar los labios. Por su parte, Bürgers, si hace la reseña del libro en el primer cuaderno de Püttmann,[137] puede exponer, de pasada, la razón por las que yo he escrito tan poco y solamente aquello que era posible decir sin entrar a fondo en los problemas: el hecho de que sólo permaneciera dos semanas en

c Se refiere a *La sagrada familia*.

París. Desde luego, resulta cómico que yo haya escrito solamente 1 ½ pliegos y tú más de 20. Lo que dices de la "prostitución" mejor lo habrías tachado. Creo que es demasiado poco y totalmente sin importancia.

Es curioso cómo, aparte del asunto de la biblioteca, he coincidido contigo en otro punto. También yo me proponía escribir para la revista de Püttmann una crítica de List,[d] pero afortunadamente por Püttmann me he enterado a tiempo de tu propósito. Por lo demás, como yo me proponía abordar a List desde el punto de vista *práctico*, desarrollando las consecuencias *prácticas* de su sistema, lo que haré será reelaborar un poco más por extenso uno de mis discursos de Elberfeld (los debates se publicarán en la revista de Püttmann) en el que yo me ocupaba de esto,[341] pues, a juzgar por la carta de Bürgers a Hess y por tu personalidad, me figuro que tú te ocuparás más bien de las *premisas* del caso que de las consecuencias.

Llevo aquí una verdadera vida de perros. El asunto de las asambleas y la "licenciosidad" de varios comunistas de la localidad, con los que, naturalmente, me trato, han vuelto a despertar todo el fanatismo religioso de mi padre, exacerbado por mi declaración de que estoy dispuesto a abandonar definitivamente el comercio y, por si eso fuera poco, mi actuación franca y descarada como comunista ha hecho que se desarrollase en él, además, un brillante fanatismo burgués. Fácilmente puedes imaginarte, pues, cuál es mi situación. Como pienso ausentarme dentro de un par de semanas más o menos, no quiero armar una trifulca; dejo que todo me resbale y, como no están acostumbrados a ello, se sienten más envalentonados. Si recibo una carta, la olfatean por todas partes, antes de ponerla en mis manos. Y como saben que son todas cartas de comunistas, me ponen unas caras foscas que es como para volverse loco. Si salgo de casa, la misma cara de pocos amigos. Si me quedo sentado en mi cuarto trabajando, naturalmente en cosas de comunismo, otra vez las mismas caras. No puedo comer, beber, dormir, ni ventosear sin ver ante mis ojos la misma horrible cara que clama al cielo. Ya puedo salir o quedarme en casa, estarme callado o hablar, leer o escribir, reírme o quedarme serio, hacer o dejar de hacer lo que sea: inmediatamente veo que mi padre pone esa infame cara. Además, es tan necio el pobre, que mete al comunismo y al liberalismo en el mismo saco como abortos "revolucionarios" y, por ejemplo, me hace a mí a cada paso responsable de todas las infamias de la *burguesía* inglesa en el parlamento. Y, para colmo, nuestra casa se encuentra ahora en pleno apogeo de interés. Hace ocho días, fue la confirmación de mis dos hermanos; hoy ha acudido toda la parentela a la misa y, como es natural, el cuerpo del Señor ha hecho sus efectos, pues las caras largas de esta mañana superaron a todo lo imaginable. *Pour comple de malheur*,[e] ayer por la noche tuve que ir con Hess a Elberfeld, donde estuvimos enseñando comunismo hasta las dos de la mañana. Hoy, como es natural, unas caras muy largas por haber venido anoche tan tarde, alusiones y reticencias. Por fin se atrevieron a preguntarme dónde había estado, —con Hess, les dije—. "¡Dios

[d] V. *supra*, p. 720. [e] Para colmo de males.

mío! ¿Con Hess? ¡Qué horror!" Nuevo silencio angustioso y nueva hostilidad en los semblantes. "¡Vaya compañías que has elegido!" Grandes suspiros, etc. No hay quien aguante esto. No puedes hacerte idea de toda la malicia que hay en esta especie de cacería cristiana por salvar mi "alma". Si mi padre descubriera la existencia de la "Crítica crítica", puedes estar seguro de que me pondría de patitas en la calle. Además, resulta desesperante ver que es de todo punto inútil cuanto se haga por llegar a estas gentes, que *quieren* sencillamente atormentarse con sus fantasías sobre el infierno y a quien es imposible inculcar ni la regla más elemental del sentido común. Si no fuera por mi madre, que tiene un hermoso fondo humano, a la que verdaderamente quiero y que se halla dominada por mi padre, te digo que no pensaría ni por un momento en hacer la más pequeña concesión a este viejo fanático y despótico. Pero mi madre, la pobre, se angustia y se enferma; cada vez que sufre por mí, pasa ocho días seguidos con dolores de cabeza. En fin, no puedo seguir así, tengo que irme de aquí y no sé si podré resistir las dos semanas que aún me quedan. Pero ya me las arreglaré.

Por lo demás, por aquí no hay nada nuevo. La burguesía se dedica a la política y va a la iglesia, el proletariado no sabemos ni podemos saber lo que hace. La dirección a que enviásteis la última carta sigue siendo buena. Espero recibir el dinero esta noche y Köttgen acaba de asegurarme que, en cuanto disponga de algún tiempo, dentro de un par de días, tratará de reunir algo más. Pero no me fío mucho, porque Köttgen es de los que están dispuestos a hacer algo cuando puede destacarse y no sirve para otra cosa, ni le interesa.

Tuyo,

E.

Barmen, 17 de marzo de 1845.

## ENGELS A FRIEDRICH GRAEBER

[Bremen, 15 de junio de 1839]

Fritz Graeber. Aquí verán ustedes, señores y señoras, algunos tipos representativos de los tiempos modernos.

15 de junio. Acabo de recibir vuestras cartas y decreto que, en lo sucesivo, no deberá llevar las cartas al correo Wurm. Y, ahora, vamos al grano. Lo que me dices acerca de los árboles genealógicos de José ya lo sabía yo, en lo fundamental, y tengo que objetar a ello lo siguiente:

*1º* ¿En qué lugar de la Biblia y, en condiciones análogas y en un *registro genealógico*, se llama al Yerno Hijo? Si no se me aduce un ejemplo, sólo puedo considerar esto como una explicación forzada y artificial.

*2º* ¿Por qué Lucas, que escribía en griego y para griegos, griegos que no podían conocer esta costumbre judía, no hizo saber expresamente que las cosas son como tú dices?

*3º* ¿Qué significa, por lo demás, un registro genealógico de José, perfectamente superfluo, puesto que los tres Evangelios sinópticos dicen expresamente que José no es el padre de Jesús?

*4º* ¿Por qué un hombre como Lavater no recurre a esta explicación y prefiere dejar la contradicción en pie? Y, por último, ¿por qué el mismo Neander, cuya erudición supera incluso a la de Strauss, dice que se trata de una contradicción insoluble, imputable al autor de la versión griega del texto hebraico de Mateo?

Además, no creas que voy a dejarme convencer fácilmente con lo que me dices de que todos mis otros argumentos son "pobres argucias de palabras". Los predicadores del Wuppertal enseñan la inspiración verbal llevada al punto de que Dios ha puesto un sentido profundísimo en cada palabra, como muchas veces he oído decir desde el púlpito. Me inclino perfectamente a creer que Hengstenberg no piensa así, pues basta leer la *Gaceta Eclesiástica* para darse cuenta de que no tiene ideas claras y de que hoy concede a un ortodoxo sin reparo lo que mañana imputará como un crimen al racionalista. Pero, ¿hasta dónde llega la inspiración de la Biblia? No puede llegar, evidentemente, hasta el punto de que el uno haga decir a Cristo: "Esta es mi sangre" y a otro: "He aquí el Nuevo Testamento en mi sangre". Pues, ¿por qué Dios, si previó como tuvo que prever la disputa entre luteranos y reformados, no salió al paso de esta deplorable disputa mediante una injerencia sencillísima? Sólo caben aquí dos posibilidades de inspiración: o Dios ha obrado deliberadamente, *para* provocar la disputa, cosa que yo no puedo achacar a Dios, o lo pasó por alto, lo que resultaría también inadmisible. Tampoco cabe afirmar que esta disputa ha conseguido algo bueno, y el sostener que pueda traer algún beneficio en el futuro, después de haber desgarrado a la iglesia durante trescientos años, sería una hipótesis contraria

a todo fundamento y a toda probabilidad. Y si aquí se contiene una contradicción, se viene por tierra toda la fe en la Biblia.

Te diré sin ambages que la posición a que he llegado es la de no considerar como divinas más que aquellas doctrinas susceptibles de afirmarse ante la razón. ¿Quién nos autoriza a creer ciegamente en la Biblia? Solamente la autoridad de quienes lo han hecho antes de nosotros. En realidad, el Corán es un producto más orgánico que la Biblia, pues impone la creencia en un contenido *coherente*. En cambio, la Biblia es una amalgama de trozos de numerosos autores, muchos de los cuales ni siquiera alegan *ellos mismos pretensiones* de carácter divino. ¿Por qué, entonces, hemos de creerlos a pies juntillas, en contra de lo que nos pide la razón, simplemente porque nos lo dicen nuestros padres? La Biblia enseña la condenación eterna de todos los racionalistas. ¿Puedes creer que hombres como Börne, Spinoza o Kant, que se pasaron la vida aspirando a la unión con Dios, o que incluso un Gutzkow, cuya máxima aspiración en la vida es encontrar el punto en que puedan hermanarse el cristianismo positivo y la cultura de nuestro tiempo, que estos hombres, después de su muerte, estén condenados eternamente, por toda una eternidad, a permanecer lejos de Dios y a soportar, física y espiritualmente, la ira divina sin término y en las más espantosas torturas? Se nos pide que no maltratemos a la mosca que trata de robarnos un grano de azúcar ¿y podemos concebir tranquilamente que Dios atormente con crueldad diez mil veces mayor y por toda una eternidad a hombres cuyos errores son tan inconcientes como los de la mosca? Además, ¿podemos decir que peque con sus dudas el racionalista honrado y sincero? En modo alguno. De ser así, sufrirían durante toda su vida los más espantosos remordimientos de conciencia, y el cristianismo, de aspirar a la verdad, tendría que imponerse a ellos con una verdad insuperable. ¿Sucede realmente así? Además, la ortodoxia mantiene una posición ambigua ante la cultura moderna. Se alega que el cristianismo ha traído siempre y por doquier la cultura consigo, y he aquí que ahora, de pronto, la ortodoxia ordena que la cultura detenga su progreso. ¿Qué va a hacer, por ejemplo, la filosofía, de creer a la Biblia, en que se profesa la incognoscibilidad de Dios por la razón? Y, sin embargo, la ortodoxia entiende que un poco de filosofía, no mucho, es bueno y conveniente. Cuando la geología llega a resultados que no coinciden con la prehistoria mosaica, se la difama (véase el deplorable artículo de la *Gaceta Eclesiástica Evangélica* sobre "Los límites del estudio de la naturaleza"); en cambio, se la invoca cuando aparentemente coincide con la Biblia. Por ejemplo, se la cita cuando un geólogo afirma que la tierra, que los huesos fosilizados demuestran que existió en remotos tiempos un gran diluvio; en cambio, si se descubren otras huellas reveladoras de que las cosas ocurrieron de otro modo, que hubo diluvios en diversas épocas y en distintos lugares, la geología es condenada. ¿Hay sinceridad en esto? Además, ahí tenemos la *Vida de Jesús* de Strauss, una obra irrefutable. ¿Por qué no se escribe una refutación tajante de ella? ¿Por qué se calumnia a su autor, que es un hombre respetable? ¿Cuántos son los

que, como Neander, que no es ortodoxo, se han manifestado cristianamente frente a él? Sí, no cabe duda, existen verdaderas y graves dudas, que yo no podría contradecir.

Tenemos, además, la doctrina de la redención: ¿por qué no se extrae de ella la moral de que cuando uno responde voluntariamente por otro debe ser castigado? Si se hiciese, todos lo considerarían injusto y, sin embargo, lo que es condenable ante los hombres se nos presenta como la suprema justicia, tratándose de Dios. Otra cosa. El cristianismo dice: os redimo del pecado. Es lo mismo a que aspira el otro mundo, el mundo racionalista, pero el cristianismo se interpone y le prohibe marchar por ese camino, diciendo que la senda de los racionalistas aparta al hombre de su meta. Cuando el cristianismo pueda mostrarnos a una persona tan libre en esta vida que no haya pecado, tendrá derecho a hablar así, pero antes no. Además, Pedro habla de la leche racional y pura del Evangelio.[342] No lo comprendo. Se me dice que es la razón iluminada. Pues bien, que se me muestre una razón iluminada que ilumine eso. Hasta ahora, no la he visto nunca, y es "un profundo misterio" hasta para los ángeles. Tienes una opinión demasiado buena de mí, al achacar todo esto a un escepticismo malsano y jactancioso. Sé que ello trae para mí las consecuencias más desagradables, pero cuando algo adquiere ante mí fuerza de convicción, no puedo apartarlo, por mucho que quisiera. Si mi lenguaje duro ha podido tal vez herir tus convicciones, te ruego de todo corazón que me perdones; me he limitado a hablar como pienso y tal como veo las cosas. Me sucede lo que a Gutzkow: cuando veo que alguien desdeña altaneramente al cristianismo positivo, salgo en defensa de esta doctrina, que responde a la necesidad más hondamente sentida de la naturaleza humana, al anhelo de vernos redimidos del pecado por la gracia divina; pero cuando se trata de defender la libertad de la razón, protesto contra todo lo que sea coacción.

Confío en llegar a vivir una radical transformación en cuanto a la conciencia religiosa del mundo, y ¡cuánto daría por ver claro yo mismo! Pero esto vendrá, sin duda, con tal que tenga tiempo a desarrollarme serenamente y sin entorpecimientos.

¡El hombre ha nacido libre y es libre!

Tu fiel amigo,

FRIEDRICH ENGELS

## ENGELS A FRIEDRICH GRAEBER

[Bremen, 12-27 de julio de 1839]

Fritzo Graebero.[a] *12 de julio.* Ya podréis dignaros escribirme de vez en cuando. Pronto hará cinco semanas que he recibido vuestra última carta. En la mía anterior, te lanzaba gran cantidad de escépticos dardos y, de haber conocido entonces la doctrina de Schleiermacher, habría abordado la cosa de otro modo. Eso es lo que yo llamo un cristianismo racional; cualquiera puede comprenderlo, aun sin necesidad de aceptarlo, ya que puede uno, sin duda, reconocer el valor de una cosa sin hacer ésta suya. Los principios filosóficos que he encontrado en esta doctrina los he adoptado ya, aunque aún no veo claro acerca de su idea de la redención, y me guardaré mucho de declararme convencido de ella, para no verme obligado enseguida a cambiar de cabalgadura. Pero, sí la estudiaré, tan pronto tenga tiempo y ocasión. De haber conocido antes esta doctrina, jamás me habría hecho racionalista. Pero, ¿quién le habla a uno de estas cosas, en nuestro Muckertal? [b] Siento una tremenda furia contra este modo de vivir y lucharé mientras pueda contra el pietismo y la fe apegada a la letra. ¿Para qué sirve eso? Lo que rechace la ciencia, cuyo desarrollo abarca también toda la historia eclesiástica, debe dejar de existir también en la vida. Es posible que el pietismo haya tenido, históricamente, en otro tiempo, su razón de ser como elemento relacionado con el desarrollo de la teología. Pero su derecho, si alguna vez lo tuvo, ha caducado y tampoco él debe negarse a abdicar ante la teología especulativa. Solamente a base de ésta cabe desarrollar hoy algo seguro. Y no comprendo cómo puede nadie aferrarse a la fe literal en la Biblia o defender la injerencia directa de Dios en el mundo, ya que no es posible probarla en parte alguna.

*26 de julio.* Ahí estás. Vayamos al grano. Es muy curioso ver cómo en tu carta te atienes a la ortodoxia y, sin embargo, haces ciertas concesiones a una tendencia racionalista, con lo que pones armas en mis manos. El árbol genealógico de José. A mi primera objeción me contestas: ¡quién sabe si, muchas veces, en los registros genealógicos de la Biblia, no leeremos el Hijo en vez del Yerno o el Sobrino! ¿No te das cuenta de que, con ello, echas por tierra toda la verosimilitud de la genealogía bíblica? No acierto a comprender, en modo alguno, cómo la Ley puede probar algo, en este terreno. A mi segunda objeción, dices que Lucas ha escrito para Teófilo. Querido Fritz, ¿qué clase de inspiración es esa que toma en consideración los conocimientos del primero en cuyas manos, por obra del azar, cae el Libro? No puedo reconocer tal inspiración si no se toman en cuenta todos los futuros lectores. Y, en general, debo decirte que no pareces ver claro todavía en lo que es la inspiración. En tercer lugar, no acierto a comprender que un registro

[a] A Federico Graeber. [b] Valle de las Gasmónedas, alusión irónica de Wuppertal.

genealógico de José pueda constituir el cumplimiento de la profecía; por el contrario, el evangelista debiera preocuparse de no presentar a Jesús como Hijo de José. "Habría ido totalmente en contra de la costumbre afirmar que Jesús era Hijo de María y María hija de Elí". Pero, querido Fritz, ¿acaso la costumbre tiene algo que ver en esto? Fíjate bien y te darás cuenta de que, al decir esto, sale mal parado tu concepto de la inspiración. Verdaderamente, me parece que tu explicación es tan forzada, que yo, en tu lugar, me decidiría a considerar una de las dos cosas como falsa. "El cristianismo tropieza, tal vez, con dudas insolubles y, sin embargo, es posible llegar a la certeza mediante la gracia de Dios". Para mí, es muy dudosa esa influencia de la gracia de Dios sobre el individuo, tal como tú la concibes. Conozco, ciertamente, el sentimiento de beatitud que experimenta quien mantiene una íntima y cordial relación con Dios, sea místico o racionalista; pero si te esfuerzas en ver claro, si piensas sin atenerte a los tópicos bíblicos, te darás cuenta de que es la conciencia la que acusa el origen divino del hombre y que, como parte que eres de esta humanidad, no puedes perderte, sino que, tras interminables luchas tanto en este mundo como en el otro, tienes que volver por último al seno de la divinidad; tal es mi convicción, y me siento tranquilo en ella; y, en este sentido, puedo también decirte que el Espíritu divino me atestigua que soy un hijo de Dios; y vuelvo a decirte que no puedo creer que tú te expreses en otro sentido. Claro está que tú te sientes más tranquilo con tu modo de pensar, mientras que yo tengo que debatirme todavía con diversas opiniones y aún no me siento firme en mis convicciones, que trato de robustecer; pero la diferencia, según yo la veo, es simplemente cuantitativa, no cualitativa. Reconozco de buena gana que soy un pecador, que siento una inclinación profundamente arraigada a pecar y me considero muy lejos de la justicia de las obras. Pero no estoy de acuerdo en que esta tendencia al pecado radique en la voluntad del hombre. Concedo, ciertamente, que la posibilidad de pecar, aunque no resida en la idea misma de la humanidad, *radica necesariamente* en la realización de ella; pero nadie capaz de pensar, querido Fritz, puede creer que mis pecados puedan redimirse gracias a los méritos de un tercero. Si me paro a meditar acerca de esto al margen de toda autoridad, llego, con la moderna teología, a la conclusión de que el carácter pecaminoso del hombre radica en la realización, necesariamente imperfecta, de la idea y de que, por tanto, cada cual debe aspirar a realizar plenamente en sí la idea de la humanidad, es decir, tratar de asemejarse a Dios en cuanto a perfección espiritual. Esto es algo totalmente subjetivo, y ¿cómo la teoría ortodoxa de la redención, que postula un tercero, es decir, algo objetivo, puede llevar a cabo esta obra subjetiva? Me reconozco punible, y si Dios quiere castigarme, puede hacerlo, pero me es totalmente imposible pensar ni creer en que ni la menor partícula de espíritu pueda hallarse eternamente alejada de Dios. Es verdad, indudablemente, que cuando Dios nos acoge en su seno obra en nosotros su gracia, pues cuanto Dios hace es gracioso, pero todo lo que hace responde también a la necesidad. Y

la unión de estas contradicciones constituye una parte importante de la esencia de Dios. Cuando dices, más adelante, que Dios no puede negarse, etc., me da la impresión de que tratas de rehuir mi pregunta. ¿Puedes creer que el hombre que aspira a la unión con Dios sea eternamente rechazado por Él? No, no puedes, por eso no quieres quemarte los dedos en esta brasa. ¿No te parece que es tener una idea muy baja de Dios el atribuirle que pueda castigar las maldades pasadas, como si no fuera bastante castigo el que lleva consigo el mismo acto malvado? No tienes más remedio que asociar al eterno castigo el eterno pecado, y al eterno pecado la eterna posibilidad de creer en verse redimido. La doctrina de la condenación eterna es espantosamente inconsecuente. Además, la fe histórica es, para tí, el gran fundamento de la fe, y no concibes la fe sin ella; pero no podrás negarme que hay hombres para quienes es *totalmente imposible* abrigar esa fe histórica. Y a estos hombres ¿va a exigirles Dios que hagan lo imposible? Piensa, querido Fritz, que eso sería un absurdo y que la razón divina es, sin duda, superior a la humana, pero no distinta de ella, pues de otro modo no sería tal razón. También los dogmas bíblicos tienen que ser captados por la razón. Afirmas que la libertad del espíritu consiste en no dudar. Es, por el contrario, la mayor servidumbre espiritual, pues sólo es verdaderamente libre quien sabe vencer las dudas que asaltan su convicción. Y no pido, ni se me pasa por las mientes, que *tú* me rebatas, sino que reto a rebatirme a toda la teología ortodoxa. Si toda la ciencia cristiana, que cuenta ya 1 800 años de vida no ha podido oponer ninguna clase de razones al racionalismo y se ha limitado a rechazar solamente algunos de sus ataques; más aún, si se niega a luchar en un terreno puramente científico y prefiere reducir a polvo la personalidad de sus adversarios, ¿qué podemos decir? ¿Acaso la doctrina cristiana ortodoxa *es* capaz de someterse a un tratamiento puramente científico? Yo digo que no, que no va más allá de un poco de clasificación, explicación y disputa. Te aconsejo que leas la *Exposición y crítica del moderno pietismo* por el Dr. C. Märklin, Stuttgart, 1839, y si consigues refutarla (es decir, lo que hay en esta obra de negativo, no lo positivo), serás el primer teólogo del mundo.

"El cristiano sencillo no necesita ir más allá; sabe que es hijo de Dios, y no tiene por qué hacer frente, preguntando o contestando, a todas las aparentes contradicciones." A esas "aparentes contradicciones" no puede dar una respuesta ni el sencillo cristiano ni el propio Hengstenberg, pues se trata de contradicciones muy reales; y no cabe duda de que quien no pasa de ahí y se escuda en su fe, no puede fundar su fe en nada. El sentimiento puede, en el mejor de los casos, confirmar algo, pero nunca fundamentarlo verdaderamente, pues ello equivaldría a querer oler con las orejas.

Lo que me resulta más aborrecible en Hengstenberg es la redacción, verdaderamente escandalosa, de su *Gaceta Eclesiástica*. Casi todos sus colaboradores permanecen en el anonimato, el redactor-jefe del periódico responde por ellos, pero si alguien, sintiéndose ofendido, reclama, el señor Hengstenberg no sabe nada, no revela el nombre del autor y no

se considera obligado a contestar. Así les ha sucedido ya a no pocos pobres diablos, atacados en la *Gaceta Eclesiástica* por no se sabe qué luminaria, y cuando el redactor-jefe se digna contestar, se limita a decir que *él* no ha escrito el artículo en cuestión. Lo que no es obstáculo para que su periódico siga gozando de gran fama entre los predicadores pietistas, que, no pudiendo leer los escritos del campo de enfrente, se quedan muy tranquilos. No he leído los últimos números, para poder citarte ejemplos. Cuando estalló el escándalo de Zurich a propósito de Strauss,[343] no puedes imaginarte con qué colores tan atroces pintó la *Gaceta Eclesiástica* el carácter de aquel autor, cubriéndolo de improperios, pero sin conseguir que el calumniado —todas las noticias coinciden en ello— abandonara su noble actitud. ¿Qué es lo que mueve, por ejemplo, a la *Gaceta Eclesiástica* a meter en el mismo saco a Strauss y a la Joven Alemania? Para muchos, la Joven Alemania es algo abominable y blasfemo.

En lo tocante a la poesía de la fe, me has entendido mal. No ha sido la poesía la que me ha llevado a creer; mi fe ha nacido del hecho de ver que no podía seguir viviendo al buen tuntún, porque mis pecados me atormentaban y necesitaba la comunidad con Dios. He renunciado sin vacilar y de buena gana a cuanto me deleitaba, he sacrificado con alegría lo que más me gustaba, he abandonado el trato de aquellos que más me atraían, me he humillado ante el mundo en todos los rincones. Sentí una gran satisfacción al encontrar en Plümacher a una persona con la que podía hablar y soporté sin rechistar su fanatismo de la predestinación; y tú sabes bien cuán en serio lo tomé, como algo sagrado. Era feliz, no me cabe duda, como lo soy también ahora; sentía gozo y seguridad en los rezos; también los siento ahora y todavía más, pues lucho y experimento la necesidad de fortalecerme. Pero nunca he llegado a sentir aquella extática beatitud de que tantas veces he oído hablar desde el púlpito; mi religión era y sigue siendo más recogida, más calmada, una santa paz; si la sigo sintiendo también después de mi muerte, me daré por contento. Y no tengo ninguna razón para creer que Dios me la haya quitado. La convicción religiosa es asunto del corazón y sólo tiene algo que ver con el dogma en cuanto que éste se ve o no contrarrestado por el sentimiento. Dios puede hacerse presente ante tí por el sentimiento de que eres hijo de Dios; es muy posible, pero puedes estar seguro de que no lo eres gracias a la muerte de Cristo, pues eso equivaldría a sostener que el sentimiento puede pensar o que tus oídos son capaces de ver.

Todos los días rezo y me paso casi el día entero rezando por la verdad; así lo vengo haciendo desde que comencé a dudar, pero no puedo volver a vuestra fe, aunque está escrito que quien ora obtendrá lo que pide. Indago la verdad donde abrigo la esperanza de encontrar siquiera la sombra de ella; y, sin embargo, no puedo reconocer vuestra verdad como eterna, a pesar de que está escrito: buscad y encontraréis. ¿Hay entre vosotros alguien que, cuando su hijo pide pan, le ofrezca una piedra? ¿Y no es eso acaso lo que hace vuestro Padre en los cielos?

Al escribir esto, siento los ojos arrasados de lágrimas, la emoción me domina, pero algo me dice que no me perderé, que llegaré a ese Dios por quien todo mi corazón suspira. Y también esto es un testimonio del Espíritu santo; por ello vivo y por ello moriré, aunque la Biblia diga una y diez mil veces lo contrario. Y no te engañes, Fritz, por muy seguro que te creas: antes de que te des cuenta, también en tí levantará cabeza la duda, y entonces el fallo de tu corazón dependerá del más nimio azar. Y que la paz interior no depende para nada de la fe dogmática, lo sé yo por experiencia.

27 de julio.

Si hicieses lo que la Biblia ordena, no podrías ser mi amigo. En el libro segundo del Evangelio de Juan (si no me eviquoco) se dice que no se debe saludar a quien no cree, ni siquiera dirigirle la palabra χαῖρε.[c] Pasajes como éstos abundan en la Biblia y siempre me han disgustado. Pero vosotros no hacéis, ni mucho menos, lo que manda la Biblia. Por lo demás, me ha parecido siempre la más monstruosa de las ironías el que se llame al cristianismo evangélico ortodoxo la religión del amor. Según vuestro cristianismo, las nueve décimas partes de los hombres se condenarán, Fritz, y sólo una décima parte alcanza la dicha, ¿y pretendéis que eso sea considerado como el amor infinito de Dios por la criatura? ¿Te das cuenta de cuán pequeño se nos representaría Dios si ése fuese su amor? No cabe duda de que, si existe una religión revelada, el Dios de esta religión tiene que ser mucho más grande, pero no puede ser distinto del que nos muestra la razón. De otro modo, toda la filosofía sería, no ya vana, sino incluso pecaminosa, y sin filosofía no hay cultura, sin cultura no hay humanidad, y sin humanidad no puede existir tampoco religión. Ahora bien, ni el fanático León se atreve a vituperar así la filosofía. Es ésta otra de las muchas inconsecuencias de los ortodoxos. Con hombres como Schleiermacher y Neander puedo entenderme, pues son consecuentes y tienen un corazón puro, cosas ambas que he tratado en vano de encontrar en la *Gaceta Eclesiástica Evangélica* y en los demás periódicos pietistas. Siento un gran respeto, sobre todo, por Schleiermacher. Tú, si eres consecuente, no tienes más remedio que condenarlo, pues el cristianismo que él predica no es el tuyo, sino más bien el de la Joven Alemania, el de Theodor Mundt y el de Karl Gutzkow. Pero no cabe duda de que fue un gran hombre y, entre quienes hoy viven, sólo conozco uno dotado del mismo espíritu, de la misma fuerza y del mismo ánimo, que es David Friedrich Strauss.

Me alegro mucho de ver que te dispones valerosamente a contradecirme, pero hay algo que me ha enojado, y quiero decírtelo con toda franqueza. Es el desprecio con que hablas del anhelo de unión con Dios y de la vida religiosa de los racionalistas. Te arropas en tu fe como entre las mantas calientes de la cama y no te alcanza ni la más remota noción del combate que tenemos que librar para decidir, como hombres, si Dios es Dios o no lo es. No conoces el peso abrumador de la carga que

a ¡Bienvenido!

gravita sobre aquel ante quien se dibuja la primera duda, de la carga que representa la vieja fe cuando hay que decidirse en pro o en contra de ella, para seguir soportándola o sacudirla. Pero, vuelvo a decírtelo: tampoco tú estás tan seguro de la duda como crees, y no te ciegues en contra de quienes dudan, pues tú mismo puedes ser algún día uno de ellos y, si ese día llega, también tú exigirás ser tratado con justicia. La religión es asunto del corazón humano, y quien tiene corazón puede ser devoto; pero aquel cuya devoción brota de la razón o del entendimiento, es como si no la tuviese. Del corazón toma su savia el árbol de la religión, que ampara bajo su sombra al hombre total y extrae su jugo nutricio de la atmósfera de la razón; y sus frutos, por cuyas venas corre la sangre más noble del corazón, son los dogmas; todo lo demás, es dañino. He ahí la doctrina de Schleiermacher, y a ella me atengo.

Adiós, querido Fritz, medita bien si realmente quieres mandarme al infierno y escríbeme pronto, con mi sentencia.

Tuyo,

FRIEDRICH ENGELS

# NOTAS E ÍNDICES

# NOTAS

[1] Es este el primer trabajo publicístico con que Engels inicia su colaboración en la revista "Telegraph für Deutschland". Engels colaboró en ella de marzo de 1839 hasta principios de 1841.

El "Telegraph für Deutschland" era una revista literaria fundada por Karl Gutzkow, que se publicó en Hamburgo de los años 1838 a 1848. A fines de la década del treinta y comienzos de la siguiente, esta revista mantenía las ideas de la Joven Alemania.

[2] Los "Amigos de la Luz" era una corriente religiosa contraria a la tendencia protestante oficial del pietismo, caracterizada por su extremo misticismo y su pacatería. Esta oposición religiosa era una de las formas en que se manifestaba el descontento de la burguesía alemana con la reacción imperante en la década del cuarenta.

[3] Engels se refiere a los *luteranos* que, en septiembre de 1817, se agruparon en la Iglesia Luterana Unida por medio de la unión forzosa con los reformistas (calvinistas) y a los adversarios de esta unión, los llamados "viejos luteranos", partidarios de la Iglesia Luterana "verdadera".

[4] Alusión a las epístolas, colmadas de amenazas y censuras que, entre los años 1075 y 1076, durante la lucha entre los poderes espiritual y temporal, se cruzaron entre el papa Gregorio VII y el emperador alemán Enrique IV.

[5] Se trata de las corrientes y manifestaciones de oposición entre las corporaciones estudiantiles alemanas. Estas agrupaciones, creadas en Alemania a comienzos del siglo XIX, participaban activamente en la lucha por la liberación del pueblo alemán contra el Imperio napoleónico; pero no estaban libres de influencias nacionalistas. Después del Congreso de Viena (1814-1815), muchos miembros de las corporaciones estudiantiles luchaban por la unificación de Alemania y se manifestaban en contra de las tendencias reaccionarias de los distintos Estados alemanes. Por esta razón, se les acusaba de "demagogia" y se las sometía a represalias.

[6] La *Fiesta del Wartburgo* se celebró por los estudiantes alemanes el 18 de octubre de 1817, para conmemorar el tercer centenario de la iniciación de la Reforma y el cuarto aniversario de la Batalla de las Naciones en Leipzig. Esta Fiesta constituía una manifestación de oposición de los estudiantes al régimen de Metternich.

[7] Se refiere al monumento elevado a Arminio, príncipe de los queruscos, quien mandó, en junio del año 9 a. n. e., la batalla de las tribus germánicas contra las legiones romanas en el bosque de Teutoburgo.

[8] El poema titulado "Los dioses de Grecia", que pinta en resplandecientes colores el mundo mitológico antiguo, suena, en la refundición de Stier, a una condena de los griegos por su "pecaminoso culto".

[9] Se trataba de una recención del libro de Winkler titulado *Arpegios*, publicada en el número 208 del "Telegraph für Deutschland", en diciembre de 1838 (v. nota 1).

[10] Se llamaba así a las escuelas fundamentales de cinco grados que funcionaban en la Renania y en Westfalia.

[11] El Código civil proclamado en 1804, bajo Napoleón I.

[12] La "Joven Alemania" era un grupo de escritores y críticos de ideas liberales de la década del 30 del siglo XIX (Gutzkow, Laube, Wienbarg, Mundt y otros), bajo la influencia de Heine y Börne. En sus obras expresaban tendencias de oposición al régimen y abogaban por la libertad de conciencia y de prensa. El grupo se desintegró después de 1848; la mayoría de sus miembros se pasó al campo de la burguesía liberal.

[13] Se refiere al propietario de la firma comercial de Barmen titulada "Einer e Hijos", en la que Freiligrath trabajó como dependiente de 1837 a 1839.

[14] "Morgenblatt": diario literario que se editó en Stuttgart y Tubinga de 1807 a 1865. En 1840-1841, este periódico publicó varios artículos de Engels sobre temas de literatura y arte.

[15] Cita de la comedia de Platen *El Edipo romántico*.

[16] Nombre irónico que da Engels al escritor alemán Vincenz von Zuccalmaglio, quien en 1836 publicó bajo el seudónimo de "Montano", un libro titulado *La prehistoria de los países Cleve-Mark, Jüich-Berg y Westfalia*.

17 Se refiere a Dürholdt, contador en Barmen.

18 K. Gutzkow, *Zur Philosophie der Geschichte* ["Sobre la filosofía de la historia"].

19 "Hallische Jarbücher für deutsche Wissenchaft und Kunst": órgano de combate filosófico fundado en 1839 por Arnold Ruge y Theodor Echtermeyer, en oposición al órgano de los "Viejos hegelianos", "Berliner Jarbücher für wissenschafliche Kritik". Brillantemente dirigida por Ruge, esta publicación se convirtió muy pronto en el centro de agrupamiento teórico de los "Jóvenes hegelianos". A decir verdad, los "Anales de Halle" no tenían un carácter definidamente político, pues se ocupaban casi exclusivamente de arte y literatura; pero al defender en todo momento los derechos de la crítica y el carácter independiente de la ciencia y del Estado frente a la vieja Iglesia, pronto fueron atacados por la prensa reaccionaria.

20 Nombre que se daba a un grupo de poetas del barroco tardío, corriente de la literatura alemana de la segunda mitad del siglo XVII, que expresaba los intereses de la nobleza feudal. Sus principales representantes eran Hofmannswaldau y Lohenstein.

21 Alusión al poema de Freiligrath titulado "Alejandrino".

22 Del poema que sirve de introducción al libro de Freiligrath titulado *La pintoresca y romántica Westfalia.*

23 Palabras con que comienza el himno católico del llamado Juicio Final, parte del *Requiem* de cinco estrofas (misa de difuntos). Las demás frases latinas citadas en el artículo están tomadas también de este *Requiem.*

24 Esta expresión está tomada del anuncio y llamamiento a suscribirse a la "Gaceta de la nobleza Alemana", que se publicó, entre otros sitios, en el "Vocero anunciador Renano-Westfaliano" de 28 de agosto de 1839.

25 Se refiere a un libro de K. E. Schubarth titulado *Sobre la incompatibilidad de la teoría hegeliana del Estado con el principio supremo de vida y desarrollo del Estado prusiano,* Breslau, 1839.

26 Este trabajo es muy importante para esclarecer las ideas revolucionario-democráticas del Engels juvenil frente a los problemas de la nación alemana, la libertad y la revolución. Es un comentario a las memorias de una de las figuras de la guerra de liberación de Alemania contra Napoleón y exponente de la lucha por la unidad alemana. El libro de Arndt, *Erinnerungen aus dem äusseren Leben* ["Recuerdos de la vida exterior"] se publicó en Leipzig en 1840. En una nota al pie, después del nombre de Friedrich Oswald, seudónimo de Engels, se dice: "Un problema muy debatido, enjuiciado desde el punto de vista de nuestro periódico".

27 Alusión al poema de Heine, "Leyenda de Tannhäuser" (1836), basado en la versión medieval del mito de esta figura germánica.

28 Cita del poema de Goethe, "El dios y la bayadera".

29 Se trata de la Constitución liberal española de 1812, impuesta a Fernando VII por las Cortes de Cádiz y que era, por aquellos años, una de las banderas del movimiento constitucional liberal en algunos países europeos dominados por el absolutismo.

30 Se refiere a los Congresos de la Santa Alianza, creada en septiembre de 1815 por las potencias contrarrevolucionarias victoriosas sobre Napoleón I, para reprimir cualquier movimiento de progreso en Europa: Congresos de Viena (1814-1815), de Aquisgrán (1818), de Troppau (1820), de Laibach (1821) y de Verona (1822). Sus acuerdos fundamentales fueron: salvaguarda de las fronteras trazadas a partir de 1815, apoyo al régimen feudal restaurado en Francia e injerencia armada en los asuntos internos de otros Estados para aplastar cualquier movimiento revolucionario.

31 Lugar de Westfalia, en que los germanos, en el año 9 d. n. e., mandados por el héroe nacional Arminio, derrotaron a las legiones romanas de Varo.

32 La "Semana Grande" se llamaba en Francia a los días de la revolución de Julio (27-29 de julio de 1830).

33 Los "Hallische Jahrbücher ("Anales de Halle") de 23 y 24 de noviembre de 1840 publicaron un artículo de Arnold Ruge titulado "Federico de Florencourt y las categorías de la práctica política", en el que se reseñaba el libro de Florencourt *Politische Kirchliche und literarische Zustände in Deutschland. Ein Journalsiticher Beitrag zu den Jahren 1838 und 1839.* ["La situación política, eclesiástica y literaria en Alemania. Contribución periodística a los años 1838 y 1839".] (V. nota 19).

34 Cita del Poema del Cid (Ed. anotada por Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1900, página 101).

[35] El autor de esta canción es Balthasar Gerhard Schumacher.

[36] Tribunales de jurisdicción exenta (restringida en 1848 y abolida en 1877) que permitían a ciertos propietarios, principalmente los nobles, enjuiciar a sus "vasallos" y cuyo privilegio se transmitía hereditariamente a sus descendientes.

[37] A. Jeojroy, *Poésies de Guillaume I, Comte de Poitiers,* París 1905, p. 28: "Farai un vers de dreyt nien" ("Haré un verso que no hable de nada").

[38] Convención de Londres de julio de 1840 entre Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia, de una parte, y de otra Turquía, por la que el Sultán de Turquía se comprometía a no prestar ayuda militar contra el virrey de Egipto Mohamed Alí, respaldado por Francia. La Convención de Londres respondía a la competencia librada entre potencias europeas, principalmente Inglaterra, Francia y Rusia, en sus luchas por la hegemonía en el Cercano Oriente.

[39] Los Tratados de 1815 se concertaron en mayo-junio de este año entre los Estados que habrían participado en las guerras napoleónicas y eran el resultado de la actividad del Congreso de Viena (octubre de 1814 a junio de 1815). Estos Tratados modificaron el mapa político de Europa; perseguían como meta restaurar las monarquías "legítimas", afianzar la dominación del sistema reaccionario-feudal y oponerse a las aspiraciones de unidad nacional e independencia de los pueblos.

[40] "Pentarquía": nombre que se daba al Congreso de la Santa Alianza en Aquisgrán para luchar contra el movimiento revolucionario y que, a partir del 15 de noviembre de 1818, expresaba la alianza de las cinco potencias: Rusia, Austria, Prusia, Inglaterra y Francia.

[41] Con este artículo inicia Engels su lucha contra la filosofía místico-religiosa de Schelling, quien en 1841 fue llamado a Berlín por invitación de Federico Guillermo IV, para ocupar en aquella universidad la cátedra de Filosofía, contrarrestando así las doctrinas de Hegel y, sobre todo, las ideas del movimiento de los Jóvenes hegelianos.

[42] *Cf. Schelling's Erste Vorlesung in Berlin* ("Primera lección de Schelling en Berlín"), 15 de noviembre de 1841, Stuttgart y Tubinga, 1841.

[43] Se refiere al folleto de Karl Riedel, publicado como obra anónima en Berlín, en 1841, con el título de V. Schelling *Religion-geschichtliche Ansicht, Nach Briefen aus München* ["La concepción histórico-religiosa de V. Schelling, según cartas de Munich"].

[44] Nombre que se daba a los partidarios de la filosofía de Schelling.

[45] La "Revista de Fichte" era la *Zeitschrift für Philosophie und spekulative Theologie* ("Revista de Filosofía y Teología especulativa"), dirigida por este filósofo.

[46] Se trata del libro de David Friedrich Strauss, *Die christliche Glaubenslehre in ihrer geschichtlichen Entwicklung und im Kampfe mit der modernen Wissenschaft* ["La doctrina de la fe cristiana, en su desarrollo histórico y en la lucha contra la ciencia moderna"], 2 vols., Tubinga y Stuttgart, 1840-41. El capítulo I del primer tomo lleva por título "La dogmática".

[47] Referencia al escrito anónimo de Bruno Bauer, *Die Posaune des Jüngsten Gerichts über Hegel des Atheisten und Antichristen. Ein Ultimatum* ("La Trompeta del Juicio Final contra Hegel, el Ateo y el Anticristo. Un ultimátum"), publicado en Leipzig en 1841.

[48] Esta cita está tomada probablemente de la obra de G. Curvier, *Discours sur les révolutions de la surface du globe...* ["Discurso sobre las revoluciones de la superficie del globo"], París y Amsterdam, 1ª ed., 1826, p. 24, en que el autor habla de "...une philosophie, qui substitute des métaphores aux raisonnements..." ("una filosofía que suplanta los razonamientos por las metáforas").

[49] La *Fortuna primigenia* era una diosa romana, símbolo de la maternidad, encarnación de la fuerza generadora del universo, cuyo templo se hallaba en la ciudad itálica de Preneste, la actual Palestrina, cerca de Roma.

[50] Bruno Bauer fue destituido como *Privatdocent* de la Universidad de Bonn a fines de marzo de 1842.

[51] Las lecciones de Marheinecke se publicaron en Berlín, en 1842, con el título de *Introducción a las Lecciones públicas sobre la significación de la filosofía de Hegel en la teología cristiana.* Con un voto aparte sobre la crítica de la historia evangélica, por B. Bauer.

[52] Es éste uno de los artículos sobre temas literarios en los que el joven Engels aboga por una literatura rica en ideas y contra el ideal del llamado "justo medio", que

tiende a paliar y conciliar las contradicciones. Se percibe ya claramente aquí la crítica contra el movimiento de la Joven Alemania, que en años anteriores había representado una fase importante en su desarrollo intelectual. Las *Vorlesungen über die moderne Deutsche Literatur* ["Lecciones sobre la moderna literatura alemana"] de Alexander Jung se publicaron en Danzig en 1842.

53 La revista titulada *Königsberber Literatur-Blatt* ("Hoja Literaria de Königsberg") se publicó en esta ciudad alemana de 1841 a 1845, bajo la dirección de Alexander Jung. Sus ideas obedecían al movimiento de la Joven Alemania (v. nota 12).

54 Se refiere a la obra de Jung *Briefe über die neueste Literatur* ["Cartas sobre la literatura contemporánea"], publicada en Hamburgo en 1837.

55 *Königsberg in Preussen und die Extreme des dortigen Pietismus*, Braunsberg, 1840.

56 *Briefe aus Paris*, de Ludwig Börne, Hamburgo, 1832 y París, 1833-34.

57 *Uber Ludwig Börne* ["Sobre L. Börne"] por Heinrich Heine, Hamburgo, 1840.

58 Patkul y Werner eran personajes de un drama y una comedia de Karl Gutzkow, de los años 1840 y 1842.

59 La traducción alemana de la obra de Víctor Cousin, *Sur la philosophie française et allemande* ["Sobre la filosofía francesa y alemana"], publicada en Stuttgart y Tubinga en 1834, llevaba un prólogo "enjuiciador" del "Consejero áulico" von Schelling.

60 El folleto de F. Engels *Schelling y la revelación* incluido en este volumen (pp. 48-92), se publicó como obra anónima en Leipzig, en abril de 1842.

61 La nota crítica de Eduard Meyen sobre la obra de Alexander Jung ["Lecciones sobre la moderna literatura alemana"] se publicó en los núms. 149-151 de la *Gaceta Renana*, 29-31 de mayo de 1842.

62 Alusión al propósito de Alexander Jung, que no llegó a realizarse, de abrazar la carrera de predicador después de graduarse en la Facultad de Teología.

63 Este artículo de Engels se destinaba a una revista mensual de tendencia radical que proyectaba publicar Georg Herwegh en Zurich, en 1842, con el título de otra anterior: *Der deutsche Bote aus der Schweiz* ["El Mensajero alemán de Suiza"]. Pero el plan de la publicación fracasó y los materiales destinados a ella se recogieron en el verano de 1843 en una colección titulada *Einundzwanzig Bogen aus der Schweiz* ["Veintiún pliegos desde Suiza"], porque los libros cuyo volumen no excediera de dicha extensión se hallaban exentos de censura.

64 "Escuela histórica del derecho". Corriente jurídico-histórica fundada por Hugo y Savigny entre fines del siglo XVIII y principios del XIX. Fuertemente criticada por Hegel y sus discípulos en Alemania, esta corriente se inspiraba en las concepciones vitalistas y organicistas de los románticos, para oponerse a las tendencias racionalistas y liberales. Al considerar el derecho como la concreción del alma y la vida populares, Savigny mostraba que, lejos de ser la obra arbitraria de un legislador, nace, se desarrolla y muere junto con las ideas, creencias y costumbres de un pueblo. Esto le permitía sancionar como válidas las instituciones feudales heredadas, haciéndolas subsistir bajo la autoridad legítima del monarca y el imperio.

65 El jurista e historiador suizo Karl Ludwig von Haller publicó de 1816 a 1834 una obra en seis tomos titulada *Restauration der Staatswissenschaft* ["Restauración de la ciencia del Estado"], en la que abogaba por la total restauración del orden feudal absolutista y por el restablecimiento del Estado estamental corporativo de la Edad Media.

66 Se alude al derecho otorgado por Federico Guillermo IV a los viejos luteranos, en 1845, para crear su propia iglesia.

67 Como consecuencia del conflicto eclesiástico planteado en Colonia, se dio orden de prisión contra el arzobispo de aquella ciudad.

68 Se refiere a las solemnes promesas hechas por Federico Guillermo IV al recibir en 1840 a las diputaciones de diferentes provincias y ciudades de Prusia (Königsberg, Breslau y otras), que acudieron ante él a jurarle fidelidad, "Juro aquí —dijo el rey— ante la faz de Dios..., que haré cuanto esté en mi mano por fomentar y levantar el honor de *todos* los estamentos. Todas las confesiones de mis súbditos son iguales para mí y rezaré por los derechos de todas ellas".

69 Leyes inglesas promulgadas en 1660, 1663 y 1673, por las que se ordenaba que los cargamentos de mercancías más importantes procedentes de Europa y ultramar y de Rusia y Turquía se transportaran exclusivamente en barcos ingleses o del país de ori-

gen. Quedaba también enteramente reservada a naves de bandera inglesa la navegación de cabotaje por el litoral de Inglaterra. Estas medidas iban encaminadas, principalmente, contra el comercio marítimo holandés. Perseguían, además, la finalidad de afianzar el imperio colonial inglés. Las leyes de navegación fueron derogadas entre los años 1795 y 1854.

[70] Se refiere a los intentos hechos por los obreros ingleses en agosto de 1842 por llevar a cabo una huelga general en los distritos industriales (Lancashire, Yorkshire y otros). En algunos sitios, se produjeron en el transcurso de las huelgas choques armados con las tropas y la policía.

[71] La "Carta del Pueblo" (*Peoples Charter*) era el documento en que se contenía las peticiones de los Cartistas. Fue publicada el 8 de mayo de 1838 en forma de propuesta de ley para ser presentada al parlamento y figuraban en ella seis puntos: derecho de sufragio universal (para todos los varones mayores de 21 años); elecciones generales al parlamento; votación secreta; equiparación de los distritos electorales; abolición del censo de fortuna para los candidatos al parlamento; pago de dietas a los diputados. Este documento (la "Carta") daba su nombre al Cartismo, que era, por sus reivindicaciones, un movimiento revolucionario, aunque no precisamente socialista. El movimiento cartista, el primer movimiento revolucionario de masas del proletariado con fines políticos, se extinguió en 1848.

[72] *The Examiner* ("El Examinador") era un semanario inglés de tendencias burguesas liberales. Se publicó en Londres de 1808 a 1881.

[73] La *Anti-corn-law-League* ("Liga Anticerealista"), era una asociación librecambista fundada en Manchester, en 1838, por los industriales Cobden y Bright. Las llamadas leyes cerealistas, que trataban de prohibir o restringir la importación de trigo extranjero, habían sido promulgadas en interés de los grandes terratenientes y lesionaban los intereses de los industriales. La Liga Anticerealista abogaba por la libertad total de importación de trigo y por la derogación de aquellas leyes prohibitivas, con el fin de hacer posible, con la reducción de la rebaja de los salarios, menoscabar las posiciones económicas y políticas de la aristocracia de la tierra. En su lucha contra los terratenientes, la Liga trataba de utilizar a las masas obreras. Pero los obreros más conscientes de Inglaterra, agrupados en el movimiento obrero independiente del cartismo, con su personalidad política propia, pugnaban precisamente en aquellos días por la independencia de las luchas de los trabajadores. La lucha entre la burguesía industrial y los terratenientes terminó en 1846 y la Liga Anticerealista se disolvió, al votarse la ley aboliendo las leyes sobre el trigo.

[74] Escala móvil: sistema empleado en Inglaterra y otros países para fijar los aranceles sobre el trigo, a base de reducir los impuestos al aumentar el precio de los cereales, y a la inversa.

[75] Es decir, a los obreros de la ciudad de Bolton, cercana a Manchester.

[76] La Ley de reforma electoral, votada en 1831 por la Cámara de los Comunes, fue sancionada el 7 de junio de 1832 por el rey Guillermo IV de Inglaterra. Por ella se privaba a 56 localidades de menos de dos mil habitantes del derecho a elegir representantes a la Cámara de los Comunes. Se confería el derecho de voto a los propietarios de tierras o fincas urbanas que pagaran no menos de 10 libras esterlinas de impuestos al año. Esta reforma iba dirigida contra el monopolio político de la aristocracia terrateniente y financiera, acababa con los peores vestigios feudales subsistentes en el sistema electoral inglés y daba acceso al parlamento a los representantes de la burguesía industrial. El proletariado y la pequeña burguesía, que habían sido la fuerza de choque en la lucha por la reforma electoral, defraudadas por la burguesía liberal, quedaron privadas del derecho de sufragio.

[77] Se refiere a la abolición de las restricciones puestas a los derechos de los católicos por el gobierno inglés en 1829. Los católicos, que eran en su mayoría irlandeses, adquirieron ahora el derecho de entrar en el parlamento y de ocupar algunos puestos en el gobierno. Pero, al mismo tiempo, se elevó en cinco veces el censo de fortuna, como requisito para el ejercicio de estos derechos. Mediante esta maniobra, trataban las clases gobernantes de Inglaterra de atraerse a la burguesía irlandesa y de escindir el movimiento nacional de Irlanda.

[78] Disidentes: nombre que se daba a los protestantes ingleses que se mantenían al margen de la iglesia anglicana oficial.

[79] La "Asocaición Nacional Cartista" se fundó en Manchester en julio de 1840, mediante la fusión de una serie de agrupaciones locales dispersas. En 1841-42, el partido cartista, el primer partido de masas en la historia del movimiento obrero, contaba unos 40 000 miembros. Adolecía, sin embargo, de la falta de unidad ideológica y táctica. La mayoría de los dirigentes del cartismo no profesaban ideas marcadamente proletarias. La Asociación cayó en el marasmo a partir de 1848, para desaparecer algunos años más tarde.

[80] *The Oracle of Reason:* título de un semanario ateo, que se publicó en Londres y otras ciudades de Inglaterra de 1841 a 1843.

[81] Jean Jacques Rousseau, *Du contrat social; ou principes du droit politique* ["Del contrato social, o principios del derecho político"], Amsterdam, 1762. *Systeme de la nature, ou les loix du monde physique et du monde moral* ["Sistema de la naturaleza, o las leyes del mundo físico y del mundo moral"], por M. Mirabaud, Londres, 1770. El autor del libro era el filósofo materialista francés Paul Henri Holbach, quien por razones conspirativas firmó su obra con el nombre de Mirabaud; secretario de la Academia Francesa, muerto en 1760.

[82] Engels se refiere aquí a las conocidas obras *Prometheus Unbound* ["Prometeo desencadenado"] de Percy B. Schelley (1792-1822), el popular poeta inglés de principios del siglo XIX, y a los ensayos políticos de Thomas Paine, escritor de finales del siglo XVIII y principios del XIX, en los que trataba sobre numerosos problemas concernientes al gobierno republicano y los derechos de la ciudadanía.

[83] Lorenzo von Stein, *Der Sozialismus und Communismus des heutigen Frankreichs. Ein Beitrag zur Zeitgeschichte* ["El socialismo y el comunismo en la Francia de hoy. Contribuciones a la historia de nuestro tiempo"], Leipzig, 1842.

[84] La unión con Inglaterra le fue impuesta a Irlanda por el gobierno inglés después del aplastamiento de la sublevación irlandesa, en el año 1798. Esta unión, que entró en vigor el 1 de enero de 1801, acababa con los últimos vestigios de la autonomía de Irlanda y disolvía el parlamento irlandés. A mediados del siglo XIX, adquirió gran popularidad en Irlanda la consigna de la revocación de la unión (*Repeal of Union*). Sin embargo, el liberal burgués O'Connell y otros personajes políticos que encabezaban el movimiento nacional sólo veían en este movimiento de agitación en pro de la autonomía nacional un medio para arrancar al gobierno inglés concesiones de poca monta en favor de la burguesía de su país. En 1835, O'Connell selló un pacto con los *whigs*, liberales de Inglaterra, poniendo fin al movimiento de agitación nacional. Pero, bajo la presión del movimiento de masas, los liberales irlandeses se vieron obligados a fundar, en 1840, la *Repeal-Association*, formada por los partidarios de la autonomía, tratando de llevarlos por los caminos de un arreglo con las clases gobernantes inglesas.

[85] Con este artículo, redactado en inglés ("Progress of Social Reform on the Continent") inició Engels su colaboración en el semanario de los socialistas owenistas ingleses, *The New Moral World and Gazette of the Rational Society* ("El Nuevo Mundo Moral y Gaceta de la Sociedad Racional"), en el que siguió colaborando hasta mayo de 1845. Este artículo de Engels fue reproducido, aunque no en su integridad, en los núms. 313 y 315 del periódico cartista *The Northern Star* (v. nota 127), de los días 11 y 25 de noviembre de 1843.

[86] Se trata del grupo de socialistas utopistas franceses que en 1842 fundaron en Ham-Common (suburbio de Londres) la colonia comunista "Concordium". Eran adeptos del místico inglés G. P. Greves y predicaban la perfección moral del hombre por su propio esfuerzo y una vida ascética. La colonia francesa fundada por ellos duró poco tiempo.

[87] Órgano de los furieristas, que se publicó en París de 1832 a 1849. Cambió varias veces de título, extensión, formato y periodicidad en su publicación. De 1840 a 1843, se publicaba tres veces por semana. En agosto de 1843, los furieristas fundaron el diario titulado *La Démocratie pacifique* ("La Democracia pacífica") y *La Phalange* se convirtió en revista teórica del movimiento.

[88] Los "Trabajadores igualitarios" eran una sociedad secreta de comunistas franceses, partidarios de Babeuf; había sido fundada en 1840, formada en su mayoría por obreros. Los "Humanitarios" era otra sociedad comunista secreta de babevistas, agrupados en 1841 en torno al periódico *L'Humanitaire* ("El Humanitario"). Estas sociedades se

hallaban influidas ideológicamente por Théodore Dézamy y mantenían la tendencia materialista revolucionaria dentro del comunismo utópico francés.

89 Colonia comunista creada en Hampshire, en 1841, por los comunistas utopistas ingleses Robert Owen y sus adeptos, que existió hasta 1846.

90 El debate público entre John Wats, por aquel estonces propagandista activo del owenismo, y el orador cartista Jonathan Bairstow se sostuvo en Manchester los días 11, 12 y 13 de octubre de 1843. Todo parece indicar que Engels asistió personalmente a la controversia.

91 Pierre-Joseph Proudhon, *Qu'est-ce que la propriété? Ou recherches sur le principe du droit et du gouvernement* ["¿Qué es la propiedad. Investigación sobre el principio del derecho y del gobierno"], París, 1840.

92 *Le Populaire de 1841* era el órgano de propaganda del comunismo utópico pacífico de los cabetianos de Icaria. Se publicó en París de 1841 a 1852, dirigido hasta 1849 por Etienne Cabet. Se le llamaba "El Popular de 1841", para distinguirlo de un semanario radical, *Le Populaire*, dirigido por el mismo Cabet de 1833 a 1835.

93 La "Revista Independiente" era una revista mensual político-social influida por el socialismo utópico. Se publicó en París de 1841 a 1848 y su redacción estaba formada por Pierre Leroux, George Sand y Louis Viardot.

94 Se refiere a un escrito publicado por Lutero en 1525, que figura en el tomo XVIII de sus Obras Completas, Weimar, 1908, con el título de "Contra los campesinos insurrectos".

95 Die junge Generation: revista mensual, órgano de propaganda de una especie de comunismo utópico igualitario, que se publicó en Suiza de 1841 a 1843, dirigida por Wilhelm Weitling.

96 El libro de Weitling (*Das Evangelium des armen Sünders*) ["El Evangelio del pobre pescador"], se publicó en Berna, en 1845.

97 Se refiere a un libro titulado *Los comunistas en Suiza, según los papeles encontrados en poder de Weitling*. Reproducción textual del informe elevado al H. Gobierno de la ciudad de Zurich. Zurich, 1843, obra anónima, de que era autor el abogado y político derechista suizo Johann Caspar Blutschli.

98 Se trata del folleto de Engels sobre "Schelling y la revelación" (pp. 48-92, del presente volumen).

99 El poeta Herwegh había escrito al rey Federico Guillermo IV una carta, protestando de que el gobierno prusiano decretara la prohibición, en territorio alemán, de una revista mensual que Herwegh se proponía editar en Suiza, bajo el título de *Der Deutsche Bote* ("El Mensajero alemán"). La carta del poeta se publicó el 24 de diciembre de 1842 en la *Leipziger Allgemeine Zeitung* ("Gaceta General Alemana"), en vista de lo cual se reiteró por Real Orden la prohibición de la anunciada revista y se desterró de Prusia a Herwegh.

100 *The New Moral World* ("El Nuevo Mundo Moral"): semanario de los socialistas utopistas ingleses, fundado en 1834 por Robert Owen; se publicó hasta 1846, primero en Leeds y luego en Londres. De noviembre de 1843 a mayo de 1845, colaboró en él Federico Engels. (V. nota 85).

101 Edgar Bauer fue condenado a cuatro años de prisión, como autor del libro *Der Streit der Kritik mit Kirche und Staat* ["El conflicto de la crítica con la Iglesia y el Estado"], obra prohibida y confiscada por el gobierno prusiano.

102 Este ensayo de Engels, escrito a fines de 1843, suministró a Marx importantes sugestiones para su estudio de los problemas de la economía política. En el prólogo a su obra *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), Marx lo juzga como un "genial esbozo de crítica de las categorías económicas". En una carta sin fecha, escrita en 1871 y dirigida a Guillermo Liebknecht, Engels dice que este artículo "está completamente anticuado y lleno de inexactitudes". Encierra, sin embargo, una importancia innegable para quien se proponga investigar los orígenes de la crítica marxista de la economía política burguesa. El ensayo fue publicado por vez primera en los *Anales Franco-Alemanes* de París, en 1844.

103 Se alude aquí a la teoría a que Rousseau dio, en 1762, el nombre de "Contrato social", en su empeño por fundamentar los principios del derecho político, de la libertad e igualdad entre todos los hombres, como base de un "Estado racional". El pos-

tulado del "contrato social" entrañaba, en realidad, la reivindicación de la república democrática burguesa.

104 Seudónimo del autor de algunos folletos del siglo XIX publicados en Inglaterra, en los que predicaba la teoría maltusiana.

105 Alude a la "Ley de pobres" promulgada en Inglaterra en 1834. En ella prevalecía solamente una forma de ayuda para los indigentes: su instalación en asilos de trabajo, bajo un régimen de penas y de coerción. Estos asilos o casas de trabajo eran llamados por el pueblo "Bastillas de pobres".

106 Archivald Alison, "*The Principles of Population* ["Los principios de la población"], t. I, Londres, 1840.

107 De 1738 a 1835, se introdujeron en Inglaterra, para la mecanización de las faenas de la hilandería, varios inventos importantes, que contribuyeron poderosamente al desarrollo del capitalismo. En 1764, la máquina llamada "Jenny", inventada por James Hargreaves y perfeccionada en 1769-1771 por Richard Arkwright; en 1779, la máquina "mule" o "mule manual", inventada por Samuel Crompton; en 1825 la "mule automática", llamada también "Self-actor" (el automático), invento debido a Richard Robert.

108 Engels se refiere aquí a un trabajo que se proponía escribir sobre la historia social de Inglaterra, para el cual había reunido materiales durante su residencia en ese país, de noviembre de 1842 a agosto de 1844. En esta obra se proponía dedicar un capítulo especial a la situación de los obreros ingleses. Más tarde, cambió el plan y decidió consagrar al proletariado inglés una obra especial, cuya redacción terminó después de su regreso a Alemania: *La situación de la clase obrera en Inglaterra.* Esta obra es publicó en Leipzig, en 1845 (v. este volumen, pp. 279-553).

109 Este trabajo de Engels, publicado en los "Anales Franco-Alemanes", en forma de comentario y crítica de una obra de Carlyle, fue escrito en 1843. Tomando pie de algunas de las amargas críticas con que éste enjuicia la situación de Inglaterra, Engels analiza con gran profundidad las ideas de Carlyle en torno a la filosofía de la historia, el espíritu reinante en la sociedad moderna inglesa, la situación de las masas trabajadoras, el egoísmo de las clases burguesa y terrateniente, etc. En este examen, denota Engels la incapacidad que Carlyle adolece, al mantener su liberalismo radical, para descubrir más allá de las consecuencias sociales de las contradicciones inherentes a la sociedad burguesa, las verdaderas causas por las que éstas son generadas.

110 Se refiere a la derogación de un precepto según el cual sólo podían ocupar cargos públicos en el Estado quienes jurasen pertenecer a la iglesia anglicana. (V. también notas 120 y 125.)

111 El *laissez faire, laissez aller* ("¡dejad hacer, dejad pasar!") era la divisa de los economistas liberales, que predicaban el "libre juego de las fuerzas"; el lema de los economistas burgueses de aquel tiempo, partidarios del librecambio y de la no injerencia del Estado en la esfera de las relaciones económicas.

112 Se refiere a las "Tesis provisionales para la reforma de la filosofía", de Ludwig Feuerbach, publicadas en 1843, en la segunda parte de la colección titulada *Anekdota zur neuesten deutschen Philosophie und Publicistik* ("Anécdotas sobre la filosofía y la publicística alemanas contemporáneas").

113 Colonias interiores (*Home-colonies*): nombre que daba Robert Owen a sus sociedades comunistas modelo.

114 Un juico sobre Carlyle análogo a éste se contiene en una de las notas al libro de Engels *Die Lage der arbeitenden Klasse in Englad* ["La situación de la clase obrera en Inglaterra"], publicado en 1845. En la segunda edición alemana a esta obra, que vio la luz en 1892, Engels añadió poniendo su juicio al día, a la citada nota las palabras siguientes: "Pero la revolución de Febrero hizo de él un reaccionario consumado; lo que había sido la justa cólera contra los filisteos se trocó ahora en la amarga rabia del filisteo contra la tormenta histórica que lo arrojaba a la playa como un náufrago".

115 Al final de su estudio sobre Carlyle, que considera como una "introducción algo general", anuncia Engels su propósito de entrar a "examinar más de cerca la situación de Inglaterra y lo que es su meollo, las condiciones de vida de la clase obrera". Este propósito fue realizado en los artículos que figuran a continuación, y escritos algunos meses más tarde, que ya no pudieron publicarse en los "Anales Franco-Alemanes", de

los que sólo llegó a aparecer un número. Estos nuevos artículos vieron la luz en el *Vorwärts!* ("¡Adelante!"), periódico de lengua alemana, que se publicaba en París desde comienzos de 1844 (v. nota 133).

116 Engels se refiere aquí a los siguientes descubrimientos: el del sabio inglés Black, quien, basándose en el método cuantitativo, puso los fundamentos para la química de los gases; el de otro investigador inglés, Joseph Priestley, descubridor del oxígeno por la vía empírica, y el del francés Lavoisier, que sentó las bases para la explicación teórica de este descubrimiento, echando por tierra la hipótesis del flogisto.

117 Aún no se había escrito ni estudiado por aquel entonces la historia de las relaciones agrarias en Inglaterra. Investigaciones históricas posteriores han demostrado que la gran masa de los campesinos ingleses emancipados de la servidumbre personal de la gleba estaba formada, en los siglos XV a XVII, por los llamados *copyholders* (colonos hereditarios sujetos al pago de una renta feudal). La ciencia moderna emplea los términos de *vilains* (villanos), *bordars* (limítrofes) y *cottars* (pegujaleros) para designar diversas categorías de los campesinos siervos, en la Inglaterra medieval.

118 William Godwin, *Enquiry Concerning Political Justice and its Influence on Morals and Happiness* ["Investigación sobre la justicia política y su influencia en la moral y en la felicidad"], tomos I-II, Londres, 1796.

119 *England im Jahre 1835* ["Inglaterra en 1835"], obra en dos partes publicada en Leipzig en 1836 por el historiador reaccionario alemán Friedrich von Raumer.

120 Los *Test-Acts* o atestados de 1673 exigían de quienes desearan ocupar cargos en el Estado abjurar públicamente de la autoridad papal y jurar los dogmas de la iglesia anglicana. Esta ley, dirigida en sus orígenes contra la reacción católica, se convirtió luego en instrumento de lucha contra las distintas sectas y tendencias religiosas que disentían de los dogmas de la Iglesia oficial anglicana.

La ley sobre el *Habeas-Corpus* fue votada en 1679 por el parlamento inglés. Véase lo que Engels dice acerca del derecho del *Habeas Corpus*, en pp. 241-242 de su artículo.

El *Bill of Rights*, Ley sobre los derechos, aprobada en 1689 por el parlamento inglés, limitaba los derechos del rey en favor del parlamento y venía a reforzar el pacto sellado entre la aristocracia terrateniente y la alta burguesía financiera y comercial después del golpe de Estado de 1688.

121 Se refeire a la obra del jurista inglés William Blackstone titulada *Commentaries on the Laws and Constitution of England* ["Comentarios a las Leyes y Constitución de Inglaterra"], publicada en 1765-1769, y al libro editado en 1771 por el jurista suizo Jean Louis de Lolme, *Constitution de l'Angleterre* ["La Constitución inglesa"]. En ambas obras se hace una apología de la monarquía constitucional de Inglaterra.

122 *Magna Charta Libertatum* ("Carta Magna de las Libertades"): documento presentado al rey de Inglaterra. "Juan sin Tierra" por los grandes señores feudales que se sublevaron contra la Corona, apoyados por los caballeros y los vecinos de las ciudades. Esta Carta, firmada por el rey el 15 de junio de 1215, limitaba los derechos del monarca a favor de los grandes señores feudales y contenía algunas concesiones hechas a los caballeros y a las ciudades, pero no otorgaba ninguna clase de derechos a la gran masa de la población, formada por los campesinos siervos.

123 Referencia a la lucha librada por grandes masas del pueblo en pro de una reforma electoral en Inglaterra y que alcanzó su punto culminante en 1831.

124 Los "Treinta y nueve artículos" contenían la profesión de fe de la Iglesia anglicana, votada en 1571 por el parlamento inglés.

125 La Ley sobre las Corporaciones, votada en 1661, obligaba a las personas que ocuparan cargos electivos (principalmente en los órganos de la administración municipal) a reconocer los dogmas de la Iglesia anglicana.

126 *Repealers:* partidarios de la oposición a la unión de Irlanda por parte de Inglaterra, encabezados por O'Connell y otros políticos irlandeses partidarios de la autonomía. (V. nota 84).

127 *The Northern Star* ("La Estrella del Norte"): diario inglés, órgano central de los cartistas, fundado en 1837 y que se publicó hasta 1852, primero en Leeds y luego en Londres. Fue su fundador y director Feargus O'Connor; en la década del cuarenta, formaba parte de la redacción del periódico Julián Harney. De septiembre de 1845 a marzo de 1848, colaboró en él Federico Engels.

128 Albany Fonblanque, *England under Seven Administrations* ["Inglaterra bajo siete gobiernos"], tomos I-III, Londres, 1837.

129 Engels se refiere al código penal de Carlos V ("*Constitutio criminalis carolina*"), aprobado en 1532 por la Dieta de Regensburgo. Este código se singularizaba por el carácter duramente represivo de sus penas.

130 Se refiere a los *Deutsch-französische Jahrbücher* ("Anales Franco-Alemanes"), la revista editada en París por Carlos Marx y Arnold Ruge.

131 La *Gaceta de Tréveris* fue fundada en esta ciudad del Rin en 1757; desde 1815, se publicó bajo dicho título. A comienzos de la década del cuarenta del siglo XIX, era un periódico de tendencia radical, que publicaba de vez en cuando artículos sobre temas relacionados con el socialismo y del que era colaborador permanente Karl Grün, quien poco después se convirtió en principal vocero del llamado socialismo "verdadero".

132 *Der Sprecher o Heinisch-Westphalischer Anzeiger* ("Vocero Renano-Westfaliano"), periódico fundado en Dortmund en 1798. Se publicó en Wesel desde 1841. De 1842 a 1844 formó parte de su redacción Karl Grün.

133 Se refiere al *Vorwärts!* ("¡Adelante!") periódico bisemanal publicado en su lengua por los refugiados alemanes en París, de enero a diciembre de 1844 y al que Marx y Engels, con su influencia sobre la redacción, dieron una orientación comunista. Criticaba acerbamente a la reacción prusiana.

134 Se refiere a las revueltas de los tejedores de 1844, que tuvieron su centro principal en Silesia y fueron aplastadas por las tropas. En el mismo año, los obreros de Bohemia asaltaron las fábricas textiles de algunas localidades y destruyeron las máquinas.

135 *Kolnische Zeitung*. Se trata de un artículo sin firma bajo el título de "Un fantasma socialista", publicado en el suplemento al núm. 314 de este periódico, el 9 de noviembre de 1844.

136 El texto del poema, revisado por el autor, Enrique Heine, fue publicado en *Vorwärts!* el 10 de julio de 1844 y traducido al inglés por Engels.

137 Antología publicada en Darmstadt con el título de *Deutsches Bürgerbuch für 1845* ("Libro cívico alemán para 1845"), Mannheim, 1846. Contenía, entre otros, algunos trabajos de Engels, tomados de publicaciones inglesas, y una traducción suya de un fragmento de Fourier sobre el comercio, con una introducción y un epílogo del traductor.

138 Los *Rheinische Jahrbücher zur gesellschaftlichen Reform* ("Anales Renanos para la Reforma social"), de los que sólo llegaron a publicarse dos números, el primero en 1845 en Darmstadt y el segundo en 1846 en Belle-Vue, cerca de Constanza. El primero contiene los discursos pronunciados por Engels en Elberfeld el 8 y el 15 de febrero de 1845 y el segundo su artículo sobre "La fiesta de las naciones en Londres". En *La ideología alemana* (1845-1846), Marx y Engels critican duramente la tendencia ideológica de esta publicación, que se hallaba bajo la influencia del llamado socialismo "verdadero".

139 Apareció en Elbefeld, en 1845-1846, con el título de *Gesellschaftsspiegel* ("Espejo de la Sociedad") y el subtítulo de "Órgano de defensa de las clases del pueblo desposeídas y de esclarecimiento de la situación social del presente". Se publicaron, en total, 12 cuadernos. La dirigía Moses Hess y publicó artículos de los llamados socialistas "verdaderos".

140 Engels se refiere aquí al trabajo proyectado por Marx con el título de "Crítica de la política y de la economía política". El 1 de febrero de 1845 firmó Marx el contrato concertado con el editor Leske sobre la publicación de una obra de dos tomos con dicho título. Desde finales de 1843 Marx se ocupaba en el estudio de la economía política y ya en la primavera de 1844 se trazó la tarea de publicar una crítica de la economía política burguesa desde el punto de vista del materialismo y el comunismo. De los manuscritos redactados por aquel entonces sólo se ha conservado una parte que hoy lleva el título de "Manuscritos económico-filosóficos de 1844". Su trabajo para el libro titulado *La sagrada familia* vino a interrumpir temporalmente las labores para la economía política, cuyos estudios sólo pudo reanudar en diciembre de 1844. Son numerosos los resúmenes, extractos y notas redactados por Marx en los años 1845 y 1846, durante su estudio de los economistas ingleses y franceses. Sin embargo, tampoco esta vez logró Marx llevar a cabo su propósito. El 1 de agosto de 1846 escribía al editor Leske: "Consideraba muy importante escribir una obra polémica contra los filó-

sofos alemanes y desarrollar una exposición *positiva* fente al *socialismo alemán* de aquel tiempo. Esto es muy necesario para preparar al público desde el punto de vista de mi economía, que se enfrenta directamente a la ciencia alemana de aquel entonces". Por "Obra polémica" entiende Marx aquí la obra *La ideología alemana*, redactada por él en colaboración con Engels (1845-1846). El contrato sobre la edición de "Crítica de la política y de la economía política" fue anunciado por el editor en febrero de 1847.

141 Wilhelm Weitling. *Garantien der Harmonie und Fleiheit* ["Garantías de la armonía y la libertad"], Vivis, 1842.

142 Se refiere a palabras de Marx que figuran en su "Introducción a la Crítica de la filosofía del derecho de Hegel".

143 Se trata, principalmente, del artículo sobre los "Progresos de la reforma social en el continente" (v. pp. 145-159 del presente volumen).

144 Este discurso fue pronunciado por F. Engels en Elberfeld, en febrero de 1845, en una de las reuniones de que se habla en el texto (v. pp. 259-277).

145 Las cartas de John Finch se publicaron entre enero y septiembre de 1844 en el *The New Moral World*, con el título de "Notas de viaje por los Estados Unidos". Muchos de estos artículos tratan de las colonias comunistas creadas por aquel tiempo en Norteamérica.

146 Artículo, firmado con seudónimo, de Alexander Somerville, que se publicó en *The Morning Chronicle* ("La Crónica de la Mañana") el 13 de diciembre de 1842 y que contenía una detallada descripción de la colonia comunista "Harmony", fundada en Hampshire por Robert Owen.

147 *Das Westphälische Dampfboot*, revista mensual, dirigida por el socialista "verdadero" Otto Lüning, que se publicó de 1845 a 1848.

148 *Volksblatt*, "Revista mensual popular sobre los problemas más importantes del día", publicada en 1845 y 1846, en cuya redacción figuraba el amigo de Marx y Engels, D'Ester.

149 Colección de trabajos titulada *Neue Anekdota* ("Nueva Anécdota"), publicada en Darmstadt en mayo de 1845, en que figuraban trabajos de Moses Hess, Karl Grün, Otto Lüning y otros, prohibidos por la censura. El contenido de estos trabajos fue duramente criticado por Marx y Engels.

150 Pronunciados por Engels el 15 y 22 de febrero de 1845 en dos de las tres reuniones sobre el comunismo, celebradas, bajo la presidencia de Mosses Hess. En carta a Marx de 25 de febrero de 1845, escribe Engels, refiriéndose a estas reuniones: "En Elberfeld están ocurriendo cosas maravillosas. Celebramos ayer, en la sala más espaciosa del primer hotel de la ciudad, nuestra tercera reunión comunista. A la primera asistieron 40 personas, a la segunda 130 y a la tercera 300, cuando menos". Estos dos discursos fueron redactados por Engels para su publicación en los *Rheinische Jarbüch für gesellschaftliche Reform* ("Anales Renanos para la Reforma social"), que dirigía Hermann Puttmann. Acerca de esto escribe Engels a Marx, en carta de 17 de marzo de 1845: "También yo me propnía escribir para la revista de Puttmann una crítica de List, pero afortunadamente por Puttmann me he enterado a tiempo de tu propósito. Por lo demás, como yo me proponía abordar a List desde el punto de vista *práctico*, desarrollando las consecuencias *prácticas* de su sistema, lo que haré será reelaborar un poco más por extenso uno de mis discursos de Elberfeld".

151 En este y otros lugares, Engels suele emplear la expresión de "clase media" como sinónimo de "burguesía". En relación con esta terminología, conviene tener en cuenta lo que el propio Engels dice en el prólogo a su obra *La situación de la clase obrera en Inglaterra:* "La expresión de *clase media* es empleada siempre aquí con el mismo sentido del término *middle-class* (o *middle-classes*, como casi siempre suele decirse) que designa, como la palabra francesa *bourgeoisie*, a la clase dominante y especialmente a la clase poseedora, diferenciada de la aristocracia, la clase que en Francia y en Inglaterra se halla directamente en posesión del poder público y que en Alemania lo regenta indirectamente, en forma de la opinión pública". (V. *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, *supra*, p. 284 de este volumen).

152 *Cf.* el artículo titulado "Justificación del corresponsal del Mosela", de Carlos Marx, publicado en la "Gaceta Renana", enero de 1843, mismo que figura en el t. I de esta colección.

153 La Unión Aduanera (*Zollverein*) prusiano-alemana era la agrupación de diversos

Estados alemanes, bajo la hegemonía de Prusia, para eliminar las aduanas interiores, mediante una reglamentación común de las aduanas fronterizas. Fue fundada el 1 de enero de 1834 por Prusia y otros Estados miembros de la Confederación Alemana y abarcaba 18 Estados con más de 23 millones de habitantes. No entraron en ella Austria ni algunos Estados del Sur de Alemania.

154 Las ideas proteccionistas del economista alemán Friedrich List aparecen expuestas en el libro *Das Nationale System der politischen Ökonomie*, Stuttgart y Tubinga 1841.

155 Esta obra de Engels fue escrita en Barmen de mediados de noviembre de 1844 a mediados de marzo de 1845. Su estancia de casi dos años en Inglaterra (noviembre de 1842 a agosto de 1843) había permitido a Engels estudiar a fondo las condiciones de vida del proletariado inglés. En un principio, se proponía tratar este tema como capítulo de un estudio más vasto sobre la historia social de Inglaterra. Pero el conocimiento del papel fundamental que al proletariado corresponde en la sociedad burguesa le hizo cambiar de idea y desarrollar su trabajo, convirtiéndolo en una obra especial sobre la situación de la clase obrera inglesa.

La primera edición del libro, en alemán, se publicó en Leipzig, en 1845. Una "segunda edición revisada", a la que Engels añadió las notas de pie de página marcadas con el año (*Ed. 1892*), vio la luz en Leipzig en dicho año. Para entonces, habían aparecido ya dos traducciones al inglés, autorizadas por el autor (Nueva York, 1887, y Londres, 1892). En carta a Marx a París, que figura en el Apéndice, el 19 de noviembre de 1844, escribe Engels, refiriéndose a la preparación de esta obra: "Estoy metido hasta el cuello entre periódicos y libros amando mi libro... Levantaré un buen inventario de todos los pecados cometidos por los ingleses... Por lo demás, se entiende que disparo por elevación, es decir, que mientras van dirigidos también contra la burguesía alemana, a la que le digo bastante claramente que no tiene nada que echarle en cara a la inglesa, aunque es menos valiente, consecuente y hábil que ésta en la explotación. Tan pronto termine con esto, le llegará el turno a la Historia social en Inglaterra..." Por diversas razones, Engels hubo de desistir del propósito de escribir esta obra, ya bastante avanzada y de la que, según la concepción inicial, debía formar parte el estudio sobre la situación de la clase obrera.

156 La dedicatoria "A las clases trabajadoras de la Gran Bretaña" fue redactada por Engels en inglés. En la carta a Marx de 19 de noviembre de 1844 expresa su propósito de hacer una tirada aparte de este saludo "para enviarlo a los jefes de los partidos, literatos y miembros del parlamento de Inglaterra". En las ediciones alemanas de la obra publicadas en 1845 y 1892, esta dedicatoria se publicó en lengua inglesa; en la edición norteamericana de 1887 y en la inglesa de 1892 no se incluía la dedicatoria.

157 Hoy, estamos en condiciones de poder precisar algunos de los datos que aquí ofrece Engels. Sabemos, por ejemplo, que Arkwright no fue el inventor de la máquina de hilar, sino que se limitó a introducir en ella algunos perfeccionamientos. Engels, además, no tenía noticia de algunos inventos y descubrimientos llevados a cabo en otros países. Se sabe, entre otras cosas, que la máquina de vapor había sido descubierta ya en Francia, Alemania y Rusia cuando el inglés James Watt patentó su máquina de vapor en 1769.

158 En Durham (Inglaterra) se publicaba, desde 1820, un semanario con este título; en la década del cuarenta del siglo XIX, mantenía una tendencia liberal.

159 *Leyes fabriles*: referencia a las *Factories and Workshops Acts* ("Ley de fábricas y talleres") dictadas en 1819, 1825, 1831 y 1834 para reglamentar la jornada de trabajo y las condiciones de trabajo en la industria textil inglesa. Estas leyes de trabajo se eludieron en la mayoría de los casos porque la inspección por sí misma no aseguraba su cumplimiento.

*Ley de Pobres*: fue promulgada por el parlamento inglés en 1834. Sólo admitía una forma de socorrer a los indigentes: la de internarlos en las llamadas Casas de Trabajo, que mantenían un régimen de prisión y trabajos forzados. El pueblo llamaba a estas Casas de Trabajo las "Bastillas de los pobres".

160 Se refiere al informe del predicador G. Alston, que apareció primero en *The Weekly Dispatch*, órgano radical burgués, y más tarde en el periódico cartista *The Northern Star*, núm. 338, 4 de mayo de 1844.

161 El más importante diario inglés, de tendencia conservadora, fundado en Londres

el 1 de enero de 1785 con el nombre de *Daily Universal Register* y que el 1 de enero de 1788 cambió su título por el de *The Times.*

162 El informe citado por Engels, emitido por un Comité nombrado por los vecinos de Huddersfield el 19 de junio de 1844 para investigar las condiciones sanitarias de la ciudad, se publicó en el *Northern Star* el 10 de agosto del mismo año.

163 Kersall-Moor era una colina cercana a Manchester, en la que solían reunirse los obreros. Engels la llama "el monte sagrado", por analogía con la famosa colina de Roma en la que, según la tradición, se congregaron los plebeyos, en el 494 a. n. e., al levantarse contra los patricios.

164 Periódico liberal de la burguesía inglesa; órgano de los librecambistas y, más tarde, del partido liberal; fundado en Manchester en 1821.

165 El informe del cura W. Champney sobre la situación de los obreros portuarios de Londres se publicó en *The Weekly Dispatch* y fue reproducido por *The Northern Star* el 4 de mayo de 1844.

166 *Vital Statistics of Glasgow, illustrating the Sanitary Condition of the Population* ("Estadísticas vitales de Glasgow, que ilustran la situación sanitaria de la población"). El artículo del Dr. R. Cowan se publicó en octubre de 1840 en el *Journal of the Statistical Society of London* ("Revista de la Sociedad de Estadística de Londres").

167 "Ley sobre construcciones metropolitanas", una ley especial sobre las construcciones en Londres, aprobada en 1844 por el parlamento inglés.

168 La ley de 1802 prohibía el trabajo nocturno de los niños menores de 12 años en las fábricas de hilados y tejidos de algodón, y limitaba a 12 horas su jornada de trabajo. La ley de 1825 establecía que las pausas por las comidas no deberían exceder de hora y media, para que la jornada de trabajo no durase más de 13 ½ horas. Pero ninguna de las dos leyes preveía cualquier control por parte de los inspectores fabriles, razón por la cual los fabricantes no las acataban.

169 La ley de 1819 prohibía dar trabajo a niños menores de 9 años en las fábricas de hilados y tejidos de algodón, prohibía el trabajo nocturno de niños y adolescentes entre los 8 y los 16 años y limitaba a 12 horas, sin contar las pausas, el trabajo diurno. Pero, como los fabricantes organizaban las pausas a su antojo, la jornada de trabajo se extendía en realidad a 14 horas y aún más.

170 *The Fleet Papers:* título de una publicación semanal editada en forma de cartas abiertas por Richard Oastler desde la prisión de deudores de la Fleet-Street, en 1841-1844.

171 El poema de Edward P. Mead titulado "El rey vapor" fue traducido al alemán por Engels; el texto inglés del poema se publicó el 11 de febrero de 1843 en *The Northern Star* (núm. 274) y contenía dos estrofas más.

172 Revista publicada en París desde 1829, con el subtítulo de "Bisemanario de Historia, Política, Literatura y Arte".

173 En sus primeras obras, Marx y Engels hablan todavía de venta del trabajo. Más tarde, Marx demostró que el obrero no vende su trabajo, sino su *fuerza de trabajo.* Cf. acerca de este punto la explicación de Engels en su introducción a la reedición de la obra de Marx, *Trabajo asalariado y capital,* t. XI, pp. 1 *ss.*

174 Cuenta la tradición que, en 494 a. n. e., el patricio romano Menenio Agripa, para disuadir a la plebe romana de su lucha contra el patriciado, después de su retirada al llamado Monte Sagrado, recurrió a la parábola de los miembros del organismo humano que se negaban a obedecer al estómago, considerándolo como el ocioso devorador de los alimentos, con lo que pusieron al hombre en trance de morir.

175 "Motines de espías": nombre que se dio a los choques producidos en Sheffield, Barton y otras ciudades, entre los cartistas y la policía, instigados por agentes provocadores. Estos disturbios dieron pie a numerosas detenciones de dirigentes y militantes del movimiento.

176 "Home Colonies" o colonias interiores, llamaba Robert Owen a sus sociedades modelo de tipo comunista.

177 Los "Institutos de mecánica" eran escuelas nocturnas en las que se instruía a los obreros en algunas materias técnicas y de cultura general. Los primeros centros de esta naturaleza se fundaron en Glasgow, en 1823, y en Londres, en 1824. A comienzos de la década del cuarenta, funcionaban más de doscientas escuelas de éstas, principalmente en las ciudades fabriles de Lancashire y Yorkshire. Los patronos utilizaban

estos centros de enseñanza popular para desarrollar los conocimientos de los obreros calificados que necesitaban para su industria y, al mismo tiempo, procuraban influir ideológicamente sobre ellos.

178 Semanario de minería, tráfico y comercio, fundado en Londres, en 1835.

179 Esta ley, que prohibía el trabajo bajo tierra de las mujeres y los niños menores de 10 años, fue aprobada por el parlamento el 10 de agosto de 1842.

180 Derecho de la persona condenada a que sea revisada su causa para decidir si el arresto ha sido o no legal y si debe mantenerse o revocarse. Principio establecido en la Carta Magna inglesa de 1215 y reglamentado por una ley de 1679, que puede dejarse sin efecto en los procesos considerados de alta traición.

181 El llamado "Tribunal de la Reina", uno de los tribunales más viejos de Inglaterra, era en el siglo XIX (hasta 1873) el tribunal de suprema apelación para las causas penales y civiles.

182 En la "Historia de los seis hermanos del barbero", de las "Mil y Una Noches", se habla de la mesa o festín de los Barmácidas. En este episodio, uno de los ricos Barmácidas se burla de un pobre hambriento, a quien invita a un banquete simulado, en el que sólo sirve al invitado palabras y gestos muy amables.

183 Fue el día (27 de julio de 1794) en que se derrocó la dictadura de Robespierre y de los jacobinos, asestando con ello un golpe de muerte a la Revolución francesa y abriendo el camino de la contrarrevolución hacia la dictadura militar napoleónica.

184 En esta serie de artículos, escritos para *The Northern Star*, hace Engels un agudo análisis de la estructura de clases de la sociedad alemana de mediados de siglo, poniendo de manifiesto las influencias de la Revolución francesa sobre el desarrollo de Alemania. A la par que lucha decididamente por la unidad democrática de Alemania, Engels fustiga las tendencias regresivas que prevalecen en los Estados alemanes, principalmente en Prusia, la dominación de los militares y de la burocracia y el despotismo de los grandes y pequeños príncipes. Conjuntamente con ello, se ponen también de manifiesto con gran claridad el estrecho carácter de clase del liberalismo alemán de aquel tiempo y las limitaciones de la democracia burguesa, en aquel país.

185 Nombre que en la baja Edad Media se daba al Imperio alemán, desde la coronación del emperador Otón I de Alemania como emperador romano, en 962.

186 La lucha por la independencia de Suiza data ya de los siglos XIII y XIV. En 1499, en la llamada Paz de Basilea, fue reconocida la independencia de este país por el tratado entre Suiza y el Sacro Romano Imperio de la nación alemana.

187 Era, hasta su disolución en 1806, el Tribunal Supremo de Alemania, conjuntamente con el Tribunal Palatino del Imperio. Creada en 1495, tuvo su sede de 1693 a 1806 en la ciudad de Wetzlar, en Hesse.

188 La Constitución de 1791 fue votada por la Asamblea Constituyente y declaró a Francia monarquía constitucional. La insurrección popular del 10 de agosto de 1792, que derrocó al rey, puso fin a esta monarquía.

189 Los Girondinos eran los representantes de la burguesía comercial e industrial francesa. En las jornadas del 31 de mayo al 2 de junio de 1793, fueron derrocados y aplastados por el sector más revolucionario de la burguesía, el partido de los Jacobinos.

190 En la noche del 4 de agosto de 1789, la Asamblea Nacional Constituyente, bajo la presión de las insurrecciones campesinas producidas a lo largo de Francia, abolió algunos de los derechos feudales de la nobleza.

191 En 9 Termidor (27 de julio de 1794) se produjo el derrocamiento de Robespierre y de la dictadura de los Jacobinos, en la Revolución francesa. Fue el golpe reaccionario con que se inició la marcha hacia la implantación de la dictadura militar de Napoleón que puso fin a la Revolución francesa, tomando de ella solamente lo que favorecía los intereses de la alta burguesía.

192 La guerra contra Inglaterra decretada por Napoleón I duró de 1803 a 1815. Napoleón impuso el "bloqueo continental" con el fin de desplazar a la burguesía inglesa de los mercados europeos. Todos los Estados vasallos de Francia y sus aliados se sumaron al bloqueo. Éste fue levantado después de la derrota de Napoleón en Rusia.

193 Estos artículos "Sobre Alemania" fueron escritos por Engels para rebatir la interpretación nacionalista-reaccionaria que se daba de la historia de Alemania, y especialmente de la guerra de 1813-1815 contra la Francia napoleónica. La crítica de este punto de vista nacionalista, lleva a Engels, aquí, a recargar sus juicios en uno de los

sentidos. No cabe duda de que en esta guerra las clases dominantes y las dinastías gobernantes se aprovecharon de la lucha nacional de liberación librada por las masas populares contra la política rapaz de Napoleón para restablecer en Europa el régimen feudal. Más tarde, en 1888, en su artículo sobre "El papel de la violencia en la historia", enjuiciando nuevamente este período histórico, escribió Engels: "La guerra general de los pueblos contra Napoleón fue la reacción del sentimiento nacional que Napoleón había pisoteado en todos los pueblos".

194 Los "Legitimistas" eran los partidarios de la Monarquía "legítima" de los Borbones, que gobernó en Francia de 1589 a 1793 y durante el período de la Restauración, de 1814 a 1830.

195 La "Santa Alianza": la alianza sellada por las potencias contrarrevolucionarias contra todos los movimientos progresivos de Europa. Fue creada el 26 de septiembre de 1815, a iniciativa del zar de Rusia Alejandro I, por las potencias vencedoras sobre Napoleón. Se adhirieron a ella, con Austria y Prusia, casi todos los Estados de Europa. Los monarcas aliados se obligaron a apoyarse mutuamente para reprimir cualquier movimiento revolucionario, donde quiera que estallase.

196 Matanza de Peterloo: el 16 de agosto de 1819 fueron sangrientamente reprimidos por los húsares en la pradera de San Pedro, cerca de Manchester, 60 000 hombres, principalmente obreros, que se habían congregado para manifestarse en pro del sufragio universal y de mejores condiciones de trabajo y salarios más altos. Eran las mismas tropas de húsares que habían luchado en Waterloo: de ahí el nombre de "Peterloo" o Waterloo de Peter (San Pedro).

197 El Acta Federal, que confirmó la Confederación alemana, pero sin acabar con el fraccionamiento del país, fue aprobada por el Congreso de Viena el 8 de junio de 1815. El art. 13 prometía dar una Constitución a todos los Estados agrupados en la Confederación alemana, pero esta promesa jamás se cumplió.

198 La Vendée era una provincia de Francia en la que, durante la Revolución francesa (en 1793) estalló una insurrección contrarrevolucionaria encabezada por la nobleza y apoyada por los campesinos de aquella atrasada región. Vendée pasó a ser sinónimo de tendencias e ideas contrarrevolucionarias.

199 Para mantener altos los precios del trigo, los terratenientes ingleses hicieron que el parlamento aprobara en 1815 una ley que prohibió la importación de cereales del continente a Inglaterra, salvo en ciertas condiciones excepcionales.

200 Referencia a la revolución encabezada en España en 1820 por el general Riego bajo la bandera de la Constitución de Cádiz, y a los movimientos revolucionarios que estallaron en Nápoles y Palermo en julio de 1820, en Portugal en agosto del mismo año y en el Piamonte en marzo de 1821. Estos movimientos fueron sofocados por la intervención de las tropas de la Santa Alianza, que envió a España una expedición armada francesa (los "Cien mil hijos de San Luis") y a Italia otra austriaca.

201 La sociedad secreta de los Carbonarios (La *Charbonnerie)* fue fundada en Francia a fines de 1820, tomando como modelo la sociedad italiana de los *Carbonari*. Se agrupaban en ella representantes de diferentes tendencias políticas, conjurados para derrocar a los Borbones. En 1822, se organizó una conspiración encargada de provocar una sublevación en las guarniciones militares de varias ciudades francesas (Belfort, La Rochelle y otras). El fracaso de esta conspiración y la ejecución de sus jefes pusieron fin a la sociedad de los Carbonarios.

202 En los años 1816-1819 se produjo en Inglaterra un auge del movimiento democrático de masas en favor de una reforma electoral.

203 En 1821, el pueblo griego se levantó contra la secular dominación turca, proclamando su independencia el 13 de enero de 1822. La lucha de liberación de los griegos duró hasta la derrota de Turquía en su guerra contra Rusia (1828-29). En el tratado de paz de Adrianópolis (septiembre de 1829), Turquía reconoció la independencia total de Grecia.

204 27 a 29 de julio de 1830, en que se desarrolló la revolución de Julio de 1830, con el triunfo del pueblo.

205 La revolución aristocrática de Polonia estalló el 29 de noviembre de 1830. Iba dirigida contra el zarismo y no se proponía resolver los candentes problemas sociales del país. La debilidad del elemento democrático, puso la dirección del movimiento en manos de la nobleza. "La revolución de 1830 —dice Engels— no fue ni una revolu-

ción nacional (quedaron al margen de ella las tres cuartas partes de los polacos) ni una revolución política o social; no hizo cambiar para nada la situación del pueblo en el interior del país; fue, sencillamente, una revolución conservadora".

206 En el acta final de la Conferencia de Ministros de Viena, el 12 de junio de 1834, los príncipes alemanes se comprometían a prestarse mutua ayuda en la lucha contra el movimiento liberal y democrático. Este documento fue publicado por el escritor liberal K. T. Welcker en su obra *Wichtigs Urkunden für den Rechtszuntand der deutschen Nation* ["Documentos importantes para el estado jurídico de la nación alemana"], Mannheim, 1844.

207 El ministro del Interior de Inglaterra, Sir James Graham, provocó la indignación de los círculos democráticos cuando, en 1844, ordenó a las autoridades de Correos de su país violar las cartas de los emigrados revolucionarios italianos y comunicar su contenido al gobierno austriaco. Se cree generalmente que fueron delatados de este modo los hermanos Bandiera, oficiales italianos del ejército austriaco, a quienes se ejecutó por sus planes de liberar a Nápoles.

208 "Circular contra los aranceles sobre el pan", boletín de agitación de la Liga Anticerealista, cuyo título anterior era *The Anti-Corn-Law Circular* ("Circular de la Liga Anticerealista"); se publicaba en Manchester, quincenalmente, de abril de 1839 a septiembre de 1843.

209 Fiesta celebrada en Londres, el 22 de septiembre de 1845. Los textos de los discursos allí pronunciados fueron tomados por Engels de una crónica publicada en el *Northern Star* el 27 de septiembre. Este mítin sentó las bases para la sociedad democrática internacional de los *Fraternal Democrats* ("Demócratas fraternales"), a la que se sumaron los representantes del ala izquierda del movimiento cartista, algunos obreros alemanes, miembros de la Liga de los Justos, y emigrados políticos de otras nacionalidades residentes en Londres. Marx y Engels habían intervenido en la organización de este mitin, al que daban gran importancia. En el primer párrafo de este artículo, Engels ironiza en torno a los argumentos típicos de una serie de socialistas "verdaderos" (Grün, Lüning y otros), en quienes la actitud nihilista ante otros países se combinaba con frases nacionalistas sobre la superioridad de la nación alemana. Engels critica estas ideas, a las que opone el principio de la solidaridad entre los proletarios de todos los países.

210 Palabras de un poema de Heine, en que se fustiga el filisteismo y la inercia de los burgueses alemanes, contrastándolos con la grandeza de la Roma antigua.

211 La "Çarmañola": canción revolucionaria francesa, nacida por los días de la Revolución de 1792 y cuyo texto fue variando al calor de las luchas.

212 La Constitución de 1793 fue redactada durante la Revolución francesa, en los primeros meses de la dictadura de los Jacobinos. La "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano", que le antecedía, proclamaba la soberanía del pueblo y el derecho de éste a levantarse contra un gobierno tiránico, y declaraba el deber de la sociedad a procurar trabajo a los menesterosos y a velar por los incapacitados para trabajar. Se introducía en ella el sufragio universal y se declaraba intangible la propiedad privada. La guerra civil y la intervención contrarrevolucionaria impidieron que se pusiera en vigor esta Constitución, eliminada por el golpe de Estado del 9 Termidor de 1794.

213 En las batallas de Jemappes (6 de noviembre de 1792) y Fleurus (26 de junio de 1794) derrotó el ejército revolucionario francés a las tropas de la primera coalición formada por las monarquías europeas contrarrevolucionarias.

214 En agosto de 1845, Marx y Engels intervinieron en Londres en pro del acercamiento entre los representantes del movimiento obrero inglés y los emigrados políticos polacos.

215 El poema épico de Thomas Cooper, "El purgatorio de los suicidas" se inspiraba en el poema de Byron "Childe Harold's pilgrimage" ("La peregrinación de Childe Harold") y se publicó en Londres en 1845.

216 *L'Union* era una revista mensual, que se publicó en París de 1843 a 1846, editada por un grupo de obreros influidos por las ideas sansimonianas.

217 En el proceso de abril se vieron encartados 167 dirigentes del movimiento republicano y obrero francés, acusados de alta traición, en relación con la insurrección de Lyon y las manifestaciones revolucionarias producidas en París y otras ciudades en abril

de 1834. Entre los acusados figuraban algunos miembros de la Sociedad de los Derechos del Hombre. La mayoría de los procesados fueron condenados a duras penas de cárcel y deportación en las colonias.

218 Artículo escrito bajo el gobierno de Luis Felipe de Orleáns, el llamado "rey burgués" (1830-1848).

219 *Le National*: diario francés, que se publicó en París de 1830 a 1851; en la década del cuarenta, órgano de los republicanos moderados.

*La Reforma*: diario francés, órgano de la democracia republicana pequeñoburguesa; se publicó en París, de 1843 a 1850. En él colaboró Engels en los años 1847 y 1848.

220 *Histoire édifiante et curieuse de Rothschild Ier., Roi des Juifs* ["Historia edificante y curiosa de Rothschild I, rey de los judíos"]. Era autor de este panfleto J. M. Dernevel.

221 Se refiere a la Real Orden de Federico Guillermo IV, dada el 3 de febrero de 1847, convocando la Dieta Unida de Prusia, con representantes de las ocho Dietas o parlamentos provinciales. Su convocatoria era un acto gracioso del rey. Formaban parte de ella dos Curias: la del estamento de la nobleza y la de los tres estamentos. La primera agrupaba a 70 representantes de la alta nobleza; de la segunda formaban parte 237 representantes de los nobles, 182 de las ciudades y 124 de los municipios rurales. Las facultades de la Dieta se reducían a autorizar empréstitos, en tiempo de paz, y a votar nuevos impuestos o la elevación de los existentes; sólo tenía voz consultiva en los proyectos de ley y el derecho a elevar peticiones al monarca. La Dieta Unida, que inauguró sus sesiones el 11 de abril de 1847, sólo funcionó hasta el 26 de junio del mismo año, en que fue disuelta por orden del rey, en vista de que la mayoría rechazó todas las peticiones de dinero del gobierno y votó en contra de un nuevo empréstico público.

222 *Times:* el más importante diario conservador inglés, fundado en Londres el 1 de enero de 1785 con el título de *Daily Universal Register*, que el 1 de enero de 1788 cambió por el nuevo nombre: *The Times.*

*The Globe and Traveller* ("El Globo y el Viajero"): diario inglés, publicado en Londres desde 1803; órgano de los *whigs* o liberales y periódico oficial del gobierno en los períodos en que éstos estaban en el poder.

223 *Journal des Débats:* título abreviado del diario francés *Journal des Débats politiques et littéraires*, fundado en París en 1789; durante la monarquía de Julio, órgano del gobierno; portavoz de la burguesía orleanista.

224 Aquí, se trata de la ley de junio de 1846 aboliendo los aranceles protectores sobre el trigo. Las llamadas leyes sobre el trigo, que limitaban o restringían la importación de cereales en Inglaterra, protegían los intereses de los terratenientes. La derogación de estas leyes en 1846 representaba una victoria de la burguesía industrial, quien había luchado contra ellas bajo la consigna del librecambio.

225 El 3 de junio de 1840 murió Federico Guillermo III, y el 15 de octubre subió al trono Federico Guillermo IV, rey de Prusia.

226 El 5 de mayo de 1789 volvieron a convocarse en Francia, después de cerca de dos siglos de no reunirse, los *États généraux* o Cortes, representaciones de la nobleza, el clero y el "tercer estado". Bajo la invocación de que el tercer estado abarcaba el 96 por ciento de toda la nación, el 17 de junio de 1789 se erigió en Asamblea Nacional Constituyente.

227 En 1815, había decretado el Congreso de Viena un nuevo reparto de Polonia, por el que se asignaban a Prusia los territorios de la Prusia occidental y Posen, a Austria la Galizia (sin la ciudad de Cracovia, declarado Estado libre) y a Rusia, como reino de Polonia, el gran ducado de Varsovia, reestablecido por Napoleón en 1817.

228 En febrero de 1846 se preparaba en los territorios polacos un levantamiento encaminado a la liberación nacional de Polonia. Se hallaban al frente del movimiento, principalmente, los demócratas revolucionarios polacos. El levantamiento fracasó, por la traición de elementos de la baja nobleza y la detención de los dirigentes de la sublevación por la policía prusiana, y sólo se produjeron algunos movimientos aislados. La insurrección triunfó solamente en Cracovia, el 22 de febrero, pero fue aplastada por el gobierno austriaco poco después. En noviembre, la ciudad de Cracovia fue incorporada a Austria mediante un tratado suscrito por Austria, Prusia y Rusia.

229 Este trabajo fue motivado por la Real Orden de Federico Guillermo de Prusia

convocando a la Dieta Unida del reino (v. nota 221). Engels se proponía publicarlo como folleto en Alemania, pero no pudo realizar el propósito, por haber sido detenido el impresor. El manuscrito se ha conservado incompleto.

230 Partidarios de *La Réforme*, que abogaba por la implantación de la república y por una serie de reformas democráticas y sociales.

231 Adeptos de la dinastía de los Borbones, derrocados en Francia en 1830; representantes de los intereses de los grandes terratenientes hereditarios. En su lucha contra la dinastía gobernante de los Orleáns, que se apoyaba en la aristocracia financiera y en la gran burguesía, una parte de los legitimistas recurrían a veces a la demagogia social, haciéndose pasar por defensores de las clases laboriosas contra la explotación de la burguesía.

232 La "Joven Inglaterra" (*Young England*): grupo de políticos y literatos ingleses del partido *tory*, formado a comienzos de la década del cuarenta. Expresaban el descontento de la aristocracia de la tierra por el creciente poder económico y político de la burguesía y empleaban recursos demagógicos para ganarse las simpatías de la clase obrera, en su lucha contra la burguesía. Marx y Engels, en el *Manifiesto Comunista*, caracterizan las ideas de este grupo con el nombre de "socialismo feudal". Eran representantes destacados de la "Joven Inglaterra" Disraeli, Thomas Carlyle y otros.

233 Bloqueo económico decretado contra Inglaterra por Napoleón I. Después de la derrota naval de Trafalgar, en que la flota francesa fue destruida por los ingleses, Napoleón trató de dar la batalla a Inglaterra en el terreno económico, mediante el "bloqueo continental".

234 Derecho feudal de los terratenientes a actuar de jueces sobre sus campesinos, que subsistía en Alemania, con restricciones, desde 1848; fue abolido en 1877.

235 Este artículo de Engels comenta el Congreso internacional de economistas o Congreso de Librecambistas, celebrado en Bruselas del 16 al 18 de septiembre de 1847. Fue convocado para examinar cómo habría de llevarse a cabo en el continente el movimiento promovido en Inglaterra por la Liga Anticerealista (*Anti-Corn-Law-League*), encaminado a suprimir los obstáculos económicos que se levantaban entre los diversos países. Entre los miembros del Congreso figuraban también Carlos Marx y Georg Weerth. El nombre de Marx aparece en la lista oficial de los congresistas (v. *Journal des économistes*, t. XVIII, octubre 1847, p. 275).

236 Engels se refiere aquí a la intervención de Weerth, quien, sin embargo, no habló el segundo día, sino el tercero, con un discurso que produjo gran impresión. (V. algunos extractos de este discurso en pp. 633, 634 y 635.)

237 Alusión al testamento de Bentham, cumplido por Bowring, en que se ordenaba que su cadáver se utilizara para fines científicos.

238 El artículo aquí anunciado no llegó a publicarse en la *Deutsche Brüsseler Zeitung*.

239 "Economista": semanario inglés sobre cuestiones de economía y política, que se publica en Londres desde 1843; órgano de la gran burguesía industrial.

240 *The League*: revista inglesa, órgano de la Liga Anticerealista; se publicó en Londres de 1843 a 1846.

*The Manchester Guardian:* diario inglés, órgano de los partidarios del librecambio; más tarde, vocero del partido liberal; se publicó en Manchester desde 1821.

241 El texto del discurso de Weerth que aquí cita Engels difiere en algunos puntos del recogido en las *Obras completas* (*Sämtliche Werke*) de Georg Weerth, tomo II, p. 128. En la versión inglesa, Weerth dice hablar "en nombre de cinco millones de obreros ingleses", mientras que en la versión alemana de la citada edición da la cifra de "tres millones". Hay, además, otras variantes. La versión que aquí recogemos se basa en el texto de la edición alemana de las *Obras completas* de Weerth.

242 En agosto de 1842, la *Liga Anticerealista*, tratando de explotar el movimiento cartista en contra del gobierno y de los terratenientes, incitó a los obreros a manifestarse. Pero el empuje de las huelgas y movimientos de protesta de los obreros asustó a la burguesía liberal, moviendo a ésta a apoyar las represalias del gobierno. La conducta provocadora de los radicales y liberales burgueses contribuyó a alejar de ellos a los cartistas.

243 A comienzos de la década del treinta el movimiento obrero inglés luchó por una serie de reformas políticas. La burguesía liberal se valió de esta lucha para lograr, en 1832, una pequeña reforma parlamentaria.

En la revolución de Julio de 1830, los obreros de París lograron derrocar la dinastía de los Borbones. La burguesía financiera se aprovechó de ello para instaurar su dominación bajo el reinado de Luis Felipe.

En agosto de 1830, se inició en Bélgica la revolución nacional burguesa. Se impuso la separación de Holanda y Bélgica se convirtió en Estado independiente.

[244] Se refiere a la sangrienta represión de la insurrección de los obreros de Lyon en 1831 y 1834 y a las acciones punitivas de las tropas del gobierno en Buzançais (departamento francés del Indre), a comienzos de 1847, en contra de un tropel de obreros hambrientos que asaltaron los cargamentos y depósitos de trigo de propiedad de los especuladores.

[245] Estos dos artículos se publicaron en la sección titulada "Polémica", de la *Gaceta Alemana de Bruselas.* Al pie del primero figuraba la siguiente *Nota* de la redacción: "Como réplica al trabajo de Karl Heinzen (publicado en el núm. 77), los comunistas nos envían estas cuartillas. Nos permitimos recordar, con este motivo, haciendo gran hincapié en ello, el excelente consejo de no dividirse en la lucha contra el enemigo común". Por una carta suya a Marx, sabemos que Engels envió al periódico su primer artículo al día siguiente de aparecer el de Heinzen.

[246] Se refiere a los dos siguientes libros: Karl Heinzen, *Die Pressische Bureaukratie* ("La burocracia prusiana"), Darmstadt, 1845, y Jacobus Venedy, *Preussen und Preussenthum* ("Prusia y el prusianismo"). Mannheim, 1839.

[247] Heinzen se representaba a la futura Alemania como una federación republicana de países autónomos, por el estilo de Suiza. Por eso, para muchos demócratas pequeñoburgueses que entonces militaban en el movimiento por la unificación de Alemania, el símbolo eran los colores de la bandera republicana: negro, rojo y oro. Marx y Engels, por el contrario, abogaban por la República alemana una e indivisible.

[248] Los manifiestos y proclamas publicados por Karl Heinzen en los años 1845-1846 se reproducen en su libro *Deutsche Revolution, Gesammelte Flugschriften* ("La Revolución alemana. Proclamas reunidas"), Berna, junio 1847.

[249] Se refiere a algunas de las grandes sublevaciones de campesinos de la Edad Media: las encabezadas por Wat Tyler (1381) y Jack Cade (1450) en Inglaterra, la francesa (Jacquerie) de 1358, y la guerra de los campesinos alemanes de 1524-25. Más tarde, después de estudiar la historia de las luchas campesinas contra el feudalismo y la experiencia de los levantamientos campesinos en las revoluciones de 1848-49, Engels modificó sus juicios sobre el movimiento campesino. En su obra *La guerra de los campesinos alemanes* y en otros trabajos, pone de manifiesto el carácter revolucionario-libertador de las insurrecciones campesinas y su importancia en la lucha contra el feudalismo.

[250] J. Fröbel. *System der sozialen Politik* ["Sistema de política social"], 2a. edición de la *Neue Politik* ("Nueva Política"), partes I y II, Mannheim, 1847.

[251] Liga conspirativa afín a la de los francmasones, fundada en Baviera en 1776. Estaba formada por elementos de la burguesía y la nobleza contrarios al despotismo monárquico, pero contrarios, al mismo tiempo, al movimiento democrático. En sus estatutos se obligaba a los miembros de filas a prestar ciega obediencia a los jefes de la sociedad. Esta fue disuelta en 1784 por las autoridades de Baviera.

[252] Del poema de Heine *Atta Troll*, cap. 24.

[253] *Der Heinzenischen Staat. Eine Kritik von Stephen*, Berna, 1847, ed. por E. Rätzer. El autor de este folleto era Stephan Born.

[254] La guerra civil suiza que sirve de motivo a este artículo fue desencadenada por siete cantones católicos de la Confederación. Ya en 1823, estos cantones, económicamente atrasados, habían creado entre ellos una federación aparte, el "Sonderbund", con el fin de hacer frente a las transformaciones progresivas impuestas a Suiza por el desarrollo de la burguesía y de defender en su territorio los privilegios de los jesuítas y de la iglesia. Se hallaban al frente del Sonderbund los círculos católicos y las capas altas del patriciado de las ciudades. Las pretensoines reacconiarias del Sonderbund chocaban con la resistencia de los radicales y liberales burgueses, que a mediados de la década del cuarenta tenían la mayoría en casi todos los cantones y en la Dieta Federal suiza (Tagsatzung). El acuerdo tomado en julio de 1847 por la Tagsatzung de disolver el Sonderbund sirvió a éste de bandera para desencadenar, a comienzos de noviembre,

acciones militares contra los demás cantones. El 23 de noviembre, las tropas del Sonderbund fueron derrotadas por las del ejército confederal. Después de esta victoria se aprobó la nueva Constitución de 1848, por la que Suiza se convertía de una Confederación de Estados en un Estado confederado.

255 En la batalla de Sempach (cantón de Lucerna) vencieron los suizos, el 9 de julio de 1386, a las tropas del archiduque austriaco Leopoldo III. Murten es una ciudad del cantón de Friburgo, donde el 22 de junio de 1476 derrotaron los suizos a las tropas del duque Carlos el Temerario, de Borgoña.

256 Llama Engels la Suiza primitiva a los cantones montañeses que en los siglos XIII y XIV formaban el núcleo originario de lo que luego sería la Confederación suiza.

257 En Morgarten se libró el 15 de noviembre de 1515 una batalla entre las tropas suizas y el ejército de Leopoldo de Habsburgo, en la que vencieron los suizos.

258 Nombres de célebres batallas de la Grecia antigua, en que los griegos derrotaron a los invasores persas (500 a 449 a. n. e.).

259 Una de las leyendas sobre la fundación de la Confederación helvética, según la cual ésta nació en 1291 del pacto entre los tres cantones originarios de Schwyz, Uri y Unterwalden. Según la tradición legendaria, los representantes de los tres cantones se reunieron en la pradera de Grütli, ante las montañas, donde juraron eterna fidelidad a la Confederación, en su lucha contra la dominación austriaca.

260 Granson: ciudad del cantón de Waadt, en cuyas inmediaciones, el 2 de marzo de 1476, la infantería suiza derrotó a las tropas del duque Carlos el Temerario, de Borgoña. Nancy: ciudad de la Lorena, donde el 5 de enero de 1477 tropas suizas, lorenesas, alsacianas y alemanas derrotaron al ejército de Carlos el Temerario.

261 Variación de un versículo del Nuevo Testamento, Lucas 15, 21.

262 Antinoo era un bello joven, favorito del emperador Adriano de Roma (117-138).

263 El 10 de agosto de 1792 los parisinos armados asaltaron el palacio real de las Tullerías; contra el pueblo atacante se movilizó principalmente la Guardia Nacional suiza. La insurrección popular acarreó el derrocamiento de la monarquía en Francia.

264 La lucha de las masas del pueblo de París en la revolución de Julio de 1830 duró del 27 al 29 de dicho mes. Fueron el escenario principal de esta lucha los alrededores del Louvre (Palacio de París unido al de las Tullerías por dos galerías), en el que lucharon las masas populares. El Louvre, con sus alrededores estaba ocupado por la Guardia suiza y los batallones de la Guardia. La victoria del pueblo se decidió el 29 de julio.

265 La Dieta confederal suiza o Tangsatzung estaba formada por representantes de los cantones y era el supremo órgano deliberante de la Confederación. Fue disuelta en 1848 (v. nota 254).

266 La revolución burguesa llevada a cabo en Bélgica en otoño de 1830 dio como resultado la separación de Bélgica del Reino de los Países Bajos y la instauración de una monarquía liberal, bajo la dinastía de los Coburgos. La revolución de Julio en Francia dio impulso al movimiento en pro de reformas liberales de Suiza. En algunos cantones, los liberales y los radicales lograron dar a las Constituciones vigentes en ellos un sesgo más liberal.

267 El 5 de febrero de 1831 estalló en Modena y en la Romaña (territorio situado al Nordeste del Estado de la Iglesia) una sublevación encabezada por elementos revolucionarios de la burguesía italiana. El movimiento, que iba dirigido contra el poder secular del Papa, contra la dominación extranjera de los austriacos y en pro de la unidad italiana, fue aplastado por tropas austriacas y pontificias a fines de marzo de 1831.

268 El *Berliner politisches Wochenblatt* era un periódico de la extrema ala reaccionaria, que se publicó de 1831 a 1841, auspiciado y sostenido por el príncipe heredero Federico Guillermo (desde 1840, rey Federico Guillermo IV).

269 En 1833 entró en vigor en el reino de Hannover una nueva ley fundamental del Estado, aprobada bajo la presión del movimiento liberal. Intervino señaladamente en su redacción el historiador Federico Cristóbal Dahlmann. En 1837, el rey de Hannover revocó esta Constitución, con el apoyo de los terratenientes reaccionarios. En 1840 proclamó una nueva Constitución del reino, reduciendo a su mínima expresión los derechos de los cuerpos representativos.

270 La Conferencia de Viena, a que asistieron los ministros de una serie de Estados alemanes, fue convocada en 1834 por el Canciller austriaco Metternich y los círculos

dirigentes del Estado prusiano para acordar una serie de medidas contra la oposición liberal y el movimiento democrático. Los acuerdos de la Conferencia establecían, entre otras cosas, la limitación de los derechos de los cuerpos representativos en los Estados alemanes en que funcionaban asambleas, el reforzamiento de la censura sobre la prensa y las publicaciones, una vigilancia más estricta de las universidades y duros castigos contra quienes tomaron parte en organizaciones estudiantiles de la oposición.

271 En 1839 fue sangrientamente sofocada la insurrección organizada por los cartistas en Gales, pues los obreros se vieron obligados por una delación a lanzarse a la calle prematuramente.

272 Las llamadas Comisiones Unificadas de representantes de las Dietas provinciales se reunieron en 1848 para deliberar acerca del proyecto de un nuevo Código penal. El gobierno prusiano confiaba en apaciguar la creciente agitación pública con la convocatoria de estas Comisiones, que trataban de dar muestras de su buena disposición para implantar reformas. El funcionamiento de dichas Comisiones se vio interrumpido por el movimiento revolucionario de marzo, en Alemania.

273 En su discurso del trono, pronunciado el 11 de abril de 1847, Federico Guillermo IV se proclamaba "heredero de una corona que trasmitiré intacta a mis sucesores...".

274 La "Consulta romana" era una especie de Consejo de Estado u órgano consultivo instituido por el Papa Pío IX a fines de 1847, del que formaban parte algunos representantes de los terratenientes liberales y de la burguesía industrial y comercial.

275 *Los pifferari* (de *piffero*, flauta) eran los pastores de las estribaciones del Apenino, en el centro de Italia; este nombre suele aplicarse en general a todos los músicos populares y cantantes que actúan en las calles de Italia. *Lazzaroni* son, en Italia, especialmente en Nápoles, los elementos desclasados de las capas bajas de la sociedad, sin oficio ni beneficio. Los gobiernos absolutistas se valían muchas veces de ellos, explotando su miseria y su ignorancia, para fines contrarrevolucionarios frente a los movimientos democráticos y liberales.

276 De 1846 a 1848 se libró entre México y los EE. UU. una guerra provocada por las rapaces apetencias territoriales de los poseedores de las plantaciones esclavistas de los Estados del Sur y algunos círculos de la gran burguesía. En esta guerra, los EE. UU. se anexionaron casi la mitad del territorio mexicano, incluyendo Texas, Nueva California y Nuevo México.

Engels hubo de revisar y corregir más tarde, después de haber estudiado más a fondo la historia de las agresiones de los EE. UU. contra México y otros países del continente americano, los precipitados y discutibles juicios que aquí se formulan. En 1861, en su artículo sobre "La guerra civil norteamericana", Marx califica la política de las clases dominantes de los EE. UU. contra Latinoamérica como una política rapaz de conquista, descaradamente encaminada a la apropiación de nuevos territorios para la expansión de la esclavitud y la dominación de los esclavistas.

277 Los EE. UU. se propusieron en varias ocasiones abrir en el Istmo de Tehuantepec un canal que comunicara el Mar Pacífico con el Golfo de México. En la década del setenta del siglo XIX, los capitalistas norteamericanos abandonaron este proyecto. Muchos años más tarde, en 1893, decidieron invertir sus capitales en el Canal de Panamá, cuyas obras había iniciado una compañía francesa.

278 Antiguo Testamento, Isaías, 4o. vers. 3; Salmos, vers. 7 y 8.

279 Verso de la romanza de Heine "El caballero Olaf".

280 Engels comenzó a redactar este estudio crítico a fines de 1846. El artículo que lleva el núm. 1 era una crítica del libro de versos del poeta pequeñoburgués Karl Beck, adepto del socialismo "verdadero", que llevaba por título *Cantos del pobre* (2ª ed., Leipzig, 1846), en el que cantaba sentimentalmente la cobarde e impotente miseria del "*pauvre honteux* [del pobre vergonzante], con sus inoperantes, devotas e inconsecuentes veleidades", sin fijarse para nada en "el orgulloso, amenazante y revolucionario hombre del proletariado". A comienzos de 1847, Engels escribió un artículo de crítica al libro de Grün *Sobre Goethe, desde el punto de vista humano*, que le sirvió de base para el segundo estudio. Tenía el propósito de incorporar esta crítica a las páginas sobre el socialismo "verdadero" que figura en *La ideología alemana*, pero lo editó en forma de una serie de artículos publicados en *Gaceta Alemana de Bruselas* (septiembre a diciembre de 1847).

281 Goethe, *Fausto*, Primera parte, "La noche".

282 La obra del materialista francés Paul-Henri-Dietrich d'Holbach, que, por razones conspirativas, firmó con el de Jean-Baptiste de Mirabaud, secretario de la Academia francesa, muerto en 1760, se publicó en 1770 con el título de *Système de la nature, ou des lois du monde physique et du monde moral* ["Sistema de la naturaleza, o sobre las leyes del mundo físico y del mundo moral"].

283 Versos del poema de Goethe "Ultimatum" (Cielo "Dios y el universo").

284 V. acerca de esto John Ramsay MacCulloch, *The Principles of Political Economy* ["Principios de Economía Política"], Edimburgo, 1825, y Adolphe Blanqui, *Histoire de l'économie politique en Europe, dépuis les anciens jusqu'à nous jours* ["Historia de la economía política en Europa, desde los tiempos antiguos hasta nuestros días"], t. I, París 1837, cap. XXIV.

285 La tragedia *Catón* del escritor inglés Addison data de 1713; la novela de Goethe *Cuitas del joven Werther* fue escrita en 1774.

286 Se trata de las llamadas "decisiones de Karlsbad", que, por los manejos de Metternich, recaída en la conferencia de ministros de los Estados confederados alemanes, celebrada en agosto 1819, tenían por finalidad reprimir el movimiento nacional y democrático: estricta vigilancia de las universidades, prohibición de las corporaciones estudiantiles, reforzamiento de la censura de periódicos y libros y creación de una comisión central investigadora para descubrir cualquier organización o acción de carácter democrático.

287 El 9 Termidor (27 de julio de 1794) fue, en el calendario de la Revolución francesa, la fecha de la caída de Robespierre y de la dictadura de los jacobinos, como paso hacia la instauración de la dictadura militar de Napoleón. El 18 Brumario (9 de noviembre de 1799), golpe de Estado que cerró la etapa contrarrevolucionaria en Francia, mediante el derrocamiento del Directorio y la impalntación de la dictadura militar de Napoleón Bonaparte.

288 Se refiere a un artículo de Karl Grün titulado "Política y socialismo", publicado en los *Rheinische Jahrbücher zur gesellschaftlichen Reform* ("Anales Renanos para la reforma social") que aparecieron en 1845 y 1846. El primer tomo de esta publicación se publicó en Darmstadt y el segundo en Belle-Vue, cerca de Könstanza, próxima a la frontera alemana. Marx y Engels colaboraron en sus páginas, para poder difundir sus ideas dentro de Alemania. Pero la tendencia general de los *Anales* la marcaban los representantes del socialismo "verdadero". En *La ideología alemana* se hace una dura crítica de esta revista.

289 Véase Marx, "Sobre la cuestión judía" (t. I de *Obras Fundamentales de Marx y Engels*.).

290 Verso del *Fausto* de Goethe. Primera parte, "El cuarto de estudio".

291 Marx, "Sobre la cuestión judía" (t. I de la presente edición).

292 V. C. Marx y F. Engels, la obra *La sagrada familia*, en t. III de la presente edición.

293 Versos de un poema Luis I, rey de Baviera, en *Gedichte Ludwigs des Ernten* ["Poesías de Luis de Baviera"], Parte tercera, Munich, 1839.

294 Engels establece aquí una diferencia esencial entre la crítica hecha a Goethe desde el punto de vista del marxismo y la crítica superficial de sus ideas por los liberales de los años treintas, Ludwig Börne y Wolfgang Menzel. V. también acerca de esto el penúltimo párrafo del presente estudio.

295 En la comedia de Goethe "El general burgués", en que el autor ironiza sobre la Revolución francesa, un barbero de aldea, convertido en general jacobino, se apodera de un cántaro de leche y derrama su contenido, con gran indignación de los aldeanos en cuya casa se aloja, lo que da lugar a una gresca.

296 Goethe, "Cartas desde Suiza", Sección primera, p. 153 de la ed. alemana. Esta obra fue escrita después de su novela *Las cuitas del joven Werther*, en forma de cartas póstumas del protagonista.

297 Goethe, *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, libro V, cap. 3.

298 *Frankfurter gelehrte Anzeige* ("Anunciador erudito de Frankfurt"), revista publicada en Francfort de 1772 a 1790. Formaban parte de su redacción Goethe, Herder y otros poetas y eruditos progresivos de la época. Engels se refiere aquí a una nota

crítica de Goethe publicada en esta revista (25 de diciembre de 1772) sobre el libro de Alexander von Joch titulado *Penas y recompensas, según las leyes turcas.*

[299] Versos del ciclo poético de Goethe "Epigramas venecianos".

[300] Goethe, *Hermann y Dorotea,* canto 9 ("Urania").

[301] G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia,* Introducción.

[302] Goethe, *Sobre la ciencia de la naturaleza, en general. Algunas consideraciones y aforismos.*

[303] *Belly, ventre* ("vientre") en inglés y en francés: nombre satírico que se daba a la mayoría reaccionaria que en la Cámara de Diputados de Francia apoyaba al gobierno Guizot.

[304] Goethe, *Genios mansos,* IV.

[305] Los "gibelinos" eran un partido político de la Italia del siglo XII, nacido de la lucha entre los papas romanos y los emperadores de la dinastía de los Staufen. Agrupaba principalmente a la nobleza feudal, partidaria del emperador y sostenía una enconada lucha contra el partido de los "güelfos", exponentes de las capas altas de los comerciantes y artesanos de las ciudades. Estos partidos subsistieron hasta el siglo XV. Dante, que veía en el poder imperial el medio para acabar con la dispersión feudal, tomó partido por los "gibelinos".

[306] Paráfrasis de dos versos de un poema del joven Hegel titulado *Vanitas! vanitatum vanitas!* ("Vanidad de vanidades").

[307] Évariste-Désiré-Desforges, Vizconde de Parny, poeta erótico francés (1753-1814) de la época del rococó.

[308] Versos de un poema de Goethe, Titania y Zettel son personajes de la comedia de Shakespeare "El sueño de una noche de verano", acto 4, esc. 1.

[309] Este relato de viaje se basa en un texto manuscrito no terminado, publicado por vez primera en la revista *Die Neue Zeit* ("Los nuevos tiempos"). El viaje emprendido por Engels en el otoño de 1848 se vio determinado por los siguientes hechos. Al declararse en Colonia el estado de sitio, el 26 de septiembre de 1848, se dió orden de detención contra algunos redactores de la *Nueva Gaceta Renana,* entre los que figuraba Engels. Éste emigró a Bélgica, donde fue detenido y expulsado el 4 de octubre del mismo año. Llegó a París al día siguiente y poco después emprendió a pie la marcha hacia Suiza. Pasando por Ginebra y Lausana, estaba el 9 de noviembre en Berna, donde se estableció temporalmente. En Ginebra comenzó a escribir sus notas de viaje. Los datos etnográficos y dibujos que figuraban en el manuscrito, así como los itinerarios adjuntos a él permiten conjeturar que Engels interrumpió el relato de su viaje para ponerse a escribir, a instancias de Marx, el artículo sobre "La lucha de los magiares".

[310] Frase del poema "Prometeo", de Goethe.

[311] Cf. el artículo de Marx sobre "La revolución de Junio", en t. V de esta colección.

[312] *Canción de Marcha.* Conocido canto revolucionario de los días de la Revolución francesa que llegó también a ser, más tarde, extraordinariamente popular en los círculos democráticos de Francia.

[313] *Morir por la Patria*: cuplé de una canción patriótica francesa muy popular durante el periodo de la revolución de Febrero, en 1848.

[314] Texto de la ópera de Weber "Euryanthe", letra de Helmina Cavatina.

[315] Los *Talleres nacionales* fueron creados por decreto del Gobierno provisional francés inmediatamente después de la revolución de Febrero, en 1848. Se perseguía, con ello, de una parte, desacreditar entre los obreros las ideas de Louis Blanc acerca de la organización del trabajo, y, de otra parte, utilizar en la lucha contra el proletariado parisino a los obreros militarmente organizados en los Talleres nacionales.

[316] En el otoño de 1793, la Convención, para asegurar el abastecimiento de la población de las ciudades, que era la víctima principal de la carestía de los víveres, dictó un decreto imponiendo tasas a los precios. La Ley amenazaba a los acaparadores con severas penas, que en ciertos casos llegaban a la muerte.

[317] *Code civil des Français* o Código civil francés de 1804, refundido en 1807 como *Code Napoleon.* En él se codificaban las más importantes conquistas de la Revolución francesa, sobre la base del principio formal de la igualdad civil. Fue implantado por Francia en los territorios del Oeste y el Sur de Alemania.

[318] *Journal des débats politiques et literaires.* Diario francés de tendencia burguesa,

fundado en París en 1789. Durante la monarquía de Julio, órgano del Gobierno y de la burguesía orleanista. En la revolución de 1848, defendía las ideas de la burguesía contrarrevolucionaria, el llamado partido del orden.

319 Engels cita aquí la primera estrofa del poema de Goethe, "Declaración de guerra".

320 Es ésta la primera carta de Engels a Marx que conocemos, escrita poco después que aquél regresara de Inglaterra. En el viaje de vuelta (fines de agosto, 1844), se detuvo diez días en París, donde visitó a Marx, iniciando con él una fraternal amistad y una identificación de ideas y de conducta que duraría toda la vida. De entonces data su colaboración, cuyo primer paso fue *La sagrada familia.*

321 A instancias del gobierno prusiano, en 1844 fue detenido y procesado en Francia Carl Ludwig Bernays, miembro de la redacción del periódico alemán *Vorwärts!* ("¡Adelante!"), que publicaban en París los refugiados, y condenado a prisión por criticar al régimen reaccionario de Prusia.

322 Se refiere a los *Anales Franco-Alemanes,* revista alemana fundada y dirigida en París por C. Marx y A. Ruge, en que se publicaron dos artículos de Engels: uno sobre la obra de "Thomas Carlyle, *Past and Present*", y otro, titulado "Esbozo de crítica de la economía política" (V. *supra,* pp. 185-208 y 160-184).

323 En noviembre de 1842 se traslada Engels a Inglaterra, donde residió casi dos años. Trabajaba en la oficina de la fábrica de hilados de algodón Ermen & Engels, de Manchester. Aprovechando su estancia allí, estudió a fondo las condiciones económicas y políticas de Inglaterra y la situación de vida y de trabajo de los obreros ingleses y tomó contacto con el movimiento cartista. Regresó a Alemania a comienzos de septiembre de 1844.

324 En la publicación titulada *Deutsches Bürgerbuch für 1845* ("Libro cívico alemán para 1845") dio a conocer Engels, en diciembre de 1844, sin firma, su trabajo titulado "Descripción de las colonias comunistas fundadas en los últimos tiempos y que aún existen". (V. *supra,* pp. 554-567.) Se trata de una recopilación de datos tomados de los periódicos ingleses *The News Moral World, The Northern Star* y *The Morning Chronicle* sobre los intentos de aplicación del materialismo utópico llevados a cabo por Robert Owen y sus adeptos en Inglaterra y los EE. UU.

325 Ya en los tiempos de los *Anales Franco-Alemanes* habían comenzado las discrepancias entre Marx y Ruge, nacidas de la hostilidad de Ruge contra el comunismo y del abismo infranqueable entre sus ideas neohegelianas y las concepciones proletario-revolucionarias de Marx y Engels. Las diferencias se enconaron todavía más al mostrar Ruge una actitud hostil frente a la insurrección de los silesianos, en 1844. En marzo de este año, estalló la ruptura definitiva (V. el artículo de Marx "Glosas críticas al artículo 'El rey de Prusia' y la reforma social, por 'Un prusiano' ". (Marx, *Obras,* t. I, pp. 505 *ss.*)

326 El 29 de octubre de 1844, con motivo de la primera exposición industrial prusiana celebrada en agosto, se constituyó en Berlín una Asociación central para el bienestar de las clases trabajadoras, integrada en su mayoría por industriales renanos. Contó, en un principio, con el apoyo del rey de Prusia y lanzó un manifiesto, llamando a la fundación de asociaciones filiales en todas las ciudades. La burguesía estaba asustada por la sublevación de los tejedores silesianos y por el movimiento de huelgas y pequeñas insurrecciones. El esplendor que, en contraste con el hombre y la miseria de la Silesia, revelaba la exposición industrial de Berlín, llevaba a algunos a la creencia de que era ajeno a Alemania el antagonismo de clases existente en Inglaterra y Francia. Las asociaciones que, al amparo de esta política, estimulada por el gobierno, se crearon en diferentes partes del país, trataban de ganar a la clase obrera para una acción conciliatoria. Estos planes tropezaban con mayores dificultades, sobre todo, en la provincia renana, principalmente en Colonia, donde las contradicciones entre la burguesía y el proletariado eran más agudas y donde la oposición democrática radical se mantenía más activa. Las nuevas asociaciones sirvieron para fomentar la actividad política y llamar la atención hacia la cuestión social. Las reuniones y discusiones en torno a los estatutos de estas asociaciones sirvieron, aquí, para impulsar el desarrollo de las ideas progresistas, hasta que, al cabo, el gobierno se decidió a prohibir esta clase de asambleas.

327 En una asamblea celebrada en Colonia, el 10 de noviembre de 1844, a la que asistieron 500 personas —fabricantes y obreros, artesanos e intelectuales— surgió la iniciativa de crear una "Asociación general de ayuda y de cultura" al servicio de los traba-

jadores. En la reunión tomaron parte numerosos colaboradores de la *Gaceta Renana*, que dieron al asunto un giro democrático-radical y socialista. El proyecto de estatutos redactado por el comité a que se refiere Engels destacaba como fines de la nueva asociación la creación de subsidios de ayuda y enfermedad, la ayuda a las gentes sin recursos, el establecimiento de cajas de socorros, la fundación de cooperativas de consumo y de producción, de escuelas de artes y oficios y el perfeccionamiento profesional de los trabajadores. Los estatutos fueron rechazados por el gobierno, pero confirmados en asamblea general de la asociación, a la que asistieron unas mil personas, en los días 16 y 31 de marzo y 13 de abril de 1845. Posteriormente, el gobierno prohibió nuevas asambleas y rechazó definitivamente los estatutos aprobados.

Engels llama aquí "racionalistas", irónicamente, a los representantes de la industria del Wuppertal que, aunque todavía fuertemente imbuidos de ideas religiosas, se manifestaban, en razón de sus intereses capitalistas, contrarios al fanatismo pietista.

328 Utilizando los materiales reunidos durante su estancia en aquel país, Engels proyectaba escribir una obra sobre la historia social de Inglaterra, con un capítulo sobre la situación de los obreros, que más tarde se convirtió en una obra aparte (v. *supra*, pp. 279-531). Más tarde, por diversas razones, Engels renunció a su propósito de escribir la obra general proyectada.

329 Engels no llegó a escribir el proyecto sobre las concepciones del economista Friedrich List. En su discurso de Elberfeld (15 de febrero de 1845) trata de las ideas de los partidarios alemanes del proteccionismo, entre los que destaca al citado autor.

330 En *La ideología alemana* hace Marx un análisis minucioso de la obra de Max Stirner y una crítica a fondo de sus concepciones filosóficas, económicas y sociológicas. El verdadero nombre de Stirner era Johann Caspar Schmidt.

331 Se refiere al único número de la revista "El mensuario berlinés", editada en 1844 por Ludwig Buhl, en que se publicaba una recensión de Caspar Schmidt (nombre verdadero de Max Stirner), que la firma "M. Schmidt", sobre la novela de Eugenio Sué *Les mystères de Paris*, novela sociológica de corte sentimental. (V. "La sagrada familia", en *Obras* de Marx, t. III).

332 Formaban el grupo de "los Libres" diversos escritores berlineses, entre ellos los neohegelianos Bruno y Edgar Bauer, Eduard Meyen, Ludwig Buhl y Max Stirner, que eran, como de ellos dice Mehring, en su biografía de Marx, "bajo el manto de revolucionarios políticos y sociales, unos filisteos enfurecidos", intelectuales entregados a disputas filosóficas en el aire y a un radicalismo trasnochado, ajeno a las realidades de la lucha y de la realidad. Se erigían en representantes del "espíritu" frente a la "masa". Contra ellos va dirigida, fundamentalmente, la sátira de *La sagrada familia* (v. Marx, *Obras*, t. III).

333 Alusión a los epígonos de la escuela de Fourier, que en su periódico de París *La démocratie pacifique*, sostenían posiciones dogmáticas y sectarias, criticadas repetidamente por Marx y Engels como un "furierismo aguado", que no pasaba de ser una filantropía sentimental.

334 Se refiere al folleto de Hess titulado *Los últimos filósofos* (Darmstadt, 1845) contra el libro de Max Stirner, desde el punto de vista del socialismo "verdadero".

335 Bajo este seudónimo se publicó en varios números del *Vorwärts!* de París el ciclo de poesías titulado "Canciones de la vida" y el artículo "Enseñanzas de un artesano".

336 Engels se refiere aquí a la obra proyectada por él sobre la historia social de Inglaterra, para la que reunió materiales durante su estancia en este país (noviembre 1842-agosto 1844). Al principio, Engels proyectaba estudiar en un capítulo aparte la situación de los obreros ingleses. Pero la conciencia del especial papel que el proletariado desempeña en la sociedad burguesa le movió a estudiar la situación de la clase obrera inglesa en una obra aparte, que redactó después de regresar a Alemania, de septiembre 1844 a marzo 1845. De los resúmenes establecidos por Engels en julio y agosto de 1845 y de las cartas del editor Leske a Marx (14 de mayo y 7 de julio de 1845) se desprende que Engels trabajó en el libro sobre la historia social de Inglaterra durante la primavera y el verano de 1845. No renunció a este propósito hasta fines de 1847, y de ello da noticia la *Gaceta Alemana de Bruselas* (núm. 91, 14 de noviembre de 1847). Sin embargo, por una serie de razones, Engels no logró dar remate a sus trabajos para este libro.

[337] *Telegraph für Deutschland,* revista literaria, fundada por Karl Gutzkow; se publicó en Hamburgo de 1838 a 1848. A fines de los años treintas y comienzos de los cuarentas, mantenían las posiciones de la Joven Alemania. Engels colaboró en ella de marzo de 1839 hasta 1841. En los núms. 203 y 204 (diciembre de 1844) A. Ruge publicó en el *Telégrafo* su artículo "A un patriota".

[338] Se refiere a la expulsión de Francia de Marx, por orden del gobierno Guizot Marx se trasladó de París a Bruselas el 3 de febrero de 1845.

[339] "Gabinete negro", nombre que se daba a la oficina secreta creada por Luis XIV de Francia en el Correo, para espiar, violando la correspondencia, las opiniones privadas de los ciudadanos, medida que más tarde fue adoptada por Prusia, Austria y otros Estados europeos.

[340] Se refiere a un trabajo que Fourier no llegó a terminar, titulado "Section ébauchée des trois unités externes" ("Sección esbozada de las tres unidades externas"), publicado después de su muerte por la revista furierista *La Phalange* (1845). En la misma revista aparecieron los trabajos de Fourier sobre cosmogonía.

[341] El artículo sobre las asambleas de Elberfeld (8 y 15 de febrero de 1845), en las que intervino también Engels, se publicó en 1845, en el primer tomo de la revista de Püttmann, *Anales Renanos* (V. nota 37). La crítica de las ideas de List figura en el segundo de los "Discursos de Elberfeld".

[342] 1ª Epíst. de Pedro, 2. 2.

[343] Entre el gobierno de Zurich y las fuerzas reaccionarias del clericalismo surgió en enero de 1839 un agudo conflicto político, debido al nombramiento de David Friedrich Strauss como profesor de aquella universidad. A mediados de marzo, presionado por la reacción, el gobierno zuriqués se vio obligado a anular dicho nombramiento.

[344] Mateo, Exang., 7, 7-9.

# ÍNDICE BIBLIOGRÁFICO

*Addison, Joseph:* "Cato" [Catón], una Tragedia, en: *Trauerspiel* ["Tragedias"], Leipzig, 1802.
*Alisson, Archibald:* "The principles of Population, and their Connection whit Human Happiness" [Los principios de la población y su relación con la felicidad humana], vol. 1-2, Londres, 1840.
*Alisson, William Pulteney:* "Notes on the Report of the Royal Commisioners..." [Notas sobre el informe de los comisionados reales...], en: *Journal of the Statistical Society of London* ["Diario de la Sociedad Estadística de Londres"], vol. VIII, Londres.
*An Act for the further Amendment of the laws relating to the Poor in England* ["Ley de otras enmiendas a las leyes relativas a los pobres en Inglaterra"], 7 y 8 Vict., cap. 101, 1844.
*An Act for Regulating the Construction and the Use of Buildings in the Metropolis and its Neighbourhood* ["Ley reguladora de la construcción y el uso de los edificios en las ciudades y sus alrededores"], 7 y 8 Vict., cap. 84, 1844.
*Artisan.* A Monthly Journal of the Operative Arts [*"El Artesano"*. Una publicación mensual de los trabajadores manuales], Londres, octubre de 1843.
*Baines, Edward:* "History of the Cotton Manufacture in Great Britain..." [Historia de la manufactura del algodón en la Gran Bretaña...], Londres, 1835.
*Bastiat, Frédéric:* "Sophismes économiques" [Sofismas económicos], 2ª ed., París, 1846.
*Bauer, Bruno:* "Die Posaune des jüngsten Gerichts über Hegel den Atheisten und Antichristen. Ein Ultimatum" [La Trompeta del Juicio Final contra Hegel, el Ateo y el Anticristo. Un ultimátum], Leipzig, 1841.
*Bauer, Edgar:* "Der Streit der Kritik mit Kirche und Staat" [La disputa de la crítica con la iglesia y el Estado], Berna, 1844.
*Becker, August:* "Was wollen die Kommunisten?" [¿Qué quieren los comunistas?], Lausana, 1844.
*Becker, Nicolaus:* "Der deutsche Rhein" [El Rihn alemán].
*Bibel oder die ganze Heilige Schrift* [La Biblia o las sagradas escrituras completas], Hosea 6, 12. 1 Libro de Moisés 1, 31; 3, 22. Evangelio según S. Juan 14, 6.1 Epístola de S. Pablo a los corintios, 1, 18-21; 2, 14. 1. Epístola de S. Pedro 2, 2. Evangelio según S. Lucas 6, 20, 40, 64, 65.
*(Die) Bibel oder die ganze Heilige Schrift des alten und neuen Testaments* ["La Biblia o toda la Sagrada Escritura del Antiguo y Nuevo Testamento"], en versión alemana de Martin Lutero, 1 Libro de Moisés.
—, Salmo 24, 7-8.
—, Jesaja 40, 30.
—, Evangelio según S. Lucas 15, 21.
*Blackstone, William:* "Blackstone's Commentaries on the Laws and Constitution of Englands" [Comentarios de Blackstone sobre las leyes y Constitución de Inglaterra], por John Gifford, Londres, 1820.
*Blanc, Louis:* "Révolution française – Histoire de dix ans. 1830-1840" [Revolución francesa. Historia de diez años: 1830-1840], t. I-V, París, 1841-1844.
*Bluntschli, Johann Caspar:* "Die Komunisten in der Schweiz nach den bei Weitling vorgefundenen Papieren. Wöertlicher Abdruck des Kommissionalberichtes an die H. Regierung des Standes Zürich" [Los comunistas en Suiza, según los papeles encontrados en poder de Weitling. Reproducción textual del informe elevado al H. gobierno de la ciudad de Zurich], Zurich, 1843.
*Born, Stephan:* "Der Heinzen'sche Staat." Eine Kritik von Stephan ["El Estado de Heinzen." Una crítica de Stephan], Berna, 1847.
*Börne, Ludwig:* "Gesammelte Schriften" [Obras completas], 14 vol., vol. 5, "Schilderungen aus Paris" [Relatos de París], Hamburgo, 1829-1831 y París, 1833-1834; Hamburgo, 1829.
*Buchez, P. J. Benjamin y P. C. Roux:* "Histoire parlementaire de la Révolution fran-

çaise ou Journal des Assemblées Nationales, depuis 1789 jusqu'en 1815" [Historia parlamentaria de la Revolución francesa o diario de las asambleas nacionales de 1789 a 1815], t. 28, París, 1836.
*Buonarroti, Phillipp:* "History of Babeuf's Conspiracy for Equality; with the Author's Reflections on the Causes and Character on the French Revolution..." [Historia de la conspiración de los Iguales de Babeuf; con unas reflexiones del autor sobre las causas y carácter de la Revolución francesa...], trad. del francés, Londres, 1836.
*Büllow-Cummerow, Ernst G. G. von:* "Preussen, seine Verfassung, seine Verwaltung, sein Verhältnis zu Deutschland" [Prusia, su Constitución, su administración y su relación con Alemania], Berlín, 1842.
*Cabet, Etiènne:* "Voyage en Icarie" [Viaje a Icaria], París, 1842.
*Carlyle, Thomas:* "Chartism" [Cartismo], Londres, 1840.
—, "Past and Present" [Pasado y Presente], Londres, 1843.
*Children's Employment Commission;* Apendix to the second report of the Commissioners: Trades and Manufactures, Part. I. Reports and Evidence from Sub-Commissioners. Presented to both Houses of Parliament by Command of Her Majesty" [*Comisión sobre el trabajo infantil;* apéndice al segundo informe de los comisionados: comercio y manufactura, parte I. Informes y evidencias de los sub-comisionados. Presentado al Parlamento por orden de su Majestad], Londres, 1842.
*Clausen, Joh. Chr. Heinrich:* "Pindaros der Lyriker" [Píndaro el Lírico], en: *Programm des Gymnasiums Elberfeld 1834* [Programa del gimnasio de Elberfeld, 1834].
*Code Napoleon* ["Código Napoleón"], París y Leipzig, 1808.
*Constitutio criminalis carolina:* [Constitución penal carolina], texto, explicación e historia en relación con otros eruditos, dirigido y elaborado por J. Kohler. 1. "La ordenanza judicial penal del emperador Carlos V. Constitutio criminalis carolina", ed. crítica de J. Kohler y Willy Scheel, Halle, 1800.
*Cooper, Thomas:* "The Purgatory of Suicides. A Prison Rhyme ni Ten Books" [El purgatorio de los suicidas. Una balada de la prisión en diez libros], 3ª ed., Londres, 1853.
*Cousin, Victor:* "Über französische und deutsche Philosophie" [Sobre la filosofía francesa y alemana], ed. por Hubert Beckers, Stuttgart y Tubinga, 1834.
*Croker, John Wilson:* "Sketch of the State of Ireland, Past and Present" [Bosquejo del estado de Irlanda, pasado y presente], nueva ed., Londres, 1822.
*Dante Alighieri's goettliche Comoedie.* Metrisch übertragen und mit kritischen und historischen Erläuterungen versehen von Philaletes [Prinz Johann von Sachsen], [La Divina Comedia. Traducida en verso y acompañada de explicaciones históricas por...], Dresden, 1833, 2ª ed., Dresden, 1839.
*Dernevel, J. M.:* "Histoire edifiante et curieuse de Rothschild Ier, Roi des Juifs" [Historia edificante y curiosa de Rothschild primero, rey de los judíos], París, 1846.
*Deutsches Bürgerbuch für 1845* [Libro cívico alemán para 1845], ed. por H. Püttmann, Manheim, 1845.
*Deutsch-Französische Jahrbücher* [Anales Franco-Alemanes], ed. por Arnold Ruge y Karl Marx, París, 1844.
*Dingelstedt, F.:* "Ferdinand Freiligrath. Ein Literaturbild" [Ferdinand Freiligrath. Una imagen literaria], en: *Jarbuch der Literatur* ["Anuario de Literatura"], Hamburgo, 1839.
*Disraeli, Benjamin:* "Sybil; or, the Two Nations" [Sybil o las dos naciones], Leipzig, 1845.
*Dunoyer, Charles:* "De la liberté du travail ou simple exposé des conditions dans lesquelles les forces humaines s'exercent avec le plus de puissance" [De la libertad del trabajo o simple exposición de las condiciones en que las fuerzas humanas se ejercen con su máximo poder], t. 1 y 2, París, 1845.
*Engels, Friedrich:* "Die Lage der arbeitenden Klasse in England. Nach eigner Anschauung und authentischen Quellen" [La situación de la clase obrera en Inglaterra. Obra basada en el conocimiento directo y en fuentes auténticas], Leipzig, 1845.
—, "The Condition of the Working Class in England in 1844", trad. de Florence K. Wischnewetzky, Nueva York, 1887.
—, "Umrisse zu einer Kritik der Nationalökonomie" [Esbozo de crítica de la economía política], en: *Deutsch-Französische Jahrbücher*, París, 1844.

—, "Schelling und die Offenbarung. Kritik des neusten Reaktionsversuchs gegen die freie Philosophie" [Schelling y la revelación. Crítica de las últimas tentativas reaccionarias contra la filosofía libre], Leipzig, 1842.

*Eichhoff, K.* y *Karl Ch. Belz:* "Lateinische Schulgrammatik mit Rücksicht auf die neuere Gestaltung der deutschen Sprachlehre für die unteren und mittleren Gymnasialklassen und für Progyimnasien bearbeitet" [Gramática escolar latina, con atención a los grados bajo y medio del gimnasio y elaborada para los gimnasios], Elberfeld, 1837.

*Erste Vereinigte Landtag in Berlin 1847 (Der)* ["La primera Dieta Unificada de Berlín, 1847"]. Ed. bajo la vigilancia del presidente de la Oficina Central del Ministerio del Interior y de la Barra de la Cancillería de la Dieta Unificada Eduard Bleich, t. I, Berlín, 1847.

*Ewich, Johann J.:* "Human, der Lehrer einer höhern Volksschule, in seinem Wesen und Wirken" [Humano, el maestro en su desarrollo en la escuela superior, en su ser y en sus obras], t. 1 y 2, Wesel, 1829.

*Extracts from the Information* received by His Majesty's Commissioners, as to the Poor Laws. Published by Authority ["Extractos de la información recibida por los comisionados de Su Majestad, referentes a las Leyes de Pobres. Publicado por la autoridad"], Londres, 1833.

*Factories Inquiry Commission.* "First Report of the Central Board of his Majesty's Commissioners appointed collect Information in the Manufacturing Districts, as to the Employment of Children in Factories, and as to Propriety and Means of Curtailing the Hours of their labour: with Minutes of Evidence, and Reports by the District commissioners". [*Comisión Investigadora de Fábricas.* "Primer informe de la oficina central de los comisionados de Su Majestad ordenado como información colectiva en los distritos manufactureros, referente al trabajo de los niños en las fábricas y al propósito y medios de los propietarios de acortar las horas de trabajo, con pruebas testificales y reportes de los comisionados de distrito"], [Londres], 28 de junio de 1833.

*Factories Inquiry Commission.* "Second Report of the Central Board of His Majesty's Commissioners appointed to collect Information in the Manufacturing Districts, as to the Employment of Children in Factories, and as to the Propriety and Means of Curtailing the Hours of their Labour: with Minutes of Evidence, and Reports by the Medical Commissioners". [*Comisión Investigadora de Fábricas.* "Segundo informe de la oficina central de los comisionados de su Majestad ordenado como información colectiva en los distritos manufactureros, referente al trabajo infantil en las fábricas y al propósito y medios de los propietarios de acortar las horas de trabajo, con pruebas testificales e informes de los comisionados médicos"], [Londres], 15 de julio de 1833. Las citas de Engels de todos estos y otros Informes aparecen bajo los nombres de los propios comisionados: Barry, Cowell, Drinkwater, Hawkins, Loudon, Mackintosh, Power, Stuart, Tufnell.

*Feuerbach, Ludwig:* "Vorläufige Thesen zur Reformation der Philosophie" [Tesis provisionales para la reforma de la filosofía], en: *Anekdota zur neuesten deutschen Philosophie und Publicistik*, de Bruno Bauer, Ludwig Feuerbach, Friedrich Köppen, Karl Nauwerck, Arnold Ruge y otros, ed. por Arnold Ruge, t. I y II, Zurich y Winterthur, 1843.

*Fifth Annual Report* of the Registrar General of Births, Deaths and Marriages in England [*Quinto informe anual* del Registro general de nacimientos, defunciones y matrimonios en Inglaterra], 2ª ed., Londres, 1843.

*Finch, John:* "Notes of Travel in the United States" [Notas de viaje por los Estados Unidos], en: *The New Moral World* ["El Nuevo Mundo Moral"], 13, 1 a 19, X, 1844.

*First Report of the Commissioners* for inquiring into the State of Large Towns and Populous Districts [*Primer informe de los comisionados* investigadores de las grandes ciudades y distritos populosos], 2 vol., Londres, 1844.

*Fleet Papers (The);* being letters to Thomas Thornhill Esqu. of Riddlesworth in the country of Norfolk, from Richard Oastler, his prisioner in the Fleet. With occasional communications from Friends ["Cartas a Thomas Thornhill, señor de Rid-

dlesworth en la región de Norfolk, de Richard Oastler, su prisionero en la armada. Con una comunicación espontánea de sus amigos], 3 vol., Londres, 1841-1843.
*Fonblanque, Albany:* "England under seven Administrations" [Inglaterra bajo siete gobiernos], vol. I-III, Londres, 1837.
*Fouqué, Friedrich F. de la Motte:* "Vorwot an unsere Leser" [Prólogo a nuestros lectores], en: *Zeitung für den Deutschen Adel,* núm. 1 de 1 de junio, 1840.
*Fourier, Charles:* "Theorie des quatre mouvements et des destinées génerales" [Teoría de los cuatro movimientos y los destinos generales], en: *Œuvres complètes,* t. I, 2ª ed., París, 1841.
*Freiligrath, Ferdinand:* "Ferdinand Freiligraths Werke in 9 Bdn." [Obras de Ferdinand Freiligath en nueve volúmenes], Belín, Leipzig.
—, *"Gedichte"* [Poesías], Stuttgart y Tubinga, 1838.
*Friedrich Wilhelm IV:* "Patent die setändischen Einrichtungen bettrefend" [Patente relativa a las instituciones estamentales], del 3 de febrero de 1847, en: *Der Erste Vereinigte Landtag in Berlin 1847,* etc., t. I, Berlín, 1847.
—, Tronrede Sr. Majestät des Königs am 11. April 1847" [Discurso de Su Majestad al reino, etc.], en: *Der Erste Vereinigte Landtag in Berlin1847,* etc., t. I, Berlín, 1847.
*Fröbel, Julius:* "System der Socialen Politik" [Sistema de la política social], 2ª ed., t. 1 y 2, Manheim, 1847.
*Gaskell, Peter:* "The Manufacturing Populatoin of England, its moral and Physical Conditions, and the Changes Which have arisen from the use of Steam Machinery; with an Examination of Infant Labour" [La población manufacturera de Inglaterra, sus condiciones moral y física y los cambios relacionados con el aumento del uso de la máquina de vapor; con un examen del trabajo infantil], Londres, 1833.
*Gesellschaftsspiegel* ["El espejo de las sociedad"]. Órgano de las clases del pueblo desposeídas y de esclarecimiento de la situación social del presente, vol. 2, Elberfeld, 1845-1846.
*Gilbert's Act.* "An Acts for the Better Relief and Employment of the Poor" [*Ley de Gilbert.* Una ley para el mejoramiento y mayor empleo de los pobres], (22 George III, cap. 83), 1782.
*Godwin, William:* "Enquiry Concerning Political Justice, and its Influence on Morals and Happiness" [Investigación acerca de la justicia política y su influencia sobre la moral y la felicidad], vol. 1 y 2, 2ª ed., Londres, 1796.
*Goethe, Johann Wolfgang von:* "Alexander von Joch über Belohnung und Strafen nach türkischen Gesetzen" [Alexander von Joch sobre la recompensa y el castigo en las leyes turcas], en: *Goethes Werke* ["Obras de Goethe"] ed. por Karl Heinemann, t. 5, Leipzig y Viena.
—, "Faust. Der Tragödie erster Teil" [Fausto. La tragedia. Primera Parte], en *Goethes Werke,* ed. por Karl Heinemann, t. 5, Leipzig y Viena.
—, *"Der Gott und die Bajadere"* [*Dios y la bayadera*], en: *Sämmtliche Werke,* Stuttgart y Tubinga, 1840.
—, "Belagerung von Mainz" [Sitio de Maguncia], en *Goethes Werke,* ed. por Karl Heinemann, t. 15.
—, "Briefe aus der Schweiz" [Cartas de Suiza], *ibid.,* t. 12.
—, "Der Bürgergeneral" [El general burgués], *ibid.,* t. 10.
—, "Campagne in Frankreich 1792" [La campaña de 1792 en Francia], *ibid.,* t. 33.
—, "Catechisation" [Catequización], en: *Goethes Werke,* Stuttgart y Tubinga, 1815-1818, t. 12.
—, "Egmont", *ibid.,* t. 6.
—, "Eigenthum" [Propiedad], t. 1.
—, "Epigramme. Venedig 1790" [Epigramas. Venecia, 1790], *Ibid.,* t. 1.
—, "Götz von Berlichingen mit der eisernen Hand" [G. de B., el de la mano de hierro], *ibid.,* t. 6.
—, "Hermann und Dorothea" [Herman y Dorotea], *ibid.,* t. 11.
—, "Iphigenie auf Tauris" [Ifigenia en Táurida], *ibid.,* t. 7.
—, "Leuden des jungen Werthers" [Las cuitas del joven Werther], en: *Goethes Werke,* 20 vol., Stuttgart y Tubinga, 1815-1819, t. 12.
—, "Lilis Park", en: *Geothes Werke,* ed. por Karl *Heinemann,* 30 vol., Leipzig y Viena, t. 2.

—, "Maskenzüge" [Mascarada], *ibid.*, t. 8.
—, "Über Naturwissenschaft im Allgemeinen, einzelne Betrachtungen und Aphorismen" [Sobre la ciencia de la naturaleza en general, algunas consideraciones y aforismos], en: *Goethes Naturwissenschaftliche Schriften* [Escritos científicos de Goethe], ed. a cargo de Sophie von Sachsen, 11 vol., t. 1, Weimar, 1893.
—, "Prometheus" [Prometeo], en: *Goethes Werke*, 20 vol., Stuttgart y Tubinga, 1815-1819, t. 2.
—, "Reineke Fuchs" [Reineke el Zorro], Canto 12, *ibid.*, t. 11.
—, "Römische Elegieen" [Elegías romanas], *ibid.*, t. 1.
—, "Stella". Poema trágico, *ibid.*, t. 6.
—, "Totalität", en: *Goethes Werke*, 20 vols., Stuttgart y Tubinga, 1815-1819, t. 2.
—, "Ultimatum", en: *Goethes Werke*, ed., por Karl Heinemann, etc., t. 2.
—, "Vanitas Vanitatum vanitas", *ibid.*, t. 1.
—, "Das Veilchen" [La violeta], *ibid.*, t. 1.
—, "Warnung" [Advertencia], *ibid.*, t. 2.
—, "Wilhelm Meisters Lehrjahre" [Años de aprendizaje de Wilhelm Meister], *ibid.*, t. 3-4.
*Graham, Sir James:* "Factories'Education" [La educación en las fábricas], declaraciones parlamentarias del 7 de marzo de 1843, en: "Hansard's Parliamentary Debates: Third series; commencing with the Accession of William IV. Vol. LXVII. Comprising the Period from the twenty-eight Day of February, to the twenty-fourth Day of March 1843" [Acta de debates parlamentarios. Tercera serie, que da comienzo desde la ascensión al trono de Guillermo IV. Vol. LXVII, impreso en el periodo que va del 28 de febrero al 24 de marzo de 1843].
*Gregorio XVI:* "Encyclica Mirari vos", de 15 de agosto de 1832.
*Grün, Karl:* "Die sociale Bewegung in Frankreich und Belgien" [El movimiento social en Francia y Bélgica]. Cartas y estudios, Darmstadt, 1845.
—, "Uber Göthe von menschlichen Standpunke" [Sobre Goethe desde el punto de vista humano], Darmstadt, 1846.
—, "Politik und Socialismus" [Política y socialismo], en: *Rheinische Jahrbücher zur gesellschaftlichen Reform* ["Anales renanos sobre la reforma social"], t. 1, Darmstadt. 1845.
*Gutzkow, Karl:* "Patkul", tragedia política en 5 actos; "Werner, oder Herz und Welt" [Werner o el corazón y el mundo], comedia en 5 actos, en: *Dramatische Werke von Gutzkow*, Leipzig, 1842-1857.
*Güll, Friedrich:* "Kinderheimath in Bildern und Leidern" [La patria de los niños en imágenes y canciones], con un prólogo de Gustav Schaw, Stuttgart, 1837.
*Haller, Karl Ludwig von:* "Restauration der Staats-Wissenschaft oder Theorie des natürlich-geselligen Zustands; der Chimäre des künstlich-bürgerlichen entgegengesetzt" [Restauración de la ciencia del estado o teoría del estado social natural; opuesta a la quimera del estado artístico burgués], 6 vol., Winterthur, 1816-1834.
*Hamilton, Thomas:* "Die Menschen und die Sitten in den Vereinigten Staaten von Nordamerika" [Los hombres y las costumbres en la sociedad y el estado en Norteamérica], de la 3ª ed. inglesa, trad. del inglés, Mannheim, 1834.
*Hansard's Parliamentary Debates:* Third Series; Commencing with the Accession of William IV. Vol. XIV. Comprising the Period from the third Day of July, to the sixteenst Day of August, 1832" [Debates Parlamentarios de Hansard. Tercera Serie, que da comienzo con la ascensión al trono de Guillermo IV. Vol. XIV. Impreso en el periodo que va del 3 de julio al 16 de agosto de 1832], Londres, 1833.
—, Vol. LXX. Del 16 de junio al 28 de julio de 1843, Londres, 1843.
—, Vol. LXXII. Del 1 al 21 de febrero de 1844, Londres, 1844.
—, Vol. LXXIII. Del 22 de febrero al 2 de abril de 1844, Londres, 1844.
—, Vol. LXXV. Del 30 de mayo al 26 de junio de 1844, Londres, 1844.
*Hantschke, J. C. Leberecht:* "Hebräisches Übungsbuch für Schulen. In 2 Abt. durchaus praktisch eingerichtet" [Ejercicios hebraicos para escolares. Ordenados en dos secciones], con una introducción de G. B. Winer, Leipzig, 1823.
*Hegel, Georg Wilhelm Friedrich:* "Phänomenologie des Geistes" [Fenomenología del espíritu], ed. por Johann Schulze, en: *Georg Wilhelm Friedrich Hegel's Werke*, 2 vols., Berlín, 1832.

—, "Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie" [Lecciones sobre la historia de la filosofía], ed. por Karl Ludwig Michelet, 3 vol., Berlín, 1833-1836.
—, "Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte" [Lecciones sobre la filosofía de la historia], ed. por Eduard Gans, 1 vol., Berlín, 1837.
*Heine, Heinrich*: "Atta Troll. Ein Sommernachtstraum" [Atta Troll. Sueño de una noche deverano], en: *Heinrich Heine's sämmtliche Werke*, 18 vol., Hamburgo, 1867-1868, t. 16.
—, "Ritter Olaf. Romanze" [Caballero Olaf. Romanza], *ibid.*, t. 16.
—, "Die schelesischen Weber" [Los tejedores silesianos], en: *Werke*, ed. por Hermann Wendel, 5 vols., Berlín, 1825-1926, t. 2.
—, Über Ludwig Börne" [Sobre Ludwig Börne], Hamburgo, 1840.
*Heinzen, Karl*: "Die Presussische Büreaukratie" [La burocracia prusiana], Darmstadt,, 1845.
—, "Teutsche Revolution" [La revolución teutona], en: *Gesammelte Flugschriften* [Escritos completos], Berna, 1847.
*Hess, Moses*: "Ueber Noth in unserer Gesellschaft und deren Abhülfe" [Sobre la miseria en nuestra sociedad y sus remedios], en: *Deutsches Bürgerbuch für 1845*, Darmstadt, 1845.
—, "Die letzten Philosophie" [La última filosofía], Darmstadt, 1845.
*Hey, Wilhelm*: "Erzählungen aus dem Leben Jesu" [Pasajes de la vida de Jesús], para los jóvenes poetas, Hamburgo, 1838.
—, "Fünfzig Fabeln für Kinder" [Cincuenta fábulas para niños], Hamburgo, 1833.
—, "Noch fünfzig Fabeln in Bildern" [Otras cincuenta fábulas en imágenes], Hamburgo, 1837.
*Hinrich, Hermann, F. W.*: Recensión del libro de B. Bauer "Die Posaune des jüngsten Gerichts über Hegel den Ttheisten und Antichristen" [La Trompeta del Juicio Final contra Hegel, el Ateo y el Anticristo], Leipzig, 1842, en: *Jahrbücher für wissenchaftlische Kritik* ["Anales de crítica científica"], núm. 52-55, de marzo de 1842.
*Holbach, Paul Heinrich*: "Système de la nature, ou les loix du monde physique et du monde moral" [Sistema de la naturaleza o las leyes del mundo físico y moral], por M. Mirabaud, partes 1 y 2, Londres, 1770.
*Hood, Thomas*: "The Song of the Shirt" [La canción de la camisa], en: *Punch, or the London Charivari*, t. V, Londres, 1843.
*Jemand, W.*: "Der ewige jude". Didaktische Tragödie [El judío errante. Tragedia didáctica], por Wilhelm Langewiese, Iserlohn, 1831.
*Journal of the Statistical Society of London*. Vol. II: "Report upon the Condition of the Town of Leeds and of its Inhabitants". By a Statistical Committee of the Town Council, October, 1839 [*Diario de la Sociedad Estadística de Londres*..." "Informe sobre las condiciones del barrio de Leeds y sus habitantes". Por el comité estadístico del consejo del barrio, octubre de 1839], Londres, 1839.
—, Vol. III. Robert Cowan: "Vital Statistics of Glasgow, illustrating the Sanitary Condition of the Population" [Estadísticas de la vida de Glasgow, que ilustran las condiciones sanitarias de la población], Londres, 1840.
—, Vol. VI. "On the Condition of the Working Classes in the Inner Ward of St. George's Parish, Hanover Square". By C. R. Weld [Sobre la condición de las clases trabajadoras en el distrito del Inner de la parroquia de San Jorge, Plaza Hanover], Londres, 1843.
—, Vol. III. "Report of a Committee of the Statistical Society of London, on the State of the Working Classes in the Parisches of St. Margaret and St. John, Westminster" [Informe de un comité de la Sociedad Estadística de Londres sobre el estado de las clases trabajadoras en las parroquias de Santa Margarita y San Juan, en Westminster], Londres, 1840.
—, Vol. VI. "Progress of Crime in the United Kingdom: abstracted from the Criminal Returns for 1842..." By Joseph Fletcher ["Avances de la delincuencia en el Reino Unido: índice de la relación de delincuentes para 1842..." Por Joseph Fletcher], Londres, 1843.
—, Vol. VII. *J. P. Alison*: "Notes on the Report of the Royal Commissioners on the Operation of the Poor Laws in Scotland, 1844" [Notas sobre el informe de los

comisionados reales sobre la aplicación de la Ley de Pobres de Escocia en 1844], Londres, 1844.

*Jung, Alexander:* "Briefe über die neueste Literatur. Denkmale literarischen Verkehrs" [Cartas sobre la más reciente literatura. Conmemoración del comercio literario], Hamburgo, 1837.

—, "Königsberg in Preussen und dei Extreme des dortigen Pietismus" [Königsberg en Prusia y el extremo de su pietismo], Braunsberg, 1840.

—, "Vorlesungen über die moderne Literatur der Deutschen" [Lecciones sobre la literatura alemana moderna], Danzig, 1842.

*Kant, Immanuel:* "Zum ewigen Frieden. Ein philosophischer Entwurf" [La paz perpetua. Un bosquejo filosófico], Königsberg, 1795.

*Kay, Shuttleworth James Philipps:* "The Moral and Physical Condition of the Working Classes employed in the Cotton Manufacture in Manchester", Second Edition enlarged: and containing an introductory Letter to the Rev. Thomas Chalmers ["Las condiciones moral y física de las clases trabajadoras en la manufectura del algodón de Manchester". Segunda edición aumentada con una carta introductoria del rev. Thomas Chalmers], Londres, 1832.

*Knebel, H.:* "Französische (Schul-) Grammatik für Gymnasien und Progymnasien". Nebst einem Übungsbuche zum Überzetsen aus dem Deutschen ins Französische von Er. Höchsten ["Gramática (escolar) francesa para gimnasios y progimnasios", etc.], Coblenza, 1834, 2ª ed., Coblenza, 1836.

*Königsberger Literatur-Blatt.* Redigiert von Alexander Jung [*La Hoja literaria de Königsberg.* Redacción de Alexander Jung], núm. 1 de 6 de octubre de 1841; núm. 2 de 13 de octubre de 1841; núm. 3 de 20 de octubre de 1841; núm. 4 de 27 de octubre de 1841; núm. 7 de 17 de noviembre de 1841; núms. 8-12 de 24 de noviembre y 1, 8, 15 y 22 de diciembre de 1841; núm. 13 de 29 de diciembre de 1841; núm. 26 de 30 de marzo de 1842; núm. 29 de 20 de abril de 1842; núm. 35 de 1 de junio de 1842 y núm. 36 de 8 de junio de 1842.

*Köster, Heinrich:* "Kurze Darstellung der Dichtungsarten" [Breve síntesis de las artes poéticas], en: *Neunter Bericht über die höhere Stadtschule in Barmen,* Barmen, 1837.

*Krug, Friedrich W.:* "Poetische Erstlinge und prosaische Reliquien. Bertehend aun mehreren eigenen religiösen und Natur-Gedichten, nebst einigen interessanten und erlaubrichen, noch wnig bekannten Mitteilungen von H. Stilling und G. Terstegen. Einem resp. wohlwollenden Publikum freimütig dargeboten und mitgeteilt [Primerizos poéticos y reliquias en prosa, etc.], Barmen, 1831.

*Krummacher, Friedrich A.:* "Parabeln" [Alegoría], Duisburg, 1809.

*Kruse, Karl Adolf B.:* "Grundregeln der englischen Aussprache, nach Walker's System. Zum Memoriren und Nachschlagen eingerichtet und mit einigen Leseübungen versechen zunächst für die Klassen der Realschule in Elberfeld" [Reglas fundamentales de la pronunciación inglesa, etc.], Elberfeld, 1837.

*Lamennais, Félicité R.:* "Paroles d'un croyant, 1833" [Palabras de un creyente, en 1833], Bruselas, 1834.

*Laube, Heinrich:* "Geschichte der Deutschen Literatur" [Historia de la literatura alemana], 4 vol., Stuttgart, 1839-1840.

*Leach, James:* "Stubborn Facts from the Factories by a Manchester Operative". Published and dedicated to the Working Classes by Wm. Rashleigh, M. P. [Hechos innegables de las fábricas, por un obrero de Manchester. Publicado y dedicado a las clases trabajadoras por W. Rashleigh, M. P.], Londres, 1844.

*Lessing, Gottold Ephraim:* "Lessing's sämtliche Schriften" [Escritos completos de Lessing], ed. por Karl Lachmann, 12 vols., 1853-1857, t. 10, "Eine Parabel". Nebst einer kleinen Bitte und einem eventualen Absageschreiben. Braunschweig, 1778" [Una alegoría, etc.].

*Leith, C. L. T.:* "Gedichte für das erste Jugend-Alter, zur Bildung des Herzens und Geistes. Aus Teutschlands besten Dichterwerken für Schule und Haus gesammelt" [Poesías para la primera juventud, para formar el corazón y el espíritu. De las mejores obras poéticas alemanas], 2 vols., Crefeld, 1834-1835.

*Lohenstein, Daniel C. von:* "Grossmüthinger Feldherr Arminius oder Herrmann, Als

Ein tapfferer Beschirmer der deutschen Freyheit/Nebst seiner Durchlauchtigen Thussnelda etc." [El grandioso Mariscal Arminio, etc.], Leipzig, 1689-1690.

*Lovett, William, and Francis Place:* "The People's Charter; being the Outline of an Act to provide for the Just Representation of the People of Great Britain in the Common's House of Parliament, etc." [La Carta del Pueblo; esbozo general de una ley para proveer la justa representación del pueblo de la Gran Bretaña en el Parlamento, etc.], Londres, 1838.

*Luis I, rey de Baviera:* "Gedichte" [Poesía], 3 vols., Munich, 1839.

*Lutero, Martin:* "Sämtliche Schriften und Werke, welche aus allen vorher ausgegebenen Sammlungen zusammengetragen worden" [Escritos y obras completas], ed. por Heinrich Zedler, 22 vol., Leipzig, 1729-1741, t. 16.

—, "Widder die stürmenden bawren", en: *Luthers Werke*, ed. crítica, Weimar, 1908.

*Malthus, Thomas Robert:* "An Essay on the Principle of Population, as it affects the Future Improvement of Society, with Remarks on the Speculations of W. Godwin, M. Condorcet, and others Writers [Un ensayo sobre el principio de la población y sus efectos sobre el futuro de la sociedad, con observaciones sobre las especulaciones de W. Godwin, M. Condorcet y otros escritores], Londres, 1798.

*Marx, Karl:* "Misère de la philosophie. Réponse à la philosophie de la misère de M. Proudhon" [Miseria de la filosofía. Respuesta a la filosofía de la miseria de M. Proudhon], París y Bruselas, 1847.

*Märklin, Christian:* "Marsellaise" [Marsellesa].

*McCulloch, John Ramsay:* "A Statistical Account of the British Empire, exhibiting its Extent Physical Capacities, Population, Industry and civil and religious Institutions" [Una estimación estadística del Imperio británico, en que se exhibe su dimensión, capacidad física, población, industria e instituciones civiles y religiosas], 2 vols., Londres, 1837.

*Meyen, Eduard:* "Rezension über 'Vorlesungen über die moderne Literatur der Deutschen' von Alexander Jung" [Recensión sobre "Lecciones sobre la literatura alemana moderna", de A. Jung], en: *Rheinische Zeitung*, núms. 149-151 de 29-31 de mayo de 1842.

*Miles:* "Bill for Enlarging the powers of justices in determining complaints between masters, servants and artificers". Bill no. 58 of 1844. Hansard's Parliamentary Debates, vols. LXXIII y LXXIV ["Ley para ampliar el poder de la justicia en algunas quejas entre maestros, sirvientes y artesanos". Ley núm. 58 de 1844. Debates parlamentarios de Hansard, vols. LXXIII y LXXIV].

*Montanus, Vicenz von Zuccalmaglio:* "Die Vorzeit der Länder Cleve-Mark, Jülich-Berg und Westphalen" [El pasado en las tierras de la Marca y el Cleve, Juliers y Westphalen], t. 1 (cuad. 1-4), 2ª ed., 1837 y t. 2 (cuad. 5-8), 1838-1839.

*Moro, Thomas:* "De optimo statu rei publicae deque nova insula Utopia" [Del buen estado que priva en la nueva isla Utopía], Lovaina, 1516.

*Mosen, Julius:* "Ahasver". Episches Gedicht ["Ahasver". Poema épico], Dresden y Leipzig 1838.

*Mundt, Theodor:* "Madona. Unterhaltungen mit einer Heiligen" [Madonna. Devoción ante una imagen], Leipzig, 1835.

*Nicholls, George:* "Poor Laws-Ireland. Three Reports by George Nicholls, Esq. to Her Majesty's Principal Secretary of State for the Home Department" [Leyes de Pobres-Irlanda. Tres informes por George Nicholls, señor secretario principal de estado para el de su Majestad, Londres, 1838.

*Owen, Robert:* "Manifesto of Robert Owen, the Discoverer, Founder, and Promulgator of the Rational System of Society, and of the Rational Religion. Sixth Edition. To wich are added a Preface and also an Appendix..." [Manifiesto de R. Owen, el descubridor, fundador y el promulgador del sistema racional de la sociedad y de la religión natural. Sexta edición, con prefacio y apéndice], Londres, 1840.

—, "The Marriage System of the New Moral World; with a Faint Outline of the Present very Irrational System; as Developed in a Course of Ten Lectures" [El sistema del matrimonio en el Nuevo Mundo Moral; con un breve bosquejo del muy irracional sistema presente así como su desarrollo en un curso de diez lecturas], Leeds, 1838.

—, "Observations on the Effect of the Manufacturing System: with hints for the

improvement of those parts of it wich are most injurious to health and morals" [Observaciones sobre los efectos del sistema manufacturero: con apuntes para el mejoramiento de aquellas partes dañinas para la salud y la moral], 2ª ed., Londres, 1817.

*Pakinson, Richard:* "On the present Condition of the Labouring Poor in Manchester..." [Sobre la condición presente de los trabajadores pobres en Manchester'"], 3ª ed., Londres y Manchester, 1841.

*Parny, Évariste D. D.:* "Goddam!" [Condena], en *Œuvres de Parny,* Precedidas de una nota histórica sobre su vida, 2 vols., París, 1826.

*Platen-Hallermünde, Graf A. von:* "Der romantische Oedipus" [El Edipo romántico], Comedia en 5 actos, en: *Gesammelte Werke, etc.,* Stuttgart, 1838.

*Poema del Cid,* ed. por Ramón Menéndez Pidal, Madrid 1900.

*Pol, Johann:* "Gedichte" [Poemas], Heedfeld, 1837.

*Porter, G. Richardson:* "The Progress of the Nation, in its Various social and Economical Relations, from the Beginning of the 19th Century of the Present Time" [El progreso de la nación en varias de sus relaciones sociales y económicas desde principios del siglo XIX hasta el tiempo presente], Londres, 1836-1843.

*Proudhon, Pierre Joseph:* "Qu' es-ce que la propriété? Ou recherches sur le principe du droit et du gouvernement". Premier Memoire ["¿Qué es la propiedad? O investigación sobre el principio del derecho y del gobierno". Primera memoria], París, 1841.

*Püttmann, Hermann:* "Rezension 'F. Freiligrath, Gedichte'" [Recensión sobre las "Poesías" de F. Freiligrath], en: *Abendzeitung,* núm. 19 de 6 de marzo de 1839, Dresden.

*Raumer, Friedrich L. G. von:* "England im jahre 1835" [Inglaterra en el año 1835], 2 vols., Leipzig, 1836.

*Report from Committees.* Vol XV. Factories. Núm. 706. "Report from the Select Committee on the 'Bill to regulate the Labour of Children in the Mills and Factories of the United Kingdom'. With the Minutes of Evidence, Appendix and Index" [*Informe de los Comités.* Vol. XV. Fábricas, núm. 706. Informe del Comité municipal sobre la "Ley reguladora del trabajo infantil en los talleres y las fábricas del Reino Unido". Con pruebas testificales, apéndices e índices], Londres, 1831-1832.

*Report of Commission* of Inquiry into the Employment of Children and Young persons in Mines and Collieries and in the Trades and Manufactures in wich Numbers of then work together, not being included under the terms of the Factories' Regulation Act [*Informe de la Comisión* Investigadora del Trabajo infantil y de los jóvenes en los comercios y las manufacturas en número de diez reunidos, sin incluir dentro de él los términos en que es regulado el trabajo fabril], First Report 1841; Second Report 1843 [Primer informe, 1841; segundo informe, 1843]. De los cuales Engels se sirve bajo el título de "Childrens Employment Commission's Report".

*Reports of the Inspectors* of Factories to Her Majesty's Principal Secretary of State for the Half-Year ending 31st December 1843. Presented to both Houses of Parliament by Command of Her Majesty [*Informes de los Inspectores* de fábricas para el Secretario principal de estado de su majestad de la segunda mitad del año 1843 que concluye en 31 de diciembre. Presentados al Parlamento por orden de su Majestad], Londres, 1844.

*Report to Her Majesty's Principal Secretary of State* for the Home Department, from the Poor Law Commissioners, on an Inquiry into the Sanitary Condition of the Labouring Population of Great Britain; with Appendice, etc. [Informe para el Secretario principal de estado del Ministerio del Interior de su Majestad, de los Comisionados de la ley de Pobres, sobre una investigación acerca de las condiciones sanitarias de la población trabajadora de la Gran Bretaña, con apéndices, etc.], Londres, 1842.

*Revue des deux Mondes* ["Revista de dos Mondos"], 1829-1866.

*Riedel, Carl:* "Von Schellings religionsgeschichtliche Ansicht; nach Briefen aus München, etc." [Aspectos histrico-religiosos de Schelling, etc.], Berlín, 1841.

*Richter, Heinrich und Wilhelm:* "Erklärte Haus-Bibel, oder allgemein verständliche Auslegung der ganzen heiligen Schrift alten und neuen Testaments, etc." [Explica-

ción familiar de la Biblia o descripción general razonada de todas las sagradas escrituras tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, etc.], 6 vol., Barmen, 1834-1840.
to social, o principios de derecho político], Amsterdam, 1762.
*Rückert, Friedrich*: "Fünf Märlein zum Einschläfern für mein Echwesterlein" ["Cinco cuentecillos de cuna para mi hermanita"], 6 vols., Erlangen, 1834-1838.
*Ruge, Arnold*: "Friedrich von Florencourt und die Kategorieen der politischen Praxis" [Federico de Florencourt y las categorías de la práctica política], en: *Hallische Jahrbücher*, núms. 281 y 282 del 23 y 24 de noviembre de 1840.
—, "Rezension über 'Königsberg in Preussen und die extreme des dortigen Pietismus von Dr. Alexander Jung, Braunsberg 1840' " [Recensión del artículo de A. Jung "Königsberg en Prusia y el extremo de su pietismo", Braunsberg, 1840], en: *Deutsche Jahrbücher für Wissenschaft und Kunst*, núms. 153-155, de 27-29 de diciembre de 1841.
*Schelling, Friedrich W. J.*: "Schelling's Erste Vorlesung in Berlin, 15. November 1841" [Primera lección de Schelling en Berlín, en 15 de noviembre de 1841], Stuttgart y Tubinga, 1841.
*Schifflin, Philipp*: "Anleitung zur Erlernung der französischen Sprache" [Guía sencilla de la lengua francesa], 1er. Curso, Elberfeld, 1839.
*Schiller, Friedrich von*: "Die Räuber" [El ladrón], en: *Schillers Werke*, nueva ed. en 6 vol., con una introducción de Franz Mehring, Berlín, 1927, t. 2.
*Senior, Nassau W.*: "Letters on the Factory Act, as its affects the Cotton Manufacture, addressed to the Right Honourable the President of the Board of Trade, etc. [Cartas sobre la Ley de fábricas en sus efectos en la manufactura del algodón, preparadas por el recto y honorable presidente del Tribunal del comercio, etc.], Londres, 1837.
*Shakespeare, William*: "Hamlet, Prinz von Dänemark" [Hamlet, príncipe de Dinamarca], en: *Shakespeare's dramatische Werke*, trad. por A. Wilhelm Schlegel y ed., por Ludwig Tieck, 9 vols., Berlín, 1825-1833, t. 6.
*Smith, Adam*: "An Inquiry into the Nature and Causes of the wealth of Nations" [Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones], con una biografía del autor, discurso introductorio, notas y discursos complementarios por J. R. McCulloch, 4 vols., Edimburgo, 1828.
*Stein, Lorenz von*: "Der Socialsimus und Communismus des heutigen Frankreichs" [El socialismo y el comunismo en la Francia de hoy], Leipzig, 1842.
*Stier, Rudolf*: "Christliche Gedichte" [Poemas cristianos], Basilea, 1825.
*Stirner, Max*: "Der Einzige und sein Eigenthum" [Del único y su propiedad], Leipzig, 1845.
*Strauss, David F.*: "Die christliche Glaubenslehre in ihrer geschichtlichen Entwiklung und im Kampfe mit der modernen Wissenchaft" [El dogma cristiano, en su desarrollo histórico y en su lucha contra la ciencia moderna], 2 vols., Tubinga y Stuttgart, 1840-1841.
—, "Das Leben Jesu" [La vida de Jesús], 4ª ed., 2 vols., Tubinga, 1840.
*Sue, Eugène*: "Les mystères de Paris" [Los misterios de París], Bruselas, 1843.
*Symons, J. Cookson*: "Arts and Artisans at Home and Abroad: with Sketches of the Progress of Foreign Manufactures" [Arte y artesanos en el interior y el exterior, con algunas imágenes del progreso de las manufacturas del exterior], Edimburgo, 1839.
*Telegraph für Deutschland*; núms. 193 y 194 de diciembre de 1845, Hamburgo.
*Ure, Andrew*: "The Cotton Manufacture of Great Britain. Systematically investigated, and illustrated" [La manufactura del algodón en la Gran Bretaña. Una investigación sistemática e ilustrativa], 2 vol., Londres, 1836.
—, "The Philosophy of Manufactures: or, an Exposition of the Scientific, Moral, and Commercial Economy of the Factory System of Great Britain" [Filosofía de las manufacturas, o una exposición de la ciencia, moral y economía comercial del sistema fabril de la Gran Bretaña], 3ª ed., Londres, 1861.
*Vaughan, Robert*: "The Age of Great Cities: or, Modern Society Viewed in its Relation to Intelligence, Morals, and Religion" [La era de las grandes ciudades, o la visión de la sociedad moderna en su relación con el conocimiento, la moral y la religión], Londres, 1843.

*Venedey, Jacobus:* "Preussen und Preussenthum" [Prusia y el prusianismo], Manheim, 1839.

*Verordnung über die zu bildende Repräsentation das Volks.* Vom 22sten Mai 1815" (Núm. 290) [Reglamento sobre la forma de la representación del pueblo], en: *Gesotz-Sammlung für die Königlichen Preussischen Staaten,* núm. 9, Berlín, 8 de julio de 1815.

*Wade, John:* "British History, Chronologically Arranged, comprehending a Classifield Analysis of Events and Ocurrences in Church and State" [Historia británica, dispuesta cronológicamente, comprendiendo una clasificación analítica de hechos y sucedidos en la Iglesia y el Estado], Londres, 1843.

—, "History of the Middle and Working Classes; with a Popular Exposition of the Economical and Political Principles..." [Historia de las clases media y trabajadora, con una exposición popular de los principios económicos y políticos...], 3ª ed., Londres, 1835.

*Wakefield, E. Gibbon:* "Swing, Unmasked; or, the Causes of Rural Incendiarism" [El ímpetu desenmascarado, o las causas de la piromanía en el campo], Londres, 1831.

*Weert, George:* "Rede auf dem Freihandelskongress in Brüssel" [Discurso en el Congreso del librecambio en Bruselas], en *Die Ameise,* 15 de octubre de 1847.

*Weitling, Wilhelm:* "Das Evangelium des armen Sünders" [El evangelio del pobre pescador], 2 vol., Birsfeld, 1846.

—, "Garantien der Harmonie und Freiheit" [Garantías de la armonía y la libertad], Vivis, 1842.

*Wülfing, Friedrich L.:* "Ein Heftchen wackerer Gesänge" [Un folleto de cantos inteligentes], 1832.

—, "Leier und Schwert oder Bienen, mit und ohne Stachel" [Cítara y espada, o abejas con y sin aguijón], Guía manuscrita para la alegría y la amistad, Barmen, 1830.

—, "Jugendblüthen" [Flores de juventud], Barmen, 1830.

*Ziegler und Kliphausen, Heinrich A. von:* "Asiatische Banise, Oder blutiges und doch muthiges Pegu", en: *Historischer und mit dem mantel einem Helden,* etc., Leipzig, 1688.

*Zöpfl, Heinrich:* "Grundsätze des Allgemeinen und Constitutionell-Monarchistischen Staatrechts, mit Rücksicht auf das gemeingültige Recht in Deutschlan" [Principios generales del derecho del Estado monárquico-constitucional, con consideraciones generalmente admitidas en el derecho alemán], Heidelberg, 1841.

# ÍNDICE BIOGRÁFICO

*Aarón (1574 a. n. e.- ).* "El que enseña". De la tribu Leví, hijo del patriarca Amram y su mujer Jocabed; hermano mayor de Moisés. Primer sacerdote de la Ley escrita. 377

*Abyberg, Johan Theodor (1795-1869).* Político suizo, jefe del partido conservador en un cantón de Suiza. 657

*Ackersdijk, Jan (1790-1861).* Economista holandés, profesor de economía política en Utrecht. 636

*Adam, Adolphe Charles (1803-1856).* Músico y compositor francés de óperas cómicas y piezas para teatro de voudevil, entre las que destacan *Chalet, Brasseur de Preston, Toreador,* etc. 40

Adán. 377

*Adler, Víctor (1852-1918).* Dirigente y fundador del partido socialista austríaco, muy vinculado a los dirigentes del partido socialista alemán, Liebknecht, Engels y Kautsky. Dirigió el semanario *Gleichheit,* órgano de propaganda del movimiento obrero austríaco y más tarde fundó el *Arbeiterzeitung,* órgano oficial de su partido. Diputado por Bohemia en el Reichstag y dirigente de la *Asociación Internacional de Trabajadores.* XVIII

*Alcibíades (450-404 a. n. e.).* General y político ateniense, descendiente de Pericles y de la familia de los Alcmeónidas. Discípulo de Sócrates. Famoso por sus traiciones tanto a Esparta como a Atenas, quienes lo glorificaron y vituperaron sucesivamente hasta que murió en combate bajo las armas de los espartanos. 697

*Alejandro Magno (356-323 a. n. e.).* Rey de Macedonia. Hijo de Filipo y Olimpias. Heredó de Filipo el reino de los pueblos al norte del mar Egeo y de numerosas ciudades griegas sujetas a su mando, incluidas Atenas, Tebas, Corinto y otras, menos Esparta. Decidió hacer la guerra a los persas juntando un gran ejército. Desde el principio enfrentó numerosas rebeliones, sobre todo en el seno de las ciudades griegas y entre la nobleza macedónica pero se impuso por la fuerza a sus enemigos Consolidada su posición y manteniendo siempre la guerra contra el reino persa de Darío, concibió el gran proyecto de unificar a oriente y occidente en un solo mando. Fundó Alejandría y extendió sus dominios, aunque provisionalmente, hasta el Ganges. 226

*Alison, Archibald (1792-1867).* Historiador inglés. Estudió leyes en Edimburgo. En 1822 entró al servicio de la Corona y en 1834 fue sheriff de Lanarkshire. Después de haberse dado a conocer en Inglaterra con sus obras jurídicas, *The principles of the criminal law of Scotland* (1823) y *Practice of the criminal law* (1837), adquirió fama en el extranjero por su *History of Europe etc.,* numerosamente editada y traducida. Publicó artículos en el *Blackwood's Magazine* y más tarde reunió unos *Political and historical Essays* y, poco antes, sus *Principles of population,* obra dirigida contra la de Malthus. En general, su posición es característicamente *tory.* 310. 357, 379, 382, 388, 508, 510

*Alison, Dr. William Pulteney (1790-1859).* Político y economista inglés, hermano de Archibald; médico y profesor de medicina práctica en Edimburgo. Se hizo muy popular debido a sus constantes esfuerzos, en el campo de la medicina legal, por ayudar a las clases trabajadoras. Es autor de varias obras de medicina como *Outlines of Phisiology, Outlines of Pathology and practice of Medicine* y *Observations on the Hygiene of the great cities.* 177, 178, 192, 310, 311, 357, 365, 366

*Alston, G.* Predicador de St. Philips, Bethnal Green, Londres. 306

*Altenstein, Karl, barón de Stein (1770-1840).* Diplomático prusiano. En 1799 fue llamado a Berlín por el ministro Hardenberg y tomó parte activa en los trabajos de reorganización del Estado. En 1817 fue nombrado ministro de Instrucción pública y de Cultos. Participó en la fundación de la Universdiad de Berlín y estableció la de Bonn; asimismo organizó, a favor del Estado, las relaciones entre éste y la Iglesia católica prusiana. 34, 114

*Alvensleben, Karl Gebhard (1778-1831).* General prusiano, nacido y muerto en

Schoehwitz. Tomó parte en la batalla de Jena, distinguiéndose en Lutzen y Bautzen. Fue ayudante de campo del rey de Prusia después de la batalla de Tilsitt. 24, 37

*Anseele, Eduard (1856- ).* Dirigente socialista belga. Presidió el Congreso socialista de Basilea en 1912. Fue uno de los principales fundadores del movimiento cooperativista en Bélgica y ministro de gobierno de 1918 a 1921 y de 1926 a 1927. XVIII

*Antinoo.* Joven bitinio que de esclavo pasó a ser amigo favorito del emperador Adriano, quien lo elevó a categoría de héroe y de dios debido a su extraordinaria belleza. Fue inmortalizado con templos y altares y una ciudad, Antinoópolis. Fue sacrificado por el propio Adriano, siguiendo la indicación de un oráculo. En su honor se celebraban fiestas y juegos. 659

*Apolo.* Dios griego, hijo de Zeus y Latona. Identificado con Helios, dios del sol: es un ser resplandeciente, enemigo de las tinieblas e impurezas, ordenador y regulador del tiempo y de las estaciones. También es dios de los caminos y en el mar guía del navegante. Se le reconoce por la lira o el arco y su símbolo es el trípode de Delfos. 190, 693

*Aquiles.* "Destructor de los ilienses." Héroe griego, bisnieto de Zeus, nieto de Eaco e hijo de Peleo, rey de los mirmidones, y de Tetis, diosa del mar. Según una leyenda popular antigua, su madre Tetis lo sumergió al agua para hacerlo invulnerable pero no se cuidó de mojarle el talón por donde lo retuvo y, así, esa parte de su cuerpo quedó privada de esa virtud, 20, 452

*Arkwright, Richard (1732-1792).* Industrial inglés. Construyó a base de inventos anteriores parecidos una máquina que simplificaba el hilado de algodón, misma que utilizó para establecer una manufactura en Nortingham. 183, 218, 221, 289, 460

*Arminio, Gran Duque de.* Personaje central de la novela del escritor alemán del siglo XVII Daniel Cospers von Johenstein. *Grossmüthiger Feldherr Arminius.* 21

*Arnim, Bettina von (1785-1859).* Escritora alemana de la escuela romántica, defensora de las ideas liberales de la década de los cuarentas. 19

*Arndt, Ernst Moritz (1769-1860).* Portavoz de la publicística alemana en su lucha contra la invasión napoleónica y la opresión interna, campeón de la unidad alemana; después de 1815, perseguido por la reacción feudal y en 1820 destituido como profesor de historia en Bonn. En 1840 es restituido a su puesto de profesor; en 1848-49, miembro de la Asamblea Nacional de Francfort (centro-derecha). XIX, 28-30, 32, 34-37, 39

*Asher, Adolf (1800-1853).* Bibliófilo alemán de origen judío. Viajó por Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Austria y Rusia, visitando las bibliotecas de estos países. En 1830 estableció una librería que llegó a ser uno de los principales centros de libros de Berlín. 636

*Ashley, Antony Cooper, lord de Shaftesbury (1801-1885).* Político inglés, uno de los jefes del movimiento de la aristocracia filantrópica. 187, 402, 405, 416, 427, 428, 491

*Ashton, Thomas.* Fabricante en Hyde, de Manchester. 437

*Ashworth, Edmund (1801-1881).* Fabricante de Lancashire. 416, 438, 468

*Axelrod, Pavel (1850-1925).* Dirigente del partido obrero socialdemócrata de Rusia. XVIII

*Baader, Franz Xaver von (1765-1841).* Filósofo alemán. Estudió medicina y ciencias naturales especializándose en mineralogía. Filosóficamente, se centró en el pensamiento de Boheme, Saint-Martin, Santo Tomás y la escolástica medieval y, entre los modernos, en Kant y Hegel. Fundamentalmente, trató de unir la razón y la fe en su doctrina filosófica. 110

*Babeuf, François Nöel (Graco) (1760-1797).* Político y revolucionario francés, padre de la escuela socialista que lleva su nombre (*babevismo*), guillotinado en el año V de la Revolución. En sus inicios fue geómetra y registrador de impuestos en una villa francesa. A causa de la publicación de ciertos folletos, uno contra Mirabeau y otro contra el régimen impositivo francés, su propia municipalidad lo condujo ante los tribunales y Marat lo ayudó a salir libre. En París fundó el *Journal de la liberté de la Presse* que más tarde cambió a *Tribun du peuple,* en el cual atacó abiertamente el orden social prevaleciente durante la Revolución. Perseguido por el Di-

rectorio, se le hizo disolver el club jacobino que dirigía, fue sometido a proceso y, junto con Darthé, fue condenado a muerte y ejecutado. 146, 149, 593, 598

*Babevistas.* 149

*Bacon, Francis (1561-1626).* Estadista y filósofo inglés, señor de Verulam, vizconde de San Albano. Estudió en Cambridge y Gray Inn. Ocupó muy diversos cargos en la Corona, fue fiscal y procurador, lord canciller, par del reino y barón. Vio interrumpida su carrera pública por una acusación de cohecho, por lo que vivió retirado dedicándose a sus estudios sobre filosofía y ciencias naturales, que entonces comenzaban su pleno desarrollo en base al avance de la revolución industrial de Inglaterra. Se le considera el fundador de la corriente empírico-positivista de las ciencias y su mayor virtud no reside en sus descubrimientos originales sino en sus experimentaciones y guías metodológicas para seguir el estudio de la ciencia natural y las demás ciencias referidas a ellas. También incursionó en la teoría política de su tiempo. Autor de *Novum Organum, De sapientia Veterum, Essays, Religious Meditations* y *New Atlantis.* 226

*Bailey, William (y hermanos).* Fabricantes ingleses. 475

*Bairness, Sir Edward (1800-1890).* Economista vulgar inglés, partidario del librecambio, redactor-jefe del *Leeds Mercury.* 395

*Bairstow, Jonathan R. H. (1819- ).* Cartista inglés, representante en la Convención Cartista en 1842. 151

*Bakunin, Mijail (1814-1876).* Revolucionario ruso, hijo de una familia propietaria de Twer. Estudio en Berlín filosofía, donde leyó asiduamente a Hegel, y más tarde se trasladó a París, donde de inmediato se puso en contacto con miembros de la emigración polaca y demás eslavos expatriados. En 1847 principia su larga y agitada vida de revolucionario dando apoyo público a los polacos contra el yugo zarista y exigiendo el movimiento de sus compatriotas para derrocar al zar de Rusia. Participó activamente en las revoluciones de 1848 en París, Bruselas y Ginebra, ciudad donde fue deportado. Fue trasladado más tarde a Siberia, de donde escapó. En 1867, tres años después de fundada la *Asociación Internacional de Trabajadores,* entró en conflicto con el Consejo General, encabezado por Marx, al intentar maniobras divisionistas entre las asociaciones agrupadas en la Internacional. Desde posiciones anarquistas y libertarias inspiradas en el rechazo absoluto de toda autoridad central, atacó a Marx y sus seguidores logrando una gran influencia sobre todo en Italia, Suiza, España, Portugal y, junto con los prudonistas, también en Francia. Fundó la organización burguesa *Liga de la Paz y de la Libertad,* rival declarada de la *Internacional* fundada en Londres, y la *Federación del Jura* o *Federación jurasiana,* local suiza de la *Internacional,* que actuó siempre bajo sus dictados. Su obra, muy prolífica y dispersa, se compone en su gran mayoría de panfletos y folletos políticos, muchos de ellos sin terminar. XIII, 717

*Ball, Hermann (1804-1860).* Predicador protestante, pastor en Wülfrath, Elberfeld. 8

*Barbaroux, Charles Jean Marie (1767-1794).* Político francés, líder girondino. Estudió física y realizó varios inventos. En algunos procesos contra los contrarrevolucionarios recibió el apoyo de Robespierre y el partido de los jacobinos. Fue un activo partidario de Madame Roland, al lado de Brissot. Más tarde, su oposición a la Montaña, Robespierre y Danton se vuelve más decidida y abierta, y contra ellos organizó la resistencia bajo el Terror Blanco, hasta que fue guillotinado. 597

*Bardsley, Samuel Argent (1764-1851).* De 1790 a 1823 médico en un hospital de Manchester. 387

*Barham, William Richard (1804-1877).* Médico inglés. Se especializó en la botánica, la química, la histología y la práctica del dibujo anatómico. Estudió en Edimburgo, trabajó para la Compañía de las Indias y fue médico del hospital Westminster, de Londres. 483

*Barrot, Camille Odilón (1791-1873).* Político francés. Fue abogado defensor de los procesados políticos bajo Luis XVIII y Carlos X, en la Restauración. Después de las jornadas de la revolución de Julio (1830) impidió que Lafayette proclamara la República. Defensor convencido de la monarquía constitucional y activo de la llamada "oposición dinástica". Alternó con Thier la presidencia del Consejo de Ministros hasta el momento del inicio de la campaña de los banquetes, que trajo consigo el movimiento revolucionario de 1848 en Francia. Sobrevivió las jornadas de Febrero

y Julio (1848) y al iniciar la presidencia Luis Bonaparte, éste le confió la formación de su primer ministerio. Era un acérrimo enemigo del movimiento obrero y durante su gestión podía Luis Bonaparte confiar en preparar su golpe de Estado restringiendo el derecho de reunión y la libertad de imprenta, rechazando las peticiones de amnistía así como procurando el fortalecimiento de los más corruptos políticos, como Cavaignac. Dejó unas *Mémoires* y otras obras. 604

*Barry, Sir David (1780-1835).* Fisiólogo inglés. 410, 411, 413, 417-419

*Bastiat, Fréderic (1801-1850).* Economista vulgar francés, librecambista y enemigo declarado de las teorías de Proudhon en su obra *Gratuité du Crédit*. Su obra principal es *Harmonies économiques*, donde sienta la tesis que trata de establecer la armonía entre los intereses del trabajo y el capital. Tanto Marx como Engels combatieron duramente sus teorías. 629, 633

*Bauer, hnos.* Véase Bruno y Edgar Bauer. X, 726, 734

*Bauer, Bruno (1809-1882).* Filósofo y crítico alemán, nacido en Eisenburg, ducado de Sajonia-Altenburgo. Estudió en Berlín y en 1834 se doctoró en teología. Fue profesor de la Universidad de Bonn hasta 1842, año en que fue expulsado de allí por el gobierno prusiano debido a sus ataques a la religión del Estado. Hegeliano de izquierda después de serlo de derecha, ejerció la enseñanza, la crítica histórico-literaria y la filosofía centrada en la teología. Autor de numerosos escritos, *Zeitschrift für spekulativen Theologie, Kritische Darstellung der Religion des altes Testaments, Kritik der Evangelischen Synoptyker, Kritik der evangelischer Geschichte des Johannes und der Synoptyker, Hegels Lehre von Religion und Kunst* y otras obras. 113, 117, 158, 201, 203, 257

*Bauer, Edgar (1820-1886).* Filósofo y periodista alemán, nacido en Charlotemburgo, hermano de Bruno Bauer. Estudió teología y jurisprudencia en Berlín. A causa de sus ideas sufrió cuatro años de cárcel en Magdeburgo. Se dio a conocer con un folleto, en defensa de su hermano, al ser éste expulsado de la Universidad de Bonn, *Bruno Bauer und seine Gegner* (1842). Durante su reclusión escribió junto con su hermano Bruno algunos escritos menores y una monumental historia del siglo XIX, en doce tomos. En 1848 fue a vivir a Londres y a su regreso a Alemania se acomodó a la política gubernamental y a la ortodoxia reinante convirtiéndose en un seguro defensor de la censura. Escribió también *Der streit Kritik mit der Kirche und Staat, Die liberalen Bastrebungen in Deutschland, Die Partien* y otras obras. 159

*Bäumler, Joseph Michael (1778-1853).* Profesor en Würtember, de la escuela luterana, que en 1817 emigró a los Estados Unidos de América, donde fundó una sociedad comunista en el estado de Ohio. 560

*Beaulieu, Le Hardy de, Jean Charles (1816-1871).* Economista vulgar belga, librecambista. 628

*Beaumont, Thomas ( -1859).* Médico cirujano en Bradford. 410, 414

*Bebel, Fernand August (1840-1913).* Dirigente y cofundador del partido socialdemócrata alemán que surgió en 1865 del Congreso de Eisenach. Nació en Colonia, tornero de oficio, muy pronto se vinculó al movimiento obrero de su país, en tiempos de Lassalle. Compañero de luchas de Wilhelm Liebknecht, se opuso a la hegemonía prusiana en la unificación de Alemania y fue partidario decidido de la Comuna de París. En años posteriores fue diputado por su partido y constantemente tuvo que defenderse de las leyes antisocialistas y sufrir prisión. Escribió algunas obras, entre ellas *Der deutsche Bauernkriege, Christentum und Socialismus, Gegenwart und Zukunft, Die Socialdemokratie und das allgemeine Wahlrecht,* y otras. XVI

*Beck, Karl Isidor (1817-1879).* Poeta germano-húngaro, nacido en Bäss, orillas del Danubio. Hijo de padres judíos, se convirtió al protestantismo. Abandonó la medicina para dedicarse por entero a la labor poética. La mayor parte de su obra trata de expresar su apego a la naturaleza y costumbres de su patria natal así como su apego a los oprimidos, proletarios y judíos. Gutzkow lo elogiaba grandemente como figura de verdadera importancia en las letras alemanas pero en realidad su poesía era una mezcla de patética retórica y vacía melancolía que había confundido a sus críticos, quienes esperaban de él un Byron alemán. 21, 39, 672

*Becker, August (1814-1871).* Comunista suizo atraído al movimiento revolucionario por Weitling. 258

*Beethoven, Ludwig van (1770-1827).* 40

*Belial* o *Belzebú*. Nombres con que se conoce la figura del demonio. 196

*Belle-Isle, madmoiselle de*. 20

*Bellini, Vincenzo (1802-1835)*. Compositor italiano, nacido en Catania, Sicilia. Hizo sus estudios en el Conservatorio de Nápoles. Son célebres sus óperas, entre las que destacan *Bianca e Fernando, Il Pirata, I Puritani, Julieta e Romeo* y *Sonámbula*. Se le conoció como el "Orfeo siciliano". 40

*Benedix, Roderich (1811-1873)*. Dramaturgo alemán establecido en Elberfeld. En un principio recorría las distintas regiones de Alemania como actor y tenor de ópera. Sus obras dramáticas completan 27 volúmenes; también escribió varias novelas y poesías líricas. 255

*Bentham, Jeremy (1748-1832)*. Filósofo inglés, fundador del utilitarismo. Desde los inicios de su carrera de derecho en Oxford fue inclinándose hacia la creación de proyectos prácticos de legislación. Su primer escrito importante es *Introduction to the principles of morals and legislation*, donde fundamenta una de sus ideas centrales: la de procurar la mayor felicidad posible para el mayor número de seres; así, el verdadero objeto de la moral es la felicidad (deontología). Igualmente, logró algunos cambios prácticos en la organización de los tribunales gracias a la influencia de sus sistemas y, más tarde, como producto de sus esfuerzos personales, ahondó más sobre la materia, logrando con ello una comprensión más sistemática y más amplia, misma que le llevó a la elaboración de planes para construir prisiones y manicomios. De este periodo es su obra *Rationale of judicial evidence*. Fue Bentham durante algún tiempo duramente combatido por el partido *tory*, que le temía por sus ideas reformadoras en el Parlamento y por proclamar el principio del librecambio y la separación de la Iglesia y el Estado así como por atacar las leyes de la usura. Fundó en Londres la famosa *Westminster Review*, publicación que tenía una cierta resonancia entre los *leaders* del naciente radicalismo: Cobbet, Grote, los dos Mill y otros. 224, 481, 630

*Bergenroth, Gustav Adolf (1813-1869)*. Historiador alemán, amigo de Engels. Después de los acontecimientos de 1848 en Alemania, tuvo que emigrar a los Estados Unidos y más tarde se trasladó a Inglaterra, donde la Corona le comisionó investigar documentalmente las relaciones diplomáticas entre España e Inglaterra, tema sobre el cual dejó escrita una obra, *Calendar of letters, despatches, and states papers relating to the negociations between England and Spain*. 730, 731

*Bernays, Karl Ludwig (1815-1879)*. Publicista alemán, amigo de Engels y Marx, miembro de la redacción en París del periódico radical *Vorwärts!* en 1844. Después de la revolución de 1848 emigró a los Estados Unidos. 726, 732

*Berthollet, Claude Louis (1749-1822)*. Químico francés. Profesor de química en la Escuela Normal y en la Escuela Politécnica de París. Acompañó a Napoleón a Egipto mientras proseguía sus estudios sobre la formación del carbonato de sosa. Más tarde estudió a fondo el compuesto del amoniaco y descubrió la plata fulminante y el clorato potásico y el proceso de decoloración por las propiedades del cloro, con lo que dio un gran impulso a los posteriores procesos industriales de telas y lavado de tejidos. Dejó numerosas obras científicas. 169

*Birley, Sr.* Fabricante de Manchester. 475

*Bismarck, Otto Eduard Leopold (1815-1898)*. Estadista alemán, primer canciller del moderno Imperio alemán, que él unificó bajo la hegemonía de Prusia y vencedor de Luis Napoleón en la guerra franco-alemana de 1870-1871. 539

*Black, Joseph (1728-1799)*. Químico inglés nacido en Burdeos. Estudió en Glasgow y Edimburgo. Realizó extensas investigaciones sobre la magnesia, la cal y otras bases, descubrió el "aire fijo" o ácido carbónico y su reacción sobre los álcalis y la cal, con lo cual encontró el fundamento para la teoría de los gases, que más tarde desarrollaron Priestley y Lavoisier. Se publicaron sus *Lectures on the elements of Chemistry* (1803), tomados de sus notas manuscritas. 210

*Blanc, Louis (1811-1882)*. Escritor y político francés. Desde joven ejerció el periodismo en diferentes diarios, *Propagateur, Progrès du Pais-de-Calais* y otros. En París fue redactor-jefe del diario *Bon-Sens* y más tarde fundó su *Revue du Progrès Social* en el cual publicó y difundió por vez primera su famosa teoría de la organización del trabajo, fundada sobre bases socialistas e igualitarias. Formó parte del gobierno provisional de 1848 y llevó a cabo su programa en el que figuraban comisiones de

gobierno y trabajadores y que más tarde fue saboteado por la burguesía de París. Autor de *Organisation du travail, Cathéchisme des socialistes* y *Le Socialisme-Droit au travail*, entre otras obras y trabajos dispersos. 601, 697

*Blank, Emil.* Comunista inglés, casó con María Engels. 715, 727

*Blanqui, Jeróme Adolphe (1798-1854).* Economista francés, hermano de Louis August Blanqui. Estudió filología y economía política antes de suceder a J. B. Say, su maestro, en la Escuela de Artes y Oficios, de París. Realizó viajes de estudio a Córcega y Argelia y más tarde a Inglaterra, Italia, España, Austria, Servia y algunos países de oriente. En el norte de Francia estudió la situación de la clase obrera. Tuvo aproximaciones a la escuela socialista inglesa. Fue un economista vulgar de cierto mérito. Autor de *Précis elémentaire d'économie politique* y otras obras más. 630-632, 675

*Blyths (Blyth).* Fabricante en Holmfirth. 434

*Borbones.* 704

*Borgia, Lucrecia (1480-1519).* Princesa italiana, hija del papa Alejandro VI. 20

*Borthwick.* Representante en el parlamento inglés, miembro del movimiento llamado la "Joven Inglaterra". 527

*Bowers.* Fabricante en Holmfirth. 434

*Bowring, John (1792-1872).* Estadista y escritor inglés. Consumado políglota, hijo de un fabricante de paños, hacía recorridos como viajante de negocios. Formó parte del grupo de los reformistas radicales ingleses en tiempos de Bentham, de quien fue discípulo y amigo y cofundador de la *Westminster Review*; librecambista, fue también funcionario financiero en varias partes de Europa y, junto con Cobden, fue fundador de la *Anti-Corn-Law-League.* Autor de *Reports on the commercial relations between France and Great-Britain, Report on commerce, industry and manufactures of Switzerland* y otras obras de carácter crítico-literario. 630, 632, 633, 635, 637

*Börne, Ludwig (1786-1837).* Publicista y escritor alemán, nacido en Francfort del Main; de origen judío, su nombre era Löb Barruch. Estudió en Halle, donde abandonó la medicina por la carrera de leyes. Fue siempre un defensor de la libertad de religión y expresión. Se convirtió al cristianismo y adoptó el nombre con que se le conoce De 1818 a 1821 publicó los periódicos *Die Zeitschwingen, Die Wage, Blätter für Bürgerleben* y *Wissenschaft und Kunst*, donde expuso sus ideas políticas y estéticas, situándose en una definida oposición frente al espíritu imperante. Miembro del movimiento de la "Joven Alemania" y acerbo crítico de las corrientes literario-políticas imperantes, fue aislándose cada vez más de la opinión generalizada sobre la literatura alemana, particularmente sobre Goethe y Schiller, a quienes juzgó como enemigos, sólo adorados por esos críticos "chinos sin dios". Es claro que los juicios estéticos y literarios de Börne están teñidos del elemento político, importante tanto para Börne como para Engels, pero sin duda con el propósito de ver más claro el sentido ético de la literatura. Sus principales obras son *Briefen aus Paris*, su conocido folleto polémico *Menzel, der Franzosenfresser*, que tanto le elogió Engels y, en francés *Fragments politiques.* Sus *Gesammelte Schriften* se editaron en Hamburgo en 1829. XIX, 21, 23, 28, 32-34, 103-106, 147, 695, 738

*Brentano, Lujo (Ludwgi) (1844-1913).* Economista vulgar alemán, nacido en Aschaffemburgo. Estudió en Munich, Dublín y Gottinga. Fue profesor de ciencias sociales en Breslau y luego en Estrasburgo, Leipzig y Viena. Acusó injustamente a Marx, después de muerto éste, de falsificar una cita de un discurso parlamentario de Gladstone, ante lo cual Engels descubrió toda su maniobra. Autor de numerosas obras económicas. 540

*Bridgewater, duque de (1540-1617).* Estadista y escritor inglés, defensor del librecambio. Activo impulsor de la unión política de Escocia e Inglaterra y uno de los protectores de Francis Bacon. 223

*Brigth, John (1811-1889).* Político inglés. Hijo de un fabricante de hilados, cuando surgió la disputa definitiva en torno a las *corn-laws*, ingresó activamente a la política oponiéndose definitivamente a ellas mediante la *Anti-Corn-Law-League.* Diputado por Durham en 1843 y por Manchester en 1847. A partir de los cincuenta encabezó el movimiento de reforma en el Parlamento inglés. Ministro de Comercio del gabinete Gladstone en 1868, con quien se retiró de la política en 1874, para más tarde volver a ella en 1880. 635, 668

*Brindley, James.* Arquitecto inglés. 295

*Brocklehurst*, Sr. Fabricante en Lancashire. 445, 446

*Brown, William (1784-1864)*. Fabricante inglés. Estableció un gran taller de blanqueado en Liverpool (Lancashire), que fue uno de los más importantes en toda Inglaterra. Fue protector de las artes y donó bibliotecas y museos; librecambista. 632

*Buchez, Benjamin (1796-1865)*. Escritor socialista francés. Estudió medicina en París. Fundador del *carbonarismo* francés. Fundó varios peridiócos y se vió perseguido y acusado de varias conspiraciones. Autor de *Histoire parlementaire de la Révolution française* (con Roux Lavergne) y *Traité de politique et de science sociale*, entre ortas obras, 686

*Buffon, Louis Leclerc, conde de (1707-1788)*. Naturalista francés. Autor de una famosa *Histoire naturelle*, que le ocupó toda su vida, en 36 volúmenes. 210

*Buonarroti, Phillipp (1761-1837)*. Revolucionario nacido en Pisa, perteneciente a la célebre familia italiana. Llegó a París en 1793 y le fue concedida la ciudadanía francesa. Tomó parte en la conspiración de los iguales, al lado de Babeuf, por lo que se le tuvo prisionero hasta que Napoleón le permitió vivir en Grenoble. En 1812 participó en la conspiración de Malet y de nuevo tuvo que huir. Volvió a París al estallar la revolución de Julio. Autor de una *Histoire de la conspiration de Babeuf* (1828). 146, 599

*Bülow-Cummerow, Ernst Gottfried Georg von (1775-1851)*. Publicista y político conservador prusiano. 96, 118

*Bürgeres, Heinrich (1820-1878)*. Publicista alemán radical. Entre 1842 y 1843 se desenvolvió como colaborador de la *Gaceta Renana*. En 1848, en Colonia, fue miembro de la Liga Comunista y en el año siguiente colaboró en la redacción de la *Nueva Gaceta Renana*. En 1850 formó parte del Comité Central de la Liga Comunista. En el año de 1852 fue uno de los principales acusados en el proceso contra los comunistas en Colonia, por lo que fue arrestado y condenado a seis años de presidio. Más tarde, se hizo nacional-liberal. 257, 734

*Byron, Georg Noel Gordon lord (1788-1824)*. Poeta inglés, nacido en Londres. Estudió en Cambridge. Publicó primeramente varios poemas cortos. Viajó por España, Albania, Grecia y Asia Menor y más tarde se estableció en Atenas. Al regresar a Inglaterra dio comienzo a un periodo de gran creatividad poética: los dos primeros cantos de su *Child Harold* y los poemas *The Guiaur, The Corsair, The Siege of Corinth* y otros. Contrajo matrimonio y después de su fracaso volvió a abandonar su país viajando por Italia para luego establecerse de nueva cuenta en Grecia. Escribió el tercero y cuarto cantos de su *Child Harold*, varias obras dramáticas, *Manfredo, Don Juan, Profecía del Dante, Marino Faliero*, etc. Participó en la lucha de liberación de Grecia. 100, 134, 481

*Cabet, Esteban (Père) (1788-1856)*. Político francés. Estudió medicina y derecho. En París formó parte del movimiento carbonario francés. Fue diputado radical en 1831, publicó un semanario, *Le Populaire*. Tuvo que huir a Inglaterra hasta que volvió a Francia profesando doctrinas comunistas utópicas y en 1848 preparó la fundación de una colonia comunista en Texas que, al fracasar, lo condujo ante los tribunales. Volvió a América fundando una nueva colonia, de la cual se erigió en dictador y se le obligó a huir a San Luis Misuri, donde murió. Autor de *Histoire de la Révolution de 1830, Histoire populaire de la Révolution française de 1789 a 1830, Voyage en Icarie* y otras obras. 150, 151, 154, 601, 613

*Cade, Jack*. Revolucionario utópico inglés del siglo XV, nacido en Irlanda. Fue soldado del ejército francés y más tarde ejerció la medicina. Marchó sobre Londres al frente de un ejército de 25 000 hombres, derrotó al ejército real y entró triunfalmente a Londres en 1450. Sus tropas saquearon la cuidad después de varios días y los londinenses se negaron a admitirlo en la ciudad. Fue muerto el mismo año al tratar de huir. 644

*Canning, George (1770-1827)*. Estadista y político inglés. Estudió en Oxford graduándose en Letras y Leyes. Ingresó al Parlamento bajo la protección de Pitt, quien más tarde le nombró subsecretario de Negocios Extranjeros; sustityó a Pitt durante algún tiempo para luego volver a los asuntos diplomáticos. Fue Gobernador general en la India. Favoreció la indepedencia de las colonias españolas en América, apoyó la insurrección griega, introdujo reformas liberales a la navegación, el comercio y la industria y fue reconocido como su jefe por los *wighs*. 587

*Carlomagno (Charlemagne) (747-815).* Rey de los francos y emperador de romanos. 19

*Carlos V (Carlos I de España) (1500-1558).* Rey de España y emperador de Alemania, primer monarca español del reino unificado tras la expulsión de los árabes o moros por los reyes católicos. 569

*Carlos I (1600-1649).* Rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda. 212, 276

*Carlos II (1630-1685).* Rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda, hijo segundo de Carlos I de Inglaterra. 198, 525

*Carlos X (1757-1836).* Rey de Francia, hijo del delfín Luis, hermano menor de Luis XVI y Luis XVIII.

*Carlyle, Richard (1790-1843).* Publicista radical inglés. 239

*Carlyle, Thomas (1795-1881).* Filósofo y escritor inglés, nacido en Ecclefechan, condado de Dumfries. Estudió matemáticas en Edimburgo. Más tarde estudió teología y finalmente decidió dedicarse a la literatura. Por su vasta cultura y erudición escribió numerosos artículos para enciclopedias, ejerció la enseñanza y se aficionó grandemente a la literatura y filosofía alemanas de las que sin duda llegó a ser un gran conocedor. Llegó a establecer un epistolario amistoso con Goethe y algunos otros escritores alemanes. Publicó numerosos libros de crítica y de creación literarias, entre los que destacan *Sartor resartus,* una narración de extraña actualidad, otras obras sobre literatura, *Critical and miscellaneous essays, The History of Literature* y otras de carácter filosófico-histórico, *On heores, Letters and speeches of Oliver Cromwell, History of Friedrich II* y *Life of John Sterling;* asimismo destaca su espíritu resueltamente crítico frente a la situación social en su libro *Past and Present,* objeto de la crítica de Engels en los *Anales franco-alemanes* y en sus *Latterday-pamplhets.* 133, 185, 187, 188, 190, 191, 194, 197, 198, 201-207, 339, 357, 359, 380, 381, 509, 512, 527, 598, 716

*Carrière Moriz (1817-1895).* Filósofo idealista alemán dedicado a la estética, hegeliano de izquierda. 14

*Cartwright, Edmund (1743-1823).* Inventor mecánico inglés. 169, 218

*Cavaignac, Lous Eugène (1802-1857).* General francés. Gobernador de la provincia de Orán, Argelia, y más tarde gobernador general de la Colonia. Durante la revolución de Junio (1848), la Asamblea le confirió la dictadura militar de Paris siendo ministro de la Guerra, la cual ejerció implacablemente contra las masas obreras movilizadas, por lo que la Asamblea lo eligió jefe ejecutivo del gobierno, que abandonó al ser derrotado en las elecciones por Luis Napoleón, quien lo apresó tras su golpe de Estado. De 1851 a 1857, fue miembro del cuerpo legislativo. 698, 700

*Cerdeña, Carlos Alberto de.* Monarca semiliberal que, como regente de la Corona, proclamó la Constitución española de 1820 contra la voluntad de su monarca Carlos Félix, que condenó el movimiento. Posteriormente, al ascender al trono, participó en el movimiento nacional italiano y en 1848 otorgó una constitución y, después de la derrota en Milán contra los austriacos y el fracaso de independencia en Italia, adbdicó a favor de su hijo Víctor Manuel II, quien continuó el armisticio con Austria. 665

*César, Cayo Julio (hacia 100-44 a. n. e.).* General y dictador romano, conquistador de las Galias y uno de los fundadores del Imperio. 226

*Chadwick, Edwin (1801-1890).* Abogado y funcionario inglés. Estudió leyes en Londres pero se dedicó al estudio de la economía política, siendo poco conocidos sus trabajos sobre el tema. Uno de los primeros en ocuparse sobre la utilidad del seguro de vida en el trabajo, la asistencia pública y su vigilancia preventiva. En 1834 fue nombrado Presidente de la Oficina de Pobres y secretario de la Comisión sobre la Ley de Pobres, ocupando el primero de los cargos por más de veinte años. También fungió como Inspector sanitario en Londres. 311

*Cid.* "Señor". Personaje literario del siglo XII. 20, 33

*Cobden, Richard (Dicky) (1804-1865).* Economista vulgar y político inglés, llamado el "Apóstol del librecambio". Se inició tempranamente en el comercio y más tarde, en Lancaster, fundó una fábrica de estampado. Viajó a los Estados Unidos y al Oriente y publicó un par de folletos, *England, Ireland, and America* y *Russia,* dedicando el primero al librecambio y la no intervención y el segundo a la rusofobia occidental. También se presentó como un defensor de la burguesía frente a la aristocracia terrateniente. Uno de los fundadores de la *Anti-Corn-law-League,* por la cual pro-

nunció varios discursos. Fue diputado en el Parlamento e intervino en arbitrajes de comercio internacional. 186, 233, 593, 635

*Colón, Cristobal (1451-1506).* 148

*Collins, John Anderson ( ..-1879).* Inglés, socialista utópico trasladado a los Estados Unidos, furierista, editor y redactor del *Communist* de Nueva York. 562

*Condoreet, Marie Jean Antonine Nicolas, marqués de (1743-1794).* Filósofo, publicista y político francés. Se dedicó con brillantez al estudio de la matemática; sintetizó en su obra el pensamiento enciclopedista. Gran entusiasta de la Revolución francesa. 597

*Considérant, Victor (1808-1893).* Político y socialista utópico francés, propagador de las teorías de Fourier y fundador de un falansterio furierista. Diputado en la Asamblea Nacional en 1848 por el partido de la Montaña. Autor de *Destinée sociale, Manifieste de l'école sociétaire fondée par Fourier, Principes du socialisme* y otras obras. 148

*Cooper, Thomas (1805-1892).* Revolucionario inglés, dirigente del movimiento cartista, poeta y escritor. Zapatero, políglota y más tarde predicador metodista, publicista y dirigente político del cartismo. Encarcelado en Stafford después del levantamiento fabril de 1842. En 1849 fundó el diario radical *The Plain Speaker.* Al final de su vida se convirtió en un convencido defensor del cristianismo. Escribió un poema épico *The Purgatory of Suicide* y un estudio social, *The Condition of the People of England.* 137, 595

*Cousin, Victor (1792-1867).* Orador y filósofo francés. Traductor de Platón al francés y editor de las obras de Descartes. Estudioso de Kant, colaboró en Alemania al lado de Schelling y Jacobi; más tarde conoció a Hegel. Desempeñó también cargos relacionados con las ciencias y la instrucción pública en Francia. Fundador y panegirista del *eclecticismo.* Autor de una numerosa bibliografía. 108

*Couthon, George (1756-1794).* Político francés, miembro del partido de la Montaña, amigo de Robespierre y miembro del Comité de Salud Pública. Fanático verdugo de los enemigos de Robespierre. Fue guillotinado junto con él y Saint-Just. 598

*Cowan, Robert.* Médico sanitario en Glasgow, autor de *Vital Statistics of Glasgow.* 370

*Cowell, S. W.* Miembro de la Comisión Investigadora del Trabajo fabril. 406, 410, 415, 417, 418

*Cristo.* 63, 80, 82-87, 153, 187, 204, 737, 742

*Crompton, Samuel (1753-1827).* Inventor de la máquina hiladora de algodón, nacido en Firwood (Lancashire). Desde joven, alternaba su actividad musical con su trabajo en un telar de algodón, donde ideó su invento, el cual no pudo patentizar por falta de recursos. 183, 218, 289

*Cromwell, Oliver (1599-1658).* Estadista inglés, el llamado protector de las Repúblicas de Gran Bretaña, Irlanda y Escocia. Diputado desde 1628 y juez de paz en 1630 en su ciudad natal, Huntingdon. A partir de 1636 se hizo agricultor pero también se ocupaba de dar sermones, clases de teología y predicaciones puritanas. A partir del conflicto escocés se hizo la primera figura en el Parlamento. Organizó la resistencia contra el rey hasta derrotarlo. Proclamó la República y sobrevivió a la guerra civil del siglo XVII en Inglaterra. 196, 212, 228

*Cuvier, Georges Léopold Chrétien Frédéric, barón de (1769-1832).* Naturalista francés. Estudió en Stuttgart. Enseñó botánica y, en París, anatomía comparada. Hizo estudios sobre paleontología e historia natural. Fundó en París la facultad de ciencias. Fue funcionario de diversos institutos y escuelas durante el Imperio y la Restauración. 75

*Dahlman, Friedrich Christoph (1785-1860).* Estadista e historiador alemán. Profesor de historia en Kiel, Gottinga y Bonn. Al iniciarse los movimientos de 1848, Dahlmann fue llamado a participar en las discusiones sobre la Constitución prusiana y fue enviado a la Asamblea de Francfort, donde se manifestó partidario de la unidad alemana bajo la hegemonía de Prusia. Autor de *Geschichte Danemarks, Geschichte der Englischen Revolution, Politik auf den Grund un das Mass der gegebenen Zustände* y otras obras. 663

*Damocles.* Cortesano de Siracusa. Ha sido Cicerón, en las *Tusculanas,* quien ha hecho llegar la anécdota que dio origen a la expresión "la espada de Damocles". 240

*Dante Alhigueri.* 693

*Danton, Georges Jacob (1759-1794).* Revolucionario francés. Fue abogado en París antes de la Revolución. Renunció a su cargo público de Abogado del rey en 1791. Perseguido, tuvo que huir a Inglaterra; ministro de Justicia de la República en 1792. Murió guillotinado en 1794, tras una elocuente y famosa defensa de sí mismo. 593

*Darthé, Augustin Alexandre (1769-1797).* Revolucionario francés. Participó en casi todos los movimientos de su época desde 1789. Estudió leyes. Fue administrador del paso de Calais en 1792 y acusador público. Fue complicado en la conspiración de Babeuf en 1796. 599

*David.* "Amado", nacido en Belén, hijo de Jessé o Isaí, una de las principales familias de la tribu de Judá. 16

*Davy, Humphrey (1778-1829).* Químico y físico inglés. 180

*Descartes, Rene (1596-1650).* 52

*D'Ester, Karl Ludwig Johann (1811-1859).* Médico miembro de la Liga de los Comunistas de Colonia. En 1848 diputado a la Asamblea Nacional prusiana (ala izquierda), en octubre del mismo año miembro del Comité central de los demócratas alemanes, diputado a las dos Cámaras (ala izquierda). Desarrolló un importante papel en la insurrección de Baden y el Palatinado en 1848-1849. 725

*Diderot, Denis (1713-1784).* Escritor y filósofo francés. Principal impulsador de la *Enciclopedia,* en el siglo XVIII. Iluminista. Es autor de otras muchas obras filosóficas y literarias. 481

*Diergardt, Friedrich barón de (1795-1869).* Industrial y fabricante textil alemán. Se estableció en Viersen y más tarde en varias poblaciones de los distritos de Düsseldorf y Aquisgrán. Sus productos fueron de los pocos que lograron ganar a la competencia extranjera, francesa e inglesa. 593

*Dingeldstedt, Franz (1814-1881).* Poeta, dramaturgo y filólogo alemán. Profesor en Kassel y miembro de la redacción de la *Allgemeine Zeitung* en 1841, y más tarde corresponsal de la misma en París, Londres y Viena. En Munich se encargó de la intendencia del Teatro Nacional y en 1857 fue administrador del Teatro ducal de Weimar, cuya dirección obtuvo hasta 1867. 14

*Disraeli, Benjamin conde de Beaconsfield (1804-1881).* Estadista y escritor inglés. Estudió y ejerció la abogacía en Londres. Publicó desde joven algunas obras literarias e ingresó a la política en el partido *tory.* Miembro del grupo "Joven Inglaterra". 527

*Doherty, Hugh.* Publicista irlandés y editor de 1841 a 1843 de la gaceta furierista *The London Phalanx.* 149

*Donizetti, Gaetano (1797-1848).* Compositor musical italiano. Estudió en el Conservatorio de Bergamo y más tarde en el de Bolonia. Autor de óperas famosas como *Lucia di Lammermoor* o *La Favorita.* 40

*Döring, Karl August (1783-1844).* Pastor de la comunidad luterana de Elberfeld; escritor de poemas religiosos. 9, 15, 16

*Drinkwater.* En 1833 miembro de la Comisión Investigadora del Trabajo fabril. 410, 412, 432

*Duchateau.* Indústrial y fabricante francés, partidario del sistema proteccionista. 630, 633

*Duchatel, Charles Marie conde de (1803-1867).* Estadista francés. Orleanista, Ministro de Comercio de 1834 a 1836 y Ministro del Interior de 1839 a 1848. 96, 603

*Duller, Eduard (1809-1853).* Escritor, autor de una Historia de Roma. 17, 21

*Dumas, Alejandro (Padre) (1802-1870).* Escritor francés. 20, 674

*Duncombe, Thomas Slingsby (1796-1861).* Político inglés *wigh.* Radicalizado de izquierda, defendió celosamente la causa reformista y en 1842 presentó a la Cámara una petición firmada por más de 3 millones de cartistas. 135, 137, 233, 298, 497, 518, 602, 635

*Dunoyer, Barthélemy Charles Pierre Joseph (1786-1862).* Economista vulgar y publicista francés. Fundó la revista Le Censeur, que reapareció más tarde como Le Cenceur européen. Prefecto y consejero de Estado después de la revolución de Julio (1830). Autor de las obras *L'industrie et la morale considerées etc.* y *De la liberté du travail.* 632

*Duquesnoy, Ernest Dominique (1748-1795).* Miembro de la Convención por el partido de la Montaña. 599

*Duroy, Jean Michel (1753-1795)*. Miembro de la Convención por el partido de la Montaña. Murió gillotinado. 599

*Dühring, Eugen (1833-1901)*. Filósofo y economista vulgar alemán. Fue *privatdozent* en la Universidad de Berlín. De orientación socialista utópica, se dedicó a escribir manuales sobre filosofía y economía, uno de los cuales iba dirigido contra Marx, mismo que recibió respuesta en el *Anti-Düring*, de Engels. XVII

*Einchhoff, Karl Johann Ludwig (1805-1882)*. Maestro en el Gimnasio de Elberfeld; en 1845 fue director del Gimnasio de Duisburg. Él y Engels enseñaron griego y latín. 12

*Eichhoff, Johann Albrecht Friedrich (1779-1856)*. Estadista alemán. Estudió leyes en Gottinga. Tomó parte en la guerra de liberación de 1813. En 1840 se encargó de los ministerios de Cultos, Instrucción Pública e Higiene y en 1848 se retiró de la política. Contribuyó a la creación del Código penal prusiano. 117

*Elí*. "Dios mío". Voz hebrea que Jesús pronunció en la cruz. 741

*Elías (San)*. "El que reverencia a Dios". De Tisbeh, uno de los profetas del pueblo judío. 48

*Engels, Federico (1820-1895)*. VIII-XXI, 53, 251, 253, 255-257, 715, 716, 719, 724, 729, 733, 737, 740

*Engels, Herman*. Hermano de Federico Engels. 717

*Engels, María*. Hermana de Federico Engels. 715

*Enrique IV (1050-1106)*. Monarca emperador del Sacro Romano Imperio Germánico, hijo de Enrique III. 6

*Ewart, William (1798-1869)*. Político liberal inglés, partidario del librecambio. 631-633

*Ewerbeck, August Hermann (1816-1860)*. Médico y escritor alemán; miembro de la Liga de los Justos, más tarde Liga de los Comunistas. 715, 716

*Ewich, Johann Jacob (1788-1863)*. Director de la escuela pública de Barmer y autor de escritos pedagógicos. 11

*Faider, Victor*. Abogado y político belga, demócrata burgués. 628, 629

*Faraday, Michael (1791-1867)*. Físico y químico inglés. Discípulo de Davy en la *Royal Institution*, de Londres. Sus aportaciones más importantes tratan sobre las aleaciones del hierro, sobre la liquefacción del ácido carbónico y del cloro, sobre la obtención de los carburos de hidrógeno isómeros, sobre la obtención del cristal óptico y sobre la taumatropía y las placas vibratorias (física mecánica); también estudió la electricidad y la electromagnética, a lo que siguió el descubrimiento de la inducción eléctrica y magnetoeléctrica, así como de la extracorriente, que a su vez le ayudó a proseguir estudios sobre la descomposición química por medio de la corriente eléctrica, que le condujo a la explicación de la acción electrolítica fija, ley que lleva su nombre. 497, 674

*Faucher, Leon (1803-1854)*. Economista vulgar y publicista francés. Miembro de la redacción de varios periódicos y director del *Courrier français*. Enemigo de la Unión Aduanera de Alemania (*Sovereing*) impulsó una federación aduanera entre Francia, Bélgica y España. Fue también colaborador de la *Revue des Deux-Mondes*. Consejero del Banco de Francia, librecambista. Autor de *Du système de Louis Blanc, ou le travail, la'ssociation et l'impôt* y *Du droit au travail*. 447

*Federico Guillermo II (1744-1797)*. Rey de Prusia, hijo del príncipe Augusto Guillermo y sobrino y sucesor de Federico II *el Grande*. 686

*Federico Guillermo III (1770-1840)*. Rey de Prusia, hijo de Federico Guillermo II. 114, 575, 579, 580, 583

*Federico Guillermo IV (1795-1861)*. Rey de Prusia, hijo de Federico Guillermo III. VIII, XX, 54, 112-118, 606, 611, 664, 668

*Fedra*. Esposa de Teseo. La leyenda de Fedra e Hipólito, su hijo, es recreada por Eurípides en su tragedia *Hipólito* y por Racine en su *Fedra*. 20

*Fernando de Nápoles (1423-1494)*. Rey de Nápoles, hijo natural de Alfonso V de Aragón. 665

*Ferrand, William Bushfield*. Político inglés; tory. 187, 527

*Feuerbach, Ludwig (1804-1872)*. Filósofo alemán. Impugnador de Hegel, el más importante pensador materialista antes de Marx. Frente al problema filosófico fundamental de que la materia no es un producto del espíritu, sino, por el contrario, éste es un producto de la materia, Feuerbach se inclina por lo segundo comportán-

dose como un materialista puro, aunque a él mismo le asusta la palabra materialismo. En cambio, en la filosofía de la religión o la ética, se revela el idealismo de Feuerbach. IX, X, 45, 51, 63, 72, 89, 90, 100, 107, 109, 110, 158, 168, 201-203, 254, 283, 681, 721, 729

*Fichte, Johann Gottlieb (1762-1814).* Filósofo alemán, discípulo de Kant y crítico de él. Idealista subjetivo, es el puente entre Kant y Shelling y Hegel. 42, 43, 49, 53, 67, 156, 570

*Fielden, John (1784-1849).* Fabricante inglés, filántropo, partidario de la legislación fabril. 527

*Finch, John.* Publicista inglés editor del *New Moral World,* partidario del owenismo. 257, 558, 560

*Florencourt, Franz von (1803-1886).* Publicista y redactor de algunas publicaciones; en un principio liberal y más tarde conservador. 33

*Florián, Jean Peirre Claris de (1775-1794).* Escritor francés, autor de un poema titulado "Guillermo Tell". 657

*Fonblanque, Albany William (1793-1872).* Publicista liberal inglés. 244

*Fontaine (Berrier-Fontaine) Camille (1806- ).* Médico francés, republicano; llevado a los tribunales y preso en la cárcel de San Pelagio en 1834-35; participó en la revolución de 1848 en Francia. 599, 601, 602

*Forster, Johann Georg (1754-1794).* Escritor y naturalista alemán, demócrata, partidario de la Revolución francesa. 579

*Fould, Achille (1800-1867).* Banquero y político francés, orleanista y más tarde bonapartista. Diputado en 1848. De 1849 a 1860 y de 1861 a 1867 Ministro de Finanzas. 603

*Fouqué, Friedrich Freiherr de la Motte (1777-1843).* Escritor y redactor de varios periódicos, romántico reaccionario, ideólogo de los intereses feudales en Alemania. 25, 26, 36

*Fourier, François Marie Charles (1772-1837).* Filósofo y moralista francés, conocido socialista utópico. Publicó en 1801 su famosa obra *Théorie das quatre mouvements* etc., en la cual exponía los fundamentos de su sistema socialista. En 1822 publicó *Traité d'association domestique agrícole,* misma que en 1841 publicó con el título *Théorie de l'unité universelle.* Fourier, junto con Owen y Saint-Simon, forma una importante trilogía de pensadores que, sin ser todavía socialistas, fueron considerados sobre todo por los economistas como los predecesores inmediatos del socialismo. De cualquier modo, aunque Fourier preconice una nueva organización económico-social, en la que quedaría abolido el régimen del asalariado y su *falansterio* corresponda al mismo tipo de concepción utópica comunista de Owen, Campanella o Moro, su nombre figura más bien en la extrema derecha entre aquella tríada de pensadores del socialismo. A diferencia de Owen y Sain-Simon, Fourier no ataca la propiedad privada por más que pretenda reorganizarla, ni tampoco ataca la institución de la herencia negándose, además, a favorecer la igualdad social. El comunismo de Fourier, aparte de limitados aspectos de la vida en común y ciertas críticas de la moral burguesa imperante, es más bien un cooperativismo de producción y consumo. 147-149, 151, 176, 251, 277, 678, 732, 733

*Franks.* Dictaminador de la Comisión Investigadora del Trabajo Infantil. 455

*Freiligrath, Ferdinand (1810-1876).* Poeta alemán, nacido en Detmold. Autodidacto, desde temprana edad, se vio necesitado de sostenerse económicamente. Tras la publicación de su primer volumen de poemas es premiado por Federico Guillermo IV con una pensión real. A partir de entonces, los liberales cuestionaron el compromiso político de su voz de poeta premiada de la bolsa privada del rey, con lo que renunció Freiligrath a dicha pensión. Conoció a Marx en Bruselas, donde planeaban ambos editar un periódico. En 1848 y 1849 formaba parte de la redacción de la *Nueva Gaceta Renana* y era miembro de la Liga Comunista. En 1851, al publicarse su folleto *Politischen und sozialen Gedichte,* fue dictada una orden de aprehensión contra él, pero escapó a Londres como exiliado político. Fue en su poesía un defensor enconado de la libertad vital que todo escritor debe exigir por encima de las rencillas de partidos e ideologías. Autor de *Album de Rolando,* un volumen tempranero de poesías exóticas a lo Delacroix y varios otros poemas sobresalientes

como *Die Revolution*, *Februarklange* y *Die Toten un die Lebenden*. XIX, 11, 13, 14, 17, 22, 103, 642

*Fröbel, Julius (1805-1893)*. Escritor, publicista y político alemán. Demócrata burgués, en 1833 hubo de salir a Suiza; en 1844 funda en Zurich el periódico *Literarischen Kontor* y en 1848 fue representante en la Asamblea Nacional de Francfort (extrema izquierda). En 1849 partió a los Estatdos Unidos y a su regreso a Alemania publicó varias obras sobre América. 647, 726

*Frost, John (1784-1877)*. Pequeñoburgués radical inglés; en 1838 participó en el movimiento cartista. 473

*Gans, Eduard (1797-1839)*. Jurisconsulto y profesor de derecho alemán. Estudió en Berlín, Gotinga y Heidelberg, siendo alumno y amigo de Thibaut y Hegel. Enseñó en Berlín, donde tuvo como discípulo a Marx. Hegeliano, polemizó con los partidarios de Savigny y la Escuela histórica del derecho. Admiraba las instituciones liberales y el orden social franceses, fue amigo de Cousin, Ampére, Michelet y otros por lo que frecuentemente veía suspendidas sus lecciones. Fue editor de Hegel, encargándose de la publicación de los *Principios de la Filosofía del Derecho* y de las *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia*. Autor de varias obras, todas ellas dedicadas a la filosofía y el derecho. 34, 45, 48

*Gaskell, Peter*. Médico en Manchester, publicista burgués y liberal. 337, 368, 388, 527

*George, Henry (1839-1897)*. Sociólogo y economista vulgar norteamericano. Ideólogo de la pequeñoburguesía; viajero y colonizador de varios territorios norteamericanos. Publicó artículos en el *Herald of San Francisco* y en el *New York Daily Tribune* y fundó el diario *The San Francisco Post*. Defendió con sus ideas a los obreros agrícolas y se opuso a la monopolización de la tierra, a la conceción de los ferrocarriles y a las conceciones colonizadoras. Autor de varios libros sobre economía política. 548-550

*Gibson, Thomas Milner (1806-1884)*. Estadista inglés, conservador moderado, librecambista, viceministro en el Gabinete Rusell. Trabajó en favor de los judíos radicados en Inglaterra. En 1858 derribó el Ministerio Palmerstón. 239

*Giffen, Sir Robert (1837-1910)*. Economista vulgar, estadístico y publicista inglés. Estudió en Glasgow; desde 1876 jefe de la sección de estadística del Ministerio de Comercio y de 1882 a 1884 presidente de la Real Sociedad de Estadística. Publicó numerosos artículos para *Daily News*, *Times*, *Globe* y *Economist*. Autor de varias obras sobre estadística económica. 540

*Ginal*. Predicador alemán radicado en Filadelfia, fundador de una colonia en Pensilvania. 562

*Girard, Philippe Henry de (1775-1846)*. Ingeniero e inventor francés. Fabricante de productos químicos en Marsella y profesor de química e historia natural en Niza. En París se dedicó a la construcción de sus inventos mecánicos y más tarde en Viena y Varsovia. Inventor de la máquina de hilar cáñamo, de un telescopio acromático, una máquina de vapor rotativa e instrumentos musicales. 220, 292

*Giselher*. Personaje legendario, hermano de Gunther y Krimhilda en el *Anillo del Nibelungo*. 24

*Gladstone, William Ewart (1809-1898)*. Estadista inglés. Estudió en Oxford, acérrimo defensor del partido *Tory* y más tarde de posiciones liberales cercanas a las de los *wighs* radicales, partidario de las reformas electorales de 1865 y, a partir de 1868, impulsor de las leyes relativas a la cuestión eclesiástica irlandesa, la enseñanza, la implantación del voto secreto en la elección a las Cámaras, etc. Fue opositor de Disraeli y en ocasiones de lord Palmerston y figuró en los ministerios de Palmerston y Peel. 136, 545

*Godwin, William (1756-1836)*. Político y pedagogo inglés, escritor romántico y economista. Escribió libros para escuelas de primera enseñanza. Se opuso, con su *Treatise of population* al *Essay of population* de Malthus. En general, sus posiciones están emparentadas con el "socialismo ricardiano". En su *Inquiry concerning political justice*, analiza extensamente las corrientes anarquistas y su papel histórico moderno, por lo que suele considerársele uno de sus primeros teóricos. Combate duramente las teorías de la división del trabajo en Emith y Ricardo y condena abiertamente la propiedad privada. Autor también de *Mandeville* y de una *History of the Common Wealth*. 224, 481, 734

*Goethe, Johann Wolfgang von (1749-1832).* 1, 11, 15, 16, 199, 201, 205, 570, 571, 672, 675, 677, 679, 680-695

*Graeber, Hnos. (Friedrich, Hermann y Wilhelm).* VII

*Graeber, Friedrich (1822-1895).* Compañero de escuela y amigo de juventud de Federico Engels, pastor protestante en Issum. 737, 740

*Graham, Sir F.* 134, 136

*Graham,* George. Registrador General de Inglaterra. 370

*Graham, Sir James Robert George de Netherby (1792-1861).* Político inglés, impulsor de la ley de reforma de 1832 pero renunció a ella y pasó al partido Tory a pesar de ser librecambista. Se puso al frente de un partido intermedio entre ambos partidos. Primer lord del Almirantazgo. 236, 427, 428

*Grainger, Richard Dugard (1801-1865).* Médico anatomista y fisiólogo; en 1841 inspector de un hospital infantil, miembro de la Comisión Investigadora del Trabajo infantil. 376, 439, 442, 449

*Gregorio VII (San) (circ. 1024-1085).* Papa católico romano desde 1073, de nombre Hildebrando; italiano. 6

*Grimm, Jacob (1785-1863).* Arqueólogo, filólogo y escritor alemán, nacido en Berlín. Estudió derecho en Marburgo, compañero y colaborador de Savigny. Secretario de Gabinete, bibliotecario y más tarde auditor del Consejo de Estado con el rey de Westfalia. Estudioso de las lenguas eslavas y de la lingüística comparada. Miembro de la Academia de Ciencias de Berlín y presidente de la Asociación de Germanistas de Francfort y Lübeck. Autor de muy numerosas obras de historia y lengua alemanas. Junto con su hermano Wilhelm es autor y rescatador de historias y cuentos infantiles. Su obra cumbre es *Deutsche Worterbach,* que expone detalladamente todo el tesoro lingüístico alto alemán desde mediados del siglo XV hasta su época. 31

*Grün, Karl (seudónimo de Ernst von der Haide) (1817-1887).* Escritor y publicista alemán, nacido en Ludenschied. Estudió en Bonn y Berlín. Fundador del periódico *Mannheimer Abendzeitung.* De 1844 a 1848 vivió en París; en este último año volvió a Alemania para ser miembro de la Asamblea Nacional de Francfort y en 1849 fue acusado de subversión en el Palatinado. Miembro de los socialistas "verdaderos". Autor de varios libros y artículos sobre filosofía alemana moderna. 251, 649, 672-695, 719

*Guerrier.* Socialista francés, amigo de A. H. Ewerbeck. 717, 726

*Guesde, Jules (1845-1912).* Político y publicista francés; socialista, impulsó un programa inicial en el que sustentaba la lucha de clases, la conquista del poder político por la clase trabajadora y la socialización de los medios de producción, y en la década de los ochenta originó el movimiento *guesdista* en Francia. Más tarde partidario de la "unión sagrada" con el gobierno y Ministro de Estado con el presidente Armand Fallières. Fundó los periódicos *Le Reveil Française* y *L'Egalité.* Autor de numerosos libros sobre temas sociales. XVIII

*Guizot, François Pierre Guilleaume (1787-1874).* Estadista e historiador francés. De 1840 a 1848, conductor de la política interna y exterior de Francia; defensor de los intereses de la burguesía financiera, promonárquico. 603, 663

*Gutenberg, Juan ( -1468).* Impresor alemán a quien se atribuye la invención del arte tipográfico, o sea la imprenta, que él inició en madera en su taller de Estrasburgo. 23

*Gutzkow, Karl (1811-1878).* Poeta y escritor alemán, editor del *Telegraph für Deutschland,* diario de la oposición en donde Engels dio inicio a su actividad periodística. Estudió teología y filosofía en Berlín, pero se dedicó por entero a la creación y crítica literarias. Figura principal del grupo "Joven Alemania", fue el centro de atracción de la juventud liberal durante la década de los treinta y Engels en particular le profesaba una sincera estima y admiración, que paulatinamente desapareció al abandonar Engels las posiciones de la "Joven Alemania" y debido también al poco aprecio que Gutzkow manifestó por el propio Engels. Autor de novelas, ensayos, relatos de viaje, reportajes y críticas literarias. VIII, 13, 99-101, 103-106, 738, 739, 744

*Güll, Friedrich (1812-1879).* Poeta alemán, compositor de poesías infantiles y juveniles. 15

*Habsburgos.* Familia soberana ilustre y antigua de Europa. Su origen se remonta

al siglo x, en la época de Otón *el Grande*, pero sólo dos siglos más tarde puede establecerse la genealogía auténtica. Esta familia es originaria de la Suabia Meridional, establecida luego en Suiza. XII

*Hamilton, William Alexander A. Archibald (1811-1863).* Decimoprimer duque de la familia. 491

*Hantschke, Johann Carl Leberecht (1796-1856).* Maestro del Gimnasio de Elberfeld y más tarde su director. Maestro de Engels de latín. 12

*Harcourt, François Eugene Gabriel duque de (1786-1865).* Político y diplomático liberal francés, librecambista. 637

*Hardenberg, Karl August, príncipe de (1750-1822).* Canciller de estado prusiano; reaccionario. 576

*Hargreaves, James ( -1778).* Mecánico e inventor inglés. Inventó un sistema de doble cardado, stock-cards. Inventó también la máquina de hilar conocida como *Spinning Jenny* (Juanita la hiladora) que, perfeccionada más tarde, hacía el trabajo de 36 o más hilanderas. 183, 218, 287

*Harney, George Julian (1817-1897).* Dirigente del movimiento obrero inglés, impulsor de la Carta del Pueblo *(cartismo)* y redactor-jefe de su órgano de propaganda, *The Northern Star.* Amigo y colaborador de Marx y Engels. VIII, 595, 596, 601

*Hase, Friedrich Rudolf (1808-1862).* Teólogo, profesor en la Universidad de Bonn. 12

*Hassel.* Editor en Elberfeld. 15

*Hawkins, Francis Bisset (1796-1894).* Médico, autor de libros sobre medicina, a partir de 1833 inspector de fábrica. 402, 405, 406, 410, 414-416, 424, 430

*Heathcote, John (1783-1861).* Inventor de la máquina *Bobbinnet.* 291

*Hecker.* Demócrata de Elberfeld, amigo de Engels. 698

*Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (1770-1831).* XIX, 18, 21, 23, 25, 26, 32-34, 41-53, 56, 60, 61, 63, 66-70, 73, 75, 76, 78, 79, 87-90, 94, 95, 100-105, 107, 108, 114, 156, 158, 197, 203, 204, 224, 570, 591, 676, 678, 680, 687, 692, 722

*Heine, Heinrich (1797-1856).* Filósofo, escritor y poeta alemán, nacido en Düsseldorf, de origen judío. Cuando joven lo colocaron en los negocios familiares pero desde entonces comenzó a escribir sus primeros versos. Estudió derecho en Bonn, sin terminar pues atendía los cursos literarios de Simrock y Wilhelm Schlegel. Se trasladó a Gotinga donde estudió poesía germánica, también sin terminar. Al pasar a Berlín se puso en contacto con el movimiento literario que allí se desarrollaba, donde además conoció a Hegel, los dos Humboldt y Schleiermacher. También se inició en el periodismo y publicó sus primeras poesías. Volvió a Gotinga y se doctoró en derecho, convirtiéndose al protestantismo. Fue redactor-jefe del *Morgenblatt* de Munich. Se trasladó a París y fue corresponsal de la *Allgemeine Zeitung* en tanto que participaba de la amistad de Balzac, Chopin, Liszt, Dumas, Berlioz, George Sand y otras personalidades. Se familiarizó también con los principios del socialismo a través de Saint-Simon y Enfantin. Fue un lúcido transmisor entre las literaturas alemana y francesa que durante tres décadas escribió una brillante obra. Sus libros de poemas son *Buch der Lieder, Reisebilder, Neue Gedichten, Der Doktor Faust, Atta Trall* y otros. De historia y crítica literarias *Beiträge zur Geschichte der neueren Literatur in Deutschland, Französische Zustände, Ludwig Börne* y otros. XIX, 13, 23, 104-106, 251

*Heinzen, Karl (1809-1880).* Crítico y publicista alemán, demócrata radical. En 1847 se vuelve enemigo furioso de Marx y Engels; en 1849 toma brevemente parte en el levantamiento de Baden y el Palatinado; emigra a Suiza y más tarde a Inglaterra. En 1850 se instala como colono en los Estados Unidos. XX, 641-655

*Helvecio, Claude Adrian (1715-1771).* Filósofo sensualista y escritor francés, conocido mecenas de las personalidades intelectuales de su época. Contemporáneo de D'Alembert, Buffon, Montesquieu, Voltaire, Diderot y Galiani, entre otros. Fue primordialmente un ensayista y su prosa literaria era generalmente de carácter filosófico y moralista. Fue una importante figura de la Ilustración francesa. 481

*Hengstenberg, Ernst Wilhelm (1802-1869).* Teólogo alemán, jefe de la ortodoxia luterana, editor de la *Evangelischen Kirchen-Zeitung.* 41, 742

*Hennen, John (1779-1828).* Médico militar alemán que ejerció en Escocia. 311

*Henning, Leopold Dorotheus von (1791-1866).* Hegeliano, profesor en la universidad de Berlín. 96

*Herbart, Johann Friedrich (1776-1841).* Filósofo y pedagogo alemán. Alumno de Fichte

en Jena. Revitalizador del pensamiento platónico en Alemania. En Königsberg ocupó en 1833 la cátedra que había dejado Kant, fracasó en Jena al querer ocupar la de Hegel. La mayor parte de sus obras y estudios tratan sobre problemas pedagógicos. 109

*Hércules.* Héroe griego, hijo de Zeus y Alcmena, mujer de Anfitrión de Tebas, en Beocia. Se dice que Zeus lo destinaba a ser el que gobernara su raza pero Hera se lo impidió al retardar su nacimiento. 686

*Hermann, Reinhard (1806-1839).* Pastor protestante reformista en Orsoy y Elberfeld. 8

*Herschel, Sir John Frederik William (1792-1871).* Astrónomo inglés. 191

*Herwegh, Georg (1817-1875).* Poeta lírico alemán, demócrata, nacido en Stuttgart. Estudió en el seminario protestante de Tubinga pero se decidió por la literatura. Conflictos con el ejército lo obligaron salir a Suiza donde publicó sus primeros poemas, *Geduchte eines Lebendigen.* Fue colaborador de la *Reinische Zeitung* y de los *Hallische Jahrbücher,* que se disputaban entre sí la publicación de su poema *Die Partei.* Conoció a Marx en 1842, que le recibió en Colonia. Por algún tiempo se acercó a las posiciones radicales. En 1844 y años siguientes estuvo en París. Para 1848, su comunismo ya se había enfriado y las relaciones con Marx también; organizó una Asociación Democrática Alemana (pequeñoburguesa) y organizó una invasión armada sobre territorio alemán, que fracasó estrepitosamente. Vivió retirado en París, más tarde en Zurich y finalmente en Liestal. Publicó un segundo tomo de sus *Gedisches eines Lebendigen* y un volumen de poemas titulado *Neue Gedichte.* 103, 158

*Hess, Moses (1812-1875).* Socialista, publicista y filósofo alemán; uno de los primeros creadores del socialismo moderno alemán, figura principal de los socialistas "verdaderos". Redactor y corresponsal de la *Reinische Zeitung,* miembro de la Liga de los Justos, más tarde Liga de los Comunistas, misma que abandonó en 1850. Desde 1842 cercano amigo de Engels, con quien éste se inició en la militancia socialista. Dejó escritos numerosos folletos sobre cuestiones sociales. VIII, XX, 251, 253, 255-257, 679, 716, 717, 719-722, 724, 730-736

*Hey, Wilhelm (1789-1854).* Religioso alemán, autor de poemas y fábulas para niños. 15

*Hey William Dr.* (Engels por error dice Hay o Kay) *(1772-1884).* Médico inglés en Leers. Rendía informes a la Comisión Investigadora del Trabajo fabril. 410

*Hindley, Charles.* Fabricante en Ashton. 527

*Hinrich, Hermann Friedrich Wilhelm (1794-1861).* Hegeliano de derecha, profesor de filosofía en Halle. 110

*Hobhouse, John Cam, Barón Groughton de Gyfford (1786-1869).* Estadista y escritor liberal inglés. Amigo del poeta Byron a quien acompañó en su primer viaje o Oriente. Tiempo más tarde, enriqueció con notas el Canto cuarto de una edición inglesa del poema *Child Harold,* de Byron. Estuvo en la batalla de Waterloo. Ministro de Guerra del Gabinete Grey y Secretario de Estado para Irlanda. 426

*Hobson, Joshua.* Periodista inglés, cartista. Editor de *The Northern Star.* 595

*Hofer, Andreas (1767-1810).* Patriota campesino tirolés. Capitaneó una guerrilla contra los franceses hasta la paz de Luneville, y organizó la milicia del Tirol. Partidario de los Habsburgos, en 1809 promovió una nueva insurrección para liberar el Tirol del yugo bávaro; se hizo el jefe de la administración civil y militar hasta la paz de Viena. Murió fusilado por los franceses. 579

*Hohenstaufen.* Linaje noble que reinó en Alemania de 1138 a 1254 que data de Federico von Büren. 115

*Hohenstein, Thusnelda de.* Personaje de la novela alemana del siglo XVII *Grossmüthiger Feldherr Arminius.* 21

*Hohenzolers (Hohenzolern).* Linaje suavo de los Buchardinger que en el siglo IX gozaba del título y dignidad archiducal; dinastía prusiana de 1701 a 1918. XII

*Holbach (d'Holbach) Paul Henry Thiry, barón de (1723-1789).* Filósofo francés de origen alemán. Figura principal de los enciclopedistas, amigo de D'Alembert, Diderot, Helvecio, Rousseau, Buffon y otros. Escribió para la *Enciclopedia* numerosos artículos sobre química, fisiología y medicina. Duro crítico del cristianismo desde una posición cientificista. Autor de un *Syteme de la nature ou des lois du monde physique et du monde moral,* publicado con el sinónimo de *Mirabaud,* donde expo-

nía y utilizaba un férreo materialismo. También publicó numerosas obras sobre filosofía e historia del cristianismo. 134, 481, 674, 676, 678

*Holland, P. H.* Doctor en Manchester. 370

*Hood, Thomas (1799-1845).* Poeta inglés, realista. Redactor-jefe del *London Magazine*, en el que colaboraban Quincey, C. Lamb y otros. Sus obras se caracterizan por su humorismo. 457

*Horne, J.* Fundador de la *Society of the Bill of Rights*. 225, 450

*Horner, Leonard (1785-1864).* Geólogo inglés, rendía informes al Estado como inspector fabril, miembro de la Comisión Investigadora del Trabajo fabril en 1833 y de la del Trabajo infantil. 401, 426

*Hotho, Heinrich Gustav (1802-1873).* Escritor y crítico de arte alemán. Estudió derecho en Berlín y después filosofía en Breslau, donde más tarde enseñó estética e historia del arte. 21

*Howel (comerciantes).* 193

*Hugolino (s. XIII).* Jurisconsulto boloñés, perteneciente a la escuela de los glosadores; escribió *glosas* en forma de verdadero *aparato*, *Summas* al Código, al Digesto y al Derecho feudal, adicciones a la *Summa*, etc. Fue el último de los glosadores. 189, 193

*Hukisson, William (1770-1830).* Político inglés, *tory*; Ministro de Comercio de 1823 a 1827; otorgó conceciones económicas a la burguesía industrial. 96, 587

*Hume, David (1711-1776).* Filósofo y economista inglés. Su pensamiento es de esencia cientificista. La intención más general de su método es oponer los resultados positivos de todas las ciencias a fin de estudiar las posibilidades y medios del pensamiento humano. Autor de *Essays Moral, Political and Literary, An inquiry concerning human understanding, Political Discourses* y otras obras. 212

*Hunt, Thomas.* Fundador inglés de una colonia socialista igualitaria en Wisconsin, Estados Unidos. 562

*Huntsman, Benjamin (1704-1776).* Inventor inglés. 222, 294

*Hübner, Rudolf Julius (1806-1882).* Pintor y escritor alemán. Estudió en la Academia de Arte de Berlín y enseñó en la de Dresde desde 1841. 250

*Hülsmann, Eduard.* Párroco de Dahle y en 1836 predicador luterano en Suiza, 8, 9, 16

*Hyde, Greg Robert.* Fabricante en Manchester. 415, 437

*Iglesias, Pablo (1850-1925).* Político socialista español, nacido en el Ferrol. Tipógrafo, miembro de la Federación Madrileña de la *Asociación Internacional de Trabajadores*. Asistente al Congreso Obrero, celebrado en Barcelona en 1870. Miembro de la redacción del semanario socialista *La Emancipación*, junto con José Mesa y otros, y colaborador de *La Ilustración Popular, La España Moderna* y *La Nueva Era*. Asistente a casi todos los Congresos socialistas hasta los de la II Internacional. Es junto con José Mesa, Jaime Vera, Antonio García Quejido y Facundo Perezagua, una de las figuras más relevantes del socialismo español. XVI

*Isabel I (1533-1603).* Reina de Inglaterra, hija de Enrique VIII y de Ana Bolena. 239

*Isaías.* "Jehová es salvación." Personaje bíblico; el primero de los grandes profetas del Antiguo Testamento, probablemente de origen noble en Jerusalén. 80

*Itzstein, Johann Adam von (1775-1855).* Político de Baden, jefe de la oposición liberal; en 1848 miembro de la Asamblea Nacional de Francfort. 688

*Jackson, Charles Thomas (1805-1880).* Químico y geólogo norteamericano. Estudió medicina en Harvard, estableciéndose en Boston. Se le atribuye el descubrimiento de la anestesia por el éter en disputa con el Dr. Morton. Publicó artículos en periódicos norteamericanos y dejó algunas obras sobre química y geología. 682

*Jahn, Friedrich Ludwig (1778-1852).* Escritor, publicista y político alemán, el llamado *Padre de la gimnasia*. Estudió teología y filología en Halle y Jena. Buena parte la pasó vagando sin rumbo en una especie de hermitaje; a principios de siglo fundó los primeros gimnasios, llamados por él *Turnen*, en memoria de los antiguos torneos griegos. 29, 31

*Jammes (comerciantes).* 193

*Jean Paul (seudónimo de Jean Paul Friedrich Richter) (1773-1825).* Escritor clásico suizo; romántico, pequeñoburgués demócrata. 9

*Jemand, W.* Seudónimo de Wilhelm Langewiese. Véase.

*Jesucristo (o Jesús).* 377, 684, 737, 741

*Johns, William Dr.* Médico; Regsitrador principal del Distrito de Manchester. 403

*Jonson, Benjamin (Ben) (1573-1637).* Dramaturgo inglés. De origen humilde, estudió en Westminster y Cambridge sin terminar carrera. Peleó en Flandes contra los españoles y volvió a Londres. Sus primeras obras se representaron gracias a la ayuda de Shakespeare. 205

*Jorge I (1660-1727).* Rey de Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda. Hijo del príncipe Elector Ernesto Augusto y la princesa Sofía, hija de Jacobo I, rey de Inglaterra. 217, 227

*Jorge III, Guillermo Federico (1738-1820).* Rey de Inglaterra, hijo del príncipe Federico Luis y la princesa Augusta de Sajonia, nieto de Jorge II de Inglaterra. 217

*José (San).* Padre de María. 737, 740, 741

*Juan (San).* Apóstol y evangelista, llamado por los Padres de la Iglesia católica *el Teólogo.* 87, 377, 692

*Jung, Alexander (1799-1844).* Escritor, crítico y publicista alemán. Estudió teología y filología en Berlín y Königsberg. Engels le critica acerbamente su defensa de la "Joven Alemania". Jung fue un decidido crítico de los hegelianos de izquierda. Autor de *Vorlesungen über die moderne Literatur der Deutschen,* que es el libro criticado por Engels, *Frauen und Manner, Friedrich Hölderlin und seine Werke* y otras obras más. XIX, 99-104, 106-111, 719, 729

*Jürgens.* Predicador ambulante y vagabundo. 4

*Kant, Immanuel (1724-1804).* 25, 42, 46, 56, 71, 156, 158, 570, 738

*Kitchen.* Fabricante en Sheffield. 466

*Kay-Shuttlewort, James Phillipps (1804-1877).* Médico inglés en el distrito de Armen, Manchester. 323, 333-337, 358, 430

*Klein, Julius Leopold (1810-1876).* Poeta dramático y crítico de teatro alemán de origen húngaro, nacido en Miskolck Estudió medicina en Viena y más tarde en Berlín. Desde principios de 1840 escribió sus tragedias y dramas históricos. 103

*Klopstock, Friedrich Gottlieb (1724-1803).* Poeta alemán, nacido en Quedlimburgo. Desde joven estudió y tradujo los escritores de la antigüedad clásica y, ante el efecto que le causó el poema de John Milton *(El paraíso perdido)* decidió componer su obra *Mesías.* Él y Lessing son dos de los más grandes poetas alemanes. 679

*Knebel.* 11

*Knight.* Médico en Sheffield. 451, 452

*Kock, Paul de (1794-1871).* Escritor romántico francés. 13

*Kohl, Albert (1802-1882).* Pastor de la comunidad reformadora de Elberfeld. 8

*Köchlin.* En 1845 Director de un taller de hilado; proteccionista. 593

*Köppen, Karl Friedrich (1808-1863).* Historiador y publicista alemán, demócrata radical hegeliano de izquierda, escribió una obra sobre Federico II (de Prusia) y otra sobre la historia del budismo. Amigo de Marx. 34

*Köster, Heinrich (1807-1881).* Profesor de la escuela estatal de Barmer y más tarde de la de Dusseldorf. 11, 14

*Köttgen (Koettgen), Gustav Adolf (1805-1882).* Pintor y poeta renano, socialista "verdadero". 255, 256, 729, 731

*Kriege, Hermann (1820-1850).* Periodista alemán, socialista "verdadero". Jefe de los socialistas "verdaderos" emigrados a Nueva York. 729, 730, 732

*Krug, Friedrich Wilhelm (1799- ).* Teólogo alemán. 16

*Krummacher, Emil (1798-1886).* Pastor en Duisburg, hijo de Friedrich Adolf. 9

*Krummacher, Friedrich Adolf (1767-1845).* Poeta alegórico. 6

*Krummacher, Friedrich Wilhelm (1796-1868).* Hijo mayor de Friedrich Adolf; pastor calvinista, jefe de la comunidad pietista del Wuppertal. 6-9, 112, 716

*Krummacher, Gottfried Daniel (1774-1837).* Hermano de Friedrich Adolf. Predicador reformista de la comunidad de Elberfeld. 5, 6

*Kruse, Karl Adolf Bernhard (1807-1873).* Profesor de francés, historia y geografía en el Colegio Real de Elberfeld. 12

*Kühne, Gustav (1806-1888).* Escritor alemán, partidario del grupo literario "Jóvenes Alemanes". 21, 101, 103, 104, 106

*Lafargue, Paul (1842-1911).* Socialista internacionalista francés, nacido en Santiago de Cuba y radicado en Francia. Casado con un hija de Marx; activo revolucionario en la Comuna de París; organizador y cofundador del Partido Socialista Obrero Español. Enemigo político de Fanelli, emisario de Bakunin. Secretario para España

de la Internacional, representó a la Federación Madrileña en el Congreso de La Haya en 1872. XVII, XVIII

*Lafayette, Mario Joseph Paul marqués de (1757-1834).* General y político francés. Combatió en Norteamérica al lado de los rebeldes, sirviendo directamente a George Washington. Regresó a Francia e hizo varios viajes a los Estados Unidos; en 1789 estaba encargado de reorganizar la Guardia Nacional; fundó con Bailly el *Club de Feuillants,* de tendencia moderada y no abiertamente republicana. Pretendió liberar al rey después de haberse visto obligado a detenerlo, por lo que tuvo que entregar el mando del ejército. Se retiró y volvió a la política en 1818 como diputado; volvió a viajar por Estados Unidos y de nuevo fue diputado en Francia. En 1830, con la revolución de Julio, se hizo nuevamente jefe del ejército hasta que se enemistó con Luis Felipe. 596-597

*Laffitte, Jacques (1767-1844).* Político francés. Favorecido por el acaudalado Perregaux, reunió una gran fortuna y fue administrador del Banco de Francia y más tarde gobernador del mismo. Fue diputado por París y siguió siendo uno de los principales financieros de la burguesía francesa. Gracias a él se hizo posible el acceso de Luis Felipe a la Corona de Francia en julio de 1830. 584, 603

*Lamennais, Félicité Robert de (1782-1854).* Filósofo francés; abate, escritor y publicista; defensor de una ideología cristiana inspirada en la Ilustración francesa y la reforma de la institución eclesiástica, en una especie de socialismo cristiano. 152

*Langewiese, Wilhelm (1807-1872).* Librero de Barmen; se inició en 1830 en Iserlohn como vendedor ambulante de libros hasta que se estableció en Barmen en 1837. 15

*Lassalle, Ferdinand (1825-1864).* Político alemán; excelente orador y agitador; organizador del Partido Obrero alemán traicionando los principios del propio Marx y Engels. Fundador de la Asociación General de los Obreros Alemanes, organismo que aglutinaba un gran número de obreros en las regiones y ciudades más importantes de Alemania. Su ideología política degeneró en un socialismo nacionalista vulgar y favorecedor del Estado burgués nacional. XV

*Laube, Heinrich (1806-1884).* Escritor alemán, partidario del grupo "Joven Alemania"; crítico de teatro. 100, 104-106

*Lavater, Johann Kaspar (1741-1801).* Escritor y filósofo protestante suizo; poeta místico, partidario de las doctrinas de Rousseau. Participó en la resistencia suiza contra la invasión napoleónica. 737

*Lavoisier, Antoine Laurent (1743-1794).* Químico francés. Miembro destacado de la Academia de Ciencias de París. Se le considera uno de los fundadores de la química moderna. Investigó principalmente las sales metálicas, la composición del aire y la función del oxígeno en las combustiones vivas, en la formación de los ácidos y en la respiración, etc. 210

*Leach, James.* Tejedor en una fábrica de algodón y en los años cuarenta jefe cartista. VIII, 369, 432, 444, 445, 447

*Ledru-Rollin, Alexander Auguste (1807-1874).* Jurisconsulto, político y publicista francés. Demócrata pequeñoburgués, su fama se inició al protestar contra el estado de sitio impuesto después de la insurrección (blanquista) de 1832 así como contra las matanzas posteriores en la rue *Transnonian.* Diputado en 1841, republicano, defensor de los periódicos de izquierda y fundador del suyo propio, *La Réforme.* Principal promotor de la campaña de los Banquetes en 1848; formó parte del gobierno provisional ese mismo año, ante la huida de Luis Felipe. Opositor a Luis Napoleón, pidió en junio se instruyese un proceso en su contra. Finalmente tuvo que huir al extranjero. 700

*Lee, Dr.* 311

*Leibniz, Gottfried Wilhelm Freiherr von (1646-1716).* Matemático y filósofo idealista alemán. 156

*Leifchild, John Roby.* Miembro de la Comisión Investigadora del Trabajo infantil. 455

*Lenau, Nikolaus (1802-1850).* Poeta alemán. 103

*Lenin, Vladimir Ilich (1870-1924).* XII

*Leo, Heinrich (1799-1878).* Historiador y publicista alemán; realizó estudios sobre historia antigua y medieval en Jena, Gotinga y Erlangen. Decidido opositor del partido democrático, rompió con el grupo estudiantil *Burschenschaft.* Conoció las lec-

ciones de Hegel en Berlín, que aceptó en un principio para luego rechazarlas. Fue profesor en Jena y catedrático en Halle. 51, 106, 110, 112

*León (XII) (1760-1828).* Papa católico romano desde 1823; italiano. 116

*Leónidas ( -480 a. n. e.).* Rey de Esparta, perteneciente a la familia de los Agidas. Gobernó durante diez años (490-480). Murió, junto con un puñado de guerreros que enfrentaron al ejército persa de Jerjes, en el estrecho de las Termópilas. 697

*Leopoldo II (1797-1870).* Archiduque de Austria y Gran duque de Toscana, hijo segundo del Gran Duque Fernando III y la princesa María Luisa de Sicilia. 665

*Leroux, Pierre (1797-1871).* Filósofo, publicista y socialista utópico francés. Participó en la revolución de Julio (1830) contra Carlos X de Borbón. Sansimonista en un tiempo; dirigió la *Revue encyclopédique* y formó parte de la *La Revue indépendante* oponiéndose a la *Revue des Deux-Mondes.* Su obra principal es *De l'humanité, de son principe et de son avenir.* 152

*Leske, Carl Wilhelm.* En los años cuarenta y cincuenta del siglo XIX fue comerciante y editor de libros en Darmstadt. 733

*Lessing, Gotthold Ephraim (1729-1781).* Poeta y polígrafo alemán, nacido en Camenz. Estudioso de las lenguas y autores clásicos. Sus principales obras son *Laocoonte* y *Nathan, der Weise.* Es el poeta más importante antes de Goethe. 679

*Lessing, Karl Friedrich (1808-1880).* Pintor alemán, nacido en Breslau. Se dedicó a la pintura histórica y al paisajismo romántico. 250

*Leverrier, Urbain Jean Joseph (1811-1877).* Astrónomo francés. Profesor de mecánica celeste. Descubridor del planeta Neptuno. 682

*Lewald, August (1792-1871).* Escritor y publicista alemán. Fundó en Stuttgart la revista *Europa,* órgano de arte y literatura. 15

*Liebig, Justus Freiherr von (1803-1873).* Químico alemán. Protegido de Humboldt, fue iniciándose en la ciencia; en Giessen estableció con su laboratorio un importante centro de estudios químicos. En el terreno de la investigación, Leibig revolucionó la química al establecer casi todos los campos de su aplicación práctica en la medicina y la agricultura. Logró enormes progresos en el campo de la química orgánica. 169, 180, 674

*Liebknecht, Wilhelm (1826-1900).* Junto con Bebel, uno de los dirigentes más valiosos de la socialdemocracia alemana y europea en general. Participó en la revolución de 1848 en Baden, por lo que tuvo que exiliarse en Suiza y más tarde en Inglaterra. A fines del mismo año, junto con Struve, proclamó la República en Baden, y fue apresado. Participó en la constitución del Partido Socialdemócrata alemán en 1869 y en el Cuarto Congreso de la *Internacional.* Redactor-jefe del *Volkstaat,* órgano del partido alemán. Escribió varios libros y folletos sobre temas sociales. XVI

*Linneo, Carl von (1707-1778).* Naturalista sueco. Estudió medicina en Lund. Aficionado a la botánica, comenzó sus estudios sobre las plantas de la Biblia. Por el conocimiento de los trabajos de Vaillant sobre la estructura de las flores, Linneo ideó un método de clasificación que más tarde llevó a la práctica y por el que es célebre. 210

*List, Friedrich (1789-1846).* Economista alemán. Su sistema económico se fundamenta en la teoría de Fichte de un mercado cerrado y en la creación de un mercado nacional que en Alemania, pese a ser la aspiración de la clase burguesa, estaba aún por formarse. La nación, decía List, es el único elemento de intermediación entre el individuo y la humanidad. 163, 272, 273, 637, 720, 735

*Locke, John (1632-1704).* Filósofo inglés; padre del sensualismo. Autor de una abundante bibliografía sobre fisiología humana, derecho civil, religión, teoría de la ciencia, etc. Liberal y teórico de la tolerancia. Su obra capital es *Essay on human understanding.* 226

*Londonderry. Steward, Charles William lord.* 496

*Loudon, Charles (1801-1844).* Médico, político socialista y escritor inglés. Desde 1833 miembro de la Comisión Investigadora del Trabajo fabril. 410, 411, 414, 416, 418

*Loyola, Ignacio (San).* 21

*Lucas (San).* Nacido en Antioquía; uno de los primeros gentiles conversos al cristianismo gracias a San Pablo. 737, 740

*Luis de Baviera (el Bávaro) (1282-1347)*. Emperador romano de Occidente, hijo de Ludovico *el Fuerte*. 679

*Luis el Grande (1315-1361)*. Duque de Baviera y margrave de Brandenburgo. Hijo mayor del emperador Luis *el Bávaro*. 20

*Luis Napoleón (Napoleón III)*. Presidente de la República francesa (1848-1852) y segundo Emperador de Francia (1852-1871). Tercer hijo de Luis Bonaparte, rey de Holanda. Aristócrata, militar de carrera y, de los Bonapartes, eterno aspirador al poder francés. Por su primer intento de derribar a Luis Felipe de Orleans fue apresado y deportado a Norteamérica en 1836. Estuvo exiliado sin permitírsele vivir en Francia. En su segundo intento de derribar al rey de Francia en 1840 también fue apresado; en 1846 escapó a Londres; en 1848 regresó a Francia donde fue elegido representante ante la Asamblea Constituyente, puesto al que renunció para regresar a Inglaterra. En junio del mismo año vuelve a Francia e ingresa de nuevo a la Asamblea Constituyente; desde entonces, los bonapartistas comienzan a trabajar junto con él en favor de su candidatura presidencial, que conjuntaba el apoyo de un sector demócrata pequeñoburgués, el campesinado, parte del sector monárquico y de la casta militar. El 10 de diciembre de 1848 fue elegido presidente. En 1852, después de sus constantes disputas con el poder legislativo, Luis Napoleón da su golpe de Estado por el cual se hizo del poder absoluto convirtiéndose en Emperador. Su gobierno fue una dura lucha contra la clase obrera. Fue derribado en 1871, durante la guerra franco-prusiana. 539, 700, 706

*Luis (XIV de Francia) (1638-1715)*. Rey de Francia, llamado *el Grande* y *Rey Sol*, hijo mayor de Luis XIII de Francia y de Ana de Austria. 19, 20, 693

*Luis XVI (Augusto) (1754-1796)*. Rey de Francia, hijo tercero del delfín Luis y de María Josefa de Sajonia. Murió ejecutado en la guillotina. 660

*Lutero, Martin (1483-1546)*. 23, 153, 154

*Lüning, Otto (1818-1868)*. Médico y publicista alemán, partidario del socialismo "verdadero"; publicó artículos en el *Weserdampfboots*, el *Westphälischen Dampfboots* y el periódico demócrata *Neuen Deutschen Zeitung*. 251, 257

*Lyell, Charles (1797-1875)*. Químico y geólogo inglés. Estudió derecho en Oxford y fue abogado de profesión. Exploró las regiones montañosas de Francia, Alemania e Italia; fue miembro de la Sociedad Geológica de Londres y más tarde su presidente. Dejó unos *Principles of geology*, que impulsó numerosos trabajos teóricos y prácticos sobre la geología. 497

*M'Adam*. 636

*MacAdam (McAdam), John Loudon (1756-1836)*. Ingeniero inglés. Inventó y puso en práctica un sistema de aplanado de calles que lleva su nombre; fue inspector general de todas las carreteras del reino. 222, 223, 295

*MacCulloch (McCulloch), John Ramsay (1794-1864)*. Economista vulgar inglés. Discípulo y editor de Ricardo. Profesor de economía política en la Universidad de Londres. A juicio del propio Marx, "un gran impostor". Autor, entre otras obras, de *Principles of political economy* y *Dictionary of commerce and commercial navigation*. 162, 166, 290, 349, 528, 675

*MacDurt, Thomas*. Trabajador. 417

*MacKellar*. Médico en Pencaithland. 488

*Mackintosh*. Miembro de la Comisión Investigadora del Trabajo fabril. 411, 416, 418, 419, 425

*Maintenon, Françoise d'Aubigné marquesa de (1635-1719)*. Esposa secreta de Luis XIV de Francia. 19, 21

*Mainwaring, Dr.* 368

*Malthus, Thomas Robert (1766-1834)*. Economista vulgar y eclesiástico inglés, conocido fundamentalmente por su teoría de la población contenida en su obra *An Essay on the principle of population*. Típico representante de los intereses de la aristocracia terrateniente, incluida la iglesia oficial. 162, 177-180, 348, 349, 519, 521, 640

*Mammón*. Ídolo del dinero. A quien se idolatra a través de la codicia de riquezas. 191, 192

*Manners, lord John James Robert (1808-1906)*. Diputado *tory* y Ministro de Obras públicas del reino; fue también director de correos, canciller de Lancaster y comi-

sario de bosques. Partidario acérrimo del sistema feudal y de la casta aristocrática y eclesiástica. 527

*Maquiavelo, Nicolas (1469-1527).* 112

*Marat, Jean Paul (1743-1793).* Político, publicista revolucionario francés, nacido en Suiza. Estudió medicina y lenguas antiguas y modernas. Autor de obras sobre temas políticos y sociales, también fundó y colaboró en periódicos, el más célebre de ellos *L'Ami du Peuple.* Diputado ante la Convención, jacobino radical, una de las figuras principales del llamado Terror Blanco. 593, 598

*"Marcus".* Seudónimo bajo el cual en los años treinta se publicaron algunos folletos que propagaban las doctrinas maltusianas en su forma más extensa. 178

*Marheineke, Philipp Konrad (1780-1846).* Teólogo protestante alemán. Estudió en Gotinga y más tarde enseñó en las Universidades de Erlangen, Heidelberg y Berlín, donde tuvo por compañeros a Schleiermacher, Neander y Hegel. Partidario de las ideas de Schelling y Hegel a un tiempo, para ser más tarde hegeliano convencido. Publicó varias obras sobre la historia del cristianismo. 93-95

*María (Virgen y Santa).* 741

*Mario (Cayo) (156-86 a. n. e.).* General romano. Destacó por sus acciones militares en las guerras numantina y yugurtina. Pretor en la España citerior (Tarragona). Rival político de Sila. 228

*Marrast, Armand (1801-1852).* Profesor, publicista y político francés. Estudió Letras y enseñó filosofía en París, de donde fue expulsado por sus expresiones liberales. Uno de los principales redactores de *La Tribune.* Al volver de España e Inglaterra, donde se exilió, participó activamente en la revolución de 1848. Fue alcalde de París y en julio del mismo año presidió la Asamblea Constituyente. Dejó varias obras sobre literatura e historia. 700

*Marryat, Frederik (1792-1848).* Novelista y escritor inglés. Oficial de marina, tomó parte en la guerra anglo-americana (1812). 13

*Martineau, Henriette (1802-1876).* Escritora y economista inglesa. Autora de libros morales, escritos económicos, novelas y cuentos. 562

*Mathew, Theobald (1790-1856).* Religioso capuchino irlandés. Organizó con éxito por todo Inglaterra y Estados Unidos campañas contra el alcoholismo. 389

*Marx, Carlos (1818-1883).* VIII, X-XVIII, XX, 251, 254, 257, 236, 539, 549, 553, 637, 647, 715, 719, 724, 729, 733

*Mayer, Gustav ( -1948).* Histoirador alemán, marxista, editor de algunas obras juveniles de Marx y de Engels y de la correspondencia de Marx y Lassalle; autor de obras históricas sobre el movimiento obrero europeo y de una fundamental biografía sobre Engels. XVIII

*Märklin, Christian (1807-1849).* Teólogo protestante opositor al pietismo. Partidario de las ideas de Schleiermacher. Sus sermones eran claramente hegelianos. El semanario pietista *Der Christenbote* dio lugar a las impugnaciones de los ministros (religiosos) Hofaeker y Barth, quienes negaban toda posibilidad de conciliación entre los sistemas dogmáticos del cristianismo y el sistema de Hegel, por lo que Märklin respondió con su obra *Das Ketzergerich des Christenboten über meine Schrift. Darsetellung und Kritik des modernen pietismus,* que entusiasmó a los jóvenes hegelianos como Engels. Fue autor de otras obras filosóficas y teológicas. 742

*Melish, John (1771-1822).* Escritor, geógrafo explorador; visitó las colonias comunistas en Norteamérica. 562

*Menenio Agripa (494- ).* Cónsul romano de familia patricia, vencedor de los salinos y los saumnitas. Por su elocuencia el Senado le encomendó convencer a los plebeyos que volvieran, lo que logró contándole a éstos el famoso apólogo *del estómago y los miembros.* 467

*Menzel, Wolfgang (1798-1873).* Escritor y crítico literario de tendencia reaccionaria. 32, 695

*Mesa, José (1840-1904).* Político y revolucionario socialista español, nacido en Málaga. Miembro eminente de la Federación Madrileña de la *Asociación Internacional de Trabajadores* y principal corresponsal del Comité Central de la misma (Engels) para los asuntos españoles. Director del semanario socialista e internacionalista *La Emancipación;* fundador del socialismo español y de su partido. Traductor del Manifies-

to del Partido Comunista y otros escritos de Marx y Engels, a quienes conoció personalmente. Asistente al Congreso de la Internacional en París en 1889. XVI

*Meyen, Eduard (1812-1870).* Publicista alemán; hegeliano de izquierda, demócrata pequeñoburgués. Huyó a Inglaterra ante la derrota de la revolución alemana de 1848-1849; más tarde se convirtió al nacional-liberalismo. VIII, 110, 726

*Michelet, Jules (1798-1874).* Historiador y escritor francés. Estudió letras y enseñó más tarde literatura e historia. Liberal y cristiano a un tiempo; demócrata y pequeñoburgués.

*Michelet, Karl Ludwig (1801-1893).* Filósofo idealista alemán, hegeliano de izquierda, profesor de la Universidad de Berlín, donde realizó estudios jurídicos, filológicos y filosóficos. De 1832 a 1842 participó en la edición de las obras de Hegel, encargándose de las *Lecciones sobre la Historia de la filosofía.* Es autor de numerosas obras sobre filosofía. 48

*Midas.* Rey legendario de Frigia, Briga y otros pueblos al norte del Asia Menor. Se supone hijo de Cibeles y discípulo de Orfeo. Los rasgos que caracterizaron este personaje clásico del drama satírico griego fueron sus inmensas riquezas y sus orejas de asno. 188, 190

*Mill (James) (1773-1836).* Historiador, filósofo y economista vulgar inglés. Colaborador y director de varias revistas, fue también funcionario de la Compañía de las Indias. Continuador de Hume y sobre todo de Bentham. Su intento más general fue aplicar a las ciencias morales y al estudio particular de las relaciones económicas el método de las ciencias naturales. Su obra más importante es *Elements of political economy.* A pesar de reconocerle el mérito de ser el primer sistematizador de la doctrina de Ricardo, Marx, en sus *Teorías sobre la plusvalía,* no ve en él más que al dogmático que trata de presentar las contradicciones reales de la producción capitalista como meras contradicciones aparentes y que pretende hacer aparecer la teoría de Ricardo como la forma teórica absoluta de este régimen de producción. 162, 224

*Mitchel, James (1786-1844).* Médico inglés; publicó una serie de cuadernos de divulgación científica; desde 1841 miembro de la Comisión Investigadora del Trabajo fabril. 485

*Mohamed-Alí (1769-1849).* Gobernador de Egipto; militar casi invencible, sometió Turquía, Siria, Creta y la Nubia. 38

*Moisés (siglo V).* Moisés de Egipto. 24, 376, 377

*Moll, Joseph (1812-1849).* Revolucionario alemán; relojero en Colonia; dirigente de la Liga de los Justos y del Comité central londinense de la Liga Comunista. Enviado como representante de la Liga Comunista a Alemania en 1848, murió en los combates de la insurrección de mayo de 1849 en la ciudad de Nurg. VIII, XI, 599

*Morelly (siglo XVIII).* Escritor y profesor francés cuyos escritios comunistas se conocieron debidamente hasta el siglo XIX. Sus doctrinas eran un compendio de las teorías comunistas utópicas de siglos anteriores. 733

*Morgan, Lewis Henry (1818-1881).* Sociólogo y etnólogo norteamericano. Estudió y ejerció la carrera de leyes. Su interés por las minorías indígenas de Norteamérica se vio reforzado desde su primera publicación científica, *The league of the iroquois.* En 1877 publicó su obra más conocida *The ancient society,* misma que Engels y Marx estudiaron y elogiaron incansablemente. XVIII

*Moro, Tomás (1478-1535).* 677

*Morrison ( -1840).* Inventor de las *píldoras de Morrison.* 368

*Mosen, Julius (1803-1867).* Escritor alemán de la escuela romántica. 15, 103

*Mozart, Wolfgang Amadeus (1756-1791).* 40

*Mundt, Theodor (1808-1861).* Escritor alemán, nacido en Postdam. Estudió filosofía y filología en Berlín; fue uno de los dirigentes del grupo "Joven Alemania". Profesor de literatura e historia en Breslau y en Berlín y bibliotecario de la Universidad de Berlín. Es autor de novelas, críticas literarias y crónicas. 13, 21, 100, 101, 103-106, 744

*Müller, Wilhelm (seudónimo de Wolfgang Müller) (1816-1873).* Poeta y médico alemán; vivía en Düsseldorf. 256, 730

*Müller, Johannes von (1752-1809).* Historiador y publicista suizo. Estudió teología e historia y enseñó más tarde griego en Schaffhaussen. Publicó una *Historia de Sui-*

za y más tarde fue bibliotecario del elector de Maguncia. Adepto político a una Liga de los príncipes. 657

*Münzer, Thomas (1490-1525).* 153, 579

*Napoleón I (Bonaparte) (1769-1821).* 20, 23, 29, 30, 31, 96, 97, 146, 212, 376, 572-576, 578-580, 598, 617, 676, 704, 706

*Nauwerck (Nauwerk), Karl (1810-1891).* Publicista alemán; perteneciente al grupo de los "libres" de Berlín, hegeliano de izquierda. Colaborador de los *Hallischen Jahrbüchern*, la *Deutschen Jarhbüchern*, las *Anekdota* y de la *Rheinischen Zeitung.* Fue miembro de la Asamblea Nacional de Francfort (ala izquierda). 727

*Neander, August (1789-1850).* Profesor alemán en Berlín; historiador eclesiástico, pietista. 41, 739, 744

*Nelson, Horatio, duque de Bronte, visconde de (1758-1805).* Almirante inglés, gran viajero, desde joven se alistó en la marina. Sirvió a la Corona inglesa como capitán de numerosas armadas. 376, 660

*Nestroy, Johann Nepomuk (1801-1862).* Actor y autor dramático austríaco. Estudió derecho pero abandonó la carrera por el teatro. Sus obras son de un marcado realismo. 13

*Newton, Isaac (1642-1727).* 200, 210

*Nicolás (I de Rusia) (1796-1855).* Emperador de Rusia, tercer hijo del emperador Pablo I y de su segunda esposa María Fedorovna. 112

*Oastler, Richard (1789-1861).* Político y reformador social inglés; *tory.* Se opuso al empleo de niños en el trabajo fabril y para tal objeto escribió su carta abierta *Yorkshire Slavery.* También mantuvo una actividad constante en favor de la clase obrera, que posibilitó enormemente la promulgación de la Ley de las Diez horas. 187, 427, 428, 473

*O'Connell, Daniel (1775-1847).* Abogado y político irlandés, patriota católico, partidario de la emancipación irlandesa. En 1823 fundó la *Great Catholic Association,* más tarde proscrita por el gobierno. Ya en 1840, como líder demócrata, fundó la *Royal National Repeal,* con un gran apoyo, encabezando el movimiento contra la unión de Irlanda a Inglaterra. Finalmente, cedió parcialmente a las pretensiones inglesas de la unión irlandesa. 133, 142-144, 240, 242, 510

*O'Connor, Feargus Edward (1794-1855).* Político y dirigente irlandés. Defendió en la Cámara los intereses de Irlanda. Disidente del movimiento de los *repeals,* encabezados por O'Connell, se adhirió al cartismo y recorrió el país en mítines y asambleas en que defendía también los intereses de la clase trabajadora. 136, 137, 338, 595, 602, 635

*Orleans, Luis Felipe, duque de (1773-1850).* Rey de Francia de 1830 a 1848; derrocó al último de los borbones de Francia cerrando así el período de la llamada Restauración. 112, 144, 603, 604, 705, 709

*Oswald, Friedrich.* Seudónimo de Engels en el *Telegraph für Deutschland.* VII. XIX, 23, 28, 93

*Owen, Robert (1771-1858).* Socialista utópico inglés nacido en Newtown. De joven fue aprendiz de hilador y más tarde corredor de bolsa de Londres y Manchester. Ya para 1790 llegó a ser director de una fábrica de hilados en Glasgow y en 1800 se encargó de la dirección de otra, esta vez en New Lanarck, lugar donde fue madurando su idea de hacer algo por reformar la sociedad. La principal de sus obras donde expone sus doctrinas es *A book of the new moral world.* En general, el experimento de New Lanarck puede considerarse como el primer paso en el camino de los numerosos proyectos reformadores que intentó Owen en Europa y Norteamérica. En suma, para Owen, la manufactura aparece transformada en un vasta empresa de cultura moral, cuyo objetivo más importante es la formación del carácter de los propios trabajadores. Dentro de su concepción, era propio a Owen el que los capitalistas tomaran como modelo de esta organización por él propuesta y el que el Estado la aprobara dándole todo su apoyo. 139, 140, 151, 251, 267, 479, 558, 563, 733

*Pablo (San).* "Hebreo de hebreos". Apóstol de Cristo, principal propagador del cristianismo; judío procedente de la ciudad de Tarso, de la tribu de Benjamin. 82, 87, 376

*Paine, Thomas (1737-1809).* Escritor y político inglés, hijo de un fabricante. Se tras-

ladó a Estados Unidos donde se dedicó al periodismo, dirigió la *Pennsylvania Magazine or American Museum*, en que publicó sus famosos artículos contra la esclavitud y escribió su libro en favor de la independencia norteamericana; escribió folletos políticos y sociales, muy leídos y tomados en cuenta; ingresó a la joven diplomacia norteamericana prestando importantes servicios a la causa americana. Luego se entusiasmó con la Revolución francesa pero sin apegarse mucho al jacobinismo de Robespierre. Finalmente volvió a la vida privada en Norteamérica. 140, 293, 579, 602

*Palgrave, Inglis (1827-1906)*. Economista vulgar inglés; representante de la Banca inglesa, autor de varias obras sobre problemas financieros y monetarios. 542

*Parkinson, Richard (1797-1858)*. Canónigo de Manchester, publicista filantrópico cristiano. 387

*Parny, Evariste Désiré, visconde de (1753-1814)*. Poeta francés, autor de un importante volumen de poesías, *Poésies érotiques*. Elogiado en su tiempo por Voltaire y Chenier, ejerció una notable influencia en Chateaubriand y Lamartine. 695

*Parr*. Fabricante de las píldoras que llevan su nombre, elaboradas a base de láudano. 368

*Paulus, Heinrich Eberhard Gottlob (1761-1851)*. Teólogo, partidario principal de la explicación racional de los milagros. 7

*Pedro (San)*. Apóstol y cabeza del Colegio Apostólico, instituido por Cristo; Vicario suyo en la tierra. 87, 377, 739

*Peel, Sir Robert (1788-1850)*. Político y estadista inglés nacido en Chamber-Hall (Lancashire). Hijo de un famoso comerciante del mismo nombre. Estudió en la Universidad de Oxford y, a la edad de 21 años, fue elegido diputado por un distrito irlandés, siendo miembro del partido *tory*. Fue secretario de Estado para Irlanda al mismo tiempo que enemigo mortal del jefe irlandés O'Connell. Fue secretario del Interior en el Gabinete de lord Liverpool. Organizó la policía londinense y mejoró parcialmente los procedimientos de los jurados y la legislación criminal. Primero se opuso y más tarde favoreció la emancipación de los católicos. Intentó atraerse tanto a los *torys* como a los *wighs* a fin de fundar un nuevo partido, el de los *peelitas*, sosteniendo una tendencia intermedia de ambos. Creó e hizo aplicar en Inglaterra el impuesto sobre la renta. Primero proteccionista, al tomar el mando en 1841, comprendió la imposibilidad de sostener tal régimen. Realizó una serie de reformas para reestablecer el *income-tax* a fin de reforzar los ingresos suprimiendo los aranceles a una menor cantidad de productos. También llevó adelante la abolición de las leyes sobre el comercio de granos. 126, 128, 131, 136, 142, 143, 186, 227, 428, 497, 587, 590, 663

*Peel, Robert (Padre) (1750-1830)*. Fabricante inglés. 407

*Percival, Thomas (1740-1804)*. Médico inglés. Estudió medicina en Edimburgo y en Leyden. Uno de los fundadores de la *Literary and Philosophical Society*; colaboró también en la *Philosophical transactions*. Autor de varias obras de medicina. 407

*Petrarca, Francesco (1304-1374)*. Humanista y poeta italiano, nacido en Arezzo y descendiente de una célebre familia florentina. Sus obras y poemas son muy numerosos. 15

*Píndaro (522-441 a. n. e.)*. Poeta lírico griego, nacido en Cinocéfalos, cerca de Tebas. Estudió en Tebas y Atenas. 13

*Pío IX (1792-1878)*. Papa romano católico desde 1846; italiano. 664, 665

*Pitt, William (1759-1806)*. Político y estadista inglés, llamado *el Joven*. Miembro del partido *wigh*; favorable a la emancipación de los católicos y las reformas al Parlamento. Primer ministro durante la etapa final del siglo XVIII, reorganizó el gobierno de la India y alivió la Hacienda del reino, promovió activamente el comercio y la industria; desde su oposición al republicanismo francés, fue adoptando posiciones cada vez más conservadoras y reaccionarias. 596

*Playfair, Hugo Lyon de Saint Andrews (1818-1898)*. Químico inglés, nacido en la provincia de Bengala (India). Estudió medicina en Saint Andrews, Edimburgo y Giessen, donde fue discípulo de Liebig. Profesor de química en la *Royal Institution* y en el Museo de Geología práctica de Londres. Participó activamente en la Exposición Industrial de Londres, en 1851. Desde 1858, profesor de química en la Universidad de Edimburgo. Trabajó en la fabricación de altos hornos. 674

*Plejanov, Jorge Valentinovich (1857-1918)*. Fundador e introductor del socialismo

marxista en Rusia, político revolucionario y dirigente del Partido Socialdemócrata de Rusia. Junto con Lenin, el principal impulsor del movimiento ruso a fines del siglo XIX. Al lado de Lenin, Axelrod y Vera Sasulich funda el periódico *Iskra*, órgano del movimiento revolucionario y que tan importante papel desempeñó en la propagación y organización del movimiento revolucionario. Figura principal de la II Internacional y líder menchevique, opositor al ala bolchevique. XVIII

*Plümacher, Friedrich (1819-1905).* Compañero de escuela y amigo de Federico Engels; más tarde párroco en Otzenrath y Neviges. 743

*Poitiers, Guillaume de (1071-1127).* Trovador francés, el más antiguo de quien se tiene noticia; fue príncipe conde de Pointiers (1087-1127); tomó parte en la Cruzada de 1101. 36

*Pol, Johann.* Pastor de Heedfeld en Ierlohn, escritor de poemas de contenido religioso. 16

*Power, Dr.* Desde 1833 miembro de la Comisión Investigadora del Trabajo fabril. 403, 406, 410, 413, 418, 439

*Priestley, Joseph (1733-1804).* Químico, filósofo y teólogo inglés. Liberal en materia religiosa, se acercó a los enciclopedistas franceses, a quienes conoció en París. Su interés por las ciencias experimentales se inició por las obras de Watt, Belton y otros. En 1774 descubrió el oxígeno llamándole aire desflogisticado; también es descubridor del amoníaco, del ácido sulfúrico y el óxido de carbono. También se interesó desde joven por la historia de los descubrimientos científicos. 210

*Proudhon, Joseph Pierre (1809-1865).* Escritor socialista y periodista francés. Su escrito *¿Qué es la propiedad?* lo muestra de inmediato como un teórico crítico y sobre todo muy polémico. Aun reconociendo sus méritos, Marx y luego Engels realizan en casi todos sus escritos una severa crítica a sus doctrinas económicas y sociales, particularmente su teoría del bono-trabajo y del Banco obrero. Además de una copiosa bibliografía sobre temas económicos, políticos, filosóficos y sociales, Proudhon es autor de una vasta e interesante correspondencia. 152, 481, 653, 654, 682, 690

*Püklcr-Muskau, Hermann Ludwig Heinrich príncipe de (1785-1871).* Escritor alemán. 102, 103

*Püttmann, Hermann (1811-1894).* Poeta y periodista alemán; demócrata radical, partidario de los socialistas "verdaderos". Editó y publicó el volumen *Deutsches Bürberbuch für 1845* que, entre otros, contenía algunos trabajos de Engels así como los *Reinische Jarbücher zur gesellschaftlichen Reform,* en que se publicaron trabajos de Hess y Engels. 251, 253, 257, 724, 730, 734, 735

*Racine, Jean (1639-1699).* Dramaturgo francés; estudió letras clásicas y filosofía en el Colegio de Harcourt, en París. Amigo de La Fontaine; autor de célebres tragedias que dieron nuevo auge al teatro francés después de Cornielle y Moliére. 20

*Radewell, Friedrich.* Escritor alemán. 106

*Rapp, Johann Georg (1757-1847).* Comunista alemán, fundador y jefe de la secta de los rappitas; fundó en Norteamérica las colonias *Harmony* y *New-Economy.* 558-560

*Rashleig, William.* Miembro del parlamento inglés, autor de la obra *Stubborn Facts from the Factories.* 396

*Raupach, Ernst (1784-1852).* Dramaturgo y cronista alemán. Estudió teología en Halle y enseñó en Petersburgo historia y literatura alemanas. A su regreso se instaló en Berlín para dedicarse al arte dramático, particularmente la tragedia y el sainete. 22

*Räumer, Friedrich von (1781-1873).* Historiador alemán. Estudió derecho y economía entrando al servicio del Estado más tarde. Enseñó en Breslau; fue miembro de la Asamblea Nacional de Francfort (ala derecha) y más tarde embajador en París. 227

*Ricardo, David (1772-1823).* Economista clásico inglés. Desde joven fue agente de la Bolsa de Londres y más tarde banquero de la misma. Su punto de partida es la obra de Smith, *Wealth of Nations,* así como los principales problemas económicos de su tiempo, que tan de cerca le tocaban. Con relación a Smith, su valor original reside básicamente en profundizar especialmente el análisis estrictamente económico, en aquél circunscrito a la producción, en el terreno de la distribución y el cambio, de tal modo que logró desarrollar con sus propias características un sistema económico global que venía a sustituir en gran parte al de Smith, por tanto tiempo considerado como el más coherente y aceptable. Su obra capital es *On the principles of the political economy and taxation,* pero gran parte de sus observaciones

más importantes se encuentran desarrolladas en sus *Cartas* y *Discursos*. 162, 166, 169, 639, 640

*Richter, Heinrich (1800-1847)*. Inspector de la Sociedad renana de Misioneros y de su sede en Barmen. 10

*Riedel, Richard*. Trabajador; emigrado a Bruselas; en 1847 miembro de la Liga de los Comunistas. 45

*Rietz*. Ayuda de cámara del rey de Prusia Federico Guillermo II. 686

*Ripley, George (1802-1880)*. Escritor y predicador norteamericano. En Boston, pertenecía al grupo de los Trascendentalistas, comandado por el predicador Emerson. Dirigió las dos ediciones de la *New American Cyclopaedia*, de Appleton, junto con Ch. Dana y un *Handbook of literature and the fine arts*; se ocupaba principalmente de filosofía religiosa, uno de los primeros y principal introductor de la literatura alemana así como de la filosofía idealista alemana en los Estados Unidos. 562

*Rittinghausen, Moritz (1814-1890)*. Publicista alemán; demócrata socialista. En 1848 y 1849 formó parte de la *Nueva Gaceta Renana* y más tarde miembro del partido Socialdemócrata alemán. 630, 633

*Roberts, William Prowting (1806-1871)*. Jurista y abogado inglés; cartista. 493, 494, 496, 497

*Robertson*. Cartista; amigo de George Julian Harney. 372

*Robespierre, Maximilien Marie Isidor de (1758-1794)*. Político y revolucionario francés, dirigente jacobino durante la revolución burguesa de Francia en el siglo XVIII; de 1793 a 1794 aparece como la cabeza principal del gobierno de Francia. 212, 228, 592, 598

*Rochow, Gustav Adolf Rochus von (1792-1847)*. Partidario de la reacción *junker* en Alemania; Ministro del Interior prusiano de 1834 a 1842. 117

*Roland, Jeanne Philipon, Madame (1754-1793)*. Célebre dama francesa; inspiradora del partido Girondino, murió guillotinada. 597

*Rolando*. Célebre personaje legendario de caballería también llamado Roldán. 49

*Romanov*. Familia de boyardos o nobles rusos que se inicia con su antepasado Glianda Kambila, lituano establecido en Rusia hacia 1280; reinaron por espacio de tres siglos. XII

*Romme, Charles Gilbert (1750-1795)*. Político francés, hermano de Charles, famoso matemático de la época. Del partido de la Montaña, votó por la muerte del rey Luis XVI. Más tarde participó en la elaboración del calendario republicano. Anticatólico entusiasta y partidario de las fiestas de la diosa Razón. 599

*Rosenkranz, Johann Karl Friedrich (1805-1879)*. Filósofo, escritor y crítico literario alemán; hegeliano, profesor de filosofía en Königsberg. Autor de numerosas críticas y de obras sobre la filosofía hegeliana. 21, 99

*Rossini, Joaquin (1792-1868)*. Compositor italiano llamado *el Cisne de Pésaro*. Estudió en Bolonia. Gran ejecutante también, escribió famosas óperas y oberturas. 40

*Rothschild, Anselmo (1792-1868)*. 26, 603-605

*Rothschild(s)*. Familia de banqueros, de raza judía, una de las más conocidas y ricas del mundo. 535

*Rousseau, Jean Jacques (1712-1778)*. Filósofo, pedagogo y escritor suizo-francés. Los primeros años de su educación estuvieron a cargo de parientes y personas que lo tomaron a su cuidado desde el abandono prematuro de su padre. Con el tiempo, siendo todavía muy joven, adquirió una excelente preparación tanto en el arte como en las ciencias. Participó en la elaboración de la *Enciclopedia* de Diderot, redactando los artículos sobre música. Autor de dos célebres *Discours*, presentados ante la Academia de Ciencias y Artes de París, uno sobre la contribución de las ciencias y las artes para el progreso de las costumbres y otro sobre el origen de la desigualdad entre los hombres. Al lado de sus demás colegas franceses, Rousseau resultó siempre una personalidad extraña y extravagante; obtenida cierta fama y consideración en París, decidió vivir de acuerdo a los principios expresados en el segundo de sus *Discours*. Con la *Nouvelle Héloise* se convirtió en el principal escritor prerromántico. Más tarde publicará *Le contrat social* ,*Emile*, *Confessions* y los ensayos políticos *Lettres de la montagne* y *Sentiments des citoyens*, entre otros escritos. Al final de su vida, por problemas de su carácter y debido también al conflicto que provocaban entonces sus ideas, Rousseau vivió la desgracia de ser rechazado

públicamente perdiendo a sus amigos. En general, la influencia de sus ideas no se hizo sentir sino hasta después de su muerte, sobre todo con el movimiento romántico. 134, 140

*Ruge, Arnold (1802-1880).* Escritor y publicista alemán, hegeliano de izquierda y demócrata radical. En 1844, junto con Marx, editó los *Anales Franco-Alemanes* en París; a partir de 1866 se convierte al nacional-liberalismo. VIII, 34, 45, 110, 158, 642, 643, 649-651, 719

*Runkel, Martin.* Publicista alemán; de 1834 a 1843 redactor-jefe del periódico conservador *Elberfelder Zeitung.* 14

*Russell, lord John (1792-1878).* Segundo hijo del sexto duque de Bedford. Descendiente de noble familia inglesa, de origen normando, que data del siglo XII o antes. John Russell es el personaje más sobresaliente de esta antigua familia. A los veintidós años ingresó en el Parlamento. Defendió siempre la reforma parlamentaria y fue uno de los jefes más señalados de los liberales (*wighs*). En 1832, después de varios intentos, fue aceptado su proyecto de dicha reforma. Es también impulsor de una reforma municipal. Sus grandes adversarios fueron Peel y Palmerston. Asimismo, dejó varias obras escritas. 126, 128, 131, 186, 239

*Rutenberg, Adolf (1808-1869).* Publicista alemán, hegeliano de izquierda; hacia 1866 nacional-liberal. 726

*Ruy Blas.* Personaje del drama romántico del mismo nombre, de Victor Hugo. 20

*Rückert, Friedrich (1788-1866).* Poeta romántico alemán; estudió latín y más tarde derecho en la Universidad de Warzburgo. Pero sus estudios más importantes se centraron en torno a la filología y la estética; autor muy fecundo en cuanto a cantidad de obras y también en cuanto a recursos creativos en su poesía. Logró en su obra una rara unión de lirismo espontáneo y erudición científica; cultivador de una poesía *gnómica*, que evoca más al ingenio lingüístico que a la sensibilidad sonora. Enseñó en la Universidad de Jena y más tarde en la ciudad de Wurzburgo como profesor libre. Su extensísima obra abarca poesías, ensayos, estudios lingüísticos, crónicas, etc. 15

*Sadler, Michael Thomas (1780-1835).* Político y publicista inglés; *tory.* 424, 427

*Sagra, Ramón de la (1798-1871).* Naturalista y economista español.Estudió en Madrid ciencias naturales y estuvo en Cuba como director del Jardín Botánico de La Habana; en 1848 en París se hizo adepto del prudonismo y en 1856 era diputado a Cortes en Madrid. Dejó numerosas obras sobre botánica y economía. 632

*Saint-Just, Antoine Louis Leon de (1767-1794).* Político revolucionario francés; diputado republicano a la Convención Nacional en 1792, fue un ideólogo de tendencia socialista; como presidente de la Convención reprimió a los dantonistas y fue un reorganizador del ejército francés; fue ejecutado con Robespierre. 593, 598

*Saint-Simon, Claude Henri de Rouvroy, conde de (1760-1825).* Economista francés. De joven tomó parte en la guerra de independencia de los Estados Unidos y al estallar la Revolución francesa abandonó su título nobiliario. En su vida se entremezclaron negocios, viajes, aventuras y estudios. Lo fundamental entre lo último es el creciente interés que en él despertó el desarrollo y formación de la sociedad industrial. Sobre esta base intentó crear un nuevo ideal que sustituyese a las viejas concepciones morales, políticas y económicas. Debido a su pobreza vivió de la caridad de amigos e industriales que lo conocían y respetaban. Pero igualmente Saint-Simon publicaba constantemente folletos y escritos periodísticos. Autor de *Introduction aux travaux scientifiques du XIXe siecle, Esquisse d'une nouvelle Encyclopédie ou Introduction a la Philosophie du XIXe ciecle* y otras muchas obras. 146, 147, 149, 151

*Salomón.* Por alusión al rey de Israel y de Judá, hijo de David. Hombre de gran sabiduría. 376

*Sand, George (seudónimo de Armandine Lucie Aurore Dupin) (1804-1876).* Novelista y escritora francesa; realista, en casi todas sus obras trató los problemas sociales de su época y su sociedad. 100, 152

*Sander, Immanuel Friedrich (1797-1859).* Pastor en Elberfeld; pietista. 8, 16

*Sansón.* Uno de los últimos jueces de Israel, perteneciente a la tribu de Dan y notable por su fuerza física. 377

*Santiago (el Mayor).* Hijo de Zebedeo y Salomé, hermano mayor de San Juan Evangelista. 87

*Saunders, Robert John.* Inspector fabril inglés. 426

*Say, Jean Baptiste (1767-1832).* Economista francés. Al estallar la Revolución fue a París, donde Mirabeau le encargó la redacción del *Courrier de Provence.* En 1792 era secretario del Ministro de Hacienda, Clavière. Fue opositor de Bonaparte. Fue profesor de economía industrial en la Escuela de Artes y Oficios y más tarde profesor de economía política del Colegio de Francia. Say fue el primer vulgarizador, en su país, de las doctrinas de Adam Smith. Autor, entre otras obras, de *Traité d'économie politique practique.* 166-168, 639

*Say, Horace (1794-1860).* Hijo de Jean Baptiste Say; economista vulgar francés. 632

*Schapper, Karl (1812-1870).* Comunista alemán; dirigente de la Liga de los Justos y más tarde de la Liga de los Comunistas; miembro también de la *Nueva Gaceta Renana.* Rompió con la Liga en 1850. VIII

*Schelling, Friedrich Wilhelm Joseph (1775-1854).* Filósofo y escritor alemán. Condiscípulo de Hegel y Hölderlin; estudió teología y filosofía y desde joven se dio a conocer con varios trabajos muy brillantes; sus estudios se centraban en la filosofía, la física, la estética y la medicina. Con el apoyo de Fichte publicaba críticas y trabajos sobre filosofía, que atrajeron la atención de Goethe y Schiller; del trascendentalismo kantiano pasó paulatinamente a un panteísmo filosófico muy común de su época. Opositor a la filosofía de Hegel, se convirtió en su principal detractor. VIII, XIX, 41, 44-49, 52-56, 59-76, 78-83, 87-89, 94, 107-109, 156, 201

*Schibe, Eugène (1791-1861).* Dramaturgo y escritor francés. 40

*Schiller, Friedrich von (1759-1805).* Escritor y poeta alemán, una de las máximas figuras al lado de Goethe, 9, 570, 571, 657, 679, 681

*Schlegel, August Wilhelm (1767-1845).* Crítico, poeta y filólogo alemán. Colaboró en la edición de las *Obras* de Schiller y como crítico literario en la *Algemeine Literatur Zeitung* de Gotinga. Enseñó en la Universidad de Jena y fue conocido y amigo de Goethe y Schiller. 16

*Schleiermacher, Friedrich Ernst Daniel (1768-1834).* Teólogo y filósofo alemán, nacido en Breslau. Estudió teología en Barby y más tarde en Halle. Ya en Berlín entró en relación con los románticos (Hertz y Schlegel) y se animó a publicar algunos trabajos. Más tarde fue predicador en Stolpe y enseñó teología en Halle. En 1807 estaba de vuelta en Berlín y, desde 1810, fue profesor de teología y filosofía en la Universidad de Berlín al lado de Fichte y más tarde de Hegel. Además de realizar excelentes traducciones de las obras de Platón y Aristóteles, escribió numerosas obras teológico-filosóficas, que hicieron escuela entre los jóvenes hegelanos. 94, 107, 740, 744

*Schlöffel, Friedrich Wilhelm (1800-1870).* Fabricante en Silesia; demócrata, miembro de la Asamblea Nacional de Francfort. 258

*Schmidt.* Conductor de ferrocarril; sirvió de mediador en la correspondencia entre Marx y los defensores en el proceso de los comunistas en Colonia. 720

*Schön, Heinich Theodor von (1773-1856).* Estadista liberal prusiano . 576

*Schubarth, Karl Ernst (1796-1861).* Publicista conservador; enseñó en el gimnasio de Hirschberg; mantuvo una correspondencia amistosa con Goethe. 23, 47

*Scriven, Samuel.* Miembro de la Comisión Investigadora del Trabajo fabril. 454

*Sealsefield, Charles (seudónimo de Karl Anton Postl) (1793-1864).* Escritor alemán, nacido en la Moravia. Fue corresponsal de varios periódicos de París, Londres y los Estados Unidos, donde vivió un tiempo. Es autor de varias novelas de carácter histórico. 109

*Seel.* Caricaturista; en los años cuarenta conoció a Engels. 717

*Senior, Nassau William (1790-1864).* Economista inglés. Profesor de economía en la Universidad de Oxford. Se especializó en los estudios sobre Oriente. Autor de varios folletos e informes sobre problemas industriales, de impuestos, etc. Sus principales intentos se centraron en afinar, infructuosamente, una terminología económica precisa. Autor de *Lectures on Political Economy* y *Outline of Political Economy.* 335

*Shakespeare, William (1564-1616).* 205

*Sharp, Francis.* Médico en Leeds. 409, 410

*Sharp. William (1805-1896).* Médico en Bradford. 414, 468

*Shelley, Percy Bysshe (1792-1822).* Poeta y novelista inglés. Estudió en la Universidad de Oxford sin terminar, pues fue expulsado por sus ideas; participó en política al lado de Godwin, a quien admiraba, y se convirtió en un decidido defensor de los

oprimidos. Amigo de Byron; fue un gran poeta lírico, perteneciente a la escuela romántica inglesa. 134, 140, 481, 730

*Sheppard, John (Jack) (1702- ).* Criminal legendario inglés. 376

*Shifflin, Phillipp,* Dr. Maestro en la Escuela Municipal de Barmen. 11

*Sila, Lucio Cornelio (138-178 a. n. e.).* General y político romano. Estuvo destinado al África, a las órdenes de Mario, más tarde su eterno enemigo político. Se distinguió como militar y como diplomático desde los años de la guerra yugurtina; derrotó muchas veces a los semnitas, a los hirpinos y otros pueblos rebeldes a los romanos, sofocó innumerables sublevaciones de importancia y colocó y quitó reyes según su fuerza y habilidad para el servicio del Imperio. 228

*Sísifo.* Personaje mitológico griego; hijo de Eolo y de Enareta. Homero lo presenta como el más sabio y prudente de los mortales pero los demás poetas lo califican de ladrón, taimado y avaricioso; como castigo por sus culpas fue condenado a un suplicio eterno que consistía en trepar hasta la cima de un enorme peñasco con una carga a sus espaldas para caer y volver a intentar la ascensión. 430

*Smith, Adam (1723-1790).* Economista y moralista inglés. Después de la fisiocracia y de los iniciadores de la economía política inglesa, Petty y North, su doctrina es la más importante e influyente en mucho tiempo. Su punto de entrada al estudio de la economía política fue una ascendente formación enciclopédica del pensamiento filosófico de su época; sus campos de estudio, entonces suy diversos, él mismo los dividía en cuatro partes: 1) teología natural, 2) ética, 3) un tratado de cada moral y sus relaciones con el concepto de justicia y 4) las relaciones políticas fundadas en la utilidad y ampliación de la riqueza y el poder del Estado. Desde entonces data su relación amistosa con Hume, habiendo publicado algunos artículos en la *Edinburgh Review.* En 1759 publicó su *Theory of moral sentiments.* En su paso por París trabó relación con Quesnay, Turgot, Necker y otros. A su regreso a Inglaterra y andando el tiempo trabajó en su *Inquiry into the nature and causes of the wealth of nations,* publicada en 1776 y que de inmediato y por mucho tiempo obtuvo una enorme influencia en la formación de la ciencia económica burguesa, cuando menos decisivamente hasta Ricardo. 96, 134, 161, 162, 164, 170, 210, 224, 349, 382

*Smith, Thomas Southwood (1788-1861).* Médico en Londres; impulsor de ciertas medidas sanitarias en el trabajo, más tarde miembro de la Comisión Investigadora del Trabajo infantil. 343, 364

*Sócrates (469-399).* 71

*Soubrany, Pierre Amable de (1750-1795).* Miembro de la Convención francesa, que votó la muerte del rey. Complicado en la insurrección de Prairial (junio de 1795) fue condenado a muerte junto con Borboutte, Romme y Ruroy. 599

*Soutwell, Charles (1814-1860).* Socialista utópico inglés, owenista; fundó el periódico inglés *The Oracle of Reason.* 139, 141

*Spinoza, (Baruch) Benedictus de (1632-1677).* 74, 738

*Sthal, Friedrich Julius (1802-1861).* Jurista y político alemán de orientación reaccionaria. 41

*Stauffacher, Werner.* Personaje legendario de la historia suiza. 660

*Steffens, Henrik (1773-1845).* Físico alemán, poeta y filósofo de la corriente schellingiana. 32, 660

*Stein, Lorenz von (1815-1890).* Profesor hegeliano de filosofía y derecho en la Universidad de Kiel, agente secreto del gobierno prusiano. 141

*Stein, Heinrich Friedrich Karl, barón de (1757-1831).* Estadista prusiano. Estudió leyes en Gotinga; en 1782 fue consejero superior del departamento de la Marca, en 1784 fue encargado de la dirección de las oficinas mineras de Westfalia; en 1795, presidente de la Cámara de Guerra y dominios de la Marca y en 1796 primer presidente de todas las Cámaras. A partir de 1807 impulsó una amplia reforma administrativa del Estado prusiano, modernizándolo. 576

*Stenberg, Alexander von Ungern (1806-1868).* Escritor romántico alemán; idealista partidario del orden aristocrático medieval. 19, 20

*Stier, Ewald Rudolf (1800-1862).* Pastor protestante alemán. 9

*Stilling, Johann Heinrich (1740-1817).* Escritor alemán; pietista. 17

*Stirner, Max (seudónimo de Johann Kaspar Schmidt) (1806-1856).* Filósofo alemán.

Estudió teología y filología en Berlín y literatura y filosofía en Erlangen y Königsberg; hegeliano de izquierda radical, perteneciente al círculo de los "libres" de Berlín y uno de sus representantes más criticados por Marx y Engels. Su concepción filosófica, que puede calificarse como anarquismo intelectual, se basaba en el idealismo subjetivo de Fichte y en el individualismo antropológico de Feuerbach. VIII, 257, 303, 720-722, 724, 726

*Strauss, David Friedrich (1808-1874).* Teólogo y escritor alemán. Estudió teología en Tubinga; estudioso de Hegel, a quien apenas escuchó en una ocasión en Berlín, se hizo discípulo de otro gran hegeliano de la época, el teólogo Schleiermacher. Publicó una *Vida de Jesús*, que causó gran entusiasmo entre los círculos hegelianos en Alemania. 7, 21, 45, 51, 72, 87, 90, 100, 101, 106-107, 110, 134, 156, 187, 201, 481, 738, 743, 744

*Stuart, James (1775-1849).* Médico inglés, publicista *wigh* y desde 1833 inspector fabril. 409, 411, 416, 417, 419, 421

*Stuhr, Peter Feddersen (1787-1851).* Historiador y escritor alemán; escribió algunas obras sobre historia y filosofía de la religión. 81

*Sturge, Joseph (1793-1859).* Político inglés; demócrata radical, librecambista; miembro del movimiento cartista. 477

*Symons, Jelinger Cookson (1809-1860).* Publicista liberal inglés; comisario del gobierno para investigar la situación de los hilanderos manuales y los trabajadores de las minas. 314, 377, 379, 452, 461

*Tácito (Publio Cornelio) (55-120).* Historiador y escritor romano. 8

*Tancred, Thomas.* Miembro de la Comisión Investigadora del Trabajo infantil. 455

*Taylor, John (1804-1841).* Médico inglés, perteneciente al ala izquierda del cartismo. 473

*Tell, Guillermo.* Personaje legendario en que se simbolizan todos los hechos heroicos que dieron origen a la libertad suiza. 656, 657, 660, 662

*Tex, Cornellis Anne Den (1795-1854).* Teórico de la ciencia del derecho holandés; dedicado a cuestiones de economía política. 636

*Thompson, Thomas Perronet (1785-1869).* Economista vulgar, político y general inglés; peleó en 1808 en la campaña de Buenos Aires, en 1812 en España contra los franceses y en 1815 fue enviado a las Indias Orientales, donde defendió a los pueblos hindúes; también se opuso tenazmente contra la trata de esclavos; fue uno de los fundadores de la *Westminster Review.* 170, 631-633

*Thiers, Louis Adolphe (1797-1877).* Historiador y estadista francés; de tendencia burguesa. Presidente del Consejo de Ministros en los años 1836 y 1840 y Presidente de la República de Francia de 1871 a 1873; verdugo de la Comuna de París. 604

*Thorvaldesen, Bertel (1768-1844).* Escultor danés, llamado por algunos el Miguel Ángel escandinavo. 661

*Tromlitz, A. von (seudónimo de Karl A. F. von Witzleben) (1773-1833).* Escritor burgués alemán; autor de algunas novelas y unas obras históricas sobre la Roma antigua. 13

*Tschudi, Egidio (1505-1572).* Historiador y cronista suizo; político reaccionario, desempeñó varios cargos en la Confederación suiza y en varios cantones. Especializado en las antigüedades y prehistoria de Suiza. 657

*Tufnell, Dr.* Miembro de la Comisión Investigadora del Trabajo fabril. 403, 406, 409-411, 415, 416

*Turati, Felipe (1857-1932).* Fundador del Partido Socialista italiano. XVIII

*Turpin, Dick (Richard) (1706-1739).* Bandolero, asaltante de caminos. 376

*Tyler, Wat* (asesinado en 1831). Jefe del estamento campesino inglés. 644

*Ure, Andrew (1778-1857).* Químico y médico inglés. Ejerció la medicina y más tarde enseñó física y química. Se ocupó también de la astronomía y fundó un observatorio en Glasgow. Sobre todos estos temas escribió una amplia bibliografía, así como una obra sobre las fábricas y el trabajo fabril, *Philosophy of Manufactures.* 183, 384, 395, 400, 423, 426, 438, 467, 468

*Varnhagen von Ense, Karl August (1785-1858).* Escritor y crítico literario alemán. Estudió inicialmente medicina en Hamburgo y más tarde filosofía y literatura antigua; discípulo de W. v. Schlegel y de Fichte en Berlín y en Halle de Schleiermacher y Steffens. Ocupó el cargo de consejero secreto de legación en Berlín y se dedicó a la literatura. Autor de varios libros de crítica. 103

*Vaughan, Robert (1795-1868).* Místico inglés; historiador y publicista. 382
*Venedey, Jacobus (1805-1871).* Escritor y publicista alemán; demócrata radical. Estudió leyes; por la publicación de un libro suyo y por su participación en la fiesta estudiantil de Hambach (1832), tuvo que salir exiliado y no volvió a Alemania hasta 1843; en 1848 participó en la revolución alemana siendo miembro de la Asamblea Nacional de Francfort como dirigente del ala izquierda. 641
*Victor Hugo (1802-1885).* 20
*Victoria I (1819-1901).* Reina de Inglaterra; hija del duque de Kent, hijo de Jorge III de Inglaterra, y de María Luisa Victoria de Sajonia-Coburgo. 112, 309
*Voltaire, François Marie Arouete de (1694-1778).* 11, 134, 140, 726
*Voss, Johann Heinrich (1751-1826)* Poeta y filólogo alemán; traductor de Homero, Virgilio y otros poetas clásicos. 16
*Wade, John (1788-1875).* Periodista, historiador y economista vulgar inglés. Autor de una *History of the middle and working classes.* 174, 182, 244, 372
*Wakefield, Edward Gibbon (1796-1862).* Político y economista vulgar angloaustraliano. Teórico del colonialismo en el siglo XIX. Fue miembro del Parlamento en Australia. Vivió también en Canadá y Nueva Zelanda Autor de *Facts relating to the punishement of death in the metropolis* y de *A view of the art of colonization.* 502
*Walter, John (1776-1847).* Político inglés tory. 187
*Wat.* Dirigente cartista. VIII
*Watt, James (1736-1819).* Ingeniero e inventor inglés; inventó la máquina de vapor. 169, 217, 218, 221, 289
*Watts, John (1818-1887).* Socialista utópico inglés, owenista; más tarde de tendencia liberal burguesa. 138, 139, 141, 151
*Wedgwood, Josiah (1730-1795).* Industrial y arquitecto naval inglés. 217, 294
*Weerth, Georg (1822-1856).* Poeta y publicista proletario; miembro de la Liga de los Comunistas, amigo de Marx y Engels; en 1848-1849 colaboró activamente en la *Nueva Gaceta Renana.* 629, 633, 635, 636
*Weitling, Wilhelm (1808-1871).* Sastre alemán; activo revolucionario, uno de los principales introductores de las teorías socialistas en Alemania, teórico y dirigente de la Liga de los Justos; participó en la revolución de 1848 en Alemania y Suiza y se trasladó a los Estados Unidos a fundar una comunidad socialista. VIII, XI, XX, 154-156, 254, 599, 601
*Welcker, Karl Theodor (1790-1869).* Jurisconsulto y publicista alemán. Enseñó leyes en la Universidad de Kiel y más tarde en la de Friburgo; diputado en la cámara de Baden, donde se puso al frente del partido liberal. Durante la revolución de 1848 fue miembro de la Asamblea Nacional de Francfort (ala centro-derecha). 688
*Wellington, Arthur Wellesley, duque de (1769-1852).* Estadista inglés; reaccionario, primer Ministro, tory. 186, 376
*Wesley, John (1703-1791).* Sacerdote inglés, fundador de los metodistas. 377
*Westfalen, Edgar von (1819-1890).* En 1846 miembro del Comité de Correspondencia de Bruselas; hermano menor de Jenny Marx, esposa de Carlos Marx. 717
*Wieland, Christoph Martin (1733-1813.)* Poeta y escritor alemán de la Ilustración; seguidor de Klopstock y más tarde formalizó sus influencias en base a poetas clásicos e ilustrados; fundó algunas revistas y animó diferentes grupos literarios; escribió novela, poesía y ensayo. 679
*Wienbarg, Ludolf (1802-1872).* Escritor y crítico literario alemán; defensor tardío de los principios estéticos del grupo "Joven Alemania", al cual perteneció 101, 105
*Wigand, Otto (1795-1870).* Editor y librero; su firma en Leipzig producía obras y escritos radicales. 720, 731, 733
*Wightam, Sir William (1784-1863).* Jurista inglés, desde 1841 juez en la corte del Tribunal de la Reina. 494
*Wilson, James (1805-1860).* Estadista y economista vulgar inglés; fundador y redactor del *Economist*; librecambista. 632, 633, 637
*Williams, Sir John (1770-1846).* Jurista inglés, liberal, a partir de 1834 juez en la Corte del Tribunal de la Reina. 494
*Willich, August (1810-1878).* Antiguo teniente prusiano, miembro de la Liga de los Comunistas; jefe de un cuerpo de voluntarios en el levantamiento de Baden y el Palatinado en 1848-1849; en 1850 a partir de la escisión de la Liga de los Comu-

nistas se une a Schapper y en 1853 emigra a los Estados Unidos y toma parte en la guerra civil norteamericana. XIII
*Winkelried, Arnold.* Legendario héroe popular de la guerra de liberación suiza en contra del señorío de los Hasburgo en el siglo XIV. 656, 658, 660
*Wolowski, Louis (1810-1876).* Economista vulgar francés, escritor y político, nacido en Varsovia, de donde escapó a causa del levantamiento polaco de 1830; librecambista, fundador y redactor de varias publicaciones. 629, 630, 636, 637
*Wood, James y Francis (Hnos.).* Fabricantes ingleses. 476
*Wright.* Director de fábrica en Macclesfield. 411
*Wurm, Gustav (1819-1888).* Filólogo; amigo de juventud de Engels. 715
*Wülfing, Friedrich Ludwig (1807-    ).* Poeta alemán; publicó algunos volúmenes de poesías. 15, 16

# ÍNDICE GENERAL

Cartas del Wuppertal . . . . . . . . . . . . . . 1
Signos retrógrados de los tiempos . . . . . . . . . . 18
Réquiem por la gaceta alemana de la nobleza . . . . . . . 23
Ernst Moritz Arndt . . . . . . . . . . . . . . 28
Schelling sobre Hegel . . . . . . . . . . . . . 41
Schelling y la revelación . . . . . . . . . . . . 48
Diario de un oyente . . . . . . . . . . . . . . 93
Alexander Jung, lecciones sobre la moderna literatura alemana . 99
Federico Guillermo IV, rey de Prusia . . . . . . . . . 112
Cartas desde Inglaterra Las crisis internas . . . . . . . 119
Punto de vista inglés sobre Las crisis internas . . . . . . 124
Posición del partido político . . . . . . . . . . . 126
La situación de la clase obrera en Inglaterra . . . . . . 129
Las leyes sobre el trigo . . . . . . . . . . . . 131
Cartas desde Londres. . . . . . . . . . . . . . 133
Progresos de la reforma social en el continente . . . . . . 145
Esbozo de crítica de la economía política . . . . . . . 160

La situación en Inglaterra

*"Past and Present", por Thomas Carlyle* . . . . . . . 185

*El siglo* XVIII . . . . . . . . . . . . . . . 209

*La Constitución inglesa* . . . . . . . . . . . . 226

Rápidos avances del comunismo en Alemania . . . . . . . 249
Dos discursos en Elberfeld . . . . . . . . . . . 259

La situación de la clase obrera en Inglaterra . . . . . . . 279
A las clases trabajadoras de la Gran Bretaña . . . . . . . 281
Prólogo . . . . . . . . . . . . . . . . . 283
Introducción . . . . . . . . . . . . . . . . 285

Situación de los obreros antes de la Revolución industrial (285). La "Jenny" (287). Nacimiento del proletariado industrial y del proletariado agrícola (288). La "Throstle", la "mule", el telar mecánico, la máquina de vapor (289). Las máquinas triunfan sobre el trabajo manual (289). Avanza el poder industrial (290). La industria algodonera (290). La industria de los tejidos de punto (290). La fabricación de puntillas (290-291). Talleres de blanqueado, estampado, tintorería (291). La industria de la lana (291). La industria del lino (292). La industria de la seda (292). La producción de hierro y la metalurgia (293). Las minas de carbón

(293). La alfarería (294). La agricultura (294-295). Caminos, canales, ferrocarriles, los barcos de vapor (295). Resumen (296-297). Elevación del proletariado al rango nacional (297). Las ideas de la burguesía acerca del proletariado (298).

El proletariado industrial . . . . . . . . . . . . . 299

Clasificación de los obreros (299). Centralización de la propiedad (299-300). La palanca de la moderna industria (300-301). Centralización de la población (300-301).

Las grandes ciudades . . . . . . . . . . . . . . 302

Impresión directa y personal de Londres (302). Guerra social y sistema universal de saqueo (303). La suerte de los pobres (303). Los barrios malos, en general (304). En *Londres:* St. Giles y sus alrededores (304). Witechapel (306). Las viviendas proletarias, por dentro (307). Gentes sin albergue, en los parques (308). Asilos nocturnos (309). *Dublin* (310). *Edimburgo* (311). *Liverpool* (312). Las ciudades fabriles: *Nottinham, Birmingham, Glaswog, Leeds, Bradford, Huddersfield* (313-316). Lancashire: consideraciones generales (317). *Bolton* (318). *Stockport* (318). Ashton-under-Lyne (318). *Stalybridge* (319). Descripción detallada de *Manchester:* traza general de las construcciones (319). La ciudad vieja (322). La ciudad nueva (327). Traza de construcción de los barrios obreros (328). Patios de vecindad y callejones traseros (328). Ancoats (330). La "Pequeña Irlanda" (332). Hulme (333). Salford (334). Resumen (335). Casas de alojamiento (336). Hacinamiento de la población (336). Viviendas en los sótanos (337). Cómo visten los obreros (337). Qué comen (339). Mala calidad de sus alimentos (340). Adulteraciones de géneros (341). Trampas en el peso, etc. (342). Resumen final (343).

La competencia . . . . . . . . . . . . . . 345

La competencia entre los obreros determina el salario mínimo y la competencia entre los explotadores el salario máximo (345). El obrero, esclavo de la burguesía, tiene que venderse por días y por horas (348). Población excedente (349). Las crisis comerciales (350). Reserva de mano de obra (352). Suerte que corrió esta reserva en la crisis de 1842 (355).

La inmigración irlandesa . . . . . . . . . . . . 357

Causas y contingente de esta inmigración (357). Estampas tomadas de Carlyle (357). Suciedad, primitivismo y embriaguez (358). Cómo influyen en los obreros de Inglaterra la competencia y la vecindad de los irlandeses (359).

Resultados . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 361

Observaciones preliminares (361). Cómo influyen las anteriores circunstancias en la *situación física de los obreros* (362). Influencia de las grandes ciudades, de la vivienda, la suciedad, etc. (363). Qué dicen los hechos (363). Tuberculosis (364). Tifus, principalmente en Londres, Escocia e Irlanda (364). Enfermedades del aparato digestivo (366). Consecuencias de la embriaguez (367). Curanderos y charlatanes (368). El "Godfrey's Cordial" (369). La mortalidad en el proletariado, especialmente entre los niños de corta edad (371). Acusación de asesinato social contra la burguesía (374). Consecuencias en cuanto al *nivel moral e intelectual* de los trabajadores (374). Carencia de medios de instrucción (374-375). Insuficiencia de las escuelas vespertinas y dominicales (375). Ignorancia (375). Cómo suplen los obreros estas carencias, por sus condiciones de vida (377). Abandono moral en que se tiene al obrero (378). La ley, único maestro de buenas costumbres (378). El obrero, predispuesto por su situación a infringir la ley y la costumbre (378). Influencia de la pobreza (379) del proletariado y de la inseguridad de su situación (379), de su condena a trabajos forzados (381-382), de la centralización de la población (383), de la inmigración irlandesa (386). Diferencia entre el carácter del burgués y el del proletario (386). Superioridad del proletario sobre el burgués (386). La embriaguez (388). La falta de freno en las relaciones sexuales (389). La disolución de la familia (390). El desprecio por el orden social (391). Hechos delictivos (391). Descripción de la guerra social (393).

Las distintas ramas de trabajo . . . . . . . . . . . 395

Efectos de la maquinaria (395). Tejedores manuales (400). Desplazamientto de los hombres (400). Trabajo de la mujer; disolución de la familia (402). Inversión de todas las relaciones familiares (403). Consecuencias morales de la aglomeración de muchas mujeres en las fábricas (405). *Jus primae noctis* (407). El trabajo de los niños (407). Sistema de aprendices (407). Tardía implantación (407). Exposición basada en el Informe fabril (408). Largas jornadas de trabajo (408). Trabajo nocturno (409). Deformados y tullidos (409). Daños físicos menores (411). Carácter del trabajo (411). Decadencia general de la constitución orgánica (412). Enfermedades especiales (412). Testimonios (413). Vejez prematura (415). Consecuencias especiales para la constitución de la mujer (416). Algunas ramas de trabajo especialmente dañinas (418). Accidentes de trabajo (419). Juicio de la burguesía acerca del sistema fabril (420). Legislación fabril y agitación

en pro de la jornada de Diez horas (423). Carácter embrutecedor y aplastante del trabajo (429). Esclavitud (430). Ordenanzas de fábrica (430). Los economatos de fábrica (*truck*) (433). El sistema de los *cottages* (434). Paralelo entre el siervo de 1145 y el trabajador libre de 1845 (435).

Otras ramas de trabajo . . . . . . . . . . . . . . 439

Los calceteros (439). Fabricación de puntillas (441). Estampadores de telas (443). Tundidores de terciopelo (444). Tejedores de seda (447). La metalurgia (447). Birmingham (447). Staffordshire (449). Sheffield (450). Fábricas de maquinaria (452). Las alfarerías del Norte de Staffordshire (453). Fábricas de vidrio (454). Los artesanos (455). Modistas y costureras de Londres (455).

Movimientos obreros . . . . . . . . . . . . . . 459

Introducción (459). Hechos delictuosos (460). Revueltas contra las máquinas (460). Coaliciones y huelgas (461). Resultados de las asociaciones obreras y los paros (464). Crímenes que originan (465). Carácter de las luchas del proletariado inglés contra la burguesía (467). Combates en Manchester, mayo de 1843 (470). El respeto a la ley, ajeno al proletariado (471). El *cartismo* (471). Historia del movimiento cartista (472). La insurrección de 1842 (474). Divorcio manifiesto del cartismo proletario y el radicalismo burgués (476). Tendencia social del cartismo (477). El *socialismo* (478). Posición de los obreros, en general (480).

El proletariado de las minas . . . . . . . . . . . 483

Los mineros de *Cornwall* (483). *Alston Moor* (484). *Minas de hierro y de carbón* (485). El trabajo de hombres, mujeres y niños (486-487). Enfermedades características de los mineros (487). Trabajo en galerías de bajo techo (489). Accidentes del trabajo, explosiones, etc. (489). Nivel de instrucción y de moralidad (490). Leyes sobre las minas (491). Explotación sistemática de los mineros (492). Movimientos de los obreros de las minas (493). La gran campaña de 1844 en el Norte de Inglaterra (494). Roberts y la ofensiva contra los jueces de paz y los economatos de fábrica (494). Resultados de la lucha (497).

El proletariado agrícola . . . . . . . . . . . . 499

Rasgos históricos (499). El pauperismo en el campo (500). Situación de los jornaleros agrícolas (501). Incendios intencionales (504). Indiferencia hacia el problema de las leyes

cerealistas (505). Irreligiosidad (505). El *País de Gales*: los pequeños arrendatarios (506). Los disturbios de "Rebekka" (507). *Irlanda*: la parcelación de la propiedad de la tierra (507). Pauperización de la nación irlandesa (508). Hechos delictuosos (510). El separatismo (510).

Comportamiento de la burguesía hacia el proletariado . . . . 512

Corrupción moral de la burguesía inglesa (512). Avaricia de dinero (512). Economía y libre competencia (513). La hipocresía de la caridad (514). Actitudes hipócritas en el terreno económico y político, ante el problema de las leyes cerealistas (515). Legislación y justicia de la burguesía (516). La burguesía en el parlamento (517). La Ley de señores y criados (517). La teoría de Malthus (519). La vieja Ley de Pobres (520). La nueva Ley de Pobres (520). Ejemplos de brutalidad en los asilos de trabajo (522). Perspectivas de Inglaterra para el futuro (527).

Prólogo a la edición alemana de 1892 . . . . . . . . . 532
Prólogo a la edición norteamericana de 1887 . . . . . . . 546
Descripción de las colonias comunistas creadas en los últimos tiempos y que aún existen . . . . . . . . . . . . . . . 554
Sobre Alemania . . . . . . . . . . . . . . . . . 568
Historia de las leyes inglesas sobre el trigo . . . . . . . . 586
La fiesta de las naciones, en Londres . . . . . . . . . . 591
Gobierno y oposición en Francia . . . . . . . . . . . 603
La Constitución prusiana. . . . . . . . . . . . . . 606
El *status quo* en Alemania . . . . . . . . . . . . . 612
El Congreso Económico . . . . . . . . . . . . . . 628
El Congreso del Librecambio en Bruselas . . . . . . . . . 632
Los comunistas y Karl Heinzen . . . . . . . . . . . . 641
La guerra civil suiza . . . . . . . . . . . . . . . 656
Los movimientos de 1847. . . . . . . . . . . . . . 663
Socialismo alemán en verso y en prosa . . . . . . . . . . 672
De París a Berna . . . . . . . . . . . . . . . . 696
Apéndices . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 713
Notas . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 747
Índice Bibliográfico . . . . . . . . . . . . . . . 775
Índice Biográfico . . . . . . . . . . . . . . . . 786

Escritos de Juventud de Federico Engels. Volumen II de las Obras Fundamentales de Marx y Engels se terminó de imprimir el día 30 de abril de 1982 en los talleres de Gráfica Panamericana, S. C. L., Parroquia 911, 03100, México D. F. Se imprimieron 3 000 ejemplares y en su composición se emplearon tipos Electra de 10, 9:10, 8:9 y 7:8 puntos. La edición estuvo al cuidado de *Alberto Cue García* y *Ricardo Campa Pacheco*.

La edición de las Obras Fundamentales de Marx y Engels, uno de los empeños editoriales más importantes del Fondo de Cultura Económica, intenta recoger la parte medular del pensamiento de dos de los personajes históricos que mayor peso han tenido y siguen teniendo en el desarrollo de las sociedades contemporáneas. Testimonio no sólo intelectual sino también de una praxis y de lo esencial de las preocupaciones jurídicas, sociales y filosóficas de los autores, esta colección reúne, asimismo, sus reflexiones en torno al devenir de la historia, las sociedades y sus instituciones.

Colección dirigida por
WENCESLAO ROCES

FONDO DE CULTURA ECONOMICA